DAVID LANDES

LA RIQUEZA Y LA POBREZA DE LAS NACIONES

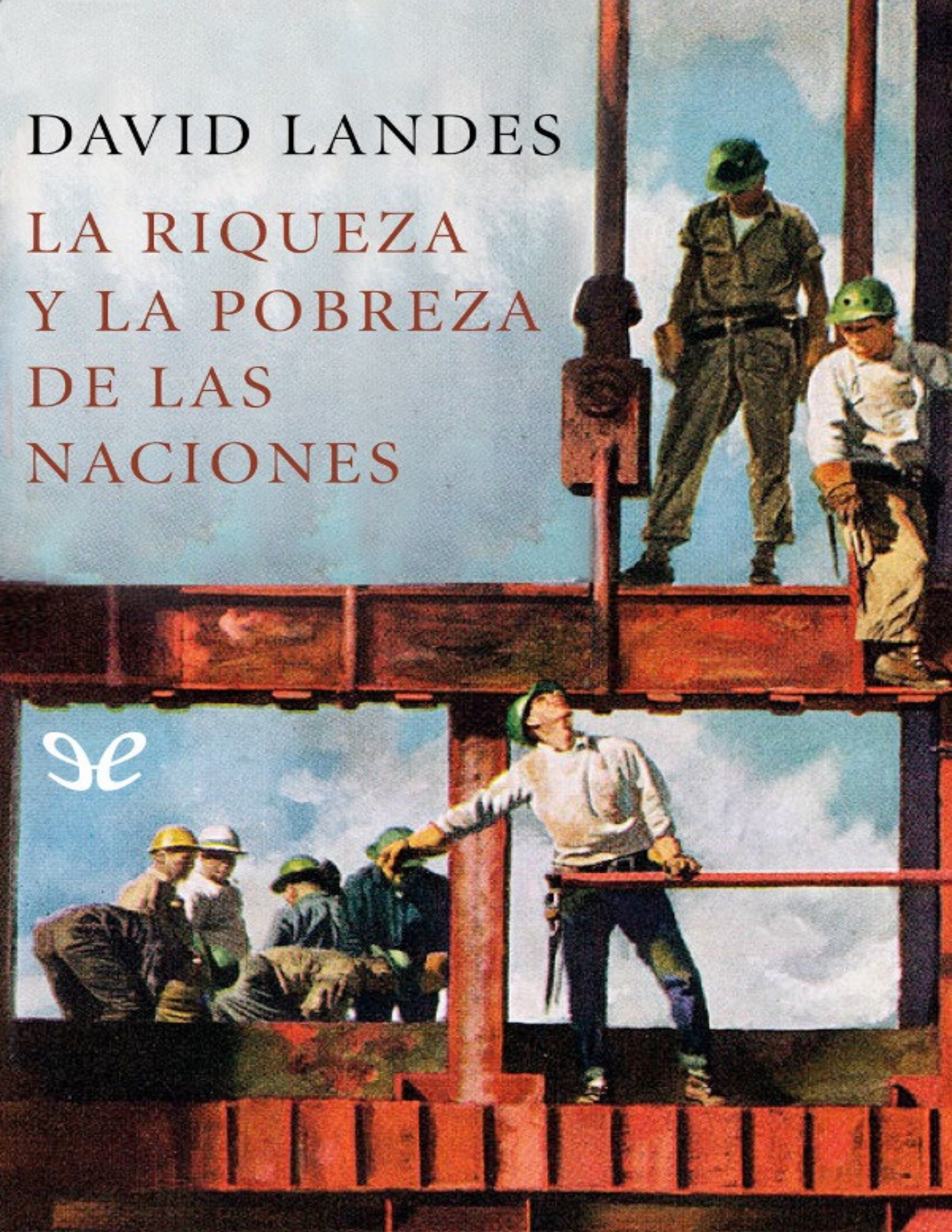


Table of Contents

La riqueza y la pobreza de las naciones
Prefacio y agradecimientos
Introducción
Capítulo I. Las desigualdades de la naturaleza
Capítulo II. Respuestas a los condicionamientos geográficos: Europa y China
Capítulo III. La excepción europea: una senda diferente
Capítulo IV. Invención de la invención
Capítulo V. La gran apertura
Capítulo VI. ¡Al Este!
Capítulo VII. De los descubrimientos al imperio
Capítulo VIII. Islas agridulces
Capítulo IX. El imperio en el Este
Capítulo X. Por amor al lucro
Capítulo XI. Golconda
Capítulo XII. Vencedores y perdedores: balance del imperio
Capítulo XIII. Naturaleza de la revolución industrial
Capítulo XIV. ¿Por qué Europa? ¿Por qué entonces?
Capítulo XV. Gran Bretaña y los demás
Capítulo XVI. A la caza de Albión
Capítulo XVII. No se hace dinero sin dinero
Capítulo XVIII. El saber es oro
Capítulo XIX. Confines
Capítulo XX. El estilo sudamericano
Capítulo XXI. El imperio celeste: estancamiento y retroceso
Capítulo XXII. Japón: los últimos serán los primeros
Capítulo XXIII. La restauración Meiji
Capítulo XXIV. ¿Comete la historia errores?
Capítulo XXV. El imperio y lo que vino después
Capítulo XXVI. Pérdidas de hegemonía
Capítulo XXVII. Vencedores y…
Capítulo XXVIII. Vencidos
Capítulo XXIX. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Adónde vamos?
Bibliografía
Notas

Desde hace seiscientos años, la economía mundial más próspera ha sido, esencialmente, europea. En el último siglo, la balanza ha comenzado a decantarse hacia Asia, donde países como Japón han crecido hasta niveles sorprendentes. ¿Por qué algunos países son tan ricos y otros tan pobres? La respuesta la tenemos en este importante libro, en el que David S. Landes, partiendo de la obra clásica *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith, cuenta la larga y fascinante historia de la riqueza y el poder en todo el mundo: la creación de la riqueza, las trayectorias de vencedores y perdedores, el auge y caída de las naciones. El autor estudia la historia como un proceso, intentando entender cómo las culturas del mundo conducen —o no— al éxito económico y militar y los logros materiales.

David S. Landes

La riqueza y la pobreza de las naciones

Por qué algunas son tan ricas y otras tan pobres

ePub r1.1

NoTanMalo 04.01.2019

Título original: *The Wealth and Poverty of Nations. Why Some Are So Rich and Some So Poor*
David S. Landes, 1998
Traducción: Santiago Jordán

Editor digital: NoTanMalo
Informe de erratas: absente
ePub base r2.0



A mis hijos y nietos, con cariño

… Las causas de la riqueza y pobreza de las naciones; el objeto por excelencia de todos los estudios de economía política.

MALTHUS a RICARDO, carta de 26 de enero de 1817[*]

PREFACIO Y AGRADECIMIENTOS

Mi propósito al escribir este libro es hacer historia universal, pero no en el sentido multicultural y antropológico de una igualdad intrínseca: todos los pueblos son iguales y el historiador trata de ocuparse de todos ellos. Me he propuesto más bien rastrear y analizar la corriente principal del progreso económico y de la modernización: cómo hemos llegado hasta aquí y quiénes somos, en términos de producción, adquisición y gasto. Este objetivo permite centrarse más en el problema y abarcar menos. Con todo, no deja de ser una tarea ímproba, laboriosa y, en el mejor de los casos, supone una primera aproximación. Este trabajo habría resultado imposible sin la aportación y los consejos de otras personas: colegas, amigos, estudiantes, periodistas y testigos de la historia, muertos y vivos.

Estoy en deuda ante todo con los estudiantes y colegas de las clases de la Universidad de Columbia, la Universidad de California en Berkeley, la Universidad de Harvard y otros lugares en que he permanecido menos tiempo. Especialmente fructíferos han sido el trabajo y la docencia en Harvard en los programas de licenciatura de Estudios Sociales y del Plan de Estudios General. En ambos casos, los profesores entran en contacto con los alumnos y ayudantes de todos los centros lectivos y facultades, y tienen que responder a desafíos lanzados por personas brillantes, combativas dialécticamente e independientes, que no se dejan intimidar por las diferencias de edad, categoría y experiencia.

En segundo lugar, debido en buena medida a la comprensión y benevolencia de la doctora Alberta Arthurs, el presente trabajo recibió enseguida ayuda de la Fundación Rockefeller, que financió la investigación y la redacción, y aglutinó a varios estudiosos en busca de inspiración e intercambios intelectuales en su hermosa Villa Serbelloni, en Bellagio, Italia, donde Plinio el Joven supo conciliar antaño belleza, trabajo y ocio a orillas del lago Como. Era fácil caer en la tentación. La reunión dio lugar a la publicación de *Favorites of Fortune* (eds. Patrice Higonnet, Henry Rosovsky y yo mismo) y me brindó la oportunidad de escribir el primer ensayo sobre la reciente historiografía econométrica del crecimiento europeo. Entre las personas que me ayudaron entonces y en otras ocasiones figuran mis dos coeditores, Higonnet y Rosovsky, así como Robert Fogel, Paul David, Rudolf Braun, Wolfram Fischer, Paul Bairoch, Joel Mokyr, Robert Alien, Frangois Crouzet, William Lazonick, Jonathan Hughes, Frangois Jequier, Peter Temin, Jeff Williamson, Walt Rostow, Al Chandler, Anne Krueger, Irma Adelman y Claudia Goldin.

La Fundación Rockefeller brindó también su apoyo a dos conferencias temáticas, una sobre Latinoamérica en 1988 y otra, el año siguiente, sobre el papel del sexo en la actividad y el desarrollo económicos. Entre quienes contribuyeron a estos diálogos estimulantes, a estos ejercicios de docencia a quemarropa, quiero citar a David Rock, Jack Womack, John

Coatsworth, David Felix, Steve Haber, Wilson Suzigan, Juan Domínguez, Wemer Baer, Claudia Goldin, Alberta Arthurs y Judith Vichniac.

También estoy en deuda con Armand Clesse y el Instituto de Estudios Europeos e Internacionales de Luxemburgo. El señor Clesse se ha convertido en una de las figuras clave a la hora de aglutinar a estudiosos e intelectuales para la discusión y el análisis de los problemas políticos, sociales y económicos contemporáneos. Su tema favorito es la *vitalidad de las naciones*, entendida en sentido amplio, de modo que engloba prácticamente todo lo relativo al desarrollo nacional. Resultado de todo ello ha sido una serie de conferencias, que no solo han generado las actas correspondientes, sino propiciado la creación de una red creciente y de valor incalculable de contactos personales entre los estudiosos y los especialistas. Una conferencia de Clesse es una maravillosa mezcla de debate y acto social, un ejercicio por lo común amistoso de acuerdos y discrepancias. En 1996, el señor Clesse organizó una reunión de este tipo para tratar del manuscrito inacabado del presente libro. Entre los participantes figuraban William McNeill, especialista en historia universal y sucesor en omnisciencia al antiguo historiador de Grecia Amold Toynbee; Stanley Engerman, lector de la historia económica norteamericana y extraordinario crítico; Walt Rostow, quizás el único estudioso que haya vuelto a la universidad después de trabajar para el gobierno; Rondo Cameron, cruzado en solitario contra el concepto y la expresión de «Revolución Industrial»; Paul Bairoch y Angus Madison, recopiladores y procesadores de las cifras sobre crecimiento y productividad.

Una reunión similar, sobre la singularidad de la civilización europea, se celebró en junio de 1996 en Israel bajo el patrocinio de la Fundación Yad Hanadiv Rothschild (bajo la coordinación de Guy Stroumsa); en ella participaron varios de los ya citados además de un equipo de medievalistas y otros, entre los que figuraban Patricia Crone, Ron Bartlett, Emanuel Sivan, Esther Cohén, Yaacov Metzer, Miriam Eliav-Feldon, Richard Landes, Gadi Algazi *et al*.

Otros encuentros en los cuales pude exponer parte del presente material fueron las reuniones de Ferrara y Milán (Universidad Bocconi) de 1991; el III Curso de Historia de la Técnica de la Universidad de Salamanca de 1992 (organizado por Julio Sánchez Gómez y Guillermo Mira); un *Convegno* en 1993 de la Società Italiana degli Storici Economici (cuya secretaria fue Vera Zamagni) sobre el tema *Innovazione e Sviluppo*; varias sesiones del Economic History Workshop de Harvard; las Jomadas Bancarias de la Asociación de Bancos de la República Argentina, celebradas en Buenos Aires en 1993 sobre las estrategias del desarrollo; un congreso en Hull, Inglaterra, en 1993 (Economic History Society, Tawney Lecture); una conferencia en la Universidad de Cambridge sobre cambio tecnológico y crecimiento económico (organizada por Emma Rothschild) en 1993; el coloquio de Jacques Marseille y Maurice Lévy-Leboyer (Institut d'Histoire Économique, París, 1993) sobre *Les performances des entreprises françaises au XXe siècle*; una conferencia sobre convergencia o declive en la historia económica británica y norteamericana en la Universidad de Notre Dame en 1994 (organizada por Edward Lorenz y Philip Mirowski, y patrocinada por Donald McCloskey); una sesión sobre la Revolución Industrial (organizada por John Komlos) en el XI Congreso Internacional de Historia Económica en Milán en 1994, y una sesión en la Asociación de Historia de la Ciencia Social en Atlanta en 1994.

También cabe recordar las conferencias en las universidades de Oslo y Bergen de 1995 (organizadas por Kristine Bruland y Fritz Hodne); un simposio en París en 1995 sobre la

obra de Alain Peyrefitte (*Valeurs, comportements, développement, modenrité*, organizado por Raymond Boulon), en el que se abordaron *inter alia* las diferencias regionales en el desarrollo económico europeo; así como otros simposios de 1995 sobre la riqueza y la pobreza de las naciones en Reggio Emilia y en la Universidad Bocconi de Milán (organizados por Franco Amatori).

Asimismo, pueden citarse una conferencia en la Universidad de Oslo en 1996 sobre revoluciones tecnológicas en Europa, 1760-1860, bajo la dirección de Kristine Bruland y Maxine Berg y otra, también en 1996, en la Fondazione Eni Enrico Mattei en Milán sobre tecnología, medio ambiente, economía y sociedad (organizada por Michele Salvati y Domenico Siniscalco). Y, en 1997, una reunión de planificación en Madrid del próximo XII Congreso Internacional de Historia Económica, que versó sobre el tema consecuencias económicas del imperio, de 1492 a 1989 (organizado por Leandro Prados de la Escosura y Patrick O'Brien).

Cada uno de los mencionados encuentros, como es obvio, se centró en los puntos de interés para los participantes, en beneficio, en mi opinión, tanto del tema general como de sus aspectos particulares.

Dada la abundancia de estas reuniones, a las que hay que añadir un gran número de conversaciones y consultas personales, no resulta fácil elaborar una lista completa de las personas que me han ayudado en estas y otras ocasiones. En primer lugar tengo que recordar a mis profesores, cuyas lecciones y cuyo ejemplo me han acompañado siempre: A. P. Usher, M. M. Postan, Donald C. McKay, Arthur H. Colé. También a mis colegas de los departamentos de Economía e Historia de la Universidad de Columbia (en especial a Cárter Goodrich, Fritz Stem, Albert Hart y George Stigler); de la Universidad de California en Berkeley (en particular a Kenneth Stampp, Hans Rosenberg, Richard *Herr*, Cario Cipolla, Henry Rosovsky y Albert Fishlow) y de Harvard (Simon Kuznets, C. Crane Brinton, Alexander Gerschenkron, Richard Pipes, David y Aida Donald, Benjamin Schwartz, Harvey Leibenstein, Robert Fogel, Zvi Griliches, Dale Jorgensen, Amartya Sen, Ray Vemon, Robert Barro, Jeff Sachs, Jess Williamson, Claudia Goldin, Daniel Bell, Nathan Glazer, Talcott Parsons, Brad DeLong, Patrice Higonnet, Martin Peretz, Judith Vichniac, Stephen Marglin y Winnie Rothenberg).

Tampoco olvido el estímulo extraordinario que supuso mi estancia durante un año en el Centro de Estudios Avanzados de Ciencias del Comportamiento de Palo Alto. Fue durante el curso 1957-1958, en el que tuve la suerte de contar con una promoción sobresaliente de economistas: Kenneth Arrow, Milton Friedman, George Stigler y Robert Solow (¡cuatro futuros premios Nobel!). Bastaba con hacerles llegar una nota y enseguida estaban dispuestos a un encuentro.

Por último, además de los colegas mencionados antes, citaré a otros, en Estados Unidos y en el extranjero. En Estados Unidos: William Parker, Roberto López, Charles Kindleberger, Liah Greenfield, Bemard Lewis, Leila Fawaz, Alfred Chandler, Peter Temin, Mancur Olson, William Lazonick, Richard Sylla, Ivan Berend, D. N. McCloskey, Robert Brenner, Patricia Seed, Margaret Jacob, William H. McNeill, Andrew Kamarck, Tibor Scitovsky, Bob Summers, Morton y Phyllis Keller, John Kautsky, Richard Landes y Tosun Arincah. En el Reino Unido: M. M. Postan, Lance Beales, Hrothgar John Habakkuk, Peter Mathias, Barry Supple, Berrick Saul, Charles Feinstein, Maxine Berg, Patrick O'Brien, P. C. Barker, Partha Dasguppa, Emma Rothschild y Andrew Shonfield. En Francia: Fransois

Crouzet, Maurice Lévy-Leboyer, Claude Fohlen, Bertrand Gille, Emmanuel Leroy-Ladurie, Frangois Furet, Jacques LeGoff, Joseph Goy, Rémy Leveau, Frangois Carón, Albert Broder, Pierre Nora, Pierre Chaunu, Rémy Prudhomme, Riva Kastoryano y Jean-Pierre Dormois. En Alemania: Wolfram Fischer, Hans Ulrich Wehler, Jürgen Kocka y John Komlos. En Suiza: Paul Bairoch, Rudolf Braun, J.-F. Bergier, Jean Batou y Frangois Jequier. En Italia: Franco Amatori, Aldo de Madalena, Ester Fano, Roby Davico, Vera Zamagni, Stefano Fenoaltea, Cario Poni, Gianni Toniolo y Peter Hertner. En Japón: Akira Hayami, Akio Ishizaka, Heita Kawakatsu, Isao Suto, Eisuke Daito. En Israel: Shmuel Eisenstadt, Don Patinkin, Yehoshua Arieli, Eytan Shishinsky, Jacob Metzer, Nahum Gross y Elise Brezis. En otros países: Hermán van der Wee, Francis Sejersted, Erik Reinert, H. Floris Cohén, Dharma Kumar, Gabriel Tortella, Leandro Prados de la Escosura y Kristof Glamann. A todos ellos y a otros debo sugerencias, críticas, datos y opiniones. No siempre hemos estado de acuerdo, gracias a Dios.

Quiero expresar mi agradecimiento especial a mi extraordinario editor, Edwin Barber, quien no solo discutió el contenido del texto y lo mejoró, sino que también me enseñó unas cuantas cosas acerca del oficio de escribir. Nunca es tarde para aprender.

Por último, quiero darle las gracias a mi mujer, Sonia, que ha soportado con delicadeza años de apilar libros, separatas, documentos, cartas y otras escorias, que no cabían en varios despachos. Solo el ordenador nos permitió sobrevivir al día a día. Ha llegado la hora de proceder a la limpieza general.

INTRODUCCIÓN

No se ha arrojado nueva luz acerca de la razón por la cual los países pobres son pobres y los países ricos son ricos.

PAUL SAMUELSON, en 1976[1]

En junio de 1836, Nathan Rothschild dejó Londres para ir a Frankfurt a presenciar la boda de su hijo Lionel con su sobrina (Charlotte, prima de Lionel) y para comentar con sus hermanos la posibilidad de que los hijos de Nathan entraran en el negocio familiar. Se trataba probablemente del hombre más rico del mundo, al menos en activos líquidos. Podía, huelga decirlo, permitirse cuanto quisiera.

Con cincuenta y nueve años, Nathan gozaba de buena salud, aunque estaba algo obeso. Era un prodigio de energía, sentía una devoción inquebrantable por el trabajo y tenía un temperamento indomable. Sin embargo, cuando salió de Londres padecía una inflamación en la parte inferior de la espalda, hacia la base de la espina dorsal. (Un médico alemán le había diagnosticado un forúnculo, aunque bien podía tratarse de un absceso)[2]. Pese al tratamiento médico, empezó a supurar y a dolerle. Sin darle importancia, Nathan se levantó de su lecho de enfermo y asistió a la boda. De haber tenido que quedarse en la cama, la ceremonia se habría celebrado en el hotel. A pesar de sus dolores, Nathan siguió ocupándose de los negocios, con su mujer al dictado. En el ínterin hizo que viniera de Londres el gran doctor Travers y, en vista de que no lograba resolver el problema, mandó llamar a un cirujano alemán, presumiblemente para abrir y curar la herida. En vano: el humor malsano se diseminó y, el 28 de julio de 1836, Nathan moría. Al parecer, la paloma mensajera de Rothschild llevó el siguiente recado a Londres: *Il est mort*.

Nathan Rothschild murió probablemente de una septicemia de estafilococos o estreptococos, lo que solía denominarse envenenamiento de la sangre. A falta de más datos, resulta difícil precisar si fue el forúnculo (absceso) lo que acabó con él o más bien una infección provocada por los bisturíes de los cirujanos. Todo esto ocurría antes de la aparición de la teoría de los gérmenes, es decir, antes de que se tuviera noción alguna de la importancia de la limpieza. No se disponía de bactericidas y mucho menos de antibióticos. De suerte que el hombre que lo podía comprar todo murió de una infección ordinaria de la que hoy se puede curar a cualquiera que logre llegar a un doctor, un hospital o incluso una farmacia.

La medicina ha dado pasos de gigante desde la época de Nathan Rothschild. Pero su mejora y mayor eficacia —en el tratamiento de las enfermedades y en la cura de las lesiones— no lo explica todo. En buena medida, la prolongación de la esperanza de vida se debe más a los progresos registrados en la prevención y a un modo de vida más higiénico

que a los adelantos de la medicina. La limpieza del agua y la eliminación expeditiva de los residuos, además de una mayor higiene personal, han hecho posible este cambio. Durante mucho tiempo el gran responsable de la mortalidad fue la infección gastrointestinal, transmitida de los residuos a las manos, de estas a la comida y de esta al tracto digestivo: este enemigo invisible pero mortal, siempre presente, se reforzaba de vez en cuando por microbios epidémicos como el vibrión del cólera. La mejor vía de transmisión era el retrete colectivo, donde el contacto con los residuos se facilitaba por la falta de papel para la limpieza y la ausencia de ropa interior lavable. Quien se viste con ropa de lana sucia —y la lana es difícil de lavar— tiene picores y se rasca, de modo que se ensucia las manos. El gran error era no lavarlas antes de comer. Por eso los grupos religiosos que prescribían el lavado —los judíos y musulmanes— registraban tasas de morbilidad y mortalidad más bajas, lo que no siempre les resultaba beneficioso. La gente se dejaba convencer fácilmente de que si morían menos judíos era porque habían envenenado los pozos cristianos.

La respuesta vino, no de un cambio en las creencias o doctrinas religiosas, sino de la innovación industrial. El producto principal de la nueva tecnología que conocemos con el nombre de Revolución Industrial fue el algodón, barato y lavable; junto a él llegó el jabón hecho a partir de aceites vegetales y producido a gran escala. Por primera vez, el hombre de la calle pudo comprar ropa interior lavable, que antes era de lino porque esa era la tela lavable que los acomodados vestían junto a la piel. Él y ella podían lavarse con jabón e incluso bañarse, aunque demasiados baños se interpretaban como indicio de suciedad. ¿Por qué habrían de bañarse tan a menudo las personas limpias? Sea como fuere, la higiene personal cambió drásticamente, de modo que los plebeyos de finales del siglo XIX y principios del XX vivían por lo común más limpios que los reyes y reinas de una centuria antes.

El tercer elemento en la reducción de las tasas de morbilidad y mortalidad fue una mejor alimentación, debida en gran parte a la intensificación del suministro de alimentos y, sobre todo, a la mejora y mayor rapidez del transporte. Las hambrunas, a menudo causadas por problemas de aprovisionamiento local, se hicieron más raras; la dieta se volvió más variada y rica en proteínas animales. Esto originó, entre otras cosas, cambios en la estatura y en la fuerza física. Fue un proceso mucho más lento que el de los avances en medicina e higiene, que pueden ser instituidos desde arriba, en buena medida porque dependen tanto de las costumbres y los gustos personales como de los ingresos. Aún en la Primera Guerra Mundial, a los turcos que se enfrentaron al ejército expedicionario británico en Gallipoli les sorprendió la diferencia de estatura entre las tropas de Australia y Nueva Zelanda, alimentadas a base de filetes y cordero, y la complexión débil de los jóvenes procedentes de las ciudades fabriles británicas. Quien siga los movimientos migratorios de las poblaciones de países pobres a países ricos observará que los hijos son más altos y están mejor formados que sus padres.

Merced a estas mejoras, la esperanza de vida se ha disparado, mientras que las diferencias entre pobres y ricos se han reducido. Las principales causas de la mortalidad de los adultos han dejado de estar relacionadas con las infecciones, y especialmente con las infecciones gastrointestinales, y ahora son más bien los achaques propios de la ancianidad. Estos beneficios se han dejado sentir sobre todo en los países industriales ricos, donde se ha generalizado la asistencia médica, pero incluso algunos países más pobres han logrado resultados espectaculares.

Los avances en la medicina y la higiene ilustran un fenómeno más amplio: las ventajas de la aplicación de los conocimientos y de la ciencia a la tecnología, lo que nos permite abrigar esperanzas acerca de los problemas que ensombrecen el presente y el futuro e incluso alienta nuestras fantasías acerca de la vida eterna o, mejor aún, de la eterna juventud.

Pero esas fantasías, cuando parten de la ciencia, es decir, de la realidad, no dejan de ser los sueños de los ricos y los afortunados. Los avances en los conocimientos no se han distribuido equitativamente, ni siquiera en las naciones ricas. Vivimos en un mundo de desigualdades y diferencias. Puede dividirse esquemáticamente en tres tipos de naciones: aquellas en las que las personas gastan enormes cantidades de dinero para controlar el peso, aquellas cuyas poblaciones comen para vivir y aquellas cuyos habitantes no saben de dónde vendrá la próxima comida. Estas diferencias corren parejas con grandes divergencias en las tasas de morbilidad y en la esperanza de vida. Los habitantes de las naciones ricas se preocupan por su vejez, que cada vez se prolonga más. Hacen ejercicio para estar en forma, se miden el índice de colesterol y tratan de controlarlo, se entretienen con la televisión, el teléfono y los juegos, se consuelan con eufemismos como «los años dorados» y el *troisième âge*. «Joven» equivale a bueno; «viejo» es peyorativo e indicio de problemas. Mientras tanto, las personas de los países pobres tratan de seguir vivas. No tienen que preocuparse por el colesterol y el nivel de grasa en las arterias, en parte debido a una dieta pobre y en parte porque mueren pronto. Tratan de asegurarse una vejez tranquila, si logran llegar a ella, teniendo muchos hijos que crezcan con el debido sentido de la obligación filial.

La vieja división del mundo en dos bloques de poder, el Este y el Oeste, ha desaparecido. Ahora el gran desafío y la gran amenaza es el abismo en riqueza y salud que media entre ricos y pobres. A menudo se categorizan como Norte y Sur, porque la división es geográfica, pero una expresión más precisa sería el Oeste y el Resto, porque la división también es histórica. He aquí el problema y el peligro más grave que se ciernen sobre el mundo del tercer milenio. La única inquietud de idéntico calado es el deterioro medioambiental: la riqueza y la salud están íntimamente relacionadas; en el fondo, son la misma cosa. Son el mismo problema porque la riqueza no solo conlleva consumo, sino también residuo; no solo producción, sino también destrucción. Son estos residuos y esta destrucción, que han aumentado sobremanera con la fabricación y los ingresos, los que ponen en peligro el medio en que vivimos y nos desenvolvemos.

¿Cuán grande es el abismo que media entre ricos y pobres y qué está ocurriendo con él? A grandes rasgos y de manera sintética, puede decirse que la relación entre la renta per cápita de la nación industrial más rica, Suiza, pongamos por caso, y la del país no industrializado más pobre, Mozambique, es de 400 a 1. Hace doscientos cincuenta años, esta relación entre la nación más rica y la más pobre era quizás de 5 a 1, y la diferencia entre Europa y, por ejemplo, el este o el sur de Asia (China o India) giraba en torno a 1,5 o 2 a 1.[3]

¿Sigue ahondándose hoy este abismo? En los extremos, la respuesta es claramente afirmativa. Algunos países no solo no mejoran, sino que se están empobreciendo, en términos relativos y en ocasiones absolutos. Otros se limitan a mantenerse con lo suyo. Otros se recuperan. Nuestra tarea (la de los países ricos), en interés nuestro tanto como en

el suyo, es ayudar a los pobres a adquirir más salud y prosperidad. En caso contrario, tratarán de apoderarse de lo que no pueden producir y, si no pueden obtener ingresos exportando mercancías, exportarán personas. Dicho en pocas palabras, la riqueza constituye un imán irresistible y la pobreza es un contaminante que puede ser muy molesto: no puede aislarse, de modo que nuestra paz y prosperidad dependen a largo plazo del bienestar de los demás.

¿Cómo pueden adquirirlo los demás? ¿Cómo les podemos ayudar? El presente libro tratará de aportar su *contribución* a una respuesta. Y si pongo de relieve la palabra «contribución» es porque nadie dispone de una respuesta simple y todas las propuestas de panaceas son del corte de los sueños milenaristas.

Me propongo abordar estos problemas desde el punto de vista histórico. Lo hago porque soy historiador por formación y temperamento y, en asuntos complejos como este, lo mejor que uno puede hacer es lo que sabe y puede hacer mejor. Pero lo hago también porque el mejor modo de comprender un problema es preguntarse: ¿cómo llegamos hasta este punto? ¿Cómo se hicieron tan ricos los países ricos? ¿Por qué son tan pobres los países pobres? ¿Por qué asumió Europa (el Oeste) el liderazgo a la hora de cambiar el mundo?

El enfoque histórico no garantiza que pueda llegarse a una respuesta. Otros han reflexionado sobre estos temas y han dado con explicaciones dispares. La mayoría de ellos pueden agruparse en dos escuelas. Unos ven en la riqueza y el dominio europeos el triunfo del bien sobre el mal. Los europeos, afirman, eran más inteligentes, mejor organizados, más trabajadores; los demás eran ignorantes, arrogantes, vagos, atrasados y supersticiosos. Otros invierten las categorías: los europeos, dicen, eran agresivos, crueles, codiciosos, sin escrúpulos e hipócritas; sus víctimas eran felices, inocentes, débiles…, víctimas propicias y, por ello, completamente subyugados. Veremos que ambas visiones maniqueas contienen elementos de verdad, así como de fantasía ideológica. Las cosas son siempre más complejas de lo que nos gustaría.

Una tercera escuela propugna que la dicotomía Oeste-Resto es lisa y llanamente falsa. En la inmensa corriente de la historia universal, Europa es un recién llegado y se aprovecha gratuitamente de los logros anteriores de los otros. Esta afirmación es manifiestamente incorrecta. Como muestran los antecedentes históricos, durante los últimos milenios Europa (el Oeste) ha sido el principal instigador del desarrollo y de la modernidad.

Queda por resolver el aspecto moral del problema. Algunos dirán que el eurocentrismo es malo para nosotros, y sin duda malo para el mundo, por lo que debe evitarse. Dichas personas deberían evitarlo. Por mi parte, prefiero la verdad a lo políticamente correcto. Me siento más seguro del suelo que piso.

Capítulo I

LAS DESIGUALDADES DE LA NATURALEZA

La geografía está atravesando una mala racha. En mi época de estudiante de primaria, tuve que leer y copiar mapas, e incluso dibujarlos de memoria. Estudiábamos lugares, gentes y costumbres extraños, todo ello antes de que se hubiera inventado la palabra «multiculturalismo». Al propio tiempo, en niveles académicos muy superiores y alejados, florecían las escuelas de geografía económica y cultural. En Francia, nadie se habría planteado realizar un estudio de historia regional sin establecer antes las condiciones materiales en que se desarrollaban la vida y las actividades sociales[1]. Y, en Estados Unidos, Ellsworth Huntington y sus discípulos estudiaban de qué manera la geografía y, en particular, el clima influyen en el desarrollo humano.

Con todo y pese a sus muchas investigaciones útiles y esclarecedoras, Huntington contribuyó a la mala fama de la geografía[2]. Fue demasiado lejos. Estaba tan impresionado por las conexiones entre el entorno físico y la actividad humana que cada vez atribuyó más y más hechos a la geografía, empezando por las influencias físicas para llegar a las culturales. Al final, clasificaba jerárquicamente las civilizaciones y hacía coincidir las mejores —las que él consideraba mejores— con las bondades del clima. Huntington impartió clases en la Universidad de Yale, y no por casualidad consideraba que New Haven (Connecticut) tenía el clima más tonificante del mundo. Fue un hombre con suerte: a partir de Connecticut, el resto del mundo iba descendiendo en su clasificación, hasta llegar a las tierras de los pueblos de color, que se encontraban hacia el final de la jerarquía.

No obstante, al decir estas cosas, Huntington se limitaba a recoger la tradición de la geografía moral. Los filósofos vinculaban fácilmente entorno y temperamento (de ahí la antigua oposición entre el frío y el calor: la sobria reflexividad, por una parte, y la búsqueda exaltada del placer, por otra); mientras que la, en el siglo XIX, incipiente disciplina de la antropología consideraba demostrados los efectos de la geografía en la distribución de cualidades y sabiduría, invariablemente más abundantes en el grupo del ensayista en cuestión[3]. En la actualidad, los esquemas se invierten a veces, y los mitómanos afroamericanos oponen la gente del sol, alegre y creativa, a la gente del hielo, fría e inhumana.

Este tipo de análisis autocomplaciente podía resultar aceptable en un medio intelectual que gustaba de definir el desarrollo y el carácter en términos raciales, pero perdió credibilidad y aceptación a medida que las personas se fueron sensibilizando y volviendo hostiles a las comparaciones denigrantes entre grupos. Y la geografía perdió la guerra. Cuando Harvard suprimió drásticamente su departamento de geografía después de la

Segunda Guerra Mundial, apenas se oyeron voces de protesta, al margen del pequeño grupo de los expulsados[4]. Posteriormente, una serie de universidades punteras —Michigan, Northwestern, Chicago, Columbia— hicieron lo propio, sin tener que enfrentarse tampoco a una oposición seria.

Este repudio no tiene parangón en la historia de la educación superior norteamericana y refleja indudablemente las deficiencias intelectuales de esta disciplina: la carencia de una base teórica, el oportunismo generalizado (o, dicho de una manera más eufemística, la apertura de espíritu católica), la *facilidad* especial de la geografía humana. Pero tras estas críticas se esconde también la insatisfacción con algunos de los resultados. La geografía había adquirido tintes racistas y nadie quería mancharse.

Sin embargo, si por racista entendemos la vinculación, para lo bueno y para lo malo, de los actos y el comportamiento del individuo con su pertenencia a un grupo, y en particular a un grupo determinado por la biología, no hay especialidad o disciplina menos racista que la geografía. Estamos ante una ciencia que, ciñéndose a la influencia del entorno, trata de todo menos de las características generadas por el grupo. No puede agradecerse ni achacarse a nadie la temperatura del aire, el volumen o el ritmo de la lluvia o la configuración del terreno.

Pese a todo, la geografía despide un olor a azufre y herejía. ¿Por qué? Otras disciplinas intelectuales han propagado también insensateces o excesos, pero ninguna ha sido tan despreciada y vilipendiada, aunque solo fuera por negligencia. Mi impresión personal es que la geografía se ve desacreditada, si es que merece algún crédito, por su propia naturaleza. Enuncia una verdad desagradable, esto es, que la naturaleza, como la vida, es injusta, desigual en sus dones; aún más, que la injusticia de la naturaleza no tiene fácil remedio. Una civilización como la nuestra, caracterizada por la apología de la superioridad, no gusta de contrariedades. Desaprueba las palabras desalentadoras, que tanto abundan en las comparaciones geográficas[5].

La geografía, en resumen, trae malas noticias, y todo el mundo sabe qué se hace con ese tipo de mensajeros. Un especialista lo ha expresado así: «A diferencia de las demás disciplinas históricas… el investigador puede ser responsabilizado de los resultados, como se considera responsable al hombre del tiempo de que no brille el sol cuando desea uno ir a la playa[6]».

Este rechazo no nos honra. En un mapa del mundo en términos de producto o renta per cápita, se advierte que los países ricos se encuentran en las zonas templadas, especialmente en el hemisferio norte, mientras que los países pobres se sitúan en los trópicos y semitrópicos. Como afirmó John Kenneth Galbraith cuando estudiaba temas agrícolas: «[Si] marcáramos una franja de tres mil doscientos kilómetros de ancho en torno a la Tierra a la altura del ecuador, no se vería en su interior *ningún* país desarrollado… El nivel de vida es bajo y la duración de la vida humana, corta[7]». O Paul Streeten, que señala incidentalmente la reticencia instintiva a las malas noticias:

> Quizás el hecho más sorprendente sea que la mayoría de los países subdesarrollados se encuentran en las zonas tropicales y semitropicales, entre el trópico de Cáncer y el de Capricornio. Últimamente, los ensayistas restan importancia con demasiada facilidad a este hecho, considerándolo en buena medida fortuito. Esto revela el optimismo profundamente arraigado con que abordamos los problemas de desarrollo y nuestra renuencia a admitir las inmensas diferencias en las condiciones de

partida de los países hoy pobres con respecto incluso a la etapa preindustrial de los países más avanzados[8].

Es obvio que la geografía es uno de los múltiples factores que entran en juego en este fenómeno. Algunos estudiosos responsabilizan a la tecnología y a los países ricos que la han desarrollado: se les acusa de idear métodos adaptados a los climas templados, de suerte que el suelo tropical, potencialmente fértil, queda yermo. Otros acusan a las potencias coloniales de fracturar las sociedades ecuatoriales, con la consiguiente pérdida de control sobre su medio ambiente. Así, se afirma que el tráfico de esclavos, al despoblar grandes zonas y hacer que vuelvan a la maleza, habría propiciado la aparición de la mosca tsetsé y la difusión de la tripanosomiasis (enfermedad del sueño). La mayoría de los ensayistas prefieren guardar silencio al respecto.

No hay que escoger una salida tan fácil. El historiador no puede borrar o reescribir el pasado para hacerlo más agradable, y el economista que asume con ligereza que cualquier país está destinado a desarrollarse tarde o temprano debe estar predispuesto a ser severo con el fracaso[9]. Por mucho que se pueda alegar la mitigación de los condicionamientos geográficos en nuestra era, caracterizada por la medicina tropical y la alta tecnología, estos no han desaparecido, aunque fueron manifiestamente más poderosos en el pasado. En el mundo las condiciones de juego nunca han sido equitativas y todo tiene un precio.

Empezaremos por los efectos simples, directos, del entorno para continuar con los vínculos más complejos y mediatos.

En primer lugar, el clima. En el mundo hay una amplia gama de temperaturas y patrones climáticos, en función de la latitud geográfica, la altitud y la declinación del sol. Estas diferencias afectan directamente al ritmo de las actividades de todas las especies: en los inviernos fríos, nórdicos, algunos animales se limitan a enroscarse e hibernar; en los desiertos calientes, desprovistos de sombra, los lagartos y las serpientes buscan el frescor bajo las rocas o la propia arena. (Por ello, la fauna del desierto está compuesta por tantos reptiles: como su nombre indica, los reptiles reptan). La humanidad evita por lo general los extremos. Los pueblos pasan de largo, no permanecen, lo que explica expresiones como la de *Rub al Jali* (literalmente, cuarto vacío) en el desierto arábigo. Solo la codicia —el descubrimiento de oro o petróleo— o las exigencias de la investigación científica permiten vencer una repugnancia racional por estas penurias y justifican su padecimiento.

Por lo general, la incomodidad del calor es mayor que la del frío[*]. Todos conocemos la fábula de Febo y Bóreas, o el sol y el viento. Uno se puede enfrentar al frío poniéndose ropa, construyendo o encontrando un abrigo, encendiendo fuego. Estas técnicas tienen miles de años de antigüedad y explican la dispersión temprana de la humanidad del África primigenia a climas más fríos. El calor es completamente distinto. Tres cuartas partes de la energía generada por la actividad muscular adopta la forma de calor, que el cuerpo, como cualquier máquina o motor, debe liberar o eliminar para mantener una temperatura idónea. Lamentablemente, el animal humano dispone de escasos dispositivos biológicos para ello. El más importante es la transpiración, especialmente cuando se combina con una evaporación rápida. Los climas húmedos, sudoríferos, reducen el efecto refrescante de la transpiración, a menos que uno tenga un sirviente o esclavo que accione un abanico y acelere así la evaporación. Abanicarse uno mismo puede servir de ayuda psicológica, pero el efecto auténticamente refrescante quedará neutralizado por el calor producido por la

actividad motriz. Es una ley natural: no hay nada a cambio de nada; o, dicho en términos tecnológicos, se trata de la ley de conservación de la energía y la masa.

La forma más sencilla de moderar este desgaste es no generar calor; en otras palabras, quedarse quieto y no trabajar. De ahí la adaptación social de esa institución que es la siesta, pensada para mantener a la gente inactiva durante el calor de mediodía. En la India británica se solía decir que solo los perros chiflados y los ingleses salían a la calle bajo el sol de mediodía. Los nativos no eran tan tontos.

La esclavitud permite que otra gente haga el trabajo duro. No es fortuito que el trabajo de los esclavos se haya asociado históricamente a los climas tropicales y semitropicales[*]. Lo mismo puede decirse de la división del trabajo por el sexo: en los países cálidos en particular, las mujeres se afanan en el campo y se ocupan de las tareas domésticas, mientras que los hombres se especializan en la guerra o en la caza o, en la sociedad moderna, en el café, las cartas y los vehículos motorizados. La cuestión es librarse del trabajo y las fatigas, endosándoselos a quienes no pueden negarse a llevarlos a cabo.

La respuesta definitiva al calor ha sido el aire acondicionado, a pesar de que llegó muy tarde: en realidad, después de la Segunda Guerra Mundial, aunque en Estados Unidos ya se utilizaba antes en los cines, las consultas de médicos y dentistas y los despachos de personas importantes como los inquilinos del Pentágono. En Norteamérica, el aire acondicionado posibilitó la prosperidad económica del Nuevo Sur. Sin él, ciudades como Atlanta, Houston y Nueva Orleáns seguirían siendo poblaciones soñolientas.

Pero la climatización del aire es una tecnología costosa, que no puede permitirse la mayoría de los pobres del mundo. Aún más, se limita a redistribuir el calor de los afortunados, enviándoselo a los desafortunados. Requiere y consume energía, que genera calor tanto en la elaboración como durante su uso (no hay nada a cambio de nada), elevando así la temperatura y humedad del entorno no refrigerado, como habrá podido comprobar quien haya pasado junto al ventilador de un acondicionador de aire. Y, por supuesto, es totalmente moderna en términos históricos. La productividad laboral en los países tropicales siempre ha sido explicablemente inferior[*].

Hasta aquí hemos tratado de sus efectos directos. Pero el calor, especialmente el que dura todo el año, tiene una consecuencia aún más perniciosa: favorece la proliferación de formas de vida hostiles al hombre. Los insectos pululan a medida que sube la temperatura y los parásitos que albergan maduran y se crían con mayor rapidez. Resultado de ello es una transmisión más veloz de las enfermedades y la inmunización contra las medidas preventivas. La tasa de reproducción constituye el patrón crítico del riesgo de epidemia: una tasa equivalente a 1 significa que la enfermedad es estable: un caso nuevo por cada caso anterior. En enfermedades infecciosas como las paperas o la difteria, la tasa máxima se sitúa en torno a 8. En el caso de la malaria es de 90. Las enfermedades propagadas por los insectos pueden resultar incontrolables en los climas cálidos[10]. Así pues, por más que digan los poetas, el invierno es el gran amigo de la humanidad: el matarife limpio y silencioso, el asesino de insectos y parásitos, el purificador de las plagas.

Los países tropicales, excepto en altitudes elevadas, no conocen las heladas; las temperaturas medias en los meses más fríos son superiores a los 18 °C, razón por la que constituyen un hervidero de actividad biológica, gran parte de la cual resulta destructiva para el hombre. El África subsahariana constituye una amenaza para todos sus habitantes o

visitantes. Gracias a los reconocimientos médicos que se efectúan a los reclutas de los ejércitos de las nuevas naciones que van surgiendo, estamos empezando a vislumbrar la magnitud del problema. Por ejemplo, se sabe que muchas personas no portan solo un parásito, sino varios, por lo que están demasiado enfermas para trabajar y empeoran lentamente.

Basten uno o dos ejemplos para ilustrar la situación a grandes rasgos.

En las cálidas aguas africanas o asiáticas, ya se trate de canales, estanques o corrientes, vive un caracol portador de un gusano (esquistosoma) que se reproduce soltando en el agua miles de larvas diminutas con flagelo (*cercariae*), en busca de un organismo mamífero huésped, para penetrar en él a través de mordeduras o rasguños u otras fisuras de la piel. Una vez alojadas confortablemente en una vena, las larvas se convierten en pequeños gusanos y se aparean. Las hembras ponen millares de huevos con espinas, para impedir que el organismo huésped pueda deshacerse de ellos. Estos huevos se abren paso hacia el hígado o los intestinos, rasgando los tejidos a medida que avanzan. Puede imaginarse su efecto sobre los órganos: destrozan el hígado, causan hemorragias intestinales, producen lesiones carcinógenas, entorpecen la digestión y la evacuación. La víctima se ve aquejada de escalofríos y fiebres, es incapaz de trabajar y se vuelve tan vulnerable a otras enfermedades y parásitos que a menudo resulta difícil precisar qué es lo que la está matando.

Este azote es conocido como la fiebre del caracol, la duela o, en lenguaje científico, «esquistosomiasis» o «bilharziosis», con el nombre del doctor que vinculó por primera vez, en 1852, el gusano con la enfermedad. Está particularmente extendido en el África tropical, pero afecta a todo el continente, además de algunas áreas subtropicales en Asia y, en una variedad distinta, a Sudamérica. Constituye un problema especialmente grave cuando se trabaja en el agua, en el cultivo de arroz en humedales, por ejemplo[11].

En los últimos decenios, la medicina ha descubierto varios remedios parciales, aunque la capacidad destructiva de los vermicidas en cuestión hace que la curación sea casi tan perniciosa como la enfermedad. Lo mismo puede decirse de las agresiones químicas contra el caracol huésped: los molusquicidas matan tanto a los peces como a los caracoles. Los beneficios de un año quedan anulados por las pérdidas del año siguiente, sin que se logre por ello erradicar la esquistosomiasis. Aunque aún era más mortífera antiguamente.

Se sabe más de la tripanosomiasis, un grupo de enfermedades entre las que figuran la nagana (una enfermedad de los animales), la enfermedad del sueño y, en Sudamérica, el mal de Chagas. El origen de estos morbos es el tripanosoma, un protozoo parasitario llamado así por su organismo flagelado: son taladradores. El *tripanosoma brucei* es también «una bestia diabólica, con una capacidad inaudita para modificar sus antígenos[12]». Hoy se conoce la existencia de un centenar de variedades, podría haber millares. Se dedican a jugar al escondite. El sistema inmunitario del organismo no puede luchar contra ellos, porque no logra descubrirlos. Así pues, la única posibilidad de combatirlos radica en los medicamentos (todavía en fase experimental) y en las agresiones al vector.

En el caso de la tripanosomiasis africana, el vector es la mosca tsetsé, un insecto diminuto y malvado que se secaría y moriría de no chupar con frecuencia sangre de mamíferos. Aún hoy, a pesar de las poderosas medicinas de que se dispone, la densidad de estos insectos vuelve inhabitables para el ganado y hostiles para el hombre grandes áreas del África tropical. Antiguamente, antes del advenimiento de la medicina y la farmacología

tropicales científicas, el conjunto de la economía se resentía de esta plaga. La ganadería y el transporte animal resultaban imposibles: solo podían desplazarse mercancías de gran valor y pequeño volumen, y solo podían hacerlo porteadores humanos. Huelga precisar que no abundaban los voluntarios para esta tarea. La solución fue el recurso a la esclavitud —otra plaga, aunque de las costumbres—, que expuso a buena parte del continente a razias interminables y generalizó la inseguridad. Todos estos factores desalentaron el comercio y las comunicaciones intertribales e hicieron la vida urbana, dependiente de los alimentos procedentes del exterior, prácticamente inviable, lo que a su vez provocó la ralentización de los intercambios que propician el desarrollo cultural y tecnológico[*]. (El cuadro 1.1

CUADRO 1.1
Alcance e incidencia de las enfermedades tropicales, 1990

Enfermedad	Países afectados	Número de casos de infección (en miles)	Número de personas en situación de riesgo (en millones)
Malaria	103	270.000	2.100
Esquistosomiasis	76	200.000	600
Filariasis linfática	76	90.000	900
Ceguera del río	34	17.000	90
Mal de Chagas	21	16-18.000	90
Leishmaniosi	80	12.000	350
Lepra	121	10-12.000	1.600
Enfermedad africana del sueño	36	25	50

FUENTE: Organización Mundial de la Salud (OMS), Programa especial de investigación y formación en enfermedades tropicales, 1990, citado en Omar Sattaur, *WHO to Speed Up Work on Drugs for Tropical Diseases*, p. 17.

contiene datos sobre las enfermedades tropicales y subtropicales).

Nadie duda de que la medicina ha realizado grandes progresos en la lucha contra estas enfermedades. Su papel se remonta al comienzo de la presencia europea: los europeos, no preparados físicamente para los rigores y peligros específicos de los climas cálidos, trajeron médicos consigo. Como es natural, en aquellas fechas tempranas los doctores, ignorantes aunque bienintencionados, resultaron más perjudiciales que beneficiosos; con todo, no dejaron de aliviar a sus pacientes. La teoría de los gérmenes no sentó las bases de la investigación dirigida y de una prevención y un tratamiento eficaces hasta la segunda mitad del siglo XIX. Antes se recurría a un empirismo que combinaba las conjeturas con la imaginación. Afortunadamente, estas técnicas no eran caprichosas. La importancia concedida a la observación y al principio de realidad —se puede creer en lo que se ve en la medida en que alguien más vea lo mismo que yo— compensaban la falta de comprensión de los fenómenos.

Tomemos como ejemplo el mayor asesino del mundo: la malaria. Antes del descubrimiento de los patógenos microbianos, los médicos atribuían las fiebres a los miasmas de las aguas estancadas: una causa errónea, pero que no dejaba de ser una inferencia razonable desde el punto de vista empírico. De modo que, en Argelia, los franceses, alarmados ante la cantidad de bajas por enfermedad registradas entre los suyos, procedieron al drenaje sistemático de las ciénagas, con objeto de limpiar el aire malsano (*malaria*). Con ello sanearían o no el aire, pero erradicaron sin duda alguna los mosquitos. Las muertes entre la población militar imputables a la malaria se redujeron en un 61 por

100 en el período 1846-1848 a 1862-1866, mientras que la morbilidad disminuyó aún más drásticamente entre el decenio de 1830 y el de 1860[13]. Además, estas medidas tuvieron efectos secundarios beneficiosos. No disponemos de cifras sobre la población civil, pero es indudable que debió mejorar la salud tanto de los nativos como de los colonizadores franceses. Al margen de lo que pueda pensarse de la política y las actividades de los franceses en Argelia, es cierto que permitieron a millones de argelinos que vivieran más tiempo y más sanos. (A lo que un musulmán argelino podría replicar que el drenaje también incrementó la superficie de tierra a disposición de los colonos europeos).

La experiencia argelina ilustra las ventajas de las mejoras medioambientales: es mejor evitar que las personas enfermen a curarlas una vez afectadas. A lo largo del siglo pasado, la conjunción de medicina e higiene pública propició un cambio sustancial de la esperanza de vida, hasta tal punto que las cifras relativas a las poblaciones tropicales y pobres han ido convergiendo con las de los climas más benignos y de países más ricos. Así, en 1992, un bebé nacido en una economía de recursos escasos (cuya población representa más de mil millones de personas, excluyendo a China e India) tiene una esperanza de vida de 56 años, mientras que para uno nacido en un país rico (828 millones de habitantes) es de 77 años. Esta diferencia (un 37,5 por 100 de mayor esperanza de vida), que no es pequeña pero que ha menguado con respecto al pasado, disminuirá a medida que los países pobres se vayan enriqueciendo y la prolongación de la longevidad en las sociedades ricas tope con un límite biológico y con las enfermedades medioambientales ligadas a la opulencia[14]. Los adelantos principales se han producido en el cuidado de los bebés (menores de un año): la mortalidad de los recién nacidos ha caído del 146 por 1000 en 1965 en los países más pobres (el 114 en China e India) al 91 en 1992 (al 79 en India y al 31 en China). Con todo, subsiste una gran diferencia con respecto a los países ricos, cuya tasa de mortalidad de recién nacidos ha disminuido aún más rápido, pasando del 25 al 7 por 1000 durante el mismo período[15]. No puede descender mucho más.

Todo ello no invita a la autocomplacencia. La medicina moderna puede salvar bebés y mantener a la gente viva más tiempo, pero eso no significa necesariamente que estén sanos. En efecto, las estadísticas sobre mortalidad y morbilidad son contradictorias. Las personas muertas no se contabilizan como enfermas, como el investigador contratado por la industria norteamericana del tabaco sobreentendía al alegar, impertérrito, que las previsiones sobre el elevado coste de fumar debían revisarse a la baja por la menor esperanza de vida de los fumadores. Lo mismo ocurre, pero al revés, en los trópicos: los antibióticos, las inoculaciones y las vacunas salvan vidas, pero frecuentemente vidas enfermizas. La propia existencia de una especialidad conocida como medicina tropical revela la naturaleza del problema. Aunque esta rama ha alcanzado logros notables, la factura, para investigadores, víctimas indígenas e imperialistas de todo cuño, ha sido costosa[16].

Al propio tiempo, la prevención conlleva gastos elevados y el tratamiento a menudo exige un régimen de medicación prolongado, que los organismos locales no pueden dispensar y que resulta penoso para los pacientes. En 1990, la mayoría de los afectados por enfermedades tropicales vivía en países con una renta anual media inferior a 400 dólares estadounidenses. Los gobiernos de estos países gastaban menos de 4 dólares por persona en concepto de cuidados sanitarios. No resulta por lo tanto sorprendente que las empresas

farmacéuticas, que afirman que la elaboración y comercialización de una medicina o vacuna cuesta en torno a los 100 millones de dólares, se muestren reticentes a ocuparse de este tipo de pacientes[17]. Incluso en los países ricos, el coste de la medicación puede superar los recursos de los pacientes y la permisividad de los seguros médicos. Las terapias más recientes contra el sida cuestan entre 10 000 y 12 000 dólares estadounidenses anuales de por vida; una fortuna inimaginable para sus víctimas en el tercer mundo[18].

Por último, las costumbres y las instituciones pueden fomentar la difusión de la enfermedad y entorpecer las soluciones médicas. Las enfermedades se amoldan casi siempre a pautas de comportamiento humano, de suerte que su curación no precisa solo medicación, sino también cambios en dicho comportamiento. He ahí el intríngulis: es más fácil ponerse una inyección que cambiar de modo de vida. Véase el sida en África. A diferencia de lo que ocurre en otros lugares, esta enfermedad afecta por igual a mujeres y hombres, pues tiene su origen en una abrumadora mayoría de casos en los contactos heterosexuales. Los epidemiólogos siguen buscando soluciones. Entre los factores de propagación que proponen figuran: una promiscuidad generalizada y bien vista entre los varones, el recurso al sexo anal como técnica de control de la natalidad y la persistente lacra de la circuncisión femenina (clitorectomía), que quiere servir de disuasión al placer y el apetito sexuales. Ninguno de estos vectores es intrínsecamente médico, de modo que todo cuanto los médicos pueden hacer es aliviar el sufrimiento de las víctimas y retrasar la aparición de la sintomatología propia de la enfermedad. Dada la pobreza de estas sociedades, no es mucho.

Al margen de las limitaciones materiales, la medicina moderna debe hacer frente asimismo a obstáculos de tipo ideológico y religioso: en todas partes, pero en particular en las sociedades más pobres y atrasadas desde el punto de vista técnico. En ocasiones, se prefieren las panaceas tradicionales y las invocaciones mágicas a los remedios extranjeros, impíos. Un occidental, con su fe en la ciencia, rechazaría estas prácticas tildándolas de superstición e ignorancia, lo que no quiere decir que no puedan proporcionar cierto alivio psicosomático. A veces, las pociones de los nativos, aunque no sean puras químicamente ni estén concentradas, surten efecto. Por ello, los científicos modernos y las empresas farmacéuticas dedican recursos al estudio de las virtudes de la *materia medica* exótica.

Estos éxitos empíricos ocasionales, en combinación con un resentimiento anticolonialista y un apego sentimental a la cultura indígena (por no mencionar el interés personal de los practicantes a la vieja usanza), han motivado críticas de tipo político y antropológico de la medicina tropical (moderna) y una defensa, sin duda cauta, de estas prácticas alternativas[19]. En el caso de África, esta teoría sostiene que la medicina tropical, con su orgullo petulante y su desprecio por las terapias indígenas, ha hecho menos de lo que estaba en su mano; aún más, que las fronteras trazadas por los europeos y la agricultura comercial al estilo europeo han acabado con los antiguos obstáculos a los vectores de la enfermedad (insectos, parásitos, etc.). Incluso unas medidas de sanidad pública perfectamente sensatas pueden herir la susceptibilidad indígena, mientras que las precauciones y los ensayos médicos pueden percibirse como condescendientes y símbolo de explotación[20].

El agua es otro problema. Por lo general, el promedio de las precipitaciones en las zonas tropicales es suficiente, pero el calendario es a menudo irregular e impredecible y los chubascos raramente apacibles. Las lluvias son abundantes y la intensidad de las precipitaciones, torrencial. Las medias pierden sentido cuando se va de un extremo a otro, de un año o estación a otro o de un día al siguiente[21]. En el norte de Nigeria, el 90 por 100 de toda la lluvia cae en tormentas que superan los 25 mm por hora, lo que constituye la precipitación mensual media en Kew Gardens, en las afueras de Londres. Java registra lluvias más abundantes; una cuarta parte de las precipitaciones anuales cae a 60 mm por hora.

En estos climas, los cultivos no pueden competir fácilmente con la jungla y la pluviselva: estos preciosos invernaderos de la biodiversidad son benignos para todas las especies menos para el hombre y su limitada gama de cultivos. Resultado de ello es una especie de guerra sorda que tanto la naturaleza como el hombre pierden. Las talas de plantas y troncos valiosos se convierten en incursiones ruinosas y despiadadas. La exuberancia de la jungla tampoco ayuda a encontrar buenas soluciones de cultivo. Si se tala y planta, el sol, no filtrado, se abate sobre la tierra; las lluvias abundantes, al no verse frenadas en su caída por las hojas y ramas, erosionan el terreno, lixivian los nutrientes del suelo y crean un nuevo erial. Si la arena es arcillosa, compuesta en gran parte por óxidos de hierro y aluminio, la acción combinada del sol y la lluvia convierten el suelo en una armadura impenetrable. A dos o tres años de cosechas, les sigue un barbecho forzoso e indefinido. El terreno recién despejado se abandona al poco tiempo, y pronto las enredaderas y los zarcillos anegan las moradas y los templos presuntuosos. Aquí tampoco pueden prosperar las poblaciones, pues tienen que recurrir a los superávits alimentarios de las zonas vecinas. En la actualidad, la urbanización en África, con frecuencia caótica, depende en buena medida de la importación de alimentos del extranjero.

En el otro extremo, las áreas secas se desertizan y la arena del desierto se convierte en un invasor implacable, que sofoca las tierras de la periferia, antaño fértiles. Hacia 1970, el Sáhara avanzaba en dirección al Sahel a una velocidad de 18 pies por hora: en términos geológicos, se trata de un galope[22]. Esta expansión del erial constituye un problema en todos los climas semiáridos: en las grandes llanuras de Estados Unidos (recuérdense los emigrantes de Oklahoma a California para la vendimia, que retrata Steinbeck en *Las uvas de la ira*), en el Negev israelí y en la ribera oriental del Jordán, así como en el oeste de Siberia. En caso de una bajada de las precipitaciones, los cultivos mueren de sed y el viento se lleva la capa superior de la tierra. En cambio, en los climas templados, los cultivos vuelven a germinar cuando reaparece la lluvia. Los desiertos tropicales y semitropicales son menos permisivos.

Una solución para las precipitaciones irregulares es el almacenamiento y el regadío, pero en estas zonas tiene el inconveniente de unos índices de evaporación increíblemente elevados. Por ejemplo, en la región de Agrá, en India, las precipitaciones superan las necesidades actuales de la agricultura tan solo durante dos meses al año y el superávit de agua absorbida por el suelo durante esos meses húmedos se seca en solo tres meses.

No resulta, por lo tanto, accidental que el asentamiento de las poblaciones y la civilización siguiera los cauces de los ríos, que ofrecen agua en los puntos de recogida y con

ella un depósito anual de tierra fértil: pensemos en el Nilo, el Indo, el Tigris y el Eufrates. Estos centros de la civilización antigua fueron en primer lugar y ante todo centros de alimentación, aunque la Biblia nos recuerde que hasta los egipcios padecían hambrunas. No todas las corrientes son tan generosas. El Volta riega más de 100 000 km^2 en el África occidental —la mitad de la superficie de Gran Bretaña—, pero cuando su curso está bajo, el caudal medio en la desembocadura es solo de 28 m^3 por segundo, frente a los 3500 a 9800 m^3 de la temporada alta. La sequía en la cuenca del Volta se produce en la época más cálida y ventosa del año, y la pérdida de agua por evaporación es extraordinariamente elevada[23].

A todo esto hay que añadir las catástrofes, las inundaciones, tormentas y sequías, de las que se dice que acaecen una vez cada siglo y, en realidad, se registran una o dos veces por decenio. En el período 1961-1970, unos veintidós países en zonas con climas adversos (propensos a las inundaciones, a las sequías, desiertos) registraron daños por valor de prácticamente 10 000 millones de dólares estadounidenses debidos a ciclones, tifones, sequías y desastres de esta índole, casi tanto como obtuvieron en concepto de préstamos del Banco Mundial, lo que les dejó virtualmente sin recursos para el desarrollo. El ciclón de 1970 en Bangladesh, una llanura al nivel del mar fácil presa de las inundaciones, mató aproximadamente a medio millón de personas y dejó al doble de ellas sin hogar. En la India, que ha estado penando por lograr un aumento anual del 2 al 3 por 100 de sus cultivos alimentarios, una temporada mala puede reducir la producción en más de un 15 por 100[24]. La repercusión de estas «excepciones nada excepcionales» puede resultar extremadamente costosa, incluso para las sociedades ricas: prueba de ello fueron las pérdidas causadas por el huracán Andrew en 1992 y las grandes inundaciones del Medio Oeste estadounidense en 1993 y 1997. Para las poblaciones marginales y pobres que viven en el umbral de la subsistencia, sus efectos son letales. Nos enteramos de algunas de estas catástrofes si las cámaras de televisión están presentes: en caso contrario, ¿quién ve u oye a los millones de personas que se anegan y mueren de hambre? Y, si no se las ve ni oye, ¿a quién le interesan?

De modo que la vida en los climas pobres es precaria, mísera, brutal. Los errores del hombre, por bienintencionados que sean, agravan la crueldad de la naturaleza. Ni siquiera las ideas felices escapan al castigo. No es de extrañar que estas zonas sigan siendo pobres, que muchas de ellas se hayan empobrecido aún más, que numerosos proyectos de desarrollo anunciados a bombo y platillo hayan fracasado estrepitosamente (se oye hablar más de ellos antes que después), que los avances en los cuidados sanitarios se queden en nada al toparse con las nuevas enfermedades y rebroten las viejas enfermedades.

África, en particular, ha librado una dura batalla contra estos escollos y, aunque se han realizado grandes progresos, como reflejan las tasas de mortalidad y los datos sobre la esperanza de vida, la morbilidad sigue siendo elevada, la alimentación es inadecuada, una hambruna sigue a otra y la productividad no aumenta. Antaño fue capaz de alimentar a su población: hoy ya no lo es. La ayuda exterior es principalmente alimentaria. Los habitantes rinden por debajo de su potencial. Los gobiernos no dan abasto. A la vista de la pertinacia de estos obstáculos naturales, lo sorprendente es que los africanos hayan obtenido tan buenos resultados.

Con todo, sería un error ver en la geografía la fuerza del destino. Su impronta puede reducirse u obviarse, aunque siempre pagando un precio por ello. La ciencia y la tecnología constituyen la clave: cuanto más se sabe, más puede hacerse para prevenir la enfermedad e instaurar mejores condiciones de vida y de trabajo. Es indiscutible que hoy podemos hacer más que ayer, y las proyecciones para las áreas tropicales son mejores de lo que solían ser. En el ínterin, las mejoras en este ámbito imponen sensatez y cautela. Debemos dejar de ver las cosas de color de rosa. Circunscribir o ignorar el problema no lo disipará ni nos ayudará a resolverlo.

«EL CLIMA TEMPLADO SIEMPRE ME HA ESTIMULADO E INFUNDIDO VIGOR»

Las experiencias personales pueden resultar engañosas, aunque solo sea por las diferencias que hay de un individuo a otro. Lo que para uno es una molestia para otro será un placer. Con todo, la ley de la postración causada por el calor afecta a todos, y pocos logran trabajar a pleno rendimiento cuando tienen calor y sudan. A continuación, se recogen las impresiones de un diplomático de Bangladesh que recuerda su propia experiencia y la de sus compatriotas al visitar países de clima templado:

En países como la India, Pakistán, Indonesia, Nigeria y Ghana siempre me ha exasperado el más mínimo esfuerzo físico o mental, mientras que en el Reino Unido, Francia, Alemania o Estados Unidos el clima templado siempre me ha estimulado e infundido vigor, no solo durante largas estancias, sino incluso en los viajes cortos. Y sé que todas las personas procedentes de las zonas tropicales que han visitado países de clima templado han tenido una experiencia similar. También he visto a centenares de personas procedentes de países de clima templado sentirse exasperadas y exhaustas al no hallarse en una habitación con aire acondicionado.

En la India y otros países tropicales he contemplado a agricultores, obreros industriales y, de hecho, a trabajadores de todos los tipos de oficios manuales y administrativos trabajar a un ritmo lento y realizar frecuentes pausas para descansar. En cambio, en la zona templada he visto a la misma clase de personas trabajar a un ritmo vivo, con mucho vigor y energía y realizando muy pocas pausas de descanso. Sé, por experiencia propia y por la experiencia de otras personas de origen tropical en la zona templada, que esta espectacular diferencia en la energía y la eficacia en el trabajo no puede deberse enteramente, ni siquiera mayoritariamente, a diferentes niveles de alimentación[25].

Capítulo II

RESPUESTAS A LOS CONDICIONAMIENTOS GEOGRÁFICOS: EUROPA Y CHINA

Esta desigualdad natural se plasma en el contraste entre el triste cuadro esbozado y las condiciones mucho más favorables de las zonas templadas y, dentro de ellas, Europa por encima de todas, y, dentro de Europa, ante todo la franja occidental.

Tomemos el clima por ejemplo. Europa sí tiene inviernos lo suficientemente fríos para contener a los patógenos y a las plagas. El rigor del invierno aumenta a medida que uno se dirige hacia el este, a los climas continentales, pero incluso sus modalidades más suaves mantienen a raya la ponzoña de la morbilidad. Existen enfermedades endémicas, pero nada tienen que ver con las de las tierras cálidas, inhabilitadoras y asesinas. El parasitismo constituye una excepción. Algunos han opinado que esta excepción explica la vulnerabilidad de los europeos a las epidemias: no han estado lo suficientemente expuestos a los patógenos como para hacerse resistentes a ellos.

Incluso en invierno, las temperaturas de Europa occidental son suaves. Si se trazaran líneas isotérmicas en torno al globo terrestre (isotermos), en ninguna parte irían tan al norte como a lo largo de la costa atlántica europea. La temperatura invernal más baja en la costa noruega, entre 58 y 71 grados de latitud norte, supera las de Vermont y Ohio, unos veinte grados más próximos al ecuador. Consecuencia de ello es que los europeos han podido cultivar a lo largo de todo el año.

Cuentan con la ayuda de una pluviometría relativamente estable, distribuida a lo largo de todo el año y raramente en forma de chubascos: «cayó como la dulce lluvia del cielo[*]». Se trata de un modelo que solo se encuentra en el globo con carácter excepcional. La lluvia estival cae en abundancia sobre el continente euroasiático; la lluvia invernal, no. En invierno, las precipitaciones procedentes del Atlántico pierden fuerza al llegar a las llanuras de Europa central y oriental. Las estepas asiáticas, alejadas del mar, padecen carestía de agua, lo que explica fenómenos como el desierto de Gobi. El sureste y el este de China se salvan merced a las lluvias procedentes de los mares que rodean a Indochina; lo mismo ocurre con el sureste de Estados Unidos, beneficiario de las precipitaciones originarias del golfo de México.

Este suministro de agua seguro y estable propició una pauta de organización social y política diferente de la imperante en las *civilizaciones fluviales*. A lo largo de los ríos, el control de los alimentos recaía inevitablemente en las manos de quienes ejercían el control de las corrientes y los canales alimentados por estas. Los gobiernos centralizados surgieron

tempranamente, ya que el amo de los alimentos era el amo de las personas. (El relato bíblico de José y el faraón narra este proceso alegóricamente. Para obtener alimentos, los hambrientos egipcios dieron al faraón en primer lugar su dinero, luego sus ganados, más adelante sus tierras y, por último, sus personas [Génesis 47:13-22]). Nada parecido habría podido suceder en Europa.

Este privilegiado clima europeo es el don de la gran corriente cálida conocida como corriente del Golfo, que se origina en las aguas tropicales de África, se abre camino hacia el oeste a través del Atlántico y el Caribe, para cruzar de nuevo el Atlántico, por lo general en dirección noreste. La rotación en el sentido de las agujas del reloj se produce debido a la rotación de la Tierra en combinación con la elevación del agua a medida que se calienta; en el hemisferio sur, las corrientes ecuatoriales se mueven en sentido inverso al de las agujas del reloj (véase el mapa «Corrientes marítimas del mundo» más adelante). En ambos hemisferios, las corrientes ecuatoriales circulan de este a oeste, llevando consigo el calor y una rica vida marina.

Por lo general, las corrientes ecuatoriales del norte y el sur tienen un volumen similar pero, en el Atlántico, un accidente geológico convierte la corriente ecuatorial septentrional en la mayor deriva oceánica de este tipo en el mundo. El accidente en cuestión se debe a la conformación paulatina de América del Sur con la separación de las placas tectónicas continentales y la fractura del continente de la masa terrestre africana o, más específicamente, de la gran protuberancia que apunta hacia el este en Brasil (y que se corresponde a grandes rasgos con la concavidad que dibuja el perfil de la costa atlántica de África). El saliente de Brasil divide en dos la corriente ecuatorial meridional y envía *grosso modo* la mitad hacia el norte, donde se une a su homóloga septentrional, produciendo una enorme masa de agua cálida, que va a estrellarse contra las costas de Irlanda y Noruega (véase el mapa «Corrientes marítimas del mundo» más adelante). Este privilegio geológico proporciona a Europa vientos cálidos y lluvias suaves, agua en todas las estaciones y bajos índices de evaporación, las premisas de las buenas cosechas, además de un ganado lozano y bosques tupidos de especies frondosas.

Como es natural, Europa no se caracteriza por un clima único. El régimen de lluvias es más abundante y estable a lo largo del Atlántico, allí donde los vientos occidentales, cargados de humedad, abandonan la costa para entrar en tierra firme. A medida que se avanza en dirección este a la estepa polaca y rusa, el clima se hace más continental, con valores extremos más elevados, tanto de pluviometría como de temperatura. Lo mismo ocurre con los países mediterráneos: las temperaturas son suaves, pero la lluvia es menos densa, más irregular. En España, Portugal, el sur de Italia y Grecia, el suelo produce menos y los olivos y la uva dan mejores resultados que los cereales, el ganado resulta más rentable que la agricultura. Algunos dirían que estas desventajas geográficas condujeron a la pobreza, incluso al retraso industrial, del sur de Europa frente al norte[1]. (Veremos más adelante que las razones de índole cultural han sido, cuando menos, igual de importantes).

De ser así, ¿por qué tardó tanto Europa en desarrollarse, por qué lo hizo miles de años después que Egipto y Sumer? La respuesta, una vez más, está en la geografía, en esos bosques frondosos. Edmund Burke no erraba al comparar a los ingleses con los indios, «un pueblo civilizado y cultivado desde hacía lustros… cuando nosotros seguíamos en la jungla[2]». Hasta que los pueblos no dispusieron de instrumentos cortantes de hierro, en el

primer milenio antes de nuestra era, no pudieron desbrozar las llanuras, por otra parte fértiles, del norte de los Alpes. No resulta casual, por lo tanto, que los asentamientos de lo que iba a convertirse en Europa se produjeran en primer lugar en torno a las orillas de los lagos (los conocemos con el nombre de palafitos, a menudo sobre pilotes) y en las praderas herbáceas, no necesariamente las tierras más fértiles, pero sí las más abordables para una tecnología primitiva, que no disponía de hierro. Solo más adelante pudo Europa cosechar alimentos suficientes para abastecer a poblaciones más densas y generar los superávits que se destinan a los centros urbanos de intercambio cultural y desarrollo. Con todo, la mayor parte de los bosques siguieron intactos, incluso crecieron cuando el número de habitantes descendió durante los siglos posteriores a la caída de Roma. No en vano la memoria popular nos llega en forma de leyendas y cuentos como *Caperucita roja, Hansel y Gretel, Pulgarcito* y otras historias de bosques, lobos y brujas y los peligros que encierran.

Como dejan claro estos relatos, resultaría erróneo presentar el entorno geográfico europeo como idílico. Europa padeció hambrunas y enfermedades, largas épocas de enfriamiento y recalentamiento, epidemias y pandemias. Los campesinos sabían que podían sobrevivir a una y quizás a dos malas cosechas, pero después venía el hambre. Una vez más, el bosque desempeñó un papel fundamental, como fuente de aprovisionamiento en bayas, nueces, incluso bellotas y castañas. Y, en este caso también, la regularidad de la lluvia hizo que la agricultura no fuera una actividad marginal, ya que a una época de sequías le seguiría pronto la vuelta de la lluvia y las cosechas. Hay que centrarse en los lugares secos, allí donde cultivar constituye un desafío y la tierra corre peligro de desertizarse —no solo en las zonas situadas al sur del Sáhara invasor, o al este del Jordán, en el margen septentrional del desierto arábigo, sino también en las llanuras norteamericanas del meridiano 100, o la estepa siberiana, donde Jruschov trató de cultivar trigo, o en los algodonales que rodean al lago Baikal—, para hacerse una idea de lo tenue que puede llegar a ser la frontera con el páramo cuando la lluvia escasea y es irregular.

Este entorno favorable permitió a los europeos dejar una porción mayor del terreno en barbecho y para silvicultura, pudiendo así criar ganado sin verse obligados a buscar pastos excesivamente lejos. Sus animales eran mayores y más fuertes que los de otros países. El póney mongol, azote de la estepa, parecía pequeño en comparación con un corcel de batalla europeo; lo mismo puede decirse de las monturas árabes. En buena parte de India no se podían criar caballos en absoluto debido al clima. Tanto los animales grandes como los pequeños tienen ventajas. Los mongoles y los tártaros pudieron desplazarse con facilidad a través de su mar interior despoblado, asestando ataques rápidos y demoledores contra las poblaciones sedentarias que les rodeaban. El caballo europeo, montado por un guerrero armado, semejaba un carro de combate viviente, imparable en las cargas, imbatible en las batallas campales.

El conflicto entre ambas tácticas originó algunas de las batallas más célebres de la historia. En 732, Carlos Martel, abuelo de Carlomagno y mayordomo de palacio, dirigió a un ejército de caballeros contra los invasores árabes cerca de Tours, poniendo un límite occidental a lo que había parecido una expansión musulmana imparable[*]. Unos cuatrocientos cincuenta años después, en 1187, las tropas sarracenas de Saladino dejaron que los jinetes europeos cargaran contra ellos en Tiberíades, apartándose en el último momento para dejarles pasar. En ese momento, las monturas de los cruzados, que habían

llevado a cuestas a sus caballeros todo el día bajo un sol abrasador, estaban agotadas. Los sarracenos no tuvieron más que cerrar filas y cortar la retirada de los europeos. De este modo concluyó el reino cruzado de Jerusalén y el dominio feudal cristiano en Tierra Santa.

A la larga, sin embargo, los europeos acabaron por triunfar. Sus animales más grandes suponían una ventaja para las tareas pesadas y los transportes. Los caballos de tiro podían arar las tierras arcillosas de la gran llanura septentrional (el caballo es más fuerte que el buey, esto es, se mueve más rápido y trabaja más en menos tiempo), llevando al mismo tiempo las cosechas frescas a los mercados urbanos. Más adelante, acarrearían cañones de campaña a la guerra, al combate. Los rebaños europeos solían ser más numerosos y generaban mucho abono animal (frente a los excrementos humanos recogidos de noche en Asia oriental). Esto permitía un cultivo más intensivo y cosechas más abundantes, que a su vez suponían más alimentos, y así sucesivamente, en una espiral ascendente. Como consecuencia de ello, los europeos seguían una dieta rica en productos lácteos, carne y proteínas animales. Crecían más y tenían mejor constitución, resultando relativamente inmunes a las plagas de gusanos que asolaban China e India[*]. (No hace muchos años, una quinta parte de todos los chinos que recibían transfusiones sanguíneas se contagiaban de hepatitis, porque los hígados de los donantes estaban corroídos por los parásitos y los análisis de sangre eran deficientes)[3]. Los europeos, más sanos, vivían más tiempo y rendían de una manera más acorde con su potencial[*][4].

Con ello no queremos decir que las cosechas europeas *por área* o *densidad* de población fueran superiores a las de los países cálidos que recurrían al regadío. Las ventajas derivadas del abono de origen animal, el arado (que hace aflorar los nutrientes del subsuelo) y el barbecho no igualan a los sedimentos fértiles del Nilo, el Eufrates o el Indo, y aún menos a los depósitos aluvionales de los ríos Amarillo y Changjiang y las cosechas múltiples que permite la regularidad de su clima cálido durante todo el año[*]. Por otra parte, las interrupciones irregulares en el cultivo fluvial, ya sea por falta o exceso de agua o por iniciativas contraproducentes para los sistemas de irrigación, pueden ser mucho más perjudiciales que las temporadas secas o húmedas en un clima lluvioso[*]. Las medias son engañosas. Las lluvias monzónicas, generosas a la larga, varían mucho de una estación a otra y de un año al siguiente. Las inundaciones y sequías constituyen la norma general. En China y la India, las obras asociadas al drenaje y a la acumulación de agua resultaban por ello muy urgentes. Incluso cuando no se producían catástrofes, la demanda de mano de obra en la temporada de lluvias y las grandes cosechas propias de los cultivos húmedos propiciaron una gran densidad de población: 30 veces la de África por unidad arable, 40 veces la de Europa, 100 veces la de Norteamérica[5]. Este hecho explica la generalización de los matrimonios tempranos, independientemente de los recursos materiales[*].

En cambio, la Europa cristiana y especialmente la occidental aceptaron el celibato, el matrimonio tardío (hasta que se pudiera costear) y unos nacimientos por lo general más espaciados. En la Edad Media, los europeos veían en los hijos una carga potencial en época de miseria. Recuérdense las historias de Hansel y Gretel y Pulgarcito, niños abandonados a la muerte en el bosque, fuera de la vista de sus padres. Las civilizaciones fluviales aprovechaban al máximo el recurso que supone la población; los europeos daban más importancia a los hogares pequeños y a prácticas de indivisión de herencias y alianzas entre diversas familias.

De modo que los números no lo dicen todo; algunos incluso opinan que, contabilizando la salud y la explotación de los animales, Europa quizás haya aportado más energía a la agricultura (por área de cultivo) que las poblaciones mucho más numerosas de Asia. Además, la abundancia de estas masas campesinas tentó a los dirigentes asiáticos a emprender proyectos ostentosos, recurriendo al trabajo forzoso. Dichos proyectos —grandes atracciones turísticas— habrían de suscitar un día la admiración y el escándalo de los visitantes europeos, sorprendidos por el contraste entre una riqueza petulante y una pobreza asfixiante. «Los esplendores de las cortes asiáticas, de los monumentos religiosos y funerarios y de las obras de ingeniería hidráulicas, los artículos de lujo y la pericia de los artesanos parecían atestiguar simplemente que la organización política podía sacar sangre de las piedras, siempre y cuando la cantidad de piedras fuera suficiente[*]».

Los europeos no se vieron obligados a construir pirámides[*]. Europa, y en particular Europa occidental, tuvo mucha suerte.

Compárese con China, donde «la agricultura está en estado de ebullición… y la humanidad hormiguea[6]».

Quien quiera comprender la historia económica universal debe estudiar China, el país más precoz y con mucho el que más éxito ha tenido en cuanto a desarrollo. Se trata de un país que representa aproximadamente el 7 por 100 de la superficie terrestre y alberga prácticamente al 21 por 100 de la población mundial. Un viejo proverbio chino lo expresa sucintamente: «el terreno escasea y las personas abundan[7]».

Hace unos dos mil años, quizás 60 millones de personas abarrotaban lo que había de convertirse en la frontera norte de China: un número muy elevado para un territorio muy reducido. Esta población se mantuvo aproximadamente estable durante el milenio siguiente pero, entre el siglo X y principios del siglo XIII, se duplicó prácticamente, hasta ascender a 120 millones. En ese momento se produjo un retroceso, debido en buena medida a las pandemias que también asolaban Europa y Oriente Medio. Posteriormente, llegó a oscilar entre 65 y 80 millones en torno a 1400; disparándose hasta alcanzar de 100 a 150 millones en 1650, 200 a 250 millones en 1750, más de 300 millones a finales del siglo XVIII, en torno a 400 millones en 1850, 650 millones en 1950 y 1200 millones en la actualidad, es decir, más de una quinta parte de la población mundial total. Este extraordinario incremento se debe a una inveterada política reproductiva (que llega hasta la actualidad): matrimonios tempranos y generalizados y abundancia de hijos. Lo que requiere alimentos, alimentos que a su vez exigen el trabajo de las personas. Un proceso de noria.

Esta estrategia se remonta a millares de años, a la época en que algunos pueblos de los confines orientales de la estepa asiática abandonaron el pastoreo nómada en busca de las mayores rentas de la agricultura sedentaria. Desde el principio, sus jefes comprendieron la vinculación entre el número, el alimento y el poder. Su sabiduría política puede inferirse de: 1) el hecho de que movilizaran a los labradores potenciales, asignándoles tierras potencialmente arables (incrustándolos en ellas); 2) el almacenamiento de grano para alimentar a los futuros ejércitos; 3) la importancia que concedieron a garantizar el abastecimiento alimentario de unos centros administrativos fijos (frente a los campamentos). Como ilustración de estas iniciativas, disponemos de la *Historia de los tres*

reinos, que describe la maquinaria de guerra estatal en torno al año doscientos de nuestra era:

> Ts'ao Ts'ao dijo: «Un estado se crea con soldados fuertes y suficiencia de alimentos. Los hombres de Ch'in se apoderaron del imperio prestando atención prioritaria a la agricultura. Hsiao-wu utilizó las colonias militares para llevar el orden a las regiones occidentales. He ahí un buen método usado por las antiguas generaciones». Este año hemos reclutado plebeyos para labrar las colonias del estado a las afueras de Hsu [en Honan central] y recolectado un millón de medidas de grano. Entonces él… lanzó campañas en todas las direcciones. No había necesidad de dedicar esfuerzos al transporte de grano. Por consiguiente, destruyó las hordas de bandidos [las fuerzas de sus rivales políticos] y llevó la paz al imperio.

Medio siglo después, de acuerdo con la misma fuente, «se quiso ampliar el área cultivada y amasar una cantidad de grano que hiciera posible destruir a los "bandidos"». Para ello, «sería también necesario excavar canales para suministrar agua de regadío, permitir la acumulación de grandes abastecimientos de grano para la tropa y servir de rutas para el transporte del grano del gobierno…». Se ofrecen luego algunos cálculos: «en seis o siete años, treinta millones de medidas de grano quedarán almacenadas en el Huai. Será suficiente para alimentar a 100 000 hombres durante cinco años. De este modo se conquistará Wu y los ejércitos de [Wei] imperarán por doquier[8]». Y así fue.

Este errático ir y venir de terrenos necesitados de trabajos y de mano de obra necesitada de alimentos traía consigo inevitablemente épocas de escaseces, incluso de hambre. Los animales ni siquiera se contemplaban. En torno al año 300, un memorialista llamado Shu Hsi se lamentaba:

> La situación es especialmente mala en el San-Wei, a pesar de que hay pastos para cerdos, ovejas y caballos en toda la región. Habría que deshacerse de todos ellos, con objeto de ayudar a quienes tienen poca o ninguna tierra… Habría que desplazar todos los pastos, de modo que los caballos, el ganado, los cerdos y las ovejas se alimentaran de la hierba de las llanuras deshabitadas y los hombres que deambulan en busca de trabajo pudieran recibir tierras de la generosidad del estado[9].

Manifiestamente, la agricultura china no podía dar abasto. El estado y la sociedad andaban siempre en busca de nuevas tierras, que ofrecieran mejores cosechas, multiplicando el número de ciudadanos y utilizándolos para alimentar a los propios ciudadanos. Durante el reinado del emperador T'ai-wu (424-452, es decir, más de un siglo después), el gobierno no estaba dispuesto a dejar nada al azar. Los campesinos desprovistos de buey fueron forzados a vender su trabajo para tomar prestado un buey. Se procedió a una relación de todas las familias, se contó el número de ciudadanos, se registraron con claridad las tareas laborales y los resultados. «Sus nombres se anotaron en el lugar en que trabajaban, de modo que se podía calcular quién tenía más éxito. Se les prohibió asimismo beber vino, asistir a espectáculos teatrales o dejar la agricultura para dedicarse a la elaboración de vino o al comercio[10]».

De modo que no les quedaba tiempo para divertirse o amasar dinero. Tan solo para producir alimentos y procrear hijos.

Visto con el tiempo, este proceso de noria se compone de un determinado número de fases:

1. Los chinos, o el pueblo de Han, como se llamaron a sí mismos, comenzaron en el norte, en los bosques que lindan con la desierta estepa interior asiática. Desbrozaron la tierra (¿quemándola?) y la trabajaron tan duramente como pudieron pero, debido a una pluviometría irregular, a la ausencia de árboles que retuvieran la tierra, un proceso de erosión implacable acabó pronto con los resultados obtenidos. Luego se desplazaron, no hacia las tierras secas y despejadas que tenían a su oeste, que no podrían haber mantenido a una población ya muy densa, sino hacia el sur, hacia las tierras de loes de las riberas del cauce superior del río Amarillo[*].

2. La agricultura de loes fue la escuela en que aprendieron el control del agua y la tecnología del regadío. Preparó el terreno para el siguiente desplazamiento, en dirección al cauce inferior del río Amarillo y sus ramificaciones, más húmedo y fértil, pero también más inestable[*]. Ahí, el pueblo de Han descubrió el arroz, un cultivo que arrojaba muchas más calorías por área, aunque los cereales tradicionales —mijo, sorgo, cebada— conservaron su importancia. El trigo vino más adelante.

En torno al año 500 a. n. e., los chinos habían aprendido a mejorar el suministro y la explotación del agua mediante artilugios e ingenios artificiales, usaban animales de tiro (sobre todo, el búfalo de aguas) para arar, desbrozaban con ahínco y utilizaban los residuos animales, incluido el abono nocturno, como fertilizantes. Todo ello precisó un esfuerzo prodigioso, pero fue rentable. Las cosechas se dispararon a 1100 litros de grano por hectárea, lo que dejaba un importante superávit para el mantenimiento de los productores no alimentarios. El sistema energético chino había quedado instaurado.

3. Entre los siglos VIII y XIII de nuestra era tuvo lugar una segunda revolución agrícola. El pueblo de Han siguió desplazándose hacia el sur, a la cuenca del Changjiang y más allá, apartando a su paso a sangre y fuego a los pueblos itinerantes aborígenes. La mayoría de ellos acabó por encontrar refugio en las montañas y otras áreas poco propicias al cultivo intensivo. En ellas siguen viviendo hoy, constituyendo la mayor minoría de China.

En este clima más húmedo y cálido, los inviernos suaves y los largos veranos permitían una cosecha doble abundante: el trigo de invierno, por ejemplo, cosechado en mayo, y el arroz de verano, plantado en junio y cosechado en octubre o noviembre. Cuando las condiciones lo permitían, los chinos iban incluso más allá y llegaban a practicar la horticultura del arroz en arrozales anegados de agua. Utilizando variedades de crecimiento más rápido, obtenían tres o más cosechas anuales. Para ello, ahorraban y utilizaban hasta la última brizna de estiércol y excremento, desherbaban sin cesar y aprovechaban al máximo la tierra criando plantones en viveros (de alta densidad), transplantando luego los tallos maduros (que precisan más espacio) a los arrozales. En términos económicos, sustituían la tierra por la mano de obra, utilizando sesenta u ochenta personas por área (cuando un campesino estadounidense utilizaría a una sola para cultivar un área de trigo) y duplicando o triplicando los resultados obtenidos en la agricultura de secano, que ya eran buenos, hasta llegar a 2700 litros por hectárea. Un máximo de mil personas podía vivir de los alimentos producidos en un kilómetro cuadrado. «En el siglo XIII, China contaba así con la agricultura probablemente más refinada del mundo, siendo la India el único país capaz de competir con ella[11]».

Pero ello dejaba poco espacio para los animales, excepto los necesarios para arar, arrastrar cargas y servir de monturas para el ejército. El cerdo constituía la segunda

excepción, pues era por antonomasia el productor de estiércol de China y la fuente principal de carne en la mesa de los ricos. Pero había poco ganado, pocas ovejas: la dieta china se componía de pocos productos lácteos y proteínas animales, y la ropa de lana estaba poco difundida. Cuando los británicos trataron de vender sus productos de lana en el mercado chino, se les replicó que esas ropas eran demasiado bastas para gentes acostumbradas al algodón y la seda. Lo cual era sin duda cierto.

4. Las innovaciones posteriores contribuyeron en menor medida a incrementar el granero chino. En los siglos XVII y XVIII, se importan nuevas plantas de tierras distantes: cacahuetes, patatas, boniatos y ñames. Crecían bien en las tierras altas y secas pero, en último término, no constituyeron más que un complemento de un sistema basado en el arroz, que ya no bastaba para satisfacer la demanda[*].

5. La excesiva dependencia del arroz tenía sus ventajas e inconvenientes. Las necesidades de nutrientes (en particular, de fosfato y potasio) de este cultivo son inferiores a las de otros alimentos básicos, pero precisa más cuidados. Su contenido calórico por hectárea supera al de granos de zonas templadas como el trigo, el centeno y la avena, pero su contenido en proteínas solo asciende aproximadamente a la mitad[12]. El arroz es un grano resistente: crece en hábitats diversos y es el único cereal que da buenos resultados en terrenos pobres año tras año, siempre y cuando esté bien regado. Por otra parte, su plantación en arrozales anegados y de poca profundidad y el uso de excrementos humanos como fertilizantes ha propiciado un grado de exposición elevado a los esquistosomas y otros parásitos malévolos, con la consiguiente pérdida de productividad y una mayor necesidad de mano de obra.

Este modelo energético que precisa mucha mano de obra y mucha agua ha tenido consecuencias notorias en la historia china. En primer lugar, el recurso a la población indígena hizo que los chinos nunca trataran de incorporar esclavos extranjeros a su población activa. (Huelga decir que muchos de sus propios habitantes vivían en cautiverio, aunque no llevaran bola ni grilletes). En segundo lugar, se expandieron por la mera ley del número. A los grupos humanos distribuidos desigualmente, menos organizados y técnicamente menos avanzados, les resultaba muy difícil frenar a los chinos.

Al propio tiempo, la gestión de las aguas requería un poder supralocal y reforzaba la autoridad imperial. Este vínculo entre el agua y el poder llamó pronto la atención de los observadores europeos, ya desde Montesquieu y después Hegel, más adelante copiado por Marx. Sin embargo, el análisis más pormenorizado se lo debemos a Karl Wittfogel, quien dio a la hegemonía basada en el agua el nombre de despotismo oriental, con la tiranía y la servidumbre que ello implica[13]. (Otros han avanzado hipótesis análogas, despojadas cautamente de cualquier implicación social y cultural excesiva)[14].

Esta tesis *hidráulica* ha sido criticada categóricamente por toda una generación de sinólogos occidentales, celosos de su corrección política (el maoísmo y sus encarnaciones posteriores son buenos) y prontos a defender el compromiso de China con la democracia. Wittfogel es su enemigo predilecto. Un estudioso ve en sus tesis una proclama implícita aunque camuflada del neoimperialismo: «El mensaje subyacente a su teoría es una clara recomendación y justificación de la intervención[15]». Es harto probable que estas protestas de lealtad traten de convencer a los lectores chinos, cuando no a los occidentales,

ya que la práctica totalidad de estos críticos de la vinculación entre el poder y el agua buscan los favores de un régimen sombrío, dispensador de invitaciones y favores.

Los hechos les contradicen. Los *antihidráulicos* señalan, en apoyo de su tesis, que los primeros centros poblacionales chinos no dependían excesivamente de la irrigación, que, en aquel entonces y más adelante, gran parte del agua se extraía de los pozos, más que traerse desde fuera, y que algunos aspectos de la gestión del agua siempre se concebían y financiaban a escala local, como si dicha actividad negara de alguna forma la responsabilidad última de las más altas instancias en este ámbito, especialmente a la hora de reclutar y asignar trabajadores para las obras más ingentes: los grandes diques, las presas y los canales, la prevención de las inundaciones, la reparación de los daños y la ayuda a los damnificados. Estas intervenciones distaban mucho de estar en la mano de las autoridades locales. Los retos eran de envergadura. En primer lugar, cuanto más osada es la alteración de la naturaleza, mayores son las probabilidades y los costes de un fracaso o una catástrofe[16]. En segundo lugar, eran los superávits alimentarios los que mantenían en pie la maquinaria del gobierno.

Esta era la situación. Como un equipo de estudiosos lo expresa, aunque sin dejar de refutar al propio tiempo a Wittfogel, «debe haber tierras irrigables, una hegemonía social y un control estatal adecuados, y así sucesivamente[17]». Sin lugar a dudas.

Capítulo III

LA EXCEPCIÓN EUROPEA: UNA SENDA DIFERENTE

Europa tuvo suerte; pero la suerte es solo un punto de partida. Nadie que observara el mundo hace, por ejemplo, mil años, hubiera vaticinado grandes venturas a ese promontorio del extremo occidental de la masa continental euroasiática que llamamos continente de Europa. O, dicho en términos populares hoy entre los nuevos historiadores de la economía, la probabilidad en aquel momento de un predominio global europeo giraba en torno a cero. Quinientos años después, rondaba el uno.

En el siglo X, Europa estaba dejando atrás grandes calamidades: invasiones, saqueos y rapiñas, infligidos por los enemigos que la rodeaban. Lo que hoy conocemos como Escandinavia, los nórdicos o vikingos, bandidos marinos cuyos barcos ligeros podían hacer frente a los mares más encrespados, remontando al mismo tiempo ríos de poco calado para efectuar razias y pillajes muchos kilómetros tierra adentro, operaban a lo largo de las costas atlánticas y, en el Mediterráneo, llegaban hasta Italia y Sicilia. Otros fueron hacia el este, a las tierras eslavas, asentándose en ellas como nueva clase dirigente (los rus, que dieron su nombre a Rusia y gobernaron ese territorio sombrío durante aproximadamente 700 años), llegando casi a los pies de las murallas de Constantinopla.

Eran tan aterradores estos saqueadores, tan despiadadas sus prácticas (se regocijaban tirando a los bebés al aire y atravesándolos con las lanzas o aplastándoles la cabeza contra la pared), que la sola noticia de su llegada aflojaba los miembros y los esfínteres de las gentes, y sus líderes, incluidos los espirituales, echaban a correr como posesos, llevándose consigo cuantas riquezas podían acarrear. Los clérigos dejaban a sus parroquianos algunas plegarias de reciente composición para invocar la protección del Todopoderoso, pero el altar no era buen refugio, ya que los vikingos sabían dónde estaba el botín y se dirigían directamente a iglesias y castillos.

Otros venían del mar, del otro lado del Mediterráneo. Los sarracenos (moros) establecieron cuarteles de campaña en los Alpes y en la Costa Azul, puntos de partida para sus incursiones contra las rutas comerciales que unían a la Europa del norte con la del sur. Estos bastiones, de difícil acceso pese a estar unidos por mar a los territorios musulmanes, eran inexpugnables, hasta tal punto que la leyenda popular pretende incluso hoy que algunos habitantes de los Alpes delatan por su tez y complexión unos orígenes magrebíes.

Finalmente, de los confines orientales, lo que no les restaba en modo alguno movilidad, procedían las correrías de los magiares o húngaros, una nueva ola de invasores

procedentes de Asia, paganos que hablaban una lengua uraloaltaica (prima lejana del turco), que asolaban la tierra a su paso año tras año, escogiendo sus objetivos en función de las noticias que tuvieran sobre disensiones y conflictos dinásticos en Europa, raudos y capaces de atacar, en la misma campaña, el este de Francia o la punta de Italia, partiendo de sus bases en el Danubio. A diferencia de los nórdicos, que acabaron por fijar residencia en cuarteles de campaña varios años seguidos (los más fáciles de rastrear y descubrir), o que llegaron a constituirse en soberanos de manera casi permanente en algunas zonas de Inglaterra, en Normandía (que adoptó su nombre) y en Sicilia, los húngaros lanzaban ataques y se replegaban acarreando el botín y los esclavos en carromatos o a lomos de acémilas.

Nadie se resigna a este tipo de ultrajes. Los europeos aprendieron a replicar a estas acometidas, con o sin la ayuda de sus líderes, que se daban buena prisa en cerrar tratos directamente con los invasores, a espaldas de sus campesinos. En lugar de tratar de impedir la entrada de los nórdicos, los habitantes los dejaban pasar, les cortaban la retirada y se abalanzaban sobre ellos desde todas partes[*]. Los húngaros, tan raudos atacando desde el exterior, una vez dentro no acertaban a salir. Unas cuantas emboscadas contra sus convoyes exultantes, llenos a rebosar hasta los topes, les acabaron por persuadir de que había mejores formas de ganarse la vida. En cuanto a los sarracenos, adoptaron la solución, al igual que en tierras musulmanas, de poner bajo escolta militar las acémilas y los convoyes (caravanas). En definitiva, los europeos habían subido el coste de cada agresión. En todos los casos, por una ironía de la historia, los europeos contaron con la colaboración de los cuarteles generales del enemigo. Con el tiempo, las tribus nómadas nórdicas y los invasores húngaros se van asentando y amansando. Los reinos sustituirán a los campamentos de guerra nómadas y sus dirigentes mirarán con malos ojos a esos capitanes jactanciosos, con sus ejércitos privados y sus hazañas bélicas, que vuelven de sus razias cargados de botines y fanfarronería, poniendo así la paz en peligro. Los reyes no tienen necesidad de estos aguafiestas de la promoción personal. Una combinación de amenazas y recompensas lograría persuadir a estos bellacos y piratas de que les era más beneficioso convertirse en señores feudales y trasquilar las ovejas en casa que seguir de señores de la guerra y degollar las ovejas en casa ajena.

Se ha sugerido que este fin de las hostilidades y el peligro puso prácticamente a Europa en la senda del crecimiento y el desarrollo. Es el clásico punto de vista de los economistas: el crecimiento es natural y se producirá en cuanto surja una ocasión propicia e impere un mínimo de seguridad. Suprimid los obstáculos y el crecimiento se cuidará de sí mismo. Otros opinan que la ausencia de agresiones es una condición necesaria pero no suficiente. El crecimiento y el desarrollo precisan espíritus emprendedores, y dicho espíritu no se le puede presuponer a todo el mundo. Además, la Europa medieval no carecía de trabas al espíritu de empresa.

Para hacerse una idea de la evolución de este proceso, hay que ver en la Edad Media el puente entre un mundo antiguo, enclavado en el Mediterráneo —Grecia y, más adelante, Roma— y una Europa moderna, al norte de los Alpes y los Pirineos. En esos años intermedios nació una nueva sociedad, muy diferente de la que había imperado antes, y se adentró por una senda que la alejó definitivamente de las demás civilizaciones.

Es indudable que Europa siempre se había visto diferente de las sociedades situadas al este. Las grandes guerras médicas —Salamina, Termópilas— fueron recogidas por la leyenda popular e hicieron acto de presencia en las clases de antaño, como símbolos de la lucha entre el oeste y el este, entre la ciudad libre (la *polis*, origen de la palabra «política») y los imperios aristocráticos[1], entre la soberanía popular (al menos para los hombres libres) y el despotismo oriental (servidumbre universal). Por aquel entonces, a uno le enseñaban que los griegos habían inventado la democracia, la palabra y la idea. Todavía lo cree así la sabiduría más convencional, aunque el cliché se haya visto sustancialmente modificado por el conocimiento de la esclavitud en el mundo griego y de la exclusión de las mujeres del proceso político (aunque no del ágora).

Vinculada al contraste entre democracia griega y despotismo oriental está la oposición entre la propiedad privada y el principio de que todo pertenece al soberano. Sin duda era esa la característica principal del despotismo, que el gobernante, visto como un dios o investido de rasgos divinos, diferente por ello a sus súbditos y muy por encima de ellos, podía hacer cuanto le pluguiera con sus vidas y pertenencias, que ponían a su disposición. Lo que era verdad para el déspota era verdad para sus seguidores. Por lo común, la aristocracia militar solía ostentar el monopolio de las armas, y el populacho tenía buen cuidado de no ofenderles, incitar su codicia, o incluso atraer su atención: mirarles a los ojos era un acto de insolencia que reclamaba un severo castigo.

Hoy, naturalmente, todo el mundo sabe que esta contingencia de la propiedad ahoga a la empresa y entorpece el desarrollo; en efecto, ¿por qué habría alguien de invertir capital o trabajo en la creación o adquisición de riquezas que tal vez no se le permita conservar? Edmund Burke lo expresa así: «una ley contra la propiedad es una ley contra la industria[2]». Sin embargo, en los despotismos asiáticos, este régimen se consideraba la *raison d'être* misma de la sociedad humana: ¿para qué vive la gente común, si no es para halagar a su soberano?

Ciertamente no para permitirse una voluntad propia. La experiencia del pueblo de Baljash (Asia central) es emblemática. Ocurrió que, estando el soberano ausente guerreando con los indios, un pueblo nómada de los alrededores se aprovechó de su ausencia para apoderarse de la capital. Los habitantes opusieron una resistencia tenaz, defendiendo no solo sus propias casas y familias sino también las del soberano ausente, pero fueron derrotados. Al regresar el soberano, reconquistó la ciudad y, al poco de tener noticia del valor de sus súbditos, les echó una reprimenda. La guerra, pontificó, no era asunto de ellos; sus obligaciones se reducían a pagar y obedecer a su gobernante, fuera quien fuera. Los líderes del pueblo presentaron oportunamente sus excusas y prometieron no volver a incurrir en ese crimen de lesa majestad[3].

En esas circunstancias, la propia noción de desarrollo económico fue una invención occidental. Los imperios aristocráticos (despóticos) solían operar según la técnica característica de la pinza: cuando las élites querían más, no pensaban en términos de aumento de la productividad. ¿De dónde había de venir el superávit? Se limitaban a oprimir (y explotar) con más fuerza, y por lo general extraían aún un poco de jugo escondido. En ocasiones erraban en el cálculo y apretaban demasiado, lo que podía provocar deserciones, motines y ocasiones de rebelión. Estas autocracias, aunque se definieran como divinas, no eran inmortales. En aquel entonces, solo las sociedades que daban cabida a iniciativas

múltiples y dispares, procedentes más de abajo que de arriba, podían pensar en términos de un pastel que crece.

Los griegos antiguos distinguían entre libres y no libres, no tanto en términos de beneficios materiales (no les interesaban particularmente los asuntos económicos, que asociaban con los metecos y otros hombres toscos), ni aun en términos de las ventajas de su propio sistema, como en función de la equivocación de los demás, que tildaban de tiranía. Y, pese a todo, los griegos sucumbieron al despotismo, con gran esplendor en el imperio creado por Alejandro y gobernado por sus sucesores asiáticos y egipcios. Y, más adelante, les ocurrió lo mismo a los romanos, que, a fin de cuentas, se dejaron llevar con suma facilidad a la tiranía. En su versión última, el Mediterráneo clásico acabó por asemejarse políticamente a las civilizaciones orientales: una élite reducida y poderosa rodeada de clientes, siervos y esclavos y gobernada por un autócrata. Pero ahí acaban las similitudes. Los disidentes sabían que aquello estaba mal, lo decían en público y lo escribían, y sufrían por su arrogancia. El ideal republicano murió luchando con las botas puestas.

Mientras tanto, los derechos de propiedad debían ser redescubiertos y reimplantados tras la caída de la Roma. Aquel mundo, que conocemos como medieval —Edad Media—, constituía una sociedad de transición, una amalgama del legado clásico, de las leyes y costumbres tribales germánicas y lo que se ha dado en llamar tradición judeocristiana. Todos sirvieron de pilar a las instituciones de la propiedad privada. El uso germánico era el característico de una comunidad nómada: cada guerrero era dueño y señor de sus modestas posesiones, modestas por los constantes desplazamientos. Nada tenían tan querido y valioso que les incitara a la codicia de la propiedad o a la ambición del poder[*].

Lo que no equivale a decir que el poder no tuviera otros incentivos, ni que el carácter de esos pueblos nómadas fuera inmutable. En el curso de sus correrías y conquistas, aquellas ambiciones resurgían a veces. Los estudiantes franceses de primaria solían aprender la historia del jarrón de Soissons, un objeto precioso robado por los francos de una iglesia cuando guerreaban con los galos. El jefe Clovis quiso devolverlo, para rendir pleitesía a una mujer cristiana que había ganado su estima, pero el soldado que lo había cogido (o a quien se le había adjudicado en el reparto del botín) se negó. Era suyo por derecho, y lo rompió delante de Clovis para que no quedaran dudas. En efecto, dijo a su jefe, lo que es tuyo es tuyo y lo mío, mío. La próxima ocasión en que se enfrentaron las tropas, Clovis se detuvo ante el soldado que había roto el jarrón, preguntándole qué le pasaba a sus sandalias y, cuando aquel se inclinó para mirarlas, Clovis le aplastó el cráneo con un hacha de guerra. En efecto, lo que es tuyo es tuyo, pero tú eres mío[*].

Así pues, había tensiones y ambigüedades. Pero lo que tuvo secuelas a largo plazo fueron las restricciones impuestas por la fragmentación política y la inseguridad generalizada. En las centurias que siguieron a la caída de Roma, el brazo de la autoridad fue corto. El poder emanaba, en principio, de la obediencia libremente consentida por el grupo o de una élite del mismo, siendo correspondientemente limitado. Por supuesto, la tradición de la elección dio paso a una norma hereditaria (los germanos estaban muy influidos por el ejemplo o, mejor, el principio romano). Pero los viejos usos y tradiciones no se resignaban a morir: el gobernante, aunque designado por su nacimiento, se elegía nominalmente. De modo que era más humano y terrestre que divino, aunque su poder fuera el mismo.

Algunos trataron de restaurar el imperio de antaño. El sueño de una Roma rediviva no murió nunca[4]. De haber triunfado, habría cabido esperar un renacimiento del despotismo arbitrario. Pero esos esfuerzos fueron vanos debido a la deficiencia de las comunicaciones, a un transporte inadecuado, al cuestionamiento de la legitimidad, al poder hostil de los gobernantes locales, al triunfo de la realidad sobre la fantasía. En este contexto, la propiedad privada era todo cuanto se podía poseer y defender. A veces se arrebataba por la fuerza, como cuando hoy le asaltan o roban a uno. Pero el principio no murió: la propiedad era un derecho y la confiscación, al igual que el saqueo, no iban a cambiar nada.

El concepto de los derechos de propiedad se remontaba a épocas bíblicas, fue transmitido y transformado por la enseñanza cristiana. La hostilidad de los hebreos con respecto a la autocracia, hasta con la suya, nació en Egipto y el desierto: ¿ha habido jamás un pueblo más obstinado? Permítanme citarles dos ejemplos en que la respuesta a la iniciativa popular está directamente vinculada con la santidad de la propiedad. Cuando el sacerdote Coré dirige una revuelta contra Moisés en el desierto, Moisés se defiende de las acusaciones de usurpación afirmando: «Yo no les he quitado ni un solo asno, ni le he hecho mal a ninguno de ellos» (Números 16:15). De igual modo, cuando los israelitas, ya establecidos en su tierra, reclaman un rey, el profeta Samuel se lo concede, pero les avisa de las consecuencias: un rey, les dice, no será como él. «¿De quién he tomado yo el buey o de quién he tomado el asno?» (I Samuel 12:3).

Esta tradición, que hace diferentes a los israelitas de cualquiera de los reinos que les rodeaban y seguramente contribuyó en no poca medida a granjearles la hostilidad de los gobernantes locales —¿a quién le benefician los alborotadores?—, fue diluyéndose en el cristianismo cuando dicha comunidad de fe se convirtió en una iglesia, especialmente cuando dicha iglesia se hizo la oficial, la religión privilegiada de un imperio autocrático. A quien te da de comer, miramiento has de tener. Además, la palabra no se difundía, pues la iglesia decidió pronto que solo ciertas gentes cualificadas, clérigos por ejemplo, podían conocer la Biblia. El Buen Libro, con sus leyes y su ética igualitarias, su rechazo profético del poder y la exaltación del humilde, eran una puerta abierta a la indisciplina de los fieles y a los malentendidos con las autoridades del siglo. Solo después de una censura y reinterpretación podía comunicarse al estamento laico. De modo que no fue hasta la aparición de sectas heréticas como los valdenses (Valdo, *circa* 1175), los lolardos (Wycliff, c. 1376), los luteranos (a partir de 1519) y calvinistas (mediados del XVI), con su énfasis en la religión personal y la traducción de la Biblia a las lenguas vernáculas, cuando esta tradición judeocristiana entró explícitamente en la conciencia política europea, al recordar a los gobernantes que tenían su riqueza y poder de Dios y, aun así, a condición de que se portaran bien. Una doctrina molesta.

Con todo, la cristiandad medieval occidental acabó condenando las pretensiones de la autoridad terrenal: monarcas menores, sin discusión posible, que los emperadores de Roma. (La iglesia de Oriente nunca se insolentaba con los césares de Bizancio)[*]. Protegía así implícitamente la propiedad privada. A medida que las ambiciones de poder de la iglesia se intensificaban, no tenía más remedio que recordar el viejo principio judaico de que el auténtico propietario de todo era el Señor de los Cielos y el principio cristiano, más reciente, de que el papa era su representante aquí en la tierra. Los gobernantes terrenales no tenían libertad para hacer cuanto se les antojara; ni tan siquiera la iglesia, vicaria de

Dios en la tierra, podía vulnerar los derechos y apropiarse bienes a su antojo. La compleja tramitación precisa para la transferencia de los regalos ofrendados por los fieles atestigua el cumplimiento de este deber de buenas prácticas y diligencias oportunas.

Todos estos hechos hacían a Europa muy diferente de las civilizaciones circundantes.

En China, cuando el estado no incautaba nada, supervisaba, legislaba y reprimía. La autoridad no debe depender de la buena voluntad, de una actitud justa, de la rectitud personal. Trescientos años antes de la era común, un moralista chino asesoraba sobre el gobierno a un príncipe, y le aconsejaba no granjearse el afecto de sus súbditos, sino asegurarse su obediencia. Un príncipe no puede verlo y oírlo todo, de modo que tiene que convertir a todo el imperio en sus ojos y oídos. «Aunque viva en el rincón más apartado de su palacio, al final de pasillos tortuosos, nada le escapa, nada se esconde a su vista, nada puede burlar su vigilancia[5]». Este régimen se basa en la honestidad y la pericia de los ojos y oídos vivientes. El gobernante está a merced de subordinados ambiciosos, cuya capacidad de engaño e hipocresía carece de límites. La debilidad de la autocracia reside en que en su materia prima es humana. Afortunadamente.

Un estudioso, indiferente a los eufemismos, tilda el sistema de totalitario:

> Ninguna empresa privada ni aspecto de la vida pública escapaba a la regulación oficial. En primer lugar, había una serie de monopolios estatales… Pero los tentáculos del estado de Moloc, la omnipotencia de la burocracia, llegaban mucho más lejos… Este estado del bienestar supervisaba hasta el mínimo detalle cada paso de sus súbditos, de la cuna al cementerio[6].

También los despotismos eran moneda corriente en Europa, aunque mitigados por la ley, la partición territorial y, dentro de los estados, la división del poder entre el centro (la corona) y la autoridad feudal local[7]. La fragmentación originó la competencia, y la competencia hizo que se tuviera buen cuidado de los súbditos buenos. Mejor no maltratarlos, no fuera que emigraran.

Los imperios ecuménicos no temían las deserciones, especialmente cuando, como China, se definían como el centro del universo, la cuna y el hogar de la civilización, y consideraban cuanto les rodeaba tinieblas y barbarie. No había otro lugar adonde ir, de modo que bastaban esas fronteras simbólicas, como la «empalizada de sauces», una valla baja que unía la Gran Muralla con el mar y separaba a China de los territorios mongoles y tártaros del norte. En un poema sobre este tema, el emperador Qian Long no deja lugar a dudas: «En nuestra creación de las fronteras y reglamentación del pueblo, hemos preservado los usos antiguos, / Ya que basta con atar una cuerda para indicar lo prohibido… Construirlo es como no haberlo construido: / En la medida en que existen la idea y el entorno, no es necesario elaborarlos[8]».

La lucha por el poder en las sociedades europeas (adviértase el uso del plural) fue también origen del fenómeno específicamente europeo de la ciudad semiautónoma, organizada y conocida como comuna. Como es natural, ciudades había en todo el mundo, allí donde la agricultura producía un superávit suficiente para mantener a una población de gobernantes, artesanos, soldados y otros estamentos no productores de alimentos. Muchos de estos nódulos urbanos llegaron a tener suma importancia como mercados, por no

mencionar su papel de centros administrativos. Pero, fuera de Europa occidental, no surgió un fenómeno parecido al de la comuna[9].

La esencia de la comuna radica, en primer lugar, en su función económica: estas unidades eran «gobiernos de los mercaderes, por los mercaderes y para los mercaderes[10]»; en segundo lugar, en su excepcional poder civil: su capacidad para dar entidad social y derechos políticos a sus residentes, unos derechos de importancia capital para las transacciones comerciales y la independencia de injerencias extranjeras. Un hecho fundamental en una sociedad jerárquica, agraria, que tenía a la mayor parte de la población en vasallaje, bien por la servidumbre de las personas a los señores locales o por los vínculos que les ataban a la ciudad. Hizo de las ciudades puertas abiertas a la libertad, fisuras en el manto de esclavitud que cubría la tierra. *Stadtluft macht frei*, rezaba el dicho medieval; el aire de la ciudad hace libre. Y era así, literalmente: cuando el conde de Flandes quiso capturar a un siervo fugitivo con quien se tropezó casualmente en el mercado de Brujas, el burgués no tuvo más remedio que sacarles, a él y a sus bravucones, de la ciudad.

Las consecuencias se hicieron sentir en toda la sociedad. Merced a esta dispensa especial, las ciudades se convirtieron en polos de atracción, refugios o centros de intercambio con el mundo rural. La migración a las ciudades hizo prosperar la renta y el nivel de vida no solo de los emigrantes, sino también de quienes quedaban atrás. (Pero no su salud. Las ciudades eran sucias, populosas y proclives a contagios fáciles, de modo que solo gracias a la inmigración se mantenía estable o crecía el número de habitantes). La emancipación de los siervos en Europa occidental estuvo directamente vinculada con la proliferación de pueblos francos y comunas urbanas, y con la densidad y proximidad de estos accesos. Allí donde las ciudades y poblaciones escaseaban y carecían de libertad, como en Europa oriental, el vasallaje sobrevivió y se endureció.

¿Por qué concedieron los gobernantes esos derechos a los rústicos y ciudadanos, abandonando así (delegando) algunas de sus propias facultades? Por dos razones ante todo. En primer lugar, las nuevas tierras, cosechas, transacciones comerciales y mercados reportaban ingresos, y los ingresos traían consigo poder[11]. (Y también placer). En segundo lugar, paradójicamente, los gobernantes querían reforzar su poder en sus propios reinos: los agricultores libres (adviértase que no digo campesinos) y los ciudadanos (*bourgeois*) eran los enemigos naturales de la aristocracia rural y, en caso de conflicto, apoyarían a la corona y a otros grandes nobles en sus disputas con los señores locales.

Recordemos además que los gobernantes europeos y los nobles con espíritu de iniciativa que trataban de engrosar sus rentas de esta forma, tenían que atraer a los posibles residentes mediante la concesión de franquicias, fueros y privilegios: en resumen, cerrando tratos. Tenían que *persuadirlos* de que vinieran[12]. (Muy distinto era el caso de China, donde los gobernantes desplazaban a millares y decenas de millares de cabezas de ganado humano y los plantaban en la tierra, el mejor sistema de cultivo). Estas exenciones de las cargas materiales y concesiones de privilegios económicos a menudo abrían además la puerta a las concesiones políticas y al autogobierno. En este caso la iniciativa vino desde abajo, un fenómeno a su vez esencialmente europeo. Llevaba implícita la noción de derechos y de contratos (el derecho de *negociar* tanto como el de *solicitar*), con los consiguientes avances en términos de libertad y seguridad de la actividad económica.

Así pues, irónicamente, la fortuna de Europa residió en la caída de Roma y el vacío de poder y las secesiones que le siguieron. (Objeto predilecto de las lamentaciones de generaciones enteras de clasicistas y profesores de latín). El sueño romano de unidad, autoridad y orden (la *pax romana*) pervivió, ha sobrevivido de hecho hasta el día de hoy. Después de todo, se suele ver en la fragmentación una gran desventura, terreno abonado al conflicto; no es casual que la Unión Europea se vea como la cura de hogaño para las guerras de antaño. Y, con todo, en esos años que median entre lo antiguo y lo moderno, la fragmentación era el freno más eficaz contra conductas veleidosas, opresivas. La rivalidad política y el derecho a desertar y cambiar de residencia fueron determinantes[13].

Otra fisura contribuyó a ello: la separación entre lo secular y lo religioso. A diferencia de las sociedades islámicas, en donde la religión era en principio suprema y el gobierno ideal era el de los hombres santos, el cristianismo, añorando la tolerancia imperial, realizó pronto la distinción entre Dios y el césar. A cada cual lo suyo. Con ello no se erradicaron los malentendidos y conflictos.

No hay nada tan inestable como una supremacía dual: alguien tiene que ceder. Al final fue la iglesia, lo que significó dar al césar lo que era del césar y, por añadidura, una buena parte de lo que era de Dios. Entre los elementos que cedieron, cabe destacar la homogeneidad de la ortodoxia: cuando la autoridad está dividida, florece la disensión. Puede ser malo para quien ama la certeza y acatar lo establecido, pero es sin duda bueno para el espíritu y las iniciativas populares.

En este caso también, la fragmentación fue el factor diferenciador clave. La iglesia logró dotarse de poder político en algunos países, en particular del sur de Europa, pero no en otros; de modo que se crearon en Europa áreas de pensamiento potencialmente libre. Esta libertad encontró su expresión más adelante, en la Reforma protestante, pero, incluso antes, Europa no padeció el control sobre el pensamiento que resultaría una maldición para el islam.

En cuanto a China, que no tenía una fe establecida y donde sin duda imperaba una tolerancia religiosa extraordinaria, el mandarinato y la corte imperial hacían las veces de custodios de una moral laica superior y perfeccionada, y como tales fijaban la doctrina, juzgaban el pensamiento y la conducta y sofocaban la disidencia y la innovación, incluso la innovación tecnológica. Era una sociedad cultural e intelectualmente homeostática: es decir, se podía vivir con pocos cambios (sin duda, no se podían ahogar todos por completo), pero en cuanto el cambio amenazaba el *statu quo*, el estado hacía su aparición y restauraba el orden. Fueron precisamente la totalidad y la madurez de este canon y ética heredados, la sensación de integridad y superioridad, las que hicieron a China tan hostil al conocimiento y las formas exteriores, incluso cuando les hubieran sido útiles.

Una ventaja final de la fragmentación es que, al descentralizar la autoridad, protegió a Europa de una conquista lograda en una sola campaña. La historia del imperio está repleta de golpes de estado de este tipo: una o dos derrotas y la autocracia se derrumba. Fue el caso de Persia después de Issos (333 a. n. e.) y de Gaugamela (331 a. n. e.); de Roma después de su sequeo por Alarico (410) y del imperio sasánida después de Qasidiya (637) y de Nehavend (642). O del México azteca o el Perú inca.

Europa, en cambio, no se lo jugaba todo a una sola carta[*]. En el siglo XIII, los invasores mongoles de las estepas asiáticas redujeron apenas sin esfuerzo a los reinos eslavo y kasar, en lo que hoy es Rusia y Ucrania, pero pese a todo tuvieron que abrirse camino a través de una plétora de estados en Europa central, incluidos los nuevos reinados de sus antecesores en la invasión —los polacos, lituanos, germanos, húngaros y búlgaros—, antes de poder siquiera enfrentarse a los estados sucesores del imperio romano. Lo habrían logrado de no haberse entretenido con problemas domésticos; pero habrían pagado caro nuevas incursiones, especialmente en las regiones boscosas. Poco después, los turcos, que se habían asentado en Anatolia, empezaron a expandirse hacia Europa, conquistando los Balcanes, el curso inferior del Danubio y llegando por dos veces a las murallas de Viena, capital de la marca oriental de Germania. En el curso de estos avances, sometieron a serbios, búlgaros, croatas, eslovenos, albanos, húngaros y varios otros pueblos de este mapa abigarrado y belicoso. Pero eso fue todo: cuando llegaron a Viena, ya habían alcanzado el límite de sus recursos[*].

La fragilidad de estos imperios, como es natural, se debía en parte a su carácter explotador, ávido de superávit, y a la indiferencia de los súbditos con respecto a la identidad de sus soberanos: un déspota era idéntico al siguiente; un clan extranjero, tan arrogante y depredador como cualquier otro. ¿Por qué les habría de preocupar a los habitantes de Persia qué le ocurrió a Darío en manos de Alejandro? ¿O qué le sucedió, novecientos años después, a la monarquía sasánida en manos de los árabes? ¿Por qué a los agotados y oprimidos ciudadanos romanos de los últimos días del imperio había de preocuparles la caída o no de Roma? ¿O las tribus súbditas de México inquietarse por lo que le ocurrió a Moctezuma? Los griegos clásicos (siglo V a. n. e.), que se vieron a sí mismos como los defensores de la libertad frente a la tiranía asiática, vieron en esta indiferencia su arma secreta:

> Allí donde hay reyes, deben encontrarse los mayores cobardes. Ya que las almas humanas están esclavizadas y se niegan a asumir riesgos presta y temerariamente para aumentar el poder de otro. Pero las personas independientes, que afrontan riesgos en nombre propio y no de otros, están dispuestas y deseosas de arrostrar el peligro, pues son ellas las que se benefician del botín de la victoria[14].

Cuando los europeos se sintieron razonablemente seguros frente a las agresiones exteriores (a partir del siglo XI), pudieron, como no había ocurrido aún en parte alguna, preocuparse por sus intereses. No es que la violencia interna hubiera sido erradicada de su territorio. Los siglos X y XI conocieron un sinfín de ataques de bandoleros nobles, mitigados con el tiempo por la rebelión y oposición del pueblo, que contaba con el apoyo de la iglesia y que encontró su modo de expresión en las asambleas de paz populares, y, desde el poder, atenuadas por un gobierno central más fuerte y aliado de los intereses urbanos[15]. El tiempo y el dinero estaban del lado del orden. Al igual que la expulsión de los pendencieros a las fronteras exteriores (véanse las Cruzadas). Un economista diría que, cuando concluyeron las convulsiones exógenas, el sistema se pudo hacer cargo de sus alborotadores endógenos.

Siguió un largo período de crecimiento de la población y la economía, hasta mediados del siglo XIV, cuando los europeos fueron diezmados por la peste (la *muerte negra*) en sus formas bubónica y neumónica, y una tercera parte de la población murió, la mitad si se tienen en cuenta las pérdidas infligidas por las secuelas. Se trató de una conmoción, no de un punto final. Los ciento cincuenta años posteriores fueron un período de reconstrucción, mayor avance tecnológico y desarrollo ininterrumpido. En particular, en estos siglos se produjo un nuevo adelanto de una civilización que ahora se sentía más poderosa que sus vecinos, así como el comienzo de la exploración y la conquista ultramarinas.

Esta larga maduración a lo largo de varios siglos (1000-1500) se produjo merced a una revolución económica, una transformación de todo el proceso de producción, adquisición y gasto que no se había dado en el mundo desde la llamada revolución neolítica. Esta (8000-3000 a. n. e.) había precisado millares de años para gestarse. Su contribución radica en la invención de la agricultura y la domesticación del ganado, factores que incrementaron enormemente la energía disponible para el trabajo. (Todas las revoluciones económicas [industriales] tienen en su origen una potenciación del suministro de energía, que sustenta y modifica todos los aspectos de la actividad humana). Este abandono de la caza y la recolección, al propiciar unas mejoras notorias en el suministro de alimentos, permitió un crecimiento sustancial de la población y un nuevo patrón de asentamiento concentrado. Fue la revolución neolítica la que posibilitó la aparición de pueblos y ciudades, y de todo lo que aportaron en términos de intercambio y enriquecimiento cultural y técnico.

La revolución económica medieval también partió de una mejora de la producción y la utilización de la energía, con los consiguientes aumentos de trabajo. En primer lugar, estudiemos el suministro alimentario: se trata de un período de innovación en las técnicas de cultivo. Digo innovación y no invención porque estas nuevas técnicas ya existían. Así, el arado con ruedas, con una reja cortante y profunda de hierro, lo habían traído consigo los invasores germanos; pero había tenido un uso limitado en un mundo de escasa implantación de los animales y poca densidad poblacional. Ahora se difundió por la Europa situada al norte del Loira, surcando las tierras de los ricos valles fluviales, convirtiendo la tierra ganada al bosque y al mar en campos fértiles: en pocas palabras, hizo maravillas donde el suelo pesado y arcilloso se resistía al viejo arado dental romano, que había resultado muy útil en los terrenos pedregosos de la cuenca mediterránea.

El arado con ruedas, para surcar la tierra apelmazada, requería animales apropiados. Ya hemos tenido ocasión de hablar de esos bueyes gruesos, alimentados en establo, únicos en su especie, y de esos inmensos caballos de tiro, más resistentes e incluso poderosos que el buey. Estos motores vivientes y en movimiento suponían una gran ventaja para una economía caracterizada por la abundancia de tierras y la escasez de mano de obra. Pues también escaseaba el tiempo: el trabajo agrícola tiene temporadas de mucha actividad, en la siembra y la cosecha, cuando hay que aprovechar el buen tiempo para injertar la semilla o recoger su fruto. Esto fue especialmente cierto en el caso de la agricultura comunal europea, en la cual la dispersión y el entremezclamiento de las propiedades y del campo abierto generaban incesantes vaivenes, y la prisa de un campesino es la prisa de todos sus vecinos. Unos animales fuertes y rápidos podían ser de importancia vital, y los labradores mancomunaban los recursos para adquirir el ganado idóneo.

Junto a estas técnicas perfeccionadas surgió, como causa y efecto de las mismas, un cultivo más intensivo, en particular un cambio de la rotación de los cultivos entre dos campos (uno dejado en barbecho cada año) a una rotación entre tres campos (sementera de invierno, sementera de primavera y el tercero en barbecho). Este sistema produjo un aumento de un 30 por 100 de la productividad de la tierra (una sexta parte de la tierra cultivable en total, pero un tercio de la tierra anteriormente cultivada), que potenció a su vez la capacidad de alimentar el ganado, lo que aumentó el suministro de abono que nutría los campos, y así sucesivamente en un ciclo ascendente. Dado el tipo de distribución de las tierras y el uso colectivo de los animales de tiro, este cambio fundamental precisaba un liderazgo municipal fuerte y una mayor cooperación, facilitados ambos por el ejemplo y los resultados obtenidos.

Resulta difícil precisar en qué medida se debió este fenómeno a la presión popular y en qué medida a la ambición de medrar. Sin lugar a dudas ambas influyeron. Pero parece ser que, con el tiempo, la población empezó a aspirar a más que la mera subsistencia, porque en estos siglos también se aprecia un gran esfuerzo por incrementar las tierras cultivables, ya sea talando bosques (rozas), ya ganando tierra al mar, mediante la construcción de diques, el drenaje y bombeo del agua. Todas estas labores exigen una energía y un capital enormes, y su éxito atestigua no solo el valor de la iniciativa privada y colectiva, sino el genio de una sociedad que estaba aprendiendo a sustituir la fuerza animal y humana por las máquinas. En particular, el molino de viento, infatigable y fiel, resultó clave en el bombeo de agua de los pantanos y pólderes. Fue el molino el que construyó Holanda.

Los historiadores no yerran al poner de relieve la importancia del aumento de la productividad de la tierra y las cosechas en una sociedad mayoritariamente rural, obligada a dedicar la mayor parte de sus recursos a autoalimentarse. Con todo, estos avances se debieron fundamentalmente a la permisividad. Era la minoría urbana la que detentaba la mayoría de las semillas y de los secretos técnicos, intelectuales y políticos de esta transformación. Es obvio que las poblaciones y ciudades estaban a su vez configuradas por el campo: los inmigrantes del medio rural traían consigo valores, costumbres y actitudes que tenían más sentido en el campo, revistiéndolas como una camisa de fuerza en la actividad urbana. Así, la agrupación de los comerciantes y artesanos en gremios corporativos era como un juego de suma cero: la suma de las pérdidas y ganancias es igual a cero, por lo que la ganancia para un miembro suponía la pérdida para otro. Además, la propia configuración de la urbe obligaba a racionar el tiempo, para desalentar una vez más el enriquecimiento personal, de modo que quedaba prohibido anticiparse y vender antes o después de determinadas horas; no había competencia en los precios; no se trocaban la calidad y la resistencia de los artículos por unos precios más bajos; no se compraba más barato («regatear como los judíos», en la jerga popular: las malas costumbres siempre pertenecen a los demás) para luego vender más caro; en pocas palabras, no había competencia comercial. Quien ejercía su oficio podía ganarse la vida. Un sistema encomiable pero estático. Su objetivo era una justicia social igualitaria, pero imponía serias limitaciones a las empresas y al crecimiento. Era una red de seguridad tendida a expensas de los ingresos.

Ese era el principio. Pero no hay que olvidar que las reglas, ayer como hoy, se hacen para ser burladas. En los negocios, como en el amor, todo está permitido. Otro tanto ocurrió en la Europa medieval, donde la evolución hacia el control gremial fue tanto una respuesta

al comercio libre como la expresión de una moral antigua. Las ciudades y poblaciones crecieron atestadas y ambiciosas; en Francia, los Países Bajos, Renania, los gobernantes las fomentaban concediéndoles generosos privilegios. Pero los intentos de defender el monopolio local se vieron frustrados por el crecimiento de los suburbios (*faubourgs*, falsos burgos), donde no se aplicaban las normas de la urbe. En ellos se establecían los forasteros y los judíos, y los oficiales trabajaban para empresarios cuya tienda había crecido más de lo autorizado. Allí no había restricciones comerciales, lo que explica emparejamientos como los de Hamburgo con Altuna o de Núremberg con Fürth: la riqueza antigua frente a la nueva; el decoro frente al desorden; el acceso restringido frente a la entrada libre.

Una consecuencia inevitable del comercio activo era la selección en función del mérito. Esto contradecía el principio de la paridad (igualdad de resultados), pero era imposible imponer la uniformidad en el rendimiento. Algunos artesanos no podían evitar trabajar mejor y atraer a demasiados compradores, cuya demanda no lograban satisfacer. Al propio tiempo, el intento de restringir la competencia limitando el acceso al grado de maestro suponía el desperdicio del talento. No tardaron mucho en agruparse maestros y oficiales. Dado que los oficiales a menudo no podían trabajar en las tiendas de los maestros en la ciudad (con objeto de contener el crecimiento), trabajaban en la trastienda o en los suburbios. En este proceso tienen su origen el sistema de *putting-out* y la división del trabajo, que generan aumentos sustanciales de la productividad.

El obstruccionismo urbano también se vio frustrado por la difusión de los productos industriales en el campo. La agricultura, caracterizada por sus faenas estacionales e irregulares, ofrecía recursos de mano de obra desaprovechados y más abundantes porque, fuera de las ciudades, no se aplicaban restricciones a la contratación laboral de mujeres y niños. Las mujeres y los niños, pagados muy por debajo de su rendimiento, resultaban más rentables. De suerte que pronto (en el siglo XIII), los comerciantes empezaron a contratar a trabajadores del campo para realizar algunas de las tareas más tediosas y que requerían menos capacitación. En la rama de producción más importante, las manufacturas textiles, las mujeres campesinas se ocupaban del hilado con arreglo al sistema de *putting-out*, o trabajo a domicilio: los comerciantes les daban la materia prima —la lana y el lino sin desbastar y, más adelante, el algodón— y recogían el hilo acabado.

Este nuevo recurso a fuentes exteriores no tropezó en un principio con demasiada resistencia por parte de los trabajadores urbanos; pero cuando los comerciantes empezaron a dar a domicilio las labores de hilado a los tejedores rurales, estaban atacando uno de los intereses creados más consolidados de la época, el de los gremios de tejedores de las ciudades. De modo que la situación era crítica. En Italia, las ciudades autónomas, que tenían control político sobre el campo circundante, lograron destruir en buena parte esta competencia desleal. En los Países Bajos, el otro gran centro medieval de manufactura textil, los tejedores urbanos hicieron incursiones en los pueblos para destrozar los telares y, aunque los tejedores rurales se defendieron, el sistema de *putting-out* estuvo en jaque durante siglos. El único país en el que el trabajo a domicilio encontró terreno propicio fue Inglaterra, donde las autonomías políticas locales dificultaban el apoyo de la monarquía a las pretensiones corporativistas (de los gremios) de instaurar un monopolio y donde los gremios fueron rápidamente reducidos a meras congregaciones honoríficas. En el siglo XV, más de la mitad de los tejidos de lana del país se fabricaba en centros rurales. Este recurso a la mano de obra barata rebajaba los costes con respecto a los de la competencia

extranjera, de modo que, en el siglo XVI, un país que antaño había sido principalmente un exportador de productos básicos, incluida la lana sin desbastar, estaba a punto de convertirse en la primera nación manufacturera de Europa.

La expansión económica de la Europa medieval fue, por lo tanto, alentada por una sucesión de innovaciones y adaptaciones organizativas, la mayoría de ellas impulsadas desde abajo y difundidas mediante el ejemplo. Los soberanos, incluso los nobles locales, hacían lo posible por no perder comba, mostrarse hospitalarios, dar trabajo, atraer empresas y los ingresos que estas generan. Al propio tiempo, la comunidad empresarial inventaba nuevas formas de asociación, contrato e intercambio destinadas a dar garantías a las inversiones y agilizar los pagos. En estas centurias empezó a usarse toda una gama de instrumentos comerciales nuevos; se elaboraron y aplicaron códigos comerciales y se idearon acuerdos de asociación para fomentar las alianzas entre los prestamistas y la población activa, entre quienes suministraban los recursos financieros y la mercancía, y quienes viajaban a tierras distantes para comprar y vender. Prácticamente la totalidad de esta revolución comercial procedió de la comunidad mercantil, que obvió cuando fue preciso las normas de esta o aquella ciudad o estado, inventó e improvisó nuevas vías de encuentro e intercambio (puertos y puertos de salida, arrabales, mercados locales, ferias internacionales): en pocas palabras, creó un mundo diferente, que se superponía al mosaico abigarrado e inapropiado de las unidades políticas.

Obtuvieron así una seguridad sustancialmente mayor, una drástica reducción de los costes comerciales (lo que un economista llamaría costes de transacción) y una ampliación del mercado, que fomentaban la especialización y la división del trabajo. Era el mundo de Adam Smith, que iba tomando forma quinientos años antes de su época.

Capítulo IV

INVENCIÓN DE LA INVENCIÓN

Cuando Adam Smith abordó estos temas en el siglo XVIII, señaló que la división del trabajo y la ampliación del mercado fomentan la innovación tecnológica. De hecho, eso es exactamente lo que ocurrió en la Europa medieval, una de las sociedades más inventivas que ha conocido la historia. Para algunos resultará sorprendente: durante mucho tiempo, se ha visto en estas centurias un interludio sombrío entre la grandeza de Roma y el esplendor del Renacimiento. Este cliché ha quedado desfasado en lo que se refiere a la tecnología[1].

Unos pocos ejemplos bastarán para ilustrar este extremo.

1. *La rueda hidráulica*. Fue conocida por los romanos, que comenzaron a darle aplicaciones ingeniosas durante el último siglo del imperio, cuando habían concluido las conquistas y el suministro de esclavos prácticamente había desaparecido. Por entonces ya era demasiado tarde: el orden y el comercio se estaban disgregando. Es posible que este ingenio sobreviviera en las propiedades eclesiásticas, pues agilizaba las tareas de los clérigos, dándoles tiempo para las plegarias. Sea como fuere, se rescató en los siglos X y XI, y fácilmente proliferó en una región de abundantes lluvias y numerosas corrientes de agua. En Inglaterra, esa isla periférica y atrasada, el registro de empadronamiento de tierras de 1086 da fe de la presencia de 5600 molinos con rueda hidráulica; en el continente había muchos más.

Resultan aún más impresionantes los progresos técnicos de la energía hidráulica. Los constructores de molinos aumentaron su presión y eficacia construyendo diques y estanques y alineando las ruedas para utilizar la energía descendente para muchas funciones, empezando por las que requerían más energía hasta llegar a las que precisaban menos. Al propio tiempo, la invención o la mejora de los dispositivos accesorios —manivelas, ruedas dentadas— posibilitaron la utilización de la energía a distancia, la modificación de su dirección, la conversión del movimiento rotativo en alternativo y su aplicación a un número cada vez mayor de funciones: no solo la molienda del grano, sino también el abatanado (batido) de la ropa, lo que transformó las manufacturas lanares; la forja de metales; el laminado y trefilado de la chapa metálica y el alambre; el braceaje del lúpulo para la fabricación de cerveza y la reducción de los trapos a pulpa de papel. «La fabricación del papel, que se realizó con los pies y las manos durante aproximadamente mil años tras su invención por los chinos y su adopción por los árabes, fue mecanizada tan pronto llegó a la Europa medieval, en el siglo XIII… El papel había dado prácticamente la vuelta a medio mundo, pero ninguna cultura o civilización de las que había atravesado trató

de mecanizar su fabricación[2]». En Europa imperaba una civilización basada en la energía, un hecho excepcional en aquella época.

2. *Las gafas*. Un asunto aparentemente banal, algo que, de tan manido, puede resultar trivial. Y sin embargo, la invención de los anteojos multiplicó por dos o incluso más la vida laboral de los artesanos cualificados, especialmente de quienes realizaban trabajo de precisión: los escribas (fundamentales antes de la invención de la imprenta) y los lectores, los fabricantes de instrumentos y herramientas, los tejedores, los metalistas.

El problema es de índole biológica: debido a que el cristalino del ojo humano se endurece alrededor de los cuarenta años de edad, produce un efecto similar a una buena visión de lejos (en realidad, se trata de hipermetropía), aunque el ojo ya no puede enfocar los objetos cercanos. Pero, a los cuarenta años, un artesano medieval aún podía esperar razonablemente vivir y trabajar veinte años más, los mejores años de su vida laboral… siempre y cuando viera lo suficientemente bien. Las gafas resolvieron el problema.

Se tiene noticia de dónde y cuándo podrían haber surgido los primeros anteojos. Ya se habían descubierto lentes y cristales de aumento sin pulir, que se utilizaban para leer (*lapides ad legendum*[3]). La argucia consistió en mejorarlos, para reducir la distorsión que producían, y engarzar un par de lentes en un instrumento que se pudiera llevar encima, dejando así las manos libres. Al parecer, esto ocurrió por primera vez en Pisa, en torno a finales del siglo XIII. Un testigo contemporáneo (1306) afirma conocer al inventor:

> No todas las artes [en el sentido de artes y oficios] han sido descubiertas; nunca veremos el día en que se dejen de descubrir. Cada día podría descubrirse una nueva… Hace menos de veinte años se descubrió el arte de fabricar anteojos que ayudan a ver bien, una de las mejores y más necesarias artes que existen en el mundo. Hace tan poco tiempo que se inventó un arte nuevo que no existía antes… Yo vi personalmente al hombre que lo descubrió y puso en práctica y hablé con él[4].

Obviamente, estas lentes convexas no eran uniformes o de una calidad que podríamos llamar prescriptiva. Pero, en este caso, la tecnología óptica medieval se vio ayudada por la naturaleza del problema: las lentes necesarias para corregir la presbicia no deben ser extremadamente precisas. Su función principal es la de agrandar y, aunque unas agranden más que otras, todas son útiles para su usuario. Por eso, en ocasiones se piden prestadas en el restaurante para leer el menú y las tiendas de baratillo las venden apilándolas en cajas. El comprador se limita a probar unas pocas y escoge las apropiadas. Los miopes (cortos de vista) no pueden hacer lo mismo.

Esto no fue más que el principio. A mediados del siglo XV, Italia, y en particular Florencia y Venecia, fabricaba miles de gafas, equipadas con lentes cóncavas y convexas, para miopes e hipermétropes. Asimismo, al menos los florentinos (y presumiblemente otros), comprendieron que la agudeza visual se pierde con la edad, de modo que fabricaron las lentes convexas con graduaciones para cinco años y las cóncavas con graduaciones para dos, permitiendo a los usuarios comprar por lotes e ir cambiándolas con el tiempo.

Las gafas permitieron realizar trabajos refinados y utilizar instrumentos de precisión. Pero, sobre todo, alentaron la invención de instrumentos de precisión, poniendo a Europa en una senda desconocida en la época. Los musulmanes conocían el astrolabio, pero eso era todo. Los europeos fueron más allá, inventando manómetros, micrómetros, sierras dentadas de precisión: toda una gama de instrumentos relacionados con la medición y el

control de precisión. Sentaron así las bases para las máquinas articuladas compuestas de partes ensambladas.

El trabajo de precisión: cuando otras civilizaciones alcanzaron este grado de refinamiento, fue por su dominio del oficio, tras muchas horas de entrega. La pericia radicaba en sus manos, no en su buena vista o en la perfección de sus instrumentos. Alcanzaron resultados notables, pero ninguna pieza era idéntica a las demás, mientras que Europa ya se encaminaba a la fabricación de réplicas: la producción por lotes y, posteriormente, a gran escala. Además, el conocimiento de las lentes fue un acicate para posteriores avances en el terreno de la óptica, no solo en Italia. Tanto el telescopio como el microscopio fueron inventados en los Países Bajos en torno a 1600 y se difundieron rápidamente desde allí.

Europa gozó del monopolio de las lentes de corrección durante tres o cuatro siglos. En la práctica, duplicaron la fuerza de trabajo de los artesanos cualificados, incluso más si se tiene en cuenta el valor de la experiencia[5].

3. *El reloj mecánico*. Otra banalidad, tan trillada que la damos por hecha. Y, sin embargo, Lewis Mumford la llamó certeramente la «máquina clave[6]».

Antes de la invención de esta máquina, se deducía la hora mediante relojes de sol (varillas de sombra o cuadrantes) y de agua. Naturalmente, los relojes de sol solo servían los días despejados; los relojes de agua funcionaban mal cuando la temperatura se acercaba al punto de congelación, además de su gran margen de error debido a la sedimentación y a su tendencia a obturarse. Ambos instrumentos resultaban razonablemente útiles en los climas soleados, pero al norte de los Alpes pueden pasar semanas sin que brille el sol y las temperaturas varían mucho, no solo de una estación a otra, sino del día a la noche.

La Europa medieval dio una importancia nueva a una medición del tiempo fidedigna. En primer lugar la iglesia, con sus siete oraciones diarias, una de las cuales, los maitines, es, a pesar de su nombre, un rito nocturno, y requería un dispositivo de alarma para despertar a los clérigos antes del alba. (De ahí la canción de corro infantil *Frère Jacques*: el hermano Jacques se ha dormido y no ha tañido las campanas para maitines)[*]. Además, las nuevas ciudades y burgos tenían sus servidumbres temporales. Comprimidas entre sus murallas, tenían que conocer y ordenar el tiempo para organizar la actividad colectiva y racionar el espacio. Establecieron una hora para despertarse, ir al trabajo, abrir el mercado, cerrar el mercado, dejar el trabajo y, por último, una hora para apagar las luces o antorchas (en francés se habla de *couvre-feu*, literalmente «cubre-fuego», en español «toque de queda») e irse a dormir.

Todo ello era compatible con los antiguos instrumentos mientras solo hubiera una autoridad encargada de fijar las horas, pero, con el crecimiento urbano y la multiplicación de su señalización, las discrepancias ocasionaron discordias y conflictos. La sociedad necesitaba un instrumento de medición del tiempo más fiable y lo encontró en el reloj mecánico.

No sabemos quién inventó esta máquina ni dónde. Al parecer, habría surgido en Italia e Inglaterra (quizás fuera una invención simultánea) en el último cuarto del siglo XIII. En cuanto se conoció, se difundió rápidamente, relegando a los relojes de agua, pero no a los cuadrantes solares, necesarios como referencia para comprobar el funcionamiento de las nuevas máquinas. Estas versiones primitivas eran rudimentarias, imprecisas y proclives a

estropearse, hasta tal punto que resultaba rentable contratar los servicios de un fabricante de relojes al mismo tiempo que se compraba el reloj.

Irónicamente, la nueva máquina tendió a minar la autoridad eclesiástica. Aunque el ritual de la iglesia le había hecho seguir con interés el control del tiempo a lo largo de todos los siglos de crisis urbana que siguieron a la caída de Roma, la hora de la iglesia era la hora de la naturaleza. El día y la noche estaban divididos en el mismo número de partes, de modo que, excepto en los equinoccios, las horas del día y de la noche eran desiguales y, por supuesto, la duración de dichas horas variaba de una estación a otra. Pero el reloj mecánico hacía iguales las horas, lo que suponía un nuevo modo de ver el tiempo. La iglesia se resistió y tardó en adaptarse a las nuevas horas aproximadamente un siglo. Sin embargo, las ciudades y burgos adoptaron las horas iguales como norma desde el principio, y los relojes públicos instalados en las torres y campanarios de los ayuntamientos y las plazas de los mercados se convirtieron en el símbolo mismo de una autoridad municipal nueva, seglar. Cada burgo quería uno; los conquistadores se apoderaban de ellos como botines de guerra especialmente codiciados; los turistas venían a ver y oír estas máquinas igual que acudían en peregrinación a visitar las reliquias sagradas. A nuevos tiempos, nuevos usos.

El reloj fue el mayor logro del genio mecánico medieval. De concepción revolucionaria, era más radicalmente nuevo de lo que suponían sus fabricantes. Fue el primer ejemplo de un artefacto digital y no analógico: contabilizaba una secuencia regular y repetitiva de acciones discretas (los vaivenes de un controlador oscilante), en lugar de seguir un movimiento continuo y regular, como la sombra en movimiento de un cuadrante solar o el flujo del agua. Hoy sabemos que una frecuencia repetitiva de este tipo puede ser más regular que cualquier fenómeno continuo, y prácticamente todos los aparatos de alta precisión parten en la actualidad del principio digital. Pero en el siglo XIII nadie podía saberlo, pues se pensaba que, dado que el tiempo es continuo, debía seguirse y medirse mediante un aparato que se basara en la continuidad.

El reloj mecánico tiene que ajustarse a los dictados implacables de la tierra y el sol: no cabe la posibilidad de pasar por alto o disimular los fallos. Resultado de ello, fue una presión constante para mejorar su técnica y su diseño. En cada fase, los relojeros potenciaron la exactitud y precisión, como auténticos maestros de la miniaturización, detectores y correctores de errores, investigadores en busca de ingenios nuevos y más perfectos. Son los pioneros de la ingeniería mecánica, ejemplo y enseñanza para las demás ramas del saber.

Por último, el reloj trajo consigo el orden y el control, tanto a nivel colectivo como personal. El hecho de que se mostrara en público y se pudiera poseer en privado sentó las bases de la autonomía temporal: la gente podía ahora coordinar sus idas y venidas sin que se les impusieran desde arriba. (A diferencia por ejemplo del estamento militar, donde solo los oficiales tienen necesidad de saber la hora). El reloj marcaba las pautas temporales para la actividad de grupo, y al mismo tiempo permitía a los individuos organizar su propio trabajo (y el de los demás) de cara a aumentar la productividad. De hecho, la propia noción de productividad es un producto derivado del reloj: cuando se pudo medir el rendimiento en términos de unidades temporales uniformes, el trabajo no volvió a ser el mismo. Se pasó de la conciencia del tiempo del campesino, estructurada en función de sus tareas (una labor después de otra, en la medida en que lo permitan el tiempo y la luz del día), y del sirviente doméstico, con su jomada plena (siempre hay algo que hacer), al intento de fabricar el

mayor número posible de productos por unidad de tiempo (el tiempo es oro). La invención del reloj mecánico anticipa en sus efectos el análisis económico de Adam Smith: el aumento de la riqueza de las naciones deriva directamente de una mejora de las capacidades productivas de la mano de obra.

El reloj mecánico constituyó un monopolio europeo (occidental) durante unos trescientos años; en sus versiones más perfeccionadas, hasta el siglo XX. Otras civilizaciones o, más exactamente, sus gobernantes y élites, los admiraban y codiciaban, pero ninguna pudo construirlos a la altura de los europeos.

Los chinos fabricaron algunos relojes de agua astronómicos en las eras Tang y Song: eran artilugios complejos e ingeniosos que medían el tiempo con gran precisión a corto plazo, antes de obturarse. (Debido a la sedimentación, los relojes de agua tienen un índice de fiabilidad muy bajo a largo plazo). Estas máquinas monumentales eran proyectos imperiales, fabricadas para uso exclusivo del emperador y sus astrólogos. Los chinos trataban el tiempo y el conocimiento del tiempo como una materia reservada a la soberanía, que no debía compartirse con el populacho. Este monopolio afectaba tanto al tiempo cotidiano como al anual. En las ciudades, las horas (equivalentes a dos de las nuestras) se anunciaban con tambores y otras señales acústicas y el calendario imperial fijaba por doquier las estaciones y las actividades correspondientes. Dicho calendario no constituía una referencia uniforme, determinable objetivamente. Cada emperador tuvo su propio calendario, estampando su sello personal sobre el paso del tiempo. Un cálculo privado del calendario habría carecido de sentido.

Esta forma de señalizar los intervalos horarios en las grandes ciudades no podía imponerse al conocimiento y la conciencia en todo momento de la hora del día. En particular, los ruidos no constituían significantes numéricos. Las horas tenían nombres en lugar de números, lo que atestigua por sí solo la ausencia de un cálculo temporal. Al no ser objeto de consumo popular y no existir una industria relojera, la ciencia de la relojería china retrocedió y se estancó. Nunca superó el estadio de las clepsidras y, cuando dicho país descubrió el reloj mecánico occidental, no estaba en situación de comprenderlo y copiarlo. Y no por falta de interés: la corte imperial china y las élites acomodadas enloquecían por estas máquinas, pero, por su reticencia a reconocer la superioridad tecnológica europea, trataron de trivializarlas, considerándolas juguetes. Craso error.

El islam trató posiblemente también de poseer y copiar el reloj, aunque solo fuera para determinar las horas de oración. Al igual que en China, los relojeros musulmanes fabricaron relojes de agua mucho antes de que en Europa se hiciera nada parecido, como el reloj legendario que Harun al-Rashid envió como regalo a Carlomagno en torno al 800: ningún integrante de la corte franca sabía muy bien qué hacer con él, por lo que desapareció, sumido en la indiferencia y el olvido. Como los chinos, los musulmanes apreciaban en grado sumo los relojes de pared y portátiles occidentales, y hacían lo posible por adquirirlos mediante compra o en concepto de tributo. Pero jamás los usaron para crear otra conciencia del tiempo en la gente que no fuera la llamada a la oración. En este sentido, podemos citar el testimonio de Ghiselin de Busbecq, embajador del sacro imperio romano ante la Sublime Puerta de Constantinopla, en una carta de 1560: «creen que, si colocaran relojes públicos, socavarían la autoridad de sus almuédanos y de sus ritos antiguos[7]». Sacrilegio.

4. *La imprenta*. La imprenta fue inventada en China (que también inventó el papel) en el siglo IX y su uso se había generalizado ya en el siglo X. Esta hazaña resulta aún más meritoria si tenemos presente que la lengua china, escrita mediante ideogramas (y no alfabetos), no se presta fácilmente a los tipos móviles. Eso explica por qué la imprenta china consistía principalmente en impresiones de páginas con bloques de madera y por qué una proporción tan elevada de los textos chinos antiguos consisten en dibujos. Si se corta un bloque, es más fácil dibujar que grabar un sinnúmero de caracteres. Asimismo, la escritura ideográfica es enemiga de la alfabetización: pueden aprenderse los caracteres en la infancia pero, si no se utilizan a menudo, se olvida cómo leer. Los dibujos facilitaban la lectura.

La impresión por bloques limita el alcance y la difusión de la publicación. Se adecúa bien a la divulgación de los textos clásicos y sagrados, los mantras budistas y otros semejantes, pero incrementa el coste y los riesgos de la publicación de obras nuevas y tienden a realizarse pequeñas tiradas. Algunos impresores chinos sí usaron los tipos móviles pero, dada la naturaleza de la lengua escrita y la cuantía de la inversión necesaria, esta técnica no prosperó tanto como en Occidente. Sin duda, al igual que otras invenciones chinas, es posible que se abandonara durante cierto tiempo y se reintrodujera más adelante[8].

A grandes rasgos, a pesar de la aportación de la imprenta a la preservación y la difusión del conocimiento en China, nunca conoció el *boom* de Europa. Gran parte de las publicaciones dependían de la iniciativa del gobierno y el mandarinato de Confucio desalentaba la disidencia y las ideas nuevas. Incluso la demostración de la falsedad del conocimiento convencional podía rechazarse, tildándose de apariencia vana[9]. A consecuencia de ello, la actividad intelectual se fragmentó en función de la actividad personal y regional, y los adelantos científicos revelan una sorprendente discontinuidad. «El gran matemático Chu Shijie, formado en la escuela norteña, emigró al sur, a Yangshuo, donde se imprimieron sus libros, pero no logró encontrar discípulos. Resultado de ello fue que sus descubrimientos más adelantados se volvieron incomprensibles para las generaciones posteriores. En cambio, los textos científicos básicos estaban al alcance de todos[10]». Los textos básicos, una especie de escritos canónicos, no bastan: peor aún, pueden detener la evolución del pensamiento.

Europa conoció la imprenta siglos después que China. Sin embargo, no debe pensarse que la imprenta creara el libro e inventara la lectura. Por el contrario, el interés por la palabra escrita creció rápidamente en la Edad Media, especialmente cuando la burocracia y la aparición de los burgos aumentaron la demanda de informes y documentos. El gobierno se asienta sobre el papel. Por añadidura, gran parte de esta verborrea se escribía en lenguas vernáculas, acabando con el monopolio hierático de una lengua muerta pero sagrada (el latín), lo que abrió el camino a la difusión de la lectura y a los escritos de los disidentes.

Eso hizo que los escribas no lograran satisfacer la demanda. Se idearon medidas de todo tipo para multiplicar el material de lectura. Se prepararon y encuadernaron manuscritos en fascículos sueltos, lo que dividió la tarea de copiarlos, permitiendo al propio tiempo que varias personas leyeran un libro simultáneamente. Y, al igual que en China, la impresión por bloques llegó antes que el tipo móvil, produciendo más volantes que libros, en este caso

también abundantemente ilustrados. De modo que, cuando Gutenberg publicó su Biblia en 1452-1455, el primer libro occidental impreso en tipos sueltos (y quizás el libro más hermoso jamás impreso), puso esta nueva técnica a disposición de una sociedad que ya había aumentado considerablemente su producción de escritos y anhelaba más. En los cincuenta años posteriores, la imprenta se difundió desde Renania a toda Europa occidental. La producción estimada de incunables (libros publicados antes de 1501) ascendió a varios millones: 2 millones tan solo en Italia.

Pese a las ventajas manifiestas de la imprenta, no gozó de aceptación en todas partes. Los países musulmanes se opusieron a ella mucho tiempo, debido en buena medida a motivos religiosos: la idea de un Corán impreso resultaba inaceptable. En Estambul había prensas judías y cristianas, pero no musulmanas. Lo mismo puede decirse de la India: hasta principios del siglo XIX no se instaló la primera prensa. En Europa, por su parte, nadie podía poner freno a la nueva tecnología. La autoridad política estaba demasiado fragmentada. La iglesia había tratado de controlar las traducciones vernáculas de las Sagradas Escrituras y prohibir la difusión de textos canónicos y no canónicos. Ahora se vio superada por los acontecimientos. Los demonios de la herejía habían surgido mucho antes de Lutero, y la imprenta hizo imposible volver a meterlos en su caja.

5. *La pólvora*. Los europeos consiguieron probablemente la fórmula china a principios del siglo XIV, quizás a finales del XIII. En China ya se conocía la pólvora en el siglo XI. En un primer momento se usó como un artilugio incendiario, tanto en los fuegos artificiales como en la guerra, a menudo en forma de lanzas incendiarias con estopín. Se utilizó como propulsor más adelante, en un principio con bombardas y lanzaflechas ineficaces y luego con cañones (a finales del siglo XIII). La eficacia y racionalidad de alguno de estos artefactos pueden deducirse de sus nombres: «el pavoroso y mágico cañón octogonal de viento y fuego» o el «conturbador trueno incendiario de nueve flechas, mágico y venenoso[11]». Al parecer, gozaban de tanto predicamento por su ruido como por su capacidad mortífera. Para una mente pragmática esta visión metafórica y retórica de la tecnología resulta desconcertante.

Los chinos continuaron recurriendo a las aplicaciones incendiarias más que explosivas, quizás debido a su superioridad numérica, quizás por el hecho de que la lucha contra adversarios nómadas no precisaba armamento propio de asedio[*]. Los tratados militares del siglo XVI describen centenares de variantes: «tubos volantes», que al parecer procedían de las lanzas incendiarias inventadas cinco siglos antes y se utilizaban para rociar de pólvora y papel incendiario las velas enemigas; «cubos de pólvora» y «ladrillos ardientes», granadas de pólvora y papel impregnadas de veneno; otros artilugios rellenos de productos químicos y excrementos humanos, que tenían por objeto asustar, cegar y presumiblemente asquear al enemigo y, por último, otras granadas letales rellenas de perdigones y explosivos[12]. Algunas se lanzaban, otras se disparaban con arcos. Resulta sorprendente este gusto por la variedad, como si la guerra fuera una exhibición de fórmulas.

Los chinos usaban la pólvora en forma de polvo, como su propio nombre indica, y obtenían una reacción química débil precisamente porque la finura de los granos ralentizaba la ignición. En cambio, los europeos aprendieron en el siglo XVI a apelmazar la pólvora, dándole la forma de pepitas o semillas pequeñas. Lograban así una ignición más rápida y, al mezclar los ingredientes mejor, una explosión más completa y poderosa. De

este modo, podían centrar sus esfuerzos en el alcance y el peso del proyectil, sin perder el tiempo en asuntos como el ruido, el olor y los efectos visuales.

La importancia concedida al lanzamiento sobre los demás factores, combinada con la experiencia en la fundición de campanas (su metal podía aprovecharse para las piezas de artillería, pues las técnicas de fundición eran intercambiables), dio a Europa el mejor cañón del mundo y la supremacía militar[13].

Como revelan todos estos datos, las demás sociedades se estaban quedando rezagadas con respecto a Europa ya antes de la apertura del mundo (a partir del siglo XV) y la gran confrontación[*]. El porqué de este fenómeno constituye una cuestión histórica de gran importancia: se aprende tanto del fracaso como del éxito. No podemos examinar aquí todas las sociedades o civilizaciones no europeas, pero dos merecen un estudio somero.

En primer lugar, el islam, que en un principio hizo suyos y desarrolló los conocimientos y las costumbres de los pueblos conquistados. En el período que estamos considerando (aproximadamente entre 1000 y 1500), el dominio musulmán se extendía desde el extremo occidental del Mediterráneo hasta las Indias. Anteriormente, entre 750 y 1100, a grandes rasgos, la ciencia y la tecnología islámicas superaban con mucho a las europeas, que tenían que recuperar su herencia y lo hicieron en cierta medida a través de los contactos con los musulmanes en áreas fronterizas como España. El islam fue el profesor de Europa.

Pero en ese momento algo falló. La ciencia islámica, denunciada como herética por los fanáticos religiosos, se plegó a las presiones teológicas que clamaban por la ortodoxia espiritual. (Para los pensadores e investigadores, podía tratarse de un asunto de vida o muerte). Para el islam militante, la verdad ya había sido revelada. Todo cuanto *remitiera* a la verdad era útil y admisible; el resto, error y superchería[14]. El historiador Ibn Jaldun, conservador en asuntos religiosos, se consternaba sin embargo ante la aversión musulmana al saber:

> Cuando los musulmanes conquistaron Persia (637-642) y se toparon con un número ingente de libros y documentos científicos, Sa'd bin Abi Waqqas escribió a Ornar bin al-Khattab pidiéndole permiso para apoderarse de ellos y distribuirlos como botín entre los musulmanes. En aquella ocasión, Ornar le replicó: «Tíralos al agua. Si contienen sabios consejos, Dios nos los ha dado más sabios. Si están equivocados, Dios nos ha protegido contra ellos[15]».

Recordemos que el islam, a diferencia del cristianismo, no separa lo religioso de lo secular: ambos constituyen un todo integrado. El estado ideal sería una teocracia y, a falta de dicha materialización, un buen gobernante deja los asuntos del espíritu y la conciencia (en el sentido más amplio de la palabra) a los doctores de la fe. Esto puede resultar muy duro para los científicos.

En cuanto a la tecnología, el islam realizó cambios y adelantos en ciertos ámbitos: pensemos en la adopción del papel o en la introducción y difusión de nuevos cultivos como el café y el azúcar, o en la disposición de los turcos otomanos a aprender a utilizar (aunque no a fabricar) cañones y relojes. Pero la mayoría procedían de fuera y seguían dependiendo del apoyo exterior. Las fuentes internas de invención al parecer se habían secado. Incluso en la edad dorada (750-1100), la especulación estaba desvinculada de la práctica: «Durante casi 500 años, los mayores científicos del mundo escribieron en árabe y, pese a todo, una

ciencia en pleno florecimiento no contribuyó en nada al lento avance de la tecnología en el islam[16]».

La única civilización que podía haber superado los logros europeos era China. Al menos, eso es lo que parecen indicar los datos. Recordemos la larga lista de invenciones chinas: la carretilla, el estribo, la collera rígida para los caballos (para impedir que se asfixien), el compás, el papel, la imprenta, la pólvora o la porcelana. No obstante, en los asuntos científicos y tecnológicos, China sigue siendo un misterio, a pesar de los denodados esfuerzos realizados por el difunto Joseph Needham y otros por recopilar los datos y aclarar estos extremos. Por ejemplo, los especialistas afirman que la industria china se había adelantado desde hacía tiempo a la europea: en el sector textil, en el que China disponía de una máquina hidráulica para el hilado del cáñamo en el siglo XII, unos quinientos años antes de que la Inglaterra de la revolución industrial inventara las selfactinas y los sistemas hidráulicos[17]; o en el de la siderurgia, en el que los chinos aprendieron pronto a utilizar el carbón y el coque en altos hornos de fundición de hierro (según los testimonios) y producían la increíble cantidad de 125 000 toneladas de hierro en bruto a finales del siglo XI: una cifra que alcanzó Gran Bretaña setecientos años después[18].

El misterio reside en la incapacidad de China de concretar su potencial. Se tiene tendencia a creer que el conocimiento y la pericia son acumulativos; que una técnica superior, una vez conocida, sustituirá a los métodos antiguos. Pero la historia de la industria china ofrece ejemplos de olvido y regresión tecnológicos. Ya hemos visto cómo la ciencia de la relojería dio marcha atrás. De igual manera, la máquina de hilar cáñamo nunca se adaptó a la fabricación del algodón, de modo que el hilado de este material no llegó a mecanizarse. Y la fundición del carbón/coque cayó en desuso, a la par que la industria siderúrgica en su conjunto. ¿Por qué?

> Ninguna de las explicaciones convencionales parece convincente para aclarar por qué desapareció el progreso técnico de la economía china en un período caracterizado, en su conjunto, por la prosperidad y la expansión. Prácticamente todos los elementos que los historiadores suelen considerar causas fundamentales de la Revolución industrial en la Europa noroccidental se daban también en China. Se había producido una revolución en la relaciones entre las clases sociales, al menos en el campo, pero ello no había tenido repercusiones importantes en las técnicas de producción. La única carencia era la ciencia basada en los postulados de Galileo y Newton pero, a corto plazo, este hecho no tenía importancia. Si los chinos hubieran poseído o se hubieran contagiado de la manía imperante en la Europa del siglo XVII de realizar arreglos y mejoras, habrían podido fabricar una máquina de hilado eficaz a partir del modelo primitivo descrito por Wang Chen… La máquina de vapor habría resultado más compleja, pero no habría planteado problemas insuperables a un pueblo que ya construía lanzallamas de pistón doble durante la dinastía Song. La gran incógnita es que nadie lo intentó. En la mayor parte de los ámbitos, con la excepción destacada de la agricultura, la tecnología china cesó de progresar mucho antes del punto en el que la falta de conocimientos científicos se hubiera convertido en un serio obstáculo[19].

En efecto, ¿por qué? Los sinólogos han propuesto varias explicaciones parciales. Las más convincentes son del mismo tipo:

- La inexistencia de un mercado libre y la no institucionalización de los derechos de propiedad. El estado chino se injería constantemente en la empresa

privada: haciéndose cargo de las actividades lucrativas, prohibiendo otras, manipulando los precios, percibiendo sobornos, entorpeciendo el enriquecimiento privado. Una de sus víctimas predilectas era el comercio marítimo, que el reino celeste consideraba un ataque a los intereses imperiales, una posible fuente de disensiones y desigualdades en los ingresos o, peor aún, una instigación a la deserción. Los problemas se exacerbaron bajo la dinastía Ming (1368-1644), cuando el estado trató de prohibir cualquier tipo de comercio marítimo. Este interdicto propició la evasión de ingresos y el contrabando, lo que a su vez trajo consigo corrupción (dinero a cambio de protección), confiscaciones, violencia y sanciones. El mal gobierno ahogaba la iniciativa, incrementaba el coste de las transacciones y alejaba a los hombres cualificados del comercio y la industria.

- Los valores generales de la sociedad. Un gran historiador de la sociología (o sociólogo de la historia) ve en las relaciones entre ambos sexos un obstáculo de primer orden: el confinamiento en la práctica de las mujeres en el hogar imposibilitaba, por ejemplo, la explotación rentable de la maquinaria textil en una fábrica. En este sentido, China difería drásticamente de Europa o Japón, donde las mujeres tenían libre acceso al espacio público, y para las que resultaba socialmente aceptable trabajar fuera de casa para constituirse una dote o contribuir a los recursos familiares[20].
- El gran sinólogo franco-germano-húngaro Étienne Balázs da mucha importancia al contexto general. Ve en la tecnología rudimentaria de China una muestra parcial del control totalitario imperante. No explica este fenómeno en virtud del «centralismo hidráulico», aunque señala la ausencia de libertad, el peso de la costumbre y el consenso, considerados parte integrante de una sabiduría superior. Merece la pena reproducir su análisis:

… Si por totalitarismo se entiende el control total del estado y sus funcionarios y órganos ejecutivos sobre todas las actividades de la vida social sin excepción, la sociedad china era marcadamente totalitaria… Ninguna iniciativa privada, ninguna expresión de la vida pública escapaba al control oficial. Para empezar, hay toda una gama de monopolios estatales, que comprenden los principales productos básicos de consumo: sal, hierro, té, alcohol, comercio exterior. Hay un monopolio de la educación celosamente protegido. Hay un cuasimonopolio de las letras (de la prensa, iba a decir): todo cuanto se escribe de manera no oficial y escapa a la censura tiene pocas posibilidades de llegar al público. Pero el alcance del estado de Moloc, la omnipotencia de la burocracia van mucho más allá. Hay regulaciones en materia del vestir, en materia de la construcción de edificios públicos y privados (las dimensiones de las casas), los colores de la ropa que se viste, la música que se oye, los festivales, todo está regulado. Hay reglas para nacer y reglas para morir; el estado providencial vigila de cerca cada uno de los pasos de sus súbditos, desde la cuna hasta la tumba. Es un régimen caracterizado por el papeleo y los engorros [*paperasseries et tracasseries*], un papeleo y unos engorros incesantes.

El genio y la inventiva de los chinos, que han aportado tanto a la humanidad —seda, té, porcelana, papel, imprenta y mucho más— habrían enriquecido sin duda mucho más a China y probablemente la hubieran llevado al umbral de la tecnología moderna de no haber sido por este control estatal asfixiante. Es el estado el que mata el progreso tecnológico en China. No solo en el sentido de que corta en flor todo cuanto atente o parezca atentar contra sus intereses, sino también por las costumbres arraigadas inexorablemente por mor de la *raison d'état*. La atmósfera que se respira de rutina, tradicionalismo e inmovilismo, que hace sospechosa cualquier innovación, cualquier iniciativa no solicitada y sancionada por adelantado, es contraproducente para el espíritu inquisitivo y libre[21].

En resumen, nadie lo intentaba. ¿Por qué habían de hacerlo?

Sea cual fuere la combinación de factores, el resultado era una extraña mezcla de iniciativas aisladas e interrupciones que recuerdan al mito de Sísifo —subir, subir, subir y,

finalmente, vuelta a caer hasta el punto de partida—, casi como si la sociedad estuviera constreñida por un techo de seda. El resultado, por no decir el propósito, fue el cambio dentro del inmovilismo o, quizás, el inmovilismo dentro del cambio. Se permitía (se podía) innovar hasta ese punto y nada más.

Los europeos padecieron muchas menos injerencias de este tipo. En lugar de ello, entraron durante estos siglos en un mundo apasionante de innovación y emulación que puso en tela de juicio los intereses creados y sacudió los cimientos de los poderes fácticos conservadores. Los cambios eran acumulativos; las novedades se difundían rápidamente. Un concepto nuevo del progreso sustituyó a la vieja y obsoleta veneración por la autoridad. Este sentido contagioso de la libertad afectó (infestó) a todos los ámbitos. Fueron años de herejías en la iglesia, de iniciativas populares que, como hoy podemos apreciar, anticiparon la ruptura que constituyó la Reforma; de nuevas formas de expresión y plasmación de la iniciativa colectiva que desafiaron a las viejas maneras artísticas, pusieron en entredicho las estructuras sociales y amenazaron las demás políticas; de nuevos modos de hacer las cosas que convirtieron a la novedad en virtud y en fuente de goce; de utopías que fantasearon sobre futuros mejores, más que retrotraerse a los paraísos perdidos.

En todo este proceso desempeñó un papel importante la iglesia como custodia del conocimiento y escuela de técnicos. Habría cabido esperar lo contrario: que la espiritualidad organizada, con su interés casi exclusivo por la oración y la contemplación, se hubiera ocupado poco de la tecnología. Lo normal hubiera sido que la iglesia, al considerar el trabajo una expiación del pecado original, no tratara de aliviar el castigo. Sin embargo, ocurrió todo lo contrario: el deseo de liberar a los clérigos de las tareas terrestres, que tanto tiempo consumen, provocó la introducción y difusión de maquinarias generadoras de energía y, desde los cistercienses, la contratación de hermanos laicos (*conversi*) para que se encargaran del trabajo sucio. A su vez, el hecho de dar empleo hizo que se prestara atención al tiempo y a la productividad. Todo ello generó, en las propiedades monásticas, ensamblajes admirables de maquinaria propulsada por la energía hidráulica, caracterizados por secuencias complejas pensadas para aprovechar al máximo la energía disponible y distribuirla mediante una serie de operaciones industriales. Una descripción del trabajo en la abadía de Clairvaux a mediados del siglo XII rebosa de ejemplos de versatilidad: «cocina, tamizado, mezcla, frotamiento [pulido], transmisión [de la energía], lavado, molienda, combado». El autor, manifiestamente orgulloso de estos logros, añade, dirigiéndose a sus lectores, que se tomará la libertad de bromear: los martillos abatanadores, afirma, parecen haber dispensado a los enfurtidores del castigo por sus pecados, y da las gracias a Dios porque dichos artefactos atenúan el opresivo trabajo de los hombres y se compadecen del lomo de sus caballos[22].

¿A qué se debe esta *joie de trouver* específicamente europea? ¿Este placer por lo nuevo y lo mejor? ¿Este cultivo de la invención o lo que algunos han llamado esta «invención de la invención»? Varios estudiosos han aducido diferentes razones, generalmente relacionadas con los valores religiosos:

1. El respeto judeocristiano por el trabajo manual, reflejado en varios preceptos bíblicos. Un ejemplo: cuando Dios advierte a Noé que se avecina el diluvio y le indica que se

salvará, no es Dios quien le protege. «Hazte un arca de maderas resinosas», le dice, y Noé construye un arca de acuerdo con las especificaciones divinas.

2. El concepto judeocristiano de la subordinación de la naturaleza al hombre. Se trata de un alejamiento radical de los postulados y prácticas animistas tan difundidos por aquel entonces, que ven la impronta divina en cada árbol y corriente de agua (lo que explica la figura de las náyades y las dríades). Los ecologistas pueden considerar hoy estas creencias preferibles a las que las sustituyeron, pero nadie prestaba atención a los adoradores paganos de la naturaleza en la Europa cristiana.

3. El sentido judeocristiano del tiempo lineal. Otras sociedades creían que el tiempo es cíclico, que periódicamente se vuelve a las fases primitivas para comenzar de nuevo. El tiempo lineal es progresivo o regresivo, progresa en dirección a cosas mejores o regresa desde un estadio anterior, más feliz. En la Europa de este período prevaleció el punto de vista progresivo.

4. Sin embargo, tras una nueva reflexión, yo pondría de relieve la importancia del mercado. El espíritu de empresa no conocía trabas en Europa. La innovación tenía éxito y resultaba rentable, y los soberanos y los poderes fácticos tenían una capacidad limitada de frenarla o desalentarla. El éxito alimentó la imitación y la emulación, así como una sensación de poderío que, a largo plazo, elevaría a los hombres casi al nivel de dioses. Seguían vivas las antiguas leyendas que advertían de los peligros de la arrogancia, como la expulsión del paraíso, el vuelo demasiado elevado de Ícaro y Prometeo encadenado (el concepto mismo de «arrogancia» —insolencia cósmica— atestigua las pretensiones de algunos hombres y los esfuerzos de otros por contrarrestarlas).

Pero los hombres de acción no prestaban atención a estas admoniciones.

Capítulo V

LA GRAN APERTURA

El mayor acontecimiento desde la creación del Mundo, exceptuando la encarnación y muerte de Quien lo creó, es el descubrimiento de las Indias.

FRANCISCO LÓPEZ DE GOMARA, *Historia de las Indias*

Hay un hecho histórico que todo el mundo conoce. Incluso quienes no tienen a la historia entre sus temas favoritos saben que Cristóbal Colón descubrió América. Este conocimiento generalizado de un hecho concreto indica hasta qué punto un hecho singular, el descubrimiento de un nuevo mundo, ha cautivado la atención de toda Europa y América como el acontecimiento más notable de la historia secular.

F. A. KIRKPATRICK, The Spanish Conquistadores

«¡Sois una civilización perdida!», cacareó el antropólogo al jefe indio. «No nos preocupa estar perdidos —replicó el jefe—. Lo que nos inquieta es que nos descubran».

No hace mucho el mundo se disponía a celebrar el quinto centenario del descubrimiento de América por Colón. Las naciones competían por homenajear a ese hombre y a su hazaña. En Estados Unidos, que algunos habían propuesto llamar Columbia, donde aproximadamente setenta ciudades y poblaciones, así como gran número de instituciones pías y caritativas llevan el nombre del descubridor, donde las gentes de ascendencia italiana han disputado a los hispanos el mérito y el honor de su compatriota (bien por descendencia, bien por adopción), podía esperarse una repetición con gran pompa del cuarto centenario de 1892: una exposición universal (la Columbian Exposition), recordatorios a granel y, el año siguiente, emisiones coloristas de sellos conmemorativos.

La gente adoraba a Colón por aquellos días y se esperaba que 1992 fuera mayor y mejor (500 siempre será más que 400), pero de repente algo, o todo, se fue al traste. Colón, símbolo del triunfo histórico, partera de un nuevo mundo, se convirtió en un estorbo político. Ocurrió —aunque se habían oído murmullos de discrepancia durante años— que muchas personas dejaron de ver en el almirante del océano a un héroe, dejaron de considerar la llegada de los europeos al Nuevo Mundo un descubrimiento, y el aniversario de este acontecimiento, motivo alguno de celebración[1].

Todo lo contrario. Colón aparecía ahora como un villano; los europeos, como invasores; los nativos, como personas inocentes y felices reducidas a la esclavitud y finalmente aniquiladas por el hombre blanco, depredador y portador de enfermedades[2]. En Berkeley, California, un enclave municipal largo tiempo secesionista e irreverente (mejor dicho, reverente pero a su manera) con su propia política exterior, el ayuntamiento rebautizó el día de Colón con el nombre de «día de los pueblos indígenas» y ofreció dos pases de una

ópera titulada *Get Lost (Again), Columbus*[*], obra de un compositor nativo americano llamado Halcón Lobo Nube Blanca[3]. Dos años después, con la intención de dejar constancia de su toma de partido, México decidió acuñar monedas conmemorativas en honor a los aztecas, «una civilización caracterizada por un refinamiento increíble en las artes, la ciencia y la cultura[4]». No se dedicó ninguna alabanza a los conquistadores.

Ahora bien, la historia no se puede borrar ni rebobinar. Nadie tenía la intención de abandonar el país y volver a la Europa de sus antepasados; era demasiado tarde para que Colón llegara a su verdadero destino. Pero la antipatía por Colón estaba lo suficientemente arraigada, especialmente en los círculos políticamente correctos, para que las festividades parecieran tan inoportunas como una jiga en un velatorio. De modo que no hubo desfiles, ni *souvenirs*, ni camisetas, ni logotipos, ni patrocinadores de productos, ni reposiciones de antiguos espectáculos (¿cómo podía acordarse su contenido?), ni discursos, ni sellos, ni monedas, ni galardones. Y, cuando la National Gallery of Art de Washington, D. C., decidió realizar una exposición en conmemoración del quinto centenario, editando un catálogo grueso de papel satinado, lo que hizo fue una recopilación DTMC, es decir, De Todo Menos Colón[5]. La exposición cubrió el resto del mundo y los demás acontecimientos de 1492 y de aquella época. El acontecimiento principal se omitió deliberadamente. Se despojó a la historia de sus entrañas.

Como en la mayoría de las subversiones iconoclastas de la tradición, el ataque a Colón —o, más precisamente, a lo que vino después de su llegada— tiene mucho de verdad, mucho de disparate y algunas irrelevancias.

La *verdad* reside en el destino desafortunado de los pueblos indígenas que encontraron los europeos en el Nuevo Mundo. Con algunas excepciones raras, triviales y sin trascendencia, fueron tratados con desprecio, violencia y una brutalidad sádica. Fueron prácticamente aniquilados por los microbios y virus que los europeos llevaban consigo sin saberlo. Se les arrebató la tierra, la cultura y la dignidad. No tienen nada que celebrar.

El *disparate* radica en los sofismas acerca del descubrimiento: ¿cómo pudo Colón descubrir el Nuevo Mundo, si siempre había estado allí? Los nativos conocían su tierra. Fueron ellos quienes la habían descubierto, mucho antes[*]. (Es posible que no tengamos un nuevo sello de Colón, pero el servicio de correos de Estados Unidos, rápido en contraatacar y políticamente irreprochable, emitió en 1992 una serie conmemorativa de los asiáticos que efectuaron la travesía hasta América del Norte hacía unos diez mil años, los ancestros de los indios americanos). Además, no hay duda de que Colón no sabía adónde iba. En 1492, lo que ocurrió fue que los pueblos indígenas descubrieron a Colón.

Claro que lo descubrieron, tanto como él los descubrió a ellos. Los encuentros funcionan en los dos sentidos. Señalar la reciprocidad, sin embargo, no justifica que se descarte a uno de los que componen el par[6].

Curiosamente, este tipo de cábalas constituye un asunto clave para las matemáticas. El investigador matemático encuentra y revela nuevos teoremas y pruebas. Los llama «verdades». ¿Significa eso que las ha descubierto? ¿O que las ha creado? ¿Estuvieron siempre allí esperando ser encontradas —inscritas desde siempre en el gran «Libro», como dijo Paul Erdős—, o existen solo por el hecho de haber sido descubiertas? Carece de importancia. El matemático las ha descubierto/creado, y el pensamiento y la imaginación

matemáticos se han visto consecuentemente alterados[7]. Lo mismo puede decirse del descubrimiento de Colón: cuando las noticias regresaron al punto de partida, el modo de pensar en el mundo y en los pueblos que lo habitan —la imaginación humana— no volvió a ser el mismo.

La *irrelevancia* reside en el argumento de que la importancia dada al descubrimiento hace europeo un proceso mundial de encuentro e intercambio; que este eurocentrismo induce a un triunfalismo fácil, que lleva a los historiadores a acentuar los elementos positivos, falsos (la gran era de las exploraciones), e ignorar los elementos negativos, verídicos (las consecuencias catastróficas de la invasión).

Este reproche contiene algo de verdad, pero un buen historiador trata de ser ecuánime. La apertura del Nuevo Mundo (era nuevo para Europa) sí constituyó un intercambio, aunque asimétrico. La buena nueva europea fue la única que importó. Europa fue la que emprendió el proceso, reaccionó ante el descubrimiento y estableció los términos de los acontecimientos subsiguientes. A nivel operativo —*quién ejerció su acción sobre quién*—, se trató de un asunto unidireccional.

En cuanto a la autocomplacencia sobre la grandeza de estos acontecimientos, las personas, magnánimas o mezquinas, se aferran al prestigio en cuanto tienen ocasión y, una vez inventados, a los mitos les cuesta morir. Sin embargo, los mitos heroicos relacionados con el descubrimiento no han contado con la aprobación de los estudiosos durante muchos años, y en los textos especializados jamás. Desde que Cari Sauer, Woodrow Borah y la escuela de geografía económica de California anunciaron, basándose en los restos arqueológicos, que la llegada del hombre blanco con su tripulación de patógenos (viruela, gripe, etc.) acarreó la muerte del 90 por 100 de una población india mexicana estimada en 25 millones, nadie ha podido contemplar este episodio con la misma satisfacción[*].

Estas discrepancias terminológicas constituyen una forma de expiación y movilización política. Más que arrojar nueva luz, lo que se proponen es deslegitimar. En su punto de mira está el dominio europeo (occidental) y los beneficios cosechados. El objetivo es repartir culpas, apelar a las conciencias y justificar reparaciones. Nos parece más útil preguntarnos qué ocurrió y por qué.

El descubrimiento del Nuevo Mundo por los europeos no fue accidental. Europa aventajaba por entonces a los demás en la capacidad de matar. Podía llevar sus armas hasta adonde llegaran sus navíos y, merced a las nuevas técnicas de navegación, los barcos europeos podían llegar a cualquier parte.

Permítaseme una digresión para abordar las repercusiones a gran escala de esta desigualdad. Propongo una ley de las relaciones sociales y políticas consistente en que no pueden coexistir los tres factores siguientes: 1) una disparidad acusada en el poderío; 2) el acceso privado a los instrumentos del poder, y 3) la igualdad entre los grupos o las naciones. Cuando un grupo es bastante fuerte para imponerse a otro y ello puede reportarle un beneficio, lo hará. Incluso aunque el estado se mantenga al margen de la agresión, las empresas y los individuos no esperarán a que se les conceda permiso para hacerlo, sino que actuarán en interés propio, arrastrando a los demás consigo, incluido el estado.

Por eso el imperialismo (el dominio ejercido por un grupo sobre otro) siempre ha estado presente[*]. Es la expresión de una profunda pulsión humana.

Hay otros sentimientos más nobles: el impulso altruista, los ideales de solidaridad, la regla de oro. Pero estos ideales elevados, incluso cuando son sancionados y propagados por una religión organizada, han sido tan respetados para infringirlos como para atenerse a ellos. Sin duda, los principios más distinguidos, incluida la religión, se han invocado demasiado a menudo en favor de la causa de la agresión. Solo una decisión deliberada por parte de la autoridad política, no solo de abstenerse de dicha conducta, sino de impedir a los miembros del grupo que la lleven a cabo, puede frenar dicho impulso.

En la Europa medieval no existía una autoridad central que pudiera tomar esa decisión. Por el contrario, la rivalidad entre reinos generaba numerosas ocasiones para la iniciativa privada en la guerra, y los vínculos personales —las obligaciones y lealtades feudales— contribuían a que los guerreros se aprestaran al pillaje. Europa, después de siglos de opresión, de ser víctima de los invasores, pasó al ataque a partir del siglo XI. Las cruzadas (la primera data de 1096) constituyen una manifestación de ese empuje hacia el exterior. En parte, se fomentan como un modo de sublimar la violencia destructiva y encauzarla hacia el exterior. Era una sociedad belicosa.

¡Qué adversarios tan bien escogidos! Las cruzadas renovaron la guerra secular de la cristiandad contra el islam, de una fe contra otra, en este caso en el corazón del campo enemigo. En teoría, no cabía causa más sagrada pero, en la práctica, como sucede siempre, este propósito idealista encubría a malhechores y codiciosos consumados. Tres buenos días de saqueo y asesinatos en la Constantinopla griega, combinados con la masacre de judíos y cristianos (¿eran realmente cristianos los cristianos de Oriente?), les recordaron el pillaje de Jerusalén y fueron una compensación de las incomodidades de los pequeños reinos de Anatolia y la Palestina musulmana[*].

La invasión cruzada no cuajó. Los musulmanes expulsaron a los intrusos y, desde entonces, han celebrado este éxito como una muestra de la voluntad divina. Pero la guerra contra los mahometanos también se libraba en otros lugares, en particular en España, donde, durante los siglos siguientes (hasta la victoria final, en Granada, en 1492), cada vez tuvieron más éxito los embates de los reinos cristianos contra los innumerables y celosos reinos de taifas. Eran los pecios de Al-Ándalus: «todos los caídes y hombres de influencia que podían congregar a algunos seguidores o poseían un castillo en el que atrincherarse cuando fuera necesario, se proclamaban sultanes y se investían de los signos exteriores de la realeza[8]».

En este combate intermitente, los musulmanes se vieron desfavorecidos por su dependencia de los soldados bereberes traídos del norte de África, mercenarios poco leales a los soberanos que les habían contratado. Enfrente tenían a los nobles y a los fanfarrones cristianos, proclives a abusar de los campesinos y clérigos, que la monarquía castellana, por recomendación sensata de la iglesia, enviaba a la guerra contra el infiel. Tenían la misma motivación que la primera cruzada en Tierra Santa: mejor ellos que nosotros. Había ineptos en ambos bandos, motivo por el que la contienda duró tanto. Pero la logística y la demografía eran favorables a los cristianos. «El cristianismo se iba difundiendo lentamente hacia el sur, por un proceso de infiltración más que de anegación[9]».

Al final, sucumbió la civilización y triunfó la ferocidad. Córdoba, antaño el mayor centro de erudición de Europa, cayó en 1236; Sevilla, la gran metrópoli económica de Al-Ándalus, en 1248. Ambas fueron tomadas en un momento de distracción: Fernando III de Castilla no creía en el fondo estar preparado para expulsar a los moros del valle del Guadalquivir. El emir acordó retirarse como vasallo de Fernando al pequeño bastión montañoso de Granada, que resistió merced a una estrategia combinada de colaboración timorata e indiferencia sistemática con respecto al destino de los compañeros musulmanes de otros lugares. Quien siembra vientos… Cuando le llegó el turno de caer a Granada (1490-1492), sus peticiones de auxilio quedaron sin respuesta. De modo que el último soberano de Granada negoció una retirada bien retribuida y abandonó España acompañado por los sarcasmos de su propia madre, que reconocía a un cobarde nada más verlo.

Los vencedores de la reconquista fueron Portugal, que liberó su territorio de musulmanes a mediados del siglo XIV, y Castilla, un estado fronterizo y expansionista de pastores-caballeros (lo que en Estados Unidos llamaríamos *cowboys*), maleantes y soldados de fortuna para quienes las grandes ciudades moras del sur, con sus palacios de mármol y sus frescas fuentes, sus jardines frondosos y sus centros de enseñanza, constituían un imán irresistible[10].

Y después de la reconquista, ¿qué? Bueno, había que tomar posesión de la tierra y repoblarla, poner lindes a las propiedades y explotarlas, y poner a trabajar a los campesinos (especialmente los agricultores musulmanes) para sus nuevos señores. Y había que cristianizar el reino, ya que la reina Isabel era una creyente apasionada. Ninguna concesión hecha al islam durante la negociación de la rendición de Granada iba a resistir demasiado tiempo ante los dictados de la fe verdadera. La iglesia, a través del Santo Oficio de la Inquisición, por no mencionar a los espías y soplones laicos, tenía mucho trabajo. Los judíos conversos, la mayoría involuntarios y, por lo tanto, poco de fiar, tenían que ser sometidos a una estrecha vigilancia, al igual que los antiguos musulmanes. La sociedad castellana fue infestada por un prurito piadoso, una sarna del espíritu.

Sin embargo, todo ello no mermó las energías para proseguir las campañas militares y las aventuras. La desmovilización no resultó fácil para hombres que apenas conocían algo más que la espada y el caballo, la camaradería del combate, la excitación de matar y las alegrías de la rapiña. Ya antes de la expulsión definitiva de los moros de la península Ibérica, Portugal y España efectuaban sondeos e incursiones ultramarinas. Los primeros objetivos fueron las islas del Mediterráneo y las costas del norte de África. El rey Jaime I de Aragón se apoderó de las Baleares en 1229-1235 y se vanaglorió de ello más adelante como «la mejor cosa que haya hecho el hombre durante el último siglo». Por su parte, los portugueses tomaron Ceuta en 1415, Casablanca en 1463 y Tánger en 1471.

La guerra tiene la cualidad de legitimar su propia causa y celebrar sus conquistas. Eso ocurrió con estos nuevos cruzados: los poetas cantaron sus alabanzas y sublimaron su violencia a través de códigos y actitudes caballerescos. Las expediciones marítimas revistieron un mérito y una virtud especiales: «Hay más honor —afirmó Jaime I— en conquistar un solo reino en medio del mar, donde Dios ha tenido a bien colocarlo», que tres en tierra firme. A finales del siglo, su cronista se jactaba de que ningún pez podía nadar sin el permiso del rey[11].

Combatir requiere recursos financieros. Estas «nobles» empresas funcionaban como los «negocios» tradicionales, feudales. Los barones —que un historiador llama «*hooligans* aristocráticos»— se ponían a la cabeza de una partida de guerreros con la bendición del soberano, y en ocasiones con su dinero, a menudo en navíos suministrados por mercaderes próximos o alejados, con el propósito de apoderarse de cuanto pudieran. Todo lo que obtenían y lograban conservar era suyo, tras distribuir el botín y recompensar a sus hombres, entregar los dividendos a quienes habían financiado la empresa y comprometerse a apoyar y guardar fidelidad a su jefe supremo.

La selección de los objetivos no era aleatoria. Estos bandidos comenzaban por los lugares más cercanos, los más accesibles. Un economista se referiría a los bajos costes de estas conquistas. Además, estos objetivos estaban en manos de los infieles, hecho que por sí solo santificaba la empresa. Los musulmanes llaman al mundo no musulmán *dar al-harb*, la casa de la espada, calificándolo así de territorio que se puede conquistar en buena lid. Los cristianos no tenían un término equivalente, pero se comportaban como si así fuera.

Además de estas víctimas cercanas figuraba una increíble gama de tentaciones distantes: el oro que venía a lomos de camellos atravesando el desierto africano y procedente de Dios sabe dónde; las especias importadas del océano Índico a través del mar Rojo y el golfo Pérsico y luego por vías terrestres hasta los puertos del Mediterráneo oriental, pasando por numerosas manos en su camino y aumentando de precio a cada transacción, o las sedas fabulosas transportadas por caravanas desde la misma China. Por todas estas mercancías preciosas exigían rescate los comerciantes musulmanes. Encontrando un modo de sortear a estos intermediarios infieles, podía uno hacerse rico al servicio de Dios.

Esos eran tan solo los tesoros conocidos de Oriente, las cosas que se podían ver y tocar. Los rumores y las leyendas hablaban de maravillas aún mayores, la materia con que están hechos los sueños: al otro lado de África, el reino del preste Juan, un enclave cristiano en el mundo islámico; en algún lugar próximo a él, el paraíso perdido del Edén; más al este, la tierra de Xanadú y, hacia el oeste, lo desconocido. La mayoría de la gente daba por sentado que la tierra era redonda y que, en teoría, navegando hacia el oeste se podía llegar al este. Pero el Atlántico era un océano terrorífico para quienes estaban acostumbrados a las aguas del mar interior. Incluso los países ribereños veían en él el horror del vacío. Nombres como «Finisterre» eran más que meras confirmaciones de un hecho topográfico.

En el reino de la ignorancia impera la fantasía. El oeste era el lugar de las islas afortunadas, de la Atlántida misteriosa anegada por las olas, de reinos mágicos custodiados por monstruos y remolinos y surtidores marinos: todos los peligros que el realismo y la imaginación podían concebir. Era preciso un coraje inmenso para aventurarse en el océano, mucho más allá de los mojones que salpicaban los mapas portulanos y servían de refugio entre un litoral y otro. Los viajes vikingos, en dirección oeste, norte y nuevamente oeste, atestiguan su destreza en la navegación y su valentía, así como un conocimiento profundo del agua (de su color, sus estados de ánimo, sus profundidades e incluso su fondo) y de la fauna (peces y pájaros), que les permitía reconocer la presencia de tierra mucho antes de verla y, así, poder ir saltando de isla en isla por los confines septentrionales del Atlántico. Los genoveses y otros italianos llegaron más allá, aprendiendo primero a rodear la península Ibérica y alcanzar Inglaterra por mar. En el siglo XIV, en compañía de portugueses

y vascos, descubrieron las islas atlánticas más próximas: las Azores, Madeira[12], las Canarias. Con la excepción de estas últimas, cercanas al continente africano, todas ellas estaban deshabitadas[*]. (Las islas de Cabo Verde, situadas al sur de Bojador, a 15 grados de latitud norte, no fueron descubiertas por los europeos hasta mediados del siglo XV; Santo Tomé, en el golfo de Guinea, no pudo ser poblada hasta la década de 1490).

Estas pequeñas islas no parecen hoy gran cosa. Han quedado reducidas a avanzadillas, que solo visitan los turistas o los residentes al volver de sus estudios o trabajos en el continente. Sin embargo, en los decenios posteriores a su descubrimiento, representaron una anexión de primer orden al espacio europeo. Recordemos que los antiguos romanos conocieron las Canarias, pues les informó de su existencia el rey de Mauritania. No se añadieron a las conquistas romanas. Es precisa una combinación de conocimiento, medios y necesidades materiales para convertir un descubrimiento en una ocasión propicia.

Dicha combinación se daba en el siglo XV. En particular, las islas del sur (Madeira y Canarias) demostraron adaptarse muy bien al cultivo de la caña de azúcar, destinada a convertirse en el cultivo más rentable para Europa. Los europeos se toparon por primera vez con esta planta en Oriente Medio, donde los árabes la habían traído desde India y, desde ahí, al Mediterráneo, a Chipre, Creta y el Magreb. Por su parte, los cruzados la trajeron de vuelta a Europa y la implantaron en Grecia, Sicilia y el Algarve portugués.

El azúcar es una sustancia muy adictiva, agradable naturalmente al paladar (no es un sabor que haya que aprender a conocer) y reconfortante para la psique humana. En principio era muy costoso y se utilizaba solo con fines terapéuticos: se compraba en la farmacia, de modo que la mayor parte de los europeos obtenían ese sabor de la fruta o de la miel. Pero no era la primera vez que una sustancia médica interesaba tanto a las personas sanas como a las enfermas. Merced a la generalización de su cultivo, su precio cayó hasta el punto en que se pudo comprar azúcar en las tiendas de comestibles. En ese momento empezó a utilizarse como complemento en todo tipo de alimentos: como dice un proverbio alemán, no hay comida que pueda echarse a perder con el azúcar. (Los alemanes siguen cocinando así hoy en día). También resultó útil para preservar o camuflar determinados aromas en un mundo en que los alimentos se conservaban mal. En los siglos XV y XVI, el azúcar era un lujo: las amas de casa encerraban bajo llave los panes de azúcar para que no se los sisaran los sirvientes, pero se fue convirtiendo en una necesidad, difundiéndose por todos los escalafones de la jerarquía social.

Por mucho éxito que tuvieran los centros mediterráneos de cultivo, no podían compararse a las islas atlánticas, por razones de índole climática y social.

Donde mejor se da la caña de azúcar es en los climas tropicales o subtropicales. Necesita agua abundante y regular, y gusta de un calor estable, factores presentes en estas tierras próximas al ecuador, situadas en el camino de los vientos alisios, que desplazan grandes masas de agua. Requiere también un trabajo en equipo muy duro, algo que rehúyen los hombres libres, de modo que los agricultores preferían recurrir, cuando tenían opción, a los esclavos. Esto fue lo que los cruzados descubrieron al apoderarse de islas mediterráneas como Chipre: la industria azucarera árabe dependía del trabajo de esclavos, la mayoría traídos del este de África.

Pero no resultaba fácil implantar este régimen en la Europa cristiana, donde habría supuesto una regresión a instituciones antiguas, ahora inaceptables. La esclavitud había

sido sustituida hacía tiempo por el vasallaje, en parte porque los cristianos no debían ser esclavos (entre otras cosas, porque la condición de esclavo era incompatible con el sacramento del matrimonio), y en parte porque el suministro de esclavos paganos o infieles era escaso y poco fiable, además de ir desapareciendo debido a la conversión de los interesados. Naturalmente, los negros podían constituir una excepción. Cabía preguntarse si tenían alma, si podían hacerse cristianos. Sabemos que los portugueses no tenían problemas de conciencia a la hora de importar esclavos negros para el servicio doméstico o como mano de obra en los campos azucareros de la llanura costera; al parecer, aproximadamente el 10 por 100 de la población de Lisboa a mediados del siglo XVI era negra[13]. Sin embargo, muchos (¿cuántos?) de ellos fueron manumitidos con el tiempo y, a largo plazo, acabaron integrándose en la población. La institución de la esclavitud negra, pese a los sirvientes negros que han llegado ocasionalmente hasta nuestros días en pinturas al óleo que retratan interiores elegantes, nunca cuajó en Europa. Si los europeos habían de utilizar esclavos negros para el trabajo del campo, querían que se hiciera lejos de casa.

Las islas atlánticas estaban lejos. Se trataba de una *tabula rasa*, un laboratorio en el cual experimentar nuevas formas de relación social. Puede rastrearse la evolución de este fenómeno. Las Azores y Madeira fueron pobladas inicialmente por colonos europeos o personas no libres, que no podían negarse a ello: convictos, prostitutas, víctimas y huérfanos de la persecución religiosa[*]. Por otra parte, las islas de Cabo Verde, alejadas de la costa de Gambia, tenían una situación ideal para explotar el tráfico de esclavos que florecía a escasa distancia. Pronto empezaron a enviar cargamentos marítimos de negros a Lisboa y a algunas islas.

Cuando los negreros africanos comprendieron que el hombre blanco, llegado en busca de oro y pimienta, también estaba interesado por este producto humano, se prepararon. Un cuarto de siglo antes de Colón, las islas de Cabo Verde y, en menor medida, Madeira, se convirtieron en un terreno de ensayo de las plantaciones azucareras trabajadas por esclavos, a las que se sumó Santo Tomé en el siglo XVI. Estos plantadores, bastante resistentes para instruir y explotar a la mano de obra y soportar penurias y climas extremos, amasaron fortunas; lo mismo ocurrió con la marina mercante italiana. Mientras tanto, la corona portuguesa se hacía con un tercio o más de los ingresos brutos en forma de derechos de licencia, contratos azucareros e impuestos. Estas plantaciones sirvieron como modelo para nuevas inversiones, aún más rentables, en el Nuevo Mundo.

Las islas del Atlántico ampliaron considerablemente el poder de Europa. En unas pocas incursiones valerosas, los marinos habían descubierto plataformas de navegación a cientos de kilómetros hacia el oeste y hacia el sur, poniendo coto a lo desconocido y volviendo luego a casa. Eran oasis en el desierto del océano: aliviaban las penas y hacían posible lo imposible. ¿Fue suerte o premeditación lo que llevó a Colón a la isla canaria más apartada, justo en la senda de los grandes vientos de levante, antes de emprender su viaje? Sea como fuere, se encontró en el bulevar de las corrientes ecuatoriales, y esos vientos cálidos y estables lo llevaron al otro lado del Atlántico en un mes.

Una locura. Pero, en 1492, los españoles se creían capaces de todo. Colón era un rebelde. Quería alcanzar Asia dirigiéndose hacia el oeste, lo que no tenía interés para

Portugal. Pero su plan tuvo sentido para España, que había convenido en repartirse el mundo con Portugal y había concedido la ruta oriental (africana) a su rival: una nueva prueba de la arrogancia de estos reinos. Para España, la única ruta posible pasaba por el oeste. Colón subestimó su empresa: creía que la Tierra era mucho más pequeña de lo que es. Pero no fue un mal punto de partida: de hecho, el océano era más pequeño de lo que pensaba.

Lo que Colón descubrió fue un mundo nuevo. Ni siquiera en su lecho de muerte llegó a creerlo, convencido de haber topado con un archipiélago cercano a la costa china y Cipango (Japón). Tampoco sabía que, detrás de las islas, había dos grandes masas continentales, que fueron conocidas como América del Norte y América del Sur. Encontró a pueblos desnudos o semidesnudos que seguían viviendo en la edad de piedra, que al principio se cortaron las manos al coger las espadas de los españoles por la cuchilla[14]. De vuelta a España trajo a algunos consigo como especímenes, como animales para un zoológico.

Lo que Colón no descubrió fue un gran tesoro de oro o seda o especias o cualquiera de los demás productos valiosos asociados con Oriente. Por encima de todo, quería oro, no tanto para sí mismo (prefería la notoriedad social y la celebridad) como para sus monarcas, pues sabía que nada le granjearía mejor el interés y el apoyo de la corona.

La escasez de oro fue una decepción, pero hizo de tripas corazón, asegurando que esas islas podían ser una fuente abundante de esclavos que, además, eran muy apropiadas para el cultivo del azúcar, cosa que había observado en las Canarias y Madeira. También podían alimentar el ganado, y aportó otros argumentos de este jaez. La historia del Caribe después de la llegada del hombre blanco es en buena medida la de la sustitución del hombre por el ganado, seguida por una repoblación con esclavos negros destinados a trabajar en las plantaciones azucareras.

El proceso de despoblación se aceleró con las masacres, una crueldad bárbara y una gran desolación. Los nativos se suicidaban, se abstenían de practicar relaciones sexuales, abortaban, mataban a sus bebés. También cayeron por decenas y centenares de millares ante los patógenos del Viejo Mundo (viruela, gripe). Los españoles debatían si los salvajes que habían encontrado tenían alma y eran humanos, pero los testimonios no dejan lugar a dudas acerca del lado en que se encuadraba a los salvajes. Cuando Colón encontró por primera vez a los indios, no pudo ignorar su confianza y amabilidad; ante este espectáculo, los españoles, frustrados por la ausencia de oro, replicaron con una bestialidad impropia de las bestias:

> Los cristianos, con sus caballos y espadas y lanzas, comienzan a hacer matanzas y crueldades… Entraban en los pueblos, ni dejaban niños ni viejos, ni mujeres preñadas ni paridas que no desbarrigaban y hacían pedazos… Hacían apuestas sobre quién de una cuchillada abría el hombre de por medio o le cortaba la cabeza de un piquete… Tomaban las criaturas de las tetas de las madres por las piernas, y daban de cabeza con ellas en las peñas. Otros daban con ellas en ríos por las espaldas, riendo y burlando, y cayendo en el agua decían: «bullís, cuerpo de tal»… Hacían unas horcas largas… y de trece en trece, a honor y reverencia de Nuestro Redemptor y de los doce apóstoles, poniéndoles leña y fuego los quemaban vivos… Otros, y todos los que querían tomar a vida, cortábanles ambas manos y dellas llevaban colgando[15][*]…

No es necesario acumular testimonios, que solo servirían para espantar al lector ante tanta sangre y perversión. Hubo de todo: manifestaciones espontáneas de brutalidad desenfrenada, asesinatos aleatorios, despreocupados e inconscientes, competiciones a la hora de imaginar tormentos como diversión, refinamiento en el dolor, explosiones colectivas de locura asesina que no respondían a ninguna provocación: odio por la vida.

Hay un elemento sorprendente: carecían por completo de racionalidad, incluso en el trato de mano de obra valiosa. Mucho antes, un grupo de frailes dominicos había escrito al rey de España, lamentando la muerte de hambre de tantos mineros en las marchas forzosas de una mina a otra, hasta tal punto que los grupos que venían después no precisaban de guía para encontrar su camino. (Pulgarcito dejaba guijarros para marcar su camino; los españoles, cadáveres). En la misma misiva se habla de un cargamento de más de ochocientos indios enviado a un lugar llamado Puerto de Plata y mantenido a bordo durante dos días antes de desembarcarlo. ¿En qué condiciones? No se dan detalles, pero se afirma que murieron seiscientos y fueron arrojados al mar, donde flotaron como tablones a la deriva. Los esclavos africanos registrarían un índice de supervivencia más elevado[16].

Nada parecido volvería a darse hasta las cazas de judíos por los nazis y las redadas asesinas que se dispararon en la Segunda Guerra Mundial. En el espacio de varias décadas, los tainos y caribes nativos fueron prácticamente exterminados[*].

Como es natural, la conquista del Caribe solo fue el principio de la historia. La sed española de oro y tesoros no se había saciado: los arrestos de estos bandoleros facciosos eran irreprimibles. Los líderes de la misión, agentes de la corona española, descubrieron que una de las mejores formas de hacer frente a la desobediencia y a la rebelión era embarcar a los camorristas y enviarlos a costas desconocidas a buscar la fuente de la eterna juventud: con un poco de suerte, morirían en el intento. La destreza y osadía desesperadas de estos aventureros resultan increíbles. La historia de la conquista española es en parte la historia de unos viajes desdichados y unas expediciones fútiles, camino de la leyenda y el olvido. Pero también de episodios afortunados, como los de México y Perú. Un descubrimiento, un simple informe, podía provocar y justificar una docena de expediciones. Esos eran los ingredientes del imperio: poder, codicia y vocación, sazonados con credulidad, furia y locura.

ORO NEGRO[17]

El oro que se encaminaba desde algún punto de África hasta la costa mediterránea tenía encandilados a los comerciantes europeos. Iban a lugares como Túnez para intercambiar plata y armas, tejidos y cuero, arroz e higos, nueces y vino (probablemente para su reexportación) por granos y pienso, aceites, grasas, sémola y miel, y luego —para saldar los pagos— por oro. Polvo de oro, lingotes de oro, monedas de oro (ducados moros). No solo porque el metal amarillo constituía un señuelo casi hipnótico, sino porque el tipo de cambio hacía estas transacciones tremendamente lucrativas. La plata se cambiaba por el oro a un tipo de diez contra uno en Túnez en la primera mitad del siglo XIV, pero ese mismo oro compraría trece unidades de plata en los mercados de Valencia. Esta disparidad no podía durar: el comercio activo crea los mercados eficaces, y el mercado tiende a homogeneizar

los precios. A mediados del siglo XIV, el coeficiente era de 10,5:1 en Nápoles y de 11:1 en Florencia. La afluencia del oro procedente de África era tan grande que la mayor parte del Mediterráneo occidental adoptó el patrón oro, como reflejan las nuevas acuñaciones: el *pierrale d'oro* en Sicilia, el *reial d'oro* en Mallorca, el *alfonsino* en Cerdeña (1339), el *florín de oro* en Aragón (1346).

Fuentes literarias y cartográficas que se remontan a mediados del siglo XIII atestiguan la fascinación mediterránea por este oro y su desconocida veta principal. Sin embargo, los proveedores se esforzaron por mantener secreta su fuente: sabiamente sin duda, pues supusieron correctamente que los infieles cristianos eran capaces de matar y morir por él. Hoy sabemos que procedía del interior más remoto del África occidental, aproximadamente entre el curso más alto del Níger y el nacimiento de los ríos Gambia y Senegal. Se dice que los negros que trabajaban en las minas de oro lo trocaban por baratijas: los compradores dejaban los artículos comerciales en un lugar fijado de antemano y se retiraban, y los mineros recogían luego dichos artículos y dejaban a cambio lo que en su opinión era un importe apropiado de oro. Huelga decir que el misterio era una puerta abierta a la fantasía. Algunos decían que el oro crecía en esos parajes como las zanahorias; otros afirmaban que lo sacaban del suelo hormigas diligentes y serviciales; otros, que lo extraían hombres desnudos que vivían en agujeros.

Sea como fuere, el metal precioso tenía que viajar desde su origen a través del legendario reino africano de Mali, que controlaba el acceso a Tombuctú, y por las rutas camelleras que atravesaban el Sáhara y constituían la fuente más remota de la que tenían noticia los mercaderes mediterráneos. Allí, los comerciantes en lingotes pagaban un elevado tributo al intermediario local y al soberano, conocido como el mansa; la historia cuenta que Mali se quedaba con las pepitas y dejaba el polvo a los comerciantes. (Un molino para moler y desescamar las pepitas habría resultado muy útil). De vez en cuando, el mansa y sus agentes trataban de aumentar los ingresos forzando a los excavadores a extraer más. Estos esfuerzos exasperaban la resistencia pasiva de los mineros, que se limitaban a interrumpir sus entregas.

Mientras tanto, el mansa se beneficiaba considerablemente por su *laisser passer*. Un mansa, de nombre Musa (versión árabe de Moisés), fue en peregrinación a la Meca en 1324. El viaje duraba más de un año, y el mansa estaba decidido a hacerlo por todo lo alto. Pasó tres meses en Egipto, y su visita fue recordada durante los siglos posteriores. Dio 50 000 dinares al sultán, quien no hizo ascos a un regalo tan principesco, y miles de lingotes a los templos que visitó y a los funcionarios que lo agasajaron y atendieron. Al final de su estancia, cuenta la historia, el valor del oro en Egipto había caído entre el 10 y el 25 por 100.

Aunque el mansa había venido con una fortuna en dinero para gastos —entre ochenta y cien camellos, que portaban cada uno 120 kilos de oro (¡equivalentes a entre 110 y 125 millones de dólares estadounidenses!)—, al final de su peregrinaje estaba sin un real, y tuvo que tomar prestado dinero para su vuelta. Sus acreedores fueron bien recompensados por su confianza, obteniendo 700 dinares por cada 300 prestados.

La opulencia causaba impresión. Autores árabes como Ibn-Amir Hajib e Ibn Battuta nos han dejado descripciones pormenorizadas del rey y el reino de Mali. El mansa, nos dicen, suscitaba más veneración entre su pueblo que cualquier rey jamás conocido. Era la encarnación viviente de la majestad, desde su porte y andar hasta la abyecta humillación de

los súbditos en su presencia, que se postraban, golpeándose la cabeza contra el suelo y saludando todas y cada una de sus palabras con murmullos de admiración y aprobación. Nadie podía presentarse ante él vestido informalmente, ni tan siquiera estornudar. Estas muestras de impertinencia acarreaban la muerte.

La leyenda de la grandeza del mansa llegó a Europa de fuentes indirectas. Los mapas, en particular el Atlas Catalán de 1375, retrataban al soberano entronizado como un monarca europeo, con una corona en la cabeza, una esfera terrestre y un cetro en la mano. «Tan abundante es el oro que hay en su país —indicaba el Atlas Catalán—, que este señor es el rey más rico y noble de toda la tierra». Esta admiración y estima no habían de durar mucho tiempo. El comercio de oro decayó; Mali entró en declive. A finales del siglo XIV, cuando los portugueses alcanzaron la «costa dorada» africana y lograron penetrar en Gambia, los sucesores del mansa Musa les parecieron ahora personajes estereotipados, soeces y pretenciosos. *Sic transit…*

LA IMPORTANCIA DE IR VESTIDO

La desnudez no era un asunto baladí: en un principio, se interpretaba como un signo de inocencia edénica. Colón, por ejemplo, quedó en un primer momento extasiado[18]. «Van desnudos como el día en que nacieron —escribió—, las mujeres y los hombres». Y: «Los cristianos dijimos que eran considerablemente hermosos, los hombres como las mujeres». Y: «Esta belleza es moral y física a la vez… son el pueblo más agradable y pacífico del mundo».

Con la belleza corría pareja la inocencia. «El almirante dijo que no podía creer que ningún hombre hubiera contemplado jamás gentes tan buenas de corazón, tan generosas y temerosas, porque nos daban todo cuanto tenían a nosotros cristianos y corrían a darnos todo lo que tenían tan pronto nos veían». Y: «A cambio de cualquier cosa que se les da, por insignificante que sea, nos dan inmediatamente todas sus posesiones». Y: «No codician la propiedad de los demás… se les puede pedir cualquiera de las cosas que poseen, nunca se niegan. Por el contrario, piden que te sirvas a tu antojo, y muestran tanto amor que les das tu corazón». Y: «Son muy gentiles y nada saben del mal. No saben nada acerca de matarse unos a otros[19]».

Pero esta imagen idílica no podía resistir la prueba de la experiencia. En particular, había una cosa que estas gentes tan generosas no estaban dispuestas a regalar, como eran sus mujeres. Y era precisamente la única cosa que, después de pasar meses en el mar, estos españoles rijosos querían por encima de todo, más incluso que el oro. Asimismo, los propios inocentes que estaban dispuestos a ceder gratuitamente sus pertenencias suponían que los españoles harían lo mismo. De modo que se apoderaban de ellas, algo que los españoles definían como robo. El propio Colón, que se había quedado extasiado a su llegada, pronto se arrepintió de su credulidad y dio algunos consejos prácticos a sus hombres: «En vuestro viaje a Cipango, si un indio roba cualquier cosa, debéis castigarlo cortándole la nariz y las manos, porque esas son las partes del cuerpo que no pueden esconder».

En definitiva, el buen salvaje se había convertido en un salvaje a secas. ¿Qué otra cosa podía ser? Nadie podía estar a la altura de los mitos bíblicos en presencia de algunos de los bellacos más crueles que jamás se hayan dejado caer sobre víctimas confiadas… Pascal Bruckner aduce de manera convincente que el indio había sido «condenado desde el principio al haber sido declarado perfecto». Esta imagen nueva y más conveniente para el hombre blanco se vio confirmada por otros aspectos de la cultura india y, en particular, su supuesto recurso al canibalismo. Algunos estudiosos niegan la existencia de esta práctica, al menos en el caso de los indios del Caribe. (Al parecer no caben dudas sobre su presencia en México o América central). Resulta difícil precisar qué crédito merecen estas refutaciones; después de todo, es muy difícil demostrar que no se da un hecho, pero es obvio que, en este caso, los antropólogos se ven en ocasiones motivados por la necesidad de ver el encuentro europeo-amerindio en blanco y negro, atribuyendo toda la maldad a un campo y todas las virtudes al otro[20].

A veces la defensa es indirecta. El antropólogo social Davis Maybury-Lewis cita una obra representativa e influyente a este respecto de Hans Staden, *True History of the Land of the Savage, Naked and Ugly Maneating Peoples of the New World of America* (1557), afirmando que los indios tupinambas, que habían tenido en cautiverio a Staden, «se comían regular y ritualmente a sus prisioneros». «Se consideraba —continúa— una muerte heroica. Un guerrero cautivo, que en algunos casos podía haber estado viviendo con sus capturadores durante años e incluso crear una familia entre ellos, era sacado y apaleado hasta la muerte en un duelo ceremonial, después de lo cual toda la comunidad lo comía para participar de su esencia heroica[21]».

Maybury-Lewis señala también que los propios tupinambas estaban horrorizados por la crueldad de los europeos, que se manifestaba en el recurso habitual a la tortura en los juicios y castigos y en la práctica de la esclavitud, y prosigue lamentando la parcialidad de los juicios de valor y las políticas de los europeos. Naturalmente, resulta muy difícil para cualquiera de nosotros «vernos como nos ven los demás». El relativismo —la capacidad de empatía— es un concepto moderno y constituye una virtud específica de los estudios etnológicos. Pero no debe darse por descontada. En la Europa del siglo XVI, solo la poseían algunos clérigos, cuyas argumentaciones se aprecian mejor al meditarlas con el sosiego que ofrece el tiempo transcurrido.

HISTORIA Y LEYENDA

El relato de las atrocidades y crímenes españoles en la conquista de las Américas es tan aterrador que ha motivado la vergüenza y el arrepentimiento retrospectivos. ¿Qué gentes eran aquellas, capaces de perpetrar tantas crueldades y felonías? La respuesta, como se ha indicado antes, reside en la selección social y en la historia. Por una parte, las aventuras que prometía el Nuevo Mundo atraían a los miembros más osados, codiciosos y bellacos de la sociedad española, muchos de ellos bandidos que tenían en poco su propia vida y en menos la ajena. Por otra parte, la experiencia histórica española, la prolongada guerra contra enemigos exteriores (la reconquista) e interiores (la persecución de la diferencia religiosa) solo podía alentar que se antepusieran los fines a los medios y extirpar cualquier

sentimiento de decencia y humanidad. A lo que Tzvetan Todorov añade el factor de la distancia: los españoles operaban lejos de casa, ejercitando su poder y su cólera contra extranjeros, contra el Otro, en este caso definido como infrahumano y, por consiguiente, al margen de las normas que dictaban la conducta, incluso contra un enemigo. En tales circunstancias, todo vale: no hay nada prohibido. De modo que compitieron en idear y perpetrar fechorías, que a menudo desencadenaban episodios de locura colectiva. Todorov añade: «la "barbarie" de los españoles no tiene nada de atávica o animal; es perfectamente humana y anuncia la llegada de los tiempos modernos[22]».

Malhadado sea el día en que se juntaron esta tremenda amoralidad con la oportunidad de la conquista, en que pueblos mucho más indefensos quedaron a merced de hombres despiadados, codiciosos, iracundos, de una crueldad impredecible.

En un esfuerzo por atenuar e incluso excusar estas muestras de perversidad, los apologistas, muchos de ellos descendientes de estos conquistadores, han seguido dos líneas de argumentación. Una consiste en desacreditar las acusaciones tildándolas de mitos o exageraciones. De ahí el recurso a la expresión «leyenda negra»: «negra» e, implícitamente, excesiva (¿hay algo completamente negro?), «leyenda» en lugar de historia. El objetivo consiste en rechazar más que en probar la tesis contraria, porque ello resulta imposible. (Se ha empleado la misma táctica y la misma terminología para restar crédito a la afirmación de que la intolerancia y el fanatismo religioso españoles, que culminaron con la obsesión por la pureza racial —la «limpieza de sangre»— y la persecución de la herejía hasta en la soledad de los sueños, minaron la capacidad de esta nación para la investigación y los estudios. En este caso también resulta más sencillo ignorar las malas noticias que refutarlas).

El segundo método consiste en remitirse a las atrocidades de los demás colonizadores, en particular los estadounidenses anglosajones y protestantes, cuya estrategia de conquista fue diferente y cuyas víctimas fueron menos numerosas, pero cuyo gusto por la crueldad y la hipocresía habrían sido supuestamente similares[*]. Como si las fechorías ajenas excusaran los crímenes propios. Esta argumentación está relacionada de algún modo con los problemas que suscitan los gobiernos y las políticas imperialistas. Para muchos historiadores e ideólogos latinoamericanos, ha resultado fundamental poner de relieve la perfidia de los «gringos» que llegaron a las Américas para ejercer su tiranía. Resulta, por consiguiente, más útil poner en evidencia los infortunios de las poblaciones amerindias, aunque solo sea implícitamente[23].

Capítulo VI

¡AL ESTE!

De todos los grandes acontecimientos que han tenido lugar en el mundo en las últimas eras, los que conciernen a los viajes y descubrimientos de los *europeos* en los siglos XV y XVI se disputan merecidamente la preferencia… Por el mérito y la gloria de sus hazañas, los portugueses, sin réplica posible, tienen derecho a la parte del león… Hay que reconocer que fueron los primeros en sentar los principios de la navegación marítima, dando la idea a las demás naciones de emprender el descubrimiento de mundos distantes.
Los otros países tenían tanto retraso en proyectos de este tipo con respecto a los portugueses, que estos habían realizado sus empresas durante ochenta años antes de que cualquiera de sus vecinos pensara en descubrimientos extranjeros… Los hechos probaron que esos planes eran resultado de un razonamiento sólido, fundamentado con gran racionalidad.

THOMAS ASTLEY, *Voyages and Travels*

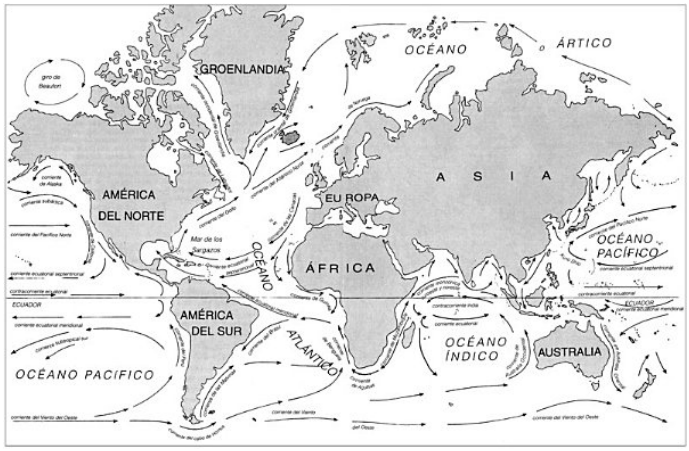
Como los españoles, los portugueses empezaron saltando de isla en isla. En este caso hacia el sur, por la costa occidental de África, buscando una ruta definitiva que rodeara las tierras musulmanas y les llevara al océano Índico. Las primeras bordadas fueron sencillas. En dirección sur, las velas se henchían con los vientos alisios. Pero la ruta resultaba problemática a la hora de volver a Lisboa. Fue un rasgo de sentido común no tratar de abrirse camino contra el viento, sino virar al oeste y luego al norte y volver pasando por las Azores.

Lo mismo se hacía, aunque de otra manera, más allá de las Canarias. Ir hacia el sur resultaba complicado en esta zona, ya que los vientos y las corrientes se desplazan en dirección contraria. Los problemas comenzaban en torno al cabo Bojador (27° N), límite simbólico entre la creación y el caos, donde las aguas encrespadas hacían borbotear el mar. Durante una década (1424-1434), los intentos fueron repelidos por esta barrera invisible[1].

Pero los portugueses siguieron intentándolo, viaje tras viaje, legua tras legua. Al principio creyeron despobladas esas costas áridas, pero más adelante se toparon con unos pocos nativos, apresaron a algunos, tuvieron noticia del comercio de esclavos, descubrieron nuevas posibilidades de enriquecerse. El lucro era, en efecto, el principio rector: como Zurara, el biógrafo-hagiógrafo del príncipe Enrique, afirmó, «es evidente que [ningún marino ni comerciante] querría ir a un lugar del que no pudiera sacar dinero[2]».

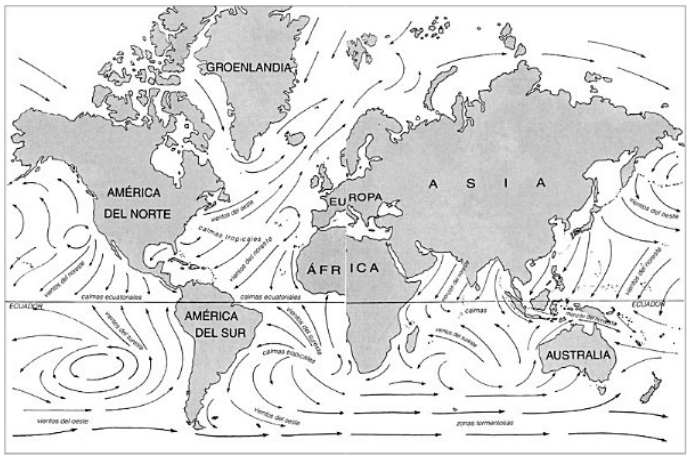
El Atlántico Sur es un océano único. Su litoral africano no está limitado por una plataforma continental suficiente; las corrientes y los vientos hacen frente a los navíos que

bogan en dirección sur; la costa es monótona y árida. Más aún, cuando se ha superado Cabo Verde, apenas se encuentran posibilidades de atracar y reponer fuerzas entre Guinea y el cabo de Buena Esperanza. Las ancestrales técnicas de cabotaje, tan efectivas en el Atlántico Norte, el Mediterráneo, el océano Índico y los mares chinos, no servían en este caso. Solo es posible la navegación de alta mar[3]. (Véanse los mapas 1, 2 y 3.)



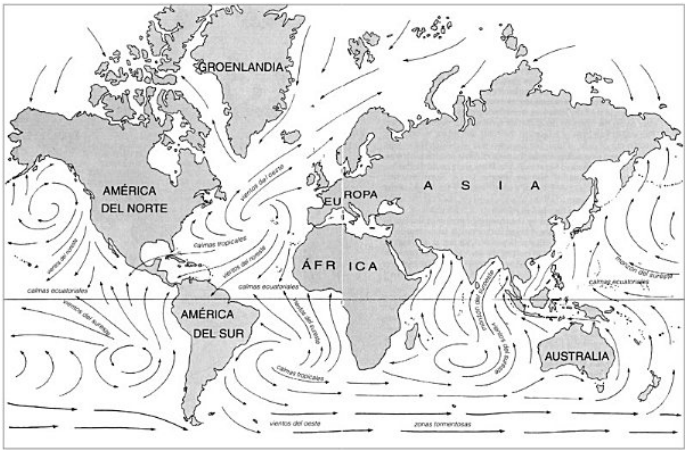
CORRIENTES MARÍTIMAS DEL MUNDO

Estas corrientes, junto con los vientos dominantes, dictaron las rutas marítimas en la era de la navegación.



VIENTOS DOMINANTES EN EL MUNDO, ESQUEMA DE ENERO

Las calmas y las calmas ecuatoriales se producen cuando se encuentran vientos contrarios. Evítense.



PRINCIPALES VIENTOS DEL MUNDO, ESQUEMA DE JUNIO

Aquí, la experiencia anterior de los portugueses en aprovechar los vientos alisios para facilitar la vuelta a casa desde las islas resultó útil, aunque se hiciera en diferente dirección. Después de décadas de abrir rutas y tantear en su derrota hacia el sur, hincharon sus velas y dieron el paso audaz de virar directamente al oeste, en línea recta a través del océano hasta Brasil, antes de volver al sureste. Con ello, la ruta se alargaba en centenares de leguas y comportaba semanas, incluso meses, sin ver la tierra; pero así se acortaba el viaje y se navegaba por un curso fácil para rodear el extremo de África y adentrarse en mares más benignos.

No fue cuestión de suerte. Los portugueses lo podían hacer porque habían aprendido a determinar la latitud. En el Atlántico Norte, los marineros siempre habían fijado su meridiano por la altura de la estrella polar. A medida que se acercaban al ecuador, sin embargo, la estrella polar se iba quedando demasiado baja en el cielo, de modo que tenían que usar el sol como referencia. Pero el problema no quedaba resuelto así debido a la posición cambiante del sol en el cielo: en verano, en Europa está más al norte y, por lo tanto, más alta; en invierno, más hacia el sur. Esta variación de su posición, conocida como declinación, debía tenerse presente al calcular la altura del sol para determinar la latitud. En este caso, la posición de la península Ibérica de frontera y puente entre civilizaciones les benefició. En los siglos XIV y XV, los astrónomos árabes y judíos (la figura clave fue Abraham Zacut) elaboraron tablas precisas de la declinación solar para uso de navegantes[4].

Poder determinar la latitud, en la tierra como en el mar, fue la llave de los mares, pues ahora se podía determinar el meridiano y, conociendo también la latitud del punto de destino, se podía llegar hasta el paralelo y luego seguirlo hasta dar con él. (En ocasiones se planteaba el problema de si debía virarse al este o al oeste). La información más importante que trajo Bartolomeu Dias de su viaje (1488) fueron las coordenadas del extremo meridional de África. Con ellas, los portugueses podían seguir cualquier derrota por el Atlántico Sur.

Estas exploraciones ocuparon a los portugueses la mayor parte de un siglo. En buena medida se debieron al empeño de la corona portuguesa y de su príncipe devoto y obstinado (se dice que murió virgen), que ha llegado hasta nosotros con el nombre de Enrique el Navegante, quien construyó una estación experimental marítima en Sagres, sobre un

promontorio que domina el océano, y dedicó décadas de estudio a la ciencia y la técnica de gobernar buques y navegar en alta mar. En parte fueron también obra de armadores y hombres de mar, que vieron fortunas en la punta del bauprés. Todo fue posible gracias a las mejoras en el arte de la construcción naval: las carabelas, alargadas y espigadas, desplazaron a los cargueros de ancha manga; los timones popeles; la combinación de velas cuadradas y latinas, síntesis de las técnicas atlánticas y mediterráneas. Cuando Dias volvió del extremo meridional del África, trajo también consigo ideas que incorporaron las naves (habían dejado de llamarse carabelas) que Vasco de Gama utilizó una década después. Diez años después se produjeron nuevas mejoras. Cada viaje era una experimentación, un incentivo para corregir los defectos y errores.

La navegación marítima también fue posible gracias a los instrumentos: la brújula, para fijar la dirección; el astrolabio y la cruz geométrica para medir las alturas de los cuerpos celestes; aparatos de observación de espaldas al sol; relojes de arena para medir el tiempo y calcular la velocidad. Y no olvidemos que el peso de la navegación recaía sobre la tenacidad de marinos aguerridos. Estos personajes, que conformaban un extraño conglomerado, tenían infinidad de oportunidades de lamentar haberse enrolado. Enfermaban y a menudo morían de escorbuto en aquellos viajes interminables, importunaban a la virgen y a los santos con sus incesantes avemarías y letanías repetitivas, trataban de apaciguar la mar con rituales supersticiosos y luego, por fin en tierra firme, habiéndose gastado el salario en alcohol y sexo, con los bolsillos vacíos, se dejaban tentar de nuevo. Era la vida del marino. (Además, los reclutadores acechaban para echárseles encima).

La estrategia portuguesa, actuar con conocimiento de causa, era harto juiciosa. Cada expedición se basaba en las anteriores; en cada ocasión se llegaba un poco más lejos; siempre se anotaba la latitud, se modificaban los mapas y se dejaba una marca de la presencia. Los obstáculos psicológicos hacían más difíciles determinados hitos: es el caso del cabo Bojador, o del cabo de las Tormentas, más adelante denominado de Buena Esperanza (la simbología tenía mucha importancia). Paulatinamente, el miedo fue cediendo ante la razón y el método. La decisión de navegar hacia el oeste, prácticamente hasta la costa de América del Sur, antes de virar al este, fue la más inventiva y audaz de todas, y revela una tremenda confianza en su capacidad de encontrar el rumbo. (Comparativamente, el viaje de Colón fue un atajo). Era mejor seguir la derrota que cambiar de bordada y poner nuevo rumbo. No hay mejor viento que el de popa, ni mejor vela que la henchida.

El afán de los portugueses por las Indias no puede entenderse sin tener presentes a hombres como Vasco de Gama, marino y hombre de mar desde su infancia, un tipo obstinado y firme. No sabemos sobre Gama cuanto quisiéramos, pero una anécdota de su carrera anterior a las Indias resulta muy ilustrativa de su carácter. Estamos en 1492, Gama tiene unos treinta años. Una carabela portuguesa con un cargamento de oro procedente de El Mina (en la costa occidental de África) ha sido capturada por un corsario francés, aunque ambos países no están en guerra. ¿Qué hacer? Los consejeros del rey portugués recomiendan diplomacia: el envío de un emisario para interceder por la nave y su oro. La idea disgusta al rey Juan: «No quiero ver a uno de mis mensajeros mal recibido o desesperándose en una sala de espera. Eso me resultaría más penoso que la pérdida del oro».

De modo que el rey Juan manda llamar a Gama, «un hombre en quien tenía confianza, que había prestado servicio en la armada y en los negocios del mar». El mar fue la gran escuela de Portugal, no solo en materia de navegación. A la mañana siguiente, Gama y una cuadrilla de hombres armados formada apresuradamente se dirigen al muelle de Setúbal, donde atracan diez naves francesas con ricas mercancías en sus calas. Todas las naves fueron capturadas, las cargas confiscadas y precintadas y las tripulaciones llevadas a tierra firme. No fue preciso nada más. Los armadores franceses elevaron una súplica al rey de Francia. El rey de Francia devolvió la carabela y el oro, hasta la última onza. Y el rey de Portugal liberó a las naves francesas y sus cargamentos hasta el último cofre.

El descubrimiento de un mundo nuevo por Colón conmocionó a los portugueses. Como conmocionó el Sputnik a los norteamericanos. A fin de cuentas, podían haber contado con sus servicios y habían prescindido de él. Tras décadas de exploraciones penosas y onerosas intentando rodear África, llegaban los españoles y descubrían un nuevo mundo (o tal vez Asia) al primer intento. Era injusto. Había que apresurarse: en julio de 1497, una pequeña flotilla de cuatro naves bajo el mando de Vasco de Gama levó anclas de Lisboa con la intención de repetir la iniciativa abortada de Bartolomeu Dias, rodear África para llegar hasta la India. Aquel viaje se prolongaría más de 43 000 kilómetros y duraría más de dos años; solo 54 miembros de una tripulación original de ciento setenta personas regresaron con vida.

Este experimento costoso no tuvo éxito comercial. Para sorpresa de Gama, los comerciantes que encontró en la India eran musulmanes y no tenían la más mínima intención de comerciar con infieles cristianos; más aún, las cuentas de vidrio, las baratijas y camisas que había llevado consigo para trocarlas o venderlas, aunque fueran muy atractivas para los nativos del Caribe, apenas tenían valor en la India, donde se conocía la diferencia entre las chucherías y los objetos preciosos y se fabricaban tejidos mucho mejores que los europeos. De modo que Gama volvió con las manos prácticamente vacías. Apenas trajo consigo un botín de guerra; en un ataque de codicia y desesperación, atacó y capturó un pequeño navío musulmán cargado de especias. No fue un buen precedente: a partir de ese momento, los portugueses dependerían de la fuerza, más que de la competencia comercial, para imponer su presencia en el océano Índico.

Mucha más importancia tuvo el hecho de que Vasco de Gama volviera con noticias, noticias de dos tipos. En primer lugar, los europeos eran más poderosos que los nativos, tenían mejores naves y mejores fusiles. En segundo lugar, aunque no había podido comerciar, podían comprarse infinidad de especias a precios que auguraban enormes beneficios. Un quintal de pimienta podía pagarse en Calcuta a tres ducados. Después de pasar por las manos de media docena de intermediarios y pagar gravámenes y sobornos considerables a reyes, jeques y funcionarios a lo largo de su camino, se vendía en Venecia por 80. Frente a unos beneficios de esta magnitud, ¿qué coste tenía equipar una flota? ¿Qué valor tenían las vidas de los marinos?

Fue la venganza de Portugal. El rey Manuel mandó una misiva a sus pares, Fernando e Isabel («¡Excelentísimos y reverendísimos Príncipe y Princesa, poderosísimos Señor y Señora!»), en la que describía «grandes ciudades, edificios y ríos inmensos y enormes poblaciones» —allí no había salvajes desnudos—, y se jactaba de haber descubierto especias, piedras preciosas y «minas de oro». Ni una palabra sobre el escorbuto y la muerte,

ni sobre los mercaderes musulmanes y el fracaso comercial. Era el tipo de lugar que Colón había estado buscando sin éxito. Chinchaos.

A principios del siglo XVI, menos de seis meses después del retorno triunfal de Vasco de Gama, los portugueses enviaron una segunda flota a las Indias —trece naves en esta ocasión y mil doscientos hombres, incluidos los soldados— al mando de Pedro Alvares Cabral. Tenía por misión hacer negocios y le encomendaron que no se metiera en líos; pero, en caso de ataque de una nave enemiga, no debía dejarla acercarse, sino apartarse y hundirla a cañonazos.

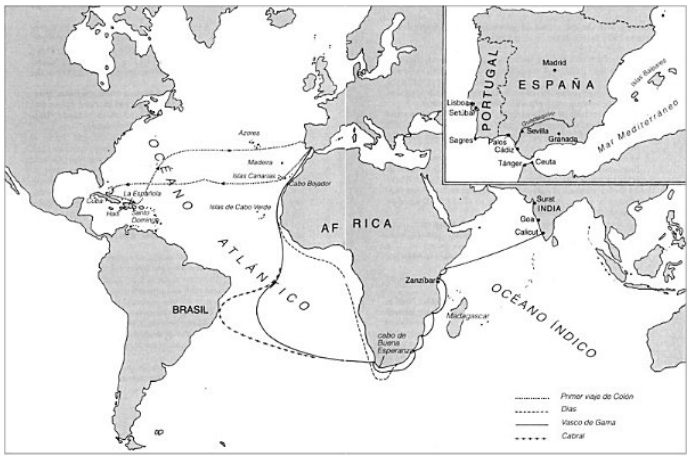
No hay nada más ilustrativo de esta conciencia de su superioridad. Es bien sabido que quienes poseen armas más potentes pueden matar a distancia sin exponerse a ningún riesgo; mientras que quienes se encuentran en situación de inferioridad deben aproximarse y dependen del coraje y la fuerza de la tripulación para alzarse con la victoria. Las instrucciones dadas a Cabral evidencian un nuevo equilibrio en el poder mundial. Los asiáticos, infinitamente más numerosos que los portugueses, más ricos también y, en muchos sentidos, más civilizados, no estaban en condiciones de comprenderlo ni imaginarlo. Con todo, era incuestionable: *Europa podía imponer ahora su presencia en cualquier parte de la superficie del globo que se encontrara al alcance de un cañón naval*[*].

Los portugueses se pusieron manos a la obra con una meticulosidad que habría confortado el corazón del príncipe Enrique. Les impulsaba una mezcla de curiosidad y de codicia racionalizada, como puede apreciarse en las instrucciones (Regimentó) a Diego Lopes de Sequeira en 1508 para la exploración de Madagascar:

1. La flota debía seguir la circunferencia de la isla, prestando especial atención a la costa occidental (el litoral que mira a África), penetrar en ella y estudiar todos los puertos, inspeccionar los medios de entrada y salida, explorar las posibilidades de fondear en función de los vientos, las corrientes y el tipo de fondo submarino y *anotar todo esto por escrito* [las cursivas son mías].

2. Primer contacto con los nativos: mostrarles una gama de artículos y metales (especias, cera, cobre) para ver si se conocen en las islas y, si así fuera, preguntarles cómo obtener más y comerciar con ellas. Descubrir qué desearían a cambio.

3. Averiguar qué ocurre si llegan otras naves a estos puertos. ¿De dónde proceden? ¿Qué transportan? ¿Comercian con estos artículos en otras islas o transportan diferentes mercancías a diferentes lugares? ¿De dónde proceden los comerciantes y las tripulaciones de estas naves? ¿Son musulmanes o paganos («gentiles»)? ¿Blancos o negros? ¿Cómo van vestidos? ¿Están armados?



LA ERA DE LOS DESCUBRIMIENTOS. RUTAS DE LOS PRINCIPALES VIAJES

Adviértase cómo el viento y las corrientes dictaban la elección de la ruta. Era preferible navegar más distancia más rápidamente a cambiar de bordada y escoger un camino más corto pero más arduo.

4. ¿Son dichas naves pequeñas o grandes? ¿De qué tipo? ¿En qué estaciones llegan y en cuáles se van? ¿Con qué periodicidad (anual, más a menudo)? ¿Cómo navegan?

5. ¿Tiene la isla sus propios barcos? En caso afirmativo, ¿adónde van?, ¿qué transportan?, ¿qué buscan?

6. ¿Qué se produce en la isla? ¿Qué querrían los nativos a cambio de sus productos? ¿Son caros o baratos dichos artículos?

7. Estructura política: ¿qué tipo de reyes o señores gobiernan? ¿Son musulmanes o paganos? ¿Cómo viven? ¿Cómo administran la justicia? ¿Cuáles son sus propiedades? ¿Tienen tesoros? ¿Qué tipo de estado y de jerarquías poseen, y cómo los mantienen? ¿De qué tipo de ejército y armamento disponen: elefantes o caballos, armas, armas de fuego, artillería de algún tipo? ¿Son los soldados timoratos o belicosos?

8. ¿Son los gobernantes musulmanes una casta aparte, independiente? ¿Reconocen a los soberanos paganos?

9. ¿Es la población musulmana o pagana? En el segundo caso, ¿cómo conviven con ellos los musulmanes? ¿Son los cristianos como los de la India[*]? ¿Conocen a santo Tomás?

10. ¿Qué costumbres tienen? ¿Se parecen, al menos en parte, a las de los malabares?

11. ¿Tienen ciudades, poblaciones o pueblos de especial importancia? ¿Están fortificados? ¿Cómo está habitada la isla?

12. ¿Tienen dinero? ¿Se usa alguna moneda como patrón, o solo hay «monedas» como las de Manicongo [África]? En este sentido, ¿utilizan el cobre como un producto básico y, si es así, qué artículos elaboran con él? En particular, ¿se usa para fundir cañones y, si es así, de qué tipo? También en dicho caso, ¿cómo fabrican pólvora?

Un cuestionario similar relativo a la península de Malaca añade preguntas detalladas acerca de los chinos que comercian en aquellos parajes: naves y técnicas de navegación; armamento y arte bélica; comercio, comerciantes, centros comerciales, mercancías y precios; poder político; vestido y comportamiento; tamaño y forma de China[5].

Estas investigaciones sistemáticas se remontan en Portugal como mínimo a 1425, pues comenzaron con la exploración de las Canarias. En 1537, Pedro Nuñes, cosmógrafo del rey João III, se jactaba en sus recuerdos: «es evidente que los descubrimientos de costas, islas y continentes no ha sido cosa del azar, antes por el contrario, nuestros navegantes han salido muy informados, provistos de instrumentos y reglas de astronomía y geometría[6]». La diferencia con respecto a España es notoria. Los españoles no adoptaron este enfoque metódico hasta el último cuarto del siglo XVI. O bien no lo necesitaban (no debían hacer frente a la competencia, disponían de vías navegables más directas), o no concordaba con su tradición y estilo. Mientras los portugueses daban carta de naturaleza a sus propiedades haciendo valer sus descubrimientos, es decir, registrando las latitudes de los territorios sobre los mapas, los españoles tenían en su activo hechos materiales. Plantaban cruces, «convertían» a los nativos, construían templos, creaban tribunales y prisiones. En cuanto a los objetivos, los españoles pensaban en tesoros; los portugueses, en beneficios comerciales. Dos formas de concebir el imperio.

Sobre la historia de la expansión comercial y política europea en el océano Índico y el este de Asia se cierne la pregunta de lo que podría haber sucedido. ¿Qué habría ocurrido si el siglo XVI no hubiera sido un período de confusión política en Asia, de guerras en la India entre los estados nativos y los invasores turcomanos y de aislacionismo chino, por no decir depresión, que expuso a Asia a los embates despiadados de estos invasores? La «ausencia» de China resultó determinante.

Entre 1405 y 1431, los chinos emprendieron como mínimo siete grandes expediciones navales para explorar las aguas de Indonesia y del océano Índico. Con estos viajes se quería hacer ondear la bandera china, conceder a los bárbaros la gracia de contemplar y admirar el imperio celeste, recibir demostraciones de pleitesía y tributos, y recoger para el emperador las escasas rarezas que no se hallaban dentro de sus confines. Entre otras cosas, las naves trajeron de vuelta especímenes zoológicos exóticos: jirafas, cebras y avestruces, así como joyas y poderosas sustancias animales, vegetales y minerales con las cuales enriquecer la farmacopea china.

La relación entre estos viajes y los objetivos comerciales no está del todo clara. Las naves transportaban productos valiosos (seda, porcelana) destinados al comercio, aunque al parecer no en un mercado abierto, sino con arreglo a un régimen de intercambio de obsequios: los tributos de los bárbaros a cambio de la benevolencia de China. Por otra parte, estas salidas tenían como fin aparente sentar las bases de un comercio normal, y los comerciantes se unían a ellas para realizar sus propios negocios. Después vinieron viajes comerciales independientes, que probablemente se ampararon en el prestigio renovado de China. Pero, aun suponiendo que el comercio constituyera realmente uno de sus objetivos, este método resultaba muy costoso. En efecto, era la población china la que sufragaba los beneficios de los funcionarios que organizaban estas cazas del tesoro y la que fomentaba el comercio privado, hasta tal punto que la carga que suponían estos viajes llegó a rebasar los recursos del imperio[7].

Estas flotillas superaban con mucho en grandeza a las pequeñas flotas portuguesas que vinieron más adelante. Los barcos eran probablemente las naves más grandes que se habían conocido en el mundo: juncos (aunque se trata de un término equívoco) altos y de

varios pisos que hacían las veces de campamentos flotantes, llevando cada uno a bordo centenares de marinos y soldados, dando muestra del grado de avance de las técnicas chinas de navegación, construcción y organización navales[8]. Las mayores tenían aproximadamente 120 metros de eslora y 48 de manga (frente a los 25 metros de la «Santa María» de Colón), nueve mástiles escalonados y doce velas cuadradas de seda roja. Así eran los denominados barcos del tesoro, construidos con todo lujo, equipados con camarotes suntuosos y vestíbulos acristalados, una vivienda digna de los representantes del hijo del cielo y de los dignatarios extranjeros que habían de acompañarlos de vuelta a China. Para otros fines se utilizaban naves diferentes: «barcos de caballos» de ocho mástiles que transportaban équidos al sur de Asia, donde por razones climáticas no era fácil criarlos, junto con materiales de construcción y reparación; barcos de suministro de siete mástiles, que transportaban fundamentalmente comida; barcos de seis mástiles para el transporte de la tropa; barcos de guerra de cinco mástiles para el combate naval y barcos más pequeños y rápidos para hacer frente a los piratas. La flota se componía incluso de buques cisterna cargados de agua, que garantizaban un suministro de agua fresca durante un mes o más.

La primera de estas flotas, la del almirante eunuco Zheng He (Cheng-ho) de 1405, se componía de 317 naves y transportaba a 28 000 personas[9]. Entre 1404 y 1407, se apoderó de China el frenesí de la construcción y la renovación naval. Se hizo participar a provincias litorales enteras en el esfuerzo, mientras se talaban los bosques interiores. Centenares de hogares de carpinteros, herreros, constructores de velas, cordeleros, calafates, carreteros y transportistas, incluso anotadores de los tiempos de ejecución, fueron trasladados por decreto, agrupados en equipos, albergados en corralones cercanos a su lugar de trabajo. Dado que los carpinteros de ribera y sus aprendices solían ser analfabetos, el aprendizaje se realizaba mediante el ejemplo, utilizando maquetas hechas a mano cuyas partes encajaban perfectamente sin necesidad de clavos. Ningún detalle, por pequeño que fuera, escapaba a la planificación de estos constructores: tablones superpuestos, capas múltiples, las juntas entre tablones calafateadas con yute y cubiertas con cal tamizada y aceite de aleurites, clavos de hierro impermeabilizados contra la herrumbre, maderas especiales para cada uso, incluso grandes «ojos de dragón» pintados en la proa para que el barco pudiera «ver» adónde se dirigía. Dichos ojos, además de un timón popel bien equilibrado y de un lastre pesado, guiados por la experiencia náutica y la sabiduría popular, llevaban a las naves de un puerto a otro. El trabajo en sí se realizaba en inmensos diques secos (en esto China se adelantó a la tecnología europea en varios siglos) que desembocaban en el Changjiang. De este modo, en un período de tres años, los chinos construyeron o rehabilitaron unos 1681 barcos. La Europa medieval no hubiera podido imaginar siquiera una armada de este calibre[10].

Con todo, esta apertura china al mar y al ancho mundo se quedó en nada, de hecho fue reducida deliberadamente a la nada[*]. En el decenio de 1430, un nuevo emperador, que «no temía nada», ascendió al trono en Pekín. Un nuevo grupo de presión, los confucionistas, competía por los favores y la influencia ante el rey: se trataba de mandarines que se mofaban y desconfiaban del comercio (para ellos, la única fuente verdadera de riqueza era la agricultura) y detestaban a los eunucos que habían planeado y llevado cabo los grandes viajes. Durante varias décadas, ambos grupos rivalizaron por la influencia, y la balanza se

inclinó ora de un lado ora del otro. Pero la fiscalidad y los más altos valores morales chinos estaban del lado de los confucionistas. La campaña marítima había agotado las finanzas del imperio y debilitado su autoridad sobre una población exangüe por los impuestos y los trabajos comunales públicos.

La decisión (que data de principios del siglo XV) de trasladar la capital a Pekín empeoró las cosas: hubo que construir nuevas murallas para la ciudad, un palacio con más de nueve mil habitaciones y los campesinos, sujetos en principió a la obligación de prestar sus servicios durante treinta días, fueron mantenidos en el tajo durante años consecutivos. Tan solo la factura de transporte —de trasladar la corte de Nankín a su nuevo emplazamiento, a 1300 kilómetros aproximadamente— hizo aumentar los recargos fiscales[11]. Algunos funcionarios concienciosos protestaron, pero los cortesanos imperiales ahogaron sus voces con sanciones severas y humillantes. Un prefecto que se opuso a estas exacciones extraordinarias fue metido en una jaula y conducido en desgracia hasta la capital, para que lo interrogara el emperador. Todo un desprecio del sentido del deber. Entre tanto, en la frontera noroeste, un grupo de invasores cambiante y al mismo tiempo siempre igual, no daba tregua al imperio, apurando los recursos y reclamando una atención constante.

De modo que, tras varias décadas de tira y afloja, de celebraciones y conmemoraciones un día y oprobio y repudio el siguiente, se tomó la decisión no solo de abandonar la exploración marítima, sino incluso de erradicar el mero recuerdo de lo que había ocurrido, para evitar que las generaciones posteriores tuvieran tentaciones de volver a cometer esa locura. A partir de 1436, las solicitudes de asignación de nuevos artesanos a los astilleros fueron rechazadas, así como las de renovación de donaciones habituales en beneficio de extranjeros, en ambos casos presumiblemente por motivos económicos. A falta de construcciones y reparaciones, las flotas públicas y privadas fueron mermando. Floreció la piratería en aquellas aguas desprotegidas (los japoneses se mostraron especialmente activos), y China dio aún más importancia al transporte por canales interiores. En 1500, quien construyera una nave de más de dos mástiles era amenazado con la pena de muerte y, en 1525, se instó a las autoridades costeras a destruir todos los barcos que bogaban por el mar y a arrestar a sus propietarios. Por último, en 1551, echarse a la mar con un barco de varios mástiles, aunque solo fuera para realizar transacciones comerciales, se convirtió en un crimen[12].

El abandono del programa de los grandes viajes se inscribía en una política general de cierre, de repliegue frente a los azares y las tentaciones del mar. Esta introversión deliberada, un punto de inflexión capital en la historia china, no podía producirse en peor momento, pues no solo les dejó inermes frente al creciente poder de Europa, sino que les hizo desconfiar, autocomplacientes y obstinados como eran, de las lecciones y novedades que los viajeros europeos iban a traer pronto.

¿Por qué? ¿Por qué no realizó China ese pequeño esfuerzo suplementario que le habría permitido doblar el confín meridional de África hasta llegar al Atlántico? ¿Por qué, décadas e incluso siglos después de la llegada a aguas chinas de los visitantes europeos, no había naves chinas en los puertos de Europa? (El primero de este tipo, un barco para uso del cuerpo diplomático, visitó Londres con motivo de la Exposición Universal de 1851).

Como siempre, se debió a varios motivos. El resultado, en la jerga de los sociólogos, estaba sobredeterminado.

Para empezar, China carecía de amplitud de miras, de capacidad de apreciación y, por encima de todo, de curiosidad. Salían al mundo a mostrarse, no a observar ni aprender; a agraciar con su presencia, no a permanecer en los lugares; a recibir pleitesía y tributos, no a comprar. Eran lo que eran y no tenían por qué cambiar. Tenían lo que tenían y no tenían por qué apoderarse de nada ni fabricar nada. A diferencia de los europeos, no les movían ni la codicia ni la pasión. Los europeos se habían marcado un objetivo: la riqueza de las Indias. Tuvieron que rodear África: esa fue su escuela. Los chinos no tenían por qué. Podían encontrar cuanto quisieran en el océano Índico, y lo que querían era tan trivial que, más que aperitivo, parecía postre[13].

Al propio tiempo, este deseo de intimidar hacía que los costes superaran en mucho a los beneficios. Sus viajes eran pura extravagancia. Mientras que los primeros beneficios (el primer pellizco de pimienta) y la promesa de más y mayores ganancias fueron un poderoso acicate para los aventureros occidentales, en China los cálculos contables aconsejaron no seguir por ese camino. Este cambio de dirección, a su manera, recuerda mucho a la reciente anulación de proyectos como el del supertransbordador y la estación espacial en Estados Unidos.

El carácter aleatorio del programa —hoy sí, mañana no— se acrecentaba por su carácter oficial. En Europa, la participación de la iniciativa privada, que se daba incluso en proyectos monárquicos como la búsqueda de una ruta marítima a las Indias, propiciaba una financiación mancomunada, lo que constituía una garantía de racionalidad. Algo impensable en China, donde el estado confucionista abominaba del éxito comercial. La apertura del mar, además, conllevaba gastos ingentes de defensa contra la piratería: cuanto más activas eran las naves, mayor la tentación para los corsarios[*]. Según el gobierno chino, por consiguiente, los comerciantes actuaban por libre, enriqueciéndose a expensas del imperio.

De ahí la decisión de darle la espalda al mar. En 1477, un poderoso eunuco llamado Wang Zhi, jefe de la policía secreta, pidió los diarios de navegación de los grandes viajes, con la idea de resucitar el interés por las expediciones navales. Como respuesta, el vicepresidente del Ministerio del Ejército confiscó los documentos y los escondió o quemó. Cuando le pidieron explicaciones sobre esa desaparición misteriosa, tildó los diarios de «falsas exageraciones de cosas extravagantes, sin ninguna relación con lo que ve y oye el pueblo»; no merecedoras por lo tanto de crédito. En cuanto a las mercancías que los barcos del tesoro traían a casa, los «beteles, cañas de bambú, cepas, granadas y huevos de avestruz y absurdeces de este tipo» no aportaron obviamente nada a China. En estos viajes al océano occidental se habían dilapidado «sumas exorbitantes de dinero y grano», por no mencionar las «sumas exorbitantes» de vidas. No había más que hablar.

Uno sigue preguntándose qué habría ocurrido si los chinos no hubieran abandonado el comercio y las exploraciones, si los portugueses hubieran llegado al océano Índico cuando estas gigantescas naves chinas señoreaban los mares. O si China, en lugar de detenerse en un lugar cercano al canal de Mozambique, hubiera rodeado el cabo de Buena Esperanza para internarse en el Atlántico, estableciendo así vínculos marítimos con el África occidental y Europa. Este tipo de hipótesis negativas fascinan a los historiadores y economistas, no tanto por la imposibilidad de encontrar respuestas, como por su valor heurístico. Mirando hacia atrás, creemos saber qué ha ocurrido. Si lo hacemos hacia

adelante, debemos prever resultados dispares. Este tipo de preguntas que se centran en las causas y los efectos nos ayudan a distinguir entre influencias principales y accesorias, directas e indirectas, y sugieren posibilidades que de otro modo habrían pasado desapercibidas.

En cuanto a la hipótesis de una extensión marítima ininterrumpida de China, por ejemplo, hay que contemplar la posibilidad de un estallido de violencia, y de una competencia dictada por la fuerza. Exteriormente, los chinos eran inconmensurablemente más poderosos y ricos. ¿Quién podía hacerles frente? Y, sin embargo, en realidad sucedía lo contrario. Los chinos habían aprendido el secreto de la pólvora antes que los europeos, pero estos tenían mejores cañones y mayor potencia de fuego, especialmente de lejos. Los chinos tenían naves mayores, pero los europeos eran mejores navegantes. Comparando ambos bandos en torno al 1400, es probable que los chinos hubieran acabado por imponerse, cuando menos en el océano Índico o en el mar de China meridional. (Hasta los animales fuertes tienen problemas para imponerse a presas más débiles cuando están cerca de su guarida). Pero, cincuenta años después, los europeos hubieran mareado a los navíos chinos, incluso en aguas asiáticas. Naturalmente, los chinos podrían haber aprendido de su experiencia y estar un día en condiciones de enfrentarse a los europeos con armas y flotas semejantes. Es uno de los inconvenientes de las hipótesis: tienen un final abierto y el grado de confianza disminuye cuanto más se especula.

El aislacionismo era lo que más se ajustaba a la situación China. Rotundo, íntegro, aparentemente sereno, inefablemente armonioso, el imperio celeste se deslizó ronroneando a lo largo de varios siglos, impenetrable e imperturbable. Pero el mundo lo estaba dejando atrás.

Capítulo VII

DE LOS DESCUBRIMIENTOS AL IMPERIO

La nueva del descubrimiento de Colón se difundió rápidamente gracias a la imprenta[*]. Nada resulta tan elocuente acerca del contexto en que tuvo lugar este descubrimiento como el entusiasmo y asombro que provocó. El mundo había dilatado sus confines, se había abierto, transformando la conciencia que los europeos tenían de sí mismos. ¿Quiénes somos? ¿Quiénes son ellos? Los teólogos y moralistas estaban desconcertados ante la naturaleza de los «salvajes» encontrados en aquellas tierras distantes y del modo apropiado de tratar con ellos. Para los artistas, el Nuevo Mundo ofrecía un sinfín de imágenes y temas, no solo por sí mismo, sino también como parte integrante del nuevo universo. Para los cartógrafos, los mapas se convirtieron en un artículo efímero, al redibujarse incansablemente de acuerdo con la nueva información. Los monstruos marinos y demás ornatos desaparecieron, cediendo el paso a nuevas masas continentales de perfil cada vez más preciso.

Un territorio nuevo abre el apetito al espíritu de iniciativa. Los soberanos de España tenían ante sí la perspectiva de un gran imperio. Un imperio sin una relación clara con la guerra santa del cristianismo contra el islam, pero visto pese a todo como una prórroga de las cruzadas bendecidas por Dios y sancionadas por el papa. En adelante, ni los propios fracasos serían inútiles, pues indicaban que el tesoro todavía estaba por descubrirse. Colón, por torpe, no supo dónde buscarlo. Pero su aventura marcó el comienzo de la carrera; el más rápido se alzaría con el premio. Los comerciantes aventureros compraron y equiparon viejas naves, construyeron otras y contrataron a tripulaciones en un radio de cien leguas. «¿Está usted en apuros? Vuelva a comenzar en la otra orilla». Guerreros y caballeros *free-lance*, maleantes, pícaros y rufianes se presentaban voluntarios, con el propósito de labrarse una fortuna o rehacerla. Estas gentes adoraban las leyendas y fábulas de las novelas de caballerías —los tebeos de la época—, los cuentos de amazonas, monstruos acéfalos o cinocéfalos o, mejor aún, de El Dorado. La leyenda de las amazonas era una de las favoritas, por combinar los temas de la mujer y la valentía masculina. La gente contaba haber visto a esas guerreras por doquier, siempre detrás de la cordillera siguiente o en una isla a varios días de distancia. En una ocasión, se dio por cierto que cien mil amazonas se dirigían a España para dejarse preñar «por los hombres de nuestra nación, cuya reputación de gallardía no tiene tacha[*]». La propia extravagancia de estos relatos y promesas los hacía más creíbles. Todo y nada era posible en aquellas tierras distantes.



EL CARIBE Y SUS ORILLAS CONTINENTALES

Adviértase la diferencia entre las islas grandes (Grandes Antillas) y la cadena de pequeñas islas al este (Pequeñas Antillas).

Durante un cuarto de siglo, los españoles navegaron por el Caribe, recalando en las masas continentales que lo limitan y dirigiéndose hacia el sur. Una decepción tras otra. Los tesoros siempre se escondían detrás de la siguiente orilla donde arribar. Se tenían que consolar con los esclavos, las novedades botánicas, la fauna exótica, briznas de oro que parecían indicar la presencia de grandes filones. Se enviaban mensajeros a España con joyas y pepitas, tratando de inducir a la corona a enviar refuerzos, animales, armas. Mientras tanto, varias partidas de conquistadores se fueron afincando; hicieron ondear la bandera, la cruz; fundaron «ciudades» respetando la tradición legalista de la comuna europea y les dieron los nombres de sus divinidades, santos y objetos de culto; cambiaron cuentas de colores por pepitas de oro; participaron en las guerras locales y enemistaron a las tribus entre sí. Lucharon, aterrorizaron, torturaron y mataron a los nativos; se encamaron con sus mujeres, hijas y viudas de factura española; y llevaron a muchas almas paganas a la salvación; por lo común, segundos antes de acabar con su vida corpórea. Y nunca abandonaron el hábito de preguntar por el oro. Su tenacidad dice mucho de su codicia… y de su locura: Adam Smith califica a esta «sed sagrada de Dios» de «quizás el billete de lotería menos agraciado por la suerte del mundo[1]».

Buscad y encontraréis. En la segunda década del siglo XVI, a lo largo de la costa de Yucatán, los españoles se encontraron con indios de un tipo nunca antes visto. Sus vestimentas eran de algodón y vivían en ciudades construidas con piedra. No conocían el metal pesado, ni el bronce ni el hierro, pero tenían armas —ondas, flechas envenenadas, lanzas con puntas de obsidiana muy afiladas— y no se dejaban matar ni intimidar como los isleños. De modo que los españoles bajaron el tono de voz, comerciaron y lisonjearon, y oyeron hablar de una tierra al oeste, más allá de las montañas, donde tenía su trono un gran rey, opulento, majestuoso y con tesoros rutilantes. Con cada contacto se confirmaba aquella promesa, en parte porque el soberano de aquella tierra, a quien no conocían sino sus súbditos, había dado órdenes de apaciguarlos con regalos, con la esperanza de inducirlos a que se fueran. Huelga precisar que fue un craso error.

Pronto comenzaron a sucederse las expediciones hacia el norte y el oeste, siguiendo el litoral mexicano. Fue cuestión de suerte que el líder de la flotilla de exploración descubridora de aquel imperio fuera un hombre llamado Hernán Cortés; de mozo, estudiante golfo en Salamanca, mujeriego precoz y prodigioso, con debilidad por las mujeres más peligrosas, las mujeres ajenas. Cortés tenía buenas razones para dejar España. Era apuesto y viril, seductor, intrigante y diplomático. De la madera del líder que da la vida por sus hombres y cuyos hombres lo seguirían al infierno. El hombre idóneo para reunir y mantener cohesionada a una banda de varios centenares de hombres y, con ellos (y algunos refuerzos posteriores), conquistar el imperio más poderoso de América del Norte.

Pese a todo, Cortés no fue más que el principio. La historia es más que un cúmulo de proezas épicas. Las personas tuvieron un peso específico en el desarrollo de los acontecimientos, pero el imperio azteca se derrumbó por motivos más profundos. El más importante radica en la propia naturaleza de los imperios tributarios, que difieren de los reinos y naciones por su diversidad étnica y su carencia de cohesión. La oposición nosotros/ellos permite distinguir a los gobernantes de los gobernados y a una agrupación de nativos de otra, pero no a los nativos de los extranjeros. Estos imperios son necesariamente expresión del poder en estado bruto. Se asientan en una lealtad superficial, no tienen legitimidad real y extorsionan las riquezas mediante la amenaza de la represión. Así, aunque tengan la apariencia misma del poder, no es más que apariencia, y la sustitución de una camarilla de tiranos por otra es bienvenida por la gente del común, que espera contra toda esperanza que un cambio alivie su opresión. En realidad, la majestad deslumbrante de estas estructuras es un fuego fatuo; su dureza es aparente, como un cascarón quebradizo.

Así eran los aztecas, o mexicanos. Se trataba de un pequeño grupo, un pueblo rudo y nómada emigrado desde los desiertos septentrionales de sus orígenes (el suroeste de los actuales Estados Unidos) hacia el sur, donde moraban poblaciones sedentarias. Por toda bienvenida fueron esclavizados cierto tiempo por un pueblo más civilizado que habitaba a las orillas del gran lago del valle de México (un lago seco desde hace mucho tiempo y hoy sede precaria e inestable de la ciudad más populosa del orbe). La esclavitud les preparó para la guerra y la soberanía. Cuando los aztecas consiguieron liberarse, huyeron a las profundidades de los cañizales impenetrables y se cobijaron en ellos hasta sentirse lo bastante numerosos y fuertes. Cuando emergieron de las cañas, en un principio en busca de agua potable, fueron sometiendo un pueblo tras otro, con una combinación de arte y coraje y, por encima de todo, mediante el terror, que petrificaba a sus adversarios y les hacía rendirse antes de haber sido derrotados[2].

El terror azteca revistió la forma de la industrialización del sacrificio humano. Se trata de un tema controvertido, que los antropólogos e ideólogos indigenistas han preferido evitar o ignorar, quizás excusar. Y, sin embargo, no pueden entenderse las virtudes y defectos del imperio azteca, su ascendencia y caída, sin abordar esta práctica odiosa. El sacrificio humano con motivos religiosos estaba generalizado en la zona (incluyendo a los mayas, más al sur), y era expresión de la creencia de que el dios Sol en particular necesitaba la sangre humana como alimento. Si no era saciado, tal vez no volviera a levantarse. Otros dioses exigían también ofrendas: bebés y niños, por ejemplo, para

garantizar la fertilidad de las cosechas, o la abundancia de lluvias: las lágrimas de las víctimas eran promesa de agua[3].

Estas ceremonias rituales simbólicas (concebidas como actos de alimentación consustancial) requerían pocas víctimas. La carne adulta procedía principalmente de los prisioneros de guerra. Se presentaba a la víctima y se le hacía verse como un héroe de una causa noble, para la cual todos hemos nacido. Algunos estudiosos han pretendido que estos donantes de corazón y sangre se veían efectivamente así, pero cabría precisar que se les suministraban tranquilizantes antes de poder persuadirlos de que subieran mansamente los empinados peldaños que conducían al altar.

La innovación azteca fue obra de un miembro de la familia real, Tlacallel, formador de reyes y consejero de una estirpe de emperadores. Este príncipe de las tinieblas tuvo la idea de sustituir ciertos dioses más benévolos, imponiendo en su lugar el dios tribal azteca Huitzilopochtli, el colibrí del sur, una divinidad sedienta de sangre toda alas y garras y, al amparo del batir de sus alas, convertir el culto sacrificial en instrumento de intimidación. Si antes el sacrificio requería pocas víctimas, Tlacallel instituyó orgías de sangre que duraban varios días, llevando a centenares y, más adelante, millares de víctimas sobre el ara, donde se les arrancaba el corazón que seguía latiendo, derramando la sangre y rociando con ella a los ídolos, y luego se tiraban sus cuerpos rodando escalones abajo para, tras ser descuartizados, servirse como exquisiteces culinarias en la mesa de la alta aristocracia azteca.

Esta última costumbre incomoda a los etnólogos políticamente correctos, que ven en estas prácticas de canibalismo una justificación del desprecio y la opresión de los extranjeros[4]. (Eso sintieron ciertamente los conquistadores, repugnados cuando sus anfitriones mexicanos hacían gala de hospitalidad sazonando la comida de sus huéspedes con la sangre de las víctimas sacrificadas delante de sus ojos). Algunos han replicado que el canibalismo es un mito, una invención española. Otros, dispuestos a conceder la existencia de la antropofagia, han señalado que también incurrieron ocasionalmente en ella los españoles, como si los actos propios de situaciones desesperadas pudieran compararse con un comportamiento institucionalizado[5]; o han aducido que era el único modo en que los aztecas (o, al menos, la aristocracia, que ejercía un cuasimonopolio sobre la carne humana) podían aportar suficientes proteínas a su dieta. Lo mejor que puede decirse de estas insensateces, especialmente en lo que se refiere a los miembros privilegiados de la sociedad azteca, es que demuestran imaginación[*].

(Irónicamente, los europeos se verían más adelante acusados de canibalismo por los chinos, quienes preferían pensar en los extranjeros como en bárbaros[6]. En China, estos rumores estorbaron el contacto entre nativos y extraños. En África, donde no era desconocido el canibalismo, los portugueses advirtieron a los nativos de que los ingleses se complacían supuestamente con carne humana, con la esperanza de que los nativos obligaran a estos entrometidos a hacer las maletas, o quizás algo peor. Y los chinos, que no discriminaban a nadie desde su superioridad, decían otro tanto de los portugueses. Los bárbaros son así).

Estos sacrificios en masa tuvieron exactamente el efecto deseado por nuestro Darth Vader de *La guerra de las galaxias* mexicana: redujeron drásticamente la voluntad de resistencia de los enemigos de los aztecas. Pero, como es natural, los vencidos abrigaban un

odio feroz. Las ceremonias aztecas también creaban un problema de suministro: ¿dónde encontrar suficientes víctimas? ¿En la guerra? Eso conllevaba batallas incesantes. ¿En las prisiones o entre los esclavos? Eso significaba una intensificación de la opresión y una inestabilidad potencial. ¿Con la connivencia de los soberanos de pueblos aliados/súbditos? Fue la solución empleada en las denominadas guerras de flores, en las que colaboradores aristocráticos de otras naciones observaban, ocultos detrás de decorados de flores, cómo los aztecas interpretaban justas y batallas simuladas, ideadas para capturar, ante la vista de sus propios jefes, prisioneros destinados al sacrificio.

De modo que, a pesar de su apariencia de gloria y poder, el imperio azteca era una casa de porcelana. Detestado por su tiranía y minado por las disensiones, ya estaba en crisis cuando llegaron los españoles. Tan odiado era que Cortés no tuvo dificultad en encontrar aliados, que le dieron valiosos consejos y preciosa ayuda para el transporte. Sin ellos, nunca hubiera podido llevar a su pequeña tropa, con sus escopetas y demás pertrechos, de la costa al valle de México, atravesando la sierra.

Una vez llegados, los invasores contaban con una ventaja enorme. Tenían mejores armas: no tanto fusiles o cañones (aunque en un principio sembraron el pánico, y Cortés utilizó salvas bien dosificadas para impresionar e intimidar), como espadas y dagas de acero. Los palos y ondas aztecas y sus lanzas con puntas de obsidiana herían más que matar, puesto que esa era su finalidad. El objetivo de la guerra consistía en desarmar y capturar, para luego inmolar. Según criterios aztecas, los españoles no luchaban limpiamente: apuntaban al cuerpo y no a brazos y piernas, porque una herida en el estómago neutraliza a un oponente, cuando no le mata directamente. La táctica azteca de aglomerarse y ahogar al adversario por el peso del número irónicamente se les volvió en contra: los españoles se retiraban ante el empuje del adversario y, desde los márgenes del frente de batalla, entraban en escena los lanceros y espadachines españoles a caballo, una auténtica pesadilla por su rapidez en el manejo del acero. Al principio, los aztecas los tomaron por animales únicos, bicéfalos[*].

Todo lo dicho hasta ahora confirma la ventaja decisiva que otorgaba la fundición del hierro. Y no solo por las armas. Los españoles dependían por completo de objetos de hierro como palas, picos, hachas, martillos, yunques y otras herramientas. Tenían que hacer herraduras y herrar sus caballos, reparar armas, reponer objetos rotos. Cada clavo, cada pieza de hierro era preciosa, porque tenía que venir de España. Una herradura costaba treinta pesos; los clavos, 80 pesos la centena. A más de un caballero le resultaba más barato herrar a su montura con oro[7].

La respuesta azteca a estas tácticas se vio dramáticamente entorpecida por un liderazgo inseguro y vacilante. El emperador Moctezuma, al oír hablar de aquellos extranjeros, de sus altas naves, de su piel blanca y de su pelo a veces rubio, de sus rostros poblados de barbas y sus indumentarias deslumbrantes, no supo si tomarlos por dioses o por hombres. Una leyenda mexicana contaba que el gran dios Quetzalcóatl, el más poderoso del panteón pero desde hacía mucho tiempo engañado merced a su afición demasiado humana a beber y enviado al exilio por una deidad enemiga, volvería un día del este y del mar. ¿Era este el retorno prometido?

Los espías de Moctezuma informaron de que aquellos extranjeros se comportaban más como hombres que como dioses. En primer lugar, porque disfrutaban comiendo. Esto podía

interpretarse en ambos sentidos, porque el hecho de que no quisieran compartir la sangre ni la carne humana que concordaba con la leyenda de la predisposición positiva de Quetzalcóatl con respecto al género humano y de su oposición al sacrificio humano. En segundo lugar, tenían una gran debilidad por las mujeres, especialmente por las hermosas. ¿Gustaban del sexo o lo necesitaban los dioses? Resultaba difícil precisarlo. Naturalmente, esta cuestión no hubiera supuesto ningún problema para un europeo. Si los aztecas hubieran estudiado en clase mitología griega, habrían visto en estos apetitos carnales un signo de divinidad. Desgarrado entre el impulso de luchar y la asunción de la derrota, Moctezuma trató de sobornar a Cortés para que se fuera, invitándole al propio tiempo a aceptar su reino como obsequio.

Esta situación ponía a los españoles en duros aprietos. Estaban allí para quedarse: Cortés había quemado sus naves, indicando con ello a sus hombres que no podían escapar. Tenían que luchar o morir. O algo peor aún: los aztecas se aseguraron de que los españoles estuvieran al corriente del destino reservado a los prisioneros mexicanos, exponiendo sus cadáveres sanguinolentos y desollados sobre las murallas. Un nuevo error táctico. Nada podía hacer a los españoles más bravos y resueltos.

Con todo, pese a los refuerzos (enviados en principio para arrestar a Cortés) y a algunos triunfos en los combates cuerpo a cuerpo, los españoles, muy inferiores en número, sufrieron pérdidas desproporcionadamente elevadas. Es posible que Moctezuma dudara, pero los demás aztecas, nacidos y formados como guerreros, reconocían a un hombre en cuanto lo veían y no tenían ninguna intención de batirse en retirada ante un puñado de invasores arrogantes. Los españoles fueron expulsados de la capital. Emprendieron una retirada dantesca, huyeron despavoridos por calzadas flotantes, hasta caer en el agua (los aztecas habían cortado los puentes), rodeados de enemigos por doquier. Muchos españoles fueron arrastrados al fondo del cauce por el peso del oro que cargaban, incapaces de abandonarlo. Entre la mitad y tres cuartas partes de aquella pequeña tropa sucumbió.

«Noche triste», la llaman los españoles, aunque fue una evasión milagrosa: los mexicanos no pudieron aprovechar su ventaja y acabar con ellos, en buena medida porque estaban gravemente mermados por la más sutil y secreta de las armas españolas, un arma que los invasores ignoraban poseer siquiera. Se trata de los patógenos del Viejo Mundo, portadores invisibles de muerte a una población nunca expuesta antes a estas enfermedades. Ya habían cumplido su cometido letal en el Caribe. Ahora comenzaron a derribar a centenares de guerreros aztecas en el momento mismo de su victoria.

Cortés tuvo un respiro. Pasaron algunos meses. Nuevas flotas trajeron nuevas tropas. Sus aliados indios les ayudaron a construir los componentes de las naves y transportarlos a través de la sierra hasta el valle de México, donde las ensamblaron y embistieron la isla en la que se alzaba la capital azteca. Esta batalla fue la última de la guerra: el imperio azteca fue derrotado, sus templos destruidos, sus ídolos derrocados. No podía sorprenderles: el jeroglífico azteca que representa a una ciudad conquistada es un templo en llamas. El dios de los vencedores arrambla con todo.

La conquista del imperio inca fue semejante en lo esencial: una vez más, un extenso imperio tributario, centralizado y con una ingeniosa estructura administrativa; pero, una vez más, disidencias y rencillas internas, que enemistaban a los incas no solo con las tribus vasallas sino entre ellos, y, una vez más, las enfermedades europeas, consecuencia mínima

de la conquista europea. Cuando Francisco Pizarro llegó con su pequeña partida de guerreros, el país acababa de dejar atrás siete años de guerra civil (el Inca había muerto, al parecer, de viruela) y, por consiguiente, estaba muy debilitado.

En este caso también, los primeros contactos atizaron el interés: hasta los más diminutos pueblos costeros parecían nadar en oro. También ahora, unas decisiones erróneas propiciaron el avance español. Los incas no los confundieron con dioses, sino que subestimaron gravemente las posibilidades de una tropa tan reducida, pues despreciaban desde tiempos inmemoriales a los pueblos de la costa. ¿Cómo iban a imponerse a los guerreros más aguerridos de las tierras altas? Una vez más, los españoles supieron sacar el máximo partido a estas divisiones para recabar ayuda de los nativos. Viajaron hasta la ciudad montañosa de Cajamarca, para encontrarse en ella con el Inca, a quien Pizarro, con sublime aplomo, prometió recibir como amigo y hermano. Dicho esto, la mayoría de los españoles se ocultaron y quedaron a la espera. Los incas lo tomaron por muestra de miedo, presunción no muy descaminada, pues muchos de los españoles se estaban orinando literalmente encima.

La expedición inca entró desfilando: millares de guerreros espléndidamente ataviados pero desarmados. Llenaron toda la plaza. Los representantes de la más alta aristocracia del reino portaban al Inca Atahualpa en su litera real. Entonces se adelantó un sacerdote español para ofrecer al Inca una sagrada Biblia. Atahualpa la abrió, la miró y la tiró al suelo. Eso bastó. El fraile se volvió corriendo hacia Pizarro: «¡Salid! ¡Salid, cristianos! ¡Acometed a estos perros enemigos que rechazan las cosas de Dios!». La carnicería subsiguiente dejó a unos siete mil indios muertos *in situ*, además de numerosos heridos. Los jinetes españoles persiguieron a los demás, lanceándolos a placer, persiguiendo preferentemente a los mejor vestidos, presumiblemente los líderes. «Si no hubiera llegado la noche, pocos de los más de cuarenta mil guerreros indios habrían salido con vida».

Atahualpa fue capturado, desnudo pero ileso. Los españoles pidieron y obtuvieron un rescate mayor que el que hubiera podido pagar un monarca europeo: con aquel oro se habría podido llenar una habitación de buenas dimensiones hasta el techo. Los indios ya habían pagado. Ahora les tocaba a los españoles liberar a su rehén: un trato es un trato. Pero lo volvieron a arrestar inmediatamente, con el cargo de traición a la corona española (*sic*) y, después de administrarle los últimos sacramentos (ante todo, la salvación de las almas), decapitaron figurada y literalmente el reino[*].

Es una historia sangrienta, hecha de crueldad y mala fe, condescendencia y mojigatería, pero no debemos juzgar estos hechos en términos de bondad, maldad o inmoralidad. Todos estaban a la altura. Antes de que Pizarro saliera a escena, Huayna Cápac, emperador y padre de Atahualpa, estableció las condiciones de la derrota al decapitar a los miembros de una tribu rebelde y arrojar sus cuerpos a un lago diciendo: «¡Ya no sois más que una banda de chiquillos!»[8]. Los testimonios apuntan a veinte mil víctimas, lo que «constituyó probablemente la batalla más sangrienta de la historia del Nuevo Mundo prehispánico[9]». Este lugar se conoce desde entonces como el lago de Sangre[10].

En un análisis incisivo, el biólogo e historiador Jared Diamond se pregunta por qué los incas se comportaron con tanta ingenuidad o, según nuestros patrones, con tanta estupidez. Encuentra una explicación en la diferencia de astucia y experiencia entre un pueblo letrado y otro iletrado. Los españoles eran «herederos de un inmenso acervo de

conocimientos acerca de la conducta y la historia humanas»; los incas «no conocían por experiencia personal a ningún otro invasor de ultramar… ni siquiera habían oído hablar (ni leído) de agresiones similares a nadie, en ningún lugar, en ninguna época[11]».

Con todo, les hubiera bastado con mirarse a sí mismos.

Los pueblos de Perú resistieron más y mejor que los mexicanos; de hecho, algunos dirían que la insurrección aún no ha muerto. Pizarro capturó a Atahualpa en 1532, pero hasta 1539, cuando el ejército inca de Charcas se rindió y Manco Inca se refugió en Vilcabamba, el control español de la zona no se afianzó. Incluso entonces, el gobierno inca en el exilio atizó la rebelión desde las montañas, y hasta 1572 no pudo el virrey Francisco de Toledo acabar con este foco de resistencia. La tenacidad inca refleja en parte el impacto menor de las enfermedades europeos sobre la población peruana. No se conoce bien el motivo, pero frente a una caída de la población mexicana superior al 90 por 100, que pasó de veinticinco millones a uno o dos en el siglo posterior a la llegada de los españoles, los peruanos perdieron aproximadamente una quinta parte de los suyos[12].

Pese a algún triunfo aislado, estos esfuerzos por expulsar al invasor fueron vanos. Los españoles tenían tecnología, disciplina y organización en su haber, así como una experiencia de la guerra que convertía a los nativos en aficionados. Contaban con la ayuda de colaboradores, entre los cuales figuraban numerosos convertidos a un cristianismo elástico en su tolerancia con respecto a prácticas paganas no sangrientas, pero firme en su acatamiento del reino español[13]. Tenían el respaldo de los recursos de un imperio distante pero poderoso y de un flujo al parecer incesante de soldados de fortuna. Además, pusieron sabiamente viejas estructuras autoritarias a su servicio. Los herederos del Inca se convirtieron en una casta noble hereditaria e indolente, cuyos matrimonios mixtos con dignatarios españoles proliferaron. Sus descendientes, algunos de los cuales forman parte del mundo de los negocios y del gobierno, constituyen hoy la alta sociedad de Lima y Quito. Los antiguos cabecillas tribales (caciques) siguieron al frente de la administración local. Se les concedió un rango especial y exenciones de cargas de trabajo e impuestos; a partir de 1619, sus hijos se educaron en escuelas especiales de jesuitas. Algunos de ellos se han convertido en analistas nostálgicos del antiguo régimen visto a través de las lágrimas de la lástima y la simpatía; otros han tomado elocuentemente la palabra en defensa de una población excesivamente explotada. (Estos memoriales de ensalzamiento de un mundo perdido han tenido más eco entre los europeos que entre la población nativa, mayoritariamente iletrada). Las protestas inacalladas solían adoptar la forma de peticiones, elevadas debidamente según las reglas y la jerarquía de ascendencia española. El imperio inca había pasado a la historia[14].

«El que todo lo ve». Los incas antes de Pizarro

Los incas no dejaron documentos escritos: desconocían la escritura. Tenemos que guiarnos, pues, por los restos arqueológicos, sustancialmente menguados por la furia española por el oro y la plata, que apenas respetó nada, y por los relatos novelescos de la tradición nativa, o

escritos por sus descendientes, o por algunos de los primeros visitantes españoles de la zona[15]. A grandes rasgos, estas fuentes concuerdan en lo esencial.

El imperio inca fue el más grande del Nuevo Mundo. Abarcaba desde lo que hoy es Colombia, por el norte (2° N), a la región de la actual ciudad de Santiago, por el sur (35° N), más de cuatro mil kilómetros de longitud, y desde la costa hasta las laderas orientales de la cuenca andina, lo que hoy es la meseta de Bolivia. Estos límites, como ocurrió con los aztecas en México, eran en parte naturales —los incas nunca se encontraron a gusto en los bosques frondosos— y en parte se debían a la resistencia de tribus tan recalcitrantes como los araucanos, quienes opusieron una resistencia humillante para los españoles y solo fueron derrotados tras ataques sucesivos en el siglo XIX[16].

Las dimensiones del imperio inca sorprenden por la presencia de innumerables obstáculos a los desplazamientos y las comunicaciones interiores. Los valles y colinas de América del Sur se deslizan desde las montañas hasta el océano, cortando las rutas de norte a sur. Estos obstáculos naturales se veían reforzados por la ausencia de la rueda (el transporte de carga correspondía a las llamas o a los hombres), así como por la inexistencia de la navegación de cabotaje[*]. El secreto estribaba en la comunicación a base de recaderos y porteadores. A lo largo de todas las rutas del imperio, aproximadamente cada 1,5 leguas españolas (unos 7,2 km) de distancia, se hallaban dispuestas parejas de chozas pequeñas, cobijos para los mensajeros, una a cada lado de la carretera. Cada posta miraba solo en una dirección, a la espera de llevar a la siguiente parada los mensajes y paquetes, que podían llegar en cualquier momento. Se formaba a los mensajeros en este trabajo desde una edad temprana y, al correr las 24 horas del día, lograban efectuar una media aproximada de 50 leguas diarias (¡unos 240 km!). El cronista Bernabé Cobo relata que el viaje de Lima a Cuzco, unas 140 leguas de carretera mala, duraba tres días[17]. Aproximadamente un siglo después, el correo español, tirado por caballos, hacía el mismo viaje en doce o trece días[*]. En el siglo XVIII, el servicio de transporte de Nueva York a Boston, más de trescientos veinte kilómetros de llanuras, duraba una semana. (Aunque es cierto que se transporta mucha más mercancía sobre los vagones que a lomos de acémilas y porteadores).

El emperador inca, por lo tanto, se encontraba en contacto estrecho y rápido con los confines más alejados del reino, pudiendo así imponer su dominio absoluto y uniforme sobre una sociedad muy heterogénea. Se le consideraba divino. En principio, toda la tierra era suya y él, por su parte, la cedía graciosamente a los grupos comunales a cambio de tributos en especies y, sobre todo, de trabajo, mediante la institución denominada «mita». Esta mano de obra forzosa construyó las carreteras y obras hidráulicas, sirvió en el ejército y en el servicio de postas, transportó mercancías y erigió edificios oficiales (de palacios a almacenes), recaudó y redistribuyó las mercancías adeudadas y otorgadas. La vestimenta era un asunto administrativo. Todos los miembros del común, con ocasión de su matrimonio, obtenían un vestido de uso cotidiano, otro para las fiestas y una capa de trabajo para resguardarse contra las inclemencias del tiempo. Cuando estaban usadas, podían pedir nuevas prendas. Aparte del trabajo comunal, las personas ejercían otras tareas. La sociedad inca recuerda a un hormiguero: todos trabajan, hasta los niños pequeños, desde los cinco años. Las mujeres hilan mientras caminan, hasta el punto de que se ha llegado a decir que las carreteras se construyeron tan lisas para evitar que tropezaran, ya que estaban demasiado ocupadas para mirar dónde ponían los pies. Con

excepción del trueque efectuado a escala local, el comercio estaba en poder de las autoridades.

Algunos estudiosos han calificado el sistema de socialista, en la medida en que el producto social se entrega a un centro para su redistribución última. Quizás sea una denominación correcta, pero el sistema, en su forma y en su efectos, no era diferente de los imperantes en otros despotismos aristocráticos, caracterizados por una «divisoria principal» que separa a una pequeña élite de la gran masa, relativamente indiferenciada. Como ellos, la sociedad india tenía ciertos aspectos niveladores, homogeneizadores: la vida y los fastos estaban impregnados de humildad y sobriedad; prácticamente todo el mundo sabía comer y esperar acuclillado sobre los cuartos traseros. Los soberanos se distinguían por el vestir, los muebles y la dieta: entre otras cosas, por su derecho a «drogarse» mascando coca. Como es natural, el populacho lograba apoderarse de esta sustancia reservada: no hubieran podido realizar sus penosas tareas sin ella. Pero el placer puro se trataba de forma muy distinta, y eran legión los informantes e inspectores, prestos a seguir un rastro hasta el interior de las casas y de las cazuelas en cualquier momento del día o de la noche, para velar por la exclusividad de estos privilegios. Después de todo, ¿qué es un privilegio cuando todo el mundo puede disfrutar de él?

El Inca tenía ojos por todas partes. «Gobernador» era en inca *tukrikuk*, «el que todo lo ve».

En su escaso siglo de existencia, este imperio contribuyó en buena medida a unificar a los pueblos sometidos a su dominio y establecer una lengua común, el *quechua*, todavía hablado por la población andina, como pudo comprobar el Che Guevara cuando trató de ponerlos en pie de guerra en pro de la causa revolucionaria, arengándolos en español. Bajo esta «paz» inca, sin embargo, no todo era orden y armonía. Es posible que los indios fueran pacientes y obedientes, pero el recurso a las bebidas alcohólicas y a las drogas siempre es una mala señal. En parte, este hecho podría achacarse a la cría deshumanizada de los niños: nunca conservaban los bebés, ni siquiera durante la lactancia. Sea como fuere, esta cultura despojaba a las personas corrientes de iniciativa, autonomía y personalidad.

Capítulo VIII

ISLAS AGRIDULCES

Cuando los conquistadores españoles descubrieron los imperios continentales, poblados de gentes y tesoros, perdieron interés por el Caribe. Permanecieron lo suficiente en las islas para arramblar con todo el oro que pudieron, bien de los ornamentos atesorados, bien de aluviones auríferos, y aniquilaron a la mayoría de los nativos en el proceso. Necesitaban alimentos, y la fécula que constituía el producto básico de consumo, la mandioca, les pareció malsana e incomestible[*]. Ni se les pasó por la cabeza la idea de cultivar grano: los indios eran necesarios para la extracción de minerales, y los españoles no habían ido tan lejos para dedicarse a la agricultura. De modo que importaron alimentos de Europa —carísimos— y trajeron ganado para apacentarlo en tierras donde antaño se cazaba y pescaba. En un primer momento, los conquistadores pasaban hambre; estaban «al borde de la hambruna», afirma Pierre Chaunu. Poco después se convertirían en los mayores comedores de carne de la historia[*].

Los españoles apostaron pequeñas guarniciones y crearon bases navales para proteger el tesoro encaminado desde el continente hasta Europa a través de las islas. Pero, al margen de unos pocos administradores que permanecieron en Cuba, Santo Domingo (La Española), Jamaica y Puerto Rico (las grandes Antillas), siguieron adelante con la colonización del continente, para vivir como señores e hidalgos de Castilla. En lo sucesivo se preocuparían poco por las posibilidades económicas de estos fragmentos de paraíso de abundantes lluvias y sol generoso. Por volver a citar a Chaunu: «La colonización española presupone a los indios». Tras la erradicación de los arawaks y la resistencia opuesta por los caribes, *que d'îles inutiles!*, ¡cuántas islas inútiles[1]!

Retrospectivamente, la pasión española por el oro fue un craso error. Las islas estaban a disposición de quien quisiera explotarlas, y su descuido por parte de España abrió la puerta a la llegada del resto de Europa. Colón lo había comprendido. Al no encontrar el oro que anhelaba, escribió a sus soberanos que esas islas estaban hechas para el azúcar. Al propio tiempo, trataba así de mantener vivo su interés y de justificar su viaje. Y tenía razón. Colón había conocido la caña de azúcar en Madeira y las islas Canarias. De hecho, no recomendaba más que proseguir la migración, y explotación, de una planta, migración que había comenzado siglos antes en el sur de Asia y había sido propiciada tanto por el agotamiento de la tierra como por la demanda de los consumidores.

El azúcar no sería trasladado de las islas africanas del Atlántico al Nuevo Mundo por los españoles, sino por los portugueses, que plantaron tempranamente caña de azúcar en Brasil, y los holandeses, que la vendieron, refinaron[2] y financiaron las cosechas

brasileñas. Los holandeses se apoderaron de la costa noreste (Pernambuco) durante el período (1630-1643) de unión luso-española, y aprendieron a identificar los terrenos propicios para esta planta: antes de ser expulsados de la zona, ya buscaban nuevas tierras para la caña de azúcar, dirigiéndose hacia el norte, al punto débil más cercano del frente enemigo, las pequeñas Antillas. En esa región conquistaron algunas islas (Aruba, San Martín, Curasao, Santa Lucía), «meras migajas de tierra». Se instalaron también en el continente sudamericano (Surinam), donde crearon algunas plantaciones en tierras vírgenes, que no dieron buenos resultados. Los holandeses demostraron más habilidad para el desplazamiento de la caña de azúcar y los esclavos que para el cultivo de aquella y la explotación de estos.

Mientras tanto, los ingleses ya les empezaban a pisar los talones, ocupando San Cristóbal (St. Kitts) en 1624, Nevis en 1628, así como otras islas pequeñas. El trofeo más temprano y valioso fue Barbados (1627): al estar prácticamente deshabitada podían hacer y deshacer a su antojo. A barlovento y muy oriental con respecto a las demás Antillas, raramente la visitaban los caribes o los españoles. Jamaica, mucho mayor que todas las demás, vino después (1655). Había sido cedida por la corona española a ocho familias de la nobleza, no dispuestas a compartirla con nadie e incapaces de desarrollarla; de modo que, cuando se hicieron con ella los ingleses, entre blancos y negros el número de habitantes no superaba los 3000[3]. En realidad, Jamaica era un infierno de mosquitos simúlidos, zancudos, cucarachas y mosquitos portadores de malaria aunque, en honor a la verdad, todo el Caribe estaba infestado de insectos, de tamaño tan descomunal que parecían increíbles o tan pequeños que pasaban desapercibidos. Hasta los más diminutos eran enloquecedoramente audibles y dolorosamente venenosos. La gente de buena cuna ponía las patas de mesas y camas en boles de agua para mantener a toda la fauna reptante en el suelo[4].

En un principio, los ingleses vieron en estas islas del Caribe asentamientos para sus colonias, como en la costa oriental de América del Norte. Acudieron numerosos colonos, atraídos por estas tierras baratas y fértiles, y cultivaron tabaco, añil y algodón. (El tabaco, de una mala calidad notoria, tenía las cotizaciones más bajas del mercado de Londres). Trajeron consigo a trabajadores ligados por contratos de servidumbre limitada, dispuestos a trabajar algunos años los campos ajenos, antes de poderlo hacer por cuenta propia. Hacia 1640, poco más de un decenio después de la primera ocupación, se dice que la población de Barbados tenía más de 30 000 habitantes, siendo equivalente a la de Massachusetts y Virginia juntos, con una densidad de 320 habitantes por km^2[5].

Tras ellos, sin embargo, llegaron los plantadores de caña, animados por el ejemplo holandés e incluso financiados en parte por los neerlandeses, y el azúcar acabó con todo lo demás. Ninguna cosecha comercial resultaba tan rentable. Aunque tampoco era tan cara ninguna otra cosecha comercial: precisaba grandes gastos de capital para los molinos de trituración, los tachos, depósitos y alambiques (para el ron), así como latifundios grandes, proporcionados a estas inversiones. Las principales partidas de gastos eran el ganado, que podía multiplicarse, y los esclavos, que no solían hacerlo. La población esclava del Caribe solo podía alimentarse merced a un flujo constante de importaciones.

El éxito de las plantaciones de azúcar supuso la ruina de las explotaciones pequeñas y medianas de tabaco y algodón. La concentración consiguiente de las propiedades agrarias

restó atractivo a los contratos de servidumbre limitada: ¿qué sentido tenía trabajar años y años si no podía contarse con una residencia solariega a la expiración del contrato? Además, el trabajo de la caña era extraordinariamente laborioso y duro, y demasiado a menudo los hacendados trataban a sus siervos como perros, azotándoles hasta hacerles derramar sangre. Muchos incumplieron sus obligaciones contractuales y se fugaron, para probar fortuna en otras islas o unirse a los bucaneros. Muchos «perecieron de hambre y penalidades en esta triste dispersión[6]».

Los franceses siguieron muy de cerca a los ingleses. Se centraron al principio en Guadalupe y Martinica (1635), que no habían atraído a los británicos por la belicosidad de los caribes, que tendían emboscadas y utilizaban flechas envenenadas. A diferencia de los aztecas, los caribes sí trataban de matar a sus adversarios. Los franceses pagaron cara su osadía, pero acabaron por hacerse con dos de las mayores islas de las pequeñas Antillas, con un suelo fértil y buenos puertos, que todavía hoy son francesas, con el estatuto de *départements d'outre-mer*. (En ocasiones estas pequeñas islas se compartían, como ocurre aún hoy con San Martín. «Apártate y hazme un sitio». Incluso enemigos acérrimos como los ingleses y franceses convivían a veces, uniendo sus fuerzas para hacer frente al azote común español).

Sin embargo, el gran trofeo francés, como lo fue Jamaica para los ingleses, fue el extremo occidental de La Española (Saint-Domingue para los franceses, hoy Haití). La mitad oriental permaneció bajo dominio español. La isla se presta a una división de este tipo, al estar separada por una elevada barrera montañosa. Con los años Saint-Domingue se había convertido en una de las guaridas predilectas de filibusteros y cimarrones (esclavos fugitivos). Su sola presencia constituía un mal ejemplo, y sus costumbres depredadoras —Chaunu los califica de «sindicato internacional del crimen, de origen francés»— había motivado varias expediciones punitivas españolas, que no atajaron el problema[7]. (Estas gentes sí sabían defenderse). Los franceses se aliaron a los camorristas y con su ayuda tomaron esta parte de la isla. Los españoles se mantuvieron a una distancia prudente.

Saint-Domingue fue la última gran isla azucarera en empezar a producir y, pese a ello, fue la más fértil y rentable. El azúcar generaba fortunas fabulosas, en Francia y en esta isla; permitía costearse una vida lujosa, preciosas haciendas, carruajes elegantes y sirvientes negros de ostentosa librea (aunque generalmente descalzos). (Los campesinos franceses también andaban descalzos). Estas plantaciones tuvieron tanto éxito que Adam Smith, que conocía las Indias británicas mejor que las francesas, lo tuvo por indicio de la superioridad de estos últimos: «la inteligencia de su gobierno —escribe— propicia lógicamente un mejor aprovechamiento de sus esclavos negros[8]». No podía estar más equivocado. En 1790, los esclavos de Saint-Domingue, animados por las doctrinas revolucionarias procedentes de Francia, se rebelaron y crearon la segunda nación del Nuevo Mundo. Los franceses trataron de volver y fracasaron en su empeño, derrotados más por la fuerza de las enfermedades que de las balas. Cuando se hubieron callado los fusiles y envainado las espadas, todos los blancos de Haití habían perecido, desde el anciano en el lecho hasta el bebé de cría. Solo se respetó la vida de un puñado de médicos.

Resultaba extremadamente laborioso cultivar caña de azúcar, segarla, triturarla y refinar el jugo: era un trabajo de equipo realizado bajo un cielo ardiente, un trabajo peligroso, día y

noche prensando, hirviendo y espumando sin cesar, no fuera a echarse a perder la cosecha. En los campos, el trabajo de los animales lo hacían hombres y mujeres. No había arados y muy pocas herramientas: todo se hacía a mano. La idea consistía en crear trabajo y tener ocupadas las manos, porque la ociosidad era la antesala de los conflictos. En el ingenio azucarero, los trabajadores ponían los tallos en rodillos. Al menor descuido, se dejaban atrapar un dedo, la mano, y pronto seguía el resto. El tacho era también un infierno a escala. Convenía remover cuidadosamente pues, a la menor salpicadura, el dolor era atroz. «Si el tachero pone en contacto parte de su cuerpo con el azúcar hirviendo, se le pega como cola o liga y es difícil salvar el miembro o la vida[9]».

Los hacendados querían contratar hombres blancos, pero los hombres blancos, es decir, libres, se negaban a realizar esta tarea, al menos a cambio de los salarios que el hacendado estaba en condiciones de pagar. Los españoles habrían forzado a los indios a realizar estas labores, pero en el Caribe no quedaban indios. En México y Perú, los nativos estaban vinculados a los encomenderos; no eran un artículo de alquiler en un mercado abierto. En la medida en que su trabajo era forzado, se les quería sobre todo en las minas. Pese a todo, se obligó a algunos indios a trabajar en las plantaciones azucareras de Veracruz. No dieron buen resultado. Sus amos los mataron de puro agotamiento, cuando no murieron enfermos.

La respuesta a la demanda de mano de obra, en las islas y en el continente, radicó en la importación de esclavos africanos por decenas de millares. Incluso Bartolomé de las Casas, el máximo exponente del humanismo eclesiástico, distinguía a este respecto entre indios y africanos. Quería fomentar la inmigración de blancos protegiendo al propio tiempo a los nativos, que estaban muriendo en gran número y con los cuales sentía una responsabilidad especial: quería salvar sus almas, pues las tenían. Al parecer, no estaba seguro de que los negros también la tuvieran. Cada colono, propuso, quedaría autorizado a traer a una docena de esclavos negros, con objeto de evitar sufrimientos a los indios[10]. Huelga precisar que una propuesta tan modesta pronto resultó totalmente improcedente. Aunque solo fuera porque los africanos también sucumbían a las enfermedades y a los malos tratos.

¿Cuántos africanos se importaron al Nuevo Mundo? Las estimaciones se han hinchado con los años, quizás por añadir más circunstancias agravantes a este crimen, pero no parece descaminado hablar de unos 10 millones a lo largo de tres siglos. Y se trata tan solo de los supervivientes de un tráfico mortífero. La pista que llevaba del punto de captura o venta en el interior hasta el puerto de embarque estaba jalonada por los huesos y argollas de quienes morían en camino: prácticamente la mitad, según ha calculado un estudioso destacado de este tema[11]. Y aquello no era más que el principio. En la costa, los cautivos se hacinaban en condiciones que habrían podido con la constitución más robusta. Luego, debido al largo tiempo que requerían los negreros para seleccionar un cargamento completo de cuerpos de aspecto sano, muchos de ellos eran mantenidos a bordo y morían antes de zarpar. El denominado «tránsito intermedio», una travesía transoceánica de seres humanos empaquetados entre inmundicias, esputos, vómitos y excrementos diarreicos, era letal. Pero los comerciantes no se decidían a dejar que su cargamento abandonara las bodegas fétidas y se asomara a cubierta: podían lanzarse al mar. Perder a uno de cada siete se consideraba normal; uno de cada tres o cuatro, excesivo pero excusable.

Cada día de travesía se cobraba sus vidas: no había barco negrero sin su escolta de tiburones. Así que los negreros preferían atracar y vender su mercancía en las islas

orientales (cuanto antes mejor) y cargaban una prima adicional en las grandes Antillas. Aquellas naves se anunciaban a millas de distancia, cuando el viento era favorable, por su pestilencia, que nunca les abandonaba, ni siquiera después de descargar a los esclavos ni de que el barco se dedicara a otros menesteres. Los supervivientes llegaban tan enfermos, débiles, aterrados y asqueados («melancolía obsesiva», se decía en la época) —los negros estaban convencidos de que los hombres blancos se los querían comer—, que muchos sucumbían poco después, durante el proceso de «sazonamiento».

Lo único que protegía a los esclavos era el interés comercial: los comerciantes no deseaban perder un cargamento valioso. La tripulación, cuya tasa de mortalidad era casi tan elevada como la de los esclavos, tenía motivos más que suficientes, aunque solo fueran de índole olfativa, para mantener el barco limpio y en buen estado. Hay testimonios de naves que efectuaron esta travesía sin registrar bajas, de modo que sí era posible. También se dice que algunos países cuidaban su carga mejor que otros. Los holandeses tenían fama de ser los mejores, gracias a sus naves especialmente construidas, con bodegas más amplias e incluso hongos de ventilación. Algunos negreros las llenaban a rebosar, a sabiendas de que así morían más pero suponiendo que con ello conseguirían entregar más esclavos. Otros cargaban menos cantidad, con la idea de que era más rentable comprar menos esclavos pero llegar a puerto con más. Pero no resultaba fácil tratarlos con un mínimo de consideración, aunque solo fuera porque la atmósfera de un barco negrero apestaba a miedo y odio.

Una vez en tierra firme, el esclavo era vendido y, tras un período de «sazonamiento», se le conducía al tajo. En el «sazonamiento», que consistía en un proceso de selección, se descartaban los débiles y se amansaba a los rebeldes. Los azotes resultaban eficaces con los delincuentes reincidentes, sacrificables como mano de obra y de valor ejemplarizante. Los fugitivos solían ser perseguidos y capturados por sus colegas, que de lo contrario tenían que compensar la pérdida de mano de obra con su propio trabajo y a quienes la colaboración resultaba beneficiosa. Como en muchos sistemas opresivos de este cariz, la esclavitud se sustentaba en parte en la cooperación de sus propias víctimas.

El trabajo en sí, penoso y extenuante, requería cierta eficacia (como cualquier trabajo coordinado de equipo), pero tendía a la monotonía y al embrutecimiento. No se trataba de educar la mente y la habilidad manual, sino de mantener apaciguadas y dóciles a aquellas criaturas. Cuando había que trabajar contrarreloj, como en la época de la siega, se azotaba a los esclavos en el tajo. El amo y los capataces creían que los negros eran bestias y prodigaban los bastonazos y los latigazos con tanta generosidad que no era extraño que los mataran o lisiaran. Por razones puramente materiales, las mujeres preñadas se libraban de golpes hasta después del alumbramiento; después, lo normal era que la mujer trabajara en el campo con su niño a cuestas. La ley establecía sanciones por la muerte de un esclavo, mayores por supuesto por el asesinato de un esclavo ajeno que de uno propio, pero, dado que la corrección siempre era legítima, a un amo despiadado no le resultaba excesivamente difícil escapar al castigo.

Podríamos seguir acumulando datos ilustrativos de esta ronda interminable de tormentos y humillaciones. Los amos compasivos constituían una excepción entre quienes veían en los esclavos un peligro para la sociedad y la prosperidad. Los amos bondadosos, además, no duraban eternamente: su muerte, la vuelta a la patria o un cambio de capataz podían hacer insoportable una situación más o menos tolerable. Las sociedades esclavistas

no podían permitirse la benevolencia y la indulgencia. En Barbados, los cuáqueros fueron sancionados con multas considerables por hacer entrar a los negros en sus iglesias, lo que suponía concederles implícitamente cierto grado de humanidad y les hacía aspirar injustificadamente a un día de descanso semanal. ¿Descanso? El descanso estaba hecho para quien no había de trabajar.

Los datos demográficos son explícitos. Los esclavos del Caribe morían más rápido de lo que se reproducían.

La importancia del cultivo del azúcar para el desarrollo de una economía atlántica (intercontinental) y la industrialización de Europa ha sido objeto de amplios debates. Al nivel más básico, algunos —el más brillante de los cuales es Eric Williams— han afirmado que los beneficios del comercio de esclavos y la explotación de su fuerza de trabajo regaron el jardín de un capitalismo incipiente o, por usar otra metáfora, «abonaron el conjunto del sistema productivo del país[12]». A un nivel más complejo, cabe citar el siguiente razonamiento, que debemos a Adam Smith: «El sistema atlántico, centrado en torno al comercio de esclavos, dio a Inglaterra ejemplos de división del trabajo y de transformación de las estructuras económicas y sociales[13]».

La tesis de Williams ha desencadenado críticas feroces y elogios apasionados, por razones certeras o erróneas. La reacción inicial fue mayoritariamente negativa, como cabía esperar; pero esta «oposición prácticamente monolítica se ha visto cuestionada en los últimos años por nuevas investigaciones, análisis e interpretaciones». Esta reacción refleja en parte «el fermento intelectual y moral generado por la revuelta contra el colonialismo, la aparición de las nuevas naciones y la cruzada de los derechos civiles, junto con el recuerdo amargo del comercio de esclavos y la esclavitud[14]». El objetivo implícito, también en Williams, es recordar a los británicos, complacientes y orgullosos de su imperio, su deuda pendiente con África. Si es cierto que Gran Bretaña hizo de sí misma la «primera nación industrial», no es menos cierto que lo hizo a costa de los lomos azotados de sus esclavos negros[15].

Los críticos de Eric Williams refutan sus premisas materialistas (marxistas): lo reduce todo, dicen, a motivos e intereses económicos[16]. No les falta razón; pero, a fin de cuentas, los colonos no pensaban más que en dinero. Más convincentes son las críticas empíricas contra Williams: los historiadores han tratado de evaluar las ganancias procedentes del comercio de esclavos y han llegado a la conclusión de que distaba de ser un negocio lucrativo. Algunos viajes sí resultaron enormemente provechosos; otros provocaron bancarrotas, que motivaron incluso el embargo de la nave. Un cálculo apunta que la tasa de rendimiento fue equiparable a la de otros sectores, siendo de un promedio inferior al 10 por 100. El riesgo de fluctuación era más elevado, pero eso constituía probablemente tanto un aliciente como un elemento disuasivo[17]. No todo el mundo concuerda. Un crítico considera esta cifra del 10 por 100 baja, porque el número contabilizado de esclavos transportados es demasiado reducido y se les resta más del 25 por 100 de su valor efectivo[18]. Sea como fuere, el conjunto de los beneficios no fue suficiente, si tenemos presente además el hecho de que en parte se reinvertían en el comercio y la industria, lo que modificó la pauta del desarrollo británico, como reconoce el propio crítico citado.

Pero el comercio de esclavos tan solo era una parte de un complejo más grande, que solía denominarse «comercio triangular» y se conoce hoy con el nombre de «sistema atlántico». La mano de obra esclava posibilitaba practicar el cultivo intensivo de azúcar y su refino. El azúcar (y sus productos derivados, como el ron y la melaza) generaba a su vez sus propios beneficios para los hacendados y los comerciantes que vendían el azúcar y financiaban las plantaciones, suministrando a los consumidores de té y café y demás adictos a la cafeína sus sustancias favoritas, con las que se hacían la ilusión de alimentarse[19]. Los hacendados, por su parte, compraban vituallas para sí mismos y para sus esclavos (al no querer sacrificar para el autoconsumo tierras en las que podía cultivarse caña). Estos alimentos procedían en parte de Europa, pero una proporción cada vez mayor provenía de las colonias de América del Norte. También compraban productos manufacturados: prendas de vestir baratas de algodón y sedas de alta costura; recipientes de cobre para los tachos y alambiques; hierro, clavos, escopetas, así como maquinaria y repuestos para los ingenios. Al mismo tiempo, los productores británicos cedían bienes comerciales para canjearlos en África por esclavos. Este proceso constituía un todo, cuyo eje principal era la esclavitud. Tuvo por efecto estimular tanto la agricultura como la industria, aumentar los salarios y las rentas en Gran Bretaña, fomentar la división del trabajo y alentar la invención de artilugios que permitieran realizar ahorros en el trabajo[20].

Desde este punto de vista holístico, no es necesario fundamentar la tesis (de la importancia de la esclavitud para la industrialización) en los beneficios (que distaron de ser tan fabulosos como se cree vulgarmente) y en los gastos de quienes compraban, vendían y usaban esclavos. Es cierto que gran parte de las ganancias recalaron en Gran Bretaña y que parte de ellas se inyectaron indirectamente en los procesos de producción. Pero no es menos cierto que su contribución al capital industrial fue escasa. Los hacendados que vivían fuera de sus heredades tendían a invertir todos sus recursos en tierras, posición social y en la vida campestre. (Sus ingresos también se resentían enormemente de la falta de producción y gestión propias). Los comerciantes fueron harina de otro costal; algunos de ellos sí invirtieron directamente en la industria, pero fueron minoría en su sector y aún más en el ámbito industrial.

Por otra parte, el aumento de las dimensiones del mercado fue crucial. (No nos referimos a los beneficios, sino al volumen). Los africanos y americanos querían productos hechos mediante técnicas repetitivas, que se prestaban a la mecanización. Tomemos el algodón, por ejemplo. El algodón británico, un sector incipiente a principios del siglo XVIII, fue protegido casualmente por la denominada técnica del calicó, desarrollada para contrarrestar la competencia de las mercancías indias, y, aunque todavía estuviera muy rezagado con respecto a la lana a mediados de siglo, cuando los inventores trataron por vez primera de mecanizar el hilado, era ya mucho más importante que antes y crecía rápidamente, en parte debido a la importancia de sus ventas a las plantaciones. De modo que, cuando la lana empezó a venderse mal, los inventores probaron con el algodón, y tuvieron éxito en el empeño.

No se ha resuelto la cuestión del papel *decisivo* del sistema atlántico a la hora de propiciar este cambio revolucionario o, por expresarlo en forma de hipótesis negativa, como está hoy en boga entre los historiadores de la economía, si la Revolución industrial

podría haberse producido en ausencia de este factor. La respuesta, en mi opinión, es rotundamente afirmativa. Los cambios capitales en la energía (el carbón y el motor de vapor) y la metalurgia (fabricación de hierro por fundición de coque) fueron en gran medida independientes del sistema atlántico, como ocurrió con los primeros intentos de mecanizar el hilado de la lana.

Pero, sin la esclavitud, la industria se habría desarrollado más lentamente, lo cual no constituye una afirmación excesivamente tajante. Lo mismo podría decirse de cualquier aumento de la demanda: cuanto mayor sea, mayor será su efecto revulsivo. La pregunta pertinente es ¿hasta qué punto se habría desarrollado más lentamente? Consideremos las exportaciones industriales como un componente de la demanda y las exportaciones atlánticas como un componente del conjunto del proceso. Desde un punto de vista estático, esto es, si se contempla el fenómeno como si se tratara de una serie de fotos fijas, el mercado de exportación era sustancialmente menor que el mercado nacional, y las ventas a América constituían una parte aún más reducida del mercado nacional, incluidos los mercados de exportación tradicionales de la Europa continental. Desde un punto de vista dinámico, sin embargo, si se contempla el proceso como una película en movimiento, se aprecia que las exportaciones crecían más rápido que la demanda nacional y las exportaciones atlánticas mucho más velozmente que las destinadas a los mercados europeos. «Resultaría excesivo afirmar que [la expansión del mercado debida a los beneficios derivados de las plantaciones] fuera necesaria o suficiente para la Revolución industrial, pero es asimismo difícil negar que influyera en su magnitud y en su coincidencia temporal… Si toda la emigración al hemisferio occidental hubiera sido voluntaria, si no hubiera sido forzosa en parte, la economía británica y sus colonias norteamericanas se habrían desarrollado con mayor lentitud[21]».

La pregunta que queda sin respuesta es, por lo tanto, ¿hasta qué punto se habría desarrollado más lentamente? Pero eso es casi lo único que queda por determinar.

(Naturalmente, este episodio no acabará aquí, porque otras posiciones ideológicas interfieren en este tipo de debate histórico. Los países del tercer mundo y sus simpatizantes quieren engrosar el pliego de cargos contra los países ricos e imperialistas, no solo para legitimar sus recriminaciones, sino también las compensaciones que exigen. A los países ricos e imperialistas, el honor y la autoestima les exigen negar los hechos. El debate acerca de los efectos de la esclavitud no se zanjará jamás, porque no es susceptible de confirmación objetiva y se utiliza espúreamente para legitimar otras tomas de partido).

LA PLANTACIÓN AZUCARERA EN LAS HACIENDAS[22]

Los españoles nunca desempeñaron un papel destacado en el comercio azucarero. Tenían métodos más rápidos de enriquecerse y, cuando se interesaron por el azúcar, vieron sobre todo en él el sustento material de una posición en la escala social y de un modo de vida particular. Nunca comprendieron, a diferencia de los colonos británicos, las ventajas de la especialización y la división del trabajo, de la integración de las plantaciones azucareras en forma de unidades de producción en un sistema económico más amplio.

La caña de azúcar llegó muy pronto a Nueva España. Ya en 1524, solo unos años después de la captura de Tenochtitlán y el derrocamiento de los aztecas, Hernán Cortés cultivaba esta planta y construía un ingenio cerca de Veracruz. (En aquella llanura sofocante a nivel del mar, el trigo y el maíz se daban mal, y los españoles comprendieron pronto las posibilidades de los cultivos semitropicales). Otros lo imitaron, y pronto los indios se pusieron a cultivar caña para venderla a los ingenios. En 1550, la corona española comprendió las posibilidades de este cultivo y ordenó al virrey de Nueva España la concesión de tierras a quienes quisieran dedicarse a explotar la caña y los ingenios. En 1600, había más de 40 ingenios en el país, que dan fe de la importancia de las inversiones industriales y agrícolas. Estos ingenios eran pequeñas unidades, o trapiches, que usaban energía animal e incluso humana (en los «trapichillos a mano»), o bien se trataba de ingenios más grandes, accionados mediante energía hidráulica, que representaron con mucho la mayor parte de la producción. Uno de los mayores ingenios, el de la Santísima Trinidad en Jalapa, tenía siete tachos y dos salas de depuración. Empleaba a más de doscientos esclavos africanos, tenía un valor de 700 000 pesos y facturaba 40 000 pesos de oro anuales netos.

Al principio, las haciendas azucareras trataron de emplear mano de obra india, y el hecho de que algunos indios cultivaran caña voluntariamente en sus tierras parece indicar que no les disgustaba este cultivo, sino todo lo contrario. Pero hay modos de cultivar y modos de cultivar, y el principio básico de la economía colonial consistía en obtener el máximo rendimiento posible, imponiendo largos turnos de trabajo y cadencias infernales, que ponían a la mano de obra al borde del agotamiento. Durante un tiempo, se usaron indiferentemente indios o negros para las labores agrícolas y los ingenios, pero los africanos, por su mayor resistencia, resultaron más productivos. Se decía en el mundo de los negocios que un negro equivalía a cuatro indios. Muchos de estos caían muertos en el tajo, tantos que la corona española promulgó decretos en 1596 y 1599 en los que se prohibía el uso de indios en los ingenios. Esto planteaba problemas en la estación de la siega, y los hacendados solicitaron exenciones en situaciones de emergencia a los mencionados decretos, con objeto de poner a trabajar a «indios de socorro». Pero, en noviembre de 1601, Felipe III prohibió el uso de indios en cualquier actividad relacionada con las plantaciones. A partir de ese momento, el azúcar mexicano fue una industria esclavista.

Las brutalidades perpetradas en estas plantaciones e ingenios solo pueden explicarse recordando que los negros se consideraban equivalentes a piezas de equipo inanimadas, utilizables y sustituibles en función de las necesidades, o como combustible para los hornos. El trabajo en la estación de la molienda duraba día y noche. Los capataces y sus subalternos imponían turnos de trabajo agotadores; los varones adultos bregaban veinte horas al día. La comida solía correr por cuenta de los amos, pero algunos no se sentían obligados a alimentar a sus hombres. Unos daban a los esclavos el domingo libre, para que pudieran cultivar sus parcelillas y hacer acopio de comida para la semana; otros se limitaban a dejar que se valieran por sí solos. Por lo general, los amos se preocupaban más por sus animales que por sus esclavos, dejándoles descansar cuando era preciso, presumiblemente no por amor a los animales, sino porque las bestias se negaban a seguir adelante en situaciones en las cuales un esclavo, dotado de inteligencia e imaginación para prever males mayores, seguía trabajando.

Huelga decir que estos malos tratos provocaban una oposición pasiva (suicidios, abortos e infanticidios) y activa (sabotaje, asesinatos, evasiones para dedicarse al bandolerismo). El suicidio adoptaba múltiples formas, pero una de las más comunes era alimentarse a base de inmundicias en lugar de comida. Los blancos creían que los sabotajes eran meros accidentes, pues consideraban a los negros demasiado lerdos para idear semejantes artimañas, lo cual no impedía que hicieran pagar por estos errores a los esclavos culpables, o a otros, con su carne y su sangre. ¿Cómo enseñar de otro modo a aquellas bestias a ser cuidadosas? Al propio tiempo, los fugitivos (cimarrones) eran tan feroces y crueles como les habían enseñado sus amos y como les invitaban a serlo las expectativas razonables de castigo que les aguardaban en caso de captura, para consternación de la población blanca ante estos enemigos de la industria.

Las mayores haciendas azucareras españolas fueron propiedades autosuficientes, de una manera que recuerda mucho a las casas solariegas medievales. Cultivaban alimentos, tenían rebaños, edificaban capillas para el cultivo de la devoción y la búsqueda de la salvación, en ocasiones tejían incluso las prendas de vestir propias y de sus esclavos. El amo y su familia llevaban una vida de lujo deslumbrante, como si quisieran aislarse del dolor y las miserias que les rodeaban con una cortina de seda y encaje. Compárese este modo de vida con la especialización obsesiva de las islas azucareras británicas, que dejaba tan poca tierra para la producción de alimentos que debían traerse del continente próximo o incluso de Europa. La producción de prendas de vestir era impensable para ellos. Y, en el siglo XVIII, lo que menos deseaba la mayoría de los colonos británicos era tener que pasar sus días en las plantaciones. Para eso estaban los apoderados y gerentes. Ellos vivían y disfrutaban de la vida en su país de origen. Una nueva división del trabajo, aunque en este caso ineficaz.

Los apoderados y gerentes se enriquecían, pero vivían menos tiempo.

Capítulo IX

EL IMPERIO EN EL ESTE

Portugal es un pequeño país de moderada fertilidad. En el siglo XV su población ascendía aproximadamente a un millón de almas y sus principales productos y exportaciones consistían en vino (oporto y, cada vez más, madeira: bebidas densas, embriagantes) y, en constante crecimiento, caña de azúcar. Si los portugueses de aquella época hubieran podido anticipar el ya clásico análisis de la ventaja comparativa de David Ricardo, habrían seguido esta senda razonable, ocupándose de sus propios asuntos e intercambiando sus productos naturales por los manufacturados de otros países. En lugar de ello, se salieron del camino trillado de la racionalidad y convirtieron a su país en una plataforma del imperio. La extensa red del poder portugués llegaría a abarcar tres cuartos del perímetro de la tierra, desde Brasil por el oeste hasta las islas de las Especias y Japón, en el lejano Oriente.

Este tipo de salto adelante, desafiando cualquier ley dictada por el sentido y la sensibilidad, no es desconocido en la historia. Veremos nuevas ilustraciones de este fenómeno más adelante. Sin lugar a dudas, son precisamente estas iniciativas las que revisten a la historia de incertidumbre, poniendo en tela de juicio todas las predicciones. Pero la expansión portuguesa resulta particularmente sorprendente, ya que este país no disponía ni de gentes ni de recursos suficientes. No tenía bastantes habitantes para poderse permitir enviar a grandes grupos demográficos al extranjero: no es de extrañar que una de las razones por las cuales mostró tanta impaciencia y se dio tanta prisa en importar esclavos de África fuera la necesidad de compensar la escasez de mano de obra local. Sus recursos materiales, y en concreto su capacidad de construir y armar naves transatlánticas, eran limitados. Pero, en la balanza, el fiel se inclinaba del lado de argumentos de más peso.

Las hazañas portuguesas ilustran su carácter emprendedor y firme, su fe y ardor religioso, su habilidad de poner en práctica y explotar conocimientos y técnicas punteros. No les animaba ningún patriotismo desplazado, sino, ante todo, el pragmatismo. Supieron atraer a los extranjeros por su dinero, su pericia y su trabajo; usaron a los esclavos como trabajadores y en ocasiones como luchadores; esposaron a mujeres de todas las razas y a más de una al mismo tiempo. Las mujeres portuguesas no tenían cabida en estas prolongadas travesías, aunque a veces llevaran consigo a algunas huérfanas, que no podían negarse. Al igual que los hombres, estas mujeres no soportaron bien aquellos climas perniciosos: el parto, por ejemplo, equivalía casi siempre a una sentencia de muerte para madre e hijo. El mestizaje daba mejores resultados: los hombres compraban y se solazaban con mujeres esclavas por docenas, como si quisieran engendrar una nueva nación de sus entrañas.

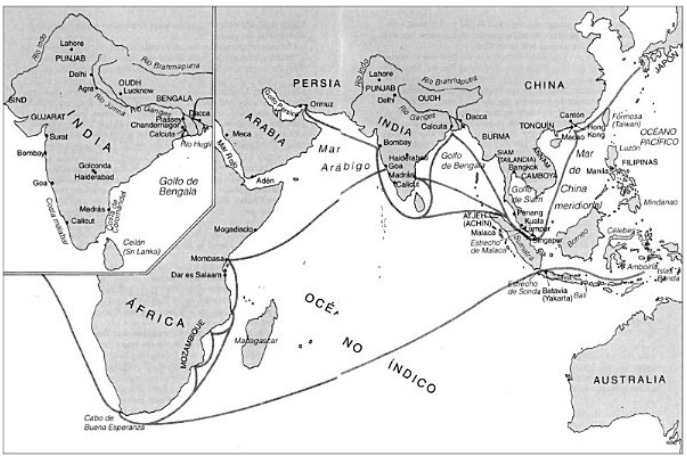
Emocionalmente, se volcaban en la devoción. Los portugueses siempre llevaban a bordo sacerdotes y frailes, para su propia seguridad y salvación (el poder de la plegaria y los sacramentos), para la propagación de la fe entre los infieles y los paganos y como alivio de sus propias conciencias. Estos clérigos legitimaban y santificaban la codicia.

El compromiso religioso tenía un grave inconveniente desde el punto de vista comercial: introducía un factor irreconciliable en lo que habría podido ser un encuentro más fluido y provechoso. Para los portugueses, los musulmanes eran infieles, enemigos de la fe verdadera. Cualquier brutalidad cometida con ellos estaba justificada. Las naves musulmanas se podían abordar en buena lid; los reinos moros se consideraban un azote de la fe. En su segundo viaje de 1502, Vasco de Gama coronó su victoria sobre una flota musulmana ante Calcuta cortando las orejas, narices y manos de unos ochocientos moros y enviándoselas al soberano local, con el consejo jocoso de que fabricara *curry* con ellas. Uno de sus capitanes, su tío materno Vicente Sodre (cuyo nombre merece recordarse *ad opprobrium*), azotó al principal mercader musulmán de Cannanore (en la costa malabar) hasta que este perdió el conocimiento, y luego le llenó la boca con excrementos y se la cubrió con un filete de carne de cerdo para asegurarse de que se comía aquella inmundicia[1].

Estas conductas provocaron la guerra con los numerosos países del litoral del océano Índico: el este de África, Arabia y Persia, buena parte de la India y casi todo el archipiélago indonesio. Como se expresa en un ensayo del siglo XVI sobre la *Excellency and Honorableness of a Military Life in India* [Excelencia y honor de la vida militar en India]: «Siendo como somos el azote jurado de todos los infieles, no debe causar extrañeza que nos paguen con la misma moneda… No podemos vivir en esas regiones sin armas en las manos, ni comerciar con los nativos si no es de la misma manera que ellos, siempre en guardia[2]».

¿Ha habido nunca recién llegados más hábiles en complicarse la vida?

Sea como fuere, la estrategia política portuguesa difería por necesidad de las conquistas oportunistas españolas. En primer lugar, porque los nativos eran mucho más numerosos, y su familiaridad con el metal y la guerra les convertía en adversarios temibles. En segundo lugar, no eran vulnerables a las enfermedades portadas por los portugueses. Sucedía todo lo contrario: eran estos quienes tenían sobradas razones para temer contagiarse con las enfermedades y los parásitos locales. Ello les obligó a moderar sus anhelos, para no malgastar fuerzas. Buscaron lugares escogidos desde los cuales efectuar importaciones estratégicas, puntos clave que controlaban pasos clave: Malindi y Mombasa en la costa africana (puntos de partida de las expediciones a la India), Ormuz en la apertura del golfo Pérsico, Malaca (entre Sumatra y Malasia, en el estrecho que conecta el océano Índico y el golfo de Ceilán con el mar de China meridional y las islas de las Especias), Macao, junto a la desembocadura del río Perla (la puerta de entrada al sureste de China). Trataron de apoderarse de Adén (el acceso al mar Rojo), pero nunca lo lograrían. Su base más importante fue Goa, perla de la costa malabar, almacén de pimienta, puerto de entrada de los caballos árabes en el sur de la India (el clima impedía la cría de caballos en estas latitudes), protegida por el mar y, en el interior, por un canal infestado de cocodrilos.



RUTAS COMERCIALES EN LOS MARES ORIENTALES

Este comercio regional (nacional) floreció mucho antes de la llegada de los europeos en el siglo XVI.

Con el tiempo, los soberanos de estas regiones aprendieron a convivir y hacer negocios con estos enclaves portugueses, como habían hecho con otros forasteros desde tiempos inmemoriales. Cuando atacaban a los europeos, sus propios enemigos se aliaban con frecuencia a los forasteros. Los portugueses jugaron con este equilibrio de poderes a la perfección, y ello les sacó de más de un brete.

Pero adversarios más temibles se habían puesto en camino. La entrada en escena de británicos y holandeses modificó radicalmente el panorama. En 1605, los holandeses tomaron Amboina y expulsaron a los portugueses de otras bases de las Molucas (islas de las Especias). En 1622, los portugueses cedieron Ormuz a los persas, quienes contaron con la valiosa ayuda de los navíos y artilleros británicos. En 1638, los holandeses se apoderaban de El Mina, el primer fortín portugués en la costa de Guinea, símbolo de sus viajes pioneros y mercado de oro y esclavos africanos. En 1641 le llegó el turno a Malaca, que cayó también en manos holandesas; en 1665-1667, fue el de Macasar. Los holandeses se limitaron a expulsar a los portugueses de las islas de las Especias, el objetivo original de la operación. La hora de Portugal había sonado, pero el orgullo se hincha ante los reveses, y se aferraron a cuanto pudieron. Así, conservaron Goa hasta 1961 (mucho después de que hubiera perdido su prosperidad y notoriedad económica), fecha en que un gobierno indio infinitamente más poderoso entró desfilando en la ciudad y la tomó, sin que mediaran provocación ni pretexto alguno. Ningún país independiente digno de tal nombre puede vivir con semejante absceso colonialista en el flanco.

El principal objetivo comercial de Portugal en el este era la obtención de pimienta y otras especias y su transporte directo a Europa, evitando a los intermediarios que entorpecían el tráfico tradicional a través de Asia hasta el Mediterráneo[*]. Llevaban a cabo este cometido comprando las mercancías o apoderándose de ellas, compensando con la fuerza los obstáculos con que sembraban su camino los mercaderes musulmanes. En las primeras décadas, esta política les granjeó una importante cuota de mercado. En el momento álgido, aproximadamente el 40 por 100 de la pimienta importada a Europa rodeaba el cabo de Buena Esperanza, ante la indignación de los venecianos. Pero, con el tiempo, las viejas rutas comerciales fueron recobrando su antigua importancia. La cuota

directa portuguesa volvió a caer hasta aproximadamente el 20 por 100, un porcentaje considerable, pero que ya no era el mayor. En 1570, la corona portuguesa perdió el monopolio del comercio entre Lisboa y el este (Goa). El rey dejó de dedicarse al comercio y empezó a vender concesiones, a menudo a mercaderes extranjeros. En 1586, la casa comercial alemana Welser arrendó los derechos exclusivos de la compra de pimienta en las Indias. Esta cesión marcó el punto de inflexión de este comercio y el inicio de una tendencia descendente. Los portugueses iban de farol: ya no tenían ningún as en la mano[3].

(Las cifras sobre las cuotas de mercado son harto aproximativas. No disponemos de datos globales[4]. Pero sí se sabe que Venecia, merced al enlace terrestre con el Mediterráneo oriental, recuperó su liderazgo como emporio europeo de la pimienta a finales del siglo XVI. Cuando llegaron las nuevas de los primeros viajes holandeses coronados por el éxito a las Indias orientales [Comelis Houtman, 1595], Venecia, al igual que Portugal, comprendieron que se hallaban ante el «desmoronamiento» inminente del comercio antiguo[5]. En 1625, las aduanas venecianas clasificaban las especias como «productos occidentales»: ahora procedían del Atlántico, más que de Oriente próximo).

Para compensar la caída del comercio de especias, los portugueses empezaron a practicar intercambios entre varios puntos de Asia, un comercio que ya había florecido antes de la llegada de los europeos: los mercaderes de Gujarat, Java y China cambiaban pimienta y especias por tejidos chinos e indios y porcelana china; los árabes enviaban por tierra y mar esclavos de África a todo el mundo musulmán; naves de todas las procedencias transportaban teca, sándalo y otras maderas refinadas; marfil y cuernos de rinoceronte, reputados como afrodisíacos; así como animales exóticos y no tan exóticos, como monos, tigres y, sobre todo, caballos y elefantes, para su uso en guerras y ceremonias, y todo el mundo saldaba sus deudas con metales preciosos (plata del Nuevo Mundo a la India y China, oro del África oriental a Japón). Este comercio asiático fue en buena medida espontáneo e improvisado, una suerte de movimiento browniano[*]. Se iba siguiendo el trayecto de los cargamentos, saltando de puerto en puerto. Así operarían los que más adelante se conocerían con el nombre de cargueros de servicios irregulares, aunque de momento no eran más que naves guiadas por vagabundos[6].

Este fenómeno corrió parejo con una sustitución del comercio por lo que un economista llamaría actividades centradas en la obtención de rentas. En particular, los portugueses trataron de usar su poder para medrar a expensas del comercio ajeno. Se convirtieron en la aristocracia de la piratería del océano Índico. Todos los navíos mercantes debían adquirir una licencia comercial portuguesa: quienes no lo hacían se exponían al embargo. Esta decisión de optar por la extorsión y el comercio local generó ahorros sustanciales: muchos menos barcos europeos se aventuraban ahora por las rutas asiáticas. A falta de aquellos barcos, los portugueses utilizaron naves construidas por los indios. Abundaba la madera dura y los carpinteros indios aprendieron pronto a construir de acuerdo con las especificaciones europeas, conformándose con salarios mucho más bajos. Las tripulaciones se compusieron cada vez más de nativos. En ocasiones, con la excepción de quince o veinte soldados, artilleros y oficiales europeos (o eurasiáticos), toda la tripulación del barco estaba formada por esclavos asiáticos o africanos. Dadas las dimensiones del océano Índico, podría pensarse que habría sido preciso patrullar constantemente las aguas para garantizar el paso por los controles portugueses. Pero tenían en su activo la topografía: la

angostura de las rutas comerciales y los estrechos facilitaba la vigilancia. Además, no era preciso ser ubicuo: unos pocos abordajes y capturas ejemplares resultaban más que elocuentes.

El problema fue que el número de jugadores no estuviera limitado. Los recién llegados europeos luchaban con más ahínco y navegaban mejor. Los relatos de los primeros viajes holandeses e ingleses a la zona (a principios del siglo XVII) rebosan de descripciones de acechos, de celadas y perfidias, ataques y capturas. Los bribones de un bando eran los héroes del otro. En su segundo viaje a las Indias (1601), James Lancaster, un capitán inglés arrojado y hábil, no obtuvo suficientes beneficios comerciales. Pero lo resolvió pronto. Cuando volvió a Inglaterra dos años después, con las naves abarrotadas de botines robados, el rey James le nombró caballero en pago de sus esfuerzos. La superficie de las aguas del océano Índico era un fiel reflejo de su fondo submarino, atestado de depredadores que se alimentan unos de otros. Aquellas prácticas constituían una especie de piratería legal, justificada por holandeses e ingleses por su estado de guerra con España, guerra que se hizo extensiva a Portugal cuando los reinos ibéricos quedaron unidos en 1580 a una misma corona. Tan fructífero era este juego que, incluso cuando los dos reinos ibéricos se separaron en 1640, los holandeses e ingleses se mostraron reacios a declarar la paz. En efecto, ¿qué mejor que

El viejo precepto, el plan sencillo,
De que tomen quienes tengan el poder
Y lo conserven quienes puedan[7]*?*

Las potencias de las Indias participaron en esta guerra entre europeos en calidad de observadores, manteniéndose rigurosamente al margen. Optaron por hacerse con su parte de monopolio comercial o por utilizar a los extranjeros como aliados en sus guerras particulares. Más aún; a los asiáticos no les impresionaban el poder marítimo ni las proezas navales: «Las guerras en el mar —afirmó Bahadur Shah, soberano de Gujarat y vecino de los portugueses— son asuntos de mercaderes que no afectan al prestigio de los reyes». Actitud no muy distante de la china. Un nuevo y craso error.

En el ínterin, el poder portugués florecía: un historiador habla de «la superestructura consustancialmente resplandeciente de su imperio marítimo[8]». Y, podría haber añadido, de su frágil infraestructura. Pronto no quedarían más que recuerdos grandiosos, entronizados en la poesía de Luis de Camoens (*Os Lusíadas*), que cantó las sendas invisibles a través de «océanos jamás hollados[9]». Orgullo, vano orgullo. Como el gobernador británico de Bombay apuntó en 1737: «La corona de Portugal ha conservado largo tiempo la posesión de sus territorios en la India a costa de unos costes anuales nada desdeñables, al parecer por prurito de honor y religión[10]».

LA ESPECIA DE LA VIDA

La gente de nuestro tiempo quizás se pregunte por qué la pimienta y otros condimentos eran tan valiosos para los europeos de antaño. El motivo reside en la conservación de los alimentos en un mundo en que los víveres escaseaban. El suministro de alimentos en forma de cereales apenas bastaba, hasta el punto de que había que racionar el forraje a los

animales cuando el invierno se prolongaba, con la lógica excepción de los de cría, los animales de tiro y los caballos. Lo que explica la tradición de que la matanza se realice en otoño. Para conservar esa carne de un año a otro, hiciera frío o calor, en un mundo que carecía de refrigeración artificial, se ahumaba, curaba, condimentaba o preservaba de otro modo. Al cocinarla, se sazonaba generosamente la carne, con objeto de disimular el sabor y el olor a rancio. Lo que también explica la paradoja de que la cocina de los países cálidos sea más «caliente» (picante) que la de países más fríos: hay más que esconder.

Los condimentos arrojaban otro dividendo. En aquella época se ignoraba, pero las especias más fuertes contribuían a aniquilar o debilitar a las bacterias y virus que se criaban en la descomposición. El tabasco y otras salsas, por ejemplo, hacen más seguras para el consumo humano las ostras contaminadas: al menos, matan a los microorganismos en los tubos de ensayo. De modo que las especias no eran un mero lujo en la Europa medieval, sino también una necesidad, como atestigua su valor comercial.

Os cafres da Europa[11]

Para comprender la ascensión y caída de los imperios, deben estudiarse tanto las fuerzas y la situación del país en cuestión como el estado en que se encuentra su entorno. Cuando los portugueses conquistaron el Atlántico Sur, estaban a la cabeza de las técnicas de navegación. Su disposición a aprender de los sabios extranjeros, muchos de ellos judíos, les había reportado conocimientos que se tradujeron directamente en aplicaciones y, cuando, en 1492, los españoles forzaron a los judíos a convertirse o emigrar, muchos se refugiaron en Portugal, cuyo antisemitismo estaba por aquel entonces más mitigado. Pero en 1497, las presiones de la iglesia romana y de España obligaron a Portugal a renunciar a su tolerancia. Se bautizó de fuerza, de una manera espuria pero con valor de sacramento, a unos setenta mil judíos. En 1506 se registró el primer pogromo en Lisboa, que arrojó un balance de dos mil judíos «conversos» muertos. (España haría lo propio durante doscientos años). A partir de ese momento, la vida intelectual y científica de Portugal se enfangó en un cenagal de beatería, fanatismo y limpieza de sangre[*].

La decadencia fue paulatina. La Inquisición portuguesa no se fundó más que en el decenio de 1540 y quemó el primer hereje en 1543; pero no se volvió tristemente implacable hasta la década de 1580, tras la unión de las coronas portuguesa y española en la persona de Felipe II. A los criptojudaizantes, incluidos Abraham Zacut y otros astrónomos, la vida en Portugal empezó a resultarles tan peligrosa que huyeron en desbandada. Se llevaron consigo el dinero, la pericia comercial, las relaciones, la sabiduría y —aún peor— sus inconmensurables dotes para la curiosidad y el inconformismo, esas dotes que constituyen el fermento del pensamiento.

Una pérdida irreparable, pero, en casos de intolerancia, los perjuicios más graves para el perseguidor son aquellos que se autoinflige. Es este propio proceso de autoempequeñecimiento el que prolonga las persecuciones, el que lo convierte, no ya en el acontecimiento del momento ni de un reinado, sino en el de vidas y siglos enteros. En 1513, Portugal buscaba astrónomos; en la década de 1520, había perdido el liderazgo científico. El país trató de dotarse de una nueva tradición astronómica y matemática cristiana, pero

fracasó en el empeño por varias razones, entre las cuales la menor no fue que los buenos astrónomos fueran sospechosos de judaísmo[12]. (Recuérdese la actitud de recelo ante los médicos en la España de la Inquisición).

Al igual que sus vecinos, los portugueses hicieron cuanto estuvo en su mano para cerrarse a las influencias extranjeras y heréticas. La educación estaba bajo control de la iglesia, que mantenía un plan de estudios centrado en la gramática, la retórica y la doctrina escolástica. Lo más destacado del programa eran el exhibicionismo y las cuestiones bizantinas (por ejemplo, unas 247 reglas rimadas sobre la sintaxis de los nombres latinos). La única ciencia que se impartía a nivel superior estaba en la única facultad de medicina de Coimbra. Incluso en ese reducto, pocos profesores estaban dispuestos a abandonar a Galeno en beneficio de Harvey, o a enseñar las aún más peligrosas ideas de Copérnico, Galileo[*] y Newton, todos ellos proscritos por los jesuitas desde 1746[13].

Los estudiantes portugueses dejaron de ir a prepararse al extranjero y la importación de libros era minuciosamente supervisada por inspectores que el Santo Oficio enviaba a las naves cuando atracaban y a las librerías y bibliotecas. El primer índice de libros prohibidos se elaboró en 1547; sus adiciones posteriores culminaron en la inmensa relación de 1624, infalible para la salvación de las almas portuguesas.

En el interior del reino y en ultramar, la censura imponía una lectura triple, concedía los imprimátur con cuentagotas y castigaba cualquier atisbo de originalidad. Las únicas imprentas autorizadas (en Goa las había; en Brasil, ninguna) estaban en manos de clérigos, generalmente de jesuitas, que reducían sus publicaciones a diccionarios y temas religiosos.* Hasta los textos más inocuos debían enviarse de Brasil y Angola a Portugal, para pasar por una censura previa.

No es de extrañar el agostamiento de la vida de la ciencia y la especulación. Una élite privilegiada fue eximida con el paso del tiempo de los controles, como ocurrió con los miembros de la Academia Real de Historia (fundada en 1720), procedentes de la nobleza y la iglesia, todos ellos aficionados, a quienes se autorizó la importación de libros prohibidos, pero que encontraron más cómodo escribir panegíricos lisonjeros a la familia real.

Como es obvio, un país que desempeñaba un papel en el concierto de Europa y en la carrera imperial no podía quedar aislado. Los agentes y diplomáticos portugueses destacados en el extranjero volvían con el mensaje de que el resto del mundo seguía rotando mientras Portugal permanecía inmóvil. Estos *estrangeirados* —su apodo peyorativo— infundían serias sospechas, se consideraban corruptos. Del orgullo portugués no podía esperarse más que fueran destituidos. Una lástima, porque vieron lo que pocos de sus compatriotas podían o querían ver: que el ideal de una unidad cristiana era absurdo; que el Santo Oficio de la Inquisición era un desastre para la nación; que la iglesia estaba engullendo la riqueza del país; que la incapacidad del gobierno para potenciar la agricultura y la industria habían reducido a Portugal al papel de «la mejor y más rentable colonia de Inglaterra[14]». (La escuela clásica británica de economía lo expresaría de otro modo. Portugal fue el ejemplo predilecto de Ricardo para ilustrar los beneficios derivados del comercio y la búsqueda de la ventaja comparativa).

Las carencias intelectuales portuguesas se convirtieron pronto en un lugar común. Así, Diego do Couto, menciona en 1603 «la mezquindad y falta de curiosidad de esta nuestra nación portuguesa»; Francis Parry, emisario británico enviado a Lisboa en 1670, observa

que «la gente se muestra tan poco curiosa que nadie sabe más de lo estrictamente necesario» y, en el siglo XVIII, la viajera inglesa Mary Brearley advierte que «el grueso de la población se muestra contraria a la libertad de pensamiento y, salvo contadas excepciones, siente demasiada aversión por la actividad intelectual para poner en tela de juicio lo que les han enseñado[15]».

Mediante este ostracismo autoimpuesto, los portugueses perdieron competencia incluso en las esferas que antes habían dominado. «De ser los líderes, estar en la punta de la teoría y práctica de la navegación, pasaron a quedar relegados al vagón de cola[16]». A finales del siglo XVI, muchos de los pilotos que se dedicaban a la *carreira da India* (comercio indiano) eran extranjeros. Habían quedado atrás los días en que las cartas de navegación eran ultrasecretas puesto que, ahora, las holandeses eran mejores. Y, cuando el principal asesor del rey Juan (Joáo) V (que reinó de 1706 a 1750) le persuadió de que reinstaurara la enseñanza de las matemáticas, la ingeniería militar y la astronomía, los instrumentos precisos vinieron del extranjero.

En 1600, y más aún en 1700, Portugal era un país atrasado, debilitado. Los científicos, matemáticos y físicos criptojudaizantes de antaño habían huido: ningún inconformista llenó el vacío que dejaban. En 1736, el fraile dominico Luis da Cunha deplora la ausencia de una comunidad reformista (calvinista) en Portugal. Observa que el reto que suponen los hugonotes ha impedido a la clerecía católica francesa caer al «sórdido» nivel de sus hermanos portugueses[17]. Palabras audaces, certeras: por grandes que puedan ser las ganancias comerciales, son insignificantes en comparación con las que puede reportar el comercio de las ideas.

Capítulo X

POR AMOR AL LUCRO

… Vayamos, gentes de Ámsterdam…
Adonde el botín quiera llevamos, a todos los mares y playas,
Por amor al lucro del ancho mundo los puertos exploremos.

JOOST VON DEN VONDEL[1]

Comparado con la media, Holanda es un país pequeño, más incluso que Portugal, apenas lo bastante grande como para aspirar a un gran imperio. En 1500, los holandeses eran aproximadamente un millón; 150 años después, el doble. Pequeño pero poderoso: en el siglo XVII, la mitad de la población era urbana, el mayor porcentaje de Europa. Y activo: un observador apunta en 1627 que las carreteras y los canales holandeses están atestados, que «no hay tantos carruajes (¡y Dios sabe cuántos hay!) en Roma como carros aquí, repletos de pasajeros, mientras los canales, que cruzan el país en todas las direcciones, están cubiertos de un sinnúmero de barcas[2]». Aún más impresionantes eran los puertos, grandes o pequeños, verdaderas colmenas navales. En la década de 1560, tan solo la provincia de Holanda poseía unas mil ochocientas naves marítimas, es decir, una flota seis veces mayor que la de Venecia en la cima de su prosperidad, un siglo antes. Aproximadamente quinientas de dichas naves atracaban en Ámsterdam, pero de hecho todo el litoral semejaba un acerico de mástiles: solo para la compraventa de arenques podían verse, en pequeños puertos que el tiempo ha relegado al olvido, como Hoom, Enkhuizen o Medemblik, más de quinientos botes[3].

Una vez más, un pequeño país se estaba superando a sí mismo, y esta hazaña era trasunto al propio tiempo de sus capacidades intrínsecas y del carácter altamente competitivo de la construcción de la nación europea. Por encima de todo, el triunfo holandés premiaba una actitud ante el trabajo y el comercio que ilustra a la perfección la fábula de la liebre y la tortuga. Los saqueos y botines eran buenos y provechosos pero, a largo plazo (y pensar a largo plazo es capital), lo importante son los pequeños beneficios, que comportan poco riesgo, se van sumando unos a otros y no defraudan[4].

Hasta hace poco llamábamos Holanda a lo que hoy denominamos con mayor propiedad Países Bajos o, en aquella época, Provincias Unidas de los Países Bajos. Era una confederación, la mitad septentrional de una serie de ciudades, condados y ducados, que un día fue la civilización más vital y precozmente urbana del norte de Europa, para convertirse en un peón sometido a los caprichos de regateos feudales (en los que servía de compensación) y a los azares matrimoniales. A principios del siglo XVII, Carlos V, sacro emperador romano, subió también al trono de España merced al matrimonio de su padre

Felipe con Juana, hija de Fernando e Isabel. Carlos trajo consigo, en su maleta de títulos y soberanías, el ducado de Borgoña (fruto de otra alianza afortunada). Borgoña, por su parte, ejercía su dominio sobre los Países Bajos. De esta manera tan indirecta, una de las zonas más ricas y más cosmopolitas de Europa —cuna de la industria, el comercio y las ideas, mucho tiempo ajena a las servidumbres feudales y acostumbrada a la diversidad económica, intelectual y espiritual— se vio atada con rienda corta a los Habsburgo españoles. Sería una fuente de conflictos irreconciliables: el soberano de España, obligado por el pasado de su país, no podría tolerar jamás abiertamente el credo protestante en sus reinos[5].

Por una ironía de la historia, holandeses y españoles se enfrentaron. Los Países Bajos (del norte y del sur) tenían mejores cosas que hacer. Aquellos valientes burgueses, marinos, pescadores y campesinos se habían convertido en la clase media de Europa del Norte. Importaban y reexportaban los productos básicos del mar del Norte, Escandinavia y Europa oriental: grano, madera, pescado, sebo, brea y pieles. Manufacturaban lana y tejidos de mezcla, y eran los adalides del crédito comercial y las finanzas internacionales. Amberes, el gran puerto en la desembocadura del Escalda, presidía el nuevo comercio marítimo. Servía de enlace entre un enorme territorio continental europeo y el Atlántico y allende los mares, postergando a antiguos centros como Venecia o Génova, y convirtiéndose en el destino final de los cargamentos procedentes de los nuevos mundos ultramarinos. Podían recalar primero en Lisboa o Sevilla, pero terminaban su periplo en los Países Bajos, donde eran absorbidos, procesados y redistribuidos a lo largo y ancho del mundo.

Por otra parte, España hacía su aparición estelar en la escena mundial. La fabulosa afluencia de tesoros coloniales dio a la corona española una preponderancia sin parangón. España era ahora el mayor imperio de Europa, y nada podía interponerse entre ella y sus exigencias y ambiciones. De modo que, cuando aquellos engorrosos habitantes de los Países Bajos, vestidos con lana, cometieron la osadía de llevar la contraria a los exquisitos representantes de España, fueron despachados como un atajo de andrajosos. España no escatimaría dinero ni hombres para enseñarles quién era el jefe.

Era el suyo un mundo hecho de prosperidad y armas de fuego. Pero, en el terreno de la fe, dos sucesos agudizaron el conflicto y sellaron el destino de esa región. En primer lugar, el fanatismo y la intolerancia triunfaron en España, propiciando en 1492 la expulsión de los judíos (y más adelante, de idéntico modo, de los musulmanes). Muchos de ellos se refugiaron en los Países Bajos, reputados por su tolerancia, en busca de un poco de paz y dignidad.

El segundo acontecimiento de orden religioso fue la aparición del cristianismo protestante, como sistema de fe y credo organizados. La disidencia y la herejía eran fenómenos antiquísimos pero, en 1517, cuando Martín Lutero clavó sus «Noventa y cinco tesis» en la puerta de la iglesia de Wittenberg, dio el toque de llamada a la revuelta. El cristianismo estaba llamado a disgregarse. En las décadas posteriores, los protestantes tradujeron la Biblia a lenguas vernáculas en varios países (los lolardos, en Inglaterra, fueron los pioneros). La gente pudo leer y empezar a pensar por sí misma, y los laicos se unieron a los clérigos en su rebelión. Entre las áreas que se beneficiaron astutamente de las nuevas dispensas cabe citar a los Países Bajos, en particular las provincias septentrionales,

donde los disidentes habían gozado mucho tiempo de tolerancia en asuntos que atañen a la conciencia personal.

De modo que, cuando los administradores y clérigos españoles viajaron al norte, se encontraron con una variedad espiritual y una anarquía que ya habían sido erradicadas hacía tiempo de España. Intolerable. Su respuesta fue castigar y eliminar, desafiando la cólera local y todos los buenos consejos que se les prodigaron en contra de tal iniciativa. La virtud es la virtud, ¡qué caray!, y no hay que sacrificar Dios a Mammón (excepto, claro está, en las colonias). De modo que los españoles llevaron espías y empezaron a pensar en términos policiales y guerreros, introdujeron el Santo Oficio de la Inquisición en un país que nunca lo había conocido (1522-1523) y decretaron varias ejecuciones ejemplarizantes que enfurecieron a la muchedumbre y pusieron en pie de guerra a la resistencia.

La inevitable revuelta fue acaudillada por los calvinistas de las provincias del norte, los llamados «mendigos del mar»; las provincias del sur, mayoritariamente católicas, dieron muestras de mayor sumisión. Sin embargo, también en ellas la ley marcial y una vigilancia asfixiante vulneraron un mercado libre y abierto. En 1576, las provincias del sur se aliaron a sus hermanas protestantes del norte para declarar la guerra a los intrusos. Por su parte, los intrusos tomaron varias ciudades —entre ellas Amberes y Gante— y las metieron a saco según el método al uso en el arte bélica del siglo XVI. En cuestión de años, los españoles acabaron con la prosperidad de Amberes y provocaron un nuevo éxodo. Comerciantes, tejedores (los que llevaron a Inglaterra los valiosos secretos de las «nuevas tapicerías»), judíos, calvinistas: todos huyeron. También se fueron los católicos, cuando comprendieron que los creyentes tampoco tenían perspectivas comerciales en un mundo de caballeros arrogantes y frailes mojigatos.

Los condados del sur fueron derrotados; los del norte no cejaron en su empeño y, en 1609, se alzaron finalmente con la independencia. Los calvinistas no eran todavía mayoría, pero los líderes de la rebelión habían sido protestantes. En un principio, los españoles les bajaron los humos a aquellos rebeldes insolentes con unas cuantas tajadas con el filo de la espada y una exhibición de sus cañones. Pero por entonces los holandeses estaban hechos de hierro. Se plegaron sin llegar a quebrarse y aprendieron las artes de la guerra. Y, al igual que los burgueses flamencos de Courtrai y los campesinos suizos de Morgarten, Sempach, Murat, Domach y demás batallas; como los ballesteros ingleses en Agincourt y los campesinos japoneses al enfrentarse al samurái de Satsuma, enseñaron a los orgullosos herederos de la tradición marcial que la gente menuda también sabe guerrear.

Ámsterdam, cauta y colaboracionista, se protegió las espaldas. Hasta que la guerra no hubo terminado no se puso abiertamente del lado de la independencia. Pese a su prudencia, no obstante, o tal vez gracias a ella, se convirtió inmediatamente en la capital de la confederación, el centro comercial. Compensaba su ausencia de valores con su sentido común. A veces la falta de principios puede ser rentable.

Lo mismo ocurrió con la aventura colonial. Los holandeses hubieran preferido dejar que portugueses y españoles se cubrieran de sangre y gloria, mientras ellos hacían las veces de intermediarios, agentes, procesadores, distribuidores y otros oficios afines. Pero cuando España se anexionó virtualmente Portugal y vetó la entrada de navíos holandeses en los puertos de Sevilla y Lisboa en 1585, obligó a aquellos sobrios habitantes de las llanuras a convertirse en marinos y guerreros en aguas ajenas.

Los holandeses aprendieron espiando. Las figuras clave son Cornelis de Houtman, marino y capitán, y Jan Huyghen van Linschoten, clérigo, viajero y geógrafo. Ambos pasaron varios años al servicio de los portugueses, que ya precisaban de toda la ayuda que se les pudiera brindar y que no comprendieron que los holandeses eran un riesgo para su seguridad. Cuando nuestros expatriados volvieron a su país, llevaban consigo información preciosa acerca de las tierras y los mares de Oriente: sus costas, rocas y arrecifes; sus islas y puertos; las rutas, vientos y corrientes; las tempestades y las calmas propias de cada estación; las latitudes y la orientación magnética mediante la brújula; el vuelo de qué aves avisa de la cercanía de la tierra; los aliados y enemigos de los portugueses, sus puntos fuertes y débiles.

Entonces, y solo entonces, los holandeses se hicieron a la mar. Media docena de naves partieron y volvieron, algunas vacías, otras llenas. Se había probado lo esencial: era posible hacerlo. Se constituyeron media docena de empresas, y luego cuatro más, todas ellas determinadas a hacerse con las especias y los tesoros de las Indias. Eso no bastaría, por supuesto. Estaban convencidos de las ventajas de la fusión. Como la divisa de su Confederación: en la unión está la fuerza. Así nació en 1602 la Vereenigde Oost-indische Compagnie (VOC), alias Jan Compagnie, o Compañía Holandesa de las Indias Orientales.

Los holandeses querían enriquecerse con el comercio. Se encontraron con un mundo en el que los intercambios comerciales estaban supeditados al poder. No podían comprarse especias sin el visto bueno del soberano local o de su representante, que velaba por sus propios intereses. Ninguna compra estaba garantizada: los soberanos locales podían vender la misma cosecha dos veces. Las rivalidades políticas de la región eran complejas y efímeras: musulmanes contra infieles, jefezuelos con ínfulas de reyes o sultanes, partidarios del gobierno contra rebeldes, hasta que estos se alzaban contra el poder, y vuelta a empezar. Conflictos complicados y agudizados por la intervención de otros europeos. Los portugueses, ya instalados, estaban dispuestos a sobornar, mentir, robar e incluso matar para impedir la entrada de los holandeses. Otro tanto ocurría con los españoles, que llegaban a través de la puerta trasera de las Filipinas. Y, con el aliento en el cogote, tenían también a los ingleses, demasiado escasos aún para competir por mercados o territorios, pero que iban compensando su inferioridad numérica con su pericia en la navegación y la artillería.

Todo el mundo en estas aguas orientales era bandido a medias, incluidos los mercenarios del mar, que tendían emboscadas a las naves pequeñas y todavía hoy saquean a los refugiados indefensos. Pero los británicos eran los asesinos a sueldo más temibles, los piratas de los piratas. Ninguna nave era demasiado grande para ellos. No era mala estrategia: si no se hace dinero con el comercio, se les incauta a los que sí pueden comerciar. Y, maniobrando entre todos estos personajes, estaban los nativos: los mercaderes indios de Gujarat, los árabes del mar Rojo y del golfo, los malasios e indonesios y, por encima de todos, los chinos. Aunque estaban atados de pies y manos por las interferencias del gobierno y la corrupción imperante en su país, una vez fuera de él hacían gala de un espíritu emprendedor que superaba con creces al de sus rivales.



SURESTE DE ASIA Y ARCHIPIÉLAGO INDONESIO

Para los holandeses, la principal fuente de riquezas eran las «islas de las Especias», las Molucas y las Banda. De ahí procedían los condimentos más exóticos (clavo, nuez moscada, canela) y los que sentaron las bases del futuro monopolio.

De modo que los holandeses aprendieron a guerrear. Sus marinos partieron sin duda de Texel siendo marineros de agua dulce, pero durante los meses de travesía hasta alcanzar las Indias, se adiestraban día a día, limpiando la cubierta, poniendo los cañones en posición de combate, acarreando municiones, poniendo a prueba su puntería, ensayando los dispositivos contra incendios, aprestándose al combate naval. Si eran bastante afortunados para sobrevivir a los azares consustanciales a una larga travesía marítima, precisarían sin duda esos conocimientos.

En Ámsterdam, mientras tanto, los directores de la compañía veían con malos ojos estos costes y riesgos, que reducían el margen entre el precio de compra y el de venta. Las especias, por ejemplo, valían entonces de diez a doce veces más en Europa que en las Indias pero, tras contabilizar los gastos, los beneficios caían por debajo del 100 por 100, un margen considerable, pero muy alejado del espejismo de las expectativas.

Naturalmente, eran estas trabas comerciales las que justificaban la inmensa diferencia entre el precio de origen y el de consumo. Un mercado libre y eficiente habría reducido el margen comercial por unidad de mercancía, aumentando al mismo tiempo la rentabilidad del capital. Pero a la Compañía Holandesa de las Indias Orientales (VOC) tampoco le habría gustado eso. Lo que la Jan Compagnie quería era expulsar a la competencia, imponer sus precios en las Indias y mantener enormes diferencias entre el precio de compra y el de venta. Ahí radicaban los mayores beneficios. Eso ya no era comerciar, sino que entraba en la esfera del poder y sus usos, lo que un economista llamaría búsqueda de rentas.

Además, los hombres de la VOC eran pragmáticos. Saludaron con alborozo la perspectiva de sellar por fin la paz con España en 1609, después de unos ochenta años de guerra fría y caliente. El acuerdo de paz impondría una división del territorio basada en el *statu quo*, y la compañía quiso modificarlo previsoramente. De modo que la dirección mandó un despacho rápido a las Indias para hacer correr la voz entre sus agentes antes de que se enteraran los españoles en las Filipinas: «¡Plantad fábricas y agencias donde podáis!», para legitimar después sus demandas. Esta política agresiva de marcado del territorio provocaría sin duda enfrentamientos, pero era la hora de los audaces. Por encima

de todo, la VOC quería establecerse en las islas de las Especias, la única fuente de aprovisionamiento en el mundo de nueces moscadas, clavos y macia. Tras su entrega en la India, estas especias generaban unos beneficios equivalentes a diez o quince veces su costo. «Las islas Banda y Molucas son nuestro objetivo principal. Recomendamos encarecidamente la vinculación de estas islas a la Compañía, si no es mediante tratado, ¡mediante la fuerza!»[6].

Aquellos fueron los primeros compases, los años de los pañales sucios. Cuando la Compañía hubo afianzado su posición, desaprobó el recurso a la fuerza bruta. Pero sus agentes sobre el terreno la mantenían informada de los acontecimientos en la vida de Asia, al menos tal y como ellos los veían. A continuación citamos a Jan Pieterszoon Coen, el joven y decidido procónsul de la VOC en Batavia, hoy Yakarta, la ciudad que fundó como sede de los cuarteles generales de la Compañía en las Indias (la Goa holandesa) y para controlar el angosto pasillo conducente a las Molucas y conocido con el nombre de estrecho de Sonda:

> Sus Señorías sabrán por experiencia que el comercio en Asia debe dirigirse y mantenerse bajo la protección y el favor de las propias armas de Sus Señorías, y que las armas deben costearse mediante los beneficios generados por el comercio; de modo tal que no podemos comerciar sin guerra ni guerrear sin comercio[7].

Una generación más tarde, los parámetros no habían cambiado. La Cámara de Delft de la Compañía deploraba el coste en vidas y dinero de las campañas de Malaca y Ceilán. «Lo más honorable que puede hacer un comerciante —señalaban— es incrementar su bienestar y enviar cargamentos preciosos de Asia a los Países Bajos, en lugar de emprender costosas conquistas territoriales, más apropiadas para testas coronadas y gloriosos monarcas que para comerciantes ávidos de ganancias». A lo que Antonio van Diemen, desde las Indias, replicó por escrito: «Hay una enorme diferencia entre lo general y lo particular, y entre un tipo de comercio y otro. Nuestra experiencia cotidiana nos dice que el comercio de la Compañía en Asia no puede sobrevivir sin conquistas territoriales[8]».

Andando el tiempo, los hombres destacados sobre el terreno acabarían comportándose como monarcas, mientras los burgueses, en casa, se retorcían las manos. ¿Cómo podían los directores hacer aplicar sus decisiones? Para llegar a las Indias desde Ámsterdam y volver luego con las respuestas, las instrucciones solían tardar de dos a tres años. Para entonces, lo hecho ya no tenía remedio. La historia del imperio de ultramar es en buena medida una sucesión de *faits accomplis*.

Resultaría prolijo repasar la historia de las hazañas completas, de los ataques de holandeses contra portugueses (a menudo con la connivencia de los soberanos musulmanes locales), de las incursiones en territorio español, de los combates con los ingleses, de la persecución de los piratas y la práctica de la piratería (los que para un país eran piratas eran policías para otro), de las expediciones de castigo y las acometidas preventivas contra los reyezuelos locales, de las promesas y tratados, incumplidos una y otra vez. Baste señalar que los holandeses lograron «ser propietarios» de las Molucas (las islas de las Especias) y Java, imponiendo su influencia sobre el resto del archipiélago indonesio. Se apoderaron asimismo de Ceilán y Formosa (Taiwán) y sembraron la costa oriental de la India de fábricas (desde Coromandel hasta Bengala, por el norte). No tuvieron tanto éxito en la costa occidental (malabar), demasiado cercana a los portugueses, aún

capaces de defender su propio huerto. Trataron también en vano de tomar Macao, pero obtuvieron el permiso (junto con otros) de comerciar en Cantón. En Japón fueron la única presencia europea autorizada, siempre y cuando aceptaran confinarse en una pequeña isla en el puerto de Nagasaki y someterse a las humillaciones oportunas. El lucro antes que el orgullo.

De esta experiencia del combate y el comercio, los holandeses sacaron ciertas lecciones: no había que fiarse de nadie, ni siquiera de los demás cristianos (tenían sobrados motivos para saberlo); los asiáticos en general y los musulmanes en particular eran unos villanos, traidores y aviesos. Por su parte, los demás europeos acabaron considerando a los holandeses hipócritas, avaros y mojigatos; mientras que los musulmanes y otros nativos estaban convencidos por la fe, el miedo y el contacto con ellos de que ninguna estratagema era demasiado artera para infieles como aquellos. Ninguno de estos estereotipos era del todo cierto o del todo falso. La vida y el trabajo en las Indias no sacaba a relucir las mejores cualidades en los hombres. Además, aunque los asiáticos no podían saberlo, se encontraron con lo más granado de los holandeses en contadas ocasiones. La VOC contrataba para el trabajo sucio a la escoria de la sociedad holandesa y alemana; en la cúspide de la jerarquía, se encontraban los codiciosos entre los codiciosos. Batavia tenía fama de asesina, y nadie con un ápice de instinto de supervivencia prolongaba su estancia en aquellas tierras pestilentes, de las que pocos volvían con vida. Había que hacer fortuna rápidamente.

¿Cómo aplacar esta comprensible voracidad? La Compañía quiso inculcar hábitos de modestia mediante la práctica de la frugalidad. Se puso a pagar sueldos de miseria. Esta táctica, huelga decirlo, no tuvo éxito. La codicia genera codicia, y la mezquindad de los directores de la Compañía sacó a relucir los peores instintos de sus representantes. Al final, a estos les preocupaba más su propio enriquecimiento que servir a sus directores de Ámsterdam. Un buen abogado alegaría en su defensa que no tenían opción. Tenían que encontrar formas de hacer fortuna, robando si era preciso.

Y eso hicieron. El grueso de los negocios holandeses en las Indias no fueron los envíos de la Compañía desde y hacia los Países Bajos, sino el llamado tráfico local, el movimiento de cargas de un punto de Asia a otro: algodón de Coromandel a Indonesia y China, sedas de China, Tonquín, India y Persia a Manila y desde ahí a Nueva España (México), metales preciosos y especias de Japón y Filipinas (procedentes de México), té y oro de China, café de Moka y más adelante de Java, esclavos de Arakan, Buton y Bali. Y así sucesivamente. Un enjambre de barcos, pequeños y medianos, y de juncos (los chinos estaban muy atareados) surcaban los mares orientales, yendo de puerto en puerto al albur de la oferta y la demanda. Junto con esos cargamentos iban los tesoros adquiridos y sisados que los marinos llevaban en sus baúles o colgados en las regalas de las naves de la Compañía o privadas. Estos bribones vivían y eran tratados como perros (los esclavos se cuidaban mejor, pues tenían valor monetario[9]). De modo que se dedicaron al comercio. Todas las tripulaciones estaban compuestas de comerciantes, y los capitanes y los sobrecargos tenían que defender sus espacios reservados de la intrusión de las mercancías privadas. Ellos también tenían sus propios artículos en venta.

Un axioma confirmado por la historia es que las reglas que deben repetirse y reforzarse constantemente no son reglas. En este caso, la VOC modificaba sin cesar la calidad y cantidad de mercancías que podían enviarse a Holanda en franquicia arancelaria y trataban

de reservar los artículos más valiosos para la Compañía. Con poco éxito. Como escribió un historiador británico acerca de regulaciones similares por parte de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales, «el resultado de esta excelsa disposición podría haberlo previsto el intelecto de un conejo de tamaño medio[10]». Pese a algunas capturas y castigos ocasionales, todo el mundo se dedicaba impunemente a este tráfico ilícito, aunque solo fuera por la buena razón de que todos, hasta el más alto en el escalafón, hacían lo mismo.

Los grandes gerifaltes estaban aún más interesados por este sistema que la gente menuda, pues sus baúles marinos eran mayores. Hasta los pretendidos inspectores podían aderezar su salario aguzando la vista. Un gobernador general, cuyo salario nominal era de 700 florines mensuales, podía traer a casa una fortuna de 10 millones; un mercader subalterno estaba dispuesto a pagar 3500 florines a la Junta de Nombramientos por un puesto de 40 florines mensuales, pero que permitía ganancias de 40 000. Al final, la Compañía empezó a gravar a sus oficiales en función de sus supuestos beneficios, lo que solo sirvió para que se ocuparan de sus propios asuntos con mayor diligencia. No resulta pues sorprendente que, tras la desaparición de la VOC, sus siglas llegaran a interpretarse como *Vergaan onder Corruptie* (muerta por corrupción[11]).

Pese a todo, la Compañía obtenía beneficios. Pagó dividendos de un promedio del 18 por 100 anual desde el año de su fundación. La mayor parte de los ingresos de la VOC procedían de sus monopolios de productos agrícolas: ante todo, de especias de las islas de las Especias; en segundo lugar, de arroz de Java, porque no podía permitirse a aquellas islas especializadas que desperdiciaran tierra apta para el cultivo de especias en plantar cultivos alimentarios; de café y azúcar, que la Compañía introdujo en Java. (El café procedía originalmente de la zona de Moka, en la península Arábiga, pero los holandeses lo aclimataron tan bien en Java que nos dieron un nuevo término genérico para esta bebida). Los demás beneficios procedían de compras en el mercado libre: porcelana, sedas y té en China, sedas y algodón en India y así sucesivamente. Pero en este caso la Compañía tenía que competir con otros compradores, incluidos sus propios agentes. No es de extrañar que los directores prefirieran los monopolios.

Y, sin embargo, a largo plazo los monopolios fueron precarios. Preservarlos de nativos e intrusos exigía un recurso a la fuerza tan oneroso, que solo un soberano con prerrogativas fiscales estaba en condiciones de pagar la factura[12]. Como no podía ser de otro modo, la VOC se vio forzada a sustituir su propio ejercicio del poder por el de los príncipes nativos. De este modo, incurría en gastos no comerciales ilimitados e impredecibles, el tipo de gastos que no recogen explícitamente los libros de contabilidad porque se pueden disimular fácilmente en otras partidas, pero que crecen de manera insensible hasta que ya es demasiado tarde. (Compárense con los déficits presupuestarios que padecen los estados nación modernos).

Este sistema de gobierno, además, obligó a la Compañía a imponer una economía dirigida. En palabras de J. S. Fumivall, «el archipiélago se convirtió en una vasta propiedad o, literalmente, en una hacienda[13]». Es posible que esta estrategia contribuyera a engrosar de tarde en tarde los ingresos directos de la Compañía, pero solo a expensas de los cultivadores nativos y de los ingresos fiscales, de suerte que, a largo plazo, la VOC obtenía menos beneficios de los que habría cosechado en un mercado libre[14].

A largo plazo, si no son sometidos por la fuerza (con los gastos que ello conlleva), los hombres se sacudirán el yugo de encima. A cierto nivel, preferirán cruzarse de brazos o recurrir al «crimen».

El clavo puede ilustrar este comportamiento. El árbol del clavo, que alcanza unos doce metros en su madurez, solo existía en Amboina y unas pocas islas menores. Los holandeses, en busca de un monopolio, trasladaron a los habitantes de esas islas menores a Amboina, talando antes sus árboles, para controlarlos mejor e impedir que vendieran sus frutos a compradores extranjeros. O, dicho desde el punto de vista de la VOC, solo los habitantes de Amboina contaban con el «privilegio» de cultivar clavo.

Dicho privilegio conllevaba la obligación de talar árboles previa demanda, así como de comprar todos los productos alimentarios a la Compañía y a precios de la Compañía (es decir, elevados). La VOC, por su parte, tenía entera libertad para fijar los precios de la cosecha de clavo, probablemente con el fin de dar al cultivador de clavo lo menos posible, aunque lo justo para que no desertara. Huelga precisar que la VOC, por codicia instintiva, no pagaba lo suficiente, de modo que los «privilegiados» habitantes de Amboina perdieron todo interés por su privilegio. Cuando los holandeses advirtieron, en 1656, que la producción de clavo no cubría la demanda, obligaron a los amboineses a plantar más árboles. Pero en 1667 se prohibieron nuevas plantaciones y, en 1692 y 1697, se forzó a los habitantes a talar árboles. A mediados del siglo XVIII, la demanda se recuperó de nuevo, así que la Compañía impuso nuevas plantaciones, seguidas pocos años después de nuevas talas. Por aquel entonces los cultivadores estaban empobrecidos y hastiados, y la población de Amboina había menguado en un 30 por 100. En el ínterin, los británicos y franceses habían comenzado a cultivar la planta en sus propios territorios. El monopolio holandés se había quebrado, y las especias en general dejaron de ser un artículo precioso[15].

El café constituye otro ejemplo, aún más insigne, de lo que Adam Smith llamó «un sistema destructivo a la perfección[16]». Llegó por primera vez a Holanda en 1661 y, a partir de 1696, se trató de cultivar el cafeto en Java. Los cultivadores nativos recibían 10 stuivers[*] por libra, y por ese precio se lanzaban ávidamente sobre la siguiente cosecha. De modo que la Compañía, siempre alerta a la hora de realizar ahorros, redujo el precio a 2,5 stuivers, a raíz de lo cual los nativos empezaron a talar árboles, desafiando las sanciones previstas a tal efecto. De modo que la Compañía impuso el cultivo y la entrega forzosos, subiendo al mismo tiempo el precio de la mercancía; pero, más adelante, cuando el valor de la pimienta se disparó, la Compañía hizo que los cultivadores talaran los cafetos y los sustituyeran por pimienta. En 1738, se decidió reducir la superficie de los cafetales a la mitad, y el año siguiente la Compañía fijó el cupo de compra en 1,22 millones de kilos. Pero cuando quedó claro que tan solo los Países Bajos absorberían 2,7 millones, elevó el contingente a 1,8 millones: siempre jugaba sobre seguro. Con todo, reportó tan poco al cultivador javanés que, en 1751, solo pudieron comprar menos de 0,45 millones de kilos. Los cafetos precisan cuatro años para madurar, y estas plantaciones y talas alternas impidieron dar una respuesta flexible y racional a una demanda cambiante.

A lo largo del siglo XVIII, la Compañía Holandesa de las Indias Orientales vio cómo decaía el volumen del comercio (las especias iban a la baja) y, con él, los beneficios, pero siguió pagando generosos dividendos, llegando a tomar prestado el dinero preciso. Mala señal. ¿Obtenía beneficios? No disponemos de datos exhaustivos y los métodos de contabilidad

complican las estimaciones. Los beneficios y pérdidas anejos al ejercicio del poder no se incluyen en los resultados comerciales y son imposibles de calibrar. Incluso Femand Braudel, que contó con la ayuda de numerosos investigadores, tuvo que renunciar: «el propio sistema de contabilidad impide la elaboración de un balance general y, por consiguiente, un cálculo exacto de los beneficios[17]». ¿Quién sabe si incluso los directores, los Heeren XVII, conocían la situación real de las cuentas? Damos por sentado que las grandes empresas son racionales y que la racionalidad conlleva una conciencia plena de lo que ocurre. Los anales del mundo de los negocios no dejan lugar a dudas, en cambio, de que buena parte de las decisiones son fruto de las conjeturas y la improvisación. De lo contrario, ¿cómo se las ingenian para hundirse tan abismalmente[18]?

A finales del siglo XVIII, los azares de la política complicaron aún más las cosas. Holanda entró en guerra con Inglaterra (1781-1784), y la VOC tuvo problemas para transportar mercancías entre los Países Bajos y las Indias. Tenía que pedir moratorias para pagar su deuda, mientras contraía nuevos empréstitos. El estado acabó convirtiéndose en el único acreedor de la Compañía (los banqueros no eran tan infelices), de modo que su destino estaba ahora vinculado al de las Provincias Unidas. Fue entonces cuando estalló la Revolución francesa, que propagó ideas políticas radicales en los Países Bajos y creó una República de Batavia títere (1795), mucho menos cómplice con los grandes intereses comerciales del régimen anterior. Cuando el reinicio de la guerra contra Inglaterra hizo caer las ventas casi en un 60 por 100, el desenlace fue fatal. El estado holandés se quedó con la Compañía: con sus activos, su deuda y su poder.

Dicho poder subsistió: sin duda, los gobiernos sucesivos de una Holanda recuperada a partir de 1841 se esforzaron hasta bien entrado el siglo XIX por afianzarlo. Los costes administrativos se sufragaron con la imposición de contingentes de suministro a cultivos escogidos (café, té, azúcar) y con los monopolios lucrativos de la sal y el opio. A partir de 1870, los holandeses abandonaron el «sistema de cultivo» de plantaciones, en parte debido a la convicción de que un mercado libre funcionaría mejor y, en parte, a su mala conciencia acerca de los trabajos forzados. Dos nuevos productos, de fácil cultivo, facilitaron la transición al liberalismo: la trasplantación del caucho brasileño en 1883 y el descubrimiento y explotación de yacimientos de petróleo en Borneo y Sumatra a finales de la década de 1880 (fundación de Royal Dutch en 1890). Pero ya no quedaba tiempo para enmendar los errores del pasado: la Segunda Guerra Mundial permitiría a los japoneses apoderarse de las posesiones holandesas. La ocupación japonesa duró pocos años, pero fueron más que suficientes. El cambio de régimen espoleó las ansias de libertad. Enseñó a los indonesios que los asiáticos podían doblegar a los europeos, que no eran invencibles.

La rendición de Japón devolvió el archipiélago a los holandeses, pero solo momentáneamente. En 1949, los Países Bajos concedieron la independencia a las islas, sin poner ninguna traba, porque generaciones de autocríticas expiatorias habían preparado para ello a la opinión pública holandesa. Una nueva República indonesia se puso al frente de su destino. También reivindicaba su condición de imperio, así como la soberanía sobre todas las tierras recibidas de los holandeses, además de porciones suplementarias como Timor Este, indiferente a su identidad propia y a sus aspiraciones. Los disidentes perseguidos por el régimen indonesio han podido buscar asilo en los Países Bajos; los holandeses los tratan mejor. Irónicamente, gracias a la VOC y al imperialismo occidental, el

sueño de los antiguos sultanes de Sumatra y Java ha sido finalmente realizado por los nuevos sultanes de la «democracia popular».

Capítulo XI

GOLCONDA[*]

Los británicos son como una corriente rápida y caudalosa de agua, son perseverantes, enérgicos y de una valentía indomable. Cuando realmente quieren algo, usan la violencia para lograrlo. Los holandeses son muy hábiles, inteligentes, pacientes y tranquilos. Si es posible tratan de conseguir sus objetivos mediante la persuasión y no la fuerza de las armas. Es muy posible que Java sea conquistada por los británicos.

Un príncipe javanés, c. 1780[*]

Un proverbio romano rezaba: *pecunia non olet*, el dinero no huele. Es posible que a la gente no le guste cómo se hace ni quién lo hace, pero les gusta el dinero y, si tienen ocasión, se hacen con él.

En otro sentido, sin embargo, el dinero sí huele, y poderosamente, hasta tal punto que su olor atrae a personas de cerca y de lejos.

En 1592, Inglaterra estaba en guerra con España y Portugal, que, como hemos visto, había sido incorporado a la corona española mediante una sabia combinación de matrimonios y herencias. Unos cuatro años antes, los ingleses habían vencido y destruido las naves invasoras españolas de la autodenominada Armada Invencible. Ahora, una escuadra naval inglesa estaba al acecho junto a las Azores, dispuesta a interceptar y apresar naves españolas procedentes del Nuevo Mundo y quizás abarrotadas de tesoros de México o Perú, cuando surgió un galeón portugués. Era el *Madre de Deus*, que volvía de las Indias orientales rumbo a Lisboa[*]. Se trataba del mayor navío que los ingleses hubieran visto jamás: 50 metros de eslora, 14 de manga, 1600 toneladas. Tres veces más grande que la mayor nave de Inglaterra; siete cubiertas, treinta y dos cañones y otras armas, la superestructura cubierta de una capa de oro. Y con las bodegas repletas de tesoros.

Era de la materia con la que están hechos los sueños: baúles rebosantes de joyas y perlas, monedas de oro y plata, ámbar más viejo que Inglaterra, rollos de las telas más sutiles, tapicerías dignas de un palacio, 425 toneladas de pimienta, 45 toneladas de clavo, 35 toneladas de canela, 3 de macia, 3 de nuez moscada, 2,5 de balsamina (una resina balsámica muy aromática usada como base en perfumes y productos farmacéuticos), 25 de cochinilla (un tinte obtenido a partir de los huesos secos de la hembra de un insecto característico de los climas semitropicales), 15 toneladas de marfil. Antes de que el comandante del escuadrón inglés pudiera hacerse cargo del botín, su tripulación, incontrolable, se había llenado los bolsillos de cuanto podían llevar encima.

Cuando la presa llegó al puerto de Dartmouth, se alzaba como un torreón sobre los demás barcos y las pequeñas casas de los muelles. Comerciantes, traficantes, rateros y

ladrones vinieron desde varias leguas a la ronda, de Londres y más lejos, como abejas a la miel, para visitar el galeón (los pescadores locales iban y venían sin descanso de tierra a cubierta) y buscar a sus marinos borrachos en las tabernas y garitos, con objeto de comprar, robar, ratear y traficar con las migajas del botín. De acuerdo con la ley inglesa, una buena parte de esta captura pertenecía a la reina y, cuando la reina Isabel se enteró de lo que estaba sucediendo, envió a *Sir* Walter Raleigh a recuperar el dinero y castigar a los saqueadores. «Tengo la intención de despojarles de todo, hasta que queden tan desnudos como cuando nacieron —juró el bravo *Sir* Walter—, pues Su Majestad ha sido robada y por añadidura de los objetos más preciosos».

Cuando *Sir* Walter logró hacerse con el control de la situación, un cargamento de un valor estimado en medio millón de libras esterlinas —casi la mitad del erario nacional— no valía ya más que 140 000. A pesar de ello, fueron precisos diez cargueros para llevar el tesoro rodeando la costa y remontar el Támesis hasta Londres. Después del rescate pedido por Atahualpa, quizás constituye la presa más sustanciosa de la historia. Y, como el rescate de Atahualpa, fue un aperitivo tremendamente estimulante. Esta bocanada de riqueza, este anticipo del sabor de los tesoros de Oriente, espolearon el interés de los ingleses por aquellas tierras distantes y pusieron al país (y al mundo) sobre una nueva vía.

Los ingleses sacaron otra lección del *Madre de Deus*. Cuando, algunos años después, un rico navío apresado como botín de guerra fue llevado hasta el Támesis para proceder a su descarga, se dio a los hombres encargados de la tarea ropa de trabajo en forma de «monos de lona sin bolsillos[1]».

Los ingleses llegaron al océano Índico, como los holandeses, a finales del siglo XVI. Llegaron como intrusos y saqueadores, más dotados para el combate que para el comercio. Solo más adelante, y con las debidas precauciones, irían dedicándose progresivamente al comercio.

Los holandeses constituyeron la VOC mediante la fusión de empresas independientes y transportaron naves y armas a gran escala a la zona, con el propósito de saquear a los portugueses y demás aspirantes al archipiélago indonesio. Los ingleses, en cambio, actuaron con extrema cautela, tratando cada travesía como una empresa independiente y pidiendo a los comerciantes que participaban en ella que reagruparan el capital en cada ocasión. Cuando ingleses y holandeses se enfrentaron en aquellas fechas tempranas, los ingleses se impusieron a veces, pero carecieron de energía para oponer una resistencia real, de modo que, para buscar nuevos filones comerciales, se vieron obligados a remontar la India hacia el norte. Un golpe de suerte.

Al igual que los holandeses, los ingleses prefirieron evitar a los portugueses. Se instalaron en un principio en la costa oriental o de Coromandel, muy lejos de los malabares. Por la vertiente occidental de la India, saltaron por encima de Goa para hacerse con los privilegios comerciales de Surat, el mayor puerto del imperio mogol, puerta de entrada a las riquezas de la India continental y al comercio con Persia y Arabia. Más adelante (1661), obtuvieron el permiso para residir en Bombay, por entonces una isla casi desierta. Se encontraba razonablemente a resguardo de agresiones del interior (a diferencia de Goa), y los ingleses la convirtieron en una ciudad fabril y en el principal centro comercial de la costa occidental.

Por la otra vertiente de la península, tras instalarse en Madrás, se desplazaron hacia el norte, al golfo de Bengala y el valle del río Hugli. En aquel lugar, a partir de 1690, construyeron su propia ciudad comercial en el territorio de un pequeño pueblo llamado Calcuta. La clave residió en la compra, en 1698, de una especie de privilegio «feudal» (*zamindari*, o derechos fiscales). Dicho privilegio, aunque en un principio fue vulnerado por las autoridades locales, resentidas por la intrusión europea, fue acatándose paulatinamente, a medida que los mercaderes y oficiales indios se iban haciendo más dependientes del comercio, la ayuda y la buena voluntad ingleses[2].

En todo este proceso, la estrategia consistía en comprar la amistad y colaboración ajena, empezando por los principales comerciantes y los cortesanos del Gran Mogol y siguiendo por los agentes y señores locales quienes, atraídos por los posibles regalos (sobornos) y estipendios ingleses, enviaban mercancías de exportación a sus naves y, en algunas ocasiones, llegaron a invertir en ellas. Thomas Roe, embajador ante la corte del Gran Mogol en Agrá, sentó el precepto: «Que esto se convierta en regla, que el provecho vuestro lo busquéis en el mar y en el comercio pacífico ya que, sin controversia, es un error construir plazas fuertes y declarar guerras terrestres en la India[3]».

Los holandeses trataron de jugar al mismo juego en la India, pero con menos éxito que los ingleses. Para ellos, Indonesia era prioritaria y concedían a la India los restos de su atención y recursos. En las islas, la potencia de fuego de los holandeses mantenía a raya a los competidores, facilitaba el recurso a la violencia. Se habían apeado con pie firme: el temperamento agresivo de procónsules como Coen mostró el camino a seguir. Las preferencias holandesas eran también trasunto de las posibilidades materiales reales. Buscaban el monopolio en Indonesia en detrimento de los nativos, pero eso era inviable en la India, donde los soberanos locales tenían más poder y donde otros competidores, ya afincados, se disputaban el mercado.

Sin embargo, todos los hombres de negocios prefieren el monopolio a la competencia. Cuando el poderío inglés se reforzó, también ellos recurrieron a la fuerza: amenazas de bloqueo naval que perjudicarían al comercio indio con otros países y podían interrumpir el peregrinaje a la Meca; construcción y guarnición de fuertes; captura de barcos indios y petición de rescate. En 1677, Gerald Aungier, presidente de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales en Surat y gobernador de Bombay, escribió a Londres para explicar el nuevo panorama comercial. Recomendaba una política «severa y vigorosa»: «La justicia y los imperativos de sus posesiones les exigen ahora administrar los asuntos comerciales generales con la espada en la mano». Este consejo cayó en gracia en Londres, donde Josiah Child dirigía la Compañía y estaba firmemente decidido a corregir las extravagancias de la política india. En 1687, se enviaron instrucciones al fuerte St. George (a las afueras de Madrás): utilicen el poder para garantizar unos ingresos amplios e ininterrumpidos, tales que permitan «sentar las bases de un poderío general, sólido y sin fisuras en la India por los siglos de los siglos[4]». Era una invitación a participar en la política y el gobierno de la India. Ya se adivinaba el derrumbamiento del imperio mogol, lo que impulsaba a los aspirantes indios a la sucesión a buscar aliados entre las compañías extranjeras.

La soberanía hereditaria puede producir necios u hombres de estado, y los mogoles abrigaron equivocadamente la convicción de que comerciantes como los ingleses serían sometidos por los guerreros descendientes de Timur y Babar. Además, el nabab de Bengala

los extorsionaba y desplumaba como a los demás, ya que, después de todo, ¿para qué sirven las esponjas?

Durante un tiempo, los ingleses permanecieron tranquilos y acataron las órdenes. Pero aquellos no eran mercaderes ordinarios. Las exacciones arbitrarias instigaron en los intrusos intenciones sanguinarias. Un inglés irritado lo dijo a las claras en 1752: «Clive, sería buena cosa escaldar al perro pulgoso [el nabab]… la Compañía debe pensar seriamente en ello, o su comercio en Bengala carecerá de valor[5]». Y Clive meditó aquellas palabras gravemente.

En la India, los ingleses aprendieron que Asia tenía más y mejores mercancías que las especias. En particular, aquel país producía los mejores hilos y tejidos de algodón del mundo, y los ingleses demostraron reflejos al no desaprovechar la ocasión. Ahora se adelantaron a sus rivales. Los portugueses habían mostrado poco interés por esos productos, e incluso a los holandeses les costó caer en la cuenta. Pero la Compañía Inglesa de las Indias Orientales decidió impulsar las telas de algodón y crear un mercado: «el percal es un producto cuyo uso no es muy conocido, hay que darle una salida comercial y ponerlo a prueba en todos los puertos[6]».

Dicha salida la constituían tradicionalmente los compradores de la zona, de Indonesia y el sureste asiático, que intercambiaban las especias y otros artículos locales por tejido indio. Como los holandeses, los ingleses mantuvieron este régimen, pues tenían poco que vender personalmente y el algodón generaba así medios de pago vitales. (Las lanas inglesas eran poco atractivas en climas tan cálidos). En cambio, la innovación trascendental de la Compañía Inglesa radicó en introducir el algodón en Europa. En 1619-1621, la Compañía Holandesa enviaba unas 12 000 unidades de percal a los Países Bajos: la Compañía Inglesa logró exportar 221 500 unidades en 1625. Más tarde, tras un período de «digestión» y retraimiento, el tráfico se disparó a finales del siglo: unas 200 000 unidades anuales a finales de la década de 1660; 578 000 en la de 1670; 707 000 en la de 1680. Los holandeses siguieron el ejemplo, pero nunca lograron pasar de la mitad de la cuota inglesa[7].

Los algodones indios transformaron los vestidos de Europa y de sus vástagos ultramarinos. Más ligeros y baratos que las lanas, más decorativos (podían teñirse o estamparse), más fáciles de lavar y cambiar, los tejidos de algodón estaban hechos a la medida de todo un mundo nuevo. Hasta en los climas fríos, la conveniencia del algodón para la ropa interior modificó los criterios de limpieza, comodidad e higiene. Se adaptó perfectamente a las plantaciones americanas; como unos comerciantes jamaicanos lo expresaron en 1704: «al estar situada la isla mencionada en un clima cálido, gran parte de la ropa de los habitantes consiste en percales teñidos que, al ser ligeros y baratos y poderse lavar con frecuencia, contribuyen en gran medida a mantenerlos limpios y sanos[8]». Se trataba de un artículo con una demanda tan amplia y elástica que podía espolear una revolución industrial.

De modo que los ingleses compraron productos de algodón y, en menor medida, seda cruda (de Bengala), índigo y nitrato[*], así como pimienta, mientras cedían a los holandeses las especias más raras y costosas. Pero la pimienta, que había sido la piedra imán de las exploraciones y la expansión de Europa, estaba en declive. Se habían creado nuevas zonas de cultivo: la oferta excedía a la demanda. Su precio cayó tan bajo que esta antaño noble

especia tuvo que abrirse camino hasta Europa como lastre en determinadas rutas marítimas[*].

La India condujo a China. Cuando los europeos entraron en el océano Índico, se encontraron con una red comercial floreciente que unía Asia de este a oeste, desde China, Japón y las Filipinas hasta los caravasares y puertos del Mediterráneo oriental y África oriental. Los intrusos lograron penetrar en esa red. En el siglo XVIII, la moda europea de productos asiáticos creció rápidamente: porcelanas, que Europa no aprendió a manufacturar hasta la década de 1720, seda en rama y té, una sustancia adictiva complementaria al azúcar del este de la India.

Estas adquisiciones planteaban el problema del pago. Los europeos habrían preferido pagar con sus propios productos manufacturados, pero los chinos no querían casi nada de lo que hacían (los relojes de péndulo y portátiles constituían la gran excepción). De modo que los europeos pagaron con metales y en especie, pero eso solo dilataba la solución del problema: ¿qué podían vender a cambio de la plata española o del oro japonés o brasileño? Un problema delicado.

La respuesta, naturalmente, residió en encontrar algo que interesara a los chinos. Resultó ser el opio, cultivado en Bengala y generador de mercado al tiempo que adictivo. En este caso los ingleses contaron con una gran ventaja con respecto a los holandeses. En principio, los comerciantes de ambas naciones tenían derecho a competir por este producto, pero los ingleses usaron su creciente poder político en la zona para expulsar a los holandeses: fue un golpe de genio.

Así, los ingleses, que empezaron al mismo tiempo que los holandeses, los habían superado con creces. Más aún; estaban en una situación ideal para penetrar y saquear un lugar infinitamente más rico que Indonesia. La India, vecina de China, era el país más populoso de Asia. No disponemos de censos, pero un cálculo arroja la cifra de 100 millones para finales del siglo XVI, cifra que bien pudiera ser baja[9]. La India poseía extensas tierras fértiles, en particular los grandes valles de las llanuras septentrionales —del Indo, Ganges, Brahmaputra—, y no tenía una densidad demográfica excesiva. Un estudioso indio describe su país como abundante en tierras y considera que, en el siglo XVII, todavía podía confinar la agricultura a las áreas más fértiles, así como aprovechar los pastos y los desechos para criar grandes cantidades de ganado[10]. (Por otra parte, la India obtenía mucha menos rentabilidad de su ganado de lo que habría cabido esperar, en ocasiones menos que nada, debido a sus tabúes religiosos). Asimismo, en mucha mayor medida que Indonesia, disponía de una mano de obra industrial abundante y cualificada, cuyos productos circulaban por toda esta región. Resultado de ello fue que la economía india arrojaba un superávit considerable, que sufragaba la opulencia legendaria de sus soberanos y cortes:

> Se dice que los ingresos anuales del emperador mogol Aurangzeb (1658-1701) ascendían a 450 millones de dólares estadounidenses, más de 10 veces los de [su contemporáneo] Luis XIV. De acuerdo con una estimación de 1638, la corte mogol de la India habría hecho acopio de un tesoro equivalente a 1500 millones de dólares[11].

La fama de la riqueza de los palacios y templos indios atrajo a un invasor tras otro y, en particular, a los nómadas turcos, jinetes guerreros que cabalgaban por las estepas del Asia central y se dedicaban a expoliar a las sociedades sedentarias de su periferia. Los últimos

soberanos turcos de la India fueron mogoles de la dinastía de Babar (1483-1530), descendiente del terrorífico Timur (Tamerlán), pastor de rebaños humanos y coleccionista de calaveras. Fueron Akbar (que reinó de 1556 a 1605), nieto, y Jahangir (que reinó de 1605 a 1627), biznieto de Babar, los soberanos que los ingleses se encontraron en el trono cuando llegaron a la India por vez primera.

Los mogoles eran musulmanes sunitas, diferentes por lo tanto de sus vecinos occidentales, los persas chiitas. Por lo general toleraban e incluso dependían de la mayoría hindú, pero dieron al norte de la India una casta musulmana que lo hizo diferente del sur. Como era de esperar, gobernaron el territorio como un ocupante despótico y no se granjearon ninguna lealtad. Su poder fue repetidamente puesto en entredicho por los estados hindúes indígenas y subvertido por rebeliones y conspiraciones palaciegas. Los hermanos se entremataban; los hijos mataban a los padres; los padres, a los hijos. En un mundo en que todos reclamaban para sí la legitimidad, poco podía confiarse en los extranjeros, aunque más que en los propios familiares[12].

La tiranía de estos soberanos musulmanes —ni mejor ni peor que la de los déspotas hindúes— se agudizaba por las medidas de prevención de la sedición.

Es un problema clásico de las autocracias: cómo impedir que los lugartenientes echen raíces y creen centros de poder rivales. En la Europa medieval, la concesión de feudos era en un principio nominal, no se transmitía por herencia, pero, con el tiempo, los señores locales tendieron a quedarse en sus dominios y legar sus propiedades a sus herederos, vinculándose con las élites feudales de la zona y creando la autoridad fragmentada que conocemos con el nombre de feudalismo. En la India mogol, al igual que en otros estados turcos, los agentes del soberano eran desplazados continuamente. Con ello se limitaba el poder local, pero también se menoscababa la lealtad de los oficiales para con sus territorios. Su objetivo consistía, por lo tanto, en acopiar y rapiñar lo más posible en el menor tiempo posible, gastando poco en infraestructura[13]. Tomar sin dar nada a cambio. En aquellas regiones dependientes de la irrigación, esta indiferencia con respecto a los equipamientos municipales podía tener desastrosas consecuencias, como atestiguan los anales de las hambrunas indias.

Por razones similares, el campesino (de hecho, ningún súbdito) no tenía motivo alguno para mejorar las tierras, ya que su propiedad estaba sujeta al capricho del soberano. En ese país, escribió Frangois Bemier, un médico francés que pasó doce años en la India en el siglo XVII, no existe *mien et tien* (lo mío y lo tuyo), esto es, no hay derecho ni sentido de la propiedad. Nadie, añade, se atreve a hacer gala de sus riquezas, por temor a la extorsión o la confiscación. Nadie trata de mejorar los medios o los instrumentos de producción. Lo que explica, señala Bemier, el tremendo contraste entre la opulencia de una minoría y la pobreza de la mayoría, la decrepitud de las casas, la humillación de la masa y la falta de incentivos para aprender y medrar.

De ahí también severas restricciones al crédito y a las posibilidades comerciales que abre dicho crédito. Se ha dado excesiva importancia al próspero comercio que imperaba en el océano Índico cuando llegaron los europeos[14], así como a la riqueza de los *sarafs*, que concedían créditos a tipos de interés elevados a campesinos y mercaderes. Pero los tipos elevados presuponen que los riesgos son grandes. ¿Qué aval podían aportar los prestatarios? ¿Cuánto puede permitirse prestar un prestamista cuando la necesidad de

ocultar los activos reduce considerablemente la información[15]? La actividad comercial de la India estaba estancada muy por debajo de su potencial.

¿Cómo consiguieron enriquecerse en estas condiciones algunos comerciantes, banqueros y prestamistas indios? La respuesta es que pusieron los huevos de oro. Pagaron y sobornaron, ahorraron y compartieron y, al morir, la familia escondió toda la riqueza que pudo. A continuación reproducimos las observaciones de un viajero inglés en 1689:

> Su riqueza [como comerciantes] consiste solo en dinero en efectivo y joyas, la dignidad que otorgan las propiedades personales e inmobiliarias es desconocida en la India, y preservan cuanto pueden con el mayor sigilo y discreción, para evitar que el fisco mogol las incorpore a su erario. Esto les obliga a reducir considerablemente sus gastos y les impone mucha reserva en sus negocios[16]…

La tensión presidía por lo tanto la vida cotidiana: de los soberanos, dubitativos entre capturar y conservar, y de sus súbditos, entre esconder y disfrutar. Pero, en último término, eran los déspotas y sus agentes quienes controlaban la situación. En este sentido, los visitantes europeos disponían de una enorme ventaja. No solo no podían ser maltratados así, sino que pudieron acoger a hombres de negocios y trabajadores nativos bajo su protección. A largo plazo, esto constituiría una apropiación de la soberanía. Algunos hablarían de usurpación pero, en los despotismos, toda transferencia de poder constituye una usurpación.

¿Y qué decir de los *ryots* (labriegos indios) y de los intocables, la hez de la hez? Se refugiaron en la paciencia, la obstinación, la adaptación a las condiciones imperantes, recursos todos característicos de una población oprimida. También lograron engañar a sus extorsionadores en más ocasiones de las que cabría esperar de una sociedad de pueblos que mancomunaban sus recursos y donde el ascenso en la escala social era más que improbable. En la Europa medieval, la partida o amenaza de partida de los miembros de la sociedad ponía tasa a los abusos, especialmente en los núcleos urbanos y en las zonas fronterizas, puesto que era provechosa para quienes se iban. En la India, la deserción solo servía probablemente para pasar de un estado de insatisfacción a otro, aunque, con todo, podía instigar un poco de moderación, ya que a ningún depredador le gusta perder su presa.

Pese a todo, aún quedaban fortunas con las que arramblar. Un estudioso evalúa el superávit indio en la mitad de la producción agrícola. Este «becerro de oro» iba a orientar la actividad de la Compañía de las Indias Orientales más hacia la política que hacia el comercio, pues la rapiña presagiaba más beneficios que los intercambios honestos. Los conflictos endémicos, además, incitaron (empujaron) a la Compañía a velar por sus intereses poniendo en pie de guerra al estamento militar, que alentó la intervención en las disputas locales.

Los sabios consejos de Londres no lograron disuadir a los hombres de la Compañía Inglesa sobre el terreno de lanzarse por esta senda resbaladiza. Los procónsules tenían el ejemplo holandés en Indonesia como inspiración y justificación, y sus argumentos prevalecieron. Londres se avino a sus razones. En 1689, cuando las actividades de la Compañía en la India se habían reorganizado bajo tres «presidencias», los directores de Londres aprobaron una resolución en la que se redefinía la misión de la Compañía a imagen y semejanza de la holandesa:

> El aumento de nuestros ingresos, así como nuestro comercio, es el objeto de nuestros esfuerzos; debemos mantener nuestro poder ante infinidad de accidentes que pueden interrumpir nuestros intercambios; debemos crear una nación nuestra en la India; sin ella no somos más que un enjambre de intrusos, unidos por la carta real de Su Majestad, solo capaces de comerciar si ningún miembro del gobierno juzga de su interés protegernos de…

Esta meta más ambiciosa no apuntaba a un monopolio como el vigente en Indonesia. La Compañía Inglesa de las Indias Orientales estaba dispuesta a permitir la entrada de otros competidores en el mercado indio, con la excepción quizás de los franceses, que habían optado por retarles militarmente. Sin embargo, el poder de la Compañía y su situación privilegiada le conferían una ventaja decisiva en un mercado por lo demás caracterizado por una igualdad de condiciones patente. Sus empleados no desaprovecharon aquella ocasión, y empezaron a comerciar no solo por cuenta propia, sino prestando su nombre y autoridad virtual a los siervos nativos y a sus asociados comerciales dispuestos a pagar por aquel favor.

En un mundo de orgullo y xenofobia musulmanes, aquella autoafirmación de los ingleses humilló a poderosos y humildes, desde el encargado de la barrera de portazgo en la frontera hasta el príncipe en su palacio. Las pretensiones de aquellos infieles menoscababan la dignidad y legitimidad de los virreyes e hizo estallar la guerra entre el nabab de Bengala y la Compañía, y la guerra siempre propicia agravios y odios. Así ocurrió en este caso: el joven príncipe Suraj-ud-Dowlah (Sirajuddaullah) decidió dar una lección a los ingleses y, en 1756, tomó Calcuta sin el más mínimo atisbo de resistencia. Perpetró luego «el crimen nefando, memorable por su extraordinaria atrocidad, memorable por el tremendo pago que tuvo[17]». Fue la masacre del «agujero negro», una mazmorra de 5,5 metros por 4,5, con dos ventanucos cerrados con barrotes. En aquella caja, los hombres del nabab embutieron a ciento cuarenta y seis prisioneros una noche de junio húmeda y asfixiante, civiles y soldados, incluidas algunas mujeres. Se elevaron protestas y súplicas, pero el nabab se había retirado a descansar y no podía ser molestado. Los gritos fueron acallándose. A la mañana siguiente solo seguían con vida veintitrés prisioneros.

Aquel crimen pedía una represalia, y a los representantes locales de la John Company les faltó tiempo para probar fortuna[18]. En cuanto pudieron armar una flota, levaron anclas de Madrás con un pequeño destacamento de tropas británicas y cipayos bajo el mando de Robert Clive, un joven funcionario de la Compañía, un oficinista con talento para la guerra. Por culpa de los vientos contrarios, las naves se demoraron dos meses en remontar el golfo de Bengala y entrar en el río Hugli. Una vez allí, a los británicos no les costó mucho reconquistar Calcuta, imponer una elevada compensación a Suraj-ud-Dowlah y forzar la restauración de todos los privilegios de la Compañía. Al nabab, el sueño de aquella noche le salió muy caro.

Pero ahí no acaba la historia. La guerra que enfrentaba en Europa a Inglaterra y Francia tuvo su eco en Bengala, donde el nabab buscó el favor de los franceses por la mejor razón posible, como era vengarse y eludir sus compromisos. Un nuevo error de los mogoles. Enterados de estos manejos, los británicos, conducidos por Clive, asaltaron y capturaron el centro comercial francés de Chandernagore, un absceso infectado por la competencia comercial. El nabab se ofendió mucho: ¿quiénes eran aquellos mercaderes británicos para entrar en guerra con otros mercaderes en sus territorios? Además, como faraón, se había

arrepentido de su debilidad y pensó que la segunda ocasión lo haría mejor; después de todo, su ejército superaba con creces en número al de las tropas británicas.

En esta ocasión, los británicos decidieron deshacerse de Suraj-ud-Dowlah. Buscando aliados entre los miembros desafectos de la corte india —«¡qué glorioso sería para la Compañía tener a un nabab por amigo!»—, encontraron a Mir Jafar, tío político del nabab y comandante de sus ejércitos[19]. Los funcionarios y comerciantes locales no tenían más función que la de ser comprados y vendidos, traicionados y vueltos a traicionar. Utilizando a un astuto mercader hindú llamado Omichund (Umichand o Amir Chand) como intermediario, los británicos compraron la traición de Mir Jafar con la promesa de hacerle nabab. Por su parte, Mir Jafar se comprometió a desembolsar una suma astronómica por su entronización.

Al final, el 23 de junio de 1757, el asunto se saldó mediante una batalla, la de Plassey (Placis, Palasi), un pueblo a unos ciento treinta kilómetros al norte de Calcuta: británicos y aliados en un bando; el nabab y sus secuaces, en el contrario. Los británicos vencieron y, con su victoria, cambiaron el curso de la historia india. Los bardos de la grandeza imperial cantan las alabanzas de Robert Clive, el contable convertido en comandante. Hablan de su don de mando y de felonías, y de precauciones de orden menor que resultaron decisivas, como resguardar las escopetas de la lluvia monzónica. Los iconoclastas antiimperialistas afean estos relatos, restan importancia al heroísmo (todo el mundo es valiente) y deploran la facilidad con que se vendían los funcionarios y magnates, su falta de lealtad[20].

Aunque, como es sabido, ese es el talón de Aquiles de imperios aristocráticos como el mogol y sus componentes: ¿qué sentido tiene la lealtad? El nabab se lanzó a la batalla con cincuenta mil soldados, frente a los tres mil británicos. De aquellos cincuenta mil, solo luchaban verdaderamente por él doce mil, que se replegaron tan rápidamente que solo sufrieron quinientas bajas. Las bajas británicas sumaron cuatro europeos y catorce cipayos. ¡Y aquella fue una de las batallas más decisivas de la historia[21]!

Tras la victoria vino el recuento. El botín llegó a ascender a 10 millones de rupias (1,4 millones de libras esterlinas a un tipo de cambio de 7,14285 rupias por libra) para la Compañía en concepto de compensación por las pérdidas; de indemnizaciones y sobornos a los mercaderes residentes en Calcuta (5 millones de rupias para los británicos, 2 para los armenios, 1 para los indios); 5 millones de rupias para la escuadra naval británica y el destacamento de infantería, más generosos honorarios personales para los miembros de la junta de administración de la Compañía, del orden del cuarto de millón por persona.

La suma total se elevó a 2340 000 libras, cinco veces el botín del *Madre de Deus*, una cantidad equivalente en nuestros días a más de mil millones de dólares[*]. A Mir Jafar le resultaba indiferente. El dinero no saldría de su bolsillo. Con todo, las arcas bengalíes no podían satisfacer estas demandas extravagantes. Al final se abonó aproximadamente la mitad de la suma, en especies y en joyas. El resto se reestructuró, y volvió a reestructurarse más adelante y, con cada moratoria, la Compañía recibía nuevos privilegios, territorios e ingresos en guisa de compensación. Los miembros del consejo de la Compañía, pese a todo, lograron recaudar el monto total de la deuda. Una lección en cuanto a prioridades[*].

Acompañaba a estas extorsiones un discreto codicilo, por el que se concedían derechos *zamindari* sobre un considerable territorio en torno a Calcuta. Esta tierra pagaba una renta perpetua al nabab de unas 23 000 libras, pero arrojaba una renta bruta de 53 000: un

regalo neto, por lo tanto, de unas 30 000 libras. Y, a medida que Calcuta creció, fue creciendo con ella el valor de la tierra que la rodeaba, de suerte que, después de una década, las rentas ascendían a 146 000 libras. Mientras tanto, el nabab cedió su derecho a la renta perpetua a Clive, que ya había sido nombrado gobernador de los establecimientos de la Compañía en Bengala: el empleado era ahora el amo de su empleador. Clive recibió también un *jagir*, un derecho feudal sobre más de 2000 m^2 y cinco mil caballos del ejército del emperador mogol. La confusión de las esferas política y comercial en la Compañía se reflejaba en la identidad de sus agentes.

En la India, por consiguiente, al igual que en Indonesia, el poder significaba dinero y el dinero, poder. El superávit de la India, antaño recaudado por el estado mogol y sus dependencias feudales, iba a parar ahora a la Compañía de las Indias Orientales y a sus oficiales y agentes. Los comerciantes y los funcionarios se regocijaban de sus magros salarios, pues constituían un pretexto para la empresa privada y la venalidad pública. Los hombres jóvenes y ambiciosos pagaban dinero para entrar al servicio de la Compañía. Los miembros del parlamento y las personas de influencia buscaban empleos para sus amigos y conocidos y pagaban por ellos a su manera. La Casa de la India era un «despacho de lotería, que invitaba a todo el mundo a probar fortuna con el señuelo de fortunas dignas de un duque… para unos cuantos afortunados[22]». La suerte, obviamente, se amañaba siempre que era posible.

Ahora bien, la India era un país infestado de enfermedades. Muchos de aquellos nuevos ricos nunca lograron volver a Inglaterra. Hasta los supervivientes sanos y competentes tenían problemas para cobrar en efectivo sus activos; los herederos de los muertos dependían de sus agentes, que tenían sus propios intereses que atender y a menudo nadie ante quien rendir cuentas. Las migajas que cayeron de esta forma de la mesa india alimentaron a una pequeña tropa de negociantes, abogados, escribanos, joyeros, corredores de letras, contrabandistas, estafadores y acaparadores.

Lord Clive (quien había recibido el título de par de Irlanda y esperaba en breve un título inglés) tenía un problema más grave que la mayoría: tenía que lograr volver a su país llevando consigo una fortuna mucho mayor que las habituales. Envió 180 000 libras en letras de cambio a nombre de la VOC en Ámsterdam, a las que se aplicaban luego descuentos y debían cambiarse para comprar letras de cambio en libras. Envió más de 40 000 libras a través de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales y una suma considerable aunque imposible de cifrar a través de comerciantes privados. Invirtió también inmensas cantidades de dinero en joyas —25 000 libras de diamantes comprados tan solo en Madrás— y volvió con ellas a Inglaterra para revenderlas. «Podemos afirmar sin peligro de equivocamos —ha escrito Macaulay—, que ningún inglés que haya empezado de cero ha amasado jamás, en ninguna actividad, tamaña fortuna a la temprana edad de treinta y cuatro años[23]».

Cuando Clive volvió a Inglaterra, usó su fortuna de una manera «honrosa». Dio grandes sumas a sus hermanas, a otros conocidos, a amigos pobres; fijó una renta de 800 libras anuales para sus padres (unas 400 000 actuales), insistiendo en que compraran una calesa, y de 500 libras anuales para su antiguo comandante en jefe, «cuyos recursos eran muy precarios». Tras dedicar unas 50 000 libras a estas larguezas, compró tierras con miras a asegurarse escaños en los Comunes para sí mismo y una pequeña camarilla de clientes.

Compró también un considerable paquete de acciones (100 000 libras) en la Compañía de las Indias Orientales, que asignó a hombres de paja, con objeto de crear un pequeño grupo parlamentario. En aquel entonces, las reuniones del consejo de propietarios, como se llamaba, eran «populosas, tormentosas, e incluso sediciosas… Se amañaban las votaciones hasta extremos insospechados». Robert Clive era alguien con quien había que contar. A corto plazo, esta transferencia de dinero y poder político del misterioso Oriente a los condados campestres y a las salas del parlamento de Inglaterra resultó desagradable: era demasiado repentino, demasiado nuevo. ¿De dónde salían aquellos nababs, que compraban grandes heredades, aspiraban al reconocimiento social y corrompían la política inglesa? Era inevitable: se reclamó una investigación oficial y encuestas parlamentarias, que llevaron a juicios escandalosos (Warren Hastings) y provocaron importantes cambios en los estatutos sociales de la Compañía de las Indias Orientales. Las nuevas cláusulas, que establecían una supervisión más estrecha del gobierno de Bengala por el estado, hicieron sin duda más difícil enriquecerse rápidamente «con malas artes», pero todavía podía amasarse una fortuna mayor en la India en unos pocos años que en toda una vida en Inglaterra.

A largo plazo, la arrogación de un imperio británico en India plantearía graves problemas de estrategia política y de ética. La Compañía consideraba que sus logros eran permanentes, «tan permanentes como pueda permitirlo la sabiduría humana» (1766). Por consiguiente, tenía que «proteger y cuidar de los habitantes… cuyos intereses y riquezas son ahora nuestra preocupación fundamental», por el propio bien de la Compañía. La India se consideraba un conjunto de bienes raíces donde coincidían los intereses del arrendatario con los del propietario[24].

Muy inteligente y muy británico, pero nada sencillo. Después de la citada reforma, se imponía la tarea de fomentar el desarrollo de la India, complicada por una cauta reticencia a interferir en las instituciones sociales y culturales de aquel país. La economía india creció y cambió a medida que las nuevas tecnologías, y en particular el ferrocarril, fueron llegando del extranjero. Pero reaccionó lentamente ante la Revolución industrial, excepto como proveedor de algodón en rama, de modo que la producción india de algodón, antaño la mayor del mundo, entró en recesión y a punto estuvo de desaparecer. Los historiadores indios acusan de este fenómeno a sus opresores coloniales, quienes no solo prohibieron los aranceles protectores (¡viva el comercio libre!), sino que gravaron la producción india para permitir el acceso en igualdad de condiciones de los hilos y tejidos ingleses. Pero ahí no radica el problema. Tanto los empresarios indios como los británicos gozaban de entera libertad para adoptar métodos modernos de producción en la India, como hicieron a principios de la década de 1850. Si no lo hicieron antes, probablemente tenían buenas razones para ello.

¿Cómo tenemos certeza de los hechos? Naturaleza de las pruebas

Algunos de los trabajos más importantes de la historiografía india son obra de estudiosos indios que, irónicamente, han debido basarse casi exclusivamente en datos y documentos europeos. Por parte india apenas si han llegado hasta nuestros días documentos escritos.

Cuanto sabemos, por ejemplo, del comercio marítimo indio en los siglos XVI a XVIII, y sobre la manufactura textil en particular, procede casi exclusivamente de los archivos de la compañías comerciales autorizadas y de sus gobiernos europeos, así como de los relatos de viajes y la correspondencia procedente o destinada a Europa[25]. Lógicamente, estos documentos no ilustran más que las exterioridades de lo que realmente ocurrió. Sin embargo, son prolijos y sugerentes —y contienen cierta cantidad de material indígena— y han aportado datos para muchas interpretaciones históricas de primera línea.

Una buena pregunta de historia cultural es a qué se debe este desfase. Los indios eran letrados (aunque carecían de imprenta), y ningún imperio como el mogol podía funcionar sin documentos ni correspondencia. Tampoco podían los comerciantes indios inmersos en el comercio internacional prescindir de semejantes ayudas para la memoria y la comunicación. ¿Hubo un problema de conservación? Y, si así fue, ¿por qué han sobrevivido los documentos de la Compañía de las Indias Orientales en Madrás, Bombay y Calcuta? ¿Existía una diferencia radical en las formas de organización comercial? Las compañías autorizadas dependían de una maquinaria burocrática sofisticada, y burocracia es sinónimo de papel. Quizás se trate de un problema de continuidad y de custodia. Las unidades políticas indias y, con ellas, sus documentos, eran efímeros. Quizás habrían debido escribir sobre tablillas de arcilla o piedra.

Una cosa es indudable: los europeos de la época ya se interesaban por los documentos. Cabe resaltar en este sentido la diferencia entre sociedades letradas *hieráticamente* y letradas *globalmente*. Los europeos, pese al analfabetismo endémico entre el populacho, pertenecían a esta segunda categoría. A partir de un nivel medio, todos leían, pero también escribían y publicaban, no solo los funcionarios, sino también los ciudadanos. Los equivalentes más próximos en el mundo no europeo serían los japoneses y los hebreos. Los europeos también sentían un interés apasionado por los demás pueblos y sociedades: la inmensa mayoría de los relatos de viajes de la época fueron escritos por y para ellos.

Este factor, la curiosidad, fue un aspecto predominante y característico de la expansión y el dominio europeos. Ya fuera deliberada o inconsciente (y era ambas cosas), preparó el terreno para el reconocimiento del mundo y su explotación. Recientemente, los críticos anticolonialistas han exagerado los supuestos entuertos de la curiosidad occidental, tildando indiscriminadamente de malhechores a estudiosos, espías y agentes diplomáticos. La formulación más célebre de este pliego de cargos es el polémico libro *Orientalismo* (1978), de Edward Said. (Se vuelve a abordar esta obra vigorosa e influyente en el capítulo XXIV, pp. 379-382). En la medida en que postula que solo desde dentro puede conocerse la verdad acerca de las sociedades, está equivocado. En la medida en que usa esta premisa para desacreditar la obra de sus oponentes intelectuales, es polémico y acientífico. Pero, en la medida en que apunta la utilidad y el poder de la información, para lo bueno y para lo malo, no le falta razón.

ALIMENTOS, INGRESOS Y NIVEL DE VIDA

¿En qué condiciones se encontraba la «masa» en la India prebritánica? Los viajeros y visitantes europeos se refieren a una pobreza generalizada, o incluso a la miseria

imperante, y los interlocutores indios convienen en que así era. ¿Por qué hay tantos templos en el sur de la India? «El suelo es inmensamente productivo, mientras que las necesidades de subsistencia de los habitantes son muy escasas». Un viajero inglés visita a un rey local que se refiere a sus campesinos como «bellacos desnudos y muertos de hambre». ¿Necesidades? «El dinero no les conviene: dadles vituallas y un taparrabos, con eso les bastará[26]».

Algunos historiadores alegan que estos extranjeros sabían y comprendían menos de lo que creían, o que pintaron la India con tintes sombríos para que resaltara mejor el fulgor de Europa. Unos pocos han llegado a afirmar —basándose en estimaciones de la ingesta de alimentos— que los labriegos indios vivían mejor que los campesinos británicos[27].

Esta «cliometría calorimétrica» me parece poco plausible en vista del abismo que mediaba entre las técnicas asiáticas y europeas[*]. Tampoco me convencen los esfuerzos de proyectar estimaciones comparativas de los ingresos en el siglo XX sobre la situación en el siglo XVIII[28]. Las posibilidades de falsear los resultados son infinitas: el poder multiplicador del más ínfimo error sobre doscientos años es enorme.

En estos ejercicios especulativos, las cifras solo merecen crédito si concuerdan con el contexto histórico. Dicho contexto, en el caso de la India, se caracterizaba por unos derechos de propiedad restringidos y un atraso tecnológico. Europa occidental, bien encarrilada ya en la senda que la conduciría a la Revolución industrial, inventaba y aportaba retoques a artefactos ingeniosos, que permitían ahorrar trabajo y, en particular, máquinas movidas a mano y propulsadas por energía. Había dejado atrás desde hacía mucho a Asia. Es así de sencillo: unas técnicas más productivas redundan en rentas más elevadas.

¿Qué fue de Omichund?

Las negociaciones entre los británicos y Mir Jafar las llevaron a cabo dos agentes, uno de ellos Omichund, un negociante de Bengala que residía en Calcuta bajo la protección de la Compañía y había sufrido graves pérdidas a raíz de la captura del nabab y la ocupación de la ciudad. De Omichund nos dice Macaulay, con el candor de una época que no conocía la corrección política, que su experiencia de los negocios le había preparado para mediar entre los ingleses y la corte del nabab. «Tenía mucha influencia entre los de su raza y, en buena medida, las virtudes hindúes, capacidad de observación rápida, tacto, habilidad, perseverancia, y sus defectos, servilismo, codicia y falsedad».

El cometido de Omichund consistía en seducir y embaucar al nabab. Cosa que hizo. Gracias a sus invenciones y ficciones, el plan seguía su curso; pero, cuanto más maduraba, más dependía de la discreción de Omichund. Una palabra suya podía arruinar la conspiración. Y, justo en ese momento, Clive empezó a recibir noticias inquietantes, según las cuales amenazaría con traicionarlos a menos que recibiera una sustanciosa compensación. ¿Sustanciosa? Quería 300 000 libras esterlinas (unos 150 millones de dólares de nuestros días) y, sobre todo, quería ese compromiso por escrito en el tratado que sellara la entronización de Mir Jafar en Bengala.

Clive estaba indignado. Aquello era una falta de honradez flagrante. También era codicia. Decidió pagar una traición con una contratraición y pergeñó dos tratados: uno real, sobre papel blanco, en el que no se mencionaba a Omichund, y otro, falso, sobre papel rojo, con una cláusula en favor del negociante. No todos los ingleses estaban dispuestos a consentir ese fraude: el almirante Watson se negó a firmar el papel rojo, una omisión que despertaría sin duda las sospechas de Omichund. De modo que Clive —si nos han de colgar, qué más da que sea por una vaca que por una oveja—, imitó la firma del almirante.

Había llegado el momento de entrar en acción. El nabab, confiado, se levantó en armas. Clive y sus tropas inglesas —hombres, como dijo de ellos, incapaces de batirse en retirada— lo derrotaron en Plassey (1757). El nabab abandonó el campo de batalla y luego el trono. Los vencedores se reunieron para repartirse los despojos. Omichund se presentó en la conferencia cargado de esperanzas, pues Clive le había tratado hasta el último minuto con la mayor de las deferencias. Fue entonces cuando se leyó el documento blanco. Ninguna mención a Omichund. Al darse la vuelta hacia Clive, se topó con esta respuesta: «El tratado rojo es falso. No recibirás nada». El pobre hombre se desmayó y fue reanimado, pero no volvió a recuperar el juicio. Fue sumiéndose paulatinamente en el letargo y el estupor. Él, que había sido un hombre de inteligencia aguda y sencillez en el vestir, vagaba ahora sin rumbo vestido con ropajes enjoyados y suntuarios. Murió a los pocos meses.

Macaulay, que por lo general simpatiza con Clive, se muestra intratable ante esta felonía: «este hombre, en otros momentos de su vida *gentleman* y soldado digno de encomio, en cuanto tuvo que vérselas con un intrigante indio, se convirtió asimismo en un intrigante indio, y se rebajó, sin escrúpulo alguno, a prodigar caricias hipócritas, a cambiar un documento por otro y a falsificar firmas[29]». Pero Macaulay aún tiene peores cargos contra él en su alegato. Sin dejar de destacar todos los vicios morales de Clive, prefiere fundamentar su acusación en criterios estratégicos «como los que habría empleado Maquiavelo».

Clive había cometido «no un simple crimen, sino un error extremadamente grave». Los individuos pueden enriquecerse recurriendo a la perfidia; los estados, no. En el ámbito público, la reputación de honradez es más valiosa que el coraje y la inteligencia, lo cual es particularmente cierto en un mundo hecho de falsedades y traiciones. Solo la fama de honestidad incondicional habría permitido a Gran Bretaña preservar su imperio en la India a tan bajo coste; solo así se podría haber sustraído toda la riqueza de aquella nación de sus almacenes ocultos. Los príncipes más poderosos de Oriente, señala, no logran persuadir a sus sujetos de que compartan sus riquezas a cambio de una rentabilidad basada en la usura; los británicos, en cambio, pueden producir decenas de millones de rupias al 4 por 100.

Esta es la sentencia de Macaulay. No le falta razón. Pero ¿fueron más escrupulosos los sucesores de Clive? ¿O es que los imperialistas y estadistas han aprendido a mentir mejor? ¿O a mentir en unas cosas y no en otras? ¿Practicar la honestidad en asuntos crematísticos y el resto, con el diablo se las haya? Eso sería una ironía. El hecho es que, incluso en la época virtuosista de Macaulay, la honradez estaba en función de la *raison d'état*. Incluso en asuntos de dinero: sobre todo en asuntos de dinero. Es cierto que los inversores confiaban en la palabra de Gran Bretaña y compraban *consol* al 4 por 100[*]. Y que Gran Bretaña nunca defraudó su confianza… hasta el siglo XX, en el cual las guerras y los déficits han

mermado la capacidad adquisitiva de la libra y acabado con el patrón oro. ¿Es la inflación una especie de mentira impersonal?

Capítulo XII

VENCEDORES Y PERDEDORES: BALANCE DEL IMPERIO

El descubrimiento de América y la circunnavegación de África ofrecieron a la burguesía en ascenso un nuevo campo de actividad. Los mercados de las Indias y de China, la colonización de América, el intercambio con las colonias, la multiplicación de los medios de cambio y de las mercancías en general imprimieron al comercio, a la navegación y a la industria un impulso hasta entonces desconocido y aceleraron, con ello, el desarrollo del elemento revolucionario de la sociedad feudal en descomposición.

MARX y ENGELS, Manifiesto del partido comunista[*]

El final del siglo XVIII marcó a la vez un principio y un final. Vio la liquidación de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales; la prohibición del comercio británico de esclavos en el Atlántico (aunque no el final de la esclavitud[*]); el cénit y el ocaso de la bonanza del azúcar (incluida la revolución y derrota de los hacendados y de las plantaciones de Saint-Domingue [hoy Haití]); el final del *ancien régime* en Francia; el final del imperialismo a la antigua usanza. La nueva era vería a Europa perder el control formal de los territorios ultramarinos (España sería la gran perdedora), pero ganar una mayor preponderancia económica. Europa lograría asimismo penetrar en territorios antes considerados inaccesibles e intocables (China, Japón), creando al mismo tiempo en otros (India, Indonesia) un nuevo tipo de imperio a su imagen y semejanza.

El factor determinante de esta metamorfosis fue la Revolución industrial, iniciada en Inglaterra en el siglo XVIII y emulada en todo el mundo. La Revolución industrial hizo más ricos a algunos países y empobreció (comparativamente) a otros; o, más exactamente, algunos países llevaron a cabo una revolución industrial y se enriquecieron y otros no, permaneciendo pobres. Este proceso de selección empezó en realidad mucho antes, durante la era de los descubrimientos.

Para algunas naciones, España por ejemplo, la apertura del mundo fue una invitación a la prosperidad, el boato y la ambición, un antiguo modo de proceder, pero a una escala mucho mayor. Para otras, como Holanda e Inglaterra, fue la ocasión de hacer cosas nuevas de modos nuevos, de subirse a la ola del progreso tecnológico. Y, para otros, como los amerindios o los tasmanios, fue el apocalipsis, un destino cruel impuesto desde el exterior.

La apertura propició en un primer momento un intercambio —el llamado intercambio colombino— entre las formas de vida de dos biosferas. Los europeos descubrieron en el

Nuevo Mundo nuevas gentes y animales pero, sobre todo, nuevas plantas: algunas nutritivas (maíz, cacao, patata, boniato), otras adictivas y peligrosas (tabaco, coca), algunas útiles para la industria (nuevas maderas duras, caucho). Estos productos se adaptaron de formas diversas a las diferentes situaciones del Viejo Mundo, algunos pronto, otros más tarde (el caucho no adquirirá importancia hasta el siglo XIX).

Los nuevos alimentos modificaron las dietas en todo el mundo. El maíz, por ejemplo, se convirtió en producto básico de las cocinas italiana (*polenta*) y balcánica (*mamaliga*), mientras que las patatas se convirtieron en la fécula principal de la Europa situada al norte de los Alpes y los Pirineos, llegando a sustituir en algunos lugares al pan (Irlanda, Flandes). Tuvo tanta importancia que algunos historiadores han visto en la patata como el origen secreto de la «explosión» demográfica europea del siglo XIX[1]. Pero no solo en Europa. Este tubérculo, cultivado en terrenos pobres y escarpados, junto con los cacahuetes, los boniatos y los ñames, aportó un valioso suplemento alimenticio a una población china que, en el siglo XVIII, comenzó a abandonar la alimentación basada en el arroz.

A cambio, Europa llevó al Nuevo Mundo plantas nuevas (azúcar, cereales), así como nueva fauna (caballos, bovinos, ovinos y nuevas razas caninas). Algunos de estos animales se utilizaron como arma de conquista o, como el ganado vacuno y ovino, arrebató buena parte del territorio a sus habitantes. O bien, un hecho de nefastas consecuencias, los europeos y los esclavos negros que llevaron consigo desde África portaban un equipaje malévolo y microscópico: los virus de la viruela, el sarampión y la fiebre amarilla, el parásito protozoario de la malaria, el bacilo de la difteria, la *rickettsia prowazekii* del tifus, la espiroqueta del pián, la bacteria de la tuberculosis. Los habitantes del Viejo Mundo se habían inmunizado en diversos grados contra estos patógenos. Siglos de exposición en Eurasia habían seleccionado las cepas humanas resistentes a esas enfermedades. Los amerindios, por su parte, morían por millares; en algunos lugares perecieron todos, hasta el momento en que solo la escasez de supervivientes y algunas cepas afortunadamente resistentes permitieron a unos pocos salir a flote.

Resulta difícil precisar por qué la biosfera eurasiática era mucho más virulenta que la americana. ¿Mayores densidades demográficas y mayor frecuencia del contagio? ¿Dónde estaban las enfermedades amerindias? Solo una ha llegado hasta nuestros días, la sífilis, que los franceses llamaban el mal italiano; los alemanes, enfermedad gálica, y así sucesivamente, a medida que se abría camino desde los puertos marinos hasta el resto de Europa[*].

Con todo, los invasores también tenían puntos débiles. Los turistas estadounidenses que visitan México llaman a la diarrea del viajero la «venganza de Moctezuma»; los que visitan la India se refieren a los «retortijones de Delhi». Estas muletillas se utilizan con intención irónica, pero, de hecho, los europeos que emigraron a estas tierras extrañas en los primeros tiempos fueron fácil presa de los patógenos e infecciones locales y cayeron «como moscas[2]». Dependiendo del lugar. El clima y la higiene —sistemas de evacuación y eliminación de residuos, suministro de agua y desagües, costumbres personales, usos sociales— tuvieron una incidencia notable. Así, el área del océano Índico resultó tres o cuatro veces más mortífera que las zonas templadas, mientras África occidental era una sentencia de muerte. Las tasas de mortalidad eran ahí cincuenta veces superiores[3]. En estas regiones más extensas, la mayor densidad demográfica propiciaba focos de

contaminación difíciles de erradicar, como ocurrió con Bombay, en la India, o con Batavia en Indonesia. Una ilustración en la sobrecubierta de la trilogía de Femand Braudel (*Civilisation matérielle*, etc.) retrata la cena de una familia portuguesa acomodada en Goa, en una habitación inundada de agua: la mesa flota sobre el agua, los pies de los comensales se hunden en ella. Lo cual impedía sin duda a la fauna reptante unirse al ágape, pero era una invitación a los insectos acuáticos. Por no mencionar a los voladores.

Las migraciones marítimas, por consiguiente, voluntarias o involuntarias (esclavos), fueron causa de grandes mortandades y quebrantos en el mundo. Pero también de riquezas y ocasiones propicias para los europeos, tanto los que se quedaban en casa como los que emprendían la aventura de las Indias. Es la ley de la emigración en las sociedades de mercado: las personas se marchan para medrar y, al hacerlo, mejoran la capacidad de negociación de quienes se han quedado, mientras que en su nuevo hogar crean o se apoderan de riquezas (alimentos, madera, minerales o manufacturas) que enviar o con las cuales volver al país de origen.

Estas ganancias se obtuvieron poco a poco. Solo en el siglo XIX permitieron las mejoras en el transporte implantar en el Medio Oeste norteamericano la agricultura comercial. Esos mismos avances abarataron y fomentaron la inmigración, justo a tiempo para canalizar una explosión demográfica sin precedentes en Europa. Pero incluso los éxodos más reducidos de los primeros tiempos hicieron posible una importante contribución norteamericana al suministro de alimentos a las plantaciones coloniales y a las metrópolis, y todo lo que había de venir ya estaba ahí, en ciernes. El crecimiento económico y demográfico de Europa en los siglos XVIII y XIX tuvo sus penurias y miserias, pero ningún continente se ha modernizado en el curso de la historia tan rápidamente. En buena medida se debió al Nuevo Mundo, se hizo a expensas de los lomos de los amerindios, los esclavos africanos y los sirvientes ligados por contratos de servidumbre limitada.

> Si España no tiene dinero, oro ni plata, es porque tiene todas estas cosas y, si es pobre, es porque es rica… Podría pensarse que se ha querido hacer de esta república una república de gentes encantadas que vivieran al margen del orden natural. (Martín González de Cellorigo, 1600)[4].

Mucho antes de la agricultura y las manufacturas vinieron las rapiñas y los saqueos. El comercio colombino redistribuyó la riqueza, la flora y la fauna: una transferencia de sentido único, de viejos ricos a nuevos ricos. La importancia económica capital de la afluencia de riquezas del extranjero, sin embargo, radicó en la desigualdad de sus efectos. Algunos solo se hicieron ricos para gastar; otros ahorraron e invirtieron sus bienes. Lo mismo ocurrió con algunos países: algunos eran solo levemente más ricos al final del proceso que al principio, mientras que otros usaron su nueva fortuna para crear más dinero.

Irónicamente, las naciones que habían iniciado el proceso, España y Portugal, fueron al final las perdedoras. Se trata de uno de los grandes temas de la historia y la teoría económica. A fin de cuentas, todos los modelos de crecimiento ponen de relieve la necesidad del capital y su poder, del capital en tanto que sustituto de la mano de obra, agilizador del crédito, bálsamo de proyectos conflictivos, deshacedor de entuertos, segunda ocasión para las grandes empresas, principal acicate del desarrollo económico. Una vez

amasado el capital, el resto debería venir por añadidura. Y, gracias al imperio, España y Portugal tenían capital.

En particular España. Su nueva riqueza le llegaba en bruto, en forma de dinero que gastar o invertir. España optó por gastar, en el lujo y en la guerra. La guerra es el más perjudicial de los gastos posibles: en lugar de crear, destruye, no atiende a razones ni conoce límites, y los desequilibrios y escaseces de recursos inevitables propician una irracionalidad despiadada, que a su vez encarece los costes. España gastó tanto más libremente cuanto que su riqueza fue inesperada e inmerecida, no ganada a pulso. *Siempre es más fácil desperdiciar el dinero llovido del cielo*.

¿Quién se hizo con aquel dinero? Si no se atesora, el dinero acaba usándose de una manera u otra, va y viene, por suerte o por desgracia. España gastó gran parte de su riqueza en los campos de batalla de Italia y Flandes. Se destinó a la paga de soldados y a la adquisición de armamento, incluidos los cañones de hierro comprados a los ingleses, enemigos intermitentes, a la adquisición de víveres, muchos de ellos a holandeses y flamencos, enemigos intermitentes, y de caballos y naves.

Mientras tanto, la riqueza de las Indias afluía cada vez menos a la industria española, porque los españoles ya no tenían por qué seguir fabricando cosas, pues podían comprarlas[5]. En 1545, los fabricantes españoles tenían atrasos de pedidos procedentes del Nuevo Mundo para seis años. En aquella época, en principio, el imperio ultramarino solo podía abastecerse recurriendo a productores españoles. Pero había una clientela numerosa y grandes beneficios en perspectiva, y los negociantes españoles apelaron a los proveedores extranjeros, usando su nombre para encubrir las transacciones. Hecha la ley, hecha la trampa. Tampoco llegó el tesoro americano a la agricultura española: España podía comprar alimentos. Como un feliz súbdito de la corona lo expresó en 1675, el mundo entero trabaja para nosotros:

> Que Londres produzca tantos de esos paños suyos como le plazca; Holanda, sus cambrayes; Florencia, sus telas; las Indias, sus armiños y vicuñas; Milán, sus bordados; Italia y Flandes, sus linos, mientras nuestra capital puede gozar de ellos. Lo único que ello demuestra es que todas las naciones envían jornaleros a Madrid, y que Madrid es la reina de los parlamentos, pues todo el mundo la sirve y ella no sirve a nadie[6].

Aún se oyen disparates semejantes en nuestros días, so capa de la ventaja comparativa y la teoría neoclásica del comercio. He oído a estudiosos concienzudos afirmar que Estados Unidos no tiene por qué preocuparse por su enorme déficit comercial con Japón. Después de todo, dicen, los japoneses nos dan cosas útiles a cambio de papel impreso con la efigie de George Washington. Suena bien, pero no es bueno. La riqueza nunca reemplazará al trabajo, ni las riquezas a los ingresos. Un embajador marroquí en Madrid comprendió en 1690-1691 la naturaleza del problema:

> … la nación española posee hoy la mayor riqueza y las mayores rentas de todos los cristianos. Pero el amor al lujo y las comodidades de la civilización les han superado, y raramente se encontrará a alguien de esta nación que se dedique al comercio o viaje al extranjero por motivos comerciales, como hacen otras naciones cristianas como los holandeses, los ingleses, los franceses, los genoveses y otros. De igual modo, la artesanía a que se dedican las clases más bajas y la gente del común son objeto del desprecio de esta nación, que se considera superior con respecto a las demás naciones cristianas. La

> mayoría de estos artesanos son en España franceses, [que] acuden en tropel a España en busca de trabajo… [y] en poco tiempo amasan grandes fortunas[7].

El recurso a los metecos (forasteros) prueba la incapacidad de fomentar los conocimientos técnicos o el espíritu de empresa.

Dicho de otro modo, España se hizo (o siguió) pobre porque tenía demasiado dinero. Las naciones que trabajaron aprendieron buenas costumbres y las conservaron, tratando de encontrar nuevos medios de perfeccionar y agilizar el trabajo. Los españoles, por su parte, se dejaron arrastrar por su inclinación a las apariencias sociales, el ocio y los entretenimientos, lo que Cario Cipolla llama «la mentalidad de hidalgo imperante». No eran los únicos. En todos los países europeos se tenía por honrada la vida ociosa y se despreciaba el trabajo manual; en España, sin embargo, esta actitud era más radical, en parte porque una sociedad fronteriza y belicosa no es buena maestra de la paciencia y el trabajo duro, en parte porque la artesanía y los trabajos industriales y agrícolas estuvieron mucho tiempo en manos de minorías expulsadas, como los judíos y los musulmanes. Como lo expresó el cronista Bernáldez, refiriéndose a los judíos a finales del siglo XV:

> … todos ellos eran negociantes, comerciantes, recaudadores por cuenta del estado; eran administradores de la nobleza y oficiales tondadores, sastres, zapateros, curtidores, talabarteros, tejedores, tenderos, buhoneros, fabricantes de seda, herreros y orfebres y otras profesiones similares. Nadie cultivaba la tierra; nadie trabajaba en el campo, no había carpinteros ni albañiles. Todos buscaban oficios cómodos y formas de ganarse la vida con poco trabajo.

Los trabajos estigmatizados se dejan a los parias, y lo que hacen los parias está maldito[8]. Mejor ser pobre y sin empleo. Los pobres desempeñaban en España un papel de primer orden: ayudar a los ricos a comprar su salvación[9].

Cuando la gran afluencia de metales preciosos se detuvo a mediados del siglo XVII, la corona española estaba seriamente endeudada, declarándose en bancarrota en 1557, 1575 y 1597. El país entró en un largo período de declive. De este episodio puede extraerse la siguiente moraleja: el dinero fácil es malo para la salud. Supone una ganancia a corto plazo que provoca falseamientos inmediatos de la situación y, después, lágrimas[*].

Las naciones de Europa del norte estarían de acuerdo. Prosperaron merced a la apertura del mundo. Capturaron peces, extrajeron y refinaron aceite de ballena, cultivaron, vendieron y revendieron cereales, tejieron paños, fundieron y forjaron hierro, cortaron madera y explotaron minas de carbón[10]. Se ganaron sus propios imperios, afortunadamente no agraciados con oro ni plata. Sin renunciar a pillar y saquear cuando se presentaba la ocasión, construyeron su prosperidad fomentando las cosechas renovables y la continuidad en las actividades industriales (incluida la industria de la esclavitud, aunque fuera perjudicial), y no la extracción de minerales que acaban por agotarse. Optaron por trabajar.

El desplazamiento del eje de gravedad económica hacia el norte de Europa trasciende obviamente el infausto fiasco español. Las grandes ciudades estado mercantiles e industriales de Italia —Venecia, Florencia, Génova— también quedaron relegadas. Italia había liderado la revolución comercial medieval, mostrando el camino a seguir para abolir

la autarquía y entrar en la era del comercio internacional y la división del trabajo. Hasta el siglo XVI, Italia fue uno de los protagonistas de este proceso, con sus espléndidas manufacturas y su destacado papel en la prestación de servicios comerciales y bancarios a España y al norte de Europa. Con todo, no supo aprovechar plenamente las oportunidades que le brindaba la gran apertura: no se veían naves italianas en el océano Índico ni atravesando el Atlántico. Italia estaba atrapada en su enclave, en el centro de su gran mar interior. Atrapada también por las antiguas estructuras: el férreo control de los gremios entorpecía las actividades industriales y dificultaba la adaptación de los productos a los nuevos gustos. El coste de la mano de obra no se fue abaratando, porque la fabricación se llevaba a cabo fundamentalmente en talleres urbanos y corporativos, que empleaban a artesanos varones y adultos que habían pasado los años de aprendizaje prescritos[11].

El adelanto del norte con respecto al sur llamó la atención ya en aquella época. A partir del siglo XVIII, los observadores explicaron esta diferencia en términos psicológicos. Se decía que los nórdicos eran tercos, torpes y diligentes. Trabajaban dura y eficientemente, pero no tenían tiempo para disfrutar de la vida. En cambio, los del sur se veían despreocupados y felices, apasionados hasta el punto de que requerían una estrecha vigilancia y más dados al ocio que al trabajo. Este contraste se vinculaba a la geografía y al clima: cielos nublados o despejados, frío frente a calor. Algunos incluso encontraban esta discrepancia en el interior de cada país: entre lombardos y napolitanos, entre catalanes y castellanos, flamencos y *gens du midi*, escoceses y habitantes del ducado de Kent.

Estos estereotipos contienen una onza de verdad y una libra de pereza mental. No cuesta nada refutarlos. Pero no por ello se responde a la pregunta de por qué unos dilapidan fortunas fabulosas y otros se hacen con ellas. El «declive y ocaso» de España recuerda al de Roma: plantea la cuestión fascinante del éxito frente al fracaso, un tema que nunca cansará a los estudiosos.

Probablemente la explicación más polémica sea la que formula el sociólogo alemán Max Weber. Weber, primero especialista en historia del mundo antiguo y luego dedicado a multitud de temas de sociología, publicó en 1904-1905 uno de los ensayos más influyentes y provocativos jamás escritos: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*[*]. En él sostiene la tesis de que el protestantismo —o, más concretamente, sus ramas calvinistas— fomentó la eclosión del capitalismo moderno, esto es, del capitalismo industrial que él conoció en su Alemania natal. No lo hizo, dice, atenuando ni abrogando los aspectos de la fe romana que habían impedido o entorpecido la actividad económica libre (la prohibición de la usura, por ejemplo), ni con miras a alentar, y aún menos a inventar, la búsqueda de la riqueza, sino creando y sancionando una ética de la conducta cotidiana que propició su éxito en los negocios.

El protestantismo calvinista, según Weber, comenzó por elaborar la doctrina de la predestinación, con arreglo a la cual no se puede lograr la salvación del alma mediante la fe o las buenas obras, puesto que desde la noche de los tiempos ya está escrito el destino de todos, y nada puede alterar el destino.

Esta creencia podía haber desembocado en el fatalismo. Si la buena conducta y la fe no sirven para nada, ¿por qué no prescindir de ellas? ¿Por qué hay que ser bueno? Porque, según el calvinismo, la bondad es un indicio plausible de formar parte de los elegidos.

Cualquiera podía ser un elegido, pero era razonable suponer que la mayor parte revelarían por su carácter y comportamiento la virtud de sus almas y la naturaleza de su destino. Esta garantía implícita fue un poderoso acicate de la corrección del pensamiento y la conducta. Como la inglesa Elizabeth Walker explicaba en una carta a su nieto en 1689, aludiendo a uno de los signos de ser depositario de la gracia, al mismo tiempo insignificante y fundamental, «No todas las personas aseadas son buenas, sino que hay pocas personas buenas y todas son aseadas[12]». Y, aunque la fe absoluta en la predestinación solo durara una generación o dos (un dogma de este tipo tiene escaso interés), se acabó convirtiendo en un código de comportamiento secular: trabajo duro, honestidad, seriedad, frugalidad en el empleo de dinero y tiempo (ambos dones de Dios[*]). «*Corto es el tiempo* —pontificaba el clérigo puritano Richard Baxter (1615-1691)— y largas las fatigas[13]».

Todos estos valores contribuyen a los negocios y a la acumulación de capital, pero Weber puso de relieve que el buen calvinista no tiene la riqueza como meta. (Aunque hubiera creído sin duda que una riqueza honradamente amasada es signo de favor divino). Europa no tuvo que esperar a la Reforma protestante para encontrar a personas que quisieran enriquecerse. El postulado de Weber es que el protestantismo forjó un hombre de negocios de nuevo cuño, un tipo de persona diferente, que se propuso vivir y trabajar de determinada manera. Lo que cuenta es la *manera*: las riquezas son, en el mejor de los casos, su producto derivado.

Un buen calvinista resumiría el problema de España con una fórmula: prosperidad fácil, riqueza inmerecida. Compárense las actitudes de protestantes y católicos ante el juego en la historia moderna. Ambos lo condenaron, pero los católicos lo hicieron porque se podía perder (de hecho, se perdía) y ninguna persona responsable debía poner en peligro su bienestar y el ajeno de aquel modo. Los protestantes, por su parte, lo condenaban porque se podía ganar, y eso era malo para el carácter. Solo con el correr del tiempo degeneraría la ética protestante en un conjunto de máximas para el éxito material y de sermones autocomplacientes y zalameros sobre las virtudes de la riqueza.

La tesis de Weber provocó toda suerte de rechazos. Los católicos romanos no sabían si aceptarla por sus elementos laudatorios o censurarla por su contenido crítico. Los historiadores materialistas rechazaron la idea de que abstracciones como valores y actitudes, y especialmente las instigadas por la religión, pudieran predeterminar y configurar el modo de producción. Este rechazo fue tanto más virulento cuanto que Max Weber se había propuesto explícita y sacrílegamente refutar a Marx a este respecto. Para poner el buey delante del carro, algunos han aducido que fue la aparición del capitalismo la que generó el protestantismo, o que el protestantismo atrajo al tipo de gente —comerciantes, artesanos— entre cuyos valores ya se contaban el trabajo duro y el éxito en los negocios[14].

En un estudio influyente llamado *Religion and the Rise of Capitalism* el historiador y sociólogo R. H. («Harry») Tawney negó la existencia de vínculo alguno entre protestantismo y crecimiento económico. La bonanza de la economía inglesa en el siglo XVI, afirma, solo se produjo cuando la influencia religiosa comenzó a decaer, siendo sustituida por actitudes laicas. Concede que la ética puritana de la disidencia aportó una valiosa contribución: resguardó a los comerciantes y fabricantes de las mofas y befas, del escarnio de la alta sociedad. Les infundió un alto concepto de su dignidad y honradez, fue como un

escudo en el que parapetarse de los prejuicios anticomerciales. De modo que, sin caer en la tentación de la ociosidad, los buenos calvinistas arrimaban el hombro al tajo de generación en generación, acumulando riqueza y experiencia en su camino[15].

La tesis inspirada en Weber y formulada por el sociólogo Robert K. Merton, quien afirma que existe un vínculo directo entre el protestantismo y la aparición de la ciencia moderna, motivó una polémica similar. Merton no fue el primero en defender dicha teoría. En el siglo XIX, Alphonse de Candolle, de una familia de hugonotes de Ginebra, calculó que, de los noventa y dos miembros extranjeros electos de la Académie des Sciences francesa en el período 1666-1866, setenta y uno eran protestantes, dieciséis católicos y los cinco restantes judíos o de religión indeterminada, y representaban a una población no francesa compuesta por 107 millones de católicos y 68 millones de protestantes. La clasificación religiosa de los miembros extranjeros de la Royal Society de Londres en 1829 y 1869 refleja un porcentaje semejante de católicos y protestantes, en representación de una población en la que los católicos eran tres veces más numerosos que los protestantes[16].

En gran parte se trata, en los países católicos, de un reflejo de la mayor presencia de católicos en las profesiones liberales clásicas y en la burocracia pública y, por consiguiente, su preferencia por otro tipo de formación. En gran parte se debe también a los temores de la iglesia, a su aversión por los descubrimientos y postulados de una ciencia que negaba la doctrina religiosa. Como señaló el químico inglés y pastor unitario Joseph Priestley, el papa, al menospreciar la ciencia, «cae en brazos de un enemigo disfrazado»; no en vano «se pone a temblar ante una bomba de aire o una máquina eléctrica[17]».

En contraposición a todas estas tesis, un académico ha afirmado categóricamente que el supuesto vínculo entre ambos fenómenos carece de evidencia empírica[18], que los datos de Weber sobre la diferente formación de católicos y protestantes en la Alemania de finales de siglo (según los cuales, los protestantes mostrarían mayor inclinación por las carreras comerciales o científicas) se han calculado mal, que los negociantes católicos o no calvinistas tuvieron tanto éxito como el prototipo ideal de calvinista a que alude Weber, que también pueden explicarse las diferencias entre la Europa del norte y la del sur por los condicionamientos geográficos o raciales y, por último, que Max Weber es tan artificioso como los sastres que vestían al emperador de China, y su teoría protestante, mucho ruido y pocas nueces.

Sin duda, hay que reconocer que la mayoría de los historiadores consideran hoy la tesis de Weber implausible e inaceptable: tuvo su momento y ha quedado postergada.

Yo discrepo. No estoy de acuerdo desde el punto de vista empírico, pues los documentos demuestran que los comerciantes y fabricantes protestantes tuvieron un papel de primer orden en el comercio, la banca y la industria[19]. En los centros de producción (*fabriques*) franceses y de Alemania occidental, los protestantes eran por lo común los empleadores y los católicos, los empleados. En Suiza, los cantones protestantes eran los centros de exportación de la industria manufacturera (relojes, maquinaria, productos textiles); los católicos eran fundamentalmente campesinos. En Inglaterra, que a finales del siglo XVI era mayoritariamente protestante, los inconformistas (léase calvinistas) coparon prácticamente todos los puestos ejecutivos influyentes en las fábricas y fundiciones de la incipiente Revolución industrial.

Tampoco lo estoy a nivel teórico. La raíz del problema estriba indudablemente en la forja de un nuevo tipo de hombre, racional, ordenado, diligente, productivo. Estas virtudes, que nada tenían de nuevas, distaban de estar generalizadas. El protestantismo las imbuyó a todos sus fieles, que se juzgaban unos a otros en función de su respeto a las normas. Se trata de un tema apasionante, que Weber desarrolló sorprendentemente poco: el papel de la presión del grupo y de la vigilancia mutua para garantizar la eficacia; todo el mundo podía examinar a todo el mundo y meterse en los asuntos ajenos.

Dos rasgos distintivos de los protestantes atestiguan y corroboran la presencia de este vínculo. El primero es la importancia que conceden a la enseñanza y a leer y escribir, así para niñas como para niños. Se trata de un producto derivado de la lectura de la Biblia. Un buen protestante debe leer las Sagradas Escrituras por y para sí. (A diferencia de los católicos, que eran catequizados pero no tenían por qué leer, y a quienes se disuadía explícitamente de leer la Biblia). Esta máxima propició un mayor grado de alfabetización y mayor número de candidatos a los estudios superiores, así como una mayor continuidad de la alfabetización de una generación a otra. *Es importante tener una madre que sepa leer y escribir*.

La segunda es la importancia concedida al tiempo. Nos encontramos ante lo que un sociólogo llamaría una «prueba discreta»: la fabricación y compra de relojes de pared y de muñeca. Hasta en áreas católicas como Francia y Baviera, el grueso de los relojeros era protestante, y el uso de los instrumentos de medición del tiempo y su difusión a áreas agrícolas estaba mucho más generalizado en Gran Bretaña y en Holanda que en los países católicos[20]. Nada resulta más elocuente sobre la sensibilidad con respecto al tiempo como la «urbanización» de la vida rural, con lo que ello implica en términos de rápida difusión de valores y gustos.

Lo que no equivale a afirmar que el «prototipo» de capitalista de Weber solo se diera entre los calvinistas y sus reencarnaciones posteriores en diversas sectas. Los creyentes de cualquier confesión y sin credo alguno pueden ser racionales, diligentes, ordenados, productivos, aseados y sin sentido del humor. O, a la inversa, no tienen por qué ser hombres de negocios. Estas virtudes pueden aflorar en cualquiera y resultarle útiles en todas las encrucijadas de la vida. La tesis de Weber, en mi opinión, es que en aquel momento y en aquel lugar (norte de Europa, siglos XVI a XVIII), la religión fomentó el florecimiento de un tipo de hombre que hasta ese momento había sido excepcional y fortuito, y que ese hombre creó una economía nueva (un nuevo modo de producción) que conocemos como capitalismo (industrial).

A ello cabría añadir la creciente necesidad de capital fijo (equipos y fábricas) en el sector industrial, lo que hizo crucial la continuidad en el proceso, desde el punto de vista del mantenimiento de dicho capital, y del perfeccionamiento y acumulación continuos de conocimientos y experiencia. Estas empresas de producción eran muy diferentes a este respecto de las mercantiles, que a menudo se constituían en forma de agrupaciones temporales de capital y mano de obra, empresas creadas para un viaje o una empresa concreta, que posteriormente se disolvían. (Recuérdese que la Compañía Inglesa de las Indias Orientales operaba de este modo al principio, aunque en este caso pronto se hizo patente que sería preciso un flujo continuo de capital).

Este nuevo tipo de economía tenía requisitos para los que el empresario weberiano estaba especialmente indicado por temperamento y costumbre y, en este sentido, el vínculo establecido por Tawney entre respeto por uno mismo y continuidad resulta muy pertinente. No es casual que la corona francesa, siempre presta a favorecer a burgueses con ambiciones sociales (por lo general, magistrados) con títulos de nobleza —a cambio de algo, por supuesto—, comenzara en el siglo XVII a permitir a los nobles dedicarse al comercio mayorista (pero no al minorista) y, en el siglo XVIII, a imponer a los aspirantes a entrar en el mundo de la industria la condición de seguir en ese sector un plazo mínimo. Se exigía al *négociant* o *fabricant* recién ascendido al rango de noble que siguiera «en los negocios»: una exigencia que antaño se habría juzgado *déshonorante* por sí sola, incompatible con la grandeza de su rango[21]. El problema, tal como lo habría analizado un buen calvinista, era que los honores y la ambición no son propios de hombres de contabilidad y *fabrique*. Trabajan más y mejor vestidos en telas oscuras de lana, sin sedas, encajes ni pelucas.

Por importante que fuera la germinación de esta nueva simiente comercial, no dejó de ser un aspecto entre otros del desplazamiento del poder económico y la riqueza del sur hacia el norte. No solo se desplazó el dinero; también lo hicieron los conocimientos. Y fueron ellos, particularmente en el terreno científico, los que dictaron las posibilidades económicas. En los siglos que precedieron a la Reforma, el sur de Europa era un importante centro educativo, lleno de efervescencia intelectual: España y Portugal, por su condición de frontera entre la civilización cristiana y musulmana y por contar con la intermediación de los judíos, e Italia, que tenía sus contactos particulares. España y Portugal fueron derrotados pronto, debido a que la pasión religiosa y la cruzada militar provocaron la expulsión de las minorías (judíos y, luego, conversos) y cerraron las puertas a todo lo extraño y potencialmente herético, pero Italia siguió aportando algunos de los matemáticos y científicos punteros de Europa. No fue accidental que la primera academia cultural (la Accademia dei Lincei, Roma, 1603) se fundara en dicho país[*].

La Reforma protestante, sin embargo, modificó el panorama. Dio un impulso muy vivo a la lectura y escritura, espoleó disidencias y herejías, y fomentó el escepticismo y el rechazo de la autoridad consustanciales a las actividades científicas. Los países católicos, en lugar de recoger el guante, respondieron al desafío cerrándose en sí mismos e imponiendo la censura. La consecuencia de esta actitud en los territorios de los Habsburgo, entre los que se contaban los Países Bajos, se hizo sentir inmediatamente después de la denuncia de Lutero. La presencia en aquella región de refugiados marranos, temidos y odiados como enemigos de la iglesia verdadera y acusados de propagar deliberadamente las nuevas doctrinas, atizó el nerviosismo.

Se promulgaron infinidad de prohibiciones (a partir de 1521), no solo de publicar, sino incluso de leer herejías, en cualquier lengua. Las autoridades españolas, laicas y eclesiásticas, veían a los luteranos (todos los protestantes se consideraban luteranos) no como disidentes, sino como no cristianos, enemigos de la fe a igual título que judíos y musulmanes[22]. Cualquier sugerencia de acabar con la Inquisición era rápidamente acallada, y la iglesia y las autoridades civiles colaboraron en el control del pensamiento, el conocimiento y las creencias. En 1558, se decretó pena de muerte para la importación de

libros extranjeros sin autorización previa y para la impresión de libros sin licencia. Las universidades quedaron reducidas a centros de adoctrinamiento; los libros heterodoxos y peligrosos se incluyeron en un *Index librorum prohibitorum* (1557 en Roma, 1559 en España), y los libros inocuos se editaron con un *imprimatur* oficial. Entre los libros que figuraban en el índice español cabe destacar las obras científicas prohibidas por ser sus autores protestantes. Pese al contrabando de libros, que podía ser perjudicial para la salud, la difusión de las nuevas ideas entre el conjunto de la sociedad se hizo a ritmo de goteo. (Recordemos el privilegio real y la crítica del libro que anteceden al *Quijote*. Lo importante no es solo la fuerza del capricho, sino las razones absurdas, las trivialidades que pusieron en peligro a una sociedad dada a fantasear y desprovista de sabiduría).

Tampoco pudieron los españoles estudiar en el extranjero, para evitar que ingirieran doctrinas subversivas. El mismo año (1559), la corona prohibió la asistencia a universidades extranjeras, con la excepción de centros tan inocuos como Roma, Bolonia y Nápoles. La consecuencia fue drástica. La universidad de Montpellier siempre había tenido estudiantes de medicina españoles, que a partir de entonces desertaron. Pasaron de 248 en 1510-1559 a 12 en 1560-1599[23]. (¿Qué sería de aquellos doce rebeldes?). Se silenció a los científicos subversivos y se les forzó a autodenunciarse. Los regímenes que practican el control del pensamiento e imponen la ortodoxia nunca quedan saciados con las prohibiciones y los castigos. Los culpables deben confesar y arrepentirse, en aras de su propia salvación y de la ajena.

La persecución condujo a una interminable «caza de brujas», con el complemento de soplones a sueldo, vecinos delatores y una manía racista por los orígenes sanguíneos (limpieza de sangre). Los conversos judaizantes se delataban por indicios inequívocos de prácticas mosaicas: rechazo de la carne de cerdo, vestir ropa de lino limpia los viernes, una oración oída casualmente, asistencia irregular a misa, una palabra desplazada. La limpieza personal en particular alentaba las sospechas, hasta el punto de que tomar un baño podía ser señal de apostasía, para marranos como para moriscos. (La frase «se sabe del acusado que tomaba baños…» es muy común en los registros de la Inquisición)[24]. Suciedad heredada: las personas limpias no tienen por qué lavarse. En todo este proceso, los españoles y portugueses se rebajaron y degradaron. La intolerancia puede perjudicar al perseguidor más que a la víctima.

De modo que la península Ibérica y la Europa mediterránea en su conjunto perdieron el tren de la llamada revolución científica. En la década de 1680, Juan de Cabriada, un doctor valenciano, se enzarzó en una guerra sorda con otros facultativos de Madrid, tratando en vano de convencerles de aceptar el descubrimiento de la circulación sanguínea de Harvey, que contradecía la antigua tradición basada en Galeno. ¿Qué está ocurriendo, se preguntaba, en España? Es «como si fuéramos indios, siempre los últimos» en aprender nuevos conocimientos[25].

El historiador británico Hugh Trevor-Roper ha afirmado que fue esta involución reaccionaria y antiprotestante, más que el propio protestantismo, lo que selló el destino del sur de Europa durante los tres siglos siguientes[26]. Este ostracismo no estaba escrito ni exigido por la doctrina. Pero, una vez tomado este camino, a la iglesia, depositaría y custodia de la verdad, le costó admitir su error y cambiar de derrota. ¿Cuánto le costó?

Recientemente se ha dicho que Roma, por fin, ha rehabilitado casi por completo la memoria de Galileo, después de prácticamente cuatrocientos años. Todo ese tiempo le ha costado.

La condena de Galileo

Galileo Galilei no fue un santo, pero sí un genio y un astro en el firmamento. Para Florencia, Italia, Europa y el mundo entero. Fue un pionero de las ciencias experimentales, un observador sagaz (como corresponde a un miembro de la Academia de los Linces), un pensador agudo y un poderoso polemista y controversista. Sin embargo, en 1633 fue condenado por la iglesia de Roma por contumacia y herejía: «La idea de que el sol se encuentra en el centro del mundo y es inmóvil es absurda, falsa desde el punto de vista de la filosofía y formalmente herética, porque es expresamente contraria a las Sagradas Escrituras».

(Galileo no fue el primero ni el último. Igualmente trascendental, aunque menos recordada, fue la quema, en febrero de 1600 en Roma, de Giordano Bruno, exdominico, un filósofo cuyo concepto imaginario del universo se aproximó más al imperante en nuestros días que el de Copérnico o Galileo: un espacio infinito, billones de estrellas ardientes, una tierra en rotación gravitatoria en torno al sol, una materia compuesta de átomos y otros conceptos semejantes. Todas las herejías se vincularon a las religiones mistéricas y a la magia. De hecho, al quemar a Giordano Bruno, la iglesia proclamaba su intención de hacerse con el control de la ciencia y la imaginación y llevarlos atados cortos a Roma[27]. Pero, mientras Galileo pudo trabajar y hablar, todavía quedaba algún reducto de libertad).

Esa fue la sentencia. La confesión por Galileo de su error fue catorce veces más larga. Lo importante no era proclamar el dogma, sino denunciar las herejías y exhibir ante el público, con todo lujo de detalles, la admisión del pecador, su reconocimiento y aceptación de la autoridad de la santa iglesia, y su promesa sincera de arrepentimiento. Nunca más. Forma parte de la naturaleza del control del pensamiento en los sistemas infalibles: no se proponen tanto castigar como convencer, al culpable y también a los demás miembros del sistema.

El por qué la iglesia dio tanta importancia al geocentrismo sigue constituyendo un enigma. Nada en las Sagradas Escrituras parece exigir esta creencia. Es indudable que en la Biblia se describe al sol cruzando el cielo o deteniéndose en su curso, pero no parece desencaminado considerar que se trata de imágenes, en ocasiones metafóricas, de lo que el ojo percibe desde la tierra. La Curia romana quizás habría ignorado el asunto, sin rasgarse por ello las vestiduras de la fe y la obediencia. Sin embargo, todas las iglesias tienen la tentación de asentar su autoridad sobre la doctrina y el dogma, que son los signos distintivos y los instrumentos del poder, especialmente en tiempos revueltos.

Por razones de temperamento tanto como de integridad intelectual, Galileo disfrutaba con la controversia. Por su condición de polemista temible, no podía sufrir a los necios, y los encontró a docenas en los círculos eclesiásticos. Era un juego peligroso en un mundo romano donde la autoridad era virtualmente ilimitada, y donde las intrigas y las ambiciones, las calumnias y las traiciones estaban a la orden del día. Roma era una nueva Bizancio sobre el Tíber: nada en dicha ciudad alegraba más a los aspirantes que la pronta

destitución del santo padre, pues cada cambio de papa conllevaba una reestructuración del poder y de los puestos de influencia. Hoy presente, mañana ausente; ahora amigo, más tarde enemigo. Galileo no podía confiar en nadie.

Lo peor quizás fuera que su reacción a las indicaciones y avisos de censura consistía en «publicarse», publicar sus ideas en italiano y no en latín, desacatando la autoridad de los miembros dirigentes y dirigiéndose a un público más amplio. De hecho, estaba popularizando (vulgarizando) una herejía, y eso era intolerable[*].

De modo que Galileo confesó y, aunque se le atribuye una última y terca refutación (*eppure si muove* [y sin embargo se mueve]), quedó confinado en un embrutecedor arresto domiciliario que truncó su carrera de científico puntero e innovador. Fue una pérdida catastrófica para la ciencia italiana que, mientras el genio pudo trabajar y seguir adelante con sus teorías, resistió al proceso de confinamiento que fue imponiendo la Contrarreforma.

¿Qué ocurrió con la ciencia en las demás naciones? En los países protestantes, la condena no significaba nada. En el mejor de los casos, confortaba a los inconformistas en su oposición a la autoridad de la iglesia, en su desprecio por las supersticiones de Roma. El padre Gassendi, profesor en Aix-en-Provence y agudo observador de los fenómenos astronómicos, viajó a Holanda en 1632 y, comentando por carta a un colega francés la actitud imperante en dicho país sobre el axioma copernicano, señala: «Ahí todo el mundo está de acuerdo con él[28]». Puede que fuera una exageración, pero destaca el contraste con lo que conoce en su país. En Holanda, Inglaterra y los países protestantes en general prevalecía un estado de ánimo diferente.

En Francia, los sabios dudaban entre sentido y sensibilidad. El mismo Gassendi, en una carta a Galileo, le suplica que haga las paces con Roma y con su conciencia, o ambas cosas al tiempo: «Estoy extremadamente preocupado por el destino que te aguarda, ¡a ti, la mayor gloria del siglo! Si la Santa Sede ha tomado una decisión con la que no estás de acuerdo, acátala como corresponde a un hombre sabio. Que te baste la convicción de haber buscado solo la verdad[29]».

Solo la verdad. Pero ¿qué era la verdad? De acuerdo con el estado de la ciencia en aquel momento, Copérnico era el único sabio cuestionable. El paradigma de Copérnico y Kepler era más acorde con lo que dictaba la observación, pero ¿probaba eso que la tierra girara en torno al sol? Era mejor y más prudente limitarse a los experimentos y no hacerse preguntas. La única manera de poder seguir adelante con las observaciones era refutar al mismo tiempo las conclusiones en las que desembocaban. Esta conducta escapista fue adoptada por algunos de los científicos punteros en Francia en aquella época[*]. Eso hizo Mersenne, el gran asesor de imagen de los sabios europeos, quien escribió en 1634 que nada de lo que hubiera dicho nadie acerca del movimiento de la tierra resultaba concluyente y abandonó su proyecto de redactar un libro sobre el heliocentrismo. Lo mismo ocurrió con Gassendi. Y con Descartes. Al gran Descartes se le ocurrió la genialidad de modificar un detalle: los movimientos de los cuerpos celestes no estaban gobernados por una fuerza que se ejerciera como una atracción invisible y mágica, sino por conjuntos de fuerzas giratorias que los arrastraban consigo. El concepto de atracción se equiparaba a superstición, mientras que la fuerza gravitatoria sonaba más a ciencia. En el caso de la tierra, dijo Descartes, esta era arrastrada en su campo de fuerzas como un pasajero en un

barco. El barco se mueve, pero el pasajero no. De modo que la tierra no se movía. *Quod erat demonstrandum*.

Pese a su ingenio, a Descartes le resultaba difícil vivir en una Francia gobernada por los bizantinismos jesuíticos. Se trasladó a Holanda y no dejó ninguna dirección de contacto para el despacho de correo, salvo a Mersenne. Mientras tanto, los franceses, despacio, con reticencia, fueron estudiando su cosmología y, una vez dominada, se aferraron al sistema cartesiano para refutar las teorías newtonianas del movimiento y la gravedad. Siempre es más fácil rechazar una teoría que incorporarla al acervo científico. Y es que Newton era inglés, y los franceses, ayer como hoy, no quieren lecciones de nadie (*nous n'avons pas de leçons à recevoir*…), y menos de su enemigo tradicional de Agincourt y Crécy. Un ejemplo escandaloso de este chovinismo intelectual se dio en el decenio de 1980, cuando las autoridades sanitarias francesas siguieron distribuyendo sangre contaminada, en lugar de comprar métodos de ensayo y equipo de descontaminación norteamericanos. (Estados Unidos ha sustituido a Inglaterra como *bête noire* de Francia, especialmente porque han recibido su ayuda en dos guerras mundiales). Las autoridades francesas condenaron así a centenares, tal vez millares de personas al sida y a la muerte.

Cuando por fin los franceses se reconciliaron con las matemáticas y la física de Newton, hicieron muy bien. Tenían talento y genio a raudales. Pero habían sacrificado varias generaciones a su orgullo.

LA TENACIDAD DE LA INTOLERANCIA Y LOS PREJUICIOS[30]

La Sicilia del siglo XVI tuvo la mala suerte de estar sometida a la corona de Castilla; de modo que, cuando Fernando e Isabel ordenaron en 1492 la conversión o expulsión de los judíos de España, Sicilia tuvo que hacer lo propio. No es que en la isla no se diera el antisemitismo, como demuestran varios pogromos realizados antes de dicha fecha, sino que los judíos habían residido en ella durante siglos y tenían una importancia de primer orden en el comercio pese a su reducido número, por no mencionar los doctores y boticarios de origen judío. El virrey siciliano vaciló, reticente a promulgar el decreto fatal; pero una serie de edictos le allanaron el camino, al prohibir a los judíos vender sus activos y obligarles a saldar todas las deudas contraídas y —lo más ominoso— prohibiéndoles el porte de armas.

No es preciso entrar en detalles. Los judíos de la isla obtuvieron una breve moratoria; se les concedió también el permiso benevolente de llevarse consigo la ropa que llevaban puesta, un colchón, una manta de lana o sarga, un par de sábanas y algo de ropa de recambio, además de comida para el camino. Tenemos noticia de que fueron muchos los sicilianos que lamentaron su partida. Con razón. Lo que quedaba de comercio se redujo a prácticamente nada; casas e incluso barrios enteros quedaron sumidos en la desolación. Cabe suponer que hubo gente lo bastante decente para sentirse avergonzada.

Mucho más tarde, a finales del siglo XVII, varios sicilianos instaron al rey a hacer algo para el fomento del comercio. Carlos II concedió a Mesina el privilegio de ser puerto franco y dio permiso a los judíos para comerciar en él, a condición de que durmieran fuera de la ciudad y llevaran un signo distintivo en la ropa. Esta hospitalidad ambigua no era excesivamente incitante, de modo que en 1728 se les otorgó la autorización de comerciar

en cualquier parte de la isla, de residir en Mesina, tener una sinagoga y un cementerio, de poseer libremente bienes. Tampoco eso fue definitivo, así que en 1740 el rey invitó explícitamente a los judíos a volver. Varias familias aceptaron, pero fueron maltratadas por un populacho cargado de prejuicios. Sucedió entonces que, al no lograr la reina dar un heredero varón a la sucesión en el trono, la pareja real se dejó convencer por los clérigos de que no tendrían un niño mientras hubiera judíos en su tierra. De modo que, siete años después, vino una nueva expulsión.

Intolerancia, superstición, ignorancia: tan fáciles de adquirir y alimentar y tan difíciles de erradicar. Las mismas iniquidades y vicios, perpetrados antaño por soberanos extranjeros (españoles), han contribuido al persistente atraso de Sicilia en la actualidad.

Capítulo XIII

NATURALEZA DE LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

En el siglo XVIII, una serie de invenciones transformaron la industria algodonera británica y alumbraron un nuevo modo de producción, el sistema fabril[*]. Al propio tiempo, otros sectores industriales registraban progresos similares y a menudo relacionados. Este proceso conjunto, que se alimentaba mutuamente, generó nuevas ganancias en un terreno cada día más amplio. La abundancia y variedad de estas innovaciones hacen interminable su enumeración, pero se acomodan a tres principios: 1) la sustitución de la pericia y el esfuerzo humanos por las máquinas —rápidas, regulares, precisas, incansables—; 2) la sustitución de fuentes animadas de energía por fuentes inanimadas y, en particular, la invención de motores capaces de transformar el calor en trabajo, propiciando así un suministro prácticamente ilimitado de energía, y 3) el uso de materias primas nuevas y mucho más abundantes y, en concreto, la sustitución de las sustancias vegetales o animales por minerales y, a la larga, por materiales artificiales.

Estas sustituciones crearon la Revolución industrial. Generaron un rápido aumento de la productividad y, simultáneamente, de la renta per cápita. Este crecimiento, además, se autoalimentaba. En épocas pretéritas, la mejora de la calidad de vida siempre había provocado un aumento de la población que, con el tiempo, neutralizaba las posibles ganancias. Ahora, por vez primera en la historia, la economía y el saber crecían a un ritmo suficiente para generar una corriente continua de progresos. Se olvidaron los controles positivos malthusianos del crecimiento demográfico e ignoraron las predicciones de estancamiento de la «ciencia triste»; se abría una nueva era, llena de promesas y expectativas. La Revolución industrial trastocó también el equilibrio del poder político; en el interior de las naciones, entre ellas y entre civilizaciones; revolucionó el orden social y transformó en la misma medida las formas de pensar y obrar.

La palabra «revolución» es ambigua. Tiene implícita la noción de cambio rápido, incluso brutal o violento. También puede significar una transformación fundamental o profunda. Para algunos, tiene connotaciones progresistas (en el sentido político): las revoluciones son buenas, y el mero concepto de revolución reaccionaria, de una revolución que haga girar las manecillas del reloj hacia atrás, se considera una contradicción en sus propios términos. Otros sostienen que la destrucción de cosas valiosas es inherente a las revoluciones y que, por lo tanto, son perjudiciales.

Todas estas acepciones y muchas más tiene una palabra que antaño significaba meramente vuelta, en sentido literal. Permítaseme aclarar, pues, con qué sentido la uso. La uso con su sentido metafórico más antiguo, para denotar cualquier «supuesto de cambio o

alteración grande de los negocios u otra cosa particular», un sentido que se remonta al siglo XV y es cien años más antiguo que el uso de «revolución» para referirse a un cambio político abrupto[1]. Con este significado la han usado siempre conscientemente los estudiosos de la Revolución industrial, al igual que otros hablan de una «revolución comercial» en la Edad Media o de una «revolución científica» en el siglo XVII o de la «revolución sexual» del siglo XX.

Doy, por lo tanto, más importancia a la profundidad de los cambios que a su rapidez. No sorprenderá a nadie que los extraordinarios avances tecnológicos de la gran Revolución Industrial (con mayúsculas) no se dieran de la noche a la mañana. Pocas invenciones surgen ya maduras. Todo lo contrario: son precisos muchos retoques, pequeños y grandes, para convertir una idea en técnica.

Tomemos la energía termoeléctrica como ejemplo. El primer artefacto concebido para usar vapor y crear un vacío que accionara una bomba fue patentado en Inglaterra por Thomas Savery en 1698; el primer motor de vapor propiamente dicho (con pistón), por Thomas Newcomen en 1705. El motor atmosférico de Newcomen (llamado así porque se basaba simplemente en la presión atmosférica) suponía un enorme gasto de energía, porque el cilindro se enfriaba y había que recalentarlo a cada bombeo. Por consiguiente, su máquina estaba especialmente indicada para bombear agua de las minas de carbón, donde el combustible era casi gratuito.

Pasó mucho tiempo —sesenta años— antes de que James Watt inventara un motor con un condensador independiente (1768), cuya eficacia en materia de combustible hacía rentable la energía del vapor también fuera de las minas, en las nuevas ciudades industriales, y costó otros quince años adaptar esa máquina al movimiento rotativo, de manera que pudiera hacer girar las ruedas de la industria. Mientras tanto, los ingenieros y mecánicos tenían que resolver infinidad de problemas, pequeños y grandes, de fabricación y mantenimiento. Tenían que lograr, por ejemplo, fabricar cilindros de sección lisa y circular, de modo que el pistón pudiera desplazarse en un espacio estanco, impidiendo la filtración de aire en la zona de vacío. Ello requería dedicación, paciencia y genio[*]. En lo tocante al ahorro de combustible, hasta el más mínimo defecto se pagaba. No bastaba con que las cosas fueran bastante buenas: tenían que ser perfectas.

Eso no fue todo. Quedaba por explorar otra posibilidad: los motores de alta presión (más potentes que los atmosféricos), a los que podía darse una forma más compacta y que se podían usar para propulsar naves y vehículos terrestres. Lograrlo costó un cuarto de siglo. Pero, además del ahorro de combustible, se consiguió economizar espacio: en los vehículos, era conveniente que el espacio fuera destinado a la carga, más que al carbón. La respuesta se encontró en la expansión múltiple: el uso del vapor de alta presión para bombear uno o dos pistones sucesivamente, que se expandía luego en un cilindro de mayor sección y menor presión. El principio era el mismo que el explotado en la Edad Media para extraer energía de la caída del agua, al accionar una serie de ruedas. La expansión múltiple se remonta a J. C. Homblower (1781) y Arthur Woolf (1804), pero no alcanzó su apogeo hasta la década de 1850, cuando se introdujo en los motores de los buques y constituyó un poderoso acicate del comercio marítimo.

El proceso no acaba ahí. Las dimensiones y la energía generada por los motores de vapor estaban limitados por la inercia del pistón. Al bombear en los dos sentidos, consumía

mucha energía al cambiar de dirección. La solución (Charles A. Parsons, 1884) residió en la conversión del movimiento alternativo en rotativo, sustituyendo el pistón por una turbina de vapor. Estas turbinas se introdujeron en las centrales de energía a finales del siglo XIX; en los buques, poco después. En conjunto, el desarrollo de la energía de vapor requirió doscientos años[*].

Mientras tanto, la energía hidráulica, también muy perfeccionada (rueda de costado [John Smeaton, década de 1750] y turbina [Benoit Foumeyron, 1827]), siguió siendo un componente esencial de la industria manufacturera, como lo había sido durante la Edad Media[2].

De igual modo, la primera fundición de hierro con coque coronada por el éxito, que debemos a Abraham Darby (Coalbrookdale), se remonta a 1709. (Estuve en el interior de ese alto horno abandonado, rodeado de ladrillos desgastados ante los que el fuego ardía y el mineral se fundía, y me sentí en la matriz de la Revolución industrial. Hoy forma parte de un museo industrial, y los visitantes curiosos pueden verlo desde el exterior). Pero esta hazaña, aunque se hubiera analizado y preparado metódicamente, fue de hecho un golpe de suerte: el carbón de Darby resultó ser casualmente del tipo idóneo[3]. Otros tuvieron menos suerte y, como también le ocurrió a Darby, no lograron aprovechar la fundición bruta con coque más que para la colada. Costó unos cuarenta años resolver los problemas, y la fundición de coque no tuvo su auge hasta mediados del siglo XVIII.

Además, esta tecnología adolecía de serias limitaciones. El hierro colado se podía utilizar para la fabricación de ollas y cacerolas, de los trashogueros de las chimeneas, de tuberías y objetos similares, no sometidos a esfuerzos, pero la maquinaria no puede fabricarse mediante colada. Las piezas móviles requieren la resistencia y elasticidad del hierro (o el acero) forjado y deben moldearse (forjarse o labrarse) con más precisión de la que permite la colada[*]. Medio siglo y muchos experimentos fueron precisos para que los maestros de fragua pudieran hacer fundición en bruto con coque que se pudiera refinar, y antes de que los refinadores dispusieran de técnicas idóneas para procesar la fundición en bruto (Henry Cort, patentes de 1783 y 1784). El acero barato (Henry Bessemer, 1856) tuvo que esperar tres cuartos de siglo, tras lo cual transformó la industria y el transporte. Este metal, antaño costoso, tenía usos muy limitados —armas, afeitadoras, muelles, archivadores—, pero ahora se podía utilizar para construir raíles de ferrocarril y buques. Las vías de acero duran más y transportan más peso; los barcos de acero tienen armazones más finas y menos tara.

Además, si hablamos de orígenes, podemos remontar ambas secuencias técnicas al siglo XVI, a la precoz dependencia de la industria británica del carbón como combustible y materia prima, en la fabricación del vidrio, de la cerveza, de los tintes, ladrillos y tejas, en las fraguas y la metalurgia. Un estudioso ha llamado este paso al combustible fósil, muy anterior al de los demás países, la «primera revolución industrial[4]».

El siguiente paso fue la maquinaria motorizada. La máquina es simplemente un artefacto articulado que puede mover una herramienta (o varias), sustituyendo el trabajo de la mano. Puede utilizarse para aumentar la fuerza y la velocidad del operador, como en una prensa de imprenta, una taladradora o un torno de hilar (a mano). O puede utilizar la herramienta para realizar movimientos uniformes y repetitivos, como en un reloj. O se puede alinear una batería de herramientas con objeto de multiplicar el trabajo realizado en

un movimiento único. Cuando las máquinas funcionan a mano, es muy sencillo resolver los parones y deficiencias inevitables: basta con que el trabajador detenga el movimiento dejando de dar vueltas a la manivela o arrancando la palanca. La transmisión mecánica de la energía es completamente diferente[*].

La Edad Media, como hemos visto, ya estaba familiarizada con una amplia gama de máquinas, para moler maíz o malta, moldear metales, hilar, enfurtir tejidos, lavar telas, soplar vidrio. Muchas de ellas estaban motorizadas, especialmente por ruedas hidráulicas. En los siglos posteriores, estos artefactos proliferaron, ya que los principios de la mecánica eran de aplicación universal. En el sector textil, entre las principales innovaciones cabe citar el bastidor de punto, el telar «holandés» o «mecanizado», el telar para cintería y máquinas motorizadas para el molinaje de la seda. Pero los adelantos más influyentes, como ocurre tan a menudo, fueron los más banales:

la introducción del pedal para manejar el torno de hilar, que liberaba las manos del operador para manipular el hilo y ocuparse del bobinado; o, en el caso del telar, manipular los bolillos mientras se hacía correr la lanzadera;

la invención de la «araña» (el torno de hilar lino), que, al girar, devanaba el hilo al tiempo que hacía rotar el huso, aunque a diferente velocidad;

la consecución de un hilado y devanado unidireccional y continuo.

El conjunto de estos cambios multiplicó por cuatro o incluso más la productividad del hilandero[5].

El siguiente paso consistió en mecanizar el hilado mediante un artefacto que imitara de alguna forma los movimientos de la mano del hilandero. Para ello fue necesario simplificar dividiendo: fragmentando el trabajo en una sucesión de procesos que pudieran repetirse. Parece lógico, pero no resultó nada sencillo. Hasta que los inventores no aplicaron sus artefactos a una fibra vegetal tan resistente como el algodón no tuvieron éxito. Ese proceso se prolongó varias décadas, la fase de prueba y tanteo, desde la de 1730 a la de 1760. Cuando el hilado motorizado llegó al algodón, cambió todos los esquemas de la industria.

En la metalurgia, los adelantos se debieron a la sustitución del movimiento alternativo por el rotativo: laminado del metal mediante rodillos en lugar de martillearlo; fabricación del alambre mediante su trefilado a través de una secuencia de agujeros cada vez más pequeños; realización de agujeros por taladro en lugar de punzonado; alisado y moldeo mediante torno en lugar de cincel y martillo. Fue determinante el recurso creciente al calibrado de precisión y a los ajustes fijos. En este caso, los relojeros y constructores de instrumentos fueron los pioneros. Trabajaban con piezas más pequeñas y podían moldearlas con mayor facilidad para que cumplieran las exigentes normas de calidad necesarias para instrumentos de precisión, pues disponían también de herramientas específicas como el compás de puntas secas o las fresas dentadas. A su vez, estos instrumentos, junto con otros semejantes ideados por los expertos en mecánica, podían adaptarse al trabajo a gran escala, y no es casual que los fabricantes de algodón, al buscar artesanos cualificados para la construcción y el mantenimiento de las máquinas, pusieran anuncios en los que se pedían relojeros; o que los trenes de engranajes de estas máquinas se conocieran con el nombre de *clockwork* (literalmente, «mecanismo de relojería»). El trabajo repetitivo de estas máquinas propició a su vez los primeros experimentos de

producción a gran escala, basada en la presencia de piezas intercambiables (relojes, cañones, cureñas, cuadernales, cerraduras, material de ferretería, muebles).

Todos estos adelantos, junto con la invención de máquinas diseñadas para construir máquinas, surgieron a la vez durante el último tercio del siglo XVIII, un período de novedades contagiosas. Se ha afirmado que esta corriente convergente de innovaciones pudo deberse a una cosecha afortunada, pero no es así: la innovación se estaba generalizando porque las premisas de las diferentes técnicas podían revestir formas múltiples y recibir infinidad de usos. Cuando se pueden perforar cañones, se pueden perforar los cilindros de las máquinas de vapor. Cuando se pueden estampar telas mediante cilindros (frente a la técnica mucho más lenta del estampado con moldes), también puede estamparse el papel pintado de esta forma, o imprimirse textos mucho más rápidamente que con los vaivenes de una prensa, consiguiendo periódicos por un penique y novelas baratas en tiradas de decenas y centenares de millares. Asimismo, una máquina de hilar algodón, tras ciertas modificaciones, puede hilar lana y lino. En efecto, ya los contemporáneos de estos inventos afirmaban que la mecanización de la fabricación del algodón forzó a las demás ramas a modernizarse:

> … si el genio de Hargreaves y Arkwright no hubiera modificado por completo el proceso de cardado e hilado del algodón, la fabricación de la lana probablemente seguiría hoy como en sus primeras épocas… Admitimos gustosamente que, de haber sido así, ello habría resultado más beneficioso para la sociedad en general, pero, después del descubrimiento de mejores métodos de elaboración del algodón, fue imposible[6].

Y la onda expansiva fue creciendo y creciendo, hasta dar lugar a un mundo no siempre deslumbrante de mayores ingresos y productos más baratos, de instrumentos y materiales, y apetitos insaciables inéditos. Novedades, novedades y más novedades. Dinero, dinero y más dinero. Como el doctor (Samuel) Johnson, más perceptivo que sus contemporáneos, lo expresó, «todos los negocios en todo el universo deberán hacerse de una forma nueva[7]». El mundo había largado sus amarras.

¿Puede fecharse esta revolución? No resulta fácil, debido a las décadas de experimentaciones que preceden a determinada innovación y el largo plazo de retoques que viene después. ¿Dónde situar el origen y dónde el punto final? La esencia del conjunto del proceso —la mecanización de la industria y la adopción de la fábrica— reside, no obstante, en la historia de la manufactura textil[*].

La aceleración del ritmo de cambio en este ámbito comenzó con la máquina de hilar algodón de James Hargreaves (c. 1766), seguida por el sistema hidráulico de Thomas Arkwright (1769) y la máquina intermitente de hilar de Samuel Crompton (1779), llamada así por ser un híbrido de las anteriores. Con ella se podían hilar hilos finos y gruesos, mejor y a menor coste que con cualquier sistema manual de hilado. En 1787, Edmund Cartwright construyó el primer telar mecánico eficiente, que transformó paulatinamente la industria textil, en primer lugar de los hilos más gruesos, más resistentes por ello a los movimientos de vaivén de la lanzadera, y luego de los hilos finos. En 1830, Richard Roberts, un constructor de máquinas con experiencia, ideó —en respuesta a la demanda de un empleador— una «selfactina[*]», para liberar el hilado de su dependencia de la fuerza y

capacitación especial de la aristocracia indócil en que se estaba convirtiendo la mano de obra del sector textil. (Los operarios de la selfactina siguieron siendo los trabajadores de antes, y conservaron sus ínfulas elitistas).

Esta secuencia de invenciones precisó sesenta años y se impuso radicalmente a las antiguas tecnologías, a diferencia de la máquina de vapor, que compartió largo tiempo la primacía con la energía hidráulica[*]. La nueva técnica propició una drástica caída de los costes y los precios, y un rápido aumento de la producción y el consumo de algodón[8]. Si partimos de estos datos, podemos afirmar que la Revolución industrial británica duró aproximadamente una centuria, desde la década de 1770 a la de 1870, «todo el lapso que medió entre el orden antiguo y el establecimiento de una relación lo bastante estable entre los diferentes aspectos de la industria con arreglo al orden nuevo[9]».

Otros especialistas han llegado a la conclusión de que los períodos fueron ligeramente diferentes[10]. Sea como fuere, estamos ante un proceso que duró un siglo, generación más o menos. Puede parecer un período muy largo para algo que denominamos revolución, pero el tiempo económico corre más lentamente que el político. Las grandes revoluciones económicas del pasado habían precisado de mucho más tiempo.

Incluso utilizando los datos cuantitativos presentados por los partidarios de la autoproclamada Nueva Historia Económica, se advierte una ruptura en el modo de crecimiento registrada en torno a 1760-1770; tasas de crecimiento inauditas y, sobre todo, el comienzo de una profunda transformación del modo de producción. La tecnología tiene suma importancia. Las cifras agregadas lo demuestran, y la lógica más elemental no ofrece dudas. Incluso si partimos de las estimaciones más bajas de crecimiento en la última parte del siglo XVIII y las extrapolamos *hacia atrás*, pronto llegaremos a niveles de ingresos insuficientes para garantizar la subsistencia. De modo que algo había cambiado.

No se ha resuelto la cuestión de por qué el crecimiento general no fue más rápido. Se trata de un problema anacrónico, trasunto de las expectativas de la época en que vivimos, caracterizada por innovaciones más rápidas y radicales y por saltos hacia adelante más enérgicos. La respuesta reside en que los efectos de la Revolución industrial fueron desiguales y dilatados en el tiempo; que comenzó y floreció en algunas ramas antes que en otras; que dejó atrás e incluso destruyó viejos oficios creando otros nuevos; que no sustituyó, ni pudo hacerlo, las viejas tecnologías de la noche a la mañana. (Ni siquiera el todopoderoso ordenador ha logrado erradicar a la máquina de escribir, y mucho menos al papel y el lápiz)[11]. Por eso los cálculos sobre el crecimiento en esos años dependen tanto de las ponderaciones: dando más importancia al algodón y el hierro, el crecimiento parece más rápido; si se la restamos, se ralentiza. De todo esto, por supuesto, eran conscientes los primeros estudiantes del cambio tecnológico como A. P. Usher y J. H. Clapham. Los «nuevos historiadores de la economía», que han recalcado la importancia de la continuidad, han rescatado en lo esencial el trabajo de aquellos pioneros, aunque sin citarlos, quizás sin tener noticia de ellos[*].

Muchos de los estudiosos contrarios a la teoría de que se produjo una «revolución» han incurrido también en el error de elaborar proposiciones excluyentes. Su argumento en favor de la continuidad es muy pertinente. La historia aborrece los saltos discontinuos, y los grandes cambios y revoluciones económicas no surgen de la nada. Siempre vienen después de un proceso de elaboración largo y cuidadoso[12]. Pero la continuidad no excluye

el cambio, incluso el cambio drástico. Un creyente sincero en la eficacia de la teoría económica y la cliometría señala que la renta per cápita británica se duplicó entre 1780 y 1860 y luego se multiplicó por seis entre 1860 y 1990, y reconoce que nos encontramos ante un fenómeno más complejo que la mera continuidad de una tendencia: «Los primeros ochenta años de crecimiento fueron asombrosos, pero no constituyeron más que el preludio[13]». A lo que yo añadiría que Gran Bretaña no fue el país que registró mejores resultados durante este largo período.

Estos adelantos ahondaron el abismo que media entre los países modernos, industriales, y los rezagados, entre ricos y pobres. En primer lugar en Europa: en 1750, la diferencia en la renta per cápita de la Europa occidental (excluida Gran Bretaña) con respecto a la oriental se situaba en torno al 15 por 100; en 1800, superaba ligeramente el 20 por 100. En 1860, ascendía al 64 por 100; en el decenio de 1900, casi al 80 por 100[14]. La misma polarización, pero mucho más acusada, se produjo entre Europa y los países que más adelante dieron en llamarse del tercer mundo, en parte porque las industrias fabriles modernas desplazaron por completo a sus adversarios anticuados, en casa y en el extranjero.

Paradójicamente, la Revolución industrial, que acercó a todos los países del mundo, lo empequeñeció y homogeneizó, fragmentando al mismo tiempo el globo, enfrentando a vencedores y vencidos. Engendró mundos múltiples.

¿Cuándo una revolución no es una revolución?

La confianza de los primeros estudiosos de la Revolución industrial en los datos sobre producción y precios de las industrias reflejaban las limitaciones estadísticas de la época: aquellos eran sus datos y sus herramientas de trabajo. Pero no les engañaron. Aquellos datos reflejaban rentabilidades directas y simples y, cuando el historiador tenía que recurrir a mediciones indirectas (las importaciones de algodón, por ejemplo, como sustituto de la producción de hilo de algodón en los países donde no se cultivaba este producto), constituían indicadores buenos y bastante estables de una realidad medida de cerca, carente de ambigüedades[15].

A partir de finales de la década de 1950, sin embargo, los historiadores de la economía preocupados por las cifras empezaron a elaborar sistemas de medición del crecimiento agregado durante el siglo XVIII y principios del XIX. Se trataba de una ampliación natural de los estudios históricos sobre la renta nacional en períodos más recientes, cuyos datos eran más completos y fiables[*]. Pero, a medida que se remontaban en el tiempo y se llegaba a períodos en los que las entidades gubernamentales no recogían sistemáticamente las cifras, estas reconstrucciones suponían un ejercicio heroico de imaginación e ingenio: había que recurrir a la utilización o fusión de cifras dispares estimadas o recogidas en diversas épocas, con fines diferentes y de acuerdo con diferentes parámetros; al uso de cifras indirectas, justificado con base en suposiciones a menudo arbitrarias y no siempre especificadas sobre la naturaleza de la economía; a la asignación de valores relativos tomados de otros contextos y períodos; a tratar de resolver los abundantes problemas

relacionados con los indicadores; al uso de precios usuales o nominales en lugar de los precios del mercado y a innumerables interpolaciones o extrapolaciones, que suavizan y enmascaran los cambios en el mercado. No resultará sorprendente, por lo tanto, que estas reconstrucciones hayan diferido de un reconstructor a otro y de una época a otra, ni que la apariencia de precisión de los datos así obtenidos no sea una garantía de solidez ni de que su validez sea definitiva, ni podrá pensarse que el último cálculo sea necesariamente mejor que el anterior (sus autores no logran ponerse de acuerdo[*]).

Por otra parte, la apariencia de precisión de los datos tampoco constituye una clave de su significado. Quedémonos con los datos: sus interpretaciones siguen siendo problemáticas. Los especialistas en teoría económica son conscientes de este problema desde hace tiempo. A continuación reproducimos las palabras de un premio Nobel que presenta esta dificultad con una franqueza desarmante: «Los primeros economistas no trabajaban sumergidos en un mar de datos. Podían evitarse la carga de trabajo que supone aportar pruebas estadísticas. Confiaban en la historia y en la observación personal. Hoy solo nos fiamos de los datos indiscutibles, y solo si los avala la teoría[16]». Guiándonos por este principio, lo menos que podemos pedir a los historiadores de la economía es que confíen en los «datos indiscutibles [léase: numéricos]», siempre que estén avalados por pruebas históricas. Que abandonen su costumbre de efectuar brincos teóricos, apelando a nuestra credulidad.

La manzana de la discordia a este respecto ha sido lo que algunos han presentado como una revolución irrevolucionaria («evolutiva»). Por impresionante que sea el crecimiento de ciertos sectores de producción, los resultados globales de la economía (o la industria) británica en el siglo 1760-1860 que se desprenden de ciertos ejercicios de cálculo recientes parecen modestos: un pequeño porcentaje anual para la industria, aún menos para la producción agregada. Y, si se rebajan estos datos contabilizando el crecimiento de la población (calculando la renta o el producto per cápita), se quedan reducidos al 1 o al 2 por 100 anual[17]. Dado el margen de error intrínseco a este tipo de manipulación estadística, este dato podría ser significativo. O no serlo en absoluto.

¿Por qué creer en las estimaciones? ¿Porque son más recientes? ¿Porque sus autores nos aseguran que son fiables? Los métodos empleados son todo menos convincentes. Se comienza por la cifra reconstruida agregada (ficticia) de la producción y se meten con calzador los sectores que la componen para que ajusten. En un ejercicio reciente se llegó a la conclusión de que, tras acumular los aumentos de productividad en algunos de los principales sectores de producción —algodón, hierro, transportes, agricultura—, no había cabida para nuevos aumentos en otras ramas de producción como el resto de los tejidos, la cerámica, el papel, las herramientas, la construcción de maquinaria, relojes de pared y de pulsera. ¿Qué hacer? Nada más sencillo. El autor llegó a la conclusión de que la mayor parte de la industria británica «se caracterizó por un bajo nivel de la productividad de la mano de obra y por un lento crecimiento de la productividad, hasta el punto de que es posible que no se produjera virtualmente ningún avance entre 1780 y 1860[18]». Lo que equivale a poner el carro delante de los bueyes, los resultados antes de los datos, la imaginación por delante de la experiencia. Y es, además, falso.

Más aún, estas estimaciones, al basarse en la presunción de la homogeneidad de la evolución histórica —el hierro es y será hierro; el algodón, algodón—, infravaloran

inevitablemente el valor intrínseco de los progresos en materia de calidad y de nuevos productos. ¿Cómo puede medirse la importancia de un nuevo tipo de acero (el acero al crisol) que permite tiempos de ejecución más cortos y fabricar limas mejores para el acabado y el ajuste de las piezas de máquinas, cuando lo único que pueden cifrarse son toneladas de acero? ¿Cómo evaluar el valor de la fabricación de periódicos que se venden por un penique en lugar de un chelín (5 peniques) merced a las prensas rotativas? ¿Cómo medir el valor de naves de hierro que duran más que las de madera y pueden transportar una carga mucho mayor? ¿Cómo contabilizar la producción de luz si se calcula en términos de lámparas en lugar de en términos de la luz que generan? Un intento reciente de cuantificar el sesgo a la baja de las estadísticas agregadas a partir del precio de lúmenes de luz sugiere que, en este caso, la diferencia entre las ganancias reales y las estimadas en un plazo de doscientos años es del orden de 1000 contra 1.[19]

Mientras tanto, los nuevos historiadores cuantitativos de la economía («cliómetras») proclaman triunfalmente que han acabado con las doctrinas recibidas. Un historiador de la economía ha defendido contra viento y marea el abandono de la falsa etiqueta de «Revolución industrial», mientras que otros han comenzado a escribir historias del período sin utilizar el nombre aborrecido, una molestia considerable para los autores y los alumnos[20]. Algunos, situados en la frontera de la economía con otras disciplinas históricas, y también personas ajenas a esta especialidad, han llegado a la conclusión de que se ha malinterpretado la historia británica. Quieren hacemos creer que Gran Bretaña no fue jamás una nación industrial (sea cual sea el significado de esta expresión), que los principales acontecimientos del siglo XVIII se produjeron en la agricultura y las finanzas, mientras que el papel de la industria, muy exagerado, fue de hecho secundario[21]. Y algunos han llegado a afirmar que Gran Bretaña cambió muy poco durante aquella época supuestamente revolucionaria (tirando por la borda un siglo de historiografía), mientras que otros, que sí admiten que se registró un aumento del ritmo de crecimiento, consideran que primó la continuidad sobre el cambio. Hablan de «crecimiento de la tendencia» o de «aceleración de la tendencia», y afirman que ninguna «excentricidad» en la secuencia de los hechos permite inferir un aumento del producto o la renta nacional. Y, cuando algunos estudiosos se negaron a comulgar con este nuevo axioma, un estudioso los acusó de ser «como un caballo muerto, que se resiste a desplomarse[22]».

¿Quién ha dicho que la torre de marfil de los estudios académicos es un lugar tranquilo?

LA VENTAJA DE GIRAR Y GIRAR

La gran ventaja del movimiento rotativo frente al alternativo reside en su eficacia energética: no es preciso que la pieza móvil cambie de dirección con cada golpe, puesto que sigue girando. (Por supuesto, está sometida a otro tipo de limitaciones, debidas sobre todo a la fuerza centrífuga, sujeta a las mismas leyes cinéticas). Todo es función de la masa y la velocidad: un trabajo lento con un equipo ligero y un movimiento alternativo puede ser suficiente, aunque su coste es elevado. Con piezas más grandes y velocidades mayores, el movimiento alternativo se hace incontrolable.

Nada ilustra mejor este principio que el paso de los motores de vapor alternativos a los motores rotativos en los barcos de vapor. La marina mercante y la armada urgían a los diseñadores y constructores a idear barcos cada vez mayores y más rápidos. Para Gran Bretaña, la principal potencia naval del mundo, la decisión definitiva de adoptar la nueva tecnología se plasmó en la construcción del *Dreadnought*, el primer acorazado con cañones de calibre grueso. Estamos en 1905. La Royal Navy quiere un buque de guerra que alcance una velocidad de 21 nudos, algo que no puede lograr un motor alternativo. Aunque se habían diseñado antes barcos que llegaron a bogar a 18 o 19 nudos, podían mantener muy poco tiempo dicha velocidad: después de ocho horas a 14 nudos, los cojinetes del motor empezaban a recalentarse y a provocar averías. Cualquier exceso podía traducirse en diez días de espera en un puerto para efectuar las reparaciones precisas: no era lo más indicado para estar aprestado al combate.

Algunos de los oficiales navales temían arriesgarse con la nueva tecnología. Una cosa era usar turbinas en destructores, pero hacerlo en los grandes y poderosos buques de la armada era harina de otro costal. ¿Y si los innovadores se equivocaban? Philip Watts, director de Naval Construction, dio con el argumento decisivo al recordar el coste de los métodos antiguos. Con motores alternativos, dijo, el *Dreadnought* habrá quedado obsoleto en cinco años.

El resultado superó todas las expectativas. El capitán del navío, Reginald Bacon, que anteriormente había comandado el *Irresistible* (a la Royal Navy le gustan las hipérboles[*]), no podía dar crédito a sus ojos:

> [Las turbinas] trabajaban en silencio. De hecho, visité con frecuencia la sala de máquinas del *Dreadnought*, mientras bogaba a 17 nudos, siendo incapaz de precisar si los motores estaban o no en marcha. En un tramo recorrido a gran velocidad, la diferencia entre la sala de máquinas del *Dreadnought* y la del *Irresistible* era extraordinaria. En el *Dreadnought* no había ruido, ni se veía vapor, ni había salpicaduras de agua ni de aceite y los oficiales estaban limpios; de hecho, las apariencias no permitían precisar si el barco navegaba o estaba amarrado en el puerto, con los motores detenidos. En el *Irresistible*, el ruido era ensordecedor. Era imposible hacerse escuchar y los teléfonos resultaban inútiles. Las chapas del piso estaban inundadas de aceite y agua, de modo que resultaba difícil caminar sin resbalar. Siempre había alguna prensa [válvula] silbando, lo que ensombrecía la atmósfera con el vapor. Uno o más manguitos rozaban los cojinetes, lo que constituía una amenaza de problemas. Los hombres, atareados constantemente en torno al motor, tocaban los cojinetes para comprobar si presentaban indicios de recalentamiento, y los oficiales iban con sus abrigos abotonados hasta el cuello o con telas impermeables, con la cara negra y las ropas empapadas de aceite y agua[23].

El paso siguiente sería el combustible líquido, cuya combustión alcanzaba temperaturas más elevadas, creaba presiones más altas y empujaba los cilindros y las hélices con mayor rapidez. Los viejos contenedores de carbón ocupaban demasiado espacio y los fogoneros consumían grandes cantidades de alimentos voluminosos: los motores humanos también requieren combustible. A medida que las existencias de carbón fueron menguando, se tuvo que emplear a más personas para transportar el carbón desde contenedores cada vez más distantes a los que estaban más cercanos al buque: centenares de hombres, que no llegaban a ver los fuegos que alimentaban. En cambio, cargar petróleo solo suponía enlazar las mangueras y varias horas de bombeo, operación que a menudo se realizaba en el mar; con el carbón, el barco debía permanecer varios días en el puerto.

Dicho sea de paso: buena parte de estos progresos no pueden ser contabilizados mediante los métodos convencionales de medición de producción y productividad, que podrían recoger el coste del nuevo equipo, pero no el cambio en la calidad del trabajo.

Capítulo XIV

¿POR QUÉ EUROPA? ¿POR QUÉ ENTONCES?

Si profetizáramos que, en 1930, una población de cincuenta millones de personas, mejor alimentadas, vestidas y alojadas que los ingleses de nuestro tiempo, cubrirán estas islas, que Sussex y Huntingdonshire serán más ricas que las regiones más prósperas del West Riding de Yorkshire en la actualidad… que habrá en todas las casas máquinas construidas según principios aún por descubrir… mucha gente pensaría que estamos locos.

MACAULAY, «Southey's Colloquies on Society» (1830)[1]

¿Por qué se produjo la Revolución industrial en aquel lugar y en aquel momento? Son dos preguntas en una. En primer lugar, ¿cómo y por qué logró un país despojarse de la corteza de las costumbres y la sabiduría convencional y abrazar este nuevo modo de producción? Después de todo, en la historia se han dado otros casos de mecanización y uso del poder inanimado sin que ello generara una revolución industrial. Pensemos en la China de la era Song (hilado del cáñamo, metalurgia), en la Europa medieval (tecnología hidráulica y eólica: los molinos), en la Italia en los primeros compases de la modernidad (devanamiento de la seda, construcción naval) o en la Holanda de la «edad de oro». ¿Por qué, pues, se produjo en el siglo XVIII?

En segundo lugar, ¿por qué solo la llevó a cabo Gran Bretaña?

Ambas preguntas se reducen a una sola. Las respuestas a cada una de ellas son interdependientes. Así es la historia.

En referencia a la primera, yo pondría de relieve los factores de *reconstrucción* —acumulación de conocimientos y de pericia— y de *ruptura* —alcanzar y traspasar umbrales—. Ya hemos abordado la interrupción del progreso intelectual y tecnológico que se produjo en el mundo islámico y en China, y que llevaría no solo a la detención del progreso, sino a la institucionalización del inmovilismo. En Europa se produce el fenómeno contrario: estamos ante una acumulación ininterrumpida. Como es natural, en Europa, como en todas partes, la ciencia y la tecnología tenían altibajos, sectores en expansión y sectores atrasados, centros sujetos a los azares políticos y a la impronta del genio de sus figuras personales. Pero, si me preguntaran cuáles fueron las causas fundamentales y distintivamente europeas de este proceso, destacaría tres factores:

1) la creciente *autonomía* de la actividad intelectual;

2) la aparición de un discurso único en la desunión, en forma de un *método* común, inevitablemente dialéctico, esto es, la creación de un lenguaje probatorio reconocido, usado y comprendido allende las fronteras nacionales y culturales; y

3) la invención de la invención, esto es, la *rutinización* de la investigación y de su difusión.
Autonomía. La lucha por la autonomía intelectual se remonta a los conflictos medievales sobre la validez y la autoridad de la tradición. La idea predominante en Europa era la de la iglesia romana, una concepción de la naturaleza acorde con las Sagradas Escrituras, adaptada, más que modificada, a la sabiduría de los antiguos. En gran parte esta teoría se apoyaba en la escolástica, un sistema filosófico (que incluía la filosofía natural) que fomentaba cierto sentido de omnipotencia y autoridad.

En aquel mundo cerrado, las ideas nuevas se veían inevitablemente como una insolencia y una subversión potencial, como ocurría en el islam. En Europa, sin embargo, se aceptaron con relativa facilidad por su utilidad práctica y por contar con la protección de los soberanos, que con las novedades esperaban poder superar a sus rivales. No fue por lo tanto casual que, cuando Europa comenzó a cultivar la moda de lo nuevo y un determinado concepto del progreso, la idea de que, frente a la nostalgia de la antigüedad de un estado anterior de gracia (el paraíso perdido), estábamos en vísperas de una edad dorada (utopía), y de que las condiciones de vida de la población eran mejores, que las personas eran más inteligentes y estaban más preparadas que en el pasado. Como lo expresó Fra Giordano en un sermón en Pisa, en 1306 (ojalá a todos nos recordaran tanto tiempo): «Pero no todas [las artes] se han descubierto; nunca veremos el día en que se dejen de descubrir… y se descubren nuevas artes cada día[2]».

Por supuesto, las viejas mentalidades no se resignaron a desaparecer. (Una ley de la dinámica histórica sostiene que todas las innovaciones de pensamiento u obra producen una reacción contraria, no siempre proporcionada). Sin embargo, en Europa el alcance del poder de la iglesia estaba constreñido por las ínfulas competitivas de las autoridades seglares (césar frente a Dios) y, desde abajo, por las explosiones de disidencia religiosa. Estas herejías quizás no iluminaran con su brillo los debates intelectuales y científicos, pero sí restaron unicidad al dogma y, por ello, apoyaron implícitamente el nuevo orden.

En el derrumbamiento del principio de autoridad influyó decisivamente la ampliación del campo de experimentación personal. Los antiguos, por ejemplo, pensaban que nadie podía vivir en las zonas tropicales: hacía demasiado calor. Los navegantes portugueses refutaron de un plumazo aquellas ideas preconcebidas. Olvidaos de los antiguos, se jactaron, «hemos descubierto que se equivocaron». Garda d'Orta, hijo de padres conversos y criptojudío fiel, estudió medicina y filosofía natural en Salamanca y Lisboa y navegó luego a Goa en 1534, donde ejerció de médico para los virreyes portugueses. En Europa, intimidado por sus profesores, jamás osó cuestionar la autoridad de los antiguos griegos y romanos. Ahora, en el entorno poco académico de la India portuguesa, se sentía libre de abrir los ojos. «Para mí —escribe—, el testimonio de un testigo presencial es mucho más valioso que el de todos los médicos y padres de la medicina, que escribieron basándose en información falsa»; y, más adelante, añade: «hoy los portugueses pueden ganar más conocimientos en un día de lo que jamás aprendieron los romanos en un siglo[3]».

Método. No basta con ver. Hay que comprender, para explicar los fenómenos naturales sin recurrir a la magia. No debe darse crédito a lo que no haya tenido testigos oculares. En la ciencia no tienen cabida unicornios, basiliscos ni salamandras. Donde Aristóteles quiso explicar los fenómenos por la naturaleza «esencial» de las cosas (los cuerpos celestes se desplazan en círculos; los cuerpos terrestres lo hacen hacia arriba o hacia abajo), la nueva

filosofía proponía lo contrario: la naturaleza no está en las cosas, son las cosas las que están (y se desplazan) en la naturaleza. Además, anteriormente, estos investigadores ya habían llegado a la conclusión de que las matemáticas eran inmensamente valiosas para exponer observaciones y formular resultados. En este sentido, Roger Bacon afirmaba en Oxford en el siglo XIII: «Todas las categorías del saber dependen del conocimiento de la cantidad, de la que tratan las matemáticas, y, por consiguiente, todo el poder de la lógica depende de las matemáticas[4]». Esta conjunción de observación y descripción precisa, a su vez, posibilitó la refutación y la verificación. Nada podía socavar más el principio de autoridad. Poco importaba quién dijera algo, lo importante era qué había dicho, no interesaba ya la percepción, sino la realidad. ¿Estoy viendo lo que tú afirmas haber visto?

Esta mentalidad allanó el camino a la experimentación deliberada. En lugar de esperar a contemplar un fenómeno, se provoca. Esto supuso un vuelco intelectual. Algunos han afirmado que fue la reaparición y la difusión de las creencias mágicas (el mismo Isaac Newton creía en las posibilidades de la alquimia y en la transmutación de la materia) la que llevó a la comunidad científica a ver en la naturaleza un sujeto de la intervención humana tanto como un objeto de observación[5]. «Una diferencia de peso con respecto al filósofo natural —escribe un historiador— es que el mago manipulaba la naturaleza[6]».

Mejor dicho, al menos lo intentaba. Sin embargo, no me parece convincente este intento de integrar la confusión de unas personas en un movimiento de cambio tan general. El paso de la observación a la experimentación, de una actitud pasiva a otra activa, planteaba muchos problemas, de modo que la tentación de la magia, de ese «mundo de riquezas y deleites, de poder, honores y omnipotencia», constituían digresiones y rémoras. En el mejor de los casos, el mundo de la magia era una parodia de la realidad, un producto residual y decadente de la ignorancia, una especie de antimateria intelectual. Los éxitos ocasionales de la magia eran subproductos fortuitos de la brujería. Sus practicantes se granjeaban con frecuencia fama de locos, cuando no de agentes del maligno, en parte por su conducta excéntrica y en ocasiones criminal[*]. Estas prácticas se remontan a la noche de los tiempos, hoy siguen presentes entre nosotros, y siempre lo estarán porque, como las personas que juegan a la lotería, todos deseamos creer. El hecho de que resurgieran y florecieran en el fermento de la excitación provocada por los nuevos conocimientos, por la desvelación de secretos y la revelación de misterios, no debe resultar sorprendente. La magia era una reacción ante el nuevo saber, no el origen de nuevos conocimientos y, si hubiera de asignarle una función, diría que no fue estimulante, sino alergénica[7].

Cabe señalar que hay quien lo lamenta, como si se tratara de un empobrecimiento autoimpuesto: «la nueva escuela cuantitativa y mecanicista generó a la larga una metafísica en la que no tenían cabida las esencias, el animismo, la esperanza o el sentido de finalidad de la naturaleza, convirtiendo así a la magia en algo "irreal" o sobrenatural, en el sentido moderno del término[8]». No hay nada que lamentar: el camino hacia la verdad y el progreso pasaba por ahí. Como David Gans, un pionero en la divulgación de las ciencias naturales, afirmó en el siglo XVII, se sabe que la magia y la adivinación no son ciencias porque sus practicantes no discuten entre sí. Sin controversia, no hay búsqueda seria del conocimiento y la verdad[9].

Esta poderosa *combinación* de percepción y medición, verificación y deducción matemática —el nuevo método— fue la clave del saber. Sus éxitos prácticos constituían la

garantía de que sería protegido y alentado cualesquiera que fueran sus consecuencias. Mientras tanto, en el resto del mundo no ocurría nada[10].

El método de experimentación era el primer problema. Ante todo, había que idear sistemas de investigación e instrumentos de observación y medición, y transcurrirían casi cuatro siglos antes de que el método diera fruto, en los espectaculares avances registrados en el siglo XVII. El mundo del saber también bullía. El nuevo método encontró pronto aplicaciones en la astronomía y la navegación, la mecánica y el arte de la guerra, la óptica y la agrimensura, todas ellas disciplinas prácticas. Pero solo a finales del siglo XVI, por obra y gracia de Galileo Galilei, la experimentación se volvió sistemática. Por una parte, la observación se hizo repetida y repetible. Por otra parte, este método supuso una simplificación deliberada, una ventana abierta a lo complejo. ¿Se quiere encontrar las relaciones entre el tiempo, la velocidad y la distancia recorrida por los objetos en su caída? Ralentícese su movimiento haciéndolos rodar hacia abajo por un plano inclinado.

Los científicos tenían que ver con mayor precisión, cosa que pudieron hacer tras la invención del telescopio y el microscopio (c. 1600), abriendo nuevos mundos comparables en su magnificencia y poder a los recientes descubrimientos geográficos. Tenían que medir con mayor precisión, porque el movimiento más leve del fiel podía ser significativo. De modo que Pedro Nunes, profesor de astronomía y matemáticas en la universidad de Coimbra (Portugal), inventó a principios del siglo XVI el nonio (lo bautizó latinizando su propio nombre), para dar a las mediciones en navegación y astronomía una precisión de una fracción de grado. Este instrumento fue perfeccionado más adelante por la escala del nonio (debida a Pierre Vemier, 1580-1637), seguida por la invención del micrómetro (Gascoigne, 1639, aunque quedó sumido mucho tiempo en el olvido; y Adrien Auzout, 1666), que usaba varillas finas y un tornillo (en lugar de una platina) para lograr un control de precisión. Se logró una precisión en la medición hasta la décima de un milímetro, e incluso menos, lo que mejoró sustancialmente la precisión astronómica[11]. (Tengamos en cuenta que el mero hecho de fabricar tornillos de precisión ya constituyó un avance de primer orden, o que la utilidad de estos instrumentos dependía en parte de las gafas y las lentes de aumento).

Idéntica búsqueda de la precisión presidió el desarrollo de la medición del tiempo. Los astrónomos y físicos tenían que cronometrar los fenómenos en minutos y segundos. Christian Huygens les brindó el instrumento que buscaban al inventar el reloj de péndulo en 1657 y la espiral del volante en 1675. Los científicos también tenían que calcular mejor y más rápidamente y, en este terreno, los logaritmos de John Napier tuvieron tanta importancia en su día como la invención del ábaco en tiempos pretéritos, o de las calculadoras y los ordenadores más adelante[12]. Y precisaban instrumentos de análisis matemático más potentes, que les dio la geometría analítica de René Descartes y, sobre todo, el nuevo método de cálculo de Isaac Newton y Gottfried Wilhelm von Leibniz. Estas nuevas matemáticas contribuyeron poderosamente a la experimentación y el análisis.

Rutinización. El tercer pilar institucional de la ciencia occidental fue la rutinización del descubrimiento, la invención de la invención. Los intelectuales estaban diseminados, trabajaban en diferentes países y hablaban lenguas vernáculas dispares y, con todo, conformaban una comunidad. Lo que ocurría en determinado lugar se difundía rápidamente a todas partes, en parte gracias a una lengua común del saber, el latín, y en

parte a un precoz desarrollo del correo y los servicios postales, pero, sobre todo, debido a que la gente viajaba en todas las direcciones. En el siglo XVII, estos vínculos fueron institucionalizados, primero en la persona de hombres que se convertían en centros de intercomunicación humanos como Marín Mersenne (1588-1648), y luego en forma de sociedades culturales, caracterizadas por sus académicos correspondientes, la frecuencia de sus reuniones y la publicación de boletines periódicos. Las primeras sociedades de este tipo aparecieron en Italia —la Accademia dei Lincei («Academia de los Linces») en Roma, en 1603, la efímera Accademia del Cimento en Florencia, 1653—. Más influyentes a largo plazo, sin embargo, fueron las sociedades del norte: la Royal Society de Londres, 1660, la Academia Parisiensis, 1635, y su sucesora, la Académie des Sciences, 1666. Antes de su fundación, las personas se reunían y dirimían sus diferencias en encuentros informales pero regulares en cafés y salones. Como dijo Mersenne en 1634, «las ciencias se han jurado eterna amistad[13]».

Así pues, había cooperación, aunque enormemente potenciada por una rivalidad feroz en la lucha por el prestigio y los honores. En el entorno preacadémico del siglo XVI, este hecho a menudo revistió la forma de la ocultación, de la divulgación parcial, de la negativa a publicar, de una estrategia que consistía en guardar para sí los datos más relevantes para el debate y la refutación[14]. Incluso a finales del siglo XVII surgen personajes excéntricos como Robert Hooke, miembro activo de la Royal Society, cuyo lema podría haber sido «Se me ocurrió a mí antes». Según él, guardaba toda clase de creaciones valiosas en los cajones de su armario, que solo sacaba a la luz cuando otro había ideado un artefacto semejante. Así, pretendió arrebatarle a Christian Huygens la primicia de la invención de la espiral del volante para relojes (1657), un adelanto capital para la precisión de los instrumentos portátiles de medición del tiempo. La historia le ha dado la palma a Huygens, no solo porque su espiral fue probada en un reloj y funcionó, sino porque anunció su invención en el momento de realizarla. No pueden tolerarse estas demandas indemostrables *ex post*, ni siquiera por parte de un genio de la mecánica de tanto talento como Hooke[15].

Por lo general, el acicate era la fama, y ya desde aquellas fechas tempranas, la ciencia era una pelea por la preeminencia. Por ello resultaba determinante mostrar y contar las proezas propias a los aficionados, a menudo en salones elegantes: las damas y los caballeros presentes eran testigos válidos. Y por ello los científicos, tanto aficionados como profesionales, tenían tanto interés en publicar sus artículos en revistas, fechándolos. Y por repetir los experimentos, comprobar los resultados, corregir, mejorar e ir más lejos. En este sentido, fue crucial la función de la imprenta y de los tipos móviles, así como el paso del latín, un medio valiosísimo de comunicación internacional entre sabios de diferentes países, a las lenguas vernáculas, la lengua del público en general. Una vez más, el saber y sus instrumentos de divulgación no existían fuera de Europa.

El método y los conocimientos científicos se rentabilizaban mediante sus aplicaciones, en particular en la esfera de la tecnología energética. En estos siglos, los antiguos artilugios mecánicos —el molino y la rueda hidráulica— siguieron siendo objeto de estudio, con algunas mejoras en términos de eficacia; pero la gran invención sería la conversión de la energía calórica en trabajo merced al vapor. Ninguna técnica dependía tan estrechamente de la experimentación, una prolongada investigación del vacío y la presión del aire que

comenzó en el siglo XVI y dio fruto a finales del siglo XVII, con la obra de Otto von Guericke (1602-1686), Evangelista Torricelli (1608-1647), Robert Boyle (1627-1691) y Denys Papin (16477-1712), un alemán, un italiano, un británico y un francés. Hay que aclarar que ninguno de los científicos del siglo podía explicar por qué y cómo funcionaba un motor de vapor. Para ello hubo que esperar a Sadi Camot (1796-1832) y a las leyes de la termodinámica. Pero afirmar que la fabricación de un motor precedió a la explicación de su funcionamiento no equivale a decir que el constructor del motor no partiera de los recientes adelantos científicos, tanto aplicados como teóricos. James Watt lo logró. Su maestro y mentor, Joseph Black (1728-1799), no le dio la idea de separar el condensador, pero trabajar con él le dio la práctica y el método necesarios para experimentar y resolver la cuestión[16]. Este heroico inventor no recibió pleno crédito por su invención. Watt era amigo de profesores de Edimburgo y Glasgow, de filósofos naturales eminentes de Inglaterra y de científicos extranjeros. Sabía matemáticas, realizaba experimentos sistemáticos, calculaba la eficacia térmica de los motores de vapor: en pocas palabras, operaba desde supuestos científicos para perfeccionar la técnica[17].

El proceso de asimilación llevaba tiempo y, por ello, *a largo plazo*, la Revolución industrial tuvo que esperar. No podía haberse producido en la Italia del Renacimiento. Aún menos en la Grecia clásica. Las premisas tecnológicas aún no se habían sentado; las corrientes del progreso todavía tenían que confluir.

La respuesta *a corto plazo* reside en la coyuntura, en las relaciones entre la oferta y la demanda, en los precios y su elasticidad. La tecnología no basta. Se precisaba un cambio tecnológico de grandes proporciones, capaz de conmocionar el mercado y modificar la distribución de los recursos.

Permítaseme recurrir a un ejemplo. En la Italia del siglo XIV, unos mecánicos hábiles (cuyo nombre ignoramos) descubrieron un método para devanar la seda, esto es, hilar la urdimbre de la seda mecánicamente y, sobre todo, lograr que estos aparatos fueran accionados mediante energía hidráulica. Merced a esta técnica, la industria sedera italiana prosperó durante siglos, para envidia de los demás países. Los franceses consiguieron descubrir el secreto en 1670, los holandeses lo hicieron por la misma época y, en 1716, Thomas Lombe, después de años de paciente espionaje, llevó la técnica a Inglaterra y construyó un gran molino hidráulico que empleaba a centenares de trabajadores[18].

Se trataba de una fábrica, casi idéntica a las de algodón posteriores. Casi… La diferencia estriba en que el molino de Lombe, en Derby, junto con los talleres para el torcimiento manual de la seda que lo habían precedido en el tiempo y algunos imitadores de menor escala, eran más que suficientes para cubrir la demanda de Inglaterra de hilo de seda. A fin de cuentas, la seda era una materia prima costosa, y esta industria abastecía a una clientela reducida de acaudalados. De suerte que el molino de Lombe, que se anticipó en cincuenta años a los primeros molinos de algodón de la década de 1770, no era el modelo idóneo para un nuevo modo de producción. De la seda no podía extraerse una revolución industrial[19].

La lana y el algodón eran diferentes. Cuando la lana estornudaba, Europa entera se constipaba; cuando lo hacía el algodón, todo el mundo enfermaba. La lana era con mucho el tejido más importante en Europa, y la función del algodón en la Revolución industrial fue accidental en varios aspectos. Las «leyes sobre el percal» británicas (1700 y 1721), que prohibían la importación e incluso el porte de los vestidos estampados y teñidos en la

India, tenían por objeto la protección de los productores nacionales de lana y lino, pero defendieron también inadvertidamente la aún incipiente industria algodonera que, en sus albores, era el sector de producción menos desarrollado a mediados del siglo. Los primeros intentos de construir máquinas de hilado se dieron en el sector de la lana, con mayores perspectivas de rentabilidad. Pero cuando se descubrió que las fibras de la lana eran delicadas y las del algodón dóciles, los inventores centraron su atención en este material, más sencillo de elaborar.

Al propio tiempo, la recesión de la industria lanar y el poder reivindicativo de su mano de obra impidieron el cambio. Al algodón, que crecía rápido y daba trabajo, le resultó más fácil imponer nuevos modos. Se trata de una constante del proceso de innovación tecnológica: es mucho más sencillo enseñar novedades a trabajadores sin experiencia que enseñar nuevos trucos a perros viejos[*].

¿A qué se debió este interés por la mecanización? En primer lugar, al crecimiento de la industria textil, cuyas exigencias de mano de obra empezaban a superar la oferta[*]. Inglaterra se había colocado en cabeza merced a la intensidad de la producción rural (sistema de *putting-out*), pero la dispersión de las actividades por montes y por valles estaba encareciendo los costes de distribución y recogida. Al propio tiempo, para responder a la demanda, los empleadores elevaron los salarios o, mejor dicho, aumentaron los precios que pagaban por los artículos acabados. Sin embargo, para su consternación, este aumento de las rentas solo se tradujo en más tiempo libre para los trabajadores, de modo que la oferta de trabajo disminuyó en conjunto. Los comerciantes-fabricantes se vieron inmersos en un círculo vicioso. Contradiciendo sus instintos naturales, llegaron a desear un encarecimiento de los precios de los alimentos. Quizás un aumento en el coste de la vida potenciaría el celo laboral de hilanderos y tejedores.

Sin embargo, los trabajadores sí respondían a los incentivos del mercado. Eran contratistas al tiempo que asalariados, y esta doble condición les permitía enriquecerse a expensas de quien repartía el trabajo a domicilio. Los hilanderos y tejedores compraban los materiales a un comerciante y vendían luego el producto acabado a otro de la competencia, rehuyendo una vez a uno y la siguiente al otro, e infringían las obligaciones que habían contraído despidiéndose. También aprendieron a reservar parte de la materia prima para su propio uso: en la gráfica de la oferta de trabajo, la curva no era descendente cuando trabajaban por su propio interés. Para ocultar estos desfalcos, los tejedores elaboraban telas más delgadas y de peor calidad, añadiéndoles consistencia con artimañas o aditivos. Por su parte, el fabricante trataba de desenmascarar esta sustracción estudiando detenidamente cada pieza y, en su caso, rebajando el precio del artículo acabado. Este conflicto de intereses dio lugar a una costosa guerra fría entre empleadores y empleados.

Los fabricantes pidieron ayuda a las autoridades civiles, invocando el derecho a infligir castigos corporales a los holgazanes y tramposos (no servía de nada imponerles multas), así como el derecho a entrar en las casas de campo de los tejedores sin autorización judicial para buscar materiales hurtados. Estas peticiones no prosperaron. La casa de un caballero inglés es su castillo, sagrado.

No es de extrañar, pues, que los fabricantes, frustrados, empezaran a pensar en grandes talleres donde los hilanderos y tejedores tendrían que trabajar por turnos a lo largo de todo el día, sometidos a estrecha vigilancia. No era un asunto baladí. A fin de cuentas, el sistema

de *putting-out* conllevaba grandes ventajas para el comerciante-fabricante, entre las que hay que destacar el bajo coste de los insumos y de los gastos generales. En este régimen, era el trabajador el que aportaba los locales y el equipo y, si el ritmo comercial se estancaba, al empleador le bastaba con dejar de cursar pedidos. Por otra parte, los grandes talleres o fábricas requerían una importante inversión de capital: para empezar, solar y edificios, además de las máquinas.

Además, el sistema de *putting-out* era muy popular. Los trabajadores apreciaban la libertad de horarios, el privilegio de poder detenerse y trabajar a sus anchas. Los ritmos de trabajo reflejaban esta independencia. Los tejedores solían descansar y solazarse hasta bien entrada la semana, para ponerse al tajo intensivamente hacia finales de la misma y poder entregar los pedidos y recoger la paga el sábado. Los viernes no era raro que trabajaran toda la noche. La noche del sábado se reservaba a la bebida, y el domingo traía consigo más cerveza y *ale*. El lunes (día sacrosanto) también era sagrado, y el martes lo dedicaban a recuperarse de tanta santidad.

Estos conflictos en la industria (que un marxista llamaría contradicciones internas) condujeron lógicamente al agrupamiento de los trabajadores bajo el mismo techo, al trabajo bajo vigilancia y supervisión. Pero los fabricantes descubrieron que tenían que pagar para convencer a la gente de que abandonara sus casas de campo y entrara en las fábricas. *Mientras el equipo de las fábricas textiles fue el mismo que el de la casa de campo, su producción fue más onerosa*. Las únicas operaciones que constituyeron una excepción a esta regla fueron las tecnologías termodinámicas (abatanado, fabricación de cerveza, de vidrio, metalurgia y similares), en las que los ahorros derivados de la concentración (un horno en lugar de varios) compensaban con creces los costes de capital[*]. En cambio, los esfuerzos por concentrar la mano de obra en la industria textil, que se remontan en Inglaterra al siglo XVI, fracasaban una y otra vez. Tuvieron más éxito en Europa, donde los gobiernos trataron de fomentar la industria subvencionando y asignando mano de obra a grandes talleres de fabricación manual: «manufactorías» o «protofábricas». Pero era una prosperidad artificial, y el fin de las ayudas solía significar la bancarrota.

Fueron necesarias las máquinas mecanizadas para hacer competitiva a la fábrica. La energía posibilitó la utilización de maquinaria más grande y eficaz, que elaboraba productos acabados a precios mucho más bajos. Los hilanderos manuales trabajaban con rapidez; los tejedores manuales, más despacio, pero seguro. Pese a que pagaban salarios más elevados, las fábricas se les antojaban prisiones a quienes habían sido educados en el orden antiguo. Así pues, ¿dónde encontraron los propietarios de las fábricas la mano de obra? ¿Dónde sino entre quienes no podían negarse? En Inglaterra eso significaba los niños, a menudo recogidos (comprados) en los hospicios, y las mujeres, especialmente las jóvenes y solteras. En el continente, los fabricantes podían negociar la utilización de presidiarios y militares como mano de obra.

Así nació lo que Marx llamó la «industria moderna», fruto del matrimonio entre las máquinas y el poder, o entre la energía y el poder.

PRIMACÍA DE LA OBSERVACIÓN: LO QUE SE VE ES LO QUE HAY

El gran astrónomo danés Tycho Brahe (1546-1601) vivió y trabajó antes de la invención del telescopio, pero era un observador agudo y conocía todas las estrellas que podía ver en el cielo: se suponía que aquellas eran todas las que había. No obstante, una noche, en noviembre de 1572, vio algo nuevo en los cielos, un punto de luz en la constelación de Casiopea que no debería estar en aquel lugar. Eso le preocupó, de modo que preguntó a sus sirvientes si estaban viendo lo mismo que él, y estos dijeron que así era. Durante un momento se quedó satisfecho, al menos en lo concerniente a su agudeza visual, pero luego empezó a pensar que tal vez sus sirvientes le habían querido tranquilizar y no querían o no se atrevían a contradecir a su amo, puesto que, como él mismo reconocía, era un hombre orgulloso y temperamental. (Había perdido la nariz en un duelo de juventud y llevaba una prótesis de cobre, hay quien dice que de plata). De modo que salió a la calle y detuvo a varios campesinos que pasaban para plantearles la misma pregunta. No tenían nada que perder o ganar diciendo la verdad, y no hay nadie con más sentido práctico que un campesino. También dijeron que veían la luz. Entonces Tycho comprendió que había más cosas en el cielo de las que contemplaba su filosofía. Anotó sus observaciones en un folleto, *De nova stella*, publicado en Copenhague en 1573, que constituye todo un monumento en la historia de la ciencia.

Una advertencia: pese a su empirismo, Tycho trató de encontrar una vía intermedia entre Ptolomeo y Copérnico, afirmando que el sol, rodeado de planetas, giraba en torno a la tierra. La ciencia requiere tanto capacidad de observación como de inducción.

MAESTROS DE LA PRECISIÓN

Todos los estudios sobre el cambio y su magnitud tienen que medir el tiempo transcurrido. Para ello, es precisa una unidad de medición estándar y un instrumento que pueda contar dichas unidades: lo llamamos reloj. A falta de reloj, pueden utilizarse herramientas afines. Los marinos de los siglos XV y XVI que querían medir el tiempo necesario para que un corcho fuera de la proa a la popa, con objeto de calcular aproximadamente la velocidad de la nave, podían usar un reloj de arena; si no disponían de ninguno, podían recitar avemarías o cualquier canción convencional; hoy, cualquier fotógrafo experimentado sabe que se pueden contar los segundos recitando tetrasílabos: mil ciento uno, mil ciento dos, mil ciento tres…

Huelga precisar que estas improvisaciones idiosincráticas no pueden usarse con fines científicos. Para eso hace falta un buen reloj, pero tuvieron que pasar varios siglos para que se construyera uno. Con todo, los científicos son ingeniosos y encontraron métodos para mejorar la precisión de sus artefactos antes de la invención del péndulo, y de sus cronómetros antes de las espirales del volante. Un sistema consistía en utilizar relojes con ruedas muy grandes y centenares o incluso mil dientes o más. Tycho Brahe lo hizo y, en lugar de leer solo la manecilla de la hora de su reloj (estas máquinas primitivas no eran lo bastante precisas para garantizar el uso de manecillas para los minutos), contaba el número de dientes que había girado la rueda y precisaba con mayor exactitud el tiempo real transcurrido. Lo hizo para seguir el movimiento de las estrellas y localizar dichos cuerpos en los mapas celestes (el tiempo era una de las dos coordenadas). Galileo necesitó

mediciones aún más precisas para sus estudios sobre la aceleración. Extraordinariamente ingenioso como era, usó pequeños relojes de agua portátiles en lugar de relojes mecánicos, abriendo y obturando el paso del agua con el dedo al principio y al final del movimiento. Luego pesaba el agua que había atravesado el agujero para medir el tiempo transcurrido, ya que, en aquellos días, la balanza era el instrumento de medición más preciso que se conocía.

La invención del reloj de péndulo modificó por entero el panorama. Era el primer artefacto de relojería controlado por un oscilador que tenía una frecuencia propia. Los relojes anteriores usaban un controlador (una varilla o círculo de rotación) cuya frecuencia variaba en función de la fuerza que se le aplicara. Tras varias mejoras (todas las invenciones las requieren), un buen reloj de péndulo medía el tiempo con un margen de error de unos pocos segundos al día. Los relojes de pulsera eran menos precisos, porque no podían funcionar con péndulo. Sin embargo, la invención de la espiral del volante hizo posible acercarse mucho más a un ritmo regular, uniforme de hora en hora y de un día a otro. Un buen reloj de bolsillo, montado sobre rubíes y con una espiral de buena calidad, podía medir el tiempo a principios del siglo XVIII con un margen de error de uno o dos minutos al día. Por vez primera tuvo sentido añadirle una manecilla para los minutos, e incluso para los segundos.

Estos adelantos intensificaron la ventaja que la tecnología de la relojería confería a Europa. Lo que había sido mucho tiempo monopolio absoluto del conocimiento se transformó en un monopolio efectivo del rendimiento. Solo en Europa se podían fabricar estos instrumentos o realizar trabajos que dependieran de una medición del tiempo precisa. Política y económicamente, el más importante de todos fue la determinación de la longitud en el mar.

Capítulo XV

GRAN BRETAÑA Y LOS DEMÁS

Y, dentro de Europa, ¿por qué Gran Bretaña y no otro país?

En un sentido, la pregunta tiene fácil respuesta. A principios del siglo XVIII, Gran Bretaña estaba mucho más avanzada que los demás: en la fabricación a domicilio (sistema de *putting-out*), germen del crecimiento; en el recurso al combustible fósil; en la tecnología de los sectores industriales que constituirían la esencia misma de la Revolución industrial: el sector textil, la siderurgia, la mecánica y la energía. A lo que cabría añadir la eficacia de la agricultura comercial y el transporte británicos.

Las ventajas de potenciar la eficacia de la agricultura son obvias. Ante todo, aumentar la productividad en la producción de alimentos libera mano de obra para otras actividades, como la producción industrial, los servicios y otros sectores afines. En segundo lugar, esta mano de obra floreciente aumenta la demanda de productos alimentarios. Si no pueden producirse en el país mismo, deben asignarse ingresos y recursos a tal fin. (Naturalmente, la necesidad de importar alimentos puede fomentar el desarrollo de exportaciones que intercambiar por estos, lo que puede ser un acicate para la industria, pero esta carestía no presagia buenos resultados. Algunos de los países más pobres del mundo pudieron antaño autoalimentarse. Hoy dependen en buena medida de las importaciones alimentarias, que agotan sus recursos y los endeudan, al tiempo que el más mínimo cambio en la pluviometría o la más mínima traba comercial es sinónimo de catástrofe. En el peor de los casos, van trastabillando de una hambruna a otra, cada una de las cuales deja una secuela de empobrecimiento, enfermedades y mayor dependencia).

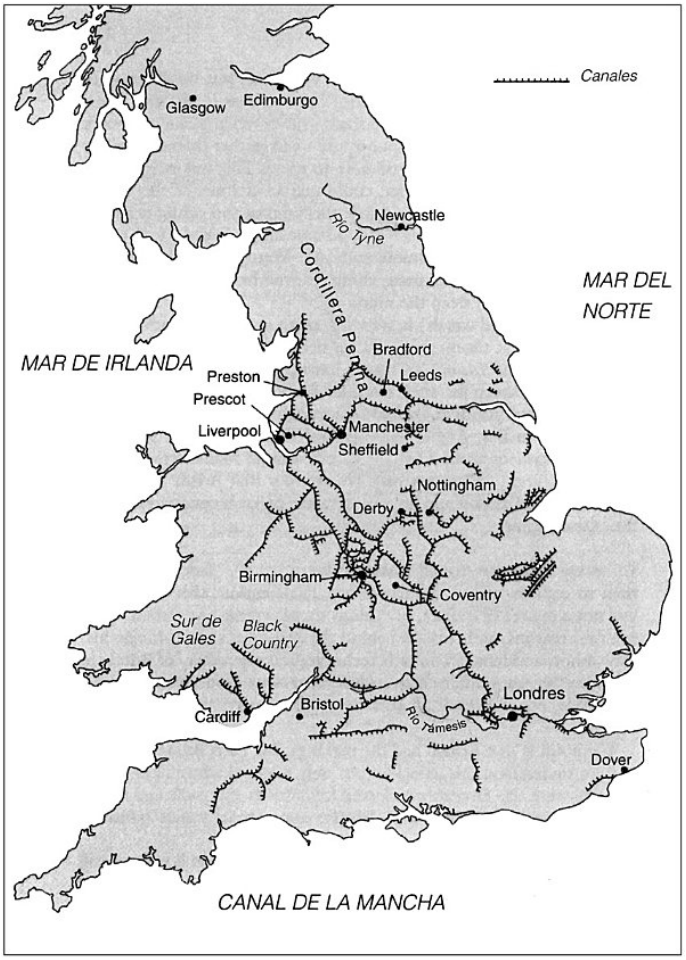
De modo que no se ha exagerado la contribución de los progresos agrícolas a la industrialización de Gran Bretaña[1]. El proceso comenzó en la Edad Media, con la emancipación precoz de los siervos y la comercialización de las cosechas y la distribución. La difusión de la horticultura comercial (frutas y verduras) en torno a Londres en el siglo XVI y la práctica de la agricultura mixta (cereales y ganado, alimentado a base de cereales) dan fe de la versatilidad de terratenientes y arrendadores de tierras. Este cambio propició dietas más ricas y variadas, con una proporción excepcionalmente elevada de proteínas animales[2]. Otro factor coadyuvante fue la adopción de nuevas técnicas de riego, fertilización y rotación de los cultivos, muchas de ellas aportadas por los inmigrantes de los Países Bajos, que por aquel entonces eran sede del progreso agrícola, una tierra que el hombre había creado (ganado al mar) con su esfuerzo e ingenio y por la que sentía un amor acorde con el trabajo que le había costado conquistarla. Los holandeses ya enseñaban técnicas agrícolas en la Edad Media, hasta la frontera eslava. En los siglos XVI y XVII, los

ingleses fueron sus principales beneficiarios. A una iniciativa le seguía otra. En la Inglaterra del siglo XVIII, el factor clave fueron las cercas, el paso de las limitaciones colectivas impuestas por los campos abiertos a la libertad de las propiedades concentradas, valladas o cercadas. Los historiadores han discutido la contribución de este paso a las tierras cercadas, pero la lógica indica que, a la vista de sus costes, resultó beneficiosa.

A diferencia de otros países, por lo tanto, la agricultura británica no constituyó una rémora inmovilista. Fue un agente impulsor del cambio económico, en la misma medida que los demás sectores. La agricultura era rentable y, por su rentabilidad, se convirtió en una suerte de afición, no solo para los agricultores, sino también para los terratenientes ricos y aristocráticos, que no le hacían ascos a enfangarse las botas y a mezclarse con el populacho en las ferias y mercados de ganado. Inevitablemente, en una sociedad tan consciente de la importancia del dinero y el mercado, aparecieron las corporaciones agrícolas, en las cuales los agricultores «perfeccionistas» podían reunirse e intercambiar conocimientos, y proliferaron los ensayos agrícolas destinados a difundir las mejores prácticas. Este mercantilismo propició una gestión agrícola integrada, donde todos los recursos contaban, tanto los del subsuelo como los superficiales y, en Gran Bretaña, a diferencia de los países continentales, los recursos minerales pertenecían al propietario de la tierra, no a la corona. Lo que constituyó un estímulo más al espíritu de empresa.

Al propio tiempo, los británicos cosechaban beneficios sustanciales en los transportes por tierra y por las vías navegables interiores. Nuevos canales y carreteras de peaje, construidos fundamentalmente para la industria y la minería, abrieron la vía a valiosos recursos, vincularon la producción a los mercados y propiciaron la división del trabajo. Otros países europeos trataban de hacer lo propio, pero en ninguno se generalizaron tanto estas mejoras ni fueron tan efectivas como en Gran Bretaña. Por una razón muy sencilla: las carreteras y los canales no fueron por lo general fuera de dicho país obra de empresas privadas y, por lo tanto, no tuvieron en cuenta las necesidades ni el provecho de los usuarios (se hicieron más bien por motivos de prestigio o con fines militares). Por eso Arthur Young, agrónomo y viajero, se maravillaba ante la anchura y el buen trazado de las carreteras francesas, pero encontraba deplorables los hoteles y restaurantes. La corona francesa había construido varias carreteras reales admirables, tanto para agilizar los controles como para fomentar el comercio, pero Young las encontró desiertas. Los inversores británicos habían construido muchas más, por motivos comerciales, y al mismo tiempo albergues donde podían dormir y recuperarse sus usuarios.

Estas carreteras (y canales) aceleraron el crecimiento y la especialización. Esto es quizás lo que más impresionó a Daniel Defoe en su magistral *Un viaje por toda la isla de Gran Bretaña* (1724-1726): los cultivos locales (lúpulo para la cerveza, ovejas por la lana, ganado para la alimentación) y las especialidades regionales (metales en Sheffield, Birmingham y Black Country; lanas en East Anglia y West Country; estambres alrededor de Bradford; lanas en la región de Leeds; algodones en la de Manchester; cerámica en Cheshire, y así sucesivamente). No resulta sorprendente que Adam Smith diera tanta importancia a la dimensión del mercado y a la división del trabajo: su propio país le ofrecía el mejor ejemplo posible.



GRAN BRETAÑA CAMINO DE LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

Los canales respondían a la necesidad de transporte barato desde las minas hasta los centros urbanos y puertos marítimos. La mercancía era el carbón, combustible y fuente de calor.

Y, sin embargo, con todo ello no respondemos más que al *qué* y al *cómo*, no al *por qué*: más que explicar un fenómeno, lo hemos descrito[3]. Este progreso acompañado de transformación, esta revolución, no fue cuestión de suerte, de que «las cosas encajaran por sí solas». Siempre hay motivos, y nuevos motivos ocultos detrás de los primeros. (En los asuntos importantes, la historia aborrece los accidentes)[4]. La temprana superioridad tecnológica británica en estos sectores clave fue por sí misma una proeza, no resultado de la gracia divina ni un hecho fortuito, sino fruto del esfuerzo, del ingenio, la imaginación y el espíritu de empresa.

Gran Bretaña contaba con las cualidades necesarias, pero además lo logró por sí sola. Para comprender este hecho, hay que considerar no solo las ventajas materiales (otras sociedades también estaban bien dotadas para la industria, pero precisaron muchos años para imitar la iniciativa británica), sino también los valores inmateriales (la cultura) y las instituciones[*].

Estos valores e instituciones nos resultan tan familiares (no en vano los llamamos modernos) que los damos por descontados. Sin embargo, suponen un cambio radical con

respecto a las viejas normas, y solo se han aceptado y adoptado, en diferentes épocas y lugares, tras vencer una resistencia tenaz, hasta tal punto que no puede decirse que hoy haya desaparecido por completo el viejo orden.

Empecemos por describir el caso ideal, el de la sociedad teóricamente mejor dotada para lograr el progreso material y distribuir equitativamente las riquezas. No olvidemos que no se trata de una sociedad «mejor» ni «superior» (palabras tabú), sino simplemente de una sociedad mejor preparada para producir bienes y servicios. Esta sociedad ideal predestinada al crecimiento y el desarrollo se caracterizaría por:

1. Saber cómo explotar, gestionar y construir los medios de producción y crear, adaptar y dominar nuevas técnicas, punteras desde el punto de vista tecnológico.
2. Ser capaz de impartir estos conocimientos y esta pericia a los jóvenes, a través de una educación informal o mediante la formación de aprendices.
3. Seleccionar a los trabajadores para cada puesto en función de la competencia y los méritos relativos; promoverlos y degradarlos en función de sus resultados.
4. Dar oportunidades a las empresas personales o colectivas, alentar las iniciativas, la competencia y la emulación[5].
5. Permitir que las personas disfruten y utilicen los frutos de su trabajo y sus iniciativas.

Estas normas tienen unas consecuencias naturales: la igualdad de los sexos (que permite duplicar los recursos en materia de talento), la no discriminación en función de criterios irrelevantes (raza, sexo, religión, etc.) y la preponderancia de la racionalidad científica (la adecuación de los medios a los fines) sobre la magia y la superstición (irracionalidad[*]).

Una sociedad de este tipo poseería también instituciones políticas y sociales que fomentaran la consecución de estos objetivos generales, instituciones que, por ejemplo:

1. Garantizaran el derecho a la propiedad privada, con objeto de alentar el ahorro y la inversión.
2. Garantizaran el derecho a la libertad personal, tanto contra los abusos de la tiranía como los excesos privados (el crimen y la corrupción).
3. Aplicaran el derecho contractual, explícito y tácito.
4. Dieran estabilidad al gobierno, que no habría de ser necesariamente democrático, pero sí estar regido por normas conocidas por todos (un gobierno regulado por leyes, más que por hombres). En caso de que fuera democrático, esto es, se sustentara en elecciones periódicas, la mayoría vencería pero no violaría los derechos de los perdedores, quienes aceptarían su derrota y esperarían a las siguientes elecciones para tratar de alzarse con el poder.
5. Instauraran un gobierno receptivo, atento a las denuncias y pronto a repararlas.
6. Gobernaran con honestidad, impidiendo que los agentes económicos obtuvieran ventajas o privilegios dentro o fuera del mercado. Dicho en términos económicos, los privilegios y la posición social no deberían generar rentas.
7. Instauraran un gobierno moderado, eficaz y honrado, que mantuviera un grado de tributación reducido bajo, redujera el grado de apropiación del superávit social por el gobierno y erradicara los privilegios.

Esta sociedad ideal también sería honesta. La honestidad se impondría por ley pero, idealmente, no sería necesario aplicarla. Las personas considerarían que la honestidad es una virtud (y también que es beneficiosa) y vivirían y se comportarían en consonancia con este principio.

Más corolarios: dicha sociedad se caracterizaría por la movilidad geográfica y social. Las personas se desplazarían en búsqueda de oportunidades laborales, y subirían o bajarían en la escala social en función de su mayor o menor utilidad. Esta sociedad valoraría lo nuevo frente a lo viejo, la juventud frente a la experiencia, el cambio y el riesgo frente a la seguridad. No sería una sociedad completamente igualitaria, ya que el talento no se distribuye uniformemente, pero tendería a una distribución más equitativa de la renta de la que caracteriza a las sociedades en las que priman los privilegios y el favoritismo. Tendría una clase media relativamente numerosa. Esta mayor igualdad se reflejaría en una manera de vestir más homogénea y en comportamientos interclasistas más naturales.

Ninguna sociedad ha alcanzado jamás este ideal. Dejando de lado la ignorancia (¿cómo se sabe quién es mejor o más meritorio?), sería una máquina eficaz al 100 por 100, diseñada para hacer frente a los caprichos de la historia, el destino y las pasiones humanas. Las sociedades más eficaces y progresivas de nuestros días, las del este de Asia y las naciones industriales occidentales, pongamos por caso, están lastradas por todo tipo de corrupciones, deficiencias de gobierno, búsqueda de rentas privadas. Con todo, este paradigma señala el camino de la historia. Son las virtudes que han cimentado el progreso económico y material. Suponen un cambio significativo con respecto al orden social y político antiguo, y no es casual que la primera nación industrial fuera la que más se aproximara a este nuevo tipo de orden social.

Para empezar, Gran Bretaña tuvo la ventaja de ser una *nación*. Con ello no me refiero simplemente a la jurisdicción de un soberano, ni a un estado o una entidad política, sino a una unidad con conciencia de sí misma, marcada por una identidad común, por una lealtad a los mismos valores y por la igualdad en términos de estado civil[6]. Las naciones pueden conciliar las metas sociales con las aspiraciones e iniciativas personales y mejorar sus resultados merced a la sinergia colectiva. El conjunto siempre es superior a la suma de las partes. Los ciudadanos de una nación responden mejor al aliento y las iniciativas procedentes del estado; por su parte, el estado sabe mejor qué debe hacer y cómo hacerlo si se concierta con las fuerzas activas a nivel social[7]. Las naciones pueden competir.

Además, Gran Bretaña no era una nación cualquiera. Era una nación precozmente moderna e industrial. Recordemos que la característica más destacada de este tipo de sociedad es la capacidad de transformarse y adaptarse a los nuevos fenómenos y a los nuevos tiempos, en los que cambia sin cesar el significado de palabras como «moderno» o «industrial». Un factor esencial para el cambio fue la creciente libertad y seguridad de las personas. Irónicamente, aún en nuestros días los británicos se denominan a sí mismos «súbditos» de la corona, aunque hace tiempo —mucho más tiempo que en ningún otro lugar— que son ciudadanos. Nada puede ser más estimulante para el espíritu de empresa. Veamos lo que dice Adam Smith:

> El esfuerzo natural de cada individuo por mejorar su situación, cuando puede realizarse en libertad y con seguridad, es un principio tan poderoso que, por sí solo, sin necesidad de ayuda, no es solo capaz

> de conducir a la sociedad a la riqueza y la prosperidad, sino de superar centenares de trabas impertinentes con las cuales la locura de las leyes humanas entorpece con demasiada frecuencia sus actividades; aunque el efecto de estos entorpecimientos sea casi siempre bien recortar su libertad, bien disminuir el grado de seguridad. En Gran Bretaña, la industria goza de una seguridad absoluta y, aunque dista de tener una libertad absoluta, es tan libre o más que en cualquier otro lugar de Europa[8].

Un asunto polémico entre los historiadores es hasta dónde se remonta la precocidad social inglesa. Un estudioso habla de la Edad Media (antes de 1500) y de lo que llama la aparición del individualismo. Era una sociedad que se había liberado de la carga de la servidumbre, había generado una población de cultivadores, más que de campesinos, llevaba la industria y el comercio al campo, sacrificaba las costumbres a los beneficios y la tradición en aras de la ventaja comparativa. Con un resultado desigual. Algunos se empobrecían pero, en conjunto, las rentas aumentaban. Muchos se quedaron sin tierra, pero se potenció la movilidad y se ampliaron los conocimientos[9].

Inglaterra dio a sus súbditos suficiente margen de maniobra. Las libertades políticas y civiles, con las que se alzó en un primer momento la nobleza (Carta Magna, 1215), se hicieron extensivas al común merced a la guerra, al hábito y a la ley. Todos estos progresos tenían excepciones: Inglaterra distaba de ser perfecta. Había pobres (siempre los ha habido), y eran mucho más numerosos que los ricos. Al margen de la libertad imperante, se abusaba de los privilegios, existían tratos de favor en función de la clase y el rango social, la riqueza y el poder estaban concentrados, se daba el favoritismo. Pero todo es relativo y, en comparación con las poblaciones del otro lado del Canal, los ingleses eran libres y afortunados.

Tenían señas de identidad. Su primera experiencia a gran escala de la vida en otros territorios fue la guerra de los Cien Años (siglos XIV y XV) en Francia, donde la guardia del rey se superó a sí misma ante la flor de la caballería gala. Entre los guerreros más destacados cabe citar a John Fortescue, luego *Sir* John y presidente del Tribunal Real. En el decenio de 1470, *Sir* John escribió un libro sobre *The Governance of England*, en donde describía el mal gobierno de Francia y su miseria. El rey de Francia, dice, hace y deshace a su antojo y ha empobrecido tanto a sus súbditos que apenas si pueden sobrevivir. Beben agua (en lugar de cerveza y *ale*), comen manzanas con pan negro (en lugar de blanco), no tienen más carne para comer que un poco de tocino o productos de casquería, los restos de los animales sacrificados para consumo de nobles y comerciantes. No tienen ropa de lana, sino que llevan mantos de lona y calzas, también de lona, que no llegan a la rodilla, de suerte que van con los muslos descubiertos. Sus mujeres e hijos van descalzos. Su misión es mirar, trabajar y escarbar la tierra. Están «encorvados y debilitados, son incapaces de luchar o defender su reino». No tienen armas ni dinero para comprarlas, «sino que viven en verdad en la pobreza y miseria más extremas, y sin embargo moran en el reino más fértil del mundo[10]».

Como se habrá apreciado, quien habla es inglés (aunque sorprende la precocidad de su conciencia nacional) y hay que perdonarle que cante las alabanzas de la superioridad de su país. Así es el nacionalismo, un sentimiento de identidad y superioridad, e Inglaterra fue uno de los primeros países en abrigar este sentimiento (léase a Shakespeare), que nada

tenía ya que ver con la identificación local del siervo medieval con respecto a su pequeño *pays* ni, ¿por qué no?, con la sumisión muda del labriego asiático[11].

Pero los ingleses no eran los únicos en alabar a Inglaterra. Los visitantes extranjeros de la isla se hacían eco de sus maravillas con respeto y admiración. Es posible que, para algunos asiáticos, todos los occidentales se parecieran, pero los europeos percibían las diferencias. Los visitantes se entusiasmaban ante el elevado nivel de vida del hombre de campo inglés: casas de ladrillo, tejados cubiertos de tejas, ropas de lana, zapatos de cuero, pan blanco (puede seguirse la evolución en las rentas de la Europa en vías de industrialización por la frontera del pan blanco). Veían a mujeres vestidas con ropas de algodón estampado y con sombreros; a chicas sirviendo que les recordaban tanto a sus propias mujeres que los extranjeros no sabían cómo dirigirse a la persona que les abría la puerta. Vieron también pobres, nos dicen, pero no a *misérables*; nada de rostros famélicos ni afligidos; a mendigos, pero a ninguno «sin una camisa, zapatos y medias». (Al parecer, los ingleses estaban orgullosos de sus mendigos, que consideraban un sector comercial)[12].

Al poder adquisitivo de las clases bajas y a su capacidad de comprar más de lo estrictamente necesario, hay que añadir la prosperidad —notable en aquella época— de la clase media inglesa, integrada por los comerciantes y tenderos, los fabricantes y banqueros, los hombres de leyes y otras profesiones afines. Daniel Defoe, popular sobre todo por la inventiva de su narrativa de ficción, también escribió deliciosos relatos de viajes y ensayos económicos de gran perspicacia. Veía lo que estaba sucediendo a su alrededor y, cuando describe al consumidor inglés, es mucho más explícito que cualquier funcionario apergaminado:

Me baso en ambas clases de personas, los fabricantes [no los empleadores, sino los empleados de la industria] y los tenderos, para elaborar la hipótesis que quiero presentar al público, esto es, que merced a las ganancias que obtienen ya de su trabajo, ya de su habilidad para el comercio, de una cuantía prodigiosa, el consumo nacional de nuestra propia producción y de la producción importada de naciones extranjeras es tan inmensamente grande que nuestro comercio alcanza cotas tan portentosas como demostraré…

… Estas son las personas que realizan el grueso de nuestro consumo; para ellas están abiertos los mercados el *sábado* por la noche; porque suelen recibir la paga semanal tarde… Su número no se cuenta por centenas ni millares, ni por centenares de millares, sino por millones. Por su abundancia digo que todas las ruedas del comercio se ponen en marcha, la manufactura y los productos de la tierra y el mar se elaboran, perfeccionan y adaptan a los mercados extranjeros; y afirmo que se sustentan mediante la abundancia de beneficios y por la abundancia de su cuantía todo el país se sustenta; por sus salarios pueden vivir plenamente y, merced a su forma de vida, pues no reparan en gastos, son generosos y libres, el consumo nacional aumenta hasta tales niveles de la producción nacional y extranjera[13]…

La contribución del elevado nivel de consumo al progreso tecnológico llamó la atención de los contemporáneos, más numerosos cuanto mayor se fue volviendo el adelanto de Inglaterra. Sin necesidad de un curso sobre economía keynesiana, los comerciantes franceses comprendieron que la mecanización propiciaba un aumento de los salarios, que los salarios elevados propiciaban un aumento de la demanda de productos y que una demanda efectiva propiciaba mayor prosperidad. «Así, explotando un sistema que parece paradójico, los ingleses se han enriquecido consumiendo[14]». «Paradójico» es la palabra adecuada, sin duda, pues esas costumbres dispendiosas contradecían la sabiduría popular, que aconseja frugalidad y abstinencia, hábitos propios de los campesinos franceses, obligados por las circunstancias a ser avaros. Resultado de ello fue una producción dirigida a un mercado nacional e internacional de considerables dimensiones, consistente en productos medios a precios moderados, los que mejor se prestan a una fabricación

mecanizada. «Los ingleses —escribió Charles, marqués de Biencourt—, tienen la inteligencia de hacer cosas para la gente, en lugar de para los ricos», lo que les da una clientela numerosa y fiel[15].

Esta clientela ha sido objeto recientemente de muchos estudios, no solo por sí misma, sino porque puede aportar explicaciones al cambio tecnológico y a los cambios sociales en general. Se recalca la participación creciente de las mujeres en el consumo[16]. Lo que revelan estos ensayos es un mercado activo de toda clase de tejidos, ropas, relojes de pared y de bolsillo, artículos de ferretería, alfileres y agujas y, sobre todo, de baratijas, un término genérico para los accesorios de uso personal (peines, hebillas, botones, joyas), que no son estrictamente necesarios y se usan para mejorar la apariencia personal y halagar la vanidad. Muchos de estos productos eran semiperecederos y se legaban en los testamentos o se donaban. El aumento de su volumen no reflejaba solo el incremento de los ingresos, sino una distribución más rápida y nuevas técnicas de fabricación (división del trabajo, máquinas repetitivas, trabajadores más capacitados), que permitían una reducción de los costes y los precios.

Huelga decir que esta producción, aunque estuviera dirigida en buena medida a cubrir la demanda interior, también se vendía en las haciendas, colonias y reinos extranjeros. (Los objetos pequeños de valor elevado en relación con su peso y volumen son los más idóneos para el contrabando. El mejor ejemplo lo constituyen los relojes). Mercados de pequeñas ciudades relativamente aislados del continente europeo, antaño coto cerrado de los artesanos locales, recibían ahora la visita de buhoneros incansables, que llevaban consigo el mundo exterior. Los conservadores se quejaban de la presencia de estos intrusos, no solo porque eran competencia extranjera (muchos de ellos judíos), sino porque constituían una amenaza para el orden y la decencia. El moralista alemán Justus Möser, describiendo a finales del siglo XVIII la región de Osnabrück, en el norte de Westfalia, denuncia la desvergüenza de estos viandantes. Se presentaban en la puerta de la casa de campo mientras el marido estaba ausente (¡ay de la autoridad patriarcal!) y tentaban a su mujer con pañoletas, peines y espejos, instrumentos de la vanidad y el despilfarro. Lo describe como el cuento de Blancanieves, trocando la madrastra por el malicioso buhonero y la princesa por una esposa, pero más indefensa que un niño[17].

A VECES LAS BUENAS ACCIONES SÍ TIENEN RECOMPENSA

Gran Bretaña no conocía prácticamente los prejuicios irracionales al mundo exterior que atenazaban a la mayoría de las sociedades del continente. Las más absurdas eran las de tipo religioso[*]: la persecución y expulsión de los protestantes de Francia (revocación en 1685 del Edicto de Tolerancia de Enrique IV) y la exclusión generalizada de los judíos del comercio en cualquiera de sus variedades, en parte por miedo y odio (factores psicológicos), en parte debido al componente cristiano de los gremios de artesanos y a la persistencia del eco de expulsiones anteriores (factores institucionales). Además, la religión no era el único criterio de admisión en los gremios de artesanos y comerciantes. En algunas zonas de Alemania, por ejemplo, solo los hombres «concebidos por padres honorables en circunstancias puras» (en alemán es más expresivo: *von ehrliche Eltem aus*

reinem Bett erzeuget) podían solicitar la admisión[18]. (Algunos estudiosos han tratado de restar importancia a la incidencia económica de estas discriminaciones, como si, por cada persona excluida, hubiera surgido otra, tan útil o inteligente o experimentada, o como si estas víctimas de los prejuicios y el odio no fueran preciosos portadores de conocimientos y pericia para una competencia ávida de ellos[19]. Ignoremos estas afirmaciones; carecen de lógica y de soporte fáctico).

Inglaterra se benefició en este caso de las heridas que las demás naciones se autoinfligían. En el siglo XVI, los tejedores del sur de los Países Bajos buscaron refugio en dicho país, llevándose consigo los secretos de la «nueva tapicería», y con los campesinos holandeses vinieron la técnica del drenaje y una agricultura más intensiva. En el siglo XVII, los judíos y criptojudaizantes, muchos de ellos representantes de la tercera o cuarta generación de marranos víctimas de las persecuciones españolas y de otras naciones, llevaron a Inglaterra su experiencia de las finanzas públicas y privadas[20]; y los hugonotes, comerciantes y artesanos, los antiguos pilares del comercio y las finanzas, aportaron su red de contactos religiosos y familiares[21].

EL VALOR DEL TEMPO

La Gran Bretaña de la Revolución industrial había preservado las estructuras e instituciones de una época anterior —la monarquía, los gremios, las ceremonias, los trajes—, pero durante mucho tiempo habían quedado relegados, pues se consideraban un mundo hecho de vanidad y apariencias. Mientras conservaran su influencia y su prestigio, serían un lastre. Nos han legado el mundo nostálgico (desde nuestro punto de vista) de Jane Austen: un mundo de nobleza e indolencia rurales, de herederos y desheredados y de intrigantes pobres que aspiran a una riqueza inmerecida. Era un mundo que resultaba muy atractivo y esperaba con tranquilidad el momento de conducir a buscadores de rentas públicas cansados, incompetentes y apuestos al nirvana de la trivialidad.

Pero la acción transcurría en otra parte, en un mundo de hombres nuevos, de terratenientes con ansias de medrar, de aristócratas reconvertidos a empresarios, de inmigrantes interiores y exteriores. La energía y espíritu de empresa de esta sociedad puede medirse por sus logros materiales, pero también por sus valores. En este sentido, considero capital la importancia concedida al tiempo y al ahorro de tiempo, porque nada ilustra mejor las prioridades de la época. Pueden citarse dos pruebas «discretas»: 1) el interés apasionado por saber la hora y 2) la importancia concedida a la rapidez del transporte.

En el siglo XVIII, los británicos eran los primeros productores y consumidores mundiales de instrumentos de medición del tiempo, tanto en el campo como en la ciudad (en este aspecto, singularizándose del resto de Europa). Construían relojes buenos y caros; también los producían en serie y los vendían baratos, si era preciso a plazos. Los robaban y revendían: cuando uno no podía permitirse un reloj nuevo, se lo compraba a un perista de objetos robados. Los pobres (pero honrados) mancomunaban sus recursos para adquirir uno, y se echaba a suertes quién sería el propietario.

Los servicios de transporte de pasajeros dejan traslucir esta sensibilidad con respecto al tiempo: en los horarios, ampliamente difundidos, se especificaban hasta los minutos; las horas de llegada y de transbordo se calculaban con gran precisión; los conductores eran controlados mediante relojes sellados; la velocidad primaba sobre la comodidad; se registraban muchas muertes de caballos. Cabe destacar en este sentido la diferencia con respecto a Francia. Para atravesar el Canal, el gobierno impuso límites de velocidad y, para proteger las carreteras, obligó a utilizar ruedas de llantas anchas, más pesadas y lentas. Por lo visto, a los pasajeros les resultaba indiferente. Anteponían el ahorro al tiempo y, acertadamente, consideraban que la velocidad no era compatible con la comodidad. Pero también Francia estaba cambiando. Como afirmaba una compañía de transportes en 1834 (en vísperas de la era del ferrocarril): «una mayor velocidad es incompatible con determinados requisitos que, por motivos de conveniencia y en ocasiones de salud, son indispensables. Ya no hay paradas para comer, ni siquiera en los viajes largos; ya no se baja de los vehículos, ni siquiera en las postas, y así sucesivamente». En resumen, no había paradas de asueto. ¿Y el recato? «Las mujeres, los niños y los ancianos no pueden soportar este sistema[22]».

¿Por qué no en la India?

¿Por qué no hubo Revolución industrial en la India? A fin de cuentas, dicho país poseía la mejor industria algodonera del mundo en los siglos XVII y XVIII, insuperable en cuanto a calidad, variedad y coste. No solo respondía a la gran demanda nacional, sino que exportaba aproximadamente la mitad de su producción a través del océano Índico e, indirectamente, al sureste asiático y a China. A este gran mercado se agregó, a partir del siglo XVII, el estímulo de la demanda europea, un tirón fenomenal que, inevitablemente, agravó viejos problemas de la oferta y creó problemas nuevos. ¿Por qué, en ese momento, nadie quiso resolverlos sustituyendo la mano de obra por capital (máquinas)?

Los historiadores indios tienden a pasar por alto esta omisión o a negar que se produjera. En especial, los nacionalistas indios suelen atribuírsela a los europeas y en particular a los británicos. La India había sido próspera e inventiva hasta que entraron en escena esos intrusos, entrometiéndose en la política india y atizando los conflictos. En parte, estas especulaciones son pura fantasía, y además mal encauzada. Un historiador, por ejemplo, al estudiar los talleres de la realeza (*karkhanas*) de la India del siglo XVII, siente la nostalgia de una revolución tecnológica: «Uno se ve tentado a especular y a pensar que quizás se estuvieran encaminando hacia la mecanización, y fueran a convertirse en las fábricas modelo del estado precisas para la industrialización moderna de la India, cuando llegó la conquista británica, que acabó con todo aquello[23]». ¡Y eso que está hablando de una institución que podía comprar o contratar mano de obra a discreción!

Una forma sensata de abordar el problema es plantearse la pregunta de *cui bono*, ¿a quién le beneficia? ¿A quién podían interesarle la mecanización de la producción y la elaboración de los productos? Estaban en juego tres intereses o grupos: los trabajadores (hilanderos y tejedores), los intermediarios, que solían prestar dinero a los tejedores a cambio de un pagaré, y los comerciantes europeos y las empresas autorizadas, que

deseaban comprar mercancías para el comercio local (intraasiático) y para su clientela europea.

No es razonable esperar innovaciones tecnológicas en materia de capital por parte del primer grupo. Los trabajadores tenían un interés obvio por obtener materiales (fibra de algodón para los hilanderos, hilo para los tejedores), pero se limitaban a recurrir a los intermediarios mercantiles. No tenían ni los medios ni la costumbre de dar órdenes. Un gran historiador indio señala la rareza de «motines» como el de los tejedores en 1630, en protesta por la competencia inglesa con respecto al hilo de algodón, y prosigue afirmando: «Estos casos de resistencia fueron raros y deben interpretarse a la luz del hecho de que el uso del látigo por parte de los sirvientes de los mercaderes lo aceptaba como algo natural la mayoría de los artesanos[24]».

Para que se produjera un cambio tecnológico, por lo tanto, este debía proceder de los intermediarios indios, a quienes podía interesarles y que, en algunos casos, tenían los recursos apropiados, o de las compañías europeas autorizadas. Sin embargo, ninguno de los dos grupos se movió.

¿Por qué no lo hicieron? Algunas explicaciones se han basado en la ley de la conservación de la energía. La oferta de mano de obra era elástica, de modo que era más sencillo y económico contratar trabajadores adicionales, intocables y mujeres para el hilado y trabajadores del campo para tejer, que pensar en un cambio tecnológico: quizás sea esta la razón básica[25]. Asimismo, cualquier aumento imprevisto de la demanda (que estaba fragmentada, de suerte que cada mercado pedía tejidos diferentes) podía satisfacerse intercambiando las mercancías de un mercado a otro, del nacional al extranjero y de un mercado exterior a otro.

También se podía, aunque resultaba muy complejo, agrupar a muchos trabajadores «bajo el mismo techo» (en un solo lugar), para que bregaran bajo estrecha supervisión. Solía ser un recurso de las compañías comerciales extranjeras, para garantizar una pronta realización del trabajo. En algunos casos, esta concentración arrojaba economías de escala y de material, en los sectores industriales que usaban combustible, por ejemplo, o en el trabajo de ensamblaje como la construcción naval. De modo que el cambio tecnológico, en forma de innovaciones organizativas, no era desconocido. Estas empresas, sin embargo, eran excepcionales: «la unidad familiar, de pequeña escala [conservó] el papel preponderante[26]».

La maquinaria pesada —instrumentos, equipos, máquinas— era harina de otro costal. Era el medio preciso para hacer una revolución industrial, pero la India no estaba preparada. «En la India es raro que se intente hacer algo con máquinas cuando se puede lograr mediante el trabajo humano[27]». Una explicación de esta «indiferencia generalizada» es que a nadie parece interesarle simplificar y agilizar las tareas. Tanto el empleado como el empleador ven en el trabajo duro el destino del trabajador, y les parece natural. Además, esta indiferencia la alienta la fragmentación: no era tarea del comerciante de tejidos buscar, ensamblar y entregar la materia prima. Él adelantaba el capital y eran el tejedor y el hilandero quienes debían hacer el resto. Un sistema radicalmente distinto del de *putting-out* practicado en Europa, donde el comerciante participaba en el proceso de producción.

En la India, por consiguiente, el comprador final no podía aportar ninguna solución. El trabajador hacía lo que siempre había hecho, al igual que el comerciante. Los documentos holandeses indican que los comerciantes «ataban corto» a los tejedores, pagándoles cada día de forma que no pudieran ahorrar y huir, probablemente con las mercancías[28]. Algunos comerciantes contrataban a agentes para que supervisaran el trabajo de los tejedores. El objetivo era impedir que el tejedor, que invariablemente había gastado el dinero que se le había adelantado cuando concluía su tarea, vendiera la pieza acabada a otro comprador. Se dieron casos de agentes que entraban en la casa del tejedor y arrancaban el tejido del telar, aunque no estuviera acabado del todo. Si volvían un día después, podía ocurrir que ya no estuviera, y nueve décimas partes de una pieza era mejor que nada.

Las empresas europeas, por su parte, trataron de acomodarse a estas irregularidades. A veces los mercados no respondían, pero tanto los indios como los europeos consideraban al parecer estas recesiones como algo natural. Algo similar a la hambruna: bastaba con esperar a que pasase. La industria iba a su propio ritmo tranquilo, lo que no resulta irracional. (Son los fines los que permiten determinar qué medios son racionales). En la costa de Coromandel (sureste), por ejemplo, el algodón en rama lo llevaban del interior a los pueblos de hilanderos y tejedores de la costa y alrededores inmensos convoyes de carros tirados por bueyes, miles y decenas de millares de carros cuya masa informe se desplazaba con indolencia, a una velocidad de unas pocas millas diarias, alimentándose al tiempo que caminaba. Dado que el recorrido era al menos de trescientas millas, la entrega de los bienes se demoraba aproximadamente medio año[29].

El ritmo de compras y envíos de las empresas europeas se tuvo que acompasar a los altibajos de las remesas y de la disponibilidad de capital, por no mencionar las fluctuaciones en la oferta. Por ejemplo, los datos de las consignaciones realizadas por la Compañía de las Indias Orientales desde Bombay son muy variables, pasando de pocos millares (o incluso nada en determinados ejercicios) a casi un millón de piezas[30]. La solución de esta empresa era acumular muchas existencias y sincronizar las subastas con el ritmo de las fluctuaciones en la demanda europea. (En el ínterin, sus agentes y proveedores en la India hacían cuanto podían por «interceptar» las consignaciones destinadas en condiciones normales a los mercado asiáticos). Todo ello resultaba costoso, pero más barato que tratar de transformar la tecnología.

Además, la Compañía de las Indias Orientales no estaba segura de que la concesión de ayuda directa a la industria algodonera india fuera pertinente desde el punto de vista político. Para los intereses de la industria británica podía constituir una suerte de traición. A finales del siglo XVII, un folletista denunció el proyecto de los mercaderes de enviar a la India «tejedores y tintoreros de tejidos, y torcedores, así como seda». De hacerlo, advertía, «me pregunto si tendremos bastante ropa de algodón y tunantes para ponerla de moda y suficientes necios para llevarla». La Compañía se apresuró a desmentir tal acusación[31]. Era sometida a ataques constantes por exportar dinero y metales preciosos: no quería la responsabilidad adicional de exportar puestos de trabajo.

Por último, ¿de dónde había de proceder la idea de la mecanización de la India? La sociedad india ignoraba el cambio tecnológico: en la industria textil, el más importante fue la sustitución de la rueca por la rueda (salvo para el hilo de muselina más sutil). Pero dicha

innovación se produjo en el contexto manual convencional, y hay una enorme diferencia conceptual y social entre las máquinas y las herramientas manuales. Hay que distinguir también entre herramientas multiuso y herramientas especializadas: los artesanos indios, incluso los más cualificados, no habían entrado en la era de las herramientas. Reproducimos a continuación el comentario del comandante Rennell, el primer inspector general de Bengala, en una visita a los astilleros de Bombay: «el trabajo lo llevan a cabo artesanos indios, de los que se ha observado que solo trabajan con dos tipos de instrumentos cortantes, aunque el resultado es resistente y bien acabado[32]». La pericia estaba solo en la mano, no tanto en la vista como en el tacto, lo cual no resulta sorprendente en una sociedad que carecía de lentes de corrección.

Más aún, los artesanos indios evitaban el uso del hierro, y esta materia (junto con el acero) es indispensable en el trabajo de precisión. No era aquella una sociedad inclinada a la siderurgia. Un historiador indio compara en este sentido la técnica de riego persa, que usaba ruedas y engranajes de hierro, con el sistema indio, que usaba madera, cuerdas y vasijas de barro y, como un fiel creyente en la posibilidad de sustitución, explica la diferencia en términos económicos: «puede usarse una herramienta menos eficaz para producir el mismo producto, siempre que se use mano de obra cualificada barata[33]». Podía haber añadido también que la India carecía de tornillos, pues los metalistas no lograban hacer una rosca de suficiente calidad, y que los clavos de hierro escaseaban. La falta de clavos propició un sistema de construcción naval diferente. Las naves europeas tenían clavos y púas; los barcos indios anudaban el entarimado al casco mediante cuerdas y sogas, y ensamblaban y encolaban las planchas por los cabos[34].

Esta técnica manual explica mejor que nada la incapacidad de los artesanos no europeos de fabricar relojes de pared y portátiles tan buenos como los de Europa. Tenían buenas manos, un «ingenio sin igual», pero carecían de las herramientas. Su trabajo era de una calidad extraordinaria, en la fabricación de mosquetes, por ejemplo. «Todavía en nuestros días, es decir, 1786 —escribió un francés convertido al islam llamado Haji Mustafá—, el coronel Martin, un francés, que ha destacado durante los últimos veintidós años al servicio de los ingleses, tiene en Lucknow una fábrica donde produce pistolas y fusiles mejores, tanto en lo que respecta al cerrojo como al cañón, que las mejores armas procedentes de Europa[35]». Pero estos artesanos dotados hacían todas las piezas diferentes, porque no podían o no sabían trabajar con instrumentos. Cuando el citado coronel Claude Martin, uno de los agentes más emprendedores de la Compañía de las Indias Orientales, quiso comprarse un reloj, lo envió a buscar a París, a la tienda de Louis Berthoud, el mejor *chronométrier* de Francia, y cuando, como hacía a menudo, vendía relojes de pared y de pulsera a la corte de Ud y a otros clientes indios, los traía también de Europa. ¿De dónde si no? Los indios, como los chinos, no tenían industria relojera[36].

En estas circunstancias no era previsible un paso a la era de la maquinaria, que habría supuesto el abandono de la pericia manual, cultivada desde la infancia, vinculada a la identidad de la casta y a la división del trabajo en función de la edad y el sexo. Habría sido asimismo preciso poder pensar sin estar condicionado por la experiencia cultural e intelectual india. Como afirma Chaudhuri: «La India del siglo XVIII carecía manifiestamente de las premisas empíricas de una revolución industrial. No se había registrado ningún progreso importante en los conocimientos científicos durante muchos siglos, y el

andamiaje intelectual preciso para la difusión y el registro sistemáticos del saber hereditario no existía en absoluto[37]».

Sin embargo, en el siglo XIX, los ingenieros británicos que construyeron los ferrocarriles indios vieron que la mano de obra india, por barata que fuera, allanaría a mano la tierra y las rocas, pero dieron también por sentado que los indios usarían carretillas. Nada de eso: los indios estaban habituados a llevar cargas pesadas en cestas sobre la cabeza, y se negaron a cambiar. Se dio incluso el caso de algún trabajador indio que se puso la carretilla sobre la cabeza en lugar de empujarla. Es probable que esta oposición reflejara el deseo de repartirse el trabajo y crear nuevos puestos de trabajo, especialmente para las mujeres y los niños[38]. Sea como fuere, los trabajadores europeos, muy diferentes, habrían aceptado salarios más elevados a cambio de una mayor productividad, especialmente si corría pareja con una simplificación de sus tareas[*].

Capítulo XVI

A LA CAZA DE ALBIÓN

Cuando era estudiante aprendí que el *homo sapiens* es una especie animal de origen único: todos los seres humanos de nuestros días, sea cual sea su color a su tamaño, descienden de un antecesor común, desgajado de una rama de homínidos hace varios millones de años. Lo mismo puede decirse de la especie denominada «sociedad industrial». Todas sus variantes, por heterogéneas que sean, descienden del antecesor común británico.

La Revolución industrial registrada en Inglaterra cambió el mundo y las relaciones mutuas entre estados y naciones. Por razones de poder, cuando no de prosperidad, los objetivos y la aplicación de la política económica cambiaron. El mundo se dividía ahora en un corredor destacado en solitario y un pelotón muy heterogéneo de perseguidores. A los países europeos más rápidos les costó más de un siglo recuperar su retraso (véase el cuadro 16.1).

Algunos seguidores de la «nueva historia económica», fascinados por las cifras e impresionados por datos exagerados sobre el crecimiento comercial e industrial de Francia en el siglo XVIII, han afirmado que el hecho de que Gran Bretaña fuera la primera nación en industrializarse fue accidental, y que la Revolución industrial podía haberse producido perfectamente del otro lado del Canal. Después de todo, Francia era un país más grande y poblado, con un mayor producto agregado y, a grandes rasgos, equivalente a Gran Bretaña en cuanto a experiencia y conocimientos científicos y tecnológicos. Otros, siguiendo el razonamiento apriorístico de la teoría económica clásica, han llegado a afirmar que en el fondo no influyó en los demás países el hecho de que Gran Bretaña se hubiera adelantado en términos de tecnología y productividad industrial. A fin de cuentas, todas las naciones pueden buscar, y de hecho buscan, su propia ventaja comparativa; pueden comprar, y de hecho compran, lo que necesitan en las condiciones más ventajosas[*]. De modo que ¿qué importancia podía tener que Gran Bretaña fabricara hierro y acero mejores y más baratos? Se podían intercambiar por sedas de Lyon y vinos de Burdeos sin ninguna merma comercial[1].

CUADRO 16.1

Estimaciones del PIB real per cápita de determinados países (en dólares estadounidenses de 1960)

	1830	1860	1913	1929	1950	1960	1970
Bélgica	240	400	815	1.020	1.245	1.520	2.385
Canadá	280	405	1.110	1.220	1.785	2.205	3.005
Checoslovaquia	-	-	500	650*	810	1.340	1.980
Dinamarca	225	320	885	955	1.320	1.710	2.555
Francia	275	380	670	890	1.055	1.500	2.535
Alemania occidental	240	345	775	900	995	1.790	2.705
Italia	240	280	455	525	600	985	1.670
Japón	180	175	310	425	405	855	2.130
Países Bajos	270	410	740	980	1.115	1.490	2.385
Noruega	225	325	615	845	1.225	1.640	2.405
Portugal	250	290	335	380	440	550	985
Rusia/Unión Soviética	180	200	345	350	600	925	1.640
España	-	325	400	520	430	640	1.400
Suecia	235	300	705	875	1.640	2.155	2.965
Suiza	240	415	895	1.150	1.590	2.135	2.785
Reino Unido	370	600	1.070	1.160	1.400	1.780	2.225
Estados Unidos	240	550	1.350	1.775	2.415	2.800	3.605

* Cifra corregida por el profesor Bairoch.

FUENTE: Bairoch, «Main Trends in National Economic Disparities», en Bairoch y Lévy-Leboyer, eds., *Disparities in Economic Development*, p. 10.

Esa es la teoría. Los estadistas que presidían los destinos de las naciones europeas no conocían este razonamiento y, de haberlo conocido, le habrían prestado poca atención. Ellos vinculaban el avance industrial al poder.

El progreso material y social de Inglaterra no podía pasar desapercibido para sus rivales económicos y políticos: para España, ante todo, que fracasó estrepitosamente en su intento de invadir e imponer su dominio a aquella isla insolente; en segundo lugar, de Holanda, que vio cómo ese pequeño aspirante le superaba comercialmente y le infligía una derrota sin paliativos en alta mar; y por último, hoy y siempre, de Francia, enemiga desde tiempos inmemoriales, mayor y más poblada, aspirante a la hegemonía europea pero derrotada una y otra vez por el poderío naval, los recursos financieros y el espíritu de iniciativa comercial británicos. Algunos franceses escribieron elogios de Inglaterra, con la intención de que sus palabras sirvieran de ejemplo a su propio gobierno. «Inglaterra no representa ni una cuarta parte de Francia —observaba Pierre Le Pesant, señor de Boisguillebert (1656-1714), magistrado y economista francés, a finales del siglo XVII—, ni en cuanto a la población ni en cuanto a la fertilidad de la tierra… Y, sin embargo, ha podido generar unos ingresos para el príncipe de Orange de 80 millones de libras [unos 3 millones de libras esterlinas] durante los últimos tres o cuatro años, y lo ha hecho sin reducir a sus habitantes a la mendicidad ni forzarlos a abandonar sus tierras[2]».

Otros expresaban su temor de ver en Inglaterra no solo el enemigo de su país, sino una potencia comercial de poder ilimitado. Así, el primer secretario (*premier commis*) del Ministerio de Asuntos Exteriores, al preparar las negociaciones que condujeron al Tratado de Utrecht (1713), aconsejó a sus superiores que impidieran que Inglaterra se hiciera con una plataforma en el Pacífico. Si, por ejemplo, se les permitía que se quedaran con una pequeña isla en el grupo de las Juan Fernández, junto a la costa chilena —un lugar cuya sempiterna soledad sugirió a Defoe el escenario de *Robinson Crusoe*—:

> podemos estar seguros de que, por desiertas que estén hoy… si llegaran a caer en manos inglesas, veríamos, en unos pocos años, un gran número de habitantes, puertos y el mayor centro de distribución del mundo de productos europeos y asiáticos, que los ingleses suministrarían luego a los reinos de Perú y México… Sesenta millones en oro y plata procedentes de las minas de aquellos países serían el objeto y la recompensa de sus industrias. ¡Qué esfuerzos no acometerá esa nación, tan habilidosa para el comercio y bien provista de naves, para hacerse con los fabulosas riquezas de América!… y qué pérdida para Francia quedarse sin ese mercado de dorados [*dorures*], sedas y linos; porque, dado que los ingleses no fabrican esos productos, los irían a comprar a China y Oriente y, al tiempo que esos isleños se enriquecerían, se convertirían sin duda en la nación más poderosa de Europa, Francia se debilitaría[3].

La pérfida Albión en su papel de superpotencia. Todavía hoy, y pese a dos guerras mundiales, el francés medio considera que Gran Bretaña es su principal rival y adversario en Europa. Agincourt y Juana de Arco no son fáciles de olvidar.

Naturalmente, esa animadversión era un tributo inconsciente al éxito de Inglaterra. Como hemos visto, los franceses estaban muy molestos de ver a los británicos tomarles la delantera. Veían en el crecimiento económico y en la acumulación de riquezas la clave del poder político, y asociaban con razón la sucesión de victorias británicas en las batallas europeas y ultramarinas a los recursos que los ingleses podían movilizar: cantidades ingentes de navíos (más de cien mil contra solo veinte mil) y de marinos. Algunos franceses creían incluso que Inglaterra era una isla sin interior, toda ella costa y puertos, una tierra sin campesinos, compuesta íntegramente por marinos y burgueses. Otros, como Boisguillebert, estaban impresionados por la prosperidad inglesa, los ingresos de la corona, su capacidad de obtener préstamos en su país y en el extranjero.

La relación del progreso con el comercio era palmaria, como expresó Voltaire con su exuberancia característica:

> Lo que ha hecho poderosa a Inglaterra es el hecho de que, desde los tiempos de Isabel, todos los agentes han convenido en la necesidad de fomentar el comercio. El mismo parlamento que hizo decapitar al rey discutía sobre los establecimientos comerciales ultramarinos como si no hubiera pasado nada. La sangre de Carlos I aún humeaba mientras su parlamento, compuesto casi exclusivamente por fanáticos, aprobaba la Ley de Navegación de 1650[4].

Pese a lo que diga el proverbio francés, comprender no es perdonar. El proteccionismo comercial inglés, más aún el éxito de dicho país, provocaron más resentimiento que admiración. En 1698, Luis XIV previno a su embajador en Londres: «En ninguna parte del mundo son las reglas de la igualdad, tan adecuadas y necesarias para el comercio, más vulneradas que en Inglaterra[5]». Otros franceses pensaban lo mismo. Uno se quejaba incluso de que los británicos habían llevado tan lejos su desprecio por el juego limpio que trataban de impedir que los extranjeros se dedicaran al contrabando[6].

Por regla general, el extranjero criticaba a los ingleses por su codicia y materialismo. «La célebre avaricia de los holandeses —escribió un viajero alemán *circa* 1800— empalidece frente a la de los británicos, como la sombra ante la luz[7]». Y un visitante francés, el conde de Mirabeau, añade: «Acostumbrados como están a *calcularlo* todo, [los británicos] calculan también el valor del talento y de la amistad…».

(Incluso hoy, los franceses piensan en sí mismos y presumen ante los demás de que no les importa el dinero. No están solos: el idealismo es la afectación de quienes creen que tienen menos de lo que merecen en presencia de quienes tienen más. En el siglo XVIII, los observadores del continente veían en los ingleses grandes materialistas. Cien años después, los norteamericanos se han convertido en objeto de calumnia, y los ingleses se han unido a sus anteriores detractores a la hora de vilipendiar a estos *nouveaux viches*).

En pocas palabras, no se podía confiar en los británicos[8]. Algunos franceses se refugiaron en precedentes históricos: Gran Bretaña se convirtió en la «Cartago moderna» y Francia, en la heredera de Roma. En último término, una isla-nación de comerciantes desarraigados (tenderos) no podría defenderse ante un reino sólido de *terra firma*. Un nuevo y craso error.

En ese mundo europeo caracterizado por la competencia por el poder y la prosperidad, por lo tanto, Gran Bretaña se convirtió en el principal objeto de emulación desde principios del siglo XVIII. Los demás países enviaban emisarios y espías para que aprendieran cuanto pudieran de las técnicas británicas. Los comerciantes e industriales visitaban la isla con los ojos bien abiertos. Los gobiernos hacían cuanto estaba en su mano para alentar el espíritu de empresa mediante el conjunto habitual de incentivos: subvenciones, privilegios de monopolio, exenciones fiscales, asignación de mano de obra, sobornos. Estas iniciativas tenían resultados contradictorios, en parte porque dichos incentivos, por su parcialidad, impedían o retrasaban la difusión de las técnicas, pero sobre todo porque los países que emulaban a Inglaterra aún no estaban preparados para aprender y adoptar el nuevo modo de producción. Más aún; coincidiendo con la época en que los países continentales se dieron cuenta de la gran ventaja que les llevaba Gran Bretaña y empezaron a realizar los primeros intentos de explotar la industria algodonera, de importancia capital, la Revolución francesa provocó un terremoto político, interrumpió las comunicaciones e impuso un tiempo muerto. No fue un intermedio absoluto: los intervalos de paz, parciales o generales, permitían a los expatriados británicos y a los competidores continentales seguir con sus actividades, introduciendo el hilado mecánico, por ejemplo, en el sur de los Países Bajos (Gante y Verviers) y el norte de Francia. Sin embargo, las innovaciones eran necesariamente irregulares, y las tecnologías introducidas ya habían quedado obsoletas. Solo cuando la derrota de Napoleón en Waterloo (1815) zanjó definitivamente las guerras, pudo Europa reemprender el proceso de recuperación. (A este respecto, es curioso comprobar que París no tiene ninguna calle llamada Waterloo ni Napoleón).

Karl Marx vio la experiencia británica como una expresión de la lógica histórica. La producción capitalista se atiene a sus propias leyes: «Se trata de esas leyes mismas, de esas tendencias que actúan y se imponen con necesidad de bronce. El país más desarrollado industrialmente muestra sencillamente al menos desarrollado la estampa de su propio futuro[9][*]».

Sí y no. A un nivel más amplio y metafórico —véase el «progreso natural de la opulencia» de Adam Smith—, Marx tenía razón. Pero, en los detalles —secuencia temporal, composición, orientación del cambio—, estaba equivocado. Cada país tiene sus propios recursos y capacidades y, si permite que imperen la razón y el mercado, su desarrollo

económico seguirá la senda que le permita aprovechar al máximo esos medios. Así, un país rico en carbón potenciará las ramas industriales que consumen mucho combustible y adoptará técnicas que un país con escasez de carbón desecharía. Un país sin recursos carboníferos pero con abundancia de corrientes de agua optará, si puede, por la energía hidráulica, descartando los motores de vapor.

(Qué duda cabe de que el rigor de estas limitaciones materiales varía en función de la técnica: la carencia de carbón, por ejemplo, será mucho más perjudicial si un transporte oneroso eleva demasiado sus costes de importación. En el siglo XVIII y principios del siglo XIX, la industria siderúrgica francesa se vio seriamente perjudicada por el elevado coste del combustible fósil, y solo cuando se construyeron los canales y ferrocarriles se alivió este problema, al menos en parte. Doscientos años después, a la industria siderúrgica surcoreana le resulta rentable transportar el carbón coqueable del oeste de Pensilvania hasta los Grandes Lagos, embarcarlo río San Lorenzo abajo hasta el Atlántico y desde ahí a través del canal de Panamá y el océano Pacífico. A diferentes épocas, diferentes medios y diferentes opciones. Al mismo tiempo, a unas pocas millas de Pensilvania, la industria siderúrgica de Pittsburg daba sus últimas bocanadas. Las materias primas baratas no garantizan por sí solas el éxito de la industria).

De modo que no existe una sola secuencia temporal posible, ni un método único, ni una ley del desarrollo. Cada uno de los candidatos a la industrialización, de los llamados países perseguidores, por influidos que estuvieran por el ejemplo británico —en cierta medida, inspirados por él, en cierta medida asustados o asombrados—, siguieron su propia vía hacia la modernidad. Y, si eso fue cierto en el caso de los primeros países en industrializarse, aún lo es más hoy. Todo depende de la secuenciación temporal. El contenido de la tecnología moderna cambia sin cesar, y la tarea y los medios de emularla cambian con ella. Los países en vías de desarrollo de nuestros días no tendrán más remedio que quemar etapas y procesos en los que los británicos emplearon décadas: ¿por qué habrían de repetir algo que no es estrictamente necesario[10]?

Todo lo cual no resta un ápice de relevancia a la experiencia británica. Hay que distinguir entre el objetivo y el proceso. Los estadistas del siglo XIX que trataron de poner a sus países en la senda de la industrialización tenían en mente el ejemplo británico, como modelo a imitar o a evitar. Para comprenderlos, a ellos y al proceso, hay que conocer el punto de partida y la meta. Y, por supuesto, los historiadores tienen necesidades propias y especiales: un arquetipo ideal solo tiene valor heurístico, aunque no sea más que como vara de medir o contraejemplo, mientras no se pierde de vista las metas propias[11].

Un mapa de la Europa de 1815 que recogiera el potencial de mecanización de cada país daría las mejores notas a los países y regiones que ya producían artículos para la economía mundial. Digo «regiones» porque algunas de estas zonas industriales se solapaban a las fronteras nacionales, que eran inestables y efímeras, y porque todos estos países eran heterogéneos social y culturalmente[*]. Sin duda, esta falta de sincronización temporal (como si estuvieran viviendo en épocas distintas) fue un aspecto fundamental del grado de preparación de cada economía. Las peores notas recaerían sobre quienes habían vivido largo tiempo aislados de los flujos de intercambio, de artículos o de ideas, los lugares en los

cuales las antiguas estructuras agrarias de clase y poder habían permanecido en buena medida intactas.

Las sociedades con mayor potencial de mecanización estaban en el cuadrante noroeste del continente: Francia, los Países Bajos, Renania, los cantones protestantes de Suiza y las zonas periféricas del extremo noreste de España (Cataluña) y de Bohemia. Este potencial disminuía drásticamente en la otra orilla del Elba en dirección a Alemania oriental, Austria, Polonia y Rusia, o en dirección sureste, hacia los antiguos territorios otomanos, o, hacia el sur, el Mediterráneo (la mayor parte de la península Ibérica y el reino de Nápoles). Un especialista en historia de la economía habla de un «gradiente en el desarrollo», una cuesta abajo, y cita a un colega más expresivo: «Ir hacia el este equivalía a remontarse en el tiempo, o en los niveles de desarrollo económico; en Europa oriental y Rusia, los centros industriales eran oasis en un desierto de indolencia campesina e inercia burocrática[12]».

Este crítico alude a lo que yo llamaría «el legado medieval», lo que los historiadores europeos (y no los británicos ni los norteamericanos) llaman «feudalismo», que según ellos pervivió hasta la Revolución francesa y, en otros países, hasta después. El antiguo régimen, en otras palabras[*]. Se trata de un conglomerado de costumbres, leyes, prácticas, actitudes y valores —obra de siglos— pero, a los efectos del presente análisis, cabe destacar tres aspectos especialmente pertinentes.

LA SITUACIÓN DEL CAMPESINADO

En la Edad Media, la mayoría de los campesinos habían sido reducidos (o elevados, en el caso de los esclavos) a la condición de siervos de la gleba o vasallos. Por lo general, el campesino estaba atado al suelo, del que no se podía desligar sin el consentimiento de su señor. La servidumbre a menudo conllevaba un vínculo personal, «corporal» del siervo al amo, de suerte que el amo podía llevar y traer a su siervo a voluntad, y este, incluso cuando se ausentaba con permiso del amo, le seguía debiendo tributo.

En Europa occidental, durante la alta y la baja Edad Media, estos vínculos se relajaron, en parte debido a la monetización de la economía y a que el creciente interés por los artículos exóticos llevó a los terratenientes a conmutar la contribución en trabajo por rentas dinerarias, pero sobre todo porque la aparición de las ciudades generó puntos de fuga del sistema feudal. En 1500, Inglaterra, Francia, los Países Bajos y Alemania occidental tenían pocos siervos en el viejo sentido de la palabra. El proceso había sido más radical en Inglaterra, donde la tierra era cultivada por pequeños terratenientes o arrendatarios libres; los trabajadores agrícolas, que a menudo poseían pequeñas parcelas insuficientes para su subsistencia, se contrataban en función de las necesidades. Francia y los demás no iban a la zaga, con la excepción de algún vestigio local y la persistencia generalizada de los derechos feudales, además de los aplicados a los ingresos comerciales. La Revolución francesa se limitó a abolir estos residuos en Francia y en los territorios que se había anexionado, lo cual no significó que el campesino dejara de pagar, sino que cambió de señor, que ahora pasó a ser el estado, y los derechos se convirtieron en impuestos. Los señores no obtuvieron compensación alguna por su pérdida, considerada justa y largo tiempo demorada.

En el mosaico heterogéneo que constituía Alemania, la naturaleza de la servidumbre variaba. Al oeste del Elba, recordaba a la situación francesa: por lo general, rentas dinerarias más derechos feudales, poca o ninguna contribución en trabajo y libertad de movimiento. Hacia el este se encontraban los territorios donde imperaban la vinculación del campesino a la heredad (*Gutsuntertanigkeit*) y la servidumbre personal (corporal) (*Leibeigenschaft*): sin posibilidad de movimiento salvo por voluntad u orden del señor.

Los acontecimientos políticos acentuaron las diferencias. Las tierras situadas al oeste del Rin fueron absorbidas momentáneamente (hasta 1815) por la Francia revolucionaria, ganando con ello para siempre la emancipación. Al este del Rin, sin embargo, los franceses no hicieron más que ir y venir. Dejaron un recuerdo de opresión extranjera que permitió justificar la reimposición de los derechos feudales. Con todo, la guerra y las ansias de poder tenían una lógica interna sorprendente. La unidad política alemana más importante al este del Rin era el reino de Prusia, una Esparta moderna, un reino completamente militarizado poco dado a los ideales románticos. No obstante, Prusia emancipó a sus siervos en 1809, no en virtud de ideales ilustrados, sino más bien porque había sufrido serias derrotas a manos del ejército francés y comprendió que los siervos no combaten con tanto ardor como los hombres libres.

En otros estados alemanes, el sabor de la libertad había creado una adicción instantánea, de forma que los reaccionarios encontraron poco respaldo. La solución, con la que se trataba de complacer a todo el mundo, fue liberar a los campesinos comprando su libertad a los terratenientes, pues no hay nada como el dinero en mano para acallar escrúpulos y pesares. ¿Dónde buscar el dinero? Los terratenientes fueron indemnizados por lo general mediante bonos del estado, que este amortizó con exacciones impuestas a los campesinos durante varios años. (El único aspecto en el cual la opinión de los reaccionarios resultó aceptable, e incluso popular, fue el rango de los judíos. Para ellos se restauraron los viejos derechos, y pasarían decenios antes de que se les concediera a regañadientes la emancipación plena, aunque, incluso entonces, los posibles beneficios de este gesto para el erario público fueron desperdiciados por el odio de sus conciudadanos).

La otra gran traba a la movilidad en Alemania era la división de la sociedad en grupos sociales (*Stande*), con oficios y privilegios exclusivos. Los señores tenían sus tierras, mandaban sobre los siervos y los arrendatarios, administraban la justicia en tribunales inferiores y en ocasiones superiores y conducían a los soldados a la batalla. Los mercaderes tenían el monopolio del comercio, pero no estaban autorizados a poseer tierras en el campo. Los oficios industriales estaban reservados a oficiales y maestros convenientemente formados en las ciudades y los burgos. El campo era coto vedado de los campesinos y los señores. La relación de esta compartimentación social con el concepto medieval de los tres órdenes (señores, campesinos, clérigos), con el añadido ahora de comerciantes y artesanos urbanos, no habrá escapado al lector[*].

Buena parte de este sistema ya se estaba disgregando en el siglo XVIII. Sin embargo, persistían vestigios en el siglo XX, especialmente en las zonas en que los aristócratas alemanes podían tener a su servicio a campesinos eslavos. A grandes rasgos, al este del Elba, los señores siguieron administrando justicia y recaudando gravámenes y multas por las molestias que se tomaban: como rezaba el proverbio, el poder del estado se detenía a las puertas de las heredades.

Como es natural, se habían hecho algunas concesiones a las apariencias de una democracia parlamentaria, pero se trataba en gran parte de una impostura. En Prusia, por ejemplo, el más importante de los estados alemanes, se celebraban elecciones en colegios tripartitos que daban una influencia totalmente desproporcionada a los ricos.

Más al este, en Polonia y Rusia, los viejos usos sobrevivieron más tiempo, reforzados sin duda por la lógica de la agricultura comercial y la ventaja comparativa. A partir del siglo XVI, las extensas llanuras de la Europa al este del Elba se convirtieron en un granero y vivero de ganado para los centros urbanos del oeste. Las exportaciones subsiguientes (cereales, cuero, sebo) alentaron la ocupación de la tierra, con el único inconveniente de la escasez de mano de obra. La tierra era mucho más abundante que la población.

Hace más de un siglo, los estudiosos de la agronomía rusa señalaban que esta disparidad era incompatible con grandes fincas o, como lo expresó un especialista en teoría económica, inspirándose en esta tradición, no pueden coexistir tres cosas: tierra gratuita, mano de obra gratuita y grandes propiedades. ¿Por qué van a aceptar los campesinos contratos de trabajo o permanecer *in situ* cuando pueden irse a las zonas fronterizas y cultivar sus propias tierras[13]?

Esto significaba que los señores de Rusia que deseaban practicar cultivos extensivos tenían que atar a sus trabajadores al suelo. Lo que explica el fenómeno conocido con el nombre de segunda servidumbre de la gleba, un refuerzo progresivo de las obligaciones del campesino, que le fueron reduciendo a una condición cercana a la esclavitud. Puede seguirse la evolución de esta política a través de varios decretos, cada vez más restrictivos, entre los siglos XVI y XVIII, decretos que fueron ahondando el abismo social y político que separaba el oeste del este. Mientras el primero avanzaba a paso firme hacia una libertad cada vez mayor, el otro se encaminaba a un vasallaje estático. De hecho, Rusia se convirtió en una gigantesca prisión y, con la excepción de algunos meses de 1917 y los años transcurridos de la década de 1990, no ha dejado de serlo desde entonces. (Queda por ver si el actual experimento democrático tendrá éxito).

Un sistema así no puede funcionar sin válvula de escape. La ausencia de comunas urbanas con derecho a determinar la situación social de sus habitantes fue determinante. Las ciudades y poblaciones que existían eran mucho menos numerosas que en el oeste y no gozaban de libertades ni de inmunidades. La emigración estaba prohibida, excepto para los judíos y otros extranjeros. El estado y la aristocracia cooperaban en la captura y devolución a sus lugares de origen de los siervos fugitivos. (Con una excepción significativa: en el siglo XVIII, las empresas mineras y metalúrgicas de los Urales se apoderaban cuando podían de cualquier varón que vagara sin control y estuviera sano. El altruismo estaba completamente desplazado).

Por lo general, siempre que la industria se instalaba en lugares inhabitados, normalmente para reducir al máximo los costes de transporte (y también en función de los proyectos de construcción de canales y carreteras), la única solución consistía en desplazar mano de obra forzosa. Así aprendió Rusia a desperdiciar recursos, fue como un anticipo del gulag. Incluso en zonas con mayor densidad demográfica, donde se podían contratar a cambio de comida y bebida a vagos y «gente de la calle» para cargar, descargar, transportar en carretillas y remolcar mercancías, para los puestos fijos se precisaba la asignación de

mano de obra forzosa al tajo. Pueblos enteros, a menudo propiedad del estado, fueron desplazados de este modo.

A la larga, como cabía esperar, el sistema fracasó. La mano de obra en régimen de vasallaje no trabajaba con ardor ni honestidad. Como se afirma en un informe de la fábrica de armas de Tula en 1861: «Parece indiscutible que solo los hombres libres pueden ser honrados en el trabajo. Quienes han sido forzados desde la infancia a trabajar son incapaces de asumir responsabilidades mientras no cambie su condición social[14]».

Es este fenómeno, más que las economías de escala, lo que explica el carácter mastodóntico de los primeros proyectos: requerían una mano de obra muy numerosa debido a su escasa productividad. Finalmente se encontró una solución más apropiada en la institución del *obrok*, los derechos personales pagados por los siervos que, de esta manera, podían abandonar la heredad y ganarse la vida en otro lugar[*]. Este sistema permitía al siervo guardar cuanto ganara una vez satisfecho el pago del *obrok*, estimulando así el sentido de iniciativa y la diligencia en el trabajo. Algunos llegaron a hacerse empresarios, y los más eficaces se enriquecieron sobremanera, como en el caso de los Elisseeffs, propietarios de una tienda de *delicatessen* exquisitas, más adelante reducida a «Gastrónomo n.º 1» por los sóviets. Uno de sus descendientes huyó a Estados Unidos y se convirtió en profesor de lengua y literatura japonesa en Harvard. Muchos de los siervos que tuvieron éxito en sus empresas pagaron fortunas por su libertad y la de su familia, aunque los maliciosos terratenientes a menudo retenían a uno o dos de sus hijos, no fuera que el siervo en cuestión se enriqueciera aún más.

El régimen del vasallaje no carecía, por lo tanto, de recursos, como demuestra la aparición de un sector fabril privado. Hacia 1860, se calcula que 4 millones de personas estaban asalariadas, además de un número indeterminado de hogares de campesinos contratados por la industria con carácter estacional o a tiempo parcial[15]. De hecho, los puestos de trabajo siempre tenían candidatos dispuestos a arrimar el hombro al carro y, en ocasiones, al látigo. Que tuvieran o no la cualificación precisa es otra cuestión.

No resulta, por lo tanto, evidente que la emancipación generalizada de los siervos en Rusia entre 1861 y 1866, que suele considerarse un gran hito en la historia de su economía, modificara radicalmente la oferta de trabajo, aunque sí es cierto que, al obligar a la empresas a contratar a personas libres (o a conservar a sus trabajadores), las forzó a tratarlas mejor y a escogerlas más cuidadosamente, allanando al mismo tiempo el camino a la entrada de nuevas tecnologías y a la aparición de normas de calidad más elevadas[16]. Un camino tortuoso y espinoso, especialmente para aquellos sectores y empresas industriales administrados tradicionalmente por el estado y sus agentes. En ellas la emancipación fue en un principio parcial y se concedió a regañadientes. Se manumitió a algunos empleados; los demás siguieron como antes. Los administradores se consolaban fantaseando: cuando se iban los mejores trabajadores, se decían que de todos modos ya eran demasiado viejos y no les interesaba el trabajo en sí; cuando se iban los malos, ¿qué pérdida había que lamentar? El país padecía una inmensa resaca institucional, estaba atrapado entre el mundo antiguo y el nuevo, preludiando en su dualismo la esquizofrenia de buena parte del desarrollo del tercer mundo en el siglo XX.

ORGANIZACIÓN DE LA MANUFACTURA

El segundo legado medieval fue la agrupación de la industria en gremios o corporaciones. Eran sociedades de maestros y trabajadores, agrupados tal vez en un principio por motivos sociales o fraternales, pero rápidamente transformadas en asociaciones comerciales y monopolios colectivos.

Había gremios en todas partes del mundo, en Europa como en los países islámicos, en la India, China o Japón. Sus objetivos económicos eran el control de la admisión al gremio, normalmente mediante la imposición de un proceso de aprendizaje obligatorio y de limitaciones para acceder a la categoría de maestro, el mantenimiento de normas de calidad elevadas (no se permitía la entrada de aficionados o «chambones» [chapuceros]) y la restricción de la competencia interior (limitaciones de las dimensiones del taller y del número de empleados) y exterior (no estaba autorizada la producción no encuadrada en gremios en el territorio de su jurisdicción y estaban prohibidas las importaciones).

Este conjunto de normas se sustentaba en varios principios morales, a su vez trasunto de los valores de la comunidad rural y transpuestos al contexto urbano. Tienen dos rasgos distintivos básicos: en primer lugar, la conciencia de que los recursos, en tierras o en clientes (demanda del mercado), eran limitados y, por lo tanto, de que se trataba de un juego de suma cero (la ganancia de una persona supone una pérdida correspondiente para otra), y, en segundo lugar, la preeminencia de los criterios morales sobre los comerciales. En la medida en que un artesano realizara su trabajo concienzudamente y respetando las normas, tenía derecho a ganarse la vida.

Sin embargo, a esta ética del buen trabajador se oponía la intensidad de la codicia y la ambición, la moral del mercado y el dinero. Como hemos visto al tratar el sistema de *putting-out*, los comerciantes aprendieron a soslayar las restricciones gremiales yendo a buscar a los trabajadores al campo o cuando, como en el caso de la elaboración de relojes de pared o portátiles, el trabajo precisaba un grado de capacitación que no existía en el campo, contratando a oficiales (antiguos aprendices y futuros maestros) para que trabajaran en sus casas o en los suburbios que caían fuera de la jurisdicción de los gremios. Era una de las principales flaquezas de estos monopolistas asociados: estaban estrechamente vinculados a los municipios y poco preparados para imponerse en un terreno de juego cambiante.

No puede decirse que no lo intentaran. En Italia, los centros industriales solían anexionarse los alrededores rurales, de modo que el control de los gremios llegaba allende las lindes de la ciudad. En los Países Bajos (el otro gran centro fabril de la Europa medieval), los maestros urbanos y sus secuaces hacían incursiones en el campo para romper telares y aterrorizar a la competencia rural. Estas expediciones fueron fructíferas hasta que los tejedores del campo aprendieron a defenderse, contrarrestando cada ataque, de suerte que, a partir del siglo XVII, la producción rural se empezó a tolerar, aunque no estuviera reconocida. En Alemania, la complejidad de las fronteras políticas era tal que todos los centros tenían un rival potencial al lado, encantado de recibir a intrusos, «chapuceros», judíos y demás proscritos sujetos a gravámenes e impuestos.

En Francia, los gremios estaban bien situados para defender sus intereses, ya que los sancionaba y defendía la corona, en parte por razones fiscales y en parte porque los

utilizaba como instrumentos de control social. El brazo de la realeza llegaba a casi todas partes[*]. Pese a todo, los maestros rebeldes encontraban medios de burlar las restricciones. Algunos, por ejemplo, gozaban de una fama tal que generaba una demanda que excedía la capacidad real del taller, de modo que contrataban a otros para que realizaran su trabajo y luego estampaban encima su nombre. Este recurso a fuentes exteriores estaba estrictamente prohibido y a veces se presentaban los representantes de los gremios, acompañados de alguaciles, procedían a efectuar un registro, confiscaban las mercancías ilegales y multaban al delincuente. Por cada maestro delatado y atrapado, doce escapaban al castigo.

Cuando el antiguo régimen tocaba a su fin, en 1762, el gobierno francés reconoció formalmente el *statu quo* y legitimó la producción rural, mientras numerosos funcionarios trataban en vano de abolir los privilegios corporativos o las propias corporaciones. Vanos intentos pero, una vez más, la revolución consiguió lo que una monarquía inepta no había logrado. En 1791, un gobierno que se caracterizó al principio por no entrometerse en estos asuntos abolió las corporaciones de comerciantes y artesanos, no solo los gremios, sino también las asociaciones de empleadores. Fue una decisión muy progresista e imparcial, pero, durante más de tres cuartos de siglo, la ley se aplicó con mucho mayor rigor a las corporaciones de trabajadores que a las asociaciones de empleadores. No es de extrañar: la prioridad absoluta era el orden, lo que significaba mantener en su lugar a los de arriba y a los de abajo[*].

En Alemania, donde los gremios habían sido desbordados hacía ya mucho tiempo por el empuje de empresarios y trabajadores sin licencia, siguieron constituyendo un poder fáctico en las ciudades y en varios principados y reinos, y solo con la formación del imperio en 1870 exhalaron el último aliento. El problema de su legitimidad fue subsumido en un debate general sobre la «libertad industrial». En un bando estaban los liberales y las grandes empresas, que pensaban que Alemania no podría defenderse de la moderna competencia exterior a menos que las personas gozaran de libertad de trabajo, movimientos y residencia. ¿Qué sentido tenía la unión aduanera alemana si las mercancías podían atravesar las fronteras y las personas no? ¿Para qué servía el derecho a construir fábricas de hilados si no se podía contratar mano de obra? En el bando opuesto se encontraban los conservadores y los pequeños comerciantes y artesanos, temerosos de las nuevas formas que adoptaban las empresas, primero las fábricas y, ahora, los grandes almacenes. Los hombres modernos (entre quienes se contaban los judíos), el mercado libre, la libre competencia, la nueva prosperidad…, esos eran los enemigos.

Estos intentos de poner freno al futuro estaban predestinados al fracaso en una Alemania que seguía tratando de asentar su poderío. El poder conllevaba motores, máquinas, tecnologías modernas y sus correspondientes normas. La balanza se inclinó inexorablemente del lado de los apóstoles del cambio. Los gremios tuvieron un rebrote en los años 1848-1849, cuando los disturbios revolucionarios les dieron ocasión de hacer sentir el poder que aún conservaban a escala local. Trataron de reimponer restricciones en materia de importación y circulación de bienes abolidas o ignoradas desde hacía tiempo, pero fracasaron, fundamentalmente porque este movimiento reaccionario se consideró un peligro para el orden establecido. Además, la próspera burguesía comercial e industrial no tenía deseo alguno de volver a la Edad Media.

El dique de contención reventó en primer lugar en Austria, relativamente atrasada. El ministro de Comercio lo expone sin rodeos: «para la industria austríaca, que desde la desaparición del régimen prohibitivo tiene que luchar en todos los sectores contra la competencia extranjera, la concesión de una libertad de movimiento absoluta no es solo necesaria para mejorar y potenciar el bienestar, sino una condición indispensable para el desarrollo de su competitividad[17]». Por si el gobierno albergaba alguna duda al respecto, las derrotas militares en el norte de Italia le recordaron la necesidad de una reforma. La guerra, especialmente cuando se salda con el fracaso, aguza la inteligencia. El 20 de diciembre de 1859, un decreto imperial establecía la libertad de empresa en todo el territorio controlado por los Habsburgo. Esta iniciativa fue contagiosa. El sistema de control industrial corporativo empezó a derrumbarse en los territorios alemanes. En 1870, con la unificación, la batalla quedó zanjada[18].

FRONTERAS Y BARRERAS

El tercer gran legado medieval restrictivo del comercio fue el conjunto extraordinariamente complejo de trabas al transporte y el viaje: peajes en los ríos y puertos, tasas por el uso de las carreteras, derechos de portazgo en las ciudades («bueyes y judíos: 4 peniques»), una barrera aduanera tras otra debido a la imbricación de las fronteras políticas, incluidos los enclaves y los exclaves, una gran variedad de exenciones y franquicias, respetadas tanto a la hora de vulnerarlas como de acatarlas.

La mayor parte de los peajes en las carreteras y los ríos se remontan a la época de debilidad política e inseguridad generalizada, cuando la autoridad política superior no podía evitar que la nobleza local y las jurisdicciones locales esquilmaran a los viandantes. Una vez instaurados, resultaban enormemente difíciles de eliminar, porque lo único que se respetaba eran los intereses creados, ya que todo el mundo tenía uno u otro, o aspiraba a tenerlo. Incluso cuando la autoridad superior lograba imponerse y se requería autorización para percibir exacciones, el derecho de imponerlas no se veía como un gravamen por el uso de determinados servicios o instalaciones, sino como una fuente suplementaria de ingresos y, por consiguiente, como una señal de favor que debía solicitarse o comprarse. Se cuenta la anécdota de un conde del Palatinado, pobre e inoportuno, que en 1579 violó todas las normas de urbanidad al solicitar un derecho de peaje: «Dios se apiade de nosotros y nos ayude, a nosotros y a nuestros seis pobres hijos sin educar y a nuestra mujer cuyo vientre está lleno de niños[19]».

De modo que estos peajes no servían para sufragar las mejoras y el mantenimiento de las instalaciones de que se tratara, sino que eran una extorsión pura y simple, una extorsión tan rentable, especialmente en las carreteras, que los transportistas eran forzados a utilizarlas, por degradadas y lentas que fueran, incluso para artículos de mucho consumo y escaso valor en relación con el peso. Igualmente costosos resultaban los retrasos debidos a la inspección y en ocasiones el transbordo de los bienes, que constituían una forma de crear empleo y un pretexto para nuevas exacciones.

La estrategia esquilmadora de estos bandidos disfrazados de funcionarios puede inferirse de su política de incertidumbre deliberada. Incluso cuando se establecían

aranceles oficiales, los perceptores evitaban hacerlos públicos, para adaptar las exacciones a cada ocasión[20]. (Este tipo de «transacciones» premiaban la sagacidad, que les permitía distinguir a los «comerciantes ingeniosos» y a los negociadores hábiles de las presas fáciles: en el fondo, era un proceso de selección). El sistema fomentaba inevitablemente los sobornos, incluidas rondas de comida y bebida para los perceptores, lo que complicaba el paso del barco siguiente.

Huelga precisar que la nobleza local y las autoridades municipales que obtenían estas ganancias no tenían ningún interés en renunciar a ellas en beneficio de la agilización y el fomento del comercio, sino que, por el contrario, el aumento del tráfico comercial era un incentivo para incrementar los aranceles. Estos aumentos siempre provocaban exclamaciones de protesta y lamentaciones, pero nadie estaba dispuesto a tomar medidas enérgicas, ni siquiera con los estafadores de poca monta: nadie tira piedras contra su propio tejado. El efecto inicial del desarrollo industrial, por lo tanto, fue de intensificar las barreras.

A partir del siglo XVII, la tendencia centralizadora de las monarquías europeas perjudicó a este fraude organizado. Uno de los principales objetivos de las nuevas burocracias fue acabar con estas exacciones y trabas, que no se veían solo como restricciones al comercio, y por lo tanto mermadoras de impuestos, sino también como una incursión en cotos vedados, un crimen de lesa majestad. Los británicos ya habían hecho lo preciso: sus peajes locales habían desaparecido prácticamente del todo ya en el siglo XV y, como resultado de ello, disponían del mercado más grande de Europa. Los franceses aún tenían mucho trabajo por delante: el gran ministro Colbert promulgó una orden tras otra para erradicar y abolir este legado anárquico, con poco éxito. Una vez más, fue la revolución la que lo logró, cien años después, barriendo los pecios de un régimen caduco.

En Alemania, donde la proliferación de peajes era tildada de locura —*furiosa Teutonicorum insania*—, el proceso fue mucho más lento, en parte debido a la magnitud de la tarea y en parte por la extraordinaria fragmentación del territorio: había 38 regímenes arancelarios diferentes en 1815, más millares de autonomías locales, que podían llegar a tener jurisdicciones tan reducidas como pequeños pueblos o haciendas. Solo el refuerzo del poder —la máquina prusiana— y una ideología chovinista pudieron lograrlo, aunque trabajosamente. Había que demostrar a los refractarios que era más costoso quedarse al margen del proceso que integrarse en él. Los tratados y negociaciones subsiguientes a las guerras napoleónicas liberalizaron el transporte por el Rin, y una serie de uniones aduaneras cada vez mayores, que culminaron en la *Zollverein* de 1834, acabaron prácticamente con las trabas comerciales en el interior del país. Si digo «prácticamente» es porque aún quedaba mucho por hacer. Algunos estados no se integraron en la unión, a regañadientes, más que en la década de 1860 y en 1870. Las viejas ciudades hanseáticas de Frankfurt y Hamburgo, henchidas de historia y orgullo, aullaron de dolor pero, en estos asuntos, el dicterio de La Fontaine es concluyente: *La raison du plus fort est toujours la meilleure*, o allá van leyes donde quieren reyes.

La tenacidad de los enemigos del comercio ajeno es insospechable. Tomemos el río Escalda, por ejemplo. Nace en el norte de Francia y riega una de las regiones industriales más prósperas del mundo, a su paso por Toumai, Gante y Amberes, hasta desembocar en el mar. A cierta distancia de Amberes, por un capricho de la historia, su estuario se interna en

Holanda, que en virtud del Tratado de Munster de 1648 obtuvo el derecho de cerrarlo a la navegación. Cosa que hizo dicho país durante más de doscientos años, con objeto de asfixiar el puerto marítimo de Amberes, en beneficio de Rotterdam, un asunto nada baladí. Sin embargo, durante quince años, entre 1815 y 1830, Amberes y Rotterdam formaron parte de los Países Bajos, de modo que, teóricamente, dicho derecho debería haber prescrito. De ninguna manera: en 1830, cuando se produjo la secesión de Bélgica, Holanda reclamó sus derechos y logró que las demás potencias interesadas aceptaran esta exacción al comercio internacional. Solo en 1863 conseguiría Bélgica, tras largas negociaciones, pagar el precio fijado por la eliminación de ese peaje ultrajante, y todas las potencias interesadas por el comercio fluvial del Escalda tuvieron que pagar su cuota.

La única excepción a este proceso de racionalización y unificación fue la persistencia de trabas aduaneras a la entrada en las ciudades, lo que los franceses llamaban el *octroi*. Estas barreras han llegado hasta el siglo XX, y ni siquiera el ferrocarril logró acabar con ellas (todavía se puede inspeccionar el equipaje en el punto de destino). Ha sido el automóvil el que lo ha conseguido: a medida que fue creciendo el número de vehículos, se hizo imposible detenerlos en las lindes de la ciudad para inspeccionar su contenido u obligarlos, como se hacía en París en la década de 1920, a pasar por un control (mediante una varilla) del combustible que llevaban en el depósito al dejar la ciudad y al volver a ella. Todavía en el decenio de 1960 se avisaba a los conductores procedentes de los alrededores que se disponían a entrar en Florencia de la obligatoriedad de declarar mercancías como el vino y los cigarrillos. Por lo que a mí me consta, nadie se detuvo ni fue detenido jamás, pero es cierto que mi visita fue de corta duración.

En Rusia el proceso fue completamente diferente. Para empezar, el transporte era difícil, y los peajes no suponían ningún problema. La naturaleza, en cambio, sí lo era. Por tierra, era más fácil transportar mercancías en invierno que en verano. La nieve y el hielo alisaban el pavimento, completamente irregular. Las vías navegables interiores se adecuaban mejor a los productos voluminosos (cereales, madera), pero los ríos rusos corren de norte a sur, y la mayor parte del tráfico iba de este a oeste. En este caso, el enemigo era el frío: en el sur, las vías navegables permanecían abiertas nueve meses al año; en el norte, solo seis semanas. Si se llegaba tarde a las compuertas, las mercancías caducaban, las máquinas se oxidaban y los productos forzados a la ociosidad quedaban relegados al olvido.

La influencia de las trabas institucionales y culturales en el desarrollo queda de manifiesto en las experiencias dispares de la periferia europea: entre el núcleo de la industrialización en Europa occidental y central y los territorios que quedaron fuera de sus límites y, dentro de dicha periferia, entre los países y regiones que supieron recuperar su retraso y los que aún siguen rezagados.

Comencemos por el norte. Escandinavia, dramáticamente pobre en el siglo XVIII pese a su riqueza intelectual y política, tardó en incorporar los métodos de la industria moderna pero, una vez emprendió el proceso, pudo recuperarse rápidamente. La incidencia de este cambio en los salarios y las rentas se refleja en las estimaciones estadísticas (véase el cuadro 16.2).

CUADRO 16.2

Estimaciones del PIB real per cápita de determinados grupos de países europeos, 1830-1913 (en dólares estadounidenses de 1960; medias no ponderadas dentro de cada grupo)

	1830	1860	1913
Núcleo industrial	268	402	765
Escandinavia	219	297	682
Escandinavia sin Finlandia	228	315	735
Resto de la periferia	215	244	343

Núcleo industrial: Austria (excepto en 1830), Francia, Alemania, Italia, Países Bajos, Suiza, Reino Unido.

Escandinavia: Dinamarca, Finlandia, Noruega, Suecia.

Resto de la periferia: Bulgaria, Grecia, Hungría (excepto en 1830), Portugal, Rumania, España, Rusia, Serbia. La cifra de 1830 se refiere exclusivamente a Portugal y Rusia.

FUENTE: Pollard, «The Peripheral European Countries», así como Bairoch, «Main Trends in National Economic Disparities».

Esta impresionante proeza se explica por su preparación cultural. Los países escandinavos, partícipes de pleno derecho en la comunidad intelectual y científica de Europa, tenían una tasa elevada de alfabetización e impartían una educación sobresaliente en los niveles superiores[21]. También imperaba la estabilidad política y el orden público. Si antaño habían sido uno de los pueblos más belicosos de Europa —pensemos en los corsarios vikingos de la Edad Media o en las ambiciones imperiales de la Suecia del siglo XVII—, ahora eran uno de los más pacíficos, impasibles incluso en comparación con los pueblos del sur. Los derechos de propiedad se respetaban, el campesinado era en su mayoría libre y la vida era como una larga condena a trabajos forzados y sombríos interrumpida intermitentemente por grandes juergas etílicas y un poco de sol estacional.

Escandinavia estaba lista. Ya en el siglo XVIII se adivina el germen de los futuros logros: los talleres de máquinas y el ingenio que revela el equipamiento de Polhem, en Suecia; las minas y refinerías de cobalto noruegas, que abastecieron de colorantes azul brillante a los talleres de vidrio y porcelana de Europa, desde Wedgwood hasta Meissen. El trabajo de artesanía era bastante menos refinado y estaba peor acabado que el de las naciones del sur, pero Escandinavia se estaba poniendo rápidamente al día en materia de herramientas, instrumentos y técnicas. El ejemplo más señalado es el de la relojería: a finales del siglo XVIII, los mejores relojeros daneses y suecos construían máquinas similares a las de Londres y Ginebra, siendo como eran artistas locales, y no los exiliados de Constantinopla, Moscú y Pekín que se dedicaban a este oficio en Europa occidental.

Escandinavia cimentó su éxito en la libre empresa y en la respuesta rápida al mercado, en la exportación de productos básicos a países industriales más avanzados y en la inversión de los beneficios así obtenidos en una producción más diversificada. Los principales artículos exportados eran la madera, el cobre y, más adelante, el mineral de hierro y, en el caso de Dinamarca, los productos agrícolas. El proceso de desarrollo fue invariablemente desde la materia bruta hasta el artículo procesado, de la madera en rollos al cartón y luego a la pulpa; del mineral de hierro a la fundición bruta y luego al hierro pudelado; del pescado crudo al pescado enlatado y envasado; de la leche a la nata, la mantequilla y el queso. En buena medida este proceso fue alentado por las mejoras en el transporte y en las entidades bancarias, en cuyo desarrollo tuvieron un papel destacado el estado y el capital extranjero. Pero, mucho antes, Escandinavia exportaba conocimientos

técnicos en forma de emigrantes, a la Rusia zarista por ejemplo, donde Alfred Nobel fue uno de los pioneros de la incipiente industria petrolífera. El estado ruso había alentado y asfixiado alternativamente el desarrollo industrial durante siglos, ora oprimiendo, ora esquilmando a placer a su pueblo, ora siendo benévolo con él; los escandinavos se integraron sin brusquedades en el proceso y lo siguieron.

Comparemos estos hechos con el tardío desarrollo industrial de la Europa mediterránea, en particular de Italia, España y Portugal. Todos ellos padecían intolerancia religiosa e intelectual, y todos ellos se caracterizaban por la inestabilidad política. España, aunque nominalmente unida, seguía dividida por la autonomía de las regiones, y la debilidad de la autoridad central alentaba las intromisiones de otras naciones y las ambiciones dinásticas, provocando revoluciones y guerras civiles intermitentes. Portugal, con menos fisuras, era muy semejante desde el punto de vista político, con la salvedad de que la monarquía en ocasiones se vio obligada a huir a Brasil en espera de tiempos mejores. Italia seguía fragmentada, Lombardía todavía en manos de la casa de Habsburgo (de Austria) hasta 1860 y Venecia hasta 1866; el reino de las dos Sicilias (Nápoles y el sur), bajo dominio borbónico hasta 1861; los estados pontificios y Roma, sometidos al gobierno de la iglesia hasta 1870.

Todos estos países eran pobres, estaban desfavorecidos por unas precipitaciones escasas y muy variables, que reducían la producción agrícola muy por debajo de los niveles de la Europa del norte, bien irrigada. España era el menos favorecido. Una línea imaginaria entre el norte de Europa, húmedo, y el sur, seco, parte a Portugal e Italia *grosso modo* en dos, mientras que el 90 por 100 de España corresponde a la parte seca, y muchas de las tierras húmedas del norte son montañosas y, por lo tanto, no arables. Añádase a ello una altitud media elevada, con el consiguiente rigor climático, y se comprenderá que era un mal país para los cereales[22].

Podría pensarse que estas tierras pobres se habrían prestado al sistema de la industria familiar, à *la suisse*, pero la península Ibérica en particular carecía de espíritu de iniciativa y de conocimientos, incluida la capacidad de leer. Estas lacras databan de siglos atrás —el fanatismo religioso y el cultivo de la ignorancia por la Contrarreforma— e impedían una diversificación de la economía, que habría compensado la infertilidad del suelo y la pobreza[23]. Las tasas de alfabetización relativa no son exactas, en buena medida porque las definiciones y estimaciones variaban de un país a otro. Con todo, la diferencia entre la Europa mediterránea y la del norte es palmaria. En torno a 1900, por ejemplo, cuando solo el 3 por 100 de la población de Gran Bretaña era analfabeta, la cifra para Italia era del 48 por 100, del 56 por 100 para España y del 78 por 100 para Portugal[24]. Las antiguas fobias religiosas —masacres, cazas, expulsiones, conversiones forzosas y una autarquía intelectual autoimpuesta— fueron como la expiación de un pecado original. Sus efectos no desaparecerían hasta el siglo XX…, e incluso entonces, no en todos los casos[25].

(Huelga precisar que esta acusación no ha complacido a las élites políticas e intelectuales españolas. A nadie le gusta que le digan [o recuerden] que sus fracasos se deben a sus propios errores; o que lo que para él es motivo de orgullo es más vicio que virtud. Lo que explica el esfuerzo denodado de algunos estudiosos españoles e hispanófilos por desacreditar esta condena de la historia, tildándola de «leyenda negra», de calumnia divulgada por gente de mala fe. Sin embargo, el fenómeno de la «decadencia» es innegable

y exige una explicación: más de tres siglos de atraso se han cobrado un precio muy alto en materia de ingresos y progreso).

Unos pocos centros dotados de una capacidad de adaptación excepcional (aunque modesta) escaparon a este destino generalizado. En España, Cataluña se distinguió del resto y ya en el siglo XVIII empezó a mecanizar la producción textil. Más adelante, la explotación de los recursos minerales, especialmente del mineral de hierro a finales del siglo XIX, hizo del País Vasco un centro comercial y de negocios. La mayor parte de este mineral iba sin embargo a los centros siderúrgicos del extranjero; la industria española apenas lo utilizó.

Italia fue más rápida, especialmente en el valle del Po (Lombardía, sometida a la casa de Austria) y en Génova y su comarca. Venecia y Florencia, antaño florecientes centros industriales y comerciales, estaban en camino de convertirse en meras atracciones turísticas, atestadas de tiendas y hoteles, cuales museos vivientes. Ningún turista podía pasarlas por alto. (El proceso continúa, y Venecia ha tenido que restringir su acceso). La unificación de Italia (1870) no modificó excesivamente la antigua división del trabajo ni su prosperidad. El norte, en especial Lombardía y Piamonte, combinaban industria con agricultura en las cuencas fluviales y en los llanos. El mediodía (*il mezzogiorno*) siguió siendo un páramo de tierras yermas en mesetas áridas y grandes latifundios. Los campesinos iletrados, la mayoría de ellos aparceros sin tierra, rendían tributo a los notables locales, viejos y nuevos ricos, que cultivaban el sentido del orgullo («respeto») y un estilo de vida que evocaba el antiguo régimen[*]. El mediodía exportaba sobre todo mano de obra: emigrantes al Nuevo Mundo, especialmente a Estados Unidos y Argentina, y, después de la Segunda Guerra Mundial, a la mitad septentrional del país. El norte también enviaba a sus hijos al extranjero, por lo común a las ricas zonas industriales al norte de los Alpes. Los franceses, por ejemplo, contrataron a muchos inmigrantes italianos para la explotación de las minas de hierro y las acerías recién abiertas (decenio de 1880) en Lorena.

El sur no ha salido de su atraso, pese a las importantes subvenciones al desarrollo concedidas por el gobierno italiano y, en nuestros días, por la Comunidad Europea. El paisaje está jalonado de fábricas abandonadas, proyectos de urbanización inacabados y carreteras que no conducen a ninguna parte. Esta degradación, este fracaso y esta fatalidad revelan grandes carencias: ignorancia, prejuicios, ausencia de un sentido de comunidad, crimen organizado. El mediodía sigue pagando hoy por los pecados de su pasado. Muchos habitantes del norte están tan disgustados ante este panorama que abogan por la secesión. Léase: expulsión. No ocurrirá tal cosa. Para que Eslovaquia se separara fue necesario el inigualable pragmatismo de los checos.

Europa oriental era un mundo totalmente diferente. En los países eslavos —y en concreto Rusia—, el vasallaje subsistía en sus peores variantes. La acumulación de ingentes riquezas en manos de una nobleza manirrota hacía que la demanda de consumo de los productos básicos que habría podido abrir el camino a la industria moderna fuera demasiado reducida. En circunstancias normales, la Rusia autocrática, aunque con mucho retraso, habría acabado por emular al oeste: su pueblo estaba acostumbrado a la pobreza e ignoraba por completo el mundo exterior. Pero Rusia era una potencia con grandes ambiciones territoriales. Había tratado muy pronto (siglo XVI) de aprender del oeste,

aunque solo fuera para lograr la autonomía de sectores industriales tan estratégicos como la fabricación de escopetas. Era una potencia sin industria, de modo que el gobierno zarista comenzó a cortejar a los extranjeros, pagándoles para que montaran fábricas o se establecieran y trabajaran en el país. Algunos terratenientes permitían que sus siervos más emprendedores se dedicaran al comercio y la industria, a cambio del pago de derechos dinerarios. Todo ello dio lugar a una industria dispersa y raquítica.

Las empresas rusas tampoco operaban en el mismo mundo que las de Europa occidental. Vendían sus productos al mercado nacional y exportaban poco o nada. Sencillamente, no eran competitivas —ni entonces ni después— y lo fueron aún menos durante la época de los sóviets. Las únicas exportaciones iban destinadas a los países satélites y a las colonias del tercer mundo. Mientras tanto, los datos sobre la producción crecían exponencialmente, y muchos se dejaron embaucar. ¿Hay que creer en los números o en las engañosas apariencias? Las estadísticas se habrían aproximado mucho más a la realidad si se hubieran deflactado las cifras de producción utilizando los precios reales del mercado y teniendo en cuenta la calidad de los artículos.

Aún más pobres y atrasados que Rusia estaban los países balcánicos, la mayoría atrapados por la ineficacia del yugo otomano, la tiranía de una sociedad aún más primitiva que la suya. Tras siglos de apatía, fueron contagiados por el virus del nacionalismo en los siglos XVIII y XIX y se enzarzaron en una lucha interminable por la libertad, en un primer momento con los turcos y luego con las demás naciones balcánicas. Quizás fuera una causa noble, pero la afirmación de la identidad con base en la religión degeneró pronto en odio y sinrazón. Algo perjudicial para los negocios o el desarrollo.

Eran sociedades donde el espíritu de empresa no era endógeno. El comercio y el dinero eran para los griegos, los judíos, los armenios, los alemanes. Estos forasteros no gozaban de popularidad, no solo porque se enriquecían comprando y vendiendo (es decir, sin trabajar duro) a expensas de los campesinos y los terratenientes, sino porque tenían costumbres, ropas, aspectos y religiones diferentes. (Los intrusos, por su parte, les devolvieron el desprecio abiertamente). Cuando la independencia y la política moderna llegaron a los Balcanes, los nativos hicieron todo lo posible por expulsar a los extranjeros, es decir, por deshacerse de los elementos más activos de su economía. Y lo lograron, pese a la oposición natural de estos a partir. (Aquellos lugares inhóspitos y hostiles ofrecían muchas posibilidades de enriquecimiento).

Los Balcanes no han salido todavía de la pobreza. A falta de metecos, guerrean entre sí y achacan su miseria a su explotación por parte de las economías ricas de Europa occidental. Eso les consuela.

A los estudiosos de la política económica y los historiadores de la economía de izquierdas les gustan este tipo de explicaciones. Piensan en términos de núcleo y periferia: el centro rico frente a sus satélites periféricos. Pero esa no es la metáfora o imagen pertinente: la divisoria del desarrollo europeo va de oeste a este y de norte a sur, de los pueblos instruidos a los iletrados, de las instituciones representativas a las despóticas, de la igualdad a la jerarquía, y así sucesivamente. Lo determinante no fueron los recursos, el dinero ni la explotación extranjera. Fueron factores internos: la cultura, los valores, el sentido de la iniciativa. Estos pueblos conquistaron finalmente un grado de libertad suficiente. Lo único que ocurría es que no sabían qué hacer con ella.

«La bayoneta es una amiga fiel»

Durante la primera mitad del siglo XIX, el arma clásica de la infantería rusa fue el mosquete de cañón liso, de avancarga y llave de chispa, muy semejante a las armas utilizadas durante el siglo anterior. (Daniel Boone, con su rifle alargado de Kentucky, estaba mejor equipado). El modelo ruso de 1828, como los anteriores, usaba balas redondas y tenía un radio de precisión de 180 metros. Los fusiles de repetición usados por los ejércitos de Europa occidental no se consideraban idóneos: eran demasiado complicados y poco resistentes en el combate cuerpo a cuerpo. Demasiado complejos además para las técnicas rusas de fabricación de armamento.

El ejército ruso, en su conjunto, se correspondía con el atraso de su país. Por una parte, las adquisiciones corrían por cuenta del regimiento, y los oficiales preferían gastarse el dinero en comida y bebida. (La bebida, mucho más que el combate, era la prueba de fuego clásica de la hombría de un oficial). «Los regimientos trataban de reducir al máximo el gasto en armamento, y sus proveedores veían sus viajes periódicos a los tristes arsenales del gobierno y a las alejadas y pequeñas fábricas de armas como un castigo[26]». Los fabricantes de armas, por su parte, daban a los compradores lo que les pedían, tantas piezas de esto o de aquello, sin indicarles si eran buenas o malas, indiferentes a todo. El gobierno trataba de erradicar los defectos de fábrica apostando inspectores de armamento. Con escasa recompensa: los inspectores formaban parte del sistema y no estaban dispuestos a morder la mano que les alimentaba. (Una actitud parecida con respecto a la producción surgiría a raíz de varios planes quinquenales soviéticos. Cumplir con el plan, fabricar las unidades prescritas, pagar a los inspectores y al diablo con la calidad).

Resultado de ello eran tornillos y remaches defectuosos, cañones averiados, cepos pésimos y cerrojos que no ajustaban. En 1853, justo antes de emprender la guerra de Crimea, solo se autorizó al ejército zarista a utilizar la mitad de los mosquetes de los que disponía. Y, además de tener armas defectuosas, los soldados rusos las usaban mal. Con la misma falta de interés que el siervo de la gleba, el recluta de veinticinco años (el servicio militar era una sentencia a cadena perpetua) no prestaba ningún cuidado a sus armas. Los fusiles («una herramienta para formar») se bruñían para los desfiles, pero el soldado tenía que pagar la grasa de su bolsillo, de modo que se usaba poca, por no decir ninguna. Las balas eran caras —Rusia no las podía producir a gran escala—, de modo que se usaban proyectiles de arcilla para los ejercicios de tiro, que dañaban las ánimas. Ni siquiera los oficiales cuidaban de sus armas portátiles, hasta el punto de que el Ministerio de Defensa aconsejó la producción de pistolas en lugar de revólveres. Los armeros del regimiento carecían de formación y de equipo adecuado, de suerte que tenían que calzar a los caballos, reparar las ruedas y arreglar los fusiles con los mismos cortafríos, martillos y sierras.

Las reglas se acomodan a la práctica. Ante estas deficiencias, los estrategas militares rusos subestimaron sistemáticamente el valor de la potencia de fuego. La fuerza corporal y «moral» se consideraban más importantes que las armas, y se prefería la bayoneta a los fusiles. «La bala es estúpida —pontificó el mariscal Suvarov—, mientras que la bayoneta es una amiga fiel[*]». La bayoneta era más segura, y confiar en los fusiles mermaría la firmeza y el espíritu de lucha. Por consiguiente, sería un error cambiar los fusiles de avancarga por los de repetición. El soldado gastaría mucha munición y se olvidaría de cómo se carga.

Mientras crecía la potencia de fuego de los demás ejércitos, el soldado ruso aprendía a ser ahorrativo. El sistema de gestión de los recursos del regimiento reflejaba el de la sociedad en general: lastrado por la ineficacia, perdía el tiempo y malgastaba su mano de obra en actividades accesorias (agricultura, recogida de madera y heno construcción, transporte), atenazado por el miedo al cambio[*].

La guerra de Crimea (1854-1856) fue una catástrofe. Los rusos perdieron lo que menos valor tenía: soldados, seiscientos mil soldados. Las insignificantes pérdidas territoriales dolieron mucho más al zar y sus generales. Algunos rusos usaban todavía fusiles de chispa y avancarga: los británicos y los franceses los acribillaron con rifles de percusión de un alcance tres o cuatro veces superior. Hasta los generales eran blancos fáciles, y no porque los aliados fueran modelo de eficacia homicida. También estos tenían deficiencias en materia de abastecimiento e higiene (su mayor enemigo eran las enfermedades) y la correspondiente cuota de ineptitud entre los mandos (por aquel entonces el ejército británico aún vendía comisiones), cariñosamente inmortalizadas en la obra *Carga de la brigada ligera* de Tennyson.

Pero los rusos eran aún peores.

Capítulo XVII

NO SE HACE DINERO SIN DINERO

Sabemos cómo logró culminar el proceso la «primera nación industrial». Despacio y con moderación. Gran Bretaña fue formando una mano de obra fabril y acumulando capital paulatinamente. En los primeros tiempos, las máquinas fueron por lo común pequeñas y baratas. Todo se hacía a escala reducida. Los viejos edificios podían reconvertirse para su uso industrial. En suma, los requisitos previos eran modestos. De modo que las empresas británicas podían progresar reinvirtiendo los ingresos, mancomunando los recursos personales, obteniendo préstamos de los familiares, alquilando instalaciones. Los intermediarios financieros, con la excepción de corredores de créditos como los apoderados y procuradores, tuvieron escasa presencia. Los bancos se limitaron a conceder préstamos o dinero pagadero a corto plazo para agilizar transacciones puntuales. En algunos casos se hizo mediante líneas de crédito, que podían renovarse tras su reembolso. En épocas de bonanza económica, estas líneas crediticias equivalían a créditos a medio o incluso largo plazo. Cuando las cosas se complicaban, podía exigirse el pago del remanente o acortarse los plazos de amortización.

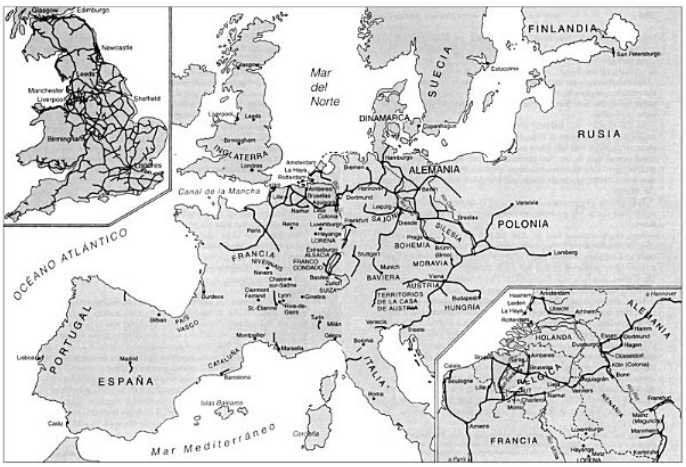
Con el paso de los años, este sistema fue cambiando: las máquinas se hicieron más grandes y pesadas y precisaron edificios en consonancia. Las economías de escala y la producción fueron aumentando a medida que los servicios de transporte mejoraban. Sin embargo, las empresas británicas tenían suficientes recursos para sufragar estos gastos por sí mismas: cuando los fondos propios no bastaban, solía recabarse la participación de nuevos socios[*]. Pero Gran Bretaña, inevitablemente, tuvo que idear nuevos métodos de pago de proyectos públicos y cuasipúblicos como la construcción de diques, canales y ferrocarriles. Debido a que la «Ley Burbuja» de 1720, promulgada en vísperas del célebre hundimiento financiero de la Compañía de los Mares del Sur y la consiguiente quiebra bursátil, prohibía la creación de sociedades anónimas con acciones transferibles a voluntad, los grandes proyectos corrían por lo general por cuenta de grandes consorcios cuyos activos se encomendaban a albaceas. No era una solución satisfactoria en un mundo comercial de responsabilidad ilimitada, «hasta el último chelín y metro cuadrado». Sin embargo, la ausencia de enmiendas importantes de la legislación durante una centuria revela la solidez de estas empresas y la vitalidad general de la economía británica. (En este sentido, doy por sentado que, de haber existido la necesidad de financiación bancaria, una sociedad tan atenta a los intereses comerciales habría modificado las normas).

En el siglo XIX, cuando los costes y el riesgo anejo crecieron, el instrumento más efectivo de movilización del capital fue la sociedad por acciones autorizada, de responsabilidad

limitada, autorizada porque la responsabilidad limitada solo podía concederla la corona o el parlamento. Estas grandes empresas semipúblicas no recurrieron demasiado a la financiación bancaria a largo plazo, debido a que no había bancos suficientemente grandes para ello. La escritura de constitución del Banco de Inglaterra estipulaba que ningún otro banco estaba autorizado a tener más de seis socios. Hasta 1826, y solo fuera de un radio de ciento cinco kilómetros de Londres, no se autorizó la constitución de bancos privados en forma de sociedades anónimas, y solo en 1833 se permitió la creación de bancos de este tipo en el interior de dicho radio, aunque se les prohibía la emisión de billetes. Con todo, estos nuevos bancos diferían muy poco en volumen y objetivos de los bancos privados tradicionales, de modo que ni siquiera los constructores de ferrocarriles precisaron su ayuda.

Eso ocurría en Gran Bretaña. Cuando sus primeros perseguidores europeos se pusieron en marcha (después de 1815), en dicho país dos generaciones habían vivido ya el crecimiento y el desarrollo industrial. Su retraso puede explicarse en parte por un accidente de historia política, que a veces puede entrometerse en los planes mejor pensados. Veinticinco años de revoluciones y guerras (de 1789 a 1815) desviaron los recursos de la construcción a la destrucción, causaron estragos en las empresas y el comercio, generaron algunas invenciones pero demoraron muchas de sus aplicaciones, inspiraron proyectos que luego fueron relegados al olvido y, en suma, retrasaron la emulación industrial de Gran Bretaña durante una generación suplementaria.

No obstante, el balance de ese lapso temporal no es completamente negativo. El desorden también propició cambios sociales e institucionales favorables al desarrollo industrial. En particular, la abolición en Francia de los derechos y obligaciones «feudales» condujo (obligó) a otros países a hacer lo propio, dando a las personas libertad para moverse en el espacio y salvar barreras sociales obsoletas. Estos cambios no se rentabilizaron desde el punto de vista económico hasta que se instauró la paz. Por entonces, la tarea de recuperación era más ardua, pero el margen potencial de beneficios, mayor.



EUROPA EN LAS VÍAS DE INDUSTRIALIZACION, c. 1850

La densidad de la red ferroviaria es el mejor indicador físico de la localización y la cronología del desarrollo industrial de Europa. Los primeros países en entrar en el proceso de industrialización fueron

las naciones y regiones con experiencia previa en la fabricación de productos manufacturadados: Benelux norte y este de Francia, Renania, Ruhr y Suiza protestante.

Por esta razón, algunos han afirmado que resulta rentable llegar tarde: se evitan los errores ajenos y se puede pasar directamente a las técnicas y equipos más recientes[*]. Por otra parte, el tiempo de retraso también resulta costoso. Conviene ponerse en marcha lo antes posible.

De modo que los países continentales perseguidores creyeron que no tenían ni los medios ni el tiempo de crecer como lo había hecho Gran Bretaña. Estaban compitiendo en el mismo terreno. ¿Por qué esperar cincuenta años para ponerse al día con respecto a 1815? Necesitaban más capital del que había precisado Gran Bretaña, y lo querían enseguida. Querían fábricas, máquinas y motores modernos. A partir de 1830 aproximadamente, empezaron a querer también ferrocarriles, canales, carreteras y puentes. ¿De dónde iban a sacar el dinero?

De cuatro fuentes: 1) la inversión personal; 2) los intermediarios financieros y el crédito privado; 3) la ayuda del gobierno; 4) los flujos internacionales de capital.

En primer lugar, el continente tenía sus correspondientes ricos. Lamentablemente, la mayoría eran terratenientes que despreciaban las actividades plebeyas del comercio y la industria. En realidad, muchos aborrecían incluso la agricultura (preferían sentir la tierra a través de los cascos de sus monturas) y contrataban a gerentes para que administraran sus haciendas. Los propietarios vivían de las rentas y de sus productos, en ocasiones del capital. Los gerentes se enriquecían.

No obstante, algunos nobles y aristócratas acabaron por orientar sus pasos hacia la industria, en parte con la esperanza de hacer dinero, en parte porque la industria era el lógico producto derivado de la gestión de las haciendas y de los derechos de regalía. Sus tierras poseían valiosos recursos minerales o bosques que podían abastecer de madera a los astilleros, al sector de la construcción o de la minería (entibados). En Europa central y oriental, su control sobre una población que vivía en régimen de servidumbre les daba una mano de obra preparada de antemano para las fábricas (o protofábricas). Algunos de estos nobles se convirtieron en industriales o comerciantes. Pensemos en familias como los Desandrouin y los Arenberg de Hainaut (más adelante incorporado a Bélgica), los Fürstenberg y Schwarzenberg en Austria, los Wendel de Lorena (incorporada a Francia en 1766), los Stroganoff y Demidoff en Rusia, o en soberanos como el príncipe Wilhelm Heinrich de Nassau-Saarbrücken (que reinó entre 1740 y 1768[*]).

Por lo general, dichos empresarios aristocráticos se asociaban con burgueses, mejor adaptados por su condición social y sus valores a hacer el trabajo sucio, esto es, a hacer dinero. (A los nobles se les da mejor gastarlo). En ocasiones, estos plebeyos sacaban partido de sus contactos comerciales para dorar sus blasones. En teoría, de acuerdo con las normas que rigen los enlaces nobiliarios, los nobles solo se casan entre sí. Pero ¿qué ocurre cuando un plebeyo es muy rico? Ocurre que, en ese caso, los nobles sí pueden contraer matrimonio con los plebeyos. Cuanto más elevado sea su rango, más cómoda será esta alianza reprobable. (Los escalones más bajos de la aristocracia tenían que ser cautos con este tipo de enlaces). La suerte se aliaba en ocasiones con ellos, como cuando un príncipe del linaje de los Schwarzenberg (alta cuna), de treinta y un años de edad, desposó a la única heredera de la fortuna de un mercader, de ochenta y dos años. La dama tuvo la deferencia

de morir poco después, pero al poco murió también el príncipe, sin descendientes, naturalmente. De modo que su hacienda pasó a la rama principal del clan de los Schwarzenberg, que siguió poniendo a prueba su espíritu de empresa, no solo en la elección de consortes, sino también en la creación de empresas industriales, en la roturación de nuevas tierras y en la fundación de un banco de inversiones[1].

Estos ejemplos, por llamativos que sean, no bastaron para provocar una revolución industrial. Para ello era precisa una mayor variedad de fuentes, incluidos los bancos y otros intermediarios financieros.

En este sentido, la experiencia comercial constituyó un activo de primer orden. Después de siglos de actividades más o menos lucrativas, se creó una red de bancos privados (en forma de empresas personales o de consorcios), ricos colectivamente y en condiciones de financiar inversiones a medio y largo plazo en la industria, que escogían a sus clientes no tanto en función del tipo de interés y de las condiciones acordadas como de su probidad, habilidad y, por encima de todo, de sus contactos. Estos grupos confiaban por lo general en las afinidades culturales y religiosas: las familias de hugonotes-calvinistas, sefardíes-judíos, alemanes-judíos y griegos-ortodoxos se conocían bien, sabían en quiénes se podía confiar y en quiénes no, a quién pedir y con quién trabajar[2].

Estas pequeñas empresas tenían más poder y medios de lo que aparentaban. Como en Gran Bretaña, la financiación bancaria en el continente solía revestir la forma de líneas de crédito, concedidas en apoyo de transacciones comerciales efectivas y avaladas por efectos mercantiles descontables. Pero también hay ejemplos de financiación directa a largo plazo y participación en la formación de la empresa: así, la rama parisina de los Rothschild financió los ferrocarriles franceses y las minas de carbón y forjas francesas y belgas; la rama de la familia Vienna dedicada a la banca promovió los ferrocarriles e invirtió en las fábricas siderúrgicas de los territorios de los Habsburgo, y la Banque Seillière de París colaboró con la casa mercantil de Boigues para reflotar la siderurgia en Le Creusot en 1836[3].

No hay que subestimar el ingenio de estas viejas casas comerciales. Tenían un olfato especial para el lucro y habían amasado sus fortunas a base de oportunismo y diversificación de las actividades. A ello cabría añadir su habilidad para las alianzas matrimoniales beneficiosas, que podían generar fondos y contactos comerciales[4]. Para comprender la Revolución industrial en Europa antes de la era de las sociedades anónimas públicas y de las bolsas de valores, hay que tener presente la importancia de estos contactos familiares y personales.

En los momentos de bonanza, los préstamos y los dineros pagaderos a corto plazo podían alargar sus plazos de amortización; en época de crisis, la rescisión de ese respaldo podía obligar a las empresas desesperadas a la liquidación. Todo dependía en buena medida de la solidez y honestidad de los acreedores, pero hasta los prestamistas más confiados y determinados podían verse obligados a presionar a sus deudores cuando los demás bancos exigían el reembolso de sus préstamos. Es el problema de un sistema estructurado en torno a una red: cuando es fuerte, es más fuerte que la suma de sus partes; pero, cuando flaquea, la debilidad se transmite fácilmente de un eslabón a otro.

Este peligro colectivo y la necesidad de inversiones a largo plazo propiciaron la invención de un nuevo intermediario financiero, el banco de inversiones por acciones o, como lo llamaron los franceses, el *crédit mobilier*. La idea original procedió de los burócratas y del mundo de los negocios: antes de 1820, los funcionarios y comerciantes de Baviera ya pedían la creación de un banco especial encargado de la promoción de la industria. Los primeros ejemplos fueron instituciones cuasipúblicas: la Société Générale en Bruselas y la Seehandlung en Berlín. Estas nuevas entidades adquirieron considerable importancia con el advenimiento del ferrocarril, un devorador de capital como pocos, tanto por sí mismo como por las empresas industriales a gran escala cuya creación propició. Así, en la década de 1830, la Société Générale, hasta entonces un banco comercial anodino, se convirtió en un banco de desarrollo, y Francia tejió una red impresionante de *caisses* —corporaciones por acciones de responsabilidad limitada (*commandites par actions*)— creadas para financiar la industria a medio y largo plazo[*]. ¿Por qué se llamaron *caisses*? El Banco de Francia se opuso a la utilización de la palabra *banque* para entidades de tanto riesgo intrínseco. Por la misma razón los hermanos Pereire rebautizaron más adelante su banco como Société Générale du Crédit Mobilier, dando así nacimiento a una denominación genérica. Si no se puede llamar banco a un banco, hay que encontrarle otro nombre que tenga las mismas connotaciones de opulencia.

Antes se pensaba que estas nuevas entidades financieras nacieron debido a la oposición de los antiguos bancos privados, que tenían sus propios intereses industriales. De hecho, los bancos privados fomentaron activamente los *crédits mobiliers*, por la mejor de las razones posibles. Las inversiones a largo plazo les exponían demasiado, y las pérdidas y bancarrotas que jalonaron las crisis de 1837-1839 y 1848 les convencieron de que la discreción era el componente principal de la valentía. Así, hicieron recaer el riesgo sobre los accionistas de empresas independientes y, en ocasiones, obtuvieron la autorización de crear sociedades de responsabilidad limitada.

Tras el pánico de 1848-1849, el Crédit Mobilier de Émile e Isaac Pereire se vio como una nueva vía, que pronto fue imitada[5]. Su autorización por parte del régimen suponía un respaldo explícito del desarrollo industrial y de la aparición de nuevos hombres. El presidente Luis Napoleón, sobrino del gran Napoleón, que al poco se convertiría en Napoleón III, alias «*le Petit*», se quiso asegurar un lugar en la historia, así como crear un contrapeso a la antigua red de bancos privados de la aristocracia —la llamada *haute banque*—, que había sido uña y carne con el régimen orleanista anterior. En la misma línea, el régimen suavizó las restricciones que favorecían a las viejas fortunas. En 1867, como respuesta tardía a la constitución generalizada en Gran Bretaña de estas entidades como sociedades anónimas (1856), los franceses optaron por el registro sistemático de las sociedades anónimas[6].

Los inversores franceses podían crear y sufragar bancos de desarrollo porque el país ya tenía mucho capital privado. En aquel momento, de hecho, y en contra de lo que afirma la mitología histórica al respecto, el Crédit Mobilier y sus imitadores en Francia ya no eran excesivamente necesarios. La mayor parte de las líneas ferroviarias se habían concedido ya a sindicatos de las antiguas potencias financieras; el Crédit Mobilier se quedó con las sobras. Las empresas industriales francesas tampoco recurrieron a los nuevos bancos de inversión, optando por la discreción de las casas comerciales chapadas a la antigua. Si una

empresa recurría a créditos a largo plazo de un banco, con las supervisiones e intervenciones que ello conllevaba, quería decir que probablemente tenía graves problemas[*]. Nada de todo esto ayudó a estas entidades de nuevo cuño: el gran Crédit Mobilier quebró en 1867.

En Alemania y al este, el banco de desarrollo hizo valer sus propios méritos, fundando y financiando empresas industriales, supervisando sus resultados, fomentando la innovación. Estas nuevas instituciones combinaban actividades bancarias de inversión, comerciales y de depósito (lo que explica su apelación de «bancos universales»). Las mejores llegaron a tener un gran dominio de las técnicas financieras y prestaron servicios de consultoría. Esta mezcla de funciones era, en opinión de los banqueros ingleses, una violación de los sagrados mandamientos. ¿Cómo podían combinarse con garantías pasivos a corto plazo, incluso dinero pagadero a corto plazo, con la inmovilización a largo plazo de los fondos? Sin duda estaban abocados al desastre.

La respuesta residió, en primer lugar, en el rápido crecimiento de la economía germana a partir del decenio de 1830, algo que siempre permite que todas las piezas encajen, y, en segundo lugar, en la preferencia de estos bancos por clientes «acaudalados». (Los dos principios básicos del éxito en las actividades bancarias son, primero, el dinero ajeno y, segundo, la concesión de préstamos a los ricos)[7]. La capacidad de estos bancos universales de buscar a clientes adinerados y de compensar los riesgos se hizo legendaria. Los mejores y mayores fueron los célebres *D-Banken* (así llamados porque sus nombres empezaban siempre por la misma letra): el Darmstädter Bank, el Discontogesellschaft, el Deutsche Bank, el Dresdner Bank. Dos de ellos (el Darmstädter y el Dresdner) empezaron en centros provinciales y se trasladaron a Berlín, como hicieron otros bancos en Gran Bretaña y Francia. Atestiguan el vigor de las empresas y el capital local. Entre 1870 y 1913, el valor contable de los activos de estos bancos mixtos pasó de unos 600 millones de marcos alemanes a más de 17 500 millones, es decir, del 6 a más del 20 por 100 de las reservas de capital industrial[8]. La mayor parte de las acciones correspondían a la industria pesada. Las empresas pequeñas encontraron ayuda en otras entidades; los grandes bancos solo se ocupaban de los grandes negocios.

Pero ¿qué ocurría cuando el país era demasiado pobre para respaldar a los bancos precisos para financiar la industria? En ese caso, el estado podía tomar la iniciativa, bien fomentando la figura del intermediario financiero, bien mediante la inversión directa y la adquisición de participaciones. En este sentido, yendo de oeste a este la intervención pública es progresivamente mayor. En un extremo, en Gran Bretaña, las empresas no obtuvieron nada del estado; incluso los canales y ferrocarriles fueron financiados por la inversión privada. Del otro lado del Canal, en Francia, las empresas fabriles dejaron de recibir ayudas directas a partir de la década de 1830; en cuanto al ferrocarril, un régimen burgués y ahorrativo —simbolizado por un solemne Louis-Philippe y su prudente paraguas negro— desoyó los gritos de socorro de promotores y bancos. La época del intervencionismo y el patrocinio había quedado atrás. El estado francés buscó a empresas privadas para la construcción del ferrocarril y se negó a adquirir acciones. En cambio, sí aceptó sufragar las tierras y el lecho de las vías (incluidos los túneles y los puentes), justificando esta ayuda sustancial —aproximadamente el 18 por 100 del coste total ya en 1848— por el hecho de que, de todos modos, las vías volverían a ser del estado cuando

concluyera el período de concesión. En conjunto, si se contabilizan unos pequeños préstamos públicos, el gobierno francés pagó un poco más del 25 por 100 del coste de las Eneas ferroviarias hasta dicha fecha.

En Alemania, la fragmentación política dio lugar a políticas dispares. Algunos regímenes siguieron subvencionando la industria, en parte debido a su interés tecnológico o estratégico, en parte por mor del orden social; la financiación del ferrocarril, en cambio, estuvo ora en manos de la iniciativa exclusivamente privada, ora bajo el amparo del estado, que adquirió participaciones, o bien el estado llevó el peso de su construcción, propiedad y explotación. También en Estados Unidos, la autonomía hizo que la política difiriera de un estado a otro. En la medida en que cada estado quería fomentar las obras públicas, la subvención fue la norma, a menudo en forma de concesiones de tierras dictadas por la servidumbre de vía del ferrocarril. En Rusia, el gobierno ayudó a la banca y a la industria, y los ferrocarriles fueron propiedad del estado, que los construyó y explotó. Al diablo con los imperativos comerciales y la topografía. El ejemplo más emblemático de este proceso fue la construcción de la primera línea importante, entre Moscú y San Petersburgo. Se pidió al zar que escogiera la ruta. Tomó una regla y dibujó una línea recta entre ambas ciudades. Pero sobresalía la punta de un dedo, de modo que la vía se construyó con un solo tramo en curva. Las subvenciones y ayudas directas no lo fueron todo. La impronta del estado estaba por doquier, aunque no siempre fuera patente. Incluso en Gran Bretaña, el gobierno apoyó y protegió el comercio ultramarino: el país en su conjunto sufragó la seguridad de los empresarios y aventureros privados en los mares distantes. Esta subvención indirecta, difícil de detectar, fue capital.

También en Gran Bretaña, como en todas partes, el fomento de la industria revistió la forma de la defensa contra la competencia extranjera. El hecho de que los británicos abrazaran después el libre comercio (desde mediados del siglo XIX hasta 1930) no debe hacer olvidar su anterior política, mucho más prolongada, de nacionalismo económico, en forma de obstáculos arancelarios o de regímenes de navegación discriminatorios (leyes de navegación). Los economistas teóricos han aducido con vehemencia, con pasión incluso, que estas trabas a la expresión de las fuerzas del mercado perjudican a todo el mundo. Pero es innegable que los mayores adalides que ha tenido jamás el comercio libre —la Gran Bretaña victoriana, Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial— fueron enormemente proteccionistas durante sus propias fases de crecimiento. No hagáis lo que hice yo; haced lo que puedo permitirme hacer ahora. El consejo no siempre es pertinente.

En Francia, la vieja monarquía ayudó a las nuevas industrias y tecnologías mediante subvenciones y remuneraciones, exenciones y privilegios fiscales o supuestos préstamos que no eran reembolsados. Estas ayudas atrajeron a los hombres de negocios ambiciosos a la corte, para cortejar a los personajes influyentes, y la corte, como un queso demasiado maduro, invitaba a la corrupción. La única limitación real era la creciente penuria del erario nacional: en la década de 1870, el dinero se había agotado. Mientras tanto, como en Inglaterra, las empresas tuvieron un aliado callado en los obstáculos arancelarios, frente al mundo exterior y las demás regiones del reino. (El desplazamiento geográfico de las trabas comerciales ilustra a la perfección la tradición francesa de paulatina expansión territorial). Esta política longeva no fue vulnerada hasta 1786, fecha en que un tratado de burócratas impuso una rebaja de los tipos arancelarios de los vinos y sedas franceses que entraban en Gran Bretaña a cambio de idéntico tratamiento de los algodones, lanas y hierro británicos

importados en Francia[*]. Esta liberalización podría haber tenido dramáticas consecuencias para la industria francesa, aún no preparada para las nuevas tecnologías mecanizadas, pero la revolución de 1789 y la guerra contra Gran Bretaña de 1792 dieron por zanjado el experimento.

La Revolución francesa reforzó el papel del estado. La autoridad se ejerció de un modo más duro y perentorio y el control se centralizó. Los imperativos de la guerra convirtieron a la producción en prioridad absoluta. Pero el régimen carecía de recursos (las guerras acaban con el dinero), y los pedidos militares solo beneficiaban a las viejas tecnologías. La ayuda a la industria consistió fundamentalmente en transferencias de riqueza, de las propiedades eclesiásticas, por ejemplo, confiscadas por un régimen anticlerical militante y concedidas a las empresas industriales o vendidas en forma de concesiones.

Tras la revolución (a partir de 1798), el régimen bonapartista (más adelante denominado napoleónico) acometió un modesto programa de desarrollo económico. Una vez más, el dinero (incluidas las obras de arte) cambió de manos, tanto dentro de los territorios conquistados como en las tierras ganadas a Francia. Sin embargo, por suerte o por desgracia, la principal contribución a la industria adoptó la forma encubierta de un mercado imperial cerrado a las importaciones británicas. Después, tras un breve lapso a partir de 1815, la Francia derrotada adoptó el *laissez-faire* y el comercio libre, aunque solo fuera como concesión a los vencedores británicos y como reacción contra el autoritarismo imperial. El muro proteccionista se derrumbó. Pero, muy pronto, una ducha fría de productos extranjeros (sobre todo textiles) reavivó los instintos nacionalistas. Los productores franceses dieron la voz de alarma y la cámara de diputados aprobó prestamente la imposición de aranceles más elevados que los antiguos. La importación de productos clave como los hilos y telas de algodón quedó tajantemente prohibida. Que semejante muro fuera beneficioso para la industria francesa es un tema muy polémico. Elevó los precios para los consumidores franceses, redujo la demanda y amparó a tecnologías obsoletas. Pero incrementó la *tasa* de beneficios de las empresas más eficaces, que prosperaron gracias a la falta de flexibilidad consiguiente de los precios[*]. Hay más de una forma de cebar a las empresas.

Mientras tanto, los economistas franceses, inspirados por sus colegas británicos, cantaban las alabanzas de la liberalización. Con la Revolución de 1848, el péndulo político osciló, alejándose del proteccionismo a ultranza y de sus beneficiarios orleanistas. En cuanto Luis Napoleón subió al trono y se hizo con las riendas del poder, se dispuso a enterrar las prohibiciones y rebajar los gravámenes. Como mínimo los economistas no temían a la pérfida Albión. Ante la oposición tenaz de los productores, que lloraban por sus empleados, el régimen imperial redujo considerablemente las barreras arancelarias, primero mediante decretos oportunistas y luego merced a un acuerdo comercial mutuo (el Tratado de Cobden-Chevalier, 1860), que solo se sometió a debate público tras su aprobación. (El mejor momento, naturalmente). El testimonio de los testigos se publicó en siete grandes tomos en cuarto y supone una extraordinaria ilustración de la división del *establishment* francés. Así concluyó por fin el régimen de prohibiciones de los productos industriales clave (telas de algodón, barcos). Además, si Francia estaba en condiciones de enfrentarse a la competencia británica, podría sin duda competir con países menos desarrollados. En los años posteriores, el nuevo régimen arancelario se hizo extensivo a

otras naciones (*Zollverein* con Alemania en 1865), de acuerdo con el principio de nación más favorecida[9].

La pobre Rusia fue el máximo exponente del desarrollo dirigido por el estado. A partir del siglo XVI, trató de ponerse al nivel occidental imitando los métodos de Occidente, aunque con cierta languidez, en parte porque la iniciativa procedía de arriba y no todos los zares compartían las mismas ideas al respecto, y en parte porque cada esfuerzo resultaba agotador. ¿Quién pagó la factura? El siervo, ¿quién si no? El pilar de esta modernización impuesta desde arriba era el trabajo forzado. A largo plazo, sin embargo, fue todo el país el que pagó la factura. El vasallaje fomentaba la arrogancia estúpida de los privilegiados; la codicia y la envidia, el resentimiento y la exasperación de los desamparados. La emancipación de los siervos no acabó con esta mentalidad, que constituiría el principal obstáculo al desarrollo de este país.

Al igual que los grandes bancos de Alemania preferían invertir su dinero en los sectores de la industria pesada que emplean un alto coeficiente de capital, el estado ruso dio su apoyo sobre todo a la minería y la metalurgia, fomentando la creación de grandes empresas, en consonancia con su megalomanía. Los altos hornos rusos eran al parecer mayores que los alemanes (al menos unos pocos), ilustrando lo que para algunos es una ley del atraso: cuanto más tarde se llega, más grandes han de ser las industrias y más rápido deben crearse. (Los economistas hablan hoy de «saltos»; cada generación requiere sus palabras clave y su jerga propia). Y, cuando el patrocinio del estado propició el grado suficiente de industrialización, el capital acumulado sirvió para financiar unos bancos de inversión semejantes en sus objetivos y funciones a sus antecesores alemanes.

El éxito fue sonoro, aunque frágil. La producción industrial rusa creció a un ritmo del 5 al 6 por 100 anual entre 1885 y 1900, y entre 1909 y 1912. Entre 1890 y 1904 los kilómetros construidos de vías férreas se duplicaron, y la producción de hierro y acero se multiplicó por diez entre 1880 y 1900. Entre 1860 y 1914, Rusia pasó de ser la séptima potencia industrial del mundo al quinto lugar. Una proeza sensacional, pero olvidada desde hace tiempo, porque, tras las revoluciones de 1917, los portavoces comunistas y sus aduladores extranjeros reescribieron la historia para denigrar la reputación del régimen zarista, sumiendo todo cuanto pudiera hablar en su favor en el agujero negro del olvido.

No tenían por qué haberse tomado tantas molestias para difamarlo. La Rusia zarista estaba llena de defectos. Era esquizofrénica a fuerza de contrastes y contradicciones: una población poco instruida, mayoritariamente iletrada, con focos aislados de resplandor intelectual y científico; una aristocracia privilegiada y autocomplaciente que se resistía despreciativamente a la modernización; un movimiento revolucionario furiosamente radical. Sables y harapos, coñac de solera y vodka barato, cristales rotos en el comedor de oficiales y lozas de barro rotas en las isbas. Los esfuerzos de potenciación del desarrollo económico despertaron a un gigante dormido, que se topó de bruces con países más avanzados, importó tecnologías extrañas e inquietantes y se embriagó con sueños ajenos.

Los sueños cuajaron más rápido que las tecnologías y desincronizaron a este país. Tres guerras destruyeron al régimen, al poner al descubierto el abismo existente entre el este y el oeste, el atraso y el desarrollo, la fantasía y la realidad. La primera fue la guerra de Crimea (1854-1856), que puso de relieve la diferencia entre los ciudadanos y los ejércitos serviles; la emancipación de los siervos se produjo poco después. La segunda fue la

humillante derrota a manos de Japón (1904-1905), la primera vez que Rusia sufría un revés en su *Drang nach Osten*. Al poco tiempo se creaba un parlamento (la Duma) y se convocaban elecciones populares, una buena idea, aunque mala para la autocracia. La tercera fue la Primera Guerra Mundial, la Gran Guerra, en la que millones de campesinos rusos murieron tras ser enviados a enfrentarse a nubes de balas y metralla, lo que provocó que un gobierno incompetente y el *establishment* militar perdieran merecidamente su legitimidad, de modo que el régimen fue derrocado. Todo el proceso fue como un calco peculiar del largo declive español: una gran potencia preindustrial no podía hacer frente a la demanda y a las imposiciones de naciones mejor preparadas. Y, como España, Rusia era consciente de lo que le estaba ocurriendo, pero su reacción fue demasiado moderada y tardía.

La última de las cuatro fuentes de recursos citadas son los flujos internacionales de capital. En este caso funcionaron escalonadamente. Inglaterra invirtió en los ferrocarriles franceses; Francia y Bélgica, en la siderurgia prusiana y en los bancos austríacos; Alemania, en los bancos italianos y los ferrocarriles balcánicos; todo el mundo, en la minería e industria rusas. Por lo general, llovieron recursos sobre los sectores más prometedores, y no faltaron los promotores ni los flautistas de Hamelín.

Algunos estudiantes del desarrollo económico, especialistas en el atraso del tercer mundo, tratan de explicarlo por la reticencia de los países ricos a invertir en los pobres. Esta acusación no resiste la confrontación con las pruebas que aportan la historia y la lógica. Los hombres de negocios siempre se han dedicado a esos asuntos «por afán de lucro», y harán dinero y se harán con él a la menor ocasión. Naturalmente, tienen sus preferencias. Siempre tratan de reducir al máximo los riesgos y trabajar de la manera más cómoda posible. También prefieren los climas templados a los continentales, los lugares cercanos a los alejados, las culturas familiares a las extrañas.

En ocasiones cometen graves errores. Por mucho que se mediten y deliberen, no todas las inversiones son rentables. Pero esto no les ha disuadido jamás de volver a intentarlo. No es la ausencia de dinero lo que frena el desarrollo. El impedimento fundamental es la falta de preparación de la sociedad, cultural y tecnológicamente; la ausencia de conocimientos y la falta de pericia. Dicho de otro modo, la falta de habilidad para usar el dinero.

LE CREUSOT, O HASTA QUÉ PUNTO PUEDE SER ORIGINAL LA HISTORIA DEL COMERCIO

En las décadas que siguieron al tratado de paz de 1815, la industria siderúrgica francesa entró en la era de la tecnología moderna. Tres factores resultaron decisivos: 1) la acumulación de retraso técnico que había que subsanar, en particular en lo que respecta a la adopción de la fundición de coque y el pudelado y laminado a base de carbón, terreno en el que Francia tenía medio siglo de retraso; 2) las mejoras en el transporte, que volvieron rentable transportar carbón a los yacimientos de hierro mineral o viceversa, y 3) un gran incremento en la demanda de hierro pudelado motivado por la construcción del ferrocarril.

Estas circunstancias modificaron las actividades de Le Creusot, la empresa que, debido a ventajas naturales fortuitas (la proximidad de yacimientos de carbón y de mineral de

hierro) y al apoyo de los reyes, fue la primera en fundir coque en el decenio de 1870. Pero Le Creusot adolecía de varias desventajas, en especial de su reducido acceso a los mercados de consumo del hierro[*]. Este hecho, unido a una gestión deficiente y a las perturbaciones causadas por la revolución y la guerra, la habían sumido en la recesión. En 1835, se declaró en bancarrota, mientras buena parte de su equipo se oxidaba.

En ese momento, un equipo de técnicos y comerciantes experimentados mancomunaron sus conocimientos, recursos y contactos para adquirir los restos de empresas desaparecidas y volver a poner en marcha a la compañía. La composición del equipo es muy ilustrativa de las necesidades comerciales de la época y del carácter de la burguesía francesa.

Los hombres clave en este empeño fueron los hermanos Adolphe y Eugéne Schneider, comerciantes, banqueros, técnicos y maestros de forja. Su padre, Antoine Schneider, había sido notario y formó parte de las fuerzas vivas de Lorena. Un sobrino suyo fue uno de los primeros licenciados de la École Polytechnique y medró en el ejército hasta convertirse en general y, durante un breve período, ministro de Defensa, una carrera útil para sus primos, que iban a fabricar y vender hierro y acero.

De los dos hermanos, Adolphe se casó con Valérie Aignan, hijastra de Louis Boigues, un rico comerciante parisino especializado en productos metalúrgicos: otro contacto industrial de gran utilidad. Boigues ya había invertido en fundiciones y forjas, especialmente en una gran fábrica de Fourchambault, que fue una de las pioneras de los altos hornos de coque, cuando el método se reintrodujo en Francia en el decenio de 1820[*]. La familia Boigues, al parecer de origen catalán, se había establecido en Francia en el siglo XVII, consolidándose mediante la compra de haciendas y alianzas matrimoniales estratégicas. Sus hijos e hijas habían desposado a la aristocracia pudiente —es decir, la aristocracia reciente, pero quizás por ello más influyente—, la que poseía baronías o condados, o al menos apellidos precedidos de la halagadora preposición «de».

Así, la hermana de Louis Boigues casó con el conde Hippolyte Jaubert, sobrino e hijo adoptivo, a la par que heredero, del rico y poderoso conde François Jaubert, un gobernador de la Banque de France.

La fábrica siderúrgica de Fourchambault era a su vez producto de un matrimonio entre el dinero y los contactos comerciales de Boigues (que no era un inversor pasivo) y la formación técnica de Georges Dufaud, hijo de un maestro de fragua del antiguo régimen. Dufaud fue uno de los primeros licenciados de la École Polytechnique y un pionero de las nuevas tecnologías siderúrgicas basadas en el carbón. Había pasado por el infierno de la bancarrota y vuelto con vida, algo destacable en Francia, donde la bancarrota suponía siempre un baldón a perpetuidad. Ahora se disponía a administrar una empresa con un capital multimillonario. Su éxito en dicha labor (por no mencionar sus relaciones personales) le granjearía ofertas de empleo en los altos cargos de la administración y la dirección de otras empresas comerciales, honores que rechazó. Su corazón y su cabeza pertenecían a aquellas forjas, fundiciones y talleres de construcción de máquinas del Nivernais.

Su hijo Achille le sucedió, mientras sus hijas se casaban, la primera con Georges Crawshay, descendiente de una de las dinastías más antiguas y de más lustre del sector siderúrgico británico, y la segunda con Émile Martin, empresario metalúrgico por derecho

propio, posteriormente inmortalizado por su contribución al proceso Siemens-Martin de fundición en solera del acero. Todo ello propició inapreciables intercambios de saber y experiencia. Cuando Georges Dufaud realizó uno de sus viajes de prospección a Gran Bretaña en 1826 (le costó dos semanas llegar de Fourchambault a Londres, pero es posible que en camino se detuviera en París), aprovechó la ocasión para encargar un motor de vapor y fuelles mecánicos para Martin; contrató a un ingeniero británico de primera fila, también para Martin, y visitó numerosas fábricas y obras públicas británicas (la compañía de Crawshay probablemente le ayudó), trayendo consigo todo tipo de muestras de productos que los británicos, a diferencia de los franceses, fabricaban con metal. Compró artículos con tanta diligencia que tuvo que fletar un barco para atravesar el Canal con su botín[10].

Pero volvamos a Le Creusot. En 1821, a la tierna edad de diecinueve años, Adolphe Schneider entró en el banco Seillière. Los Seillière habían comenzado fabricando lanas pero, como muchos de los adeptos del sistema de *putting-out*, se dedicaron al comercio en este sector. De ahí pasaron a la banca, abandonando la Lorena ancestral para instalarse en París[11]. Eran unas de las pocas familias católicas destacadas en un sector dominado en Francia por empresas protestantes, con fuertes conexiones con sus correligionarios de Suiza. Entre sus intereses comerciales primordiales figuraban la siderurgia y la metalurgia. Apoyaban sin reservas a su compatriota loreno Ignace-François de Wendel, oficial de artillería reconvertido en maestro de fragua de acuerdo con la tradición familiar, y que quizás fuera el pionero más emprendedor e influyente de la tecnología mixta carbón-hierro en la Francia del antiguo régimen. Cuando los Wendel perdieron su forja y fundición de Hayange a resultas de la Revolución, Florentin Seillière les ayudó a volver a comprar la fábrica en 1804, y posteriormente la vecina forja de Moyeuvre en 1811[12].

En 1830, el banco Seillière obtuvo el contrato para el suministro de equipo al ejército expedicionario francés en Argel (que selló el nacimiento del imperialismo francés en el norte de África). Enviaron a Adolphe Schneider en calidad de agente sobre el terreno, por lo que recibió la lucrativa comisión del 2 por 100 del valor total de las mercancías. Considerablemente enriquecido, se instaló por su cuenta como vendedor de tejidos en París. En tal calidad, al parecer, entabló contactos comerciales con los entonces propietarios de Le Creusot, una pareja de expatriados ingleses, y se convirtió en su acreedor. Este hecho le puso en una situación inmejorable para hacer una oferta de compra de dicha empresa tras su quiebra, poco tiempo después.

Mientras tanto, el hermano menor, Eugéne, se labraba afanosamente su porvenir. Comenzó de oficinista en Reims, un centro de manufactura lanar, desde donde volvió con su hermano al banco Seillière. En 1827, no obstante, a sus veintidós años, fue contratado por el barón de Neuflize, descendiente de una antigua dinastía protestante de Sedan (en la región de Poupart) dedicada a la lana, para que dirigiera una forja de los alrededores por cuenta suya. (Da la impresión de que todo el mundo, y en especial los jóvenes, se dedicaba al hierro).

Eugéne dirigió la forja durante casi una década. Mientras tanto, Adolphe iba detrás de Le Creusot, que acabó por quebrar. En 1835, las fábricas se vendieron en subasta por 1,85 millones de francos a un maestro de forja de Chalon-sur-Saône llamado Coste, pero Adolphe estaba decidido a hacerse con ellas y, tomando dinero prestado de sus contactos

(Louis Boigues y François Seillière), compró la empresa por un millón de francos suplementario. Buen negocio para el señor Coste. Buen negocio para Adolphe Schneider.

Adolphe llamó a su hermano para que le ayudara: él se ocuparía del comercio y las finanzas, y Eugéne dirigiría la explotación y la producción. Poco después este último contrajo matrimonio con Constance Le Moine des Mares, nieta del barón de Neuflize e hija de un *receveur des finances*. (Eran recaudadores de impuestos que guardaban el producto de las percepciones y lo invertían durante largos períodos de tiempo, antes de cederlo al erario público. Esto les convertía en la práctica en importantes banqueros privados). Para completar su formación técnica, Eugéne asistió a clases en el Conservatoire des Arts et Métiers de París y, siguiendo la venerable tradición francesa, visitó Inglaterra para ver qué estaban tramando sus competidores. En resumidas cuentas, el espíritu emprendedor y el dinero católico desposaron al espíritu emprendedor y el dinero protestante, y ambos se apoyaron en sus contactos con el poder político para hacer de Le Creusot uno de los principales abastecedores de los ferrocarriles y las forjas, un constructor de motores de vapor, locomotoras, barcos de vapor, calderas y prensas y, andando el tiempo, el mayor fabricante de armas de Francia.

Haz el bien y no mires a quién. En 1848, un año de crisis profunda, Fourchambault tenía serios apuros financieros. Los Wendel (Hayange) y los Schneider (Le Creusot) salieron del atolladero contrayendo conjuntamente un enorme préstamo bancario: los maestros de forja tienen que apoyarse unos a otros. Y cuando, un siglo después, Maurice de Wendel tuvo cuatro hijas casaderas (y ningún hijo varón), una de ellas desposó a un Seillière.

Nada de todo lo narrado había sido fortuito, ni siquiera el romance.

HACER DE LA TARDANZA VIRTUD

Hace casi medio siglo, en 1951, Alexander Gerschenkron escribió su ensayo clásico, *Economic Backwardness in Historical Perspective*[*]. En él planteaba la pregunta de qué es necesario para que un país rezagado acometa su industrialización y emule a sus predecesores. O, por decirlo de otra manera, ¿en qué medida influye no ser el primero?

¿Qué hace falta? Gerschenkron daba una respuesta metafórica: la capacidad de salvar el abismo de saber y experiencia que media entre las economías atrasadas y las adelantadas. No se preguntó por qué había de querer alguien salvar dicho abismo. Las ventajas eran obvias. En lugar de ello, vio ese abismo como un acicate en sí mismo, un estímulo a realizar un esfuerzo, como los vacíos energéticos que, cuando son lo bastante grandes, son atravesados por la energía eléctrica en forma de rayo. (La metáfora es mía, pero no es del todo gratuita. Gerschenkron se refiere explícitamente a una «tensión» entre lo potencial y lo real).

Según la tesis de este estudioso, por consiguiente, es rentable llegar tarde. No antes del salto, sino después. (No trata de hacer un cálculo aproximado del coste de la pobreza relativa antes de la industrialización, pero no es necesario. Es elevado). Cuanto mayor es el abismo, mayores son los beneficios para quienes lo salvan. ¿Por qué? Porque tienen mucho más por aprender, incluidos los errores que deben evitar. Como resultado de ello, los países rezagados crecen más rápidamente que sus predecesores. Dicho crecimiento se caracteriza

por lo que Gerschenkron llama un arrebato (o arrebatos), un período (o períodos) en el cual se registran tasas excepcionales de crecimiento.

El crecimiento tardío, señala, también tiende a hacerse a partir de «las técnicas más modernas y eficaces», porque son las más útiles y porque no hay otro modo de competir con las naciones más avanzadas. Estas técnicas recurren por lo común a un alto coeficiente de capital, lo que podría parecer irracional en países donde abunda la mano de obra barata[*]. Gerschenkron reconoce que se trata de un hecho paradójico, pero lo explica por la cualificación de la mano de obra. La fuerza laboral bien formada y disciplinada es, de hecho, escasa, dice, más escasa que en los países más ricos y avanzados. De modo que resulta rentable sustituirla por capital.

Esto, para Gerschenkron, no es más que la mitad de la cuestión. La segunda mitad se refiere al modo en que algunos países atrasados, con escasez de capital y abundancia de mano de obra, han logrado crear una industria moderna, con un coeficiente elevado de capital. Y ¿cómo (aunque Gerschenkron no desarrolla demasiado este aspecto) han logrado adquirir el saber y la experiencia precisos? Por último, ¿cómo han superado los obstáculos sociales, culturales e institucionales a la iniciativa privada? ¿Cómo han creado la infraestructura y las instituciones idóneas? ¿Cómo han hecho frente a las tensiones inherentes al cambio?

Al examinar la situación y las limitaciones propias del atraso, Gerschenkron se centra en la utilización del capital. Distingue tres niveles: 1) un país con mucha riqueza privada y bancos comerciales sólidos, en condiciones de financiar las empresas con recursos familiares, pequeños préstamos y la reinversión de los beneficios; 2) un país más pobre, con fortunas privadas menos numerosas y cuantiosas, pero suficientes para financiar la industria en caso de que se puedan constituir bancos (de inversión) para movilizar estos recursos dispersos, y 3) un país todavía más pobre, donde la riqueza privada es insuficiente y solo el estado está en condiciones de hacer lo que es preciso, bien financiando bancos de inversión, bien mediante subvenciones directas. Gran Bretaña entraba claramente en la primera categoría; Alemania, Austria e Italia, en la segunda. Estados Unidos, Bélgica, Suiza y Francia se encontraban entre ambas. Rusia, en la tercera.

La aportación de Gerschenkron en este ámbito ha suscitado numerosas críticas por el hecho de que parte de las premisas de la generación anterior y por el rechazo a reducir hechos históricos complejos a esquemas sin fisuras. Cada serie nueva de estimaciones numéricas requiere un ajuste en función de la perspectiva histórica. Con todo, la influencia de Gerschenkron sobre los estudiosos del desarrollo no se ha desvanecido, en buena medida por el núcleo de su teoría: los países atrasados tienen que tomar medidas especiales para compensar su atraso y para adaptarse a los cambios que se producen a su alrededor, y que, con inteligencia y determinación, pueden encontrar soluciones[13].

Capítulo XVIII

EL SABER ES ORO

Las instituciones y la cultura son lo más importante; el dinero viene luego, pero, desde el principio y cada vez más, el factor decisivo sería el saber.

La primera iniciativa encaminada a desvelar los «secretos» de las nuevas tecnologías británicas consistió en enviar a exploradores, agentes formados para observar, notificar la presencia de artesanos cualificados y contratarlos. Así, en 1718-1720, por instigación de un expatriado escocés, John Law, Francia emprendió un rastreo sistemático de técnicos ingleses: constructores de relojes de pared y portátiles, trabajadores de la lana, metalúrgicos, vidrieros y constructores de buques, unas doscientas o trescientas personas. Esta campaña inquietó tanto a los británicos que promulgaron una ley en virtud de la cual se prohibía la emigración de determinados artesanos cualificados, ley que constituyó la primera muestra de una serie de medidas que abarcarían más de un siglo y cubrirían a un número creciente de oficios[1].

Sin embargo, la legislación no constituía una barrera infranqueable. En un mundo caracterizado por el proteccionismo a ultranza, nadie era consciente aún de las posibilidades de la competencia internacional. Tomemos por ejemplo la experiencia en el sector metalúrgico, un tesoro particularmente valioso por su vinculación con el armamento y la maquinaria. (La gente mataría por poder matar mejor). En 1764-1765, la monarquía francesa despachó a Gabriel-Jean Jars a visitar las instalaciones mineras y metalúrgicas de Inglaterra. Los británicos eran tan inconscientes del valor de dichos conocimientos que le depararon una buena acogida en las fundiciones y forjas de Sheffield y el noreste. Sus memorandos, publicados tardíamente, constituyen todavía una valiosa fuente de información sobre las técnicas de la época[*]. Lo mismo ocurría con los adelantos británicos en la cronometría, una ciencia clave para una navegación de altura: en 1769, la Board of Longitude permitió a los visitantes franceses abrir y examinar los revolucionarios cronómetros marinos de John Harrison, considerando que debían ser una contribución a la humanidad entera. (Harrison, cuando se enteró de lo ocurrido, tuvo un ataque de nervios)[2].

Algunos lugares y oficios no eran tan acogedores. En Birmingham, un centro industrial metalúrgico, cada fabricante tenía sus tretas y mañas. Los artesanos del lugar estaban racional y paranoicamente convencidos de que cualquier extranjero era un enemigo. No solo los de fuera, también los propios ingleses. Arthur Young, un extraordinario viajero y observador, relata como sigue el hostil recibimiento que le deparó la ciudad:

> No me decepcionó tanto como Birmingham, donde no pude aprender nada, ni siquiera de las cosas más comunes, debido al celo excesivo de los fabricantes. Al parecer, los *franceses* les han arrebatado varias de sus industrias, perjudicando así en no poca medida a la ciudad: ello les ha hecho tan precavidos, que apenas si muestran cosa alguna a los extranjeros[3]…

Eso no impidió a los fabricantes de dicha ciudad practicar el espionaje por su cuenta. Gran Bretaña no era el único país del mundo con técnicas interesantes que aprender o copiar (aunque en esa época ya se hubiera hecho con la parte del león del botín potencial), y los fabricantes británicos no tenían más escrúpulos que sus rivales del continente. Además, cuando uno no quiere dos no se pelean, y los artesanos cualificados, como los sabios o los artistas, se sentían en casa en cualquier lugar de Europa[4]. Uno de los secretos más valiosos de los metalistas franceses, por ejemplo, era el dorado, por lo común a base de cobre o de bronce, una técnica que se conocía con el nombre de *ormolu* (*ormoulu*), que permitía dar un brillo y lustre falsos a los objetos, por lo que resultaba muy rentable. Matthew Boulton ganó celebridad por asociarse con James Watt en la fabricación de motores de vapor, pero empezó su carrera como maestro de un taller de botones, hebillas, cadenas para relojes, candelabros y toda suerte de objetos metálicos. Boulton mandó dinero y hombres a todas partes para aprender esta técnica francesa, así como para tratar de contratar a artesanos y artistas franceses, con sus herramientas a ser posible. Por fin tuvo éxito y se consideró un gran patriota, así como un hombre de negocios astuto[5]. Al propio tiempo, Boulton era a su vez objeto de numerosos intentos de seducción. Suecia se mostró especialmente insistente, hasta el punto de que fue probablemente Boulton quien pidió formalmente que le hicieran una oferta[6].

No siempre es fácil precisar los límites que separan a la curiosidad de la exploración y el espionaje deliberado. Un destacado estudioso del tema escribe que «muchos extranjeros… hicieron acopio de conocimientos útiles… sin hacer nunca nada clandestinamente[7]». Pero señala también que muchos «visitantes» eran fabricantes de aceros, productores, expertos en química, inspectores industriales u observadores informados de una manera u otra. No iban a Inglaterra para contemplar sus monumentos y paisajes. A continuación reproducimos las palabras de Ignace de Wendel, teóricamente oficial de artillería, en la práctica vástago de una dinastía de maestros de fragua e instrumento escogido por el gobierno francés. Se consideraba bien dotado de olfato, vista, lengua y astucia, y creía que todo ello era necesario:

> … descubrimos que no había dificultad alguna en tener una buena visión de las fábricas inglesas, solo se requiere saber la lengua con destreza, no hacer gala de curiosidad y esperar a la hora en que se sirve el ponche para instruirse y ganarse la confianza de los fabricantes y de sus capataces, deben evitarse las recomendaciones de ministros y lores, que son contraproducentes… los jóvenes son poco convenientes para una misión de este tipo… para comprender lo que se ve es importante tener una idea de las máquinas, porque no se da un paso sin toparse con ellas, y todas tienen por objeto agilizar el proceso de fabricación[8].

Aún más importante fue el flujo de conocimientos tecnológicos que circuló de Gran Bretaña al continente: ¿por qué echar un vistazo cuando se podía contratar a alguien con años de experiencia de primera mano? Solo las personas con conocimientos prácticos

pueden transmitirlos. Hasta en épocas posteriores marcadas por la divulgación y la transparencia científicas, por la difusión de muestras de productos y equipos, de planes empresariales e instrucciones explícitas, hay conocimientos técnicos que solo enseña la experiencia[*]. En 1916, en plena guerra mundial, los franceses habían perdido algunos de sus principales centros de fabricación de armas y necesitaban desesperadamente un suministro adicional de cañones de campaña de 75 milímetros. Era su pieza de artillería clave, el orgullo de su arsenal, una máquina de un diseño tan exquisito que un vaso de agua depositado sobre la cureña no se desbordaba cuando el cañón hacía fuego. Violando todas las normas de confidencialidad, enviaron los planos de construcción a Estados Unidos. En vano. No sirvieron para nada hasta que un equipo de trabajadores franceses se desplazó hasta allí para mostrar a los norteamericanos cómo podían realizarse piezas con una potencia de fuego y una estabilidad similares.

En el caso que nos ocupa, sin embargo, nuestro agente-contratante del siglo XVIII se topó con una característica sobresaliente de la industria británica: la división del trabajo. Ningún trabajador estaba al corriente más que de una pequeña parte del proceso de producción. Un agente francés, de nombre Le Ture, alias Johnson en Inglaterra, se lamentaba:

> Ningún trabajador puede explicar la cadena de operaciones, al ocuparse constantemente de una pequeña parte; escuchar sus explicaciones sobre cualquier otra cosa es perder el tiempo. Sin embargo, es esta división poco comprendida la que hace que la mano de obra sea barata, que el trabajo sea perfecto y que las propiedades del fabricante estén mejor protegidas[9].

Aunque la especializaron dificultaba y encarecía la labor, la importancia de lo que estaba en juego justificaba las molestias. Algunos de los emigrantes respondían a ofertas de trabajo: los gobiernos extranjeros pagaban a los trabajadores para que abandonaran su país y les ayudaban a montar su negocio. Pero otros expatriados lo eran por motivos sentimentales, como un tal John Holker, un jacobita caído en desgracia, que fue contratado en Francia por el *directeur de commerce* Daniel Trudaine y se convirtió en fabricante de maquinaria para la industria lanar y textil e inspector general de productos extranjeros. Otros tenían poderosas razones personales, como Michael Alcock, quien en 1755-1756 quería abandonar, junto con su amante y un poco de dinero fruto de malversaciones, a su mujer y a su socio para que hicieran solos frente a la bancarrota. La mujer se unió después a él, por lo que quizás formara parte del plan desde el principio. Sea como fuere, Alcock y sus dos mujeres al parecer consiguieron vivir juntos en un *ménage à trois* en La Charité, en el curso superior del Loira, donde Alcock fabricó hierros forjados y maquinaria y trató de enseñar a los franceses algo sobre el acero refinado[10].

No obstante, la mayoría de los expatriados no tenía motivos tan acuciantes para instalarse en el extranjero. Lo hacían por dinero. Los mejores se convirtieron en empresarios de importancia internacional, como fue el caso de los Cockerill. El padre, William, mecánico de profesión, fue contratado en torno a 1800 en Verviers (ciudad hoy belga y por aquel entonces francesa), un centro de producción lanar, por una empresa que operaba según el sistema de *putting-out* y deseaba dar el salto a la industria fabril. Cockerill debía suministrarles las técnicas mecánicas (*assortiments*) que les permitirían pasar de la fibra al hilo (mecanizar este proceso implicaba dividirlo en una secuencia de operaciones). William, con ambiciones propias, se habría convertido gustosamente en proveedor de esta

rama industrial para todo el país (no olvidemos que estamos hablando de la Francia imperial), pero estaba vinculado contractualmente a sus nuevos empleadores. No tenía importancia. Su yerno se instaló por su cuenta en calidad de constructor de maquinaria y cuando, en 1807, el contrato de William expiró, abrió su propio taller en Lieja, un centro tradicional de oficios metalúrgicos.

En 1813, William Cockerill traspasó el negocio a su hijo benjamín John, que se dedicó a la maquinaria pesada: prensas hidráulicas, motores y bombas de vapor. En esa época, Bélgica había sido anexionada a Holanda, cuyo rey consideraba la empresa Cockerill como una de las joyas de su corona: «Proseguid sin temor con vuestras grandes empresas y recordad que el rey de los Países Bajos siempre tiene dinero al servicio de la industria». Con estos y otros estímulos más materiales, John Cockerill emprendió aventuras más ambiciosas, como la fundición del hierro, la construcción de barcos y locomotoras de vapor, una mina de cinc junto a Aquisgrán (del otro lado de la frontera alemana), molinos para la fabricación de lana en Prusia, un molino de algodón en Barcelona, una refinería de azúcar en Surinam, altos hornos en el sur de Francia, talleres, fábricas y proyectos ferroviarios en la distante Rusia. Sin embargo, el problema de este empresario global —un francés lo calificó de «un ciudadano de Lieja de ascendencia inglesa caracterizado por una mente prodigiosa y apátrida»— fue que veía más lejos de lo que abarcaban sus manos. Pese a un considerable respaldo de la banca, quebró en la crisis de 1839-1840 y murió poco después. A continuación se reestructuró la empresa, una institución monumental más resistente que el bronce y que sobrevivió a sus creadores[11].

Como los Cockerill, pero anónimamente, la mayoría de los expatriados británicos fueron trabajadores atraídos por salarios dos o tres veces más elevados que en su país. (Por lo general, las nóminas británicas eran considerablemente superiores a las de la otra orilla del Canal, pero estos artesanos y mecánicos experimentados eran bienes preciosos en los países rezagados). De hecho, algunos habían sido enviados por los propios fabricantes y exportadores junto con los motores, para su mantenimiento, y descubrieron que se les apreciaba más en el extranjero que en casa. Muchos de ellos eran tentados por antiguos camaradas de taller, que volvían a su país natal para contratar personal.

Como ya se ha dicho, la mayoría de estas iniciativas vulneraban la legislación inglesa. En un esfuerzo por combatir la competencia extranjera, Gran Bretaña había prohibido la exportación de la mayor parte de la maquinaria (aunque no de motores de vapor) y la emigración de los artesanos cualificados. Con ello, respetaba una tradición inmemorial. En la Italia medieval, por ejemplo, los vidrieros de Murano y los constructores navales del Arsenal de Venecia se exponían a la pena capital cuando emigraban. Estas trabas entorpecían la difusión del saber pero, en un mundo caracterizado por una vigilancia rudimentaria, no podían frenarla. Lo mismo ocurrió en el caso de Gran Bretaña: centenares, incluso millares de artesanos emigraron durante las primeras décadas del siglo XIX, la mayoría voluntariamente. Unos pocos quedaron atrapados por la guerra.

Los expatriados no fueron exclusivamente británicos. Los franceses importaron alemanes expertos en metalurgia; los rusos atrajeron a holandeses, alemanes y suecos. Los franceses criticaban a los alemanes por su mal comportamiento y su ingratitud. (Hasta cierto punto, así eran las gentes que abandonaban el hogar para dedicarse a nuevos oficios en el extranjero). Un fabricante de guadañas se queja de los alemanes que ha contratado

diciendo que, a pesar de las ventajas que se les conceden, a pesar de liberarlos de la disciplina militar a que están sometidos en su país, trabajan como y cuando quieren y «solo quieren que les echen del trabajo». No todo el mundo era tan negativo. Un ingeniero señala que la disponibilidad de trabajadores extranjeros tiene un efecto beneficioso sobre los artesanos franceses, haciéndoles renunciar por completo a «los falsos principios de independencia que les han hecho creerse demasiado tiempo amos de quienes les dan de comer[12]». (Es un tema recurrente. A los empleadores no les gusta depender de sus trabajadores, hasta el extremo de que la sustitución de la mano de obra por capital —motivada por la primera mecanización del hilado de algodón y la imposición de la fábrica— se debió a menudo a criterios tanto de poder como de dinero)[*].

Aunque también de dinero. La división del *trabajo* dificultó que los expatriados pudieran revelar todos los secretos profesionales, pero la división del *capital* impulsó a algunos empleadores a vender sus productos en el extranjero y a enseñar su utilización en esos países. En particular, la nueva industria especializada en la construcción de maquinaria buscó todos los mercados que pudo encontrar. Los usuarios británicos de estos artefactos preferían mantenerlos secretos, algo perfectamente comprensible, lo que explica la prohibición general de exportar maquinaria. (No de motores de vapor, sin embargo, porque en un principio no se habían adaptado a la fabricación. Cuando, en la década de 1780, empezaron a usarse en las fábricas, no podían ya imponerse prohibiciones a empresas como Boulton & Watt). Esta ansia de vender fue determinante cuando los productores locales no estaban dispuestos a comprar pero sus rivales extranjeros sí lo estaban. Los constructores de máquinas, por lo tanto, eran implícitamente «subversivos», al fomentar la competencia en el extranjero y socavar la implantación de sus paisanos en terceros mercados: «la autosuficiencia tecnológica [de los usuarios de maquinaria], combinada con el secreto profesional, puede constituir un pacto tácito suicida…»[13].

Hasta aquí hemos abordado la cuestión de la difusión. Pero más importancia tuvieron a largo plazo para los países rezagados las escuelas de ciencia y tecnología. Eran establecimientos de nivel secundario o superior, encaminados a formar a una casta superior de técnicos e inspectores, que sentaron las bases de la autonomía intelectual. En este ámbito descollaron los franceses, con la creación de la École Polytechnique (originalmente denominada École Céntrale des Travaux Publics) en 1794. En un principio se trató de una escuela militar para formar a los oficiales en ingeniería y artillería, unas disciplinas eminentemente técnicas. (Cualquier insensato temerario puede ponerse a repartir mandobles a diestro y siniestro con un sable de caballería). Pero, desde el principio, el gobierno revolucionario nombró a un equipo de científicos y matemáticos de primera fila, que con el tiempo pasaron de la enseñanza de las artes bélicas y la disciplina a impartir clases de matemáticas, ciencias básicas y conocimientos técnicos. El carácter competitivo de esta institución (examen de ingreso, con la publicación de las notas y la graduación obtenidas, así como de la graduación tras la realización de los estudios intermedios y de la graduación en el momento de la licenciatura) sacó a relucir los mayores y más brillantes talentos de la sociedad francesa. Aunque la escuela siguió suministrando oficiales al ejército, aquellos no eran sus mejores estudiantes. Las mejores «X» —como los llaman los franceses, usando la incógnita característica del álgebra— fueron a parar al

mundo de los negocios, públicos y privados, y conformaron la flor y nata de la ingeniería y la tecnocracia francesas. Dirigieron la construcción y administración de los ferrocarriles de Francia, aprendieron y adaptaron las últimas técnicas metalúrgicas británicas, dirigieron obras públicas en el extranjero y, en el siglo XX, llegaron a presidir algunas de las principales corporaciones francesas de alta tecnología.

La formación impartida en la Polytechnique era demasiado elitista y teórica. Los licenciados que deseaban dedicarse a la industria solían seguir clases de posgrado en la École des Mines o la Ponts-et-Chaussées, ambas fundadas bajo el antiguo régimen. En ellas aprendían ciencias y tecnologías aplicadas y se formaban trabajando en empresas. Pero el mundo de los negocios sintió la necesidad de otra escuela, como la Polytechnique pero con una finalidad más práctica. Así nació la École Céntrale des Arts et Manufactures, fundada por entidades privadas en 1829 e incorporada al sistema público en 1856, que formó a ingenieros y gestores de empresas. Los estudiantes de la Céntrale tenían menos prestigio que los «X» de la Polytechnique: la escuela era más reciente y la competencia para el ingreso menos intensa, pero su mayor apertura de espíritu hizo que sus licenciados tuvieran más éxito en los sectores industriales más novedosos, como los automóviles y la aviación.

A la sombra de estas dos instituciones axiales nacieron instituciones generales y escuelas locales, las *écoles des arts et métiers*, especializadas en formación profesional, así como escuelas industriales especializadas, a menudo fundadas por empresarios, para impartir formación sobre sectores específicos: productos químicos en Lyon, relojería en Besangon, textiles en Mulhouse. Se trataba de subsanar la desaparición del antiguo sistema de enseñanza. Por último, instituciones técnicas tan venerables como el Conservatoire des Arts et Métiers —que empezó su andadura siendo un museo— comenzaron a dar clases, a menudo dirigidas a adultos que habían quemado etapas lectivas pero querían ponerse al día.

Las iniciativas francesas fueron el faro que alumbró a los países del este. En particular, la Polytechnique fue emulada en Praga, Viena, Zúrich y lugares tan distantes como Moscú. Cada país realizó su propia combinación de escuelas asociadas. Los alemanes, por ejemplo, crearon una red de escuelas comerciales (*Gewerheschulen*) que formaron a los cargos administrativos medios del mundo de la tecnología, así como un número creciente de escuelas técnicas superiores (*Technische Hochschulen*) —la primera de ellas establecida en Karlsruhe en 1825—, que impartían clases de nivel universitario y formaron a generaciones enteras de químicos e ingenieros. Por último, fomentaron la enseñanza y la investigación científicas en las universidades, lo que constituyó un inapreciable acicate para la experimentación y la investigación. La invención del laboratorio didáctico (Justus Liebig, década de 1830) fue la guinda de un sistema educativo que se convirtió a finales del siglo XIX en la envidia y el ejemplo a seguir por todo el mundo.

El recurso a la educación formal para difundir el saber técnico y científico tuvo consecuencias trascendentales. En primer lugar, se trataba casi siempre de la enseñanza de materias abstractas y teóricas que se prestaban a infinidad de aplicaciones, viejas y nuevas. Yo pondría de relieve las aplicaciones nuevas. En segundo lugar, abrió la puerta a nuevas ramas del conocimiento de gran potencial económico.

Baste con comparar este sistema de enseñanza con la divisa británica de aprender mediante la práctica, la divisa que había propiciado la Revolución industrial. Este método

había funcionado a la perfección mientras la tecnología no dejó de ser una acumulación de mejoras y las invenciones una combinación nueva de técnicas conocidas. (Pese a todo, nunca dejará de asombrarnos la capacidad innata de los británicos de tener golpes de genio e ingenio en los momentos más apropiados, sobre todo teniendo en cuenta que su formación era en gran parte autodidacta). Pero, a partir de finales del siglo XVIII, a medida que se iban ensanchando las fronteras de las posibilidades tecnológicas y de la investigación, esta trascendió las lecciones que le deparaba la experiencia sensorial.

Estos nuevos modos resultaron especialmente productivos en dos ámbitos, los productos químicos y la electricidad, en ambos merced a los progresos científicos. Los subsectores químicos más antiguos siguieron siendo una especie de método intuitivo aplicado a la industria, consistente en mezclar, calentar, remover, guardar la sustancia útil y tirar los desperdicios. Pero no fueron inmovilistas. Se beneficiaron en particular de la mecanización —hornos, braceadores, trituradores e instrumentos afines mayores y más rápidos—, dado que los productores buscaban economías de escala. Otro elemento de progreso fue el aprovechamiento de los productos residuales (como el gas para el alumbrado, a base de carbón), en ocasiones como respuesta a leyes que castigaban la contaminación. (Es preferible aprovechar los residuos que ser denunciado o multado). Pero los adelantos revolucionarios se produjeron en la disciplina de la química orgánica y procedieron directamente de los estudios sobre las moléculas que contienen carbono, que abrieron la puerta a multitud de aplicaciones, primero en la esfera de los tintes (fundamentales para la producción textil), luego en los productos farmacéuticos y la fotografía y, por último, a finales de siglo, a la materia artificial, lo que llamamos imprecisamente «plásticos».

Los antiguos conocían la electricidad, aunque no la comprendieran, y los sabios curiosos experimentaron con ella, casi como si de un juguete se tratara, a partir del siglo XVIII. Estos experimentos podían tener consecuencias prácticas, como en la invención del pararrayos por Benjamín Franklin. Pero el uso sistemático de la electricidad como fuente de energía y su aplicación a los procesos industriales tuvo que esperar al siglo XIX, a las investigaciones de personajes como Volta, Ampère y Faraday, cuyos nombres han sido inmortalizados por la terminología científica. Sus primeras aplicaciones industriales fueron de pequeña escala, aunque impresionantes: baterías (pilas voltaicas), que podían accionar telégrafos y relojes, y técnicas electrolíticas, usadas especialmente para platear metales y cuberterías. Ambos usos son anteriores a 1850. Pero la expansión de la electricidad se produjo con la invención de los generadores y las dinamos, que generaban abundante corriente eléctrica y permitieron la construcción de un sistema de distribución. Los principales hitos fueron la lámpara incandescente de Thomas Edison (1879) y los motores eléctricos, que justificaban la inversión en infraestructura.

Tanto en el sector químico como en el eléctrico, el aprendizaje y la competencia dependían de la enseñanza académica. Estos fenómenos no pueden percibirse mediante los sentidos; son precisos diagramas y esquemas para explicarlos y los principios por los que se rigen deben aprenderse en la escuela y el laboratorio. En este terreno fueron muy útiles las instituciones de enseñanza del continente, que generaron y difundieron las nuevas tecnologías. Su proceso de recuperación se convirtió en un salto hacia adelante, y ahora fue Gran Bretaña, atrapada en la tela de araña de la costumbre, la que quedó rezagada.

Por si fuera poco, las autonomías locales exacerbaron el problema de la electricidad en dicho país. En algunos lugares, las redes municipales de gas se opusieron con éxito a la electrificación; en el resto, Gran Bretaña construyó infinidad de redes de distribución de energía eléctrica distintas, cada una de ellas con un voltaje y una maquinaria particular. Las mejoras posteriores no hicieron más que agravar el problema. Hoy en día, los compradores de aparatos eléctricos en Gran Bretaña tienen que utilizar varios tipos de clavijas y enchufes: de hecho, los clientes pagan a los tenderos por que preparen los instrumentos para poder usarlos directamente. La economía británica creció en estos sectores nuevos como lo había hecho en los antiguos: caóticamente.

Este matrimonio de ciencia y técnica dio paso a una era que Simon Kuznets ha calificado de «crecimiento económico moderno[14]». No es solo la extraordinaria profusión de innovaciones lo que justifica la importancia de la segunda Revolución industrial: el uso de combustibles líquidos y gaseosos en motores de combustión interna, la distribución de la energía a través de la corriente eléctrica, la transformación sistemática de la materia, la mejora de las comunicaciones (teléfono y radio), la invención de máquinas propulsadas por nuevas fuentes de energía (vehículos motorizados y aparatos domésticos). Es también y sobre todo el papel de la transmisión formal del saber.

El matrimonio de la ciencia y la técnica había sido precedido por varios acoplamientos. Puede hacerse remontar el cortejo hasta la Edad Media, al uso de los conocimientos en astronomía para transformar la navegación (cálculo de la latitud), al uso de las matemáticas en balística, a la aplicación del péndulo a la construcción de cronómetros de gran precisión. Y al motor de vapor, ese triunfo clásico del empirismo científico. Pero solo a finales del siglo XIX la ciencia se pone por delante y precede a la técnica. A partir de ese momento, los futuros inventores y solventadores de problemas tienen interés en leer ensayos especializados antes de emprender sus proyectos, antes de concebir sus objetivos: para saber qué hacer y cómo hacerlo.

De este modo se dio caza al país líder e innovador y fue superado. Y de este modo su ventaja en todos los terrenos —recursos, prosperidad, poder— quedó mermada, y la mente se impuso a la materia. En lo sucesivo, el futuro estaría a disposición de todos cuantos dispusieran de carácter, habilidad y cerebro.

LOS SECRETOS DE LA COCINA INDUSTRIAL

El acero, como hemos visto, fue siempre el metal predilecto para la fabricación de las «armas blancas» (espadas y puñales), los cuchillos y las navajas de afeitar, los instrumentos cortantes y las limas (fundamentales para la producción de piezas de precisión). Originalmente, fue un subproducto accidental de la fundición en hornos que no alcanzaban la temperatura suficiente para producir una masa homogénea y generaban un poco de acero junto con hierro dulce y duro. Posteriormente, con la invención de los altos hornos, que funcionan a temperaturas superiores, había que aplicar varios procesos para obtener acero a partir de la fundición bruta. Un método consistía en recalentar el metal y quemar suficiente carbono para rebajar su contenido hasta el 1,2 a 1,5 por 100. Los resultados eran desiguales (no era fácil detener el proceso en el momento justo), y las diferentes calidades

de acero así obtenidas se usaban para diferentes fines. Con el mejor se construían los fusiles y la cubertería fina; con el de peor calidad, las rejas de arado y las hoces.

Otro método era eliminar el carbono para obtener hierro pudelado y añadirle luego carbono para producir acero. Normalmente se añadía el carbono amontonando lingotes de hierro pudelado en carbono, calentándolo y homogeneizándolo y después repujándolo. Se trataba de martillear el metal compuesto para distribuir el carbono de manera uniforme y homogeneizar el resultado, algo parecido a preparar la masa de repostería. Y, al igual que el amasado produce una masa más homogénea doblándola, aplastándola y volviéndola a doblar y amasar, este acero de cementación se doblaba sobre sí mismo y se volvía a repujar una y otra vez. El resultado era una barra de acero con varias capas; cuantas más capas (es decir, cuanto más se había doblado y amasado) tenía el metal, más resistente y fuerte era. Los máximos exponentes de este tipo de trabajo son las célebres espadas de los samuráis japoneses, que conservan su filo y bruñido después de cinco siglos. El acero en capas, inventado en Europa (Núremberg, un centro tradicional de fabricación de herramientas e instrumentos) a principios del siglo XVII, fue inmediatamente adoptado por los ingleses. Los franceses no conocieron esta técnica hasta 1770, aproximadamente.

Pero ni siquiera las espadas de los samuráis pueden compararse por su homogeneidad con el acero al crisol, esto es, el acero calentado hasta un estado tan líquido que el aditivo de carbono se mezcla por completo con él. El inventor del acero al crisol, en 1740, fue un relojero inglés, Benjamin Huntsman, que tenía un interés profesional obvio por conseguir metal de mejor calidad para sus muelles y limas. Esta técnica sería monopolizada durante aproximadamente tres cuartos de siglo, y no por falta de imitadores.

En particular, los franceses gastaron fortunas por descubrir el secreto. Francia estaba comparativamente atrasada en el terreno del acero y, como es lógico, lo consideraba una grave desventaja política. A principios del siglo XVIII, el experto en todos los oficios que llevaba por nombre René Antoine de Réaumur (1683-1757), más conocido por su termómetro, declaró haber descubierto el secreto de lo que comparó con la «piedra filosofal», fundó una «fábrica real» con el objeto de transformar el hierro en acero y obtuvo una generosa pensión del gobierno por sus esfuerzos. Fracasó en su intento, porque creía que la solución radicaba en añadir azufre y las sales apropiadas. No pensó en la función del carbono. Creyó también que el hierro francés era el apropiado para este proceso, a diferencia de los británicos, que importaban el hierro sueco más puro para fabricar acero[15]. Debería haber observado lo que se hacía a su alrededor.

«Este error de análisis y esta "postura patriótica" serían aceptados mucho tiempo en Francia y acentuarían el atraso de la industria nacional[16]». Otros se jactaron después de él de haber fabricado acero similar al inglés y el alemán. Un fracaso tras otro. El intento más decidido se produjo tras el viaje de Gabriel Jars a Inglaterra en 1765. El propio Jars se puso a fabricar acero de cementación, pero obtuvo resultados mediocres, en buena medida porque trabajaba con hierro francés, à *la Réaumur*; la muerte, en 1769, truncó sus esfuerzos. Otro técnico llamado Duhamel, compañero de viaje de Jars y protegido del ministro Turgot, fue contratado por el conde de Broglie, propietario de una forja y beneficiario de un subsidio del gobierno de unas 15 000 *livres*, para emprender experimentos similares. Quince años después, el gobierno francés tuvo que reconocer que Duhamel no iba a ninguna parte. Otros expertos en metalurgia de importancia menor

hicieron experimentos por su cuenta y riesgo. No cabía la menor duda: Francia necesitaba acero y quería saber cómo se fabricaba.

En esto entró en escena el inglés Michael Alcock, de Birmingham, que ya nos ha sido presentado. Les dijo a los franceses que no tenía ningún secreto: fabricar acero era sencillo, lo difícil era fabricar acero de calidad. Con la ayuda del ministro de Comercio Trudaine de Montigny (hijo de la persona que había enviado a Jars y Duhamel a visitar Inglaterra), fundó una fábrica propia y produjo muestras de acero de cementación y al crisol. No llegó a pasar de la fase de producción de muestras.

Mientras tanto, dos socios de Alcock se establecieron por su cuenta y compraron una pequeña forja que producía limas en Amboise, a orillas del Loira (más conocido por su castillo real). La forja interesó al duque de Choiseul, que consiguió que el gobierno francés (con el apoyo nuevamente de Trudaine de Montigny) patrocinara una «fábrica real» de aceros refinados con una subvención anual de 20 000 *livres*. Lamentablemente, la subvención venía acompañada de una maldición: la obligación de utilizar hierro pudelado francés. La empresa realizó grandes inversiones en equipo —seis hornos grandes, cuarenta martillos pilones, ochenta forjas de acero— y un experimento tras otro. En vano. Nunca llegó a fabricar acero al crisol, y su acero de cementación no inspiraba confianza.

Otras empresas, con más o menos contactos pero la misma determinación, se lanzaron también a la carrera, con el propósito específico de fabricar limas de calidad, que adquirían cada vez más importancia a medida que se intensificaba el proceso de mecanización y los metales sustituían a la madera. Una de ellas, en la región del Dauphiné, contaba con el respaldo del *intendant* y del grupo financiero del duque de Orleans. Para empezar se fijó una meta modesta: la fabricación de hojas de guadaña y diversos tipos de maquinaria. Pero tuvo problemas de malversación. Era más fácil recabar dinero que producirlo.

Denis Woronoff, historiador de la industria siderúrgica francesa, resume lo ocurrido: sesenta años después de Réaumur, la industria francesa del acero todavía estaba «marcando el paso». Se sucedían los anuncios de éxito falsos. No es que los inspectores públicos fueran crédulos o complacientes, sino que daban más importancia a la pureza teórica del metal que a su rendimiento (resistencia, filo, etc.). También estaban obsesionados por las dimensiones (*gigantisme*), en un terreno en el que aún no podían realizar economías de escala, lo que les abocaba al despilfarro, callejones sin salida y fracasos comerciales[17].

Después de ello vino la revolución y Napoleón. Otra época marcando el paso. Solo en la década de 1820 aprendieron los franceses a fabricar acero al crisol, merced a un expatriado británico llamado James Jackson. Los alemanes lo habían logrado unos diez años antes, básicamente sin ayuda exterior. El suizo Johann Conrad Fisher, un agudo observador y visitante incansable de empresas extranjeras —tenía ojos y orejas por todas partes— aprendió la técnica a partir de 1805, aproximadamente[18].

Los secretos de la cocina industrial no se reducen a un montón de recetas, instrucciones de uso e incluso testimonios personales.

EL GENIO NO BASTA

A mediados del siglo XIX, la quinina alcaloide era de importancia vital para el imperio británico en la India, donde la malaria debilitaba y mataba a civiles y militares. La quinina no cura la enfermedad, pero alivia sus síntomas. En aquella época, se extraía de la corteza de la quina, un árbol oriundo de Perú. El gobierno británico, en los jardines botánicos de Kew, célebres en todo el mundo, hacía esfuerzos denodados por obtener semillas de ese árbol en Perú, convertirlos en plantones y aclimatarlos luego a la India, pero los resultados eran desalentadores. La India seguía dependiendo de las costosas importaciones de Java, donde los holandeses habían logrado trasplantar el árbol. Los británicos hubieran preferido suministros propios.

William Henry Perkin, nacido en Londres en 1838, era hijo de un constructor y carecía de contactos en la India. Su padre esperaba que se convirtiera en arquitecto (por mor del ascenso social), pero desde muy pronto su hijo quiso estudiar química. En 1853, con solo quince años, entró en el recién fundado Royal College of Chemistry, por entonces bajo la dirección de un científico alemán, August Wilhelm Hofmann, que tomó aprecio al niño y lo utilizó de ayudante. Hofmann persuadió a Perkin de la importancia de descubrir un método de sintetizar quinina, y Perkin se llevó el problema consigo a casa, a un pequeño laboratorio que había equipado en el hogar familiar. No consiguió descubrir el método, pero en sus investigaciones logró obtener un precipitado de nafta (un ingrediente del alquitrán de hulla), el negro de anilina, del que derivó luego el color azul de anilina (añil), y el malva. (La evolución de la química está jalonada de hechos fortuitos).

Perkin comprendió enseguida el valor de su descubrimiento. Su colorante azul constituía un tinte excelente y, tras patentarlo, con solo diecinueve años de edad, construyó una fábrica para producirlo, con fondos de su padre y su hermano. Ahí acabó su período de formación en el Royal College. A partir de ese golpe de suerte, y merced a otros experimentos más deliberados, Perkin se volvió pronto millonario. Entonces cambió de rumbo nuevamente y regresó a su primera afición, la química experimental y teórica, pues la industria química alemana estaba dejando atrás a la británica.

Este primer tinte artificial estaba hecho de la misma materia que los sueños, y significó el inicio de la industria de los colorantes a base de carbón de hulla, de gran importancia. Una vez que Perkin dio la señal de salida, los químicos de Inglaterra, Francia, Alemania y Suiza se pusieron manos a la obra, produciendo todo un arco iris de colores artificiales: fucsia (fucsina), magenta (nombrado según el color de la sangre derramada en dicha batalla), una gama de púrpuras, toda la gama alizarina de rojos, rosas, naranjas y amarillos, y un verde que causó sensación porque no se volvía azul a la luz de gas[*]. A su vez, estos colores estimularon la demanda de tejidos a la moda y rescataron a las mujeres de los países ricos de Europa de su negro tradicional, económico y lúgubre. (Hoy, más ricas si cabe, muchas han vuelto al negro, incluso en las bodas). Sin embargo, a largo plazo tendría más importancia la ramificación de las nuevas técnicas en progresos químicos de mayor calado: la aparición de nuevos métodos de alumbrado, productos farmacéuticos (aspirina, arsenofenilamina, varios barbitúricos, novocaína y muchos más), materiales de fotografía, abonos artificiales y, en último extremo, los plásticos. Todos ellos obtenidos con la tasa habitual de descubrimientos inesperados y accidentales.

Merced a Perkin, Gran Bretaña lideró la nueva industria. Tenía todo a su favor. Para empezar, una importante industria química pesada, de gran tradición, que producía álcalis,

ácidos y sal. Además, contaba con todos los ingredientes para dedicarse a la fabricación de materias a base de carbono: era el mayor productor de alquitrán de hulla como materia prima, el más barato del mundo. Por último, constituía el mayor mercado del mundo de tintes para tejidos. No obstante, en el espacio de una generación, la industria abandonó las playas británicas para instalarse en Alemania y, en menor medida, en Francia y Suiza. En 1881, Alemania producía aproximadamente la mitad de los colorantes artificiales del mundo; en 1900, entre el 80 y el 90 por 100. Los principales productores alemanes podían pagar dividendos superiores al 20 por 100, año sí año no, en época de bonanza como de crisis, invirtiendo al propio tiempo grandes sumas en fábricas, investigación y equipo. Fue uno de los cambios mayores y más rápidos en la historia[19].

¿Por qué? ¿A qué se debió esta violación aparente de las «leyes» de la ventaja comparativa y la especialización en la producción? A que, al margen de Perkin y unos pocos colegas más, Gran Bretaña no tenía químicos formados ni preparados para generar una dinámica de invenciones. Sin duda, ni tantos ni tan bien formados como en el continente. De modo que, cuando A. W. Hofmann, Heinrich Caro y sus colegas alemanes en Gran Bretaña volvieron a casa atraídos por interesantes ofertas, la industria británica de la química orgánica se agostó. En Alemania, en cambio, surgieron y florecieron grandes corporaciones: Hoechst, BASF (Badische Anilin u. Soda Fabrik), Bayer, Agfa se constituyeron en torno a químicos e ingenieros químicos de primera línea, que contaban con laboratorios bien equipados y estaban estrechamente vinculados con las universidades.

La trascendencia de esta amalgama de talento y una cultura de la empresa y la investigación queda fielmente reflejada en la historia del índigo artificial. Se trataba de un candidato cabal a la síntesis: un colorante fundamental, compuesto de carbono y derivado por procedimientos costosos de plantas exóticas (el glasto y otras). En 1880, el profesor A. Baeyer lo sintetizó y vendió el proceso a BASF y Hoechst, que decidieron que había bastante fortuna para compartirla y mancomunaron sus recursos. Se necesitaban mutuamente. Diecisiete años, 152 patentes y muchos millones de marcos después, las dos empresas aún no habían dado con una técnica comercialmente viable. En uno de los experimentos descubrieron una síntesis diferente, que también se debió a Baeyer, pero la reacción requería tanto tolueno que la industria del alquitrán de hulla no lo podría suministrar sin inundar el mercado de productos derivados como el benceno y la naftalina. Los productos residuales son la maldición de la industria química y de los habitantes de los alrededores. También constituyen un poderoso acicate de nuevas investigaciones[20].

En ese momento, BASF y Hoechst recurrieron a una nueva técnica descubierta en la ETH (Eidgenössische Technische Hochschule, también conocida como la Politécnica) de Zúrich, que partía de la naftalina, entonces un subproducto casi desechable de la destilación del alquitrán de hulla. Pero este método también planteaba problemas prácticos y comerciales que tardaron años en resolverse. BASF siguió un camino; Hoechst, el titular del proceso, otro, basado también en las investigaciones realizadas en la Politécnica de Zúrich. BASF empezó a producir antes (1897 frente a 1904), pero el método de Hoechst resultó ser el mejor. En química, como en el mundo de los negocios, hay más de una manera de ponerle el cascabel al gato.

Como en tantas ocasiones, la nueva técnica supuso una catástrofe para los viejos modos de producción y para las gentes que vivían de ellos. En un plazo de tres años, BASF producía tanto índigo como podían producir 100 000 hectáreas. Los grandes perdedores en este caso fueron los indios que cultivaban y exportaban el producto natural: 187 000 toneladas en 1895-1896; 11 000 en 1913-1914. El precio del tinte se había dividido por dos[21].

En la Primera Guerra Mundial, Alemania había dejado al resto del mundo atrás en la esfera de la química moderna, tan atrás que ni siquiera la confiscación de las patentes industriales alemanas durante la guerra benefició inmediatamente a sus competidores ultramarinos. Las principales empresas norteamericanas, ayudadas por los mejores ingenieros químicos norteamericanos, no sabían qué hacer con ellas ni cómo explotarlas. Así que en los años veinte, contrataron a químicos alemanes. El espionaje industrial volvía por sus fueros.

Capítulo XIX

CONFINES

En 1700, la producción per cápita de México equivalía a unos 450 dólares estadounidenses de 1985; en las colonias que se convertirían en Estados Unidos, era un poco superior, de unos 490 dólares y, en la floreciente colonia azucarera de Barbados, la cifra era considerablemente mayor: 736 dólares. Cien años después, México seguía con 450 dólares, y Estados Unidos se situaba en 807. En 1989, Estados Unidos le sacaba aún más ventaja; el PIB per cápita de México ascendía a 3500 dólares, el de Barbados a 5350 y el de Estados Unidos, a 18 300[1].

La Revolución industrial sobrevino en un mundo aún relativamente despoblado, al menos en comparación con las densidades demográficas actuales. En ese mundo, como es obvio, los grados de concentración eran variables, pasando de la gran densidad de China, India, determinadas zonas del noroeste de Europa, a los vastos espacios despoblados de Asia, Australia y las Américas. Las razones de esta variedad eran en buena medida geográficas y tecnológicas: las poblaciones se desplazaban a los climas benignos, donde se multiplicaban mejor, y a los terrenos fértiles, usando técnicas de cultivo que explotaban los recursos naturales. También influían consideraciones de tipo político. En Europa, por ejemplo, el valle potencialmente rico del Danubio estaba prácticamente desierto en el siglo XVIII. Tras siglos de desgobierno, los otomanos se habían retirado súbitamente, después del segundo sitio fallido de Viena (1685). Medio siglo más tarde, los rusos abrieron la gran cesta del pan ucraniana expulsando a los pueblos nómadas que habían deambulado e impuesto un dominio vago sobre estos territorios sin fronteras desde los días de las hordas tártaras (mediados del siglo XIII).

Sin embargo, los confines más ilimitados eran los ultramarinos: las Américas sobre todo, pero también territorios más pequeños en Australia y el sur de África. Ninguna de estas tierras estaba desierta cuando llegaron los europeos. En todas ellas, los pueblos indígenas labraban la tierra, apacentaban el ganado o simplemente cazaban y recolectaban. Pero también tenían densidades demográficas variables, que determinaron el momento apropiado para la invasión y las circunstancias en que se produjo. En el continente americano, unas pocas áreas estaban densamente pobladas: el valle de México, el altiplano peruano, algunas islas caribeñas. En condiciones normales, dichas densidades habrían impedido la conquista, como ocurrió en Asia, pero la inferioridad tecnológica y política de la población nativa americana la hacía vulnerable. Los patógenos importados hicieron el resto. En el resto del territorio americano, como en las zonas nórdicas que se convirtieron

en Estados Unidos y Canadá, la baja densidad cedía el paso a un armamento y organización superiores. Desde el punto de vista de los indios, el hombre blanco les estaba robando las tierras; para el hombre blanco, las tierras estaban ahí para ser tomadas, constituían un recurso ilimitado y lucrativo.

Los economistas afirman que los factores de producción son la tierra, el trabajo y el capital. Por tierra se entiende no solo la superficie, sino los recursos que yacen debajo de ella y, desde el punto de vista del desarrollo económico, las características principales de una región fronteriza son el espacio, el terreno y la abundancia de materiales, que determinan a su vez sus posibilidades y limitaciones. Estos territorios pueden abundar en materias primas per cápita, pero solo si se dispone de la suficiente mano de obra. Requieren fuerza laboral, que en ocasiones se atrae mediante incentivos a la migración: en particular, tierras gratuitas o baratas, pero también salarios más elevados que en el lugar de origen, promoción social y derechos políticos. (Fue un aspecto crucial de la mejora de la calidad de vida y de la propiedad en la Europa medieval). Y, si no se atrae a mano de obra voluntaria, hay que importar por la fuerza a los trabajadores, pagando a negreros o contratantes que hagan el trabajo sucio.

Cuando se han reunido los factores de producción, los territorios fronterizos suelen producir cultivos y otros productos primarios muy superiores a las necesidades de la población local. Estos superávits se convierten en artículos comercializables. Estas economías pueden resultar mucho más rentables centrándose en los cultivos comerciales para la exportación que dedicándose a la agricultura de subsistencia, por lo que suelen trocar la seguridad en la oferta alimentaria por la inmediatez de los ingresos. (Véanse las islas azucareras del Caribe, que consagraron hasta el último centímetro cuadrado a la caña e importaron las vituallas de un lugar tan distante como Europa).

La aplicación de esta estrategia por varias economías incipientes ha conducido a una teoría de los productos básicos, o principio de la «creación de superávit[*]». La idea es comenzar por los ingresos producidos por la exportación de productos primarios, que elevan las rentas nacionales. Estos fomentan a su vez la aparición de un mercado de productos elaborados, financiando al propio tiempo el desarrollo de un sector industrial y una economía más equilibrada. (Un factor determinante es la buena distribución de los ingresos entre los productores de productos básicos. Cuanto menos equitativa sea, menos voluminoso será el mercado de productos elaborados. Así, una economía (sistema) colonial no generará una excesiva demanda industrial: los terratenientes comprarán sus propios productos de lujo y gastarán lo mínimo posible en vestir y alojar a sus esclavos).

El modelo de los productos básicos fue propuesto por primera vez por Harold lunes para explicar los resultados de Canadá en términos de una sucesión de exportaciones de este tipo de productos: primero las pieles (siglos XVII y XVIII), luego la madera (finales del XVIII y principios del XIX), y por último los cereales (mediados y finales del XIX). Se han sugerido esquemas similares para Suecia (madera, cobre, hierro), Estados Unidos (tabaco y algodón, y luego trigo), Australia (lana, carne, trigo), Argentina (cuero, sebo, carne, cereales), el Japón de la dinastía Meiji (seda), e incluso la Inglaterra medieval (lana[2]). Y podría pensarse en concatenaciones parecidas en las naciones productoras de petróleo de nuestros días.

Pero, como la mayor parte de las teorías económicas felices, el principio de la creación de superávit comporta una tautología: explica mejor lo que mejor se acomoda a la explicación. El mero hecho de que una economía obtenga ingresos mediante la exportación de productos primarios no significa que vaya a usar correctamente dichos ingresos para fomentar el desarrollo. Ahí está el nudo gordiano: ¿invertir o gastar? E, incluso si se opta por invertir, ¿quién garantiza que el dinero se destinará a las actividades correctas? Además, ¿cuáles son las correctas? ¿Aferrarse a los productos básicos y potenciar al máximo la ventaja comparativa? ¿O tratar de propiciar un desarrollo equilibrado, esto es, renunciar ahora a algunos beneficios para que más adelante sean más sustanciosos?

La historia de las economías fronterizas en el continente americano y su éxito en el proceso de industrialización es un ejemplo práctico de las bondades y los defectos de la teoría de los productos básicos. Por una parte, tenemos a Estados Unidos y a Canadá, economías desarrolladas y caracterizadas por rentas elevadas; por la otra, a los pecios del imperio español y a la antigua colonia portuguesa de Brasil. En un principio, los países del sur eran más ricos y estaban más poblados; hoy se han quedado muy rezagados y, aunque por fin empiezan a modernizarse, pocos serían los que predijeran su rápida convergencia con las repúblicas del norte de América, ni siquiera con la ayuda de mercados comunes como el Tratado de Libre Comercio de América del Norte.

La evolución dispar de América del Norte (exbritánica) y Latinoamérica (exespañola y portuguesa) requiere una explicación múltiple. Los economistas no siempre son partidarios de este tipo de justificaciones: para ellos, con una buena razón basta y, en el caso de las Américas, la mejor de las razones posibles la constituyen los recursos. Estos territorios fronterizos abundaban en riquezas naturales, pero dichas riquezas no fueron igual de útiles ante las nuevas tecnologías industriales. Estados Unidos fue el que más éxito tuvo: grandes extensiones de tierra fértil y virgen; un clima apropiado para el cultivo de una materia prima capital para acometer el proceso de industrialización, como es el algodón; ricos yacimientos de ingredientes clave para la metalurgia ferrosa; abundancia de madera y carbón como combustible, además de una generosa energía hidráulica a lo largo de toda la costa este; grandes yacimientos de petróleo, valioso a partir de mediados del siglo XIX para el alumbrado, como lubricante y, sobre todo, como combustible para los motores de combustión interna; abundancia de cobre: un país, en suma, preparado a finales del siglo XIX para hacer frente a la creciente demanda de distribución de energía eléctrica y de motores. Todo ello aderezado con infraestructuras de acceso y comunicación relativamente buenas: un litoral uniforme pespunteado por maravillosos puertos, grandes ríos (en particular, el Mississipí y sus afluentes), y anchas llanuras. La única barrera importante entre el Atlántico y las Montañas Rocosas son los Apalaches, pero varios pasos se prestaban bien al comercio y los viajes, en particular la brecha abierta por el Hudson y las llanuras que preceden a los Grandes Lagos. En este país, el hombre pudo mejorar la obra de la naturaleza, dando al Medio Oeste acceso a los puertos atlánticos mediante el canal Erie y el ferrocarril.

En todos estos aspectos, Estados Unidos aventajaba a las demás zonas del Nuevo Mundo. Por ejemplo, ningún otro país tenía hierro o carbón cerca, ni medios naturales de transporte y comunicación semejantes. Comparativamente, México es un laberinto de montañas, mesetas y desiertos; no carece de lugares favorecidos, pero están mal comunicados, como pudieron comprobar personalmente los constructores de ferrocarriles.

El territorio de Brasil se encuentra en gran parte en las franjas tropical y subtropical, de modo que aún hoy es difícil atravesar la cuenca del imponente Amazonas. Argentina es el país más parecido a Estados Unidos por sus características naturales y sus buenos accesos; pero la inmigración se retrasó demasiado tiempo y adolece de escasez de materias primas.

Podría por lo tanto afirmarse, como han hecho muchos economistas, que el grado de desarrollo de las diferentes zonas del continente ha sido predeterminado por la naturaleza: por la suerte en los dados. Sin embargo, en los últimos tiempos, los estudiosos han ofrecido una explicación geográfica más compleja, que vincula los condicionantes naturales a la cultura y las instituciones[3]. Su teoría es que la geografía dicta los cultivos y las modalidades de cultivo, y por consiguiente el tipo de propiedad agraria imperante y la distribución de la riqueza; y que estos factores determinan a su vez el ritmo y el tipo de desarrollo. Cuando la sociedad se compone de un estamento reducido de terratenientes privilegiados y una gran masa de trabajadores pobres, dependientes, en ocasiones cautivos —o, por decirlo metafóricamente, de un banco de peces perezosos (o autocomplacientes) que sobrenadan por encima de un cenagal de abatimiento y fatalidad—, ¿qué interés puede tener cambiar y mejorar? En la cumbre, una indiferencia altiva; por debajo, la resignación de la desesperación. De tarde en tarde, la resistencia se agota y da a las élites y a sus soldados la oportunidad de practicar las artes marciales; mientras que la religión ofrece el consuelo de un mundo mejor tras la muerte.

No fue ese el caso del norte de Estados Unidos, ni de la vecina Canadá. Tenían la ventaja paradójica de un clima que limitaba los cultivos posibles a los cereales y en un principio no fueron demasiado productivos en términos de superávits exportables. Las economías de escala eran insignificantes, al menos antes de la invención de las tecnologías mecánicas, de modo que las propiedades eran pequeñas, con frecuencia de las dimensiones justas para garantizar la subsistencia, y distribuidas más o menos equitativamente[*]. Esta igualdad no siempre complacía a quienes tenían inclinaciones aristocráticas. En 1756, un visitante británico de Nueva Inglaterra, Lord Adam Gordon, expresó su desaprobación: «el principio nivelador funciona aquí con fuerza y se ha generalizado. Todo el mundo tiene propiedades, y todo el mundo lo sabe[4]».

Además, la tierra casi gratuita y la escasez de mano de obra propiciaban salarios elevados y dificultades de contratación en el campo y en la ciudad, como observa Adam Smith:

> … la desproporción entre la inmensidad de la tierra y la escasez de personas, que suele caracterizar a las nuevas colonias, hace difícil que [el propietario] encuentre mano de obra. Por consiguiente, no discute los salarios, sino que está dispuesto a emplear trabajadores a cualquier precio. Los salarios elevados animan a la población. El hecho de que las tierras sean baratas, buenas y abundantes fomenta las mejoras, y permite al propietario pagar los salarios elevados mencionados[5].

Naturalmente, los salarios agrícolas y el precio de la tierra imponían salarios mínimos a las ciudades; de lo contrario, ¿cómo podría garantizarse la fidelidad de la mano de obra? Mientras tanto, el propio crecimiento de esta economía fronteriza inflaba los salarios[*]. Oigamos de nuevo a Smith:

> Por consiguiente, no es en los países más ricos, sino en los más prósperos, o en los que se están enriqueciendo más rápidamente, donde los salarios laborales son más elevados. En la época actual, Inglaterra es sin duda un país mucho más rico que cualquiera de las regiones de América del Norte. Los salarios laborales, sin embargo, son muy superiores en América del Norte que en cualquier región de Inglaterra[6].

La sociedad americana de propietarios de minifundios y trabajadores relativamente bien pagados fue un caldo de cultivo de la democracia y el espíritu de empresa. La igualdad alimentó la autoestima, la ambición, la disposición a entrar en el mercado y a competir en él, el individualismo y la pugnacidad. Al propio tiempo, los minifundios alentaron la autosuficiencia técnica y la mentalidad de factótum y emprendedora. En todas las propiedades agrarias había un taller y un yunque, artilugios y chapuzas ingeniosas[*]. El ingenio no trajo solo consigo comodidad e ingresos, sino una subida en la escala social y prestigio. Los buenos trabajadores eran la envidia de sus vecinos, los héroes de la comunidad. Mientras tanto, los salarios elevados eran un acicate para sustituir la mano de obra por capital, los hombres por máquinas.

Resultado de ello fue que las nuevas tecnologías de la Revolución industrial encontraron un terreno abonado en las colonias norteamericanas que luego se convertirían en Estados Unidos. Incluso antes, la necesidad de ser autosuficiente en una edad de comunicaciones lentas e intermitentes dio origen a la producción local. Veamos un informe de 1681 sobre la rapidez con que los colonos cuáqueros se lanzaron a la industria: «también tienen toneleros, herreros, albañiles, carreteros, fabricantes de arados y molineros, carpinteros de buques y otros oficios, que trabajan con lo que el país produce para las fábricas… En Nueva Jersey ya hay fundiciones, y un horno y una forja, donde fabrican hierro». Otro informe de 1698 se refiere a la producción textil: en las comunidades cuáqueras de Burlington y Salem, «los trabajadores del sector textil fabricaban estameñas, droguetes, crespones, camelotes, felpas y otros tejidos de lana de excelente calidad. Hay familias enteras empleadas en estas fábricas, que usan lana y lino de creación propia[7]».

Nueva Inglaterra y las colonias medias de Pensilvania y Nueva Jersey se convirtieron en el «fuelle industrial» de la nueva nación. La siderurgia empezó a funcionar en la década de 1640 (hierro de pantanos en el Saúgos [Lynn] en Massachusetts), solo dos décadas después del desembarco de los Pilgrim en Plymouth[8]. En la época de la revolución (decenio de 1770), funcionaban unas doscientas forjas de hierro en las colonias norteamericanas de Gran Bretaña, y la producción anual rondaba las 30 000 toneladas. Solo Gran Bretaña, Francia, Suecia y Rusia producían más. Con la fundición vinieron el refino, el repujado, el corte, el tajo, el laminado y todas las operaciones que transforman el hierro en herramientas y objetos. Inevitablemente, la demanda de productos metalúrgicos británicos cayó en picado, lo que llevó a los productores de dicho país a solicitar al parlamento la promulgación de leyes que prohibieran la producción en las colonias. Fue como intentar poner puertas al campo. Estas leyes solo sirvieron para abrir los ojos de los colonos sobre la injusticia de su condición de subordinados y de tener un gobierno en el que no estaban representados, así como sobre la importancia de la autonomía económica. Como Benjamín Rush, doctor y líder municipal en Pensilvania, lo expresó en 1775: «Un pueblo dependiente de los extranjeros para sus vestidos o alimentos siempre estará sometido a ellos[9]».

Una de las especialidades de la industria colonial iba a costar muy cara a los británicos. Los colonos fabricaban escopetas; primero mosquetes, y luego cada vez más rifles que, junto a la costumbre de ir a la caza desde la infancia, les daba una ventaja clara en cuanto a la puntería, una ventaja que han conservado en el siglo XX. Las escopetas tenían virtudes particulares en una sociedad fronteriza, hasta el punto de que algunas de las colonias impusieron la obligación del porte de armas, incluso a los miembros de la iglesia. (Otro rasgo distintivo cultural marcado y persistente, como atestigua la oposición actual al control de la tenencia de armas).

La demanda, sin embargo, no garantizaba la oferta. La cultura es un factor determinante. Los pueblos del sur y de las regiones remotas de los Apalaches iban más armados, pero las escopetas se fabricaban en las colonias del norte. Por una razón muy simple: eran las que disponían de las herramientas y la pericia idóneas. Cuando el sur declaró la guerra contra la Unión en 1861, la producción de armas de fuego en el norte superaba a la de la Confederación en una proporción de 32 contra 1.[10]

Puede verse en este arsenal un indicio de lo que había de venir: la demanda de armas era tan elevada que mucho antes de que existieran máquinas-herramienta motorizadas, la división del trabajo ya potenciaba la productividad. El interés posterior de la joven república norteamericana por la producción a gran escala de armas pequeñas con piezas intercambiables ya se vislumbraba mucho antes de la revolución.

Así, los colonos importaban y copiaban modelos de máquinas y artefactos europeos, y se invitaba a los obreros especializados y a los artesanos cualificados a instalarse en Estados Unidos, o estos venían por iniciativa propia, atraídos por los elevados salarios. Las colonias norteamericanas los atraían también por su cultura anglófona: los británicos se jactaban de ser la sociedad más inventiva de Europa y los inmigrantes procedentes de Gran Bretaña se sentían en casa en una sociedad que hablaba la misma lengua. Los alemanes también aportaron su contribución. Los cuáqueros de Pensilvania hicieron lo posible por animar a sus correligionarios del continente europeo a unirse a ellos en el Nuevo Mundo, y estos (los llamados holandeses de Pensilvania) aportaron sus artes y habilidades manuales. Comparativamente, Virginia, aspirante a la aristocracia, el «Old Dominion» [la primera colonia británica en Norteamérica] nostálgico, con sus grandes plantaciones y su mano de obra ligada por contratos de servidumbre limitada, tuvo más dificultades para atraer a ese tipo de personas, y la cristalización de la esclavitud agravó la situación.

(La dependencia tecnológica del sur persistió mucho después del fin de la guerra civil y el traslado de la industria manufacturera de los viejos centros del noreste, por lo general en manos de personas que residían fuera de la región y los financiaban. Estas empresas, caracterizadas por lo común por una producción y un valor añadido por trabajador bajos, se dedicaban normalmente a sectores de escaso nivel tecnológico, como el algodón y la madera. La tardanza en este cambio ha dado lugar a varias explicaciones, la mayoría de las cuales hace referencia a los recursos naturales, al bajo coste de la mano de obra y la ausencia de sindicatos. Algunos estudiosos han visto el proceso como una expresión del colonialismo o la dependencia económica, y muchos justifican el atraso por los valores antiindustriales y la cultura heredada de una sociedad esclavista. A lo que yo añadiría la escasez de actividades inventivas y de espíritu de empresa)[11].

La república norteamericana apenas había nacido cuando, en 1790, Samuel Slater instaló y puso en funcionamiento las primeras máquinas de hilar en Providence, Rhode Island. Otros hicieron lo propio y Nueva Inglaterra, merced a sus fuertes corrientes de agua, se convirtió en uno de los principales centros de producción lanar y algodonera. Como en Europa, los expatriados británicos fueron los agentes fundamentales de la difusión tecnológica[12]. Sin embargo, en este caso la naturaleza de la sociedad que acogía estas novedades tuvo aún más influencia. Los escasos portadores de conocimientos se encontraron con alumnos que se dieron buena prisa en copiar, imitar y, sobre todo, mejorar las novedades. Cuando Francis Lowell, de Boston, introdujo el telar mecánico en 1814, ya existía una mano de obra cualificada para explotarlo, descendiente de «muchas generaciones de agricultores-mecánicos de los talleres de Nueva Inglaterra[13]».

De modo que algunas máquinas sí vinieron de Inglaterra, pero tan solo unas pocas, y los norteamericanos las adaptaron pronto a las necesidades y los gustos del mercado nacional. (También inventaron nuevos artefactos y los exportaron a Gran Bretaña: un indicio inequívoco de independencia tecnológica)[14]. Así, mientras los hilanderos de algodón británicos usaban la selfactina, que requería una mano de obra muy cualificada, invariablemente masculina, y se limitaban a los tamaños de hilo más finos, los norteamericanos crearon el telar continuo (derivado de la rueda hidráulica de Arkwright), que empleaba a mujeres semicualificadas y producía un hilo más resistente y grueso, y luego incrementaron considerablemente su productividad inventando primero el hilado con campanas, y luego el hilado de anillos. Asimismo, las innovaciones norteamericanas para acelerar la tejeduría (en torno a la década de 1820) hicieron a la fábrica de tejidos de algodón inspirada en el modelo de Waltham «como mínimo un 10 por 100 más eficaz desde el punto de vista de la producción» que su competidor británico[15].

Las cifras son elocuentes. En 1788, en el desfile del 4 de julio en Filadelfia se exhibió una máquina manual de cardado del algodón y una máquina de hilar de ochenta husillos, símbolos ambos de la independencia económica preindustrial (anterior a la motorización). Veinte años después, los jóvenes Estados Unidos tenían casi 100 000 máquinas de hilar motorizadas; entre 1810 y 1820, esa cifra se había triplicado, y en la década siguiente volvió a triplicarse. De modo que, en 1831, la industria contaba con 1,2 millones de máquinas de hilar y 33 500 telares, la mayoría de los cuales utilizaban energía hidráulica de las corrientes de las tierras bajas de New Hampshire, en el norte, o Maryland, en el sur[16].

Una comparación reciente de la productividad de la industria manufacturera muestra a Norteamérica muy por delante de Gran Bretaña en el decenio de 1820[17]. Fue una proeza extraordinaria, en la que confluyeron el espíritu de empresa esclarecido y a menudo abiertamente patriótico, el saber y los conocimientos técnicos y una mano de obra inteligente. Algunos de los trabajadores eran luditas que se habían opuesto a la maquinaria en su patria de origen, pero estaban dispuestos a aceptarla en el Nuevo Mundo; otros, tejedores acostumbrados al telar manual, que se habían negado a entrar en las fábricas de su país. ¿Por qué cambiaron de idea? Como en la vieja Inglaterra, en Nueva Inglaterra no se apreciaban los horarios estrictos de la fábrica y la supervisión del personal. Pero, mientras que Inglaterra pudo disponer en un primer momento de mano de obra involuntaria —aprendices procedentes de hospicios, hijas y esposas, personas que no podían negarse—, Nueva Inglaterra tuvo que idear métodos de hacer aceptables estos nuevos empleos,

cuando no atractivos. Las fábricas norteamericanas pagaban salarios más elevados y hacían trabajar a las mujeres e hijas en un entorno de trabajo casto, lo que tranquilizaba a padres y maridos[*]. El paternalismo de los productores de algodón de Lowell se hizo legendario: pensiones limpias, con material de lectura y pianos, un periódico femenino propio (el *Lowell Ojfering*), normas de vida conyugal virtuosas (mojigatas[18]).

Algunos historiadores han llamado la atención sobre circunstancias menos halagüeñas que se escondían bajo las apariencias. Eran necesarias, dicen, pues ¿cómo iba el capitalismo a gastar recursos en beneficio de sus empleados? Sin duda. El sistema tenía una lógica interna; los negocios tenían sus altibajos y los tiempos duros generan jefes duros. Inevitablemente, pese a cuanto digan los economistas sobre los efectos homogeneizadores de la competencia, algunos empleadores dejaban mucho que desear[19]. Con todo, la situación era al parecer mejor que la imperante en la vieja Inglaterra. Por citar a Charles Dickens, la diferencia equivalía al «Bien frente al Mal, la luz viva frente a la más oscura de las tinieblas[20]».

Citemos otro ejemplo de autonomía tecnológica. Los norteamericanos, recientemente independizados, importaron también motores de vapor, al principio atmosféricos. Pero enseguida optaron por la alta presión, y una vez más la inventiva local desempeñó una función capital. La figura clave fue Oliver Evans (1755-1819), un personaje brillante y polifacético que realizó importantes contribuciones al cardado de la lana y a la molienda de la harina, así como a la energía de vapor. La máquina de Evans se remonta a la década de 1780, pero sus principales aplicaciones datan de principios del siglo XIX[*]. Sus motores alternativos de alta presión, por lo general más pequeños y baratos, generaban más energía en relación con el tamaño que los viejos motores atmosféricos al vacío, y por lo tanto estaban mejor adaptados no solo para la industria sino también para el transporte, donde el espacio es vital. Hicieron posible la construcción de barcos y locomotoras de vapor. Por otra parte, los motores de alta presión podían explotar, razón por la que James Watt y muchos constructores británicos de motores se aferraron al modelo atmosférico. Los norteamericanos, en cambio, parecían dispuestos a pagar un tributo en muertos y heridos a cambio de abaratar la energía y el transporte.

La innovación norteamericana decisiva y más característica, con todo, no fue un aparato concreto, por mucha importancia que tuviera, sino un modo de producción, lo que ha dado en llamarse el sistema fabril norteamericano. Era una respuesta creativa a 1) un mercado en el que no existían las preferencias locales y regionales y las distinciones de clase ni condición social que imperaban en Europa, por lo tanto dispuesto a aceptar artículos estandarizados, y 2) la escasez de mano de obra en relación con los materiales. Ambas características están relacionadas. En una economía marcada por la escasez de mano de obra, la estandarización era una forma de dividir, y así simplificar, las tareas, hacerlas repetitivas, y potenciar de este modo considerablemente la productividad. Pero el trabajo rápido tendía al despilfarro de material: a diferencia del Viejo Mundo, no había tiempo aquí para ajustar gastos ni fomentar el ahorro. En Europa, hasta los representantes más prósperos de la banca comercial solían aprovechar toda la superficie de las hojas de sus cartas, y escribir luego en el reverso rellenando todos los ángulos, para ahorrar papel.

Ya en la época colonial, por ejemplo, buena parte del sector de la construcción había pasado de la carpintería manual a la mecánica. Las puertas y ventanas se cortaban y

ensamblaban en tamaños estándar; lo mismo ocurría con los cristales. (Un buque francés que llegó a la joven república en torno a 1815 con un cargamento de cristales para ventanas de varios tamaños se encontró con la desagradable sorpresa de que tuvo que volver a casa con la mayor parte de su material). El serrín generado en el proceso se aprovechaba en otras aplicaciones[21]. En la década de 1830, la invención de la armadura sin rigidez normalizó la construcción de edificios e hizo innecesaria la cualificación para trabajar en el sector. Adiós a los componentes pesados de los graneros y hogares tradicionales, adiós a las juntas de espiga y mortaja, a las paredes de mampostería y los tabiques enlucidos, interiores o exteriores, del Viejo Mundo[*]. En lugar de ello, se utilizaban paredes precortadas de 2 × 4 y se clavaban entre sí, luego se revestía la armadura y se adosaba por encima una fachada apropiada y agradable. Las nuevas estructuras no eran hermosas ni respetaban las tradiciones locales, pero eran baratas, utilizaban muchos materiales y eran prosaicamente utilitarias. La técnica de la armadura sin rigidez se difundió rápidamente, salvo en las zonas pobres en madera[22].

Esta explotación de la madera dio lugar a toda una generación de máquinas: sierras, tornos, fresadoras y cepilladoras con motor, «maquinaria de taladro, escopleado, espigado en cola de milano, troquelado, mortajado, etc.». Máquinas más rápidas que las que se usaban para trabajar el metal y que, por eso mismo, desperdiciaban mucho material. Pero eso no suponía ningún problema; Norteamérica podía malgastar madera, pero no mano de obra ni tiempo[23].

Las casas y edificios no fueron más que el principio. La idea era fabricar todos los objetos ensamblados de manera tal que sus partes fueran idénticas, cuando no intercambiables[24]. El grado de similitud estaba en función de los materiales y las tolerancias: el ajuste podía ser aproximado para algunos usos pero no para otros, y la madera era mucho más permisiva que el metal. Así, un carpintero podía ajustar puertas y ventanas prefabricadas y un cristalero hacer lo propio con el cristal usando masilla juiciosamente; pero el ensamblaje por soldadura de un mosquete exigía más precisión que las planchas de madera, y un reloj portátil tenía un grado de tolerancia menor que uno de pared. El ensamblaje dependía de la habilidad en el uso de una lima para los ajustes finales y el montaje; a menos que se quisiera que los componentes encajaran y funcionaran bien sin necesidad de ajustes, lo que exigía una exactitud mucho mayor.

Este trabajo requería herramientas de precisión que pudieran realizar tareas repetitivas con exactitud y la organización y secuenciación de las operaciones de manera que pudieran reunirse, desplazarse, procesarse (con una máquina) y ensamblarse los materiales y componentes con eficacia, lo que hoy llamamos *hardware* y *software*. El equipo físico suele centrar toda la atención, porque las máquinas-herramienta inventadas para estos fines fueron logros espectaculares de la pericia de los mecánicos. Pero la configuración y la sincronía tenían más importancia en operaciones como el troceado de la carne en los mataderos, que consiste en desensamblar más que ensamblar, o cuando, como en la molienda de la harina o el refino del petróleo, una mayor producción genera mayores economías de escala.

En todos estos sectores de producción, Estados Unidos cuando no fue el pionero, fue el mayor adepto de las nuevas técnicas[*]. Desde el principio, la adopción de las máquinas, en la producción textil por ejemplo, fue seguida por la creación de talleres de maquinaria para

mantener y construir equipo, y estos talleres, submundos donde confluían y se intercambiaban conocimientos técnicos, a menudo se dedicaron a fabricar maquinaria de otro tipo: motores de vapor, hornos y calderos, locomotoras y, sobre todo, máquinas-herramienta. Estas, si en un principio se usaban con un propósito específico, encontraron aplicaciones en varias ramas industriales. No solo los artesanos tenían hijos y nietos a quienes pasar el testigo; las máquinas que habían construido también se reproducían[25].

A diferencia de Europa, la oposición a esta amenaza para la experiencia laboral y a la implantación de técnicas rutinarias fue muy tibia en Norteamérica. En un país inmerso en una revolución continua, los viejos métodos tenían poco peso. Reproducimos a continuación las impresiones de un visitante oficial a la fábrica de armas de Springfield, en 1841:

… La pericia del armero apenas si es necesaria: su «oficio ha desaparecido». Un niño lo haría tan bien como un hombre. De hecho, al poseer una mayor capacidad de actividad corporal, lo puede hacer mejor.

Ya no es difícil encontrar buenos armeros; los hay a docenas en todos los talleres y fábricas del país. La pericia de ojos y manos, que solo da la práctica, ya no es indispensable y, si se expulsara a todos los operarios de la fábrica de armas de Springfield, un grupo de trabajadores competentes podría reemplazarles en el plazo de una semana[26].

No es de extrañar que cuando los británicos, con su inmenso bagaje de proezas industriales, quisieron tardíamente (a mediados del siglo XIX) fabricar mosquetes buenos y baratos para uso militar, enviaran agentes a Estados Unidos para que estudiaran los métodos usados en las fábricas de armas estadounidenses[27].

Lo cual no significa que los británicos renunciaran a sus viejos métodos. Saber no equivale a poner en práctica, y a los europeos les costó por lo común más que a los norteamericanos aceptar la lógica implacable de la productividad. Tomemos por ejemplo la doctrina de los costes iniciales no recurrentes, según la cual el dinero gastado ya está gastado y lo obsoleto es obsoleto, o el mero hecho de que las máquinas pueden funcionar no quiere decir que se utilicen. Este tipo de razonamiento va contracorriente, pero la mentalidad de los espacios abiertos (de la nobleza esquilmadora) lo hizo suyo. Los máximos exponentes de este fenómeno son Andrew Camegie y Henry Clay Frick (el gran avaro): cuando decidieron pasar del acero Bessemer al fundido en solera, se limitaron a desmontar la fábrica vieja. Pero veamos también la descripción del superintendente de su fábrica de algodón a finales de siglo:

> Los hilanderos de los telares de algodón son duros de pelar. Hace unos años se dedicaban a sabotear la fábrica, de modo que, un sábado por la tarde, después de que se hubieran marchado a casa, nos metimos dentro y destrozamos con machos toda una nave llena de telares. Cuando volvieron el lunes por la mañana, se quedaron atónitos al comprobar que se habían quedado sin trabajo. Esa nave está ahora llena de telares de anillo en los que trabajan mujeres jóvenes[28].

El «sistema norteamericano» estableció normas de productividad para el resto del mundo industrial. Cada tecnología se convirtió en la piedra de toque de otras. Los relojes y las escopetas allanaron el camino a los relojes portátiles y las máquinas de coser. Las segadoras y cosechadoras condujeron a las sembradoras (plantadoras y cosechadoras a la vez), agavilladoras, empacadoras, trilladoras y por último a las máquinas combinadas; las bicicletas, a los automóviles; las cajas registradoras, a las máquinas de escribir y las calculadoras. Y las máquinas inventadas para determinada aplicación se prestaban

fácilmente a otras: la máquina de coser valía tanto para cuero y lona como para telas, podía fabricar botas y zapatos y velas y toldos, así como prendas de vestir.

Era el país de las maravillas mecánicas, así en la agricultura como en la industria. Una carta al director de *Scientific American* de julio de 1900 rebosa de satisfacción: «Sin duda en nuestros días hay pocas tareas agrícolas en las cuales la maquinaria no realice la mayor parte del trabajo[29]». De esta forma, la agricultura se convirtió en una industria, con economías de escala, división del trabajo y control de la productividad de la mano de obra. Y también de la productividad de la tierra, aunque en menor medida: los accidentes geográficos, el tipo de tierras que se extendían al oeste —praderas vírgenes, anchas capas de tierra vegetal, agua para la labranza, pastos ilimitados para el ganado—, todo ello garantizaba una elevada rentabilidad y hacía que cada nuevo ensanchamiento de las fronteras redundara en un incremento de la renta nacional. Las propiedades eran familiares, y el régimen de los préstamos agrícolas y de ventas subvencionadas tenía por objeto fomentar la agricultura familiar. Pero el tamaño de la familia podía ser muy grande y crecía a la par que la maquinaria, así como con la ayuda de equipos especializados e itinerantes de mecánicos.

Todo ello supuso el desarraigo repetido de la población indígena en pro de aquellos recién llegados ávidos de tierras. Los indios se defendieron, con tanto más ardor cuantas más violaciones de compromisos sagrados y eternos (mientras el sol brillara y las aguas fluyeran) conllevaba la expansión de los colonos.

El hombre blanco faltó a su palabra una y otra vez, mientras los nativos eran calumniados y tratados de «donantes indios». En este caso también fue determinante la tecnología. Las armas de repetición, producidas por lotes o a gran escala y compuestas de partes en buena medida intercambiables, multiplicaron la potencia de fuego de tropas poco numerosas, haciendo vana cualquier tentativa de resistencia por parte de los indios.

Naturalmente, hoy son muchos los norteamericanos que lamentan aquello, mientras los europeos invitan a los jefes a París y Zúrich para que reciten la letanía de afrentas del hombre blanco. Las películas de Hollywood, antaño reflejo de arquetipos de indios y vaqueros, nos recuerdan hoy, a nosotros y a los demás, las fechorías de los invasores. El gobierno norteamericano ha tratado esporádicamente de desagraviar a los descendientes de los desposeídos, contratando a historiadores de la economía para que evalúen el valor de la tierra en el momento en que se les arrebató, y algunos bienintencionados contribuyen a la preservación y reinvención de la cultura «nativa norteamericana». Algunas de estas compensaciones han resultado enormemente lucrativas, como el derecho concedido a los indios de dedicarse a actividades relacionadas con el juego, a menudo en asociación con hombres de negocios blancos. La venganza a través del casino.

La tragedia india ilustra el dilema más general de la modernización: renovarse o perder; o bien renovarse y perder. ¿Para qué le sirve al hombre conquistar el mundo, si ello supone perder el alma? Las actividades modernas atentan contra los pueblos indígenas y las culturas antiguas en todo el mundo. Sea como fuere, el pueblo de Estados Unidos no está dispuesto a devolver el país a sus legítimos propietarios y volver a la tierra de sus ancestros. La historia, como el tiempo, es unidireccional, pero, a diferencia del tiempo, se desplaza a una velocidad desigual: solo puede andar dando traspiés hacia adelante.

Así, en aquellos días en que la tierra no tenía confines, en los siglos XVII y XIX, las posibilidades tecnológicas eran prácticamente ilimitadas, y la industria norteamericana iba de éxito en éxito. Es posible que otros países le imitaran; de hecho, algunos emprendieron la misma senda. Pero estas sociedades, más viejas, no tenían la cultura de la *tabula rasa*, optimista y abierta, que facilitó la tarea del agricultor y el productor norteamericanos. Tenían que trabajar de acuerdo con sistemas rígidos de propiedad de la tierra: los campesinos (en Estados Unidos no hubo campesinos) se veían obligados a escatimar sus inversiones en equipo para poder agrandar sus propiedades, los grandes terratenientes veían la tierra más como el sustento de su condición social y de su estilo de vida que como capital[*], y los artesanos consideraban la mecanización una regresión personal, una ofensa a su dignidad y una amenaza para los puestos de trabajo. En los países con más tradición hubo personas que destruyeron máquinas; en Norteamérica, no.

Los países europeos tenían también un problema de consumo. La estructuración clasista de la sociedad y la consiguiente heterogeneidad en los gustos dificultó la adopción de productos normalizados. Pese a todo, considero más responsable de ese fenómeno a la oferta que a la demanda, a las actitudes de los productores más que de los consumidores. Cuando los europeos adoptaron tardíamente las técnicas de la producción a gran escala, no tuvieron ningún problema en vender artículos más baratos.

Para hacemos una idea de lo que estaba en juego, pensemos en la gran expansión industrial de Europa después de la Segunda Guerra Mundial, que sirvió de contrapunto a los anteriores progresos norteamericanos y atestiguó implícitamente el fracaso anterior de la sociedad clasista. Europa registró una demanda reprimida de bienes de consumo duraderos, alentada por las imágenes que mostraban las películas y la presencia norteamericana. Pocos europeos habían pensado antes que todo el mundo podía querer, o incluso necesitar, un automóvil o un teléfono[*]. Todavía en el decenio de 1970, muchos franceses iban al café o a las oficinas de correos (solo en horas laborables) para efectuar sus llamadas telefónicas, bien porque no pudieran permitirse tener un teléfono en casa, bien porque tuvieran que esperar dos o tres años a que les dieran línea. Conseguir señal de línea libre podía costar media hora o más. La gente reservaba con antelación sus llamadas internacionales. Todo esto perjudicaba a los negocios y las quejas se dirigían al cielo, puesto que no tenía sentido dirigirlas a seres humanos, ya que el gobierno se mostraba imperturbablemente indiferente. A fin de cuentas, los teléfonos formaban parte del sistema postal, y correos los consideraba una extravagancia, un juguete para ricos. ¿Qué tenía de malo escribir cartas y comprar sellos[*]?

En 1870, la economía de Estados Unidos era la mayor del mundo, y todavía le quedaban los mejores años por delante. En 1913, su producción era 2,5 veces superior a la de Gran Bretaña o Alemania y cuadruplicaba la de Francia. El PIB norteamericano per cápita superaba el de Gran Bretaña en un 20 por 100, un 77 por 100 el de Francia, un 86 por 100 el de Alemania[30]. El sistema fabril norteamericano había creado, por suerte o por desgracia, un mundo nuevo de consumismo insaciable, duramente censurado por quienes temían por el alma y los modales del hombre de la calle. El mundo había aprendido a convivir con la prodigalidad y los caprichos de los ricos y acomodados, pero ahora, por primera vez en la historia, hasta la gente corriente podía aspirar a poseer bienes de

consumo duraderos —relojes de pulsera, de pared, bicicletas, teléfonos, radios, aparatos domésticos y, por encima de todo, automóviles— que las sociedades tradicionales consideraban justo patrimonio exclusivo de unos pocos. Este proceso se vio agilizado por innovaciones en la comercialización: la compra a plazos, el crédito al consumo, la venta por catálogo de artículos grandes y pequeños, el derecho a devolver la mercancía o a cambiarla. No eran mecanismos desconocidos en Europa, que fue su pionera en más de una ocasión. Fue la sinergia de todos ellos lo que hizo tan productiva a Norteamérica. El consumo a gran escala hizo viable y rentable la producción a gran escala, y viceversa.

SOBRE LAS CARENCIAS DE LA LÓGICA DE LA ECONOMÍA

Adam Smith tomó nota de la prohibición absoluta que había impuesto Gran Bretaña a sus colonias norteamericanas de construir hornos para la fabricación de acero o talleres para cortar hierros, y de elaborar productos acabados de hierro y acero, incluso para consumo propio. Además, Gran Bretaña había prohibido el comercio entre las colonias de sombreros de pieles o de prendas de lana,

> … una regulación que impide eficazmente el establecimiento de cualquier fábrica de dichos artículos para su venta exterior, y limita la industria de los colonos a producciones poco refinadas y de ámbito familiar, como son las que realiza por lo común una familia para uso propio o de alguno de sus vecinos de la misma región[31].

Consciente de que se trata de una injusticia, Adam Smith la condena como «una violación manifiesta de los derechos humanos más sagrados». Pero, considerando la situación económica de las colonias, opina que estas medidas no son «demasiado perjudiciales». «La tierra sigue siendo tan barata y, por consiguiente, la mano de obra tan cara en aquel lugar, que pueden importar de la madre patria casi todos los productos más refinados o avanzados, a un coste menor que si los fabricaran por sí mismos». Por consiguiente, las prohibiciones no tenían tanta importancia. Antes de que se promulgaran, afirma que

> … Probablemente, una consideración de su interés personal les habría disuadido de hacerlo. En el actual proceso de mejora de las colonias, estas prohibiciones, sin entorpecer su industria o limitar la contratación de mano de obra que habrían llevado a cabo por sí mismos, quizás no sean más que tributos impertinentes de esclavitud que les impone, sin ninguna justificación, la desconfianza ilimitada de los comerciantes y fabricantes de la madre patria. En un grado más intenso, podrían resultar opresivos e insoportables.

«Probablemente», «quizás», «tributos de esclavitud». Sin duda. Smith debería haber evitado caer en ese error. Si los británicos podían fabricar y vender esos artículos en Nueva Inglaterra por menos dinero, no habrían necesitado las prohibiciones, y los colonos habrían encontrado mejores cosas que hacer. Aquella era su opción, según Smith, quien, sin hablar de ventaja comparativa, comprendió y defendió el principio de que los recursos debían destinarse a la aplicación más provechosa posible:

> Ha sido la causa principal del rápido progreso de nuestras colonias americanas hacia la prosperidad y la grandeza, que prácticamente la totalidad de sus capitales se hayan invertido hasta ahora en la agricultura. No tienen manufacturas, con excepción de las producciones poco refinadas o de ámbito familiar que acompañan necesariamente a la evolución de la agricultura, y que son fruto del trabajo de las mujeres y los niños en todas las familias[32].

Afortunadamente para los futuros Estados Unidos de América, los colonos sí tenían manufacturas, y Alexander Hamilton y otros comprendieron que la ventaja comparativa de hoy quizás ya no esté aquí mañana.

En cuanto a la tolerabilidad de estas limitaciones e imposiciones británicas, Smith podría haber argumentado mejor su tesis señalando la ineficacia de la promulgación de las leyes británicas. El sistema en su conjunto era como una broma pesada. Londres trataba de imponer restricciones al comercio colonial mediante un puñado de agentes. La mayoría de ellos haraganeaba en Inglaterra, después de contratar por sueldos de miseria a subordinados para que hicieran su trabajo en las colonias. Ellos, por su parte, tenían más interés en aceptar sobornos de los comerciantes coloniales que de cumplir con su deber. O recaudar gravámenes: Gran Bretaña pagaba a esos tunantes unas 8000 libras esterlinas anuales para que percibieran unas 2000[33].

De modo que es cierto que dichas prohibiciones dieron poco fruto[34]. Pero eso no significa que no tuvieran importancia. Cuando, en la década de 1760, un nuevo equipo ministerial, más emprendedor, se comprometió a corregir las cosas y hacer que fueran los colonos quienes sufragaran su propia seguridad y administración, como debe hacer un buen colono, la oposición que generó aquella medida en las colonias hizo que medidas a veces razonables les parecieran un desatino. (Es sorprendente comprobar con cuánta rapidez la negligencia y la tolerancia se convierten en derechos adquiridos. Y con qué rapidez la perspectiva de un futuro halagüeño hace olvidar el pasado). La *Boston Gazette* expresó su indignación: «Se nos envían hombres de guerra, guardacostas, marinos con la bayoneta calada, jueces del almirantazgo, recaudadores, jefes de contaduría, registradores, inspectores de aduanas de mar y tierra, y todo un surtido de alcahuetes, no para proteger nuestro comercio, sino para embargarlo[35]».

El gran tratado de Adam Smith se publicó en 1776, el mismo año en que los colonos declararon su independencia. Incluso si su argumentación económica hubiera sido correcta, percibir una injusticia es sentirla en carne propia. No solo de pan vive el hombre.

Capítulo XX

EL ESTILO SUDAMERICANO

Comparando la población de la América española con la de la británica, sorprende constantemente la enorme diferencia en los orígenes, el desarrollo y la situación actual. Los conquistadores de España, frente al estilo frugal, laborioso y moral de nuestros colonos ingleses, conservan rasgos de la ferocidad y superstición propias de una época anterior, menos ilustrada. Los guerreros que habían extirpado el mahometanismo de Granada estaban dispuestos a propagar su propia fe por la fuerza de la espada…

Quarterly Review (Londres), 17, 34 (julio de 1817), p. 537

Nosotros [Santo Domingo] nos convertimos en una economía occidental, no al uso de los modelos más desarrollados de Europa, sino según el modelo español. España nos transmitió todo lo que tenía: su lengua, su arquitectura, su religión, su modo de vestir y de alimentarse, su tradición militar y sus instituciones civiles y judiciales; trigo, ganado, caña de azúcar, hasta nuestros perros y gallinas. Pero de España no recibimos los métodos occidentales de producción y distribución, la técnica, el capital y las ideas de la sociedad europea, porque España no los tenía. Conocimos el evangelio, pero no las obras de Erasmo.

JUAN BOSCO, *Composición social dominicana*

… Las provincias de Río de la Plata… contienen una enorme extensión de tierra fértil, bendecida con un clima saludable, y apropiadas para el cultivo de toda suerte de productos. Bajo un gobierno liberal pronto rebosarían de prosperidad y habitantes. Cada día deben producir más y más materias primas de todo tipo, a cambio de las cuales deben querer productos manufacturados…

RODNEY y GRAHAM, *Reports of the Present State (1818)*

Latinoamérica se ajustó a un patrón completamente distinto. En un principio, en el siglo XVII por ejemplo, no era más pobre; todo lo contrario. Los invasores españoles y portugueses pensaban en sus rivales ingleses como en desheredados del destino: ¿cómo podían compararse los bosques y campos de América del Norte, o las islas agotadas o inútiles de las pequeñas Antillas con la plata y el oro de Nueva España y Perú, o las maderas de tinte y los diamantes y el oro de Brasil? Lo mejor que podían hacer los ingleses era acechar como chacales las flotas españolas, llenas a rebosar de lingotes de oro y plata, mientras sus colonos trataban de sobrevivir en un entorno hostil. Hasta desde el punto de vista del potencial agrícola, Latinoamérica salía ganando, especialmente en las regiones de clima templado.

Pero nada es definitivo, y las comparaciones de ayer hoy son historia. Las minas de oro y plata son activos que se agotan y, unos doscientos años después, cuando los colonos

norteamericanos habían conquistado su libertad, América del Norte aventajaba en mucho a las tierras del sur: era más rica en renta per cápita, más rica por la distribución más equitativa de su riqueza. Las únicas excepciones eran pequeñas zonas de cultivos especializados y lucrativos, en particular las islas azucareras del Caribe, y solo si se excluye a la población esclava de los datos.

Este cambio en la riqueza relativa tiene raíces profundas. Mientras los ingleses se encontraron con un territorio poco poblado y expulsaron a los nativos para hacer sitio a las familias de colonos —llegando a crear con el tiempo un *apartheid* absoluto—, los españoles se toparon con las zonas de mayor densidad demográfica del Nuevo Mundo y optaron por el matrimonio mixto con los habitantes locales. Algunos ven en esta diferencia la impronta del racismo inglés (o protestante) frente a la liberalidad española (o católica). Quizás sea así; aunque la distribución de la población tenía su lógica interna[*]. Mientras los ingleses emigraron a las colonias del norte y el centro en familias, de modo que, con la excepción de las personas que superaban los sesenta años de edad, la distribución de edad era similar a la Inglaterra, los españoles no alentaron la emigración de familias, ni siquiera de mujeres, al Nuevo Mundo.

A medida que la población sucumbía a la violencia, el agotamiento, la desesperación y, sobre todo, a la enfermedad, los españoles iban importando esclavos negros de África, que se utilizaban en el cultivo del azúcar, el lavado en batea del oro y actividades similares, pero no llegaron a tener una función tan importante en Hispanoamérica como en las islas del Caribe y el sur de Estados Unidos. Mientras tanto, no había inmigrantes de otros países europeos. En la propia España, los ciudadanos se quejaban amargamente de la competencia y pretensiones de hombres de negocios, comerciantes y artesanos no españoles y no católicos. Eso no ocurría en la América española, pues la corona hacía cuanto podía para mantener alejados a esos intrusos de sus posesiones en el Nuevo Mundo. Esta exclusión dejó al imperio sin aptitudes y conocimientos que precisaba sobremanera, por no mencionar las ventajas culturales de la diversidad, de las belicosas herejías protestantes que alimentaban la polémica intelectual y fomentaban las ansias de instrucción[1]. En todas las colonias españolas, además, la Inquisición perseguía la herejía, a la caza de los criptojudíos que pensaban que un océano les protegería de la intromisión del fanatismo. El objetivo era completar la depuración; el efecto que ello tuvo fue recrear el entorno enrarecido que imperaba en la madre patria. Quizás fuera bueno para la pureza, pero resultó catastrófico para los negocios, el saber y los conocimientos técnicos. (Adviértase que nada de todo ello inquietaba lo más mínimo a España. Todavía a principios del siglo XIX, los españoles se consideraban el centro de la civilización europea y la quintaesencia de la fe y la virtud, viendo en el desconocimiento de la lengua española ignorancia pura y simple).

En Nueva España (México), la proporción de inmigrantes varones frente a hembras fue de diez contra una[2]. El matrimonio interracial era inevitable, y en un principio, antes de que las imposiciones cristianas en materia de monogamia se impusieran, algunos de los conquistadores reunieron auténticos harenes de concubinas amerindias. En este caso, los mestizos de Latinoamérica se convirtieron en un grupo étnico intermedio, cuanto más blancos mejor, poco numeroso pero más abundante que el de los criollos, muy inferiores a estos en rango y función social, pero muy superiores a su vez a los nativos puros. Los portadores de sangre mezclada se convirtieron en inspectores, capataces, tenderos,

funcionarios subalternos. A los indios se les asignó el trabajo en los campos y las minas, en las haciendas y en las carreteras[3].

En este simulacro de sociedad ibérica, las habilidades, la curiosidad, las iniciativas y los intereses cívicos de América del Norte no existían en absoluto. La propia España se había quedado rezagada a este respecto, debido a su homogeneidad cultural y a su docilidad, a su prosperidad y a su interés por las futilidades, defectos que exportó a ultramar. No podía ser de otro modo. Los españoles que llegaron al Nuevo Mundo no estaban ahí para romper los moldes. Querían enriquecerse, sobornando a los encargados para obtener encomiendas y trabajo: unos pocos años en las colonias serían suficientes. El camino a la riqueza no pasaba por el trabajo, sino por la prevaricación y el (des)gobierno.

A estas diferencias en el potencial económico se correspondían discrepancias en la cultura política. Los colonos norteamericanos procedían de una sociedad caracterizada por la disidencia, moderadamente abierta a los extranjeros y a las ideas nuevas. No sugiero que Inglaterra y su cultura política fueran un paraíso de liberalismo. Algunos de los primeros colonos, a fin de cuentas, algunos fugitivos de la intolerancia religiosa, se dedicaron a cometer felonías y pillajes en su nuevo hogar. Inglaterra tuvo su correspondiente cuota de ingleses paradigmáticos, coléricos, clasistas y celosos de sus privilegios, así como un legado tenaz de prejuicios antiguos, que se remontaban a las exclusiones medievales y al esnobismo antipuritano[4].

Pero todo es relativo y, comparando la ebullición y la diversidad inglesa con la ortodoxia de la Contrarreforma y los arrebatos supersticiosos de España y Portugal —el poder de las ideas e iniciativas de América del Norte frente al descontento imperante en los dominios españoles y portugueses—, puede hacerse uno una idea cabal del panorama político. Los colonos británicos *llevaron a cabo* su propia revolución. Decidieron y determinaron qué estaba en juego, pusieron a sus gobernantes contra las cuerdas, atizaron el conflicto y, cuando ganaron la contienda, gracias en parte a la ayuda de algunos de los rivales europeos de Inglaterra, ya poseían un sentido de identidad, unas aspiraciones económicas y una conciencia nacional[*].

En Latinoamérica, la independencia no procedió de la ideología colonial ni de la iniciativa política, sino de las carencias y los reveses de España (y Portugal) en casa y en las rivalidades y las guerras europeas. Cuando España se reveló incapaz de gobernar allende el mar, los hombres fuertes del Nuevo Mundo se aprovecharon de ese vacío y se apoderaron del poder, encontrando solo esporádicamente focos de resistencia. La independencia les cayó del cielo, sorprendiendo a las entidades informes, rudimentarias, que solo pretendían cambiar de amos[5]. Este tipo de negativismo anárquico propició la aparición de jefes militares muy «machos» (el caudillismo). No es de extrañar que la historia de Latinoamérica en el siglo XIX sea un folletín de conspiraciones, intrigas, golpes y contragolpes, con todo lo que ello conlleva en términos de inseguridad, mal gobierno, corrupción y atraso económico.

¿Puede una sociedad vivir mucho tiempo en semejante atmósfera? ¿O lograr hacer algo de manera seria y continuada? La respuesta es que aquellas no eran unidades políticas «modernas». No tenían metas, identidad, conciencia ni símbolos nacionales; de modo que tampoco medían su eficacia, ni sentían la presión de las expectativas. No había sociedad civil. En la cima, un reducido grupo de tunantes, bien instruidos por sus maestros

coloniales, se dedicaban al pillaje a placer. Por debajo, las masas se acurrucaban y recogían las migajas del festín. Los nuevos «estados» de Latinoamérica diferían poco, por consiguiente, de los despotismos autocráticos de Asia, aunque en ocasiones tuvieran un barniz republicano superficial.

En este clima de inestabilidad e inseguridad, el alcance de la autoridad era muy limitado. En los espacios abiertos y despoblados, los notables eran soberanos absolutos en sus ranchos y haciendas, gobernando y dando empleo al propio tiempo, ejerciendo la justicia privada y haciendo las veces de policías. La analogía más próxima podrían ser las baronías de la Prusia situada al este del Elba, donde el brazo del estado se detenía en el umbral de cada dominio. En las ciudades —por lo general, puertos, donde las mercancías nacionales se cruzaban con las importaciones y los derechos aduaneros arrojaban beneficios sustanciales—, los poderes fácticos y sus secuaces se repartían el botín.

La única institución coherente que podría haber sido determinante, la iglesia católica, tenía interés en el *statu quo*. Poseía buena parte de la tierra, y su riqueza parecía la manzana de la envidia y la discordia. Cuando el estado se dispuso a incautar esos activos, la iglesia encontró pocos amigos. Su clerecía, letrada en un mundo de ignorantes, se aferró como pudo a privilegios jurídicos y civiles que se remontaban a la época feudal. Conocían los secretos de confesión más terroríficos, poseían las llaves de la salvación. Todo ello les hacía poco populares. Pero, al margen del alcohol, el sexo y la violencia, la iglesia ofrecía el único antídoto eficaz contra la desesperación. El problema era que todas las novedades intelectuales y políticas le parecían subversivas. Unos pocos liberales creyeron en ideales nobles y trataron de llevar a la gente de su época al presente. Pero su energía política se malbarató en gran parte en una guerra sorda contra la iglesia.

Eso hizo que la recientemente independiente Latinoamérica conociera pocos cambios económicos. Como anteriormente, los sectores clave eran la minería (oro, plata, bronce), la agricultura, el ganado y la silvicultura. El objetivo era producir un superávit que pudiera intercambiarse por productos manufacturados extranjeros. Poco se hizo en pro de la industria, de modo que hubo poco desarrollo industrial. Como cualquier economista británico clásico habría señalado, estas entidades políticas llenas de parches y remiendos conservaban una ventaja comparativa. Además, los productos manufacturados tenían un gran potencial antisocial. Competirían por una mano de obra escasa y generarían un proletariado descontento. Los países latinoamericanos carecían de programa, de conciencia del desarrollo económico. Mientras Alexander Hamilton encarecía a una joven América a que desarrollara su industria y compitiera con Europa, el vizconde de Cairu, en Brasil, «creía supersticiosamente en una "mano invisible" y repetía: *laissez faire, laissez passer, laissez vendre*»[6].

Así que las naciones de Sudamérica siguieron estando, después de la independencia al igual que antes, supeditadas económicamente a las naciones industriales avanzadas: Gran Bretaña ante todo, después Alemania, a finales del siglo XIX, como reflejo de sus avances científicos y tecnológicos, y, desde el siglo XX, Estados Unidos. Fueron extranjeros quienes construyeron los ferrocarriles y las instalaciones portuarias, en buena medida para explotar los recursos del interior (al igual que en la India[7]). Fueron extranjeros quienes prestaron dinero a tipos de interés elevado a los regímenes pobres y a sus oponentes (los malos prestatarios tienen que pagar más, como es natural). Fueron extranjeros quienes

construyeron las fábricas de armas y las fábricas en general y las gestionaron. Y, naturalmente, fueron los extranjeros los acusados de todas las deficiencias de estas economías. Este cultivo del resentimiento, parcialmente justificado pero dogmáticamente exagerado, agravó la situación. Dio un contenido ideológico a la política económica, y convirtió asuntos prácticos en cuestiones de principio.

(La ironía del caso —aunque guarda relación con este proceso— es que, en la era colonial, fueron los españoles y sus clérigos los que hicieron cuanto pudieron para evitar la intromisión de los extranjeros. A continuación reproducimos los comentarios de un oficial naval de visita en Manila en 1788: «Como los españoles han convertido en norma prohibir la entrada a los extranjeros, las posadas, los hoteles bien equipados y todas las comodidades imprescindibles para la hospitalidad son absolutamente desconocidas y, si lo único que se tiene es dinero y se carece de contactos personales en la ciudad, hay que prever la posibilidad de tener que dormir en la calle»)[8].

Sí llegó a arraigar una industria mecanizada —la producción textil—, pero solo muy entrado el siglo XIX. Brasil y México llevaron en este caso la delantera. En el sector del algodón, la fibra en rama debía importarse a menudo, y solo se fabricaba un producto basto para el consumo popular. México también presumía de una industria lanar, que se remontaba a la época colonial, adoptó la forma de talleres manuales (obrajes) y sucumbió a la competencia de los tejidos importados. Más adelante fue rescatada en forma de pequeñas fábricas que crecieron al amparo de los aranceles, se dedicó a expurgar a una cabaña de ovejas merinas algo degradada y, una vez más, abasteció a una clientela popular. Los ricos traían sus telas del extranjero. Tenían una piel más sensible.

La industrialización inicial de América del Sur no generó una revolución industrial. Tampoco lo logró la construcción de los ferrocarriles. Algunas cosas había que hacerlas a domicilio: por ejemplo, había que reparar y mantener las máquinas, pero los talleres encargados de hacerlo se limitaban a las necesidades de la manutención, y solo en contadas ocasiones se pusieron a fabricar por sí mismos. Una vez más, las circunstancias naturales y sociales no fueron propicias. El combustible y los materiales costaban más que en Europa o en Estados Unidos: la ventaja comparativa simplificaba y abarataba comprarlos en el extranjero.

El problema de ese racionalismo es que el sentido común de hoy puede transformarse en el error de mañana. El desarrollo es un proceso largo; la lógica, breve. La teoría económica es estática, se basa en las condiciones imperantes en cada momento. Los procesos son dinámicos, parten de la escasez de hoy para llegar a la abundancia de mañana[*]. Algunos fenómenos no se producen si no se hace nada por provocarlos. Si los alemanes hubieran hecho caso a John Bowring, otro gallo les habría cantado. Ese extraordinario viajero británico lamentaba que los inconscientes alemanes quisieran producir hierro y acero en lugar de seguir aferrados al trigo y el centeno y de comprar los productos manufacturados a Gran Bretaña. Si le hubieran prestado atención, habrían complacido a los economistas, sustituyendo a Portugal, con su vino, su corcho y su aceite de oliva, como máximo exponente de la economía racional. Y también habrían acabado mucho más pobres.

El país latino con más posibilidades era Argentina, aunque nadie lo habría sospechado en los días gloriosos del imperio español. Hacia 1600, Buenos Aires era el último confín del mundo. Situada en medio de praderas ilimitadas y escasamente pobladas, constituía un alto entre la plata de Potosí, en el altiplano andino de la actual Bolivia, y las exportaciones alimentarias del sureste de Brasil. El comercio estaba en manos de los portugueses. Un proletariado internacional compuesto de esclavos huidos de Brasil, desertores mestizos y otros descamisados marginales («gente perdida») se arracimaba en chozas y cabañas a las afueras, viviendo de los escombros, apoderándose del ganado y los caballos de las manadas salvajes de los alrededores cuando lo necesitaban (¿por qué no, puesto que no pertenecían a nadie?). Faltaban artesanos, herramientas e industrias (en los dos sentidos de la palabra), el sector apropiado para recoger el testigo a medida que las minas se fueran agotando. En el Buenos Aires colonial, una herradura costaba varias veces el precio de un caballo, lo cual no es sorprendente, puesto que había más caballos que herraduras. Los clavos escaseaban en todo el imperio español y los vagones se ataban entre sí mediante correas de cuero. Los que eran bastante ricos para tener prendas de vestir españolas las usaban solo en las ocasiones especiales y es probable que mientras tanto las tuvieran ocultas[9]. (Más de trescientos años después, durante la Segunda Guerra Mundial, las cosas no habían cambiado. Los productos manufacturados aún debían importarse, sus productores también. La industria local no recibió su mayor impulso del crecimiento de la demanda nacional, sino de las interrupciones en el suministro propias de la guerra).

En la época colonial, la política española tenía como objetivo acabar con el comercio argentino. Por razones tributarias y de control, el imperio prohibió las exportaciones de plata a partir de Buenos Aires y trató de hacer pasar todos los envíos procedentes de Potosí por la ruta que unía los Andes con el Pacífico (montañas arriba y luego abajo, hasta el Pacífico; de ahí, a lo largo de la costa occidental, hasta el istmo de Panamá, atravesándolo hasta llegar al Caribe y desde ahí hasta Europa). Con un éxito relativo. Las provincias norteñas de Argentina aportaban los alimentos, el ganado, el algodón en rama y de fabricación casera a lo que fue durante cierto tiempo una de las ciudades más grandes de las Américas (160 000 habitantes a principios del siglo XVII), situada a la impresionante altitud de 4815 metros; mientras que la plata extraída de Potosí servía para pagar en los puertos atlánticos el hierro, las armas, prendas de vestir y otros productos manufacturados europeos. Huelga precisar que el precio abultado de estas mercancías de contrabando propiciaba toda suerte de corruptelas y alentaba a los funcionarios y terratenientes españoles a exprimir a la población india hasta la última gota de sudor, violando el propósito declarado de proteger a los nativos.

La ruptura con España (1816) y la fragmentación del antiguo imperio español acabó con este comercio. Pero las ventajas naturales de Argentina seguían estando presentes: una amplia gama de climas, con un núcleo templado, prados sin árboles e infinitos (las pampas), excelentes para la cría de ganado vacuno y ovino, buena tierra para los cereales, algunas zonas apropiadas para cultivos semitropicales, como el algodón y el azúcar. Sin embargo, el país tenía pocos recursos industriales: nada de hierro, carbón, madera, petróleo ni otros minerales. La energía hidráulica, abundante, se encontraba en las laderas orientales de la cordillera, alejada de las rutas comerciales y de los comerciantes. Pocos productos manufacturados, la mayoría procedentes de los vestigios de la industria nacional. Este tipo

de trabajo recaía en su práctica totalidad sobre las mujeres: la hilandería y la tejeduría, la cerámica, la fabricación de jabón, de aceite de cocina, de candelabros[10]. En una sociedad machista, que se regía por los valores heredados de España, el paso a la edad adulta conducía a los varones a una «independencia y ociosidad absolutas[11]».

La tendencia a la improvisación de la administración colonial, combinada con el colapso inesperado del dominio español, complicaron el destino de esta tierra en los confines del mundo. La política posterior a la independencia consistió en buena medida en una batalla continua entre el centralismo de Buenos Aires y el federalismo desunido de las «provincias». Hasta 1862 no se proclamó la creación de la república argentina y, a pesar del retraso, fue una proclamación prematura. Fue necesaria una generación entera de golpes de estado y asesinatos para poner fin a la sedición y la secesión. Algunos estudiosos niegan que hubiera inestabilidad política recordando la esquizofrenia de la joven república norteamericana: hasta la derrota de la Confederación en 1865 no se pudo garantizar la unidad de la nación. Esta comparación no me parece pertinente.

Estados Unidos (*E pluribus unum*) era una unidad real, efectiva, hasta que estalló el debate sobre la esclavitud. Argentina no fue una unidad efectiva hasta transcurridos cincuenta años después de la independencia.

Argentina, la tierra sempiterna del ganado vacuno y ovino, sabía menos de cultivos y de hombres. El triunfo del pastoreo y el abandono relativo de la agricultura estaban estrechamente vinculados a las políticas de propiedad de las tierras y de inmigración. Los observadores extranjeros vieron en el país un gran atractivo para los colonos. Lo mismo ocurrió con algunos nativos perspicaces, que abogaron por que se contrataran más inmigrantes y, en particular, a más colonos de la Europa protestante, que consideraban más instruidos, mejores trabajadores y maduros desde el punto de vista político. Naturalmente, eso exigía un cambio en la política o en la cúpula de la iglesia católica, así como de actitudes profundamente arraigadas en la población:

> Respetemos el altar de todas las creencias. La América española, limitada al catolicismo con exclusión de las demás religiones, recuerda a un convento de monjas solitario y silencioso… Excluir a las demás religiones de Sudamérica es excluir a los ingleses, los alemanes, los suizos, los norteamericanos, es decir, a las gentes que más necesita este continente. Traerlos sin su religión equivale a traerlos sin el elemento que les hace lo que son[12].

Buen consejo, pero difícil de poner en práctica. No cabía esperar que una población ya afianzada, educada en los prejuicios de la Contrarreforma y temerosa de los poderosos extranjeros, diera la bienvenida a los herejes, ni que la iglesia se abstuviera tranquilamente de intervenir[13].

Mientras tanto, los inmigrantes podían dirigirse a otros lugares. Las políticas de colonización interior argentinas parecían destinadas a impedir la entrada de nuevos colonos. La mayoría de las tierras iban a parar, en parcelas gigantescas, a los funcionarios y a los hombres fuertes, a menudo en forma de regalo directo («enfiteusis»), de lo contrario a precios de saldo. En ocasiones, las concesiones o ventas llevaban anejas imposiciones en materia de ocupación y cultivo, pero no podía garantizarse su cumplimiento. Dado que carecían de mano de obra y de capital, a los propietarios les resultaba más sencillo dejar abandonadas las tierras o convertirlas en pastos para el ganado vacuno y ovino. Mientras

tanto, el estado argentino se ampliaba mediante la expulsión de los amerindios, y sufragaba dichas campañas vendiendo las tierras en cuestión por adelantado. Estas operaciones alimentaban el erario, pero suponían la venta de grandes extensiones de tierra a especuladores, que las rentabilizaban lo más rápido posible dedicándolas a ranchos extensivos.

¿Qué fue antes, el huevo o la gallina? Las causas y consecuencias se interpenetran. De vez en cuando, el gobierno trataba de contratar mano de obra extranjera. Buscaba voluntarios sobre todo en Italia, un vivero de emigrantes en busca no de tierra, sino de dinero, cuanto más mejor, para poder comprar una heredad cuando volvieran a su país natal. Un contrato de la década de 1880 con una empresa italiana especifica el tipo de persona que desean los argentinos: «a ser posible, trabajadores agrícolas y artesanos, solteros y escogidos entre los más jóvenes, robustos y diligentes del campo[14]». Estos esfuerzos chocaron frontalmente con la situación social y política de Argentina, con el sistema de distribución de la tierra y el predominio de actividades con escasa necesidad de mano de obra como el pastoreo, con una inestabilidad endémica, con los prejuicios religiosos y locales. En las raras zonas donde se precisaba mucha fuerza laboral —las regiones azucareras, por ejemplo— se recurría a los contratos de servidumbre limitada y al trabajo forzado, lo que les restaba cualquier tipo de atractivo para los emigrantes libres.

Compárense estas iniciativas con la política de colonización de las tierras en las colonias norteamericanas y en Estados Unidos. En las colonias del sur, las grandes haciendas necesitaban mano de obra esclava. Los indios nativos escaseaban y no estaban dispuestos a trabajar en esas condiciones, y los hombres blancos libres no iban a trabajar a cambio de un salario cuando abundaba la tierra y cada cual podía ser su propio jefe. De modo que se trajeron negros de África, hasta que esas importaciones se prohibieron en 1807. Después de ello, el uso de esclavos solo podía mantenerse mediante la reproducción natural, lo que hizo que la alimentación y el trato que se les concedió fuera por lo general mejor que en el Caribe o en América del Sur. Mientras tanto, los norteamericanos consideraban cada vez más reprobable la esclavitud, y la expansión de la república hacia el oeste originó agrios debates sobre la extensión de la servidumbre y el tipo de pacto que había legitimado la creación de la Unión. Al final, como es de todos sabido, la guerra civil zanjó la cuestión. Se manumitió a los esclavos y las grandes haciendas se fueron disgregando hasta dar lugar a unidades de tamaño familiar.

En los antiguos estados libres y en los territorios nuevos, la expansión de los cultivos estuvo en función del desplazamiento hacia el oeste de los agricultores que abandonaban las tierras exhaustas del este e iban en busca de las praderas fértiles de Virginia, y de los inmigrantes europeos que buscaban una vida mejor y una tierra propia. Mientras tanto, la industria precisaba mano de obra[*]. Algunos sectores industriales y empresas enviaban a agentes a rastrear las regiones apartadas de Europa y contratar trabajadores con contratos de servidumbre limitada. No era demasiado complicado: las hambrunas, las crisis del mundo de los negocios, la inestabilidad de las fronteras y las persecuciones daban a los inmigrantes europeos buenas razones para marcharse.

Las cosas podían haber sido distintas. Ninguna de las circunstancias materiales de América del Norte impulsaba a sus colonos a optar por asentarse en la tierra en lugar de dedicarse al pastoreo. Fueron determinantes la cultura y la conciencia social. Así, las

colonias de Nueva Inglaterra se dividieron desde el principio en propiedades familiares, porque los inmigrantes habían llegado como una comunidad compuesta por familias. En las colonias de concesionarios de tierras de la región de Nueva York y Pensilvania, se vendieron parcelas más grandes, pero en este caso también se tendió a dividirlas luego en fincas de tamaño familiar. Mientras hubo reservas de tierras que databan de los principios de la era colonial, se produjeron compras de enormes extensiones, ligadas, como siempre, a la información privilegiada y a la prevaricación. En la década de 1790, por ejemplo, Massachusetts vendió 2,4 millones de hectáreas en la región de Maine a Henry Knox, ministro de Defensa, y a William Duer, secretario adjunto del Tesoro nacional, a 9 centavos la hectárea. Era un precio elevado. Massachusetts vendió también los 4,8 millones de hectáreas que había conservado en el oeste de Nueva York a Oliver Phelps y a Nathaniel Gorham por 100 000 dólares, es decir, unos 2 centavos por hectárea, pero esas tierras estaban muy distantes. Y así sucesivamente[15]. Sin embargo, también en este caso los propietarios vieron su provecho y salvación en la reventa de sus fincas a los agricultores, o a pequeños especuladores que las revendían. La publicidad engañosa de la época es muy elocuente: William Duer hizo que su agente en Europa exagerara las posibilidades fabulosas de los nuevos territorios: una producción de trigo de 5200 a 7000 cm^3 por hectárea, peces de 30 kilos a placer. Se aseguraba a los inversores que la población se duplicaría cada veinticinco años (al principio, creció prácticamente a este ritmo) y que cincuenta mil jóvenes emprendían la ruta hacia el oeste cada año.

Cuando estas grandes parcelas se vendieron, el propietario de las tierras fronterizas era el gobierno federal, que aplicó la política de fomentar las unidades de tamaño familiar. La prueba más palpable de este fenómeno fue el dilema de la ocupación de tierras. Dado que las subastas públicas no garantizaban la adquisición, la gente optó por ocuparlas primero y luego comprarlas. Las autoridades trataron de evitarlo. No solo constituía una violación de las normas de propiedad y procedimiento, sino que rebajaba los precios y ponía tasa a las ambiciones de los ricos, dispuestos a comprar todo lo posible. Fue inútil: cuando los agricultores ocupantes de tierras se reunían en las subastas públicas, blandiendo sus rifles, solo un agente temerario les habría hecho frente. De modo que el Congreso aprobó en 1830 una ley que prácticamente indemnizaba a los ocupantes de tierras, lo que solo sirvió para fomentar esta práctica, y, en 1841, una ley general concedió «derechos prioritarios» a los ocupantes, haciendo legal dicha práctica y dándoles el derecho a comprar las tierras ocupadas al precio de partida[16].

Se estableció una excepción general para fomentar la construcción del ferrocarril. Se concedieron tierras a las líneas en toda su servidumbre de paso, tierras que se vendieron por lo general a agricultores independientes, no porque fueran más amistosos, sino porque generaban más carga que los rancheros. En último término, la naturaleza tuvo la última palabra: a medida que se iba hacia el oeste y la pluviometría se hacía más escasa, mayor era la proporción de tierras destinadas a pastos y pastoreo. Mientras tanto, las poblaciones se iban convirtiendo en ciudades, y las ciudades florecían, no solo como mercados y puntos de despacho de mercancías, sino también como centros de producción. Buen ejemplo de ello es Cincinnati, la ciudad más populosa del oeste antes de la guerra civil, centro de elaboración y clasificación cárnica («Porkopolis»), polo de atracción de los inmigrantes

alemanes, ciudad de pequeñas fábricas especializadas, entre otras cosas, en joyería, estufas e instrumentos musicales[17].

Estas diferencias en la política y la cultura se reflejan en las cifras de inmigración. En Argentina, no aumentaron hasta el último cuarto del siglo XIX, cuando se produjo la expansión del trigo —aproximadamente medio millón de hectáreas cultivadas a principios de la década de 1870, solo 1,3 millones a principios de la de 1890 y, súbitamente, la superficie cultivada se disparó hasta alcanzar unos 24 millones de hectáreas en vísperas de la Primera Guerra Mundial—.[18]

Uno de los principales historiadores de Argentina describe a los inmigrantes llegando en «muchedumbres descomunales»; unos 5,9 millones entre 1871 y 1914, de los cuales 3,1 se quedaron, en un país que pasó de 1,7 millones de habitantes en 1869 (sin contar los indios) a 7,8 en 1914[19]. El flujo fue desigual, pues era reflejo de los acontecimientos políticos, la situación del mundo de los negocios y la presión demográfica en el país de origen. En la década de 1870, la inmigración neta alcanzó una media de 28 600 personas al año; en la de 1880 dicha cifra se triplicó, hasta llegar a 86 500. Después de ello, el flujo disminuyó, pasando a 40 600 en la de 1890 y, luego, en el siglo siguiente, especialmente entre 1904 y 1913, volvió a triplicarse, ascendiendo a 125 900.

Como es obvio, las cifras netas subestiman la contribución de los inmigrantes a la oferta de mano de obra. Muchos eran trabajadores agrícolas estacionales, los llamados «golondrinas», contratados mayoritariamente en el sur de Italia, con el viaje de ida y vuelta de Buenos Aires al lugar de trabajo pagado. Casi la mitad de los 290 000 inmigrantes anuales del decenio 1904-1913 volvieron a su patria, un promedio de 135 700. Económicamente, era ideal desde el punto de vista argentino: se traían segadores cuando hacían falta y luego se les mandaba de vuelta a casa. También les venía bien a los emigrantes, que podían explotar el hecho de que las estaciones de cosecha al norte y al sur del ecuador fueran complementarias. Pero tenía un grave inconveniente: se seleccionaban campesinos subempleados de poca cualificación e instrucción, cuya contribución potencial a la economía era limitada, incluso si se quedaban.

Además, las cifras no bastan para aclarar el fenómeno. Pocos de los europeos que se quedaron se nacionalizaron. Entre 1850 y 1930, menos del 5 por 100 de los inmigrantes adoptaron la nacionalidad argentina, entre otras cosas porque los ciudadanos de dicha nación tenían que prestar servicio militar[*]. Era una tierra que precisaba habitantes pero, a diferencia de Estados Unidos, tenía problemas para encontrarlos y conservarlos. En parte se debió sin duda a la falta de perspectivas económicas. También al hecho de que la lealtad hay que cultivarla y a que la indiferencia es uno de los defectos de las soberanías accidentales. ¿Qué defienden y quién las defiende[20]?

En cambio, la inmigración se disparó pronto en Estados Unidos, pasando de 14 300 al año en la década de 1820 a 259 800 en la de 1850. Con el triunfo de la navegación de vapor y la apertura del oeste, pasó de 281 000 en la década de 1870 a 524 700 en la de 1880, cayendo a 368 800 en la de 1890, para llegar a la cifra máxima de 879 500 en la de 1900, cuando en varios años se registró la entrada de más de un millón de emigrantes[*]. En conjunto, unos 32 millones de personas entraron en Estados Unidos entre 1821 y 1914, período en el cual la población pasó de 10 a 94 millones; un aumento porcentualmente inferior al de Argentina, pero muy superior en números absolutos[21].



SUDAMÉRICA DESPUÉS DE LA INDEPENDENCIA

A Paraguay, sin acceso al océano, le convenía por encima de todo vivir en paz con sus vecinos. Pero, en lugar de ello…

El carácter de la inmigración fue también significativamente diferente. La mayoría de los recién llegados a Estados Unidos procedían de las islas Británicas y el noroeste de Europa, aunque el sur y el este de Europa se unieron a este flujo a finales del siglo XIX. La mayor parte sabían leer y escribir; muchos, artesanos con formación (clasificados como «cualificados»); hasta el decenio de 1840, hubo más campesinos que peones[22]. Los inmigrantes eran atraídos por la perspectiva de hogares baratos y salarios elevados, y pocos iban al sur esclavista. En comparación con Latinoamérica, estos recién llegados trajeron consigo más conocimientos y aptitudes. Los emigrantes a Argentina tendrían que recuperar su retraso más tarde[*]. (Nunca llegaron a hacerlo).

Los especialistas de la emigración a América hablan de la importancia relativa de los procesos de atracción y repulsión. Es evidente que ambos desempeñaron un papel, cada uno en su momento. Algunos describen esta corriente migratoria como una especie de secuestro a gran escala. (A los europeos, en particular, les cuesta aceptar el componente de

rechazo de sus valores implícito en este éxodo). Disparates. Para la mayor parte de estos inmigrantes, Estados Unidos era una tierra de promisión y de posibilidades ilimitadas. Las consideraciones personales también tuvieron peso. Los inmigrantes afluían porque sus predecesores les escribían cartas entusiastas, aunque no siempre fidedignas, sobre la vida en el Nuevo Mundo. Cruzaban el océano porque lo habían hecho ya sus familiares, amigos y vecinos y, cuando llegaban, se instalaban en casa de estos o en su vecindad. Llegaban a un país que en el siglo XIX no ponía prácticamente ninguna traba a la entrada. Muchos regresaron a su país natal; un tercio, posiblemente. Pero la gran mayoría se quedó (o volvió de nuevo), encontró trabajo junto a sus allegados y se movió de acá para allá con una libertad que no habían conocido nunca en el Viejo Mundo.

Volvamos a Argentina. Su despegue económico no se produciría hasta la segunda mitad, o incluso el último tercio, del siglo XIX. Cuando tuvo lugar, siguió fielmente la teoría ricardiana del comercio. El principal sector de crecimiento fue la ganadería, que proporcionaba cuero y lana (a menudo juntos y exportados a centros de apelambrado como Mazamet, en Francia), sebo y carne de vacuno en salazón. Cuando llegó la técnica de la refrigeración en la década de 1880, supuso un gran revulsivo para la exportación de carne, especialmente a Gran Bretaña. En un primer momento, el proceso se adaptó mejor a la carne de ovino, pero cuando el método se perfeccionó y las temperaturas se hicieron más fiables y precisas, Argentina comenzó a enviar carne de vacuno refrigerada y luego congelada y mucho más sabrosa.

El sector agrícola no despegaba, fundamentalmente porque la mano de obra escaseaba; además, la oposición de los rancheros y los saqueos de los tenaces indios araucanos, que seguían combatiendo a los europeos trescientos años después de su llegada, constituían otros tantos impedimentos. (Como en el oeste norteamericano, o en este sentido también en África, fueron necesarias las armas de repetición para acabar con la resistencia de los nativos). La hostilidad de los indios es comprensible: luchaban por su tierra. Pero también la de los rancheros: la agricultura supone la instalación de vallas y el fin de las praderas abiertas. (Hay que evitar que el ganado pisotee los surcos y se coma las cosechas). Pese a esta oposición, como en el oeste de América del Norte, el alambre de espino, el sistema de vallado más barato e incómodo para el ganado que jamás se haya inventado, fue ganando terreno en Argentina[*].

La mano de obra no dejó de escasear durante la mayor parte del siglo XIX. De hecho, los campos de pastoreo seminómadas de las pampas no requerían una fuerza laboral demasiado numerosa, ni masculina ni femenina. (Las autoridades de Buenos Aires reunían de tarde en tarde grupos de prostitutas y las exilaban a esas provincias mayoritariamente pobladas por hombres, matando así dos pájaros de un tiro). Pero la dura tarea del transporte no contaba con demasiados adeptos. Los indios, como en Estados Unidos, no estaban dispuestos a trabajar ni aún a cambio de un salario, y la institución de la servidumbre no remunerada de los indios se abolió, al menos en principio, en 1813. También se prohibió el comercio de esclavos y, aunque los que ya estaban en el país siguieron siendo siervos, sus hijos nacieron libres; además, cualquier esclavo importado del extranjero quedaba manumitido al entrar[23].

La solución residía en la inmigración pero, en este caso también, el recuerdo de ayer pesaba sobre la conducta de hoy. Las normas de exclusión españolas habían desalentado la inmigración, que incluso después de la independencia se vio frenada por la inestabilidad política, la contratación selectiva y la falta de tierras libres. Fue uno de los legados más perjudiciales de la era colonial: se habían cedido vastos territorios, a la iglesia y a los hombres poderosos e influyentes, y las sobras fueron recogidas ávidamente durante los disturbios que siguieron a la revolución. Ya hemos visto que tras las nuevas conquistas territoriales se procedía a repartos similares. Así, la campaña de 1879 contra los indios (que los argentinos bautizaron triunfalmente como «conquista del desierto») fue precedida y financiada por ventas de tierras, unos 8,5 millones de hectáreas, distribuidos entre 381 personas. Los compradores necesitaban toda la tierra que pudieran comprar puesto que, según se avanzaba en dirección sur, más árido se volvía el clima y más estéril la tierra. Patagonia podía alimentar quizás a una décima parte del ganado ovino por hectárea que la provincia de Buenos Aires.

Hasta el último tercio del siglo XIX no se aceleró la corriente migratoria: una cuarta parte procedía de España, la fuente tradicional, pero ahora ya la mitad eran italianos, procedentes de un país donde el crecimiento demográfico había superado el ritmo de creación de empleos, especialmente en el campo, del norte como del sur. Pocos venían del norte o el este de Europa y, de los que lo hacían, muchos se iban luego a Estados Unidos. Argentina era un territorio mediterráneo.

Durante muchas décadas, estos migrantes encajaron mal en esta sociedad orgullosamente atrasada, llena de ilusiones y prejuicios, singularmente refractaria a lo exterior. La mayoría se quedaron en Buenos Aires, con su cultura semicosmopolita. Los contemporáneos sagaces se desesperaban: «La conversión que con más urgencia necesita este país no es la del oro en papel o la del papel en oro, sino la de los habitantes de esta tierra que nacieron en Europa en seres humanos, con todos los derechos anejos a los miembros de una sociedad civilizada: la conversión de los súbditos extranjeros en ciudadanos[24]».

Cuando Argentina apretó el acelerador, en parte debido a la nuevas tecnologías, importadas (barcos de vapor, transporte por ferrocarril, maquinaria agrícola, refrigeración de la carne), en parte al aumento de la demanda europea (crecimiento de la población, incremento del poder adquisitivo), la producción y los ingresos crecieron sustancialmente, hasta alcanzar coeficientes similares a los de las naciones europeas en vías de industrialización. Cabe señalar, sin embargo, que fueron más reducidos que los de otras sociedades de los confines del mundo (véase el cuadro 20.1). Ni siquiera en las afortunadas circunstancias que concurrían en Argentina podía la agricultura generar por sí sola la productividad, la renta y los aumentos salariales necesarios para generar una economía equilibrada[25]. Los trabajadores agrícolas, y en particular los peones contratados (inmigrantes), por lo común no reciben más que una fracción de los salarios pagados en la industria.

Mientras tanto, los estancieros, rancheros, profesionales, funcionarios y tenderos que les abastecían iban enriqueciéndose. Como en todas partes, los relojes de pared y de pulsera eran signo e instrumento a la vez de una sociedad moderna, consciente del valor

del tiempo. Los relojeros suizos y norteamericanos compitieron por este mercado nuevo, fabricando máquinas de medir el tiempo imponentes, al gusto latino[26]. A finales del siglo XIX, Argentina era un ejemplo brillante del éxito de los productos básicos, y los optimistas le predecían un futuro tan próspero (o casi) como a Estados Unidos. Aún hoy, los economistas neoclásicos se entusiasman con este caso práctico que ilustra las bondades de la ventaja comparativa.

CUADRO 20.1

*Producción per cápita de determinados países fronterizos, 1820-1989 (en dólares estadounidenses EPA de 1985)**

	EE.UU.	Argentina	Australia	Canadá
1820	1.219	1.039	1.250	1.330
1870	2.244	1.515	3.143	1.846
1890	3.101	2.370	3.949	3.515
1913	4.846	3.112	4.553	6.112
1950	8.605	4.972	5.970	11.385
1973	14.093	4.080	10.369	17.236
1989	18.282		13.538	

EPA = Equivalente de Poder Adquisitivo

FUENTE: Maddison, «Explaining the Economic Performance of Nations 1820-1989», cuadro 2-1.

Pero ¿fue tan bueno como pudo haberlo sido? En el país había grandes fortunas y, sin embargo, «por razones que nunca se han aclarado… ha dependido siempre del capital extranjero y ha estado por lo tanto sometida a las naciones prestamistas, de una forma que compromete seriamente la capacidad del país de ocuparse de sus propios negocios[27]». Los británicos construyeron los ferrocarriles argentinos —menos de 1000 kilómetros en 1871, más de 12 000 dos décadas después—, pero lo hicieron en función de las necesidades británicas: transportar carne y trigo a los puertos. No para desarrollar los mercados interiores, como les reprochan los argentinos. Pero ¿cómo se construye una red similar sin fomentar los mercados nacionales? Y, si no se fomentan, ¿de quién es la culpa? ¿Qué indica eso acerca del espíritu de empresa de los nativos? Los argentinos no se planteaban estas preguntas. Siempre es más fácil echarle la culpa al Otro. Lo único que se consigue así es generar un antiimperialismo xenófobo y un sentido autodestructivo de culpa.

Pese a todo, la bondad de la naturaleza subsanó las deficiencias. El crecimiento económico no se detuvo con la entrada en el siglo XX, ni en la agricultura ni en el incipiente sector industrial, que adoptó el patrón de inversiones directas por parte de empresas multinacionales, especialmente en el sector de la elaboración de alimentos[*]; de la sustitución de importaciones, por parte sobre todo de las pequeñas empresas (la mayoría en manos de extranjeros, muchos de los cuales, en la década de 1930, fueron refugiados judíos), y fue fomentado por períodos de reducción de la oferta (durante la Primera Guerra Mundial, por ejemplo), unos pocos aranceles protectores, acuerdos bilaterales y controles de divisas[28].

No debe exagerarse la importancia de este sector industrial tardío y de pequeñas dimensiones. Los datos del censo de 1914 —después de veinticinco años de agricultura combinada y de intensa inmigración— muestran que más de la mitad del capital «industrial» se encontraba en la minería; una cuarta parte en los servicios públicos y solo el 13,6 por 100 puede caracterizarse como «básicamente productivo[29]». Esta producción, de

importancia secundaria, no da demasiadas muestras de inventiva ni de capacidad de adaptación. La rentabilidad no aumenta con el tiempo. Medró (o sobrevivió) en condiciones de trabajo primitivas, que recuerdan a las fábricas siniestras de la Revolución industrial británica, pero eran aún peores, puesto que al estado le resultaba indiferente. Como a los empleadores, que opinaban que las bajas podían compensarse fácilmente merced a la mano de obra inmigrante. Sabían poco de la tecnología de sus propias fábricas y no cabía esperar que se plantearan mejorar su capital humano. Unos pocos instruidos trataron de persuadir a estos primitivos de que unos trabajadores más formados y unas mejores condiciones de trabajo podían redundar en su propio beneficio. Fueron tildados de utópicos y poco prácticos, se les achacó que no sabían nada de las fábricas ni de la industria. La industria se enredó en la tela de araña del atraso[30]:

> Cada sector de la industria tenía riesgos laborales específicos. En las fábricas textiles, metalúrgicas, de cerillas y de vidrio, el aire siempre estaba lleno de un polvo fino que irritaba los pulmones. En las fábricas de cuero, el proceso de curado requería el uso de ácidos sulfúricos, nítricos y muriáticos, así como de arsénico y amoníaco, que desprendían emanaciones dañinas en todas las naves. En los mataderos, los trabajadores andaban por suelos resbaladizos por culpa de la sangre coagulada, las entrañas y los excrementos de los animales. El hedor era insoportable. Los encargados de llevar la carne a las cámaras frigoríficas tenían que protegerse las manos y la cara con trapos o periódicos viejos, procurando no salpicarse la ropa con sangre fresca, que se congelaba en contacto con sus cuerpos. El reuma era una enfermedad corriente y pocos empleados de los mataderos aguantaban más de cinco años.

En suma, la industria argentina no fue conductora del crecimiento, sino más bien pasajera del mismo. Cuando volvieron a surgir problemas después de la Segunda Guerra Mundial, se apeó del vehículo. La mano de obra, en la industria y en la agricultura, no estaba satisfecha y abrazó las panaceas ideológicas —el anarquismo antes de la Primera Guerra Mundial, el peronismo después de la segunda— que constituyen la venganza de los desheredados. El economista Paul Samuelson atribuyó esta alienación a la discrepancia entre atraso económico e indiferencia social, por una parte, y precocidad política, por otra[31]. El pueblo quería lo que ni la economía ni el estado le podían dar.

Hoy en día, Argentina trata dolorosamente de dejar atrás la opresión y la brutalidad política, la temeridad militar y la depresión económica. En particular, la táctica de hacer «desaparecer» a los radicales sospechosos, por no mencionar a los enemigos personales, a menudo arrojando a los prisioneros al mar desde aviones, o de que los carceleros y asesinos secuestren y «adopten» a los hijos de las víctimas (un detalle particularmente horripilante, que recuerda los días de la Inquisición), han dejado un legado de horror y repulsión. Pero también, paradójicamente, los populismos, con sus eslóganes, han creado el fermento de cierta identidad nacional.

Los estudiosos locales y los simpatizantes extranjeros han atribuido el fracaso del desarrollo en Latinoamérica, aún más doloroso si se compara con lo ocurrido en América del Norte, a las fechorías de las naciones más ricas y poderosas. Esta vulnerabilidad se ha calificado de «dependencia», lo que implica una situación de inferioridad en la que uno no es dueño de su propio destino, sino que debe plegarse a los designios ajenos. Huelga precisar que el Otro aprovecha su superioridad para apoderarse de la producción de las

economías dependientes, como hicieron los primeros soberanos de la era colonial. La bomba que alimentaba al imperio se convierte así en la bomba del imperialismo capitalista.

Sin embargo, el hecho de apropiarse de naciones independientes y soberanas pasa por la concesión de préstamos y la realización de inversiones; el pillaje puro y duro no es una opción viable. Eso fue lo que ocurrió con Argentina, que ahorró poco y se hizo cada vez más dependiente del capital extranjero[*].

Algunos economistas alegan que el capital extranjero frena el crecimiento; otros afirman que contribuye a él, aunque en menor medida que la inversión nacional. Obviamente, depende en gran parte del uso que se haga de él. Al mismo tiempo, nadie está dispuesto a rechazar dinero exterior por motivos de eficacia. Los políticos andan detrás de él y están dispuestos a dejar que los partidarios de la teoría de la dependencia se retuerzan las manos.

Un economista atribuye la baja tasa de ahorro en Argentina al rápido crecimiento de la población y al elevado índice de inmigración, a lo que yo añadiría las malas costumbres en materia de consumo de ostentación. Sea como fuere, los flujos de capital extranjero han sido función tanto de la evolución de la oferta en el extranjero como de las oportunidades que ofrecía Argentina. Durante la Primera Guerra Mundial, los británicos necesitaban dinero y tuvieron que liquidar sus activos en el extranjero. Aunque siguió siendo el principal prestamista de Argentina, dejó de desempeñar el papel de promotor del crecimiento que había tenido en décadas anteriores. Estados Unidos y otros países inyectaron algo de actividad en la economía, pero la situación política y los ciclos mercantiles imperantes en el exterior fueron una vez más determinantes, de modo que Argentina se topó con problemas intermitentes pero constantes, tanto en lo que respectaba a las sumas como a las condiciones de la inversión y el crédito extranjeros. Todo ello propició conflictos con los prestamistas, lo que a su vez motivó una reacción aislacionista, con la adopción de medidas restrictivas que no hicieron más que agravar las penurias y la dependencia. Cuando los economistas y políticos argentinos denunciaron esta situación y los crímenes, reales e imaginarios, perpetrados en nombre de intereses extranjeros, no hicieron más que agravar el problema. No pongo en duda el hecho de que la autarquía económica protegiera a las economías de Argentina y otros países latinoamericanos de los peores efectos de la gran depresión. Así son las autarquías. Pero también las mantuvieron apartadas de la competencia, los estímulos y las oportunidades de crecimiento.

Las tesis «dependentistas» han florecido en Latinoamérica. También se han exportado con éxito, haciendo eco, tras la Segunda Guerra Mundial, a los apuros económicos y a la concienciación política de las colonias recientemente liberadas. Los cínicos dirán incluso que las doctrinas de la dependencia han sido el producto más exportado por Latinoamérica. Pero son perjudiciales para el espíritu de empresa propio y para la moral. Al fomentar la propensión enfermiza a encontrar culpable a todo el mundo menos a uno mismo, promueven la impotencia económica. *Aunque fueran ciertas, habría que desecharlas*.

EL ESTILO LUSO-BRASILEÑO

Gilberto Freyre, en su estudio clásico sobre la civilización brasileña, *The Masters and the Slaves*, distingue la política española de colonización de la portuguesa. Mientras que los españoles introdujeron restricciones en función de la nacionalidad y la religión, a los portugueses solo les preocupó la religión. Los inmigrantes podían ser de cualquier procedencia, siempre y cuando fueran católicos romanos. En algunas épocas se mandó a un monje a inspeccionar las naves que atracaban en los puertos brasileños, para que comprobara la salud de conciencia y el credo religioso de los recién llegados.

Poco importaba lo demás, porque solo la fe era el sello de la identidad común. «Mientras el anglosajón considera que un individuo es de su raza solo si este es del mismo tipo físico que él, el portugués se olvida de la raza y considera su igual a todo aquel que profesa su misma religión». (Así son los mitos del orgullo nacional, como atestigua el propio título del libro de Freyre). El autor compara la «suavidad» de estos controles con la brusquedad de los inspectores sanitarios y de los funcionarios de policía de nuestros días (como si fueran comparables), y concluye con la siguiente afirmación:

> Lo que más se temía en el inmigrante católico era al enemigo político que pudiera minar o debilitar la solidaridad que había crecido al amparo de la religión católica. Afortunadamente, dicha solidaridad se mantuvo intacta a lo largo de toda nuestra era colonial, sirviéndonos de escudo común contra los calvinistas franceses, los holandeses reformistas y los protestantes ingleses. Hasta tal punto que resultaría en verdad difícil distinguir lo brasileño de lo católico: el catolicismo fue en realidad el cimiento de nuestra unidad[32].

«¡Muero con mi patria!»[*]

En los anales del desarrollo impuesto desde arriba, de la industrialización por decreto, ningún caso resulta más conmovedor y quijotesco que el de Paraguay, bastión republicano atrapado en las junglas y bosques de América del Sur, a centenares de kilómetros del mar. Algunos estudiosos, seducidos por este experimento —se ha llegado a hablar de «despegue» económico—,[33] lo ven como una ilustración más del espíritu de empresa de los nativos y de sus aspiraciones acalladas por los imperialistas europeos y sus secuaces locales[34]. Se trata de una interpretación errónea de un patrón de desarrollo prematuro con fines políticos que no es único.

Paraguay era un país excepcional bajo todos los conceptos, el más indio (guaraní) del continente, pues la explotación de los nativos fue impedida por la intercesión de los jesuitas, que habían sido autorizados a establecer distritos autónomos, tan alejados de los tesoros y el tráfico comercial que habían permanecido en buena medida aislados. Además, los españoles necesitaban a los guaraníes: sin ellos, no habrían podido defender la zona contra las incursiones de los portugueses y brasileños.

Tras la independencia, como tantos estados nacidos de la descomposición del vasto imperio español, Paraguay cayó casi sin solución de continuidad en manos de dictadores. Las leyes hablaban de una república, pero en la práctica la soberanía recaía sobre un solo hombre, en una mezcla de despotismo benevolente y tiranía populista[*]. El primero de esos dictadores (así se hacía llamar), el doctor Gaspar Rodríguez de Francia, fue un personaje especial. Era un ideólogo jacobino y, como muchos de los jacobinos franceses,

abogado de formación. Quiso instaurar una república de seres iguales, siendo él más igual que los demás. Era el «líder orgánico», el elitista que encarnaba la voluntad popular[35]. Cultivaba su imagen. Cuando venía a verlo un indio de algún pueblo, recibía al solicitante con una cortesía exquisita, se sentaba junto a él, le palmeaba la espalda, irradiaba interés y calor humano. Pero cuando quien solicitaba la audiencia era un terrateniente o un burgués, el dictador Francia le hacía esperar una eternidad, que tamborileara los dedos un buen rato, hasta que por fin lo recibía con muestras de desdén e impaciencia.

Se trataba de una discriminación de clase (una acción positiva), pero también de raza: la línea divisoria en la sociedad paraguaya era la misma para ambos. El dictador supremo quería fomentar la especificidad guaraní de la sociedad, someter a la élite española y criolla. Para ello, prohibió los matrimonios entre blancos, exigiéndoles que buscaran esposa entre las indias, mulatas y negras[36]. Resulta difícil precisar con qué rigor se aplicó esta regla, pero demuestra una conciencia de la situación racial y revela un esfuerzo deliberado por evitar la segmentación basada en el color que caracterizaba al resto de la sociedad latinoamericana.

El dictador Francia y sus sucesores, López padre y López hijo, trataron de convertir el país en una suerte de Esparta de las luces: igualitaria, instruida, disciplinada y valerosa. La educación elemental sería gratuita y obligatoria a partir de los siete años de edad, una ambición heroica. Aunque era más fácil decirlo que hacerlo, el sistema comenzó con 5000 alumnos, pasando a 17 000 bajo Carlos Antonio López en 1857, y a 25 000 en 1862, aproximadamente la mitad de la población en edad escolar. «¡Se trata probablemente de un récord para el futuro tercer mundo, logrado en el siglo XIX!», ha exclamado un admirador[37]. Los alumnos habían de aprender las tres reglas (lectura, escritura y aritmética), además de una especie de catecismo cívico. Así sabrían quiénes eran y por qué eran como eran. Los instructores, como buenos soldados de servicio, llevaban «traje de faena del gobierno»: dos camisas, dos pares de pantalones, un poncho, un gorro y una bufanda. Los materiales didácticos eran difíciles de conseguir, porque los enemigos argentinos cerraban el acceso fluvial, pero en los primeros tiempos el estado logró hacerse con cinco mil flautas (o pífanos), una por niño. Cabe recordar que la música formaba parte del programa de estudios ideal para Platón, o la importancia de este arte en las escuelas de Muhammad Ali en el Egipto coetáneo, de la misma época (véase más adelante, el capítulo XXIV). Pero Muhammad Ali no aspiró nunca a la escolarización universal.

El problema de los estados ideales y reformistas es que se refuerzan con cada mejora, pero acaban sucumbiendo a alguna tentación. Amenazan y subvierten a sus vecinos, ponen en peligro el equilibrio de poderes y el *statu quo*. Este tipo de acciones provocan reacciones. Así, los dictadores de la pequeña Paraguay alimentaron ambiciones, junto a temores de amenazas de los países más grandes que le rodeaban: en pocas palabras, una especie de paranoia racional, latentemente irracional. (¿Quién ha dicho que los paranoicos no tienen enemigos?). La principal amenaza procedía de Argentina, que veía Paraguay como una provincia rebelde y trató de anexionársela[38]. Pero todos los países limítrofes veían con malos ojos los experimentos revolucionarios de su vecino.

De modo que los líderes de Paraguay se decidieron a crear los cimientos de su economía y a dotarse de las armas precisas para defenderse y atacar en todas las direcciones. No solo necesitaban armamento, sino herramientas y maquinaría para la industria, que no podían

obtener más que en Europa y, aunque Paraguay, con su herencia india, sentía aversión por las cosas europeas, era más fácil que sus habitantes ultramarinos les prestaran más ayuda que sus codiciosos vecinos.

Carlos López fue el primero en firmar contratos, en nombre del gobierno paraguayo, con proveedores europeos para la compra de barcos de vapor, motores de vapor y una fábrica industrial (que constaba de una fundición y una forja para la fabricación de armas, de importancia capital). Las compras se sufragaron con un reducido volumen de productos naturales de exportación (fundamentalmente, hierba mate, una hierba parecida al té, ligeramente adictiva) y unos préstamos muy modestos contraídos ante un constructor naval y abastecedor londinense. Se emprendió la construcción de una red de ferrocarril y de telégrafos, pero la vía férrea avanzó a un ritmo demasiado lento, a unos pocos kilómetros al año, hasta que la proximidad de la guerra hizo que se intensificaran los esfuerzos. Se contrataron unos doscientos técnicos europeos, aunque distaban mucho de ser los mejores. Huelga precisar que esta infraestructura rudimentaria no servía para realizar exportaciones de calidad, pero se encontró un mercado en el ejército y en la población nativa india, que no tenían acceso a las importaciones extranjeras[39].

Al propio tiempo, los paraguayos compraron armas a Europa, por lo general viejas, pequeñas y obsoletas, y construyeron fortalezas para defenderse en caso de guerra. Una de ellas, en particular, situada en Humaitá, en un meandro del Paraná, permitía cortar a discreción el acceso por el río a los barcos enemigos, incluidos los argentinos. (Siempre podían replegarse). Los vecinos, por su parte, alertados por varios incidentes y declaraciones, empezaron a armarse. En particular, los brasileños compraron barcos acorazados, con la idea de forzar el paso del Paraná si era preciso.

No es fácil decir quién fue el primero ni qué hizo. Así suelen ser las guerras[40]. Pero es un hecho que Paraguay no dudó en lanzarse al combate. Tenía su correspondiente cuota de *casus belli*, pues las fronteras de esa zona no estaban muy delimitadas. Se habían incumplido algunas formalidades triviales, como pedir autorización para atravesar territorios neutrales (al pasar por Argentina para llegar a Brasil y Uruguay). Fue la gota que colmó el vaso: en mayo de 1864, Brasil, Argentina y Uruguay unieron sus fuerzas para aplastar a ese país molesto. Paraguay, merced a su servicio militar universal y su tropa en situación de reserva, disponía de hecho de más hombres armados que sus tres enemigos juntos, pero los aliados tenían una reserva mucho mayor de reclutas potenciales, además de un material superior. El tiempo estaba de su parte.

Sin embargo, durante tres años sus esfuerzos toparon una y otra vez con la fortaleza de Humaitá, con una guarnición de millares de soldados, erizada de cañones[*], equiparla con su propia fundición y forja; era una «maravilla militar, un bastión inexpugnable, una Sebastopol del sur». Finalmente, los brasileños trajeron sus acorazados, con sus quillas de hierro impasibles frente a los cartuchos enemigos. Sus cañones rompieron el gigantesco candado que bloqueaba el río. Los paraguayos replicaron enviando barcos llenos de soldados, que se lanzaron valerosamente al abordaje de las naves enemigas, bajo el fuego continuo de sus propias baterías. Una vez a bordo, descubrieron que todo estaba herméticamente cerrado; las escotillas selladas, la tripulación bajo cubierta. Y los navíos brasileños procedieron entonces a barrer la cubierta con fuego de enfilada, masacrando a los intrusos.

Entonces comenzó el sitio. El comandante brasileño hizo llegar una nota a su homólogo paraguayo, el general Alen, en la que le ofrecía una cuantiosa suma (2,5 millones de pesos de oro) y le daba garantías de conservar su rango y su puesto en el ejército aliado si entregaba la fortaleza. La respuesta de Alen merece reproducirse: «General —le decía—, no tengo tanto dinero que ofrecerle, pero si rinde a su escuadra, le daré la corona imperial de Brasil». De modo que los aliados no dejaron de bombardear y disparar, hasta que la fortaleza quedó reducida a cenizas. Alen notificó sus pérdidas y su derrota inminente al comandante en jefe, pero López le ordenó que siguiera resistiendo. Alen lo intentó, fracasó y, cuando no le quedaron más esperanzas, se pegó un tiro en la cabeza. Era el modo más fácil de desaparecer. Finalmente López permitió que la guarnición abandonara el campo de batalla: quedaban 2500 supervivientes esqueléticos que no tuvieron más remedio que rendirse a las tropas, cuatro veces más numerosas, que los rodeaban. Furioso, López arrestó a la mujer del sucesor en el mando de Alen y la encadenó. ¿Quién sabe? A lo mejor había sido ella la que le había convencido de que se rindiera. López la torturó y azotó durante una semana y, finalmente, convencido de que ya no sentía dolor alguno, hizo que la mataran de un tiro.

Al final, la ferocidad y el coraje —las mujeres paraguayas lucharon con tanto ahínco como los hombres— no pudieron contra la superioridad numérica y la mejor calidad del armamento enemigo: armas blancas y mosquetes contra cañones con el ánima rayada y fusiles Gatling. López condujo una reducida tropa mal armada de supervivientes a un rincón pantanoso del país. Le quedaba tan poca munición que las ejecuciones tuvieron que realizarse con arma blanca. Cuando los paraguayos se quedaron sin balas, se defendieron con piedras y cristales rotos. El propio López combatió hasta la muerte: hasta su muerte, la de su hijo mayor y la de la gran mayoría de la población masculina de Paraguay, es decir, unas bajas que ascendieron en conjunto (entre ambos sexos) al 70 por ciento de la población total[41]. «¡Muero con mi patria!». Se dice que casi todos los paraguayos conocen de memoria esta historia y ese grito, cuya palabra clave es *con*: muero *con* mi patria.

Para celebrar esta victoria, los brasileños organizaron en Río uno de los conciertos más extravagantes que registra la historia: dieciocho pianos, una orquesta de seiscientos cincuenta músicos, un batallón armado de infantería y dos cañones de campaña[42].

Paraguay era un pequeño país, y la locura de sus soberanos le costó centenares de miles de víctimas y muchas décadas de pobreza. El siglo siguiente produciría insensatos y bellacos mucho mayores y un número infinitamente más elevado de víctimas.

Capítulo XXI

EL IMPERIO CELESTE: ESTANCAMIENTO Y RETROCESO

Finalmente Inglaterra agacha la cabeza.
El mérito y la virtud de mis antepasados habrán llegado a sus distantes playas.
Aunque sus tributos son banales, mi corazón los aprueba sinceramente.
Las rarezas y el ingenio pomposo de sus artefactos no aprecio yo.
Aunque lo que traen es insignificante, sin embargo,
En mi amabilidad con las gentes de lugares alejados les respondo con generosidad,
Para preservar mi buena salud y mi poder.

Poema del emperador Qienlong
con motivo de la embajada de Macartney (1793)

Los europeos que en el siglo XVI navegaron por el océano Índico y se abrieron camino hasta China tuvieron un encontronazo inesperado con la condescendencia de aquellas gentes extrañas. El imperio celeste —el nombre lo dice todo— se veía como la entidad política más excelsa del mundo: la primera en dimensiones y en población, la primera en antigüedad y experiencia, intocable en sus logros culturales y en su sentido de superioridad moral, espiritual e intelectual.

Los chinos vivían, en su opinión, en el centro del universo. En torno a ellos, razas menores se arracimaban, atraídas por su esplendor, trataban de alcanzar aquella luz, ganaban ascendiente rindiendo pleitesía y tributo. El emperador chino era el «hijo de Dios», único, representante del poder celeste hecho a imagen y semejanza de Dios. Los escasos llamados a entrar en su presencia mostraban su temor reverente haciendo *kowtow*, es decir, arrodillándose y tocando el suelo con la frente nueve veces. Otros lo hacían ante cuanto emanara de él, una carta o un simple ideograma escrito a mano. El papel sobre el que escribía, la ropa que vestía, todo lo que tocaba participaba de su esencia divina[*].

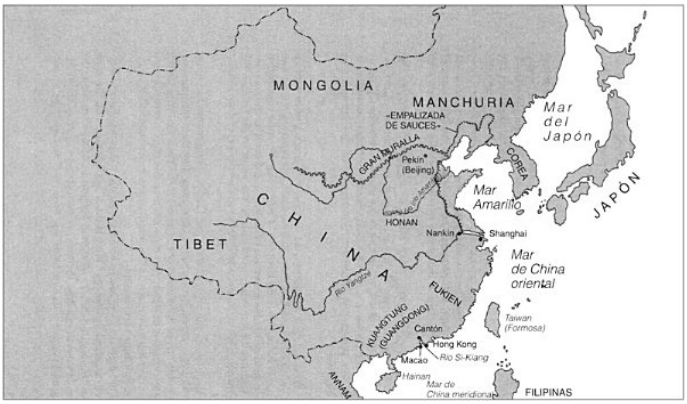
Los representantes y administradores del emperador eran escogidos mediante exámenes que versaban sobre las epístolas y la moral de Confucio. Esos funcionarios mandarines encarnaban la cultura china superior, su prestigio, unidad y carácter sublime. Su autoestima y arrogancia tenían buen terreno de expresión y ejercicio en sus subalternos, y solo eran comparables a su propia «sumisión sobrecogedora» y autodegradación ante sus superiores[1]. Nada ilustra mejor cómo competían por humillarse como el episodio de la audiencia matutina, en espera de la cual se agrupaban centenares de cortesanos, que permanecían de pie, al raso, ya lloviera, hiciera frío o calor, desde medianoche hasta la

llegada del emperador, momento en que le rendían homenaje. No estaban perdiendo el tiempo, puesto que su tiempo pertenecía al emperador. Ningún mandarín podía permitirse llegar tarde, y la puntualidad no era suficiente: la verdadera demostración de celo era llegar antes de tiempo[2].

Este triunfalismo cultural, combinado con una tiranía mezquina para con los inferiores, hizo de China un país con pocas ganas de mejorar y aprender. Las mejoras habrían puesto en tela de juicio las ortodoxias cómodas y podían propiciar insubordinaciones; lo mismo ocurría con el saber y las ideas importadas[3]. Y, a fin de cuentas, ¿qué había que aprender? Este rechazo de lo extranjero era tanto más vehemente cuanto mayor era la arrogancia que lo sustentaba. Es la paradoja del complejo de superioridad: es intrínsecamente inseguro y frágil. Los que lo padecen lo necesitan y no temen nada tanto como la contradicción. (Los franceses proclaman hoy con tanta insistencia la superioridad de su lengua que tiemblan ante la idea de tomar prestada una palabra, especialmente si procede del inglés)[*]. Así, la China de la dinastía Ming, convencida de su ascendiente, temblaba de miedo ante el reto de la tecnología occidental, que estaba ahí para ser enseñada.

Irónicamente, los primeros visitantes portugueses y misioneros católicos usaron las maravillas de la tecnología occidental para abrirse paso hasta China, asombrando a los pueblos a su paso. El reloj mecánico fue la llave que abrió todas las puertas. Como hemos visto, se trataba de una megainvención europea de finales del siglo XIII, crucial por su contribución a la disciplina y la productividad, pero también por su potencial de perfeccionamiento y su papel de incentivo, en la frontera entre la técnica mecánica y el arte de fabricar herramientas. El reloj de agua, comparativamente, correspondía a una era anterior.

Para los funcionarios de la China del siglo XVI, el reloj mecánico era una suerte de máquina prodigiosa, que no solo medía el tiempo, sino que divertía y entretenía. Algunos tocaban música; otros tenían autómatas, figuras animadas que se movían rítmicamente a intervalos regulares. Los relojes, por lo tanto, eran el tipo de cosas que el emperador quería ver y con las que gustaba de divertirse, que había que mostrarle para granjearse su favor, que todo cortesano celoso tenía que enseñarle antes que los demás. No era fácil. Ese artefacto mágico tenía que ir acompañado. El instinto y la costumbre china dictaba que los extranjeros debían mantenerse a una prudente distancia, confinados en algún lugar periférico como Macao y permitírseles solo excepcionalmente que se acercaran al centro. Pero el reloj del siglo XVI necesitaba de un ayudante relojero.



CHINA A FINALES DE LA DINASTÍA MING Y PRINCIPIOS DE LA DINASTÍA Q'ING, SIGLOS XVI Y XVII
La «empalizada de sauces» rodeaba las colonias chinas de la región de Liao-tung y las separaba del resto de Manchuria.

Es indudable que los chinos amaban los relojes de pared y de pulsera. Sin embargo, sus asistentes europeos no les hacían tan felices. El problema era el concepto chino de la unicidad de la cultura, de los vínculos entre las cosas, los pueblos y lo divino. Los sacerdotes católicos que les llevaban aquellos artefactos eran vendedores muy particulares. Trataban de convertir a los chinos al único dios trino verdadero de la iglesia romana, y los relojes tenían un propósito doble: eran un billete de entrada y un argumento en pro de la superioridad cristiana. ¿No eran acaso superiores en el más amplio sentido moral quienes podían hacer aquellas cosas, quienes poseían por añadidura conocimientos astronómicos y geográficos? ¿No era su fe más verdadera y sabia?

Los jesuitas viajaban dispuestos a defender esta tesis, haciendo más laxos al mismo tiempo las normas y los ritos de la iglesia para adaptarlos a las necesidades del momento. (Los ideogramas chinos que representan la veneración de los antepasados, por ejemplo, se convirtieron en los significantes de la misa cristiana). Los legos europeos hicieron lo propio. A continuación reproducimos las palabras de Gottfried Wilhelm von Leibniz, coinventor del cálculo infinitesimal y filósofo:

> ¿Qué dirán estos pueblos [persas, chinos] cuando vean esta máquina maravillosa que habéis construido, que representa el verdadero estado del cielo en cualquier momento? Creo que tendrán por cierto que la mente del hombre tiene algo de divino, y que esa divinidad ha sido comunicada de modo especial a los cristianos. El secreto de los cielos, la grandeza de la tierra y la medición del tiempo son el tipo de cosas a las que aludo[4].

A veces, este argumento causaba sensación. Los misioneros católicos tuvieron algunos éxitos parciales, aunque les costó más persuadir a sus receptivos «conversos» de que fueran exclusivistas (no había más fe que la «verdadera»), siguiendo la tradición europea. Pero la mayoría de los chinos veían claramente lo que había detrás de sus pretensiones: un ataque a la ostentación china de su superioridad moral, un embate a la autoestima de aquel país.

La respuesta, por consiguiente, tenía que ser el repudio o la minusvaloración de la ciencia y la tecnología occidentales[5]. Como dijo el emperador K'angh Hsi, el hombre más

abierto y curioso por los métodos occidentales y el más celoso en su enseñanza, «aunque algunos de los métodos occidentales sean diferentes de los nuestros, e incluso puedan constituir una mejora, poco tienen de nuevos. Los principios de la matemáticas derivan todos del *Libro de las mutaciones*, y los métodos occidentales son todos originariamente chinos…»[6].

Ese era el mito reconfortante. Así que los chinos, que no estaban dispuestos a renunciar a los relojes, que los querían, optaron por trivializarlos, considerándolos juguetes, lo que era cierto para muchos, o como símbolos no funcionales del rango social, inaccesibles a los *hoi polloi* (el populacho). La China imperial premoderna no consideraba que el conocimiento del tiempo fuera un derecho. El tiempo pertenecía a las autoridades, que tañían (proclamaban) las horas, y tener un cronómetro personal era un privilegio excepcional. Por ello, aunque la corte imperial creó talleres para la fabricación de relojes e hizo que los relojeros jesuitas formaran a algunos especialistas nativos, los fabricantes chinos nunca alcanzaron la calidad de los relojeros occidentales, por carecer de los mejores profesores y de competencia y emulación comerciales. La China imperial nunca tuvo una industria relojera similar a la de Europa.

En el mismo pecado de orgullo (o indiferencia) incurrieron los chinos ante el armamento europeo. Estaban ahora ante algo que nada tenía que ver con un juguete. Los cañones y los mosquetes eran instrumentos letales, y por lo tanto de poder. Los chinos solo podían codiciar esos artefactos, pues en el siglo XVII la dinastía Ming tuvo que luchar por sobrevivir y perdió terreno ante los tártaros del norte. En esas décadas marcadas por la guerra, las invenciones europeas podían haber inclinado el fiel de la balanza de su lado.

Pero los chinos no llegaron a aprender a fabricar fusiles modernos. Más aún: pese a conocer y utilizar el cañón desde el siglo XIII, habían perdido los secretos y la práctica del oficio. Las murallas y puertas de sus ciudades tenían emplazamientos para cañones, pero estaban vacíos. ¿Para qué? Ningún enemigo de China los tenía[*]. Pero China sí tenía enemigos, fuera y dentro. A ninguna nación europea se le habría ocurrido renunciar a reforzar su arsenal ante la debilidad del enemigo: en lo tocante a la muerte, los europeos eran partidarios de la perfección. Además, la tecnología europea tenía un crecimiento exponencial: cada progreso propiciaba otro. Los documentos chinos, que dan fe de que cada paso adelante era seguido por un paso atrás, indican que se trataba de un proceso completamente distinto[*].

Ocurrió pues que, en 1621, cuando los portugueses de Macao ofrecieron cuatro cañones al emperador para granjearse su favor, tuvieron que enviar a cuatro artilleros con ellos. En 1630, los chinos contrataron a un escuadrón de mosqueteros y artilleros portugueses para que lucharan en su lugar, pero abandonaron la idea antes de ponerla en práctica. Fue probablemente una decisión sabia, porque los mercenarios han supuesto la muerte o usurpación de más de un régimen[*]. Pero los Ming sí contrataron a algunos portugueses como profesores, y más adelante hicieron que los teólogos-mecánicos jesuitas les construyeran una fundición y fabricaran cañones.

Estos cañones se cuentan entre los mejores que jamás tuvo China. Algunos todavía se usaron en el siglo XIX, doscientos cincuenta años después. La mayoría de las armas de fuego chinas, en cambio, duraban poco, eran célebres por su escasa fiabilidad y más peligrosas para los hombres que las disparaban que para sus enemigos. (Hay testimonios de que los

proyectiles llegaron a estar hechos de barro seco, que al menos permitían que la fuerza de la explosión saliera por la boca del cañón). Por lo general, las autoridades chinas no veían con buenos ojos el uso de armas de fuego, quizás porque dudaban de la lealtad de sus súbditos. En vista de la ineficacia de aquellas armas, uno se pregunta qué temían. Presumiblemente las mejoras derivadas del uso[7].

Todo esto puede parecer irracional para una persona consciente de la relación entre medios y fines, pero esa no era exactamente la cuestión: el problema es que los fines eran diferentes. Para los europeos, la guerra servía para matar al enemigo y vencer; los chinos, fuertes por la abundancia de sus tierras y de sus habitantes, pensaban de otra manera. Así glosa Mu Fu-sheng (un pseudónimo) el punto de vista imperial:

> … la derrota militar era la razón técnica por la que debíamos adquirir el saber occidental, pero era también la razón psicológica por la que no debíamos adquirirlo. Instintivamente, los chinos preferían admitir la derrota militar, que puede invertirse, a atravesar una crisis psicológica; la gente puede soportar la humillación, pero no degradarse a sí misma… Los mandarines veían en ello una amenaza a la civilización china, dejando de lado cualquier consideración de tipo económico o político, y trataron de oponerse a esta amenaza sin tener en cuenta los peligros económicos y políticos arrostrados. Anteriormente, los chinos no habían tenido que renunciar a su orgullo cultural: eran los gobernantes extranjeros quienes adoptaban la civilización china. Por ello no tenían ningún ejemplo en su historia que pudiera servirles de referencia para hacer frente a aquella crisis[8].

La indiferencia por la tecnología corría pareja con la oposición a la ciencia europea. Los clérigos cristianos no solo traían consigo relojes, sino también conocimientos (en ocasiones obsoletos) e ideas. Algunas interesaron a la corte, en particular la astronomía y las técnicas de la observación celeste eran útiles para un soberano que ostentaba el monopolio del calendario y usaba su maestría del tiempo para controlar a la sociedad en su conjunto. Además, los jesuitas formaron a estudiantes con talento que desarrollaran aquellas enseñanzas por su cuenta y riesgo: matemáticos que aprendieron a usar los logaritmos y la trigonometría y astrónomos que elaboraron nuevas tablas astronómicas.

Sin embargo, pocos de estos adelantos salían de Pekín (Beijing) y pronto las nuevas enseñanzas se toparon con una reacción patriótica que esgrimía en su apoyo la obra de períodos anteriores, olvidados hacía tiempo. Un líder de esta vuelta a las fuentes (Wen-Ting, 1635-1721) examinó los textos matemáticos de la dinastía Song (siglos X a XIII) y proclamó que los jesuitas aportaban poca luz nueva. Posteriormente, sus manuscritos fueron publicados por su nieto con el título de *Perlas rescatadas del río Rojo*[9]. El título era más elocuente de lo que se proponía: por entonces, la «investigación» científica china sugería la imagen del dragado de sedimentos aluviales.

Mientras tanto, la ciencia europea seguía aumentando el desfase entre ambas culturas, y varias oleadas de hombres de iglesia fueron trayendo a China conocimientos cada vez superiores (aunque siempre hasta una distancia respetable de la frontera). Sin embargo, su misión era entorpecida por innumerables prejuicios. Habían insistido tanto en el vínculo entre conocimiento científico y verdad religiosa que cualquier revisión de aquel suponía un repudio de esta. ¿Cómo exponer entonces los progresos de la ciencia europea, en constante proceso de cambio? En 1710, un astrónomo jesuita quiso usar las nuevas tablas planetarias basadas en el sistema copernicano, pero su superior no se lo permitió, por temor a «dar la

impresión de una censura de lo que nuestros predecesores tuvieron tantos problemas en demostrar y a que ello sirva de pretexto a nuevas acusaciones contra la religión [cristiana[10]]».

Esta xenofobia intelectual no afectaba a todos los habitantes de China. Unos cuantos funcionarios sagaces y al menos un emperador comprendieron que al imperio le interesaba sobremanera aprender estos métodos nuevos. Pero la maldición aneja a la condición de extranjero siguió vigente. En una carta fechada en noviembre de 1640, el jesuita von Bell escribía: «La palabra *hsi* [occidental] es muy poco popular, y el emperador no usa en sus decretos más que la palabra *hsin* [nuevo]; de hecho, la primera palabra solo se usa para mofarse de nosotros[11]».

Los adalides de la modernización se enfrentaban, además, no solo a la malevolencia sino también a las intrigas de un medio palaciego en el cual las innovaciones se juzgaban en función de sus posibles efectos sobre la ley del más fuerte. Cualquier propuesta suscitaba reticencias; cualquier novedad ponía en peligro los intereses creados. Más aún: en todos los niveles, el temor a la reprimenda (o a un castigo peor) pesaba más que la perspectiva de una recompensa. Una idea buena acreditaba al superior inmediato; un error significaba invariablemente la censura de los subordinados. Era más sencillo decir a los superiores lo que estos querían oír[12].

Esta prudente aversión por el cambio llamó la atención de generaciones enteras de visitantes. Veamos lo que dijo el misionero jesuita Louis Le Comte (1655-1728): «[Los chinos] valoran más el objeto más defectuoso de la antigüedad que el más perfecto de los modernos, siendo en ello muy diferentes a nosotros [los europeos], que solo amamos lo que es nuevo[13]». George Staunton, secretario de Lord Macartney, desanimado ante la indiferencia de los chinos por sus propuestas de mejora de los canales, se lamentaba de que «en este país consideran que todo es excelente y que las propuestas de mejora son superfluas, cuando no censurables». Medio siglo después, un fraile cristiano, Evariste Huc, dedicado a la labor propia de Sísifo de la evangelización, observaba con desesperación que «cualquier hombre de genio se ve paralizado inmediatamente por la idea de que sus esfuerzos solo le valdrán castigos, en lugar de recompensas[14]».

(La China imperial no fue la única. La represión de la inventiva y el cultivo de la mendacidad son defectos típicos de las grandes burocracias, ya sean públicas o privadas [corporaciones empresariales]. Los colegas teóricos, que supuestamente trabajan hombro con hombro, son de hecho adversarios. Compiten en el interior de la organización, no en un mercado libre de ideas, sino en un mundo cerrado de tretas y maniobras. La ventaja es para quienes ocupan los escalafones más altos).

El rechazo de la tecnología extranjera fue especialmente grave porque China quedó sumida en un letargo tecnológico y científico, explotando los antiguos adelantos y perdiendo ímpetu a medida que el talento cedía el paso a las prebendas. Después de todo, China era un mundo en sí. ¿Por qué no producía sus propias revoluciones científicas e industriales? Mil años antes, los chinos aventajaban considerablemente a todo el mundo, y sin duda a Europa. Algunos afirman que esta superioridad se mantuvo durante siglos. ¿Por qué, pues, «fracasó» China?

Algunos estudiosos chinos alivian su pena recurriendo a eufemismos: «La sociedad china, aunque estable, distaba de ser estática e inmutable… el ritmo era más lento… el grado de cambio menor[15]». (Cierto, pero no responde a nuestra pregunta). Otros niegan que sea una pregunta pertinente, alegando que no tiene respuesta o que es ilegítima. No tiene respuesta porque se dice que es imposible explicar por qué no se ha dado un fenómeno. (Lo cual es ciertamente falso desde el punto de vista de la lógica; la explicación de los grandes fracasos y éxitos es indudablemente compleja, pero ese es precisamente el objeto de estudio de la historia). Ilegítima, pues ¿de qué fracaso se está hablando? El mero uso de esta palabra impone a China normas y expectativas ajenas a dicho país. (¿Y por qué no? ¿Por qué no cabría esperar que China sintiera curiosidad por la naturaleza y deseos de comprenderla? ¿Quisiera hacer acopio de saber e ir de un descubrimiento a otro? ¿Aspirar al crecimiento y el desarrollo económico? ¿Realizar más trabajo con menos mano de obra? Los éxitos tempranos de China en estos campos dan aún más pertinencia a estas preguntas)[16].

¿Qué ocurre con las relaciones entre ciencia y tecnología? ¿Tenían una influencia mutua? A fin de cuentas, la ciencia no realizó en un principio las principales aportaciones a la Revolución industrial europea, que se produjo en buena medida gracias a los adelantos empíricos logrados por los profesionales. ¿Qué importancia podía tener por lo tanto para la tecnología china que la ciencia hubiera detenido su progreso en ese país en el siglo XVII?

En mi opinión, la respuesta reside en el hecho de que, tanto en China como en Europa, la ciencia y la tecnología fueron (y siguen siendo) las dos caras de la misma moneda. La reacción ante los conocimientos nuevos, ya sean de un tipo o de otro, es la misma, y la sociedad que cierra los ojos a las novedades de uno de ambos terrenos ya los ha cerrado a las novedades del otro.

Por añadidura, China carecía de instituciones de investigación y enseñanza, de escuelas, academias, sociedades culturales, de desafíos intelectuales y de competitividad. El concepto del toma y daca, la idea de auparse por encima de la competencia, la noción de progreso, no existían o apenas tenían eco en la sociedad. Se trata de una nueva paradoja. Por una parte, los chinos adoraban formalmente a sus antepasados intelectuales; en 1734, un decreto imperial imponía a los físicos de la corte la celebración de sacrificios rituales en honor de sus predecesores muertos[17]. Por otra, permitían que los descubrimientos de cada generación nueva quedaran sumidos en el olvido, para rescatarlos más adelante, en el mejor de los casos, en un ejercicio de búsqueda de antigüedades y objetos arqueológicos[*].

La historia de los avances chinos, por lo tanto, es un proceso jalonado de puntos luminosos, separados por el tiempo y el espacio, que no eran objeto de imitación ni de ensayo, ofuscados por la metáfora y una falsa profundidad filosófica, de difusión muy limitada (algo radicalmente distinto a la imprenta en Europa, por ejemplo): en suma, una dispersión de anécdotas. La terminología se inventaba en función de las necesidades de cada momento y caía rápidamente en desuso, de modo que los estudiosos deben hacer hoy grandes esfuerzos para descifrar ideogramas que por los demás conceptos les son familiares. El pensamiento se enmarañaba en buena medida en las redes de la especulación y el escepticismo metafísicos. En este sentido, el confucianismo, con su fácil desdén por la investigación científica, que menospreciaba por «intervencionista» y superficial, aportó su

contribución al descrédito de la disciplina: «Con el microscopio se ve la superficie de las cosas… Pero que nadie crea estar viendo las cosas en sí mismas[*]».

Esta ausencia de intercambios y de retos dialécticos, esta subjetividad, explican la fragilidad de los adelantos y la facilidad con que se perdía el ímpetu. *Los sabios chinos no tenían forma de saber cuándo estaban en lo cierto*. Son las investigaciones posteriores, en su mayor parte europeas, las que han descubierto los hallazgos y concedido la palma a los más inspirados. No es de extrañar que China reaccionara de una manera tan negativa a las importaciones europeas. No se debió solo a que los conocimientos europeos resultaran incomprensibles y un agravio implícito al orgullo chino. Por su efervescencia y la excitación que provocaban, por su urgencia y su competitividad, su compromiso radical con la verdad y la eficacia (si exceptuamos a los jesuitas), atentaba contra el principio de la supremacía del genio chino.

Y pasaron los años, las décadas y los siglos. Europa había dejado a China muy atrás. Al principio embargada por la incredulidad y el desprecio, cada vez fue más presa de la ansiedad y la frustración. Aunque habían empezado rogando y suplicando, los occidentales eran cada día más insistentes e impacientes. Los británicos vieron cómo las autoridades se negaban desdeñosamente a recibir a dos embajadas. En el tercer intento, en 1839, fueron a bordo de cañoneros y tiraron la puerta abajo a cañonazos. Otras naciones occidentales hicieron lo propio, hasta que los japoneses, con sus propias aspiraciones imperiales tras la restauración Meiji (1868), optaron por ponerse del lado de Gran Bretaña, Francia, Alemania y Rusia.

Pese a todo, los extranjeros apenas lograban arañar la superficie del reino de porcelana: unas pocas ciudades comerciales costeras; áreas de influencia incierta en el interior; derecho a importar opio, queroseno y productos manufacturados. No representaban más que una pequeña fracción del mercado, pero las dimensiones potenciales del mismo —¡con tantos habitantes!— convertían a China en El Dorado legendario de los siglos XIX y XX.

Dentro de su frágil cascarón, el imperio estaba inquieto, sus pobladores descontentos, el mandarinato dividido, los gobernantes inseguros. La dinastía Q'ing (pronúnciese «Ching»), que reinó entre 1644 y 1912, era originaria de Manchuria, no lo olvidemos. Un pequeño pueblo nómada de un millón aproximado de habitantes se había apoderado de una nación de millones de almas y la tuvo cautiva durante doscientos cincuenta años. Naturalmente, la dinastía había adoptado la cultura china y se había fundido en ella, pero no había desaparecido la diferencia de modales, ascendencia y privilegios. Los gobernantes se distinguían de los gobernados por signos exteriores (era obligatorio el uso de coleta para los varones), lo que era como una espina clavada en la piel de los chinos por nacimiento. Inevitablemente, la mayoría de la administración estaba compuesta por chinos que, pese a ser diligentes y leales, no podían ocupar puestos muy elevados en razón de su origen y al mismo tiempo eran estigmatizados por los suyos.

En los primeros años de la dinastía se produjeron mejoras. Se restauraron la paz y el orden; el abastecimiento de alimentos cubría la demanda. La mayor contribución de Europa al pueblo que creía tenerlo todo fueron los nuevos cultivos (patatas, boniatos, cacahuetes), que crecían en terrenos elevados, que de otro modo habrían permanecido yermos. Pero entonces la población china creció exponencialmente —la reacción

malthusiana clásica— y, cuando el suministro de alimentos fue insuficiente, volvió a aparecer la hambruna, el hambre y los disturbios. El emperador Kangxi (K'ang Hsi), que reinó de 1662 a 1722, acababa de ser enterrado cuando empezaron los motines, fácilmente reprimidos en un primer momento, pero el descontento se iba larvando.

Los chinos eran fácil presa de la xenofobia. El extranjero focalizó el miedo y el odio, se convirtió en el supuesto origen de los problemas, la opresión y las humillaciones. Estas acusaciones estaban justificadas en parte: el poder absoluto no saca a relucir las inclinaciones más nobles de los hombres. Pero, en la medida en que exoneraba de responsabilidad a los nativos por sus padeceres, atribuyéndosela a otros, era una muestra de escapismo autodestructivo. La más virulenta y devastadora de estas explosiones internas fue la llamada rebelión de Taiping (1850-1864), una revuelta de instigación religiosa que, pese a proclamarse defensora de los valores nativos, estaba parcialmente inspirada en el milenarismo cristiano. Costó una década sofocarla y se saldó con 20 millones de víctimas.

Estos brotes de ira paralizaron la modernización económica. La participación extranjera en el capital y la gestión de las empresas, por ejemplo, complicaron sumamente la introducción del ferrocarril. Los barcos de vapor se equiparaban con los cañoneros, considerándose meros instrumentos de penetración y opresión. La mecanización, frenada por la abundancia de mano de obra y la reticencia de las mujeres a trabajar fuera de casa, fue lobo de la misma camada[18]. Todo ello hizo que la industria fabril tuviera un grado de implantación mínimo a finales del siglo XIX, apenas presente en los asentamientos extranjeros de los puertos abiertos por tratado al comercio extranjero, cuales forúnculos extraterritoriales en la piel del imperio chino. Dado que el país no podía defenderse de las importaciones extranjeras mediante aranceles —prohibidos en virtud de los tratados abusivos impuestos desde el exterior—, estas empresas «plantadas» tuvieron escasa influencia ejemplar sobre la economía nacional. China siguió siendo abrumadoramente agrícola, con una pequeña pátina de artesanía.

Y pobre. Evarist Huc, que viajó por toda la China como misionero entre 1839 y 1851, da fe de la miseria imperante:

> … es indudable que la desastrosa pobreza del imperio celeste no tiene parangón en ningún país del mundo. No pasa un año sin que un número aterrador de personas muera de hambre en una u otra región de China; y el número de los que se limitan a sobrevivir de un día a otro es incalculable. En cuanto se registra una sequía, una inundación o cualquier accidente que afecte a la cosecha de una provincia, dos tercios de la población quedan reducidos inmediatamente a la indigencia. Se les ve desfilar en bandas nutridas —como auténticos ejércitos de mendigos—, yendo todos juntos, hombres, mujeres y niños, en busca de algo de alimento a las ciudades y pueblos… Muchos se desploman por las cunetas y mueren antes de alcanzar el lugar donde esperaban recibir ayuda. Se ven sus cadáveres en los campos y jalonando las carreteras, y se pasa de largo sin hacer caso de ellos, por ser ese horrible espectáculo tan familiar[19].

«¡VIVA LA CIENCIA MODERNA Y UNIVERSAL! ¡MUERA LA CIENCIA OCCIDENTAL!»

Nada enturbia tanto la clarividencia de un historiador como las heridas del pasado. Esto parece ser especialmente cierto cuando se estudian los países y pueblos que el tiempo ha

maltratado. Antaño ricos, han quedado sumidos en la pobreza. Antaño gloriosos, han caído en desgracia. Estos perdedores y víctimas llevan consigo los recuerdos de días mejores y un resentimiento alimentado por experiencias amargas. Y el historiador, que trata de comprenderlos y hacerlos comprensibles a los demás, que quiere conocerlos y estimarlos, se ve inmerso en una campaña encaminada a justificar su pasado, a restablecer su dignidad, a aliviar sus heridas.

Es un empeño digno de encomio, pero puede convertirse en un obstáculo al progreso de la ciencia. El ejemplo más evidente de este fenómeno lo ofrece la historiografía de China, ese ombligo del universo, el imperio más rico y populoso del mundo hace mil años, todavía digno de admiración hace unos tres siglos, para convertirse luego en objeto de escarnio y compasión. El deseo de los sinólogos de defender a China de las injurias extranjeras ha propiciado la aparición de una pequeña escuela de teóricos comprometidos con su defensa, caracterizada por lo común por un elevado grado de erudición que intimida en un primer momento, y deseosos de dar mayor lustre a los logros chinos y enmendar las críticas occidentales.

En ningún caso está esta resistencia a aceptar la realidad tan presente, tan injustificada incluso, como en las discusiones sobre el pretendido fracaso de la ciencia y la tecnología chinas, especialmente en el contexto de los contactos de ese país con Europa. A muchos sinólogos no les gusta que les recuerden dicho fracaso, principalmente por dos motivos. En primer lugar, los occidentales lo han visto a menudo como un indicio de debilidad y una prueba de su superioridad. En los siglos XVII y XVIII, hasta los visitantes que admiraban China de una manera general, así como su gobierno, su filosofía, sus ciudades amuralladas, sus patrones urbanísticos de calles rectangulares, sus productos manufacturados y otros muchos aspectos concretos de esta civilización, solían criticar la ciencia china y mofarse de ella. ¡Qué falta de delicadeza!

En segundo lugar, nada molesta más a los habitantes y el gobierno de la China de nuestros días que esta condescendencia. En el pasado, los chinos veían su país como el «único centro verdadero de la civilización[20]». ¿Cómo deben verlo ahora?, ¿como el vagón de cola del tren europeo? ¿Cómo conciliar la aspiración a alcanzar el grado de desarrollo de la ciencia europea con un legado de autoestima sublime? Respuesta: insistir en el carácter universal de la investigación científica y el progreso tecnológico —que confluyen en una corriente única— y poner de relieve las contribuciones de China a este empeño. «Los logros de la antigua ciencia y tecnología china demuestran que el pueblo chino tiene la capacidad necesaria para ocupar el lugar que le corresponde en el concierto de las naciones[21]».

Los sinólogos occidentales han salido en defensa de China. Una de sus tácticas ha consistido en restar importancia a las diferencias. ¿A qué tanto revuelo? ¿A qué se debe esa fascinación por los contactos y conflictos entre Oriente y Occidente? China, según afirman estos eruditos, tuvo que labrarse su propia historia, y ver este hecho exclusivamente en clave de enfrentamiento, como si fuera una marioneta en manos europeas, expuesta a sus provocaciones y reacciones, es disminuirla y arrebatarle su esencia. Miremos hacia adentro más que hacia afuera.

Los antiguos emperadores habrían apoyado esta tesis. Pero no nos ayuda a comprender lo que ocurrió, puesto que es irrelevante para contestar a la pregunta del porqué de la

regresión china. No se soluciona un problema histórico de esta envergadura pretendiendo que no existe y pidiendo a la gente que mire hacia otro lado.

Una refutación similar consiste en afirmar que no sabemos lo suficiente acerca de la ciencia china para planteamos la cuestión. Hacerlo sería «una pérdida absoluta de tiempo, y también una distracción… hasta tanto la tradición china no se haya comprendido convenientemente desde dentro[22]». (¿Hasta cuándo? Nunca está de más seguir aprendiendo de cualquier tema, pero no a costa de aplazar cuestiones pertinentes y de gran calado. De hecho, Nathan Sivin, responsable de esta advertencia y colaborador de Joseph Needham en la investigación de la historia de la ciencia china, hace caso omiso de su propio consejo y vuelve a abordar esta cuestión en otros contextos).

Más acertado ha sido el intento de acentuar los aspectos positivos, presentando un panorama alentador de los progresos chinos en el contexto de la ciencia universal. Podríamos llamarlo el enfoque multicultural: la casa del saber es un hogar compuesto por muchas moradas, y cada civilización ha escogido su propia senda para llegar a su propia verdad. El proceso se ha rematado, al menos en lo que respecta a la ciencia, con la convergencia de todas estas verdades en un producto común. La cita siguiente también es de Sivin:

> Los descubrimientos históricos de la última generación han dejado sin fundamento los viejos mitos de que la antigüedad de la ciencia moderna sea exclusivamente europea y de que antes de la era moderna ninguna civilización ha sido capaz de hacer ciencia si no era bajo el influjo europeo. Gradualmente hemos ido comprendiendo que ya existían tradiciones científicas que difieren de la europea en aspectos fundamentales —desde las técnicas, pasando por los marcos institucionales hasta llegar a las concepciones de la naturaleza y de las relaciones del hombre con ella— en el mundo islámico, en India y China, así como en civilizaciones de ámbito más reducido. Hemos descubierto que estas tradiciones y la tradición de Occidente, en lugar de ser corrientes separadas, han tenido influencias mutuas más o menos continuas, desde sus inicios hasta que fueron sustituidas por variedades locales de la ciencia moderna, a cuya configuración han contribuido[23].

He aquí el nuevo mito, presentado como una premisa. Como otros mitos, trata de poner la verdad al servicio de fines más elevados, de poner su contenido al servicio de otras causas. En este caso, el mito está en lo cierto cuando señala que la ciencia moderna, en el curso de su desarrollo, ha incorporado los conocimientos descubiertos por otras civilizaciones, y que ha absorbido y combinado ese saber y esos conocimientos técnicos con los descubrimientos europeos. Sin embargo, el mito yerra al presuponer una interacción simétrica continua entre las diferentes civilizaciones.

En un principio, cuando China y otras naciones llevaban la delantera, casi todos los flujos de transmisión de conocimientos tenían una sola dirección, desde el exterior de Europa hacia ella. Esa fue la gran virtud de Europa: a diferencia de China, Europa fue un aprendiz, y sin duda tuvo una gran deuda con los primeros descubrimientos e invenciones de ese país. Posteriormente, como es obvio, las cosas cambiaron: cuando Europa inventó la ciencia moderna, la corriente fluyó en dirección opuesta, aunque se topó con una resistencia considerable. En este sentido, el mito también resulta engañoso cuando da por supuesto que la aportación al acervo común fue equivalente e indiferenciada. El grueso de la ciencia moderna se debe a la aportación de Europa, especialmente a ese hito de los siglos XVII y XVIII que se ha dado en llamar «Revolución científica». No solo la ciencia no occidental

no aportó prácticamente nada a este proceso (aunque su contribución fue mayor de lo que sospecharon los europeos de la época), sino que en aquel momento era incapaz de participar en ella, por su grado de atraso o por haber errado el camino. No se produjo nada semejante a una corriente común.

Todos estos hechos no han impedido la propagación del nuevo evangelio, porque en esta clase de asuntos los historiadores se convierten a menudo en siervos de sus ideales y de sus necesidades. La espuria motivación ideológica y política de esta teoría puede inferirse del texto que reproduzco a continuación:

> Las personas instruidas de todo el mundo están hoy en condiciones de valorar la importancia de las nuevas revelaciones sobre la tradición científica china… El nuevo interés por estos temas ha supuesto un incremento, pequeño pero perceptible, de la estima que el mundo siente por China. Más concretamente, ha hecho que todos los científicos del mundo empiecen a participar en los intercambios que contribuyen a que los científicos chinos se integren plenamente en la comunidad científica internacional[24].

Como si todavía hoy hiciera falta que les animaran[25].

Capítulo XXII

JAPÓN: LOS ÚLTIMOS SERÁN LOS PRIMEROS

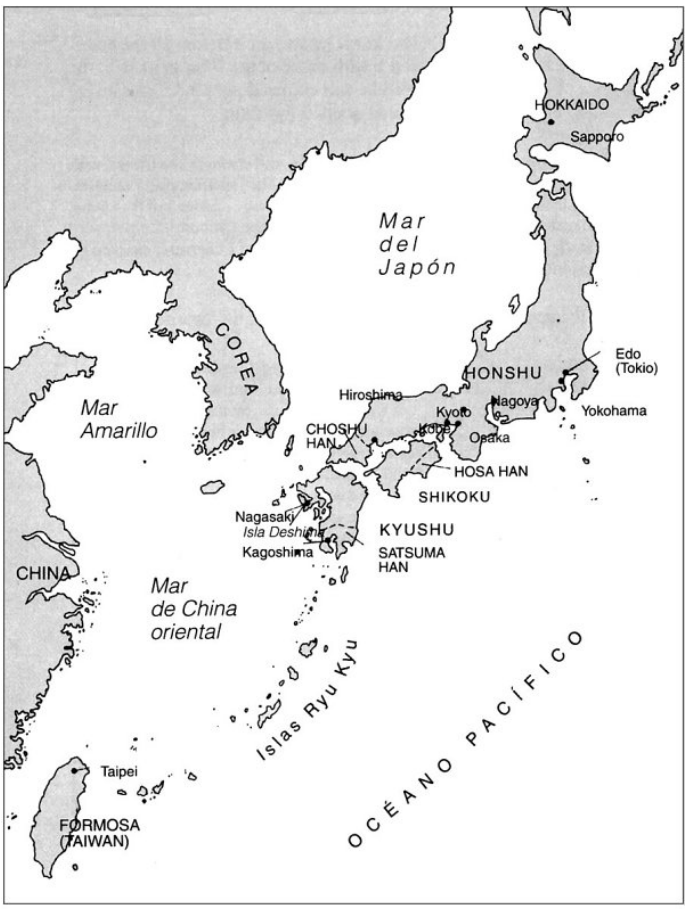
No creemos en ningún modo que [Japón] llegue a ser jamás rico: las ventajas conferidas por la naturaleza, con la excepción del clima, y el amor por la indolencia y el placer de sus habitantes lo impiden. Los japoneses son una raza feliz y, contentándose con poco, es poco probable que consigan mucho.

Japan Herald, 9 de abril de 1881[1]

Una vez en China, era inevitable que los europeos llegaran a la legendaria Cipango (Japón). (En realidad, los primeros europeos que pisaron suelo japonés, en 1543, habían sido arrojados a tierra por una tormenta). Habían oído maravillas de esas islas: oro «inagotable» por doquier, palacios con tejados y techos de oro, mesas de oro puro «de un grosor considerable»… Oro, oro, oro[*]. Por no mencionar todas esas almas que esperaban la salvación.

El Japón que encontraron fue muy diferente del de los rumores. Oro sí había, pero no lo suficiente para atizar las pasiones. Como en China, el pueblo era gobernado por un emperador, pero más en la teoría que en la práctica, puesto que el territorio estaba dividido en pequeños reinos o dominios (que los japoneses llamaban *han*), cuyos gobernantes parecían gozar de un poder absoluto sobre sus súbditos. Estos reinos guerreaban entre sí de manera intermitente. De hecho, en la segunda mitad del siglo XVI, Japón estaba bañado en sangre.

Este hecho atrajo a los visitantes europeos, cuya experiencia personal les hacía respetar la fuerza y la violencia. Como dijo un jesuita portugués, los que conocían Japón «lo ponían por delante de los demás países del este, y lo comparaban con los del oeste, por sus dimensiones, su abundancia de ciudades, y su pueblo guerrero e instruido[2]». Esta imagen pervivió, incluso después de que los japoneses dejaran de luchar:



JAPÓN Y COREA, *C.* 1850. FIN DE LA ERA TOKUGAWA Y COMIENZO DE LA ERA MEIJI

Las islas japonesas constituían un pequeño mundo de centros urbanos comerciales que rivalizaban entre sí, unidades provinciales semiautónomas (los *han*), e islas mar adentro que quedaban, sin embargo, confinadas al aislamiento de estos países.

El carácter nacional está sorprendentemente marcado, y contrasta fuertemente con el que suele imperar en toda Asia. Los japoneses difieren en particular de los chinos, sus vecinos más próximos… En lugar del carácter sumiso, tranquilo, metódico y servil que los convierte [a los chinos] en súbditos ideales y respetuosos del despotismo, los japoneses tienen un carácter donde destaca la energía, la independencia y un concepto del honor muy altivo[3].

Los europeos estaban acostumbrados a las gentes extrañas; los japoneses, no:

Al principio, los japoneses se asombraron de ver a hombres con barbas pelirrojas y ojos azules, y luego quedaron atónitos ante la potencia natural de sus fusiles y de su pólvora. Se les hizo comprender la grandeza del mundo… mediante los pájaros extraños, las bestias curiosas, la seda preciosa y el hermoso damasquinado traído de las islas de las regiones tropicales y de China. Fueron deslumbrados por las ideas y las enseñanzas… el pueblo japonés, considerando aquello como un todo, creyó que había un nuevo cielo y una nueva tierra muy lejos, del otro lado del mar, y estaba ansioso por conocer aquella civilización. Ya que esa civilización no tenía nada que ver con el estudio metódico del confucionismo, sino que eran las maravillas del progreso lo que tenían delante de los ojos. Los que

> venían de ese nuevo cielo y esa nueva tierra subieron el precio de las mercancías, que se habían convertido casi en una droga, ante la sorpresa de los japoneses, y solicitaron un suministro muy variado, de modo que incluso una hoja de césped o un árbol tenían valor comercial… Los japoneses no podían comprender por qué ese comercio extranjero les resultaba provechoso. Hacerse amigos de los portugueses, y por lo tanto ricos y fuertes, y aprender su civilización, era el ideal de aquella época[4]…

En estas circunstancias, los europeos recibieron una acogida mucho más calurosa que en China, donde los habían querido poner en cuarentena, como si de una infección se tratara. En cuanto comprendieron los extraordinarios poderes de esos extranjeros —por ejemplo, el hecho de que pudieran matar a un pájaro volando de un tiro—, los japoneses les abrieron los brazos y rivalizaron entre sí por aprender sus secretos. También trataron de comerciar con ellos, pues los beneficios eran sustanciales. Y los europeos, por su parte, viendo una oportunidad de instalarse en esa sociedad acogedora y enriquecerse, hicieron lo posible por serles útiles. Esos maravillosos y exóticos japoneses tenían productos con valor mercantil y daban un valor desproporcionadamente alto a las cosas europeas e inconscientemente bajo a las suyas. Se estaban abrazando dos mundos, cada uno de los cuales se consideraba tan afortunado como generoso era el otro.

Los japoneses estaban dispuestos a aprender porque sus aspiraciones no conocían límite. Su mitología hablaba de un soberano descendiente de la diosa del sol y de una tierra en el centro de la creación. Se consideraban un pueblo escogido, de dominadores y guerreros cuyo territorio legítimo era todo el este de Asia[*]. Habían estado mucho tiempo subordinados culturalmente a China, como receptores más que dispensadores de conocimientos, alumnos más que profesores. Su escritura ideográfica y sus instrumentos de escritura procedían de China; su lengua también, en gran medida[*]. El hecho de que conocieran la seda, la cerámica y la imprenta, sus muebles y su estilo de pintura, sus creencias budistas y su conocimiento del confucionismo: todo se lo debían a China. Pero aprender nunca les hizo sentirse inferiores; por el contrario, se sentían intrínsecamente superiores a los chinos[5].

De modo que, cuando los japoneses se encontraron con los europeos, se pusieron a aprender de sus métodos. Copiaron sus armas, imitaron sus aparatos de medir el tiempo, muchos se convirtieron al cristianismo. Y siguieron sintiéndose superiores. La ola de cristianismo parecía destinada a anegar el país. La nueva fe gozó de gran predicamento entre los soberanos locales, y aún más entre los miembros marginales de una población ruda, que a duras penas lograba subsistir. El fenómeno respondía a las estrategias de conversión clásicas: que se conviertan primero los líderes y arrastren consigo a sus súbditos; o bien dar amor y alimentos a los necesitados de apoyo moral y material. Algunos *daimyo* (gobernantes de *han*) y samuráis (miembros de la aristocracia guerrera) se hicieron cristianos por convicción. El cristianismo ofrecía un consuelo y una espiritualidad de la que carecían los ritos y prácticas tradicionales en aquellas regiones. Otros se convirtieron por razones prácticas: el cristianismo era un atajo para acceder al comercio y a la ayuda tecnológica de Europa en un campo de batalla político muy enrarecido. Durante un tiempo, incluso los líderes supremos, Oda Nobunaga (soberano de 1568 a 1582) y después Totoyomi Hideyoshi (1586-1598), hicieron lo propio.

Aquel fenómeno no podía durar. Los intereses de los grupos religiosos tradicionales combatieron esta tolerancia infundiendo sospechas sobre los móviles que guiaban a

aquellos intrusos extranjeros. Sus acusaciones fueron confirmadas por las insinuaciones de los rivales no católicos de España y Portugal —los holandeses, por supuesto—, que describieron la actividad misionera de la iglesia romana como una preparación del terreno para las ambiciones políticas y comerciales de la península Ibérica. Y, en honor a la verdad, los capitanes y mercaderes portugueses, y sobre todo los españoles, dieron pábulo a estos temores por su conducta jactanciosa e intimidante. Habían adquirido malas costumbres y un lenguaje soez en las Américas, Filipinas y el archipiélago indonesio.

Bastará con un ejemplo para ilustrar este extremo. En 1597, un rico galeón español atracó en las costas japonesas. Los japoneses trataron de hacerse con el cargamento. El timonel solicitó ayuda al *taiko* Hideyoshi, jefe supremo de los señores de la guerra, e intentó intimidarlo haciendo gala del poder de su rey Felipe. Sacó un globo terrestre y le mostró el carácter universal de los dominios hispánicos, desde las Américas hasta Filipinas. ¿Cómo es posible que una nación tan pequeña posea dominios tan grandes? —preguntó el *taiko*—. Bueno —replicó el imprudente marino—, su Católica Majestad envía primero sacerdotes a cristianizar a la población, y estos conversos ayudan luego a las tropas españolas en su conquista. Ante tales argumentos, Hideyoshi se negó a devolver el cargamento y ordenó la crucifixión de veintiséis cristianos, diecisiete de los cuales eran japoneses y los demás, jesuitas y franciscanos europeos[*].

Además, en ese nido de serpientes de conflictos e intrigas, la única prueba que los cristianos no podían pasar con éxito era la de la lealtad en la tierra. Para los soberanos de Japón, no había obligación más importante que la fidelidad personal que un hombre debía a su señor, ni autoridad más absoluta que la de un señor sobre su súbdito, hasta el punto que le podía quitar la vida. La más leve insinuación de un amo sobre la conveniencia del suicidio de su siervo equivalía a una sentencia de muerte. ¿Cómo podía demostrarse lealtad si se ignoraba dicha insinuación? (La capacidad de los superiores japoneses para empujar a sus subordinados a practicar el harakiri y la facilidad con que ejercían esta prerrogativa son sorprendentes. Cuando los señores de la guerra Tokugawa Jeyasu y Oda Nobunaga eran aliados, este último tuvo la sospecha de que la mujer de Jeyasu y su hijo, casado con la hija de Nobunaga (ergo, su yerno), estaban complotando contra él. «Mátalos a ambos», le exigió a Jeyasu. Así que este hizo que ejecutaran a su mujer y ordenó a su hijo que se matara. Cosa que hizo. No es fácil decidir qué acto fue más cruel: la exigencia de Nobunaga o el acatamiento de Jeyasu. Pero el mero hecho de planteamos la pregunta indica que no pensamos como samuráis).

En cambio, para los cristianos japoneses la máxima lealtad y obediencia era para con Dios. Habían dejado de pensar como buenos japoneses. De modo que, cuando los jefes suspicaces ponían a prueba a los cristianos, estos no estaban a la altura de las circunstancias. Los budistas, confucionistas y xenófobos tenían razón. Se trataba de una amenaza para los valores y la estabilidad política de Japón. En 1612, después de muchas vacilaciones, Tokugawa Jeyasu prohibió la religión cristiana. Resulta difícil precisar cuántos japoneses se habían convertido hasta entonces. Quizás 300 000. Algunas estimaciones elevaban la cifra hasta 700 000, en una población de 18 millones de habitantes.

Los japoneses se pusieron a erradicar el cristianismo con una ferocidad especial. Nerón se habría avergonzado de su pusilanimidad. Se obligó a los cristianos a abjurar públicamente de su fe. Los que se negaban a apostatar o reincidían eran torturados y

quemados o decapitados, así como quienes ayudaban a los misioneros. El tercer *shogun* (jefe del ejército) Tokugawa, Iemitsu, fiel a la política de su abuelo y su padre, a menudo presenciaba personalmente las sesiones de tortura. Quienes ofrecían resistencia eran asesinados, hasta el último bebé que llevaran en los brazos. Cien mil guerreros cercaron a unos 37 000 cristianos, hombres, mujeres y niños, en Shimabara en 1637-1638. Trece samuráis murieron en la batalla encarnizada: no se dio ni se pidió cuartel. Más tarde, en 1671, el *bakufu* (el gobierno Tokugawa) se aseguró de que no nacieran más católicos. Todos los nacimientos tenían que inscribirse en un registro, desde Kyushu en el sur hasta Hokkaido, en el extremo norte, aportando un documento acreditativo de la práctica de la religión sintoísta o budista[6]. Esta ley estuvo en vigor durante más de cien años. Fue una suerte de nueva Inquisición, en esta ocasión contra los cristianos.

La persecución religiosa de las raíces y las ramificaciones de la fe cristiana no afectó en un primer momento a las relaciones comerciales, que resultaron muy lucrativas, pero a la larga ambas políticas fueron incompatibles, hecho que llevó a Japón al aislamiento comercial y cultural. Era el único modo de cerrar el paso a los misioneros cristianos y a su propaganda. En 1616, se negó el acceso de todas las naves mercantes extranjeras —salvo las chinas— a todos los puertos, con la excepción de Nagasaki e Hirado. Solo se concedió el permiso de residencia a los extranjeros en Edo (luego denominada Tokio), Kyoto y Sakai. En 1624, se prohibió la entrada de españoles; en 1639, de portugueses. Los ingleses dejaron de viajar hasta Japón. De modo que solo quedaban los holandeses.

A partir de 1633, las naves japonesas requerían autorización oficial para abandonar el país; tres años después, todas estaban confinadas en las aguas jurisdiccionales del país. A partir de 1637, se prohibió la salida de cualquier ciudadano, por cualquier medio: no había escapatoria. Aún más, nadie podía volver, so pena de muerte. Los japoneses que estaban en el extranjero comerciando, varias decenas de miles que se encontraban en Filipinas y el sureste asiático, quedaron condenados al exilio. Y en 1639, después de la eliminación de los cristianos de Shimabara (lo que los japoneses llamaron la rebelión de Shimabara), no se permitió la entrada de ningún extranjero por motivos comerciales, con la excepción de los coreanos, que podían hacerlo en una pequeña isla junto a Hondo (la isla principal), y de los holandeses y chinos, confinados a la isla artificial de Deshima, en el golfo de Nagasaki. Salvo cuando eran convocados, los holandeses permanecían en arresto domiciliario. Tenían dos calles llenas de tiendas y oficinas por donde pasearse. De Hondo se les enviaban alimentos, bebida, sirvientes y hetairas. Bebían, fumaban, jugaban a cartas y languidecían de aburrimiento y estupor. No era un buen destino, pero los japoneses querían que así fuera.

Todas estas decisiones se inscribían en un proceso más amplio de autopetrificación. Japón había tenido su ración de descubrimientos e innovaciones, de fuego y sangre. Ahora se quería congelar el orden social, fijar las relaciones de la jerarquía social y política e impedir la disidencia y los conflictos. Se trazaron líneas de demarcación entre las diferentes clases sociales: el rango quedaba fijado en el momento de nacer. Como en la organización social de la Europa medieval, cada grupo tenía su función social. Los samuráis dejaron de poseer tierras y de gobernar a sus vasallos. De señores pasaron a ser asalariados, se convirtieron en una aristocracia encargada de servir a sus señores, pero ya no de luchar, puesto que no habría más batallas. Esto les dejó sin razón de ser y fomentó sus bravatas. Se paseaban con dos espadas, una larga y otra corta (eran los únicos autorizados a portarlas),

y hacían sentir de malos modos su superioridad a los plebeyos. Muchos se limitaban a vivir de su sueldo y a dejarse embargar por la nostalgia de la vanagloria y de un código militar (*bushido*), que conllevaba una firme autodisciplina y hubiera podido aprovecharse mejor. Unos cuantos se dedicaron a la administración de los dominios (*han*) y cultivaron una ética del trabajo que un día convertiría la lealtad personal en un sentido de responsabilidad para con la patria. Los más pobres incluso tomaron la azada; un samurái tenía que comer y, como a sus homólogos europeos (el *hobereau* francés), no les avergonzaba labrar la tierra.

Los campesinos debían quedarse en su sitio y cultivar alimentos; los comerciantes, dedicarse al comercio y hacer dinero; los artesanos, crear objetos útiles y valiosos. Los matrimonios entre divisorias de clase estaban prohibidos; incluso entre los samuráis, los estamentos de mayor rango no podían casarse con los del otro extremo de la escala. El orden y la conveniencia por encima de todo, lo que significaba la detención del proceso de cambio: «A grandes rasgos deben respetarse las leyes antiguas. Las nuevas prácticas, prohibirse». Este inmovilismo se justificaba en términos confucionistas: «Es manifiesto que, en los asuntos de estado, si se siguen con meticulosidad las leyes y prácticas de quienes fundaron el estado y no se modifican, el estado durará por siempre jamás. Si los descendientes se vuelven contra las leyes de sus antecesores y elaboran otras nuevas, el estado caerá en el caos y perecerá sin ninguna duda[7]».

Una cosa es enunciar principios, otra lograr que funcionen. Tras décadas de guerra civil, la nueva dinastía de Japón estaba decidida a ahogar el más mínimo aliento de rebelión. Cuando Nobunaga ordenó a Jeyasu que matara a su mujer e hijo, este cumplió su orden, y cuando Jeyasu hubo vencido en la batalla de Sekigahara (1600) y fue nombrado *shogun* (1603), purgó a sus enemigos con la misma crueldad. La familia Toyotomi fue exterminada hasta el pariente más lejano, con la única excepción de dos niños pequeños. Miles de aliados de esta familia fueron perseguidos y ejecutados, y se colgaron sus cabezas en picas para que sirvieran de lección a los demás.

Fue una época de venganzas. Los clanes enemigos perdieron tierras y rentas. Los más afortunados fueron deportados a lugares distantes y se les concedieron feudos minúsculos, demasiado pequeños para sustentar a sus propietarios. El país empezó a llenarse de samuráis sin amos (*ronin*), hombres irascibles con espadas sedientas, que solo sabían luchar y andaban buscando pelea. Muchos de ellos hostigaron a la familia Tokugawa, pero al hacerlo se pusieron en evidencia y murieron en la purga subsiguiente[*]. Otros ocuparon el puesto de algún *daimyo* muerto sin heredero. Durante cierto tiempo, el shogunado, que trataba de consolidar su poder, sacó provecho de estas oportunidades haciendo revertir en beneficio propio esas heredades y asignándolas a sus aliados y favoritos. Pero el problema de los *ronin* se agravó hasta tal punto que en 1651 el *bakufu* decidió reconocer la legitimidad de las adopciones en el lecho de muerte y permitir que esos dominios se quedaran en la misma familia[*].

Para garantizar el orden en su imperio, los Tokugawa concibieron un régimen extraordinario, en virtud del cual tenían secuestrados a los *daimyo*. Con arreglo a un sistema de asistencia alterna (*sankin kotai*) instituido en 1634-1635, todos los *daimyo* tenían que fijar residencia en Edo así como en su dominio (*han*), y dejar mujeres e hijos bajo la supervisión y el control del shogunado. Y, aunque obviamente el señor tenía que vivir y ocuparse de sus asuntos en su dominio, no le quedaba más remedio que dividir su

residencia entre sus propiedades y Edo: un año en cada lugar, alternativamente. El señor, por su parte, se llevaba consigo a muchos subalternos: mejor tenerlos bajo control que complicándole la vida por su cuenta. En caso de emergencia, el señor podía pedir un permiso temporal para volver al *han* durante un período determinado de antemano. El *bakufu* apostaba tropas en los puntos de paso clave para controlar a todos los que se acogían a dicho permiso y verificar que contaban con la necesaria autorización. Esta doble residencia, además de los gastos de desplazamiento, costaba una pequeña fortuna. El *sankin rotai* no solo pretendía tener bajo control a estos perturbadores potenciales, sino también sangrar sus recursos[*].

Estos controles personales corrían parejos con una exclusión deliberada del saber y todo cuanto fuera extranjero. Naturalmente, los libros europeos estaban prohibidos, y las obras chinas, una fuente tradicional de moralidad y ciencia, pasaban ahora por un control muy riguroso. Bajo sus cubiertas podían acechar doctrinas europeas.

Se proscribieron incluso cosas potencialmente útiles. De los artefactos europeos que más habían atemorizado e impresionado a los japoneses, el más potente y atractivo era la escopeta, que también quedó prohibida. Con ella se habían decidido las batallas de las guerras civiles. Los japoneses se habían aficionado tanto a ella que habían aprendido a fabricarla por su cuenta y mejorado los modelos europeos. De hecho, en algún momento a finales del siglo XVI es más que probable que los japoneses fabricaran más mosquetes que cualquier nación europea[8]. Sin embargo, cuando cesaron las guerras y la nación quedó unida bajo un gobierno único, las escopetas dejaron de ser útiles. Por el contrario, solo podían promover disturbios. Más aún; la escopeta era un elemento de igualdad. Con ella, el más ruin de los plebeyos podía asesinar al mejor espadachín samurái. No se podía permitir tal cosa, de modo que ¡fuera las escopetas[*]! (Pero la pericia necesaria para fabricarlas servía también para una amplia gama de producción de maquinaria y de labores metalúrgicas: destornilladores, relojes mecánicos, más adelante palanquines y bicicletas. Un estudioso japonés ha afirmado que estas escopetas constituyeron «los cimientos de la tecnología Meiji»)[9].

Las otras dos aportaciones principales de Europa fueron las gafas y el reloj. Sabemos poco de la primera, salvo que los japoneses aprendieron a fabricarlas. En cambio, tenemos más información sobre el reloj, porque muchos de ellos han llegado hasta nuestros días. En este caso también, Japón hizo gala de su capacidad de apropiarse de un objeto extranjero. A diferencia de China, fabricó relojes a gran escala, y no solo para los príncipes, sino para una clientela más amplia y adaptándolos al gusto japonés. No podían encontrarse relojes similares en ningún otro lugar del mundo, y ningún otro país no europeo logró «indigenizar» este invento europeo[10]. Además, los japoneses, frente a los chinos, trataron de medir el tiempo a su manera. Al cabo de unos años, dejaron de importar relojes europeos y de comprarlos por pares, con la esperanza de que uno de los dos funcionara bien (¿pero cuál?). En lugar de ello, miniaturizaron sus propios relojes hasta hacerlos portátiles (la definición de un reloj de pulsera o de bolsillo). Y funcionaban bien.

Si he dicho «bien» es porque era imposible que fueran verdaderamente precisos, porque el concepto de la medición del tiempo de esa sociedad se oponía al del reloj mecánico, y no estaban dispuestos a cambiar de sistema. Los japoneses tenían horas desiguales, en consonancia con la desigualdad que hay entre el día y la noche, entre una

estación y otra. Dividían el día y la noche por separado en partes iguales, de modo que las horas diurnas solo coincidían con las nocturnas en los equinoccios y, por supuesto, las diurnas eran más largas en verano y más cortas en invierno, y viceversa en el caso de las horas nocturnas.

Por su parte, el reloj mecánico tenía un ritmo fijo, medía horas iguales en cualquier momento o estación, o al menos estaba hecho para eso. Los japoneses trataron de resolver este dilema ideando relojes que funcionaran a diferentes ritmos el día y la noche, o haciendo que variara la indicación de las horas, pero en el mejor de los casos no pasaron de ser soluciones temporales. Todas partían de una premisa errónea. En teoría, había que ajustar los relojes cada día, pero eso resultaba muy molesto, de modo que se corregía la hora cada dos semanas, en caso de que uno se acordara. Poco importaba, pues la hora indicada era inevitablemente aproximada.

Por otra parte, estas aproximaciones bastaban a efectos sociales. Incluso hoy, con nuestros relojes de cuarzo que tienen una precisión de segundos, vivimos con cierto margen de tolerancia, como cortesía para con los demás o por comodidad personal. Pero la falta de precisión en la medición del tiempo impidió a los japoneses explotar el potencial científico y técnico del reloj. Cuando decidieron retomar la senda de la modernización a finales del siglo XIX, abandonaron pronto su concepto del tiempo y adoptaron las horas iguales. (Los europeos lo habían hecho desde el primer momento, trocando las horas eclesiásticas por el tiempo civil).

La decisión de Japón de aislarse del mundo exterior, de volver a las tradiciones y vivir en una burbuja, recuerda al rechazo chino del oeste. La diferencia quizás estribe en que fue más inquebrantable en el rigor de sus principios. ¡Pero cuánta diferencia en los resultados! Los chinos, con algún cambio de detalle y pasando de un desafío político a otro, siguieron siendo esencialmente los mismos, mientras que los japoneses, sin dejar de aferrarse a los viejos valores, cambiaron en tal medida que lo tuvieron todo a su favor para industrializarse, cosa que habrían logrado al margen de que hubiera habido o no un desafío occidental, en vísperas de la restauración Meiji.

Pueden distinguirse dos aspectos en esta paradoja: 1) las fuerzas tendentes al cambio en el interior de Japón, y 2) el efecto de los contactos con el mundo exterior.

Para comprender el primer aspecto, veamos el Japón de los Tokugawa como una miniatura aproximada y burda de la Europa medieval. Tenía un gobierno global, el *bakuju* o shogunado —algo parecido al imperio o la iglesia romana, pero más poderoso— y una pléyade de provincias (*han*), que constituían más bien naciones independientes, no soberanas, por supuesto, pero dotadas de una considerable autonomía en muchos ámbitos y facultadas para adoptar iniciativas jurídicas y de regulación de la sociedad y la economía. La sociedad, por su parte, estaba ordenada jerárquicamente: en el extremo superior, una nobleza desprovista de tierras de guerreros-asalariados, cuyos estipendios se medían y pagaban con medidas de arroz; por debajo de ella, una clase mercantil nueva, «en expansión». En medio, los campesinos, respetados por los alimentos que cultivaban, y los artesanos, respetados por la calidad de su trabajo. En el extremo inferior, los «intocables», marginales y hereditarios, en particular los *eta* o *burakumin*, contaminados por su trabajo con animales muertos o cadáveres humanos. (Curiosamente, los samuráis, que tenían en su haber grandes carnicerías, eran honrados por ello).

En la Europa medieval, los señores feudales poseían tierras y obtenían la mayor parte de sus rentas en especie o en mano de obra (que producía ingresos en forma de cosechas). Sin embargo, con el tiempo, la aparición de un mundo nuevo, hecho de ciudades y burgos y la exposición a cosas y gentes extrañas, los señores y sus damas concibieron nuevas necesidades y apetencias. Para satisfacerlas, los terratenientes convirtieron cada vez una mayor parte de sus ingresos tradicionales en dinero, que podía gastarse a placer, de donde procede la tradición vigente en Europa occidental de trocar los derechos señoriales por rentas dinerarias (hecho que fue la clave de la emancipación de los campesinos).

En Japón ocurría lo mismo. El sistema tributario se basaba en el arroz, es decir, en el producto básico por antonomasia, y este régimen (*kokudaka-sei*) tenía por objeto proteger a la élite gobernante. El señor (*daimyo*) se llevaba aproximadamente el 30 por 100 de la cosecha, se quedaba la mayor parte para él y su familia y distribuía el resto a sus samuráis asalariados. A diferencia de los vasallos europeos, estos samuráis no poseían nada de tierra.

El sistema alimentaba a la población en función de su rango. En principio, no necesitaban nada más. Pero, dado que la vida no consiste solo en comer y que la apetencia de bienes no comestibles aumentaba con el rango, el señor y sus asalariados tenían que convertir gran parte de su arroz en dinero, para disfrutar de las cosas más agradables de la vida. Para ello se dirigían a los comerciantes, una clase que despreciaban, que desempeñaron un papel mucho más activo de lo previsto en lo que en principio debería haber sido una economía tranquila, pero que de hecho hervía de deseos insatisfechos. En este sentido, la naturaleza humana sacó partido de las disposiciones políticas, pues el sistema de residencia alterna y el ambiente social de Edo invitaban al despilfarro[11].

A su vez, eso empujó a los portadores de espadas a explotar más a los campesinos. Como dijo un superintendente fiscal, «Los campesinos son como semillas de sésamo: cuanto más se estrujan, más rendimiento se les saca». Una máxima muy inteligente, pero no conviene estrujar demasiado fuerte, pues, de lo contrario, pueden provocarse levantamientos o revueltas campesinas en las ciudades o en los *han*. (Como en Europa, la mejor protección contra la opresión era la posibilidad de evasión). Los historiadores han contabilizado unos tres mil disturbios campesinos entre 1590 y 1867, que fueron más numerosos y virulentos en la segunda mitad de este período y en las zonas más ricas. Sus objetivos predilectos fueron las casas y almacenes de los agricultores, comerciantes y prestamistas ricos. Era patente que la evolución de la economía estaba conmocionando el orden social y resquebrajando el contrato social.

Era más cómodo tomar dinero prestado que extorsionarlo. Los *daimyo* y samuráis conocían a sus comerciantes, muchos de los cuales ya participaban en el comercio de cereales y en la política. Ellos también conocían personalmente a sus clientes y no se sentían capaces de rechazarles los préstamos que les solicitaban[*]. Y es que nada podía ser más arriesgado para el prestamista: sus deudores eran más poderosos que él y podían negarse a devolverle el dinero. Además, con excesiva frecuencia aquellos sablistas contaban con el apoyo de las autoridades superiores, que tenían motivos personales para estar resentidos con el poder del dinero y decretaban reducciones generales de intereses y condonaciones de las deudas[*].

Pero este tipo de actitudes son de doble filo: los prestatarios habituales y los malos pagadores son insaciables. (Razón por la cual las naciones deudoras prefieren todavía hoy negociar sus tratos: aún necesitan dinero). El mero hecho de poder repudiar su deuda no significa que tengan dinero para vivir. La noticia de que incumplen sus obligaciones contractuales se difunde y pronto nadie quiere concederles préstamos. De modo que los *daimyo* y samuráis se mofaban de los comerciantes a sus espaldas, pero en su presencia los adulaban. En Japón, donde cada detalle de la etiqueta y de la lengua es indicio de superioridad o inferioridad, los guerreros manirrotos tuvieron que aprender a inclinar la cabeza, a hablar con suavidad, a dar regalos en especies en las épocas de cosecha, a conceder a los comerciantes el derecho a llevar una espada (aunque solo una) y a darles privilegios comerciales (preferibles a las reverencias, sonrisas y regalos).

De modo que los comerciantes fueron concediendo préstamos, y muchos se enriquecieron. Pero otros, por centenas, se estrellaron contra la roca de la mala fe. Los samuráis estaban dispuestos a entregar la vida por su señor y amo, pero su palabra carecía notoriamente de valor, y no solo la que daban a los comerciantes. A menudo estos se veían abocados a un callejón sin salida: estaban perdidos tanto si aceptaban como si se negaban a conceder un préstamo. El caso de Yodoya Tatsugoro se hizo legendario. Su familia había amasado una fortuna enorme prestando servicios, entre otros sufragar obras públicas en Osaka; ninguna casa comercial contribuyó tanto a convertir a esa ciudad en el centro comercial de Japón. Pero Tatsugoro, cabeza de familia de la quinta generación de la empresa, era demasiado rico para el bien público. Eran tantos los *daimyo* que le debían dinero que el interés del estado y la moralidad confucionista exigían que se le rebajaran los humos. En 1705, el *bakufu* confiscó su fortuna y acalló sus protestas alegando que llevaba una vida demasiado regalada para su condición social[12]. Viva la gratitud.

(No es tan terrible como lo que le ocurrió al francés Nicolás Fouquet, superintendente de finanzas del gobierno de Luis XIV a partir de 1653. Por haberse enriquecido y acaparado demasiado poder en un lapso de tiempo demasiado breve, ya estaba condenado a la ruina cuando invitó al rey a visitarle a su nuevo castillo y le deparó un recibimiento tan espléndido, tan regio, que Luis XIV se volvió implacablemente suspicaz. Ningún funcionario podía permitirse tal exhibición salvo si defraudaba a su señor. De modo que, después de un juicio amañado, Fouquet fue condenado en 1661 a prisión perpetua).

A la larga, pese a las coacciones y extorsiones de todo tipo a que fue sometida, la clase mercantil de Japón prosperó, fue adulada por los poderosos y exenta paulatinamente de restricciones a sus actividades. Estos hombres de negocios crearon una ideología y un concepto del trabajo y del rango social propios, así como normas de prudencia y estrategia encaminadas a protegerles de los hombres de las dos espadas. Sus principios básicos eran la obstinación, una desconfianza innata ante los extranjeros, una frugalidad que rayaba en el fanatismo y mucho carácter. Ante todo, la austeridad y su recompensa, la acumulación. «El samurái busca la celebridad y sacrifica a ella las ganancias, pero el hombre de la ciudad rechaza la fama y se lucra. Amasa oro y plata. Es lo que llama su modo de vida[13]».

Era el modo de vida por excelencia, y no podía permitirse la aparición de ningún obstáculo. A continuación reproduzco las palabras de Mitsui Takafusa (1684-1748), representante de la tercera generación de la casa que lleva su nombre y, trescientos años después, sigue siendo una potencia mercantil de primer orden:

> No pierdas jamás el tiempo con asuntos que nada tienen que ver con tu trabajo. Los comerciantes que imitan a los samuráis o piensan que el sintoísmo, el confucionismo o el budismo preservará su esencia comprenderán que arruinarán sus casas si se obsesionan con estas teorías. ¡Aún peor si se trata de las demás artes y entretenimientos! Recuerda que es el negocio familiar el que no debe descuidarse ni por un momento[14].

Una vez más, el paralelismo con Europa es sorprendente. Japón no era calvinista, pero sus hombres de negocios adoptaron una ética del trabajo muy similar. La clave radica en el compromiso con respecto al trabajo, más que la prosperidad. El monje zen Suzuki Shosan (1579-1655) veía la codicia como un veneno del espíritu, pero el trabajo era distinto: «Todos los oficios constituyen una aplicación de los principios budistas; a través del trabajo somos capaces de alcanzar la budeidad [salvación[15]]». No es necesario ser un protestante weberiano para comportarse como tal.

(Los estudiosos japoneses han señalado que esta ética del trabajo no fue universal en el tiempo ni en el espacio, y precisan que la segunda mitad del período Edo estuvo marcada por una intensificación del trabajo y la propagación de costumbres laborales que dieron solidez a la economía cuando se modernizó la industria. Dicho en sus propios términos, una «revolución industriosa» preparó el camino a la Revolución industrial)[*].

En el ínterin, en Japón como en Europa occidental, los gobernantes habían aprendido que la prosperidad mercantil traía consigo ingresos y que dichos ingresos podían ser fuente de placer y poder. En su caso, el contexto multinacional fue un poderoso acicate: en efecto, Japón se encontraba en un mundo muy competitivo de más de doscientas cincuenta naciones, todas las cuales querían más y algunas lo querían con urgencia.

Nada aguza tanto la inteligencia como la falta de dinero. En su esfuerzo por generar ingresos adicionales y superiores al salario pagado en forma de arroz, los *daimyo* empezaron a realizar mejoras (carreteras, canales, roturación de nuevas tierras, regadío, nuevos cultivos y simientes de mejor calidad), o a fomentar la especialización en bienes comercializables, incluidos los productos de la industria rural[16]. El respaldo del gobierno se unió a la iniciativa privada de aumentar el área cultivada y multiplicar los cultivos. La superficie cultivada se duplicó entre 1598 y 1716-1736, mientras que el rendimiento de los cultivos aumentó en un 65 por 100 entre 1598 y 1834[17]. Según otros cálculos, la productividad de la tierra y de la mano de obra en el sector agrícola aumentó en un 30 a 50 por 100 entre 1600 y 1867[18]. Estas estimaciones se basan en el arroz, pero una fuente suplementaria de beneficios fue el desarrollo de cultivos secundarios y especializados: sericicultura, otros cereales, nuevas especies como el azúcar y las batatas. La urbanización potenció la demanda de productos especiales. Los pueblos vecinos a las ciudades adoptaron la agricultura y la horticultura mecanizadas, como ocurrió en los alrededores de Londres en los siglos XVI y XVII[19]. Algunos *han* también comenzaron a extraer minerales que no eran propiedad del *bakufu*: cobre y, posteriormente, carbón[*].

El talón de Aquiles de este desarrollo era la tentación para las autoridades de crear monopolios y falsear los precios en beneficio propio. Por lo general, la competencia de otro *han* restablecía el orden del mercado. A diferencia de Europa, donde el mercado estaba fragmentado por motivos políticos, aduanas y unos elevados costes de transporte, la unidad comercial y la solidez de Japón tendían a potenciar excesivamente la protección. Sin

embargo, en algunos casos, como ocurrió con el arroz de Satsuma, las ventajas climáticas protegían a los *han* de la competencia exterior[20]. En efecto, al final del período Edo (Tokugawa) todavía existían unos cincuenta y tres «monopolios de dominio». Estos monopolios beneficiaban sin duda alguna a los que participaban en él: los *han*, los comerciantes, los productores (agricultores o fabricantes). Quien pagaba era el consumidor.

Una innovación importante fue la aparición de una producción algodonera familiar. Al igual que en Europa, el algodón llegó tardíamente, y no se generalizó en Japón hasta finales del siglo XVI y principios del XVII, pero a partir de ese momento sustituyó rápidamente al cáñamo y se hizo con una considerable cuota de mercado por su buen precio, por su utilidad y comodidad. En Japón se fabricó de diferentes formas: producción urbana a cargo de gremios de artesanos; talleres rurales dirigidos por propietarios independientes (campesinos convertidos en empresarios industriales), que contrataban a hilanderos y tejedores fijos e interinos; sistema de *putting-out* rural, en virtud del cual los comerciantes proporcionaban la materia prima e incluso las herramientas y recibían los productos acabados y semiacabados. A la larga, como en Inglaterra, la producción urbana cedió el paso a la rural. Los salarios eran menores en el campo, y los convenios gremiales imperantes en las ciudades resultaban opresivos. Muchos pueblos agrícolas se convirtieron en *fabriques* colectivas de algodón. Las faenas agrícolas se realizaban en el tiempo libre o se abandonaban, en ocasiones ante la irritación de los gobernantes y notables locales[21].

Este desarrollo precoz de la industria prefabril (que algunos historiadores de la economía denominarían protoindustria) empezó a rentabilizarse a mediados del siglo XIX, cuando la apertura del país a los productos extranjeros expuso a la industria japonesa a los productos elaborados mecánicamente del oeste. El sector del hilado se derrumbó, pero la tejeduría, que usaba hilos importados, resistió al embate de las telas extranjeras. Y, más adelante, al igual que en Gran Bretaña, el hilado del algodón se convirtió en el sector líder de la Revolución industrial japonesa, merced a la existencia previa de una red de talleres mecanizados y de mano de obra cualificada[22].

La especialización regional, también como en Inglaterra, era posible gracias a la unificación del mercado nacional, unificado en el espacio y también entre la ciudad y el campo. Los agentes comerciales recorrían los pueblos rastreando mano de obra y artículos de consumo; los empresarios rurales que tenían éxito lograban acceder a los centros urbanos; los hombres de negocios fijaban su residencia en los pueblos. En este sentido cabe destacar los efectos involuntarios del *sankin kotai* (residencia alterna). Los viajes de ida y vuelta, entre los *han* provinciales y Edo, de varios centenares de *daimyo*, junto con sus asalariados y familias, suponía un ir y venir constante, una exposición a nuevos lugares y artículos de consumo, una rápida proliferación de alojamientos para viajeros, un aumento de la demanda de fondos líquidos y medios de pago, una multiplicación de las artes y oficios, de los talleres y de los tipos de servicios prestados.

Edo, que era un pueblo de pescadores a finales del siglo XVI, se convirtió en la ciudad más grande del mundo en el XVIII, con más de un millón de habitantes en un país de unos 26 millones. Como Londres para Inglaterra, Edo se convirtió en el corazón y los pulmones del país, bombeando y renovando la sangre de la vida económica, haciendo entrar y salir a las

personas, fomentando la división del trabajo y la difusión de los deseos, los conocimientos y la pericia[23]. Edo era el mercado principal, donde los samuráis rivalizaban en sus compras de ostentación, enriqueciendo a una hueste de artesanos y comerciantes. Era el paraíso de los tenderos, que se enorgullecía de haber dado al mundo los primeros grandes almacenes. Pero no conviene pasar por alto la importancia del antiguo centro comercial: junto a Edo y en un primer momento mucho mayor era el dúo Osaka-Kyoto, sede del emperador y de su corte, cuna de la industria, la banca y el comercio[24].

Estos dos centros principales y su red de conexiones provinciales fomentaron nuevas técnicas de compra (incluido el mercado de futuros), de distribución (en buena medida por expedición marítima mediante buques especializados) y de transferencia (letras de cambio, certificados de depósito transferibles, compensación), en un proceso muy similar al que se registró durante la revolución comercial europea de la Edad Media y principios de la era moderna, solo que mucho más intenso[25]. Y más rápido. Esta economía insular estaba modificándose vertiginosamente, siguiendo los patrones establecidos por Smith para los procesos de especialización, división del trabajo y crecimiento de la demanda. Pero con algunas ventajas reales con respecto a Europa: 1) doscientos cincuenta años sin guerras ni revoluciones; 2) un transporte del agua más barato y sencillo; 3) una sola lengua y cultura; 4) la abolición de las viejas barreras comerciales y la prohibición de imponer nuevas trabas y 5) el desarrollo de una ética común a todos los comerciantes[26].

La división del trabajo y la especialización propiciaron la creación de vínculos más estrechos entre la ciudad y las poblaciones rurales, una «urbanización» precoz del campo que, en Europa, solo se daba en Inglaterra y, en menor grado, en Holanda. Hasta en las zonas rurales más apartadas circulaban en todos los sentidos numerosos buhoneros dispuestos a vender en efectivo o a plazos. Los llamados vendedores de productos farmacéuticos de Toyama, por ejemplo, dejaban parte de sus existencias en manos de los agricultores y volvían después para que les pagaran en función de lo que habían consumido, algo muy revelador sobre la delicadeza (que no es asunto baladí) y honestidad (aún más importante) japonesas[27]. Las zonas con mayor densidad demográfica permitían el establecimiento de puntos de venta fijos. Disponemos del inventario de existencias de un «almacén general» en 1813. Sorprende la variedad de mercancías, algunas de las cuales constituyen indicios inequívocos de una economía que se encontraba en una fase avanzada de la premodernización: una amplia gama de productos manufacturados, incluida maquinaria y prendas de vestir que las familias rurales fabricaban no hacía mucho tiempo, así como instrumentos de escritura y papelería en un país donde la instrucción no era fácil de adquirir[28]. En esa época no se habría podido encontrar una tienda similar en la campiña de la Europa continental, salvo quizás en las regiones de Suiza dedicadas a la fabricación de relojes.

Una sociedad tan febril, móvil y cambiante no podía encorsetarse intelectualmente. Pese a unas barreras y controles asfixiantes, el saber europeo fue filtrándose, sobre todo merced a los contactos personales con los holandeses en Deshima. A mediados del siglo XVIII, los japoneses llamaban a los conocimientos extranjeros *rangaku*, donde *ran* equivale al *lan* de Holanda (en japonés, *Oranda*, pues no existe la letra «l»). Lo cual resulta muy indicativo del

cambio de actitud: hasta entonces, la palabra utilizada había sido *bangaku*, «enseñanzas bárbaras[29]».

Una consecuencia de este despertar fue que se empezó a discriminar entre lo útil y lo perjudicial, lo aceptable y lo inaceptable. El cristianismo y sus textos seguían siendo indeseables y tabú. Pero algunos japoneses comprendieron que su país tenía mucho que ganar del conocimiento secular occidental.

Así, en 1720, se produjo la primera fisura: el *bakufu* permitió la importación de libros no cristianos; aunque este proceso de relajación tuvo momentos de repliegue y reacción, se había abierto la vía a que unos pocos japoneses estudiaran las nuevas enseñanzas y publicaran trabajos al respecto. Este cambio propició un encontronazo entre las ideas nuevas y la escuela de Confucio imperante, poniendo en tela de juicio la ortodoxia. Los *rangakusha* (expertos en las enseñanzas holandesas) trataron en un primer momento de no ofender y defendieron con escaso entusiasmo sus contribuciones, como ocurre por ejemplo con Otsuki Gentaku, autor de una *Ladder to Dutch Studies* (1783): «Las enseñanzas holandesas no son perfectas, pero si escogemos los puntos acertados y los ponemos en práctica, ¿de qué modo nos puede eso perjudicar? ¿Hay algo más ridículo que negarse a discutir sus méritos y aferrarse a lo que uno sabe sin esperanza de cambio?»[30].

Este tipo de declaraciones morigeradas no lograrían soslayar la ira confucionista. Las nuevas enseñanzas ponían en entredicho las premisas mismas de la cultura japonesa, que siempre se habían inspirado en China. (Los chinos eran los únicos extranjeros que no se tildaban de bárbaros)[*]. El proceso estuvo en gran parte supeditado a los azares de la política. A finales del siglo XVIII, por ejemplo, el gobierno decretó que solo debía enseñarse la filosofía de Confucio, y solo una rama particular de la misma. En las décadas siguientes, las restricciones que pesaron sobre las enseñanzas occidentales se hicieron más rigurosas, hasta degenerar en una persecución directa. El nombramiento de un estudioso chino como gobernador de Edo en el decenio de 1830 abrió la veda de una caza tenaz e implacable de los principales estudiosos holandeses, hasta el punto de que fueron encarcelados y se les obligó a suicidarse. Durante cierto tiempo, Japón devoró a sus mejores y más brillantes elementos[31].

Además, la mayor parte de las enseñanzas *rangaku*, al contradecir el saber japonés tradicional, avergonzaba a los creyentes y la vergüenza, en la cultura japonesa, resulta insoportable. Por ejemplo, las lecciones de la medicina europea, que quedaban corroboradas por la disección —ver para creer— constituían un escarnio de la doctrina china[32]. Por idéntico motivo, en un mundo como el del sureste asiático, caracterizado por el aislamiento y la autocomplacencia, la realidad geográfica era intrínsecamente subversiva. Citemos de nuevo a Otsuki: «Los confucionistas acérrimos y los doctores mediocres no tienen idea de la inmensidad del mundo. Se dejan ofuscar por las ideas chinas e, imitando las prácticas de dicho país, alaban el imperio medio, o hablan de la trayectoria de la "tierra florida media". Es una idea equivocada; el mundo es una gran esfera…»[33]. Lamentablemente para los chinos, se aferraron a estos dislates. Los japoneses, en cambio, hicieron frente a una nueva verdad: «El sol y la luna brillan por igual en todas partes».

Conviene hacer una precisión: decir que los japoneses habían empezado a aprender los rudimentos de la ciencia y la tecnología europea no significa suponer que estuvieran recuperando su atraso. Entraron en contacto con los conocimientos europeos en varios

aspectos, pero dichos aspectos eran inconexos y todos distaban mucho de ser de rabiosa actualidad. En estas circunstancias, aunque el extraordinario desarrollo comercial e industrial de la era Tokugawa preparó a los japoneses mucho mejor que a ningún otro pueblo no occidental a asimilar las lecciones y las técnicas de las revoluciones científica e industrial europeas, todavía estaban muy lejos de concebir y realizar dichos adelantos.

Resulta imposible precisar cuán lejos estaban de hacerlo, porque los europeos llegaron súbitamente y rompieron el caparazón de su aislamiento, anteponiéndose al curso de la historia. La reciente historiografía se opone a la visión eurocéntrica de la historia universal. Recalca la autonomía y la capacidad de iniciativa de los pueblos no occidentales y desaprueba la importancia que se ha concedido tradicionalmente a las reacciones adversas a las imposiciones imperialistas. En el caso de Japón, coincido con este punto de vista, porque creo —no hay forma de demostrarlo— que, incluso si no se hubiera producido la Revolución industrial en Europa, los japoneses la habrían llevado a cabo tarde o temprano.

HAN, S. A.

La imagen que se tiene de Japón como un conjunto de unidades semiindependientes se ve confirmada por el *han* emprendedor llamado Satsuma, una provincia situada en el extremo sureste y alejada del control de Edo y del *bakufu*. En 1825, el gobierno de Satsuma se hallaba en bancarrota. Las pagas de los asalariados tenían más de un año de retraso; las malas hierbas campaban a sus anchas en las zonas reservadas a este *han* en Edo; los grandes banqueros de Osaka se negaban a prestar un solo céntimo más. En 1831, los líderes del *han* repudiaron expeditivamente las deudas contraídas ante los hombres de negocios locales y anularon a efectos prácticos las contraídas con los comerciantes de Osaka y Edo, el reescalonar los pagos durante un período de doscientos cincuenta años[34]. Sin embargo, veinte años después, el erario de este *han* rebosaba de riquezas y los comerciantes rivalizaban por ofrecer créditos.

¿Qué había ocurrido en ese corto espacio de tiempo? El azúcar. Satsuma, que goza de un clima cálido y costero, estaba hecha a propósito para la caña de azúcar. En cuanto este *han* comprendió su valor, ordenó que se potenciara su cultivo y prohibió cualquier otra plantación en sus islas mar adentro. Las cosechas se supervisaron minuciosamente y los campesinos que no pasaban los controles de calidad fueron severamente castigados. Era el *han* el que fijaba los precios y luego vendía el azúcar en Osaka entre dos y cinco veces más caro. Nadie, so pena de muerte, podía comercializar el azúcar por su cuenta. No fueron necesarios más préstamos. Satsuma producía al poco tiempo la mitad del azúcar nacional[35].

Además, tenía una posición privilegiada en el comercio internacional. Teóricamente, solo las naves chinas y holandesas podían atracar en Japón, y solo en Nagasaki. Pero Satsuma gobernaba en la práctica las islas Ryu Kyu chinas, lo que le permitía dedicarse a un lucrativo contrabando, obviando los controles del shogunado. Tampoco en este caso hicieron falta créditos: los comerciantes estaban dispuestos a pagar en efectivo por unos productos importados más baratos.

Lamentablemente, esas importaciones perjudicaban a la industria nacional, incluida la producción de artículos de algodón en el propio Satsuma. «De todas las cosas occidentales, ¿qué teméis más?», preguntó el *daimyo* de Satsuma, Shimazu Nariakira, a sus consejeros. «Los cañones y las naves europeas», fue la respuesta. «No —replicó el *daimyo*—, es la ropa de algodón. A menos que nos empecemos a preparar enseguida, pronto dependeremos de los occidentales para nuestras propias prendas de vestir[36]». Con objeto de aprestarse ante la competencia, el *han* empezó a distribuir semillas de algodón de mejor calidad, compró mejores husos y telares (aún no mecanizados), construyó una fábrica junto a Kagoshima y puso a los samuráis desempleados a trabajar en ella. Gracia a ello, consiguió productos de algodón a mitad de precio.

Al propio tiempo, Satsuma empezó a invertir en la guerra y en su modernización. Se trataba de un *han* con una proporción excesiva de samuráis: uno de cada tres personas, frente a un promedio nacional de uno cada diecisiete. Los guerreros ociosos eran ingredientes básicos del poder, y de la administración, pero también de los disturbios. Nariakira optó por centrarse en los dos primeros tipos de samuráis. Reconstruyó su ejército, adquirió armas y naves extranjeras y emprendió un programa de desarrollo económico: un centro de investigación (el *Shuseikan*), una fábrica de fundición de hierro con un horno de reverbero (el primero de Japón), una fábrica de armas, un astillero. En 1855, Satsuma logró botar un barco de vapor. En 1867, fundó una fábrica de algodón mecanizada. ¡Abran paso!

Pero iba a producirse una terrible ironía. Satsuma, por su carácter emprendedor, no contribuyó solo a su propio desarrollo, sino también al de Japón en su conjunto. Pero acabó volviéndose contra su propio país. Fueron técnicos de Satsuma, a menudo procedentes de las castas más bajas de samuráis (es decir, que el talento tenía preeminencia sobre la cuna), los que ocuparon los puestos clave del gobierno nacional de la restauración Meiji. Pero fue también Satsuma el que se convirtió en un bastión de la reacción tras 1870, encabezando una revuelta en pro del orden antiguo. Aquellos samuráis no podían sufrir ser eclipsados por plebeyos, que se abandonaran las antiguas vestimentas y los viejos patrones de conducta, la usurpación de su monopolio de la guerra por el servicio militar universal (1872). Así que, en 1878, los guerreros Satsuma, pertrechados con espléndidos ropajes y aterradoras armaduras, blandiendo espadas de acero que podían partir en dos un cuerpo de un solo tajo o cortar un pedazo de seda sutilísima en el aire, se pavonearon y fanfarronearon ante las tropas impasibles e impertérritas de un ejército de campesinos disciplinados y uniformados, equipados con mosquetes. Y, cuando se disipó el humo, la flor y nata de la caballería japonesa yacía muerta en tierra.

Capítulo XXIII

LA RESTAURACIÓN MEIJI

Japón vivió una revolución en 1867-1868. El shogunado fue derrocado —en realidad se derrumbó— y el control del estado volvió al emperador, que tenía su residencia en Kyoto. Así concluyó un cuarto de milenio de gobierno de los Tokugawa. Pero los japoneses no califican a esta conmoción de revolución, sino de restauración, porque prefieren considerarla una vuelta a la normalidad. Además, las revoluciones son más propias de China. Los chinos tienen dinastías. Japón tiene una familia real, que se remonta a los orígenes.

Fue en la década de 1180 cuando Japón fue gobernado por vez primera, no ya por un emperador, sino por un señor de la guerra llamado *shogun* (literalmente, líder del ejército). Con algunas interrupciones e interregnos, este gobierno de los más poderosos fue el habitual. La debilidad de la monarquía hereditaria es tal que, incluso con la ayuda que supone tener una ascendencia divina, una dinastía se ve en apuros para mantener un grado de competencia satisfactorio de manera indefinida. Unos genes débiles, matrimonios poco acertados, poco importa: los hombres fuertes, los alcaides de palacio acabarán por alzarse con el poder y expulsar tarde o temprano al monarca legítimo.

Eso ocurrió en la Francia medieval, donde los carolingios desplazaron a los merovingios y fueron expulsados a su vez por los capetos. En Japón, sin embargo, la solución no consistía en destronar y destruir la dinastía, sino en enclaustrarla. Bajo el shogunado Tokugawa, el emperador, su familia y su corte eran confinados a sus palacios y templos. En ellos el *mikado* escribía poemas, realizaba actos religiosos simbólicos (como plantar el primer arroz), se dejaba distraer y administrar. Era la versión japonesa de la divinidad virtual: aislamiento ceremonial e infortunio sagrado.

Sin embargo, la existencia de un emperador —un gobernador legítimo, por encima del gobernante real— permitía a los enemigos del shogunado Tokugawa buscar una alternativa honrosa. En una sociedad que valoraba por encima de todo la lealtad personal, las élites caídas en desgracia podían poner a la autoridad suprema —el emperador (*termo*) y la nación— por encima de su señor y del *shogun* sin cometer un acto de deslealtad. Podían hacer una revolución sin ser revolucionarios.

Los símbolos de la unidad nacional ya existían; los ideales y las pasiones del orgullo nacional ya estaban establecidos. Con ello se evitaron muchos disturbios. Las revoluciones, como las guerras civiles, pueden resultar devastadoras para el orden y la eficacia de un país. La restauración Meiji tuvo sus disidencias y sus disidentes, que a menudo se expresaron con violencia. Los últimos años del viejo orden y los primeros del nuevo

estuvieron teñidos con sangre de los asesinatos, de los levantamientos campesinos, de revueltas reaccionarias. Con todo, la transición en Japón fue mucho menos virulenta que las variedades francesa y rusa del vuelco del orden político establecido, por dos razones: el nuevo régimen respetó el sistema de valores morales y los caídos en desgracia y ultrajados tuvieron miedo de dar armas y la posibilidad de intervenir a los enemigos exteriores. Los imperialistas extranjeros acechaban, dispuestos a abatirse sobre aquella presa; las divisiones internas podían constituir una ocasión propicia. Recordemos la historia del imperialismo en otros lugares: las peleas e intrigas locales habían constituido una excelente invitación a la entrada de las potencias europeas en la India.

El shogunado Tokugawa ya estaba desmoronándose antes de mediados del siglo XIX. Las viejas normas de la dignidad y el rango eran objeto de público escarnio. Los samuráis menesterosos desposaban a herederas de comerciantes. Los campesinos ricos se convertían en notables locales, el equivalente de la nobleza rural. El grado de obediencia era cada vez menor. Los *han* más prósperos (los del oeste de Hondo y el sur de Kyushu) tenían una política exterior propia y se considerban en mejor posición de negociar con aquellos bárbaros insolentes y desvergonzados que el shogunado. Contrataban a técnicos y consejeros extranjeros, compraban armas a otros países, construían fábricas de armas y astilleros. Algunos incluso reclutaban a jóvenes para el servicio militar, y el *bakufu* empezó a hacer lo mismo. En un país donde los campesinos no tenían derecho a llevar armas y los samuráis trataban despóticamente a los plebeyos blandiendo la amenaza de su espada, aquello constituía un peligroso ataque al orden público y la propiedad social, de consecuencias inconmensurables. Pero ¿cómo iban a armarse para la guerra? Los samuráis detestaban luchar con fusiles, que consideraban degradantes e ignominiosos.

Se sucedía un *shogun* tras otro de reinado efímero e ineficaz, fomentando intrigas sobre la sucesión, propiciando la aparición de camarillas que lanzaban llamadas de subversión a Kyoto. Y, una y otra vez, la presión exterior ponía al régimen contra las cuerdas. En una sociedad que no había admitido nunca al extranjero, la mera presencia de occidentales era una invitación a los disturbios. No era raro que matones japoneses retaran y agredieran a esos desvergonzados extranjeros, aunque solo fuera para demostrarles quién mandaba. ¿Y quién mandaba? El shogunado no, por cierto. Frente a las demandas occidentales de reparaciones e indemnizaciones, las autoridades japonesas solo podían temporizar y, recurriendo a jergas incomprensibles, desacreditarse a los ojos de los extranjeros y de los ciudadanos del país.

Pero ¿qué podía hacerse? Las potencias exteriores *sabían* que eran más poderosas y no querían recurrir a la violencia. En septiembre de 1862, un grupo de guerreros Satsuma atacaron deliberadamente a varios comerciantes ingleses y a una mujer europea; y cuando el *bakuju* demostró no estar dispuesto ni ser capaz de obligar al *han* de Satsuma a indemnizar a las víctimas, los británicos enviaron a una flota para sitiar la ciudad amurallada de Kagoshima (agosto de 1863). El correctivo fue eficaz. Satsuma, ante la evidencia de los hechos, ofreció el establecimiento de relaciones comerciales y diplomáticas con Gran Bretaña, vulnerando abiertamente el monopolio tradicional que el shogunado poseía sobre los asuntos exteriores. Lo mismo ocurrió con Choshu. El 25 de junio de 1863, la fecha fijada por la corte imperial de Kyoto para la expulsión de los bárbaros, los patriotas del lugar, impacientes, abrieron fuego sobre una nave norteamericana que atravesaba el estrecho de Shimonoseki. Fue preciso un año entero de

negociaciones para llegar a un punto muerto y, en septiembre de 1864, una flota compuesta por diecisiete naves británicas, norteamericanas, francesas y holandesas equipadas con 305 cañones entró en el puerto de Shimonoseki y destruyó todos los fuertes. Choshu capituló y, como Satsuma, pidió relaciones directas y amistosas con los occidentales. Y Choshu y Satsuma, enemigos atávicos, unieron ahora sus fuerzas para derrocar al *bakufu*[1].

El *bakufu* quedó irremisiblemente desacreditado por su debilidad e ineptitud. Tras la firma de los tratados con Townsend Harris (en nombre de Estados Unidos, en 1854) y con las grandes potencias europeas (1858), quedó deshonrado y perdió legitimidad. Pero el honor japonés no es el honor occidental. Responden a códigos diferentes. Lo que para uno era la palabra dada, para el otro era prevaricación. El *bakufu* podía y sabía jugar a su antojo con las palabras. Podía enviar a subordinados para negociar, que luego alegaban la necesidad de que los resultados de sus negociaciones fueran confirmados por instancias más altas. Podían firmar pero aducir después que el acuerdo en cuestión no había recibido la sanción del emperador. En suma, daba su palabra sin comprometerse a nada; decía que sí aunque quisiera decir que no. Nada podía emponzoñar más el conflicto. El shogunado habría hecho bien en inclinarse ante esta *force majeure* y reconocer que eran los occidentales quienes tenían los cañones. Con la idea de que los japoneses los tuvieran cuanto antes.

(Compárese este episodio con el malentendido del ataque japonés a Pearl Harbour: para los norteamericanos, se trata de un día que «vivirá por siempre en la infamia»; para los japoneses, de un lamentable error, de no haber sabido escoger el momento oportuno. Los norteamericanos esperaban recibir la noticia de que los japoneses «se retiraban de las negociaciones» media hora antes de que se produjera el ataque, noticia que recibieron después del bombardeo. Aún hoy, los japoneses siguen pensando que ahí estuvo la clave del asunto: un aviso previo, por lacónico e indirecto que sea [pero de los diplomáticos cabe esperar que sean capaces de leer entre líneas], justifica un ataque por sorpresa preparado con mucha antelación. Para los norteamericanos, ni siquiera dicho aviso habría atenuado en modo alguno la infamia).

Las pretensiones de los intrusos eran la clave del asunto. *Sonrio joi*, era la expresiva divisa japonesa: honremos al emperador y expulsemos a los bárbaros. Los líderes del cambio fueron los grandes feudos de los extremos meridional y occidental, Satsuma y Choshu, antaño enemigos, ahora unidos contra el shogunado. Ganaron y perdieron al mismo tiempo. Una nueva paradoja de esta revolución-restauración. Los líderes pensaron que volverían los tiempos antiguos. En lugar de ello, se vieron inmersos en el futuro, en una ola de modernización: era el único modo de derrotar a los bárbaros.

Fueron los verdaderos revolucionarios los que se hicieron con el poder: los *rangakusha*, los técnicos, los burócratas con visión de futuro. 1868 comenzó con la apertura de nuevos puertos al comercio extranjero. El 6 de abril, el nuevo emperador juró una «Carta» por la que se comprometía a crear instituciones representativas y una sociedad civil democrática. (Resultó más fácil hacer la promesa que concretarla, aunque este gesto iba probablemente más dirigido a los observadores extranjeros que al pueblo japonés). El elemento fundamental era la transformación del gobierno central: la abolición de las instituciones feudales, la conversión de los feudos (*han*) en prefecturas (*ken*), administradas por cargos

nombrados por el gobierno, la apropiación de las fuentes de ingresos de las que se había apoderado la vieja élite guerrera. En este caso también Satsuma y Choshu fueron ejemplares: en marzo de 1869, uno de los *daimyo* ofreció sus tierras al emperador, esto es, a la nación. El otro *daimyo* hizo luego lo propio, pues era un acto de lealtad y probidad. (Este gesto recuerda la renuncia voluntaria a los derechos feudales por parte de la nobleza francesa la noche fatídica del 4 de agosto de 1789). Los campesinos dejaron de pagar derechos a su *daimyo*: a partir de ahora abonarían impuestos al gobierno imperial.

Los japoneses emprendieron la modernización de su país con una intensidad y meticulosidad características. Estaban preparados de antemano, en virtud de una tradición (recuerdo) de gobiernos eficaces, de sus elevadas tasas de instrucción, de su rígida estructura familiar, de su ética del trabajo y de la autodisciplina, de su sentido de identidad nacional y superioridad inherente.

Fue la clave del proceso: los japoneses se sabían superiores y, al saberlo, estaban en condiciones de reconocer las superioridades puntuales de los demás. Basándose en iniciativas anteriores emprendidas en la era Tokugawa, contrataron a expertos y técnicos extranjeros y enviaron al extranjero a agentes nacionales encargados de traer testimonios personales de los métodos europeos y norteamericanos. Este acervo de conocimientos sentó las bases para la elección de una vía propia, tras un estudio cuidadoso y desprejuiciado del mérito comparativo. Así, su primer modelo militar fue el ejército francés; pero tras la derrota de Francia por Prusia en 1870-1871, los japoneses decidieron que Alemania tenía más que ofrecer. En los códigos y las prácticas legales, se produjo un cambio similar de la cultura francesa a la alemana.

No se desaprovechó ninguna oportunidad de aprender. En octubre de 1871, una delegación encabezada por el príncipe Iwakura Tomomi, que constaba de innovadores de la talla de Okubo Toshimichi y el príncipe Ito Hirobumi, viajó a Estados Unidos y a Europa para solicitar la rescisión de los tratados abusivos impuestos en la década de 1850. Los japoneses querían sobre todo recuperar el control de sus aranceles, con objeto de proteger a sus industrias «incipientes». Se toparon con un muro de piedra: las naciones occidentales no tenían la más mínima intención de renunciar a su derecho de entrada al mercado japonés, que tantos esfuerzos les había costado. No era demasiado grave. La delegación se tragó su orgullo y prosiguió con sus visitas a fábricas y forjas, astilleros y fábricas de armas, ferrocarriles y canales; tardó dos años en volver, en septiembre de 1873, cargada de los despojos del saber e «inflamada de entusiasmo» por la reforma.

Esta experiencia directa de los líderes japoneses resultó capital. Viajando en un tren inglés y meditando sobre el paisaje industrial, Okubo confesó desconsoladamente a sus compañeros que, antes de salir de Japón, creía que su misión había concluido con la restauración de la autoridad imperial y la sustitución del feudalismo por un gobierno central. Ahora comprendía que el trabajo duro estaba por hacer. Japón no podía compararse con «las potencias más progresivas del mundo». En particular, Inglaterra ofrecía una lección de desarrollo autónomo. Antaño una pequeña nación insular —como Japón—, había aplicado sistemáticamente una política de expansión. Las leyes de navegación eran cruciales para dar a la marina mercante nacional una hegemonía internacional. Gran Bretaña había esperado a hacerse con el liderazgo industrial para

abandonar el proteccionismo por el *laissez-faire*. (Un análisis certero, con el que habría coincidido Adam Smith).

Naturalmente, Japón no gozaría de la misma autonomía arancelaria y comercial que la Inglaterra del siglo XVII. Por eso resultaba particularmente vejatorio el rechazo de Europa a renegociar los tratados abusivos. Sin embargo, en este caso resultaba pertinente el ejemplo de Alemania. Este país, como Japón, acababa de concluir un duro proceso de unificación. Como Japón, había partido de una posición de inferioridad económica y bastaba con ver hasta dónde había llegado. Okubo estaba impresionado muy favorablemente por los alemanes que había conocido. Los encontraba austeros, buenos trabajadores, «sin pretensiones»; como los plebeyos japoneses, cabe suponer. Y le pareció que sus líderes eran realistas y pragmáticos: céntrese, le dijeron, en crear una potencia nacional. Eran los mercantilistas del siglo XIX. Al volver, Okubo dio una orientación alemana a la burocracia japonesa[2].

En primer lugar se ocupó de las tareas ordinarias de todo gobierno: un servicio de correos, un nuevo patrón horario[*], una educación pública (primero para los niños y más adelante también para las niñas[*]), un servicio militar universal[*]. Los dos últimos aspectos, en especial, eran característicos de la nueva sociedad. La enseñanza universal permitía la difusión del saber, función principal de la escuela. Pero también infundía la disciplina, la obediencia, la puntualidad y un sentido del respeto y la veneración (o adoración) del emperador[3]. Era la clave del fomento de una identidad nacional propia, por oposición a las ajenas, que trascendía las lealtades provinciales y las barreras sociales. El calendario nacional se homogeneizó inspirándose en el culto *tenno*. En todas las escuelas había un retrato del emperador y los días festivos nacionales se celebraba el mismo ritual ante ese icono, en todo el país, *al mismo tiempo*.

El ejército (y la armada) completaron la tarea. Con ayuda de la equiparación en el uniforme y la disciplina, el servicio militar universal borró las distinciones de clase y lugar. Alimentó el orgullo nacionalista y democratizó las pulsiones violentas del ser humano. En Japón, eso significó la generalización del derecho a pelear, o el fin del monopolio de las armas por parte de los samuráis. (No todos los antiguos plebeyos aplaudieron este cambio. La guerra y la violencia siempre habían sido asunto de la élite, debidamente recompensada con sus salarios. Muchos de los que eran demasiado mayores para haberse formado en las nuevas escuelas se preguntaban por qué se esperaba que participaran en tamaños disparates. Pero no tendrían ocasión de luchar).

La autoridad suprema veía en un ejército de ciudadanos un requisito previo del poder, y el poder era el objetivo prioritario: el poder de ser libres, el poder de replicar a los europeos, el poder de imponerse sobre los demás como hacían los europeos. En septiembre de 1871, el nuevo Japón negoció un tratado con China. No contemplaba privilegios extraterritoriales ni comerciales como los concedidos a las potencias occidentales: era un tratado entre iguales. Era una iniciativa temporal: la desigualdad vendría después. Dicho tratado fue seguido en 1874 por una expedición a Formosa (Taiwán), que en la práctica afianzó la soberanía japonesa sobre las islas Ryu Kyu y sentó un precedente para reclamar después Formosa. En 1876, una expedición naval a Corea sirvió para que China reconociera la independencia de Corea. Este regalo envenenado hizo que Corea descuidara su

protección contra una posible agresión japonesa, dando a Japón privilegios extraterritoriales y comerciales que abrirían el apetito de dicho país y conducirían a nuevas conquistas. El nuevo Japón, pletórico de energía y fuerza, reconocía a una víctima propicia enseguida. La gran China estaba herida, y la propia presunción de sus antiguas ambiciones incitaba a atacarla.

Anteriormente, en noviembre de 1873, el gabinete imperial se había dividido en dos bandos: uno, partidario de la paz, que abogaba por la modernización y la reconstrucción del país, y un grupo de halcones que preconizaba la guerra contra Corea. Cinco de los nuevos oligarcas presentaron su dimisión, destacando entre ellos Saigo Takamori, de Satsuma, uno de los líderes del derrocamiento del shogunado. Pero ahí no acabó la cosa. Los exguerreros restantes, proyectando su descontento personal sobre la situación nacional, denunciaron el tratado entre Japón, China y Corea de 1876, pese a lo ventajoso que era para su país. Hubieran preferido quedarse en Corea, realizando así un viejo sueño de conquista continental.

Su descontento se vio exacerbado por dos actos de agresión contra la clase de los samuráis. En primer lugar, los salarios tradicionales, convertidos en pensiones, fueron conmutados por un pago único del valor equivalente capitalizado: los samuráis recibirían bonos del estado en lugar de una renta anual, y el valor de dicho papel estaría subordinado a la política monetaria y al valor del yen. Al poco tiempo, los samuráis se vieron obligados a trabajar para ganarse la vida. Algunos lo hicieron, y con mucho éxito. Otros se hundieron en la miseria y alimentaron su rencor. Otros, por fin, trataron de trocar su orgullo y en ocasiones su rango social por buenos trabajos y matrimonios ventajosos. Es lo que hacen las aristocracias desclasadas del mundo entero: convertir la sangre azul, las trayectorias patricias y las grandes ostentaciones en dinero contante y sonante.

La segunda medida fue aún más ultrajante simbólicamente: se prohibió a los samuráis pasearse exhibiendo sus espadas. Dichas armas habían hecho temer siempre a los plebeyos por sus vidas. La mayoría de ellos seguían temblando por costumbre, pero hasta los campesinos podían comprar ahora fusiles. Los estadistas y políticos, mientras tanto, rivalizaban en rendir pleitesía a la occidentalización. Se paseaban engalanados con ropajes europeos más apropiados para una boda en París que para los negocios de cada día en Tokio; se tocaban con chisteras extravagantes sobre cráneos trasquilados; blandían sombrillas bajo el sol o bajo la lluvia; iban y venían en carruajes; se sentaban a la mesa en sillas; se reunían en estructuras de piedra de reciente construcción que suponía un rechazo de la tradición japonesa de construir a base de papel y madera[*].

El resentimiento de los samuráis explotó en forma de asesinatos políticos. El más espectacular fue la muerte en mayo de 1878 de Okubo Toshimichi, ministro de Interior y principal artífice del nuevo Japón, cuando se dirigía, con su carruaje europeo tirado por caballos y rebosante de emblemas occidentales, a una reunión del consejo de estado en el palacio Akasaka de Tokio[*]. Los seis asesinos, cinco de ellos exsamuráis, defendieron su crimen alegando el despilfarro de fondos preciosos en futilidades económicas, mientras los guerreros eran reducidos a la indigencia. Pero el simbolismo también fue el detonante de su crimen. Muchos años después, la mujer del mandatario belga, que residía en la antigua mansión de Okubo, escribió en su diario: «Me han dicho que una de las razones de la

impopularidad [de Okubo], y una de las causas de [su] asesinato político fue… la construcción de esta casa tan europea[4]».

Estos asesinatos no cambiaron gran cosa. Ni las revueltas. Lo viejo se enfrentaba a lo nuevo, y perdió.

El estado y la sociedad seguían preocupados por el problema por excelencia: cómo fabricar objetos con máquinas, cómo sacar más partido a las máquinas, cómo transportar las mercancías, cómo competir con los productores extranjeros. No era tarea fácil. A las naciones industriales europeas les había costado un siglo. Japón tenía prisa.

En primer lugar, el país se centró en los sectores industriales que ya conocía y que estaban inmersos en un proceso de cambio antes de la era Meiji, en particular, la producción de seda y algodón, pero también la elaboración de productos alimentarios básicos que no eran susceptibles de imitación extranjera, como el sake, el mijo o la salsa de soja. Entre 1877 y 1900 —es decir, durante la primera generación de la industrialización—, los alimentos supusieron el 40 por 100 del crecimiento; el sector textil, el 35 por 100[5]. En resumidas cuentas, los japoneses trataron de dotarse de una ventaja comparativa en lugar de perseguir la quimera de la industria pesada. En gran medida, lo hicieron a pequeña escala: con fábricas de algodón de dos mil husos (frente a los diez mil o más característicos de Europa occidental), con ruedas hidráulicas de madera abandonadas desde hacía muchas generaciones por la tecnología europea[*], con minas de carbón cuyas galerías tortuosas, que se recorrían llevando las cestas a cuestas, hacían que los pozos de triste memoria de la Gran Bretaña de otras épocas parecieran paseos de placer[6].

La explicación que suelen dar los economistas de este trastrocamiento del modelo de último país emergente («último» por lo común equivale a «mejor» y a «actualizado») es la falta de capital: escasez de recursos personales, inexistencia de los bancos de inversión. De hecho, varios comerciantes japoneses habían amasado grandes fortunas, y el estado estaba dispuesto a construir y subvencionar naves industriales. Cosa que por otra parte hizo. Pero Japón adolecía de un atraso considerable para alcanzar a Occidente, no tanto en términos de recursos económicos como humanos, es decir, de gente con imaginación y espíritu de iniciativa, gente que comprendiera las economías de escala, que no supiera solo de métodos de producción y de maquinaria, sino también de organización y de lo que hoy llamamos *software*. El capital vendría después, y crecería.

Las primeras décadas de experimentos vacilantes registraron muchos fracasos. A principios del decenio de 1880, el gobierno vendió sus fábricas a empresas privadas. Esta decisión lo acreditó mucho: los burócratas raramente admiten sus errores o ceden su poder. Se cedieron en condiciones ventajosas, por lo general a amigos o conocidos; quizás no fuera la mejor opción posible, pero sin duda fomentó el mundo de los negocios y permitió volver a empezar desde cero. Por la misma época, el sector del algodón pasó del hilado manual al hilado mecanizado.* Entre 1886 y 1894, se fundaron treinta y tres hilanderías, más de la mitad en la región de Osaka y, entre 1886 y 1897, el valor total de la producción de hilos se multiplicó por catorce, pasando de 12 millones de yenes a 176. En 1899, las hilanderías japonesas producían unos 160 millones de kilos de hilo; en 1913, la cifra era de 304 millones. Eso provocó la interrupción de las importaciones y el paso a la exportación. En 1886, aproximadamente el 62 por 100 del hilo consumido en Japón procedía del exterior; en 1902, prácticamente todo era nacional. En 1913, una cuarta parte

de las exportaciones de hilo de algodón del mundo eran japonesas, y Japón —junto a la India, aunque más— se había convertido en una amenaza muy grave para Gran Bretaña y los terceros mercados[7].

Una cosa era hilar y tejer el algodón; otra, muy diferente, construir las máquinas que lo hacían. El hilado del algodón fue una puerta de entrada relativamente sencilla a la industria moderna, como demuestran los éxitos precoces de Cataluña, Egipto y Brasil. Bastaba con comprar las máquinas, normalmente a un fabricante británico, que enviaba luego técnicos para que las pusieran en marcha y, en su caso, las mantuvieran en funcionamiento. Estas fábricas podían luego suministrar materia prima a los tejedores rurales, provistos de telares manuales, y abracadabra: se había logrado la proeza de simular una revolución industrial.

Muy pronto, los japoneses decidieron ir más allá del estadio de los bienes de consumo. Para tener una economía moderna, tenían que dominar la industria pesada: construir máquinas y motores, buques y locomotoras, ferrocarriles, puertos y astilleros. El gobierno tuvo un papel fundamental en este aspecto, al financiar las misiones de espionaje en el extranjero, contratar a expertos del exterior, construir infraestructuras y subvencionar empresas comerciales. Pero más importancia tuvieron el talento y la determinación de los patriotas japoneses, dispuestos a cambiar de carrera en bien de la causa nacional, así como la calidad de los trabajadores, especialmente de los artesanos, cuyas aptitudes fueron potenciadas por el trabajo en equipo y la estrecha supervisión en los talleres, factores que fueron configurando en ellos una actitud especial con respecto al trabajo.

Este legado se rentabilizó mediante la capacidad de aprender rápidamente. La energía hidráulica para uso industrial no surgió hasta los últimos años de la era Tokugawa, cuando los japoneses la adaptaron en particular al sector textil. Pero nunca llegó a adquirir la misma importancia que en la industria europea o norteamericana, porque los japoneses ya estaban superando dicha fase. Ya tenían una tecnología del vapor, y la electricidad vendría poco después. En particular, esta forma de energía se adaptaba muy bien a las necesidades de la industria ligera y de los talleres pequeños y dispersos; era la única que podía suministrar potencia en cantidades mínimas tantas veces como fuera menester. Naturalmente, la electricidad requería ser generada y distribuida a gran escala, lo que no planteaba ningún problema en las áreas urbanas. En las regiones apartadas, que quedaban al margen de las redes de distribución, se utilizaban motores de combustión interna.

Por consiguiente, Japón pasó a la segunda revolución industrial con una presteza que desmentía su inexperiencia, generando y explotando la energía eléctrica antes de haberse acostumbrado al vapor[*]. Las lámparas de arco voltaico se encendieron por vez primera en 1878. En ese experimento participó Ichisuke Fujioka, profesor en la universidad de Kobe, una escuela de ingeniería fundada en 1877 y posteriormente incorporada a la universidad de Tokio. Combinando estudios con experimentos, Fujioka comprendió la necesidad de contar con una estación central de generación de energía y recabó financiación privada. Cuando los primeros hombres de negocios declinaron participar en el proyecto, se dirigió al funcionario del gobierno de su provincia natal. El funcionario le puso en contacto con un inversor capitalista, y ambos crearon un consorcio con sesenta y cuatro inversores: antiguos aristócratas, hombres de negocios con contactos oficiales y ricos comerciantes de la provincia. Así nació la Tokyo Electric Light Company (TELC). Al principio, la TELC

construyó pequeñas estaciones de generación de electricidad y alumbrado para fábricas, empresas de negocios y astilleros. Ese mismo año comenzaron a funcionar empresas similares en Kobe, Kyoto y Osaka; dos años más tarde, en Nagoya y Yokohama: en conjunto, había treinta y tres compañías en 1896. En 1920, los motores de energía eléctrica primaria suponían el 52,3 por 100 de la capacidad energética empleada en el sector de la producción. La cifra equivalente en Estados Unidos era de 31,6 por 100 en 1919, donde solo se alcanzó el 53 por 100 en 1929. Gran Bretaña fue aún más lenta, con tan solo el 28,3 por 100 en 1924[8]. En lo referente a la energía y la electricidad, por lo tanto, Japón confirma la pertinencia del modelo de los países rezagados: es rentable llegar tarde.

El relato al uso de la rápida y afortunada industrialización de Japón rebosa de admiración, algo mitigada por el disgusto ante su sombrío e intenso acompañamiento nacionalista, ese cambio despiadado que dio tanta deliberación y urgencia al proceso de desarrollo. Era el primer país no occidental en industrializarse, y hasta el día de hoy sigue siendo ejemplo y guía de rezagados. Los demás países enviaron a sus jóvenes al extranjero para que aprendieran los nuevos métodos y estos no volvieron: los expatriados japoneses siempre lo hacían. Los demás países contrataron a técnicos extranjeros para que enseñaran a sus trabajadores; los japoneses en buena medida aprendieron solos. Los demás países importaron equipos extranjeros e hicieron cuanto estuvo en su mano por utilizarlos. Los japoneses los modificaron, mejoraron y los fabricaron por sí mismos. Es posible que a los demás países, por razones históricas propias (¿a cuántos latinoamericanos les caen bien los «gringos»?), no les gusten los japoneses, pero sin duda los admiran y envidian.

Es una historia bonita, edificante incluso. Pero un aspecto de la hazaña japonesa ha pasado desapercibido a los historiadores encomiásticos: el esfuerzo y las penalidades que costó. Los datos y documentos relativos a la industrialización temprana hablan invariablemente de trabajo duro a cambio de un salario reducido y, naturalmente, de explotación. Uso esta palabra no en el sentido marxista de pagar a la mano de obra menos del valor de su producto (¿de qué otra forma obtendría el capital su recompensa?), sino en el sentido más expresivo de obligar a trabajar a personas que no pueden negarse a ello, como mujeres y niños, esclavos y semiesclavos (mano de obra en régimen de servidumbre temporal involuntaria[*]). La literatura de la Revolución industrial británica, por ejemplo, rebosa de relatos de atrocidades, perpetradas en particular con los aprendices procedentes de hospicios, que se enviaban a las fábricas textiles para exonerar a los contribuyentes de las cargas de la beneficencia. Pero no solo a esas fábricas; las minas de carbón fueron un lugar donde sufrieron tormentos indecibles, así como las pequeñas fábricas metalúrgicas e incluso los talleres familiares. «Cuando tenía cinco años, mi madre me llevó a una escuela de encaje [a todo se le llamaba escuela] y le dio un chelín a la maestra. Me dio una clase de media hora, me pegó en la cabeza seis veces y me frotó la nariz contra los alfileres». Los supervisores y los padres estaban en connivencia ante esta esclavitud precoz: «Seis años es la mejor edad, se les puede pegar para hacer que mejoren. Si llegan tarde, después de haber estado en la calle, tienen la calle en la cabeza constantemente». Y cuanto más asustados, mejor, como reza la cantinela de la pasamanería:

Tres encajes he hecho hoy,
¿Qué crees que dirá mi madre

Cuando sepa que no he hecho más?
Cogerá y me pondrá en la calle,
Nunca más me dejará entrar[9].

La dolencia más común de estos niños desdichados e infelices era un estómago nervioso. No es sorprendente que fueran víctimas de los depredadores sexuales y se dedicaran a la prostitución. En su caso, parecía una promoción.

Los elevados costes sociales de la industrialización británica reflejan la conmoción de una sociedad que no estaba preparada a asumir esos cambios y la extraña idea de que los salarios y las condiciones de trabajo eran fruto de un pacto voluntario entre partes libres. Hasta que los británicos no superaron esas ilusiones, con respecto en primer lugar a los niños, y luego a las mujeres, no intervinieron en el lugar de trabajo ni promulgaron legislación tendente a la protección de la mano de obra. Cuando lo hicieron, lo pusieron todo por escrito, de suerte que los historiadores de la sociología disponen de una biblioteca entera de documentos y testimonios con los que trabajar. ¿Fue la situación en Inglaterra tan mala como la pintan las fuentes? ¿O simplemente disponemos de testimonios más completos?

Los países europeos que siguieron a Inglaterra en la senda de la industria moderna tuvieron sus propios problemas y escándalos en relación con la mano de obra, aunque fueron menos graves, en buena medida porque estaban sobre aviso y pudieron aplicar medidas cautelares por anticipado. Comparativamente, Japón se lanzó a un capitalismo salvaje y desbocado. Como en Inglaterra, o quizás incluso peor, la industria familiar ya era testigo de una vergonzante explotación. ¿Por qué he dicho «incluso peor»? Porque el japonés que trabajaba en casa estaba dispuesto a soportar horas de trabajo agotador y monótono, ante las que el hilandero o el cordonero más dócil de Inglaterra se habría soliviantado. Por ejemplo, los japoneses no tenían día de descanso. ¿Para qué lo querían? Los animales no lo tienen. De modo que la curva descendente de la oferta de trabajo —la preferencia del ocio con respecto a los ingresos— no representó un problema grave para dicho país.

¿Por qué no? La respuesta reside en parte en un sentido más intenso de la responsabilidad de grupo: el trabajador indolente, autoindulgente, no se perjudica a sí mismo, sino al resto de su familia. Y a la nación: no olvidemos a la nación. La mayoría de los campesinos y trabajadores japoneses no pensaban lo mismo en un principio; en la era Tokugawa, apenas si existía el concepto de nación. Una tarea prioritaria del nuevo estado imperial fue imbuir a sus súbditos un sentido de responsabilidad suprema para con su emperador y su país y vincular este patriotismo con el trabajo. Una buena parte del programa escolar se consagraba al estudio de la ética: en un país que no contaba con una instrucción ni ceremoniales religiosos regulares, la escuela era el templo de la virtud y la moralidad. Como un libro escolar de 1930 lo expresaba: «La forma más sencilla de poner en práctica el patriotismo personal [es] disciplinarse en la vida diaria, ayudar a mantener el orden en la familia y cumplir plenamente con la responsabilidad personal en el trabajo[10]». Así como ahorrar y no malgastar.

Es la versión japonesa de la ética protestante weberiana, especialmente efectiva porque encaja perfectamente con los valores campesinos atávicos. El campesino clásico es un avaro que ahorra en todo, hace planes y proyectos y trabaja en consonancia con ello. Vive para el

trabajo y el trabajo incrementa sus propiedades: es su razón de ser. (El temprano divorcio de los trabajadores rurales de su tierra y de la agricultura fue una ventaja para la industria británica, pero de alguna manera los efectos de este desarraigo sobre sus actitudes y valores fueron negativos. El trabajador industrial sin tierras en su haber trabaja para vivir. Cuando ya tiene bastante, deja de disfrutar con lo que hace).

Los japoneses llevaron esta mentalidad campesina hasta sus últimas consecuencias. En épocas pretéritas, era una sociedad muy pobre, que a duras penas se aseguraba su subsistencia. Se vivía del arroz o, en los climas cálidos, de mijo y trigo sarraceno. El edicto de Kei de 1649 prohibía a los campesinos alimentarse a base del arroz que cultivaban, disponiendo que se contentaran con «mijo, vegetales y otros alimentos ordinarios». Pocas proteínas animales; quizás algo de pollo y pescado. Más que pescado (incluida la cabeza, la piel, las raspas y la cola), los desechos marinos: algas, plancton, pequeños peces arrastrados por la marea. Aún hoy, los japoneses hacen gala de una tolerancia en sus gustos que atestigua las privaciones e improvisaciones del pasado.

Todo se aprovechaba. ¿Que había que ir de vientre? Corriendo a casa a vaciar las tripas sobre las tierras propias. ¿División del trabajo? El tiempo y el trabajo de la madre eran demasiado preciosos para perderlos con los bebés y la indulgencia consigo misma, ¡desde el momento del parto! Los mayores podían ocuparse de sus hermanos pequeños; los niños aprenderían pronto a ocuparse de los trabajos menos duros de la industria. Los pedazos más pequeños de hilo, aun deshilachados, se guardaban para vendérselos a los traperos por unos pocos senes (100 senes = 1 yen). Los ancianos, demasiado viejos para trabajar, eran bocas que alimentar: mejor convertirlos en antepasados. Aquellos hogares eran fábricas textiles en miniatura, una mina de oro para los enérgicos comerciantes que daban trabajo a domicilio.

Conocemos la historia personal de uno de estos caballos de tiro. Se trata de una huérfana casada con un astuto campesino que quería zafarse del servicio militar y necesitaba una mujer[*]. Lo único que ella aportaba al hogar era la exención de dicho servicio, la fuerza necesaria para sacar agua de un pozo de 26 metros de profundidad, una habilidad manual extraordinaria y la humildad y paciencia de una santa ante una suegra salida directamente del infierno. Su suegro no vivía más que para el trabajo: «No tengo ningún deseo de ver nada. No tengo ninguna afición. Hacer que el suelo produzca mejores cosechas es el único placer que tengo en la vida[*]».

En guisa de saludo, la suegra le dijo que se tendría que ganar su sustento. «No tengo ninguna intención de trabajar duro y dejar que tú, la joven esposa, disfrutes con ello. Ahora que te has unido a nuestra familia, quiero que trabajes duro y escatimes y ahorres conmigo». La pusieron a trabajar en el telar, a hacer tejidos para el comerciante. Ella y sus tres cuñadas ponían en danza las lanzaderas temprano por la mañana, antes de que saliera el sol, hasta medianoche, un día tras otro, en verano como en invierno. Ningún día de descanso. No había tiempo siquiera de hacer limpieza. «Esto no es un templo ni la casa de un doctor —rezongaba la bruja—. Si tenéis tiempo de limpiar la casa, iros a la calle a trabajar». De modo que seguían trabajando. Noventa metros de paño liso listado al día. Ningún tejedor inglés habría llegado ni de cerca a esa cifra. A veces, cuando tejían algo para otra familia campesina, podían estirar al límite el paño y hacerse con unos palmos para ellas; sin duda lo hacía todo el mundo. La suegra se encargaba de que esos «extras»

acabaran también en manos del comerciante: ninguna indulgencia con aquellas jovencitas, a las que los vecinos llamaban los monederos de la familia. La suegra se atribuía todo el mérito.

Aquella nuera era la mejor tejedora de la familia, la mejor del pueblo. A su suegra no le quedaba más remedio que admitirlo, aunque siempre encontraba algún motivo de queja. Cuando la nuera parió, nadie le prodigó mimo alguno. Nada de pasar tres días en la cama. Un pedazo de encurtido para mantenerla en forma. Y nadie la felicitó: para eso están hechas las madres. Un día, cuando la joven, después de comer, estaba amamantando a su bebé, la suegra se quejó de que perdía el tiempo: «Odio ver a una mujer joven perdiendo el tiempo dando de comer a su bebé, cuando podría estar trabajando en el telar y haciendo un poco de dinero».

Cuanto más y mejor trabajaba, más la explotaban y de peor gana le daban algo de tiempo libre. Es natural: su valor marginal iba en aumento. «Nuestra joven madre se toma mucho tiempo para lavarse», o «Cuánto le cuesta dar de comer al bebé», o «Es tan tonta que está volviendo a lavar la ropa». Tenía mejores cosas que hacer; qué más daba que no le diera tiempo de hacer la colada o lavarse. Los japoneses tienen fama de adorar la limpieza, pero la codicia es más devota con el dinero[*]. ¿Qué más daba que su ropa interior no estuviera limpia? Su marido se había ido a trabajar como guardafronteras al norte de Corea, atraído por una de esas pensiones miserables que constituyen el sueño de las familias campesinas pobres. No tenía por qué ser tan melindrosa. (Él no le dijo al marcharse cuánto tiempo estaría fuera. Pasaron veinticuatro años).

De modo que la familia fue ahorrando sus senes y el comerciante-fabricante ganándose sus yenes y la industria textil japonesa floreció; y llegó el día en que la familia había ahorrado lo suficiente para reconstruir la casa, esta vez con un tejado de tejas. A fin de cuentas, ¿hay algo más importante que una casa? «En este mundo lo que cuenta es una casa. La casa indica la posición social de una familia. Indica el valor de una persona». Cuando llamas a un doctor, mientras te toma el pulso mira la casa. Cuando se contrata a un sacerdote para un funeral, echa un vistazo a la casa y da un puesto al finado en el otro mundo acorde con ella. La familia política no hablaba de otra cosa. Siempre les habían mirado por encima del hombro. La gente no se tomaba la molestia ni de ser amables con ellos. Bueno, ahora verían. Y la nuera siguió tejiendo, sola ahora, ya que sus cuñadas se habían casado y marchado de casa. Y adelgazó y adelgazó, porque tenía que trabajar para cuatro y comer llevaba demasiado tiempo. Y su hijo creció y fue un dulce consuelo, porque su marido, en Corea, con su uniforme oscuro y sus galones dorados, la había olvidado.

Y entonces el hijo fue a la escuela, y la madre nunca tenía tiempo de verlo hacer deporte o jugar con sus compañeros, porque eso le habría impedido trabajar en el telar, y cuando los profesores visitaban la casa, la suegra la mandaba al cuarto de atrás, porque lo único que sabía hacer era tejer y deshonraría a su hijo si hablaba con sus maestros. Y el niño acabó sus estudios y cantó con los demás: «¡Nada iguala la alegría que sentimos!». Fue la primera y única ocasión en que la madre visitó la escuela, en primavera, con el patio lleno de melocotoneros en flor. Después, siempre que la madre veía melocotoneros en flor se echaba a llorar y recordaba la canción de fin de estudios de su hijo.

Así que la madre tejía y el comerciante compraba y la suegra ahorraba y la industria textil prosperaba; y el hijo se fue de casa a estudiar enseñanza secundaria, porque eso era

lo que su padre, el capitán de policía que estaba en Corea, quería que hiciera. Y la madre fue a despedirlo, saltó la valla y puso la cabeza contra el raíl para escuchar el susurro menguante del tren que se alejaba.

Y el marido no volvía. No tendría el privilegio de construir la nueva casa. De modo que siguieron adelante y la construyeron de todos modos, y los familiares compraron regalos y la abuela política sonrió e hizo fiestas a quienes traían muchos regalos, y los demás, incluso sus propios hijos que correspondían a la generosidad de la madre sin regalarle nada, no tuvieron ni una palabra de bienvenida. El cuñado de la suegra, un rico traficante de bueyes, le trajo muchas cosas, y mientras esta se entretenía con ellas, aprovechó la oportunidad para reprender a la abuela: «¡Anciana!, ¿todavía no has muerto? Nunca has hecho gran cosa —añadió—, ha sido tu nuera la que ha traído el dinero, comprado los arrozales, pagado la casa». La anciana sonrió y asintió con la cabeza, y el traficante exclamó: «¡Suerte que está sorda!». Y la vieja mujer se lo contó todo a su nieta política (no tenía nadie más con quien hablar): «¿Has oído lo que me ha dicho? Me siento mala». Y esta la consoló: «Abuela, no se preocupe por eso. Nadie ha trabajado tan duro como usted. Si he podido tejer sin tener que salir del telar ha sido porque usted me encanillaba el hilo en los husos. El dinero del telar ha servido para construir la casa, y usted lo sabe. No hay razón para que se sienta mal». Y tomó la mano de su abuela política entre las suyas y se puso a llorar. Y la anciana le dijo: «Tus palabras me hacen sentirme mejor». Poco después, la abuela murió. Parecía un árbol reseco.

Y el marido, Uichi, regresó a casa, vestido de uniforme con galones dorados, gafas con montura dorada y mostachos vueltos hacia arriba. Y construyó un anexo a la casa. Y empezó a quedarse en el pueblo. Con una mujer, corría el rumor. Y cada vez se fue quedando más y más tiempo. Y el rumor resultó ser verdad. La mujer de Uichi tenía miedo de hacer preguntas, porque su marido se enfadaba enseguida, pero en una comunidad tan pequeña como la de un pueblo esas cosas no pueden ocultarse.

Tampoco Uichi quería ocultar nada. Había conocido a aquella mujer en Corea. Era japonesa y la habían enviado a Corea a trabajar de «azafata». Allí, un destacado funcionario del gobierno la había tomado por amante y se había enriquecido y enriquecido a su familia con lo que ganaba. Y ahora era la amiga de Uichi. No se parecía a nadie del pueblo, con sus quimonos de seda, uno diferente cada día, y sus sábanas de seda. Y Uichi no tenía paciencia con su mujer y la pegaba, y sus parientes no hacían ademán de intervenir, y el padre se regocijaba incluso de la brutalidad de su hijo: «Si una persona no tiene esa fuerza de carácter, no puede lanzarse al mundo y salir adelante». Y su madre asentía: «Así es como asustaba a los coreanos. No es raro que le tuvieran miedo. Puede ser realmente brutal».

Y un día Uichi se trajo a su amante a casa, con sus baúles elegantes y sus cómodas llenas de sedas caras. Su madre estaba al corriente de los planes de su hijo y le dijo a su nuera que limpiara el anexo nuevo. Pero cuando se puso a barrer los nuevos tatamis, Uichi se abalanzó sobre ella y la sacó a puntapiés de la estancia: «¡Pedazo de animal! ¡Cómo te atreves a pisar el tatami con tus pies quemados por el hielo!». Y, cuando la mujer, aturdida, salió a trompicones del anexo, llamando a su hijo ausente, que estaba en China, en el ejército: «¡Mii! ¡Mii! ¿En qué campo de batalla…?», su suegra la echó de casa: «¡Vete de aquí, loca! No nos haces ninguna falta». Ninguna falta: ya no necesitaban los ingresos procedentes del telar.

Las mujeres del vecindario comprendieron perfectamente la situación: «Ganó sus galones dorados cometiendo brutalidades con los coreanos. Ha hecho cosas deshonrosas para enriquecerse». Aquello no presagiaba nada bueno, dijeron. Pero cuando vieron a la mujer de Uichi lamentarse y llorar, angustiada, ninguna le ofreció su compañía ni su simpatía. Esa noche, la amante de Uichi y su criada volvieron del pueblo en un palanquín. Ella llevaba calcetines de seda pura, otro producto de los telares japoneses. Todo cuanto la mujer de Uichi recordaba después de eso era la puerta cerrada del anexo y las risas que procedían de su interior.

Así que prendió fuego a la casa, y las casas japonesas arden rápidamente, despidiendo mucho fulgor. No se pudo salvar ninguno de los baúles, ni las cómodas ni los quimonos de seda. Y quién sabe cuánto dinero en billetes desapareció. Entonces, la mujer de Uichi se dejó caer a las profundidades del pozo para desaparecer del mundo, pero la descubrieron y reanimaron. Fue juzgada por incendio premeditado, con el agravante de que el fuego violaba el apagón reglamentario: había que prevenir los posibles ataques de unos bombarderos chinos inexistentes. Fue sentenciada a diez años de prisión, reducidos a ocho por circunstancias atenuantes.

Nadie fue a visitarla a la cárcel. Se pasó toda su condena acurrucada, tratando de combatir el frío y el viento y de consolarse con canciones que hablaban de tallos de ruibarbo que al crecer atraviesan la nieve, los mismos tallos que había recogido para su propia madre cuando era una niña pequeña y que servían de alivio a su madre enferma. Su hijo Mii le mandó una sola carta: una familia que trata brutalmente a sus mujeres no engendra hombres virtuosos ni agradecidos. Fue un compañero de prisión, Yamashiro, quien escuchó la historia completa y la rescató del olvido. La madre y mujer huérfana tenía entonces cincuenta años.

Por supuesto, el trabajo a domicilio en el campo representaba lo viejo; la hilandería y la fábrica, lo nuevo. El sector líder en la revolución industrial japonesa fue el textil, la seda y el algodón sobre todo, ramas en las que había que crear una fuerza laboral nueva. Como en Gran Bretaña, los primeros empleados de las hilanderías fueron mujeres. Pero hubo una diferencia muy señalada: mientras en Gran Bretaña entre la mano de obra contratada en un principio hubo muchos niños, empezando por los aprendices procedentes de hospicios de triste recuerdo, eso no ocurrió con tanta frecuencia en Japón, que instituyó la enseñanza obligatoria poco después de la restauración. En principio, los niños no podían trabajar en las fábricas. Digo «en principio», porque las cosas a menudo fueron diferentes. Como en Gran Bretaña, tenemos muchas pruebas de que se mentía deliberadamente acerca de su edad, además de que la asistencia a clase distaba de ser completa[11]. Los padres necesitaban dinero, y la enseñanza no era gratuita.

En honor a la verdad, hay que decir que la vida campesina era tan pobre y el trabajo tan duro, que la vida en las hilanderías podía resultar comparativamente atractiva. En el campo, el agua estaba fría y se sacaba del fondo de un pozo; en el internado de las hilanderías, caliente y fría, y salía de un grifo. En el campo, la comida era sencilla, tosca y escasa, más propia de cerdos que de personas; la hilandería ofrecía arroz tres veces al día, aunque sin duda extranjero, y no el arroz pegajoso que, según se dice, prefieren los japoneses. Pero, al igual que las demás naciones lo encuentran sabroso, a las pobres chicas

que trabajaban en la fábrica también les parecía sabroso, alimenticio y probablemente se acostumbraron a él: como les ocurriría sin duda hoy a los japoneses si abrieran su mercado al arroz procedente del extranjero.

Los salarios en las fábricas e hilanderías eran de hambre: a una chica le costaba años ahorrar lo suficiente, tras las deducciones en concepto de alimentación y alojamiento, para pagar la deuda contraída por sus padres al aceptar el adelanto. (El alojamiento a menudo consistía en una plataforma de carga entre las máquinas o en un catre en un dormitorio abarrotado, donde a cada una le correspondía el espacio de un tatami, es decir, un metro por dos: el tamaño de un ataúd). Una encuesta efectuada en sesenta y dos naves algodoneras en 1898 arrojó el resultado de una paga media mensual para las mujeres de 4,05 yenes, frente a 6,83 para los hombres: 4,67 yenes para ambos sexos. Hasta los trabajadores indios ganaban más, casi el doble: sus salarios equivalían a entre 8,07 y 9,18 yenes mensuales en un muestreo efectuado en siete fábricas textiles importantes[12].

El factor determinante, sin embargo, no fueron tanto los salarios como el producto marginal: la mano de obra japonesa trabajaba bien. Se ha afirmado que unos salarios reducidos en los países industriales y preindustriales reflejan una productividad baja, pero este no parece haber sido el caso de Japón. Mientras el campo pudo enviar trabajadores a la industria, la fábrica tuvo las mejores cualidades de ambos mundos: mano de obra barata pero industriosa, comprometida con su trabajo, con el grupo, con la familia. Una mujer recordaba:

> Trabajábamos desde la mañana, antes del alba, en la fábrica iluminada por las lámparas, hasta las diez de la noche. Al acabar la faena, apenas nos podíamos tener de pie. Cuando nos quedábamos a trabajar hasta muy avanzada la noche, a veces nos daban un ñame [para comer]. Luego teníamos que hacer la colada, peinarnos, etc. Para entonces ya serían las once de la noche. No había calefacción ni en invierno, de modo que teníamos que dormir juntas, apelotonadas. Bastantes de las chicas se volvieron a Hida. Me dijeron que las que vinieron a trabajar antes que nosotras lo pasaron aún peor. El primer año no nos pagaron. El segundo me dieron 35 yenes y, el siguiente, 50… La vida de una mujer es realmente terrible[13].

La cita es muy elocuente: salarios bajos, condiciones de vida precarias, rigor con la higiene personal, mejora gradual. A ello cabría añadir unas condiciones de trabajo malsanas: humidificación (para impedir la creación de electricidad estática), aire lleno de pelusa (lo que explica el elevado índice de tuberculosis), un estruendo ensordecedor. Balzac, al comentar en sus novelas la moralidad de los negocios y el carácter de las empresas, fue certero: todos los niños vienen al mundo con los pañales sucios. Al igual que todas las naciones industriales. Algunas muchachas se escapaban, pero eran atrapadas por agentes encargados de traerlas de vuelta y, después del correspondiente castigo y humillación, volvían a trabajar. Otras lograban desaparecer, pero acababan por volver, porque sus familias las obligaban a ello o porque echaban de menos las escasas comodidades materiales de la fábrica.

El hecho era que la vida y el trabajo en el campo eran más duros, al menos físicamente. Además, las lealtades familiares eran sagradas: las pobres muchachas que trabajaban en las hilanderías de seda o las fábricas de algodón que había en torno al lago Suwa (que hoy es un centro de producción de artículos electrónicos) ahorraban desesperadamente para

enviar algo a sus padres y volvían andando a casa a través de gruesas capas de nieve, por peligrosas pistas de montaña, atadas en cordadas para evitar caer en precipicios sin fondo. Años después, cuando se les preguntaba por aquellos años terribles, la mayoría solo recordaban los aspectos positivos. Se trata de una reacción de supervivencia natural: queremos olvidar las penas, «acentuar lo positivo». «*Haec olim meminisse iuvabit*», dijo Eneas a sus camaradas desesperados: un día os hará felices recordar estas cosas.

A los hombres les iba mejor. Sus salarios eran más elevados, su capacidad de negociación, mayor. Japón no difería en este sentido de los países europeos en vías de industrialización; quizás fuera un poco peor, al menos al principio. Los trabajadores de las fábricas, los trabajadores industriales en general, se consideraban una clase inferior, como los parias *burakumin*, y quizás muchos fueran probablemente *burakumin*[*]. Se les ponían etiquetas: «clase baja», «inferiores», «villanos», «los derrotados», «los rezagados». Las madres asustaban a sus hijos utilizando al trabajador industrial como ilustración del hombre del saco y les alentaban a sacar buenas notas para no caer en esa sima de abyección.

Los trabajadores reclamaban otra posición en la escala social y un poco de dignidad, no tanto derechos como dignidad. «No despreciéis al minero —era su eslogan—, el carbón no crece en un campo de cereales[14]». (Y si no se podían encontrar japoneses para trabajar en las minas, siempre se podía reclutar a coreanos y chinos. No resulta fortuito que, como ha ocurrido tan a menudo en la historia, los mineros sean esclavos. Tras la derrota de Japón en 1945, estos esclavos se limitaron a abandonar su trabajo, y la producción de carbón, la principal fuente energética del país, cayó de 3 o 4 millones a 1 millón de toneladas. Huelga precisar que los japoneses ya no estaban dispuestos a hacer ese trabajo. Se habían acostumbrado a algo mejor y eran libres. Japón, como otros países industriales avanzados, acabó resolviendo el problema recurriendo al petróleo)[*].

Junto a las iniciativas del gobierno y al compromiso colectivo de cara a la modernización, esta ética del trabajo y estos valores personales hicieron posible el llamado milagro económico japonés. Fue como si toda la población abrazara el ideal trasnochado del samurái, la banalización del *bushido*. Como es natural, sería erróneo considerar que este sistema de creencias era universal, pero para comprender cabalmente los éxitos japoneses hay que tomar como punto de partida este fenómeno de un capital humano culturalmente condicionado. Fue la *persona* nacional la que generó toda una serie de adaptaciones ingeniosas de las tecnologías occidentales, que permitió sacar mucho partido de donde había poco, que le sacó un rendimiento extraordinario a gentes que, en otras sociedades, habrían optado por el sabotaje o la emigración. Quienes se sorprenden ante la resistencia opuesta por las fuerzas armadas japonesas en los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial y la atribuyen al fanatismo o a pulsiones suicidas se equivocan. Estamos ante una sociedad cuyo sentido de la responsabilidad y la obligación para con el colectivo, en todas las esferas, la hace irreconciliable con el individualismo imperante en el oeste. El individualismo constituyó una enorme ventaja para la prosperidad económica durante los siglos que precedieron a la Revolución industrial, no solo en Europa, sino, como hemos visto, en el Japón de la era Tokugawa. Pero cuando los japoneses descubrieron la senda que querían seguir, sus valores colectivos se convirtieron en un activo de primer orden. (Y en una poderosa tentación).

Un error común de la historia pseudocientífica es dar por sentado que las virtudes de hoy serán también las de mañana, y que determinado factor, que una vez resultó positivo, lo será siempre. La historia no funciona así. Los requisitos previos de las economías emergentes que cosechan triunfos espectaculares no son los mismos que los de los países que van en cabeza y de los que evolucionan sin sobresaltos. El éxito japonés radicó en el éxito del combate contra la petrificación y la nostalgia acometido en la era Tokugawa y en la realización de un vasto esfuerzo nacional en la era Meiji y posteriormente. A diferentes circunstancias, diferentes estrategias.

Capítulo XXIV

¿COMETE LA HISTORIA ERRORES?

El orgullo masculino árabe es muy fuerte. Y muy frágil.

JAN GOODMAN, *Price of Honor*

No puede entenderse la evolución económica de las naciones musulmanas sin tener en cuenta la vivencia del islam como fe y como cultura. El islam, palabra que significa «sumisión» (a Dios), es una de las grandes religiones del mundo. Nacida en el desierto, como sus dos antecesoras monoteístas, infundió pronto un vigor sin parangón a sus adeptos, arrastrando consigo a un pequeño grupo de guerreros nómadas que habrían de instaurar rápidamente un vasto imperio. En el espacio de un siglo a partir del éxodo del profeta Mahoma (Héjira) de Meca a Medina (622, año 1 de la era musulmana), los guerreros de la nueva fe, en su mayoría árabes, arrasaron las naciones e imperios de Oriente medio y continuaron hacia el oeste, más allá de Gibraltar, hasta el Atlántico, y, atravesando España, hasta el centro de Francia. Luego, después de una pausa digestiva, nuevos ejércitos se abrieron camino hacia el este, llegando hasta la India y más allá. Cuando los europeos alcanzaron por mar el océano Índico (1498), el islam ya se había implantado en algunas regiones de China y las Filipinas, por la costa oriental de África y, en el sureste de Europa, había llegado hasta la cuenca del Danubio y las rutas comerciales de Asia central. Solo en España y Portugal se produjo una reconquista que permitió arrebatar tierras a los musulmanes y cambiar el signo de una conquista que parecía hija del destino.

Esta explosión de pasión y adhesión a una causa es el hecho más importante de la historia eurasiática en lo que podemos llamar los siglos medios, es decir, los mil años que separan la caída del imperio romano de Occidente (tradicionalmente fechada el año 476) de la expansión ultramarina de la Europa cristiana. En este sentido, preludia el vigor de la posterior conquista imperial europea, de mayor alcance y calado, que impondría su calendario al mundo entero, convirtiendo el *anno Domini* en «era común».

La diferencia fundamental entre ambas oleadas es el lugar que ocupó en cada caso la tecnología. En el primer caso, los musulmanes utilizaron métodos antiguos y un nuevo tipo de hombre, confiando en el entusiasmo combativo de sus veloces jinetes, y estaban convencidos de que Dios y la historia estaban de su parte. Estos hombres se limitaron a subyugar a los subordinados asalariados y a los súbditos indiferentes de imperios despóticos, haciendo cortas pausas para digerir las conquistas y los botines. En el segundo caso, la oleada europea explotó una potencia de fuego superior y su detonante fue el afán de lucro: el botín también, sin duda, pero ante todo unas ganancias continuas y «sostenibles». (Cuando era estudiante, nos enseñaron que los tres motores de la historia

eran Dios, el oro y la gloria. Los tres eran importantes, pero el fundamental era el oro, porque con él se pagan las facturas, se arman las flotas y se estimulan y consuelan los apetitos de la carne).

El embate europeo fue potencialmente más intenso, debido a sus premisas materiales. En su época de mayor hegemonía, los europeos no tenían rivales. Sus únicos adversarios serios eran los demás europeos. Pero el embate musulmán fue desde un principio más inflexible e insaciable. La combinación de valentía y fe tuvo consecuencias apocalípticas en ambos sentidos, en los triunfos y en los fracasos.

La expansión europea (imperialismo) no fue apocalíptica. En puridad, fue una expresión de poder. Al estar motivada por una conciencia clara de que el grado de desarrollo en ambos mundos era desigual y de que la ocasión era propicia, implícitamente tenía en cuenta criterios de rentabilidad y, por lo tanto, supo ser extremadamente oportunista. Por supuesto que las almas preocupaban a los europeos, a unos países —católicos— más que a otros —protestantes—. (Lo hemos visto en el caso de los holandeses en Asia). Pero solo extraordinariamente han tenido las almas bastante peso como para que se pusieran en la balanza del debe y el haber. El prestigio también contaba, pero, como todo, tiene su precio. Por ello se han derrumbado los imperios europeos en el momento y de la forma en que lo han hecho. Cuando las potencias europeas se toparon con la resistencia colonial y el coste de la estancia se elevó, hicieron las maletas y se volvieron a casa (la India es el ejemplo por antonomasia de esta conducta), dando a menudo una libertad muy onerosa a los pueblos nativos[*].

No ocurrió lo mismo en el caso del islam. El guerrero musulmán estaba contribuyendo a la obra de Dios y su derrota constituía un revés para la humanidad. Así, cuando, a partir del siglo XI en España y en el Mediterráneo oriental, los caballeros cristianos lograron expulsar a los creyentes de tierras que habían pertenecido a la casa del islam (*dar al-islam*), los musulmanes lo consideraron un triunfo del mal. Y cuando, en Tierra Santa, los ejércitos musulmanes echaron a los cruzados al mar, no se trató de una simple victoria, sino del triunfo de Dios, la restauración del orden y una reparación de la historia. La expulsión de los reinos cruzados cristianos del Mediterráneo oriental se convirtió en una suerte de gesta paradigmática, una metáfora intemporal. Cuando, casi un milenio después, el iraquí Saddam Hussein invadió Kuwait, desafiando a la coalición de las potencias occidentales y a sus aduladores musulmanes, lo hizo en nombre de Saladino, el jefe kurdo que arrebató Jerusalén a los infieles[*].

Desde ese momento álgido (1187), la trayectoria del islam fue mayormente descendente. No es que la religión languideciera. Seguía ganando adeptos, especialmente entre las poblaciones de creencias animistas. El mensaje del islam es simple; el acto de conversión también. Siendo uno de los grandes credos monoteístas, es el que menos exigencias impone al nuevo converso, al menos al principio[*]. Pero, en la medida en que el islam vincula la fe al poder y a la supremacía, el hecho de que su poderío fuera menguando en beneficio de las sociedades infieles se convirtió en motivo de profunda desesperación o de viva angustia. Durante mucho tiempo, el problema del declive fue disimulado por la autonomía continuada de los estados musulmanes, el interés de las potencias europeas por otras partes del globo, algunos triunfos aislados (en particular, las conquistas territoriales de los turcos otomanos) y la aparente impermeabilidad del islam. Pero, a partir del siglo

XVII, el cambio en el equilibrio de poder a escala universal era patente para quien quisiera verlo. Las aguas del islam habían quedado estancadas en un remanso económico e intelectual. La historia se había equivocado de camino.

En dos lugares resultó capital este encontronazo entre religiones e imperios para el curso general de la historia: en la India mogol, donde los británicos comenzaron a devorar territorios, ingresos y soberanías, y en el imperio otomano, donde se vulneró la sacrosanta autoridad del sultán, sus dominios le fueron siendo arrebatados a dentelladas por sus veleidosos vecinos cristianos y se produjo el consiguiente brote de nacionalismo entre sus súbditos cristianos. Ambos estados eran imperios aristocráticos (despóticos) de cuño clásico, caracterizados por sociedades divididas en una pequeña élite y una gran masa de súbditos que esquilmar. Por encima de la divisoria que separaba a los pocos escogidos de los muchos desheredados, los nobles y los funcionarios ejercían un poder ilimitado. Detentaban el monopolio de la violencia, solo limitado por la sabiduría ocasional, aleatoria, caprichosa incluso, del soberano. Estas sociedades no carecían de cierto sentido de la justicia: un historiador habla de «la vitalidad de un código moral siempre vigente que una sociedad compasiva ha aprendido a valorar[1]». (Al leer las lamentaciones de los contemporáneos, incluidos los visitantes europeos, esta opinión me parece muy optimista).

Por debajo de la divisoria, las personas carecían de derechos y seguridad; solo obligaciones y sumisión. La oposición era prácticamente imposible. La única escapatoria posible a la explotación era el éxodo o el esconderse, refugiarse en la invisibilidad de los don nadies. Como, según se cuenta, dijo un califa de Bagdad: «La mejor vida es la de quien tiene una casa grande, una mujer hermosa y recursos suficientes, aquel que no nos conoce y a quien nosotros no conocemos[2]». Sabía lo que decía. En ese tipo de sociedad, conocer a los poderosos y ser conocido por ellos era buscarse problemas. Un santo sufí lo expresó certeramente cuando se le pidió que recibiera al soberano: «Mi casa tiene dos puertas; si el sultán entra por una, yo saldré por la otra». Naturalmente, solo un santo podía permitirse esas palabras, y solo a un santo se le pedían tales cosas. Por consiguiente, ¿cómo se iban a identificar las masas con el rey o el reino? Alistarse en el ejército era una forma de servidumbre. Los guerreros solían ser esclavos o mercenarios, carentes de celo y de lealtad.

En la India, el imperio mogol ya se estaba fragmentando cuando llegaron los europeos; su sentencia de muerte estaba escrita y nada podía impedir que se ejecutara. Este subcontinente, aparentemente hecho para la unión por su configuración y religión, nunca había logrado cohesionarse. Por los desfiladeros del noroeste llegaba un invasor tras otro, que imponía su dominio sobre las cuencas del Indo y del Ganges; pero el sur siempre había resistido, preservando tenazmente la especificidad cultural y lingüística de los pueblos nativos, como un resorte comprimido. De modo que no había unidad: «El país pareció desmoronarse en pedazos con solo tocarlo[3]».

Pero ¿por qué no se adoptó el sistema de estados nación independientes de Europa? ¿Por qué, «en presencia de unas políticas enfrentadas, no emergió un sistema de estados plurales[4]»? En mi opinión, porque estas tiranías aristocráticas, pequeñas y grandes, no podían generar la identidad popular necesaria para crear un vínculo entre sus gentes y hacerlas sentirse diferentes, o incluso superiores, con respecto a sus vecinos. La religión podía haber constituido un elemento aglutinador —musulmanes contra hindúes—, pero no se convirtió en un rasgo distintivo (discriminador) de la nación hasta el siglo XX. Si los

europeos no hubieran llegado en el siglo XVII, India hubiera vuelto probablemente a sus divisiones intestinas y a los disturbios que habían sido su patrimonio durante milenios.

Los británicos modificaron radicalmente el panorama. Trajeron consigo su experiencia en la administración y una tecnología superior, que hizo posible que una pequeña tropa gobernara a unas personas dóciles, infinitamente superiores en número. Con la excepción de la rebelión de los cipayos (1857-1858), sofocada cruelmente, y algunos motines religiosos, ni los musulmanes ni los hindúes opusieron resistencia. Los británicos aportaron también beneficios comerciales decisivos. Como antes los portugueses y los holandeses, eran el agente activo en este matrimonio entre el oeste y el este. Eran sus naves las que iban y venían, sus comerciantes los que se aventuraban cada vez más lejos en aguas asiáticas. (Compárese este proceso con la simetría entre intercambios y competencia en las colonias del Atlántico Norte). En las antiguas redes comerciales de Asia, pese a su riqueza y experiencia, las transacciones de más enjundia las realizaban agencias extranjeras, y el desarrollo económico de India a partir de finales del siglo XVIII tiene una deuda mayor con la política imperial británica que con las iniciativas indígenas.

El dominio británico se caracterizó por su menosprecio. Los *sahib* y *mensahib* blancos se sentían infinitamente más civilizados, más aseados, inteligentes, apuestos y mejor educados. Los indios les devolvían el desprecio a raudales. Los indios, según contaba una leyenda bengalí, descendían de la unión entre un demonio y una mona. Los indios más refinados ignoraban estas genealogías atrabiliarias, pero recordaban que sus antepasados conocían el arte de la poesía y el guarismo cero cuando los británicos todavía se escondían en los bosques. *Sir* Henry Maine, antropólogo social británico de finales del siglo XIX, deploraba esta nostalgia autoindulgente por parte de ambos bandos: «Los nativos de la India han aprendido de los europeos el hábito moderno de fabular, en sus obras de ficción, un pasado imaginario a partir del presente…». O bien: «El pasado ejerce una influencia demasiado terrible y sofocante sobre los nativos educados de la India, que les impide jugar con él o desvirtuarlo[*]».

Hoy en día, naturalmente, todos lo practicamos. Creemos que está bien y lo llamamos «multiculturalismo».

El imperio de los turcos otomanos resultó más duradero, lo que por sí solo constituye un misterio, porque, después de unos doscientos cincuenta años de expansión (1300-1550), su trayectoria descendente debería haber propiciado su fragmentación y desaparición en unas pocas décadas. En el siglo XIX, se consideraba a Turquía «el enfermo de Europa», pero su agonía había comenzado en realidad trescientos años antes. ¿Cómo se explica que un cadáver viviente, con todos los miembros en descomposición, tardara tanto en expirar?

Los inicios del imperio otomano datan del siglo XIII, cuando los osmanlíes, un clan o tribu turca, lograron penetrar en el noroeste de Anatolia, muy lejos de las llanuras y los pastos de su hogar ancestral, muy cerca del corazón del poder bizantino (griego). Este pueblo guerrero se desplazaba con rapidez y era muy aficionado al saqueo, muy peligroso. Los griegos deberían haber comprendido que, tarde o temprano, deberían enfrentarse a ellos. En lugar de ello, aquellos «pseudogriegos» engreídos creyeron que podrían convertir a los otomanos en aliados e instrumentos de su poder.

De modo que cuando, a mediados del siglo XIV, el imperio bizantino se sumió en la guerra civil, los dos bandos solicitaron ayuda a los turcos y a los serbios (también invasores). Esta táctica se utilizaba desde hacía siglos: mándese llamar a los bárbaros y póngaseles a combatir en nombre de uno, y no contra uno. Pero dejar entrar al enemigo en casa es una estrategia sumamente arriesgada. Puede ocurrir que se aficione demasiado a su nuevo hogar. Cuando a los serbios les pudo la ambición y decidieron sustituir la dinastía griega por una propia, los griegos volvieron a pedir ayuda a los turcos, que se la dieron. Pero ¿por qué habían de detenerse ahí? Tras derrotar a los serbios, los turcos se instalaron en Gallípoli en 1354, después asolaron Tracia y, en 1365, tomaron Adrianópolis (la ciudad del emperador romano Adriano) y la convirtieron en su nueva capital, a un día de marcha de Constantinopla. Ahora los otomanos tenían un pie firmemente anclado en Europa y el otro en Asia menor. El «imperio» bizantino había quedado reducido a algunos núcleos disminuidos, a islotes cristianos en un océano musulmán. Y los otomanos, como otros invasores asiáticos que les habían precedido, empezaron a imitar las pompas y ceremonias de la corte griega, aunque a su manera.

En 1453, cuando los otomanos capturaron Constantinopla, poniendo fin al imperio romano, las campanas doblaron y los devotos de cortes e iglesias a miles de kilómetros de distancia entonaron sus letanías. En ese momento, los turcos tenían en su poder tantos territorios en Europa como en Asia, y se les veía y eran temidos como representantes del azote islámico contra el cristianismo. El turco se convirtió en el nuevo hombre del saco, y su nombre se hizo sinónimo de «bestia» o «salvaje cruel». Las dianas en los puestos de tiro de las ferias, las *tetes de ture* [cabezas de turco], se representaban con turbantes y grandes bigotes[*]. Los escolares resolvían problemas de aritmética en los que se planteaba la manera más eficaz de deshacerse de pasajeros turcos en un barco que naufragaba.

Esta percepción hostil (y temerosa) y las agresiones intermitentes fueron dibujando una frontera inestable y en constante movimiento al conflicto. La caída de la gran ciudad, La Ciudad (significado de «İstanbul»), constituyó uno de los acontecimientos más luctuosos de todos los tiempos, un hecho que cambió el curso de la historia de una manera tan radical que, quinientos años después, todavía está vivo su influjo. Pensemos en los combates y las atrocidades de la llamada depuración étnica en la Bosnia actual.

El imperio otomano fue un despotismo típico, con un carácter un poco más belicoso de lo común. Los gobernantes se quedaban con el superávit, aunque al principio explotaron menos a las masas, o con menos eficacia, que la India mogol[*]. Quizás eso se debía a que los otomanos estaban demasiado ocupados guerreando. Cada año emprendían una nueva campaña, nuevas incursiones en las regiones vecinas. Mientras estas correrías resultaron beneficiosas, podía aflojarse la correa que mantenía aprisionados a los *rayas*, el ganado humano. Además, los turcos deseaban alentar el espíritu de empresa comercial e industrial de las comunidades minoritarias, como los cristianos (griegos y armenios, pero también un número creciente de pobladores del Mediterráneo oriental) y los judíos. De hecho, construyeron su sociedad basándose en la división étnica del trabajo, un indicio inequívoco de su desdén y sentido de superioridad con respecto al comercio y la artesanía. Esta segmentación posibilitó las actividades de las minorías, pero impidió su expansión. En los despotismos, resulta peligroso ser rico y no tener poder. Así ocurrió en Turquía: la

acumulación de capital se convertía en una molestia atractiva. Atizaba la codicia e invitaba al saqueo.

Con el tiempo, las dimensiones del imperio otomano crecieron, hasta abarcar todo el Oriente medio musulmán (incluidos Siria e Irak), todo el norte de África (incluidos Egipto, Túnez y Argelia) y una porción sustancial del sureste de Europa, además de los territorios situados en torno al mar Negro. Este cúmulo de conquistas oportunistas no pudo administrarse de manera uniforme. Algunas regiones gobernadas rigurosamente pagaban impuestos; otras estaban obligadas por vínculos de vasallaje a pagar tributos. Otras recaían o escapaban al control otomano en función de los azares de la guerra y la diplomacia. La soberanía adoptaba a menudo la forma de protectorado, y el poder era tan virtual como real, esto es, la corte otomana gobernaba tanto haciendo frente a una oposición real o imaginaria, como independientemente de ella.

En un principio, esos vínculos fueron probablemente sólidos; el imperio otomano tuvo varios líderes muy preparados. Sin embargo, a largo plazo las autocracias, más aún que las monarquías hereditarias, adolecen de dos desventajas intrínsecas: la imprevisibilidad del legado genético y el problema de la sucesión, ambas relacionadas. La primera deficiencia es inevitable: hasta las familias brillantes acaban cayendo en la vulgaridad y las familias ordinarias raramente la evitan. Por su parte, la sucesión se determina por una convención social y política. En los países musulmanes, recaía con frecuencia en el miembro masculino mayor del clan, a menudo un tío, un primo o el hijo mayor. La variante turca fue la sucesión por el hijo más capacitado, y no el mayor.

En ambos sistemas, la multiplicación de esposas y concubinas, así como la proliferación de descendientes (¿qué otra cosa podía hacer un gobernante ocioso?, ¿qué mayor prueba de vigor?), plantean el problema de la legitimidad. El método otomano de zanjar este asunto consistía en estrangular a todos los rivales potenciales, con mucha delicadeza, por descontado, con una cuerda de seda. Esta competencia letal alentaba los asesinatos cautelares, no solo de los rivales, sino también de sus madres (arrojadas en un saco al Bósforo), así como al confinamiento preventivo del heredero potencial en el harén, a salvo de intrusiones y perfidias. Este aislamiento embrutecedor condujo a la impotencia intelectual y política. A partir del siglo XVII, el sultán escogido fue por lo común un ser sin entidad ni educación, una marioneta en manos ajenas.

Los cortesanos intrigaban y urdían tretas para reforzar su influencia en torno a este vacío de poder. A medida que crecía la burocracia otomana, a medida que los documentos se apilaban y las leyes se multiplicaban, la gestión del gobierno fue recayendo cada vez más sobre personas de extracción no turca, incluso en los niveles más altos. Muchas procedían de un impuesto de capitación entendido en sentido literal (el *devshirme*): los súbditos cristianos del imperio estaban obligados a donar hijos al estado, para que fueran educados como musulmanes y utilizados, en tiempos de guerra como de paz, para actividades de alto y bajo nivel[5]. El sistema provocaba recelos entre las élites más antiguas —«¿cómo es posible que los que disfrutan de rango y de poder sean todos albaneses y bosnios?»—, pero indica que los otomanos eran receptivos al talento, incluido el de los renegados[*]. Dejó de ser un imperio turco —la propia palabra adquirió connotaciones negativas de ignorancia y tosquedad—, convirtiéndose más bien en un ensamblaje pluralista. Aunque no en un crisol

de pueblos; los turcos nunca lograron crear una identidad otomana capaz de granjearse la lealtad de sus heterogéneos súbditos[*].

Mientras tanto, los combatientes turcos de antaño fueron perdiendo su ardor guerrero y desapareció la figura del patriota que se alistaba voluntariamente al ejército. El estado se hizo cada vez más dependiente de los soldados esclavos, en particular los jenízaros[*]. En un primer momento fueron servidores del sultán, su brazo derecho y su cuerpo de élite; pero la capacidad de matar allana el camino al poder. En Constantinopla (Estambul para los musulmanes[*]), los jenízaros se convirtieron en un estado dentro del estado, una guardia pretoriana que ponía y quitaba gobernantes hasta que, en 1826, el sultán obtuvo el consentimiento de los líderes religiosos para deshacerse de aquellos pendencieros. Primero, el sultán creó un nuevo cuerpo y dio la bienvenida en él a los jenízaros: la eliminación por la fusión. Se negaron e hicieron fuertes. Entonces, las tropas leales al sultán sacaron la artillería, hicieron fuego sobre los cuarteles y la chusma se encargó del resto. Balance de la operación: de seis a diez mil muertos. Los jenízaros habían entrado en la historia.

En Egipto, un cuerpo similar, el de los mamelucos, se apoderó efectivamente del reino y lo gobernó durante unos 260 años (1254-1517) como una aristocracia que desmentía su propio nombre (del árabe *memalik*, «esclavo»). Siguieron en el poder incluso después de la conquista otomana, hasta la incursión de Bonaparte (1798) y la contrainvasión de las fuerzas británicas. En el tren, con esos europeos, viajaba un aventurero albanés que se aupó hasta el grado de virrey del sultán y nuevo pachá de Egipto. Este soldado de fortuna, de nombre Mehmet Ali, decidió deshacerse de los parásitos mamelucos y afianzar su autoridad. Así que, en 1811, invitó a sus jefes a un banquete. Acudieron todos al palacio, alegres y cordiales, ataviados con sus mejores galas, y se sentaron a la mesa. La mayoría no volvió a levantarse. Se habían cerrado las puertas, y desde las alturas unos tiradores los abatieron como a patos en un estanque. Así concluían más de 550 años de soberanía[*].

Pero nos estamos adelantando. Tras el fracaso del primer sitio otomano de Viena (1529), el imperio sufrió varios reveses en Europa, pues los incipientes estados cristianos empezaron a organizarse. Entre los cambios determinantes, cabe citar la mejora constante de su tecnología militar. Los otomanos trataron de no perder comba, pero más imitando que inventando. Comprendieron el valor del cañón y en particular de la artillería en los asedios, pero tenían que recurrir a técnicos cristianos para la fundición de estos artefactos. Cuando el desfase tecnológico entre los fusiles cristianos y los musulmanes se hizo completo, los turcos ya no pudieron siquiera aprovechar las armas capturadas en combate[6].

Lo mismo ocurría en el mar: los otomanos sustituían las naves viejas por otras idénticas, mientras que el armamento naval cristiano mejoraba sin cesar. Veamos lo que dice al respecto el historiador otomano Selaniki Mustafá Efendi, al dar cuenta de la llegada en 1593 de la nave que condujo al segundo embajador inglés ante la Puerta Sublime: «Una nave tan extraña como aquella no había entrado jamás en el puerto de Estambul. Había surcado 5900 kilómetros de mar con 83 cañones a bordo, además de otras armas. El perfil de las armas de fuego recordaba a un cerdo[7]». Esta comparación revela inconscientemente su ignorancia: aquellos cerdos (un símbolo muy significativo pues son alimento para los cristianos y tabú para los musulmanes) eran cañones navales de hierro,

de los que Inglaterra fabricaba más por sí sola que el resto del mundo. Aquella nave y unas pocas como ella podrían haber destruido la flota otomana (y la veneciana por añadidura) antes de que esta pudiera acercársele lo suficiente para embestirla o abordarla y emprender la lucha cuerpo a cuerpo. Mientras tanto, los otomanos trataban de mantenerse a su altura importando grandes cantidades de material de guerra: mosquetes, pólvora, nitrato sódico, hierro y espadas. Pese a la prohibición papal de vender armas a los musulmanes, desafiando los anatemas de la iglesia y las excomuniones, gran parte de este armamento procedía de Inglaterra, que también las vendía a España. Pero ¿qué cabía esperar de unos herejes inconscientes?

Y no solo armamento. Con el tiempo, los intercambios comerciales entre Europa y el Mediterráneo oriental se invirtieron. Los artesanos orientales habían abastecido antaño a Europa en tejidos refinados, alfombras, tapices, azulejos y artículos afines a cambio de metal (cobre y estaño), esclavos y dinero. A partir del siglo XVI, fue Europa quien realizó y vendió productos manufacturados a cambio de frutos secos, especias, algodón y cereales. Lo mismo ocurrió con la seda: en la Edad Media, Europa compraba las sederías a los bizantinos; ahora importaba seda en rama y los productores locales de Turquía tenían serios apuros para competir con los compradores europeos por la adquisición de dicha materia prima. O con el papel: este material de escritura fue adoptado ansiosamente por Oriente medio (en el siglo VIII) a instancias del ejemplo chino, pues el forraje escaseaba y las pieles y pergaminos no eran fáciles de encontrar. La nueva tecnología cuajó más lentamente en Europa, donde el pergamino era relativamente abundante, pero cuando los fabricantes europeos aprendieron a hacer papel, aventajaron claramente a sus predecesores orientales y pronto vendían grandes cantidades al este[8]. Incluso sustancias como el azúcar y el café, que originalmente llegaron a Europa desde el este, circulaban ahora en sentido contrario, y en el caso del azúcar, tras su refino y elaboración[9].

Sin embargo, el mayor error del islam consistió en su rechazo de la imprenta, que se consideraba un instrumento potencial de sacrilegio y herejía. Nada contribuyó tanto al aislamiento musulmán de la corriente principal del saber.

A resultas de esta segregación intelectual, este atraso tecnológico y esta dependencia industrial, el equilibrio de las fuerzas económicas se inclinó claramente en contra de los otomanos y una serie de derrotas militares cuestionaron su presunción de superioridad y paralizaron su capacidad de reacción. Algunos observadores sagaces trataron de prevenir a la élite gobernante, presionando para que se emprendieran reformas, pero con escaso éxito. El mal era constitutivo, justificado con base en un dogma religioso e inculcado por la fuerza de la costumbre. La burocracia bizantina lo complicaba todo, con sus reglamentaciones embrolladas redactadas en una jerga burocrática incomprensible. La corrupción —el único modo de lograr algo— se alimentaba a sí misma.

Este arcaísmo autoimpuesto fue aplacando los arrestos del imperio. «El estado otomano era una máquina de rapiña que necesitaba botines o territorios para aprovisionarse en combustible, pagar por su política y recompensar a sus oficiales[10]». Los otomanos habían colmado en un principio un vacío de poder, se habían apoderado de una región antaño poderosa, hoy debilitada, saqueándolo todo a su paso. Ahora ya no podían seguir aprovisionándose del exterior. Tenían que generar riqueza desde dentro, fomentar las inversiones productivas. En lugar de ello, volvieron a sus costumbres y trataron de saquear

el interior de su imperio, explotar a sus propios súbditos. Nada, ni siquiera la riqueza de los oficiales de más rango, era seguro. No hay nada más autodestructivo. Lo único que salvó al imperio de la desintegración fue su ineficacia, la venalidad de sus oficiales y el interés por protegerlo de potencias más poderosas.

En estas circunstancias, el avance ininterrumpido de la tecnología europea, en particular a raíz de la Revolución industrial, puso los últimos clavos a la mortaja de la industria otomana. Con la excepción de algunas especialidades locales, nada podía competir con los algodones y las sedas, más baratos, de las fábricas. El siglo XIX vio a los británicos proteger el imperio otomano de las ambiciones territoriales de sus adversarios, mientras destruía alegremente sus productos manufacturados. Pero, desde el punto de vista británico, así debían ser las cosas: sus productos eran más baratos y los otomanos no tenían ninguna posibilidad de competir. No tenían bastantes conocimientos, no disponían del capital necesario, no podían confiar en la estabilidad política.

No obstante, del otro lado del Mediterráneo un fragmento del imperio otomano tenía otros proyectos. Era Egipto, largo tiempo adormecido bajo el mal gobierno mameluco, hasta tal punto que llegó a olvidar la rueda, nada menos que en el país de los faraones, donde los arqueros montados en carrozas habían puesto en fuga a los nubios negros y a los judíos errantes[*]. El gobierno turco había cambiado poco el país, pero la invasión de 1798 de una fuerza expedicionaria francesa al mando del general Bonaparte sacudió los cimientos del país. Un ejército de mamelucos fue aniquilado sin contemplaciones, mientras Bonaparte arengaba con eslóganes revolucionarios franceses a una población que no tenía ni idea de qué estaba hablando. Los británicos siguieron a los franceses —tras una nueva humillación tecnológica— y con ellos vino una nueva incursión turca, destinada a recordarles que eran fieles vasallos de Estambul. Uno de los destacamentos enviados iba al mando de Mehmet Ali (ya lo hemos encontrado antes), que utilizó a los mamelucos para destronar al gobernador otomano y convertirse en dueño y señor de El Cairo. Ante estos hechos consumados, el sultán de Estambul nombró a Ali su virrey en Egipto. Como muestra de gratitud, Mehmet Ali declaró la guerra a Turquía, siguiendo la mejor tradición turca.

Mehmet Ali (o, en la versión árabe, Muhammad Ali) fue sin duda un hombre enérgico y ambicioso. Pero difería de los señores de la guerra al uso en su amplitud de miras y en la imaginación que corría parejas con ella. No se dejó aislar en palacio. Ali sabía por experiencia personal hasta qué punto había quedado rezagado el imperio otomano, cuánto había que aprender. De modo que ninguna persona que tuviera interés visitó Egipto sin entrevistarse con él. Asimismo, Ali vio en Egipto no un destino de duración limitada, sino su propiedad personal y un terreno de experimentación del desarrollo. Normalmente, los otomanos solían desplazar a sus funcionarios de un puesto a otro para impedir que echaran raíces. Ali convirtió a Egipto en un feudo hereditario.

Por añadidura, Muhammad Ali concebía el desarrollo como un proceso global, que abarcaba los adelantos en la agricultura y en la industria, las nuevas tecnologías, las innovaciones en la enseñanza (lo que un economista llamaría capacitación del capital humano), pero también, lamentablemente, los programas de rearmamento y la inculcación de las virtudes militares. Para lograrlo, mandó llamar a técnicos extranjeros, algunos de los cuales abandonaron el cristianismo y abrazaron el islam. Aunque era patente el liderazgo

de Gran Bretaña en el sector de la producción, la mayoría de los expertos contratados fueron franceses, quizás porque el colapso del imperio napoleónico había liberado a muchos talentos, quizás porque la derrota de Francia la hacía menos peligrosa, quizás porque Muhammad Ali vio certeramente en Gran Bretaña a un rival de la industria egipcia.

De los expatriados, quizás el más destacado fuera Louis-Alexis Jumel, un fabricante francés de algodón mediante métodos mecanizados que más tarde se hizo agrónomo. En 1822, Jumel trasplantó un arbusto que había descubierto en la isla Borbón (luego llamada Reunión) y desarrolló en Egipto el algodón que hoy conocemos con su nombre[11]. Esta especie tiene una fibra muy larga, delgada pero resistente, que se puede hilar combada, e idónea para producir hilos y telas muy refinados[*]. En el nuevo mundo de la fabricación mecanizada del algodón, la variedad jumel fue un as en la manga desde el primer momento. Muhammad Ali hizo que se plantara en sus haciendas privadas, que ocupaban una parte cada vez más importante de las mejores tierras egipcias, y sus funcionarios siguieron pronto su ejemplo. En 1824, se exportaron más de 11 millones de kilos; en 1845, la cifra fue de 15,5 millones[12]. Fueron los ingresos procedentes de la venta del algodón jumel, comprado (o expropiado) a precios artificialmente bajos y comercializado a través de los monopolios estatales (que realizaron aproximadamente la mitad de las exportaciones egipcias globales en 1835), los que sufragaron las ambiciones económicas y militares, y en buena medida el canal de Suez. Las demás aportaciones al erario venían de otros cultivos, vendidos también por entidades oficiales. Era un método fácil de generar ingresos sin tratar de percibir impuestos irrecaudables. Ese régimen enfureció a los comerciantes europeos.

A partir de la década de 1820, una buena parte de estas rentas se destinaron a un gigantesco programa educativo e industrial —a las escuelas técnicas y militares, a una amplia gama de fábricas y talleres para la fabricación de productos textiles, metales y productos metalúrgicos, productos químicos, de cordelería, armas, naves y otros sectores afines—, todo cuanto era preciso para sustituir las importaciones y alimentar a una máquina de guerra cada vez más potente. El virrey trató de lograr un grado mayor de independencia comprando máquinas europeas y copiándolas en su país. A pesar de las prohibiciones de exportación promulgadas en Gran Bretaña, los egipcios obtuvieron el permiso, en 1826, de importar quinientos telares mecanizados de la empresa Galloway, de Manchester. Aquello no podía ser perjudicial, aseguró con sorna William Huskisson, presidente de la Junta de Comercio: en seis meses, «se habrán caído en pedazos[13]».

Hay quien afirma que Muhammad Ali estaba tratando de construir una máquina de guerra; otros sostienen que quería alentar una revolución industrial en un país muy atrasado con respecto a las naciones europeas en vías de industrialización[*]. Fue un empeño quijotesco a fuer de valiente, que inevitablemente había de chocar con los intereses industriales y comerciales de Europa; el primer intento de una sociedad atrasada no occidental de construir una economía industrial moderna, por decreto y desde arriba[14].

Hasta qué punto triunfó Muhammad Ali y por qué acabó por fracasar han sido temas que han suscitado una intensa polémica. Por una parte, la producción de algodón en Egipto creció vigorosamente. La cifra estimada de 400 000 husos mecanizados en 1834 lo situaría en el noveno lugar del mundo, por delante de Bélgica, y en el quinto o sexto lugar en

proporción de husos per cápita[15]. A finales de la década de 1830, Egipto producía 1,2 millones de piezas de percal al año. Por otra parte, a los visitantes les sorprendía lo rudimentario de la maquinaria empleada, la falta de mantenimiento, la mala calidad del producto acabado. El algodón jumel se utilizaba para piezas de tejido muy grandes, pero el hilo egipcio era manifiestamente basto y al mismo tiempo frágil. Con todo, algunos observadores europeos dieron una opinión positiva al respecto y tenemos constancia de que se realizaron envíos de estos productos a la India, tierra natal de la producción de algodón[*].

¿A quién hemos de creer? El punto de vista optimista apunta a la teoría de que el fracaso egipcio se debió a una conspiración. El proyecto de Muhammad Ali amenazaba la supremacía industrial de Europa. Egipto debía limitarse a la cosecha del algodón y dejar que sus hermanos mayores se ocuparan del hilado y la tejeduría (una vez más, la ventaja comparativa). De modo que los europeos, encabezados por los británicos, aprovecharon la primera oportunidad que se les brindó (1838) para dejar a Egipto sin los obstáculos arancelarios y las restricciones comerciales precisos para defender su industria incipiente. El capitalismo, prosigue esta tesis, ahogó con frialdad y astucia a un competidor potencialmente peligroso.

Los pesimistas replican que Egipto nunca fue un competidor serio. El proyecto estaba condenado en su conjunto al fracaso y solo sobrevivió mientras el estado invirtió en él su dinero. No podía hacerse nada sin técnicos y maquinistas extranjeros; incluso con su colaboración resultaba difícil. Asimismo, los precios de los materiales y los productos no los fijaba el mercado, sino las autoridades. Las escasas pruebas de alguna venta realizada al extranjero no demuestran nada.

El problema principal, mantienen los escépticos (realistas), radicó en la falta de preparación social y cultural de Egipto. Los empresarios nativos no eran legión. La mayoría procedían de las minorías copta, judía y griega: de intrusos interesados por encima de todo en la discreción. La producción nacional se llevaba a cabo en talleres y en los hogares familiares, la dirigían unos propietarios carentes de los conocimientos precisos, del dinero y del deseo de incorporar las técnicas de la mecanización. Los inversores extranjeros tenían métodos mejores y más rápidos de ganar dinero, prestándolo, por ejemplo. Tan solo el virrey era capaz de concebir fábricas en Egipto, y las estableció por decreto. Pero ¿dónde buscar la energía motriz? Egipto carecía de madera y de carbón, y el agua debía elevarse antes de poderla usar para impulsar las ruedas. De modo que comenzó con la energía animal: 1000 bueyes que hacían girar 250 000 husos de algodón. Los ingleses lo habían hecho al comienzo de su Revolución industrial, pero es una técnica onerosa e ineficaz, especialmente en los climas cálidos. Una cosa es utilizar bestias para las labores intermitentes de la agricultura y el transporte, y otra muy distinta hacer que accionen máquinas insaciables.

¿Y de dónde podía sacar Muhammad Ali a los administradores? Contrató a muchos europeos y los pagó bien, pero lo que quería de ellos eran conocimientos técnicos más que de gestión. Para ocuparse de estos menesteres, optó por los musulmanes, turcos y egipcios, por razones asociadas quizás con la sensibilidad de los trabajadores y con la creación de un interés por la nueva industria. Estos «nasires» recibieron honores, medallas y salarios generosos, pero la corrupción estaba muy extendida. «Se les hace responsables de la

administración de los gastos y la paga de los trabajadores, pero aceptan sobornos para conceder un trato de favor a determinado artesano mediocre a expensas del gobierno, y cometen otros fraudes innumerables difíciles de detectar[16]». Eso obligaba a nombrar a inspectores encargados de supervisar la contabilidad y aplicar la legislación a rajatabla para impedir el despilfarro y los fraudes. De esta forma se sacrificaba el tiempo, la calidad y el mantenimiento del equipo en aras de las formas y el orden.

¿Y de dónde podía sacar Muhammad Ali a los trabajadores? Siguiendo la tradición egipcia consagrada, comenzó utilizando esclavos (recordemos que Inglaterra usó a sus mujeres y niños, es decir, quienes no podían negarse a ello). Pero estos esclavos registraban tasas de mortalidad muy elevadas, lo que resulta bastante explícito acerca de las condiciones de trabajo[*]. Luego recurrió a la mano de obra forzosa, arrancada a las familias y hogares, mal alimentada y alojada, que padeció muchos abusos por parte de sus superiores. (La única generosidad que se les dispensaba era la reducción de los azotes propinados con el *kurbash*, un látigo de cuero crudo). Algunos se automutilaban para escapar a ese destino. Sin embargo, la mayoría consideraba ese trabajo denigrante, penoso y peligroso para la integridad física, de modo que optaban por mutilar las máquinas[*]. El incendio deliberado era una amenaza siempre presente[*], y el mantenimiento del equipo se descuidaba sistemáticamente, tanto más cuanto que las complicaciones burocráticas en las fábricas (resultantes de la aplicación de medidas contra el despilfarro) convertían operaciones como la simple lubricación en una empresa titánica. En un clima que genera mucho polvo y arena, desatender el mantenimiento es abogar por la catástrofe[*]. Un porcentaje cada vez mayor de las máquinas quedaron reducidas a la inactividad. Las piezas de repuesto se obtenían desguazando otras máquinas. «Para el pequeño número de máquinas que contienen [las fábricas], son mucho más espaciosas de lo necesario[17]». Como cabía esperar, la producción disminuyó.

Dicho en otras palabras, los británicos no tenían motivo alguno de temer la competencia de los productos manufacturados egipcios. A pesar de unos salarios absurdamente bajos (o precisamente por ello), los costes egipcios eran mayores y, pese a la excelente calidad de la materia prima, la calidad del producto final era inferior. Pero estaban tremendamente irritados con el monopolio que detentaba Ali sobre la exportación de la cosecha de algodón y por las trabas a la importación de productos de algodón extranjeros en Egipto. De modo que, con ayuda de los propios errores de cálculo del virrey y sus extravagantes ambiciones políticas, le impusieron el libre comercio.

Los estudiosos de inspiración «progresiva» ven en este hecho el asesinato de la revolución industrial egipcia, o cuando menos una medida que demoró la industrialización de Egipto un siglo. Parten de la premisa de que la industrialización no puede cuajar sin «protección arancelaria, exenciones fiscales, rebajas de las tarifas del transporte, energía barata, mecanismos crediticios especiales en beneficio de determinados sectores, políticas educativas, etc., que solo un gobierno con un gran margen de maniobra política y fiscal puede ofrecer[18]».

Mi opinión personal es que confunden deseo y realidad. ¿Estaba el Egipto de Muhammad Ali preparado para una revolución industrial? No. Su proyecto grandioso ya agonizaba cuando el nuevo tratado comercial entró en vigor. El anciano pachá siguió invirtiendo sin duda en la consolidación de la industria hasta el día de su muerte, en 1848,

pero había desaparecido la motivación militar y aquello era tirar el dinero por la ventana. Tampoco fueron determinantes los aranceles. Los japoneses no aplicaron aranceles desde la década de 1850 hasta entrado el siglo XX. No les hacía mucha gracia, pero medraron. (Adviértase además que los historiadores antiimperialistas no se deciden por una sola explicación: o lamentan que Egipto no pudiera proteger sus incipientes actividades industriales, o se jactan de que estas industrias eran tan eficaces que podían vender sus productos en el extranjero y sus competidores europeos temblaban de miedo).

Mera historia-ficción. En parte es trasunto de los entusiasmos de otras épocas: Muhammad Ali fue, para muchos contemporáneos, un soberano (déspota) ilustrado, un hombre sabio, un salvador enviado para despertar a Egipto de su largo letargo. En parte es expresión de la ideología anticapitalista, antiimperialista, antieuropea. Pero, pese a todas las fechorías del capitalismo y el imperialismo, pese a la hipocresía de los explotadores europeos, los problemas de Egipto eran más graves. Demasiado graves incluso para un inspirado intruso albanés de la talla de Ali.

Todavía hoy, los esfuerzos industriales de Egipto son balbucientes, por razones no muy diferentes de las de la época de Ali. Las tecnologías se han transformado y el ejemplo de las naciones atrasadas económicamente nos revela que los recién llegados deben tener un incentivo y una ocasión propicia para aprender y enmendar su atraso. Pero la sociedad y la cultura egipcias no han cambiado mucho en estos aspectos cruciales, que determinan el compromiso de una nación con el progreso y la aparición de los primeros frutos. Egipto no estaba preparado en aquel entonces. ¿Lo está hoy?

Otras sociedades de Oriente medio tampoco han tenido más éxito. Las rentas más elevadas del mundo árabe musulmán son, naturalmente, las de los productores y exportadores de petróleo. Los demás «no van a ninguna parte». Incluso entre los miembros de la OPEP, el torrente de riqueza que ha entrado en algunos países no ha generado su transformación económica. Un estudio realizado por el Banco Mundial sobre estas economías, que lleva el título optimista de *Claiming the Future* [Hacia el futuro], señala que, ya en 1960, las siete economías árabes más prósperas tenían una renta media de 1521 dólares estadounidenses, superior a la cifra de 1456 correspondiente a los siete países más pujantes del este asiático: Taiwán, Corea del Sur, Hong Kong, Singapur, Tailandia, Malasia e Indonesia. En 1991, los países árabes se habían quedado muy atrás: 3342 frente a 8000 dólares. En la actualidad, el Oriente medio árabe atrae el 3 por 100 de la inversión extranjera directa a escala mundial; el este de Asia, el 58 por 100[19].

Pero ¿necesitan estos estados de Oriente medio inversiones extranjeras? El caso más comparable es el de la España de los siglos XVI y XVII, víctima de una riqueza fácil y arrastrada al camino de la autoindulgencia y la pereza. Algo semejante ocurre con los países petrolíferos. Intercambian el oro negro por dinero, que envían de vuelta a los países compradores. Han adquirido participaciones de todo tipo en empresas de las naciones industriales avanzadas. También han construido elegantes mansiones, hoteles y palacios, comprado automóviles inmensos, sedientos de gasolina (pero el combustible es barato, como el carbón en la mina), propiedades en el extranjero donde poner sus fortunas a buen recaudo, y se han permitido vestimentas y conductas que en casa serían tachadas de licenciosas. Arabia Saudí, con todos sus desiertos, ha pagado generosamente la importación

de arena de las playas australianas. Más dispendiosa y contraproducente ha sido la enorme inversión en armamento, incluidas armas vetadas por el derecho y los tratados internacionales. Es de suponer que así se compra en buena medida la amistad de los fabricantes de esos juguetes perversos.

Sencillamente, estos países no han generado una economía avanzada. Como en la España de antaño, han comprado la pericia y los servicios ajenos en lugar de aprender a hacer las cosas por sí solos. «¿Qué es riqueza?», se pregunta un representante de la banca comercial del golfo Pérsico:

«Riqueza» es educación… pericia… tecnología. «Riqueza» es saber. Tenemos dinero, sin duda. Pero no somos «ricos». Somos como el hijo que hereda dinero de un padre que no llegó a conocer. No ha sido educado sobre cómo gastarlo. Lo tiene en las manos, pero no sabe usarlo. Si uno no sabe cómo gastar el dinero, no es «rico». No somos ricos.

Sin ese saber, ese entendimiento, no somos nada. Lo importamos todo. Los ladrillos para construir las casas, todo. Los hombres que las construyen, los importamos también. En el mercado, ¿qué artículos hechos por árabes se ven? Ninguno. Todo es chino, francés, norteamericano… no es árabe. ¿Es rico un país que no puede fabricar un ladrillo, una motocicleta, un libro? No es rico, me parece a mí[20].

Cierto, pero ¿por qué? Los datos sobre los ingresos per cápita revelan que varios países árabes tienen un nivel de vida elevado, algunos años mayor incluso que el de las naciones industriales avanzadas. Pero esta bonanza es precaria y, a largo plazo, evanescente. En primer lugar, el petróleo es un activo que se agota (no durará por siempre jamás); en segundo, el binomio riqueza-fragilidad de la economía atrae a oportunistas y depredadores, públicos y privados. Así, se incumplen los acuerdos de constitución de cárteles y los precios del petróleo se desploman[21]; o los buitres se ciernen, especialmente los familiares de la familia gobernante, para apurar hasta el fondo el oro negro y despilfarrarlo en una vida suntuosa[*], o se producen invasiones puras y simples, como la de Kuwait por Irak[*]. (Kuwait, naturalmente, solo era un hito en el camino hacia los emiratos del golfo y más allá, hasta las inmensas reservas saudíes).

Además, no todo el mundo tiene petróleo. Los países musulmanes de Oriente medio son ricos o pobres en función de que tengan o no petróleo y estén más o menos poblados. Los más ricos tienen mucho petróleo y pocos habitantes (Arabia Saudí, Kuwait); los más pobres tienen poco petróleo y muchos habitantes (Irak, Irán). Los pobres invocan la solidaridad, pero los ricos tienen problemas más acuciantes. Se sienten inseguros, pues la riqueza duerme mal sobre el lecho de la pobreza. De suerte que intentan comprar su seguridad a los rebeldes o enemigos potenciales, o cursan costosos pedidos a las naciones avanzadas con la esperanza de granjearse su protección[22]. (Hay que cuidar a los clientes). Mientras tanto, los pobres (como Pakistán) hacen hijos y, cuando pueden, los exportan, o los venden a sus correligionarios como sirvientes, empleados en tareas humildes o como objetos sexuales.

No hay solución posible, tan solo primeros auxilios y gestión de la crisis. Ya sean ricos o pobres, en todos estos países impera, sin excepción, el despotismo, lo que significa que sus líderes no actúan con responsabilidad, que sus iniciativas son impredecibles, que la lealtad es un artificio o un espejismo de la propaganda, y todo, incluida la economía, está subordinado a la política, de tal modo que cualquier acontecimiento puede trastocar este equilibrio. En lugar de abogar por su legitimidad tratando de lograr una mejora de las condiciones materiales —¿han hecho algo por la prosperidad de su país?—, los líderes árabes se han vanagloriado de sus triunfos contra el colonialismo o el sionismo y agitado la bandera ensangrentada de la yihad, prometiendo enmendar los errores de la historia[23].

Recuerdo una conversación en Ammán en 1968. Un destacado científico norteamericano (judío) trataba de persuadir a un grupo de notables locales de las ventajas de la paz: con conocimientos y colaboración, les instaba, se puede hacer florecer el desierto. (Un tema clásico del discurso sionista liberal). En vano; sus interlocutores árabes le replicaban que tenían asuntos más urgentes entre manos. En primer lugar, derrotar a Israel. La prosperidad vendría después.

Todavía está por venir. Y no vendrá, como no sea localmente, incluso si el «proceso de paz» culmina con el éxito. Porque la dolencia está más extendida, no se limita al conflicto árabe-israelí.

Reside, diría yo, en una cultura que 1) no genera una mano de obra informada y capacitada, 2) sigue desconfiando o rechazando las nuevas técnicas e ideas procedentes del oeste enemigo (cristianismo[*]), y 3) no respeta dicho saber, puesto que algunos de sus miembros logran triunfar, ya sea estudiando en el extranjero o por un golpe de suerte en su patria natal. En el nivel más elemental, las tasas de analfabetismo son escandalosas, mucho mayores en el caso de las mujeres que en el de los hombres. Ese simple dato es muy elocuente sobre una sociedad que asigna a la mujer un rango inferior, hecho claramente vinculado a actitudes cultivadas en el islam y de manera especial en el islam del mundo árabe.

Una advertencia, no obstante. Muchos especialistas en Oriente medio, con la intención de defender el islam de la denigración o condescendencia (occidentales), insisten en que las relaciones entre sexos imperantes en el mundo musulmán, aunque hayan sido configuradas por la doctrina religiosa, son en buena medida independientes de ella. Entre los argumentos que aducen, cabe citar que estas normas y prácticas se remontan a tiempos preislámicos, o se tomaron de pueblos no árabes, o estaban vinculadas con los ingresos y la posición social (las mujeres de los ricos no tenían que trabajar o comprar), o fueron una respuesta a las amenazas de la vida urbana, protegiendo a la mujer contra los insultos al honor personal y de la familia. En algo tienen razón: *si el islam desapareciera mañana*, *los hombres árabes seguirían viendo a la mujer como la ven hoy*. Otros estudiosos, a menudo los mismos, apuntan a las motivaciones supuestamente hostiles de los estudiosos occidentales: desprecio y malevolencia «orientalista», ignorancia y disparates «esencialistas». El uso despectivo de esas palabras en clave tiene más por objeto rechazar que refutar. Muy cómodo.

Estas costumbres se remontan a tiempos inmemoriales y, una vez santificadas por las escrituras sagradas, se revistieron de autoridad y rigor. Pero ni siquiera los textos sagrados son inmutables: «se han producido muchas rupturas y reinterpretaciones de las admoniciones del Corán a lo largo de la historia musulmana[24]». Sin duda, la situación de la mujer en los países árabes sí ha sufrido adelantos y regresiones a lo largo del tiempo, ora más liberal, ora más reaccionaria. Se ha escrito la historia de figuras excepcionales: de reinas y princesas que reinaron, incluso gobernaron (también de líderes políticos como Benazir Bhutto en Pakistán, Jaleda Zia en Bangladesh y Tansu Çiller en Turquía), o de mujeres «liberadas» que han vivido en el oeste y vuelto a casa aportando nuevas costumbres, con frecuencia para escándalo de sus compatriotas más convencionales. Hay quien ha señalado incluso que los señores y amos eran objeto de mofa en la intimidad del harén (¿para qué otra cosa sirve la intimidad?) y puede comprarse una autobiografía

íntima, récord de ventas, en la que se narran los excesos de la dominación masculina (una llamada de socorro y un motivo de escándalo[25]).

El historiador Bemard Lewis, entre otros, afirma que «la entrada resuelta de las mujeres [musulmanas] en el ruedo público, convirtiéndose en interlocutores importantes en la economía y desempeñando un papel creciente en la política, es… irreversible y de un calado muy profundo[26]». Las mujeres tienen hoy derecho de voto en Turquía, Egipto e Irán, e incluso el ayatolá Jomeini, pese a su fundamentalismo, no sugirió jamás que las mujeres debieran perder dicho derecho[27].

Soy escéptico. No sé qué significa «interlocutores importantes». Tampoco auguro una transformación pronta de estructuras que parten de la premisa de la línea divisoria entre varones y hembras. Halim Barakat, sociólogo y novelista árabe, sin dejar de reconocer el rango secundario de las mujeres, indica que «el cambio hacia la emancipación de la mujer debe comenzar (comenzará) con la transformación de las estructuras socioeconómicas imperantes, con objeto de eliminar cualquier forma de explotación y dominación[28]». (Si hay tantos requisitos previos, será preciso un milenio entero). Tampoco pongo demasiadas esperanzas en el derecho de voto: para los políticos árabes, especialmente los más conservadores, el voto femenino es generalmente un recurso electoral. El voto, sí; el poder, no.

A los hombres árabes y musulmanes, en mi opinión, les han afectado muy poco estas pequeñas innovaciones y los focos de oposición. En primer lugar, estas lecciones pierden poder de convicción ante la disposición de muchas mujeres (¿la mayoría?) a aceptar y defender la tradición[*]. En segundo lugar, los privilegios anejos al sexo no podrán arrebatarse; deberán ser cedidos. Son las opiniones y la conducta del varón lo que cuenta (los hombres están al mando) y su sentido de superioridad, casi unánime, es inamovible pese a los ocasionales progresos feministas. Los hombres no cambiarán de ideas ni se dejarán intimidar por las minifaldas de Beirut, solo se escandalizarán y se ratificarán en su convicción de que la mujer posee un cuerpo demoníaco y satánico[*].

Las implicaciones económicas de la discriminación sexual son muy graves. Negar a la mujer es privar a un país de mano de obra y de talento[*], pero —y eso es peor— es *reducir las posibilidades de éxito de niños y hombres*[*]. No se puede inculcar a los jóvenes la idea de que la mitad de ellos son superiores biológicamente a la otra mitad sin enfriar sus ambiciones ni restarle valor al éxito. No puede darse a los hijos varones el nombre de «Pachá» ni, como ocurre en Irán, decirles que tienen un pene de oro, sin menoscabar su necesidad de aprender y actuar[29]. Naturalmente, todas las sociedades cuentan con triunfadores, en cualquier circunstancia, aunque solo sea porque existe cierta división de las tareas y las prebendas. Pero no pueden competir con las sociedades que se nutren de la competencia de todo el colectivo.

De una manera general, la mejor solución para potenciar el crecimiento y desarrollo de una nación reside en mejorar la situación social y la función de la mujer. Es el gran lastre de las sociedades musulmanas de Oriente medio en la actualidad, la deficiencia que más les impide acceder a la modernidad. No cabe duda alguna de que otras sociedades también relegan a la mujer y adulan al hombre. Nadie está libre de pecado. Pensemos en el machismo latinoamericano, o en el patriarcado y la costumbre de enviar al orfanato a los huérfanos de padre japoneses[30]. Hasta las denominadas sociedades avanzadas

occidentales tienen aún mucho por hacer a este respecto. Pero, si viéramos las relaciones de sexo como una línea continua que va desde la nada hasta la igualdad plena, los países musulmanes, y especialmente los que son árabes, se encontrarían al principio de la misma. Las mujeres son humilladas desde el momento mismo del nacimiento. El mensaje es diáfano: su existencia misma es una catástrofe y su cuerpo, un pecado[31]. Los niños aprenden que pueden pegar a sus hermanas, mayores y menores, impunemente, como de hecho he visto personalmente hacer a un niño, en público, ante la mirada sin reproches de su madre. La hermana ni siquiera se defendió. Malo para las chicas, pero igual de malo para los chicos.

¿Es este defecto inherente al islam? No. El islam es polifacético. De alcance universal, abraza gran diversidad de sociedades (y partes de sociedades) y culturas. Sus textos sagrados contienen asimismo muchas lecciones, algunas contradictorias, que pueden usarse prácticamente con cualquier fin. El politólogo Fouad Ajami nos recuerda que, cuando los Hermanos Musulmanes condenaron el tratado de paz de Egipto con Israel, el gobierno egipcio hizo rápidamente que la universidad de al-Azhar de El Cairo declarara que el tratado era conforme con la ley islámica[32]. La interpretación varía, por consiguiente, con el tiempo, el lugar y el electorado.

Pero no por eso debe pecarse de ligereza o descartarse las generalizaciones. Se trata de un argumento de defensa predilecto de los apólogos musulmanes, avergonzados por leyes e instituciones que no se consideran «progresivas» y prestos a sacar a relucir excepciones y variantes a la regla general, cuando las sociedades musulmanas sí comparten características comunes que proceden de una misma fe. El hecho de que tanto los estados de Oriente medio como sus opositores invoquen el islam para legitimarse y buscar apoyos es harto elocuente acerca de la autoridad del discurso religioso. El islam es el argumento que acaba imponiéndose, ya sea de modo regresivo o progresivo.

Otra línea de defensa tiende a rechazar la influencia reaccionaria del islam invocando la apertura económica, espiritual e intelectual del mundo musulmán en una edad dorada pretérita. Si entonces se pudo llegar a ese estadio, sigue el razonamiento, se podría hacer también hoy[*]. Nos gustaría estar de acuerdo, si no fuera por dos razones. En primer lugar, el grado de competitividad y el nivel de eficacia requeridos son hoy mucho mayores de lo que fueron antaño. El sentido de la palabra «moderno» ha cambiado drásticamente, mucho más que el islam. (El argumento equivale a decir que, si el tenis británico acostumbraba a generar campeones en la disciplina, hoy podría volver a hacerlo)[*].

En segundo lugar, la incapacidad de seguir el ritmo impuesto genera unas reacciones de inmunización específicas. En este sentido, la inmensa ganga del petróleo constituye una desgracia de incalculables proporciones[33]. Ha embriagado a los gobernantes, a sus partidarios y abastecedores, que se han dormido sobre montones de billetes, los han malgastado en proyectos fundamentalmente inútiles y logrado endeudarse a base de unos recursos ilimitados en sentido figurado (pero no literal). Ni siquiera Arabia Saudí logra que le cuadren las cuentas. Mientras tanto, estos manirrotos han enfurecido a los pobres del mundo musulmán, que han buscado una válvula de escape a su ira y despecho en la doctrina fundamentalista.

Y eso es lo más triste de todo. El islam, como todas las religiones, tiene un núcleo puro y duro y, en una sociedad de machismo llevado hasta sus últimas consecuencias, esta

combinación puede resultar explosiva. Lo que explica el rápido recurso a la violencia, pues *la violencia es la expresión quintaesencial, testosterónica, de la autoridad masculina*. De ahí la masacre de los opositores religiosos en Siria, la revolución y la represión en Irán, el despotismo autocrático en Irak y Sudán, los ataques con gases venenosos contra los kurdos de Irak; el genocidio de los negros del sur de Sudán, los asesinatos aleatorios o premeditados en Pakistán, Egipto o Argelia[*]. La violencia que impera en este último país ilustra a la perfección este fenómeno: no estamos ante una guerra civil, sino ante una guerra contra los civiles, donde la modalidad predilecta de asesinato es el degüello. Así se ahorran balas y el asesino se acerca más a Dios[34]. Algunos pistoleros han matado a mujeres jóvenes por negarse a «desposar» a los héroes de la revolución. Estos matones se consideran investidos para sus crímenes *en primer lugar como hombres*, y luego como soldados por la causa.

El aspecto más llamativo de la campaña fundamentalista argelina es su rapidez, el poco tiempo que les ha costado volver las manecillas del reloj varios siglos atrás.

«Mi nombre es Osimandias, rey de reyes:
Mira mis obras, ¡oh altísimo, y desespera!»
Nada permanece tras de mí… ilimitadas y desiertas
Las arenas solitarias y monótonas se extienden al infinito.

ORIENTALISTAS Y ESENCIALISTAS

La emotividad de los estudiosos está a flor de piel cuando se abordan asuntos relacionados con Oriente medio. Conferenciantes y auditorios conocen las respuestas de antemano. Los debates, a menudo virulentos o malhumorados, no son más que debates. Nadie está dispuesto a dejar las armas al entrar en casa; pueden hacer falta. Entre los *casus belli* destacan el conflicto árabe-israelí; el imperialismo económico europeo, patente o latente; y las críticas occidentales (calumnias, por lo tanto) de la cultura árabe o islámica, especialmente en lo que concierne al trato deparado a las mujeres.

En estas circunstancias, el debate se ha centrado en gran parte en la asignación de etiquetas. El objeto (o efecto) de las etiquetas consiste en aislar o descalificar al adversario. Es un (rellénese con un calificativo). No es preciso añadir nada más sobre él.

El ataque descalificador más influyente ha sido la invención del «orientalismo». Es el pecado en que incurre quien escribe sobre Asia, y aún más sobre Oriente medio, desde fuera, esto es, desde la atalaya del oeste condescendiente, hostil, explotador. Los ataques a la antaño respetable fascinación que se sentía por las cosas de Oriente se remontan como mínimo a la década de 1960, pero fue la publicación en 1978 del libro de Edward Said que lleva por título esta denominación (*Orientalismo*) la que dio crédito a estos cargos y puso en entredicho la mayor parte de los estudios occidentales sobre Oriente medio[35]. El pliego de cargos rezaba lo siguiente:

1. Los estudios realizados por personas ajenas al tema falsean el objeto de estudio al cosificar a las personas. Los objetos resultantes son por definición susceptibles de manipulación y dogmatismo. Para Said, sistemas como el del orientalismo son «discursos del poder, ficciones ideológicas, grilletes forjados por la imaginación».

2. Estos «pseudoestudios» tienden al estereotipo en el tiempo y en el espacio. Los «orientales» —la propia designación es una imposición eurocentrista— son los mismos a través de los tiempos y esta identidad esencial procede de un islam perdurable, «inmutable». Ahí radica el origen de esa enfermedad intelectual asociada que es el «esencialismo». Los orientalistas no dan cabida a los detalles, matices ni contextos.

3. La creación de estereotipos es terreno abonado para el racismo y los prejuicios. Separa a un grupo del otro, promueve la arrogancia en un bando y el resentimiento en el otro. Si pudiéramos desembarazamos de «Oriente», habría «estudiosos, críticos, intelectuales, seres humanos, para quienes las distinciones raciales, étnicas y nacionales [fueran] menos importantes que la empresa común de fomentar la comunidad humana[36]».

Es difícil enfrentarse a los ideales nobles, pero los sentimientos no bastan. El intento de subsanar estas dolencias molestas de la disciplina se ha convertido en un asalto al saber. En primer lugar, el método «antiorientalista» renuncia a instrumentos indispensables para la investigación. Como sabe cualquier practicante del método comparado, las distinciones son la materia prima de la comprensión. Los «antiorientalistas» no pueden jugar a las dos bazas, es decir, tildar por una parte la búsqueda de rasgos distintivos de «esencialista» y abogar por otra por una comprensión de las diferencias entre los grupos. Es precisamente dicha comprensión la que da a la diversidad un sentido de pertenencia a una humanidad común.

Irónicamente, los «orientalistas» tan rotundamente condenados —los filólogos, arqueólogos y viajeros, todos los occidentales impregnados de la arena del desierto y vestidos a la usanza de Oriente medio— han sido los enamorados más apasionados con que ha contado el mundo musulmán árabe. Algunos iban en busca del paraíso perdido. Por citar un epígrafe a un libro reciente: «La atracción, la magia de Arabia, como tan a menudo suele llamarse, es una enfermedad de la imaginación[37]». Hoy se tacha a estos orientalistas de imperialistas pretenciosos y racistas. Y al diablo con su romance: ningún sentimiento bondadoso queda impune. ¿Eran sinceros? ¿Y qué? La sinceridad es la virtud menos valiosa.

En segundo lugar, la exactitud del matiz no desacredita la información que genera la generalización. Por supuesto que todo es más complejo de lo que parece a simple vista. Cada persona, cada acontecimiento son únicos e irrepetibles. Pese a todo, hay que hacer todo lo posible por simplificar, por descubrir patrones. De lo contrario no tendremos más que un paquete sorpresa de datos que no guardan relación entre sí.

En tercer lugar, las malas noticias no son necesariamente erróneas. Puede ocurrir que las observaciones certeras arrojen una luz negativa sobre los hechos, pero las pruebas aducidas deben juzgarse por sus méritos propios y no descartarse como una falsedad *a priori*. De lo contrario, abrimos la puerta a la autocensura y la dejación de la responsabilidad personal. La crítica antiorientalista se reduce en buena medida al alegato de un abogado defensor. Los abogados cobran por ello. La obligación contraída por el estudioso es de índole moral.

A este respecto, debe rechazarse categóricamente la idea de que la exterioridad descalifica: que solo los musulmanes pueden comprender el islam, que solo los negros entienden la historia negra, que solo una mujer puede comprender los estudios femeninos, etc. Eso solo conduce a la segregación y el diálogo entre sordos. También se renuncia a las

valiosas ideas extranjeras y se abre la vía al racismo. Conocí a un erudito en Boston que no lograba entender por qué un estudiante de origen italiano quería trabajar sobre la figura de Cristóbal Colón («Creía que Colón era italiano», fue la respuesta del estudiante), y a otro que se extrañaba de ver a un afroamericano estudiando historia romana, como si él fuera más romano que el estudiante[*].

Además, para zafarse de la discriminación en estos ámbitos excluyentes es necesaria una muestra de lealtad: ¿está determinado estudioso en el bando bueno? Este criterio se aplica tanto a los novicios, que pueden «granjearse» la aceptación acomodándose al pensamiento correcto, como a los miembros de pleno derecho que, solo por serlo, pueden ser de cualquier raza. Recordemos que al historiador o político afroamericano que no se ajusta a las normas de la corrección política le llaman un «oreo», nombre de una conocida galleta consistente en dos láminas de chocolate superpuestas a una loncha de crema.

En el campo «antiorientalista» de los estudiosos de Oriente medio, la divisa es el antisionismo. Cualquier indulgencia con respecto a Israel es indicio de error e irrelevancia de las tesis personales, cuando no algo peor. Así, Edward Said y sus partidarios han tratado de denigrar a Bernard Lewis, una autoridad eminente en esta disciplina, tildándolo de «orientalista» y «esencialista», acusándole al propio tiempo de «ser demasiado afín a la causa israelí para poder emitir juicios imparciales». Que no quede ninguna duda acerca del hecho de que «Lewis ha dado de sí lo mejor que tenía. Sin embargo, la crítica de Said ha sido apoyada por los estudiosos occidentales, y ha tenido un eco satisfecho entre los islamistas y otras personalidades de Oriente medio[38]».

Por otra parte, algunos estudiosos no encuadrados en este grupo sí dan la talla, porque coinciden políticamente con los guardianes del templo. Edward Said concede una exención en su libro a un puñado de estudiosos occidentales —propalestinos, proárabes, promusulmanes— que, al margen de que tengan o no razón, están en lo que él considera el bando correcto. El móvil tiene preeminencia sobre la verdad y los hechos[39].

Ese camino conduce a la censura por la exclusión y la indiferencia. Los estudios y la investigación salen perdiendo.

LAS MUJERES JAPONESAS HABLAN EN UN REGISTRO MÁS GRAVE[40]

El caso japonés podría parecer la excepción que confirma la regla (todo el mundo sabe cuán machista es ese país), y los apólogos de la forma de tratar a las mujeres en los países musulmanes o, más exactamente, en la cultura árabe musulmana, lo han citado hasta la saciedad. Si los japoneses han podido tener tanto éxito relegando a sus mujeres, dice ese argumento, ¿por qué tacharlo de desventaja en las sociedades musulmanas? Sin duda alguna, las mujeres japonesas han aceptado por tradición ocupar un rango inferior, con los correspondientes perjuicios económicos directos. Abandonan el trabajo después del matrimonio y raramente llegan a puestos que les permitan dirigir a hombres. Hasta su vestido fue diseñado para entorpecer sus movimientos, con el pretexto de proteger su modestia y de acentuar su feminidad. Se complicó y diferenció su modo de hablar mediante una carga suplementaria de sílabas para expresar deferencia, se formaron y afinaron sus voces remedando el chillido de una soprano cansada, sus gestos fueron reducidos a una

caricatura de la humildad cobarde y trémula. (No es de extrañar que los hombres japoneses se consolaran en los baños y en casas de otro tipo, donde podían encontrar compañeras más «naturales»).

Con todo, esta artificiosidad en la subordinación femenina, inmortalizada en los grabados, el teatro y las películas de samuráis, era más una práctica asociada a la distinción de clases que algo generalizado en toda la sociedad. Eran costumbres propias de la nobleza y la clase acomodada y terrateniente, que podían permitirse una vida de ocio y pagar a sirvientes para que administraran sus propiedades por ellos. Para la práctica totalidad del resto de la sociedad, incluidas las ricas familias de comerciantes, las mujeres tenían la responsabilidad de contribuir a la gestión del hogar (el *ie*), lo que no significa solo ocuparse de la casa y educar a los hijos, sino también respetar las normas de frugalidad, participar en las tareas agrícolas e industriales y sentar las bases de la prosperidad. Es cierto que en esta tarea primordial participaban todos, desde el marido (y en ocasiones la madre del marido) hasta los niños pequeños. Por supuesto, el contenido de la tarea variaba en función de la situación social y de la renta familiar, pero esta causa común, que convergió con la meta global de prosperidad y grandeza de la nación, dio a las mujeres más influencia de la que hace suponer un esbozo simplista de la etiqueta social.

Por consiguiente, a las restricciones tradicionales de la conducta femenina y las normas que establecían la preeminencia masculina, se imponía el interés más amplio de la sociedad. Pese a las discriminaciones impuestas por la tradición, las autoridades educativas de la era Meiji (a partir de la década de 1870) decretaron la enseñanza elemental universal: cuatro, y después seis años para las niñas, lo suficiente para garantizar su alfabetización y algo más. ¿Por qué las niñas? Porque el objetivo era la modernización y la equiparación con el oeste. Eso conllevaba que todo el mundo supiera leer, escribir y contar y ayudar a los niños en sus estudios. El desarrollo industrial haría que los padres trabajaran fuera de casa o de la propiedad agraria; el gobierno y el servicio militar se llevaría asimismo a los hombres de casa. Las madres tuvieron que colmar ese vacío. En un primer momento, muchas familias pobres se rebelaron ante esta pérdida de los ingresos generados por sus hijos: además, la escuela y el material escolar no eran gratuitos. Algunos rebeldes llegaron a incendiar las escuelas. Pero la sacralización del hogar como una empresa, como un ladrillo en el edificio de la riqueza y el progreso nacional, convirtió a esta nueva religión incluso a los más reticentes. En 1890, solo el 30 por 100 de las niñas en edad escolar iba a la escuela; veinte años después, el porcentaje era de 97,4[41].

Al propio tiempo, las actividades femeninas se transformaron para adaptarse a las necesidades de una economía nueva. Cada vez fueron más numerosas las que encontraban trabajo fuera de casa, fundamentalmente en la industria ligera (textiles, etc.), donde la mano de obra estaba constituida en un 60 a 90 por 100 por hombres. Estos sectores producían el 40 por 100 del PIB y el 60 por 100 de las exportaciones a finales del siglo XIX[42]. ¿Cómo lograban las mujeres asalariadas ocuparse de educar y enseñar a los hijos? Dejando el trabajo después del matrimonio y centrándose en el hogar y la familia, a menos, naturalmente, que no pudiera prescindirse de sus ingresos (caso bastante frecuente). Las prioridades fueron determinantes: el país y el hogar, primero; la discriminación sexual, después. Como resultado de ello, la función de la mujer no fue jamás exclusivamente reproductiva. Era algo más que un receptáculo. Fue una trabajadora incansable, una

consumidora, una ahorradora, una administradora. Y siempre, por derecho y por necesidad, pudo entrar en la escena pública. (Esta diferencia con respecto a las sociedades árabes musulmanas es llamativa y capital).

Lo que no tenían las mujeres japonesas eran derechos políticos. Ni votaban ni gobernaban, y los hombres japoneses estaban convencidos de la justicia de esta exclusión. La política y, por supuesto, las actividades militares eran masculinas por derecho y vocación. (Por otra parte, los militares japoneses aceptaban cordialmente a las enfermeras, porque liberaban hombres para la guerra). Hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, las mujeres no tuvieron derecho de voto, en lo cual no difirieron de las mujeres francesas y fueron aún más rápidas que las suizas. Sin embargo, tienen poco peso en el ejecutivo. En esto, Japón tampoco se distingue de otros países.

¿Qué influencia ha tenido esta discriminación pragmática y parcial en los hombres? La respuesta es matizada: los hombres japoneses han gozado del concepto de privilegio y superioridad por su sexo, hecho que a veces se manifiesta en los vagones atestados del metro, donde el anonimato sirve de protección[43]. Por otra parte, los hombres japoneses también aportan su contribución en sectores tradicionalmente reservados a las mujeres. Reproducimos a continuación los consejos de un comerciante a su hijo sobre sus obligaciones, a comienzos de la era Tokugawa (1610):

> Enciende el fuego de la estufa con tus propias manos, para el desayuno y la cena, y cubre las brasas después… Ve detrás de casa, recoge todos los pedazos de basura que encuentres: hay que desmenuzar los trozos de cuerda para mezclarlos con el cemento… los fragmentos de madera o de bambú rotos, aunque no tengan más de dos centímetros, deben guardarse, limpiarse y usarse como leña para las hogueras de campamento… cuando compres algo por primera vez… sal de casa y cómpralo tú personalmente. Compra lo más barato, y toma nota cuidadosamente de los precios. Después… sabrás si los artículos que trae [el criado] son demasiado caros o no… Puede decirse que la manutención de un hogar es cuestión de madera, carbón de leña y aceite… Independientemente de su vocación, si un hombre no se toma estas molestias, no podrá sacar adelante su hogar[44].

«Independientemente de su vocación…». Recordemos que quien habla es un comerciante, que enuncia virtudes antiguas y primarias. Los niños japoneses, dicho de otro modo, estaban mimados y no lo estaban al mismo tiempo.

El desarrollo económico y la transformación política han modificado algunas de sus manifestaciones, pero estos valores perduran. La enseñanza de hoy es muy competitiva: los exámenes son auténticas batallas. A medida que las ciudades han ido creciendo, el desplazamiento hasta los centros de trabajo se ha hecho más laborioso. Los padres ven mucho menos a sus hijos y su hogar, pero eso no ha hecho más que potenciar la función y la responsabilidad de la mujer. Y creado frustración en algunas, descontentas con las supuestas alegrías del matrimonio. Las mujeres van hoy a la universidad con los hombres, obtienen diplomas superiores, quieren trabajar como ejecutivas. Siguen chocando en su ascenso contra un techo invisible y siguen siendo tímidas, incluso cohibidas, en presencia de los hombres. Pero muchas están dispuestas a renunciar a una familia para centrarse en su carrera profesional. En una sociedad en la cual los trabajadores tienen poco tiempo para sus mujeres e hijos, las mujeres solteras no esperan que nadie se ocupe de ellas. Un musulmán diría que ya les habían avisado.

Cuando visité Japón en 1991 y me invitaban a cenar, la anfitriona, si era abuela, rehusaba cenar con los hombres, pero servía la comida. Si era más joven, cenaba con nosotros, y los niños también. Algunos años antes, en una casa árabe, las mujeres prepararon la comida, pero no sirvieron ni hicieron acto de presencia siquiera; era el anfitrión quien recibía y servía a sus invitados. Dos mundos.

Unidos, sin embargo, por un hilo común: la sociedad japonesa también conoce la jactancia testosterónica y la afición a la violencia. Japón tiene una larga tradición de guerras de agresión y opresión, todas justificadas por el interés nacional. Nada ha contribuido tanto a propulsar al país. Nada ha contribuido tanto a su atraso.

Capítulo XXV

EL IMPERIO Y LO QUE VINO DESPUÉS

El imperio ultramarino europeo nació en el siglo XV con las islas del Atlántico (Canarias, Madeira) y regiones del norte de África y murió aproximadamente en la segunda mitad del siglo XX. Quinientos años de dominio es mucho tiempo. Y sin embargo, pese a la colosal impronta del colonialismo, ha sido un fenómeno pasajero en la gran marea de la historia universal. Las pompas y el orgullo de un bando, las humillaciones del otro: todo eso ha desaparecido. Pero no ha sido olvidado, su recuerdo sigue vivo. Aunque las pérdidas no son irreparables y las aportaciones pueden aprovecharse, quedan mucho trabajo y muchas ocasiones propicias por delante.

«Imperio», «imperialismo»; «colonia», «colonialismo», estos términos precisan definición[*]. «Imperialismo» es el sistema («principio o espíritu») y la implantación del imperio, el dominio de un país sobre otros. Los imperios surgieron como los estados, unos más poderosos que otros. Teniendo en cuenta este dilatado pedigrí y el vínculo entre el imperio y conquista militar y maniobras diplomáticas, posición en el concierto de las naciones, poder y riqueza, «imperio» e «imperialismo» han sido palabras henchidas de orgullo (lo fueron una vez). Recordemos el último suspiro del rey George V en enero de 1936: «¿Cómo está el imperio?».

Decir que el imperio se remonta a los orígenes de la historia puede parecer una perogrullada, pero de hecho no es una afirmación trivial. Por ejemplo, algunos insisten en que el imperialismo, que tuvo su auge en torno a finales del siglo XIX, es en cierto sentido una invención o un producto derivado del capitalismo moderno o, por citar a Lenin, «la fase suprema del capitalismo». Partiendo de esta premisa, alegan que el imperio era necesario (indispensable) para la prosperidad y la supervivencia del capitalismo moderno. La tenacidad de esta idea puede calibrarse comprobando la abundancia de ensayos que defienden la tesis de que el objetivo fundamental del capitalismo es el lucro material, incluso cuando sea a un precio y conlleve pérdidas[1].

La historia desmiente que esa relación sea intrínseca al capitalismo. Pensemos en los antiguos imperios de Egipto, China, Asiria, Persia, Roma, etc., o, en la era moderna, en el finado y poco llorado imperio comunista-socialista de la Unión Soviética. El hecho de que haya corrido tanta tinta sobre este tema refleja la necesidad de desacreditar a los imperialistas y capitalistas y fomentar indirectamente la resistencia y la revolución. Solo les interesa el dinero, ¿puede haber nada peor? Sea como fuere, las definiciones y explicaciones erróneas llevan a conclusiones equivocadas.

El «colonialismo» es la cara oculta del «imperialismo»: «Para muchos es sinónimo de desequilibrios sociales injustos, explotación humana e imperativos morales que exigen actos de resistencia, peticiones de justicia y luchas de liberación[2]». La palabra «colonia» tuvo unos comienzos muy inocentes: en el mundo antiguo, significaba un asentamiento distante, como la colonia fenicia de Cartago o las colonias griegas de Italia. Pero el asentamiento, como sabemos hoy, implica un desplazamiento de algún tipo (no hay nada más escaso que la tierra despoblada), y por lo tanto no puede ser bueno ni virtuoso, al menos para las víctimas, de modo que el asentamiento sistemático (colonialismo) es manifiestamente perjudicial. Recientemente, el significado de «colonialismo» se ha ampliado para denotar «cualquier situación de dependencia económica o política», independientemente de que suponga o no el desplazamiento de la población nativa[3]. Esta acepción peyorativa ha hecho que los críticos modernos de la dominación extranjera (occidental) prefieran «colonialismo» al término más antiguo de «imperialismo». «Colonialismo» tiene connotaciones más negativas.

El imperialismo europeo (o colonialismo: utilizaré ambos términos como sinónimos) se remonta a la Edad Media, al *Drang nach Osten* (acometida hacia el este) de los teutones en su conquista de las tierras eslavas, a la invasión de Inglaterra y Normandía por los normandos y de Irlanda por Inglaterra, a la reconquista en España[4]. Esta expansión se hizo a menudo en forma de absorción. Los conquistadores se fundieron con la población indígena, hasta el punto de perder su propia identidad, o se tragaron a los conquistados. (Los factores discriminantes a este respecto son los matrimonios mixtos, la lengua y los nombres personales)[*]. Así, los normandos derrotaron a los anglosajones (1066 y después), que anteriormente habían expulsado a los romanos y sometido a los bretones nativos (un pueblo celta que a su vez había subyugado a los habitantes primigenios), obligando a muchos hablantes celtas a refugiarse en Gales y atravesar el canal de la Mancha para instalarse en lo que se llamaría Gran Bretaña. Todavía hoy muchos hablantes del bretón pueden escuchar emisiones radiofónicas de Gales y entenderlas bastante bien[*].

En otras palabras, toda la isla de Gran Bretaña es un mosaico de invasiones y conquistas sucesivas, la mayoría de las cuales se han fundido en una sociedad unitaria, aunque algunos miembros de las poblaciones galas y escocesas subyugadas siguen soñando con su pasada independencia y con una identidad propia. En otros lugares hay focos parecidos de resentimiento, como en el País Vasco en España (mucho menos en Francia), en Cataluña y Córcega, en los pecios del imperio de los Habsburgo y los Romanov. La actual tragedia de Bosnia atestigua que los recuerdos de las derrotas y las conquistas perduran, o pueden reavivarse y manipularse, y que la vida es corta pero la venganza se toma todo el tiempo necesario. Los turcos vencieron a los serbios en Kosovo en 1389, algo que aquellos han olvidado, pero los serbios han hecho de la venganza de aquella derrota la piedra de toque de sus aspiraciones nacionalistas.

Podríamos dar así la vuelta al mundo. Durante largos siglos, los chinos fueron desplazándose hacia el sur, subyugando y absorbiendo a los pueblos no *han*. Los japoneses arrebataron la isla que hoy constituye su «madre patria» a los ainu, reduciéndolos a una mera reliquia y confinándolos en el extremo septentrional de la isla. Los habitantes de Burma emigraron de su tierra natal de Mongolia y dieron su nombre a un territorio muy alejado hacia el sur, absorbiendo a la mayoría de los nativos pero dejando a algunos

pueblos con los que siguen guerreando en la actualidad. Los árabes salieron explosivamente del desierto, se instalaron en el creciente fértil y barrieron luego el norte de África, convirtiendo a la mayoría de los habitantes al islam. Modelaron estados musulmanes y su lengua se hizo el denominador común de esas poblaciones heterogéneas. (Según datos de 1998, la única lengua oficial de la Argelia antaño francesa será el árabe). Como resultado de este proceso, la denominación eurocéntrica de «Oriente medio» comprende los territorios situados hasta las costas atlánticas de África.

Es evidente que el lugar común de que el imperialismo es una invención y un monopolio occidentales impuestos a pueblos no europeos es falso[*]. Pero eso es lo que la mayor parte de la gente cree que es el imperialismo. Es indudable que no ocurrió exactamente lo mismo cuando los europeos navegaron o viajaron por el mundo subyugando a tribus y naciones extrañas merced a la superioridad de sus armas y conocimientos. Estos lugares y pueblos remotos estaban alejados cultural, geográfica y físicamente. Mientras que las conquistas anteriores se habían hecho en detrimento de las poblaciones limítrofes y conllevaron la absorción o asimilación de las mismas, estas tierras extrañas se consideraban recompensas, tierras de promisión: no se veían como elementos de la identidad propia, sino como anexos. ¿Y la población nativa? Constituían una casta inferior, utilizable y mejorable, pero que no era potencialmente europea. La madre patria no se planteó la fusión de lo viejo con lo nuevo, aunque esto pudiera ocurrir, como de hecho ocurrió en las colonias españolas de América y en las portuguesas del Nuevo y el Viejo Mundo, por ejemplo[*].

El deporte puede ilustrar este fenómeno. En 1898, un gobernador británico de la costa occidental de África hizo construir dos campos de criquet, uno para los europeos y el otro para los nativos. Cuando los dos equipos se enfrentaban en el terreno de juego, los partidos degeneraban en combates raciales y, si se daba el caso de que los africanos se pusieran por delante en el marcador, el partido tenía que suspenderse[5]. Hemos recorrido mucho camino desde entonces, perdiendo en orgullo colonial y ganando en pérdidas de colonias.

La anexión y explotación de esas tierras distantes revistió muchas formas. Para los españoles, lo más importante eran los tesoros. Su imperio consistió en venas de mineral conectadas con circuitos de abastecimiento local y regional, en mano de obra, alimentos y productos manufacturados, y con las rutas marítimas de vuelta a Europa. Por su parte, los portugueses se enfrentaron en Asia a territorios poblados mucho más densamente, para ellos imposibles de conquistar. Tuvieron que recurrir a bastiones reducidos y de fácil defensa como Goa —asentamientos destinados a afianzar su presencia— y a partir de ellos extender sus redes, comprando, vendiendo y haciendo pagar su protección a los comerciantes locales[*].

Los holandeses e ingleses se propusieron comerciar, aunque a menudo ello conllevara la intervención en las batallas locales y la usurpación de tierras. El gobierno y la seguridad costaban dinero, para los guerreros y los ciudadanos movilizados. Pero los territorios podían significar privilegios y monopolios y los costes anejos al gobierno podían hacerse revertir sobre la madre patria y la población subyugada. Además, los procónsules enviados sobre el terreno tenían sus propios planes; los españoles no fueron los únicos conquistadores.

Una vez instalados, los holandeses y los británicos trataron de fomentar los cultivos controlados, yendo mucho más lejos de lo que ofrecía la naturaleza. El imperio tiene una larga tradición de espíritus emprendedores en botánica, de trasplantaciones de cultivos a tierras y climas benignos, como el azúcar, que comenzó en el océano Índico y dio la vuelta al mundo hasta llegar a las islas del Caribe, o el té, trasplantado de China a la India y Ceilán (lo que dio lugar a las variedades india y china), o las semillas del árbol del caucho, sacadas de contrabando de Brasil y plantadas en la península de Malaca, o la chinchona (origen de la quinina), de América del Sur a Santa Helena y Java, o las plantas oleaginosas, del Nuevo Mundo a África occidental: café acá, cacao acullá. En este sentido, los Royal Botanical Gardens de Kew, en las orillas del Támesis, afición de una princesa en un principio, desempeñaron un papel destacado y se convirtieron en un modelo de la conjunción de ciencia y comercio. Todo ello era más beneficioso y perdurable que el saqueo o la extracción de materias primas, aunque, obviamente, nadie le hacía ascos al descubrimiento de tesoros: con el tiempo, fueron descubriéndose diamantes en la India y África del Sur, oro en Australia y África, petróleo en Burma y las Indias orientales.

Los intereses privados y específicos entorpecieron a veces designios más racionales y prudentes. Los comerciantes solo buscaban ampliar sus mercados, no los territorios en sí mismos. Habrían hecho negocios con el diablo si eso les hubiera reportado beneficios. Pero no estaban dispuestos a dejarse estafar ni robar por los tratantes u oficiales nativos, que veían en ellos presas potenciales. Así que cuando los europeos tenían problemas, solicitaban la ayuda de sus gobiernos.

Los gobiernos, por lo general, les echaban una mano. Naturalmente, sus representantes, atildados y considerablemente incompetentes, escogidos más en función de su familia de extracción y de sus contactos políticos que de los méritos propios, adoraban el protocolo y las formas[*]. (Las biografías de esos personajes pretenciosos le hacen a uno sorprenderse ante el hecho de que los británicos lograran construir y conservar un imperio. Pero unos pocos individuos excepcionales podían compensar a una horda de funcionarios, en gran parte gracias a que a esos petulantes les faltaba tiempo para delegar su trabajo en sus subordinados). Estos funcionarios de alta cuna a menudo se lamentaban de que los comerciantes fueran tan burdos y rudos, tan codiciosos e impertinentes. ¡Qué lástima! Los hombres de negocios solo pensaban en abrir «canales de comunicación directa con el exterior» para poder tratar directamente con Londres o París, donde sabían lo que era el dinero.

Además, los funcionarios tenían intereses propios, llámense ascensos o lucro. El imperio atraía a este tipo de personajes, hombres que no querían pasar la vida ejerciendo de magistrados en un bucólico condado natal, hombres orgullosos y ávidos de poder y, si hemos de creer los testimonios de sus contemporáneos, atraídos en ocasiones por las ambigüedades sexuales y las libertades de un mundo interracial y desestructurado. No eran climas benignos y muchos oficiales morían tempranamente: bebían como esponjas y el alcohol es un veneno. Pero los hombres vigorosos y fogosos se consideran inmortales. Mientras tanto, hablan de «sentido de la responsabilidad» y de «perfeccionamiento», de una «llamada» a ideales más nobles[6].

Entre los ideales más nobles figuraba la conquista, «el predominio sobre la palmera y el pino». Los consejeros de los servicios coloniales en la metrópoli trataban de atar corto a sus

agentes en el extranjero, pero costaba meses hacer llegar las órdenes a las colonias, lo que daba un amplio margen para la estrategia de los hechos consumados. «*Peccavi* [he pecado]», escribió *Sir* Charles Napier a sus superiores de Londres, un mensaje de una sola palabra con el que trataba de excusar su desacato al apoderarse de Sind en 1842, haciendo caso omiso de las órdenes de no hacerlo. De modo que, con el paso de los siglos, poco a poco y pedazo a pedazo, los británicos fueron amasando porciones grandes y pequeñas de territorio: toda la India, gran parte de Burma, Canadá hasta el Pacífico, Australia y Nueva Zelandia, además de aguaderos y estaciones de combustible, parcelas estratégicas de poder, refugios a lo largo de las principales rutas comerciales y en la periferia de los grandes mercados (véanse Gibraltar, Malta, Santa Helena, Ciudad del Cabo, Bombay, Singapur, Hong Kong, Aden). Estos lugares justificaban su coste y dibujaban un collar de perlas alrededor del globo. Algunos eran fruto de la ambición imperial; otros, de los intereses mercantiles. Pero, en el fondo, todos constituían una recompensa a una potencia superior[*].

Antaño, a los estudiantes de historia universal (o europea) se les hablaba de imperios «viejos» y «nuevos». Los viejos eran los territorios conquistados entre 1500 y 1800: los dominios americanos de España, las posesiones inglesas y francesas en América del Norte, las tierras portuguesas, holandesas y británicas en el océano Índico. Luego, al entrar en el siglo XIX, casi todos los territorios americanos de esos «imperios viejos» se separaron de la madre patria. Para muchos europeos, aquellas pérdidas eran una confirmación de la locura de la empresa: ¿habían desperdiciado jamás tanto tantos con tan pocos? Eso aplacó, nos enseñaban, el ansia de nuevas colonias. Durante un siglo a partir de 1763 (Tratado de París entre Gran Bretaña y Francia), el imperialismo, se dijo, había marcado el paso.

La política interior británica corroboraba esta cronología. Los miembros del partido liberal, con su sentido práctico característico, tildaron toda la empresa de error, de despilfarro de dinero en beneficio de súbditos no civilizados, desagradecidos y desleales (George Washington y compañía), «gentes maliciosas, hábiles y astutas[7]». Algunos incluso abogaron por la liberación de colonias que no habían solicitado la independencia.

Pero, obviamente, no fue así. No podía renunciarse a algo que era la expresión tan manifiesta del poder justo cuando la Revolución industrial estaba incrementando el poderío europeo y potenciando su capacidad de sobrevivir en entornos que antes eran letales. Por el contrario, el imperialismo estuvo muy atareado durante las décadas siguientes, como revelan la conquista de Argelia por Francia (1830), la ocupación británica de la India y las victorias en Burma, las conquistas rusas en Siberia y el Cáucaso y la expansión norteamericana hacia el oeste. Era un ángulo muerto en la retina de los historiadores, así como la idea doctrinaria de que el imperio tenía que aguardar hasta la madurez (¿decadencia?) del capitalismo.

Dicha madurez, nos decían, explicaba el «nuevo imperialismo». A partir de finales del decenio de 1860, la creciente indocilidad del proletariado europeo hizo que las miradas codiciosas se dirigieran hacia los trabajadores explotables del extranjero. África en particular, pero también varias regiones de Asia y de las islas del Pacífico se convirtieron en el punto de mira de las principales naciones europeas, entre las que cabe destacar a Alemania, que decidió tardíamente que no podía ser una potencia mundial sin posesiones

ultramarinas. Cuando concluyó el zafarrancho, toda la superficie de África estaba en manos de un gobierno europeo u otro. Las únicas excepciones eran Liberia, un proyecto norteamericano de devolución de los negros a su madre patria, y Etiopía, en la que los italianos fracasaron en su empeño de conquista.

El «nuevo imperialismo» difería del viejo. También buscaba supuestamente el interés racional, material, pero de hecho estas conquistas tardías eran poco prometedoras. Es cierto que algunos territorios contenían recursos potencialmente valiosos, pero por lo general se desconocía este hecho en el momento de la anexión. En gran parte, la conquista de tierras respondía a intereses estratégicos (cf. Ciudad del Cabo o El Cairo) o preventivos (mejor que sea mía que tuya). Los descubrimientos subsiguientes fueron sorpresas felices y en ocasiones modificaron tanto los planes que provocaron nuevas luchas por su control. Así, las minas de oro surafricanas atrajeron a una hueste de prospectores poco formados pero eficaces al Transvaal, provocaron disputas con las autoridades afrikáner, involucraron a Gran Bretaña en la pelea y condujeron a la guerra de los bóer.

Los observadores radicales y escépticos denunciaron esta conquista tardía de territorios, en primer lugar como producto de la codicia capitalista y después como fruto de la necesidad, como un requisito previo para la prosperidad europea. La primera acusación estaba motivada en parte. La codicia ya no tenía trabas en aquel momento: la codicia humana en general, y no la específica al capitalismo. Merced a los fusiles de repetición y a las ametralladoras, la conquista y la matanza se habían simplificado mucho; tanto que los salvajes europeos se regocijaban masacrando nativos como aves de caza y los llamaban «salvajes». (Para los llamados *gentlemen*, la caza fue una manifestación de la bestialidad y la cobardía. Todavía lo es). Se reproducen a continuación las palabras del joven Winston Churchill, en preludio a la inminente batalla de Omdurman, una venganza por la derrota de Gordon en Jartum: «un momento glorioso de nuestras vidas —escribió—. Por supuesto que ganaremos. Por supuesto que los abatiremos». Y añade: «No volverá a verse jamás nada parecido a la batalla de Omdurman. Será el último eslabón de una larga cadena de conflictos cuyo resplandor cegador y majestuoso ha contribuido tanto a revestir la guerra de fascinación». Los pueblos nativos aprendieron pronto a decepcionar a sus conquistadores rindiéndose con demasiada rapidez. Ni matanzas, ni medallas ni promociones[8].

La segunda afirmación, según la cual Europa necesitaba estas posesiones en bien del capitalismo, es un dislate. Algunos hombres de negocios ganaron dinero en esas tierras extrañas y distantes, pero mucho mayor fue el número de los que no lo lograron. Las economías europeas se beneficiaron poco, por no decir nada, de estos contactos exóticos. Los hombres de negocios sagaces lo sabían. Cuando el rey Leopoldo de Bélgica, la venalidad personificada bajo una corona, invitó al banquero alemán Gerson Bleichroder a ayudarle a administrar sus grandes dominios en el Congo, Bleichroder rehusó cortésmente. Como a cualquier banquero, le interesaban las oportunidades que ofrecía una asociación parecida, pero adivinó enseguida los problemas que plantearía esta operación. Unos pocos años después (principios de la década de 1880), Bismarck tuvo la idea de hacerse con algunos territorios en la remota África y en las islas del Pacífico. ¿Le quería ayudar Bleichroder? En este caso el banquero tuvo que transigir, puesto que Bismarck era su cliente y patrón. Pese a todo, pidió que se le garantizara un rendimiento mínimo.

La opinión pública era harina de otro costal. Se puede tener engañados a los hombres de negocios por algún tiempo, a los políticos casi siempre y a los votantes de manera casi indefinida. Veamos cómo explicó Paul Leroy-Beaulieu al electorado francés las ventajas del imperialismo: «La función más útil de las colonias… es que constituyen un mercado ya maduro para el comercio de la metrópoli, que alimenta y preserva su industria y proporciona a los habitantes de la madre patria —ya sean industriales, trabajadores o consumidores— un aumento de los beneficios, los salarios o las mercancías». La expansión colonial se convirtió en un *leitmotiv* de la charlatanería electoralista. Por aquel entonces no estaba extendida la gazmoñería de la corrección política, pero tampoco imperaba la verdad. Los historiadores y teóricos de la economía política de hoy deberían saber que no pueden tomarse en serio estas promesas electorales.

¿Hay que conquistar un país para crear un mercado? A este respecto, los estudiosos han elaborado también una reinterpretación de los hechos. Si antaño los historiadores hablaban de imperio (formal), hoy empiezan a estudiar más detenidamente las manifestaciones informales de la supremacía[9]. Tomemos el ejemplo de la presencia e influencia europeas en Oriente medio. La región incluía el imperio otomano, independiente sobre el papel pero que cada vez se inclinaba más ante las exigencias europeas, y Egipto, bajo el protectorado otomano pero de hecho englobado en la esfera de influencia de Europa. Cualquier historia del desarrollo económico y político de Egipto en el siglo XIX es incompleta si no aborda la repercusión del control informal, virtual[10]. Lo mismo cabe decir de Persia, que nunca fue una colonia pero, al igual que el imperio otomano, fue más independiente en el recuerdo que en la realidad.

Podría decirse otro tanto del dominio europeo en Latinoamérica. En este caso, todo un continente, que un día se dividieron España y Portugal, obtuvo su independencia en la década de 1820, con la excepción de unas pequeñas parcelas e islas del Caribe. Además, la mera posibilidad de realizar nuevas conquistas territoriales en el hemisferio occidental quedó descartada en buena medida por la doctrina de Monroe[*]. No se debió a que las potencias europeas se dejaran intimidar por esta declaración unilateral del presidente de la república norteamericana. Podía soslayarse usando a hombres de paja, como trataron de hacer los franceses con Maximiliano en México[*]. Aunque sí es cierto que había que tener presente la posibilidad de una intervención norteamericana, un factor disuasivo de ambiciones imperialistas. Sea como fuere, podía ganarse más dinero comerciando: concesiones de obras públicas, contratos de préstamo, acuerdos comerciales favorables. No es fortuito que gran parte de los estudios sobre el tema de la dependencia sean obra de economistas y politólogos sudamericanos. En su opinión, y no les falta razón, la parte del mundo que les ha caído en suerte, aunque nominalmente sea libre, ha sido subyugada y saqueada por socios más poderosos que ellos.

El imperio formal es hoy un hecho excepcional. En buena medida, depende de la definición escogida (¿es Puerto Rico una colonia de Estados Unidos?), pero todavía quedan restos (Guam, Samoa, Bermuda, los DOM-TOM franceses [departamentos y territorios de ultramar]) sujetos a la soberanía ajena. A veces, como ocurre con Bermuda, Nueva Caledonia o Puerto Rico, los habitantes de estas colonias prefieren que así sea, porque la dependencia les resulta rentable[*]. Panamá, después de años de «trabajar por el dólar»,

como dice una vieja canción, aún tiene dudas acerca de la conveniencia del abandono norteamericano de la zona del Canal. Pero la mayoría de los países que un día fueron colonias, dependencias, protectorados, dominios, departamentos metropolitanos o ultramarinos, son hoy libres. Dada la sensibilidad de las poblaciones antaño sometidas y el resentimiento acumulado en materia de subyugación y humillación, el criterio de las ventajas materiales raramente se ha impuesto a la escisión.

Una ola de liberaciones multiplicó por más de tres el número de naciones existentes después de la Segunda Guerra Mundial. Cada uno de estos países de nuevo cuño, por pequeño y artificial que fuera, era soberano y disponía de un voto en las Naciones Unidas. La libertad era promesa de crecimiento y prosperidad para los países antaño explotados y —la cruz de la moneda— era presagio de recesión para las naciones capitalistas, que habían prosperado a costa de la opresión de los demás y ahora deberían valerse por sí mismas. Se iba a hacer justicia.

Las cosas no han ido así. Las economías que un día fueron imperialistas han prosperado como no lo habían hecho antes. Y la mayoría de las antiguas colonias han tenido infinidad de problemas para subirse al tren del progreso. Sus amos coloniales, temerosos de su nacionalismo en ciernes y despreciando sus capacidades, no les habían enseñado gran cosa, apenas lo suficiente para que desempeñaran las funciones subalternas de un gobierno. Los gobernantes blancos tenían miedo de los nativos instruidos: destribalizados, llenos de aspiraciones «inapropiadas», eran, como dijo un funcionario británico (1886), «la maldición de la costa occidental [africana[11]]». Los británicos, a pesar de que buscaban apoyos en las élites locales, excluían sistemáticamente a esos *déracinés* (desarraigados) de los puestos de responsabilidad políticos y comerciales.

De modo que, aunque a menudo los colonialistas dejaron tras ellos una infraestructura de carreteras, puertos, ferrocarriles y edificios, la manutención era harina de otro costal. La capacidad de las antiguas colonias para descuidar y echar a perder su herencia material fue asombrosa, como pudieron comprobar los visitantes. (Lo mismo ocurrió en los países de Europa central y oriental arrastrados a la burocracia inepta del mundo socialista)[12]. Los pueblos subyugados aprendieron en las escuelas y universidades del amo colonial más teoría política y social que ciencias aplicadas y conocimientos técnicos prácticos: los ingredientes de la revolución, más que de la producción. Y quizás fuera esa su prioridad principal: primero la libertad, después la economía, porque la libertad es un requisito necesario, aunque no suficiente, del desarrollo.

Las primeras estadísticas de producción y renta per cápita elaboradas tras la independencia eran alentadoras, pero probablemente engañosas. Eran más reflejo de las apariencias que de la realidad. A medida que se fueron comercializando más y más transacciones, por ejemplo, a medida que una mayor cuota de la producción fue a parar al mercado más que al consumo nacional, los resultados reales fueron filtrándose en las cifras. Los corifeos de la economía pronosticaron un futuro brillante a algunas antiguas colonias como Nigeria (petróleo), Costa de Marfil/Côte d'Ivoire (cacao), Argelia (petróleo y gas).

Y luego vino el desencanto. Pocas excolonias conservaron un crecimiento per cápita estable[*], y su dependencia de una situación comercial muy irregular (para lograr un equilibrio entre productos agrarios y productos manufacturados, por ejemplo) redundaba en dramáticos altibajos en los ingresos. Como el presidente Julius Nyerere de Tanzania

lamentaba en 1976, ¿por qué tenía su país que vender un año el doble de balas de sisal que el anterior para comprar el mismo tractor? Naturalmente, antes, cuando el precio del sisal se multiplicó por más de cuatro en cuatro años, no se había quejado[13]. (La veleidad de los precios de las mercancías venía de antiguo. Entre 1925 y 1928, el precio mundial del caucho cayó de 73 centavos a 22 centavos por libra y, a raíz de la gran depresión, a menos de 3 centavos en 1932[14]. Las plantaciones del sureste asiático [península de Malaca, Indias orientales, Indochina] sufrieron una conmoción. Pero, tras tocar fondo, los precios solo podían aumentar, como hicieron hasta la guerra y merced a ella. La guerra es la ruina de las ruedas y la fortuna del negocio del caucho).

Frente a los desengaños que trajo consigo la libertad, imperó la ley de la convicción inquebrantable. Quienes se habían acostumbrado a atribuir el fracaso material a las fechorías extranjeras decidieron ahora que la explotación se había limitado a cambiar de disfraz. Los viejos territorios coloniales solo tenían una libertad teórica, dijeron, y seguían atados a los explotadores por lazos invisibles, trenzados por unas condiciones comerciales desiguales y por su dependencia, así como por subvenciones y sobornos en pago a la fidelidad y lealtad política. Lo que explicaba el fracaso.

Algunos críticos de este colonialismo nuevo (neocolonialismo) llegaron a alegar que todos los intercambios entre las naciones industriales avanzadas y el «tercer mundo» atrasado son intrínsecamente injustos. En buena lógica, los pobres deberían dejar de comerciar con los ricos[15]. No podían haber encontrado una fórmula mejor para la preservación de la pobreza, aunque afortunadamente la mayoría de los gobiernos del tercer mundo no cayeron en el error de encerrarse en sí mismos y renunciar al comercio de bienes y conocimientos, así como de renunciar a préstamos, donaciones y subvenciones. Una excepción destacada fue Burma, donde un bloqueo autoimpuesto obligó a sus habitantes a desguazar todos sus vehículos para conseguir que siguieran funcionando y a utilizar una gasolina tan poco refinada que tienen las calles jalonadas de grumos negros de veneno en estado puro. Solo la escasez del tráfico protege los pulmones de los paseantes.

Desde la independencia, las naciones heterogéneas que conocemos en su conjunto como el sur, o el tercer mundo (o, en ocasiones, el tercer y el cuarto mundo, para distinguir a los pobres de los pobres de solemnidad), han registrado resultados muy dispares, que van desde los éxitos espectaculares del este de Asia hasta la regresión radical en lugares como Burma y gran parte de África, pasando por la evolución desigual de Latinoamérica.

La diversidad de estos resultados demuestra que la colonización, o incluso la esclavitud, no presupone por sí misma el fracaso[*]. En la larga marea de la historia, el principio básico es que la depresión no implica que el país en cuestión quede fuera de juego. Algunos han aprovechado el legado colonial, la herencia de la infraestructura, de la educación, de las ideas, incluso de su propia rebeldía, de su resistencia y orgullo[*]. Otros han echado a perder lo que las potencias coloniales no se llevaron consigo y no han aprendido a sustituirlo. Otros fueron abandonados en condiciones precarias, por lo general debido a que la metrópoli consideró que las mejoras no le reportarían beneficios. Otros, por último, ya eran demasiado pobres para atraer la codicia de naciones más poderosas.

El ejemplo de unas pocas excolonias prósperas ha sido un magro consuelo para las que han fracasado. Para ellas, todo el proceso ha resultado humillante, irritante, y los

desengaños posteriores no han hecho más que agravar su resentimiento. No les falta razón. Pero, tras lamerse las heridas, harían bien en escupir lo que se les ha metido en la boca. Nada de todo este proceso ha sido intencionado, ni para bien ni para mal. Surgió en función de la propia lógica interna de la situación: todos los protagonistas habrían alegado de corazón que estaban haciendo lo mejor para los demás.

Tomemos el ejemplo de Francia. Se consideraba el adalid de la razón y las virtudes universales, por no mencionar su cultura literaria, que alcanza las más altas cumbres; lo poco que hizo por educar a sus pueblos sometidos estaba imbuido de un espíritu misionero y del concepto de la posibilidad ilimitada de perfeccionamiento: vosotros también podéis ser franceses. La instrucción escolar se impartía casi siempre en francés, lo que produjo una clase de alumnos instruidos pero alienados con respecto a sus padres y a su cultura nativa: uno de los profesores hablaba de «máquina alienante». El contenido reproducía clichés históricos franceses, como «Nos ancêtres les gaulois…» [nuestros antepasados, los galos] y clásicos de la literatura como *Andromaque* de Racine y *Le Cid* de Comedle[16]. Los mejores alumnos, los que lograban ganar becas de estudios en las universidades francesas, aprendían la esencia de las virtudes republicanas francesas, justo lo que les llevaría a detestar su situación, o a detestarse a sí mismos, y les convertiría en líderes de la rebelión. Véanse las carreras políticas de Ho Chi Minh en Vietnam o de Pol Pot en Camboya.

¿Cuál es el balance final? ¿Ha sido el imperialismo beneficioso o perjudicial para los pueblos subyugados? Me permitiré ofrecer una serie de propuestas al respecto:

1) Uno de los principales objetivos del imperialismo ha sido el de extraer riquezas y mano de obra de las que no disponía a precios de mercado libre. Los resultados no han estado siempre a la altura de las expectativas. Por otra parte, en (casi) todos los casos, un estamento reducido ha prosperado —los comerciantes rudos, concesionarios, funcionarios, intermediarios (compradores), las élites locales— a ambos lados de la línea divisoria entre gobernantes y gobernados, entre poderosos y débiles.

2) Prácticamente todos los imperialismos han impuesto sufrimientos materiales y psicológicos a los pueblos sometidos, pero también han aportado beneficios materiales, directos e indirectos, voluntarios e involuntarios. Algunos derivan de la apertura y el comercio. Cabe citar a este respecto a John Stuart Mill, que escribía, desde el punto de vista británico e inspirándose en Smith, a mediados del siglo XIX: «toda ampliación del mercado tiende a mejorar los procesos de producción[17]».

Todos los efectos comerciales dependían del carácter del dominio colonial. Algunos amos eran más ricos y ambiciosos. Los colonos construyeron por lo general cosas útiles, como carreteras, ferrocarriles, instalaciones portuarias, edificios, redes de distribución de agua, unidades de recogida de residuos y otras afines. Hicieron que los nativos sufragaran estas mejoras a través de los impuestos y el trabajo, pero podrían haberse limitado a guardar ese dinero. Ese beneficio era accidental para los nativos, pues estaba pensado fundamentalmente para la clase dominante y sus intereses comerciales: a fin de cuentas, había que hacer habitables y provechosos esos lugares remotos, defender las fronteras, mantener el orden. Sea como fuere, fue beneficioso. Lo mismo puede decirse de las instalaciones sanitarias, que en un principio sirvieron a los amos (adviértase, sin embargo, que las carreteras y los desmontes podían propiciar la difusión de las enfermedades). Pero

la motivación es menos importante que los resultados. No pueden olvidarse los beneficios que reportaron esos esfuerzos. Además, los constructores y doctores tenían un claro sentido de su responsabilidad con respecto al conjunto de la sociedad.

¿Se habrían construido más instalaciones de este tipo si aquellos países hubieran sido libres? Bajo los regímenes precoloniales, es poco probable.

Incluso hoy, cuando el desarrollo se ha convertido en una religión universal y las empresas tienen una asombrosa capacidad de reacción, las obras públicas en las antiguas colonias resultan muy a menudo deficientes. Peor aún, los regímenes que les han sucedido han dejado que el legado colonial se deteriorara. Las grandes excepciones han sido las sociedades poscoloniales del este y el sureste asiático: Corea del Sur, Taiwán, Singapur. Y, por supuesto, las nuevas tecnologías han propiciado unas mejoras inevitables, en materia de aeropuertos y transporte aéreo, por ejemplo.

Sin embargo, en las excolonias estas infraestructuras son con frecuencia derribadas espectacularmente por gobernantes que prefieren gastar (el dinero ajeno) en lo nuevo, en lugar de preservar lo viejo. Queda así una sucesión de estratos construidos sobre los despojos y las ruinas de las generaciones anteriores. El patrón arqueológico clásico de las civilizaciones que se superponen resurge hoy en las sociedades deficientemente preparadas del siglo XX y presumiblemente hará las delicias de futuros excavadores. Entre las ruinas del futuro encontrarán hoteles suntuosos, que ya están desplazando a los caravasares y a las posadas que sirven de decorado a las novelas y películas de aventuras. Los hombres de negocios y los burócratas que viajan esperan hoy en día un servicio impecable en todo el globo; las emisiones de CNN y Sky-News, también.

3) El mapa del mundo colonial fue dibujado por los europeos. Las fronteras no se correspondían con la situación real de los lugares y los pueblos. Eso es particularmente cierto en el caso de África (aunque también de la India y Burma), donde las tribus quedaron divididas y llegaron otras (incluida la joven tribu de colonos e inmigrantes blancos), propiciando el irredentismo y los disturbios. La libertad, cuando llegaba, recaía sobre pueblos poco preparados para vivir juntos. Pero las nuevas naciones consideraron sagradas estas lindes artificiales, por miedo a lo que pudiera venir en su lugar. En lo cual no les faltaba razón: las disputas territoriales en los países excoloniales se caracterizan por el mucho ruido y las pocas nueces, así como por graves perjuicios para vencedores y vencidos[18].

4) La energía, los recursos y la buena voluntad potencial de los estados que sucedieron a las metrópolis se han agotado en el proceso de definición de la identidad propia. Muy pocos países (el mejor ejemplo lo constituye Corea) contaban ya con elementos de una identidad nacional o étnica en el momento en que las potencias coloniales se adueñaron del poder, y pudieron resistir merced a dicha identidad o rescatarla tras la partida de los intrusos[*]. Los demás han padecido las inestabilidades y violencias anejas a la falta de identidad y legitimidad, yendo de golpe de estado en golpe de estado, de una explosión de violencia a otra[19]. Mientras tanto, las naciones industriales avanzadas han pronunciado palabras de compasión, socorrido víctimas, apuntalado tiranías, propiciado nuevas víctimas, se han frotado las manos, metiendo generalmente la pata cada vez que han intervenido, siendo útiles y perjudiciales al mismo tiempo, pero justificándose siempre con la bondad de sus intenciones, a causas más nobles y con la satisfacción que da la

superioridad moral. (Es el objetivo principal de estas prácticas). Las publicaciones y los programas televisivos rebosan de niños muriendo de hambre y devorados por las moscas. Los fondos recaudados para las causas caritativas superan a los que llegan a su destino. Pocos costean algo más que los primeros auxilios.

5) Tratemos de demostrar la tesis contraria a los hechos: las naciones económicamente atrasadas habrían crecido y progresado (en lo que se refiere a la técnica y la productividad) más rápidamente si no hubieran padecido el colonialismo. El argumento a favor de esta tesis se basa en hipótesis: en la suposición de que estos pueblos sometidos habrían escapado a la explotación externa tanto como a la interna y habrían sido capaces de aprender y cambiar. El argumento en contra se basa en hechos históricos: el imperialismo no ha impedido que unas pocas colonias se hayan desarrollado, convirtiéndose en centros autónomos, ni que hayan inventado las técnicas precisas para una economía industrial[20]. Cabe citar en este sentido el caso de las colonias británicas en América del Norte, o de Finlandia cuando formaba parte del imperio ruso, de Noruega bajo dominio sueco, del Hong Kong británico. El primer ejemplo de un país no occidental en lograrlo, Japón, aunque conservó su independencia (lo que no es asunto baladí), demuestra que podía hacerse dentro de los límites marcados por los aranceles de un imperialismo informal. Pero, como todo el mundo sabe, Japón es un caso aparte.

La historia sugiere que el tutelaje puede ser una buena escuela. Naturalmente, depende en gran parte del profesor. Algunas naciones imperiales gobernaron mejor que otras y sus colonias fueron más prósperas tras la independencia. Según este criterio, los españoles y los portugueses habrían sido malos enseñantes; los holandeses y los franceses, menos malos, y los británicos, los menos malos, debido a su disposición y capacidad de invertir en infraestructura (los ferrocarriles indios, por ejemplo) y a que permitieron a las élites locales gobernar en nombre de ellos. En 1900, la India tenía una red ferroviaria treinta y cinco veces más extensa que China, teóricamente independiente: todo un tributo del concepto británico del imperio y la responsabilidad[21]. (Un cínico aduciría que el objetivo primordial de estos ferrocarriles era transportar el algodón en rama y otras materias primas a los puertos y a los soldados a los puntos conflictivos, lo cual no resta en modo alguno valor al hecho de que la interconexión de los mercados indios agilizó la distribución de alimentos en un país proclive a las hambrunas locales. Y en ocasiones era necesaria una hambruna para lograr que se construyera una línea ferroviaria)[*].

De acuerdo con este criterio, sin embargo, el mejor amo colonial de la historia ha sido Japón, pues ninguna excolonia ha tenido tanto éxito como Corea (del Sur) y Taiwán, donde las tasas anuales de crecimiento per cápita entre 1950 y 1973 superaron las de las naciones industriales avanzadas (con la excepción del propio Japón). Esta hazaña es reflejo, en mi opinión, de la cultura de estas sociedades: la estructura familiar, el valor del trabajo, el concepto de una causa común. (Lo digo con plena conciencia de que muchos economistas no conceden importancia a la cultura, que no puede medirse y, según dichos expertos, no sirve más que de estorbo a las buenas ideas). Estos valores ya imperaban bajo el dominio japonés, en parte como reacción contra él, y salieron a relucir en la celeridad con que se aprovechaba cualquier oportunidad de lucro, siempre que el amo extranjero diera a los nativos un margen de maniobra suficiente[22]. Pero el éxito poscolonial evidencia también la riqueza del legado colonial: la racionalidad económica de la administración japonesa, que

emprendió en sus colonias «el mismo esfuerzo de modernización, coronado por un éxito rotundo, que había llevado a cabo en su propio territorio[23]».

Naturalmente, los habitantes de Corea y Taiwán no estarían de acuerdo con mi tesis. Recuerdan la tiranía, la tortura, los excesos, recuerdos emponzoñados por la negativa «descarada» de Japón a dar señales de arrepentimiento o remordimientos[24]. ¿Remordimientos, por qué? El sistema funcionó[25]. Además,

> [Japón] fue tan responsable de su política colonial… como Bélgica en el Congo, Francia en Indochina, Holanda en las Indias orientales, o Alemania, Italia, España o Portugal en África. Y, para ser justos, cabe añadir que los esfuerzos coloniales japoneses deben juzgarse contraponiéndolos con los de los demás procesos coloniales, y no con una utopía teórica[26].

El mundo pertenece a quien tiene una conciencia limpia, una virtud clásica de Japón, aunque este hecho haya pasado prácticamente desapercibido.

Corea y Taiwán dirán que han tenido éxito pese a Japón, que los encauzó hacia la agricultura y los apartó de la industria. Les recordó repetidamente su subordinación política y social; en el caso de Corea, le obligó a cambiar de nombre y asumir una identidad japonesa de segunda clase y de imitación, le asignó los trabajos que los japoneses consideraban demasiado peligrosos y molestos (por ejemplo, las actividades mineras en las islas japonesas). Cuando llegó la liberación, los coreanos no habían olvidado. Pero no dejaron que los recuerdos interfirieran en el camino que conduce al desarrollo material. «No hay que enfadarse, sino saldar las cuentas pendientes».

Corea y Taiwán constituyen un caso excepcional. La mayoría de las naciones surgidas de la posguerra recordaban demasiado bien cuanto había sucedido y se equivocaron de camino. Adoptar el régimen económico de sus anteriores gobernantes era un anatema: el capitalismo se consideraba un sistema ineficaz con la guinda de la corrupción y la injusticia. En vista de la victoria soviética en la Segunda Guerra Mundial, socialismo *más* dictadura era la fórmula que aseguraba la producción y mantenía vivas las esperanzas. Craso error.

Por consiguiente, recapitulando la experiencia del imperialismo, se aprecia la persistencia de un conflicto entre teoría y realidad. Durante la mayor parte del siglo, la ortodoxia imperante no ha sido solamente anticolonialista. Ha englobado al anticolonialismo en una visión (explicación) de conjunto de la historia de la economía: las colonias fueron los pilares de un capitalismo agonizante. Según este esquema, las colonias fueron las que pagaron los platos rotos, bien alimentando el crecimiento de las economías imperialistas, bien transfiriendo riqueza de los pobres a los ricos: en suma, el imperio las vampirizó. Sin las colonias, el dominio burgués se habría derrumbado. O, por decirlo de otra manera, Europa no podía permitirse prescindir de sus colonias. A la inversa, cuando los pueblos sometidos recuperaran la libertad, alcanzarían rápidamente la prosperidad.

No podía prescindir de sus colonias… En absoluto. A lo largo del siglo XX, la oposición a las metrópolis imperiales se intensificó. Los ideales europeos de libertad y la declaración de los derechos del hombre resultaron contagiosos y los pueblos subyugados aprendieron de sus amos cómo resistir a esos mismos amos. La opinión pública, antaño despreocupada defensora del imperio, comenzó a deplorar su existencia. La explosión de escándalos gravísimos, como las pruebas de torturas y mutilaciones en el Congo del rey Leopoldo y de las atrocidades (incluidos los campos de concentración) cometidas en la guerra contra los

afrikáners (1899-1902) dieron argumentos a los escritores y políticos liberales y radicales antiimperialistas. El imperio, orgullo de los poderosos y consuelo de los menesterosos, que había hecho grandes a países pequeños e inmensos a los países grandes, perdió legitimidad[*].

La Segunda Guerra Mundial le asestó el *coup de grâce*. Las naciones occidentales no solo perdieron su reputación de invencibilidad, sino que su conducta militar reveló el menosprecio con que veían sus dominios. La carga aneja a la hegemonía se hizo insostenible. Algunos países, más orgullosos que otros, se aferraron a sus posesiones (Francia en Indochina y, sobre todo, en Argelia). Otros (Gran Bretaña en la India y Palestina, Holanda en Indonesia) soltaron inmediatamente su presa. Hicieron bien. Para frustración de los doctrinarios anticolonialistas, los antiguos imperios no sufrieron ni un ápice por la pérdida de esos territorios, sino todo lo contrario.

La segunda tesis también resultó errónea. En 1961, un economista indio llamado Surendra Patel publicó un ensayo en el que demostraba de una manera aritméticamente irrefutable que la India, liberada del yugo británico, superaría en una treintena de años la renta per cápita de Francia y al poco tiempo la de Estados Unidos[27]. No estaba solo: hubo infinidad de predicciones románticas similares. Eran reflejo de las esperanzas y de una doctrina pertinaz, así como del orgullo nacional y de una suerte de revancha virtual.

ES TAN FÁCIL RECORDAR Y TAN DIFÍCIL OLVIDAR...

Uno de los legados más nocivos del colonialismo ha sido la explosión de resentimiento contra los antiguos metropolitanos y sus representantes, no tanto a nivel de los gobiernos, en el que deben hacerse tratos y dinero, sino a nivel de las relaciones entre pueblos. Varias colonias, y entre ellas las más importantes, se convirtieron en mercados coloniales ultramarinos, en tierras de promisión para los occidentales que trataban de comenzar de nuevo a partir de cero o poner tierra de por medio. Algunos de estos colonos quedaron prendados de sus nuevos hogares, de la tierra, las corrientes de agua, los paisajes, las ciudades, los mercados y los zocos y también, por qué no decirlo, de sus gentes, que apreciaban por su dependencia, su misterio, su alteridad o su inocencia. Muchos creyeron haber encontrado un paraíso, estar fundando una nueva raza, no mediante el mestizaje, sino por la coexistencia en un universo nuevo. Aconsejo la lectura del libro de Albert Camus sobre su infancia en Argelia[*]. No era el único europeo en tener esos sentimientos: simplemente, escribía mejor que los demás.

Fue, por lo tanto, una decepción terrible ver que muchos nativos no correspondían a aquel amor y se sentían agraviados por la intrusión de aquellos extraños, por el hecho de que se apropiaran las mejores tierras, por sus privilegios políticos y sociales, por su condescendencia inevitable, irresistible.

No todos los nativos pensaban lo mismo. Pero, a medida que fueron cuajando e intensificándose los movimientos independentistas, a medida que iban despertando las conciencias, era cada vez más difícil permanecer neutral («¿de qué lado estás?»). Cuando llegó la independencia, los colonos se marcharon. La mayoría no pudo tolerar la pérdida de sus privilegios y del trato deferente que se les deparaba, e incluso quienes se hubieran

quedado, que querían quedarse, apresuraron su marcha ante los insultos, las amenazas, la violencia y, ante todo, por la recuperación por las colonias de las posesiones antaño usurpadas.

Argelia es un ejemplo paradigmático: más de un millón de europeos entre más de diez millones de nativos. Los colonos no querían la independencia. Querían que Francia siguiera donde estaba; de hecho, muchos estaban dispuestos a luchar por que Argelia siguiera siendo francesa. (Los propios franceses estuvieron al borde la guerra civil por culpa de este asunto). El nuevo gobierno de Charles de Gaulle hizo al principio de buena gana concesiones para persuadir al movimiento independentista argelino que no pidiera la secesión con respecto a Francia, pero fue en vano. Y cuando el gobierno francés decidió que el resultado no justificaba los costes, dio por zanjado el problema. Se previno a los colonos que estaban solos, que Francia iba a reconocer la independencia de Argelia. Algunos recalcitrantes habrían empuñado las armas, pero ¿quién les iba a ayudar en un mundo abocado a la defunción del imperialismo? En un par de años, todos los *pieds-noirs* fueron expulsados[*]. No todos estos europeos eran ricos: habían llegado a esa tierra pobres y no era raro que no hubieran medrado. Pero quienes se habían enriquecido poseían las mejores tierras, cultivaban vino y trigo, los grandes productos de exportación, controlaban la flota, gestionaban la banca, hacían funcionar la economía.

Su partida no entristeció a los argelinos. Habían recuperado sus tierras y los cristianos (y judíos) se habían ido. (También conservaron el petróleo del Sáhara). Sin embargo, la pérdida de esos recursos humanos fue un revés terrible. Con el paso de los años, el ritmo de crecimiento de la economía argelina se ralentizó, hasta tal punto que ni siquiera el petróleo y el gas permitieron hacer frente a la crisis. Argelia empezó a exportar habitantes a Francia, donde el crecimiento económico incrementó la demanda de mano de obra. Contradiciendo la teoría de que el imperio era necesario para el capitalismo.

Capítulo XXVI

PÉRDIDAS DE HEGEMONÍA

Supondremos que el mercado es un terreno de combate equitativo, a menudo (por lo general) incruento. No por voluntad de los interlocutores: si pudieran escoger, se darían todas las ventajas posibles y conservarían cuanto poseen a buen recaudo de quienes llegaran después. Lo mismo puede decirse de los consorcios, las industrias y las economías nacionales: todos quieren adquirir y conservar. Afortunadamente, la presencia de competidores impone la obligación de luchar: a la larga, no hay nada a cambio de nada.

Otro tanto ocurre con la rivalidad económica internacional. Algunas ciudades y naciones se han situado en primer plano, se han dejado derrotar por otras recién llegadas, que a su vez han sido adelantadas por nuevas recién llegadas. Este proceso no es agradable para los derrotados, aunque mitigan su dolor en buena medida con una miopía obstinada y por el hecho de que perder puestos no suele significar un declive absoluto[*]. Por el contrario, los adelantos anteriores se han transformado en un acervo de riqueza que consuela a quienes la tienen, así como en capital humano y material que sigue produciendo rentas y crecimiento. Con todo, el liderazgo crea hábito y genera orgullo. A nadie le gusta perder su sitio.

La envidia es señal de ambición. Cuando los teóricos ingleses de la «aritmética política» de finales del siglo XVII señalaron a Holanda como un caso ejemplar y como el principal adversario; cuando los escritores franceses del siglo XVIII advirtieron y deploraron los logros comerciales y financieros de Inglaterra, reventaban de envidia, esperanzas e insatisfacción, en una era marcada por la construcción de los estados y caracterizada por una intensa rivalidad nacional. Así era Europa, muy diferente en este sentido de la China universal o de la India y el islam, donde imperaba la anarquía. Europa constaba de estados de todas las dimensiones, dirigidos por el orgullo y los intereses del gobernante, pero cada vez más por un nacionalismo consciente de sí mismo. Todos competían. Todos conocían la importancia del dinero para la hegemonía y el poder.

La importancia del dinero al servicio del poder encontró expresión en el pensamiento económico. El mercantilismo no fue una doctrina, ni un conjunto de normas. Fue una fórmula general para la gestión político-económica: todo cuanto fortaleciera el estado era legítimo. El mismo Adam Smith tuvo deslices mercantilistas: las leyes de navegación, apuntó, quizás hayan resultado onerosas para el consumidor británico, pero funcionaron a la perfección para acabar con la supremacía naval de Holanda.

En vida de Smith, la era de la hegemonía holandesa había concluido. Había sido la admiración del mundo durante todo un siglo que aquel pequeño país dominara los océanos,

transportara mercancías voluminosas y exóticas en millares de navíos, se enfrentara y derrotara a naciones más populosas y constituyera un ejemplo para todos de rigor y determinación. Nada ilustra mejor estas virtudes que la conquista de Inglaterra por Guillermo de Orange, estatúder de las Provincias Unidas, en 1688. Fue la última invasión coronada por el éxito de Inglaterra, y la primera desde que otro Guillermo, este de Normandía, la tomara en 1066. Naturalmente, los británicos no lo recuerdan de este modo. La interpretación del partido liberal del derrocamiento de Jacobo II, que llama a esta invasión la «revolución gloriosa», ha enturbiado la naturaleza del acontecimiento. Pero no cabe duda de que se trató de una invasión, que tenía por fin evitar que la corona inglesa se aliara con Francia contra los Países Bajos. La flota holandesa reunida aquel mes de septiembre era cuatro veces más numerosa que la Armada española y transportaba a las mejores tropas del ejército holandés, además de voluntarios extranjeros, animales, equipo y un poderoso tren de artillería. «Teniendo en cuenta todas las esferas —militar, naval, financiera, logística, diplomática, nacional, etc.—, fue probablemente una de las muestras más impresionantes de organización que uno de los primeros regímenes modernos haya logrado dar jamás[1]».

Todavía en 1776, Adam Smith juzgaba que Holanda era más rica que Inglaterra. ¿Cómo llegó a esa conclusión? Comparando los tipos de interés de ambos países, constató que el gobierno holandés podía hacer préstamos al 2 por 100 y los agentes privados al 3 por 100. Los tipos ingleses, escribe, son aproximadamente un punto porcentual más altos; los tipos escoceses, tal vez dos. Esto implicaba, en su opinión, que el capital era más abundante en Holanda y los beneficios más bajos. Como cabía esperar, los empresarios holandeses se lamentaban de la escasez de negocios pero, para Smith, una tasa reducida de beneficios era «el efecto natural de la prosperidad» y los comerciantes holandeses padecían efectivamente lo que los marxistas llamarían más tarde «falsa conciencia[2]».

Smith añade que «se dice que los salarios de la mano de obra son más elevados en Holanda que en Inglaterra», otro signo de que aquel país era más rico. De hecho, podía significar eso o podía indicar simplemente que Holanda crecía más rápidamente que Inglaterra, lo cual no es cierto[*]. Recordemos que Smith ya había establecido esa relación entre los salarios altos y el crecimiento al comparar a las colonias americanas con la madre patria. «Aunque América del Norte —escribe— no es todavía tan rica como Inglaterra, es mucho más activa y avanza mucho más rápidamente hacia la nueva adquisición de riquezas[3]».

Smith debería haber aplicado los criterios de su comparación entre Gran Bretaña y América del Norte a la efectuada entre aquel país y Holanda; esto es, haber distinguido entre riqueza y crecimiento, entre ser rico y tener una economía activa. Eso le habría permitido detectar los primeros síntomas de la desaceleración holandesa[*]. En lugar de ello, se centró en una Holanda rebosante de capital, que buscaba salidas a sus inversiones exteriores, en lo que, por otra parte, no le faltaba razón. Ya en el siglo XVIII, los holandeses colocaban grandes sumas de capital en fondos británicos y franceses, así como en las acciones del Bank of England, East India, and South Sea. Recurrían a ellos, naturalmente, porque las inversiones británicas y francesas eran más rentables, y eran más rentables porque la demanda nacional era mayor y la oferta menor, lo cual se debía, al menos en Inglaterra, a que el crecimiento económico era más rápido[*].

Mientras tanto, la industria holandesa pasaba una mala racha. (En este caso, Smith habría hecho bien en visitar dicho país). La producción de tejidos de Leiden había caído de 25 000 rollos anuales en 1700 a 8000 a finales de la década de 1730; la de camelotes, de 37 000 unidades en 1700 a 12 600 en 1750, 3600 en 1770. El blanqueo de lino en Haarlem entró en recesión en los decenios de 1730 y 1740. El famoso complejo industrial propulsado por molinos de viento del Zaan (madera, velámenes, cordelería y construcción naval) sufrió una caída libre en la década de 1750, que dejó inactivos a muchos de los molinos. El estampado del algodón y la elaboración de tabaco en Ámsterdam ya habían entrado en recesión antes de la mitad de la centuria. Un índice de la producción industrial que partiera de 100 en 1584 ascendería hasta el valor máximo de 545 en 1664, para luego caer a 108 en 1795[4]. Entre los competidores más temibles de este país, cabe destacar las industrias familiares de rápido crecimiento de Flandes, la Renania alemana, Sajonia y Silesia[5]. El comercio también se resintió: los «ricos intercambios» con el Mediterráneo oriental y la América española decrecieron, junto con las cargas de graneles de arenques, sal y vino en aguas europeas. Unos pocos sectores resistieron, en particular la importación, elaboración y reexportación de mercancías coloniales como el azúcar, el café, el tabaco, el té y el cacao. Pero incluso en estas ramas, Holanda perdió cuotas de mercado, en beneficio de Gran Bretaña y Francia sobre todo[6].

La recesión económica repercutió sobre el tejido social. Las principales ciudades perdieron protagonismo cuando los artesanos cualificados y los pequeños empresarios emigraron en busca de mejores oportunidades. Este declive, aunque fuera moderado, contrasta mucho con el firme e incluso rápido proceso de urbanización que se registraba por doquier[7]. El hecho de que las ciudades holandesas no perdieran más habitantes se debe a que los alquileres y los precios de los alimentos disminuyeron y a que existían algunas ayudas sociales, pues se trataba de un asunto de orden público, por no decir de caridad. Además, los salarios holandeses seguían superando a los de los países vecinos, en buena parte merced a la resistencia de los gremios de artesanos, y este desfase atrajo a mano de obra barata del exterior, que venía a competir con los nuevos parados. La hostilidad y los conflictos crecientes encontraron una válvula de escape en las huelgas, hasta que ya no quedó nada por lo que ir a la huelga.

Este fenómeno quizás recuerde al lector la situación que atraviesa Estados Unidos en el último cuarto del siglo XX. A medida que los sectores de producción van reduciendo sus actividades ante el empuje de la competencia exterior, las empresas efectúan reducciones de plantilla o se desplazan a zonas donde se pagan salarios menos elevados. Los nuevos trabajadores cuestan menos que los viejos, como bien saben las compañías aéreas. Llegan inmigrantes pobres sin cesar. Los sindicatos ejercen presiones, que en ocasiones no hacen más que acelerar el cierre de las naves o la transferencia de pedidos a proveedores más baratos. (*Mutatis mutandis*, se producen fenómenos análogos en la Europa occidental de nuestros días).

Algo parecido ocurría en Holanda hace dos siglos. Las Provincias Unidas recortaron gastos y ajustaron presupuestos para hacer frente a la competencia, pero solo consiguieron quedarse donde estaban. Muchos hombres de negocios arrojaron la toalla y se retiraron al campo, a llevar una vida de inversiones pasivas. Las rentas se polarizaron entre la minoría rica y la mayoría pobre, y la clase media cada vez era menos numerosa. Los ingresos

fiscales muestran que, a finales de la década de 1700, la mayoría de los holandeses ricos eran terratenientes, altos funcionarios del estado o *rentiers*. Se habían acabado los empresarios prósperos de la «edad dorada»: los empleadores eran ahora exclusivamente de clase media o baja.

En el ínterin, las Provincias Unidas cedieron su liderazgo mundial en el comercio y la producción y adoptaron un modo de producción postindustrial. Italia ya lo había hecho anteriormente. En Venecia, por ejemplo, la industria lanar se había derrumbado bajo el peso de los impuestos, sectores clave habían emigrado a países más baratos, y los hombres de negocios habían reinvertido sus fortunas en la agricultura nacional[8]. En Génova, los comerciantes activos se habían convertido en los banqueros de la España de los Habsburgo. Tanto Venecia como Florencia estaban asumiendo el papel de destinos turísticos, viviendo de las riquezas de antiguos competidores. En conjunto, Holanda seguía siendo próspera, como creía Adam Smith, pero los cálculos realizados sobre su renta o producción per cápita entre 1750 y 1870 revelan que había perdido el rumbo. Otras naciones más activas la estaban dejando atrás[9]. *No se produjo un declive absoluto, por consiguiente, pero sí una larga pausa y una mutación*.

El motivo de esta recesión constituye una pregunta histórica de difícil respuesta pero de gran importancia. Algunos estudiosos hablan de errores de estrategia: los holandeses siguieron en Indonesia y con las especias, mientras los británicos y posteriormente los franceses apostaron por la India y los productos textiles; o bien, los holandeses cometieron errores de gestión de sus relaciones comerciales con China y fueron derrotados por ello en el lucrativo comercio del té; o bien, los holandeses, por estas y otras razones, perdieron terreno en el comercio interasiático. Más persuasiva es la tesis de la recuperación y la convergencia: otros centros, que contaban con la ventaja de unos salarios más bajos, aprendieron a fabricar los productos textiles y de otro tipo que habían sido el soporte principal de las exportaciones y los transportes holandeses y, después de aquel aprendizaje, cerraron las puertas a las importaciones. En un mundo de rivalidad mercantilista, las leyes de navegación y el proteccionismo estaban acabando con los viejos talleres y los intermediarios. No es de extrañar que los holandeses exportaran capital: podían sacarle más rentabilidad fuera que en casa.

En el siglo XIX, el ejemplo de países en vías de industrialización más prósperos, sobre todo de Gran Bretaña, pero también del sur de los Países Bajos (que desde 1815 formaban parte en realidad del Reino de los Países Bajos y, a partir de 1831, de la Bélgica independiente), no propició en un primer momento un cambio de orientación de su política. Es posible que el coste todavía elevado de la mano de obra desalentara las actividades de producción, al menos en las provincias costeras[10], o que a los holandeses les costara abandonar hábitos muy arraigados y replantearse sus perspectivas[11].

A este respecto, los estudiosos han señalado que los holandeses sienten aversión por la modernidad y aún más por el riesgo. Un historiador ha escrito:

> En casi todas las ciudades industriales de nuestro país se veía que los propietarios de fábricas y *trafieken* preferían arrojar la toalla ante la competencia de un vecino más dinámico a integrar la nueva fuente de energía mecánica a los medios de producción heredados, que cada vez eran más obsoletos. En efecto, muchos veían en el humo del motor de vapor emanaciones mefíticas y abisales[12].

Otro añade:

> El comerciante holandés parecía sestear sobre los blandos cojines de riquezas amasadas con anterioridad, y resulta sorprendente que los líderes de las empresas industriales de esta época pertenecieran a la clase respetable de los jefes rollizos y lentos de reflejos cuyo cerebro, aquejado de flojedad espiritual, les impedía asumir el riesgo de adoptar los nuevos métodos comerciales[13].

Una sentencia muy dura, pero podrían citarse otras. ¿Hasta qué punto tuvieron importancia estas actitudes? Los economistas y los «nuevos historiadores de la economía» se muestran escépticos ante la explicación del fenómeno en función de la actitud de los empresarios, porque es difícil evaluar su incidencia y no se presta a mediciones ni predicciones. Es posible que algunos hombres de negocios sean indiferentes o apáticos, pero otros suelen ocupar su lugar. A fin de cuentas, si los campesinos son tan rápidos de reflejos cuando se trata de diferencias en la rentabilidad de las cosechas, ¡cómo no habrían de serlo mucho más los comerciantes y fabricantes a la hora de reaccionar ante las nuevas tecnologías! (Por otra parte, los riesgos en la industria son siempre mayores, su rentabilización más lenta y los castigos por los errores cometidos más rigurosos).

Es el problema de la innovación y el espíritu emprendedor: solo surgen cuando surgen. La pregunta pertinente es por qué les llevó tanto tiempo aparecer y por qué costó más en unos países que en otros. La Holanda «postindutrial» no carecía de capital, mano de obra barata o experiencia industrial. Si carecía de algo, podía importarlo. El transporte podría haberse mejorado, pero eso también lo habría logrado el espíritu de empresa. Tenemos constancia incluso de que hubo algunos personajes, empresarios inopinados, personas cuyos activos no eran los conocimientos prácticos comerciales, sino más bien la sabiduría técnica y los contactos con el gobierno. Por ejemplo, el antiguo oficial naval Gerard Moritz Roentgen, de vuelta de una expedición fallida a Indonesia, enviada por los holandeses para sondear las nuevas técnicas de construcción naval y de fabricación del hierro, quien, nada más volver, ayudó a su país a fundar el primer astillero de construcción de buques de vapor en Rotterdam, en 1825[14].

Pero los espíritus libres no contribuyen a la creación de un movimiento generalizado e independiente de las iniciativas públicas. Algunos aventureros encontraron salidas comerciales en Indonesia. Mientras tanto, Holanda seguía marcando el paso y se acostumbraba a esta larga pausa. Entonces fue cuando entró en juego la cultura: determinó modos de contratación de la mano de obra, hizo descubrir nuevas perspectivas de negocios y satisfacción.

Naturalmente, la cultura cambia con el tiempo. A finales del siglo XIX, Holanda volvió a la senda de la industria moderna sentando unas premisas competitivas a escala internacional. El mercado protegido de Indonesia le ayudó a ello. Los primeros beneficios se hicieron sentir en el sector textil y no fue fortuito que se registraran en la región continental y apartada de Twente, pero el auténtico auge tuvo que aguardar a la «segunda revolución industrial» de la electricidad, la combustión interna (motores diésel), los productos químicos y las fibras artificiales, así como a la agricultura y la horticultura científicas. Pronto la renta holandesa, que nunca había quedado excesivamente rezagada, convergió con la de los líderes europeos[15].

Gran Bretaña sucedió a Holanda. En el siglo XVII, Inglaterra hostigó y combatió con las Provincias Unidas siempre que tuvo ocasión, como ilustran un impuesto a la importación de productos lanares no acabados, el proyecto de Alderman Cockayne (1614-1617) de arrebatar a los holandeses el valioso método de tintura y acabado de los productos textiles (que fracasó[*]), dos leyes de navegación encaminadas a socavar el liderazgo holandés en el transporte y la intermediación (que lograron su objetivo) y un par de guerras navales que arrebataron a los holandeses el dominio del mar, los expulsaron de América del Norte y condujeron de manera indirecta a contener su avance en India. Después, los holandeses colocaron a Guillermo de Orange en el trono inglés (1688) y, a partir de ese momento, británicos y holandeses colaboraron en la guerra y en la paz, aunque a los holandeses les tocó el papel de socios subalternos. En particular, Holanda fue la barrera que interpuso Gran Bretaña a las ambiciones territoriales francesas en el continente. Tanto éxito tuvo dicho país en esta función que, cuando concluyó la era de conquistas de la Francia revolucionaria y napoleónica, los británicos devolvieron (1815) al reino de los Países Bajos, recién creado, sus colonias perdidas, incluida Indonesia (con una importante excepción: la Ciudad del Cabo en Sudáfrica). En el mismo paquete entraba Bélgica, por aquel entonces una región de los Países Bajos en poder de la casa de Austria, y varios obispados y principados.

El factor capital es que Gran Bretaña había dejado de temer la rivalidad económica holandesa. Todo lo que los holandeses habían hecho, lo hacían ahora mejor y a mayor escala los británicos. Josiah Child, un comerciante londinense miembro del parlamento, posteriormente gobernador de la Compañía de las Indias Orientales y teórico de la aritmética política, comprendió la situación plenamente en su *New Discourse of Trade* (1688 y 1690):

> El prodigioso crecimiento de los holandeses en su comercio interior y exterior, en su prosperidad y en la abundancia de su flota, es la envidia de las generaciones actuales, y quizás la admiración de las venideras. Sin embargo, los medios con los cuales han progresado pueden… imitarlos la mayor parte del resto de las naciones, pero aún más fácilmente podemos hacerlo nosotros en el reino de Inglaterra[16].

Exactamente. En la época de Child, Holanda exportaba capital a Gran Bretaña, que lideró el proceso conducente a la industria moderna y se convirtió en el principal centro mercantil y financiero del mundo.

Después de 1815, los británicos, seguros de su hegemonía, comenzaron a suprimir las restricciones aplicadas con arreglo a la doctrina mercantilista de la época anterior, como las prohibiciones de exportar maquinaria o de la emigración de artesanos y algunos de los principales obstáculos arancelarios y leyes de navegación. Al propio tiempo, usando argumentos irreprochables en materia de división del trabajo y de los beneficios comerciales, trataron de persuadir a otros países de hacer lo propio. Consiguieron algunos éxitos pero, desafortunadamente para la ventaja comparativa y la doctrina clásica, la mayor parte de las demás naciones vieron en estas propuestas una artimaña para mantenerlas relegadas a sus funciones agrícolas. El libre comercio se convirtió en el dogma y la praxis de Gran Bretaña. Los demás países flirtearon con él y les pareció demasiado arriesgado. O lo

percibieron como una trampa: si la pérfida Albión así lo quería, no podía ser beneficioso[17].

Mientras tanto, la industria británica prosperaba en un mundo que quería productos manufacturados baratos. Si no los compraban las naciones europeas, se encontrarían otros clientes en otros continentes, especialmente porque las mejoras en el transporte reducían constantemente los costes de entrega. Cuando, en 1851, los británicos celebraron la primera exposición universal de los adelantos técnicos e industriales, de hecho pensaban en rendir homenaje a su propia maestría. Por supuesto que dieron premios y cedieron espacios a otras naciones menores, pero el tema principal de la exposición era Gran Bretaña como taller del mundo. Y del futuro: la propia estructura arquitectónica del Palacio de Cristal, puerta de entrada a las exposiciones, era un adiós a la piedra y el ladrillo y una bienvenida a la nueva era del hierro y el vidrio, de los espacios sutiles y abiertos, de los componentes modulares y el lavado mecánico. Fue el equivalente al paso, en la Edad Media, del románico macizo a las bóvedas del gótico. (Este descaro motivó algunas sorpresas. El palacio era bastante grande para plantar árboles en su interior, los árboles se llenaron de pájaros y los pájaros dejaron caer recuerdos sobre el gentío que tenían debajo. ¿Qué hacer? ¿Matarlos a tiros? Pero ¿cómo hacerlo sin destrozar las paredes y el techo de cristal? «Gavilanes, señora», sugirió el duque de Wellington a Su Majestad la Reina).

También entonces se cernieron algunas nubes, aunque pequeñas. Algunos competidores potenciales hicieron gala de una calidad y un buen gusto que hacía imbatibles sus productos: las sedas francesas, las porcelanas de Sajorna, o los vinos de solera, por ejemplo. Pero era un legado de la tradición, perfectamente comprensible en función de las aptitudes heredadas, una naturaleza más benigna y ventajas comparativas. Más inquietantes eran los indicios de que los británicos perdían la supremacía tecnológica en un sector que tendían a considerar propio: la producción de máquinas y la producción mecanizada de objetos. Las primeras señales de alarma procedieron de los relojes y las armas de fuego estadounidenses, producidos a gran escala y cuyos componentes eran casi intercambiables[18]. En 1854, el gobierno británico envió una misión a Estados Unidos para estudiar de cerca ese «sistema norteamericano». Volvió con el mensaje de que, efectivamente, los británicos tenían que ponerse a aprender de nuevo[19].

El final del siglo fue un período de intenso desasosiego, debido a los cambios políticos que auguraban un cambio en el equilibrio de poderes: la rápida ascensión de Alemania hasta ostentar la supremacía en el continente, su derrota de Francia en 1870 y el establecimiento de un *Deutsches Reich*, sus ambiciones coloniales en África y el Pacífico, sus proyectos de construcción de ferrocarriles y de potenciación del comercio con el imperio otomano, que los británicos consideraban una amenaza para su circuito comercial con la India, la salida del gobierno del prudente y sagaz Bismarck y su sustitución por un emperador chovinista que fanfarroneaba ante sus consejeros políticos y estaba resentido con sus primos británicos (en detrimento de los vínculos familiares); y, por último, la decisión de Alemania de construir una inmensa armada, es decir, de poner en entredicho el sacrosanto derecho británico a reinar sobre los mares. Además, todas estas iniciativas contaban con el respaldo de importantes progresos económicos: el rápido crecimiento de la industria pesada (hierro, acero, productos químicos), un poderío especial en las tecnologías más recientes (electricidad, productos químicos orgánicos, motores de combustión interna

de gasóleo), un sector bancario muy proclive a financiar las empresas de producción y comerciales, un sistema educativo que generaba grandes promociones de técnicos, ingenieros y especialistas en ciencias aplicadas. Gran Bretaña tenía motivos de preocupación.

Para quien estudia los resultados económicos, esta inquietud creciente plantea preguntas interesantes. ¿Estaba Gran Bretaña fracasando? ¿En recesión? De ser así, ¿a qué se debía? ¿Cómo podía subsanarse esa situación? Este debate, por increíble que parezca, está abierto hace más de un siglo, y aún no se ha zanjado. En abril de 1993, el profesor Barry Supple, de la universidad de Cambridge, dedicó su discurso de investidura como presidente de la British Economic History Society a la cuestión del «supuesto» fracaso de Gran Bretaña, sugiriendo que el temor que suscitaba no guardaba proporción con los hechos[20]. En septiembre de 1995, un coloquio internacional en Montpellier, Francia, que versó sobre el mismo asunto, llegó a idénticas conclusiones. Y, en mayo de 1997, otro grupo acordó, a la sombra del castillo de Windsor, tratar la cuestión de las «hegemonías» nacionales, palabra que se empleó con tantas acepciones como países estaban representados. Los temas principales fueron: Gran Bretaña en el siglo XIX, Estados Unidos en el XX. ¿Cuánto tiempo removeremos estas viejas cenizas?

Por siempre jamás. Por razones de todo tipo:

1. Los términos del debate revelan una confusión o malentendido acerca del objeto de la discusión, algo que propicia desacuerdos interminables. Se habla o escribe de «declive[*]». Sin embargo, Gran Bretaña no ha declinado en sentido material. Hoy es más rica que hace un siglo. Es cierto que sectores enteros de su economía se han derrumbado. Y que ha padecido un declive *relativo*: otros países, antaño más pobres, la han superado y se han hecho más ricos. Pero una expresión como «declive relativo» es técnica, requiere una explicación, carece de atractivo. De modo que se habla de declive y de algo peor. Quienes creen que así fue usan el término para atacar al gobierno o al mundo de los negocios o a ambos, en ocasiones para rentabilizarlo políticamente. Los críticos han denunciado este uso del «declivismo» por perverso. Al hacerlo, destruyen a un hombre de paja y falsean el debate[21].

2. Lo económico se funde con lo político. Un declive de la potencia económica relativa (pérdida de cuotas de mercado, de sectores industriales) supone una pérdida de poder político, aunque solo sea porque los ejércitos cuestan dinero. La Gran Bretaña de hoy no tiene nada que ver con la «Rule Britannia» de 1914-1918, ni siquiera con la de 1939-1945. La potencia que le queda procede de la posesión de armas nucleares y de su relación especial, sea cual sea su valor, con Estados Unidos. Ahora bien, por dura que sea la pérdida de riqueza relativa, nada tiene que ver con la humillación de la impotencia[22]. El nacionalismo es una expresión de la identidad y, a través de la identidad, de la dignidad y la autoestima. Cuando el país propio se empequeñece, la identidad personal hace lo propio. Cuando se ha conocido y se ha disfrutado de la grandeza de Gran Bretaña, la marea menguante no es fácil de asimilar.

Las diferentes formas de percibir el problema son las que imponen su ley en este caso. Algunos estudiosos han querido tratar este sentido de pérdida como algo ilusorio, como la ilusión que sufren los pasajeros de un tren detenido en una estación, al ver pasar a otro de

largo y tener la sensación de que van en la dirección contraria[23]. Además, ¿no deriva esta pérdida de hegemonía inevitablemente del crecimiento de las demás potencias? El mundo no permanece inmóvil y la difusión de la tecnología y la industria tenía por fuerza que provocar la aparición de nuevos rivales, a menudo más poderosos[24]. Gran Bretaña tenía que perder irremediablemente el liderazgo. Pero todo esto no alivia el dolor de la pérdida. La percepción es subjetiva y el desapasionamiento del estudioso es como el caviar para el público en general: no gusta.

Sabemos por experiencia que el recurso a la vanidad nacional es obra de políticos. «Pero nos engañan». A fin de cuentas, no puede haber más que un rey de la montaña, solo un número uno. Así que, «si no estar en la cumbre es sinónimo de fracaso, entonces Gran Bretaña ha tenido mucha y buena compañía…». Pero ¿equivale eso a perder el primer lugar? Se nos dice que el dolor es más agudo para quienes recuerdan días mejores, especialmente cuando se trata de una superioridad prolongada. Una cosa es ver a Estados Unidos más rico y poderoso. ¡Pero a Francia e Italia! Pregúntesele a los hinchas ingleses que viajan desde Merseyside y los Midlands a ver partidos a Milán y descubren que los italianos viven mejor y son más modernos que ellos. Con todo, este tipo de sufrimiento se alivia con el tiempo. Pronto no quedará nadie que recuerde los días de gloria. Además, el mundo está lleno de países más pobres. En el club de las naciones industriales avanzadas, Gran Bretaña ha caído a los escalones más bajos, pero pensemos en hasta qué punto es más próspera que México o la India[25].

3. Esta cuestión tiene también una vertiente religiosa, y nada resulta tan polémico como las cuestiones de fe. En este caso, se trata de una religión económica, la religión del libre comercio. ¿Cuándo entró en juego el libre comercio? En realidad, en cuanto Gran Bretaña sintió el aliento de la competencia en la nuca, los productores nacionales exigieron una vuelta al proteccionismo. El libre comercio, dijeron, quizás fuera positivo cuando Gran Bretaña era el taller del mundo, pero ahora otras naciones podían hacer las cosas más baratas, aunque no tuvieran la misma calidad. Además, estas naciones no jugaban limpio. Tenían aranceles y otras trabas a las importaciones extranjeras, mientras que Gran Bretaña mantenía las puertas abiertas a todo el mundo. Subvencionaban a sus empresas, vendían (en régimen de *dumping*) sus productos a precios inferiores a los vigentes en el mercado nacional, se dedicaban a prácticas comerciales «desleales» para ganar cuotas de mercado. Eso hizo que un sector tras otro de la industria británica se viera acorralado, obligado a reducir las inversiones, a cerrar fábricas.

Pero el libre comercio se había convertido en un dogma de fe: fe no solo en los beneficios que genera el comercio, sino también en el poder del progreso material y de los intercambios internacionales para generar paz y amor. La lógica era de tipo económico, la racionalidad de la ventaja comparativa. Pero la pasión era de orden moral. Escuchemos a John Bowring, nuestro viajante y defensor empedernido de los intereses comerciales británicos, recordando una visita a Tierra Santa (¿qué mejor lugar podría haber escogido?) y hablando efusivamente del comercio, la paz y el amor:

> Qué satisfacción para cualquier viajero que vaya del oeste al este, al encontrar a uno de los antiguos drusos vestido con prendas producidas por nuestros industriosos compatriotas. ¡Qué delicia ir a la ciudad santa y detenerse en un caravasar de Nazaret, ver a cuatro mil personas y apenas descubrir a nadie a quien el país propio no haya aportado algo de comodidad o decoro! La paz y la

> industria han logrado esto y mucho más: puesto que a nadie le quepa la menor duda de que, mientras este país distribuye bendiciones, está creando un interés, está creando en la mente de aquellos a quienes es útil una predisposición favorable a él, y que el comercio es una comunicación de todo lo bueno y una dispensación de bendiciones de las que nunca antes se había disfrutado[26].

¿El mero hecho de presentarse como científica hace que esta doctrina no sea un dogma de fe? Veamos lo que dice W. S. Jevons, uno de los popes de la economía política británica, al fustigar a los herejes a raíz de la crisis comercial de mediados de la década de 1880:

> La libertad de comercio puede considerarse un axioma fundamental de la economía política… Damos la bienvenida *bona fide* a la investigación sobre nuestra situación comercial, pero que nadie espere por ello que nuestras opiniones sobre el libre comercio se vean alteradas por dicha investigación, al igual que no cabría esperar que la Mathematical Society considerara refutados los teoremas de Euclides a raíz de la investigación de un problema complejo[27].

Por consiguiente, las inquietudes acerca de la pérdida del liderazgo industrial de Gran Bretaña fueron desacreditadas por muchos teóricos —incluidos muchos economistas— porque podían usarse y se usaron para poner en entredicho unos principios sacrosantos.

4. Una economía basada en las exportaciones estaba perdiendo sus mercados de exportación. Como respuesta a los sindicatos y a la presión política, el gobierno británico subvencionó y socializó los antiguos sectores de confianza: el hierro y el acero, los tejidos de algodón, el carbón. Pero no crecieron. Solo se generó una mano de obra infrautilizada, prácticas obsoletas y un declive angustioso.

En cuanto a las nuevas tecnologías y producciones, se abrían nuevos negocios, menos ambiciosos. El historiador de la economía J. H. Clapham, de Cambridge, ha señalado que este cambio es normal: a medida que las ramas de la industria van cerrando, los trabajadores las abandonan y se dirigen a «una profesión en expansión, como por ejemplo la fabricación de chocolate o cantar en un coro». Dijo esto en 1942: si hubiera sido capaz de leer el futuro, se habría referido a los Beatles. El problema con esta especialización es que suele ser específica a una cultura y no viaja bien allende las fronteras, al menos no todas. A algunos, por ejemplo, no les gusta el chocolate británico, les parece demasiado cremoso y dulce. Pero responde al gusto británico, y los niños lo adoran, y se vende en los supermercados de Estados Unidos. *De gustibus…*

Un hecho más importante es que estas nuevas líneas de producción pueden no tener el mismo valor social y económico que los oficios abandonados. Ese era el cargo principal de la tesis de Chamberlain. En opinión de Barry Supple, no está tan claro. «¿Es la producción de cigarrillos o tanques intrínsecamente más beneficiosa que el suministro de enfermeras o violinistas?», se pregunta, exagerando los oficios escogidos y predisponiendo a que la respuesta sea «no». Otras comparaciones, como las de automóviles u ordenadores con películas o saxofonistas podrían propiciar un «sí», aunque no todas[28]. Muchos de estos productos nuevos no son tan rentables en materia de aptitudes, conocimientos y trabajos bien retribuidos como los artículos de alta tecnología. Todo lo dicho hasta aquí plantea una pregunta fundamental: ¿son algunas actividades más fructíferas que otras? La división de opiniones entre los economistas sobre este tema es considerable. Los neoclásicos dirían que un dólar de hamburguesa equivale a un dólar de chip informático o, dicho en términos

ricardianos, una libra esterlina de vino de Oporto es igual a una libra esterlina de algodón hilado mecánicamente. Quienes discrepan, extrañamente acobardados, atrapados entre la lógica y la intuición, lo negarían *sotto voce*.

5. «¿Fracasó la Gran Bretaña victoriana?». Es una pregunta compleja. Era el título de un artículo que definía el fracaso como la obtención de peores resultados de los que habría propiciado una conducta racional[29]. ¿Desaprovecharon los empresarios británicos oportunidades de hacer más dinero por falta de carácter, conocimientos o racionalidad? La respuesta del economista de la historia (el «nuevo historiador de la economía») era negativa: si Gran Bretaña no fue tan próspera como otros países en los sectores del carbón, el acero o el algodón, pongamos por caso, fue porque no lo podía hacer mejor. Los yacimientos de carbón no eran lo bastante ricos, los mejores minerales de hierro se preservaban para el futuro, mientras tanto, se usaban otros, más antiguos y más pobres, las máquinas de hilado más rápidas no convenían al delicado hilo británico. Dada la situación de la competencia, todo tenía que ser lo mejor en el mejor de los mundos posibles.

Es cierto que los rivales extranjeros utilizaban ahora máquinas más veloces y mejores, y en mayor número. Pero lo nuevo no siempre es lo más barato, al menos para el recién llegado. No debe subestimarse jamás la tenacidad y el ingenio de los artefactos antiguos, en los que las aptitudes manuales y la intuición tienen un papel que se ha perdido con la automatización. Incluso cuando el equipo británico se estaba quedando obsoleto, no siempre resultaba rentable sustituirlo. Las máquinas viejas ya estaban pagadas y su rentabilidad neta podía ser superior a la de los nuevos ingenios. Aunque lo nuevo fuera más productivo, primero había que amortizarlo.

Y algunas cosas escapaban al control del empresario. Los costes externos (costes relativos), por ejemplo, eran más elevados en Gran Bretaña, que tenía un ancho de vía relativamente estrecho, pequeños vagones de flete, puentes bajos, carreteras estrechas y sinuosas. Esta infraestructura se había construido a bajo coste cuando los volúmenes de carga eran menores. Ahora reducían las economías de escala y perjudicaban a la producción a gran escala. Asimismo, Gran Bretaña había creado un sistema de comisionistas y de distribuidores de varias marcas entre el productor y los consumidores potenciales[30]. Estas figuras habían fomentado antaño la división del trabajo. Ahora entorpecían la realización de grandes negocios. Unas pocas empresas británicas, demasiado pocas, dieron con soluciones para evitar la inflación de la demanda por este cambio de estructura.

Irónicamente, muchos de los cambios en la producción considerados innecesarios y poco rentables antes de 1914 se llevaron a cabo después de la guerra: todo a su debido tiempo. Pero entonces ya era demasiado tarde[*]. Y cuando se ve cómo se adoptaron tardíamente tantas medidas de reajuste en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, se tiene la tentación de diagnosticar la dolencia británica como un caso de morosidad aguda, de estreñimiento empresarial.

Para los defensores de los resultados británicos —llamémosles los optimistas, porque ven las cosas bajo la mejor luz posible—, la evidencia de «unas cuotas de mercado en declive, una escala de operaciones [reducida], una intensidad de capital [menor], una dotación en capital y una productividad media de la mano de obra [obsoletos]» no demuestra el «atraso de los empresarios[31]». Tampoco lo prueban otras muestras de

atraso. ¿Por qué, dicen, conceder tanta importancia a las antiguas industrias, al algodón, el hierro y el acero, los productos químicos? Estos sectores producen bienes de producción. ¿Y las industrias de consumo? ¿No cuentan? El objeto de la economía es hacer feliz a la gente, no lograr «hazañas estadísticas[32]».

De modo que los optimistas restan crédito a las cifras sobre consumo de algodón, producción de hierro y ácido sulfúrico. Son demasiado embarazosas. En lugar de ello, proponen otras interpretaciones estadísticas de la producción y la productividad total, «indiscutiblemente un avance de primer orden» con respecto a los datos *ad hoc* referentes a «unas pocas industrias seleccionadas[33]». Estas ficciones estadísticas han causado profunda impresión, primero en los historiadores de la economía, y luego en los historiadores a secas, que se sienten obligados a aceptarlas en su integridad. Estas cifras parecen muy precisas (con un margen de error de una o dos décimas) y, como afirman algunos de los cliómetras, muy perentorias.

Sin embargo, cuando se disipa el entusiasmo causado por estos supuestos progresos, los antiguos datos relativos a cada una de las ramas de producción, basados en mediciones directas, resultan mucho más precisos y fiables que estas elaboraciones de estadísticas agregadas, como los propios cliómetras reconocen cuando sus ficciones se vuelven en contra de sus teorías. Esto ocurrió en cuanto se amplió el período de pérdida de hegemonía británica, englobando de las eras victoriana y edwardiana hasta el período posterior a la Primera Guerra Mundial. Ahora bien, en el siglo XIX, las estimaciones comparativas de productividad y los datos sobre la industria revelaban una supuesta regresión aún mayor de Gran Bretaña. Y entonces, súbitamente, los optimistas advirtieron a los lectores de la escasa fiabilidad de las estimaciones macroeconómicas, de la «fragilidad de los cálculos», de los «errores e imprecisiones en la medición» y de «los grandes márgenes de error» que podían producirse, previniendo de que las cifras agregadas constituían una «base frágil» sobre la cual construir una teoría de los resultados de Gran Bretaña[34]. Un destacado optimista, más leal a la teoría, ni siquiera se tomó esa molestia: se limitó a desestimar los cálculos que llegaban a la conclusión de una mayor productividad en otros países (como Estados Unidos) por triviales o increíbles: ¿por qué habrían de existir y persistir diferencias tan grandes[35]?

Existen, por supuesto que existen. Pero no persisten. Los anales de la competencia muestran cómo sectores de producción nacionales enteros entran en recesión y declive: no esta o aquella empresa, sino el conjunto de la industria[*].

En ocasiones, por experiencia, los últimos representantes del sector en cuestión cambian de implantación, en busca por lo general de mano de obra más barata; una decisión juiciosa, pero al mismo tiempo fácil, y que revela más racionalidad que espíritu de empresa. Y a veces, como en Gran Bretaña y antes en Holanda, los empresarios se jubilan, para llevar una vida hecha de intereses, dividendos, rentas y molicie. Una nueva muestra de racionalidad, más que de espíritu de empresa. Puede comprenderse esta opción: la empresa es agotadora y arriesgada, ¿para qué vale?

6. ¿Tiene el espíritu de empresa alguna incidencia? Algunos dirían que sí, pero que está en función del crecimiento. De acuerdo con este razonamiento, el espíritu de empresa de Gran Bretaña se vio perjudicado por la falta de oportunidades y de expansión. «Debido a que [Gran Bretaña] ya tenía una gran infraestructura industrial que, en muchas ramas, se

adecuaba a las demandas de la década de 1880 y 1890, el incentivo de crear nuevas capacidades y las ocasiones de poner a prueba nuevos métodos eran escasos[36]». De modo que estamos ante un cambio a cámara lenta: ¿para qué apresurarse a construir un tendido eléctrico cuando ya se dispone de un excelente suministro de alumbrado de gas? (Respuesta: la electricidad es mejor y más segura, aunque menos romántica, y también mucho más versátil). Especialmente cuando las autoridades municipales han despilfarrado grandes sumas en la producción y distribución de gas[37]. (Más costes relativos e intereses creados).

Pero Gran Bretaña no era el único mercado de la industria británica. Enviaba buena parte de su producción al extranjero, como hemos visto, y la demanda exterior, unida al subsiguiente crecimiento, estaba a disposición de los empresarios más rápidos y sagaces, en suma, a disposición de todos. Como lo ha expresado un estudiante del repliegue británico en Asia: «No ha habido nada inevitable, por ejemplo, en el hecho de que la cuota de importaciones británicas a Hong Kong y Singapur haya caído entre 1960 y 1980 del 11,3 al 4,9 por 100 y del 8,9 al 3,0 por 100, mientras la correspondiente cuota de Japón pasaba del 16,1 al 23 por 100, y del 7,3 al 18,8 por 100. Las empresas japonesas ofrecían lo que ambas economías de rápido crecimiento pedían: las británicas no[38]».

«Nada inevitable», por consiguiente, y sin embargo, si vemos a las empresas como si de personas se tratara, comprenderemos que se les puedan endurecer las arterias. Esto se debe en parte a que quienes las han constituido son personas, y las personas envejecen. La sucesión en la dirección es un proceso delicado y que provoca envidias, opone a personas de dentro con personas de fuera, a los de dentro entre sí, a la sangre contra el talento, a la sangre contra la sangre, al talento contra el talento. En juego están las decisiones en materia de la selección del producto y los métodos de producción. En este terreno, los británicos tardaron demasiado en explotar nuevos terrenos y métodos, y en cambio dieron más importancia al aprendizaje práctico, en el taller y en la mesa de trabajo. Este aprendizaje del oficio tiene ventajas y virtudes indudables, pero no hay mejor modo de conservar lo viejo en salmuera y desperdiciar oportunidades de innovar.

Tanto los historiadores como los contemporáneos han señalado esas deficiencias tecnológicas y científicas como una de las principales causas de la pérdida del liderazgo británico. Los «cliómetras» optimistas han replicado defendiendo los resultados británicos en industrias tan antiguas como el algodón y el acero, los productos básicos que convirtieron a Gran Bretaña en el taller del mundo. Pero ¿qué ocurrió con las nuevas ramas de producción, las industrias de la segunda revolución industrial? En 1965, un historiador de la economía de Cambridge instaba a los estudiosos a ir más allá de «la fundición bruta y las medias de algodón» y prestar más atención al jabón, los medicamentos patentados, los productos alimentarios producidos a gran escala y la ingeniería ligera, «fruto de empresarios vigorosos e ingeniosos, tan dinámicos como cualquiera de sus predecesores[39]».

En vano; los defensores de la empresa británica han explotado poco estos éxitos aislados, porque de hecho fueron escasos y de poca entidad. La segunda revolución industrial erró el tiro. El fracaso más sonado fue el fiasco de la industria proteica de los productos químicos orgánicos (colorantes, plásticos, productos farmacéuticos). En este sector, Gran Bretaña fue de hecho el pionero y el líder, pues contaba con una importante

ventaja en la materia prima clave (el alquitrán de hulla) y en la demanda (la industria textil), pero fue derrotada por falta de conocimientos, imaginación y espíritu de empresa, por Alemania, Suiza e incluso Francia[40]. La dirección de las empresas no hizo ningún esfuerzo por emprender investigaciones sistemáticas. R. J. Friswell, un químico industrial de finales de siglo, lamentaba en 1905 que los encargados de la industria química «consideraran esos descubrimientos [científicos] aislados y no relacionados en ningún sentido… como si se debieran a golpes de suerte». No es de extrañar que los inmigrantes extranjeros desempeñaran un papel capital: el espíritu de empresa buscaba un terreno de expresión propicio. Así, Ivan Levinstein, un inmigrante judío, intruso por consiguiente, deploraba en 1886 el abandono de las nuevas industrias que no elaboran productos básicos, el «escaso aprecio que se da a la importancia de las industrias químicas… la falta de una relación estrecha o de interconexión entre nuestros científicos y nuestros productores[41]».

Aquí es cuando queda patente hasta qué punto bajó los brazos la industria británica. Los países industriales crearon a la vez estos sectores nuevos y el elevado contenido científico de estas innovaciones propició la rápida difusión de los conocimientos y las técnicas. Las oportunidades de Gran Bretaña eran tan buenas o incluso mejores que las de los demás. Tampoco adolecía de retraso científico alguno; en cualquier caso, no era más grave que el de Francia en el siglo XVIII. Pero, al igual que Francia en aquel entonces, la Gran Bretaña de finales del siglo XIX y el siglo XX se interesó más por la ciencia pura que por sus aplicaciones[42]. En parte, los problemas radicaban en el sistema de enseñanza británico: los países del continente habían hecho de la creación de instituciones técnicas y científicas un asunto de política interna, mientras que en Gran Bretaña se habían dejado crecer como la mala hierba y, una vez crecidas, habían sido tratadas como el pariente pobre de las escuelas y universidades «como dios manda[*]».

Algunos han explicado esta deficiencia por factores exógenos, en particular la cultura. Han tratado de justificar la pérdida de hegemonía británica por el triunfo de una mentalidad anticomercial, antimaterialista, y por sus consecuencias negativas en materia de contratación de mano de obra[43]. Los profesores, los poetas, los hombres y mujeres de letras y los intelectuales —las personas que dieron el tono y determinaron los valores imperantes— infundieron el desprecio por la tienda y la oficina. Había que elevarse por encima de la materia, en busca de mayores cumbres. Estas aspiraciones encontraron un eco particular entre las antiguas élites, que se veían apartadas a codazos por recién llegados mugrientos y se sentían, como es natural, superiores a esos recién llegados zarrapastrosos que querían quitarse la mugre de encima[44]. El esnobismo es la venganza de los altaneros y la farsa de los ambiciosos.

Otros han refutado su incidencia señalando que en otros países se daban actitudes semejantes. Seguramente en Alemania había prejuicios antiburgueses. Estaban extendidos por toda Europa. Es probable que en Gran Bretaña tuvieran menos fuerza estos prejuicios caducos que en los países que la rodeaban. Sin embargo, puede aducirse que, a medida que la industria se fue quedando rezagada, Gran Bretaña se hizo más vulnerable y sucumbió a ellos con mayor facilidad, pues los desengaños fueron minando su capacidad de resistencia.

Para que Gran Bretaña permaneciera al mismo nivel que los demás en el siglo XX, era precisa, ni más ni menos, una nueva revolución industrial: innovaciones y espíritu de

empresa en los sectores electrónico, farmacéutico, en la óptica y el vidrio, las máquinas y los motores. Algunas empresas sí se pusieron en marcha y le sacaron rentabilidad a estos sectores. Pensemos en ICI, Pilkington, Glaxo, Courtauld, Dunlop, que atestiguan el poder comercial de la innovación. Pero estos ejemplos no fueron contagiosos. En las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, Gran Bretaña (junto a Estados Unidos) salió del club de las naciones industriales avanzadas (véase el cuadro 26.1).

CUADRO 26.1

Tasas anuales de crecimiento por país, 1950-1987, en porcentaje

	PIB	Productividad de la mano de obra industrial
Japón	7,9	8,0
Alemania	4,6	4,3
Reino Unido	2,5	2,8
EE.UU.	3,2	2,6

FUENTE: Porter, *Comparative Advantage*, pp. 279-280.

¿Qué importancia tendrían estas diferencias a largo plazo? Si una tasa de crecimiento del 2,8 por 100 supone un incremento dieciséis veces superior en un siglo, una tasa anual del 8 por 100 supone un incremento 2200 veces superior. Así de grande es el poder del interés compuesto. Por supuesto, ningún país puede mantener un beneficio del 8 por 100 a lo largo de todo un siglo, debido a las limitaciones mutuas, los reveses accidentales, las depresiones cíclicas, los cambios de gobierno, la competencia y la corrupción inherente al éxito. Incluso Japón ha registrado reveses en la propiedad inmobiliaria y la banca, y el aumento del tipo de cambio del yen congeló la demanda de productos manufacturados en dicho país. En cambio, la industria británica, a la que ha dado alas el petróleo del mar del Norte y la hospitalidad para con las empresas extranjeras, así como el enfrentamiento de Margaret Thatcher con los representantes de los trabajadores que blandían sus herramientas, registra mejores resultados desde el decenio de 1980[*].

Una última observación acerca de Estados Unidos de América. A finales de la Segunda Guerra Mundial, cuando prácticamente todos sus rivales industriales estaban arruinados, Norteamérica representaba la mayor parte de la producción industrial mundial. La productividad de su mano de obra en 1950, después de unos cuantos años de ajustes y el relanzamiento de Alemania y Japón, era más del doble de la correspondiente a las economías más avanzadas del mundo, proporción que no había variado en 1960[45].

Ningún país puede pretender mantener esa ventaja abrumadora de manera indefinida. Los países perseguidores obtenían ganancias desproporcionadas adoptando tecnologías punta. (Es lo que se llama un proceso de recuperación). A partir de 1950, la reducida productividad de la mano de obra de estos emuladores ha superado constantemente a la de Estados Unidos: 1,82 por 100 anual entre 1950 y 1973; 1,31 por 100 entre 1973 y 1987[46].

¿Qué significado tienen estas cifras? Las comparaciones internacionales son arbitrarias y a menudo contradictorias, de modo que no está claro si, en torno a 1990, Estados Unidos estaba en primer o tercer lugar en lo que respecta a la renta per cápita, si la productividad de su mano de obra seguiría creciendo más lentamente que la ajena, si las demás economías de crecimiento más rápido, además de varios recién llegados, estaban convergiendo con ella o a punto de superarla[*]. Estas preguntas se complicaron aún más

con la crisis de principios de la década de 1990, cuando los japoneses se vieron abocados a una recesión, mientras la economía norteamericana seguía creciendo. Quizás Japón había llegado al final de su «milagro[*]».

No hay por qué preocuparse. Los datos norteamericanos recuerdan las anteriores recesiones de los Países Bajos y Gran Bretaña: pérdida de cuotas de mercado en los productos manufacturados, agotamiento de sectores enteros, nuevas contrataciones en el sector de los servicios, generalmente peor pagados, polarización de los ingresos[47]. Por otra parte, la tasa de desempleo en los EE. UU. sigue siendo baja (más que la europea, menos que la japonesa), y el dominio norteamericano constante en otras ramas, entre las que cabe destacar la alta tecnología, la producción informática (*hardware* y *software*), inspira confianza (¿esperanza?). Un reciente informe aclara que, aunque los norteamericanos ahorran menos (el 15 por 100 de los ingresos, frente al 33 por 100 en Japón), utilizan mejor sus ahorros; se estima que la productividad del capital en Alemania y Japón solo equivale a dos tercios de la de Estados Unidos. De modo que «podemos dedicar una parte mayor de nuestra renta actual a invertir sin comprometer el futuro nivel de vida[48]». Asimismo, aunque los resultados de la producción sean excelentes en Japón, su productividad global es sustancialmente menor (equivale al 55 por 100 de la norteamericana), debido a la hiperprotección del sector agrícola y a la abundancia excesiva de personal en el sector de los servicios, muy fragmentado y poco competitivo. Todo el sistema está pensado para crear y preservar los intereses adquiridos, en detrimento del consumidor. El yen está sobrevalorado, de suerte que las comparaciones internacionales que se basan en los tipos de cambio se inclinan exageradamente en favor de Japón. La situación es muy diferente. El sector japonés de la construcción es tan frágil y el espacio tan escaso que a menudo es más fácil derrumbar una casa y volver a construirla que buscar un emplazamiento mejor. A menos, naturalmente, que se esté dispuesto a desplazarse a unos suburbios interminables y a someterse al calvario cotidiano que es ir y volver de casa al trabajo.

Por consiguiente, el balance es contradictorio. De los economistas, por no mencionar a los que se autodenominan expertos, los periodistas y los políticos, solo oímos voces discordantes. Esta división de opiniones hace vacilar, pues recuerda el debate centenario sobre los resultados de Gran Bretaña. ¿Invita este reflujo de la marea a restar crédito a los progresos anteriores? ¿Son las evidencias tan variadas que cada temperamento puede encontrar en ellas lo que busca? ¿O es hoy el problema de la hegemonía irrelevante? ¿Hemos entrado en una nueva era de empresas globales, de suerte que la nacionalidad carece de importancia?

Lo dudo.

ASCENSIÓN Y CAÍDA DE LA INDUSTRIA AUTOMOVILÍSTICA BRITÁNICA

La invención del automóvil debería haber dado alas a la industria británica. En ningún país existía una tradición tan larga de construcción e ingeniería mecánica; en ninguno una fuerza laboral tan numerosa de obreros metalúrgicos cualificados. La demanda potencial era buena. El nivel de la renta británica superaba a la del resto de países de Europa, y los

dominios y posesiones imperiales constituían mercados ultramarinos protegidos. Sin embargo, Gran Bretaña tardó en reaccionar y vio cómo Francia y luego Estados Unidos le arrebataban el liderazgo. En 1913, tan solo había un coche británico entre los diez más vendidos de la industria británica y norteamericana: el Maxwell, en sexto lugar, con 17 000 unidades, frente a las 202 667 de Ford[49].

Teniendo en cuenta las carreteras estrechas y sinuosas de su país, los fabricantes de automóviles británicos podrían haberse centrado en coches pequeños. Algunos lo hicieron, pero muy pronto la industria empezó a orientarse hacia modelos más grandes y caros, que atraían a compradores más ricos (muchos de ellos con chófer) y generaban más beneficios por unidad. Eso hizo que la industria se caracterizara por la profusión de modelos (198 en 1913), series reducidas y técnicas onerosas, que requerían laboriosos procesos de ajuste e instalación de accesorios. Algunos observadores opinaron que los fabricantes de automóviles subestimaban la demanda. *The Times* decía en 1912: «ninguna empresa… ha sido lo bastante emprendedora para crear una nave tan grande que permita producir coches pequeños en número suficiente para abaratar realmente su fabricación[50]».

La Primera Guerra Mundial y la introducción de la tecnología de la cadena de montaje por Ford en Estados Unidos impulsó a la industria británica a cambiar. Las empresas compraron máquinas pesadas y comenzaron a normalizar los modelos, aunque con escasa convicción, como si estuvieran metiendo los pies en agua fría. Eso fue lo más sencillo. Les costó más trabajo imitar a los norteamericanos y granjearse la colaboración de la mano de obra concediendo subidas salariales generales. Pero no hay nada mejor que el dinero para aliviar la fatiga de un ritmo de trabajo más intenso y de técnicas que ahorran trabajo. Cuando Herbert Austin (de Austin Motors) visitó las fábricas de Ford después de la Primera Guerra Mundial, le impresionó enormemente el trabajo «enérgico», el ajetreo y el bullicio, que atribuyó a la «diversidad de razas de los empleados» (¿competencia interracial?), y el carácter compulsivo del ritmo de la cadena de montaje. «He visto los famosos talleres Ford… lo que más me interesó y asombró fue de qué manera todos cuantos estaban en la fábrica parecían tratar de hacerlo lo mejor posible[51]».

Las juntas directivas no querían elevar los salarios de toda la plantilla. Optaron por escoger y recompensar a los trabajadores más productivos. De modo que, siguiendo una costumbre arraigada, los empleadores ofrecieron salarios a destajo. Esto resultó gratificante para algunos, pero tenía un serio inconveniente: eran los obreros los que marcaban el ritmo de producción. Se partía de la premisa, lógica y racional, de que los salarios a destajo conducirían a los trabajadores a potenciar al máximo la producción, cosa que algunos hicieron sin duda. Pero permitía a otros imponer el ritmo que la mayoría del colectivo consideraba cómodo y al mismo tiempo rentable. El grupo era tan rápido como su miembro más lento.

¡Qué ironía! En el siglo XVIII, los británicos habían inventado el sistema del trabajo en la fábrica para supervisar las actividades de la mano de obra y contrarrestar la independencia del trabajo familiar. Ahora permitían que un sistema que concedía idéntica independencia a los trabajadores arraigara en sus propias fábricas.

De modo que los británicos sacrificaron la productividad a la costumbre y al individualismo y se sintieron virtuosos por ello. Los métodos norteamericanos, se mofó un inglés, eran «métodos gregarios». Naturalmente, los convenios salariales variaban de un

fabricante a otro, pero, por lo general, las juntas de dirección británicas consideraron que el sistema de gratificación era un medio de ahorrar costes de gerencia. (No debe subestimarse nunca la tendencia al ocio de los patronos ni la de los trabajadores). A largo plazo, era un ahorro falso. Cuando, después de la Segunda Guerra Mundial, los automóviles extranjeros invadieron el mercado británico, los empleadores lo achacaron a la falta de diligencia y cuidado de la mano de obra, y la mano de obra culpó de ello a los jefes por su falta de competencia y cuidado. Ambos tenían razón[52].

Comparando la eficacia de la mano de obra de diferentes países, Gran Bretaña se situaría en el extremo inferior, EE.UU. y Alemania considerablemente más arriba, y Japón muy cerca del extremo superior. Los salarios a destajo y las gratificaciones en un mundo de innovaciones rápidas y de intensa competencia eran una puerta abierta a los conflictos. Cada cambio de puesto de trabajo y de ritmo era un pretexto para interminables discusiones, cada paga un motivo de decepción, cada beneficio un derecho adquirido y sagrado, cada pérdida algo que había que compensar, y nadie olvidaba nada. Las estadísticas en materia de huelgas no son alarmantes, pero no reflejan las interrupciones corrientes y salvajes, las explosiones de ira, la enemistad entre supervisores y capataces.

Todo ello hizo entrar a la industria automovilística británica en una fase de declive irreversible. La matriculación de coches pasó de 2,5 millones en 1951 a 9,5 en 1966 y a más de 15 en 1980, pero los grandes beneficiados fueron los fabricantes extranjeros, cuando pudieron ampararse en la legislación de posguerra: el 5 por 100 del mercado británico en 1965, el 14 en 1970, el 49 en 1978, el 58 por 100 en 1982[53]. Las multinacionales con sucursales en Gran Bretaña —General Motors, Ford y Chrysler— no se esforzaron demasiado por explotar las posibilidades de exportación de estas, pues podían hacerlo más fácilmente a partir de otras plataformas[54]. En cambio, gracias al Mercado Común, podían importar piezas al Reino Unido. Entre 1973 y 1983 —diez años—, el contenido local de las piezas integradas en los automóviles de GM fabricados en Gran Bretaña cayó del 98 al 22 por 100; en los de Ford, del 88 al 22 por 100. Expresadas en equivalentes de coches, estas cifras equivalen a la importación de 150 000 vehículos. Si se añaden a las importaciones reales de automóviles, constituyeron dos tercios del mercado británico en 1984.

Las empresas británicas originales, sin filiales en el extranjero, recurrían menos a fuentes exteriores. (La indiferencia de Morris [posteriormente Lord Nuffeld] ante la oportunidad de adquirir Volkswagen en 1945, que habría sido una cabeza de puente ideal para penetrar en el continente, es harto elocuente)[55]. En lugar de ello, los británicos recurrieron a las fusiones internas, con objeto de fomentar una división racional del trabajo, pero fue en vano. Las fábricas cerraron y se despidió a los obreros, especialmente después de que los bancos británicos dejaran de invertir en una causa perdida. ¿Cómo diseñar nuevos modelos sin dinero fresco y cómo vender coches sin modelos nuevos? El estado hizo su aparición, concediendo subvenciones por un valor de 2400 millones de libras esterlinas entre 1975 y 1984, por si fuera poco en la época de máximo auge de la consigna de los conservadores de *laissez faire, laissez crever* (dejad hacer, dejad morir[56]). En vano.

En 1989, British Leyland (rebautizado como Rover Group), el conglomerado residual de una generación de fusiones (1936-1968) que había engullido prácticamente a toda la industria nacional, solo representaba el 13,6 por 100 de las ventas nacionales de

automóviles. De no haber sido por algunas deslocalizaciones extranjeras, incluidas algunas fábricas japonesas que usaron Gran Bretaña como trampolín para acceder al Mercado Común europeo, la industria automovilística británica habría fenecido. De hecho, ahora dependía «de los recursos financieros, la tecnología de diseño y producción, los métodos de gestión, las prácticas laborales y las relaciones industriales» de multinacionales norteamericanas, francesas y, sobre todo, japonesas[57].

Las explicaciones de este triste calvario son, como siempre, múltiples. Sidney Pollard ha dicho: «[Además de la política gubernamental], otros factores del declive han sido las deficiencias en la gestión, la complacencia, la escasez de contactos industriales, una estructura industrial excesivamente fragmentada, la escasa colaboración de las instituciones financieras y un mercado nacional relativamente estancado[58]». La primera ha sido sin duda una gestión deficiente: otra forma de llamar a la falta de espíritu de empresa.

Capítulo XXVII

VENCEDORES Y…

El siglo XX tiene dos divisorias claras: 1914 y 1945. La primera fecha marca el inicio de la denominada «Gran Guerra», uno de los conflictos más absurdos en la historia de la humanidad. Cuatro años de combates que dejaron un saldo de 10 millones de muertos y un número mucho mayor de lisiados e inválidos. También dejaron postrada a una Europa próspera y floreciente. La tragedia se debió a la estupidez de reyes, políticos y generales, que provocaron el conflicto y no supieron resolverlo pronto, a la credulidad y vanidad de los pueblos, que creyeron que la guerra era una fiesta, un caleidoscopio de uniformes rutilantes, valentía viril, admiración femenina, desfiles de modelos, y a la ligereza de espíritu de la juventud inmortal[*].

Las guerras coloniales deberían haber servido de aviso, pero el uso de las armas automáticas y de repetición contra los «salvajes» no mermó la confianza del hombre blanco en sí mismo. La guerra bóer en Sudáfrica, donde los británicos tuvieron muchas bajas, podía haber infundido cierto temor, pero no fue así: una década después, la carnicería provocada por las ametralladoras en los campos de batalla de Flandes constituyó al parecer una inmensa sorpresa. Unos comandantes obtusos decidieron, con una lógica impecable, que el ejército cuyas últimas tropas quedaran en pie y en condiciones de disparar habrían vencido. Los generales lograron ascensos, honores y estatuas, por lo general ecuestres. Sus hombres murieron en el fango.

Los desastres de la guerra fueron agravados por las patochadas de la paz. Quizás sea una opinión injusta, tal vez los estadistas y diplomáticos se vieron atrapados por un legado de odio y venganza que ofuscó su buen juicio. ¿Podía Francia ser generosa con Alemania? En 1870, Alemania había invadido Francia y, después de unas pocas bajas y ningún desperfecto en su propio territorio, había usado su victoria para extorsionar a los franceses, exigiéndoles una indemnización. Ahora Alemania volvía a invadir Francia, matando a más de un millón de franceses y destruyendo regiones industriales muy ricas, retirándose en cuanto los ejércitos aliados amenazaron con hollar el suelo alemán. ¿Podía Francia quedarse satisfecha con ello? ¿Cómo se podían evaluar sus pérdidas? ¿Cuánto podía exigirse a cambio de la perversidad de sus intenciones? ¿Y si los alemanes hubieran vencido?

¿Y qué ocurría con los frentes nacionales? Los alemanes no se habían rendido en 1918: tan solo habían firmado un armisticio. Habían perdido, pero no habían admitido su derrota. Los descontentos y chovinistas alemanes (y austríacos) clamaban «¡Traición! ¡Nos han

clavado un puñal en la espalda!». Tenían villanos a quien endosar las responsabilidades: los judíos, ante todo, también los socialistas o, mejor aún, ambos a la vez. Mientras tanto, la Rusia zarista se había derrumbado, provocando primero la guerra civil y luego un régimen bolchevique que fomentó en todos los países un conflicto enconado entre revolucionarios y *statu quo*. Los gobernantes soviéticos se habían limitado de momento a la «revolución en un solo país», pero sus agentes en el extranjero, que colaboraban con los partidos socialistas locales, suponían por doquier una amenaza implícita a la propiedad, la jerarquía y el orden.

La respuesta más extrema a este auge fue el fascismo, una etiqueta de contenidos muy diversos, que abogaba por una sociedad corporativista, respetuosa del rango social, sometida a una dictadura. La retórica política de la época recalcaba las diferencias entre socialismo-comunismo, en la extrema izquierda, y fascismo, en la extrema derecha. De hecho, los extremos se juntaban y se asemejaban: en su desprecio por la democracia, sus protestas de aspiración a la pureza, su aborrecimiento de los valores burgueses, su énfasis en la gestión por el estado de la economía, que no debía quedar sujeta a las fuerzas del mercado. Ambos bandos habrían rechazado airadamente cualquier insinuación de que hubiera afinidades, pero el número de personas que pasaron de uno a otro atestigua su compatibilidad.

Para los contemporáneos, 1945 fue el año del triunfo y de la derrota, de la revelación y de la ruina, del alivio y la desesperación, de la alegría y la tristeza. Los años de la guerra habían dado lugar a atrocidades y crueldades jamás vistas: 55 millones de muertos, 35 millones de heridos, 3 millones de desaparecidos; unos 30 millones de civiles muertos, incluidos 6 millones de judíos europeos. Algunos supervivientes se consolaron con la esperanza de que la guerra se había hecho inimaginable. Otros recibieron heridas incurables y abrigaron rencores insaciables. Otros, por fin, se pusieron manos a la obra de crear un mundo mejor.

Esta diversidad de reacciones, que a menudo coincidían en la misma persona, hicieron que los objetivos planteados y los medios para alcanzarlos fueran muy dispares. Las grandes metas eran las mismas: restauración y reparación, mejora material, paz y felicidad. Ocurrió lo que ocurre con la maternidad: no hay nadie en contra de ella. Pese al consenso de los idealistas, el mundo después de 1945 estaba atenazado por la rivalidad entre los países burgueses y capitalistas, por una parte, y las sociedades socialistas y comunistas, por otra. Este conflicto había quedado relegado a un segundo plano durante la guerra, lo que permitió que todos colaboraran en la lucha contra una Alemania enloquecida por la «pureza» racial y el dominio del mundo.

La reacción ante la amenaza alemana había sido lenta y de mala gana. ¿Cómo podía la tierra de Goethe y Beethoven convertirse en un cenagal de salvajismo y en una amenaza para todos[*]? Además, después de la locura de la Gran Guerra, ¿qué podía justificar un nuevo conflicto? El cansancio y el miedo engendraron una tolerancia incondicional con las fechorías ajenas, siempre y cuando sus víctimas fueran extranjeras y estuvieran lo más alejadas posible. Solo cuando quedó claro que el apetito de Alemania crecía cuanto más comía y cuando el pacto nazi-soviético protegió la retaguardia alemana e hizo posible la agresión del oeste, los gobiernos democráticos hicieron frente a la realidad y declararon la guerra.

No fueron nada eficaces y, cuando Alemania había devorado aproximadamente la mitad de la Europa continental, se volvió hacia el este y se enfrentó a la Unión Soviética, que se había acostado con el diablo y ahora le veía los colmillos. De modo que los países democráticos (capitalistas) y socialistas unieron fuerzas contra el enemigo común. Occidente se volcó en súplicas, entonó canciones rusas, dio una imagen romántica del «tío José Stalin» y del ejército rojo y se lanzó a una guerra de dos frentes en el Atlántico y el Pacífico. Las tropas coloniales ayudaron a sus metrópolis. Los soviéticos fueron quienes más bajas registraron: de una población que casi ascendía a 200 millones de habitantes, más de uno de cada cuatro murió o resultó herido. (Los alemanes también sufrieron muchas bajas, pero es el precio de tratar de apoderarse del mundo). Mientras tanto, los aliados occidentales daban refugio inconscientemente a espías soviéticos, tanto del interior como del exterior. La colaboración militar no había acabado con las profundas diferencias que separaban a ambos mundos y el régimen comunista estaba determinado a utilizar la alianza para efectuar una labor de zapa que le asegurara el éxito tras la guerra. Antes de que concluyera la Segunda Guerra Mundial, la guerra fría entre los dos sistemas había comenzado o, más exactamente, había resurgido.

En las décadas posteriores, las economías de mercado occidentales dejaron atrás la gran depresión y las pérdidas ocasionadas por la guerra y entraron en un período de crecimiento sin precedentes. En buena parte se debió a la contención de las innovaciones tecnológicas. La Francia de 1948, por ejemplo, tras décadas de inmovilismo económico seguidas por la guerra y la ocupación, era una versión cansada de la Francia de 1900. París, sin ningún vehículo por sus calles, no necesitaba semáforos ni calles de un solo sentido; todos los coches tenían que encerrarse en garajes por la noche; en las estaciones de servicio la gasolina se servía accionando bombas manuales. Muchos apartamentos y casas pequeñas recibían una corriente eléctrica de 3 amperios: justo para una bombilla, una radio y tal vez una plancha eléctrica; si se enchufaba algo más, saltaban los plomos. (No había fusibles listos para enchufar: se compraba cable de determinada resistencia y se enrollaba en torno a los plomos). Algunos hogares de París carecían de electricidad, y era habitual que se compartieran el retrete, en el interior en el caso de los afortunados (ricos), en el patio para los demás. (Prueben a subir y bajar cinco o seis pisos cada vez que tienen que ir de vientre. Como dicen los franceses, *gafait les jambes*, es bueno para las piernas). Los ricos a veces tenían un excusado interior para uso personal y uno exterior para los criados, o agua corriente para uso personal, pero no en la cocina. Un departamento entero, la Lozère, una región manifiestamente pobre, tenía tres bañeras en total, es de suponer que una en la prefectura, otra en el «Hotel Modern» y quién sabe dónde estaría la tercera. En muchos lugares, las bañeras se usaban para amontonar leña o desperdicios. Las neveras apenas se conocían, se solían usar cajas de hielo y *garde-manger* (fresqueras) protegidas con rejillas. Los refrigeradores no tenían sentido si no se compraba comida para varios días, no tenía sentido hacer ese tipo de compra si no se podían encontrar todos los comestibles precisos en un solo lugar y solo en caso de que se tuviera un coche para transportar a casa los alimentos y un ascensor para subir las bolsas y botellas. Entre unas cosas y otras, Francia aún no había entrado en el siglo XX.

En las tres décadas siguientes —que son conocidas como las *trente glorieuses* (los treinta años gloriosos que mediaron entre 1945 y 1975)—, Francia se puso rápidamente al día. Nuevas construcciones, nuevas instalaciones industriales, una red vial nueva:

aprovechó la ocasión para instalar infraestructuras modernas, electrificar, mecanizar y motorizar el país. El automóvil y el teléfono simbolizan este proceso. Si antaño se consideraban artículos de lujo reservados a los ricos, ahora eran objetos de primera necesidad. Mientras en 1953, solo el 8 por 100 de los trabajadores franceses poseía un coche, catorce años después la mitad tenía uno. Entre 1954 y 1970, los hogares con automóvil pasaron del 22,5 al 56,8 por 100. Las calles estaban atestadas de coches de día y de noche, podían verse vehículos aparcados en fincas agrícolas que todavía en la posguerra usaban caballos. El tráfico en las horas punta se convirtió en un incordio, por utilizar un eufemismo, y ciudades como París empezaron a medir la contaminación del aire y a prevenir a los ciudadanos de la presencia de venenos pertinaces. A nadie le preocupaba realmente: la libertad engendrada por la movilidad compensaba todos sus inconvenientes. Además, una sociedad que podía fumar *Gauloises* podía respirar cualquier cosa.

Mientras tanto, las mismas personas que se habían pasado horas esperando una llamada de larga distancia en una cafetería (y probablemente bebiendo un poco y jugando a cartas: el *cafetier* también tenía que ganarse la vida) empezaron a disponer de teléfonos. Es posible que tuvieran que esperar un año o dos a que les dieran línea. Las centralitas estaban hipersaturadas, especialmente en París, y el servicio de correos, operador también de los teléfonos, tenía poca simpatía por este método de comunicación antagonista. Cuando se alquilaba un apartamento a extranjeros, se insistía mucho en el hecho de que ya disponía de teléfono. Pero no solo a los extranjeros; los teléfonos crean adicción y los franceses pueden llegar a hablar como el que más. Por último, el servicio PTT (Postes, Télégraphes, Téléphones) se desentendió del servicio telefónico y el gobierno creó France Telecom para que lo gestionara, un primer paso indispensable para la autonomía, la iniciativa y la capacidad de reacción ante la evolución del mercado.

En el ínterin, la economía francesa creció y cambió de acuerdo con las directrices y la planificación del gobierno (*dirigisme, étatisme*), mucho más que en los demás países europeos. Este proceso estaba en consonancia con la tradición nacional, que se remonta al colbertismo del antiguo régimen y daba mucho peso a la selección competitiva de los mejores y más brillantes intelectos por parte de las *grandes écoles*: Polytechnique, Mines, Nórmale y una nueva institución, la École Nationale d'Administration, la ENA, con sus promociones de burócratas bisoños y de futuros gobernantes, los *énarques*, como pronto se dio en llamarles.

Los ingenieros y funcionarios del gobierno, con o sin la cooperación de la empresa privada, modernizaron las infraestructuras: las carreteras, los ferrocarriles, las comunicaciones, las viviendas sociales, los equipos. Los resultados superaron las expectativas y Francia, en algunas áreas, como el ferrocarril de alta velocidad, señaló el camino a seguir al resto del mundo. No está claro que estos avances siempre fueran beneficiosos: las subvenciones estatales, concedidas abiertamente o con discreción, falsean la situación del mercado. Pero ¡qué placer para el pasajero privilegiado, especialmente si podía acogerse a los descuentos en las tarifas (caso de los funcionarios públicos, por ejemplo), poder viajar en una de las líneas ferroviarias más rápidas y cómodas del mundo! Francia nunca logró convertirse en un productor de primera línea de productos industriales normalizados. Solía comprar sus electrodomésticos en Alemania e Italia y, a medida que los ingresos fueron creciendo, los más acaudalados tendieron a comprar sus coches en Alemania. Pero siguió siendo la señera en cuanto a la calidad, fabricando

artículos que se distinguían y destacaban por su buen gusto (en los dos sentidos de la expresión) y su belleza. Y el país siguió siendo uno de los destinos turísticos más bellos del mundo, una obra de arte de la naturaleza y el hombre, el paraíso del turista. En la década de 1990, Francia tiene uno de los niveles de vida más elevados del mundo, su renta supera en un 25 por 100 a la de su antiguo rival, el Reino Unido. Los viejos productos básicos se han ido al traste y Francia no ha aprendido a producir a gran escala los artículos de alta tecnología de la era informática. Pero sigue disponiendo del vino, el queso, la ropa y la moda.

Uno de sus rasgos distintivos, que puede ser positivo o negativo, es que los franceses son orgullosos. Hacen las cosas a su manera y, a diferencia de los británicos, no aceptan fácilmente la pérdida de parcelas de poder. Por eso aprenden mal los métodos extranjeros. Les gusta su propio estilo. En la actualidad, los trabajadores franceses disfrutan de un sistema de seguridad social generoso y de excelentes cuidados sanitarios y pediátricos, junto con privilegios adquiridos e intocables (largas vacaciones pagadas, jubilación temprana). Esto, además de las ventajas culturales, convierte a Francia en un maravilloso país en el que envejecer. Pero también hace remisos a los empleadores a la hora de contratar, pues cada contratación está preñada de costes concomitantes y de responsabilidades potenciales. Esto propicia una elevada tasa de desempleo que afecta de manera particular a la juventud. El estado, preocupado por la paz social (¿cómo puede discutirse pacífica y sensatamente con camioneros que bloquean las carreteras principales?), quiere preservar estos logros sociales, teme desnaturalizarlos, pero al mismo tiempo desea una mayor tasa de empleo. Países como Estados Unidos, convencidos del valor de los mercados libres y defensores del principio de la supervivencia de los mejor adaptados, abruman a los franceses con sus consejos. Estos responden que no quieren saber nada, que no necesitan lecciones de nadie. Y menos aún de Estados Unidos, con sus índices de criminalidad, sus luchas raciales y su proceso de integración incompleto.

La recuperación de Alemania ha sido aún más sorprendente. El país había sufrido graves destrozos a raíz de la guerra y gran parte de lo que quedaba fue incautado por los rusos, que tenían especial interés en que los derrotados pagaran por todo lo que habían destruido y robado, pero no siempre supieron qué hacer con las máquinas y el material requisado. Así que dejaron que se oxidaran en las cunetas. Mejor que se pudriera a que cayera en manos alemanas de nuevo. En 1945, los alemanes dejaron de bañarse por falta de agua caliente o de jabón. Las mujeres jóvenes se entregaban a las tropas de ocupación a cambio de una cajetilla de cigarrillos. Podían verse burgueses con su abrigo y corbata recogiendo excrementos de caballo por la calle para usarlos como combustible.

Estas penalidades y humillaciones alemanas suscitaban poca simpatía. Algunos expertos aliados abogaban por la ruralización del país, por que se les prohibiera industrializarse. Otros adujeron que, para que pagara las indemnizaciones de guerra, era inevitable que tuviera algún tipo de industria: debía permitírseles generar la mitad de la producción de 1938, por ejemplo. Todos estos proyectos retributivos se toparon con los imperativos de la guerra fría: las potencias occidentales necesitaban y querían a Alemania. Así que, a diferencia de las severas, aunque a menudo fútiles, indemnizaciones exigidas tras la Primera Guerra Mundial, en esta ocasión los vencedores ofrecieron una ayuda sustancial a sus enemigos derrotados. La eventualidad de una agresión soviética fue determinante.

Pero hay que atribuir la reconstrucción sobre todo a la energía y a los hábitos laborales de los alemanes derrotados. En 1945, su divisa carecía de valor. La única moneda que valía para algo eran los dólares o los cigarrillos, y los reclutas norteamericanos, fueran o no fumadores, tenían derecho a un cartón por semana[*]. (Yo compré personalmente una motocicleta Harley Davidson, sin dinamo, por cinco cartones: algo terminantemente prohibido). Los años siguientes estuvieron marcados por inviernos fríos, cortes en el suministro de alimentos y electricidad, el desescombramiento interminable de las calles y las reparaciones de orden político, aunque no económico. Y, en 1948, la nueva Alemania emitió una nueva moneda, cambiando 1 *Deutsche Mark* por 10 *Reichsmark*. Los controles sobre los precios fueron eficaces y las existencias atesoradas salieron de sus escondrijos. La economía despegó[1]. En veinte años, el marco alemán, junto con el franco suizo, se convirtió en la moneda más fuerte de Europa. Surgieron nuevas fábricas y los artículos alemanes se vendieron por doquier, gozando de una reputación única de solidez y diseño.

Tan espectacular o más que el «milagro económico» alemán fue la recuperación japonesa. Las destrucciones y bajas ocasionadas por los bombardeos norteamericanos fueron tremendas, debido en buena medida a que sus viviendas eran fácilmente inflamables y al rechazo tenaz de un país orgulloso, que no conocía la derrota militar, a admitir la situación real. En los últimos compases de la guerra, los norteamericanos señoreaban los cielos y podían atacar a voluntad. Pese a todo, fue necesaria la bomba atómica para persuadir al emperador y a muchos de sus consejeros y mandos militares de la conveniencia de la rendición (pero ni siquiera eso les convenció a todos[2]).

Los japoneses, como los alemanes, basaron su reconstrucción en el trabajo, la educación y la determinación. Ellos también contaron con ayuda financiera norteamericana; como en Europa, tenía la finalidad de contrarrestar la amenaza que representaba Rusia. La rapidez del desarrollo japonés fue aún más sorprendente porque se produjo sin las ventajas consustanciales a un imperio. El Japón de antes de la guerra estaba convencido de que el control de las materias primas era una condición *sine qua non* del poder y la prosperidad; de hecho, había participado en la guerra para garantizar dicho control. Ahora lo habían perdido todo y descubrieron sorprendidos lo que los economistas les podrían haber dicho mucho antes, esto es, que las materias primas pueden comprarse en condiciones competitivas en cualquier parte del mundo. Lo único que hace falta es dinero para costearlas. Si las potencias occidentales se mostraban tan esquivas antes de la guerra, es porque la política militarista de Japón aconsejaba cautela y represalias. Finalmente, los japoneses comprendieron que les resultaría más rentable comprar que robar.

Su rapidez asombró a los competidores, que se beneficiaron de algunos conocimientos técnicos porque sus fabricantes contrataban a empresas japonesas para producir objetos (relojes, repuestos para automóviles), sobre los cuales los países más avanzados ponían una etiqueta y los vendían como si fueran propios. Imitaron también muchos procesos de ingeniería desmontando modelos occidentales y aprendiendo a perfeccionarlos. También enviaron equipos de visita a los países occidentales y aprendieron mirando y preguntando humildemente, haciendo fotografías y grabando en cintas. «Humildemente» es la palabra clave: los japoneses son el pueblo más orgulloso del mundo, pero ese propio sentido del orgullo hace de la humildad un arte y una virtud. Aquellas embajadas que se inclinaban y bisbiseaban constantemente quedaron atónitas ante la amabilidad de sus anfitriones,

especialmente en Estados Unidos. ¿Y por qué no? Los norteamericanos creían que no tenían por qué temer a esos hombrecitos derrotados[3].

Aún más impresionante resulta su capacidad de superar el estadio de la imitación e inventar. Una visita a una exposición japonesa es como asomarse por una ventana abierta al futuro: los objetos parecen familiares, pero hacen cosas nuevas. El mayor éxito lo han registrado en el sector de los automóviles, una industria tan voraz y omnívora en su apetito de materiales y componentes que constituye un auténtico motor de la mayor parte de los sectores productivos. También han centrado sus esfuerzos en los productos de alta tecnología más avanzados y exigentes: instrumentos ópticos, maquinaria e instrumentos de precisión, robótica y electrónica. Antes de la guerra, los alemanes tenían un cuasimonopolio de las cámaras fotográficas de alta calidad: nombres como Leica y Zeiss son legendarios. A finales de siglo, Leica sigue presente en el mercado, pero una buena Leica cuesta tres veces más que su equivalente japonesa. Para los aficionados ricos, el precio no cuenta. Pero, para la mayoría de los usuarios, incluidos los fotógrafos profesionales, una diferencia de este calibre es prohibitiva. Japón domina el mercado, dejando a los demás algunos nichos.

Todo este proceso ha contado con el respaldo de los controles de calidad más eficaces del mundo. Antes de la guerra, los artículos japoneses tenían fama de ser quincalla —falsos, chillones, poco seguros— destinada a las tiendas de baratillo. En parte, era una respuesta racional a una grave depresión y a una demanda muy restringida. Pero hoy en día, ante la creciente afluencia de bienes generados por el crecimiento de la posguerra, los últimos se han convertido en los primeros, y los coches, cámaras, televisores y miniordenadores japoneses marcan las pautas de la calidad industrial. ¿Cómo lo han logrado? En parte se han inspirado en el modelo norteamericano, en particular en la doctrina de W. Edwards Deming, un profeta celebrado en tierra extraña. Pero esta fuente de inspiración no lo fue todo. Ha sido la ética japonesa de la responsabilidad colectiva —no defraudar al colectivo— la que ha propiciado un trabajo en equipo eficaz, el intercambio de ideas entre los trabajadores y la dirección y el cuidado de los detalles para eliminar los errores (ausencia de defectos).

Los competidores de otras naciones industriales se despertaron tarde y buscaron a quien achacar la responsabilidad, pero los únicos culpables eran ellos. Su primera excusa fue decir que los japoneses no jugaban limpio, que tenían acceso a los mercados extranjeros pero se negaban a abrir el suyo. Tenían razón en parte, aunque Japón se limitaba a seguir al respecto el ejemplo anterior de europeos y norteamericanos: protección hasta que se sea tan poderoso que no haya nada que temer de la competencia. A finales de la era Tokugawa y en la era Meiji (1850-1900), cuando se impuso a Japón mediante tratado la prohibición de aplicar aranceles aduaneros, la resistencia a la penetración de productos extranjeros se debió a las preferencias de los consumidores, muy arraigadas y determinadas por la cultura, así como a regulaciones burocráticas que complicaban mucho la vida a los importadores. El período de puertas abiertas fue la escuela en la que se aprendió a aplicar obstáculos no arancelarios al comercio. Cuando Japón tuvo libertad para aplicar aranceles, les dio el nivel justo para proteger a la industria nacional.

Tras la Segunda Guerra Mundial, la política comercial mundial cambió de pauta. La desastrosa experiencia de la década de 1930, en la cual las naciones industriales cerraron

puertas y ventanas, con la pretensión de reducir a la indigencia a sus vecinos, obligó a los economistas y políticos a reconocer las ventajas del libre comercio, no solo en bien de la prosperidad económica, sino también de la armonía internacional. Naturalmente, distaba de haber unanimidad acerca de esta divisa pero, por iniciativa de Estados Unidos, la diplomacia y la experiencia aconsejaron a las demás naciones iniciar un proceso de apertura. Norteamérica imitaba así el precedente británico del siglo anterior: ahora que era su economía era la más rica y poderosa del mundo, renunciaba a sus viejas costumbres proteccionistas aunque, en un país caracterizado por la frecuencia de las elecciones y los pactos políticos, no siempre era fácil detectar los fraudes y acabar con ellos. (Algunas de estas agrupaciones defensoras de los intereses adquiridos rozaban el ridículo. Durante la guerra, los norteamericanos habían aprendido a elaborar una especie de vermut para reemplazar los productos franceses e italianos. Después de la paz, esta industria en ciernes no pudo competir con los artículos genuinos, de suerte que reclamó la protección por motivos de interés nacional y a punto estuvo de conseguirla).

Japón se sumó a este movimiento en pro de un comercio más libre, pero ningún país logró aplicar con mayor éxito barreras no arancelarias[*]. El ingenio y la contumacia japoneses se hicieron legendarios. Se taladraban los bates de béisbol en la aduana para comprobar que estaban hechos íntegramente de madera. Se autorizaba generosamente la entrada de equipo médico de alta tecnología, pero los tratamientos en los que se prescribía el uso de dichas máquinas se excluían de la cobertura sanitaria (esta prohibición se eliminó cuando los japoneses hubieron construido su propia maquinaria). Los automóviles se desmontaban y controlaban exhaustivamente antes de autorizar su venta. En una ocasión, molestos por el aumento de las importaciones de esquíes franceses, los japoneses trataron de prohibirlas con el argumento de que la nieve japonesa era diferente. Los franceses replicaron amenazando con la exclusión de las motocicletas japonesas, con la excusa de que las carreteras francesas eran diferentes. Mensaje recibido: los japoneses abandonaron la idea de prohibirlas.

Todas estas vejaciones revelan mucha astucia y marrullería, causantes de retrasos indefinidos, evasivas y continuos cambios de parecer, todo lo cual se comunica con un rostro impasible. A largo plazo son más graves los vínculos empresariales y las expectativas de la sociedad, que hacen descartar la compra de productos importados más baratos. Los japoneses no conciben el mercado como un espacio abierto, sino como algo compartimentado. Los hombres de negocios que violan los límites fijados son advertidos de que, cuando los productos importados no estén en el mercado, su conducta disidente les impedirá encontrar proveedores japoneses dispuestos a ayudarles.

¿Qué tipo de mercancías atraviesan la frontera? En primer lugar, marcas prestigiosas, normalmente relacionadas con las especialidades nacionales: *whisky* escocés, coñac francés, chocolate belga y suizo, maletas Vuitton, relojes Patek y Rolex, ropa de diseñadores italianos, artículos que constituyen otras tantas declaraciones, ya en calidad de regalo, ya de símbolo llamativo de éxito. Todos los grandes almacenes de Japón tienen tiendas aparte para la venta de estos artículos: un país dispuesto a gastar cien dólares en un melón extraordinario vendido con un lazo es capaz de consentirse estos y otros caprichos. Pero que nadie busque película fotográfica de la marca Kodak; los japoneses tienen su propia marca, Fuji, y la luz japonesa es diferente.

Esta política mercantilista ha provocado la indignación de los «interlocutores» comerciales y la perplejidad de los economistas. ¿No comprenden los japoneses que esa política redunda en un empobrecimiento deliberado de su propia población, que paga mucho más por lo que compra? Nadie se atrevería a llamar inconscientes a los japoneses, aunque de vez en cuando cometan errores. ¿No comprenden acaso el principio de la ventaja comparativa? ¿No saben que el libre comercio fomenta el crecimiento y la riqueza?

Los japoneses responden a todas estas preguntas retóricas señalando que la finalidad de la política económica no es fijar precios bajos y repartir descuentos. Su meta es la ampliación de la cuota de mercado, el aumento de las capacidades, el poderío industrial y militar[*]. Los productores son más importantes que los consumidores. Todo el mundo puede comprar, pero no todo el mundo puede producir. Si el público gasta menos hoy, ahorra más (aproximadamente una tercera parte de los ingresos). Sus hijos tendrán más y Japón será más poderoso.

Por detrás de los japoneses, que con arreglo a determinados patrones pueden ser el pueblo más rico del mundo en la actualidad, asoman los «pequeños tigres» (o «dragones», si se prefiere), los ambiciosos recién llegados asiáticos que han mostrado el camino a seguir a otros países emergentes. Dos de ellos son antiguas colonias japonesas: Taiwán y Corea; dos, Singapur y Hong Kong, son ciudades estado globales que recuerdan a los centros comerciales e industriales de la Italia de la baja Edad Media[4]. Ningún grupo ha crecido «con mayor rapidez y firmeza» durante los últimos treinta y cinco años[*]. En todos ellos, los activos principales han sido una ética del trabajo que genera una gran productividad a cambio de salarios bajos y, al igual que en Japón, una habilidad manual extraordinaria que procede de la costumbre de comer con palillos y es especialmente útil en el microensamblaje. (Este último argumento hace sonreír a mis colegas, pero aun así lo defiendo. El ensamblaje moderno se hace prácticamente en su totalidad con tenacillas, y nada da más destreza para esta tarea que comer con palillos desde la más tierna infancia)[*].

La existencia de mano de obra muy cualificada y con salarios bajos ha hecho que estos países —además de otros emuladores de la región, como Malasia, Tailandia e Indonesia— resulten atractivos para las empresas avanzadas de otras zonas del mundo, especialmente de lugares cuyas divisas están sobrevaloradas[*]. Ningún argumento ha sido más convincente para que los japoneses fabriquen en el extranjero como el encarecimiento del yen. El capital nunca ha tenido tanta movilidad como hoy. En la década de 1980, la inversión extranjera directa por parte de las naciones industriales creció cinco veces más rápido que el comercio mundial, diez veces más rápido que la producción mundial y, aunque estas corrientes se ralentizaron en la década de 1990, la inversión extranjera directa a los países en desarrollo no ha dejado de crecer[5].

De esta manera, la inversión y la técnica han entrado en cascada de país en país y los salarios han ido aumentando a la par. Los coreanos emprendieron la fabricación de automóviles a raíz de los pedidos y la asistencia técnica ofrecida por las empresas norteamericanas, a quienes urgía hacer frente a la competencia japonesa. Los suizos y japoneses contrataron la fabricación de relojes y componentes de relojería en Hong Kong y luego en Malasia. La multinacionales japonesas (NEC, Sony), europeas (Philips, Rollei) y

norteamericanas (G. E., Seagate Technologies) han convertido a Singapur en un centro mundial de la electrónica y la fotografía, mientras que Hong Kong, donde hasta hace poco se podía encontrar refugiados que se conformaban con salarios muy bajos y con dormir en una plataforma de carga entre las máquinas, está construyendo febrilmente fábricas y subcontratando trabajo en China. Singapur recurre a fuentes exteriores en el sector de la telefonía en Malasia y Filipinas.

Ninguna economía está demasiado avanzada para ser impenetrable, ninguna barrera es demasiado alta. A finales de 1996, más de treinta empresas coreanas tenían unidades de producción en Gran Bretaña. Gales se felicitaba de su «revitalización» por parte de inversores extranjeros, mayoritariamente asiáticos, y cinco mil personas solicitaron uno de los trescientos puestos de trabajo que ofreció la primera empresa coreana en instalarse en suelo británico. Otros países europeos son menos hospitalarios. En Francia, el conglomerado coreano Daewoo Electronics convino en adquirir la filial de productos electrónicos de consumo de la empresa francesa Thomson Multimedia, con lo que se habría superado a Sony, convirtiéndose en el líder mundial en la fabricación de televisores, que Thomson vendía bajo la marca RCA. El acuerdo fracasó. Los coreanos estaban furiosos[*].

A la hora de fijar los objetivos en materia de inversión, los niveles salariales son decisivos, pero los obstáculos comerciales y la intuición, inmaterial y subjetiva, también entran en juego. Así, las empresas norteamericanas que recurren a fuentes exteriores consideran que los socios coreanos son menos onerosos que los japoneses, y también que es más fácil trabajar con ellos. Pero cuando los japoneses crearon filiales en Corea, vieron cómo los salarios se disparaban enseguida y decidieron salir de ese país, en busca de regiones más baratas. Y es posible que los coreanos se alegraran de verlos marchar.

(¿Por qué Malasia? Tan solo tiene 19 millones de habitantes, de modo que es difícil encontrar mano de obra, al menos no cualificada. Pero cuenta con empresarios que saben atraer a los trabajadores como si de imanes se tratara. Los inmigrantes ilegales, principalmente de Indonesia [190 millones de habitantes] y Bangladesh [115 millones], entran a raudales, pese a los esfuerzos desesperados por cerrar las fronteras. Como en todas partes, la prosperidad de los negocios hace entrar de matute a los trabajadores a cambio de sueldos ridículos. Los inmigrantes no parecen tan diferentes, pero en el fondo lo son, de modo que no es la competencia por los puestos de trabajo lo que preocupa a las autoridades, sino el sexo entre razas. El primer ministro de Malasia afirma recibir numerosas quejas de las autoridades rurales: chicas jóvenes que se escapan con novios extranjeros, madres solteras abandonadas por sus compañeros, mujeres que abandonan a su familia para fugarse con extranjeros, que quizás las traten mejor[6]. Intolerable).

Las relaciones étnicas también cuentan, en particular entre los expatriados chinos (de ultramar). Los chinos, una minoría intermediaria por excelencia, constituyen el fermento y el lubricante del comercio del sureste asiático y entre dicha zona y el resto del mundo. Tienen una ética del trabajo que haría enrojecer de envidia a un calvinista weberiano, ética que logran transmitir de una generación a otra, ya sean ricos o pobres.

(Recuerdo mi primera visita a Hong Kong, hace unos veinte años. Era de noche y, al salir de mi hotel, pasé por delante de una pequeña tienda de fotografía encajonada en el rellano de una escalera. Eché un vistazo y eso fue suficiente. El comerciante me preguntó inmediatamente qué deseaba. El hecho es que no pensaba en nada concreto, pero luego

recordé que no me vendría mal una lente especial, así que se la pedí. Su rostro se entristeció: en aquel momento no la tenía. Pero luego se animó. Si volvía después, me la conseguiría. Le dije que me iba a cenar, y que no volvería hasta medianoche como mínimo. «No se preocupe —respondió—. Vuelva. Yo estaré aquí con la lente». Volví un poco después de medianoche y me dirigía a mi habitación cuando me acordé del tendero, pero me dije, soñoliento, que sería una pérdida de tiempo. Pero inmediatamente sentí remordimientos, de modo que volví a la tienda, que encontré abierta. El comerciante, naturalmente, me había conseguido la lente. ¿Qué norteamericano o europeo habría hecho lo mismo?).

Desde el principio, los chinos desempeñaron un papel crucial en el éxito del dominio europeo, en la Indonesia holandesa y las Filipinas españolas y, posteriormente, a finales del siglo XIX, en la Indochina francesa. Siguen prosperando en los estados sucesores de dichas colonias[7]. Sus consorcios internacionales se han creado con base en criterios étnicos. Así, Hong Kong, Taiwán y Singapur constituyen trampolines de entrada en Tailandia, donde muchos chinos han adoptado nombres tailandeses, para integrarse mejor[*], y en Malasia, donde los chinos dirigen el mundo de los espectáculos, aunque han sabido incorporar juiciosamente socios malayos a sus empresas[*]. Tailandia se enorgullece de admitir las diferencias, entorpeciendo al mismo tiempo activamente el establecimiento de un sistema educativo chino independiente. Los chinos sonríen educadamente, aprueban esta política públicamente, pero a menudo complementan el plan de estudios tailandés con estudios en el extranjero. La comunidad oscila en torno a «una sierra invisible que separa a dos o más identidades[8]». En los asuntos económicos, eso quiere decir que los chinos saben quiénes son y que pueden colaborar entre sí.

En Malasia, las diferencias étnicas son más pronunciadas, el *resentimiento* más agudo. Se han registrado disturbios, peleas raciales, no tan graves como en Indonesia, pero lo suficiente como para que hayan quedado grabadas en la conciencia. De modo que todo el mundo le resta importancia al factor étnico. Mientras tanto, en la isla de Penang (costa noroeste), capital mundial de las disqueteras para ordenadores (más del 40 por 100 de la producción mundial), los chinos ocupan la mayoría de los puestos ejecutivos y de ingeniería. «Se parecen mucho a los norteamericanos —afirma un ejecutivo—, viven para trabajar[9]». Son miembros, por lo tanto, de una aristocracia minoritaria: la mayoría de la gente trabaja para vivir.

En la cresta de la ola del crecimiento económico, la red mundial de comerciantes y empresarios chinos es cada día más poderosa. El éxito de esta diáspora justificaría que se calificara el denominado milagro del este y el sureste asiático de triunfo étnico, es decir, cultural. En Indonesia, donde los chinos constituyen el 4 por 100 de la población, controlaban a principios de la década de 1990 diecisiete de los veinticinco principales grupos comerciales. En Tailandia (donde el 10 por 100 de la población es china), más del 90 por 100 de las familias más prósperas son chinas y controlan el mismo porcentaje de los activos comerciales y de la producción. El hecho de que no controlen prácticamente todo se debe menos a la competencia nacional que a las quejas de los políticos locales, quienes han fundado sus propias empresas privilegiadas o esperan hacerse con un pedazo de cualquier pastel que tenga buen aspecto.

Los cálculos sobre la producción global de las empresas en manos chinas, incluida la propia China, pero con exclusión de Indonesia, Tailandia, Malasia y Filipinas, hablan de 2,5

billones de dólares estadounidenses en 1990, por delante de Japón (2,1 billones), la mitad de la cifra correspondiente a Estados Unidos, pero dicha producción crece más deprisa que la de estos dos últimos países[10]. Algunos consideran que la hegemonía japonesa ha concluido[11]. Los puntos fuertes y débiles a la vez de Japón son su sentido de exclusividad y superioridad nacional. Esto hace que registren altas tasas de eficacia, pero también les dificulta colaborar con otros socios en condiciones de igualdad[*]. Mi opinión personal, sin embargo, es que los japoneses acabarán por aprender a hacerlo, como siempre.

Hay que poner dos reparos a este panorama triunfal del este asiático. En primer lugar, en lo que se refiere al paso de la industria colonial a las empresas autónomas. Utilizar la tecnología moderna es mucho más sencillo que inventarla. Un puñado de países poseen la gran mayoría de las patentes industriales.

Estos emuladores exaltados, con sus industrias rozagantes y juveniles, todavía tienen que aprender a valerse por sí mismas. Les queda por delante parte del trabajo más duro.

En segundo lugar, cuanto más rápido crezcan, más graves serán los efectos secundarios, tanto materiales como psicológicos (las prisas se acaban pagando). Para evitarlos son precisas instituciones sociales y políticas capaces de hacer frente a los problemas y de encontrarles solución. Es posible que dichas instituciones no existan. El tiempo no se detiene y las soluciones nunca recuperan su retraso. A menudo se trata de una mera cuestión de prioridades: el dinero es importante, la gente puede sacrificarse, los costes asociados a la modernización pasan a segundo plano.

Tomemos el ejemplo de Tailandia. El área metropolitana de Bangkok ha explosionado e implosionado al mismo tiempo. La industria y el comercio se han precipitado a la ciudad, arrastrando tras sí a muchedumbres de desempleados, y la renta *nominal* de los hogares se ha multiplicado por diez en veinte años[12]. Los constructores, felices, han rellenado todos los espacios urbanos vacíos o infrautilizados. Hasta los canales, que un día fueron arterias por donde circulaba el fluido vital, se han rellenado de hormigón para ganar terrenos donde construir. El aumento de las rentas ha hecho proliferar los automóviles, tanto para el comercio como para uso personal, y los atascos de tráfico son monumentales. Cuando visité Bangkok en 1979, la embajada norteamericana puso un automóvil y un chófer a mi disposición. El coche tenía un teléfono móvil (en mi inocencia, jamás había visto uno antes) para avisar a la embajada si nos metíamos en un atasco, y me aconsejaron que solo concertara dos citas, una por la mañana y otra por la tarde. Hoy, Bangkok tiene diez millones de habitantes (veinte veces su población de 1900), muchos de los cuales prefieren coches grandes. Los vehículos llegan en riadas todos los días desde los suburbios y los alrededores. Los conductores no solo necesitan un teléfono móvil, sino también un orinal. Los ricos hacen pedidos de caravanas para toda la familia, pero puede imaginarse el efecto de esa decisión sobre los centenares de coches atascados y amontonados. En 1979, aprendí enseguida a no pasear por las calles de día: el aire era irrespirable. Hoy, la mitad de los guardias de tráfico de la ciudad padecen enfermedades respiratorias y un estudio de 1990 señala que la mala calidad del aire (con un contenido de plomo tres veces superior a la media europea o norteamericana) rebaja en seis puntos el coeficiente intelectual a los siete años de edad[13].

En suma, los tailandeses que viven en las ciudades son más ricos, pero también más pobres. No en cuanto a los ingresos, sino a la calidad de vida[*]. Solo el 2 por 100 de la

población de Bangkok está conectada a una red de alcantarillado conveniente. El nivel freático está descendiendo, la ciudad se está hundiendo en un delta fluvial despojado de árboles y desprotegido ante las inundaciones marinas. Las malas condiciones de vida dificultan un desarrollo mayor. Tailandia ha agotado prácticamente sus recursos en materia de mano de obra barata: del otro lado de la frontera es aún más barata. Ahora requiere una industria de alta tecnología, con un alto coeficiente de conocimientos técnicos, lo cual exige la participación de inversores extranjeros y de técnicos dispuestos a expatriarse, pero no es fácil que vayan a respirar veneno. Mientras tanto, las cifras macroeconómicas revelan un crecimiento espectacular y el propio esfuerzo por corregir estos males las hincha aún más. Las medidas y aparatos de lucha contra la contaminación, de evacuación de desechos, cuidados sanitarios y otros gastos de este jaez aparecen en la columna del haber de las estadísticas sobre ingresos y producción.

«QUE PIDAN EL COLOR QUE QUIERAN»: LAS INDUSTRIAS AUTOMOVILÍSTICAS NORTEAMERICANA Y JAPONESA

Henry Ford, en una de sus humoradas características, dijo que sus clientes podían pedir el coche del color que quisieran, mientras fuera negro. Lo dijo en vísperas de la comercialización del modelo T, que de hecho se fabricó en varios momentos en diferentes colores, aunque un solo color cada vez. Era la esencia de la filosofía de Ford en lo que respecta a la producción a gran escala: producir todos los automóviles iguales y fabricar un gran número. Venderlos baratos, para que todo el mundo los comprara. Quienes buscaran modelos de diseño e individualizados, que fueran a otras marcas. O que compraran el chasis del modelo T y encargaran una carrocería de acuerdo con sus especificaciones[14].

Los principios de Ford se convirtieron en la piedra angular de la industria automovilística norteamericana, así como de otros sectores. Dicha industria pasó a ser pronto el líder mundial: la principal productora y exportadora, la que conformó los gustos y marcó el estilo en el sector, la fabricante a gran escala de vehículos para disfrutar de la libertad y el amor[*].

El número de vehículos matriculados en Japón en 1917 era de 3856; en 1923, dicha cifra solo había llegado a 13 000, todos ellos importados. Los grandes medios de transporte seguían siendo los palanquines y los carros y carruajes tirados por caballos, además de los tranvías y, para distancias largas, el tren[*]. Pero la guerra, como en todas partes, aguzó el olfato para detectar ocasiones propicias y determinar cuáles eran las necesidades reales. Los militares habían aprendido a valorar los camiones y emprendieron el desarrollo de una industria nacional. Se pusieron en contacto con los *zaibatsu* (conglomerados) líderes en el sector —Mitsui, Mitsubishi, Sumitomo— y descubrieron que estos estaban muy interesados por el tema. De modo que contrataron a socios menores, y la industria automovilística japonesa fue a parar en buena medida a manos de «hombres nuevos».

En un terreno en barbecho pero fértil, Ford y General Motors construyeron fábricas de ensamblaje de automóviles en Yokohama (1925) y Osaka (1927). Para los japoneses, aquello no era una ventaja para sus consumidores, sino un elemento contraproducente para la creación de su propia industria, todavía poco familiarizada con la tecnología de la

producción a gran escala. Pese a la modestia de los salarios, un vehículo fabricado en Japón costaba un 50 por 100 más que un coche norteamericano ensamblado en el país o importado. Entre 1926 y 1935, las importaciones representaron el 95 por 100 de las nuevas matriculaciones[15].

Mientras tanto, el estado, pensando en agresiones militares, se había centrado en la producción de medios de transporte para uso bélico, promulgando en 1918 la Ley de Ayuda a los Automóviles Militares, que ofrecía generosas subvenciones para los vehículos utilitarios que respondieran a las normas especificadas[*]. Los vehículos de pasajeros podían esperar. ¿Podían realmente esperar? Una década después, cuando el sector privado todavía no había dado muestras de interés al respecto, algunos funcionarios comenzaron a inquietarse. En 1929, el Ministerio de Comercio e Industria (antecesor del Ministerio de Industria y Comercio Internacional) publicó un informe, *Política para la creación de la industria de vehículos de motor*, seguido por la concesión de nuevos instrumentos financieros en beneficio de los principales grupos empresariales.

Para dar ejemplo y alentar a la industria, el gobierno diseñó y empezó a fabricar en 1931 un pequeño coche de 45 caballos que alcanzaba los 40 kilómetros por hora. Pero esta tortuga sobre ruedas no llegó a cuajar y, en 1936, los dos gigantes norteamericanos aún representaban tres cuartas partes de la producción nacional. Entonces, el ejército japonés propuso la expulsión pura y simple de las empresas extranjeras. A fin de cuentas, la guerra es la guerra, y el comercio es la guerra[*]. Sin embargo, a los pusilánimes políticos aquello les pareció poco delicado, de modo que la Dieta [el parlamento] promulgó una ley, redactada por el ejército, en virtud de la cual se concedían generosas subvenciones a los fabricantes japoneses y se exigía que el capital y la junta de dirección de las empresas automovilísticas tuvieran mayoría japonesa. Al propio tiempo, el gobierno elevó los derechos aduaneros a la importación de vehículos completos y en piezas listas para su ensamblaje. Estos aranceles bastaron: en 1938, la cuota de producción de Nissan, Toyota e Isuzu había alcanzado el 57 por 100. Los norteamericanos trataron de capear el temporal proponiendo fusiones con los productores locales. No hubo forma: todos los proyectos de fusión, disolución o incluso de soslayar estas discriminaciones estaban supeditados a la autorización del gobierno. En 1939, las empresas norteamericanas se dieron por vencidas y se fueron. Para los japoneses, resultó un buen ejercicio práctico de mercantilismo y un entrenamiento para las guerras comerciales del futuro.

Cabe imaginar cómo habría acabado esta historia, pero la guerra lo trastoca todo, incluidos los planes mejor preparados. En 1945, las fábricas y los equipos estaban sumidos en la ruina, y las autoridades norteamericanas de ocupación no vieron ninguna razón para que Japón se complicara la vida con una industria automovilística. Algunos empleados del Banco de Japón y del Ministerio de Transporte coincidieron con este punto de vista. Pero el Ministerio de Industria y Comercio Internacional consideraba los automóviles como el centro neurálgico de toda una gama de sectores relacionados y elaboró un paquete de medidas de fomento de esta industria: préstamos subvencionados, exenciones fiscales, protección contra la competencia extranjera. A efectos fiscales, las ventas de exportación podían deducirse de la renta, las importaciones de herramientas y equipos estaban exentas de derechos aduaneros[16]. (Más adelante [en la década de 1960], el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio prohibiría algunas de estas medidas discriminatorias. En

vano: los japoneses se mantuvieron al margen de todos los esfuerzos emprendidos por hacer más equitativas las condiciones de acceso al mercado. Cualquier economista sabe que a un burócrata internacional se le puede engatusar de más de una manera).

En esta ocasión, la industria nacional, capitaneada por Toyota y Nissan, entró en auge. En 1950, Japón fabricó 32 000 vehículos, aproximadamente el equivalente de un día y medio de producción en Estados Unidos. Fue entonces cuando la guerra de Corea propició una acumulación de pedidos y dio a la industria automovilística japonesa un impulso que no ha perdido desde entonces, sobre todo cuando concluyó la ocupación norteamericana (1952), dejando a Japón la libertad de labrarse su propio futuro industrial, que ha sido el de uno de los principales exportadores, no solo porque más ventas suponen menores costes unitarios de producción y mayores beneficios, sino porque *una mayor capacidad de producción refuerza el poderío de una nación*. La derrota —la primera jamás infligida a Japón— había dejado un regusto amargo. Los japoneses *sabían* que habían perdido la guerra, no porque los norteamericanos fueran mejores combatientes o más valientes, sino debido a la producción industrial de dicho país.

En 1960, la producción de coches ascendió a 482 000 unidades, de las que se exportaron 39 000, en torno al 8 por 100. Una década después, Japón alcanzó la asombrosa cifra de 5,3 millones de automóviles, de los cuales vendió 1,1 millones en el extranjero. En 1974, se había convertido en el mayor exportador mundial de automóviles, superando a Alemania. En 1980, enviaba al exterior unos 6 millones de vehículos, el 54 por 100 de la producción total, y era el mayor productor de coches del mundo, por delante de Estados Unidos[17]. Aún más: en igualdad de condiciones, los automóviles japoneses no arañaban cuotas de mercado merced a unos precios más bajos. De hecho, eran más caros y con frecuencia se pagaban por encima del precio de catálogo, mientras que los norteamericanos se solían vender a precios inferiores. ¿A qué se debía? A que los coches japoneses tenían menos defectos y aguantaban mejor el paso del tiempo, de modo que se vendían mejor en el mercado de segunda mano.

Estas tasas de crecimiento del 30 y el 40 por 100 anuales, en competencia con empresas inmensamente ricas y de gran implantación en el mercado, se estudiará en el futuro como una lección de energía, ingenio y espíritu de empresa. Probablemente, Henry Ford se revuelve de rabia en su tumba.

Los estadounidenses, en busca de explicaciones (excusas), denunciaron las subvenciones públicas y el proteccionismo del estado japonés. Sin duda estos factores contribuyeron, pero no crearon por sí solos la industria, que fue obra del pueblo que construyó los automóviles: la mano de obra, los ingenieros, los empresarios. Y también de la ineptitud de los fabricantes norteamericanos, que habían ido de triunfo en triunfo, que equiparaban a sus empresas con su país, que creían que el consumidor nacional les debía la vida y se permitían salarios y gratificaciones que guardaban poca relación con los beneficios[18]. Para ellos, esta supremacía japonesa era un crimen de lesa majestad a escala mundial.

¿Cómo lo lograron los japoneses? En primer lugar, convirtieron el vicio en virtud. Dado que su mercado nacional era demasiado reducido para las grandes series que justificaban los métodos de producción a gran escala de la industria norteamericana, diversificaron sus productos, atendiendo a las necesidades y apetencias especiales y creando modelos según

los dictados de la demanda. Para ello, aprendieron a diseñar y realizar ensayos más rápidamente: 46 meses en Japón frente a 60 en Estados Unidos (1,7 millones de horas-hombre frente a 3,1 millones) para diseñar un modelo nuevo; 1,4 meses frente a 11 para lograr una calidad media aceptable tras la introducción del nuevo modelo en el mercado[19]. Este último dato comparado es crucial. Las prisas se acaban pagando, la calidad es decisiva, y los anales de la producción automovilística norteamericana están salpicados de ejemplos de ahorros rápidos malgastados en reparaciones interminables[*].

Esta versatilidad de las técnicas permitió a Japón hacerse con la ventaja de quien primero mueve pieza[*]; les permitió copiar rápidamente los logros de otros fabricantes, corrigiendo inmediatamente cualquier error. Habían creado la producción flexible, que para algunos es la tecnología del futuro[20]. No se trata de un paso a la pequeña escala («lo pequeño es hermoso»), como han pensado algunos; por el contrario, las empresas grandes tienen recursos para fabricar mejor y sufragar el coste de las adaptaciones. Se trata de un cambio drástico con respecto al lema de «que pidan cualquier color, mientras sea negro[21]».

La variedad exigía que la tecnología fuera correspondientemente versátil. Tras la guerra, los japoneses necesitaban nuevos equipos, y eso les hizo idear y combinar herramientas y máquinas ingeniosamente, la mayoría de las cuales, irónicamente, habían sido fabricadas al gusto del cliente en Estados Unidos. También allanó el camino a la utilización de instrumentos de tecnología punta, a la automatización, la robótica, la informatización. El cambio fundamental consistió en el paso de las máquinas de un solo uso a las de usos múltiples, que requerían una mano de obra formada para realizar multitud de tareas, pasando rápidamente de una a otra. Lo lograron adaptando su equipo y aprendiendo a explotarlo al máximo, de modo que, en la década de 1970, por ejemplo, podían cambiar el color de las prensas de estampado en cinco minutos, cuando en una fábrica norteamericana eran precisas de ocho a veinticuatro horas[22]. Esta estrategia tuvo unas repercusiones muy hondas en las relaciones entre patronos y trabajadores. La política estadounidense de centrarse en las máquinas de un solo uso y en las tareas fijas tuvo por efecto la pérdida de cualificación de los empleados e impulsó a los sindicatos a insistir en la segmentación del trabajo, propuesta que aceptó la patronal.

Los modelos múltiples multiplican, como es natural, las existencias, y las existencias constituyen un capital inactivo, incrementan los costes de almacenamiento y propician los retrasos. Mientras los norteamericanos, con sus grandes series y sus raros cambios de política, detestaban las interrupciones (motivadas por las huelgas, por ejemplo) y acumulaban existencias de emergencia de componentes listos para usar, los fabricantes japoneses hacían lo posible por reducir al mínimo sus existencias, utilizando el sistema conocido como «justo a tiempo[*]». La idea, al parecer, se les ocurrió en sus visitas a Estados Unidos, no a las fábricas de automóviles, sino a los supermercados, con su extraordinaria diversidad de productos. Estudiaron a las amas de casa, que se mantenían al día y compraban lo que necesitaban: los supermercados también se mantenían al día y hacían lo propio. Los artículos se traían en función de la demanda, en lugar de forzar su venta. ¿Por qué no fabricar coches de la misma manera? (De hecho, ya se seguía este método en las fábricas estadounidenses, pero los japoneses mejoraron un sistema que aún tenía muchas deficiencias). Todas estas ideas dan una muestra del valor de la curiosidad, la

observación y el enfoque multidisciplinario; en definitiva, de la importancia del factor humano[23].

Los japoneses también se esforzaron en excluir los errores, tratando de alcanzar la inalcanzable meta de la ausencia de defectos. En lugar de sacar el automóvil de la cadena de montaje, trataban de descubrir en qué momento se producía el error, deteniendo la cadena si era preciso. Es posible que fuera un sistema oneroso, pero la idea era prevenir en lugar de reparar. «¿Dónde están los inspectores?», preguntó un visitante norteamericano. «No tenemos inspectores —fue la réplica—. Son los obreros los que hacen su trabajo».

Estas innovaciones cambiaron de medio a medio la reputación de Japón como fabricante: si antes de la guerra tenía fama de producir vehículos de baratillo, chapuceros y de hojalata, ahora sus productos eran líderes en calidad. A los fabricantes norteamericanos les costó asimilar este cambio de situación y se aferraron enloquecidamente a sus estereotipos de siempre. También ridiculizaron el concepto del coche pequeño, el mero nombre de «Toyota» les hacía sonreír. Sus compatriotas, no cabía duda alguna, querían coches grandes, de los que uno se puede prendar y en los que se puede hacer el amor. Cuando un empleado de Chrysler diseñó un modelo con una cadena de suspensión muy baja, el jefe ejecutivo le espetó: «Chrysler construye coches para sentarse dentro, no para orinarles encima[24]».

Mientras tanto, los coches compactos japoneses iban haciéndose con una cuota cada vez mayor del mercado norteamericano y, cuando se adoptaron medidas aduaneras para limitar el número de automóviles nipones importados, Japón optó por pasar a los de gama media, y luego a la más alta. Y los que rezongaban siguieron rezongando. Eso también era un método de crear una fidelidad de marca entre los consumidores, haciéndoles subir de gama a medida que sus ingresos y su situación social mejoraban[25]. Cuando los japoneses anunciaron su intención de competir con los coches de lujo alemanes, aquello pareció un chiste. Un año o dos después, Mercedes y BMW dejaron de reírse. Los japoneses eran capaces de desplazar del mercado a sus símbolos del éxito más preciados.

No hay que ver en este triunfo el mero producto de la técnica, con la que cualquiera puede hacerse o imitarla. Las personas son un factor determinante. A quien haya visitado Japón y padecido su tráfico, una de las mayores molestias, incluso pesadillas, que cabe imaginar de unas aglomeraciones industriales y urbanas superpobladas, la capacidad de explotar un sistema justo a tiempo se le antojará milagrosa. ¿Cómo es posible que se haga entrega de pedidos telefónicos a tiempo? La respuesta es sencilla: durmiendo en el lugar de trabajo. El camionero aparca su vehículo junto a las puertas de la fábrica y se queda ahí toda la noche, acurrucado en la cabina. Por la mañana ya está donde le corresponde.

Pero eso suscita otra reflexión: lo que es bueno para unos no lo es para todos. La fábrica matriz que aplica el sistema justo a tiempo ahorra tiempo. Muy inteligente. Pero eso obliga al proveedor a perder el tiempo. El sistema japonés consistente en recurrir a fuentes exteriores se basa en su conjunto en la presión, en la explotación de los proveedores, quienes a su vez explotan a su mano de obra. Por consiguiente, en el paraíso japonés no todo es inmaculado. Por otra parte, la fábrica matriz no es irracional: explota, pero también presta apoyo con su equipo, sus técnicas y su financiación. Son personas duras pero

versátiles, desde siempre con un gran sentido de la jerarquía, pero al mismo tiempo con un gran sentido de la responsabilidad mutua con respecto a superiores y subordinados.

En la producción de automóviles, todo esto depende de un trabajo de equipo en el que colaboran patronos y trabajadores, en un esfuerzo común no solo de lograr buenos resultados, sino de mejorarlos constantemente. No cabe esperar de los obreros que se opongan a las innovaciones, ni siquiera cuando suponen reducciones de plantilla[26], y, en las empresas grandes, los trabajadores se sienten obligados, de hecho son alentados a realizar sugerencias, que se cuentan por decenas de millares, para ahorrar un poco de trabajo aquí o un poco de dinero allá, aunque no sean más que unos yenes. (Uno se pregunta cómo logran los gerentes pasar revista a tantas sugerencias). Todos los trabajadores de la cadena, además, están formados para realizar multitud de tareas y las interrupciones no se aprovechan para descansar, sino para hacer otra cosa. (No hay una segmentación de las labores que propicie la clásica respuesta de «¡ese no es mi trabajo!», una actitud que puede resultar fatal en un proceso donde convergen varios tipos de tareas)[*]. En Japón, el trabajador tiene y siente la responsabilidad de ser útil en todo momento[*].

Todos estos datos pueden parecer positivos, pero no es ni fácil ni agradable para el organismo ni el ego. Implica una estricta subordinación a los superiores y al grupo. La empresa tiene mil formas de recompensar al trabajador que coopera y de castigar al inconformista. Los grupos que alborotan pueden ver cómo se confían sus tareas a un proveedor exterior. Empresas como Toyota devoran a sus empleados: tienen su propio calendario, que ignora las fiestas nacionales y los fines de semana (aunque la mayoría de los japoneses no tienen un día de descanso religioso). Además, con las horas extras y el desplazamiento cotidiano de casa al trabajo y viceversa, los trabajadores a menudo están ausentes de casa entre once y doce horas al día, aunque esto también ocurre con los directivos y los gerentes. Por eso es importante la aportación de las esposas, que educan a sus hijos y los acuestan antes de que el padre llegue a casa. Los días de asueto a menudo se dedican al trabajo: el 40 por 100 de los obreros trabajan más de uno de sus días de descanso al mes; el 30 por 100 hacen más de cinco días de trabajo extraordinario al mes. La mayoría participa en actividades patrocinadas por la empresa al menos un fin de semana al mes; una tercera parte participa en más de una. La empresa facilita todas estas actividades con sus instalaciones de ocio privadas, sus actividades organizadas y sus monitores infatigables. Pregunte a un trabajador japonés a qué se dedica y le contestará dándole el nombre de su empresa[27].

Los observadores han comparado certeramente este trabajo en equipo, este sacrificio del individuo en aras del grupo y, por qué no decirlo, esta hiperintensificación de la fuerza laboral, con la relación de enemistad laboral que encarna la dignidad de la mano de obra occidental y la protege de cualquier menoscabo. De hecho, la empresa norteamericana también es pluralista: los jefes se han marcado unos objetivos; los trabajadores, otros; los accionistas, otros. Y, aunque teóricamente a todos les une la lealtad a la empresa, el alcance de dicha lealtad está supeditado a intereses contrapuestos, lo que genera una tensión constante, latente, jalonada de conflictos y confrontaciones.

Japón no trabaja así. Los sindicatos casi siempre imponen sus demandas salariales porque han sido pactadas de antemano con los directores[*]. Las huelgas, raras, son

frecuentemente simbólicas, cosa de un día, solo para demostrar la seriedad de las demandas de los obreros[*]. Todo lo contrario a lo que ocurre en Estados Unidos, donde las negociaciones suelen ser *proforma* y los conflictos se resuelven mediante el recurso a la presión. En ocasiones, por algún error de cálculo, la batalla concluye con el cierre de la empresa o de la fábrica: ¿a qué tantas complicaciones? Con demasiada frecuencia, el combate deja un regusto amargo que enturbia las relaciones y reclama nuevas confrontaciones. Ambos bandos cantan victoria, pero se mantienen a la espera de nuevos conflictos[28].

¿Es esta modalidad japonesa de «producción limitada», control de la calidad y asociación entre patronal y trabajadores exportable? ¿Pueden los estadounidenses aprender nuevos métodos? Tenemos un esbozo de respuesta a estas preguntas en los resultados —en Estados Unidos y en Gran Bretaña— de las filiales japonesas: Honda, Toyota, Mitsubishi *et al*. Estas fábricas tienen su origen en las trabas comerciales, pues fueron creadas para penetrar del otro lado del muro. Pagan aproximadamente los mismos salarios que las empresas nacionales, pero han logrado impedir la aparición de sindicatos que propugnen la segmentación de las tareas y la división de la toma de decisiones. También utilizan en gran medida componentes importados, hasta el punto de que cabe preguntarse cuál es la verdadera nacionalidad del producto acabado. Pero así es la industria global: se compra lo más barato. De momento, estas fábricas transnacionales parecen registrar una productividad de la mano de obra y una calidad más elevada que las empresas íntegramente norteamericanas, aunque las fábricas japonesas obtienen resultados ligeramente mejores en su país[29].

Las cifras revelan que los trabajadores estadounidenses pueden ser eficaces si empiezan desde cero. Estas fábricas transnacionales sin sindicatos escapan a los recelos y los prejuicios negativos generados por años de conflictos con el sindicato United Auto Workers (UAW). Por otra parte, el origen de algunas de las diferencias entre los trabajadores de ambos países hay que buscarlo en la educación. Con sindicato o sin él, son personas diferentes. Cuando alguien preguntó a Douglas Fraser, presidente de UAW y persona juiciosa, si los trabajadores norteamericanos tenían que adoptar los valores y actitudes japoneses para ser competitivos, respondió que no, sacando a relucir su temperamento: «el trabajador norteamericano tiene un carácter individualista y una predisposición a discrepar que le impiden acomodarse a órdenes dictatoriales[30]». «¿Dictatoriales?». El propio término ilustra el abismo cultural que media entre ambos mundos.

Todos tienen su parte de culpa. El fracaso inicial de la industria automovilística norteamericana a la hora de defender su territorio frente a este temible competidor debe imputarse en buena medida a la propia industria; en parte a la mano de obra, por su reticencia hormonal a cambiar de métodos de trabajo o a ceder, pero sobre todo a la patronal. La lista de pecados es extensa: 1) complacencia (somos los mejores, siempre lo hemos sido), 2) ausencia de empatía (¿esperaban de verdad que los japoneses, que tienen muchas carreteras estrechas y conducen por la izquierda, compraran coches grandes con el volante a la izquierda?), 3) confianza inquebrantable y peligrosa en el respaldo gubernamental (todos estamos a favor de la empresa libre, pero ¿cómo contrarrestar de

otro modo las ayudas públicas a la industria automovilística japonesa?),[*] y 4) una visión del negocio de miras cortas y egoístas, que hizo que la patronal estadounidense aprovechara las treguas de la competencia japonesa para subir los precios y los dividendos, en lugar de invertir y mejorar las técnicas de producción.

Pero los norteamericanos se han puesto a aprender y están obteniendo mejores resultados. Cada vez es mayor el número de fabricantes que adoptan los métodos japoneses, con grandes exclamaciones de admiración y autobombo, como si hubieran descubierto América. Como ejemplo tenemos la decisión de Ford de detener la cadena de montaje en su fábrica de ensamblaje de camiones de Louisville el tiempo suficiente para fijar la cabina al chasis. Un método sencillo, que ha redundado en una mayor precisión en el trabajo y en menos errores. «Basta con alinear dos cigüeñales y dejarla caer». La idea ha sido de los trabajadores de la cadena de montaje. Antaño, los jefes no les hubieran hecho caso. Pero ahora estaban atentos[31].

De modo que la industria norteamericana está hoy desgarrada entre los métodos tradicionales y los modernos. Los grandes constructores de automóviles cada día solicitan más a los proveedores de componentes, sean o no filiales de la empresa, que se encarguen del ensamblaje de las piezas, logrando así hacer recaer los costes en otros grupos empresariales, *à la japonaise*, y manteniendo las hojas de paga bajo control. Para reducir sus existencias, exigen entregas justo a tiempo, algunas con un margen de veinte minutos. Algunos fabricantes de componentes filiales de una empresa empiezan a trabajar para otros productores de automóviles al tiempo que para la fábrica de ensamblaje original, potenciando así al máximo la tasa de explotación. En caso de huelga en la empresa matriz, ¿deben los obreros de estas fábricas de componentes seguir produciendo para la competencia? Difícil pregunta: los empresarios chapados a la antigua dirán que no, otros señalarán la crudeza de la situación imperante. Si la mano de obra se vuelve excesivamente exigente, los fabricantes amenazan con recurrir a proveedores más cooperativos, en México, por ejemplo. («¡Viva el Tratado de Libre Comercio de América del Norte!»). Los dirigentes no pueden permitirse el lujo de dejar que un proveedor de componentes ponga en jaque todo el proceso. Los pragmáticos se han impuesto. (De hecho, la posibilidad de recurrir a proveedores exteriores ha reducido considerablemente la capacidad de negociación de la mano de obra). Los ideólogos laboralistas no están contentos: «Esto parece el sindicato de patronos del futuro», se mofan. ¿Los trabajadores, en la cama con los jefes[32]? ¿Será eso amor?

Mientras tanto, los fabricantes de automóviles japoneses empiezan a sentir el aliento de sus rivales asiáticos, especialmente de Corea, en la nuca. En este tipo de guerras no está permitido descansar ni dormirse sobre los laureles.

Capítulo XXVIII

VENCIDOS

Entre los líderes y sus emuladores —en el sentido de quienes marcan el paso o recuperan su retraso— se encuentra la mayoría de los pueblos del mundo.

En comparación con el este de Asia, el resto del mundo parece un bosquejo de película a cámara lenta, donde a veces se da incluso un paso adelante y dos atrás. Oriente medio tiene muchos elementos en su favor, en particular unas enormes rentas petrolíferas (unos 2 billones de dólares estadounidenses en los veinte ejercicios posteriores a 1973), pero sus instituciones políticas, sociales y culturales no ofrecen seguridad a las empresas ni fomentan el desarrollo tecnológico autónomo. Asimismo, el talante cultural y, por encima de todo, los prejuicios sexuales, entorpecen la creación de empresas industriales, lo que provoca altas tasas de desempleo y subempleo, agravadas y exacerbadas por la educación: quienes han ido a la escuela tienen mayores expectativas[1].

Por supuesto, los gobiernos bienintencionados de la región han tratado de reemplazar la iniciativa privada. Así, Egipto, en recuerdo de los proyectos industriales de Muhammad Ali de hace un siglo, decidió tras la Segunda Guerra Mundial invertir en fábricas de hilado de algodón. La idea parecía extremadamente sensata. En ese país crece una de las mejores fibras largas de algodón del mundo, ¿por qué no elaborarla y recaudar el valor añadido? El problema fue que el hilo producido por esas fábricas bisoñas no era de una calidad aceptable a nivel internacional, mientras que los cultivadores extranjeros trataban de mejorar la calidad de su algodón en rama y los tejedores intentaban producir tejidos de alta calidad con variedades más pobres. No debe subestimarse jamás el ingenio de los buenos técnicos: antes de que los egipcios pudieran reaccionar, se vieron reducidos a fabricar tejidos de escasa calidad para el mercado nacional y perdieron cuotas del mercado de exportación de algodón en rama. Lamentablemente, Egipto no constituye el único ejemplo de fracaso industrial. El continente africano rebosa de casos de proyectos y fiascos.

El fracaso blinda el corazón y enturbia la vista. Hasta la fecha, los perdedores de Oriente medio siguen buscando revancha en el fundamentalismo religioso y en las agresiones militares. Entre las clases bajas, las plegarias y la fe apaciguan a los impotentes con la promesa de un justo castigo, lo que explica el tono apocalíptico de gran parte de los sermones y el discurso musulmanes: el juicio final traerá consigo reparaciones. Mientras tanto, los más poderosos recurren a la fuerza. Les resulta más sencillo apoderarse de las cosas y extorsionarlas que crearlas por sí mismos. Es el caso de Irak, que creyó poder enriquecerse apoderándose de petróleo y saqueando las mansiones de Kuwait antes que produciendo artículos comercializables. ¿Para qué se compran armas si no es para usarlas?

¿Se desvanecerán estas pulsiones contraproducentes? Resulta imposible precisarlo. No son accidentales, sino viscerales. Los expertos internacionales no se desaniman (para eso les pagan) y ofrecen modestas fórmulas de recuperación. Así, el Banco Mundial, abogando por los «reajustes», nos recuerda que las políticas correctas son beneficiosas a la larga. ¿Qué son políticas correctas? Tipos de cambio realistas, competitivos, déficits presupuestarios bajos o inexistentes, obstáculos comerciales mínimos o inexistentes, mercados, mercados y más mercados.

Estas «mejoras del marco macroeconómico» son sin duda beneficiosas. Eliminan los principales falseamientos y obstáculos. Pero imponen sacrificios. ¿Cómo acabar con el déficit presupuestario cuando la mitad de la mano de obra está empleada improductivamente por el estado y la estabilidad política está supeditada a este grado de ineficacia? (Este tipo de problemas afectan incluso a las naciones ricas. Pensemos en Europa y en los criterios de convergencia de Maastricht para la instauración del euro).

Y eso es solo el principio. El verdadero esfuerzo, que consiste en crear las instituciones y estructuras, está por hacer. Además, ¿qué ocurrirá cuando el petróleo se haya agotado[*]?

Latinoamérica ha dispuesto de casi doscientos años de independencia política, tiempo suficiente para dotarse paulatinamente de independencia económica. Con todo, los resultados registrados en la región son muy pobres: ausencia de iniciativas locales, irregularidad tecnológica, necesidad de mayor número de empresarios. Este esquema de desarrollo interrumpido es reflejo de la resistencia tenaz de la costumbre y los intereses creados. En particular, el esfuerzo aparentemente racional emprendido en el terreno de la explotación agropecuaria (¡larga vida a la ventaja comparativa!), apuntalado con ciertos privilegios sociales y políticos, ha engendrado élites poderosas y reaccionarias, incompatibles y hostiles con el mundo industrial. Esta desestructuración, combinada con el descontento social —hay tantos pobres—, propicia soluciones antidemocráticas, aunque populistas (el caudillismo), terribles cuando se prolongan y asoladoras cuando son frágiles.

De modo que la industria ha llegado tarde, lo que no tiene por qué constituir una desventaja: el retraso tiene aspectos positivos. Pero todo depende de la calidad del espíritu de empresa y de la capacitación tecnológica de la sociedad. En la mayor parte de Latinoamérica, la industria se instauró al abrigo de políticas tendentes a sustituir las importaciones: aranceles elevados, legislaciones y reglamentaciones discriminatorias, obstáculos no arancelarios a la importación. Como hemos visto con la experiencia norteamericana en el siglo XIX y la japonesa en el XX, estas medidas pueden ser eficaces en una situación de emulación enérgica, de normas exigentes y equiparables a las que imperan en el mundo (que puedan exportarse) de la competencia nacional. En Latinoamérica, este esfuerzo apenas se hizo. En ocasiones sí: algunos sectores están en la cresta de la ola. Pero la mayoría está muy rezagada y jadea de cansancio detrás de sus muros de protección.

Esta protección se ha justificado por el interés nacional o invocando ideologías anticolonialistas que, llevadas a sus últimos extremos lógicos, aconsejarían la interrupción de cualquier intercambio comercial con las naciones industriales más avanzadas. (En Latinoamérica han proliferado las dicotomías: centro frente a periferia, neocolonialistas frente a víctimas, buenos contra malos). Afortunadamente, eso no ha llegado a ocurrir. Estos ejercicios de aplicación de la razón pura (o la sinrazón) son más propios de los

seminarios de las universidades que de las instancias gubernamentales, como el presidente de Brasil, señor Cardoso, antaño abanderado de la teoría de la dependencia, ha descubierto hace poco.

No debemos subestimar la importancia de este descubrimiento: el mero hecho de que algo sea obvio no implica que la gente lo vea, o que sacrifiquen aquello en lo que creen en aras de la realidad. En su intento de conciliar ideal y realidad, o de no renunciar a nada, de apaciguar a los grupos de interés consolidados y fomentar la aparición de nuevos grupos, de mantener al extranjero a raya y atraerlo al mismo tiempo, la mayoría de las naciones latinoamericanas han recurrido a la manipulación del comercio y el dinero, a aranceles y contingentes de importación, a tipos de cambio diferenciales, a un caparazón de restricciones que algunos han llamado el «modelo introspectivo» y, por supuesto, a los créditos[2].

Estas medidas pueden servir de alivio temporal, pero a un precio muy alto: reajustes constantes, mercados negros de divisas, inflaciones galopantes, costes de transacción elevados, congelación de las inversiones extranjeras. Pese a todo, algunos países han logrado recabar sumas enormes de prestamistas oficiales internacionales (Banco Mundial, FMI) y de bancos comerciales privados, con el beneplácito de sus gobiernos y, sin duda, con garantías tácitas a estas entidades de que disponían del aval del estado para recuperarlas. Gran parte de este dinero ha acabado en cuentas privadas secretas en Estados Unidos, Suiza y otros refugios discretos.

La combinación de mala gestión, despilfarro, corrupción y empréstitos ilimitados —una especie de desarrollo sin imposiciones en materia de eficacia— no puede durar. Estas estructuras son intrínsecamente frágiles, porque todo el mundo tira de la cuerda hasta el límite y todo está interrelacionado. Más tarde o más temprano, alguien se inquieta; los balances no cuadran; los prestamistas se alarman; se hace imposible pagar las deudas antiguas con nuevos empréstitos. ¡Pánico!

Eso fue lo que ocurrió en la crisis del peso mexicano de 1994-1995. No podía haberse producido en peor momento (para algunos, en mejor momento), justo después de que la administración norteamericana lograra forzar la aprobación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLC), después de mover todas las fichas políticas y prometerles una montaña de privilegios antieconómicos. Ahora había que recabar decenas de miles de millones para tranquilizar al mercado y dar tiempo a los inversores y aliados monetarios a sacarse las castañas del fuego. Pero en esta ocasión no se logró la adopción rápida de medidas por parte de un Congreso recalcitrante y estrecho de miras. Pero eso no supuso problema alguno: los técnicos, liderados por el economista Lawrence Summers, encontraron unos 20 000 millones de dólares estadounidenses que descansaban plácidamente en una cuenta abierta más de medio siglo antes con los beneficios realizados en la década de 1930, cuando el país se negó a saldar una deuda en oro. Esos beneficios obtenidos fraudulentamente se habían dejado de lado en aquel entonces para proteger el dólar estadounidense… Era previsible que el derrumbamiento del peso y la liquidación de las reservas norteamericanas en México causaran estragos al TLC y al dólar estadounidense… Aquellos 20 000 millones, junto con otros 30 000 recabados laboriosamente ante las organizaciones internacionales de préstamo, permitieron capear el temporal. El gobierno norteamericano presionó después a México para la pronta

devolución del préstamo, y la prensa restó importancia, o pasó directamente por alto, el hecho de que los mexicanos tuvieron que tomar prestados esos fondos. Nuevas deudas a cambio de las antiguas.

La raíz del problema radica en la necesidad de Latinoamérica de solicitar un crédito tras otro. Un estudiante latinoamericano se lamentaba ante mí de la carga que supone esta deuda atrasada y la molesta y mezquina insistencia extranjera en su reembolso. «No es necesario reembolsarla —objeté—: una nación soberana puede recurrir al repudio de la deuda». «Sí —me replicó—, pero luego ¿a quién le pediremos más dinero prestado?». Exacto. Sin embargo, hoy en día los bancos son más cautos, y las organizaciones prestamistas internacionales vinculan su apoyo a la reforma fiscal y del comercio, en el sentido de la liberalización. La palabra clave es «reajuste», sin duda algo positivo. Un mercado más abierto es un acicate de la racionalidad y la eficacia, de la reestructuración de la actividad económica con arreglo a la ventaja comparativa, un freno a la corrupción y el amiguismo. Y la perspectiva de recibir ayuda puede ser un incentivo para la cooperación en la lucha contra el narcotráfico, una industria cuyo crecimiento es incalculable[3]. No hay garantías de éxito. Pero siempre será preferible realizar un esfuerzo en la buena dirección que una vuelta al *statu quo ante*.

Entre los grandes perdedores de este período caracterizado por un crecimiento económico que ha batido todos los récords y por los adelantos tecnológicos, cabe destacar a los países del bloque comunista-socialista: la Unión Soviética en los peldaños más bajos, Rumania y Corea del Norte cerca de ella, y toda una gama de países satélites víctimas y emuladores que han luchado denodadamente por sobresalir de la *mélée*. Los que más éxito han tenido quizás sean Checoslovaquia y Hungría, con Alemania del Este (DDR) y Polonia pisándoles los talones. El rasgo más sorprendente de estas economías imperativas ha sido la contradicción entre el sistema y sus pretensiones por una parte, y los resultados por otra. La lógica era irreprochable: los expertos se encargarían de la planificación, los entusiastas competirían en celo, la tecnología sometería a la naturaleza, el trabajo liberaría, los beneficios recaerían sobre el conjunto de la sociedad. De cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus méritos y, por último, según sus necesidades[*].

Este sueño atrajo a los críticos y a las víctimas del capitalismo, que es sin duda un sistema lleno de imperfecciones, pero, como ha revelado la historia, muy superior a cualquiera de sus alternativas. Las economías marxistas disfrutaron mucho tiempo del favor obstinado y crédulo de los radicales, los liberales y los progresistas de las naciones industriales avanzadas, y de un respaldo apasionado, casi religioso, por parte de los líderes «antiimperialistas» militantes de los países pobres. Muchas colonias, hoy independientes, se volcaron en el paradigma socialista con un hambre y una pasión ignorante de la realidad[4].

Esta predisposición favorable disimuló durante mucho tiempo las deficiencias de estas economías imperativas. De hecho, aunque el estado ruso era capaz de movilizar recursos para determinados proyectos, la técnica estaba por lo general atrasada y los resultados globales fueron decepcionantes. Los impresionantes datos referentes a la producción fueron intrínseca y deliberadamente exagerados. Debieran haberse revisado a la baja descontándoles el componente propagandístico, así como el deterioro y el alto porcentaje

de artículos que no se vendían (por invendibles). (Con la excepción del caviar, el vodka y los recuerdos folclóricos, nada de lo que producía Rusia habría podido competir en un mercado libre). Los edificios de apartamentos tenían redes colgadas de los muros exteriores para proteger a los viandantes de la caída de tejas o piedras. Los consumidores ahorrativos pagaban fortunas por vehículos motorizados pequeños y primitivos, viéndose obligados a esperar durante años a que se los entregaran. Después de lograr hacerse con un automóvil, descubrían que las piezas de recambio eran inencontrables, hasta el punto de que se convirtió en un acto rutinario recoger las escobillas de los limpiaparabrisas al dejar aparcado un coche. Los aparatos eléctricos del hogar estaban a la merced de una corriente eléctrica irregular. Los datos sobre la renta nacional excluían el sector de los servicios, por razones de doctrina económica: solo la producción real contaba. Pero, de hecho, cuanto menos se hablara de los servicios mejor: los inconvenientes superaban con creces a las ventajas. Ningún amigo era más valioso que un buen fontanero. O alguien de la *nomenklatura*, la élite privilegiada, con sus tiendas y clubs especiales, su posibilidad de adquirir productos importados, su alejamiento virtual de la escoria y la hez de la sociedad.

Algunos ven en este desastre endémico un trapo sucio del sistema: los gobernantes alentarían las privaciones con objeto de recompensar a sus favoritos, crear estímulos en los ambiciosos y embotar a los demás con el tedio de unas colas interminables. Las economías capitalistas fomentaban el trabajo con el señuelo de la recompensa: «pagando tendrás lo que quieras». Los comunistas ofrecían un «mañana risueño». Pero la espera debía sufragarse, y el mañana no llegaba nunca. ¿Cuándo trabajaba la gente que hacía colas? Un chiste decía que hacían ver que trabajaban, y el estado hacía ver que les pagaba.

Sin embargo, el peor aspecto del sistema era su indiferencia o, mejor, su desprecio por los suyos, por la decencia humana. Bastante tenían con haber renunciado a la prosperidad. En un mundo que antaño había creado y aún conservaba cosas hermosas, el nuevo sistema producía fealdad a gran escala: edificios y ventanas mal dispuestos, fachadas con manchas y grietas, bloques de hormigón desnudo, equipos averiados, maquinaria oxidada, estructuras de metal abandonadas. En una palabra: una suciedad rampante.

Inevitablemente, lo que el sistema hacía con las cosas, lo hacía también con las personas. ¿Cómo sobrevivir en un páramo jalonado de pilas de chatarra? ¿En un mundo de desprecio sistemático por la humanidad? A las personas amontonadas en vagones de carga fétidos en dirección a trabajos inútiles y al olvido en yermos desolados las llamaban «carbón blanco». (La URSS preludió a este respecto a los trenes y columnas de la muerte de la Alemania nazi). Algunos individuos, que lograron pasar desapercibidos o no se dejaron afectar por la situación, preservaron heroicamente oasis de calor humano y cultura en pequeños pisos o habitaciones. Mucho mayor fue el número de quienes ahogaron sus penas y desesperación en el vodka.

No obstante, los dones de la naturaleza seguían presentes. El mayor activo del régimen revolucionario fueron los tesoros naturales no malbaratados que había heredado de una economía tardíamente desarrollada. Los destruyó con la temeridad propia de quien se arroga la rectitud.

Un *lugar* y un *acontecimiento* bastarán para ilustrar el conjunto del sistema. El lugar es el mar de Aral, antaño la cuarta reserva más importante de agua dulce sobre la superficie de la tierra, hoy convertido en un agujero moribundo, con la mitad de la superficie original y un tercio de su volumen de agua contaminado por productos químicos, todos los peces

muertos, el aire reseco y envenenado. Décadas de planes insolentes, de prisas y despilfarros, de toneladas de pesticidas, herbicidas y fertilizantes, de falsos ahorros como las acequias sin revestimiento interior, permitieron a los soviéticos cultivar toneladas de algodón (el «oro blanco»), provocando una regresión en materia de esperanza de vida y liderando el camino hacia el atraso[5].

El caso del mar de Aral, aunque excepcionalmente grave, no fue único. Por lo general, los proyectos soviéticos de derivación y cambio del curso de las corrientes fluviales, así como de la construcción de fábricas industriales en espacios antes vírgenes, no tuvieron jamás en cuenta criterios medioambientales. La prioridad eran los puestos de trabajo virtuales y el crecimiento económico y, cuanto mayor y más onerosa fuera la empresa, más gloriosa se consideraba. En particular, Siberia fue tratada como una *tabula rasa*, tundra desierta, espacio y más espacio, donde se podía hacer y deshacer a placer: la corriente de los ríos se podía invertir, las nieves del norte se podían usar para irrigar los desiertos del sur, etc. Se corregían los errores de la creación universal: el comunismo se veía a sí mismo como un movimiento antirreligioso y científico, pero quería hacer del hombre un dios. El principal proyecto megalomaníaco de este tipo, que habría alterado el clima de nuestro planeta, tuvo que ser abandonado. Afortunadamente, Prometeo volvió a ser encadenado.

El mar de Aral fue el *lugar*. El *acontecimiento* fue la fusión de los reactores de energía atómica en Chernóbil en 1986. El incendio estuvo fuera de control durante cinco días y dispersó más de 50 toneladas de veneno radioactivo por la Rusia Blanca (Bielorrusia), los estados bálticos y algunas regiones de Escandinavia: un volumen mucho mayor que las bombas de Hiroshima y Nagasaki juntas. Los vientos dominantes soplaron hacia el norte-noroeste, pero nadie logrará convencer a los turcos que luego contrajeron enfermedades de la sangre o a los millares de mujeres embarazadas, desde Finlandia hasta el Adriático, que se sometieron a abortos cautelares, de que no fueron también víctimas de la ola radioactiva. Entre las bajas indiscutidas figuran los valerosos hombres enviados a combatir el fuego y efectuar después la primera limpieza general. Se les prometieron compensaciones especiales, que no siempre recibieron. Los fondos para primeros auxilios fueron engullidos por las fauces del partido local. Se restó importancia de manera sistemática al grado de exposición de los trabajadores, de modo que cumplieron con su tarea al precio de una muerte lenta. (¿Podían acaso negarse?). Pese a todo, el trabajo fue una chapuza; el núcleo no estaba completamente apagado, la «situación» no se había estabilizado[*].

La zona que rodea a la fábrica se ha convertido en un lugar temido. ¿Está justificado dicho miedo? Es posible que la respuesta definitiva tarde décadas en conocerse: los niveles más bajos de radiación se propagan lentamente. Algunos científicos hablan de cincuenta años. Para entonces, todas las víctimas habrán perecido. Los habitantes de la región han optado por la cautela y el temor. La mayoría han emigrado y no han vuelto; pero algunos se han quedado y otros han vuelto para explotar las tierras abandonadas. Uno de estos recalcitrantes, una mujer de sesenta y cinco años de edad, se tranquiliza con la sensación de que todavía se siente en forma. Tiene métodos prácticos: plantar semillas de manzana muy profundamente en la tierra, no comer más de diez kilos de champiñones; «si sientes demasiada radiación, hay que tomar algo de vodka». Su vecina cree en lo que ve: «Mire este lugar. ¿Dónde ve usted la radiación? En todo caso, este lugar es mejor ahora, porque hay

menos gente». Y algunos tratan de tomarse su tragedia a la ligera. Cuentan el chiste del campesino que está vendiendo manzanas bajo un gran cartel que dice: «MANZANAS DE CHERNÓBIL». «Hay que estar loco —comenta un paseante—. ¿Quién iba a querer manzanas de Chernóbil?». «Claro que sí —replica el vendedor—. Algunos las compran para su suegra, otros para su mujer.»[6] (Y quizás otras para su marido).

Aunque otros accidentes y catástrofes naturales hayan costado más vidas —la fuga de sustancias químicas en Bhopal, India, en 1984, quizás—, ninguno ha sido más perjudicial para la reputación y el prestigio[*]. El descrédito y repudio que inspiró estuvieron en proporción directa con la arrogancia y el gigantismo tecnológico, razón de ser de los programas y proyectos soviéticos[7]. La economía imperativa socialista padecía de incompetencia, credulidad, estupidez e indiferencia al bienestar común —entre otros pecados—, tanto más graves cuanto más se trataban de encubrir y mitigar. «Hoy no queda duda de que las repercusiones políticas de la catástrofe de Chernóbil aceleraron el desmoronamiento del imperio soviético[8]».

Una docena de fábricas construidas según el modelo de Chernóbil siguen en funcionamiento.

Las excusas y promesas no pueden enmendar la plana a la verdad y la evidencia de los hechos. Cuando el sueño se desvaneció, cuando la gente se dio cuenta de las diferencias que había entre ambos sistemas, el comunismo perdió su legitimidad. Los muros se derrumbaron y la Unión Soviética se desmoronó, no por obra y gracia de una revolución, sino de la dejadez.

> … El legado ecológico [de África] siempre ha sido problemático. África fue «domesticada» por sus poblaciones históricas a lo largo de muchos siglos, que superaron inconvenientes muy graves que no se dan por lo general en otros continentes, como la delgadez de la capa de tierra vegetal, una pluviometría caprichosa, una infinidad de plagas y fiebres, y muchos otros factores que dificultaron la supervivencia[9].

Todos los males que han afligido a Latinoamérica y Oriente medio se agravan exponencialmente en el África subsahariana: malos gobiernos, aparición inesperada de estados, atraso tecnológico, educación inadecuada, condiciones climatológicas adversas, asesoramiento incompetente cuando no deshonesto, pobreza, hambre, enfermedades y la plaga por excelencia, la superpoblación. De las denominadas regiones en vías de desarrollo, África es la que peores resultados ha registrado: un ritmo de crecimiento del producto interior bruto ligeramente inferior al 1 por 100 anual, unos cuadros estadísticos abarrotados de indicadores negativos, muchos países con un nivel de renta actual inferior al que tenían antes de la independencia. El fracaso es más desgarrador si se compara con otras regiones: en 1965, Nigeria (exportador de petróleo) tenía un PIB per cápita superior al de Indonesia (también exportador de petróleo); veinticinco años después, el PIB de Indonesia era tres veces superior al de Nigeria[10].

La realidad es aún más cruda por su contraste con la euforia inicial. La independencia presagiaba el fin de la explotación. Había llegado el momento de la recompensa a tanto esfuerzo. Algunas de las primeras estadísticas de crecimiento parecían confirmar este extremo: «Ciertos países —como las dos Rodesias, el Congo belga, Marruecos, Gabón, Kenia— arrojaron índices de crecimiento anual que oscilaban entre el 6 y el 11 por 100, de

los más elevados del mundo[11]». Pocos ponderaron estas cifras con el sesgo por exceso característico de los países en proceso de urbanización y el aumento súbito de la cuota de transacciones monetizadas y, por consiguiente, contables. Y nadie se planteó por qué las potencias coloniales se habían dado tanta prisa en abandonar las colonias. La opinión pública deseaba el éxito de África. En 1962, un observador occidental escribía:

> A grandes rasgos, los africanos son las gentes con mayor conciencia del presente del mundo… Sin ninguna excepción significativa, todos los líderes africanos… comparten el deseo apasionado de adquirir todas las cosas positivas que la civilización occidental ha producido en sus dos milenios de historia. En particular, quieren lo antes posible la bendición de la tecnología de la civilización norteamericana. La falta de conciencia histórica de los pueblos da a los líderes africanos una gran ventaja a la hora de progresar rápidamente hacia ese objetivo de la modernización[12].

Y, sin embargo… Basil Davidson, un Africanista de buena fe y simpatía incuestionable, describe con tristeza el momento del desengaño, ese punto en el cual los africanos de uno u otro lugar comprendieron que la libertad no era una puerta de entrada automática a la felicidad y la prosperidad[13].

Los especialistas en estos temas distinguen entre seguridad alimentaria y autosuficiencia alimentaria: África no tiene ni una ni otra. Un número grande y creciente de personas —especialmente de mujeres y niños— tienen hambre y padecen de malnutrición, ya sea por falta de poder adquisitivo o por una mala distribución de los alimentos. A imagen y semejanza de la anarquía imperante en los últimos días del imperio romano, la ciudad y el campo están en guerra. Los nuevos burócratas tratan de explotar a los campesinos pagando por las mercancías un precio inferior al valor de mercado. Estos las retienen o no les queda más remedio que venderlas. Los urbanitas desarraigados han aprendido aficiones que no pueden satisfacer en su país. De modo que, incluso en el mejor de los casos, la tierra produce pocos alimentos o alimentos que no son los necesarios, y deben importarse, a un coste creciente para los beneficios y la balanza de pagos. Es la región del mundo más maniatada por su supervivencia[14].

A diferencia de las demás zonas pobres, además, las deficiencias de África en materia de abastecimiento alimentario no afectan a los compradores de alimentos de las ciudades, sino a los pequeños campesinos que labran la tierra y apacientan el ganado[*]. En este sentido, la naturaleza —por sus condicionamientos materiales y la inestabilidad climática— tiene una función perversa, pues no solo fluctúa enormemente entre las épocas de bonanza y las de crisis, sino que los patrones climáticos duran largos años. En el cuarto de siglo que media entre 1960 y 1984, la producción alimentaria no ha bastado para las necesidades de la población, y solo un rápido incremento de las importaciones ha permitido mantener niveles de nutrición insuficientes (pero al menos no catastróficos). Las fuerzas del mercado han fomentado esta tendencia: los cereales alimentarios de Estados Unidos, por ejemplo, podían comprarse en Lagos en 1983 a un precio cuatro veces inferior a los cereales de producción nacional[15]. La dependencia de las importaciones (que representaron el 6 por 100 de la aportación calórica en 1969-1971, y el 13 por 100 en 1979-1981) ha hecho cambiar los gustos en materia de alimentación, y se abandonan cada vez más los viejos y aburridos productos básicos en beneficio de cereales nuevos, al tiempo que los nuevos hábitos alimentarios urbanos conducen a un incremento de la demanda de carne por parte

de personas que no la pueden pagar. De esta manera, una proporción cada vez mayor de los cultivos alimentarios africanos se utiliza para alimentación animal. Al mismo tiempo, las tasas de crecimiento demográfico natural más elevadas del mundo (un 3 por 100 anual, quizás sea superior) obligan a los campesinos a desplazarse a tierras pobres, que pronto se agotan. O los arrancan del campo y los arrastran a las barriadas pobres urbanas[16]. En países donde las instancias políticas son inestables e ineficaces, las heridas infligidas por la mala gestión no cicatrizan rápidamente, y los progresos no compensan las lacras.

No hay que achacar esta evolución a la ignorancia o ineptitud de los pequeños propietarios, ya que en África, como en cualquier parte del mundo, los métodos agrarios y las costumbres de reproducción constituyen una combinación de valores y ritos antiguos, respuesta racional a las circunstancias materiales. Los campesinos africanos no son ineptos, y los niños empiezan a aportar pronto su contribución en una tierra donde la leña y el agua escasean y se pierde mucho tiempo forrajeando y acarreando material. Eso hace que predominen las familias numerosas, que constituyen también una muestra de virilidad y un motivo de orgullo[17]. Por lo general, las mujeres hacen lo que se les dice, especialmente en las culturas donde impera la poligamia y, cuando los hombres llegan a casa, pues a menudo trabajan en lugares distantes, hacen lo que les place, a menudo corriendo graves riesgos para su salud. ¿El sida? Ni pensar en los preservativos: a los hombres no les gustan. ¿Y a las mujeres? «Tienen tantos problemas en la cabeza, que ¿por qué habrían de pensar en una enfermedad que mata en un plazo de diez años?»[18].

En los últimos días del imperio, algunos gobiernos y asesores extranjeros trataron de poner remedio a estos males, aunque en sus consejos a menudo dejaban translucir motivaciones espurias e intereses personales. Veamos el caso de la agricultura. Incluso antes de la independencia, algunos gobernantes coloniales trataron de corregir los errores y la indiferencia del pasado e introducir métodos «modernos».

El proyecto más representativo es el del cacahuete británico, que se lanzó y estrelló en Tanganika durante el período 1946-1954: tenía «por objeto demostrar de qué es capaz el estado… cuando domina la tecnología y la pericia occidental moderna[19]». La idea original se debe al director gerente de la United Africa Company, una filial de Unilever, una empresa con reputación de saber lo que se hace. El plan fue sancionado y aprobado a nivel ministerial. Su objetivo inmediato era aliviar las deficiencias en el suministro a la Gran Bretaña de la posguerra de aceite y manteca sin gastar dólares («compre Ud. a las colonias»). Como dijo el ministro encargado de los asuntos de alimentación John Strachey, «de vuestro éxito depende, más que de cualquier otro factor, que las amas de casa angustiadas de Gran Bretaña tengan más margarina, manteca y jabón en un plazo de tiempo razonable[20]».

El fin último era «elevar el nivel de vida del campesino africano» demostrando las posibilidades de la tecnología moderna. Pero estos cacahuetes no estaban destinados al consumo africano, por mucha hambre que tuviera África, aunque los campesinos verían (tendrían una «demostración ocular», en la jerga burocrática) la superioridad de la agricultura mecanizada y a gran escala y la imitarían. No se emplearían manos. Todo el trabajo lo habían de realizar máquinas: explanadoras, tractores, radicadoras, sembradoras, máquinas combinadas.

Al propio tiempo, como enarbolando las virtudes del socialismo a la británica (porque el proyecto también quería demostrar que había una alternativa superior a la ideología soviética), el gobierno laborista británico envió a funcionarios para enseñar a los empleados africanos a hacer huelga en demanda de subidas salariales. El éxito de este altruismo rebasó las expectativas. Los nativos blandieron sus garrotes, abandonaron los tractores, bloquearon las carreteras, detuvieron los ferrocarriles. Hubo que llamar a la policía y encarcelar a los líderes sindicales. La huelga fracasó, pero los nativos habían aprendido un par de cosas[21].

Los planificadores siguieron adelante sin planes. Escogieron un emplazamiento en el centro del país porque estaba desierto. Estaba desierto porque no tenía agua. Los miembros de la misión británica reconocieron que «carecían de la más mínima experiencia en el terreno de la agricultura mecanizada». Nadie había puesto en práctica jamás este tipo de explotación. No disponían de información sobre el régimen de lluvias y su efecto sobre la producción; lo mismo ocurría con el suelo; los cálculos del coste de desbrozar la tierra se hicieron a partir de la experiencia adquirida con la creación de pistas de aterrizaje durante la guerra. Los suministros procedieron de los restos de los almacenes del ejército en Filipinas, algunos de ellos útiles, otros inútiles, ninguno en buen estado de mantenimiento. La misión no contaba con ningún ingeniero. Como dijo un miembro del equipo, un contable: «Todo se hizo intuitivamente. Nuestra intuición era tan buena o mala como la de cualquiera».

A las amas de casa británicas y a los campesinos africanos les aguardaba una larga espera. Los campesinos africanos plantaron algo de cacahuete en determinadas zonas, pero lo hicieron (por lo general, las mujeres) a cambio de penalidades y sufrimientos sin cuento, labrando y arañando cada centímetro de surco. A pesar de ello, tuvieron más éxito que las máquinas, cuyo acero, caucho y motores de combustión interna no toleraban bien el clima africano. Las averías eran frecuentes, no había tiendas de repuestos: ¿qué podían hacer sin piezas de recambio? Arrancar aquellos arbustos retorcidos y sus raíces fue una pesadilla. Llevó diez veces más tiempo del previsto en un principio, y el terreno, una vez despejado, se resecaba y adquiría la consistencia del ladrillo[*]. Muy pronto los responsables del proyecto tuvieron que corregir a la baja sus expectativas y sustituir parcialmente los cacahuetes por girasoles. Estos cambios no sirvieron de nada. La naturaleza se negaba a cooperar, y las cosechas eran muy inferiores a las previstas.

La incidencia de este proyecto sobre la economía y la sociedad del país fue deplorable. Los empleados británicos tenían dinero para comprar todos los alimentos a los nativos y los nativos, por su parte, tenían puestos de trabajo en la empresa encargada de la gestión del proyecto, de modo que abandonaron sus cultivos tradicionales, lo cual hizo que la producción alimentaria cayera en picado, y hubo que importar grandes cantidades de alimentos para dar de comer a quienes en principio debían producir un superávit para la exportación. También vinieron las bebidas alcohólicas, y las prostitutas, que «cobraban precios astronómicos de cinco chelines o más[22]», y los ladrones: en suma, todos los males y lacras que trae consigo la riqueza inesperada. Mientras tanto, los británicos trataban de inculcar a los nativos los ideales de solidaridad e igualdad de la clase obrera. Para los nativos, aquello era una subversión del orden y la moralidad.

En 1950, el fracaso era inevitable; había llegado el momento de los remordimientos y la liquidación del proyecto. El cacahuete no se presta al cultivo extensivo. Para que sea rentable, hay que cultivarlo de manera intensiva. El proyecto de plantación en grandes unidades agrarias de 12 000 hectáreas resultó totalmente inviable. Los británicos cedieron todo lo que pudieron a las autoridades del estado de Tanganika, que se acababa de proclamar independiente y para el cual aquellos despojos, más que activos, fueron una molestia. Cualquier observador habría llegado a la conclusión de que podían haberse aprovechado mucho mejor los recursos.

Huelga precisar que este fiasco afectó al prestigio británico y desalentó la puesta en práctica de otros «programas imaginativos de desarrollo económico». ¿Habrían tenido más éxito? Los datos no son alentadores, excepto para las nuevas generaciones de planificadores y técnicos, que parecen usar estos proyectos como los niños juegan con las casas de muñecas, aprendiendo con cada fracaso. Que no se me malinterprete: no pongo en duda la honestidad de los móviles ni los triunfos que hayan cosechado estos expertos. Siguen siendo la única esperanza que tenemos de que esta situación mejore en su conjunto y estructuralmente. Pero no hay nada más embriagador y seductor que forjar un mundo nuevo y sentirse virtuoso. Al final, los británicos se sacudieron de encima el fracaso desentendiéndose. Su país estaba exhausto y tenía preocupaciones más acuciantes que los cacahuetes africanos.

Este programa no fue la excepción que confirma la regla. Los gobiernos coloniales caían con frecuencia en este tipo de tentaciones, que tenían el señuelo irresistible de enriquecer el país y hacerlo por el recto camino. Los franceses probaron con el algodón en el río Níger, aguas arriba de Tombuctú (hoy Mali), entre las décadas de 1910 y 1940. La idea consistía una vez más en que África satisficiera las necesidades europeas, en este caso la demanda potencial de los hilanderos franceses, necesitados de dólares para comprar el algodón norteamericano. Los administradores coloniales trataron de proteger a sus poderdantes africanos, aunque fuera en detrimento de sus propios intereses, garantizando al propio tiempo un suministro de algodón en rama que pudiera competir en el mercado mundial. También quisieron salvaguardar la libertad de empresa en la medida de lo posible. De modo que, con una lógica gala consumada, llegaron a una fórmula de compromiso: los campesinos tenían la «obligación insoslayable» de cultivar algodón de la salida a la puesta del sol, pero una libertad total para venderlo[23]. Así, desarraigaron y desplazaron a los campesinos y les obligaron a plantar matas de algodón; cuando se rebelaban o producían un algodón de calidad insuficiente, eran encarcelados. Algunos quieren creer que era un encarcelamiento relajado, bondadoso, pero suficiente para que el mensaje fuera inequívoco.

A todo el mundo le gustaría creer que la liberación modificó por completo el panorama, pero de hecho los nuevos gobiernos tenían sus propios planes de desarrollo económico e «ingeniería social», inspirados por una nueva generación de expertos y técnicos viajeros e impacientes: impacientes por gastar dinero, hacer buenas obras, ejercer el poder. A estos hombres de acción, naturalmente, no les costaba idear programas, cuanto mayor fuera su envergadura, mejor. ¿Qué ocurría en caso de fracaso?

> La culpa es de Occidente. Occidente nos dijo que construyéramos centrales eléctricas, puentes, fábricas, acerías, minas de fosfato. Las construimos porque nos lo dijeron y como nos dijeron. Pero

> ahora que ya no funcionan, nos dicen que tenemos que pagar por ellos con nuestro propio dinero. No es justo. Fue Occidente quien nos dijo que los construyéramos, que los pague Occidente. Nosotros no los queríamos[24].

El abismo que medió entre las expectativas y los resultados se debió en gran parte a la falta de preparación. Los africanos poscoloniales no tenían experiencia alguna del autogobierno, y la legitimidad de sus gobernantes estaba subordinada al poder de grupos de interés y a lealtades clientelistas. De la noche a la mañana, estas naciones de nuevo cuño se vieron constreñidas por el corsé del gobierno representativo, una institución ajena a sus tradiciones y a la que no les había preparado el paternalismo colonial. En algunos casos, esta transición fue precedida de una guerra de liberación, que atizó pasiones y afirmó identidades. Pero el legado heredado fue la tiranía, encarnación autocrática de la voluntad popular, enemiga de la democracia. La estabilidad dependía del vigor de un solo hombre y, cuando flaqueaba o moría (o se le ayudaba a morir), se sucedían los golpes de estado efímeros, sumiendo al país en la anarquía.

Los gobiernos generados por estas autocracias han sido invariablemente ineficaces, salvo en lo que concierne a expoliar. En África, los más ricos son siempre los jefes de estado y sus ministros[25]. El número de burócratas se ha disparado con los puestos de trabajo creados para los secuaces del gobierno; la economía se ha esquilmado para arrebatarle los superávits. Gran parte (¿la mayoría?) de la ayuda extranjera acaba en cuentas numeradas en el extranjero[26]. Estos cleptócratas deberían irse a vivir a Suiza, junto a sus bancos. Pero quizás el dinero solo no les baste.

Basil Davidson nos presenta dos casos prácticos de incoherencia. El primero, el Zaire (ex Congo belga), era un esbozo de estado. El tirano, Mobutu Sese Seko, gobernaba en la capital, Kinshasa, y en unas pocas ciudades más, así como en las localidades donde las compañías extranjeras extraían recursos minerales. Todas le pagaban tributo, y se decía que sus cuentas en Suiza ascendían a miles de millones de dólares estadounidenses. Entre estos escasos puntos bajo control real, el único modo de transporte posible era el aéreo, ya que las carreteras no eran ni buenas ni seguras. Bajo soberanía belga, en 1960, el Congo disponía de 140 000 kilómetros de carretera practicable; en 1985, se habían reducido a 19 000, de los cuales solo 2200 estaban asfaltados. Aunque es cierto que las pistas son preferibles a las superficies rígidas cuando están llenas de baches y grietas. El asfalto solo es útil si se mantiene en buen estado.

Mobutu controlaba la práctica totalidad del país y de la sociedad, pero no la «pseudonación». En el este, unos invasores enviaban a la muerte a refugiados extranjeros, apoyando al propio tiempo la rebelión contra Kinshasa. En la capital, la oposición parlamentaria denunciaba los planes de los rebeldes y advertía de los peligros de un nuevo despotismo: «No vamos a deshacemos de un tirano para sustituirlo por otro». Los rebeldes replicaron: «Si el líder de la oposición "quiere capitanear un barco que naufraga", lo mejor que puede hacer es aprender a nadar[27]». Mientras tanto, los agentes occidentales trataban de persuadir a Mobutu de que abdicara (otros, de que siguiera en funciones) mientras maniobraban para ganar influencia en el régimen que pudiera sucederle. La principal preocupación occidental era proseguir la extracción de los minerales. Los franceses querían también que Zaire siguiera en la órbita francófona, como si estuviera en juego la dignidad de Francia. (Los belgas habían desistido hacía tiempo). Los

norteamericanos…, bueno, no estaba claro qué podía interesar a los norteamericanos, si no era «escarmentar» a los franceses.

En medio de esta anarquía, los organismos internacionales de ayuda trataban de proteger la vida de los refugiados, pero tenían que batirse en retirada cada vez que se aproximaban los saqueadores. Se lograba hacer llegar algunos víveres de emergencia, pero ¿para quién? La conquista por los rebeldes, en abril de 1997, de la capital de los diamantes del país auguró un cambio de régimen. Sin ingresos, Mobutu no podía pagar a sus tropas, que se dieron al pillaje (un soldado se tiene que ganar la vida); tampoco enterneció el corazón de las grandes potencias, por mucho que hablara francés. Nota a pie de página: por entonces, Zaire había desaparecido de las estadísticas del Banco Mundial, en una muestra de presciencia: los rebeldes, tras alzarse con la victoria y forzar en junio la dimisión de Mobutu, cambiaron el nombre del país, rebautizándolo (República Democrática del) Congo.

El segundo caso es el de Benín (antiguamente, Dahomey). Los principales productos de este país entre 1960 y 1989 fueron la propaganda marxista-leninista y los golpes de estado. Las estadísticas oficiales daban por prácticamente inexistentes la producción y el comercio. Sin embargo, Benín plantaba y cosechaba aceite de palma y cacahuetes. Sencillamente, no ponía su producción en manos de las autoridades ni de los mercados oficiales. Prácticamente todo circulaba por canales paralelos, que daban más beneficios a los campesinos de lo que jamás habrían obtenido de la junta de comercialización oficial. Los agricultores compraban el silencio de una burocracia excesivamente numerosa. De acuerdo con las cifras, por lo tanto, Benín era un cascarón vacío con una balanza comercial deficitaria y un crecimiento negativo; en realidad, era el imperio del contrabando.

La lección que puede sacarse de estos y otros casos similares es que África no está tan desfavorecida como podría parecer, sino aún más. Basta con contemplar las fotos o, en la pantalla del televisor, esos niños postrados y devorados por las moscas, todo huesos, con la piel fláccida, los ojos y los vientres protuberantes, para quedar abochornado por tanta miseria. Sabemos que los niños que estamos viendo están ya muertos en el momento en que los vemos. Veamos ahora otra escena, por ejemplo en las pintorescas páginas de la revista *National Geographic*, y nos llenarán de asombro las sonrisas y el vigor de los danzarines o de un mercader posando en escenarios exóticos. Este continente está hecho de esperanza y desesperanza, de valor y desesperación. La situación es trágica pero, de una manera u otra, las gentes encuentran formas de hacerle frente, sobrevivir, morir, multiplicarse incluso.

Mientras tanto, los funcionarios y expertos de las organizaciones internacionales elevan protestas de inocencia y falta de experiencia. «Reajuste» es la palabra de moda: un toque de libertad por aquí, un poco de realismo comercial y en los tipos de cambio por allá, y las cosas se arreglarán, hasta es posible que se alcance la prosperidad. Uno de los juegos favoritos de los economistas podría llamarse «el juego de los errores en las inferencias estadísticas». Compárense cifras más o menos comparables de diferentes países y sáquense las correspondientes conclusiones, con respecto al pasado y el futuro. Otro tanto ha ocurrido con África: como hemos visto antes, contraponiendo Nigeria a Indonesia, África ha registrado peores resultados que los países del este asiático, cuyo atraso era mayor. (La misma comparación odiosa puede hacerse entre Turquía y Corea del Sur). Pero ¿por qué no invertir la tendencia? Si Indonesia ha tenido tanto éxito, ¿por qué no lo habría de tener Nigeria? En el mismo informe del Banco Mundial donde se lamenta la evolución de África

en 1965-1990 se toma como referencia la situación de 1965 («coyuntura similar a la de África en 1990») para realizar las previsiones sobre el crecimiento de África durante el próximo cuarto de siglo. Para los expertos, niveles equivalentes en momentos diferentes constituyen coyunturas similares. Sin duda, la proporción de niños escolarizados era mayor en Asia, pero eso tiene fácil arreglo. Por lo demás, no hay ningún problema. No se mencionan en ningún momento las diferencias culturales e institucionales.

Leo en un artículo de prensa que las Naciones Unidas, en colaboración con el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, han anunciado un plan para recabar 25 000 millones de dólares estadounidenses, muy superior a los fondos que pueden recaudar dichas organizaciones (buena parte de los cuales proceden de fuentes privadas), e invertirlos en el desarrollo de África[28]. En la actualidad, veintidós de los veinticinco países más pobres del mundo están en África, y el 54 por 100 de los africanos viven por debajo del umbral de pobreza fijado por la ONU; aún más, África es la única zona donde se prevé que la pobreza seguirá creciendo durante los próximos diez años. ¿Qué pueden hacer 25 000 millones de dólares? En 1994, la deuda de las naciones africanas ascendía a un valor total de 313 000 millones de dólares (casi 2,5 veces el valor total de los ingresos de exportación), de modo que con esos 25 000 millones podrían sufragarse los intereses correspondientes a un año. Al mismo tiempo, de los 231 000 millones de dólares en concepto de inversión extranjera directa destinada en 1995 a los países del tercer mundo, tan solo 2000 millones, menos del 1 por 100, fueron a parar a África. Los hombres de negocios escogen otros destinos.

Calma: pongamos de relieve los aspectos positivos. Cuanto peor sea la situación, mayor será el margen potencial de mejoría. Unas políticas más juiciosas (reajuste estructural) pueden devolver (devolverán) a África a la senda del crecimiento. Pero aún queda mucho trabajo por delante. Los problemas del continente no se reducen a unas políticas desacertadas; el propio hecho de que las políticas sean desacertadas no es fortuito. Para tener un gobierno capaz no basta con pedirlo. A Europa le costó siglos merecerlo, así que ¿por qué lo iba a lograr África en unas cuantas décadas, cuando además arrastra el lastre del colonialismo? ¿Y si no hubiera gobierno? Ahora mismo, por ejemplo, Somalia vive en pleno vacío de poder: aunque se quisiera enviar ayuda, ¿a qué dirección mandarla? «Ni siquiera sabemos cómo enviarles un mensaje[29]».

En un mundo inestable, las políticas juiciosas están en manos del azar. En África, como en el resto del mundo pero con la diferencia de que allí el problema es más acuciante, las manecillas del reloj pueden girar hacia adelante o hacia atrás.

ARGELIA: UN PAÍS INTERRUMPIDO

Uno de los ejercicios más duros en historia de la economía consiste en desempolvar las prognosis de los expertos de ayer y comprobar su vacuidad.

En la euforia de la década de 1970, cuando Argelia nadaba en la abundancia de unos ingresos petrolíferos que se habían disparado por encima de cualquier previsión y tenía la infraestructura industrial más poderosa del continente, después de Sudáfrica, un ministro de Industria exultante predijo que Argelia sería la «primera potencia de África, y la segunda

del mundo, Japón». Por la boca muere el pez. La ecuación fábricas más equipo no equivale a producción, y producción no equivale a mercancías útiles o comercializables. Como otras naciones en vías de desarrollo habían hecho antes, incluidas las de Europa en el siglo XIX, Argelia se dispuso a dotarse de una infraestructura industrial moderna. Como algunas de dichas naciones, quiso fomentar de manera particular la industria pesada, especialmente porque la doctrina socialista ortodoxa consideraba que esa era la única opción posible. Al diablo con la ventaja comparativa (una doctrina burguesa y capitalista).

Todo este aparato costoso y propiedad del estado se caracterizaba por el sobreempleo, la ineficacia, unos precios prohibitivos para el mercado y unas cuentas trucadas. Solo podía exportarse una proporción ínfima de la producción industrial, e incluso en el mercado nacional, cautivo, buena parte de dichos productos eran inutilizables o se deterioraban rápidamente. Las fábricas cayeron cuesta abajo. Muchas cerraron sus puertas; otras se subexplotaron por falta de mantenimiento o de piezas de repuesto. El desmontaje de las máquinas para aprovechar sus piezas, sinónimo de reparaciones de fortuna, acabó con los equipos antes de tiempo. La producción cayó a un ritmo del 1,9 por 100 anual entre 1980 y 1992; y entró en recesión, pasando del 15 por 100 del PIB en 1970 al 10 por 100 en 1992[30].

Al propio tiempo, la población se triplicaba en los primeros treinta años de independencia (10 millones en 1960, 27 millones en 1993), pese a la incidencia de la emigración a Europa. El ambicioso gobierno revolucionario alentaba las familias numerosas para reforzar su poderío militar y su influencia internacional, y la reproducción se convirtió en uno de los sectores más productivos. Desgraciadamente, para ser productivos los niños primero tienen que crecer, y este rápido aumento de la natalidad (casi la mitad de la población tiene hoy menos de quince años de edad) ha supuesto una carga pesada, aunque temporal, para la economía. La promoción de la natalidad, por ejemplo, conllevó grandes inversiones en educación, pese a lo cual el 43 por 100 de la población era analfabeta en 1990, y el 55 por 100 de las mujeres[*]. También presuponía un fuerte incremento de la oferta alimentaria, aunque el país no ha ampliado su superficie arable (sigue representando el 2,9 por 100 de la superficie total, como en 1910), ha fracasado con las explotaciones agrarias colectivas y ya no puede autoalimentarse. Argelia importa cantidades cada vez mayores de alimentos básicos y no básicos (cereales, leche, azúcar, plátanos, aceite para cocinar) y los subvenciona al consumidor.

Una vez metido en harina, el gobierno ha importado también productos de consumo no perecederos para venderlos a los miembros del régimen a precios muy favorables. Los apetecibles contratos para el suministro de estos artículos se han convertido en objeto de dura competencia entre los proveedores extranjeros. Habría cabido esperar que las ofertas y contraofertas hubieran hecho bajar los precios en estas licitaciones, pero lo que ha ocurrido es que han generado sobornos más cuantiosos. Y, por grandes que sean, no constituyen más que una ínfima proporción de los ingentes recursos que representa la privatización de los fondos públicos. Los argelinos hablan de 26 000 millones de dólares estadounidenses depositados en cuentas secretas en el extranjero[31].

La compensación de las importaciones mediante las exportaciones oscilaba a principios de la década de 1990 entre el 3 y el 10 por 100, gracias casi exclusivamente a los suministros de petróleo y gas. Puede parecer una cifra poco alarmante, pero recordemos

que dos tercios de los ingresos derivados del petróleo, así como de los demás ingresos de exportación, se destinan a pagar los intereses de la deuda. (Dicho de otro modo, el petróleo está hipotecado, y las reservas se están agotando rápidamente)[32]. Argelia, como cualquier estado soberano, podría dar esquinazo a sus acreedores. Pero está obligada a contraer nuevos empréstitos, aunque solo sea para alimentarse. El FMI le ha ofrecido el clásico esquema de financiación supeditada al «reajuste estructural»: le costeará el cambio de política. El gobierno argelino lo ha aceptado sin pensárselo dos veces: cambiaremos de política. Además, está tan endeudado, que un poco más apenas se notará.

Los observadores argelinos que han recibido educación francesa han comparado el país a la cigarra de la fábula de La Fontaine:
Que faisiez-vous au temps chaud?…
Je chantais, ne vous déplaise.

¿Qué hacíais en verano?
No quisiera enojaros, pero la verdad es que cantaba[33].

Afortunadamente para Argelia, el FMI no es tan exigente como la hormiga de La Fontaine: «Así que cantabais. / Pues ahora danzad».

No le resultará fácil a Argelia cambiar. El socialismo estatal no es solo un modo de producción, es un símbolo y un legado de la revolución, una «misión irrenunciable» (por citar la constitución original), un ideal igualitario, la bandera con la cual Argelia ha tenido una influencia señera en los movimientos políticos del tercer mundo.

En los últimos años, el país ha tropezado y se ha dado de bruces. Y la herida se le ha gangrenado. Casi tres cuartas partes de la juventud, entre diecisiete y veintitrés años de edad, están sin empleo. Se les llama la «gente de la pared», porque no tienen más que hacer que recostarse contra la pared y mirar el tráfago de las calles. Son un polvorín de rencor, se pasan la vida rumiando oscuras fantasías, son carne de cañón y de bombas. La guerra civil ha matado a más de sesenta mil personas. La muerte a destiempo nunca es agradable, pero los rebeldes argelinos se han tomado la molestia de ser crueles, despachando siempre que pueden a sus víctimas por el procedimiento del degüello. Así se ahorran balas y supuestamente el asesino se acerca más a Dios[34].

Los asesinatos han sido en parte aleatorios: las víctimas, paseantes inocentes, muchos de ellos mujeres y niños. Pero los terroristas islamistas han dirigido sus ataques principalmente contra las «mujeres desvergonzadas» y las personas que ocupan puestos clave: juristas y burócratas con una formación sólida, técnicos extranjeros, líderes intelectuales. Están acabando con la libertad de pensamiento y poniendo en peligro los progresos en materia de igualdad sexual. Los extranjeros son un blanco predilecto: unos pocos asesinatos ejemplarizantes pueden desalentar a los demás y persuadirles a partir. (Lo mismo que persiguen los ataques contra turistas en Egipto). El estado responde a la violencia con su propia violencia: torturas, violaciones, asesinatos. Es de esperar que este proceso concluya algún día, pero es difícil pronosticar de qué lado se inclinará la balanza. Mientras tanto, los elementos seglares y francófonos huyen despavoridos a Francia. Los franceses no los quieren, en parte porque los argelinos reproducen fuera de casa los enfrentamientos que desgarran a su país. En Francia ya han explotado bombas del terror argelino. ¿Será una premonición?

De erudito izquierdista a presidente de Brasil: las ventajas del realismo

Durante años, Fernando Henrique Cardoso fue una figura señera de la escuela dependentista latinoamericana, un abanderado de la ideología del anticolonialismo anticapitalista. Esta doctrina había sido esbozada por el argentino Raoul Prebisch, quien se inspiró de la teoría del centro y la periferia en el proceso de explotación europea y norteamericana de las economías más débiles de ultramar, y tuvo mucho eco en los países postergados en el fondo del abismo creciente entre ricos y pobres. En las décadas de 1960 y 1970, el sociólogo Cardoso escribió o editó una veintena de libros sobre este tema. Algunos se convirtieron en textos de referencia, que alimentaron a toda una generación de estudiantes. Quizás el más conocido sea *Dependency and Development in Latin America*. En la traducción inglesa, dicho libro concluye con una profesión de fe ampulosa, poco exaltante[*]:

> La pugna efectiva… es entre el elitismo tecnocrático y una visión del proceso de formación de la sociedad industrial de masas que sea capaz de proponer lo que es popular como lo específicamente nacional y que consiga transformar la reivindicación de una economía más desarrollada y de una sociedad democrática, en la expresión de dimensiones que se articulen en el estado como manifestación de la vitalidad de fuerzas realmente populares, capaces de buscar formas socialistas para la organización social del futuro[35].

Y, en 1993, Cardoso fue nombrado ministro de Hacienda de Brasil. Se encontró con un país que registraba una tasa anual de inflación del 7000 por 100. El gobierno tenía tal síndrome de dependencia con respecto a esta droga monetaria y los brasileños habían encontrado medidas tan personales como ingeniosas de combatirla (los taxistas usaban taxímetros que podían ajustarse en función del índice de los precios y, en ocasiones, del cliente), que economistas perfectamente cabales estaban dispuestos a restar importancia a esta volatilidad, con el pretexto de que la certidumbre de la inflación era una forma de estabilidad.

Quizás fuera cierto para los brasileños en condiciones de tomar las debidas precauciones; pero la inflación estaba arruinando el crédito internacional de Brasil, y el país necesitaba préstamos. También precisaba comerciar y colaborar con otros países, especialmente con las naciones ricas y capitalistas consideradas enemigas. Cardoso empezó a ver las cosas bajo una nueva luz, hasta el punto de que los observadores alabaron su pragmatismo, característico de un hombre «sin bagaje ideológico excesivamente radical[36]». Se olvidó de su fobia colonialista, de su hostilidad a las relaciones con el extranjero, por la dependencia que conllevaban implícitamente. Brasil no tiene opción, afirma Cardoso. Si no se prepara para formar parte de la economía global, no «tendrá forma de competir… No es una imposición exterior. Es una necesidad absoluta para nosotros[37]».

A nuevos tiempos, nuevos usos. Dos años después, Cardoso fue elegido presidente, en buena medida porque había dado a Brasil la primera moneda fuerte que tenía desde hacía años: el real, cotizado ligeramente por encima del dólar estadounidense. El real sigue en vigor, y ¡qué motivo de orgullo nacional: sigue valiendo más de un dólar!

Epílogo: una moneda estable no es la panacea. A mediados de 1996, las finanzas públicas registraron un agravamiento del déficit; el crecimiento de las exportaciones se

había ralentizado; la producción real había disminuido durante el primer trimestre; los tipos de interés reales, aunque habían bajado, seguían siendo prohibitivos, el aumento de la productividad en las fábricas se había estancado, y en 1995 incluso se registraron tasas negativas en sectores tan importantes como la metalurgia, la maquinaria y los textiles[38].

Capítulo XXIX

¿CÓMO HEMOS LLEGADO HASTA AQUÍ? ¿ADÓNDE VAMOS?

El balance de nuestro milenio parece bastante claro. De un mundo de imperios y reinos grandes y pequeños, con un cierto equilibrio en el reparto de la riqueza y el poder, hemos pasado a un mundo de naciones-estado, algunas mucho más ricas y poderosas que otras. De centenares de millones de habitantes, hemos pasado a 6000 millones, y suma y sigue. Empezamos trabajando con herramientas modestas aunque ingeniosas: hoy dominamos máquinas enormes y fuerzas invisibles. Nos hemos desembarazado de la magia y la superstición, hemos pasado de los experimentos torpes y la observación inteligente a un acervo inmenso y en continuo crecimiento de conocimientos científicos, que generan una corriente continua de aplicaciones útiles[*].

La mayor parte de estos adelantos han sido para bien, aunque el progreso intelectual y material ha sido desvirtuado a menudo, utilizándose para fines malévolos y destructivos. O utilizado sin más, con consecuencias involuntarias pero atroces[1]. Lo que sabemos de la naturaleza no tiene nada que ver con lo que sabemos del hombre, hay un desfase entre nuestra aprehensión del mundo exterior y la ignorancia del hombre. Sin embargo, pocas personas estarían dispuestas a volver a épocas anteriores. Quienes se evaden del rico mundo material buscando la regeneración espiritual en la naturaleza quizás dejen sus relojes atrás, pero se llevan consigo libros, gafas y ropa producida en fábricas; en ocasiones también reproductores de CD. Y por lo general saben cómo obtener asistencia médica cuando la precisan.

Adviértase que mi premisa sobre las ventajas y los beneficios que en último término nos han deparado los conocimientos científicos y las capacidades tecnológicas está hoy siendo objeto de duros ataques, incluso entre los popes de la disciplina. Las razones de esta reacción, a menudo formuladas en términos de prevalencia del *sentimiento* sobre el *saber*, van desde el desencanto ante el paraíso inencontrado hasta el miedo y el resentimiento de legos de incalculable sabiduría[2]. Los hay milenaristas: esperan que una revolución apocalíptica enderece los entuertos y reparta felicidad. Los socialistas y comunistas fieles a Marx, aunque defiendan de puertas afuera la ciencia, entran en esta categoría. A otros les embarga la nostalgia, quieren retrotraerse a sociedades sin estados, comunales y primitivas. El primer grupo ilustra a la perfección la imposibilidad humana de concretar las buenas intenciones. El segundo está escupiendo contra el viento. El mundo no va en esa dirección[*].

Hasta hace muy poco, a lo largo de este proceso de mil y más años que la mayor parte de la gente considera progreso, el factor clave —la fuerza motriz— ha sido la civilización occidental y su propagación: el saber, las técnicas, las ideologías políticas y sociales, para bien o para mal. La difusión de este nuevo saber se debió en parte al ejemplo del imperio occidental, una lección de cómo los conocimientos y la pericia técnica dan poder, en parte a las enseñanzas de Occidente y en parte a la emulación. Su propagación ha sido desigual, y determinadas personas han querido restar importancia al valor ejemplar de Occidente, viendo en él a un agresor.

Hoy en día, la mera exposición de estos hechos puede llegar a constituir una agresión. En un mundo caracterizado por unos valores relativistas y la igualdad desde el punto de vista ético, la simple mención de una historia universal que tenga su eje en Occidente (o eurocéntrica) se tilda de arrogante y uno es acusado de seguirle el juego a la opresión. Su objetivo último sería, nos dicen, «justificar el dominio occidental sobre el este destacando la superioridad europea[3]». En lugar de ello, deberíamos acercamos a una historia multicultural, globalista e igualitaria, que diga algo (preferiblemente algo bueno) acerca de todo el mundo. La contribución europea —ni más ni menos que la invención y la definición de la modernidad— debería considerarse accidental o, por usar el término en boga, contingente.

Hemos visto manifestaciones de esta eurofobia en estudios recientes sobre la era de los viajes y los descubrimientos. Se ha dicho que los chinos podrían (deberían) haber descubierto las Américas. O los japoneses, o los africanos. Quizás lo hicieran. Europa tuvo suerte, simplemente. O, visto desde el despecho, los europeos no tuvieron suerte. Fueron perversos y depravados. Robaron la plata del Nuevo Mundo, la usaron para costear el imperio y el comercio en Asia, aniquilaron a pueblos más civilizados y luego se enorgullecieron de su prosperidad, sus adelantos técnicos, su misión civilizadora y su espiritualidad.

Ante todo, dicen los globalistas, la supremacía europea no se explica «esencializándola», esto es, vinculándola a las instituciones y civilización europeas. No se explica en función de «presencias» europeas, sino de «ausencias». Así, los apólogos niegan *a priori* la evidente falta de correspondencia entre la curiosidad sistemática de Europa acerca de las civilizaciones y culturas extranjeras y la relativa indiferencia de esos «otros», reafirmando inconscientemente el contraste entre ambos bandos[4]. Lo importante, dicen algunos globalistas, es que *no hay nada que explicar*. O, si se prefiere, puede «problematizarse» la historia europea y no europea incluyendo en ella lo que no ocurrió: «las derrotas, a idéntico título que las victorias, forman parte de la historia[5]». Naturalmente, al estudiar el fracaso dejamos la puerta abierta a una refutación sesgada: ¿quién dice que los no europeos hubieran perseguido metas idénticas a las occidentales?

Esta línea de pensamiento antieurocéntrico es lisa y llanamente antiintelectual, además de que la contradicen los hechos. Pero muy popular, especialmente entre los occidentales supuestamente chovinistas. Los nuevos globalistas, al no apreciar el mensaje, quieren matar al mensajero, tratando de negar la historia. La hegemonía europea es un hecho histórico[*]. Lo que deberíamos hacer es preguntarnos el *porqué*, ya que las respuestas nos ayudarán a comprender el hoy y a anticipar el mañana[6].

A los historiadores les gusta mirar hacia atrás, no hacia adelante. Tratan de comprender y explicar los hechos. Los economistas también quieren conocer el pasado, pero solo dan crédito a lo que saben en la medida en que concuerda con la teoría y la lógica y, dado que parten de la seguridad que les dan unos principios básicos, sienten menos aversión a predecir el futuro basándose en criterios racionales. Naturalmente, los economistas admiten la posibilidad de que se produzcan accidentes y acontecimientos irracionales, pero que a la larga solo retrasan lo que es inevitable desde el punto de vista de la lógica. La razón acabará triunfando porque la razón es rentable. Más siempre es mejor, de modo que el mejor objetivo posible es la prosperidad material.

Así que, mientras los historiadores son agnósticos acerca del futuro, es decir, pesimistas virtuales, los economistas y los hombres de negocios tienden a ser optimistas[7]. El optimismo se refiere, sobre todo, al incremento de la riqueza, a lo que Adam Smith llamó «el progreso natural de la opulencia». Hasta para los pobres: «Según prácticamente todos los criterios de evaluación, la vida está mejorando en las naciones en desarrollo[8]». Y se está prolongando: los datos sobre la esperanza de vida deberían servir para zanjar la cuestión. Asimismo, los pobres son *en promedio* menos pobres. No es que sean menos numerosos, sino que están en mejores condiciones. Los economistas opinan hoy que el mundo continuará enriqueciéndose, que los pobres se pondrán al nivel de los ricos, que las islas de crecimiento se convertirán en continentes y que el saber permitirá resolver problemas y vencer los obstáculos materiales y sociales que entorpecen el camino hacia el progreso[*]. Así fue y así será.

Los economistas no han pensado siempre lo mismo[*]. Los sucesores de Adam Smith auguraron que se produciría un estancamiento: Malthus, con su teoría de la presión inexorable de la población sobre la oferta alimentaria; Ricardo, con su tesis del «estado estacionario» al que llegaríamos cuando el crecimiento de la población provocara la escasez de las tierras y de sus rentas; Jevons, que esgrimía el fantasma del agotamiento del combustible. En aquellos tiempos, la economía recibía el apodo de «la ciencia lúgubre». El progreso posterior ha aliviado esos temores, aunque para algunos la sentencia de muerte malthusiana solo ha sido pospuesta[*].

Mientras tanto, un nuevo jinete se ha unido a los del apocalipsis: la catástrofe ecológica. Ya no hay por qué preocuparse por el agotamiento de este o aquel combustible: la tecnología le encontrará sustitutos[9]. Pero sí que hay que tener en cuenta el serio, progresivo y posiblemente irremediable deterioro que estamos causando al medio ambiente. Esta amenaza al bienestar está directamente vinculada con el desarrollo económico, ya que los desechos, la contaminación y la degradación medioambiental crecen en relación directa con la riqueza y la producción. *En igualdad de condiciones, son los ricos los que envenenan la tierra*.

Naturalmente, los ricos advierten el peligro —al menos algunos— y su prosperidad les permite gastar recursos en limpieza y verter sus residuos en el extranjero[*]. También ofrecen infinidad de consejos ecológicos a los nuevos países en vías de industrialización, quienes replican denunciando rápidamente la contaminación perpetrada por los países hoy ricos en sus períodos de crecimiento. ¿Por qué habrían de ser los rezagados de hoy más cuidadosos? Además, la mayoría de los países en vías de desarrollo está dispuesta a pagar

el precio medioambiental: salarios y riquezas hoy; enfermedades y muerte al final del camino. Es cierto que nadie les ha sondeado al respecto, pero parece bastante plausible que fuera esa su opción. Los jóvenes —y los países en desarrollo están llenos de jóvenes— se creen inmortales. Mientras tanto, ¿quién puede reducir la contaminación y la enfermedad? Los ricos tienen miedo, los pobres no. Los ricos tienen mucho más que perder.

Si alguna lección puede sacarse de la historia del desarrollo económico, es que la cultura es el factor determinante por excelencia. (En este sentido, Max Weber tenía razón). Pensemos en el espíritu de empresa de las minorías expatriadas: los chinos en el este y sureste asiáticos, los indios en África oriental, los libaneses en África occidental, los judíos y los calvinistas a lo largo y ancho de casi toda Europa, y así sucesivamente. Pero la cultura, entendida como el conjunto de actitudes y valores íntimos que guían la conducta de una población, asusta a los académicos. Desprende cierta fetidez sulfúrea a raza y herencia, tiene algo de predeterminación. En sus momentos más reflexivos, los economistas y sociólogos admiten que no es así, y saludan los ejemplos de cambios culturales positivos mientras deploran los negativos. Pero saludar y deplorar presuponen la pasividad del observador, su incapacidad de usar sus conocimientos para alterar pueblos y situaciones. Los técnicos, en cambio, son hombres de acción: cambiarían los tipos de interés y de cambio, liberalizarían el comercio, enmendarían las instituciones políticas, gestionarían. Además, las críticas culturales rozan muy de cerca el ego, pueden agraviar identidades y autoestimas. Cuando proceden de fuera, estas muestras de aversión, por mucho tacto y discreción con que se expresen, son de una condescendencia insoportable. Los perfeccionistas de la benevolencia han aprendido a huir de ellas como del diablo.

Además, si la cultura es tan poderosa, ¿por qué no tiene una influencia coherente? Los economistas no son los únicos que se preguntan por qué algunos —los chinos, pongamos por caso— han sido durante mucho tiempo tan improductivos en casa y al propio tiempo tan emprendedores en el extranjero. Si la cultura es un factor determinante, ¿por qué no ha cambiado a China? (Hoy lo está haciendo). Un amigo economista, maestro en terapias político-económicas, resuelve esta paradoja rechazando que exista vinculación alguna. La cultura, afirma, no le permite elaborar predicciones sobre la producción. No estoy de acuerdo. Podría haberse previsto el éxito económico durante la posguerra de Japón y Alemania teniendo en cuenta los factores culturales. Lo mismo puede decirse de Corea del Sur frente a Turquía, o de Indonesia frente a Nigeria.

Por otra parte, la cultura no es un factor aislado. El análisis económico quiere creer que una buena razón debería bastar, pero los factores desencadenantes de procesos complejos son invariablemente múltiples y están invariablemente interrelacionados. Las explicaciones monocausales no son suficientes. Unos valores que no prosperan debido al «mal gobierno» en un país pueden encontrar terreno abonado en otro. Lo que explica el éxito sorprendente de las empresas de los emigrantes. Los griegos antiguos, como de costumbre, los designaban con una palabra específica: los «metecos», o residentes extranjeros, eran el sustrato fértil de sociedades que despreciaban la artesanía (de ahí que *banausic*, del griego *banausikós*, «artesano», tenga una acepción peyorativa en inglés) y el dinero. Eran los extranjeros quienes buscaban y vendían los productos y hacían dinero.

Debido a la vinculación entre cultura y resultados económicos, los cambios registrados en un factor afectan al otro. En Tailandia, todos los jóvenes aptos solían pasar varios años de aprendizaje religioso en monasterios budistas. Este período de maduración era

beneficioso para el espíritu y el alma, y cuadraba con el ritmo soñoliento de la actividad económica y la mano de obra tradicionales. Eso ocurría en el pasado. Hoy, Tailandia se mueve con mayor rapidez, el comercio prospera, los negocios atraen a la gente. Esto hace que los jóvenes se espiritualicen durante unas pocas semanas, las justas para aprender algunas oraciones y ritos y volver al mundo real, material. El tiempo, que como todo el mundo sabe es oro, ha cambiado de valor relativo. Este cambio, esta revolución, podríamos decir, no podría haberse impuesto desde arriba. Son los propios tailandeses quienes han alterado voluntariamente su orden de prioridades.

Este fenómeno ilustra la respuesta de la cultura al crecimiento y las oportunidades que ofrece la economía. Lo contrario también puede darse: la cultura puede volverse contra el espíritu de empresa. Ahí está el caso de Rusia, donde setenta y cinco años de inculcación de teorías contrarias a la lógica del mercado y del beneficio, así como de privilegios para los miembros del régimen, han engendrado y afianzado una mentalidad antiempresarial. Incluso después de la caída del régimen, las fluctuaciones del mercado provocan pavor; se echa de menos el tedio seguro de los empleos públicos. O de la igualdad en la pobreza. Como dice un chiste ruso, el campesino Iván siente envidia de su vecino Boris, porque Boris tiene una cabra. Un hada se le aparece y le ofrece a Iván un solo deseo. ¿Cuál es su deseo? Que la cabra de Boris se muera.

Afortunadamente, no todos los rusos piensan igual. El derrumbamiento de los interdictos e inhibiciones marxistas ha propiciado cierta efervescencia en el mundo de los negocios, especialmente el tráfico de iniciados, en parte vinculado al mundo del crimen y en una proporción aún mayor a las minorías no rusas (armenios, georgianos *et al*.). Hay un caldo de cultivo, y a menudo eso es suficiente: la iniciativa de unas minorías emprendedoras, diferentes. Mientras tanto, las viejas costumbres se resisten a desaparecer, la corrupción y el crimen campan por sus respetos, la guerra cultural se ha desencadenado, las elecciones dependen de estos factores y el resultado de este proceso es incierto[*].

Convergencia es la consigna actual, la promesa de una posible igualdad, de la universalización de la prosperidad, la sanidad y la felicidad. En cualquier caso, eso es lo que nos dice la teoría económica, dando por sentada la movilidad de los factores de producción.

Los hechos son harina de otro costal. Las cifras relativas al pequeño número de países industriales avanzados parecen confirmar la teoría de la convergencia, aunque algún país se descuelgue a veces del grupo. ¿Seguirá Japón en cabeza? ¿Seguirá rezagándose el Reino Unido, o son las buenas noticias de esta década la promesa de un mañana risueño? ¿Será el siglo del este de Asia? ¿Y Estados Unidos? Los norteamericanos deberían recordar qué ocurrió cuando los británicos se negaron a afrontar sus problemas, en lugar de dejarse consolar por previsiones optimistas. El inconveniente de las artes adivinatorias es que los oráculos no se responsabilizan de sus errores. Y, aunque lo hicieran, nadie les vuelve a hacer caso, y ellos por su parte solo recuerdan sus predicciones acertadas. (Además, recordemos la regla de oro: *cuando* lo dije, tenía razón).

Mientras tanto, los países avanzados y los atrasados, los ricos y los pobres, no parecen aproximarse. Los devoradores de estadísticas más optimistas señalan que se está produciendo una miniconvergencia a escala global, pero colocan a Asia entre los pobres, y solo el éxito destacado del este de dicho continente produce esta ilusión óptica. África y

Oriente medio todavía no van a ninguna parte. Latinoamérica está registrando resultados contradictorios, en el tiempo y en el espacio. El antiguo bloque socialista está en proceso de transición: algunos países suben; otros, y en particular la antigua Unión Soviética, van dando bandazos.

¿Y qué hay de las contingencias y las catástrofes? Son tantos los factores de fracaso —guerras, revoluciones, desastres naturales, malos gobiernos, crímenes, ideologías antiproductivas—, que los casos de éxito parecen extremadamente delicados y dependientes del *statu quo*. Los periódicos lanzan mensajes cotidianos de esperanza: la India está cambiando y empieza a atraer la inversión extranjera; se restauran la paz y el orden en Sierra Leona; después de años de conflictos, Argentina vuelve a primer plano; Rusia hierve de entusiasmo al enterarse de que Pepsi-Cola tiene la intención de realizar nuevas inversiones. ¿Pueden considerarse definitivas estas coyunturas favorables? Un día sí y otro no, el mismo periódico alarma sobre los problemas y regresiones que se han producido.

La colonia británica de Hong Kong quizás sea el mejor ejemplo de incertidumbre e inestabilidad. Volvió a soberanía china el 1 de julio de 1997. Los resultados de este traspaso todavía se desconocen. China puede optar por salvaguardar ese islote o por obligarlo a ajustarse a los dictados de la economía del continente. Naturalmente, parece poco probable que decida matar a una gallina que pone tantos huevos de oro. Pero ¿hasta qué punto tienen importancia los huevos de Hong Kong en el panorama global de China? Además, en la historia se han dado muchos casos de actos igualmente irracionales, y este país tiene una larga tradición en sacrificar el comercio a los principios que sustentan el imperio. Mientras tanto, las empresas familiares de Hong Kong han adoptado precauciones para las dos eventualidades, que se queden o se tengan que ir. Se han convertido en ciudadanos de refugios más seguros (aproximadamente 600 000 tienen pasaportes extranjeros[10]). También aprenden a hablar mandarín, además de su cantonés de origen, y sustituyen los ejecutivos occidentales por chinos[11]. Una estrategia «minimax» racional: reducir al mínimo las máximas pérdidas posibles.

¿Son la globalización y la convergencia preludio del fin de la era de las políticas nacionales? ¿Ha dejado de tener sentido la propia idea de competitividad económica internacional? El economista Paul Krugman lo cree así: «los argumentos [de quienes abogan por una economía nacional] se deben a su incapacidad de comprender los hechos y conceptos económicos más elementales[12]».

Una opinión perentoria y tajante, pero ante la que no han dado su brazo a torcer los partidarios de la intervención estatal. Estamos ante dos objetivos, como son el poder y la prosperidad, y ante dos ideales, cuales son la justicia distributiva y la eficacia impersonal. Son interdependientes, aunque cada uno de ellos tiene su propio atractivo, electorado y justificación.

Entre los profesionales de la teoría económica, las opiniones difieren. Los neoclasicistas lo niegan: para ellos, no hay señales más claras que las que lanza el mercado. En este aspecto, siguen la senda marcada por el gran maestro: «Las grandes naciones nunca serán empobrecidas por el sector privado, aunque a veces sí lo sean por el despilfarro y la mala gestión del sector público. El conjunto, o casi toda la renta pública, se utiliza en la mayoría

de los países para mantener a seres improductivos[13]». Adam Smith temía que estos siervos de su rango social consumieran la producción precisa para mantener a los miembros productivos de la sociedad. (En algunos países ocurre).

Pero, al mismo tiempo, Adam Smith reconocía que el estado puede hacer (y, de hecho, hace) algunas cosas mejor que las empresas privadas, como la política de defensa o los servicios de policía. En la Turquía otomana, los servicios de bomberos estaban en manos de compañías privadas, que acudían prestamente en cuanto se disparaba la alarma. Competían entre sí y negociaban el precio *in situ* con los propietarios del edificio. Mientras negociaban, el fuego se iba extendiendo y las ofertas bajaban. O se multiplicaban: los vecinos tenían interés en contribuir al fondo. En este tira y afloja de mezquindad y codicia, más de un incendio se propagaba al vecindario.

El problema es especialmente acuciante en los países carentes de espíritu de empresa. En un mundo caracterizado por la rapidez de los cambios y la intensidad de la competencia internacional, ¿puede la sociedad permitirse esperar a que surja espontáneamente la iniciativa privada? Pensemos en el papel del estado en sociedades ejemplares como la de Corea, Taiwán o incluso Japón, donde ha espoleado, protegido y guiado a las empresas en un mercado teóricamente libre. A lo cual los defensores del mercado libre podrían replicar recordando el caso de Pearl Harbour.

En suma, los resultados son contradictorios. La intervención del estado recuerda a la niña pequeña que tenía un ricito en mitad de la frente: cuando se portaba bien, le sentaba a las mil maravillas; cuando se portaba mal, estaba feísima.

Además, el estado puede aportar una contribución de primer orden en defensa del mundo de los negocios. Los funcionarios siempre podrán caer en la tentación (soborno); eso forma parte de la naturaleza humana. Pero el crecimiento de los salarios y las gratificaciones en el sector privado de las economías en expansión ha potenciado y acelerado esta «venalización» del gobierno y la administración. Los hombres con dinero pueden comprar a los hombres con poder. Los presidentes y primeros ministros actúan como viajantes de comercio y calibran su éxito en función de los tratos cerrados y los contratos firmados. Los británicos están estudiando la posibilidad de reemplazar el yate real por una nave aún más grande, que vendría a ser un crucero para dos, más los invitados. Dicho transatlántico costaría cientos de millones de libras esterlinas y, si nos dejamos guiar por la experiencia, sería más caro mantenerlo en activo que construirlo, especialmente porque un juguete tan caro está pidiendo ser usado. (La realeza desconoce la doctrina de los costes ocultos). No tiene ninguna importancia. Los defensores de este buque aseguran al contribuyente que será un revulsivo del comercio. Al mismo tiempo, en otros casos, los ideales se pliegan a los intereses. ¿China se porta mal? El mejor modo de corregirla es no decir nada y seguir con los negocios. Habrá quien lo considere una muestra de cinismo, pero puede ser un remedio tan eficaz como cualquier otro contra la irracionalidad del despotismo.

El proceso de selección sigue adelante. La búsqueda característica de nuestra época de mano de obra barata ha desplazado los puestos de trabajo de los países ricos a los pobres o, más exactamente, a algunos países pobres[14]. Para unos la felicidad, para otros las privaciones. Esta mezcla de noticias buenas y malas es típica de las fases de cambio económico. Los economistas y los moralistas aplauden la racionalidad de estas

transferencias, ya que son reflejo de la ventaja comparativa y, por lo tanto, deseables y sensatas. ¿Por qué habrían de ser los puestos de trabajo menos apetecibles para los malayos o los mexicanos que para los norteamericanos o los alemanes? La respuesta procede nuevamente de Krugman: «Habría cabido esperar que todo el mundo se alegrara de este cambio en el panorama mundial, de ver que la rápida mejoría en las condiciones de vida de cientos de millones de personas, muchas de las cuales eran antes tremendamente pobres, era un progreso y constituía una ocasión propicia para una prosperidad sin precedentes en la historia[15]».

Esta actitud no responde a ninguna razón en particular, salvo quizás a la rabia de quienes han perdido la posibilidad de un empleo y a que, en las naciones industriales avanzadas, estas personas votan. También se manifiestan y sublevan. Los observadores que se inquietan por los errores de la política comercial «estratégica» podrían ocuparse en lugar de ello de los riesgos y los costes que acarrearía un conflicto. Un economista magnánimo podría aducir que las naciones no compiten entre sí como los consorcios, o que la pérdida de mercados de exportación y de empleos no perjudica tanto como se dice a un país tan rico como Estados Unidos[16], o que las trabas a la importación no fomentarán la productividad ni elevarán el nivel de vida en los países que las impongan, o que la pérdida de puestos de trabajo en sectores que han dejado de ser «ventajosos» será compensada mediante la creación de otros empleos en otras esferas. Estos argumentos y esta sutileza no aliviarán a los trabajadores ni a los sindicatos, inquietos por el peligro de emigración de los empleos. Tampoco consolarán a quien pierde un puesto de trabajo y se ve obligado a aceptar otro menos gratificante y peor retribuido, o a quien tiene esa edad tardía en la cual la mera idea de volver a empezar de cero resulta odiosa[17].

Más indignantes todavía son los despidos constantes, cuando al mismo tiempo se está incitando a la opinión pública a alegrarse ante la perspectiva de automóviles y televisores más baratos, que ya no pueden comprar, y se les aconseja que se dediquen a plantar soja o se dejen esclavizar a sus cuentas bancarias por un crédito. Recordemos que ese consejo fue el que John Bowring dio a los estados miembros de la *Zollverein* alemana en 1840: plantad trigo y vendedlo para comprar productos británicos. Una demostración encomiable de sensatez económica, pero Alemania se habría empobrecido de hacerle caso. La ventaja comparativa de hoy, como hemos visto, puede no ser la de mañana. ¿Es legítima la protección solo en el caso de las industrias incipientes? ¿Están los países ricos moralmente obligados a congelar los programas a los cuales se acogen habitualmente los países en desarrollo? Los partidarios de la teoría de la dependencia llevan mucho tiempo insistiendo en la injusticia de un comercio supuestamente desigual entre los poderosos y los débiles, los ricos y los pobres. Pero la desigualdad se da en ambos sentidos.

Estas preguntas no tienen una respuesta sencilla ni unánime. Una cosa es abogar por una política pública activa y otra muy distinta tomar las medidas pertinentes y llevarlas a la práctica. Sin embargo, en mi opinión algo está fuera de toda duda. La tendencia actual a la propagación de la industria global conllevará para los países ricos un ajuste a la baja de los salarios, una creciente desigualdad en los ingresos y/o tasas muy elevadas de desempleo (¿transitorio?). Nadie ha derogado la ley de la oferta y la demanda. La mayoría, por no decir la totalidad de los economistas, discreparán, por creer a pies juntillas en el principio

sacrosanto de que el comercio es beneficioso para todos. La competencia internacional, alegan, es un juego de suma positiva: todo el mundo sale ganando.

A largo plazo. No es este el lugar más apropiado para tratar de pasar revista, en unas pocas páginas, a las diferentes opiniones en esta materia, que sigue generando una copiosa documentación[18]. Me limitaré a afirmar aquí, basándome en los antecedentes históricos, que:

- Los beneficios derivados del comercio son desiguales. Como la historia ha demostrado, unos países registrarán resultados mucho mejores que otros, por la razón principal de que la ventaja comparativa no es la misma para todos, y de que algunas actividades son más lucrativas que otras. (Un dólar no es un dólar, que no es un dólar). Precisan y generan mayores beneficios en conocimientos y en pericia, en una espiral ascendente.
- La exportación e importación de puestos de trabajo no puede equipararse al comercio de productos de consumo. En teoría, es posible que ambos sean fungibles, pero los hombres no deberían entrar en estas comparaciones.
- La ventaja comparativa no es inamovible; puede hacerse beneficiosa o perjudicial.
- Siempre es bueno tener en cuenta el mercado y acomodarse a su evolución. Pero el mero hecho de que el mercado dé señales de algún tipo no implica que las personas reaccionen oportuna ni convenientemente. Algunas lo harán mejor que otras, y la cultura puede ser un factor determinante a este respecto.
- Para algunos es más fácil y agradable apoderarse de lo ajeno que producir por sí mismos. Esta tentación está latente en todas las sociedades, y solo la formación moral y la vigilancia pueden mantenerla a raya.

Con todo, no quiero propugnar ninguna política nacional específica, en especial porque la intervención activa puede resultar tan beneficiosa como contraproducente. Cada caso debe juzgarse en función de su valor, y los gobiernos son capaces de cometer errores tan o más graves que los hombres de negocios que tratan de configurar el mercado y actuar en él. (Y viceversa. En buena medida depende de cuáles sean las prioridades: riqueza, igualdad, seguridad, salvación o lo que usted quiera)[19]. Tan solo quiero precisar que la tendencia actual a la propagación de la tecnología a los países cuyo desarrollo empieza a compensar su retraso ejercerá una formidable presión sobre los países pudientes, especialmente sobre los que queden fuera de las uniones en defensa de intereses económicos comunes y, al mismo tiempo, se seguirán regalando «chucherías» y esperanza a algunos de los desheredados y desesperación, agravios e ira a muchos más.

Por supuesto que los países ricos e industriales pueden defenderse (aliviar sus dolencias, pero no erradicarlas) manteniéndose en la cresta de la ola de la investigación, desplazándose a sectores nuevos y en expansión (creando nuevos empleos), aprendiendo de los demás, descubriendo los nichos de mercado apropiados, estimulando y explotando las aptitudes y los conocimientos. Pueden seguir mucho tiempo al mando de la nave y con una red de seguridad debajo, ayudando a los perdedores a capacitarse, a generar puestos de trabajo o simplemente a inhibirse. En buena medida todo dependerá de su espíritu de empresa, de su sentido de identidad y de compromiso con respecto al bienestar común, de su autoestima, de su capacidad para transmitir estos activos de generación en generación.

Pero ¿qué sucederá con los pobres, los atrasados y los desaventajados? A fin de cuentas, los países ricos e industriales, pese a la presión de la nueva competencia, están en una situación tan superior que no suscitan inquietud ni simpatía. Los problemas no pueden anteponerse a su deber, más moral que cautelar, para con los menos afortunados. ¿Deben dar por el mero hecho de dar? ¿Dar solo cuando tenga sentido (o sea rentable) hacerlo? ¿Dar, como hacen los banqueros, preferentemente a quienes no necesitan ayuda? ¿Amor apasionado o tibio? ¿Ambos? Si planteo estas preguntas no es porque conozca las respuestas (solo los verdaderos creyentes pretenden conocerlas), sino porque hay que ser consciente del embrollo inextricable de móviles contradictorios y de efectos contrapuestos que caracteriza la situación actual. El descenso por estos rápidos fluviales exige reajustes y correcciones constantes, especialmente difíciles porque la política general está muy constreñida por las políticas nacionales.

¿Y qué ocurre en concreto con los pobres? La historia nos enseña que la cura más eficaz contra la pobreza reside en sus propias víctimas. La ayuda exterior puede aportar algún alivio pero, como la riqueza caída del cielo, también puede ser perjudicial. Puede desalentar a los beneficiarios de acometer esfuerzos propios y propiciar un complejo de incapacidad paralizante. Como dice un proverbio africano, «la mano que recibe siempre está por debajo de la mano que da[20]». No, lo que cuenta es el trabajo, la capacidad de ahorro, la honestidad, la paciencia y la tenacidad. Los pueblos que viven bajo la amenaza del hambre y la miseria pueden tener la tentación de sumirse en una indiferencia egoísta. Pero, en último extremo, no hay mayor empobrecimiento que el autoempobrecimiento personal.

Todo cuanto antecede puede parecer una retahíla de clichés, el tipo de lección que se oía en casa y en la escuela cuando los padres y los profesores pensaban que tenían la sagrada misión de educar y criar a sus hijos. Hoy miramos con condescendencia estas verdades, las tildamos de perogrulladas. Pero ¿por qué habría de quedar obsoleta la sabiduría? Estamos viviendo en la era de los postres: queremos que las cosas sean dulces. Somos demasiados quienes trabajamos para vivir y para vivir felices. No hay nada malo en ello, lo único que ocurre es que esta actitud no fomenta una tasa elevada de productividad. ¿Queremos más productividad? Entonces tendríamos que vivir para trabajar y ver la felicidad como un producto derivado.

No es fácil. Las personas que viven para trabajar son una élite pequeña y afortunada. Pero es una élite abierta a todo el mundo, que surge espontáneamente, está compuesta por gentes que tienden a ver el lado positivo de las cosas. En este mundo, los optimistas se llevan el gato al agua, no porque siempre tengan razón, sino porque son positivos. Incluso cuando están equivocados son positivos, y esa es la senda que conduce a la acción, a su enmienda, su mejoría y al éxito. El optimismo educado y despierto recompensa; el pesimismo solo puede ofrecer el triste consuelo de tener razón.

La gran lección que puede sacarse de lo dicho es que es necesario no cejar en el empeño. Los milagros no existen. La perfección es inalcanzable. No hay milenarismos. Ni apocalipsis. Hay que cultivar una fe escéptica, evitar los dogmas, saber escuchar y mirar, tratar de despejar y fijar los fines para poder escoger mejor los medios.

… Te pongo delante vida o muerte, bendición o maldición. Escoge la vida.
Deuteronomio, 30:19

BIBLIOGRAFÍA

Abdelaziz, Malika, «Une économie paralysée», *Courrier International*, 156 (28 de octubre de 1993), p. 12.

Abe, Etsuo, y Robert Fitzgerald, eds., The Origins of Japanese Industrial Power: Strategy, Institutions and the Development of Organisational Capability, Cass, Londres, 1995.

Abel, Christopher, y Colin M. Lewis, eds., Latin America, Economie Imperialism and the State: The Political Economy of the Extemal Connection from Independence to the Present, Athlone Press, Londres, 1985.

Abemathy, William J., y Kim B. Clark, «Notes on a Trip to Japan: Concepts and Interpretations», *Graduate School of Business Administration*, Harvard University Working Paper, HBS 82-58, 1982.

—, *y Alan M. Kantrow, Industrial Renaissance: Producing a Competitive Future for America, Basic Books, Nueva York, 1983*.

Ablin, Eduardo, y Jorge M. Katz, «From Infant Industry to Technology Exports: The Argentinian Experience in the International Sale of Industrial Plants and Engineering Work», en Katz, ed., *Technology Generation*, pp. 446-477.

Abramovitz, Moses, «Manpower, Capital, and Technology», en Ivar Berg, ed, *Human Resources and Economie Welfare: Essays in Honor of Eli Ginzburg*, Columbia University Press, Nueva York, 1972.

—, «Catching-up, Forging Ahead and Falling Behind», *Journal of Economie History*, 46, 2 (junio de 1986), pp. 385-406.

—, *Thinking About Growth, and Other Essays on Economie Growth and Welfare, Cambridge University Press, Cambridge, 1989*.

—, «The Search for the Sources of Growth: Areas of Ignorance, Old and New», *Journal of Economie History*, 53, 2 (junio de 1993), pp. 217-243.

—, y Paul A. David, «Reinterpreting Economie Growth: Parables and Realities», *American Economie Review*, 63, 2 (mayo de 1973), pp. 428-439.

—, «Convergence and Deferred Catch-up: Productivity Leadership and the Waning of American Exceptionalism», en Landau, Taylor y Wright, eds., *Mosaic of Economie Growth*, 1994, pp. 21-62.

Achavanuntakul, Sarinee, «Effects of Government Policies on Poverty Incidence and Income Distribution in Thailand», *Senior Honors Essay in Economics*, Harvard College, 1996.

Adams, Robert McC., Paths of Fire: An Anthropologist's Inquiry into Western Technology, Princeton University Press, Princeton, 1996.

Adas, Michael, Machines as the Measure of Men: Science, Technology, and Ideologies of Western Dominance, Cornell University Press, Ithaca, 1989.

—, ed., *Islamic and European Expansion: The Forging of a Global Order*, Temple University for the American Historical Association, Filadelfia, 1993.

—, «"High" Imperialism and the "New" History», en Adas, ed., *Islamic and European Expansion*, pp. 311-344; también en «Essays on Global and Comparative History», American Historical Association, Washington, s. d.

Adelman, Jeremy, Frontier Development: Land, Labour, and Capital on the Wheatlands of Argentina and Canada 1890-1914, Clarendon Press, Oxford, 1994.

Adler, Emanuel, «Ideological Guerillas and the Quest for Technological Autonomy: Brazil's Domestic Computer Industry», *International Organizaron*, 40 (verano de 1986), pp. 673-705.

Aerts, Erik, y John H. Munro, eds., Textiles of the Low Countries in European Economic History. Proceedings of the 10th International Economic History Congress, Leuven University Press, Leuven, 1990.

Ahmad, Jalal Ali, *Occidentosis: A Plague from the West*, Mizan Press, Berkeley, 1984; el original persa es de 1947.

Ainval, Henri d', Deux siècles de sidérurgie française: De 1003 entreprises à la derniére, Presses Universitaires, Grenoble, 1994.

Ajami, Fouad, The Arab Predicament: Arab Political Thought and Practice Since 1967, Cambridge University Press, Cambridge, 1992.

Alam, M. S., «Colonialism, Decolonisation and Growth Rates: Theory and Empirical Evidence», *Cambridge Journal of Economy*, 18 (1994), pp. 235-257.

—, «Sovereignty and Human Capital Formation: An Empirical Study of Historical Links», Dept. of Economics, Northeastern University, Boston, 1996; texto mecanografiado.

—, «How Rich Were the Advanced Countries in 1760 After All?», Dept. of Economics, Northeastern University, Boston, 1996; texto mecanografiado.

Alapuro, Risto, *State and Revolution in Finland*, University of California Press, Berkeley, 1988.

Albuquerque, Luis de, As Navegagdes e Sua Projecgao na Ciencia e na Cultura, Gradiva, Lisboa, 1987.

Aldcroft, Derek H., «Europe's Third World? The Peripheral Companies in the Interwar Period», presentado en la conferencia de Lausana (octubre de 1997); texto mecanografiado.

—, y Michael Freeman, eds., *Transport in the Industrial Revolution*, Manchester University Press, Manchester, 1983.

Alden, Dauril, *Royal Government in Colonial Brazil*, University of California Press, Berkeley, 1968.

Alder, Ken, Engineering the Revolution: Areas and Enlightenment in France, 1763-1815, Princeton University Press, Princeton, 1997.

—, «Innovation and Amnesia: Engineering Rationality and the Fate of Interchangeable Parts Manufacture in France», *Technology and Culture*, 38, 2 (abril de 1997), pp. 273-311.

Alexander, David, Retailing in England During the Industrial Revolution, Athlone Press, Londres, 1970.

Algazi, Gadi, «The Social Uses of Private War: Some Late Medieval Views Reviewed», *Tel Aviver Jahrbuch Für deutsche Geschichte*, 22 (1993), pp. 253-273.

Al-Hassan, Ahmad Y., y Donald R. Hill, *Islamic Technology: An Illustrated History*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986.

Al-Khalil, Samir, *Republic of Fear*, University of California Press, Berkeley, 1989.

Altman, Lawrence K., «Researcher's Infection Raises Concems for Laboratory Safety», *The New York Times* (23 de agosto de 1994), p. C-3.

Amalric, J.-R, y B. Bennassar, eds., Aux origines du retard économique de l'Espagne XVIe-XlXe siècle, CNRS, París, 1984.

«American Business: Back on Top?», *The Economist* (16 de septiembre de 1995), Survey, pp. 2-18.

Anderson, B. L., «The Attomey and the Early Capital Market in Lancashire», en Harris, ed., *Liverpool and Merseyside*, pp. 50-77.

—, «Money and the Structure of Credit in the Eighteenth Century», *Business History*, XII (1970).

Anderson, R, Paul Bairoch, Cario Ginzburg y E. J. Hobsbawm, eds., *Storia d'Europa*, vol. IV, Einaudi, Turín, 1997.

Andrewes, William J. H., ed., *The Quest for Longitude*, Collection of Historical Scientific Instruments, Harvard University, Cambridge, Massachusetts, 1996.

Andrews, Kenneth R., Trade, Plunder and Settlement: Maritime Enterprise and the Genesis of the British Empire 1480-1630, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1984.

Annino, Antonio, «Some Reflections on Spanish American Constitutional and Political History», *Itinerario*, 19, 2 (1995), pp. 26-47.

Anstey, Roger T., «Capitalism and Slavery: A Critique», *Economic History Review*, 2.ª serie, 21 (agosto de 1968), pp. 307-320.

Antony, Robert J., «Aspects of the Socio-Political Culture of South China's Water World, 1740-1840», *The Great Circle*, 15, 2 (octubre de 1993), pp. 75-90.

Appelbaum, Richard P, y Jeffrey Henderson, eds., *States and Development in the Asian Pacific Rim*, Sage, Newbury Park, California, 1992.

Appleby, Joyce Oldham, *Economic Thought and Ideology in Seventeenth-Century England*, Princeton University Press, Princeton, 1978.

Arasaratnam, S., «Weavers, Merchants and Company: The Handloom Industry in Southeastern India 1750-1790», *Indian Economic and Social History Review*, 17 (1980), pp. 257-281.

Aridjis, Homero, 1492: The Life and Times of Juan Cabezón of Castile, Summit Books, Nueva York, 1991 (orig. cast.: Mil cuatrocientos noventa y dos: vida y tiempos de Juan Cabezón, Siglo XXI, Madrid, 1985).

Armus, D., «Diez años de historiografía sobre la inmigración masiva», *Estudios Migratorios Latinoamericanos* (diciembre de 1986), pp. 431-660.

Arrow, Kenneth J., «Classificatory Notes on the Production and Transmission of Technological Knowledge», *American Economic Review, Papers and Proceedings*, 59 (mayo de 1969), pp. 29-35.

—, «The Economic Implications of Learning by Doing», *Review of Economic Studies*, 29 (junio de 1962), pp. 155-173.

Artz, Frederick B., *The Development of Technical Education in France, 1500-1850*, Society for the History of Technology and MIT Press, Cambridge, Massachusetts, y Londres, 1966.

Ashton, T. S., *Iron and Steel in the Industrial Revolution*, Manchester University Press, Manchester, 1924/1951.

—, *The Industrial Revolution, 1760-1830*, Oxford University Press, Oxford, 1948.

—, «The Bill of Exchange and Private Banks in Lancashire, 1790-1830», *Economic History Review*, 15, 1/2 (1945), pp. 25-35.

Ashworth, W., «Typologies and Evidence: Has 19th-Century Europe a Guide to Economic Growth?», *Economic History Review*, n. s., 30 (febrero de 1977), pp. 140-158.

Atkins, Keletso E., «"Kafir Time": Preindustrial Temporal Concepts and Labour Discipline in Nineteenth-Century Colonial Natal», *Journal of African History*, 29 (1988), pp. 229-244.

Axtell, James., After Columbus: Essays in the Ethnohistory of Colonial North America, Oxford University Press, Nueva York, 1988.

Aymard, Maurice, ed., *Dutch Capitalism and World Capitalism*, University Press, Cambridge, 1982.

Aziz, Philippe, *Le paradoxe de Roubaix*, Plon, París, 1996.

Baark, Erik, y Andrew Jamison, eds., Technological Development in China, India and Japan: Cross-Cultural Perspectives, St. Martin's Press, Nueva York, 1986.

Baber, Zaheer, The Science of Empire: Scientific Knowledge, Civilization, and Colonial Rule in India, SUNY Press, Albany, 1996.

Baechler, Jean, John A. Hall y Michael Mann, eds., *Europe and the Rise of Capitalism*, Basil Blackwell, Oxford, 1988 (hay trad cast.: *El origen del capitalismo*, Península, Barcelona, 1976).

Bagchi, Amiya Kumar, «De-industrialization in India in the Nineteenth Century: Some Theoretical Implications», *Journal of Development Studies*, 12, 2 (enero de 1976), pp. 135-164.

Bahl, Vinay, «The Emergence of Large-scale Steel Industry in India under British Colonial Rule, 1880-1907», *Indian Economic and Social History Review*, 31,4 (octubre-diciembre de 1994), pp. 413-460.

—, *The Making of the Indian Working Class: The Case of the Tata Iron and Steel Company, 1880-1946, Sage, Nueva Delhi, 1995*.

Bailyn, Bemard, *New England Merchants in the Seventeenth Century*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1955.

—, «The Idea of Atlantic History», *Itinerario*, 20, 1 (1996), pp. 19-44.

Bairoch, Paul, «Agriculture and the Industrial Revolution 1700-1914», en Cario M. Cipolla, ed., *The Fontana Economic History of Europe: The Industrial Revolution*, Collins/Fontana, Londres, 1969/1973, pp. 452-506 (hay trad. cast.: *Historia económica de Europa*, 3: *La revolución industrial*, Ariel, Barcelona, 1982).

—, *The Economic Development of the Third World Since 1900, University of California Press, Berkeley, 1975*.

—, «Écarts internationaux des niveaux de vie avant la Révolution industrielle», *Annales: Économies, Sociétés, Civilisations*, 34, 1 (enero-febrero de 1979), pp. 145-171.

—, «The Main Trends in National Economic Disparities Since the Industrial Revolution», en Bairoch y Lévy-Leboyer, eds., *Disparities in Economic Development*, pp. 3-17.

—, *Economics and World History: Myths and Paradoxes*, University of Chicago Press, Chicago, 1993.

—, *y Maurice Lévy-Leboyer, eds., Disparities in Economic Development Since the Industrial Revolution, Macmillan, Londres, 1981*.

—, *Victoires et déboires: Histoire économique et sociale du monde du XVIe siècle à nos jours, Gallimard, París, 1997, 3 vols*.

Baladouni, Vahe, «Armenian Trade with the English East India Company: An Apergu», *Journal of European Economic History*, 15, 1 (primavera de 1986), pp. 153-162.

Balazs, Etienne, Chinese Civilization and Bureaucracy: Variations on a Theme, Yale University Press, New Haven, 1964.

—, *La bureaucratie céleste: Recherches sur Véconomie et la société de la Chine traditionnelle, Gallimard, París, 1968 (hay trad. cast.: La burocracia celeste. Historia de la China imperial, Barral Editores, Barcelona, 1974).*

Baldwin, K. D. S., The Niger Agricultural Project: An Experiment in African Development, Basil Blackwell, Oxford, 1957.

Baldwin, R., «Pattems of Development in Newly Settled Regions», *Manchester School of Economic and Social Studies*, 24 (1956).

Bandt, Jacques de, y Philippe Hugon, eds., *Les tiers nations en mal d'industrie*, Economica, París, 1988.

Bandyopadhyaya, Jayantanuja, «Climate as an Obstacle to Development in the Tropics», *International Social Science Journal*, 30, 2 (1978), pp. 339-352.

—, *Climate and World Order: An Inquiry into the Natural Cause of Underdevelopment, Humanities Press, Atlantic Hihglands, Nueva Jersey, 1983*.

Bankes, George, *Peru Before Bizarro*, Phaidon Press, Oxford, 1977.

Barakat, Halim, *The Arab World: Society, Culture, and the State*, University of California Press, Berkeley, 1993.

Barbour, Violet, *Capitalism in Amsterdam in the 17th Century*, University of Michigan Press, AnnArbor, 1963.

Barbey-Say, Helene, Le voyage de France en Allemagne de 1871 à 1914: Voyages et vovageurs français dans l'Empire germanique, Presses Universitaires, Nancy, 1994.

Barbier, Frédéric, Finance et politique: La dynastie des Fould (XVIIIe-XXe siècle), Armand Colin, París, 1991.

Barendse, R. J., «Shipbuilding in Seventeenth-Century Western India», *Itinerario*, 19, 3 (1995), pp. 175-195.

Bamett, Correlli, The Pride and the Fall: The Dream and Illusion of Britain as a Great Nation, The Free Press, Nueva York, 1986.

Barrett, Ward, «World Bullion Flows, 1450-1800», en Tracy, ed., *Rise of Merchant Empires*, pp. 224-254.

Barro, Robert J., «Economic Growth in a Cross Section of Countries», *Quarterly Journal of Economics*, 106, 2 (1991), pp. 407-443.

—, *Economic Growth*, McGraw-Hill, Nueva York, 1995.

—, «Determinants of Economic Growth: A Cross-Country Empirical Study», National Bureau of Economic Research, Working Paper Series 56-98, 1996.

—, y Xavier Sala i Martín, «Convergence Across States and Regions», *Brookings Papers on Economic Activity*, 1 (1991), pp. 107-182.

Bartlett, Robert, The Making of Europe: Conquest, Colonization and Cultural Change (950-1350),Penguin, Londres, 1993.

Bartlett, Roger P, *Human Capital: The Settlement of Foreigners in Russia 1762-1804*, Cambridge University Press, Cambridge, 1979.

Bataillon, Marcel, y André Saint-Lu, eds., *Las Casas et la défense des Indiens*, Julliard, Collection Archives, París, 1971 (hay trad. cast.: *El padre Las Casas y la defensa de los indios*, Ariel, Barcelona, 1976).

Bates, Marston, Where Winter Never Comes: A Study of Man and Nature in the Tropics, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1952/1963.

Batou, Jean, Cent ans de résistance au sous-développement: U industrialisation de l'Amérique latine et du Moyen-Orient face au défi européen, 1770-1870,Droz-Centre of International Economic History, Ginebra, 1990.

—, ed., *Between Development and Underdevelopment 1800-1870*, Droz-Centre of International Economic History, Ginebra, 1991.

—, «Muhammad-'Ali's Egypt, 1805-1848. A Command Economy in the 19th Century?», en Batou, ed., *Between Development and Underdevelopment*, 1991, pp. 181-217.

—, «Nineteenth-Century Attempted Escapes from the Periphery: The Cases of Egypt and Paraguay», *Review*, Centre d'Études Industrielles, Ginebra, 16, 3 (1993), pp. 279-318.

—, y Thomas David, «Nationalisme économique et industrialisation de la périphérie européenne: de la Révolution industrielle à la Deuxiéme guerre mondiale», en Anderson, Bairoch *et al*., eds., *Storia d'Europa*, vol. IV.

Bauer, P. T., *Equality, the Third World and Economic Delusion*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1981.

Baumol, William J., «Multivariate Growth Pattems: Contagión and Common Forces as Possible Sources of Convergence», en Baumol *et al*., eds., *Convergence of Productivity*, 1994, pp. 62-85.

—, Sue Anne Batey Blackman y Edward N. Wolff, *Productivity and American Leadership: The Long View*, MIT Press, Cambridge, Massachusetts, 1989.

—, Richard R. Nelson y Edward N. Wolff, eds., *Convergence of Productivity Cross-National Studies and Historical Evidence*, Oxford University Press, Nueva York, 1994.

Bayly, C. A., «The Middle East and Asia During the Age of Revolutions, 1760-1830», *Itinerario*, 10, 2 (1986), pp. 69-84.

Beaujouan, Guy, *La Science en Espagne aux XIVe et XVe siècles*, Université de Paris, Palais de la Découverte, París, 1967.

Beck, Lois, y Nikki Keddie, eds., *Women in the Muslim World*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1978.

Becker, Gary S., y Kevin M. Murphy, «The División of Labor, Coordination Costs, and Knowledge», *Quarterly Journal of Economics*, 107, 4 (noviembre de 1992), pp. 1137-1160.

Bellah, Robert N., *Tokugawa Religion: The Cultural Roots of Modern Japan*, The Free Press, Nueva York, 1957/1985.

Bennassar, Bartolomé, L'homme espagnol: attitudes et mentalités du XVIe au XlXe siècle, Hachette, París, 1975; traducción inglesa, The Spanish Character: Attitudes and Mentalities from the Sixteenth to the Nineteenth Century, University of California Press, Berkeley, 1979 (hay trad. cast.: Los españoles: actitudes y mentalidad, Círculo de Lectores, Barcelona, 1990).

—, ed., *L'Inquisition espagnole XVe-XIXe siècles*, Hachette, París, 1979/1994 (hay trad. cast.: *La Inquisición española*, Crítica, Barcelona, 1984).

—, y Lucile Bennassar, *1492: Un monde nouveau?*, Perrin, París, 1991 (hay trad. cast.: *1492,¿Un nuevo Mundo?*, Nerea, Madrid, 1992).

—, *et al., Histoire des Espagnols: VIe-XXe siècle*, Robert Laffont, París, 1992 (hay trad. cast.: *Historia de los españoles*, Crítica, Barcelona, 1984).

Berend, Ivan T., y Gyorgy Ranki, *The European Periphery and Industrialization 1780-1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 1982.

Berg, Alan D., «Malnutrition and National Development», *Foreign Affairs*, 46, 1 (octubre de 1967), pp. 126-136.

Berg, Maxine, ed., Markets and Manufacture in Early Industrial Europe, Routledge, Londres, 1991.

—, *The Age of Manufactures 1700-1820: Industry, Innovation and Work in Britain, Routledge, Londres, 1994, 2.ª ed. (hay trad. cast.: La era de las manufacturas (1700-1820),Crítica, Barcelona, 1987).*

—, «Growth and Change: A Comment on the Crafts-Harley View of the Industrial Revolution», *Economic History Review*, 47 (1994), pp. 147-149.

—, y Pat Hudson, «Rehabilitating the Industrial Revolution», *Economic History Review*, 45, 1 (1992), pp. 24-50.

Bergeron, Louis, Banquiers, négociants et manufacturiers parisiens du Directoire à l'Empire, Mouton, París y La Haya, 1978.

Bemal, Martin, *Black Athena: The Afroasiatic Roots of Classical Civilization*, Free Association Books, Londres, 1987 (hay trad. cast.: *Atenea negra*, Crítica, Barcelona, 1993).

Bemáldez, Andrés, *Memorias del reinado de los reyes católicos*, Manuel Gómez Moreno y Juan de Mata Carriazo, eds., Real Academia de la Historia, Madrid, 1962.

Bemand, Carmen, *The Incas, People of the Sun*, Harry N. Abrams, Nueva York, 1988/1994, (hay trad. cast.: *Los Incas, pueblo del sol*, Aguilar, Madrid, 1992).

—, *y Serge Gruzinski, Histoire du nouveau monde, I: De la découverte à la conquête, une expérience européenne, 1492-1550; II: Les métissages, 1550-1640,Fayard, París, 1991/1993*.

Bemecker, Walther L., y Hans Wemer Tobler, eds., Development and Underdevelopment in America: Contrasts of Economic Growth in North and Latin America in Historical Perspective, Walter de Gruyter, Berlín y Nueva York, 1993.

Bemier, Frangois, *Voyage dans les états du Grand Mogol*, Fayard, París, 1670-72/1981.

Bemstein, Gail Lee, ed., *Recreating Japanese Women, 1600-1945*, University of California Press, Berkeley, 1991.

Bemstein, Michael A., y David E. Adler, eds., *Understanding American Economic Decline*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994.

Berque, Augustin, Le Japón: Gestión de Tespace et changement social, Flammarion, París, 1976.

Bethell, Leslie, ed., *Argentina Since Independence*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993.

Bhattacharya, Bhaswati, «A Note on the Shipbuilding in Bengal in the Late Eighteenth Century», *Itinerario*, 19, 3 (1995), pp. 167-174.

Bhattacharya, Sukumar, The East India Company and the Economy of Bengal from 1704 to 1740,Luzac, Londres, 1954.

Biagioli, Mario, Galileo Courtier: The Practice of Science in the Culture of Absolutism, University of Chicago Press, Chicago, 1993.

Biddlecombe, Peter, French Lessons in Africa: Trovéis with My Briefcase Through French Africa, Litde, Brown, Boston, 1993.

Bigelow, Bill, «Good Intentions Are Not Enough: Children's Literature in the Aftermath of the Quincentenary», *The New Advocate*, 16, 7, 4 (otoño de 1994), pp. 265-279.

Birch, Alan, The Economic History of the British Iron and Steel Industry, 1784-1879,Frank Cass, Londres, 1967.

Biswas, Margaret R., y Asit K. Biswas, eds., *Food, Climate, and Man*, John Wiley, Nueva York, 1979.

Bix, Herbert P., *Peasant Protest in Japan, 1590-1884*, Yale University Press, New Haven, 1986.

Blackwell, William L., *The Beginnings of Russian Industrialization 1800-1860*, Princeton University Press, Princeton, 1968.

Blaut, James M., The Colonizer's Model of the World: Geographical Diffusionism and Eurocentric History, Guilford, Nueva York, 1993.

Blomström, Magnus, Robert E. Lipsey y Mario Zejan, «What Explains the Growth of Developing Countries?», en Baumol *et al*., eds., *Convergence of Productivity*, pp. 243-259.

—, «Is Fixed Investment the Key to Economic Growth?», *Quarterly Journal of Economics*, 111, 1 (febrero de 1996), pp. 269-276.

Bluestone, Barry, y Bennett Harris, The Deindustrialization of America: Plant Closings, Community Abandonment, and the Dismantling of Basic Industry, Basic Books, Nueva York, 1982.

Blum, Jerome, «Prices in Russia in the Sixteenth Century», *Journal of Economic History*, 16, 2 (1956), pp. 182-199.

Bonheur, Gastón, Qui a cassé le vase de Soissons? L'album de famille de tous les Français, Laffont, París, 1963.

Bonin, Hubert, *La Société Générale en Russie*, Société Générale, París, 1994.

—, «L'activité des banques françaises dans l'Asie du Pacifique des années 1860 aux années 1940», *Revue Frangaise d'Histoire d'Outre-mer*, 81, 305 (1994), pp. 401-425.

Ronwick, James, *The Lost Tasmanian Race*, Sampson Low, Londres, 1884.

Borah, Woodrow, Charles Gibson y Robert Potash, «Colonial Institutions and Contemporary Latin America», *Hispanic American Historical Review*, 43 (1963), pp. 371-394.

Borgstrom, Georg, *The Hungry Planet: The Modern World at the Edge of Famine*, Macmillan, Nueva York, 1972; 2.ª ed. revisada.

Boskin, Michael J., y Lawrence J. Lau, «Capital, Technology, and Economic Growth», en Rosenberg, Landau y Mowery, eds., *Technology and the Wealth of Nations*, 1992, pp. 17-55.

Bottineau, Yves, Le Portugal et sa vocation maritime: Histoire et civilisation d'une nation, Boccard, París, 1977.

Boucher, Philip P, *Cannibal Encounters: Europeans and Island Caribs, 1492-1763*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1992.

Boulnois, Luce, *La route de la soie*, Olizane, Ginebra, 1963/1986 (hay trad. cast.: *La ruta de la seda*, Orbis, Barcelona, 1986).

Bowden, Witt, Industrial Society in England Towards the End of the Eighteenth Century, Macmillan, Nueva York, 1925.

Boxer, Charles R., *The Golden Age of Brazil, 1695-1750: Growing Pains of a Colonial Society*, University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, en colaboración con la sociedad de Estudios Históricos Dom Pedro Segundo, Río de Janeiro, 1962.

—, *The Dutch Seaborne Empire 1600-1800, Penguin, Londres, 1965/1990*.

—, *The Portuguese Seaborne Empire 1415-1825*, Hutchinson, Londres, 1969; Carcanet, Lisboa, 1991.

Boyd-Bowman, Peter, *Pattems of Spanish Emigration to the New World (1493-1580)*, State University of Nueva York, Council on International Studies, Buffalo, 1973.

Bradley, Joseph, Guns for the Tsar: American Technology and the Small Arms Industry in Nineteenth-Century Russia, Northern Illinois University Press, De Kalb, 1990.

Braudel, Femand, Civilisation matérielle, économie et capitalisme, XVe-XVIIIe siècle, vol. III: Le temps du monde, Armand Colin, París, 1979 (hay trad. cast.: Civilización material, economía y capitalismo, s. XV-XVIII, Alianza Editorial, Madrid, 1984).

Braun, Hans-Joachim, Technologische Beziehungen zwischen Deutschland und England von der Mitte des 17. bis zum Ausgang des 18. Jahrhunderts, Schwann, Dusseldorf, 1974.

Bray, Francesca, «Swords into Plowshares: A Study of Agricultural Technology and Society in Early China», *Technology and Culture*, 19, 1 (enero de 1978), pp. 1-31.

—, *The Rice Economies: Technology and Development in Asian Societies*, Basil Blackwell, Oxford; University of California Press, Berkeley, 1994.

Brennig, Joseph J., «Textile Producers and Production in Late Seventeenth Century Coromandel», en Subrahmanyam, ed., *Merchants, Markets and the State*, pp. 66-87.

Brewer, John, *The Sinews of Power: War, Money and the English State, 1688-1783*, Knopf, Nueva York, 1988; Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1990.

—, y Roy Porter, eds., *Consumption and the World of Goods*, Londres, Routledge, Londres, 1993.

Brezis, Elise, «Foreign Capital Flows in the Century of Britain's Industrial Revolution», *Economic History Review*, 48, 1 (febrero de 1995), pp. 46-67.

—, Paul R. Krugman y Daniel Tsiddon, «Leapfrogging in International Competition: A Theory of Cycles in National Technological Leadership», *American Economic Review*, 83, 5 (diciembre de 1993), pp. 1211-1219.

Britannia Languens, or a Discourse of Trade, Londres, 1680, en McCulloch, ed., Early English Tracts, 1856/1952, pp. 275-506.

Broad, William J., «Watery Grave of the Azores to Yield Shipwrecked Riches», *The New York Times* (6 de junio de 1995), p. C-l.

Broadberry, S. N., «Comparadve Productivity in British and American Manufacturing During the Nineteenth Century», *Explorations in Economic History*, 31 (1994), pp. 521-548.

Brockway, George P, The End of Economic Man: Principies of Any Future Economies, W. W. Norton, Nueva York, 1995.

Brosse, Jacques, *La découverte de la Chine*, Bordas, París, 1981.

Brown, Sidney D., «Okubo Toshimichi: His Political and Economic Policies in Early Meiji Japan», *Journal of Asian Studies*, 21 (1961/1962), pp. 183-197.

Bruckner, Pascal, *The Tears of the White Man: Compassion as Contempt*, Free Press, Nueva York, 1983/1986.

Brunel, Sylvie, ed., *Tiers mondes: Controverses et réalités*, Economica, París, 1987.

—, *Le Sud dans la nouvelle économie mondiale, PUF, París, 1995*.

Bruno, Michael, y Boris Pleskovic, eds., *Annual World Bank Conference on Development Economies*, World Bank, Washington, 1997.

Buc, Philippe, L'ambiguité du livre: prince, pouvoir et peuple dans les commentaires de la Bible au Moyen-Age, Beauchesne, París, 1994.

Buchanan, J., R. Tollison y G. Tullock, eds., *Toward a Theory of the Rentseeking Society*, Texas A. & M. Press, College Station, 1980.

Bulliet, Richard W., *Islam: The View from the Edge*, Columbia University Press, Nueva York, 1994.

Bulmer-Thomas, Victor, *The Economic History of Latin America Since Independence*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994.

Burawoy, Michael, The Politics of Production: Factory Regimes Under Capitalism and Socialism, Verso, Londres, 1985.

Burke, Peter, Venice and Amsterdam: A Study of Seventeenth Century Elites, Temple Smith, Londres, 1974 (hay trad. cast.: Venecia y Amsterdam: estudios sobre las élites del siglo XVIIL Gedisa, Barcelona, 1996).

Bum, D. L., «The Genesis of American Engineering Competition, 1850-1870», en Saul, ed., *Technological Change*, 1931/1970, pp. 77-98.

Bum, W. L., The Age of Equipoise: A Study of the Mid-Victorian Generation, Alien & Unwin, Londres, 1964.

Burrage, Michael, «Culture and British Economic Growth», *British Journal of Sociology*, 20, 2 (junio de 1969), pp. 117-133.

Burrish, Onslow, *Batavia illustrata*, William Innys, Londres, 1728, 2 vols.

Buruma, Ian, *The Wages ofGuilt: Memories of War in Germany and Japan*, Parrar, Straus & Giroux, Nueva York, 1994.

Butel, Paul, «France, the Antilles, and Europe in the Seventeenth and Eighteenth Centuries: Renewals of Foreign Trade», en Tracy, ed., *Rise of Merchant Empires*, 1990, pp. 153-173.

Byatt, I. C. R., The British Electrical Industry 1875-1914: The Economic Returns to a New Technology, Clarendon Press, Oxford, 1979.

Cadieux, Francois, «Western Technology and Early Russian Pipelines, 1877-1917», *Journal of European Economic History*, 15, 2 (otoño de 1986), pp. 335-344.

Cain, P. J., y A. G. Hopkins, «The Political Economy of British Expansión Overseas, 1750-1914», *Economic History Review*, 2.ª serie, 33, 4 (1980), pp. 463-490.

—, «Clentlemanly Capitalism and British Expansión Overseas, I. The Old Colonial System, 1688-1850», *Economic History Review*, 39 (1986) pp. 501-525.

Caimcross, A. K., *Factors in Economic Development*, Praeger, Nueva York, 1962 (hay trad. cast.: *Factores del desarrollo económico*, Edersa, Madrid, 1964).

Calvert, Monte, A., The Mechanical Engineer in America, 1830-1910: Professional Cultures in Conflict, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1967.

Cameron, Rondo E., *France and the Economic Development of Europe*, Princeton University Press, Princeton, 1961 (hay trad. cast.: *Francia y el desarrollo económico de Europa, 1800-1914*, Tecnos, Madrid, 1972).

—, *ed., Banking in the Early Stages of Industrialisation: A Study in Comparative History, Oxford University Press, Nueva York, 1967 (hay trad. cast.: La Banca en las primeras etapas de la Industrialización, Tecnos, Madrid, 1974).*

—, *ed., Banking and Economic Development: Some Lessons of History, Oxford University Press, Nueva York, 1972*.

—, y Charles E. Freedeman, «French Economic Growth: A Radical Revision», *Social Science History*, 1, 1 (invierno de 1983), pp. 3-30.

Campbell, R. H., The Rise and Fall of Scottish Industry, 1707-1939,John Donald, Edimburgo, 1980.

Candolle, Alphonse de, Histoire des sciences et des savants depuis deux siècles, H. Georg, Ginebra, 1885, 2.ª ed.

Cantrell, J. A., «James Nasmyth and the Bridgewater Foundry: Partners and Partnerships», *Business History*, 23, 3 (noviembre de 1981), pp. 346-358.

—, *James Nasmyth and the Bridgewater Foundry: A Study of Entrepreneurship in the Early Engineering Industry, Manchester University Press for the Chetham Society, Manchester, 1984*.

Cardoso, Eliana, y Ann Helwege, *Latin America's Economy: Diversity, Trends, and Conflicts*, MIT Press, Cambridge, Massachusetts, 1995.

Cardoso, Fernando Henrique, y Enzo Faletto, *Dependency and Development in Latin America*, University of California Press, Berkeley, 1979.

Cardoso, Gerald, Negro Slavery in the Sugar Plantations of Veracruz and Pemambuco, 1550-1680: A Comparative Study, University Press of America, Washington, 1983.

Cardwell, D. S. L., Tuming Points in Western Technology: A Study of Technology, Science, and History, Neale Watson, Nueva York, 1972.

Carlton, David L., y Peter A. Coclanis, «The Uninventive South? A Quantitative Look at Region and American Inventiveness», *Technology & Culture*, 36, 2 (abril de 1995), pp. 302-326.

Caro Baroja, Julio, *Los judíos en la España moderna y contemporánea*, Arion, Madrid, 1961, 3 vols.

Carón, Francois, Paul Erker y Wolfram Fischer, eds., *Innovations in the European Economy Between the Wars*, Walter de Gruyter, Berlín, 1995.

Carpenter, Kenneth J., *The History of Scurvy and Vitamin C*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986.

Carpentier, Elisabeth, y Michael Le Mené, La France du Xle au XVe siècle: Population, société, économie, PUF, París, 1996.

Carrasco, Raphael, Claudette Derozier y Annie Molinie-Bertrand, *Histoire et civilisation de l'Espagne classique, 1492-1808*, Nathan, París, 1991.

Carus-Wilson, Eleanora M., «The Woollen Industry», en Postan y Rich, eds., *The Cambridge Economie History of Europe. II: Trade and Industry in the Middle Ages*, 1952, pp. 355-428.

Cassidy, Vincent H., «New Worlds and Everyman: Some Thoughts on the Logic and Logistics of Pre-Columbian Discovery», *Terrae incognitae (Annals of the Societyfor the History of Discoveries)*, 10 (1978), pp. 7-13.

Cassis, Youssef, ed., *Finance and Financiers in European History, 1880-1960*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992.

Castells, Manuel, «Four Asian Tigers with a Dragón Head: A Comparative Analysis of the State, Economy, and Society in the Asian Pacific Rim», en Appelbaum y Henderson, eds., *States and Development*, pp. 33-70.

Castro, Américo, *Aspectos del vivir hispánico*, Cruz del Sur, Santiago de Chile, 1949/1987.

Caves, Richard, «"Vent for Surplus" Models of Trade and Growth», en Robert E. Baldwin *et al*., eds., *Trade, Growth, and the Balance of Payments*, Rand McNally, Chicago, 1965.

—, «Export-led Growth and the New Economie History», en J. N. Bhagwati *et al*., eds., *Trade, Balance of Payments and Growth*, North Holland, Amsterdam, 1971.

Cellard, Jacques, *John Law et la Régence, 1715-1729*, Plon, París, 1996.

Chaloner, W. H., y Barrie M. Ratcliffe, eds., *Trade and Transport: Essays in Economie History in Honour of T. S. Willan*, Manchester University Press, Manchester, 1977.

Chandeigne, Michel, ed., Lisbonne hors les murs, 1415-1580: Uinvention du monde par les navigateurs portugais, París, 1990 (hay trad. cast.: Lisboa extramuros: 1415-1580,Alianza Editorial, Madrid, 1992).

Chandler Jr., Alfred D., *Scale and Scope: The Dynamics of Industrial Capitalism*, Harvard/Belknap Press, Cambridge, Massachusetts, 1990 (hay trad. cast.: *Escala y diversificación: la dinámica del capitalismo industrial*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1996).

Chang, Han-yu, y R. H. Myers, «Japanese Colonial Development Policy: A Case of Bureaucratic Entrepreneurship», *Journal of Asian Studies*, 22 (agosto de 1963), pp. 433-449.

Chang, Jen-hu, «The Agricultural Potential of the Humid Tropics», *Geographical Review*, 58, 3 (julio de 1968), pp. 333-361.

Chang, Pin-tsun, «The Evolution of Chinese Thought on Maritime Foreign Trade from the Sixteenth to the Eighteenth Century», *International Journal of Maritime History*, 1, 1 (junio de 1989), pp. 51-64.

—, «Maritime China in Historical Perspective», *International Journal of Maritime History*, 4, 2 (diciembre de 1992), pp. 239-255.

Channon, Derek F., *The Strategy and Structure of British Enterprise*, Harvard GSBA, Boston, 1973.

Chamay, Jean-Paul, Traumatismes musulmans: Entre chari'a et géopolitique, Editions AFKAR, París, 1993.

Chassagne, Serge, «Industrie et proto-industrie en France au XVIIIe siècle», *Bulletin de la Société d'Histoire Moderne et Contemporaine*, 1-2 (1993), pp. 12-20.

Chauchadis, Claude, Honneur, morale et société dans l'Espagne de Philippe II, CNRS, París, 1984.

—, «Honneur, morale et société dans l'Espagne de Philippe II», en Amalric y Bennassar, eds., *Aux origines du retard économique de l'Espagne*.

Chaudhuri, K. N., «The Structure of the Indian Textile Industry in the Seventeenth and Eighteenth Centuries», *Indian Economie and Social History Review*, 11 (junio-septiembre de 1974), pp. 127-182.

—, *The Trading World of Asia and the English East India Company, 1660-1760,Cambridge University Press, Cambridge, 1978*.

—, *Trade and Civilisation in the Indian Ocean: An Economic History from the Rise of Islam to 1750, Cambridge University Press, Cambridge, 1985*.

—, *Asia Before Europe: Economy and Civilisation of the Indian Ocean from the Rise of Islam to 1750, Cambridge University Press, Cambridge, 1990*.

Chaudhuri, Nirad C., *Thy Hand, Great Anarch! India, 1921-1952*, Addison-Wesley, Reading, Massachusetts, 1987.

Chaudhury, Sushil, «Trade, Bullion and Conquest: Bengal in the Mid Eighteenth Century», *Itinerario*, 15, 2 (1991), pp. 21-32.

Chaunu, Pierre, *L'Amérique et les Amériques*, Armand Colin, París, 1964.

Chenery, Hollis, T. N. Srinivasan y Paul Streeten, eds., *Handbook of Development Economics*, vol. I, Elsevier, North-Holland, 1988.

Chesnais, Jean-Claude, *La revanche du tiers-monde*, Robert Laffont, París, 1987 (hay trad. cast.: *La revancha del Tercer Mundo*, Planeta, Barcelona, 1988).

Chevalier, Frangois, *Land and Society in Colonial México: The Great Hacienda*, University of California Press, Berkeley, 1963.

Chevalier, Michel, ed., *La géographie de la créativité et de Tinnovation. Actes du Colloque du 9-10 juin 1987 à l'Université de Paris-Sorbonne*, Dept. de Géographie de l'Université de Paris-Sorbonne et du Labo, CNKS, «Espace et Culture», 18, París, 1989.

Chevedden, Paul E., Les Eigenbrod, Vemard Foley, y Wemer Soedel, «The Trebuchet», *Scientific American*, 273, 1 (julio de 1995), pp. 66-71.

Chi, Ch'ao-ting, Key Economic Areas in Chinese History, as Revealed in the Development of Public Works for Water-Control, Alien & Unwin, Londres, 1936.

Chiappelli, Fredi, ed., *First Images of America: The Impact of the New World on the Old*, University California Press, Berkeley, California, 1976.

Chirot, Daniel, ed., The Origins of Backwardness in Eastern Europe: Economics and Politics from the Middle Ages until the Early Twentieth Century, University of California Press, Berkeley, 1989.

Chklovski, Victor, *Le voyage de Marco Polo*, Payot, París, 1938/1993.

Chomsky, Noam, *Year 501: The Conquest Continues*, South End Press, Boston, 1993 (hay trad. cast.: *Año 501: la conquista continúa*, Ediciones Libertarias Prodhufi, Madrid, 1993).

Christelow, Alian, «Great Britain and the Trades from Cádiz and Lisbon to Spanish America and Brazil, 1759-1783», *Hispanic American Historical Review*, 27 (1947), pp. 2-29.

Christensen, Thomas y Carol, eds., *The Discovery of America & Other Myths: A New World Reader*, Chronicle, San Francisco, 1992.

Church, Roy, «The Effects of American Multinationals on the British Motor Industry: 1911-1983», en Teichova *et al*., eds., *Multinational Enterprise*, pp. 116-130.

—, *The Rise and Decline of the British Motor Industry, Macmillan, Londres, 1994*.

—, «Deconstructing Nuffield: The Evolution of Managerial Culture in the British Motor Industry», *Economic History Review*, 49, 3 (agosto de 1996), pp. 561-583.

Cipolla, Cario M., Guns, Sails, and Empires: Technological Innovation and the Early Phases of European Expansion 1400-1700,Pantheon, Nueva York, 1965 (hay trad. cast.: Cañones y Velas. Primera fase de la expansión europea, Ariel, Barcelona, 1967).

—, *Clocks and Culture, 1300-1700,Walker, Nueva York, 1967*.

—, ed., *The Economic Decline of Empires*, Methuen, Londres, 1970 (hay trad. cast.: *La decadencia económica de los imperios*, Alianza Editorial, Madrid, 1989).

—, *Before the Industrial Revolution: European Society and Economy, 1000-1700, W. W. Norton, Nueva York, 1980, 2.ª ed*.

—, *Between Two Cultures: An Introduction to Economic History, W. W. Norton, Nueva York, 1988/1991/1992 (hay trad. cast.: Entre la historia y la economía, Crítica, Barcelona, 1991).*

Ciriacono, Salvatore, «The Venetian Economy and Its Place in the World Economy of the 17th and 18th Centuries. A Comparison with the Low Countries», en H.-J. Nitz, ed., *The Early Modern World-System in Geographical Perspective*, Franz Steiner, Stuttgart, 1993, pp. 120-135.

Clapham, John H., *The Economic Development of France and Germany, 1815-1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 1923.

—, *An Economic History of Modern Britain*, Cambridge University Press, Cambridge, 1926/1932/1938, 3 vols.; revisada y reimpresa 1950/1952/9151.

Clark, Christopher, The Roots of Rural Capitalism: Western Massachusetts, 1780-1860, Cornell University Press, Ithaca, 1990.

Clark, Rodney, *The Japanese Company*, Yale University Press, New Haven, 1979.

Clendinnen, Inga, *Aztecs: An Interpretation*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991.

—, «Fierce and Unnatural Cruelty: Cortés and the Conquest of Mexico», en Greenblatt, ed., *New World Encounters*, 1993.

Coase, R. H., *Essays on Economics and Economists*, University of Chicago Press, Chicago, 1994.

Coates, David, y John Hillard, eds., *The Economic Decline of Modern Britain: The Debate Between Left and Right*, Harvester Wheatsheaf, Londres, 1986.

Cobb, James C., *Industrialization and Southern Society 1877-1984*, University of Kentucky Press, Lexington, KY, 1984.

—, «Beyond Planters and Industrialists: A New Perspective on the New South», *Journal of Southern History*, 54 (febrero de 1988), pp. 45-68.

Cobo, Bernabé, *History of the Inca Empire*, University of Texas Press, Austin, 1653/1979 (ed. original: *Historia del imperio inca*, Madrid, 1653).

Cochet, Frangois, y Gérard Marie Henry, Les révolutions industrielles: Processus historiques, développements économiques, Armand Colin, París, 1995.

Coe, David T., y Elhanan Helpman, «International R&D Spillovers», *European Economic Review*, 39 (1995), pp. 859-887; NBER, Cambridge, Massachusetts, Reprint n.º 2018.

—, y Alexander W. Hoffmaister, «North-South R&D Spillovers», *Economic Journal*, 107 (enero de 1997), pp. 134-149.

Cohen, Elie, La tentation hexagonale: La souveraineté à Vépreuve de la mondialisation, Fayard, París, 1996.

Cohen, Roger, «France vs. U. S.: Waning Views of Capitalism», *New York Times* (20 de octubre de 1997), p. 1.

Cohen, Saúl B., «Reflections on the Elimination of Geography at Harvard, 1947-1951», *Annals of the American Association of Geographers*, 78, 1 (marzo de 1988), pp. 148-151.

Cohen, Yves, «Inventivité organisationnelle et compétitivité: L'interchangeabilité des piéces face à la crise de la machine-outil en France autour de 1900», *Entreprises et Histoire*, 5 (junio de 1994), pp. 53-72.

Coleman, Donald C., y Christine MacLeod, «Attitudes to New Techniques: British Businessmen 1800-1950», *Economic History Review*, 39 (1986).

Collins, K. J., y D. F. Roberts, eds., *Capacity for Work in the Tropics. Society for the Study of Human Biology*, Symposium 26, Cambridge University Press, Cambridge, 1988.

Confino, Michael, «Maitres de forges et ouvriers dans les usines métallurgiques de l'Oural aux XVIIIe-XIXe siècles», *Cahiers du Monde Russe et Soviétique 1* (enero-marzo de 1960), pp. 239-284.

Conrad, Robert Edgar, *Children of God's Fire: A Documentary History of Black Slavery in Brazil*, Princeton University Press, Princeton, 1984/1994; texto revisado, Pennsylvania State Press, University Park.

Conze, Wemer, «Sozialgeschichte, 1800-1850», en Wolfgang Zom, ed., *Handbuch der deut. Wirtschafts-u. Sozialgeschichte, II*, Das 19, und 20, Jahrhundert (1976), E. Klett, Stuttgart, pp. 426-494.

Cook, Don, The Long Fuse: How England Lost the American Colonies, 1760-1785, Atlantic Monthly Press, Nueva York, 1995.

Coppock, D. J., «The Climacteric of the 1870's: A Critical Note», *Manchester School of Economic and Social Studies*, 24, 1 (enero de 1956), pp. 1-31.

Comblit, Oscar, «European Immigrants in Argentine Industry and Politics», en Veliz, ed., *Politics of Conformity*, 1967, pp. 221-248.

Cortés Conde, Roberto, Corrientes immigratorias y surgimiento de industrias en Argentina, 1870-1914, Galerna, Buenos Aires, 1964.

Cosandey, David, Le secret de Toccident: du miracle passé au marasme présent, Arléa, París, 1997.

Cottrell, P. L. Industrial Finance 1830-1914: The Finance and Organization of English Manufacturing Industry, Methuen, Londres, 1980.

—, y D. H. Aldcroft, eds., *Shipping, Trade and Commerce: Essays in Memory of Ralph Davis*, Leicester University Press, Leicester, 1981.

Cottret, Bemard, «Le Roi, les Lords et les Communes: monarchie mixte et états du royaume en Angleterre (XVIe-XVIIIe siècles)», *Annales ESC*, 1 (enero-febrero de 1986), pp. 127-150.

Crafts, N. F. R., «Industrial Revolution in England and France: Some Thoughts on the Question "Why Was England First?"», *Economic History Review*, 2.ª serie, 30 (1977), pp. 429-441; reimpreso en *Economics of the Industrial Revolution*, Mokyr, pp. 119-131.

—, *British Economic Growth During the Industrial Revolution, Clarendon Press, Oxford, 1985*.

—, «British Industrializaron in an International Context», *Journal of Interdisciplinary History*, 19 (invierno de 1989), pp. 415-428.

—, *Can De-industrialization Seriously Damage Your Wealth?, Institute of Economic Affairs, Londres, 1993*.

—, «The Golden Age of Economic Growth in Western Europe, 1950-1973», *Economic History Review*, 48, 3 (agosto de 1995), pp. 429-447.

—, «Macroinventions, Economic Growth, and "Industrial Revolution" in Britain and France», *Economic History Review*, 48, 3 (agosto de 1995), pp. 591-598.

—, y Knick Harley, «Output Growth and the British Industrial Revolution: A Restatement of the Crafts-Harley View», *Economic History Review*, 45 (1992), pp. 703-730.

—, y T. C. Mills, «The Industrial Revolution as a Macroeconomic Epoch: An Altemative View», *Economic History Review*, 47, 4 (noviembre de 1994), pp. 769-775.

Craig, Albert M., *Cho'shu' in the Meiji Restoration*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1961.

Cranmer-Byng, J. L., «Lord Macartney's Embassy to Peking in 1793 (from Official Chinese Documents)», *Journal of Oriental Studies*, 1 (1957-1958), pp. 117-187.

—, *An Embassy to China: Being the Journal Kept by Lord Macartney During His Embassy to the Emperor Ch'ien-lung, 1793-1794, Longman, Londres, 1962*.

Crawcour, E. Sydney, «The Tokugawa Heritage», en Lockwood, ed., *The State and Economic Enterprise in Japan*, 1965, pp. 17-44.

Crisp, Olga, «The Pattem of Russia's Industrializaron up to 1914», en Léon *et al*., eds., *L'industrialisation en Europe*, pp. 435-466.

Crombie, A. C., Robert Grosseteste and the Origins of Experimental Science, 1100-1700,Clarendon Press, Oxford, 1953.

—, *ed., Scientific Change: Historical Studies in the Intellectual, Social and Technical Conditions for Scientific Discovery and Technical Invention, from Antiquity to the Present. Symposium on the History of Science, Oxford University, 9-15 july of 1961,Heinemann, Londres, 1963*.

Crone, Patricia, *Pre-Industrial Societies*, Basil Blackwell, Oxford, 1989.

Crosby, Alfred W., Jr., The Columbian Exchange: Biological and Cultural Consequences of 1492,Greenwood, Westport, CT, 1972.

—, *Germs, Seeds & Animals: Studies in Ecological History, M. E. Sharpe, Armonk, Nueva York, 1994*.

Crosland, Maurice, The Society of Arcueil: A View of French Science at the Time of Napoleon I, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1967.

Crouzet, Frangois, «Les Français et le "miracle" anglais», *L'Histoire*, 28 (1980), pp. 21-30.

—, «The Sources of England's Wealth: Some French Views in the Eighteenth Century», en Cottrell y Aldcroft, eds., *Shipping, Trade and Commerce*, 1981, pp. 61-79.

—, *De la supériorité de l'Angleterre sur la France: L'économique et Vimaginaire (XVIIe-XXe siècles), Penin, París, 1985.*

Crow, John A., Spain: The Root and the Flower: An Interpretation of Spain & the Spanish People, University of California Press, Berkeley, 1985, 3.ª ed.

Cuenca Esteban, Javier, «British Textile Prices, 1770-1831: Are British Growth Rates Worth Revising Once Again?», *Economic History Review*, 47, 1 (febrero de 1994), pp. 66-105.

—, «Further Evidence of Falling Prices of Cotton Cloth, 1768-1816», *Economic History Review*, 48, 1 (febrero de 1995), pp. 145-150.

Cullen, L. M., *An Economic History oflreland Since 1660*, Batsford, Londres, 1972.

—, *y T. C. Smout, eds., Comparative Aspects of Scottish and Irish Social and Economic History, 1600-1900, John Donald, Edimburgo, 1978*.

Curtin, Philip D., *The Image of Africa: British Ideas and Action, 1780-1850*, University of Wisconsin Press, Madison, 1964.

—, «Epidemiology and the Slave Trade», *Political Science Quarterly*, 83 (1968), pp. 190-216.

—, *Death by Migration: Europe's Encounter with the Tropical World in the Nineteenth Century, Cambridge University Press, Cambridge, 1989*.

Cusumano Michael A., *The Japanese Automobile Industry: Technology and Management at Nissan and Toyota*, Harvard University Press, para el Council on East Asian Studies, Cambridge, Massachusetts, 1985.

Daget, Serge, ed., *De la traite à Vesclavage: Actes du colloque sur la traite des noirs*, Centre de Recherche sur l'Histoire du Monde Atlantique, Nantes, 1988.

Danaher, Kevin, 50 Years Is Enough: The Case Against the World Bank and the International Monetary Fundation, South End, Boston, 1994.

Daniels, John, y Christian Daniels, «The Origin of the Sugarcane Roller Mill», *Technology and Culture*, 29, 3 (julio de 1988), pp. 493-535.

Darity, William, Jr., «British Industry and the West Indies Plantations», *Social Science History*, 14 (primavera de 1990), pp. 117-149.

—, «A Model of "Original Sin": Rise of the West and Lag of the Rest», *American Economic Review*, 82, 2 (mayo de 1992), pp. 166-171.

Das Gupta, Ashin, y M. N. Pearson, eds., *India and the Iridian Ocean, 1500-1800*, Oxford University Press, Calcuta, 1987.

Dasgupta, Partha *S., An Inquiry into Well-Being and Destitution*, Clarendon Press, Oxford, 1993.

—, «Natural Resources in an Age of Substitutability», en A. V. Kneese y J. L. Sweeney, eds., *Handbook of Natural Resource and Energy Economics*, III, Elsevier, Amsterdam, 1993, pp. 111-130.

—, «Population, Poverty, and the Local Environment», *Scientific American*, 272,2 (febrero de 1995), pp. 40-45.

—, «The Population Problem: Theory and Evidence», *Journal of Economic Literature*, 33, 4 (diciembre de 1995), pp. 1879-1902.

—, «Nutritional Status, the Capacity for Work and Poverty Traps», *Journal of Econometrics*, (1995).

Daumas, Maurice, *Scientific Instruments of the Seventeenth and Eighteenth Centuries*, Praeger, Nueva York, 1972; traducción de la ed. francesa de 1953.

—, *y René Taton, eds., L'acquisition des techniques par les pays noninitiateurs. Colloques Internationaux du Centre National de la Recherche Scientifique, no. 538, Pont-á-Mousson, (28 junio-5 julio de 1970), Éditions du CNRS, París, 1973.*

Daunton, M. J., «"Gentlemanly Capitalism" and British Industry 1820-1914», *Past & Present*, 122 (febrero de 1989), pp. 119-158.

Davenport-Hines, R. P. T., y Geofffey Jones, eds., *British Business in Asia Since 1860*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989.

Davids, Karel, «Openness or Secrecy? Industrial Espionage in the Dutch Republic», *Journal of European Economic History*, 24, 2 (otoño de 1995), pp. 333-348.

Davidson, Basil, The Black Maris Burden: Africa and the Curse of the Nation State, Random House, Nueva York, 1992.

Davis, John A., «Industrializaron in Britain and Europe Before 1850: New Perspectives and Old Problems», en Mathias y Davis, eds., *The First Industrial Revolutions*, pp. 44-68.

Davis, Lance E., y R. A. Huttenback, Mammon and the Pursuit of Empire: Political Economy of British Imperialism, 1860-1912, Cambridge University Press, Cambridge, 1986.

Davis, Ralph, The Rise of the Atlantic Economies, Cornell University Press, Ithaca, 1973 (hay trad. cast.: Europa Atlántica: desde los descubrimientos hasta la industrialización, Siglo XXI, Madrid, 1991).

Dawson, Raymond, *The Chinese Experience*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1978.

Debeir, Jean-Claude, Jean-Paul Deléage y Daniel Hemery, *In the Servitude of Power: Energy and Civilisation Through the Ages*, Zed Books, Londres y Atlantic Highlands, Nueva Jersey, 1991.

Decraene, Philippe, Lettres d'Afrique entre Cancer et Capricome, Denoel, París, 1995.

Dedieu, Jean-Pierre, «Responsabilité de l'Inquisition dans le retard économique de l'Espagne? Eléments de réponse», en Amalric y Bennassar, eds., *Aux origines du retard économique de l'Espagne*.

Defoe, Daniel, A Plan of the English Commerce, Being a Compleat Prospect of the Trade of This Nation, as well the Home Trade as the Foreign, Basil Blackwell, Oxford, 1728/1928.

De Gregori, Thomas R., Technology and the Economic Development of the Tropical African Frontier, Case Western Reserve, Cleveland, 1969.

Deighton, Len, Blood, Tears and Folly: An Objective Look at World War II, Harper Collins, Nueva York, 1993.

De Moor, J. A., y H. L. Wesseling, eds., *Imperialism and War: Essays on Colonial Wars in Asia and Africa*, Brill, Leiden, 1989; Leiden University Press.

Denby, David, «Jungle Fever», *The New Yorker* (6 de noviembre de 1995), pp. 118-129.

Denevan, W. L., ed., *The Native Population in the Americas in 1492*, University of Wisconsin Press, Madison, 1976.

Dertouzos, Michael L., Richard K. Lester, Robert M. Solow y MIT Commission on Industrial Productivity, *Made in America: Regaining the Productive Edge*, MIT Press, Cambridge, Massachusetts, 1989.

Desmond, Ray, *Kew: The History of the Royal Botanic Gardens*, Harvill con The Royal Botanic Gardens, Kew, 1995.

Devoto, L. F. J., y G. Rosoli, eds., *L'Italia nella societá argentina*, Studi Emigrazione, Roma, 1988.

De Vries, Jan, *The Dutch Rural Economy in the Golden Age, 1500-1700*, Yale University Press, New Haven, 1974.

—, «Between Purchasing Power and the World of Goods: Understanding the Household Economy in Early Modern Europe», en Brewer y Porter, eds., *Consumption and the World of Goods*, pp. 85-132.

—, «The Industrial Revolution and the Industrious Revolution», *Journal of Economic History*, 54, 2 (junio de 1994), pp. 249-270.

Dewey, Clive J., ed., Arrested Development in India: The Historical Dimension, Manohar, Nueva Delhi, 1988.

Diamond, Jared M., *The Third Chimpanzee: The Evolution and Future of the Human Animal*, Harper Collins, Nueva York, 1992 (hay trad. cast.: *El tercer chimpancé*, Espasa Calpe, Madrid, 1994).

—, «Ecological Collapses of Past Civilizations», *Proceedings of the American Philosophical Society*, 138, 3 (septiembre de 1994), pp. 363-370.

—, *Guns, Germs, and Steel: The Fates of Human Societies, W. W. Norton, Nueva York, 1997 (hay trad. cast.: Armas, gérmenes y acero, Debate, Madrid, 1998).*

Diamond, Stanley, *In Search of the Primitive: A Critique of Civilization*, Transaction Books, New Brunswick, Nueva Jersey, 1974.

Dickinson, John A., y Marianne Mahn-Lot, *1492-1992: Les Européens découvrent l'Amérique*, Presses Universitaires de Lyon, Lyon, 1991.

Dickson, D., «Aspects of the Rise and Decline of the Irish Cotton Industry», en Cullen y Smout, eds., *Comparative Aspects*, 1978, pp. 100-115.

Dickson, P. G. M., The Financial Revolution in England: A Study in the Development of Public Credit, 1688-1740, Macmillan, Londres, 1967.

Diffie, Bailey W., *Prelude to Empire: Portugal Overseas Before Henry the Navigator*, University of Nebraska Press, Lincoln, 1960.

—, *y George D. Winius, Europe and the World in the Age of Expansión. Vol. I: Foundations of the Portuguese Empire, 1415-1580, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1977*.

Dintenfass, Michael, *The Decline of Industrial Britain, 1870-1980*, Routledge, Londres, 1992.

—, «Converging Accounts, Misleading Metaphors, and Persistent Doubts: Reflections on the Historiography of Britain's "Decline"», en McCloskey y Dormois, eds., *Brihsh Industrial «Decline» Reconsidered*, pp. 1-37.

Disney, A. R., Twilight of the Pepper Empire: Portuguese Trade in Southwest India in the Early Seventeenth Century, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1978.

Dixon, Chris, *South East Asia in the World-Economy*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991.

Dixon, William J., y Terry Boswell, «Dependency, Disarticulation, and Denominator Effects: Another Look at Foreign Capital Penetration», *American Journal of Sociology*, 102, 2 (septiembre de 1996), pp. 543-562.

—, «Differential Productivity, Negative Extemalitics, and Foreign Capital Dependency: Reply to Firebaugh», *American Journal of Sociology*, 102, 2 (septiembre de 1996), pp. 576-584.

Dobbin, Christine, Asian Entrepreneurial Minorities: Conjoint Communities in the Making of the World Economy, 1570-1940, Curzon Press, Richmond, Surrey, 1996.

Dohm Van Rossum, Gerhard, *History of the Hour: Clocks and Modern Temporal Orders*, University of Chicago Press, Chicago, 1996.

Domar, Evsey, «Causes of Slavery or Serfdom: A Hypothesis», *Journal of Economic History*, 30 (marzo de 1970), pp. 18-32.

Dooley, Brendon, «The Storia letteraria d'Italia and the Rehabilitation of Jesuit Science», *Rivista Storica Italiana*, 1995.

Dore, Ronald, Taking Japan Seriously: A Confucian Perspective on Leading Economic Issues, Stanford University Press, Standford 1987.

Dormois, Jean-Pierre, L'économie française face à la concurrence britannique a la veille de 1914, L'Harmattan, París, 1997.

Dréze, Jean, «Famine Prevention in Africa: Some Experiences and Lessons», en Drèze, Sen y Hussain, eds., *Political Economy of Hunger*, pp. 554-593.

—, Amartya Sen y Athar Hussain, eds., *The Political Economy of Hunger: Selected Essays*, Clarendon Press, Oxford, 1995.

Drouin de Bercy, *L'Europe et l'Amérique comparées*, Chez Rosa, París, 1818; reimpreso en Gregg Press, Upper Saddle River, Nueva Jersey, 1968, 2 vols.

Dublin, Thomas, Women at Work: The Transformation of Work and Community in Lowell, Massachusetts, 1826-1860, Columbia University Press, Nueva York, 1979.

Dubreuil, René, De la condition des Chinois et de leur role économique en Indochine, C. Caillard, Bar-sur-Seine, 1910.

Dumas, Maurice, Scientific Instruments of the Seventeenth and Eighteenth Centuries, Praeger, Nueva York, 1953/1972.

Dunn, Richard S., Sugar and Slaves: The Rise of the Planter Class in the English West Indies, 1624-1713, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1972.

Du Plessis, Robert, y Martha C. Howell, «Reconsidering the Early Modern Urban Economy: The Cases of Leiden and Lille», *Past & Present*, 94 (febrero de 1982).

Durand, Robert, *Histoire du Portugal*, Hatier, París, 1992.

Duus, Peter, «Economic Dimensions of Meiji Imperialism: The Case of Korea», en Myers y Peattie, eds., *Japanese Colonial Empire*, 1984, pp. 128-163.

—, «Zaikabo: Japanese Cotton Mills in China, 1895-1937», en Duus *et al*., eds., *The Japanese Informal Empire*, pp. 65-100.

—, Ramón H. Mayers y Mark R. Peattie, eds., *The Japanese Informal Empire in China, 1895-1937*, Princeton University Press, Princeton, 1989.

Eamon, William, «From the Secrets of Nature to Public Knowledge», en Lindberg y Westman, eds., *Reappraisals*, pp. 333-365.

Easterlin, Richard, «Industrial Revolution and Mortality Revolution: Two of a Kind?», *Journal of Evolutionary Economics*, 5 (1995), pp. 393-408.

Easterly, William, Michael Kremer, Lant Pritchett y Lawrence H. Summers, «Good Pplicy or Good Luck? Country Growth Performance and Temporary Shocks», *Journal of Monetary Economics*, 32 (1993), pp. 459-483.

Eaton, Jonathan, y Samuel Kortum, «Engines of Growth: Domestic and Foreign Sources of Innovation», Discussion Paper Series 63, Institute for Economic Development, Boston University, Boston, 1995.

Eatwell, John, *Whatever Happened to Britain? The Economics of Decline*, University Press, Oxford, 1982; Oxford University Press, Nueva York, 1984.

Eckstein, Otto, Christopher Catón, Roger Brinner y Peter Duprey, *The DRI Report on U. S. Manufacturing Industries*, McGraw-Hill, Nueva York, 1984.

Edgerton, David, «Science and Technology in British Business History», *Business History Review*, 29 (1987).

—, *Science, Technology, and the British Industrial «Decline», 1870-1970,Cambridge University Press, Cambridge, 1996*.

Edgerton, Samuel Y., Jr., The Heritage of Giotto's Geometry: Art and Science on the Eve of the Scientific Revolution, Cornell University Press, Ithaca, 1991.

Edmonds, Richard Louis, Northern Frontiers of Qing China and Tokugawa Jopan: A Comparative Study of Frontier Policy, Dept. of Geography, University of Chicago, Chicago, 1985.

Edwardes, Michael, The Battle of Plassey and the Conquest of Bengal, Batsford, Londres, 1963.

Edwards, Sebastian, *Crisis and Reform in Latin America: From Despair to Hope*, Oxford University Press, Nueva York, 1995.

Eichengreen, Barry, «The Australian Recovery of the 1930s in International Comparative Perspective», en R. G. Gregory y N. G. Butlin, eds., *Recovery from the Depression: Australia and the World Economy in the 1930s*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988.

Eisenstadt, Shamuel N., *The Political Systems of Empires*, Free Press, Nueva York, 1963 (hay trad. cast.: *Los sistemas políticos de los imperios*, Revista de Occidente, Madrid, 1966).

—, *ed., The Protestant Ethic and Modernizaron: A Comparative View, Basic Books, Nueva York, 1968 (hay trad. cast.: Ensayos sobre el cambio social y la modernización, Tecnos, Madrid, 1970).*

Eisler, Benita, ed., The Lowell Offering: Writings by New England Mill Women (1840-1845),Lippincott, Filadelfia, 1977.

Elbaum, Bemard, y William Lazonick, eds., *The Decline of the British Economy*, Clarendon Press, Oxford, 1989.

Elisseeff, Danielle, *Hideyoshi: Bátisseur du Japon moderne*, Fayard, París, 1986.

Elliott, John H., *The Old World and the New, 1492-1650*, Cambridge University Press, Cambridge, 1970 (hay trad. cast.: *El viejo mundo y el nuevo (1492-1650)*, Alianza Editorial, Madrid, 1997).

—, *Spain and Its World, 1500-1700*, Yale University Press, New Haven, 1989 (hay trad. cast.: *España y su mundo: 1500-1700*, Alianza Editorial, Madrid, 1991).

Ellis, Henry, Journal of the Proceedings of the Late Embassy to China; Comprising a Correct Narrative of the Public Transactions…, revisado en Quarterly Review, 17, 34 (julio de 1817), Londres, pp. 463-506.

Eltis, David, Economic Growth and the Ending of the Transatlantic Slave Trade, Oxford University Press, Nueva York, 1987.

Elvin, Mark, The Pattern of the Chinese Past: A Social and Economic Interpretaron, Stanford University Press, Stanford, 1973.

Emmanuel, Arghiri, «White Settler Colonialism and the Myth of Investment Imperialism», *New Left Review*, 73 (mayo-junio de 1972), pp. 35-57.

—, «Myths of Development versus Myths of Underdevelopment», *New Left Review*, 85 (mayo-junio de 1974), pp. 61-82.

Endelman, Todd M., *Radical Assimilation in English Jewish History, 1656-1945*, Indiana State University Press, Bloomington, 1990.

Endrei, Walter, «Manufacturing a Piece of Woollen Cloth in Medieval Flanders: How Many Work Hours?», en Aerts y Munro, eds., *Textiles of the Low Countries*, pp. 14-23.

Engerman, Stanley L. 1972. «The Slave Trade and British Capital Formation in the Eighteenth Century: A Comment on the Williams Thesis», *Business History Review*, 46, 4 (1972), pp. 430-443.

—, «Economic Adjustments to Emancipation in the United States and the British West Indies», *Journal of Interdisciplinary History*, 12 (otoño de 1982), pp. 191-220.

—, «Contract Labor, Sugar, and Technology in the Nineteenth Century», *Journal of Economic History*, 43 (septiembre de 1983), pp. 635-659.

—, y Kenneth L. Sokoloff, «Factor Endowmcnts, Institutions, and Differential Paths of Growth Among New World Economies: A View from Economic Historians of the United States», *NBER Working Paper Series on Historical Factors in Long Run Growth*, Historical Paper n.º 66, 1994.

Erber, Fabio Stefano, «The Development of the "Electronics Complex" and Government Policies in Brazil», World Development, 13 (marzo de 1985), pp. 293-310.

Erickson, Charlotte, *American Industry and the European Immigrant, 1860-1885*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1957.

Erman, J. P., y F. Reclam, Mémoires pour servir à Thistoire des réfugiés frangois dans les états du roi, J. Jasperd, Berlín, 1782-1799.

Esposito, John L., *The Islamic Threat: Myth or Reality?*, Oxford University Press, Nueva York, 1995, 2.ª ed. (hay trad. cast.: *El desafío islámico*, Acento Editorial, Madrid, 1996).

Esquer, Gabriel, ed., L'anticolonialisme au XVIIIe: Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les Deux Indes par Tabbé Raynal, PUF, París, 1951.

Etemad, Bouda, Jean Batou y Thomas David, eds., *Pour une histoire économique sociale et internationale: Mélanges offerts à Paul Bairoch*, Éditions Passé Présent, Ginebra, 1995.

Evans, Peter B., «State, Capital, and the Transformation of Dependence: The Brazilian Computer Case», *World Development*, 14 (julio de 1986), pp. 791-808.

Evenson, Robert, «Technology, Productivity Growth, and Economic Development», en Ranis and Schultz, eds., *State of Development Economies*, pp. 486-536.

Fabian, J., *Time and the Other: How Anthropology Makes Its Object*, Columbia University Press, Nueva York, 1983.

Fager, Jan., «Technology and International Differences in Growth Rates», *Journal of Economic Literature*, 32 (septiembre de 1994), pp. 1147-1175.

Fairbank, John K., *The United States and China*, Viking, Nueva York, 1962, 2.ª ed.

—, y Edwin O. Reischauer, *East Asia: The Great Tradition*, Houghton Mifflin, Boston, 1960.

Faimie, D. A., «Commercial Empire of the Atlantic, 1607-1783», *Economic History Review*, 15 (1962), pp. 205-218.

Faith, Nicholas, *The World the Railways Made*, Bodley Head, Londres, 1990/1994.

Fallows, James, Looking at the Sun: The Rise of the New East Asian Economic and Political System, Vintage, Nueva York, 1995.

Farley, John, *Bilharzia: A History of Imperial Tropical Medicine*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991.

Faroqhi, Suraiya, «The Venetian Presence in the Ottoman Empire (1600-1630)», *Journal of European Economic History*, 15, 2 (otoño de 1986), pp. 345-384.

Favier, Jean, Les grandes découvertes d'Alexandre à Magellan, Fayard, París, 1991.

Fazal, Qazi M., «Let's Pretend Nature Exists: Measuring the Impact of Climate on Economic Growth», *Senior Honors Essay in Economics*, Harvard College, 1994.

Feachem, Richard G. A., Tord Kjellstrom *et al*., eds., *The Health of Adults in the Developing World*, Oxford University Press, Oxford, 1992.

Felix, David, «Profit Inflation and Industrial Growth: The Historie Record and Contemporary Analogies», *Quarterly Journal of Economics*, 70 (agosto de 1956), pp. 441-463.

Feltham, Owen, A Brief Character of the Low Countries Under the States, Being Three Weeks Observations of the Vices & Virtues of the inhabitants, Londres, 1660.

Fernández, M. P. y P. C., «Precisión Timekeepers of Tokugawa Japan and the Evolution of the Japanese Domestic Clock», *Technology & Culture*, 37, 2 (abril de 1996), pp. 221-248.

Femández-Armesto, Felipe, «Before Columbus: Exploration and Colonisation from the Mediterranean to the Atlantic, 1229-1492», en Maurice Keen, ed., *New Studies in Medieval History*, Macmillan, Londres, 1987.

—, *Columbus*, Oxford University Press, Oxford, 1991 (hay trad. cast.: *Colón*, Crítica, Barcelona, 1992).

—, «"Aztec" Auguries and Memories of the Conquest of México», *Renaissance Studies*, 6 (1992), pp. 287-305.

—, *Millennium: A History of the Last Thousand Years*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1995 (hay trad. cast.: *Millennium*, Planeta, Barcelona, 1995).

Fems, H. S., *Britain and Argentina in the Nineteenth Century*, Oxford University Press, Oxford, 1960.

Ferrie, Joseph P, «The Entry into the U. S. Labor Market of Antebellum European Immigrants, 1840-1860», *NBER Working Paper Series on Historical Factors in Long Run Growth*, Historical Paper n.º 88, 1996.

Feshbach, Murray, y Alfred Friendly, Jr., *Ecocide in the USSR: Health and Nature Under Siege*, Basic Books, Nueva York, 1992.

Feuerwerker, Albert, «A White Horse May or May Not Be a Horse, But Megahistory Is Not Economic History», *Modern China*, 4, 3 (julio de 1978), pp. 331-350.

—, «Chinese Economic History in Comparad ve Perspective», en Ropp, ed., *Heritage of China*, 1990, pp. 224-241.

Field, Michael, *Inside the Arab World*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1994.

Fieldhouse, D. K., *Economics and Empire, 1830-1914*, Cornell University Press, Ithaca, 1973 (hay trad. cast.: *Economía e Imperio: la expansión de Europa (1830-1914)*, Siglo XXI, Madrid, 1990).

—, *Merchant Capital and Economic Decolonization: The United Africa Company, 1929-1987,Clarendon Press, Oxford, 1994*.

Firebaugh, Glenn, «Growth Effects of Foreign and Domestic Investment», *American Journal of Sociology*, 98 (1992), pp. 105-130.

—, «Does Foreign Capital Harm Poor Nations? New Estimates Based on Dixon and Boswell's Measures of Capital Penetration», *American Journal of Sociology*, 102, 2 (septiembre de 1996), pp. 563-575.

Fischer, David Hackett, *Albion's Seed: Four British Folkways in America*, Oxford University Press, Nueva York, 1989.

Fischer, Wolfram, R. Marvin Mclnnis y Jurgen Schneider, eds., The Emergence of a World Economy, 1500-1914. Papers of the Ninth International Congress of Economic History, Franz Steiner, Wiesbaden, 1986, 2 vols.

Fish, Cari Russell, The Rise of the Common Man, 1830-1850. Vol. VI: A History of American Life, Macmillan, Nueva York, 1927.

Fisher, Charles A., «The Britain of the East? A Study in the Geography of Imitation», *Modern Asian Studies*, 2, 4 (1968), pp. 343-376.

Fisher, F. J., «The Development of the Londres Food Market, 1540-1640», *Economic History Review*, 5, 2 (abril de 1935), pp. 46-64.

—, *ed., Essays in the Economic and Social History of Tudor and Stuart England, Cambridge University Press, Cambridge, 1961*.

Fisher, H. E. S., «Anglo-Portuguese Trade, 1700-1750», *Economic History Review*, 16 (1963), pp. 219-233.

Fisk, Robert, «Sept journées ordinaires dans la vie des Algériens», *Courrier International*, 319 (12-18 diciembre de 1996), pp. 5-7.

Fitton, R. S., *The Arkwrights: Spinners of Fortune*, Manchester University Press, Manchester, 1989.

Fleming, Donald, «Latent Heat and the Invention of the Watt Engine», *Isis*, 43 (1952), pp. 3-5.

Fletcher, Anthony, y Peter Roberts, eds., Religion, Culture, and Society in Early Modern Britain. Essays in Honour of Patrick Collinson, Cambridge University Press, Cambridge, 1994.

Flink, James J., «Unplanned Obsolescence», *Invention and Technology*, 12, 1 (1996), pp. 58-62.

Flinn, M. W: *véase* Svedenstiema.

Floud, Roderick, y D. N. McCloskey, eds., *The Economic History of Britain, 1700 to the Present*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994, 2.ª ed., 3 vols.

Fluehr-Lobban, Carolyn, «Cultural Relativism and Universal Rights», *Chronicle of Higher Education*, (9 de junio de 1995), pp. B1-B2.

Fogel, Robert W., Without Consent or Contract: The Rise and Fall of American Slavery, W. W. Norton, Nueva York, 1989.

Fohlen, Claude, L'industrie textile au temps du Second Empire, Plon, París, 1956.

Foley, Vemard, Darlene Sedlock, Carole Widule y David Ellis, «Besson, Da Vinci, and the Evolution of the Pendulum: Some Findings and Observations», *History and Technology*, 6, 1 (1988), pp. 1-43.

Foreman-Peck, James, *A History of the World Economy: International Economic Relations Since 1850*, Hemel Hempstead: Harvester Wheatsheaf, Hemel Hempstead, 1995, 2.ª ed. (hay trad. cast.: *Historia de la economía mundial*, Ariel, Barcelona, 1985).

Fortescue, John, *The Governance of England*, ed. Charles Plummer, Oxford University Press, Londres, 1926, 2.ª ed.; Humphrey Milford.

Foster, William, ed., The Voyages of Sir *James Lancaster to Brazil and the East Iridies, 1591-1603,Hakluyt Society, Londres, 1940.*

Fox, Robert, y George Weisz, eds., *The Organization of Science and Technology in France, 1808-1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 1980.

Fox, Robert, y Anna Guagnini, eds., *Education, Technology, and Industrial Performance in Europe, 1850-1939*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993.

Francks, Penelope, Japanese Economic Development: Theory and Practice, Routledge, Londres, 1992.

Freedeman, Charles E., Joint-stock Enterprise in France, 1807-1867: From Privileged Companies to Modern Corporations, University North Carolina Press, Chapel Hill, 1979.

—, *The Triumph of Corporate Capitalism in France 1867-1914,University of Rochester Press, Rochester, 1993*.

Freeman, Christopher, *The Economics of Industrial Innovation*, MIT Press, Cambridge, Massachusetts, 1982, 2.ª ed. (hay trad. cast.: *La teoría económica de la innovación industrial*, Alianza Editorial, Madrid, 1975).

—, *The Economics of Hope: Essays on Technical Change, Economic Growth and the Environment, Pinter, Londres y Nueva York, 1992*.

Freudenberger, Hermán, «The Schwarzenberg Bank: A Forgotten Contributor to Austrian Economic Development, 1788-1830», *Austrian History Yearbook*, 27 (1996), pp. 41-64.

Freyre, Gilberto, The Masters and the Slaves: A Study in the Development of Brazilian Civilization, Knopf, Nueva York, 1971, 2.ª ed.

Fridenson, Patrick, y André Straus, eds., Le capitalisme français 19e-20e siècles: blocages et dynamismes d'une croissance, Fayard, París, 1987.

Fried, Aaron L., The Weary Titan: Britain and the Experience of Relative Decline, 1895-1905, Princeton University Press, Princeton, 1988.

Friedman, David, «Beyond the Age of Ford: The Strategic Basis of the Japanese Success in Automobiles», en Zysman y Tyson, eds., *American Industry in International Competition*, pp. 350-390.

Friedman, Thomas L., «Egypt Runs for the Train», *The New York Times* (18 de octubre de 1995), p. A-23.

Fuhrmann, Joseph T., The Origins of Capitalism in Russia: Industry and Progress in the Sixteenth and Seventeenth Centuries, Quadrangle Books, Chicago, 1972.

Fujimura Fanselow, Kumiko, y Atsuko Kameda, eds., *Japanese Women: New Feminist Perspectives on the Past, Present, and Future*, Feminist Press at the City University, Nueva York, 1995.

Fukazawa, Hiroshi, «Non-Agricultural Production: Maharashtra and the Deccan», en Raychaudhuri y Habib, eds., *Cambridge Economic History of India*, I, pp. 308-315.

Fukui, Haruhiro, «The Japanese State and Economic Development: A Profile of a Nationalist-Patemalist Capitalist State», en Appelbaum y Henderson, eds., *States and Development in the Asian Pacific Rim*, pp. 199-225.

Fumer, Mary O., y Barry Supple, eds., *The State and Economic Knowledge: The American and British Experiences*, Cambridge University Press para el Woodrow Wilson International Center for Scholars, Nueva York, 1990.

Fumivall, J. S., *Netherlands India: A Study of Plural Economy*, Cambridge University Press, Cambridge, 1939.

—, *Colonial Policy and Practice: A Comparative Study of Burma and Netherlands India, Cambridge University Press, Cambridge, 1948*.

Furtado, Celso, The Economic Growth of Brazil: A Survey from Colonial to Modern Times, University of California Press, Berkeley, 1963.

Gabor, Andrea, The Man Who Discovered Quality. How W. Edwards Deming Brought the Quality Revolution to America-The Stories of Ford, Xerox, and GM, Penguin, Nueva York, 1992.

Galenson, Walter, y Konosuke Odaka, «The Japanese Labor Market», en Patrick y Rosovsky, eds., *Asia's New Giant*, pp. 587-671.

Gallagher, John, y Ronald Robinson, «The Imperialism of Free Trade», *Economic History Review*, 2.ª serie, 6, 1 (1953), pp. 1-15.

Gallagher, Nancy Elizabeth, ed., Approaches to the History of the Middle East: Interviews with Leading Middle East Historians, Gamet, Reading, 1995.

Gamble, A., Britain in Decline: Economic Policy, Political Strategy and the British State, Macmillan, Londres, 1985, 2.ª ed.

García S., Daniel D., «Economic Growth and Stagnation in the Colonial Americas: An Exploratory Essay», en Bemecker y Tobler, eds., *Development and Underdevelopment in America*, pp. 51-87.

Garrett, Laurie, The Corning Plague: Newly Emerging Diseases in a World Out of Balance, Farrar, Strauss & Giroux, Nueva York, 1994.

Gamsson, Janine, L'Edit de Nantes et sa révocation: Histoire d'une intolérance, Seuil, 1985, París.

Gartman, David, Auto Slavery: The Labor Process in the American Automobile Industry, 1897-1950, Rutgers University Press, New Brunswick, 1986.

Gates, David M., *Man and His Environment: Climate*, Harper & Row, Nueva York, 1972.

Gay, Yves, «Matteo Ricci et l'introduction de la mesure du temps en Chine», *Bulletin de l'Association Nationale des Collectionneurs et Amateurs d'Horlogerie Ancienne*, 71 (otoño-invierno de 1994), pp. 5-34.

Geiger, Reed G., The Anzin Coal Company, 1800-1833: Big Business in the Early Stages of the French Industrial Revolution, University of Delaware Press, Newark, 1974.

Gellner, Emest, Plough, Sword and Book: The Structure of Human History, Collins Harvill, Londres, 1988 (hay trad. cast.: El arado, la espada y el libro: La estructura de la historia humana, Península, Barcelona, 1994).

Gemery, Henry A., y Jan S. Hogendom, eds., The Uncommon Market: Essays in the Economic History of the Atlantic Slave Trade, Academic Press, Nueva York, 1979.

Gennaro, Giuseppe de, Industrializzazione e Mezzogiorno: Le manufatture tessili nel Nord Barese, 1771-1816, ESI, Nápoles, 1984.

—, «The Mechanical Spinner and Resistance to Change in the Mezzogiorno», *Journal of Regional Policy*, 10, 2 (abril-junio de 1990), pp. 273-286.

Gereffi, Gary, y Donald L. Wyman, eds., *Manufacturing Miracles: Paths of Industrialization in Latin America and East Asia*, Princeton University Press, Princeton, 1990.

Germani, Gino, Política y sociedad en una época de transición: De la sociedad tradicional a la sociedad de masas, Paidós, Buenos Aires, 1962.

Gemet, Jacques, *China and the Christian Impact: A Conflict of Cultures*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985.

Gerschenkron, Alexander, *Economic Backwardness in Historical Perspective: A Book of Essays*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1962 (hay trad. cast.: *El atraso económico en su perspectiva histórica*, Ariel, Barcelona, 1968).

—, *Continuity in History and Other Essays*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1968.

—, «Die Vorbedingungen der europäischen Industrialisierungen im 19. Jahrhundert», en Wolfram Fischer, ed., *Wirtschaftsund Sozialgeschichtliche Probleme der frühen Industrialisierung*, Colloquium, Berlín, 1968, pp. 21-28.

—, *An Economic Spurt That Failed: Four Lectures in Austrian History, Princeton University Press, Princeton, 1977*.

Gibb, George Sweet, The Saco-Lowell Shops: Textile Machinery Building in New England, 1813-1949, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1950.

Gibbons, Herbert Adams, *The Foundation of the Ottoman Empire*, Clarendon Press, Oxford, 1916.

Giblin, James, «Trypanosomiasis Control in African History: An Evaded Issue?», *Journal of African History*, 31 (1990), pp. 59-80.

Gibson, Charles, The Aztecs Under Spanish Rule. A History of the Indians of the Valley of Mexico, 1519-1810, Stanford University Press, Stanford, 1964.

—, *Spain in America*, Harper & Row, Nueva York, 1966 (hay trad. cast.: *España en América*, Grijalbo, Barcelona, 1976).

Giedion, Siegfried, *Space, Time, and Architecture*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1941.

—, *Mechanization Takes Command: A Contribution to Anonymous History, University Press, Oxford, 1948-1969*.

Gies, Frances y Joseph, Cathedral, Forge, and Waterwheel: Technology and Invention in the Middle Ages, Harper Collins, Nueva York, 1994.

Gilder, George, *Wealth and Poverty*, Basic Books, Nueva York, 1981 (hay trad. cast.: *Riqueza y pobreza*, Instituto de Estudios Económicos, Madrid, 1985).

Gille, Bertrand, La banque et le crédit en France de 1815 à 1848, PUF, París, 1959.

—, *La sidérurgie française au XlXe siècle, Droz, Ginebra, 1968*.

Gillet, Marcel, Les charbonnages du nord de la France au XlXe siècle, Mouton, París y La Haya, 1973.

Gilmartin, Christina K., Gail Hershatter, Lisa Rofel y Tyrene White, eds., *Engendering China: Women, Culture, and the State*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1994.

Gimpel, Jean, The Medieval Machine: The Industrial Revolution of the Middle Ages, Penguin, Harmondsworth, 1976 (hay trad. cast.: La revolución industrial en la Edad Media, Taums, Madrid, 1982).

—, *The End of the Future: The Waning of the High-Tech World, Adamantine Press, Londres, 1995*.

Gingerich, Owen, *The Eye of Heaven: Ptolemy, Copernicus, Kepler*, American Inst. of Physics, Nueva York, 1993.

Girard, Albert, Le commerce français à Seville et à Cadix au temps des Habsbourg: Contribution à Vétude du commerce étranger en Espagne aux XVIe et XVIIe siècles, Boccard, París, 1932.

Gleave, M. Barrie, ed., *Tropical African Development: Geographical Perspectives*, Longman, Burnt Hill, Harlow, 1992.

Glejser, Herbert, «National X-Efficiency», en Etemad, Batou y David, eds., *Pour une histoire économique*, 1995, pp. 301-309.

Gluck, Carol, *Japan's Modern Myths: Ideology in the Late Meiji Period*, Princeton University Press, Princeton, 1985.

Godinho, Vitorino Magalhaes, *Os descobrimentos e a economia mundial*, Arcadia, Lisboa, 1963-1965, 2 vols.

—, «Role du Portugal aux XVe-XVIe siècles-Qu'est-ce que découvrir veut dire? Les nouveaux mondes et un monde nouveau», en Thorens *et al*., eds., *1492*, pp. 55-92.

Godley, Michael R., The Mandarin-Capitalists from Nanyang: Overseas Chinese Enterprise in the Modernization of China, 1893-1911, Cambridge University Press, Cambridge, 1981.

Golay, F. H., «Southeast Asia: The "Colonial Drain" Revisited», en C. D. Cowan y O. W. Wolters, eds., *Southeast Asian History and Historiography*, Cornell University Press, Ithaca, 1976, pp. 368-387.

Goldman, Marshall, «The Relocation and Growth of the Pre-Revolutionary Russian Ferrous Metal Industry», *Explorations in Enterpreneurial History*, 9, 1 (octubre de 1956), pp. 1936.

Goldstone, Jack A., «Cultural Orthodoxy, Risk, and Innovation: The Divergence of East and West in the early Modern World», *Sociological Theory*, 5 (otoño de 1987), pp. 119-135.

—, «The Causes of Long Waves in Early Modern Economic History», *Research in Economic History*, suplemento 6 (1991), pp. 51-92.

—, «Gender, Work, and Culture: Why the Industrial Revolution Carne Early to England But Late to China», *Sociological Perspectives*, 39, 1 (primavera de 1996), pp. 1-20.

Gómez, Thomas, Uinvention de l'Amérique: Reve et réalités de la conquête, Aubier, París, 1992.

Gommans, Jos, «Trade and Civilization Around the Bay of Bengal, c. 1650-1800», *Itinerario*, 19, 3 (1995), pp. 82-108.

Good, David F., *The Economic Rise of the Habsburg Empire, 1750-1914*, University of California Press, Berkeley, 1984.

Goodman, David, Power and Penury: Government, Technology and Science in Philip II Spain, Cambridge University Press, Cambridge, 1988 (hay trad. cast.: Poder y penuria: gobierno, tecnología y ciencia en la España de Felipe II, Alianza Editorial, Madrid, 1990).

—, «The Scientific Revolution in Spain and Portugal», en Porter y Teich, eds., *The Scientific Revolution*, 1992.

Goodman, Jordan, Tobacco in History: The Cultures of Dependence, Routledge, Londres, 1993.

Goodwin, Jan, Price of Honor: Muslim Women Lift the Veil of Silence on the Islamic World, Little, Brown, Boston, 1994.

Goody, Jack, *The East in the West*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996.

Gordon, Andrew, *The Evolution of labor Relations in Japan: Heavy Industry, 1853-1955*, Harvard, Council on Last Asian Studies, Cambridge, Massachusetts, 1985 (hay trad. cast.: *La evolución de las relaciones laborales en Japón: la industria pesada*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid, 1992).

Gordon, David M., Fat and Mean: The Corporate Squeeze of Working Americans and the Myth of Managerial «Downsizing», Martin Kessler, The Free Press, Nueva York, 1996.

Gordon, Murray, *Slavery in the Arab World*, New Amsterdam, Nueva York, 1989; ed. francesa, *L'esclavage dans le monde arabe*, Robert Laffont, París, 1987.

Gordon, Robert B., «Who Turned the Mechanical Ideal into Mechanical Reality?», *Technology and Culture*, 29, 4 (octubre de 1988), pp. 744-778.

Goris, J. A., Étude sur les colonies marchandes méridionales (Portugais, Espagnols, Italiens) à Anvers de 1488 à 1567: Contribution à l'histoire des débuts du capitalisme moderne, Librairie Universitaire, Lovaina, 1925.

Gourou, Pierre, Terres de bonne espérance: Le monde tropical, Plon, París, 1983, 2.ª ed.

Graham, A. C., «China, Europe, and the Origins of Modern Science: Needham's "The Grand Titration"», en Nakayama y Sivin, eds., *Chinese Science*.

Gray, H. L., «The Production and Exportation of English Woollens in the Fourteenth Century», *English Historical Review*, 39 (1924), pp. 13-35.

Greasley, David, y Les Oxley, «Rehabilitation Sustained: The Industrial Revolution as a Macroeconomic Epoch», *Economic History Review*, 47, 4 (noviembre de 1994), pp. 760-768.

Green, William A., «The New World and the Rise of European Capitalist Hegemony: Some Historiographical Perspectives», *Itinerario*, 10, 2 (1986), pp. 53-68.

Greenberg, Dolores, «Reassessing the Power Pattems of the Industrial Revolution: An Anglo-American Comparison», *American Historical Review*, 87 (1982), pp. 1237-1261.

Greenberg, Michael, *British Trade and the Opening of China, 1800-1842*, Cambridge University Press, Cambridge, 1951.

Greenblatt, Stephen, ed., *New World Encounters*, University of California Press, Berkeley, 1993.

Greenfeld, Liah, *Nationalism: Five Roads to Modernity*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1992.

—, «The Worth of Nations: Some Economic Implications of Nationalism», *Critical Review*, 9, 4 (otoño de 1995), pp. 555-584.

Grenet, Micheline, La passion des astres au XVIIe siècle: De Vastrologie à l'astronomie, Hachette, París, 1994.

Griffin, Charles C., «Economic and Social Aspects of the Era of Spanish American Independence», *Hispanic American Historical Review*, 29 (1949), pp. 170-187.

Griffin, Keith, «The Roots of Underdevelopment: Reflections on the Chinese Experience», *Modern China*, 4, 3 (1978), pp. 351-357.

—, y John Gurley, «Radical Analyses of Imperialism, the Third World, and the Transition to Socialism: A Survey Article», *Journal of Economic Literature*, 23 (septiembre de 1985), pp. 1089-1143.

Griffiths, Richard T., *Industrial Retardation in the Netherlands, 1830-1850*, Martinus Nijhoff, La Haya, 1979.

Grigg, David, The Harsh Lands: A Study in Agricultural Development, Macmillan, Londres, 1970.

—, *Population Growth and Agrarian Change: An Historical Perspective, Cambridge University Press, Cambridge, 1980*.

—, *The Dynamics of Agricultural Change: The Historical Experience, Hutchinson, Londres, 1982*.

Griliches, Zvi, «The Discovery of the Residual: A Historical Note», Harvard Institute of Economic Research, Discussion Paper n.º 1742, 1995.

Grossman, Gene M., y Elhanan Helpman, *Innovation and Growth in the Global Economy*, MIT Press, Cambridge, 1991.

Grove, Richard H., Green Imperialism: Colonial Expansión, Tropical Island Edens, and the Origins of Environmentalism, 1600-1860, Cambridge University Press, Cambridge, 1995.

Gruzinski, Serge, *The Aztecs: Rise and Fall of an Empire*, Harry N. Abrams, «Discoveries», Nueva York, 1987/1992 (hay trad. cast.: *El destino quebrado del imperio azteca*, Aguilar, Madrid).

Guerlac, Henry, «Some Areas for Further Newtonian Studies», *History of Science*, 17 (1979), pp. 75-101.

Guile, Bruce R., y Harvey Brooks, eds., *Technology and Global Industry: Companies and Nations in the World Economy*, National Academy Press, para la National Academy of Engineering, Washington, 1987.

Guy, Donna J., Argentine Sugar Politics: Tucuman and the Gene radon of Eighty, Arizona State University Press, Tempe, 1980.

Habakkuk, H. J., American and British Technology in the Nineteenth Century: The Searchfor Labour-Saving Inventions, Cambridge University Press, Cambridge, 1962.

Haber, L. F., The Chemical Industry During the Nineteenth Century: A Study of the Economic Aspect of Applied Chemistry in Europe and North America, Clarendon Press, Oxford, 1958.

Habib, Irfan, *The Agrarian System of Mughal India (1556-1707)*, Asia Publishing House, Londres, 1963.

—, «Potentialities of Capitalistic Development in the Economy of Mughal India», *Journal of Economic History*, 29, 1 (marzo de 1969), pp. 32-78.

—, «The Technology and Economy of Mughal India», *Indian Economic and Social History Review*, 17, 1 (enero-marzo de 1980), pp. 1-34.

—, «Population», en Raychaudhuri y Habib, eds., *The Cambridge History of India*, I, pp. 163-171.

Hahn, Roger, The Anatomy of a Scientific Institution: The Paris Academy of Sciences, 1666-1803,University of California Press, Berkeley, 1971.

Hakluyt, Richard, *The Principal Navigations Voyages Traffiques and Discoveries of the English Nation…*, Glasgow, 1599/1903/1905, 12 vols; reimpresión en J. M. Dent, Londres; Dutton, Everyman's Library, Nueva York (hay trad. cast.: *Principales viajes, tráfico comercial y descubrimientos de la nación inglesa*, Atlas, Madrid, 1988).

Halberstam, David, *The Reckoning*, William Morrow, Nueva York, 1986.

Hale, Sondra, «The Politics of Gender in the Middle East», en Sandra Morgen, ed., *Gender and Anthropology: Critical Reviews for Research and Teaching*, American Anthropology Association, Washington, 1989.

—, «Gender Politics and Islamization in the Sudan», *South Asia Bulletin*, 14, 2 (1994), pp. 51-66.

Hall, John A., «Will the United States Decline as Did Britain?», en J. Michael Mann, ed., *The Rise and Decline of the Nation State*, Basil Blackwell, Cambridge, Massachusetts, y Oxford, 1990.

—, «A Theory of the Rise of the West», METU Studies in Development, 22,3 (1995), pp. 231-241.

Hall, John W., «The Tokugawa Legislation», *Trans. Asiatic Society of Japan*, 41 (1988).

Halle, Francis, Un monde sans hiver: Les tropiques, nature et sociétés, Seuil, París, 1993.

Halliday, Fred, Islam and the Myth of Confrontation: Religion and Politics in the Middle East, I. B. Tauris, Londres, 1996.

Hamerow, Theodore S., *The Social Foundations of German Unification, 1858-1871*, Princeton University Press, Princeton, 1969.

Hamilton, Richard F., «Max Weber's The Protestant Ethic: A Commentary on the Thesis and Its Reception in the Academic Community», Fundación Juan March, Working Paper 1995-1973, Center for Advanced Study in the Social Sciences, Madrid, 1995.

Hammarstrom, I., «The "Price Revolution" of the Sixteenth Century: Some Swedish Evidence», *Scandinavian Economic History Review*, 5 (1957), pp. 118-154.

Hancock, Graham, *Lords of Poverty*, Mandarin Paperback, Londres, 1991; Macmillan, Londres, 1989.

Hane, Mikiso, Peasants, Rebels, and Outcasts: The Underside of Modern Japan, Pantheon, Nueva York, 1982.

—, *Premodern Japan: A Historical Survey, Westview, Boulder, 1991*.

Hanke, Lewis, ed., Do the Americas Have a Common History? A Critique of the Bolton Theory, Knopf, Nueva York, 1964.

Hansen, Bent, «Capital and Lopsided Development in Egypt under British Occupation», en Sabagh, ed., *Modern Economic and Social History*, 1989, pp. 66-88.

Hansen, Bert, «Science and Magic», en Lindberg, ed., *Science in the Middle Ages*, 1978, pp. 483-506.

Harberger, Amold C., ed., World Economic Growth: Case Studies of Developed and Developing Nations, ICS Press, San Francisco, 1984.

Hardach, Karl W., Die Bedeutung wirtschaftlicher Faktoren bei der Wiedereinführung der Eisenund Getreidezölle in Deutschland 1879, Duncker & Humblot, Berlín, 1967.

Harding, Jeremy, Small Wars, Small Mercies: Journeys in Africa's Disputed Nations, Penguin, Londres, 1994.

Harley, C. K., y N. F. R. Crafts, «Cotton Textiles and Industrial Output Growth During the Industrial Revolution», *Economic History Review*, 48, 1 (febrero de 1995), pp. 134-144.

Hamer, Michael, «The Ecological Basis for Aztec Sacrifice», *American Ethnologist*, 4 (1977), pp. 117-135.

Harries, Meirion y Susie, Soldiers of the Sun: The Rise and Fall of the Imperial Japanese Army, Viking, Nueva York, 1991.

Harris, John R., ed., Liverpool and Merseyside: Essays in the Economic and Social History of the Fort and Its Hinterland, Frank Cass, Londres, 1969.

—, *Industry and Technology in the Eighteenth Century: Britain and France. An Inaugural Lecture, Birmingham University Press, Birmingham, 1972*.

—, «Attempts to Transfer English Steel Techniques to France in the Eighteenth Century», en *Business and Businessmen: Studies in Business, Economic and Accounting History*, Liverpool University Press, Liverpool, 1978, pp. 199-233.

—, «Michael Alcock and the Transfer of Birmingham Technology to France Before the Revolution», *Journal of European Economic History*, 15, 1 (primavera de 1986), pp. 7-58.

—, *The British Iron Industry 1700-1850*, Macmillan, Houndmills y Londres, 1988.

—, «The Transfer of Technology Between Britain and France and the French Revolution», en Ceri Crossley y Ian Small, eds., *The French Revolution and British Culture*, University Press, Oxford, 1989, pp. 156-186.

—, «Movements of Technology Between Britain and Europe in the Eighteenth Century», en Jeremy, ed., *Transfer of International Technology*, pp. 9-30.

—, «The First British Measures Against Industrial Espionage», en Ian Blanchard, A. Goodman y J. Newman, eds., *Industry and Finance in Early Modern History*, Franz Steiner, Stuttgart, 1992, pp. 205-225.

—, *Essays in Industry and Technology in the Eighteenth Century: England and France, Variorum, Hampshire, 1992*.

—, «A French Industrial Spy: The Engineer Le Ture in England in the 1780s», *Icon*, 1 (1996), pp. 16-35.

—, «Law, Espionage and the Transfer of Technology from Eighteenth Century Britain», en Robert Fox, ed., *Technological Change: Methods and Themes in the History of Technology*, Harwood Academic Publishers, Amsterdam, 1996, pp. 123-136.

Harris, Nigel, The End of the Third World: Newly Industrializing Countries and the Decline of an ldeology, Pelican, Londres, 1987; Tauris, 1986.

Harrison, Lawrence E., *Underdevelopment Is a State of Mind: The Latin American Case*, Center for International Affairs, Harvard University, Cambridge, Massachusetts, 1985 (hay trad. cast.: *El subdesarrollo está en la memoria*, Playor, Madrid, 1987).

Harrison, Paul, *Inside the Third World: The Anatomy of Poverty*, Penguin, Harmondsworth, 1979.

—, «The Curse of the Tropics: It's Hard to Make a Living in Hot Climates», *New Scientist*, 84 (22 de noviembre de 1979), pp. 602-604.

Hart, Jeffrey A., «A Comparative Analysis of the Sources of America's Relative Economic Decline», en Bemstein y Adler, eds., *Understanding American Economic Decline*, 1994, pp. 199-239.

Hartley, E. N., Ironworks on the Saugus: The Lynn and Braintree Ventures of the Company of Undertakers of the Ironworks in New England, University of Oklahoma Press, Norman, 1957.

Haskins, Charles H., «Arabic Science in Western Europe», *Isis*, 7, 3 (1925), pp. 478-485.

Hassig, Ross, *War and Society in Ancient Mesoamerica*, University of California Press, Berkley, 1993.

Hatton, Timothy J., y Jeffrey G. Williamson, eds., *Migration and the International Labor Market, 1850-1939*, Routledge, Londres, 1994.

—, «What Drove the Mass Migrations from Europe in the Late Nineteenth Century?», *Population and Development Review*, 20, 3 (septiembre de 1994), pp. 533-559.

Hau, Michel, *L'industrialisation de l'Alsace (1803-1939)*, Association des Publications près les Universités de Strasbourg, Estrasburgo, 1987.

Hauser, William, Economic Institutional Change in Tokugawa Japan: Osaka and the Kinai Cotton Trade, Cambridge University Press, Cambridge, 1974.

Havinden, Michael, y David Meredith, eds., Colonialism and Development: Britain and Its Tropical Colonies, 1850-1960, Routledge, Londres, 1993.

Hayami, Yujiro, y V. W. Ruttan, «Korean Rice, Taiwan Rice, and Japanese Agricultural Stagnation: An Economic Consequence of Colonialism», *Quarterly Journal of Economics*, 84, 4 (noviembre de 1970), pp. 562-589.

Hazlitt, W. Carew, The Venetian Republic: Its Rise, Its Growth, and Its Fall a. d. 409-1797,Adam and Charles Black, Londres, 1915, 2 vols.

Head, Thomas, y Richard A. Landes, eds., The Peace of God: Social Violence and Religious Response in France around the Year 1000, Cornell University Press, Ithaca, 1992.

Headrick, Donald R., The Tools of Empire: Technology and European Imperialism in the Nineteenth Century, Oxford University Press, Nueva York, 1981.

—, *The Tentacles of Progress: Technology Transfer in the Age of Imperialism, 1850-1940,Oxford University Press, Nueva York, 1988*.

Heckscher, Eli F., *Mercantilism*, Alien & Unwin, Londres, 1955, 2.ª ed., 2 vols.

Heerding, A., The History of N. V. Philips Gloeilampenfabrieken. Vol. II: A Company of Many Parts, Cambridge University Press, Cambridge, 1988.

Heikkinen, Sakari, y Riitta Hjerppe, «The Growth of Finnish Industry in 1860-1913: Causes and Linkages», *Journal of European Economic History*, 16 (1987), pp. 227-244.

Helliwell, John, y Alan Chung, «Convergence and Growth Linkages Between North and South», *NBER*, Working Paper no. 3948, 1992.

Henderson, W. O., *The State and the Industrial Revolution in Prussia, 1740-1870*, Liverpool University Press, Liverpool, 1958.

—, *Studies in the Economic Policy of Frederick the Great, Frank Cass, Londres, 1963*.

—, *J. C. Fischer and His Diary of Industrial England. 1814-1851,Frank Cass, Londres, 1966*.

—, *Britain and Industrial Europe 1750-1870: Studies in British Influence on the Industrial Revolution in Western Europe, Liverpool University Press, Liverpool, 1954/1965; Leicester University Press, Leicester*.

—, *The Rise of German Industrial Power. 1834-1914,Temple Smith, Londres, 1975*.

Henley, Paul, «Spanish Stew: Justifications of Conquest in the New World», *Times Literary Supplement* (22 de octubre de 1993), pp. 4-5.

Hershatter, Gail, *The Workers of Tianjin, 1900-1949*, Stanford University Press, Stanford, 1986.

Hess, Andrew C., The Forgotten Frontier: A History of the Sixteenth-Century Ibero-African Frontier, University of Chicago Press, Chicago, 1978.

Heston, Alan, y Robert Summers, «Comparative Indian Economic Growth: 1870 to 1970», *American Economic Review*, 70, 2 (mayo de 1980), pp. 96-101.

Hibbert, Christopher, The Dragon Wakes: China and the West, 1793-1911,Longman, Londres, 1970.

Higonnet, Patrice, David S. Landes y Henry Rosovsky, eds., *Favorites of Fortune: Technology, Growth, and Economic Development Since the Industrial Revolution*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1991.

Hill, Christopher, Intellectual Origins of the English Revolution, Clarendon Press, Oxford, 1965 (hay trad. cast.: Los orígenes intelectuales de la Revolución Inglesa, Crítica, Barcelona, 1980).

Hills, Richard L., *Power in the Industrial Revolution*, Manchester University Press, Manchester, 1970.

Himmelstrand, Ulf, Kabiru Kinyanjui y Edward Mburugu, eds., *African Perspectives on Development: Controversies, Dilemmas and Openings*, James Currey, Londres 1994.

Hirschman, Albert, *Essays in Trespassing*, Cambridge University Press, Nueva York, 1981.

—, *A Propensity to Self-Subversion*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1995.

Hirschmeier, Johannes, *The Origins of Entrepreneurship in Meiji Japan*, Harvard East Asian Series, n.º 17, Cambridge, Massachusetts, 1964.

—, «Shibusawa Eiichi: Industrial Pioneer», en Lockwood, ed., *The State and Economic Enterprise*, 1965, pp. 209-247.

Hirst, Paul, «The Uniqueness of the West», *Economy and Society*, 4 (1975), pp. 446-473.

Ho, Ping-ti, «The Introduction of American Food Crops into China», *American Anthropology*, 57 (1955), pp. 191-201.

—, *Studies on the Population of China, 1368-1953*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1959.

Ho, Samuel Pao-san, «Agricultural Transformation under Colonialism: The Case of Taiwan», *Journal of Economic History*, 28, 3 (septiembre de 1968), pp. 315-340.

—, «Colonialism and Development: Korea, Taiwan, and Kwantung», en Myers y Peattie, eds., *Japanese Colonial Empire*, 1984, pp. 347-398.

Hodder, B. W., *Economic Development in the Tropics*, Methuen, Londres, 1968.

Hodgson, Marshall G. S., *The Venture of Islam: Conscience and History in a World Civilization*, University of Chicago Press, Chicago, 1974, 3 vols.

Hodne, Fritz, «New Perspectives in Economic History», *Scandinavian Economic History Review*, 40, 1 (1992), pp. 76-88.

Hoffmann, Walther G., *British Industry, 1700-1950*, Basil Blackwell, Oxford, 1955.

—, «The Take-off in Germany», en Rostow, ed., *The Economics of Take-off*, 1963, pp. 95-118.

Hohenberg, Paul M., «Urban Manufactures in the Proto-industrial Economy: Culture versus Commerce?», en Berg, ed., *Markets and Manufacture*, pp. 159-172.

—, y Lynn Hollen Lees, *The Making of Urban Europe, 1000-1950*, Harvard, Cambridge, 1985.

Holtfrerich, Carl-Ludwig, ed., Interactions in the World Economy: Perspectives from International Economic History, NYU Press, Nueva York, 1989.

Holton, Gerald J., Einstein, History, and Other Passions: The Rebellion Against Science at the End of the Twentieth Century, Addison-Wesley, Reading, Massachusetts, 1996, (hay trad. cast.: Einstein, historias y otras pasiones, Taurus, Madrid, 1998).

Holusha, John, «Detroit's New Push to Upgrade Quality», *The New York Times* (12 de mayo de 1983), p. D-l.

—, «Detroit's New Labor Strategy», *The New York Times* (13 de mayo de 1983), p. D-1.

Honig, Emily, Sisters and Strangers: Women in the Shanghai Cotton Mills, 1919-1949,Stanford University Press, Stanford, 1986.

Hoodbhoy, Pervez A., *Islam and Science: Religious Orthodoxy and the Battle for Rationality*, Zed Books, Londres y Atlantic Highlands, Nueva Jersey, 1991.

Hooykaas, R., *Religion and the Rise of Modern Science*, Scottish Academic Press, Edimburgo, 1972.

—, «The Rise of Modern Science: When and Why?», *British Journal of History of Science*, 20, 4 (1987), pp. 453-473.

Hopkins, A. G., *An Economic History of West Africa*, Columbia University Press, Nueva York, 1973.

Hopkins, Eric, Birmingham, the First Manufacturing Town in the World, 1760-1840,Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1989.

Hoppit, Julian, «Counting the Industrial Revolution», *Economic History Review*, 2.ª serie, 43, 2 (mayo de 1990), pp. 173-193.

Horwitz, Tony, Baghdad Without a Map, and Other Misadventures in Arabia, Penguin (Plume), Nueva York, 1992.

Hossain, Ahmeeda, «The Alienation of Weavers: Impact of the Conflict between the Revenue and Commercial Interests of the East India Company, 1750-1800», *Indian Economic and Social History Review*, 16 (julio de 1979), pp. 323-345.

Hourani, George F., *Arab Seafaring in the Indian Ocean in Ancient and Early Medieval Times*, Princeton University Press, Princeton, 1951/1995; ed. revisada y ampliada por John Carswell.

Howe, Christopher, The Origins of Japanese Trade Supremacy: Development and Technology in Asia from 1540 to the Pacific War, Hurst, Londres, 1996.

Howells, Jeremy, «Tacit Knowledge and Technology Transfer», ESRC Centre for Business Research, University of Cambridge, Paper n.º 16, 1995.

Howells, William W., «Requiem for a Lost People [the Tasmanians]», Harvard Magazine (enero-febrero de 1977), pp. 48-55.

Howse, Derek, *Greenwich Time and the Discovery of the Longitude*, Oxford University Press, Oxford, 1980.

Hsia, R. Po-Chia, Social Discipline in the Reformation: Central Europe, 1550-1750,Routledge, Londres, 1989.

Huang, Ray, 1587, a Year of No Significance: The Ming Dynasty in Decline, Yale University Press, New Haven, 1981.

—, *China: A Macro History*, M. E. Sharpe, Armonk, Nueva York, 1990.

Huc, Evariste, Souvenirs d'un voyage dans la Tartarie, le Thibet et la Chine, Plon, París, 1850/1925-1928,4 vols.

Hufton, Olwen H., The Poor of Eighteenth-Century France, 1750-1789, Clarendon, Oxford, 1974.

Hughes, Thomas P, American Genesis: A Century of lnvention and Technological Enthusiasm, Penguin, Nueva York, 1989.

Hugill, Peter J., *World Trade Since 1431: Geography, Technology, and Capitalism*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1993.

Humble, Richard, *The Seafarers: The Explorers*, Time-Life Books, Alexandria, Virginia, 1979.

—, *Warfare in the Middle Ages*, Magna Books, Wigston, Leicester, 1989.

Humboldt, Alexander von, Relation historique du Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent, selecciones editadas por Jean Tulard con el título L'Amérique espagnole en 1800, vue par un savant allemand Humboldt, Calmann-Lévy, París, 1814-1825/1965.

Hunter, William W., *History of British India*, Longmans, Green, Londres, 1912/1919, 2 vols.

Huyghe, Edith, y François-Bemard, Les coureurs d'épices [sur la route des Indes fabuleuses], J. C. Lattès, París, 1995.

Hyam, Ronald, *Empire and Sexuality: The British Experience*, Manchester University Press, Manchester, 1990.

—, *Britain's Imperial Century, 1815-1914: A Study of Empire and Expansion, Macmillan, Londres, 1993, 2.ª ed*.

Hyde, Charles K., *Technological Change and the British Iron Industry, 1700-1870*, Princeton University Press, Princeton, 1977.

Ignatieff, Michael, Blood and Belonging: Journeys into the New Nationalism, Vintage, Londres, 1994.

Ilardi, Vincent, «Eyeglasses and Concave Lenses in Fifteenth-century Florence and Milan: New Documents», *Renaissance Quarterly*, 29, 3 (1976), pp. 341-366.

—, *Occhiali alla corte di Francesco e Galeazzo Maria Sforza con documenti inediti del 1462-1466,Metal Lux, Milán, 1978*.

—, «Renaissance Florence: The Optical Capital of the World», *Journal of European Economic History*, 22, 3(1993), pp. 507-541.

Iliffe, John, *The Emergence of African Capitalism*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1983.

Inikori, Joseph E., «Measuring the Atlantic Slave Trade: An Assessment of Curtin and Anstey», *Journal of African History*, 17 (1976), pp. 197-223.

—, «The Import of Firearms into West Africa (1750-1807): A Quantitative Analysis», *Journal of African History*, 18 (1977), pp. 339-368.

—, «Market Structure and the Profits of the British African Trade in the Late Eighteenth Century», *Journal of Economic History*, 41 (1981), pp. 745-776.

—, *ed., Forced Migration: The Impact of the Export Slave Trade on African Societies, africana, Nueva York, 1982*.

—, «Slavery and the Development of Industrial Capitalism in England», en Solow and Engerman, eds., *British Capitalism*, 1987, pp. 79-101.

Inkster, Ian, «Mental Capital: Transfers of Knowledge and Technique in Eighteenth Century Europe», *Journal of European Economic History*, 19, 2 (1991), pp. 403-441.

—, *Science and Technology in History: An Approach to Industrial Development, Macmillan Education, Londres, 1991*.

Innes, Stephen, Creating the Commonwealth: The Economic Culture of Puritan New England, W. W. Norton, Nueva York, 1995.

«The Invasion of the Nina, the Pinta, and the Santa Maria», *The New York Times* (2 de junio de 1991).

Irwin, Douglas A., *Against the Tide: An Intellectual History of Free Trade*, Princeton University Press, Princeton, 1996.

Irwin, Robert, «Burying the Past: The Decline of Arab History and the Perils of Occidentosis», *Times Literary Supplement* (3 de febrero de 1995), pp. 9-10.

Isaacman, Alien, y Richard Roberts, eds., *Cotton, Colonialism, and Social History in Sub-Saharan Africa*, James Currey, Londres, 1995.

Ishizaka, Akio, «Die Industrialisierung und Modernisierung Japans vom Standpunkt der vergleichenden Wirtschaftsgeschichte betrachtet», *Hokudai Economic Papers*, 12 (1982-1983), pp. 46-64.

Islam, Nazrul, «Growth Empirics: A Panel Data Approach», *Quarterly Journal of Economics*, 110, 4 (noviembre de 1995), pp. 1127-1170.

Islamog lu-Inan, Huri, ed., *The Ottoman Empire and the World Economy*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987.

—, «Introduction: Why European History?», *METU Studies in Development*, 22, 3 (1995), pp. 222-230.

Israel, Jonathan I., *European Jewry in the Age of Mercantilism, 1550-1750*, Clarendon Press, Oxford, 1989, 2.ª ed. (hay trad. cast.: *La judería europea en la era del mercantilismo*, Cátedra, Madrid, 1992).

—, *Dutch Primacy in World Trade, 1585-1740, Clarendon Press, Oxford, 1989*.

—, *The Dutch Republic: Its Rise, Greatness, and Fall, 1477-1806, Clarendon Press, Oxford, 1995*.

Issawi, Charles, «Egypt Since 1800: A Study in Lopsided Development», *Journal of Economic History*, 21 (1961), pp. 1-25; reimpresión como «The Economic Development of Egypt, 1800-1960», en Issawi, ed., *The Economic History of the Middle East*, pp. 359-374.

—, *ed., The Economic History of the Middle East, 1800-1914: A Book of Readings, University of Chicago Press, Chicago, 1966*.

—, «The Decline of Middle Eastern Trade, 1100-1850», en D. S. Ricards, ed., *Islam and the Trade of Asia: A Colloquium*, Bruno Cassirer, Oxford, 1970; University of Pennsylvania Press, Filadelfia, pp. 245-266.

Itzkowitz, Norman, *Ottoman Empire and Islamic Tradition*, University of Chicago Press, Chicago, 1972.

Jackson, W. F., *James Jackson et ses fils*, impresión privada, París, 1893.

Jacob, Margaret C., *Scientific Culture and the Making of the Industrial West*, Oxford University Press, Nueva York, 1997.

Jalal al-'Azm, Sadik, «Orientalism and Orientalism in Reverse», *Khamsin*, 8 (1981), pp. 5-26.

James, C. L. R., The Black Jacobins: Toussaint Louverture and the San Domingo Revolution, Allison & Busby, Londres, 1938/1980.

Jansen, Marius, *Sakamoto Ryoma and the Meiji Restoration*, Columbia University Press, Nueva York, 1994; original, ed. Princeton, 1961.

Jansen, Marius B., y Gilbert Rozman, eds., *Japan in Transition from Tokugawa to Meiji*, Princeton University Press, Princeton, 1986.

Jenkins, D. T., The West Riding Wool Textile Industry, 1770-1835: A Study of Fixed Capital Formation, Pasold Research Fund, Edington, Wilts, 1975.

Jenkins, Stephen, «The Measurement of Income Inequality», en Osberg, ed., *Economic Inequality*, 1991, pp. 3-38.

Jeremy, David J., Transatlantic Industrial Revolution: The Dijfusion of Textile Technologies between Britain and America, 1790-1830s, MIT Press, Cambridge, Massachusetts, 1981.

—, *ed., The Transfer of International Technology: Europe, Japan and the USA in the Twentieth Century, Edward Elgar, Aldershot, Hants, 1992*.

Johnson, Chalmers, Japan: Who Govems The Rise of the Developmental State, W. W. Norton, Nueva York, 1995.

Johnson, Donald S., Phantom Islands of the Atlantic: The Legends of Seven Lands That Never Were, Walker, Nueva York, 1994.

Jones, Eric L., ed., Agriculture and Economic Growth in England, 1650-1815, Methuen, Londres, 1967.

—, *The European Miracle: Environments, Economies and Geopolitics in the History of Europe and Asia*, Cambridge University Press, Cambridge, 1981; 2.ª ed., 1987 (hay trad. cast.: *El milagro europeo*, Alianza Editorial, Madrid, 1994).

—, *Growth Recurring: Economic Change in World History, Clarendon Press, Oxford, 1988 (hay trad. cast.: Crecimiento recurrente: el cambio económico en la historia mundial, Alianza Editorial, Madrid, 1997).*

—, «The Real Question About China: Why Was the Song Economic Achievement Not Repeated?», *Austral. Economic History Review*, 30, 2 (septiembre de 1990), pp. 5-22.

Jones, William O., «Environment, Technical Knowledge, and Economic Development in Tropical Africa», Stanford, *Food Research Institute Studies*, 5, 2 (1965), pp. 101-116.

Jordán, Glenn, «Flight from Modernity: Time, the Other and the Discourse of Primitivism», *Time and Society*, 4, 3 (1995), pp. 281-303.

Josephson, Paul R., «"Projects of the Century" in Soviet History: Large-Scale Technologies from Lenin to Gorbachev», *Technology and Culture*, 36, 3 (julio de 1995), pp. 519-559.

Kadir, Djelal, Columbus and the Ends of the Earth: Europe's Prophetic Rhetoric as Conquering Ideology, University of California Press, Berkeley, 1993.

Kafadar, Cermal, When Coins Turned into Drops of Dew and Bankers Became Robbers of Shadows: Ottoman Economic Imagination and Decline Consciousness at the End of the Sixteenth Century, Harvard University Pres, Cambridge, Massachusetts, 1995.

Kahan, Arcadius, «Entrepreneurship in the Early Development of Iron Manufacturing in Russia», *Economic Development and Cultural Change*, 10 (1962), pp. 395-422.

—, «Continuity in Economic Activity and Policy During the Post-Petrine Period in Russia», *Journal of Economic History*, 25 (1965), pp. 61-85.

—, «The Costs of "Westernization" in Russia: The Gentry and the Economy in the Eighteenth Century», *Slavic Review*, 25 (1966), pp. 40-66.

Kamarck, Andrew M., *The Economies of African Development*, Praeger, Nueva York, 1967.

—, *The Tropics and Economic Development: A Provocative Inquiry into the Poverty of Nations, Johns Hopkins University para el Banco Mundial, Baltimore y Londres, 1976 (hay trad. cast.: Los trópicos y el desarrollo económico, Tecnos, Madrid, 1978).*

—, *Economies and the Real World*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1983.

Kamen, Henry, «The Decline of Spain: A Historical Myth?», *Past & Present*, 81 (1978), pp. 24-50.

Kaplan, Robert D., «The Corning Anarchy», *Atlantic Monthly* (febrero de 1994), pp. 44 ss.

—, *The Ends of the Earth: A Journey at the Dawn of the 21st Century, Random House, Nueva York, 1996 (hay trad. cast.: Los confines de la Tierra: un viaje a los albores del siglo XXI, Flor del Viento, Barcelona, 1996).*

Kaplan, Yosef, «The Jewish Profile of the Spanish-Portuguese Community of London During the Seventeenth Century», *Judaism*, 41, 3 (verano de 1992), pp. 229-240.

Katz, Jorge M., ed., Technology Generation in Latin American Manufacturing Industries, Macmillan, Londres, 1987.

Kautsky, John H., *The Politics of Aristocratic Empires*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1982.

Keamey, Hugh F., «Puritanism, Capitalism, and the Scientific Revolution», *Past & Present*, 28 (julio de 1964).

Keay, John, The Honourable Company: A History of the English East India Company, Macmillan, Nueva York, 1991.

Keddie, Nikki R., y Beth Baron, eds., *Women in Middle Eastern History: Shifting Boundaries in Sex and Gender*, Yale University Press, New Haven, 1991.

Keene, Donald, *The Japanese Discovery of Europe, 1720-1830*, Stanford University Press, Stanford, 1952/1969.

Keisuke, Yao, «The VOC and Japanese Rice in the Early Seventeenth Century», *Itinerario*, 19, 1 (1995), pp. 32-47.

Keith, Robert G., «Encomienda, Hacienda and Corregimiento in Spanish America: A Structural Analysis», *Hispanic American Historical Review*, 51,3 (agosto de 1971), pp. 431-446.

—, «The Encomienda and the Genesis of a Colonial Economy in Spanish America», *Res. Econ. Anthropology*, 3 (1980), pp. 135-160.

Kemp, Tom, *Industrialization in Nineteenth-Century Europe*, Longman, Londres, 1969; 1985, 2.ª ed. (hay trad. cast.: *La revolución industrial en la Europa del siglo XIX*, Martínez Roca, Barcelona, 1987).

—, *Historical Pattems of Industrialization*, Longman, Londres, 1993, 2.ª ed. (hay trad. cast.: *Modelos históricos de industrialización*, Fontanella, Barcelona, 1981).

Kennedy, Paul, The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000,Random House, Nueva York, 1987 (hay trad. cast.: El auge y caída de las grandes potencias, Plaza y Janés, Barcelona, 1992).

—, *Preparing for the Twenty-first Century*, Random House, Nueva York, 1993 (hay trad. cast.: *Hacia el siglo XXI*, Plaza y Janés, Barcelona, 1996).

Kerr, Ian J., «Colonialism and Technological Choice: The Case of the Railways of India», *Itinerario*, 19, 2 (1995), pp. 91-111.

Kiesewetter, Hubert, «Europe's Industrialization. Coincidence or Necessity?», *German Yearbook of Business History 1994*, Múnich, 1994, pp. 9-39.

—, y Rainer Fremdling, ed., *Staat, Region und Industrialisierung*, Scripta Mercaturae, Ostfildem, 1985.

Kimura, Mitsuhiko, «The Economics of Japanese Imperialism in Korea, 1910-1939», *Economic History Review*, 48, 3 (agosto de 1995), pp. 555-574.

Kindleberger, Charles P., *A Financial History of Western Europe*, Oxford University Press, Nueva York, 1993, 2.ª ed. (hay trad. cast.: *Historia financiera de Europa*, Crítica, Barcelona, 1988).

—, *World Economic Primacy: 1500 to 1990*, Oxford University Press, Nueva York, 1996.

Kiple, Kenneth F., *The Caribbean Slave: A Biological History*, Cambridge University Press, Cambridge, 1984.

Kirby, Maurice W., y May B. Rose, eds., Business Enterprise in Modern Britain from the Eighteenth to the Twentieth Century, Routledge, Londres, 1994.

Kirchner, Walther, Die deutsche Industrie und die Industrialisierung Russlands, 1815-1914, Scripta Mercaturae, St. Katharinen, 1986.

Kirkpatrick, F. A., *The Spanish Conquistadores*, A. & C. Black, Londres, 1934.

—, *Les conquistadors espagnols*, Editions Payot, París, 1935/1992 (hay trad. cast.: *Los conquistadores españoles*, Espasa Calpe, Madrid, 1986).

Klein, Herbert S., «Economic Aspects of the Eighteenth-Century Atlantic Slave Trade», en Tracy, ed., *Rise of Merchant Empires*, pp. 287-310.

Klep, Paul, y Eddy Van Cauwenberghe, eds., Entrepreneurship and the Transformation of the Economy (10th-20th Centuries): Essays in Honour of Herman Van der Wee, Leuven University Press, Leuven, 1994.

Klitgard, Robert, Tropical Gangsters: One Man's Experience with Development and Decadence in Deepest Africa, Basic Books, Nueva York, 1990.

Klor de Alva, J. Jorge., «The Postcolonization of the (Latin) American Experience: A Reconsideration of "Colonialism", "Postcolonialism" and "Mestizaje"», en Prakash, ed., *After Colonialism*, pp. 241-275.

Knight, Franklin W., y Peggy K. Liss, eds., *Atlantic Port Cides: Economy; Culture, and Society in the Atlantic World, 1650-1850*, University of Tennessee Press, Knoxville, Tennessee, 1991.

Koditschek, Theodore, Class Formation and Urban Industrial Society: Bradford, 1750-1850,Cambridge University Press, Cambridge, 1990.

Koemer, Lisbet, «Linnaeus' Floral Transplants», *Representations*, 47 (verano de 1994), pp. 144-169.

Komroff, Manuel, ed., *The Travels of Marco Polo [the Venetian]*, Liveright, Nueva York, 1926.

Koning, Hans, *Columbus: His Enterprise. Exploding the Myth*, Monthly Review Press, Nueva York, 1976/1991.

Krejci, Jaroslav, The Civilizations of Asia and the Middle East: Before the European Challenge, Macmillan, Londres, 1990.

Kriedte, Peter, «Demographic and Economic Rythms: The Rise of the Silk Industry in Krefeld in the Eighteenth Century», *Journal of European Economic History*, 15, 2 (otoño de 1986), pp. 259-289.

Kroker, Wemer, Wege zur Verbreitung technologischer Kenntnisse zwischen England und Deutschland in der zweiten Halfte des 18. Jahrhunderts, Duncker & Humblot, Berlín, 1971.

Krout, John Alien, y Dixon Ryan Fox, The Completion of Independence, 1790-1830. Vol. V: A History of American Life, Macmillan, Nueva York, 1944.

Kriegel, Maurice, «Autour de Pablo de Santa María et d'Alfonso de Cartagena: alignement culturel et originalité "converso"», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, 41, 2 (abril-junio de 1994), pp. 197-205.

Krueger, Anne O., «The Political Economy of the Rent-seeking Society», *American Economic Review*, 64 (1974), pp. 291-303.

Krugman, Paul, «The Myth of Asia's Miracle», *Foreign Affairs*, 73, 6 (noviembre-diciembre de 1994), pp. 62-78.

—, ed, *Trade with Japan: Has the Door Opened Wider?*, University of Chicago Press, Chicago, 1995.

—, *Pop Internationalism*, MIT Press, Cambridge, Massachusetts, 1996.

—, y Anthony J. Venables, «Globalization and the Inequality of Nations», *Quarterly Journal of Economics*, 110, 4 (noviembre de 1995), pp. 857-880.

Krum, Horsta, ed., Preussens Adoptivkinder: die Hugenotten, 300 Jahre Edikt von Potsdam, Arani, Berlín, 1985.

Kuisel, Richard, *Seducing the French: The Dilemma of Americanization*, University of California Press, Berkeley, 1993.

Kulischer, Josef, «Die kapitalistischen Untemehmer in Russland (insbesondere die Bauem ais Untemehmer in den Anfangsstadien des Kapitalismus», *Archiv fur Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, 65 (1931), pp. 309-355.

Kumar, Deepak, *Science and the Raj, 1857-1905*, Oxford University Press, Oxford, 1996.

Kuppuram, G., y K. Kumudamani, eds., *History of Science and Technology in India*, Sundeep Prakashan, Delhi, 1990, 12 vols.

Kuttner, Robert, Everything for Sale: The Virtues andhimits of Markets, Knopf, Nueva York, 1997.

Kuznets, Simon, «Retardation of Industrial Growth», *Journal of Economic and Business History*, I, 4 (agosto de 1929), pp. 534-560.

—, *Six Lectures on Economic Growth*, Free Press, Glencoe, Illinois, 1959.

—, *Economic Growth and Structure: Selected Essays, W. W. Norton, Nueva York, 1965 (hay trad. cast.: Crecimiento económico y estructura económica, Ariel, Barcelona, 1975).*

Lacey, Robert, *Sir Walter Ralegh*, Atheneum, Nueva York, 1974.

—, *Ford: The Men and the Machine*, Little, Brown, Boston, 1986.

Lach, Donald F., *Asia in the Making of Europe. Vol. I: The Century of Discovery*, University of Chicago Press, Chicago, 1965/1994.

Lafargue, Jean-André, L'immigration chinoise en Indochine: Sa réglementation, ses conséquences économiques et politiques, Henry Jouve, París, 1909.

Lai, Chi-kong, «The Historiography of Maritime China since c. 1975», *Research in Maritime History*, 9 (diciembre de 1995), pp. 1-27.

Lall, Sanjaya, Learning to Industrialize: The Acquisition of Technological Capability by India, Macmillan, London, 1987.

La Lumia, Isidoro, *Histoire de l'expulsion des Juifs de Sicile, 1492*, Éditions Allia, París, 1992.

Lambert, Jacques, Latin America: Social Structure and Political Institutions, University of California Press, Berkeley, 1967 (hay trad. cast.: América Latina. Estructuras sociales e instituciones políticas, Ariel, Barcelona, 1964).

Lambert, L. Don, «The Role of Climate in the Economic Development of Nations», *Land Economics*, 47, 4 (1971), pp. 339-444.

Lamoreaux, Naomi R., «Constructing Firms: Partnerships and Alternad ve Contractual Arrangements in Early-Nineteenth-Century American Business», Comunicación presentada al Economic History Workshop, Harvard University, 1995; texto mecanografiado.

—, y Kenneth Sokoloff, «Patents and the Market for Technology in the Late-Nineteenth and Early-Twentieth Century United States», Comunicación presentada al Economic History Workshop, Harvard University, 1994; texto mecanografiado.

Lampe, John R., y Marvin R. Jackson, *Balkan Economic History, 1550-1950: From Imperial Borderlands to Developing Nations*, Indiana University Press, Bloomington, 1982.

Landau, Ralph, y Nathan Rosenberg, «Successful Commercialization in the Chemical Process Industries», en Rosenberg, Landau y Mowery, eds., *Technology and the Wealth of Nations*, 1992, pp. 73-119.

—, Timothy Taylor y Gavin Wright, eds., *The Mosaic of Economic Growth*, Stanford University Press, Stanford, 1996.

Landes, David S., «Bankers and Pashas: International Finance in Egypt in the 1860's», en Miller, ed., *Men in Business*, 1952, pp. 23-70.

—, «Vieille banque et banque nouvelle: La révolution financière du dix-neuviéme siècle», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, 3 (1956), pp. 204-222.

—, *Bankers and Pashas: International Finance and Economic Imperialism in Egypt, Heinemann, Londres, 1958*.

—, «Some Thoughts on the Nature of Economic Imperialism», *Journal of Economic History*, 21 (diciembre de 1961), pp. 496-512.

—, «Factor Costs and Demand: Determinants of Economic Growth: A Critique of Professor Habakkuk's Thesis», *Business History*, 7, 1 (enero de 1965), pp. 15-33.

—, *The Unbound Prometheus: Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present, Cambridge University Press, Cambridge, 1969 (hay trad. cast.: Progreso tecnológico y revolución industrial, Tecnos, Madrid, 1979).*

—, *«An Equilibrium Model of Imperialism», en S. Bertelli, ed., Per Federico Chabod (1901-1960), II. Equilibrio europeo ed espansione coloniale (1870-1914), Annali della Facoltá di Scienze Politiche, vol. 17, Perugia, 1980-1981.*

—, «The Foundations of European Expansion and Dominion: An Equilibrium Model», *Itinerario*, 5, 1 (1981), pp. 46-61.

—, *Revolution in Time: Clocks and the Making of the Modern World, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1983*.

—, «Passionate Pilgrims and Others: Visitors to the Holy Land in the 19th Century», en Moshe Davis, ed., *With Eyes Toward Zion. Vol. II: Themes and Sources in the Archives of the United States, Great Britain, Turkey and Israel*, Praeger, Nueva York, 1983, pp. 3-21.

—, «What Do Bosses Really Do?», *Journal of Economic History*, 46, 3 (septiembre de 1986), pp. 585-623.

—, *L'heure qu'il est: Les horloges, la mesure du temps et la formation du monde moderne, Gallimard, París, 1987; traducción y revisión de la ed. americana*.

—, «Piccolo e bello. Ma e bello davvéro?», en Landes, ed., *A che servono i padroni: le alternative storiche del Tindustrializzazione*, Bollati Boringhieri, Turín, 1987, pp. 162-178.

—, «The Time of Our Lives», *Social Science Information*, 29, 4 (1990), pp. 693-724.

—, «Why Are We So Rich and They So Poor?», *American Economic Review*, 80, 2 (mayo de 1990), pp. 1-13.

—, «Does It Pay to Be Late?», en Batou, ed., *Between Development and Underdevelopment*, 1991, pp. 43-66.

—, «Homo Faber, Homo Sapiens: Knowledge, Technology, Growth, and Development», *Contention*, I, 3 (primavera de 1992), pp. 81-107, 133-135.

—, «The Fable of the Dead Horse; or, the Industrial Revolution Revisited», en Joel Mokyr, ed., *The British Industrial Revolution: An Economic Perspective*, Westview, Boulder, 1993, pp. 132-170.

—, «What Room for Accident in History? Explaining Big Changes by Small Events», *Economic History Review*, 47, 4 (1994), pp. 637-656.

—, «Some Further Thoughts on Accident in History: A Reply to Professor Crafts», *Economic History Review*, 48, 3 (agosto de 1995), pp. 599-601.

—, «Convergence and Divergence: What Do Numbers Tell?», en Etemad Batou y David, eds., *Pour une histoire économique*, 1995, pp. 111-119.

—, «Finding the Point at Sea», en Andrewes, ed., *The Quest for Longitudes* 1996, pp. 19-30.

Lane, Frederic C., Navires et constructeurs à Venise pendant la Renaissance, Sevpen, París, 1965.

Lang, James, Conquest and Commerce: Spain and England in the Americas, Academic Press, Nueva York, 1975.

—, *Portuguese Brazil: The King's Plantation, Academic Press, Nueva York, 1979*.

Langer, William, «Europe's Initial Population Explosion», *American Historical Review*, 69 (1963), pp. 1-17.

Laqueur, Walter, *The Dream That Failed: Reflections on the Soviet Union*, Oxford University Press, Nueva York, 1994.

Lamer, John P, «North American Hero: Christopher Columbus, 1702-2002», *Proceedings of the American Philosophical Society*, 137, 1 (marzo de 1993), pp. 46-63.

Larrain, J., «Classical Political Economists and Marx on Colonialism and "Backward" Nations», *World Development*, 19, 2/3 (1991), pp. 225-243.

Larraz, José, La época del mercantilismo en Castilla (1500-1700),Aguilar, Madrid, 1943.

Latham, A. J. H., y Heita Kawakatsu, eds., *Japanese Industrialization and the Asian Economy*, Routledge, Londres, 1994.

Lattimore, Owen, «Inner Asian Frontiers of China», American Geographical Society, Nueva York, Research Series n.º 21, 1940.

Lau, Lawrence, y Jong-Il Kim, «The Sources of Growth of the East Asian Newly Industrialized Countries», *Journal of Japanese and International Economies*, 8, 3 (septiembre de 1994), pp. 235-271.

Laurens, Henry, L'Orient arabe: Arabisme et islamisme de 1798 à 1945, Armand Colin, París, 1993.

Law, Robin, «Dahomey and the Slave Trade: Reflections on the Historiography of the Rise of Dahomey», *Journal of African History*, 27 (1986), pp. 237-267.

Lazonick, William, *Competitive Advantage on the Shop Floor*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1990.

—, y Mary O'Sullivan, «Organization, Finance and International Competition», *Industrial and Corporate Change*, 5, 1 (1996), pp. 1-47.

Lebergott, Stanley, «The Returns to U. S. Imperialism, 1890-1929», *Journal of Economic History*, 40 (1980), pp. 229-252.

Lee, J., «Food Supply and Population Growth in South-west China, 1250-1850», *Journal of Asian Studies*, 41, 4 (1982), pp. 711-746.

Lee, Keun, New East Asian Economic Development: Interacting Capitalism and Socialism, M. E. Sharpe, Armonk, Nueva York, 1993.

Leeming, Frank, *The Changing Geography of China*, Basil Blackwell, Oxford, 1993.

Leff, Nathaniel H., Underdevelopment and Development in Brazil. Vol. I: Economic Structure and Change, 1822-1947, Alien & Unwin, Londres, 1982.

—, y Kazuo Sato, «Homogeneous Preferences and Heterogeneous Growth Performance: International Differences in Saving and Investment Behaviour», *Kyklos*, 46, 2 (1993), pp. 203-223.

Lefkowitz, Mary, Not Out of Africa: How Afrocentrism Became an Excuse to Teach Myth as History, Basic Books, Nueva York, 1996.

Lehmann, Hartmut, y Guenther Roth, eds., *Weber's Protestant Ethic: Origins, Evidence, Contexts*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995.

Leibenstein, Harvey, *Beyond Economic Man: A New Foundation for Microeconomics*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1976.

—, «The Japanese Management System: An X-Efficiency-Game Theory Analysis», *Harvard Institute of Economic Research*, Discussion Paper n.º 938, 1982.

Leithauser, Joachim G., *Worlds Beyond the Horizon*, Knopf, Nueva York, 1955.

Le Masson, Hugues, Faut-il encore aider les pays en développement? Histoire d'un cas exemplaire, Éditions du Félin, París, 1992.

Léon, Antoine, *La Révolution française et l'éducation technique*, Société des Etudes Robespierristes, París, 1968.

Léon, Pierre, Frangois Crouzet y Richard Gascon, eds., L'industrialisation en Europe au XlXe siècle: cartographie et typologie. Colloques internationaux du Centre National de la Recherche Scientifique, Sciences humaines, Lyon, 7-10 de octubre de 1972, CNRS, París, 1972.

León-Portilla, Miguel, *L'envers de la conquête*, Federop, Lyons, 1977 (original cast.: *El reverso de la conquista*, J. Mortiz, México, 1963).

—, *Aztec Thought and Culture: A Study of the Ancient Nahuatl Mind, University of Oklahoma Press, Norman, 1971/1982*.

Lequenne, Michel, *Christophe Colomb: Amiral de la Mer Océane*, Gallimard, París, 1991 (hay trad. cast.: *Cristóbal Colón, almirante de la mar océana*, Aguilar, Madrid, 1992).

Leshi, Bao, «Ruling Out Change: Institutional Impediments to Transfer of Technology in Ship Building and Design in the Far East», *Itinerario*, 19, 3 (1995), pp. 142-151.

Leupp, Gary P, Servants, Shophands, and Laborers in the Cities of Tokugawa Japan, Princeton University Press, Princeton, 1992.

Levasseur, Émile, Histoire des classes ouvrières et de l'industrie en France avant 1789, Rousseau, París, 1900, 2.ª ed., 2 vols.

—, *Histoire des classes ouvrières et de l'industrie en France de 1789 à 1870, Rousseau, París, 1903, 2.ª ed., 2 vols*.

—, *Questions ouvrières et industrielles en France sous la Troisième République, Rousseau, París, 1907*.

Levathes, Louise E., When China Ruled the Seas: The Treasure Fleet of the Dragón Throne, 1405-1433, Simon & Schuster, Nueva York, 1994.

Levenson, Jay, ed., *Circa 1492: Art in the Age of Exploration*, exposición en la National Gallery, Washington, del 12 de octubre de 1991 al 12 de enero de 1992, National Gallery of Art, Washington, 1991.

Lévi, Jean, *Le grand empereur et ses automates*, Albin Michel, París, 1985; ed. inglesa, *The Chinese Emperor*, Harcourt, Brace, Jovanovich, San Diego, 1987 (hay trad. cast.: *El gran emperador y sus autómatas*, Alianza Editorial, Madrid, 1988).

Levine, A. L., *Industrial Retardation in Britain, 1880-1914*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1967.

Levy, Frank, Dollars and Dreams: The Changing American Income Distribution, W. W. Norton, Nueva York, 1988.

Lévy-Leboyer, Maurice, Les banques européennes et l'industrialisation internationale dans la première moitié du XlXe siècle, PUF, París, 1964.

Lewchuk, Wayne, *American Technology and the British Vehicle Industry*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987.

Lewis, Bemard, *The Muslim Discovery of Europe*, W. W. Norton, Nueva York, 1982.

—, *The Jews of Islam*, Princeton University Press, Princeton, 1984.

—, *The Middle East: 2000 Years of History from the Rise of Christianity to the Present Day, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1995*.

Lewis, Colin M., «Railways and Industrialization: Argentina and Brazil, 1870-1929», en Abel y Lewis, eds., *Latin America*, pp. 199-230.

Lewis, David Levering, The Race to Fashoda: European Colonialism and African Resistance in the Seramble for Africa, Weidenfeld & Nicolson, Nueva York, 1987.

Lewis, Gwynne, «Proto-industrialization in France», *Economic History Review*, 47, 1 (1994), pp. 150-164.

Lewis, Paul H., *The Crisis of Argentine Capitalism*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1990.

Lewis, W. Arthur, *Aspects of Tropical Trade, 1883-1965*, Wicksell Lectures 1969, Almqvist & Wiksell, Estocolmo, 1969.

Lincoln, Edward J., *Japan's Unequal Trade*, Brookings Institute, Washington, 1990.

Lindauer, David L., y Michael Roemer, eds., *Asia and Africa: Legacies and Opportunities in Development*, ICS Press, San Francisco, 1994.

Lindberg, David C., ed., *Science in the Middle Ages*, University of Chicago Press, Chicago, 1978.

—, *The Beginnings of Western Science*, University of Chicago Press, Chicago, 1992.

—, y Robert S. Westman, eds., *Reappraisals of the Scientific Revolution*, University Press, Cambridge, 1990.

Lindqvist, Sven, "Exterminate All the Brutes", New Press, Nueva York, 1992/1996.

Link, Perry, «A Harvest of Empty Notes: The Hectic Pace of Modernization in China», *Times Literary Supplement* (10 de septiembre de 1993), pp. 6-8.

Lippit, Victor D., «The Development of Underdevelopment in China», *Modern China*, 4, 3 (julio de 1978), pp. 251-327.

Lis, Catharina, y Hugo Soly, *Poverty and Capitalism in Pre-Industrial Europe*, Humanities Press, Atlantic Highlands, Nueva Jersey, 1979.

Livingston, Arthur, «Gentleman, Theory of the», *Encyclopedia of Social Sciences*, VI, 1931, pp. 616-620.

Livingstone, David N., «The Moral Discourse of Climate: Historical Considerations on Race, Place and Virtue», *Journal of Historical Geography*, 17, 4 (1991), pp. 413-434.

—, *The Geographical Tradition: Episodes in the History of a Contested Enterprise, Basil Blackwell, Oxford, 1992*.

Loekhart, James, *Spanish Peru, 1532-1560: A Colonial Society*, University of Wisconsin Press, Madison, 1968.

—, y Stuart B. Sehwartz, *Early Latin America: A History of Colonial Spanish America and Brazil*, Cambridge University Press, Cambridge, 1983.

Loekwood, William W., ed., The State and Economic Enterprise in Japan: Essays on the Political Economy of Growth, Princeton University Press, Princeton, 1965.

Lombroso, Gina, *La rangon du machinisme*, Payot, París, 1931.

Lone, Stewart, y Gavan McCormaek, *Korea Since 1850*, Longman Cheshire, Melboume, 1993.

López, Robert S., *The Commercial Revolution of the Middle Ages, 950-1350*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1971 (hay trad. cast.: *La revolución comercial en la Europa medieval*, el Albir, Barcelona, 1981).

Lorenz, Edward H., Economic Decline in Britain: The Shipbuilding Industry, 1890-1970, Clarendon Press, Oxford, 1991.

Lovejoy, Paul E., *Transformations in Slavery: A History of Slavery in Africa*, Cambridge University Press, Cambridge, 1983.

—, «The Impact of the Atlantic Slave Trade on Africa: A Review of the Literature», *Journal of African History*, 30 (1989), pp. 365-394.

—, y Nicholas Rogers, eds., *Unfree Labour in the Development of the Atlantic World*, Frank Cass, Ilford, Essex, 1985.

«The Lunar Society of Birmingham», *University of Birmingham Historical Journal*, 11, 1 (1967); número especial.

Lüthy, Herbert, La banque protestante en France, de la révocation de l'édit de Nantes à la Révolution, Sevpen, París, 1959, 1961.

—, «Calvinisme et capitalisme: après soixante ans de débat», *Cahiers Vilfredo Pareto*, 2 (diciembre de 1963).

Lybyer, Albert Howe, The Government of the Ottoman Empire in the Time of Suleiman the Magnificente Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1913.

Lynch, John, *Spain, 1516-1598: From Nation State to World Empire*, Basil Blackwell, Oxford, 1991 (hay trad. cast.: *Los Austrias, 1516-1598*, Crítica, Barcelona, 1993).

—, *The Hispanic World in Crisis and Change, 1598-1700, Basil Blackwell, Oxford, 1992*.

—, Lyon, Bryce, «Medieval Real Estate Developments and Freedom», *American Historical Review*, 63 (1957), pp. 47-61.

Macaulay, William Babington, «Lord Clive», en *The Works of Lord Macaulay, Essays and Biographies. Vol. III*, Longmans, Green, Londres, 1840/1898; se trata de una reseña, en la *Edinburgh Review* (enero de 1840), a *Sir* John Malcolm, *The Life of Robert Lord Clive* (Londres, 1836, 3 vols.).

Macfarlane, Alan, «On Individualism», *Proceedings of the British Academy*, 82 (1993), pp. 177-199.

Mackenney, Richard, History of Europe. Sixteenth Century Europe: Expansion and Conflict, St. Martin's Press, Nueva York, 1993.

MacLeod, Christine, Inventing the Industrial Revolution: The English Patent System, 1660-1800, Cambridge University Press, Cambridge, 1988.

—, «Strategies for Innovation: The Diffusion of New Technology in Nineteenth-Century British Industry», *Economic History Review*, 45, 2 (mayo de 1992), pp. 285-307.

Maddison, Angus, «Explaining the Economic Performance of Nations, 1820-1989», en Baumol, Nelson y Wolff, eds., *Convergence of Productivity*, 1994, pp. 20-61.

—, *Chinese Economic Performance in the Long Run, OECD Development Center, París, 1998*.

Mahn-Lot, Marianne, *Bartolomé de Las Casas: L'Évangile et la force*, Editions du Cert, París, 1991.

Makiya, Kanan, Cruelty and Silence: War, Tyranny, Uprising and the Arab World, W. W. Norton, Nueva York, 1993.

Malcomson, Scott L., Empire's Edge: Travels in South-Eastern Europe, Turkey and Central Asia, Verso, Londres, 1994.

Mamdani, Mahmood, Citizen and Subject: Contemporary Africa and the Legacy of Late Colonialism, Princeton University Press, Princeton, 1996.

Mankiw, Gregory, David Romer y David Weil, «A Contribution to the Empines of Economic Growth», *Quarterly Journal of Economics*, 107, 2 (mayo de 1992), pp. 407-437.

Manning, Patrick. 1988. «The Impact of Slave Trade Exports on the Population of the Western Coast of Africa, 1700-1850», in Daget, ed., *De la traite à l'esclavage*, 1988.

Mannix, Daniel P., y Malcolm Cowley, Black Cargoes: A History of the Atlantic Slave Trade, 1518-1865, Viking, Nueva York, 1962 (hay trad. cast.: *Historia de la trata de negros*, Alianza Editorial, Madrid, 1970).

March, Andrew L., The Idea of China: Myth and Theory in Geographic Thought, Praeger, Nueva York, 1974.

Marco Polo: *véase* Komroff.

Marcus, G. J., *The Conquest of the North Atlantic*, Oxford University Press, Nueva York, 1981.

Marin, Manuela, y Joseph Perez, eds., *Minorités religieuses dans l'Espagne médiévale*, número especial de la *Revue du Monde Musulman et de la Méditerranée*, 63-64 (1992), Éditions EDISUD, Aix-en-Provence.

Markham, Clements R., ed., The Voyages of Sir *James Lancaster, Kt, to the East Indies, Hakluyt Society, Londres, 1877.*

Marples, David R., *The Social Impact of the Chemobyl Disaster*, University of Alberta Press, Edmonton, 1988.

Marseille, Jacques, Empire colonial et capitalisme français: Histoire d'un divorce, Albin Michel, París, 1984.

—, *Puissance et faiblesses de la France industrielle XIXe-XXe siècle, Seuil, París, 1997*.

Marshall, Joseph. Travels Through Holland, Flanders, Germany, Denmark… in the Years 1768, 1769 and 1770,Londres, 1773, 3 vols.

Marshall, Peter James, *Problems of Empire: Britain and India, 1757-1813*, Alien & Unwin, Londres, 1968.

—, *East Indian Fortunes: The British in Bengal in the Eighteenth Century, Clarendon Press, Oxford, 1976*.

—, *ed., The Writings and Speeches of Edmund Burke. Vol. V. India: Madras and Bengal, 1774-1785, Oxford University Press, Oxford, 1981*.

—, «British Assessments of the Dutch in Asia in the Age of Raffles», *Itinerario*, 12, 1 (1988), pp. 1-15.

Marshall, Ray, y Marc Tucker, *Thinking for a Living: Education and the Wealth of Nations*, Basic Books, Nueva York, 1992.

Martin, John Frederick, Profits in the Wildemess: Entrepreneurship and the Founding of New England Towns in the Seventeenth Century, University North Carolina Press, Chapel Hill, 1991.

Martín Aceña, Pablo, y Leandro Prados de la Escosura, eds., *La nueva historia economica en España*, Tecnos, Madrid, 1985.

Martínez, Albert B., y Maurice Lewandowski, *The Argentine in the Twentieth Century*, T. Fisher Unwin, Londres, 1911.

Marx, Karl, *Capital: A Critique of Political Economy*, Charles H. Kerr, Nueva York, 1906; 2.ª ed. americana, a partir de la 4.ª alemana, ed. Frederick Engels; reimpresión, Modern Library (hay trad. cast.: *El Capital*, Crítica, Barcelona, 1976-1980, 3 vols.).

Masón, S. F., «The Scientific Revolution and the Protestant Reformation», *Annals of Science*, 9, 1 (marzo de 1953), pp. 64-87; 9, 2 (junio), pp. 154-175.

—, «Science and Religion in Seventeenth-century England», *Past & Present*, 3 (febrero de 1953).

Mass, William, y William Lazonick, «The British Cotton Industry and International Competitive Advan tage: The State of the Debates», en Rose, ed., *International Competition*, 1991, pp. 9-65.

Masselman, George, *The Cradle of Colonialism*, Yale University Press, New Haven, 1963.

Massie, Robert K., Dreadnought: Britain, Germany, and the Corning of the Great War, Random House, Nueva York, 1991.

Masters, Bruce, The Origins of Western Economic Dominance in the Middle East: Mercantilism and the Islamic Economy in Aleppo, 1600-1750,NYU Press, Nueva York, 1988.

Mathias, Peter, ed., *Science and Society, 1600-1900*, Cambridge University Press, Cambridge, 1972.

—, «Capital, Credit and Enterprise in the Industrial Revolution», *Journal of European Economic History*, 2, 1 (primavera de 1973), pp. 121-143.

—, «Skills and the Diffusion of Innovations from Britain in the Eighteenth Century», *Transactions of the Roy al Historical Society*, 5.ª serie, 25 (1975), pp. 93-113.

—, y John A. Davis, eds., *The First Industrial Revolutions*, Basil Blackwell, Oxford, 1989.

—, *y M. M. Postan, eds., The Cambridge Economic History of Europe. Vol VII: The Industrial Economies: Capital, Labour, and Enterprise. Part 2. The United States, Japan, and Russia, Cambridge University Press, Cambridge, 1978*.

Mathur, Gautam, *Planning for Steady Growth*, Oxford University Press, Oxford, 1965.

Matossian, Mary, «Ideologies of Delayed Industrialization: Some Tensions and Ambiguities», *Economic Development and Cultural Change*, 6 (1958).

Matthews, R. C. O., C. H. Feinstein y J. C. Odling-Smee, *British Economic Growth, 1856-1973*, Stanford University Press, Stanford, 1982.

Mauny, Raymond, Les navigations médiévales sur les cotes sahariennes antérieures à la découverte portugaise (1434),Centro de Estudios Históricos Ultramarinos, Lisboa, 1960.

Mauro, Frédéric, Le Portugal et l'Atlantique au XVlIe siècle (1570-1670): Étude économique, Sevpen, París, 1960.

—, «Merchant Communities, 1350-1750», en Tracy, ed., *Rise of Merchant Empires*, pp. 255-286.

Mauro, Paolo, «Corruption and Growth», *Quarterly Journal of Economies*, 110, 3 (agosto de 1995), pp. 681-712.

Maybuiy-Lewis, David, «Societies on the Brink», *Harvard Magazine* (enero-febrero de 1977), pp. 56-61.

McAlister, Lyle N., *Spain and Portugal in the New World, 1492-1700*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1984.

McCloskey, Donald N., «Did Victorian Britain Fail?», *Economic History Review*, 2.ª serie, 23, 3 (diciembre de 1970), pp. 446-459.

—, ed., *Essays on a Mature Economy: Britain After 1840*, Princeton University Press, Princeton, 1971.

—, *If You're So Smart: The Narrative of Economic Expertise, University of Chicago Press, Chicago, 1990*.

—, «1780-1860: A Survey», en Floud y McCloskey, eds., *Economic History of Britain*, 2.ª ed. revisada, I, 1994, pp. 242-270.

—, y Lars G. Sandberg, «From Damnation to Redemption: Judgments on the Late Victorian Entrepreneur», *Explorations in Economic History*, 9, 1 (otoño de 1971), pp. 89-108.

McCloskey, D. N., y Jean-Pierre Dormois, eds., «The British Industrial "Decline" Reconsidered», Papers presented at a conference on «Roots of the British Industrial Decline…», Montpellier, 22-23 de septiembre de 1995.

McConnell, Anita, «From Craft Workshop to Big Business: The Londres Scientific Instrument Trade's Response to Increasing Demand, 1750-1820», *London Journal*, 19 (1994), pp. 36-53.

McCulloch, J. R., ed., *[A Select Collection of] Early English Tracts on Commerce*, Political Economy Club, Londres, 1856/1952; reimpresión, Economic History Society, Cambridge.

McCusker, John J., y Russell R. Menard, *The Economy of British America, 1607-1789*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1985.

McKendrick, Neil, «Josiah Wedgwood: An Eighteenth-Century Entrepreneur in Salesmanship and Marketing Techniques», *Economic History Review*, 2.ª serie, 13 (abril de 1960), pp. 408-433.

—, *John Brewer y J. H. Plumb, The Birth of a Consumer Society: Commercialization of Eighteenth-Century England, Europa Publications, Londres, 1982*.

McNeill, William H., *The Rise of the West: A History of the Human Community*, University of Chicago Press, Chicago, 1963.

—, *The Pursuit of Power: Technology, Armed Force, and Society since a. d. 1000, University of Chicago Press, Chicago, 1982*.

—, «American Food Crops in the Old World», en A. Viola y C. Margolis, eds., *Seeds of Change: A Quincentennial Celebration*, Smithsonian Institution, Washington, 1991.

McRae, Hamish, *The World in 2020: Power, Culture and Prosperity*, Harvard Business School, Boston, 1995.

Medvedev, Grigori, *The Truth About Chemobyl*, Basic Books, Nueva York, 1991 (hay trad. cast.: *La verdad sobre Chemobyl*, Heptada, Majadahonda, 1992).

Mehrens, Bemhard, Die Entstehung und Entwicklung der grossen französischen Kreditinstitute mit Berücksichtigung ihres Einflusses auf die wirtschaftliche Entwicklung Frankreichs, J. G. Cotta, Stuttgart y Berlín, 1911.

Mehta, Ved, *Portrait of India*, Farrar, Strauss & Giroux, Nueva York, 1970/1993; Yale University Press, New Haven.

Meier, Gerald M., «Theoretical Issues Conceming the History of International Trade and Economic Development», en Holtfrerich, ed, *Interactions in the World Economy*, 1989, pp. 33-58.

—, y Dudley Seers, eds., *Pioneers in Development*, Oxford University Press para el Banco Mundial, Nueva York, 1984 (hay trad. cast.: *Pioneros del desarrollo*, Tecnos, Madrid, 1986).

Meilink-Roelofsz, M. A. F., *Asian Trade and European Influence*, W. Nijhoff, La Haya, 1962.

Meinig, Donald William, The Shaping of America: A Geographical Perspective on 500 Years of History. Vol. I: Atlantic America, 1492-1800, Yale, New Haven, 1986.

Mendelssohn, Kurt, *The Secret of Western Domination*, Praeger, Nueva York, 1976.

Merlin, Pierre, *Espoir pour l'Afrique noire*, Présence Africaine, Dakar, 1996, 2.ª ed.

Memissi, Fatima, *Islam and Democracy: Fear of the Modern World*, Virago, Londres, 1993 (hay trad. cast.: *Islam y Democracia: miedo a la Modernidad*, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, Madrid, 1992).

Meyer, Gordon, *The River and the People*, Methuen, Londres, 1965; ed. Readers' Union, 1967.

Meyer, Jean, Les Européens et les autres: De Cortés à Washington, Armand Colin, París, 1975.

Michaud, Claude, «Orléans au XVIIIe siècle: Quelques perspectives nouvelles», *Bulletin de la Société d'Histoire Moderne et Contemporaine*, 1-2 (1995), pp. 7-13.

Mill, John Stuart, *The Subjection of Women*, Oxford University Press, Oxford, 1869/1975.

Miller, Joseph C., Way of Death: Merchant Capitalism and the Angolan Slave Trade, 1730-1830, University of Wisconsin Press, Madison, 1988.

Miller, Judith, God Has Ninety-nine Names: Reporting from a Militant Middle East, Simon & Schuster, Nueva York, 1996.

Miller, Rory, «British Investment in Latin America, 1850-1950: A Reappraisal», *Itinerario*, 19, 3 (1995), pp. 21-52.

Miller, Russell, *The Seafarers: The East Indiamen*, Time-Life Books, Alexandria, Virginia, 1980 (hay trad. cast: *Los hombres de las Indias Orientales II, La aventura del mar*, Folio, Barcelona, 1995).

Miller, William, ed., *Men in Business: Essays in the History of Entrepreneurship*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1952.

Milward, Alan S., y S. Berrick Saul, The Economic Development of Continental Europe, 1780-1870, Rowman & Littlefield, Totowa, Nueva Jersey, 1973 (hay trad. cast.: El desarrollo económico de la Europa Continental: los países avanzados (1780-1870), Tecnos, Madrid, 1979).

Minami, Ryoshin, *Power Revolution in the Industrialization of Japan: 1885-1940*, Institute of Economic Research, Hitotsubashi University, Economic Research Series n.º 24, Kinokuniya, Tokio, 1987.

—, *The Economic Development of Jopan: A Quantitative Study, Macmillan, Londres, 1994, 2.ª ed*.

Minois, Georges, *L'Église et la Science: Histoire d'un malentendu*, Fayard, París, 1990/1991, 2 vols.

Mintz, Sidney W., *Sweetness and Power: The Place of Sugar in Modern History*, Viking, Elisabeth Sifton, Nueva York, 1985.

Miquel, Pierre, *Les Polytechniciens*, Plon, París, 1994.

Mirabeau, Honoré Gabriel Riquetti, Comte de, *Mirabeau's Letters, during His Residences in England*, Effingham Wilson, Londres, 1832, 2 vols.

Mitchell, Timothy, *Colonising Egypt*, University of California Press, Berkeley, 1991.

Mitra, Debendra Bijoy, *The Cotton Weavers of Bengal, 1757-1833*, Firma KLM, Calcuta, 1978.

Mitsui, Takafusa, «Some Observations on Merchants», trad. y ed. de E. S. Crawcour, *Transactions of the Asiatic Society of Tapan*, 3.ª serie, 8 (1961), pp. 1-139.

Miyamoto, Matao, «Emergence of National Market and Commercial Activities in Tokugawa Japan, with Special Reference to the Development of the Rice Market», *Osaka Economic Papers*, 36, 1-2 (septiembre de 1986), pp. 291-310.

—, «The Products and Market Strategies of the Osaka Cotton Spinning Company», *Japanese Yearbook on Business History*, 5 (1988), pp. 117-159.

Miyoshi, Masao, As We Saw Them: The First Japanese Embassy to the United States, Kodansha International, Nueva York, 1994.

Mody, H. H. N., *Japanese Clocks*, Tuttle, Rutland, VI, 1967.

Moffett, Matt, y Jonathan Friedland, «A New Latin America Faces a Devil of Old: Rampant Corruption», *Wall Street Journal* (1 de julio de 1996), p. 1.

Moine, Jean-Marie, Les barons dufer: Les maîtres de forges en Lorraine du milieu du 19e siècle aux années trente; histoire sociale d'un patronat sidérurgique, Éditions Serpenoise, Presses Universitaires de Nancy, Nancy, 1989.

Mokyr, Joel, *Industrialization in the Low Countries, 1795-1850*, Yale University Press, New Haven, 1976.

—, *ed., The Economics of the Industrial Revolution, Alien & Unwin, Londres, 1985*.

—, *Lever of Riches: Technological Creativity and Economic Progress, Oxford University Press, Nueva York, 1990*.

—, *ed., The British Industrial Revolution: An Economic Perspective, Westview, Boulder, 1993*.

—, «Urbanization, Technological Progress and Economic History», 1993; texto mecanografiado.

—, «Technological Change, 1700-1830», en Floud y McCloskey, eds., *Economic History of Britain Since 1700*, 2.ª ed., I, 1994, pp. 12-43.

Molinas, C., y L. Prados de la Escosura, «Was Spain Different? Spanish Historical Backwardness Revisited», *Explorations in Economic History*, 26, 4 (octubre de 1989), pp. 385-402.

Mollat, Michel, ed., Les grandes voies maritimes dans le monde: XVe-XIXe siècles, Sevpen, París, 1965.

Monaghan, Peter, «A Writer "to Be Reckoned With"», *Chronicle of Higher Education*, 40, 45 (13 de julio de 1994), pp. A-8, A-12.

Mondain, P. «Un conflit oublié: la guerre du Paraguay contre la Triple Alliance, 1864-1870», *Revue Historique*, 520 (1976), pp. 385-418.

Montenay, Yves, y Le Club de l'Horloge, eds., *Le socialisme contre le tiers monde*, Albin Michel, París, 1983.

Montgomery, James, A Practical Detail of the Cotton Manufacture of the United States of America, Glasgow, 1840.

Moore, Sally Falk, *Power and Property in Inca Peru*, Columbia University Press, Nueva York, 1958.

Morawetz, David, Twenty-five Years of Economic Development, 1950 to 1975,World Bank, Washington, 1977 (hay trad. cast.: Veinticinco años de desarrollo económico: 1950-1975,Tecnos, Madrid, 1979).

Morison, Elting E., *Men, Machines, and Modern Times*, MIT Press, Cambridge, Massachusetts, 1966.

Monta, Akio, Edwin M. Reingold y Mitsuko Shimomura, *Made in Japan: Akio Morita and Sony*, Dutton, Nueva York, 1986.

Morley, Samuel A., «What to Do about Foreign Direct Investment: A Host Country Perspective», *Studies in Comp. Internat. Develop*., 10 (1975), pp. 45-66.

Momer, Magnus, «Spanish Migration to the New World Prior to 1810: A Report on the State of the Research», en Chiappelli, ed., *First Images of America, II*, 1976, pp. 723-782.

Morris, Jan, *Hong Kong: Epilogue to an Empire*, Vintage Departures, Nueva York, 1985/1997.

Morris-Suzuki, Tessa, The Technological Transformation of Japan from the Seventeenth to the Twenty-first Century, Cambridge University Press, Cambridge, 1994.

Morse, Richard M., «The Heritage of Latin America», en Louis Hartz *et al., The Founding of New Societies*, Harcourt, Brace and World, Nueva York, 1964, pp. 123-177.

Mosk, Sanford A., «Latin America and the World Economy, 1850-1914», *Inter-American Economic Affairs*, 2 (1948), pp. 53-82.

—, «Latin America versus the United States», *American Economic Review*, 41, 2 (mayo de 1951), pp. 367-383.

Moss, R. P., «Environmental Constraints on Development in Tropical Africa», en M. B. Gleave, ed., *Tropical African Development: Geographical Perspectives*, John Wiley, Nueva York, 1992, pp. 50-92.

Mossner, Emest Campbell, y Ian Simpson Ross, eds., *The Correspondence of Adam Smith*, Clarendon Press, Oxford, 1987, 2.ª ed.

Mosteshar, Cherry, *Unveiled: One Woman's Nightmare in Iran*, St. Martin's Press, Nueva York, 1995.

Mottahedeh, Roy P., «The Islamic Movement: The Case for Democratic Inclusion», *Contention*, 4, 3 (primavera de 1995), pp. 107-127.

—, «The Clash of Civilizations: An Islamicist's Critique», *Harvard Middle Eastern & Islamic Review*, 2, 2 (1996), pp. 1-26.

Mousnier, Roland, «L'évolution des finances publiques en France et en Angleterre pendant les guerres de la Ligue d'Augsbourg et de la Succession d'Espagne», *Revue Historique*, 205 (1951), pp. 1-23.

Moussa, Pierre, *The Underprivileged Nations*, Sidgwick & Jackson, Londres, 1962; ed. francesa, *Les nations prolétaires*, PUF, París, 1959 (hay trad. cast.: *Las naciones proletarias*, Tecnos, Madrid, 1965).

Mowery, David C., y Nathan Rosenberg, *Technology and the Pursuit of Economic Growth*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989.

Moynahan, Brian, The Russian Century: A History of the Last Hundred Years, Random House, Nueva York, 1994.

Muller, Jerry Z., «Justus Moser and the Conservative Critique of Early Modern Capitalism», *Central European History*, 232, 2/3 (junio-septiembre de 1990), pp. 153-178.

Mullet des Essards, Louis-Gabriel, *Voyage en Cochinchine, 1787-1789*, Éditions de Paris, París, 1996.

Mumford, Lewis, *Technics and Civilization*, Harcourt, Brace, Nueva York, 1939 (hay trad. cast.: *Técnica y civilización*, Alianza Editorial, Madrid, 1997).

Munro, John H., «Urban Regulation and Monopolistic Competition in the Textile Industries of the Late-Medieval Low Countries», en Aerts y Munro, eds., *Textiles of the Low Countries*, pp. 41-52.

—, *«Pattems of Trade, Money, and Credit», en Thomas A. Brady, Jr., et al., eds., Handbook of European History, 1400-1600: Late Middle Ages, Renaissance and Reformation. Vol I: Structures and Assertions, Brill, Leiden, 1994, pp. 147-195*.

—, «Anglo-Flemish Competition in the International Cloth Trade, 1340-1520», *Rencontres d'Oxford, 22-25 Septembre 1994*, Publications du Centre Européen d'Études Bourguignonnes, 35, 1995.

Murdoch, Tessa, et al., The Quiet Conquest: The Huguenots 1685 to 1985, Museum of London, Londres, 1985.

Murphey, Rhoads, «The Treaty Ports and China's Modernization», en Mark Elvin y G. William Skinner, eds., *The Chinese City Between Two Worlds*, Stanford University Press, 1974, pp. 17-71.

—, *The Outsiders: The Western Experience in India and China, University of Michigan Press, AnnArbor, 1977*.

Murphy, K., Andre Shleifer y R. Vishny, «Income Distribution, Market Size, and Industrialization», *Quarterly Journal of Economics*, 104 (1989).

—, «Industrialization and the Big Push», *Journal of Politics and Economy*, 97 (1989).

Murray, Geoffrey, y Audrey Perera, *Singapore: The Global City-State*, St. Martin's Press, Nueva York, 1996.

Murray, Martin J., *The Development of Capitalism in Colonial Indochina (1870-1940)*, University of California Press, Berkeley, 1980.

Musson, A. E., ed., Science, Technology and Economic Growth in the Eighteenth Century, Methuen, Londres, 1972.

—, y Eric Robinson, *Science and Technology in the Industrial Revolution*, Manchester University Press, Manchester, 1969.

Myers, Ramon H., «Transformation and Continuity in Chinese Economic and Social History», *Journal of Asian Studies*, 33, 2 (1974), pp. 265-277.

—, y M. R. Peattie, eds., *The Japanese Colonial Empire, 1895-1945*, Princeton University Press, Princeton, 1984.

Nadal Oller, Jordi, «La revolución de los precios españoles en el siglo XVI», *Hispania*, 19 (1959), pp. 503-529.

—, «The Failure of the Industrial Revolution in Spain, 1830-1914», en Cipolla, ed., *The Fontana Economic History. Vol. IV: The Emergence of Industrial Societies*, 1973, pp. 532-626.

—, *El fracaso de la Revolución industrial en España, 1814-1913, Ariel, Barcelona, 1975*.

Nag, Amal, y Robert L. Simison, «With Three New Cars, the Japanese Outdo U. S., Move into New Market», *Wall Street Journal* (17 de marzo de 1983), p. 37.

Naipaul, V. S., *An Area of Darkness*, Penguin, Harmondsworth, 1964.

—, *The Retum of Eva Perón*, Vintage, Nueva York, 1981 (hay trad. cast.: *El regreso de Eva Perón*, Seix Barral, Barcelona, 1983).

Naisbitt, John, *Megatrends Asia: Eight Asian Megatrends That Are Reshaping Our World*, Simon & Schuster, Nueva York, 1996 (hay trad. cast.: *Macrotendencias*, Mitre, Barcelona, 1983).

Nakamura, James, y Hiroshi Shimbo, «Why Was Economic Achievement So Easy for Japan?», 1988; texto mecanografiado.

Nakamura, Satoru, «The Development of Rural Industry», en Nakane y Oishi, eds., *Tokugawa Japan*, 1990, pp. 81-96.

Nakane, Chie, y Shinzaburo Oishi, eds., *Tokugawa Japan: The Social and Economic Antecedents of Modern Japan*, University of Tokyo Press, Tokio, 1990.

Nakayama, Shigeru, y Nathan Sivin, eds., *Chinese Science: Explorations of an Ancient Tradition*, MIT Press, Cambridge, Massachusetts, 1973.

Narain, Brij, *Indian Economic Life*, Uttar Chand Kapur & Sons, Lahore, 1929.

National Academy of Sciences, *Applied Science and Technological Progress*, GPO, Washington, 1967.

Neal, Larry, The Rise of Financial Capitalism: International Capital Markets in the Age of Reason, Cambridge University Press, Cambridge, 1990.

Needham, Joseph, *et al*., *Science and Civilization in China*, Cambridge University Press, Cambridge, 1954.

—, «Poverties and Triumphs of the Chinese Scientific Tradition», en Crombie, ed., *Scientific Change*, 1963, pp. 117-153.

—, *The Development of lron and Steel Technology in China. Dickinson Memorial Lecture to the Newcomen Society 1956, W. Heffer & Sons para la Newcomen Society, Cambridge, 1964*.

—, *The Grand Titration: Science and Society in East and West, Alien & Unwin, Londres, 1969 (hay trad. cast.: La gran titulación: ciencia y sociedad en Oriente y Occidente, Alianza Editorial, Madrid, 1977).*

—, *Clerks and Craftsmen in China and the West*, Lectures and Addresses on the History of Science and Technology, Cambridge University Press, Cambridge, 1970.

—, «The Guns of Khaifeng-fu», *Times Literary Supplement* (11 de enero de 1980), pp. 39-42.

—, Wang Ling y Derek J. de Solla Price, *Heavenly Clockwork: The Great Astronomical Clocks of Medieval China*, Cambridge University Press, Cambridge, 1960.

Nef, John U., *Rise of the British Coal Industry*, Routledge, 1932, 2 vols.

Nelson, Richard R., *National Innovation Systems: A Comparative*, Oxford University Press, Nueva York, 1993.

—, y Gavin Wright, «The Rise and Fall of American Technological Leadership: The Postwar Era in Historical Perspective», *Journal of Economic Literature*, 30 (diciembre de 1992), pp. 1931-1964.

Netanyahu, Benzion, *The Origins of the Inquisition in Fifteenth Century Spain*, Random House, Nueva York, 1995 (hay trad. cast: *Los orígenes de la Inquisición española*, Crítica, Barcelona, 1999).

Newland, Carlos, «Spanish American Elementary Education before Independence: Continuity and Change in a Colonial Environment», *Itinerario*, 15, 2 (1991), pp. 79-95.

New York Times, *The Downsizing of America*, Times Books, Nueva York, 1996.

Noiriel, Gérard, Longwy: immigrés et prolétaires, 1880-1980,PUF, París, 1984.

Nolte, Sharon H., y Sally Ann Hastings, «The Meiji State's Policy Toward Women, 1890-1910», en Bemstein, ed., *Recreating Japanese Women*, pp. 151-174.

Nora, Dominique, *L'étreinte du samuraï: le Défi japonais*, Calmann-Lévy, París, 1991 (hay trad. cast.: *El abrazo del samurai*, Ediciones de la Tempestad, Barcelona, 1991).

Nordhaus, William, «The Price of Light», Cowles Foundation Discussion Paper 1078, 1994.

Norgaard, Richard B., Development Betrayed: The End of Progress and a Coevolutionary Revisioning of the Future, Routledge, Londres, 1994.

Northrup, David, *Indentured Labor in the Age of Imperialism, 1834-1922*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995.

Nossiter, Bemard D., The Global Struggle for More: Third World Conflicts with Rich Nations, Harper & Row, Nueva York, 1987.

O'Brien, Patrick K., ed., Railways and the Economic Development of Western Europe, 1830-1914, Macmillan, Londres, 1983 (hay trad. cast: Ferrocarriles y el desarrollo económico occidental, Renfe, Madrid, 1981).

—, «Do We Have a Typology for the Study of European Industrialization in the XIXth Century?», *Journal of European Economic History*, 15, 2 (1986), pp. 291-334.

—, «The Costs and Benefits of British Imperialism, 1846-1914», *Past & Present*, 120 (1988), pp. 163-200.

—, y Stanley Engerman, «Exports and the Growth of the British Economy from the Glorious Revolution to the Peace of Amiens», en Solow, ed., *Slavery*, 1991, pp. 177-209.

—, T. Griffiths y P. A. Hunt, «Theories of Technological Progress and the British Textile Industry from Kay to Cartwright», *Revista de Historia Económica*, 14, 3 (otoño-invierno de 1996), pp. 533-535.

—, *y Caglar Keyder, Economic Growth in Britom and France, 1780-1914: Two Paths to the Twentieth Century, Alien & Unwin, Lonares, 1978*.

—, y Roland Quinault, eds., *The Industrial Revolution and British Society*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993.

O'Connor, Anthony M., *Poverty in Africa: A Geographical Approach*, Belhaven, Londres, 1991.

Ohkawa, Kazushi, y Henry Rosovsky, «The Role of Agriculture in Modern Japanese Economic Development», *Economic Development and Cultural Change*, 9 (octubre de 1960), pp. 43-68.

—, «A Century of Japanese Economic Growth», en Lockwood, ed., *The State and Economic Enterprise*, 1965, pp. 47-92.

—, *Japanese Economic Growth: Trend Acceleration in the Twentieth Century, Stanford University Press, Stanford, 1973*.

—, «Capital Formation in Japan», en Mathias y Postan, eds., *Cambridge Economic History of Europe*, VII, 2 (1978), pp. 134-165.

—, *y Gustav Ranis, eds., Japan and the Developing Countries: A Comparative Analysis, Basil Blackwell, Oxford, 1985*.

—, *y Hirohisa Kohama, Lectures on Developing Economics: Japan's Experience and Its Relevance, University of Tokyo Press, Tokio, 1989*.

Ohmae, Kenichi, The End of the Nation State: The Rise of Regional Economies, Harper Collins, Nueva York, 1995 (hay trad. cast.: El despliegue de las economías regionales: oportunidades y desafío empresarial, Ediciones Deusto, Bilbao, 1996).

Oishi, Shinzaburo, «The Bakuhan System», en Nakane y Oishi, eds., *Tokugawa Japan*, 1990, pp. 11-36.

Okimoto, Daniel I., Between MITI and the Market: Japanese Industrial Policy for High Technology, Stanford University Press, Stanford, 1989.

Okyar, Osmam, «A New Look at the Problem of Economic Growth in the Ottoman Empire (1800-1914)», *Journal of European Economic History*, 16, 1 (primavera de 1987), pp. 749.

Oliphant, Laurence, *Elgin's Mission to China and Japan*, Oxford University Press, Hong Kong y Tokyo, 1859/1970, 2 vols; reimpresión de la ed. original de Oliphant, *Narrative of the Earl of Elgin's Mission to China and Japan in the Years 1857, '58, '59*, William Blackwood & Sons, Edimburgo y Londres, 2 vols.

Oliver, John W., *History of American Technology*, Ronald Press, Nueva York, 1956.

Olson, Mancur, The Rise and Decline of Nations: Economic Growth, Stagflation, and Social Rigidities, Yale University Press, New Haven, 1982 (hay trad. cast.: Auge y decadencia de las naciones, Ariel, Barcelona, 1986).

Omoto, Keiko, y Francis Macouin, *Quand le Japon s'ouvrit au monde*, Gallimard, París, 1990.

Orhant, Francis, Bartolomé de Las Casas: Un colonisateur saisi par l'Evangile, Editions Ouvriéres, París, 1991.

O'Rourke, Kevin, y Jeffrey G. Williamson, «Open Economy Forces and Late 19th Century Scandinavian Catch-up», *Harvard Institute of Economic Research*, Discussion Paper 1709, NBER Working Paper Series 5112, 1995.

—, «Around the European Periphery, 1870-1913: Globalization, Schooling and Growth», NBER Working Paper Series 5392, 1995.

Ortiz de Montellano, Bemard R., «Aztec Cannibalism: An Ecological Necessity?», *Science*, 200, 4232 (12 de mayo de 1978), pp. 611-617.

Osbome, Milton, *Southeast Asia: An Introductory History*, Alien & Unwin, St. Leonards, NSW, 1995, 6.ª ed.

Oshima, Harry T., *Economic Growth in Monsoon Asia: A Comparative Survey*, University of Tokyo Press, Tokio, 1987.

Osberg, Lars, ed., Economic Inequality and Poverty: International Perspectives, M. E. Sharpe, Armonk, Nueva York, 1991.

Oxaal, Ivar, Black Intellectuals Come to Power: The Rise of Creole Nationalism in Trinidad and Tobago, Schenkman, Cambridge, Massachusetts, 1968.

Oxley, G. W., «The Permanent Poor in South-West Lancashire Under the Old Poor Law», en Harris, ed., *Liverpool and Merseyside*, pp. 16-49.

Pack, Howard, «Industrialization and Trade», en Hollis Chenery y T. N. Srinivasan, eds., *Handbook of Development Economics. Vol. 1*, Elsevier, Holanda del Norte, 1988, pp. 333-380.

—, y Larry E. Westphal, «Industrial Strategy and Technological Change: Theory versus Reality», *Journal of Development Economics*, 22 (1986), pp. 87-128.

Padden, R. Charles, «Cultural Change and Military Resistance in Araucanian Chile, 1550-1730», *Southwestem Journal of Anthropology*, 13 (1957), pp. 103-121.

—, *The Hummingbird and the Hawk*, Ohio State University Press, Columbus, 1967.

Paepke, C. Owen, The Evolution of Progress: The End of Economic Growth and the Beginning of Human Transformation, Random House, Nueva York, 1993.

Pagden, Anthony, *The Fall of Natural Man: The American Indian and the Origins of Comparative Ethnology*, Cambridge University Press, Nueva York, 1982 (hay trad. cast.: *La caída del hombre natural*, Alianza Editorial, Madrid, 1988).

—, *Lords of All the World: Ideologies of Empire in Spain, Britain and France, c1500-c1800,Yale University Press, New Haven, 1995 (hay trad. cast.: Señores de todo el mundo: ideologías del imperio en España, Inglaterra y Francia (en los siglos XVI, XVII y XVIII), Península, Barcelona, 1997).*

Page, Thomas J., *La Plata, the Argentine Confederation, and Paraguay*, Harper & Bros, Nueva York, 1859.

Pakenham, Thomas, *The Boer War*, Avon Books, Nueva York, 1979.

Pan, Lynn, Sons of the yellow Emperor: A History of the Chinese Diaspora, Kodansha, Nueva York, 1994.

Paquette, Robert L., Sugar Is Made with Blood: The Conspiracy of La Escalera and the Conflict Between Empires Over Slavery in Cuba, Wesleyan University Press, Middletown, Connecticut, *1988*.

Pares, Richard, *War and Trade in the West Iridies, 1739-1763*, Frank Cass, Londres, 1936/1963.

—, *Yankees and Creoles: The Trade between North America and the West Iridies Before the American Revolution, Longmans, Green, Londres, 1956*.

—, *Merchants and Planters. Economic History Review*, suplemento 4, Cambridge University Press, Cambridge, 1960.

Park, Yung Chul, y Won-Am Park, «Changing Japanese Trade Pattems and the East Asian NICs», en Krugman, ed., *Trade with Jopan*, pp. 85-115.

Parry, John H., *The Age of Reconnaissance*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1964.

—, *The Spanish Seaborne Empire*, Knopf, Nueva York, 1971 (hay trad. cast.: *El imperio español de ultramar*, Aguilar, Madrid, 1970).

—, *Trade and Dominion: The European Overseas Empires in the Eighteenth Century, Praeger, Nueva York, 1971*.

—, *The Discovery of the Sea*, Dial Press, Nueva York, 1974 (hay trad. cast.: *El descubrimiento del mar*, Crítica, Barcelona, 1989).

Parry, Vemon J., y M. E. Yapp, eds., *War, Technology and Society in the Middle East*, Oxford University Press, Londres, 1975.

Parsons, Talcott, *The Structure of Social Action*, Free Press, Glencoe, Illinois, 1949, 2.ª ed. (hay trad. cast.: *La estructura de la acción social*, Guadarrama, Madrid, 1968).

Parthasarathi, Prasannan, «Rethinking Backwardness in the Eighteenth Century: Wages and Competitiveness in Britain and South India before the Industrial Revolution», *Past & Present*, 1998.

Pastor Bodmer, Beatriz, The Armature of Conquest: Spanish Accounts of the Discovery of America, 1492-1589,Stanford University Press, Stanford, 1992.

Pastore, C. «Introducción a una historia económica del Paraguay en el siglo XIX», *Ateneo Paraguayo de Historia/Historia Paraguaya*, 16 (1978), pp. 103-126.

Pastore, Mario, «State-led Industrialisation: The Evidence on Paraguay, 1852-1870», *Journal of Latin American Studies*, 26, 2 (mayo de 1994), pp. 295-324.

—, «Trade Contraction and Economic Decline: The Paraguayan Economy Under Francia, 1810-1840», *Journal of Latin American Studies*, 26, 3 (octubre de 1994), pp. 539-595.

Patel, Surendra J., «Rates of Industrial Growth in the Last Century, 1860-1958», *Economic Development and Cultural Change*, 9, 3 (abril de 1961), pp. 316-330.

Patrick, Hugh T., ed., *Japanese Industrialization and Its Social Consequences*, University of California Press, Berkeley, 1976.

—, y Henry Rosovsky, eds., *Asia's New Giant: How the Japanese Economy Works*, Brookings Institute, Washington, 1976.

Pavitt, Keith, ed., Technical Change and British Economic Performance, Macmillan, Londres, 1980.

Payen, Jacques, Capital et machine à vapeur au XVIIIe siècle: Les freres Perier et Vintroduction en France de la machine à vapeur de Watt, Mouton, París y La Haya, 1969.

Payne, Peter L., «Industrial Entrepreneurship and Management in Great Britain», en Mathias y Postan, eds., *Cambridge Economic History of Europe*. Vol. VII, cap. 4 (1978), pp. 180-230.

Pearson, M. N., Merchants and Rulers in Gujarat: The Response to the Portuguese in the Sixteenth Century, University of California Press, Berkeley, 1976.

—, «India and the Indian ocean in the Sixteenth Century», en Das Gupta y Pearson, eds., *India and the Indian ocean*, 1987, pp. 71-93.

Peattie, Mark. R., «Japanese Attitudes Toward Colonialism, 1895-1945», en Myers y Peattie, eds., *Japanese Colonial Empire*, 1984, pp. 80-127.

Pedemonte Castillo, Javier, El problema judío en la España moderna: Síntesis del hecho diferencial judeoconverso, PPU, Barcelona, 1988.

Perdue, Peter C., *Exhausting the Earth: State and Peasant in Human, 1500-1850*, Harvard, Council on East Asian Studies, Cambridge, Massachusetts, 1987.

Pérez, Carlota, «Structural Change and the Assimilation of New Technologies in the Economic and Social Systems», *Futures*, 15, 5 (1983), pp. 357-375.

—, «Microelectronics, Long Waves and World Structural Change: New Perspectives for Developing Countries», *World Development*, 13, 3 (marzo de 1985), pp. 441-463.

Perlin, Frank, «Proto-Industrialization and Pre-Colonial South Asia», *Past & Present*, 98 (febrero de 1983), pp. 30-95.

Perrin, Noel, Giving Up the Gun. Japan's Reversion to the Sword, 1543-1879, Godine, Boston, 1979.

Persson, Karl Gunnar, ed., The Economic Development of Denmark and Norway Since 1870, Elgar, Aldershot, 1993.

Peterson, Barbara Bennett, «The Ming Voyages of Cheng Ho (Zheng He), 1371-1433», *The Great Circle*, 16, 1 (abril de 1994), pp. 43-51.

Pétré-Grenouilleau, Olivier, L'argent de la traite: milieu négrier, capitalisme et développement: un modéle, Aubier, París, 1996.

Peyrefitte, Alain, *The Immobile Empire*, Knopf, Nueva York, 1992; ed. francesa, *L'empire immobile ou le choc des mondes: Récit historique*, Fayard, París, 1989 (hay trad. cast.: *El imperio inmóvil*, Plaza y Janés, 1990).

—, *Du «Miracle» en économie: Legons au Collége de France*, Odile Jacob, París, 1995 (hay trad. cast.: *Milagros económicos*, Ed. A. B. Española, Barcelona, 1997).

—, *La société de confiance: Essai sur les origines et la nature du développement, Odile Jacob, París, 1995 (hay trad. cast.: La sociedad de confianza, Ed. A. B. Española, Barcelona, 1996).*

Phelps Brown, E. H., y S. J. Handfield-Jones, «The Climacteric of the 1890's», *Oxford Economic Papers*, 4, 3 (octubre de 1952), pp. 266-307.

Philippe, Robert, «L'Église et l'énergie pendant le XIe siècle dans les pays entre Seine et Loire», *Cahiers de Civilisation Médiévale, Xe-XIIe Siècles*, 27 (1984), pp. 107-117.

Phillips, Gregory D., *The Diehards: Aristocratic Society and Politics in Edwardian England*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1979.

Picón, Antoine, L'invention de l'ingénieur moderne: L'École des Ponts et Chaussées, 1747-1851, Ponts et Chaussées, París, 1992.

Pike, Ruth, Enterprise and Adventure: The Genoese in Seville and the Opening of the New World, Cornell University Press, Ithaca, 1966.

Piore, Michael J., y Charles F. Sabel, *The Second Industrial Divide: Possibilities for Prosperity*, Basic Books, Nueva York, 1984 (hay trad. cast.: *La segunda ruptura industrial*, Alianza Editorial, Madrid, 1990).

Pirenne, Henri, *Histoire de l'Europe des invasions au XVIe siècle*, Félix Alean, París, 1936, 3.ª ed.

Platt, D. C. M., «Dependency and the Historian: Further Objections», en Abel y Lewis, eds., *Latin America*, pp. 29-39.

Platteau, Jean-Philippe, «The Food Crisis in Africa: A Comparative Structural Analysis», en Drèze, Sen y Hussain, eds., *Political Economy of Hunger*, pp. 445-553.

Plenge, Johann, Grundung und Geschichte des Crédit Mobilier, Tubinga, 1903.

Pluchon, Pierre, Négres et Juifs au XVIIIe siècle: Le racisme au siècle des Lumiéres, Tallandier, París, 1984.

Polanyi, Michel, *The Tacit Dimension*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1967.

Pollard, Sidney, *Peaceful Conquest: The industrialization of Europe, 1760-1970*, Oxford University Press, Oxford, 1981 (hay trad. cast.: *La conquista pacífica: la industrialización de Europa 1760-1970*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1992).

—, *The Development of the British Economy, 1914-1980, Edward Amold, Londres, 1983, 3.ª ed*.

—, *Britain's Prime and Britain's Decline, Edward Amold, Londres, 1989*.

Pope-Hennessy, James, Sins of the Fathers: A Study of the Atlantic Slave Traders, 1441-1807,Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1968.

Portal, Roger, L'Oural au XVIIIe siècle. Étude d'histoire économique et sociale, Institut d'Études Slaves, París, 1950.

—, «Origines d'une bourgeoisie industrielle en Russie», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine, VIII*, 1961, pp. 35-60.

Porter, Michael E., *The Competitive Advantage of Nations*, Free Press, Nueva York, 1990 (hay trad. cast.: *La ventaja competitiva de las naciones*, Plaza y Janés, Barcelona, 1991).

Porter, Roy, y Mikulas Teich, eds., *The Scientific Revolution in National Context*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992.

Postlethwayt, Malachy, *Great-Britain's True System; Wherein Is Clearly Shown…*, Londres, 1757; reimpresión, Gregg International, Famborough, 1968.

Pounds, Norman, *An Economic History of Medieval Europe*, Longmans, Green, Londres, 1974 (hay trad. cast.: *Historia económica de la Europa Medieval*, Crítica, Barcelona, 1987).

—, *The Ruhr: A Study in Historical and Economic Geography, Indiana University Press, Bloomington, 1952*.

—, *The Upper Silesian Industrial Region*, Indiana University Press, Bloomington, 1958.

—, y William Parker, *Coal and Steel in Western Europe*, Indiana University Press, Bloomington, 1957.

Powell, Raymond, «Economic Growth in the USSR», *Scientific American*, 219, 6 (diciembre de 1968), pp. 17-23.

Powelson, John P, Centuries of Economic Endeavor: Parallel Paths in Japan and Europe and Their Contrast with the Third World, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1994.

Prado, Caio, Jr., *The Colonial Background of Modern Brazil*, University of California Press, Berkeley, 1967.

Prados de la Escosura, Leandro, De imperio a nación: Crecimiento y atraso económico en España (1780-1930),Alianza Editorial, Madrid, 1988.

—, *y Vera Zamagni, eds., El desarrollo económico en la Europa del sur: España e Italia en perspectiva histórica, Alianza Universidad, Madrid, 1992*.

Prais, S. J., «Economic Performance and Education: The Nature of Britain's Deficiencies», *Proceedings of the British Academy*, 84 (1994), pp. 151-207.

Prakash, Gyan, ed., After Colonialism: Imperial Histories and Postcolonial Displacements, Princeton University Press, Princeton.

Prakash, Om, «Opium Monopoly in India and Indonesia in the Eighteenth Century», *Itinerario*, 12, 1 (1988), pp. 73-90; publicado de nuevo en Subrahmanyam, ed., *Merchants, Markets and the State*, pp. 121-138.

—, «The Dutch East India Company in the Trade of the Indian Ocean», en Das Gupta y Pearson, eds., *India and the Indian Ocean*, pp. 185-200.

Preston, Richard, American Steel: Hot Metal Men and the Resurrection of the Rust Belt, Prentice-Hall, Nueva York, 1991.

—, *The Hot Zone*, Random House, Nueva York, 1994 (hay trad. cast.: *Zona caliente*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1995).

Price, Barbara J., «Demystification, Enriddlement, and Aztec Cannibalism: A Matenalist Rejoinder to Hamer», *American Ethnologist*, 5 (1978), pp. 98-115.

Prins, Gwyn, «But What Was the Disease? The Present State of Health and Healing in African Studies», *Past & Present*, 124 (agosto de 1989), pp. 159-179.

Proust, Jacques, L'Europe au prisme du Japon: XVIe-XVIIIe siècle: Entre humanisme, Contre-Réforme et Lumières, Albin Michel, París, 1997.

Pryor, John H., Geography, Technology, and War: Studies in the Maritime History of the Mediterranean 649-1571, Cambridge University Press, Cambridge, 1988.

Pullan, Brian, ed., Crisis and Change in the Venetian Economy in the Sixteenth and Seventeenth Centuries, Methuen, Londres, 1968.

Qadir, C. A., Philosophy and Science in the Islamic World, Croom Helm, Londres, 1988.

Qian, W. Y., The Great Inertia: Scientific Stagnation in Traditional China, Croom Helm, Londres, 1985.

Quarterly Review: véase Ellis, Henry.

Quinn, Arthur, A New World: An Epic of Colonial America from the Founding of Jamestown to the Fall of Quebec, Faber & Faber, Boston, 1994.

Quinn, David Beers, ed., *New American World: A Documentary History of North America to 1612*, Amo Press and Hector Bye, Nueva York, 1979, 5 vols.

Raban, Jonathan, *Arabia: A Journey through the Labyrinth*, Simon & Schuster, Nueva York, 1979.

Rahman, Abdur, «Sixteenth and Seventeenth-Century Science in India and Some Problems of Comparative Studies», en Teich y Young, eds., *Changing Perspectives*, 1973, pp. 52-67.

Ralston, David B., Importing the European Army: The Introduction of European Military Techniques and Institutions into the Extra-European World, 1600-1914, University of Chicago Press, Chicago, 1990.

Ram, Rati, «Tropics and Economic Development: An Empirical Investigation», Economics Dept., Illinois State University, 1996; texto mecanografiado.

Ramaswamy, Vijaya, *Textiles and Weavers in Medieval South India*, Oxford University Press, Delhi, 1985.

Ramsey, John Fraser, *Spain: The Rise of the First World Power*, University of Alabama Press, Tuscaloosa, 1973.

Randall, Adrian, Before the Luddites: Custom, Community and Machinery in the English Woollen Industry, 1776-1809,Cambridge University Press, Cambridge, 1991.

Randall, Laura, «Lies, Damn Lies, and Argentine GDP», *Latin American Research Review*, 11, 1 (1976), pp. 137-158.

Randles, W. G., «La signification cosmographique du passage du Cap Bojador», en N. Broc, ed., *La géographie de la Renaissance, 1420-1620*, Éditions du CTHS, París, 1961/1986.

Ranis, Gustav, «The Community Centered Entrepreneur in Japanese Development», *Explorations in Enterpreneurial History*, 8, 2 (diciembre de 1955), pp. 80-98.

—, *y T. Paul Schultz, eds., The State of Development Economics: Progress and Perspectives, Basil Blackwell, Nueva York, 1988*.

Ransford, Oliver, *The Slave Trade: The Story of Transatlantic Slavery*, Readers' Union, NewtonAbbot, 1972.

Rapp, Richard Tilden, *Industry and Economic Decline in Seventeenth-Century Venice*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1976.

Ratcliffe, Barrie, «Great Britain and Tariff Reform in France, 1831-1836», en Chaloner and Ratcliffe, eds., *Trade and Transpon*, 1977, pp. 98-135.

—, *y W. H. Chaloner, eds., A French Sociologist Looks at Britain: Gustave d'Eichthal and British Society in 1828,Manchester University Press, Manchester, 1977*.

Rau, Virginia, *Estudios de historia*, Editorial Verbo, Porto, 1968.

Rawski, Thomas G., y Lillian M. Li, eds., *Chinese History in Economic Perspechve*, University of California Press, Berkeley, 1992.

Ray, G. F., «The Diffusion of New Technology: A Study of Ten Processes in Nine Industries», *National Institute Economic Review*, 48, 1 (1969), pp. 134-187.

Raychaudhuri, Tapan, «The State and the Economy, I. The Mughal Empire», en Raychaudhuri y Habib, eds., *Cambridge Economic History of India*, 1, 1982, pp. 172-193.

—, «Non-Agricultural Production: Mughal India», en Raychaudhuri y Habib, eds., *Cambridge Economic History of India*, 1, 1982, pp. 261-307.

—, «Historical Roots of Mass Poverty in South Asia: A Hypothesis», *Economic and Political Weekly (Delhi)*, 20, 18 (4 de mayo de 1985), pp. 801-806.

—, y Irfan Habib, eds., *Cambridge Economic History of India. Vol. 1. c. 1200 - c. 1750*, Cambridge University Press, Cambridge, 1982.

Reader, W. J., Imperial Chemical Industries: A History. Vol. 1. The Forerunners, 1870-1926,Oxford University Press, Londres, 1970.

Reading, Brian, *Tapan: The Corning Collapse*, Orion, Londres, 1993.

Reber, Vera Blinn, «The Demographics of Paraguay: A Reinterpretation of the Great War, 1864-1870», *Hispanic American Historical Review*, 68, 2 (1988), pp. 289-319.

Rediker, Marcus, Between the Devil and the Deep Blue Sea: Merchant Seamen, Pirates, and the Anglo-American Maritime World, 1700-1750,Cambridge University Press, Cambridge, 1987.

Redondo, Augustin, y Marc Vitse, eds., Quelques aspects des peurs sociales dans l'Espagne du siècle d'or: Uindividu face à la société, Presses Universitaires du Mirad, Toulouse, 1994.

Reid, Anthony, Southeast Asia in the Age of Commerce, 1450-1680. Vol. I: The Lands Below the Winds. Vol. II: Expansion and Crisis, Yale University Press, New Haven, 1988/1993.

Reinert, Erik S., «Symptoms and Causes of Poverty: Underdevelopment in a Schumpeterian System», *Forumfor Devel. Studies*, 1-2 (1994), pp. 73-109.

—, y Amo Mong Daastol, «Exploring the Genesis of Economic Innovations: The Religious Gestalt-switch and the Duty to Invent as Preconditions for Economic Growth», en Reinert, ed., *Christian Wolff*, Routledge, Londres, 1995.

Remnick, David, Lenin's Tomb: The Last Days of the Soviet Empire, Random House, Nueva York, 1993.

—, *Resurrection: The Struggle for a New Russia, Random House, Nueva York, 1997*.

Reynolds, Lloyd G., *Economic Growth in the Third World: An Introduction*, Yale University Press, New Haven, 1986 (hay trad. cast.: *El crecimiento económico en el Tercer Mundo*, Alianza Editorial, Madrid, 1989).

Reynolds, Robert L., Europe Emerges: Transition Toward an Industrial Worldwide Society, 600-1750,University of Wisconsin Press, Madison, 1961.

Reynolds, Terry S., *Stronger Than a Hundred Men: A History of the Vertical Water Wheel*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1983.

Rich, E. E., «Colonial Settlement and Its Labour Problems», en E. E. Rich y Charles H. Wilson, eds., *Cambridge Economic History of Europe. Vol. IV: The Economy of Expanding Europe in the 16th and 17th Centuries*, 1967, pp. 302-373.

Richardson, Bonham C, *The Caribbean in the Wider World, 1492-1992: A Regional Geography*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992.

Riem, Andreas, Europeans Politische Lage und Staats-interesse, 1795-1797, 6 partes en 2 vols.

Riesser, Jacob, *The German Great Banks and Their Concentration in Connection with the Economic Development of Germany*, 61 Congreso, 2.ª sesión, Doc. Senado 593. GPO para la Comisión Monetaria Nacional, Washington, 1911, 3.ª ed.

Rifkin, Jeremy, The End of Work: The End of the Global Labor Force and the Dawn of the Post-Market Era, Putnam, Nueva York, 1995 (hay trad. cast.: El fin del trabajo: el declive de la fuerza de trabajo global y el nacimiento de la era postmercado, Paidós, Barcelona, 1997).

Ritter, Ulrich Peter, Die Rolle des Staates in den Fruhstadien der Industrialisierung, Duncker & Humblot, Berlín, 1961.

Robbins, David, *Aspects of Africa*, Viking Penguin, Nueva York, 1995.

Robequain, Charles, *The Economic Development of French Indo-China*, Oxford University Press, Londres, 1944.

Roberti, Mark, The Fall of Hong Kong: China's Triumph and Britain's Betrayal, John Wiley, Nueva York, 1994.

Roberts, Richard, «The Coercion of Free Markets: Cotton, Peasants, and the Colonial State in the French Soudan, 1924-1932», en Isaacman y Roberts, eds., *Cotton, Colonialism*, 1995, pp. 221-243.

Robertson, H. M. Aspects of the Rise of Economic Individualism: A Criticism of Max Weber and His School, Cambridge University Press, Londres, 1933.

Robertson, John Drummond, *The Evolution of Clockwork*, Cassell, Londres, 1931.

Robinson, Francis, «Through the Minefield: Bemard Lewis and "the Wonder of Arab Empire"», *Times Literary Supplement* (8 de diciembre de 1995), pp. 3-4.

Robison, Richard, y David S. G. Goodman, eds., The New Rich in Asia: Mobile Phones, McDonalds and Middle-Class Revolution, Routledge, Londres, 1996.

Rochebrune, Renaud de, y Jean-Claude Hazera, Les patrons sous Toccupation. Vol. I: Collaboration, résistance, marché noir. Vol. II: Pétainisme, intrigues, spoliations, Odile Jacob, «Opus», París, 1995/1997.

Rock, David, *Argentina, 1516-1987: From Spanish Colonization to Alfonsin*, ed. revisada, University of California Press, Berkeley, 1987 (hay trad. cast.: *Argentina 1516-1987*, Alianza Editorial, Madrid, 1989).

—, «Features of Industrial Development in Argentina: 1870, 1910, 1945», Universidad de Harvard, 1988; texto mecanografiado de una conferencia sobre América Latina.

Rodney, C. A., y John Graham, The Reports of the Present State of the United Provinces of South America… Laid Before the Congress of the United States, Praeger, Nueva York, 1969.

Rodney, Walter, *How Europe Underdeveloped Africa*, Bogle-L'Ouverture, Londres, 1972.

Rogers, Everett, *Diffusion of Innovation*, Basic Books, Nueva York, 1995, 4.ª ed.

Rohwer, Jim, Asia Rising: How History's Biggest Middle Class Will Change the World, Nicholas Brealey, Londres, 1996.

Romer, Paul M., «Growth Based on Increasing Returns due to Specialization», *American Economic Review*, 11 (mayo de 1987), pp. 56-62.

—, «Why, Indeed, in America? Theory, History and the Origins of Modern Economic Growth», NBER Working Paper Series 5443, 1996.

Root, Hilton, «The Redistributive Role of Government: Economic Regulation in Old Régime France and England», *Comparative Studies in Society and History*, 33, 2 (abril de 1991), pp. 338-369.

—, «Le marché des droits de propriété en France et en Angleterre à l'époque moderne», *Journal des Économistes et des Études Humaines*, 5, 2/3 (junio-septiembre de 1994), pp. 295-318.

Ropp, Paul S., ed., Heritage of China: Contemporary Perspectives on Chinese Civilization, University of California Press, Berkeley, 1990.

Roques, Georges, La maniere de négocier aux Indes, 1676-1691: La Compagnie des Indes et Vari du commerce, Maisonneuve & Larose, París, 1996.

Rorabaugh, W. J., The Craft Apprentice from Franklin to the Machine Age in America, Oxford University Press, Nueva York, 1986.

Rose, Mary B., ed., International Competition and Strategic Response in the Textile Industries since 1870,Frank Cass, Londres, 1991.

Rosen, Edward, «The Invention of Eyeglasses», *Journal of Hist. Med. and Allied Sciences*, 11 (1956), pp. 13-46, 183-218.

Rosen, Fred, y Deidre McFayden, eds., *Free Trade and Economic Restructuring in Latin America*, Monthly Review Press, Nueva York, 1995.

Rosenberg, Nathan, «Anglo-American Wage Differences in the 1820's», *Journal of Economic History*, 27, 2 (junio de 1967), pp. 221-229.

—, *The American System of Manufactures: The Report of the Committee on the Machinery of the United States 1855 and the Special Reports of George Wallis and Joseph Whitworth 1854, Edimburgh University Press, Edimburgo, 1969*.

—, *Perspectives on Technology*, Cambridge University Press, Cambridge, 1976.

—, *Inside the Black Box: Technology and Economics*, Cambridge University Press, Cambridge, 1982.

—, «How the Developed Countries Became Rich», *Daedalus*, 123,4 (otoño de 1994), pp. 127-140.

—, Ralph Landau y David C. Mowery, eds., *Technology and the Wealth of Nations*, Stanford University Press, Stanford, 1992.

Rosenthal, Franz, «Sweeter Than Hope»: Complaint and Hope in Medieval Islam, Brill, Leiden, 1983.

Rosoli, G., ed., Identità degli italiani in Argentina: Reti sociali, famiglia, lavoro, Edizioni Studium, Roma, 1993.

Rostow, Walt W., ed., The Economics of Take-off into Sustained Growth, Macmillan, Londres, 1963 (hay trad. cast.: Economía del despegue, hacia el crecimiento autos os tenido, Alianza Editorial, Madrid, 1967).

Rothermund, Dietmar, An Economic History of India from Pre-Colonial Times to 1991,Routledge, Londres, 1988, 2.ª ed.

Rouse, Irving, The Tainos: Rise and Decline of the People Who Greeted Columbus, Yale, New Haven, 1992.

Rowe, John Howland, «Inca Culture at the Time of the Spanish Conquest», en Julian H. Steward, ed., *Handbook of South American Indians. Vol. II: The Andean Civilizations*, Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology, Bulletin 143, GPO, Washington, 1946.

—, «The Incas under Spanish Colonial Institutions», *Hispanic American Historical Review*, 37, 2 (mayo de 1957), pp. 155-199.

Rowe, William T., *Hankow: Commerce and Society in a Chinese City, 1796-1889*, Stanford University Press, Stanford, 1984.

Roy, Joseph-Antoine, *Histoire de la famille Schneider et du Creusot*, M. Rivière, París, 1962.

Rozman, Gilbert, «Edo's Importance in the Changing Tokugawa Society», *Journal of Japanese Studies*, 1, 1 (otoño de 1974), pp. 91-112.

Rubinstein, Murray A., ed., *The Other Taiwan 1945 to the Present*, East Gate, Armonik, Nueva York, 1994.

Rubinstein, W. D., Capitalism, Culture and Decline in Britain, 1750-1990,Routledge, Londres, 1993.

Rucquoi, Adeline, Histoire médiévale de la Péninsule ibérique, Seuil, París, 1993.

Rudolph, Richard L., «Agricultural Structure and Proto-Industrialization in Russia: Economic Development with Unfree Labor», *Journal of Economic History*, 45, 1 (marzo de 1985), pp. 47-70.

Runge, Joachim, Justus Mösers Gewerbetheorie und Gewerbepolitik im Füstbistum Osnabrück in der zweiten Halfte des 18. Jahrhunderts, Duncker & Humblot, Berlín, 1966.

Ruscio, Alain, Le Credo de l'homme blanc: Regards coloniaux français XIXe-XXe siècles, Éditions Complexe, París, 1995.

Russell, Colin A., *Science and Social Change, 1700-1900*, Macmillan, Londres, 1983.

Sabagh, Georges, ed., The Modern Economic and Social History of the Middle East in Its World Context, Cambridge University Press, Cambridge, 1989.

Sabben-Clare, E. E., D. J. Bradley y K. Kirkwood, eds., *Health in Tropical Africa During the Colonial Period*, Clarendon Press, Oxford, 1980.

Sachs, Jeffrey D., y Andrew Warner, «Economic Reform and the Process of Global Integration», *Brookings Papers on Economic Activity*, 1 (1995), Washington, pp. 1-118.

Sah, Raaj, «Priorities of Developing Countries in Weather and Chmate», *World Development*, 7 (1979), pp. 337-347.

Sahlins, Marshall, «Cosmologies of Capitahsm: The Trans-Pacific Sector of "The World System"», *Proceedings of the British Academy*, 74 (1988), pp. 1-51.

—, *How «Natives» Think: About Captain Cook, for Example, University of Chicago Press, Chicago, 1995*.

Said, Edward W., *Orientalism*, Vintage, Nueva York, 1978 (hay trad. cast.: *Orientalismo*, ed. Libertarias-Prodhufi, Madrid, 1990).

—, «East Isn't East: The Impending End of the Age of Orientalism», *Times Literary Supplement* (3 de febrero de 1995), pp. 3-6.

—, «Orientalism, an Afterword», *Raritan*, 14, 3 (invierno de 1995), pp. 32-59.

Saint-John, J. A., Egypt of Mohammed Ali; or, Travels in the Valley of the Nile, Londres, 1834, 2 vols.

Sakaiya, Taichi, *Whatls Japan? Contradictions and Transformations*, Kodansha International, Nueva York, 1993.

Sakudo, Yotaro, «The Management Practices of Family Business», en Nakane y Oishi, eds., *Tokugawa Japan*, 1990, pp. 147-166.

Salama, Pierre, y Jacques Valier, *Pauvretés et inégalités dans le tiers monde*, Éditions La Découverte, París, 1994.

Salaman, Redcliffe N., *The History and Social Influence of the Potato*, Cambridge University Press, Cambridge, 1949 (hay trad. cast.: *Historia e influencia social de la patata*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid, 1991).

Salamé, Ghassan, ed., *Democracy Without Democrats? The Renewal of Politics in the Muslim World*, Fond. Eni Enrico Mattei-1. B. Tauris, Londres y Nueva York, 1994.

Sale, Kirkpatrick, The Conquest of Paradise: Christopher Columbus and the Columbian Legacy, Knopf, Nueva York, 1990.

Salomon, Jean-Jacques, *Le destin technologique*, Balland, París, 1992.

Salvucci, Richard J., Textiles and Capitalism in Mexico: An Economic History of the Obrajes, 1539-1840, Princeton University Press, Princeton, 1987.

Samuels, Richard J., The Business of the Japanese State: Energy Markets in Comparative and Historical Perspective, Cornell University Press, Ithaca, 1987.

—, *«Rich Nation, Strong Army»: National Security and the Technological Transformation of Japan, Cornell University Press, Ithaca, 1994*.

Samuelson, Paul A., «Illogic of Neo-Marxian Doctrine of Unequal Exchange», en David A. Belsley *et al*., eds., *Inflation, Trade and Taxes: Essays in Honor of Alice Boumeuf*, Ohio State University Press, Columbus, 1976, pp. 96-107.

Samuelsson, Kurt, *Religion and Economic Action*, Basic Books, Nueva York, 1961; original sueco, *Ekonomi och religion*, Kooperativa Forfundets, Estocolmo, 1957.

Sánchez-Albornoz, Nicolás, ed., *La modernización económica de España, 1830-1930*, Alianza Editorial, Madrid, 1985.

Sandberg, Lars G., Lancashire in Decline: A Study in Entrepreneurship, Technology, and Trade, Ohio State University Press, Columbus, 1974.

—, «The Case of the Impoverished Sophisticate: Human Capital and Swedish Economic Growth Before World War I», *Journal of Economic History*, 39, 1 (1979), pp. 225-241.

—, «Ignorance, Poverty, and Economic Backwardness in the Early Stages of European Industrialization», *Journal of European Economic History*, 11, 3 (1982), pp. 675-697.

Sarfatti, Magali, *Spanish Bureaucratic-Patrimonialism in America*, University of California Press, Berkeley, 1966.

Sarton, George, «Arabic Science and Learning in the Fifteenth Century: Their Decadence and Fall», en *Homenaje a [José María] Millás-Vallicrosa*, II, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Barcelona, 1956 [1951], pp. 304-322.

Sattaur, Omar, «WHO to Speed Up Work on Drugs for Tropical Diseases», *New Scientist*, 126, 1712 (14 de abril de 1990), p. 17.

Sauer, Cari O., *The Early Spanish Main*, University of California Press, Berkeley, 1966/1992.

Saul, S. Berrick, *Studies in British Overseas Trade, 1870-1914*, Liverpool University Press, Liverpool, 1960.

—, «The Motor Industry in Britain to 1914», *Business History Review*, 5 (1962).

—, *ed., Technological Change: The United States and Britain in the Nineteenth Century, Methuen, Londres, 1970*.

—, «The Market and the Development of the Mechanical Engineering Industries in Britain, 1860-1914», en Saul, ed., *Technological Change*, 1970, pp. 141-170.

Sawers, Larry, «The Navigation Acts Revisited», *Economic History Review*, 45, 2 (mayo de 1992), pp. 262-284.

Sawyer, John E., «The Social Basis of the American System of Manufacturing», *Journal of Economic History*, 14, 4 (1954), pp. 361-379.

Saxonhouse, Gary R., «A Tale of Japanese Technological Diffusion in the Meiji Period», *Journal of Economic History*, 34, 1 (marzo de 1974), pp. 149-165.

—, «Country Girls and Communication Among Competitors in the Japanese Cotton-Spinning Industry», en Patrick, ed., *Japanese Industrialization*.

Sayous, André-E., «Calvinisme et capitalisme: l'expérience genevoise», *Annales d'Histoire Économique et Sociale*, 1 (mayo de 1935), pp. 225-244.

Scammell, G. V., The World Encompassed: The First European Maritime Empires, c. 800-1650, University of California, Berkeley, 1981.

—, *The First Imperial Age: European Overseas Expansion, c. 1400-1715, Routledge, Londres, 1992*.

Schama, Simon, «They All Laughed at Christopher Columbus», *The New Republic* (5-13 de enero de 1992), pp. 30-41.

Schib, Karl, ed., *Johann Conrad Fischer, 1773-1854: Tagebücher*, Fischer, Schaffhausen, 1954.

Schneider, Bertrand, Le scandale et la honte, Club de Rome, París, 1996 (hay trad. cast.: El escándalo y la vergüenza de la pobreza y el subdesarrollo; informe al Club de Roma, Círculo de Lectores, Barcelona, 1995).

Schran, Peter, «Japan's East Asia Market, 1870-1940», en Latham y Kawakatsu, eds., *Japanese Industrialization*, pp. 201-238.

Schreiner, Stefan, ed., *Die Osmanen in Europa: Erinnerungen und Berichte türkischer Geschichtsschreiber*, Styria, Graz, 1985; selección de Richard F. Kreutel, ed., *Osmanische Geschichtsschreiber*, Styria, Graz, 1955-1981, 10 vols.

Schultz, Theodore W., «On Investing in Specialized Human Capital to Attain Increasing Returns», en Ranis y Schultz, eds., *State of Development Economics*, pp. 339-352.

Schumacher, Martin, Auslandsreisen deutscher Untemehmer 1750-1851 unter besonderer Berücksichtigung von Rheinland und Westfalen, Colonia Rheinisch-Westfälisches Wirtschaftsarchiv, 1968.

Schwartz, Stuart B., Sugar Plantations in the Formation of Brazilian Society: Bahia, 1550-1835, Cambridge University Press, Cambridge, 1985.

Scobie, James, Revolution on the Pampas: A Social History of Argentine Wheat, University of Texas Press, Austin, 1964.

Scott, James C., *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*, Yale University Press, New Haven, 1985.

Scoville, Warren, The Persecution of Huguenots and French Economic Development, 1680-1720, University of California Press, Berkeley, 1960.

Seagrave, Sterling, Lords of the Rim: The Invisible Empire of the Overseas Chinese, Putnam, Nueva York, 1995.

Searle, G. R., The Quest for National Efficiency: A Study in British Politics and Political Thought, 1899-1914, Basil Blackwell, Oxford, 1971.

Seed, Patricia, *Ceremonies of Possession in Europe's Conquest of the New World, 1492-1640*, Cambridge University Press, Nueva York y Cambridge, 1995.

Seers, Dudley, y Leonard Joy, eds., *Development in a Divided World*, Penguin, Harmondsworth, 1971 (hay trad. cast.: *El desarrollo de un mundo dividido*, Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 1975).

Sejersted, Francis, «A Theory of Economic and Technological Development in Norway in the Nineteenth Century», *Scandinavian Economic History Review*, 40, 1 (1992), pp. 40-75.

—, «The Norwegian "Sonderweg": Aspects of the Modernization Process in Norway», 1993.

—, «Science and Industry: Modernisation Strategies in Norway, 1900-1940», en Caron, Erker y Fischer, eds., *Innovations in the European Economy*, pp. 255-276.

Sella, Domenico, «The Rise and Fall of the Venetian Woollen Industry», en Pullan, ed., *Crisis and Change*, 1968, pp. 106-126.

Semo, Enrique, The History of Capitalism in Mexico: Its Origins, 1521-1763, University of Texas Press, Austin, 1993.

Sen, Amartya, *Poverty and Famines: An Essay on Entitlement and Deprivation*, Oxford University Press, Oxford y Nueva York, 1981.

—, «The Concept of Development», en Chenery *et al*., eds., *Handbook of Development Economics*, I (1988), pp. 9-26.

—, «Freedoms and Needs», *The New Republic* (10-17 de enero de 1994), pp. 31-38.

—, «Population: Delusion and Reality», *New York Review of Books*, 41, 15 (22 de septiembre de 1994), pp. 62-71.

Shammas, Carole, The Pre-industrial Consumer in England and America, Clarendon Press, Oxford, 1990.

—, «The Decline of Textile Prices in England and British America Prior to Industrialization», *Economic History Review*, 47, 3 (agosto 1994), pp. 483-507.

Shcherbak, Yuri M., «Ten Years of the Chomobyl Era», *Scientijfc American*, 274, 4 (abril de 1996), pp. 44-49.

Sheridan, Richard B., «The Wealth of Jamaica in the Eighteenth Century», *Economic History Review*, 2.ª serie, 18, 2 (agosto de 1965), pp. 292-311.

—, *Sugar and Slavery: An Economic History of the British West Iridies, 1623-1775,Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1973*.

—, *Doctors and Slaves: A Medical and Demographic History of Slavery in the British West Iridies, 1680-1834,Cambridge University Press, Cambridge, 1985*.

—, «Eric Williams and Capitalism and Slavery: A Bibliographical and Historiographical Essay», en Solow y Engerman, eds., *British Capitalism*, pp. 317-345.

Shimada, Shingo, «Social Time and Modernity in Japan: An Exploration of Concepts and a Cultural Comparison», *Time & Society*, 4, 2 (junio de 1995), pp. 251-260.

Shumway, Nicolas, *The Invention of Argentina*, University of California Press, Berkeley, 1991.

Singer, Charles, E. J. Holmyard, A. R. Hall y Trevor I. Williams, eds. *A History of Technology*, Clarendon Press, Oxford, 1957, 5 vols.

Singleton, John, «Showing the White Flag: The Lancashire Cotton Industry, 1945-1965», en Rose, ed., *International Competition*, pp. 129-149.

Sinoué, Gilbert, *Le demier Pharaon: Méhémet-Ali (1770-1849)*, Pygmalion, París, 1997 (hay trad. cast.: *El último faraón*, Ediciones B, Barcelona, 1998).

Sirageldin, Ismail, y Alan Sorkin, Research in Human Capital and Development: A Research Annual. Vol. V. Public Health and Development, Jai Press, Greenwich, CT, 1988.

Sivan, Emmanuel, *Mythes politiques arabes*, Fayard, París, 1988/1995.

Sivin, Nathan, «Imperial China: Has Its Present Past a Future?», *Harvard Journal of Asiatic Studies*, 38, 2 (1978), pp. 449-80.

—, «Science and Medicine in Chinese History», en Ropp, ed., *Heritage of China*, 1990, pp. 164-196.

Smil, Vaclav, China's Environmental Crisis: An Inquiry into the Limits of National Development, M. E. Sharpe, Armonk, Nueva York, 1993.

Smith, Alan G. R., Science and Society in the Sixteenth and Seventeenth Centuries, Thames & Hudson, Londres, 1972.

Smith, Anthony D., *The Ethnic Origins of Nations*, Basil Blackwell, Oxford, 1986.

Smith, David C., «Climate, Agriculture, History: An Introduction», *Agricultural History*, 63, 2 (primavera de 1989), pp. 1-6.

Smith, Merritt Roe, Harpers Ferry Armory and the New Technology: The Challenge of Change, Cornell University Press, Ithaca, 1977.

Smith, Neil, «"Academic War over the Field of Geography": The Elimination of Geography at Harvard, 1947-1951», *Annals of the Assn. of Amer. Geographers*, 77, 2 (1987), pp. 155-172.

Smith, Thomas C., «Japan's Aristocratic Revolution», *Yale Review*, 50 (primavera de 1961), pp. 370-383.

—, «Okura Nakatsune and the Technologists», en Albert M. Craig y Donald H. Shively, eds., *Personality in Japanese History*, University of California Press, Berkeley, 1970, pp. 127-154.

—, *Native Sources of Japanese Industrializadon, 1750-1920, University of California Press, Berkeley, 1988*.

Smith, Tony, The Pattern of Imperialism: The United States, Great Britain, and the Late Industrializing World Since 1815, Cambridge University Press, Cambridge, 1981.

Smout, T. C., ed., The Searchfor Wealth and Stability: Essays in Economic and Social History Presented to M. W. Flinn, Macmillan, Londres, 1979.

Snooks, Graeme Donald, ed., *Was the Industrial Revolution Necessary?* Routledge, Londres, 1994.

Solow, Barbara, ed., *Slavery and the Rise of the Atlantic System*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991.

—, y Stanley L. Engerman, eds., *British Capitalism and Caribbean Slavery: The Legacy of Eric Williams*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987.

Soustelle, Jacques, The Daily Life of the Aztecs on the Eve of the Spanish Conquest, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1961.

Soutif, Michel, L'Asie, source de Sciences et techniques: Histoire comparée des idées scientifiques et techniques de l'Asie, Presses Universitaires, Grenoble, 1995.

Sowell, Thomas, *Race and Culture: A World View*, Basic Books, Nueva York, 1994.

Spear, Percival, The Nabobs: A Study of the Social Life of the English in Eighteenth Century India, Oxford University Press, Oxford, 1932/1963.

Spence, Jonathan, Emperor of China: Self-Portrait of Kang-Hsi, Knopf, Nueva York, 1974.

—, *The Search for Modern China*, W. W. Norton, Nueva York, 1990.

—, *Chinese Roundabout: Essays in History and Culture, W. W. Norton, Nueva York, 1992*.

Stannard, David E., *American Holocaust: The Conquest of the New World*, Oxford University Press, Nueva York, 1992.

Starkey, Otis R, The Economic Geography of Barbados: A Study of the Relationships Between Environmental Variations and Economic Development, Columbia University Press, Nueva York, 1939.

Staunton, George Leonard, An Historical Account of the Embassy to the Emperor of China, Undertaken by Order of the King of Great Britain, Stockdale, Londres, 1797; ed.

americana, An Authentic Account of an Embassy from the King of Great Britain to the Emperor of China, Filadelfia, 1799, 2 vols; ed. francesa, Voyage dans l'intérieur de la Chine et de la Tartarie, An VI, París, 1798, 4 vols.

Stavrianos, Leñen Stavros, *Global Rift: The Third World Comes of Age*, William Morrow, Nueva York, 1981.

Steele, Brett D., «Muskets and Pendulums: Benjamin Robins, Leonhard Euler, and the Ballistics Revolution», *Technology and Culture*, 35, 2 (abril de 1994), pp. 348-382.

Steensgaard, Niels, «The Growth and Composition of the Long-distance Trade of England and the Dutch Republic before 1750», en Tracy, ed., *Rise of Merchant Empires*, pp. 102-152.

Stein, Burton, «"Arrested Development": But When and Where?», en Dewey, ed., *Arrested Development*, 1988, pp. 49-65.

Stein, Stanley, y Barbara H. Stein, The Colonial Heritage of Latin America: Essays on Economic Dependence in Perspective, Oxford University Press, Nueva York, 1970.

Stem, Steve J., Peru's Iridian Peoples and the Challenge of Spanish Conquest: Huamanga to 1640, University of Wisconsin Press, Madison, 1982/1993, 2.ª ed. (hay trad. cast.: Pueblos indígenas del Perú y el desafío de la conquista española, Alianza Editorial, Madrid, 1987).

—, «Africa, Latin America, and the Splintering of Historical Knowledge: From Fragmentation to Reverberation», en Frederick Cooper *et al*., *Confronting Historical Paradigms: Peasants, Labor, and the Capitalist World System in Africa and Latin America*, University of Wisconsin Press, Madison, 1993, pp. 3-20.

Stevens, William K., «The High Risks of Denying Rivers Their Flood Plains», *The New York Times* (20 de julio de 1993), pp. C-1, 8.

—, «The Heavy Hand of European Settlement», *The New York Times* (10 de agosto de 1993), p. C-1.

Stopford, John, y Susan Strange, con John S. Henley, *Rival States, Rival Firms: Competition for World Market Shares*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991.

Strong, Frank, «The Causes of Cromwell's West Indian Expedition», *American Historical Review*, 4, 2 (enero de 1899), pp. 228-245.

Stoianovich, Traian, *Balkan Worlds: The First and Last Europe*, M. E. Sharpe, Armonk, Nueva York, 1994.

Stuart, Gene S., *The Mighty Aztecs*, National Geographic Society, Washington, 1981 (hay trad. cast.: *Los Aztecas*, RBA, Barcelona, 1995).

Studeny, Christophe, L'invention de la vitesse: France, XVIIIe-XXe siècle, Gallimard, París, 1995.

Subrahmanyam, Sanjay, *The Political Economy of Commerce: Southern India, 1500-1650*, Cambridge University Press Cambridge, 1990.

—, *ed., Merchants, Markets and the State in Early Modern India, Oxford University Press, Delhi, 1990*.

—, *The Portuguese Empire in Asia, 1500-1700: A Political and Economic History, Longman, Londres, 1993*.

—, *The Career and Legend of Vasco da Gama*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997 (hay trad. cast.: *Vasco de Gama*, Crítica, Barcelona, 1998).

Suehiro, Akira, *Capital Accumulation in Thailand, 1855-1985*, Centre for East Asian Cultural Studies, Tokio, 1989.

Suleri, Sara, *The Rhetoric of English India*, University of Chicago Press, Chicago, 1992.

Summers, Robert, y Alan Heston, «A New Set of International Comparisons of Real Product and Price Levels: Estimates for 130 Countries», *Review of lncome and Wealth*, 34 (1988), pp. 1-25.

—, «The Penn World Table (Mark 5): An Extended Set of International Comparisons, 1950-1988», *Quarterly Journal of Economics*, 106, 2 (mayo 1991), pp. 327-368.

Sun, Jingzhi, ed., *The Economic Geography of China*, Oxford University Press, Hong Kong, 1988.

Sundararajan, V., «The Impact of the Tariff on Some Selected Products of the U. S. Iron and Steel Industry, 1870-1914», *Quarterly Journal of Economics*, 84, 4 (noviembre de 1970), pp. 590-610.

Supple, Barry E., ed., The Experience of Economic Growth: Case Studies in Economic History, Random House, Nueva York, 1963.

—, *Crisis and Change in England, 1600-1642*, University of California Press, Berkeley, 1964.

—, «Official Economic Inquiry and Britain's Industrial Decline: The First Fifty Years», en Fumer y Supple, eds., *The State and Economic Knowledge*, 1990, pp. 325-353.

—, «Fear of Failing Economic History and the Decline of Britain», *Economic History Review*, 47, 3 (agosto de 1994), pp. 441-458.

«A Survey of Multinationals», *The Economist*, 24 de junio de 1995.

Svedenstiema, Eric T., Svedenstierna's Tour [of] Great Britain, 1802-1803: The Travel Diary ofan Industrial Spy, David & Charles, Newton Abbot, 1973.

Sylla, Richard, y Gianni Toniolo, eds., Pattems of European, 1991. Industrialization: The Nineteenth Century, Routledge, Londres, 1991.

Szirmai, Adam, Bart Van Ark, y Dirk Pilat, eds., *Explaining Economic Growth: Essays in Honour of Angus Maddison*, Elsevier, Ámsterdam, 1993.

Szostak, Rick, The Rok of Transportation in the Industrial Revolution: A Comparison of England and France, McGill-Queen's University Press, Montreal, 1991.

Tabb, William K., The Postwar Japanese System: Cultural Economy and Economic Transformation, Oxford University Press, Nueva York, 1995.

Taira, Koji, «Factory Labour and the Industrial Revolution in Japan», en Mathias y Postan, eds., *Cambridge Economic History of Europe, VII*, 2 (1978), pp. 166-214.

Takekoshi, Yosoburo, *The Economic Aspects of the History of the Civilization of Japan*, Alien & Unwin, Londres, 1930, 3 vols; reimpresión, Dawsons of Pall Mall, 1967.

Taton, René, ed., A General History of the Sciences. Vol. II: The Beginnings of Modern Science from 1450 to 1800,Thames & Hudson, Londres, 1964; ed. francesa, La Science moderne, París, 1958 (hay trad. cast.: Historia general de las ciencias. II La ciencia moderna, Destino, Barcelona, 1972).

Tavakoli-Targhi, Mohamad, «Orientalism's Genesis Amnesia», *Compar. Studies of South Asia, Africa and the Middle East*, 16, 1 (1996), pp. 1-14.

Tawney, R. H., *Religion and the Rise of Capitalism*, John Murray, Londres, 1926.

Taylor, Alan M., «Three Phases of Argentine Economic Growth», 1992; parte de una tesis doctoral de la Universidad de Harvard, texto mecanografiado.

—, «Extemal Dependence, Demographic Burdens, and Argentine Economic Decline after the Belle Époque», *Journal of Economic History*, 52 (diciembre de 1992), pp. 907-936.

—, «Mass Migration to Distant Southern Shores: Argentina and Australia, 1870-1939», en Hatton y Williamson, eds., *Migration*, pp. 91-115.

Teich, Mikulás, y Roy Porter, eds., *The Industrial Revolution in National Context: Europe and the USA*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996.

—, *y Robert Young, eds., Changing Perspectives in the History of Science: Essays in Honour of Joseph Needham, Heinemann, Londres, 1973*.

Teichova, Alice, Maurice Lévy-Leboyer y Helga Nussbaum, eds., *Multinational Enterprise in Historical Perspective*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986.

Teitel, Simon, y Francisco E. Thoumi, «From Import Substitution to Exports: The Manufacturing Exports Experience of Argentina and Brazil», *Economic Development and Cultural Change*, 34 (abril de 1986), pp. 455-490.

Temin, Peter, *Iron and Steel in 19th Century America*, MIT Press, Cambridge, Massachusetts, 1964.

—, «Two Views of the British Industrial Revolution», *Journal of Economic History*, 57, 1 (marzo de 1997), pp. 63-82.

—, «Is It Kosher to Talk about Culture?», *Journal of Economic History*, 57, 2 (junio de 1997), pp. 267-287.

—, «The Golden Age of European Growth: Review Essay», *European Review of Economic History*, I, 1 (1997), pp. 127-149.

Tenenti, Alberto, *Piracy and the Decline of Venice, 1580-1615*, University of California Press, Berkeley, 1967; ed. italiana, *Venezia e i corsari, 1580-1615*, G. Laterza, Bari, 1961.

Tenner, Edward, Why Things Bite Back: Technology and the Revenge of Unintended Consequences, Knopf, Nueva York, 1996.

Thomas, Hugh, Conquest: Montezuma, Cortés, and the Fall of Old Mexico, Simon & Schuster, Nueva York, 1993.

Thomas, Keith, *Religion and the Decline of Magic: Studies in Popular Beliefs in Sixteenthand Seventeenth-Century England*, Penguin, University Books, Londres, 1973; ed. original, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1971.

—, «Cleanliness and Godliness in Early Modern England», en Fletcher y Roberts, eds., *Religion, Culture, and Society*, 1994.

Thomas, Robert Paul, «A Quantitative Approach to the Study of the Effects of British Imperial Policy on Colonial Welfare», *Journal of Economic History*, 254 (diciembre de 1965), pp. 615-638.

—, «The Sugar Colonies of the Old Empire: Profit or Loss for Great Britain?», *Economic History Review*, 2.ª serie, 21, 1 (abril de 1968), pp. 30-45.

—, «British Imperial Policy and the Economic Interpretations of the American Revolution», *Journal of Economic History*, 3, 28 (septiembre de 1968), pp. 436-440.

Thomson, Guy P. C., «Protectionism and Industrialization in Mexico, 1821-1854: The Case of Puebla», en Abel y Lewis, eds., *Latin America*, 1985, pp. 125-146.

Thorens, Justin, et al., eds., 1492: Le choc de deux mondes. Ethnocentrisme, impérialisme juridique et culturel, choc des cultures, droits de l'homme et droits des peuples. Actes du Colloque international organisé par la Commission Nationale Suisse pour l'Unesco, Ginebra, 17-18 de septiembre de 1992, ELA La Différence («Mobile matiére»), 1993.

Thuillier, André, Economie et société nivernaises au début du XlXe siècle, Mouton, París y La Haya, 1974.

Thuillier, Guy, Georges Dufaud et les débuts du grand capitalisme dans la métallurgie, en Nivernais, au XlXe siècle, Sevpen, París, 1959.

—, *Aspects de l'économie nivernaise au XlXe siècle, Armand Colin, París, 1966*.

Thuillier, Pierre, La grande implosion: Rapport sur l'effondrement de l'Occident, 1999-2002,Fayard, París, 1995.

Thurow, Lester, Head to Head: The Corning Economic Battle Among Japan, Europe, and America, William Morrow, Nueva York, 1993.

Tibawi, A. L., Second Critique of English-Speaking Orientalists and Their Approach to Islam and the Arabs, 1979.

Tibi, Bassam, Islam and the Cultural Accommodation of Social Change, Westview, Boulder, 1990.

Tidrick, Kathryn, Heart Beguiling Araby: The English Romance with Arabia, Tauris, Londres, 1989.

Tilly, Louise A., «Connections», *American Historical Review*, 99, 1 (febrero de 1994), pp. 120.

Tilly, Richard H., «German Banking, 1850-1914: Development Assistance for the Strong», *Journal of European Economic History*, 15, 1 (primavera de 1986), pp. 113-152.

Tipton, Frank B., «Regional History: West Jutland in a Theoretical and Comparative Context», en *West Jutland and the World, II; Second Conference on Regional History*, patrocinada por el Museum Councils of the Counties of Ringkobing and Ribe, Lemvig, 3-5 de abril de 1995.

Tisch, Sarah J., y Michael B. Wallace, Dilemmas of Development Assistance: The What, Why, and Who of Foreign Aid, Westview, Boulder, 1994.

Todorov, Tzvetan, La conquête de l'Amérique: La question de Tautre, Seuil, París, 1982 (hay trad. cast.: La conquista de América: el problema del otro, Siglo XXI, México, 1987).

Toland, John, The Rising Sun: The Decline and Fall of the Japanese Empire, 1936-1945,Random House, Nueva York, 1970, 2 vols.

Tomlinson, B. R., ed., The New Cambridge History of India. Vol. III: The Economy of Modern India, 1860-1970,Cambridge University Press, Cambridge, 1993.

Toniolo, Gianni, An Economic History of Liberal Italy, 1850-1918,Routledge, Londres, 1990.

Tortella, Gabriel, «Pattems of Economic Retardation and Recovery in South-western Europe in the Nineteenth and Twentieth Centuries», *Economic History Review*, 47, 1 (febrero de 1994), pp. 1-21.

—, «La pénurie d'entrepreneurs: Explication du retard espagnol?», *Entreprises et Histoire*, 8 (1995), pp. 63-73.

Totman, Conrad, *Early Modern Japan*, University of California Press, Berkeley, 1993.

Toutain, Jean-Claude, «Comparaison entre les différentes évaluations du produit intérieur brut de la France de 1815 à 1938 ou L'histoire économique quantitative a-t-elle un sens?», *Revue Économique*, 47, 4 (1996), pp. 893-920.

Tracy, James D., ed., The Rise of Merchant Empires: Long-distance Trade in the Early Modern World, 1350-1750, Cambridge University Press, Cambridge, 1990.

Travis, Anthony S., The Rainbow Maleers: The Origins of the Synthetic Dyestuffs Industry in Western Europe, Lehigh University Press, Bethlehem, Pennsylvania, *1993*.

Trebilcock, Clive, The Industrialization of the Continental Powers, 1780-1914, Longman, Londres, 1981.

Trevor-Roper, H. R., *Religion the Reformation and Social Change*, Macmillan, Londres, 1967.

Troitzsch, Ulrich, ed., *Technologischer Wandel im 18. Jahrhundert*, Herzog August Bibliothek, Wolfenbüttel, 1981.

Tsuru, Shigeto, *Japan's Capitalism: Creative Defeat and Beyond*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993.

Tsurumi, E. Patricia, «Colonial Education in Korea and Taiwan», en Myers y Peattie, eds., *Japanese Colonial Empire*, 1994, pp. 275-311.

Tucker, Barbara M., Samuel Slater and the Origins of the American Textile Industry, 1790-1860, Cornell University Press, Ithaca, 1984.

Tulard, Jean: *véase* Humboldt, Alexander von.

Tumbull, S. R., *The Samurai: A Military History*, Macmillan, Nueva York, 1977.

Tumer, Anthony J., The Time Museum. Vol. I: Time Measuring Instruments. Parte 1. Astrolabes. Astrolabe Related Instruments, The Time Museum, Rockford, Illinois, 1985.

Tumer, Frederick, Beyond Geography: The Western Spirit Against the Wildemess, Viking, Nueva York, 1980.

Turshen, Meredeth, *The Political Ecology of Disease in Tanzania*, Rutgers University Press, New Brunswick, 1984.

Tweedale, Geoffrey, Sheffield Steel and America: A Century of Commercial and Technological Interdependence, 1830-1930, Cambridge University Press, Cambridge, 1987.

Uchitelle, Louis, «Like Oil and Water: A Tale of Two Economists», *The New York Times* (16 de febrero de 1997), p. 3, 1.

Ui, Jun, ed., *Industrial Pollution in Japan*, United Nations University Press, Tokio, 1992.

Uno, Kathleen S., «Women and Changes in the Household Division of Labor», en Bemstein, ed., *Recreating Japanese Women*, 1991, pp. 17-41.

Uselding, Paul J., «Technical Progress at the Springfield Armory, 1820-1850», *Explorations in Economic History*, 9, 3 (primavera de 1972), pp. 291-316.

Usher, Abbott Payson, *An Introduction to the Industrial History of England*, Houghton Mifflin, Boston, 1920.

—, *A History of Mechanical Inventions*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1954, 2.ª ed.

Valignano, Alexandre, *Les Jésuites au Japon: Relation missionnaire (1583)*, Desclée de Brouwer, París, 1990.

Vandenbroeke, Christian, «The Regional Economy of Flanders and Industrial Modernization in the Eighteenth Century: A Discussion», *Journal of European Economic History*, 16, 1 (primavera de 1987), pp. 149-170.

Van Leur, Jacob Comelis, Indonesian Trade and Society: Essays in Asian Social and Economic History, W. van Hoeve, La Haya, 1955.

Van Niel, Robert, «Dutch Views and Uses of British Policy in India around 1800», *Itinerario*, 12, 1 (1988), pp. 17-31.

Van Strien, C. D., British Travellers in Holland During the Stuart Period: Edward Browne and John Loche as Tourists in the United Provinces, Brill, Leiden, 1993; Le voyage de Hollande: Récits de voyageurs français dans les Provinces-Unies, 1748-1795, Brill, Leiden, 1993.

Van Young, Eric, «Mexican Rural History since Chevalier: The Historiography of the Colonial Hacienda», *Latin American Research Review*, 18, 3 (1983), pp. 5-61.

Van Zanden, J. L., «The Dutch Economy in the Very Long Run-Growth in Production, Energy Consumption and Capital in Holland (1500-1805) and the Netherlands (1805-1910)», en Szirmai *et al*., eds., *Explaining Economic Growth*, 1993, pp. 267-283.

—, «Pre-Modern Economic Growth: Rate, Structure and Spread. The European Economy 1500-1800», 1994; texto mecanografiado en alemán e inglés.

—, «Tracing the Beginning of the Kuznets Curve: Western Europe During the Early Modern Period», *Economic History Review*, 48, 4 (noviembre de 1995), pp. 643-664.

Vargas Llosa, Mario, «Questions of Conquest: What Columbus Wrought and What He Did Not», *Harper's*, 281 (diciembre de 1990), pp. 45-53.

Vega, Garcilaso de la, "El Inca", *Royal Commentaries of the Incas and General History of Peru*, University of Texas Press, Austin, 1609/1616-1617/1966 (orig. cast.: *Comentarios Reales*, Bruguera, Barcelona, 1968).

Veliz, Claudio, ed., *Obstacles to Change in Latin America*, Oxford University Press, Londres, 1965.

—, ed., *The Politics of Conformity in Latin America*, Oxford University Press, Londres, 1967.

Verley, Patrick, L'échelle du monde: essai sur l'industrialisation de l'Occident, Gallimard, París, 1997.

—, *La Révolution industrielle*, Gallimard, París, 1997.

Verlinden, Charles, *The Beginnings of Modern Colonizaron*, Cornell University Press, Ithaca, 1970.

Verma, Rupalee, «Western Medicine, Indigenous Doctors and Colonial Medical Education», *Itinerario*, 19, 3 (1995), pp. 130-141.

Vemet, Juan, *Ce que la culture doit aux Arabes d'Espagne*, Sindbad, París, 1985, 2.ª ed. (orig. cast.: *Lo que Europa debe al Islam de España*, El Acantilado, Barcelona, 1999).

Vemon, Raymond, Sovereignty at Bay: The Multinational Spread of U. S. Enterprises, Basic Books, Nueva York, 1971.

—, *Technological Development: The Historical Experience*, Economic Development Institute Seminar Paper 39, World Bank, Washington, 1989.

Veyrassat, Béatrice, «Mais où est donc la différence? Modeles compares de développement technologique (XIXe siècle)», en Etémad, Batou y David, eds., *Pour une histoire économique*, 1995, pp. 205-228.

Vicens Vives, Jaime, *An Economic History of Spain*, Princeton University Press, Princeton, 1969 (orig. cast.: *Historia económica de España*, Ed. Vicens Vives, Barcelona, 1977).

Vickers, Daniel, Farmers and Fishermen: Two Centuries of Work in Essex County, Massachusetts, 1630-1850,University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1994.

Villiers, Patrick, y Jean-Pierre Duteil, *L'Europe, la mer et les colonies, XVIIe-XVIIIe siècle*, Hachette, París, 1977.

Vincent, Bemard, *1492: «L'Année admirable»*, Aubier, París, 1991 (hay trad. cast.: *1492: «El año admirable»*, Crítica, Barcelona, 1992).

—, «Role de l'Espagne aux XVe-XVIe siècles», en Thorens *et al., 1492*, pp. 93-100.

Vivero, Rodrigo de, Du Japón et du bon gouvemement de l'Espagne et des Indes, Sevpen, París, 1972.

Vizenor, Gerald, *Heirs of Columbus*, Wesleyan University Press, Middletown, CT, 1991.

Vlekke, Bemard H. M., *Nusantara: A History of Indonesia*, Quadrangle Books, Chicago, 1960.

Vogel, Barbara, ed., *Preussische Reformen, 1807-1820*, Antón Hain, Konigstein, 1980.

Volti, Rudi, «A Century of Automobility», *Technology & Culture*, 37, 4 (octubre de 1996), pp. 663-685.

Von Tunzelmann, G. Nicholas, *Steam Power and British Industrializaron*, Clarendon Press, Oxford, 1978.

—, «Technological and Organizational Change in Industry During the Industrial Revolution», en O'Brien y Quinault, eds., *Industrial Revolution*, pp. 254-282.

—, «Time-saving Technical Change: The Cotton Industry in the English Industrial Revolution», *Explorations in Economic History*, 32 (1995), pp. 1-27.

Wade, Nicholas, «Sahelian Drought: No Victory for Western Aid», *Science*, 185 (19 de julio de 1974), pp. 234-237.

Wadsworth, A. P., y Julia de L. Mann, *The Cotton Trade and Industrial Lancashire*, Manchester University Press, Manchester, 1931.

Wakeman, Frederic, Jr., The Great Enterprise: The Manchu Reconstruction of Imperial Order in Seventeenth-Century China, University of California Press, Berkeley, 1985, 2 vols.

—, «Voyages», *American Historical Review*, 98, 1 (febrero de 1993), pp. 1-17.

Waldron, Arthur, *The Great Wall of China: From History to Myth*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990.

Waley-Cohen, Joanna, «China and Western Technology in the Late Eighteenth Century», *American Historical Review*, 98 (diciembre de 1993), pp. 1525-1544.

Waller, Richard D., «Tsetse Fly in Western Narok, Kenya», *Journal of African History*, 31 (1990), pp. 81-101.

Wallerstein, Immanuel, *The Modern World-System*, Academic Press, Nueva York, 1974/1980/1989, 3 vols. (hay trad. cast.: *El moderno sistema mundial*, Siglo XXI, Madrid, 1984).

—, «Dutch Hegemony in the Seventeenth-Century World-Economy», en Aymard, ed., *Dutch Capitalism*, pp. 93-145.

—, *After Liberalism*, New Press, Nueva York, 1995.

«War of the Worlds: A Survey of the Global Economy», *The Economist* (1 de octubre de 1994).

Ward, J. R., «The Profitability of Sugar Planting in the British West Indies, 1650-1834», *Economic History Review*, 2.ª serie, 31 (1978), pp. 197-213.

—, «The Industrial Revolution and British Imperialism, 1750-1850», *Economic History Review*, 47, 1 (febrero de 1994), pp. 44-65.

Washbrook, David, «Progress and Problems: South Asian Social and Economic History, c. 1720-1860», *Modern Asian Studies*, 22, 1 (1988).

Watkins, M., «A Staple Theory of Economic Growth», *Canadian Journal of Economics and Political Science*, 29 (1963).

Watts, David, The West Indies: Pattems of Development, Culture and Environmental Change Since 1492, Cambridge, University Press Cambridge, 1987 (hay trad. cast.: Las Indias Occidentales: modalidades de desarrollo, cultura y cambio, Alianza Editorial, Madrid, 1992).

Waugh, Evelyn, *Tourist in Africa*, Little, Brown, Boston, 1960.

Weatherill, Loma, Consumer Behaviour and Material Culture, 1660-1760, Routledge, Londres, 1988.

Weber, Max, «Die protestantische Ethik und der "Geist" des Kapitalismus», *Archiv jur Sozialwissenschaf u. Sozialpolitik*, 20 (1904-1905), pp. 1-54; 21, pp. 1-110; reimpresión en su *Gesammelte Aufsätze zur Religionssoziologie*, Mohr, Tubinga, 1920 (hay trad. cast.: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Península, Barcelona, 1988).

Weber, W., «Industriespionage ais technologischer Transfer in der Frühindustrialisierung Deutschlands», *Technikgeschichte*, 42 (1975), pp. 287-306.

—, «Probleme des Technologietransfers in Europa im 18. Jahrhundert: Reisen und technologischer Transfer», en Troitzsch, ed., *Technologischer Wandel*, pp. 189-217.

Wei-ming, Tu, ed., Confucian Traditions in East Asian Modernity: Moral Education and Economic Culture in Jopan and the Four Mini-Dragons, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1996.

Weiss, John, Ideology of Death: Why the Holocaust Happened in Germany, Ivan R. Dee, Chicago, 1996.

Welsh, Frank, *A Borrowed Place: The History of Hong Kong*, Kodansha International, Nueva York, 1993.

Wengenroth, Ulrich, «Igel und Füchse: Zu neueren Verstandigungproblemen über die Industrielle Revolution», en *Industrialisierung: Begriffe und Prozesse. Festschrift für Akos Paulinyi*, Technische Hochschule Darmstadt, Darmstadt, 1994, pp. 9-22.

Wesseling, H. L., «The Expansion of Europe, the Division of the World and the Civilisation of Modernity», en Keiji Yamada, ed., *The Transfer of Science and Technology Between*

Europe and Asia, 1780-1880, Segunda Conferencia sobre Intercambio de Ciencia y Tecnología entre Europa y Asia desde Vasco da Gama, 3-7 de noviembre de 1992, International Research Center for Japanese Studies, Kyoto y Osaka, 1992, pp. 241-252.

West, John, *The History of Tasmania*, Angus & Robertson, para la Royal Australian Historical Society, Sydney, 1971.

Westebbe, Richard M., «State Entrepreneurship: King Willem I, John Cockerill, and the Seraing Engineering Works, 1815-1840», *Explorations in Enterpreneurial History*, 8, 4 (abril de 1956), pp. 205-232.

Westerfield, Ray B., Middlemen in English Business Particularly Between 1660 and 1760, Yale University Press, New Haven, 1915.

Westwood, J. N., *A History of Russian Railways*, Alien & Unwin, Londres, 1964.

Whigham, Thomas L., «The Iron Works of Ybycui: Paraguayan Industrial Development in the Mid-Nineteenth Century», *The Americas*, 35 (1978), pp. 201-218.

White, Lynn, Jr., «Technology and Invention in the Middle Ages», *Speculum*, 15 (1940), pp. 141-159; reimpresión en *Medieval Religion*, pp. 1-22.

—, «Cultural Climates and Technological Advance in the Middle Ages», *Viator*, 2, 74 (1971), pp. 171-201.

—, *Medieval Religion and Technology: Collected Essays*, University of California Press, Berkeley, 1978.

Whitley, Richard, Business Systems in East Asia: Firms, Markets and Societies, Sage, Londres, 1992.

Wiarda, Howard J., ed., *Politics and Social Change in Latin America: The Distinct Tradition*, University of Massachusetts Press, Amherst, 1974.

Wickham, Chris, «The Uniqueness of the East», *Journal of Peasant Studies*, 12 (1985), pp. 166-196.

Wiener, Martin J., English Culture and the Decline of the Industrial Spirit, 1850-1980, Cambridge University Press, Cambridge, 1981.

Wilke, Jurgen, «Der Einfluss der Hugenotten auf die gewerbliche Entwicklung», en S. Badstubner-Groger *et al., Hugenotten in Berlin*, Union Verlag Berlin, 1988, pp. 227-280.

Wilkinson, Endymion, Japan versus the West: Image and Reality, Penguin, Londres, 1.ª ed.; Japan versus Europe: A History of Misunderstanding, Penguin, Londres, 1983.

Williams, Eric, *Capitalism and Slavery*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1944.

Williams, John Hoyt, «Paraguayan Isolation Under Dr. Francia: A Reevaluation», *Hispanic American Historical Review*, 52, 1 (febrero de 1972), pp. 102-122.

Williams, Karel, *From Pauperism to Poverty*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1981.

—, John Williams y Dermis Thomas, *Why Are the British Bad at Manufacturing?* Routledge & Kegan Paul, Londres, 1983.

Williamson, Jeffrey G., «New Views on the Impact of the French Wars on Accumulation in Britain», Harvard Inst. of Economic Research, Discussion Paper n.º 1480, 1990.

—, «Economic Convergence: Placing Post-Famine Ireland in Comparative Perspective», *Journal of Economic Social History*, 21 (1994), pp. 1-27.

—, «The Evolution of Global Labor Markets since 1830: Background Evidence and Hypotheses», *Explorations in Economic History*, 32 (1995), pp. 141-96.

Wills, Garry, «Goodbye, Columbus», *New York Review*, 22 de noviembre de 1990, pp. 6-10.

Wills, John E., Jr., «European Consumption and Asian Production in the Seventeenth and Eighteenth Centuries», en Brewer y Porter, eds., *Consumption and the World of Goods*, pp. 133-147.

Wilson, Charles, «Economy and Society in Late Victorian Britain», *Economic History Review*, 2.ª serie, 18, 1 (agosto de 1965), pp. 183-198.

Wilson, Derek, *Rothschild: A Story of Wealth and Power*, Mandarin, Londres, 1994; ed. revisada (hay trad. east.: *Rothschild*, Muchnik Editores, Barcelona, 1988).

Wilson, John F., *British Business History, 1720-1994*, Manchester University Press, Manchester, 1995.

Windshuttle, Keith, The Killing of History: How a Discipline Is Being Murdered by Literary Critics and Social Theorists, Macleay Press, Paddington, Australia, 1996.

Wink, André, «"Al-Hind": India and Indonesia in the Islamic World-Economy, c. 700-1800 a. d.», *Itinerario*, 12, 1 (1988), pp. 33-72.

Winslow, Charles-Edward Amory, *The Conquest of Epidemic Disease: A Chapter in the History of Ideas*, Princeton University Press, Princeton, 1943; reimpresión mecanografiada, University of Wisconsin Press, Madison, 1980.

Wittfogel, Karl A., Oriental Despotism: A Comparative Study of Total Power, Yale University Press, New Haven, 1957 (hay trad. cast.: Despotismo oriental. Estudio comparativo del poder totalitario, Guadarrama, Barcelona, 1966).

Wolff, Edward N., y Maury Gittleman, «The Role of Education in Productivity Convergence: Does Higher Education Matter?», en Szirmai, Van Ark y Pilat, eds., *Explaining Economic Growth*, pp. 147-167.

Wolman, William, y Anne Colamosca, *The Judas Economy: The Triumph of Capital and the Betrayal of Work*, Addison-Wesley, Nueva York, 1997.

Womack, James P, Daniel T. Jones y Daniel Roos, *The Machine That Changed the World*, Rawson Associates, Nueva York, 1990.

Wood, Peter, *The Spanish Main. «The Seafarers»*, Time-Life Books, Alexandria, Virginia, 1979.

Woolf, S. J., «Venice and the Terraferma: Problems of the Change from Commercial to Landed Activities», *Bolletino dell'Istituto di Storia della Societá e dello Stato Veneziano*, 4 (1962), pp. 415-441.

World Bank, The East Asian Miracle: Economic Growth and Public Policy, Oxford University Press, Nueva York, 1993.

—, *Adjustment in Africa: Reforms, Results, and the Road Ahead, Oxford University Press, Nueva York, 1994*.

—, *Will Arab Workers Prosper or Be Left Out in the Twenty-first Century?, Regional Perspectives on World Development Report 1995,Washington, 1995*.

Woronoff, Denis, Uindustrie sidérurgique en France pendant la Révolution et l'Empire, EHESS, París, 1984.

—, *Histoire de l'industrie en France du XVIe siècle à nos jours, Seuil, París, 1994*.

Woronoff, Jon, *Asia's «Miracle» Economies*, M. E. Sharpe, Armonk, Nueva York, 1992, 2.ª ed.

Wray, William D., Mitsubishi and the N. Y. K. 1870-1914: Business Strategy in the Japanese Shipping Industry, Harvard East Asian Monographs n.º 108, Harvard, Cambridge, Massachusetts, 1984.

Wright, Gavin, Old South, New South: Revolutions in the Southern Economy Since the Civil War, Basic Books, Nueva York, 1986.

Wright, J. F., Britain in the Age of Economic Management: An Economic History Since 1939,Oxford University Press, Oxford, 1979.

Wright, Ronald, *Stolen Continents: The Americas through Indian Eyes Since 1492*, Houghton Mifftin, Boston, 1992 (hay trad. cast.: *Continentes robados*, Anaya y Mario Muchnik, Madrid, 1994).

—, «The Two Cultures: Cortés, Moctezuma and the Fall of the Greatest City of the Americas», *Times Literary Supplement* (17 de diciembre de 1993), pp. 3-4.

Wrigley, E. A., *Industrial Growth and Population Change*, Cambridge University Press, Cambridge, 1961.

—, «A Simple Model of London's Importance in Changing English Society and Economy, 1650-1750», *Past & Present*, 37 (1967), pp. 44-70; reimpresión en Wrigley, *People, Cides and Wealth*.

—, *People, Cides and Wealth: The Transformation of Tradidonal Society, Basil Blackwell, Oxford, 1987, pp. 133-156 (hay trad. cast.: Gente, ciudades y riqueza, Crítica, Barcelona, 1992).*

—, *Condnuity, Chance and Change: The Character of the Industrial Revolution in England, Cambridge University Press, Cambridge, 1988 (hay trad. cast.: Cambio, continuidad y azar: el carácter de la Revolución Industrial en Inglaterra, Crítica, Barcelona, 1993).*

—, «The Classical Economists, the Stationary State, and the Industrial Revolution», en Snooks, ed., *Was the Industrial Revolution Necessary?*, 1994, pp. 27-42.

—, y R. S. Schofield, *The Population History of England, 1541-1871*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1981.

Wythe, George, *Industry in Latin America*, Columbia University Press, Nueva York, 1949.

Yamada, K., ed., The Transfer of Science and Technology Between Europe and Asia since Vasco da Gama (1498-1998),International Research Center for Japanese Studies, Kyoto, 1994.

Yamamoto, Shichihei, «A Protestant Ethic in a Non-Christian Context», *Entrepreneurship: The Japanese Experience*, 1 (1982), PHP Institute, Tokio, pp. 1-9.

—, «The Capitalist Logic of the Samurai», en *Entrepreneurship: The Japanese Experience*, 7 (1983), PHP Institute, Tokio, pp. 1-11.

Yamamura, Kozo, «Entrepreneurship, Ownership, and Management in Japan», en Mathias y Postan, eds., *Cambridge Economic History of Europe, VII*, 2 (1978), pp. 215-264.

Yasuba, Yasukichi, «Anatomy of the Debate on Japanese Capitalism», *Journal of Japanese Studies*, 2, 1 (otoño de 1975), pp. 63-82.

—, y Likhit Dhiravegin, «Initial Conditions, Institutional Changes, Policy, and Their Consequences: Siam and Japan, 1850-1914», en Ohkawa y Ranis, eds., *Japan and the Developing Countries*, pp. 19-34.

Yates, Frances A., *Giordano Bruno and the Hermetic Tradition*, University of Chicago Press, Chicago, 1964 (hay trad. *casi.: Giordano Bruno y la tradición hermética*, Ariel, Barcelona, 1994).

—, «The Hermetic Tradition in Renaissance Science», en Charles S. Singleton, ed., *Art, Science, and History in the Renaissance*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1967, pp. 255-274.

Yergin, Daniel, *The Prize: The Epic Quest for Oil, Money, and Power*, Simon & Schuster, Nueva York, 1991.

Young, Alwyn, «Learning by Doing and the Dynamic Effects of International Trade», *Quarterly Journal of Economics*, 106, 2 (1991), pp. 369-405.

—, «A Tale of Two Cities: Factor Accumulation and Technical Change in Hong Kong and Singapore», NBER Macroeconomics Annual 1992, MIT Press, Cambridge, Massachusetts, 1992.

—, «Lessons from the East Asian NICs: A Contrarian View», *American Economic Review*, Papers and Proceedings (mayo de 1994).

—, «The Tyranny of Numbers: Confronting the Statistical Realities of the East Asian Growth Experience», NBER Working Paper, Serie 4680 (marzo de 1994).

—, «The Tyranny of Numbers: Confronting the Statistical Realities of the East Asian Growth Experience», *Quarterly Journal of Economics*, 110, 3 (agosto de 1995), pp. 641-680.

Young, Arthur, Travels During the Years 1787, 1788 and 1789, Dublín, 1793, 2 vols.

Youngson, A. J., *Possibilities of Economic Progress*, Cambridge University Press, Cambridge, 1959.

Zahedieh, Nuala, «Trade, Plunder, and Economic Development in Early English Jamaica, 1655-1689», *Economic History Review*, 2.ª serie, 39, 2 (mayo de 1986), pp. 205-222.

—, «London and the Colonial Consumer in the Late Seventeenth Century», *Economic History Review*, 47, 2 (mayo de 1994), pp. 239-261.

Zerubavel, Eviatar, *Terra Cognita: The Mental Discovery of America*, Rutgers University Press, New Brunswick, 1992.

Ziegler, Jean, La victoire des vaincus: oppression et résistance culturelle, Seuil, París, 1988.

Zonderman, David A., Aspirations and Anxieties: New England Workers and the Mechanized Factory System, 1815-1850,Oxford University Press, Nueva York, 1992.

Zysman, John, y Laura Tyson, eds., American Industry in International Competition: Government Policies and Corporate Strategies, Cornell University Press, Ithaca, 1983.

Notas

Introducción

[1] En «Illogic of Neo-Marxian Doctrine», p. 107. <<

[2] Thus Wilson, *Rothschild*, p. 102. <<

[3] Me baso, con algunas modificaciones, en los cálculos aproximativos de Paul Bairoch, «Écarts internationaux des niveaux de vie avant la Révolution industrielle», *Annales: Économies, Sociétés, Civilisations*, 34, 1 (enero-febrero 1979), pp. 145-171. Si se calcula en términos reales (PPA), la relación del PIB (producto interior bruto) obtenida en *Human Development Report 1996* es de 80 a 1. Ram, «Tropics and Human Development», p. 1. <<

Capítulo I

[1] Una observación acerca de la escuela francesa: estaban muy seguros de sí mismos. Así, Edmond Demolins, a finales del siglo XIX, afirma: «Si la historia de la humanidad hubiera de repetirse, sin ningún cambio en la superficie de la Tierra, a grandes rasgos sería la misma», *Comment la route crée le type social*, I, IX. Para un punto de vista escéptico sobre este interés europeo por la geografía —tildado de formación al colonialismo—, véase Blaut, *The Colonizer's Model*, p. 45, nota 3. <<

[2] Véase Andrew Kamarck, *The Tropics and Economic Development*. <<

[3] Cf. Amold Guyot, *The Earth and Man* (1849, reimpresión de 1897), p. 251. Asimismo, Livingstone, «The Moral Discourse of Climate», p. 414. <<

[4] Sobre este asunto, véase Smith, «Academic War», pp. 155, 162; así como S. B. Cohén, «Reflections on the Elimination of Geography», p. 148. <<

[5] De modo que resulta más sencillo, y sin duda más práctico (aunque no para mis propósitos), circunscribir las discusiones sobre la agricultura africana a lo que puede y no puede hacerse en vista de las circunstancias. Cf. R. P. Moss, «Environmental Constraints». Para una visión más o menos incondicionalmente igualitaria de la geografía (nadie ha sido

más favorecido que los demás, porque no debería ser así), véase Blaut, *The Colonizer's Model* <<

[6] David Smith, «Climate, Agriculture, History: An Introduction», pp. 1-2. Además, Smith nos dice que la especialización en este campo exige «la disposición a soportar muchas chanzas o incluso el rechazo de los colegas». <<

[7] «Conditions for Economic Change in Underdeveloped Countries», *Journal of Farm Economics*, 33 (noviembre de 1951), p. 693. Citado en el valioso e injustamente olvidado libro de Andrew Kamarack, *The Tropics and Economic Development*, p. 4. <<

[8] «How Poor Are the Poor Countries?», en Seers & Joy, eds., *Development in a Divided World*, p. 78. Cf. los retrocesos en la renta y la esperanza de vida, etc., señalados por Rati Ram, en función de la distancia del ecuador, «muy significativos y cuantitativamente sustanciales», en «Tropics and Economic Development», p. 10. <<

[9] L. Don Lambert, «The Role of Climate», p. 339 y nota 1, compara el enfoque unilateral del economista con el del doctor que, centrándose exclusivamente en la gente sana, curara a los enfermos prescribiéndoles la «vida saludable» de los sanos. «La pregunta pertinente —escribe— no es solo: ¿cuál es la causa del desarrollo?, sino también: ¿cuál es la causa del estancamiento?». <<

[10] «The Deadly Hitch-hikers», *The Economist*, 31 de octubre de 1992, p. 87. <<

[11] Elvin, *The Pattern of the Chinese Past*, p. 186, señala un texto chino de 1264 en el que se describe la esquistosomiasis y otras infecciones propagadas por gusanos. Citado en Jones, *The European Miracle*, p. 6. <<

[12] *The Economist*, 27 de julio de 1991, pp. 74-75. Cf. Giblin, «Trypanosomiasis Control». <<

[13] Datos de morbilidad procedentes del hospital militar de Amaba, en Curtin, *Death by Migration*, pp. 65-66. <<

[14] Datos procedentes del Banco Mundial, *World Development Report 1994*, cuadro 1, pp. 162-163. <<

[15] Banco Mundial, *World Development Report 1991*, cuadro 28, pp. 258-259, y *1994*, cuadro 21, pp. 214-215. Richard Easterlin considera estos avances una «revolución en la mortalidad», una revolución que sigue en curso. <<

[16] Pese a las técnicas modernas de laboratorio y a las precauciones en materia de seguridad, el precio sigue siendo elevado. Sobre la lucha contra virus mortales descubiertos recientemente, la mayoría de origen tropical, véase Altman, «Researcher's Infection». <<

[17] Sattaur, «Who to Speed Up Work on Drugs for Tropical Diseases», p. 17. En este caso tampoco hay un consenso general. Blaut, *The Colonizer's Model*, pp. 77-78, aduce que, hasta hace muy poco, los climas «de las latitudes medias» (prefiere evitar el término «templadas») han registrado tantas enfermedades como los tropicales, y que los habitantes de los trópicos se inmunizan convenientemente contra los patógenos y los parásitos. En igualdad de condiciones, «¿existe por lo tanto un factor adicional que pueda denominarse "la insalubridad innata [¿intrínseca?] de los trópicos"? La respuesta probablemente sea negativa». <<

[18] *New York Times*, 16 de febrero de 1997, p. 1. <<

[19] Acerca del conflicto entre la escuela científica occidental y la medicina indígena, véase Verma, «Western Medicine», quien considera que los europeos también han mantenido sus secretos. Los occidentales llegaron con métodos y libros impresos, mientras que los practicantes nativos no tenían libros, sino tan solo sus prácticas y secretos. Los occidentales querían ayuda, especialmente para realizar actividades a gran escala como la vacunación. Pero enseñaron menos a los nativos que a sus propios paisanos, ya que darles a aquellos la misma educación habría minado su autoridad (p. 134). <<

[20] Cf. Gwyn Prins, quien afirma en «But What Was the Disease?», p. 164, que «Higía fue vista por muchos africanos como la hetaira de los colonialistas». Se trata de un artículo desafortunado, virulento y preocupado por las deficiencias y los perjuicios de la medicina colonial, que trasluce simpatía con respecto a las terapias tradicionales sin caer en la credulidad. El autor no acierta a escoger entre la ciencia y un tipo diferente de «conocimiento»: «¿por qué debe asumirse que explicaciones certeras en muchos casos son preeminentes a escala universal?» (p. 178). ¿Es que los africanos son diferentes biológicamente? <<

[21] Véase Paul Harrison, «The Curse of the Tropics», p. 602. Estas variaciones son significativas. Cf. Sah, «Priorities», pp. 339-340, acerca del fracaso del cacahuete británico a finales de la década de 1940, provocado, entre otros, por la imprevisión de las fluctuaciones en las precipitaciones (tratado más adelante, capítulo XXVIII). <<

[22] Wade, «Sahelian Drought», pp. 234-237. <<

[23] Kamarck, *Tropics and Economic Development*, p. 16. <<

[24] Este párrafo se inspira en Raaj Sah, «Priorities of Developing Countries», p. 337. <<

[25] Bandyopadhyaya, *Climate and World Order*, p. VI. <<

CAPÍTULO II

[1] Tortella, «Pattems of Economic Retardation and Recovery in South-western Europe». <<

[2] «Speech on *Mr*. Fox's East India Bill», 1 de diciembre de 1783. <<

[3] Charlene L. Fu, «China Paper Details Risk of Hepatitis in Transfusions», *Boston Globe*, 30 de junio de 1993, p. 2. <<

[4] Sobre la incidencia de la enfermedad y la malnutrición en los resultados económicos, véase Alan Berg, «Malnutrition and National Development», pp. 126-129. <<

[5] Oshima, *Economic Growth*, p. 21. <<

[6] Lattimore, *Inner Asian Frontiers*, p. 23. <<

[7] Leeming, *Changing Geography*, pp. 11-12. Aproximadamente el 65 por 100 de la superficie de China está cubierta por montañas, colinas y mesetas. <<

[8] Citado en Elvin, *The Pattern of the Chinese Past*, p. 37 <<

[9] De *Chin History*, citado en Elvin, *ibid*., p. 39. <<

[10] *Wei History* (recopilada en el siglo VI por Wei Shou), citado por Elvin, *op. cit*., p. 45. <<

[11] Jones, *European Miracle*. <<

[12] Chang, «Agricultural Potential», p. 338. Por otra parte, Debeir *et al., In the Servitude of Power*, p. 47, consideran el *paddy* (arroz con cáscara) superior al trigo y al maíz «debido a la calidad de sus proteínas y a su riqueza en aminoácidos esenciales». <<

[13] Karl A. Wittfogel, *Oriental Despotism: A Comparative Study of Total Power*. <<

[14] En este sentido, véase Chi Ch'ao-ting, *Key Economic Areas in Chinese History*, que menciona la relación de los alimentos con la política: quien detenta los mayores graneros posee la llave del reino. <<

[15] March, *The Idea of China*, pp. 94-95. <<

[16] Cf. Stevens, «The High Risks of Denying Rivers Their Flood Plains». <<

[17] Debeir *et al., In the Servitude of Power*, p. 50. <<

CAPÍTULO III

[1] Cf. Kautsky, *Politics of Aristocratic Empires*; Richard Landes, «While God Tarried» (pend. de publicación). <<

[2] *Tract on the Popery Laws*. <<

[3] Michael Cook, «Islam: A Comment», en Baechler *et al*., eds., *Europe and the Rise of Capitalism*, p. 134. <<

[4] Cf. Crone, *Pre-Industrial Societies*, pp. 161-162, quien recalca la diversidad de los frentes de ataque de los bárbaros, que derribaron el imperio occidental, y la consiguiente diversidad de unidades políticas y, añadiría yo, culturales y lingüísticas. La única instancia unificada era la iglesia, que disponía de un lenguaje más o menos común, y el papa, señala Crone, no tenía interés en promover a un rival seglar. <<

[5] Citado por Lévi, *Le grand empereur*, p. 187. Se trata de una novela, pero se inspira poderosamente y a menudo literalmente en documentos contemporáneos. <<

[6] Balazs, *La bureaucratie céleste*, pp. 22-23. Cf. John Fairbank, que habla de sociedades «orientales», «organizadas en torno a gobiernos monolíticos centralizados, en los cuales la burocracia imperaba en casi todos los aspectos de las actividades a gran escala —administrativos, militares, religiosos y económicos—, hasta tal punto que nunca se fijó una sanción para la empresa privada…», *The United States and China*, p. 47. Adviértase el uso de la palabra «oriental», que entonces no era reprobable. <<

[7] Sobre el significado de la ley y la justicia para los soberanos medievales, véase Crone, *Pre-Industrial Societies*, pp. 157-158, quien pone de relieve la contribución que aportaba el desempeño de esta función a los ingresos reales. Pero tenía una consecuencia negativa: quien se gana la vida mediante la ley debe vivir de acuerdo con ella. <<

[8] Citado por Edmonds, *Northern Frontiers*, p. 55. <<

[9] Algunos afirman que no fue así, como Rowe, *Hankow: Commerce and Society in a Chinese City*, y Perdue, *Exhausting the Earth*, p. 263, n. 6. En sus razonamientos no tienen presentes la autonomía política explícita ni los privilegios estatutarios de las comunas europeas. <<

[10] Robert López, citado por Pounds, *Economic History*, p. 104. <<

[11] Sobre los privilegios rurales y su vinculación con los proyectos de recuperación de tierras y ampliación de la superficie cultivada, que se remontan al siglo XI, véase el notable artículo de Bryce Lyon, «Medieval Real Estate Developments and Freedom», *American History Review*, 63 (1957), pp. 47-61. <<

[12] Cf. Bartlett, *The Making of Europe: Conquest, Colonization and Cultural Change*. <<

[13] «En lugar de ser estultificada por el gobierno imperial, Europa iba a ser proyectada hacia adelante por la competencia constante entre sus componentes». Y, recalcando lo paradójico de la redención a través de la pérdida del paraíso imperial: «Europa fracasó: de

haber tenido éxito, habría *seguido siendo* una sociedad preindustrial», Crone, *Pre-Industrial Societies*, pp. 161, 172. <<

[14] Hipócrates, *Aires, aguas, lugares*, citado en March, *Idea of China*, p. 29. Para March, la idea misma de Asia es un mito, un «ellos» antagónico que define a Europa en términos de lo que no es o no quiere ser. Eso, en su opinión, es trasunto de intereses ideológicos y de clase: «Nuestra "Asia" moderna se perpetúa no en pro de la ciencia, sino de los estamentos encargados de preservar el ideal de la civilización occidental y que se benefician de los mitos sagrados del individualismo, la propiedad privada y la defensa agresiva de la libertad» (p. 35). Nada de ello invalida necesariamente estas diferencias. <<

[15] Sobre el movimiento la Paz de Dios, de finales del siglo X y principios del XI, que adoptó la forma de reuniones públicas multitudinarias de clérigos, nobles y populacho y produjo toda una serie de pactos sociales, véase Head y Landes, eds., *The Peace of God: Social Violence and Religious Response*. Estos pactos no siempre se respetaron, pero los principios pesan. En este caso también, estas muestras de la iniciativa y la expresión del pueblo fueron exclusivamente europeas. <<

CAPÍTULO IV

[1] El artículo que abrió una nueva vía de investigación en este ámbito es «Technology and Invention in the Middle Ages», de Lynn White, Jr., *Speculum*, 15 (1940), pp. 141-159. <<

[2] Jean Gimpel, *The Medieval Machine*, p. 14. Cf. White, *Medieval Religion and Technology*, pp. 226-227. White señala también que, mientras el papel procedente de los países musulmanes (producido manualmente) nunca contiene marcas de agua, estas marcas de fábrica aparecen en Italia hacia el decenio de 1280 y constituyen un indicio de iniciativa comercial. <<

[3] Sobre estos anteojos anteriores a las gafas propiamente dichas, véase la obra de Zecchin, *Vetro e vetrai di Murano* (Venecia, 1989), citado por Ilardi, «Renaissance Florence», p. 510. <<

[4] Quien habla es el fraile dominico Fra Giordano de Pisa, en un sermón en Santa María Novella en Florencia, 1306. Citado por White, «Cultural Climates», p. 174; reimpresión de 1978, p. 221. White cita el original italiano. He realizado unos pequeños cambios de estilo en la traducción. Véase también Rosen, «Invention of Eyeglasses»; e Ilardi, *Occhiali* y «Renaissance Florence». <<

[5] Moses Abramovitz afirma que la prolongación de la longevidad estimula la inversión en capital humano y anima a la gente a desplazarse a nuevos lugares y dedicarse a nuevas ocupaciones. Más aún cuando los años suplementarios pueden ser los mejores. «Manpower, Capital, and Technology», p. 55. <<

[6] «El reloj no es meramente un medio de seguir el paso de las horas, sino de sincronizar las acciones de los hombres. El reloj, y no la máquina de vapor, es la máquina clave de la moderna era industrial… en el comienzo mismo de la técnica moderna aparece proféticamente la máquina automática exacta… Por su relación con cantidades determinables de energía, con la uniformización, la acción automática y, por último, con su propio producto intrínseco, la medición precisa del tiempo, el reloj ha constituido la máquina fundamental de la técnica moderna, permaneciendo en primer plano en todas las épocas: marca un grado de perfección al que aspiran las demás maquinarias». Mumford, *Technics and Civilization*, pp. 14-15. <<

[7] Citado en Lewis, *The Muslim Discovery of Europe*, p. 233. <<

[8] Sivin, «Science and Medicine», p. 165, afirma que la impresión con tipos sueltos no sustituyó al método antiguo hasta el siglo XX. <<

[9] Cf. Hall, *Powers and Liberties*, p. 49. <<

[10] Elvin, *Pattern of the Chinese Past*, p. 180. <<

[11] Needham, «The Guns of Khaifeng-fu», p. 40. <<

[12] Levathes, *When China Ruled the Seas*, p. 102. <<

[13] Sobre este asunto, cabe señalar la aparición, ya en el siglo XVI, de la reclamación formal por parte de los ejércitos victoriosos de todas las campanas, o al menos de la mejor campana, de una plaza conquistada y de sus alrededores: el «derecho a la campana». Cipolla, *Guns, Sails, and Empires*, p. 30, nota 1. <<

[14] En 885, se obligó a todos los copistas profesionales de Bagdad a pronunciar el juramento de no copiar libros de filosofía. Sobre los conflictos de la ciencia musulmana con la doctrina islámica, véase Hoodbhoy, *Islam and Science*, en especial los capítulos 9 y 10. <<

[15] Ibn Jaldu, *The Muqaddima: An Introduction to History* (Londres, Routledge and Kegan Paul, 1978), p. 373, citado en Hoodbhoy, *Islam and Science*, pp. 103-104. Un ejemplo similar de cinismo y fanatismo consumados nos lo ofrecen los anales cristianos: cuando el ejército cruzado francés enviado a reprimir la herejía de los cátaros entró en Béziers y obtuvo el permiso (la orden) de pasar a cuchillo a sus habitantes, alguien preguntó al comandante cómo distinguirían a los buenos cristianos de los herejes, a lo que este respondió: «Dios sabrá quiénes están con él». <<

[16] White, *Medieval Religion and Technology*, p. 227. <<

[17] Elvin, *Pattern of the Chinese Past*, p. 184. <<

[18] *Ibid*., p. 85. Elvin da una cifra que «oscila entre 35 000-40 000 y 125 000 toneladas», pero señala que se inclina por el valor más elevado. Se basa en este caso en Yoshida Mitsukuni, un especialista japonés cuya obra data de 1967. El artículo posterior de Robert Hartwell, «Markets, Technology, and the Structure of Enterprise», p. 34, también propone la cifra más alta. En Hall, *Powers and Liberties*, p. 46, se habla de «125 000 toneladas como mínimo». Es típico de las cifras históricas: van creciendo. <<

[19] Elvin, *Pattern of the Chinese Past*, pp. 297-298. <<

[20] Cf. Goldstone, «Gender, Work, and Culture». <<

[21] Balazs, *La bureaucracie céleste*, pp. 22-23. <<

[22] Citado en White, *Medieval Religion and Technology*, pp. 245-246. <<

CAPÍTULO V

[1] Schama, «They All Laughed», p. 30, afirma que, incluso en 1892, los contestatarios se opusieron a la celebración y la retrasaron un año. <<

[2] Cf. «The Invasion of the Nina, the Pinta, and the Santa Maria», *New York Times*, 2 de junio de 1991; y el indignado desmentido de Teresa de Balmaseda Milam, *ibid*., 4 de julio de 1991. <<

[3] James Barron, «He's the Explorer/Exploiter You Just Have to Love/Hate», *New York Times*, 12 de octubre de 1992, p. B7. Véase asimismo Sam Dillon, «Schools Grow Harsher in Scrutiny of Columbus», *ibid*., p. Al. Aunque «americano nativo» (*Native American*) es ahora el término aceptable y aceptado para designar a los descendientes de los habitantes originales (primitivos) del hemisferio occidental, algunos han objetado que «americano» es una designación europea y, por lo tanto, inapropiada. En lugar de ello, debería hablarse de «nativos». Pero ¿qué ocurre con las demás personas nacidas en el mismo hemisferio? ¿No son nativos? Al parecer algunos nativos son más nativos que otros. <<

[4] Véase Joel Sable, «Mexico Hails Aztecs with Multiple Issues», *Boston Globe*, 3 de abril de 1994, p. B34. <<

[5] Cf. Schama, «They All Laughed». La referencia del catálogo, que cuenta con magníficas ilustraciones, es: Levenson, ed., *Circa 1492: Art in the Age of Exploration*. <<

[6] Vitorino Magalhaes Godinho se refiere con razón a lo absurdo de esta tesis del no descubrimiento, que califica de «trampa infantil». «Role du Portugal», p. 58. <<

[7] Sobre estos temas, véase King, *Art of Mathematics*, pp. 41-46. <<

[8] Ibn Jaldún, *The Muqaddimah*, citado por Fernández-Armesto, *Before Columbus*, p. 50. <<

[9] Fernández-Armesto, *Before Columbus*, p. 49. <<

[10] Véase la discusión, *ibid*., pp. 84-85. <<

[11] *Ibid*., p. 12. <<

[12] Para los portugueses, el primer encuentro con Madeira se remonta al parecer a 1419. Huygue, *Coureurs d'épices*, p. 119, lo considera accidental. <<

[13] Bennassar y Bennassar, 7492, p. 252. <<

[14] Axtell, *After Columbus*, p. 168. <<

[15] Bartolomé de las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, citado por Josephy, *Iridian Heritage*, p. 287. <<

[16] Estos informes proceden de una carta de 1516 de un grupo de frailes dominicos al ministro de Carlos I (luego Carlos V) de España, citada por Todorov, *La conquête de l'Amérique*, p. 146. Entre otras atrocidades, en la carta se relata el caso de una pobre madre lactante con su hijo, que tuvo la desgracia de pasar delante de un grupo de españoles cuyo perro estaba hambriento… ¿Exagerado? Disponemos de pruebas que corroboran este episodio, procedentes de otros testigos. <<

[17] La mayor parte de lo que viene a continuación se inspira en la gráfica exposición de Fernández-Armero, *Before Columbus*, pp. 143-147. <<

[18] Bruckner, *The Tears of White Man*, p. 10, sugiere que Colón estaba dispuesto a creer, tras leer la *Imago mundi* de Pierre d'Ailly (escrita en 1410 y publicada en 1480), que el jardín del Edén tenía que encontrarse en una tierra cálida, en algún lugar más allá del ecuador. Naturalmente, la nueva tierra que encontró, aunque cálida, no estaba del otro lado del ecuador. Pero, en mi opinión, lo que realmente interesó a Colón fue la desnudez e inocencia de estas hermosas gentes. ¿Cómo podía saber Ailly de qué lado del ecuador estaba el jardín del Edén? <<

[19] Las citas anteriores proceden de Bruckner, *ibid*., que las ha tomado de una traduccción francesa de los diarios de Colón: Christophe Colomb, *La découverte de l'Amérique*, 2 vols. (París, Maspero, 1979). <<

[20] Véase el artículo de Henley, «Spanish Stew», p. 5, en el que analiza la obra de Boucher, *Cannibal Encounters*: «Boucher estudia el estado actual de la controversia entre los especialistas, llegando a la conclusión de que las pruebas de la existencia de canibalismo son muy débiles. En caso de que se practicara, probablemente se tratara tan solo de un procedimiento muy ritualizado, que puede haber consistido en comerse la mejor parte de los enemigos muertos en ciertas ocasiones muy especiales. Sin duda, no se habrían limitado a cocinar a alguien en una marmita».

Véase también Wright, «The Two Cultures», p. 3, quien afirma que las noticias europeas sobre esta práctica deben abordarse con reservas. «La acusación contra los mexicanos dista de estar probada, y los españoles, de acuerdo con sus propios informes, pudieron cometer más de un lapsus al respecto». Wright señala que, durante el sitio de México, quedaron tendidos muchos cadáveres delante de los defensores, que se morían de hambre. Pero eso puede significar simplemente que el canibalismo comportaba aspectos rituales que no permitían comerse a personas muertas de otra manera. Cf. la prohibición hebrea de comer animales muertos (es decir, de animales no sacrificados con arreglo al rito), aunque sean *kosher*. <<

[21] Maybury-Lewis, «Societies on the Brink», p. 56. <<

[22] Todorov, *La conquête de l'Amérique*, p. 150. <<

[23] Sobre la «leyenda negra», resulta instructivo leer a Stem, *Peru's Iridian Peoples*, pp. XLI-XLII. Stem, que siente la imperiosa necesidad de ser políticamente correcto, reconoce las atrocidades de los españoles, pero se pliega a la postura de los apologistas aludiendo a la «simplificación» y al «perjuicio antihispánico». Se refiere también a «una historia igualmente bárbara de violencia y explotación raciales en el caso de los demás colonizadores europeos». Añade luego una crítica: lamenta el hecho de que la tesis contraria a la leyenda «reduzca la conquista a una historia de héroes y villanos». ¿Qué hay de los amerindios y sus reacciones?, se pregunta. Ya no resulta aceptable entre los etnólogos retratar a los pueblos nativos como víctimas indefensas; como afirma Stem, no fueron «meros objetos sobre los que se perpetraron fechorías». De acuerdo, ¿pero qué hay de los amerindios? Como veremos más adelante, cometieron sus propias atrocidades; impusieron sus propios imperialismos. El imperialismo no es monopolio de los europeos u occidentales. La ortodoxia de la historia latinoamericana prefiere silenciar esta parte de la historia. Toda esta época es un campo minado de trampas para el enjuiciamiento moral. Los historiadores latinoamericanos se enfrentan, además, al dilema de que a menudo descienden tanto de las víctimas como de los verdugos. ¿De qué lado deben estar por lo tanto sus simpatías? <<

CAPÍTULO VI

[1] Sobre el significado psicológico y físico de Bojador, véase Randles, «La signification». <<

[2] Citado en Huyghe, *Coureurs d'épices*, p. 121. <<

[3] Sobre los problemas especiales de la navegación en el Atlántico Sur, véase Landes, «Finding the Point at Sea», en Andrewes, ed., *The Questfor Longitude*, y Seed, *Ceremonies of Possession*, cap. 4: «A New Sky and New Stars». Este último artículo ofrece una soberbia exposición de los fundamentos científicos de las navegaciones y descubrimientos océanicos portugueses. <<

[4] Zacut escribió el *Almanach Perpetuum* (1478), que permitía determinar la posición del sol para cada día y cada latitud. Esta obra, pensada para astrónomos, fue simplificada y convertida en tabla náutica por su correligionario John Vizinho: Jones, *Sail the Iridian Sea*, pp. 37-38. <<

[5] Todo lo que precede se inspira en el valioso artículo de Godinho, «Role du Portugal», pp. 81-83. <<

[6] Introducción a su *Tratado im defensam da carta de marear*, citado por Seed, *Ceremonies of Possession*, p. 126. <<

[7] Cf. el magnífico artículo de Needham, «China, Europe, and the Seas Between», presentado por primera vez en el Congreso Internacional de Historia Marítima, Beirut, 1966, y publicado de nuevo en Needham, *Clerks and Craftsmen*, pp. 40-70. Pero el estudio más exhaustivo de estos viajes, rico y fascinante por sus detalles y extenso en cuanto a su cobertura, es el reciente libro de Louise Levathes, *When China Ruled the Seas*. <<

[8] «Bajo la dinastía Song, los juncos chinos se habían refinado mucho más. Se construían con clavos de hierro y se impermeabilizaban gracias al aceite de aleurites, un conservante natural excelente. Estaban equipados con escotillones estancos, cámaras de flotación, defensas de bambú en la línea de flotación, anclas flotantes para impedir que fueran a la deriva durante las tormentas, timones axiales en lugar de remos de dirección, botalones y quillas de deriva, remos para la bonanza, achicadores para tomar muestras del fondo submarino, sondas para determinar la profundidad, agujas de marear y pequeños cohetes propulsados con pólvora para la autodefensa», Elvin, *Pattern of the Chinese Past*, p. 137. Esta tradición se perpetuó bajo la dinastía mongol: Kublai Kan (el emperador de Marco Polo) tenía barcos de más de diez velas, con capacidad para mil hombres. Los mayores, que alcanzaban una velocidad aproximada de 450 pies, eran los barcos lacustres, que «se deslizaban por el agua con gran estabilidad y daban la sensación a los pasajeros de estar en tierra firme», Levathes, *When China Ruled the Seas*, p. 81. Naturalmente, el agua de los lagos no es la misma que la de los océanos. <<

[9] Needham estima que el número de naves era de setenta y tres. <<

[10] Los párrafos anteriores se inspiran sobre todo en Levathes, *When China Ruled the Seas*, pp. 73 ss. <<

[11] Huang, *China*, pp. 155-157. <<

[12] Levathes, *When China Ruled the World*, pp. 174-175. <<

[13] Levathes pone de relieve la indiferencia de la doctrina de Confucio con respecto al comercio por una parte, y por otra la legitimidad imperial. Procurar intercambios comerciales equivalía a admitir que China necesitaba algo de algún otro lugar, y «el

concepto mismo de necesidad era indigno del trono del dragón»; *When China Ruled the Seas*, p. 180. <<

CAPÍTULO VII

[1] *La riqueza de las naciones*, libro IV, cap. 7, parte 1: «Es tal en realidad la absurda fe que la mayoría de los hombres tiene en su buena suerte que, en cuanto se da la más remota posibilidad de éxito, demasiados son capaces de presentarse voluntarios [en las minas]». <<

[2] Cf. Fernández-Armesto, *Millennium*, pp. 211-220, sobre el orgullo azteca por su supremacía militar. <<

[3] Stuart, *The Mighty Aztecs*, p. 73. Bartolomé de las Casas, el gran defensor de los derechos indios, llegó a alabar, no sus ritos, sino el fervor de que estaban imbuidos. «Podría afirmarse justamente —escribió en su *Apología*—, teniendo en cuenta que Dios ordenó a Abraham sacrificar a su hijo único Isaac, que el sacrificio humano no es totalmente odioso para Dios». Y, más adelante: «en religiosidad, [los aztecas] superan a todas las naciones, porque las naciones más religiosas son aquellas que ofrecen a sus propios hijos en sacrificio para el bien de sus gentes». Citado en Todorov, *La conquête de l'Amérique*, pp. 194, 196. <<

[4] Sobre los quebrantos intelectuales de la antropología (etnología) como disciplina desgarrada entre los «valores universales» y el «relativismo cultural» —¿podemos criticar a otra cultura desde algún punto de vista superior?—, véase Fluehr-Lobban, «Cultural Relativism and Human Rights». <<

[5] Esta suerte de «exculpación *tu quoque*» se remonta por lo menos a Las Casas. Todorov, *La conquête de l'Amérique*, p. 194 <<

[6] Sahlins, «Cosmologies of Capitalism», p. 19, nota 24, citando el diario de George Macartney de su embajada a China en 1793. Pobre Macartney: trató de convencer a los chinos con su propia conducta irreprochable de que los británicos eran civilizados. Pero todos sus esfuerzos por preservar su dignidad, es decir, por establecer la igualdad con respecto a sus anfitriones, solo sirvieron para convencerles de que aún tenía mucho que aprender antes de que se le pudiera considerar civilizado. <<

[7] Del cronista Pedro Aguado, citado por Gómez, *L'invention*, p. 171. Cf. Smith, *La riqueza de las naciones*, libro IV, cap. 7, parte 2. <<

[8] Kirkpatrick, *Les conquistadors espagnols*, p. 147. <<

[9] Femández-Armesto, *Millennium*, p. 224. <<

[10] Bemand, *The Incas*, p. 28. <<

[11] Diamond, *Guns, Germs, and Steel*, p. 80. <<

[12] La historia demográfica de los amerindios ha sido objeto de controversias y fábulas. Las evaluaciones de la población precolombina oscilan entre 13 millones, de acuerdo con A. Rosenblatt, *La población de América* (1971), y 100 millones según la escuela de Berkeley. Cf. Woodrow Borah, Sherbume Cook, L. B. Simpson, *Essays in Population History* (1971). Esta última cifra resulta hiperbólica para la mayoría de los estudiosos, que consideran más razonable una cifra que varía entre 50 y 70 millones, la gran mayoría de los cuales estarían establecidos en las zonas de maizales de México y Perú. Las estadísticas demográficas tienen un componente ideológico: magnificar la catástrofe demográfica agravando la culpabilidad europea, como si no fuera ya bastante grande. ¿Es posible que la población india de la costa occidental de América del Sur tuviera un patrimonio genético diferente, que se hubiera expuesto ya a estos patógenos? Véanse las especulaciones de Dickinson y Mahn-Lot, *1492-1992*, pp. 93-94. <<

[13] En más de una ocasión, los planes de rebelión se filtraron a través de la confesión y se revelaron a las autoridades; Rowe, «The Incas» (1957), p. 158. Cf. Chklovski, *Voyage of Marco Polo*, p. 162, sobre el papel análogo de los astrólogos (intérpretes de los sueños) en el imperio mongol de Kublai Kan en China. No hay duda de que estos astrólogos nunca se impusieron la obligación de mantener en secreto dichas confidencias. <<

[14] Esta coletilla conlleva cierto menosprecio. Pero la historia tiene sus propias obligaciones, y Femández-Armesto, *Millennium*, p. 225, señala que no debemos olvidar: «es conveniente dar al legado imperial de estos estados africanos y americanos el lugar que les corresponde en el concepto que se tiene del pasado propio… sin una visión panorámica de los movimientos de expansión y convergencia que se encontraron en la "era de la expansión", no puede entenderse plenamente la naturaleza del mundo esculpido por el cincel de las iniciativas europeas en la segunda mitad de nuestro milenio, ni evaluar con ecuanimidad la magnitud de la hazaña». <<

[15] Entre los más importantes cabe citar 1) el relato del padre Bernabé Cobo, *Historia del imperio Inca* (concluido en 1653). Rowe, «Inca Culture», p. 195, describe la *Historia* del padre Cobo como «todavía la mejor y más completa descripción de la cultura inca que existe». Y 2) Garcilaso de la Vega El Inca, *Comentarios reales* (Lisboa, 1606) e *Historia general del Perú* (Córdoba, 1617). De la Vega, emparentado con la familia real por parte de madre, era hijo de un conquistador español. Sobre el relato ligeramente edulcorado de De la Vega acerca de las conquistas incas, véase Bemand, *The Incas*, p. 28. <<

[16] Digo «humillante» deliberadamente. En sus enfrentamientos con los españoles, los araucanos exponían a mujeres españolas, a sus antiguas esposas, cautivas y visiblemente preñadas y con las faldas levantadas por encima de la cintura. Padden, «Cultural Change and Military Resistance». <<

[17] Cobo, *Historia*, pp. 228-230. Se ha ponderado en extremo la excelencia de las carreteras incas, y los propios españoles quedaron impresionados ante sus tramos más anchos y

rectilíneos, aunque, a decir verdad, las referencias de los españoles al respecto distaban de ser las mejores posibles. Dos rutas principales seguían el eje norte-sur, una siguiendo la costa y la otra a lo largo de las lomas montañosas. Ambas se alimentaban de las transversales este-oeste y de los caminos vecinales. Desde el punto de vista de un economista, la virtud de este sistema vial residía en su utilidad práctica: no era mejor de lo estrictamente necesario. En los terrenos más difíciles, a menudo no eran más que una pista, de una yarda de ancho, pavimentada con unas cuantas piedras cuando era necesario y escalonada para acortar las distancias. Si era preciso, se protegían contra la caída de rocas, pero se daba por hecho que los emisarios las sabían esquivar. A intervalos, en los pueblos o a lo largo de la carretera, los incas construían refugios y almacenes para los viajeros. Prácticamente todos los viajeros se dedicaban a actividades oficiales. El estado inca desalentaba el comercio privado y ejercía un monopolio de hecho sobre el comercio a larga distancia. Cf. Rowe, «Inca Culture», pp. 229-233. <<

CAPÍTULO VIII

[1] En torno a 1600, el imperio insular español en el Caribe tenía una población que debía de oscilar entre 75 000 y 80 000 personas, de las cuales un 10 por 100 eran españoles y el resto, negros y mestizos. Quedaba poco rastro de los nativos. Así, la densidad era de una persona por cada 5 km^2, es decir, de un «colono» español por cada 50 km^2; Chaunu, *L'Amérique*, p. 112. <<

[2] En 1622 había veintidós refinerías de azúcar solo en Ámsterdam; Rich, «Colonial Settlement», p. 334. <<

[3] Wood, *Spanish Main*, p. 125, da un número global inferior a 5000. <<

[4] Sobre los insectos del Caribe, véase Starkey, *Economic Geography*, p. 60; sobre las plagas animales, Watts, *The West Indies*, p. 195. Huelga decir que la combinación de clima, plagas y patógenos contribuyó a las elevadas tasas de mortalidad de los animales de trabajo más aún que de los hombres. (Debo estas referencias a Stanley Engerman). <<

[5] Parry, *Age of Reconnaissance*, p. 276. Dunn, *Sugar and Slaves*, p. 55, afirma que esa cifra es «imposible». Basándose en las recaudaciones del impuesto de capitación, sugiere que la población sería de unos 10 000 habitantes en 1640, equivalente a la de Massachusetts o Virginia. <<

[6] Parry, *Age of Reconnaissance*, p. 278. <<

[7] Chaunu, *L'Amérique*, p. 113. <<

[8] *La riqueza de las naciones*, libro IV, cap. 7, parte 2. <<

[9] Littleton, *Groans of the Plantations*, p. 20, citado en Dunn, *Sugar and Slaves*, p. 194. <<

[10] Rich, «Colonial Settlement», p. 322. <<

[11] Joseph Miller, en su libro sobre el tráfico de esclavos angoleños, *Way of Death*. <<

[12] Sheridan, «Eric Williams», p. 326, cita a Williams, *Capitalism and Slavery*, pp. VII, 52, 105. Sheridan afirma (p. 327) que el libro de Williams «inaugura el período moderno de la historiografía de las Indias occidentales». <<

[13] Inikori, «Slavery and the Development of Industrial Capitalism», p. 101. <<

[14] Sheridan, «Eric Williams», p. 327. <<

[15] Así, Oxaal: «Williams denunció la complacencia moral con que Gran Bretaña encaraba la comprensión de su pasado esclavista». Describe a Williams (y a James) como un «intelectual marginal, negro, cuyas experiencias personales le revelaron la hipocresía que escondía la autocomplacencia piadosa del país metropolitano con respecto a su forma de tratar las colonias». *Black Intellectuals*, pp. 75-76. <<

[16] En una reseña en la *American Sociological Review*, Wilson Gee achaca a Williams que exagerara el papel de la esclavitud, «llegando a alegar que constituyó casi la piedra angular imprescindible para el establecimiento del capitalismo moderno». Citado por Sheridan, «Eric Williams», p. 320. <<

[17] Anstey, «Capitalism and Slavery»; también su *Atlantic Slave Trade*. Anstey evalúa más adelante la aportación de las ganancias esclavistas a la formación del capital británico en un 0,11 por 100: una cifra «ridícula». Stanley Engerman, «The Slave Trade and British Capital Formation», juega con las cifras «con arreglo a algunas suposiciones poco plausibles» y obtiene porcentajes hipotéticos, con un fuerte sesgo —deliberado— al alza, que oscilan entre el 2,4 y el 10,8 por 100 en el período 1688-1770, lo que, afirma, «debería hacer vacilar a quienes atribuyen al comercio de esclavos una contribución de primer orden a la formación del capital industrial en la era de la Revolución industrial». Compara también el «valor bruto de la producción del comercio esclavista» con la renta nacional británica, obteniendo un promedio que gira en torno al 1 por 100, que llegaría al 1,7 en 1770, una cifra demasiado reducida para ser tan significativa. Sugiere además que la contribución del comercio de esclavos debe evaluarse en conjunción con la del sistema colonialista, y que ambos se aprecian mejor en el contexto dinámico de sus interacciones. <<

[18] Inikori, «Market Structure», p. 761, n. 52. Inikori calcula que los beneficios fueron del 50 por 100, de manera intermitente pero a lo largo de bastantes años. Parte de las inversiones realizadas, pero no tiene en cuenta las deudas contraídas para la adquisición de los bienes comerciales: «Lo que cada negrero invertía realmente en sus negocios (el desembolso real de efectivos) era muy a menudo menos de la mitad de los costes extemos totales…» (p. 775). <<

[19] Sobre las ganancias de los hacendados, véase Sheridan, «The Wealth of Jamaica», y Ward, «The Profitability of Sugar Planting». Existe una refutación de la teoría de Sheridan desde el punto de vista macroeconómico: R. P. Thomas, en «The Sugar Colonies», señala, como buen seguidor de Smith, los costes generales del imperio y el coste para los consumidores de un mercado protegido y monopolista en Gran Bretaña del azúcar procedente de las plantaciones británicas. Naturalmente, se trata de una vieja divisa: privatizar los beneficios y socializar los costes. Calcúlese el valor neto y se descubrirá que los efectos macroeconómicos no concuerdan con los resultados parciales. <<

[20] Para esta línea de argumentación, cf. Zahedieh, «London and the Colonial Consumer». <<

[21] Solow y Engerman, eds., *British Capitalism*, pp. 10-11. <<

[22] La mayor parte del material que viene a continuación procede de Cardoso, *Negro Slavery in the Sugar Plantations*. <<

CAPÍTULO IX

[1] William Hunter, *History of British India*, I, 109, citado por Masselman, *Cradle of Colonialism*, p. 218. Masselman escribe: «Se produjeron muchos episodios análogos, que formaban parte de una política deliberada de intimidación, destinada a apoderarse del control sobre la India». Sobre la práctica de cortar orejas y manos —porque se trataba, efectivamente, de una práctica deliberada—, véase el capítulo V (*supra*), donde se aborda la política española. <<

[2] Citado por Boxer, *The Portuguese Seaborne Empire*, p. 297. <<

[3] Lang, *Portuguese Brazil*, p. 34. <<

[4] Cf. Boxer, *Portuguese Seabonre Empire*, p. 59 <<

[5] La expresión procede de *The Letter-Book of William Clarke, Merchant in Aleppo*, citado por Domenico Sella, «Crisis and Transformation in Venetian Trade», en Pulian, ed., *Crisis and Change in the Venetian Economy*, p. 97. <<

[6] Sobre estos temas, remitimos en particular a las obras de K. N. Chaudhuri: *The Trading World of Asia and the English East India Company 1660-1760; Trade and Civilisation in the Indian Ocean*, y *Asia Before Europe*. <<

[7] Tomo estos versos de Boxer, *The Dutch Seaborne Empire*, p. 115. Sobre la debilidad de Portugal ante Holanda y Gran Bretaña, véase Meilink-Roelofsz, *Asian Trade*, pp. 116-135. <<

[8] Boxer, *Portuguese Seaborne Empire*, p. 57. <<

[9] De Luis de Camoens, *Os Lusíadas* («los lusitanos»). La redacción de este gran poema épico tomó muchos años, hasta que finalmente fue publicado en 1572. <<

[10] Citado por Boxer, *Portuguese Seaborne Empire*, p. 147. <<

[11] Debemos esta expresión al padre Antonio Vieira, jesuita (1608-1697), citado por Boxer, *Portuguese Seaborne Empire*, p. 340. <<

[12] Seed, *Ceremonies of Possession*, pp. 135-137 y n. 133. <<

[13] Boxer, *Portuguese Seaborne Empire*, p. 350. <<

[14] Del fraile dominico Luis da Cunha, citado por Boxer, *Portuguese Seaborne Empire*, p. 356. Se alude seguramente al tratado de Methuen de 1703, en virtud del cual Portugal se comprometía a no aplicar aranceles a la importación de lanas y productos lanares británicos, mientras que Gran Bretaña importaría los vinos portugueses (oporto y madeira) con unos cánones muy reducidos. <<

[15] *Ibid*., pp. 340-342. <<

[16] *Ibid*., p. 350. <<

[17] *Ibid*., p. 344. <<

CAPÍTULO X

[1] De sus *Werken*, III, pp. 628-629, traducido por Keene, *The Japanese Discovery of Europe*, p. 3. Este libro de Keene, poco conocido fuera del campo de los estudios japoneses, es una joya. <<

[2] Tal y como lo expresa Braudel, *Civilisation matérielle*, III: *Le temps du monde*, p. 149. Esta cita, tomada de un informe de un cierto abate Scaglia, ha pasado por muchas vicisitudes antes de llegar hasta esta página. <<

[3] Israel, *Dutch Primacy*, p. 24. <<

[4] Cf. Peyrefitte, *Du «miracle»*, pp. 146-147. <<

[5] Cf. Israel, *The Dutch Republic*, pp. 183-184. <<

[6] Orden de la dirección al almirante Pieter Verhoef, de 29 de marzo de 1608, citado por Masselman, *Cradle of Colonialism*, pp. 257-258. El plazo límite previsto para el establecimiento del *statu quo* era el 1 de septiembre de 1609. Sobre las ganancias deparadas por las especias exóticas, véase Prakash, «Dutch East India Company», p. 189 y n. 6. <<

[7] J. P. Coen se dirige a los Heeren XVII (la junta de dirección de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales), el 27 de diciembre de 1614; citado por Boxer, *Dutch Seaborne Empire*, p. 107. Sobre la carrera de Coen, véase Masselman, *Cradle of Colonialism*. <<

[8] J. P. Coen se dirige a los Heeren XVII, en Boxer, *Dutch Seaborne Empire*, p. 107. <<

[9] Cf. C. P. Thunberg, *Travels in Europe, Africa and Asia, 1770-1779*, I, p. 277, citado por Boxer, *Dutch Seaborne Empire*, pp. 238-239. <<

[10] Hannay, *The Great Chartered Companies, citado por Boxer, Dutch Seaborne Empire*, pp. 225-226. <<

[11] Fumivall, *Netherlands India*, p. 49. <<

[12] En un primer momento, en la década de 1620, la VOC aceptó al parecer compartir su monopolio de las islas de las Especias con los ingleses, con la condición de que estos participaran en los costes anejos al establecimiento de guarniciones en la zona. A los ingleses les resultó más barato renunciar; Prakash, «Dutch East India Company», p. 188. <<

[13] Fumivall, *Netherlands India*, p. 39. <<

[14] En relación con el comercio inglés (británico) con las colonias norteamericanas, Adam Smith argumenta que el monopolio instituido por las leyes de navegación elevó las tasas de beneficios por encima de los valores que habrían tenido en un mercado libre; *La riqueza de las naciones*, libro IV, cap. 7, parte 3. Pero no tiene en cuenta el efecto de dichas leyes sobre los ingresos en las colonias y, por consiguiente, sobre los ingresos fiscales para la madre patria. De haberlo hecho, habría tenido una razón más para desaprobar esas interferencias en el libre juego del mercado. <<

[15] Fumivall, *Netherlands India*, p. 39; Vlekke, *Nusantara*, pp. 203-204. <<

[16] *La riqueza de las naciones*, libro III, cap. 7, parte 3. <<

[17] Braudel, *Civilisation matérielle, III: Le temps du monde*, p. 191. <<

[18] Braudel señala (*ibid*.) que Johannes Hudde, presidente de la junta a finales del siglo XVII, era perfectamente consciente de sus problemas y trató de modificar (transformar) el sistema de contabilidad. Pero no lo logró. «Por un millar de razones y problemas reales. Pero quizás también porque los directores de la Compañía no tenían ningún interés en publicar cuentas saneadas». La opacidad tiene sus ventajas. Este hecho tampoco es desconocido en la gestión empresarial moderna, especialmente cuando hay conflictos de interés entre los propietarios, los directores y los gestores. <<

CAPÍTULO XI

[1] Sainsbury, ed., *Calendar of State Papers, East Indies*, párrafo 321, citado por Masselman, *Cradle of Colonialism*, p. 281. <<

[2] Los ingleses, apoyándose en un firmán imperial que los eximía de aranceles, dieron su protección a mercaderes de todos los tipos, a los que vendían salvoconductos, mientras imponían derechos a los agentes y representantes del nabab y a las transferencias de tierras y matrimonios que se producían en el territorio que estaba bajo su control. Resultado de ello fue un clamor constante en la corte de Bengala, que hizo inevitable la guerra; Edwards, *Battle of Plassey*, pp. 23-24, quien cita al capitán Rennie, en 1756. <<

[3] Citado por Bhattacharya, *East India Company*, pp. 19 ss. <<

[4] Ambos, *ibid*., p. 22. <<

[5] Edwards, *Battle of Plassey*, p. 24. <<

[6] Chaudhuri, *Trading World of Asia*, p. 195. <<

[7] Sobre estos temas, véase Steensgaard, «Trade of England», pp. 123-126. Su cuadro 3.8 ofrece las estimaciones globales de las importaciones de productos textiles indios (y algunos chinos) en Europa en el período 1651-1760 que realizaron ambas compañías. Esos datos prueban que la Compañía Inglesa de las Indias Orientales tenía una y estaba en situación de fuerza con respecto a sus rivales incluso antes de la batalla de Plassey. Steensgaard lo atribuye, entre otros motivos, al mayor grado de descentralización de la Compañía Inglesa y al mayor margen de acción que daba a sus agentes sobre el terreno. <<

[8] *Journal of the House of Commons*, 14 de febrero de 1704, XIV, 336, citado por Chaudhuri, *Trading World of Asia*, p. 277. <<

[9] Moreland, *India at the Death of Akbar*, pp. 9-22; citado por Habib, «Potentialities», p. 54, n. 6. <<

[10] Habib, «Population», p. 167, da una cifra probable «ligeramente inferior a 150 millones en 1600». Habib, «Potentialities», pp. 34-35. Comparando 1600 y 1900, Habib afirma que, contraponiendo la abundancia de tierras del primer período (y, por lo tanto, un promedio de fertilidad superior) con el aumento de la infraestructura en el último período (debido a las inversiones británicas en canales de regadío, ferrocarriles, etc.) y suponiendo que las técnicas de cultivo quedaran estancadas en el lapso intermedio, puede inferirse que la productividad per cápita en la India mogol no «estaba en ningún modo atrasada con respecto a otras sociedades contemporáneas, incluidas las de Europa occidental». Me parece poco probable. Para la misma línea de argumentación, cf. Parthasarathi, «Rethinking Wages». <<

[11] Kautsky, *Politics*, p. 188, quien cita a Lybyer, *The Government of the Ottoman Empire*, p. 295. Y Kautsky señala que, dado que estas estimaciones se hacen con dólares de antes de la

Primera Guerra Mundial, deberían multiplicarse por 10 para obtener valores de 1981. Para llegar a valores vigentes en 1994, yo optaría por multiplicar dichas cifras por 20 o 25. <<

[12] Lybyer, *Government*, p. 293, cita a Alexander Dow, *The History of Hindostan*, 3 vols. (Londres, 1770-1772), quien afirma que «nacer príncipe» del imperio mogol era «una de las peores desgracias posibles. Su sino era que se apiadaran de él y lo mataran o bien pasar sobre el cadáver de sus familiares para alzarse con el trono y la seguridad». Citado por Kautsky, *Politics*, p. 240; cita también a Herbert A. Gibbons, *The Foundation of the Ottoman Empire*, p. 180, quien comenta que estos sangrientos conflictos familiares estaban sancionados desde el punto de vista teológico: «El nuevo emir justificaba sus crímenes por un versículo que sus teólogos le habían encontrado diligentemente en el Corán: "Siempre que insistan en la tentación para apartaros de vuestra fe, serán rechazados. Si no se apartan de vosotros, ni os ofrecen la sumisión, ni dejan en reposo sus manos, entonces cogedlos, matadlos donde los encontréis" (Azora IV, versículo 93). [Tomo la traducción de Juan Vemet. Barcelona, Plaza y Janés, 1998. *N. del t.*]. En ellos se afirma que la tentación de traicionar al monarca o de rebelarse estaba siempre presente entre sus hermanos, de modo que era preferible el asesinato a la sedición». <<

[13] Sobre las inmensas fortunas de la clase dominante mogol y las consecuencias de su acaparamiento sistemático, véase Raychaudhuri, «The Mughal Empire», p. 183. Los beneficiarios últimos fueron los británicos, que sacaron a los potentados de sus heredades pagándoles una pensión y a quienes todavía les sobraban recursos para el Raj (el gobierno británico de la India) y para sí mismos. <<

[14] Cf., entre muchos otros, Chaudhury, «Trade, Bullion and Conquest». Lo que está en juego son cuestiones de mayor calado, relacionadas con el papel de los europeos en un mundo que ya era próspero. ¿Por qué darles tanta importancia? ¿A quién le hacían falta? <<

[15] Cf. Root, «Le marché des droits de propriété», p. 299. <<

[16] J. Ovington, *A Voyage to Surat in the Year 1689*, ed. H. G. Rawlinson (Londres, 1929), citado por Raychaudhuri, «The Mughal Empire», p. 185, quien califica esta descripción del «miedo y el vasallaje» de «característica de centenares de autores». <<

[17] Macaulay, «Lord Clive», p. 222. <<

[18] Sobre los intereses comerciales de la Compañía y sus agentes, muchos de los cuales se dedicaban a toda suerte de actividades privadas, así como el deseo británico de ayudar al gobierno local a ponerse en manos amigas, véase Chaudhury, «Trade, Bullion and Conquest», pp. 27-30. <<

[19] La cita procede de una carta enviada el 9 de abril de 1757 por Luke Scrafton al «confidente de Clive», John Walsh; Chaudhury, «Trade, Bullion and Conquest», p. 28. <<

[20] Cf. Adas, «"High Imperialism" and the "New History"», pp. 9-10; asimismo, Edwards, *Battle of Plassey*. <<

[21] Keay, *Honourable Company*, pp. 318-319. <<

[22] Macaulay, «Clive», p. 253. <<

[23] *Ibid*., p. 250. <<

[24] Marshall, *Problems of Empire*, p. 60. <<

[25] Cf. Pearson, «India and the Indian Ocean», p. 72: «Para el siglo XVI, dependemos lamentablemente de las fuentes europeas». <<

[26] Habib, *Agrarian System*, pp. 90, 350, 390. La última anécdota procede de John Fryer, *A New Account of East India and Persia being Nine Years' Travels, 1672-1681*. El conjunto del párrafo procede de Kautsky, *Politics of Aristocratic Empires*, p. 103, n. 4. <<

[27] Así, Andre Wink afirma que «en vísperas de la Revolución industrial, la renta per cápita era probablemente más elevada en muchas regiones de Asia que en Europa»; Wink, «"*Al-Hind*"», p. 65. Cf. Bairoch, «Écarts internationaux» y «The Main Trends in National Economic Disparities», p. 7. También Parthasarathi, «Rethinking Wages». <<

[28] Cf. Alam, «How Rich Were the Advanced Countries in 1760 After All?». <<

[29] Macaulay, «Clive», p. 228. <<

CAPÍTULO XII

[1] Como Salaman, *History and Social Influence*; y Langer, «Europe's Initial Population Explosión». <<

[2] Y no solo en los primeros compases. Cf. S. K. Coll, «Anti-Malaria Drugs Post Hard Choice for Parents», *International Herald Tribune*, 18 de octubre de 1996, p. 11. <<

[3] Curtin, «Epidemiology and the Slave Trade», cuadro 1, p. 203, citado por Sheridan, *Doctors and Slaves*, p. 12. Estas cifras se basan en la mortalidad del personal militar británico, blanco y negro, destacado en varias partes del mundo entre 1817 y 1836. Cabe suponer que se había aprendido algo acerca de estas enfermedades en el ínterin, por lo que las tasas de mortalidad eran presumiblemente más bajas que las registradas en los siglos XVII y XVIII. <<

[4] Citado por Edwy Plénel, «Le conquérant oublié», *Le Monde*, 1-2 de septiembre de 1991, p. 2. También se producen orgías similares de autocomplacencia destructiva entre los países petrolíferos ricos de finales del siglo XX. <<

[5] La industria española no estaba a la altura de la de Italia o los países de la Europa noroccidental pero, en el siglo XVI, no era insignificante. Cf. Peyrefitte, *Société*, p. 134. Sobre la recesión del siglo XVII, véase Lynch, *Hispanic World*, pp. 210 ss. <<

[6] Alfonso Núñez de Castro, citado por Cipolla, *Before the Industrial Revolution*, p. 251. <<

[7] Citado por Lewis, *Muslim Discovery*, p. 197. El historiador y estadista italiano Francesco Guicciardini dijo prácticamente lo mismo, aunque lo expresara en términos de quien poseía el valor añadido. Guicciardini, *Relazione di Spagna*, p. 131, citado por Cipolla, *Before the Industrial Revolution*, p. 250. <<

[8] Bemáldez, cap. CXII, p. 257, citado por Bemand y Gruzinski, *Histoire du nouveau monde*, I, pp. 78-79, 643. Recordemos que, en algunas culturas, los oficios de curtidor o relacionados con el cuero eran despreciados tradicionalmente, por considerarse intrínsecamente deshonrosos y degradantes, como ocurría en Japón, donde dichos trabajos se encargaban a los *eta*, un grupo de intocables de la sociedad en el que también se incluía a los agentes de funerarias y a los sepultureros. En la Turquía otomana, una sociedad que, como España, cultivaba las artes y los hábitos de la guerra, de las tareas industriales se encargaban principalmente las minorías religiosas, y en particular los armenios. <<

[9] Cf. Peyrefitte, *Société*, pp. 141-142. <<

[10] Sobre las riquezas y el comercio del Atlántico norte, véase Axtell, «At the Water's Edge: Trading in the Sixteenth Century», en su obra *After Columbus*, pp. 141-181. Acerca del aceite de ballena, escribe (p. 146, que era «tan lucrativo como el oro líquido» pero mucho menos tentador para los filibusteros). «En efecto, el aceite de ballena alumbró las lámparas de Europa, sirvió de base al jabón y a la sopa, lo lubricó todo, desde las sartenes a los relojes, y, como la ballena se consideraba un pescado, sirvió como *lard de Caréme*, tocino que sí se podía comer en Cuaresma, durante los días de ayuno y abstinencia». <<

[11] Sobre el declive del sector textil italiano (indiscutiblemente la principal rama de producción industrial del país), véase Cipolla, *Before the Industrial Revolution*, pp. 253-263. Tenemos mucho que aprender acerca de las nuevas industrias que fueron cuajando en poblaciones pequeñas e incluso en el campo. Cf. Ciriacono, «The Venetian Economy» y «Venise et la Vénétie». Pero, al parecer, los centros urbanos con más solera utilizaron su poder económico y político para evitar que prosperaran. Véase Sella, *Crisis and Continuity*, y Moioli, «De-Industrialization in Lombardy». <<

[12] [Anthony Walker], *The Holy Life of Mrs Elizabeth Walker* (1690), citado por Thomas, «Cleanliness and Godliness», p. 56. Agradezco a Keith Thomas la autorización de presentar esta cita antes de la publicación de su obra. <<

[13] Baxter, «Of Redeeming Time», *Practical Works*, p. 228. Una vez más, gracias a Keith Thomas. <<

[14] Cf. H. M. Robertson, *Aspects of the Rise of Economic Individualism*. <<

[15] Sobre esta ética antigua y defensiva de los gentilhombres, véase el importante artículo de Arthur Livingston, «Gentleman, Theory of the», en la *Encyclopedia of the Social Sciences*. También a Kautsky, *Politics of Aristocratic Empires*, pp. 177-197. <<

[16] Candolle, *Histoire des Sciences et des savants*. Algunos han negado validez a estas cifras alegando que Candolle comienza su recuento en la década de 1660, cuando la revolución científica ya estaba muy avanzada. Cf. Smith, *Science and Society*, p. 48. Como es natural, esta objeción no descarta la posibilidad de que un censo en fechas anteriores arrojara resultados similares, pero se da a entender que no habría sido así. Lo que ocurre es que Candolle solo dispuso de datos posteriores a la fundación de las academias científicas. Me parece desacertado no aceptar sus conclusiones acerca del período que estudió, cuando el liderazgo protestante en la ciencia no ofrece ninguna duda. Que la explicación radique en la hostilidad protestante o católica, o la de ambas, contra la nueva ciencia es otro problema. <<

[17] Citado por Mason, «Scientific Revolution». <<

[18] Se trata del historiador sueco Kurt Samuelson, en una escueta monografía traducida al inglés con el nombre de *Religion and Economic Action*. <<

[19] La crítica de índole estadística formulada por Samuelsson contra los datos de Weber sobre Baden, por ejemplo, no resulta convincente, aunque tiene razón al afirmar que los protestantes solían vivir en zonas urbanas, donde siempre estaban las facultades técnicas. Pero eso tampoco era fortuito. <<

[20] Landes, *Revolution in Time*, pp. 92-93. Cf. De Vries, *Dutch Rural Economy*, p. 219: de acuerdo con inventarios realizados en los hogares, el porcentaje de familias que poseían relojes de pared en el distrito de Leewarderadeel pasó del 2 por 100 en 1677-1686 al 70,5 por 100 en 1711-1750. Por supuesto, se trataba de hogares lo bastante acomodados como para realizar un inventario tras el fallecimiento. <<

[21] Cf. Michaud, «Orléans au XVIIIe siècle», p. 11. Aunque algunas órdenes de caballería estaban vedadas a esas personas. Estas exclusiones contradecían los esfuerzos de honrar a los hombres de negocios, hasta el punto de que algunos propugnaron la creación de un nuevo tipo de orden que elevara el rango de esos triunfadores infravalorados. Estas protestas de autoestima no eran vanas, pero revelan que no todo el mundo pensaba igual. <<

[22] Bennassar, *L'inquisition espagnole*, cap. VIII, «Refus de la Réforme», especialmente pp. 289-290. Una vez más, la reacción de España se debió, en perjuicio propio, a su larga trayectoria de unidad religiosa intransigente y a las pasiones que engendraba. Cf. Goodman, «Scientific Revolution», pp. 163-164, quien sugiere que la escasez de médicos entre los católicos viejos en la España del siglo XVI quizás reflejara el vínculo racial (congénito) que

algunos españoles establecían entre judíos y medicina. «Podría haber ocurrido perfectamente que, en una sociedad que solo apreciaba a quienes podían probar que no tenían antecedentes judíos o musulmanes, los cristianos viejos evitaran la profesión médica para que el éxito en dicha carrera no infundiera sospechas de tener sangre judía». Una actitud que se volvería en su contra. <<

[23] Goodman, «Scientific Revolution in Spain and Portugal», en Porter y Teich, eds., *Scientific Revolution*, p. 172. Algunos historiadores españoles, tratando de defender lo indefendible, han aducido que las universidades extranjeras eran tan pobres y fanáticas que los estudiantes españoles no se perdían gran cosa. Quizás fuera así, aunque las universidades protestantes, en Inglaterra y Holanda por ejemplo, eran sustancialmente mejores. Pero beber en la fuente de la herejía estaba absolutamente vedado. Cf. Smith, *La riqueza de las naciones*, libro V, cap. I, parte 3, artículo 3d, sobre el acaparamiento de los jóvenes talentos por la iglesia en los países católicos, en detrimento de la enseñanza universitaria. <<

[24] Crow, *Spain: The Root and the Flower*, p. 149. <<

[25] En su *Carta filosofica, medico-chymica* (Madrid, 1687), citada por Goodman, «Scientific Revolution», p. 173. <<

[26] Trevor-Roper, «Religión, the Reformation and Social Change», en la colección de ensayos de idéntico título. Este documento se presentó por primera vez en la V Conferencia de Historiadores, celebrada en Galway. Probablemente indispuso a más de un oyente. <<

[27] Sobre Bruno y los esfuerzos de la iglesia para domar a la ciencia, véase Minois, *L'Église et la Science*, I, cap. IX: «Contre-Réforme et reprise en main des Sciences». Sobre el origen de la «ciencia» de Bruno, véase Yates, *Giordano Bruno*, y el debate recogido en la obra de Copenhaver, «Natural Magic». <<

[28] Grenet, *Passion des astres*, p. 87. <<

[29] *Ibid*, p. 79. <<

[30] Véase en particular La Lumia, *Histoire de l'expulsion des Juifs de Sicile*. <<

CAPÍTULO XIII

[1] *OED, sub voce* Revolution, III, 6, b. <<

[2] Sobre la rueda de costado: Mokyr, *Lever of Rides*, pp. 90-92. Sobre la energía hidráulica frente al vapor: Tunzelmann, *Steam Power*; y Greenberg, «Reassessing the Power Pattems». <<

[3] Es la explicación tradicional; véase Ashton, Iron and Steel. Hyde, Technological Change, p. 40, afirma que ese no fue el motivo, sino que Darby triunfó porque sabía fundir recipientes de hierro de paredes muy finas utilizando arena en lugar de barro de fundición, preservando así la mitad del metal, lo que se podía lograr más fácilmente mediante la fundición de arrabio al coque. <<

[4] John U. Nef, *Rise of the British Coal Industry*. El estudioso que ha defendido más convincentemente la importancia del combustible fósil y del motor de vapor es E. A. Wrigley. Véanse su *Continuity, Chance and Change* y su ensayo sobre «The Classical Economists, the Stationary State, and the Industrial Revolution», p. 31. Adam Smith, *La riqueza de las naciones*, libro V, cap. 2, art. 4, señala la tendencia de la industria británica a concentrarse en torno a los yacimientos de carbón. Lo atribuye al efecto del abaratamiento del combustible sobre los salarios (que tenían un margen de reducción posible) y a los costes de sectores con gran consumo de combustible, como el vidrio y el hierro. No menciona el carbón como combustible para motores y máquinas, aunque, en este sentido, tampoco habla de los motores de vapor y dice poco de las máquinas. Smith también tiene lagunas. <<

[5] Según la estimación de A. R. Usher, *History of Mechanical Inventions*. <<

[6] A. Rees, *The Cyclopaedia*, vol. 38 (Londres, 1819), citado por Randall, *Before the Luddites*, p. 13. <<

[7] Citado por Kindleberger, *World Economic Primacy*, VIII, 6. <<

[8] Esta secuencia condujo a A. P. Usher, el primer estudioso de los nexos entre tecnología e industria, a seguir la evolución y los hitos de la Revolución industrial disponiendo exclusivamente de estos datos; *Industrial History*, pp. 304-313. <<

[9] *Ibid*., p. 306. <<

[10] Así, T. S. Ashton, cuyo pequeño manual, clásico y excelente, *The Industrial Revolution*, toma como fechas de referencia 1760 y 1830. <<

[11] Compárese el análisis similar llevado a cabo por Christopher Freeman sobre la ralentización en el incremento de la productividad en los países industriales avanzados en las décadas de 1970 y 1980; *The Economics of Hope*, pp. 86-89. <<

[12] Cf. Landes, «What Room for Accident in History?». <<

[13] McCloskey, «Statistics, Dynamics, and Persuasion». <<

[14] Aldcroft, «Europe's Third World?», p. 2. La obra pionera en estas comparaciones históricas es de Paul Bairoch; véase su «Main Trends in National Economic Disparities». <<

[15] Y, sin embargo, incluso en estos ámbitos aparentemente sencillos, pueden cometerse también errores monumentales. Véase el debate en J. Cuenca Esteban, «British Textile Prices», sobre los precios de los tejidos de algodón de N. F. R. Crafts y Knick Harley, utilizados en el cálculo del crecimiento industrial británico, con los que quieren demostrar que se produjo un aumento (*sic*) o la estabilidad de dichos precios a lo largo de la Revolución industrial. Lamentablemente, estaban mal escogidos para ese fin (entre otras cosas, porque los índices se basan en los precios contractuales, y no en los del mercado), en parte, sin duda, por motivos de comodidad y disponibilidad. Sin embargo, este hecho debería haber alarmado a la comunidad de los historiadores. Las cifras deberían ser coherentes, y alguien capaz de creer que los precios del hilo o el tejido pudieron mantenerse estables o incluso aumentar tras la invención de la máquina de hilar mecánica o hidráulica o del telar mecánico podría creer lo que fuera. Sobre los peligros y la banalidad de la credulidad en las cifras, véase Landes, «What Room for Accident in History?». <<

[16] Theodore W. Schultz, «On Investing in Specialized Human Capital», p. 343. <<

[17] Jeffrey Williamson llega hasta el 0,3 por 100; «New Views on the Impact», p. 1. <<

[18] Crafts, «British Industrialization in an International Context», p. 425. Para un análisis más fiable y empírico del crecimiento y los progresos en el mundo industrial, véase Temin, «Two Views». <<

[19] Véase el artículo «The Price of Light», *The Economist*, 22 de octubre de 1994, p. 84. <<

[20] Uno de los primeros ejemplos de esta elusión lo tenemos en Youngson, *Possibilities of Economic Progress*, cap. VII: «The Acceleration of Economic Progress in Great Britain, 1750-1800», y, en particular, p. 117: «no puede probarse ni refutarse nada acerca de la economía en su conjunto». Sobre el problema que nos ocupa, Youngson declara que «el progreso no fue nunca constante» y que la contribución de cada sector cambió permanentemente. Conclusión: puede haber muchos árboles, pero no hacen un bosque. <<

[21] Ward, «Industrial Revolution and Imperialism», p. 58, comenta las afirmaciones de Cain y Hopkins, «Gentlemanly Capitalism», pp. 510-512. En mi opinión, Cain y Hopkins no dicen exactamente eso. <<

[22] Eric Jones, en *Growth Recurring*, p. 19. Véase Landes, «The Fable of the Dead Horse», donde se aborda este tema con más detalle. <<

[23] Citado por Massie, *Dreadnought*, p. 475. <<

CAPÍTULO XIV

[1] Según la cita de McCloskey, «1780-1860: A Survey», p. 243. <<

[2] Citado por White, «Cultural Climates and Technological Advance», en *Medieval Religion and Technology*, p. 221, n. 16. Hay que precisar que el sermón fue pronunciado en lengua vernácula. He modificado levemente la traducción de White. <<

[3] En sus *Coloquios dos simples e drogas he cousas medicináis da India* (Goa, 1563), citado por Goodman, «Scientific Revolution», pp. 168-169. <<

[4] Citado por Smith, *Science and Society*, p. 51. Cf. la versión actual de esta dependencia de las matemáticas, en esta ocasión en el terreno de la cosmología: «la teoría de la supergravedad, la teoría de Kaluza-Klein y el Modelo Standard [funcionan], pero somos totalmente incapaces de explicar por qué… La teoría de campos de String es acertada, pero nos pone en evidencia, ya que no somos capaces de resolverla. El problema es que, mientras la física del siglo XXI ha nacido accidentalmente en el siglo XX, las matemáticas del siglo XXI todavía no se han inventado». Michio Kaku, *Hyperspace* (Nueva York: Oxford, 1993), citado en *New York Times*, 20 de marzo de 1994, «Book Review», p. 21. <<

[5] Nos referimos a la obra de Frances Yates: *Giordano Bruno* y «The Hermetic Tradition». Yates sugiere que la revolución científica puede verse como un proceso en dos fases: «la primera fase consiste en un universo animista, gobernado por la magia, y la segunda en un universo matemático, regido por la mecánica»; «The Hermetic Tradition», p. 273. <<

[6] Hansen, «Science and Magic», p. 495. <<

[7] Cf. Edward Rosen, «Was Copernicus a Hermetist?», en Roger H. Stuewer, ed., *Historical and Philosophical Perspectives of Science*, pp. 163-171: «la magia y la astrología del Renacimiento engendraron, no la ciencia moderna, sino la magia y la astrología modernas», citado por Hansen, «Science and Magic», p. 505, n. 35. Por supuesto, si se ve la ciencia como una disciplina derivada y no autónoma, puede lamentarse «la ingratitud con que la ciencia pagó su deuda: llevando a la bancarrota a la metafísica de la magia» (*ibid*., p. 497). <<

[8] *Ibid*. <<

[9] Debo esta cita a Noah Efron, doctorando en la universidad Hebrea, cuya tesis versará sobre la reacción de los estudiosos judíos ante la nueva ciencia del siglo XVII. <<

[10] Cf. Sarton, «Arabic Experience», p. 321: «Mientras los países occidentales descubrían los secretos de la ciencia experimental y utilizaban los métodos nuevos cada día con mayor confianza y frecuencia, los doctores musulmanes volvían a leer los libros de siempre y a dar vueltas en círculo, inútilmente. El estancamiento, cuando se produce cerca del progreso, significa regresión; la distancia entre el pensamiento occidental y el oriental aumentaba sin cesar: cuanto más progresaban los occidentales, más atrás quedaban los musulmanes (aunque no se movieran de sitio)». <<

[11] Dumas, *Scientific Instruments*, pp. 49-55. <<

[12] Sarton menciona a una persona argelino-turca, que se arroga la invención de los logaritmos: Ibn Hamza al-Magribi; «Arabic Science», p. 305, n. 2. La pregunta pertinente es ¿para qué? <<

[13] Citado por R. Lenoble, «The Seventeenth-Century Scientific Revolution», en Taton, ed., *A General History of the Sciences*, II: *The Beginnings of Modern Science*, p. 183. <<

[14] Dooley, «Processo a Galileo». <<

[15] Landes, *Revolution in Time*, pp. 125-127. En parte, el problema se debió a que Hooke esperaba beneficiarse de esta y otras ideas afines en el terreno de la relojería y temía perder una fortuna si revelaba su secreto. Así que lo perdió todo. <<

[16] «Aunque la teoría del doctor Black del calor latente no me sugirió las mejoras aportadas al motor de vapor, su saber sobre varios temas, que tuvo a bien comunicarme, y los métodos correctos de razonamiento y de realizar experimentos, de lo que me dio ejemplos, ciertamente contribuyó mucho a facilitar la realización de mis invenciones…». Fleming, «Latent Heat», quien cita a John Robinson, *A System of Mechanical Philosophy* (Edimburgo, 1822), n, IX. <<

[17] Sobre estos temas, véase Musson y Robinson, *Science and Technology*, pp. 80-81. <<

[18] Sobre los esfuerzos de los espías industriales para descubrir el secreto de una hilandería de seda con devanador construida en 1681 en Utrecht, Holanda, véase Davids, «Openness or Secrecy?», p. 338. <<

[19] Sobre Lombe y el devanado mecánico de la seda: Wadsworth y Mann, *Cotton Trade*, pp. 106-108; Usher, *History of Mechanical Inventions*, pp. 275-276. <<

CAPÍTULO XV

[1] Compárese el análisis de la contribución de la agricultura al desarrollo económico en Ohkawa y Rosovsky, «A Century of Japanese Economic Growth», con el de Hayami y Ruttan, «Korean Rice, Taiwan Rice». <<

[2] Sobre la horticultura comercial, véase F. J. Fisher, «Development of the London Food Market». <<

[3] Algunos historiadores ponen de relieve las limitaciones materiales. Así, Wrigley, cuando afirma que el carbón fue el factor determinante; *People, Cities and Wealth*, pp. 90-91: «en el mundo [de Adam Smith], las dimensiones de la producción industrial potencial estaban limitadas por la dificultad de incrementar la oferta de materia prima a precios constantes o a la baja, dado que la mayor parte de la materia prima industrial era orgánica. Cuando esto dejó de ser así, dichos límites desaparecieron». Para el transporte como factor clave, véase Szostak, *Role of Transportation*. <<

[4] Sobre el tema del papel del accidente y la suerte en la historia económica, véase Landes, «What Room for Accident in History? Explaining Big Changes by Small Events». Es en parte respuesta a un ensayo célebre y quizás intencionalmente provocativo de Nick Crafts sobre la cuestión de las probabilidades *exante*: «Industrial Revolution in Britain and France: Some Thoughts on the Question "Why Was England First?"». <<

[5] Este punte suscita infinidad de preguntas. Algunos habrían alegado —más en fechas anteriores que hoy en día— que la economía más productiva es la que se dirige desde arriba. Una economía dirigida implica la apropiación por el gobierno del superávit, para reinvertirlo deliberadamente en determinados sectores. O aducirían que el gobierno hace algunas cosas mejor que el mercado. Pero ese es otro libro, y ya lo han escrito otros autores. Cf. Kuttner, *Everything for Sale*. <<

[6] Una de las mejores exposiciones de este tema es la de Liah Greenfeld, «The Worth of Nations», p. 580 y *passim*. Recordemos que Adam Smith justificaba las leyes de navegación por su importancia para el poder de las naciones; *La riqueza de las naciones*, libro IV, cap. 2. <<

[7] Cf. Berend y Ránki, *European Periphery*, p. 66, sobre los límites de la intervención estatal en las sociedades pobres y subdesarrolladas del este y el sureste de Europa. También Batou y David, «Nationalisme économique», p. 6, sobre la falta de un «consenso social» suficiente en la Polonia del siglo XIX. <<

[8] *La riqueza de las naciones*, libro IV, cap. 5: «Digresión sobre el comercio de cereales». <<

[9] Macfarlane, «On Individualism». La industria en el campo: ya hemos señalado la importancia del sistema de *putting-out* rural a la hora de llevar a la mano de obra ociosa o subexplotada a la producción. Para el comerciante-fabricante, dicha mano de obra era barata y constituía una fuente de beneficios; para el trabajador a domicilio, las nuevas oportunidades laborales suponían un aumento sustancial de los ingresos. Cf. Faujas de Saint Fond, *Journey Through England*, vol. I. En 1778, un inspector francés de manufacturas se opuso a la introducción de maquinaria hilandera en Francia, porque ello impediría la difusión de la industria rural; le interesaba menos el desarrollo económico que los ingresos de la población rural. Wadsworth y Mann, *Cotton Trade*, p. 504, n. 2. <<

[10] Fortescue, *Governance*, pp. 114-115. Cf. las impresiones semejantes, un siglo después, del obispo John Aylmer, citado por Fisher, ed., *Essays in the Economic and Social History*, pp. 12-13. <<

[11] Sobre el significado de este sentimiento, cf. Greenfeld, «The Worth of Nations». <<

[12] Cf. Crouzet, «Les sources de la richesse de l'Angleterre, vues par les Français du XVIIIe siècle», en su *De la supériorité*, cap. 5, y las fuentes que en él se citan, pp. 488-493. También Lacoste, *Voyage philosophique*, I, 93; Chantreau, *Voyage*, I, 7; Moritz, *Travels*, p. 31. *Et al*. <<

[13] Defoe, *A Plan of the English Commerce*, pp. 76-77. <<

[14] Crouzet, *De la supériorité*, p. 115, quien cita a J. Meyer, *L'armement nantais dans la deuxiéme moitié du XVIIIe siècle* (París, 1968), p. 252; y Crouzet, «Les Français», p. 28. Esta afirmación data de 1792. Sobre la relación entre consumo e industrialización (oferta y demanda), véase el importante artículo de De Vries, «The Industrial Revolution». <<

[15] Sobre Biencourt, véase Crouzet, *De la supériorité*, p. 115. <<

[16] Véanse, entre otros, McKendrick, Brewer y Plumb, *The Birth of a Consumer Society*; Hopkins, *Birmingham*; Shammas, *The Pre-Industrial Consumer*; Weatherill, *Consumer Behaviour*; Berg, ed., *Markets and Manufacture* y Berg, *Age of Manufactures* (2.ª ed.). <<

[17] Cf. Muller, «Justus Moser», pp. 170-171. <<

[18] Sobre el esfuerzo del emperador Habsburgo para corregir esos errores mediante el polémico decreto de 1731, *ibid*., pp. 162-163. <<

[19] Así, Warren Scoville, *The Persecution of Huguenots*. <<

[20] Sobre estos judíos tenaces, aunque muy moderados, listos para una asimilación inmediata, véase Endelman, *Radical Assimilation*, pp. 9-33. <<

[21] Cf. Crouzet, «The Huguenots and the English Financial Revolution», en Higonnet *et al*., eds., *Favorites of Fortune*, pp. 221-266. <<

[22] Studeny, *Uinvention de la vitesse*, p. 184. <<

[23] Fukazawa, «Non-Agricultural Production», pp. 314-315. <<

[24] Raychaudhuri, «Non-Agricultural Production», p. 286. <<

[25] Así, Raychaudhuri, *ibid*., p. 295: «Si la necesidad es la madre de la invención, su presión en el caso de la India no fue bastante insistente». <<

[26] *Ibid*., pp. 286-287. <<

[27] F. Buchanan, *A Journey from Madras...* (1807), citado *ibid*., p. 291. Raychaudhuri concuerda. <<

[28] Brennig, «Textile Producers», p. 86. La expresión entre comillas es suya. <<

[29] Sobre estas caravanas Banjara (una casta nómada), véase Habib, Agradan System, p. 62, y Brennig, «Textile Producers», pp. 68-69. Como señala Brennig, «el tiempo tenía poco valor». <<

[30] Chaudhuri, *Trading World*, apéndice 5, cuadro C. 20, pp. 540-541. <<

[31] Wadsworth y Mann, *The Cotton Trade*, p. 117. <<

[32] Spear, *The Nabobs*, p. 75. Cabe señalar que los armadores indios tenían mucha fama y construían buques no solo para el país, sino para clientes de otras regiones de Asia. Los europeos contrataban casi exclusivamente a indios, no solo porque trabajaban bien (la teca era mejor que el roble) y costaban menos, sino también porque las naves hechas en Europa ya estaban muy maltrechas al llegar al océano Índico. <<

[33] Habib, «Potentialities», p. 63. <<

[34] Raychaudhuri, «Non-Agricultural Production», p. 292, describe a los armadores indios remachando planchas y afirma que era una técnica superior al calafateado europeo. ¿Es un error de lectura, y quería decir «alefrizar»? Sobre las técnicas indias, véase Barendse, «Shipbuilding» y Bhattacharya, «A Note on Shipbuilding». El gusto por el hierro era historia antigua en Europa. Gimpel, *Medieval Machine*, pp. 65-66, cita el número y las variedades de clavos almacenados: medio millón en Calais en 1390; decenas de millares en doce lugares (enumerados con sus precios) en York Castle en 1327. La especialización de los clavos en función de su uso da muestra del refinamiento de la tecnología. <<

[35] Kuppuram, «A Survey of Some Select Industries», p. 46. <<

[36] Habib, «Potentialities», p. 62 y n. 4, quien cita a J. Ovington, *A Voyage to Surat in the Year 1689* (Londres, 1929), pp. 166-167. Ovington afirma que los artesanos indios tenían problemas para construir relojes porque el polvo atascaba las ruedas. Poco convincente. Eso podía constituir un problema, pero no insoluble para la tecnología india. En cuanto a la relojería china, sus productos eran una imitación pobre de los europeos. Sobre Claude Martin, que dejó grandes fortunas con las que todavía se financian escuelas llamadas «La Martiniére» en Lucknow, Calcuta y Lyons, véase Landes, *Revolution in Time* y *L'heure qu'il est*. <<

[37] Chaudhuri, *Trading World*, pp. 273-274. Cf. Bemier, *Voyage dans les états*, p. 168. <<

[38] Kerr, «Colonialism and Technological Choice», pp. 95-97. Kerr considera la opción india muy racional, pero la racionalidad es tanto función de los fines como de los medios. <<

CAPÍTULO XVI

[1] Cf. las referencias a McCloskey en Landes, «Fable», p. 163. Pollard, *Peaceful Conquest*, no ve el proceso de industrialización europea como un agotador intento de responder permanentemente al desafío británico, sino como una difusión armoniosa de la tecnología en función de los imperativos dictados por el mercado. También fue eso. Cf. Davis, «Industrialization in Britain and Europe», pp. 54-55. <<

[2] Citado por Crouzet, *De la supériorité*, p. 105. <<

[3] *Ibid*., p. 107. <<

[4] Voltaire, *Essai sur les mœurs et l'esprit des nations* (París, Gamier, 1963), II, pp. 695-697; citado por Crouzet, «Les Français», p. 24. La fecha de la primera ley de navegación fue de hecho 1651, seguida por otra en 1660, justo después de la restauración de la monarquía. <<

[5] Crouzet, *De la supériorité*, p. 110. Crouzet indica (p. 489, n. 28) que este resentimiento acerca de las prácticas comerciales inglesas ya aparece en el manual de comercio de Jacques Savary, *Le parfait négociant* (1.ª ed., 1675). Por otra parte, un memorándum de 1711 afirma que Inglaterra solo recurrió a un alto grado de proteccionismo después de que lo hiciera Francia y que en realidad los ingleses comerciaban con mayor ecuanimidad [*noblement*] que otras naciones. No debe verse en estas opiniones más que percepciones subjetivas. <<

[6] Como Crouzet, irónicamente, quien cita varias fuentes, p. 490, n. 31. <<

[7] Riem, IV, 17. <<

[8] Mirabeau, p. 47. <<

[9] Karl Marx, prefacio al *Capital*, p. 13. Una de las consecuencias de esta fe en las leyes fue la elaboración de una senda propiamente socialista hacia el desarrollo, en la que se daba gran importancia a la industria pesada, por una suerte de fetichismo metalúrgico. (No es fortuito que Josef Dzhugashvili tomara Stalin [acero] como *nom de parti*.) <<

[10] Aunque la investigación empírica ha demostrado hace tiempo que los patrones nacionales de desarrollo son muy heterogéneos (véase, por ejemplo, Clapham, *Economic Development* [1923]), el mito de «un modelo de industrialización multilinear único basado en la experiencia inglesa» sigue siendo un títere irresistible, que derrumban una tras otra las revisiones de una ciencia supuestamente convencional. Es el caso de los maravillosos descubrimientos (en más de un sentido) de O'Brien y Keyder, *Economic Growth in Britain and Franee*, donde se anunciaba retóricamente que Francia había descubierto su propia «vía al siglo XX». Para una visión crítica e indulgente de estos ejercicios de iconoclastia, véase Davis, «Industrialization in Britain and Europe», pp. 48-54. <<

[11] Es el sentido de la obra de Jordi Nadal, *Fracaso de la Revolución industrial en España*, que describe como un «análisis de las causas que impidieron aplicar en España el modelo clásico —británico— de desarrollo económico». <<

[12] Good, *Economic Rise*, pp. 11-12; Kemp, *Industrialization*, pp. *26-21*. Para lo que llamaríamos hoy un ataque políticamente correcto al sesgo prooccidental de esta

secuenciación temporal, véase Fabian, *Time and the Other*. Cf. Landes, «Time of Our Lives», p. 719, n. 7. <<

[13] Cf. Domar, «Causes of Slavery or Serfdom». <<

[14] Citado por Bradley, «Guns for the Tsar», p. 132. <<

[15] Crisp, «Labour and Industrilization in Russia», en Mathias y Postan, eds., *The Cambridge Economic History of People*, vol. n, parte 2, p. 330. Esta cifra (4 millones) representaba aproximadamente el 6,5 por 100 de la población total. Una proporción pequeña en términos relativos, pero grande en términos absolutos. <<

[16] Algunos estudiosos consideran fundamental el hecho de que el carácter incompleto del proceso de emancipación, en particular por el mantenimiento de obligaciones colectivas en los pueblos, fuera la razón de su ineficacia; cf. Gerschenkron, «Die Vorbedingungen», p. 25. Como puede deducirse del texto, yo considero más importante el efecto de la libertad sobre la mano de obra industrial, de quienes ya estaban contratados y de los nuevos asalariados. <<

[17] Informe fechado en la primavera de 1859, citado por Hamerow, *Social Foundations*, p. 120. La expresión «régimen prohibitivo» es una alusión a la prohibición de importar determinados productos manufacturados, en particular de algodón, con objeto de proteger y fomentar a la incipiente industria local. <<

[18] A mediados del decenio de 1860, a dieciséis estados de la Confederación Alemana, con una población de 34 millones de habitantes, se les aplicaba la nueva ley; siete estados, con 7 millones de habitantes, estaban en proceso de transición y doce estados, con tan solo 3,5 millones de habitantes, la mayoría campesinos, seguían amparándose en el viejo orden; Hamerow, *Social Foundations*, p. 121. <<

[19] Heckscher, *Mercantilism*, I, 64. <<

[20] Heckscher, *ibid*., I, 72, afirma que hasta los más altos funcionarios toleraban esta táctica; así, el director de aduanas del este de Prusia recibió el arancel de 1644 con la orden terminante de no revelárselo a nadie. Cuesta comprender esta estrategia, a menos que estos ingresos ilegítimos se repartieran jerarquía arriba. <<

[21] Para un ejemplo de la incidencia económica, véase Koemer, «"Linnaeus" Floral Transplants», sobre el proyecto de adaptar flora extranjera al clima sueco en el siglo XVIII. El intento de Lineo de cultivar té en el norte fracasó, pero con su proyecto se proponía lograr y preludiaba de alguna manera una de las principales aportaciones de los descubrimientos geográficos al saber. <<

[22] Tomo este análisis de Tortella, «Pattems of Economic Retardation», pp. 8-9. <<

[23] Tortella lo ve de otra manera: la desventaja comparativa de Suiza en la agricultura era, según afirma, muy superior. Citando a Bergier, *Histoire économique*, pp. 106, 179, señala que, desde la Edad Media, Suiza importa casi el 50 por 100 de sus alimentos. Pero la ventaja comparativa es por definición relativa, y eso equivale a decir que la industria suiza era más rentable, a pesar de las subvenciones que el estado concedía a la agricultura. <<

[24] Tortella, «Pattems of Economic Retardation», p. 11. <<

[25] Sobre este tema, véase Tortella, «La pénurie d'entrepreneurs», pp. 63-64. <<

[26] Bradley, *Gunsfor the Tsar*, p. 45. <<

CAPÍTULO XVII

[1] Freudenberger, «The Schwarzenberg Bank», p. 51 y *passim*. <<

[2] Sobre el mundo de la banca en esta época, véase Landes, «Vieille banque et banque nouvelle», y *Bankers and Pashas*. <<

[3] Sobre la participación de Rothschild en la industria y el transporte, véase la historia de la banca y la familia de Niall Ferguson, de próxima aparición. <<

[4] Cf. Barbier, *Finance et Politique*, cap. 14: «Fould après Fould», en el que se vincula la familia banquera Fould con la banca Heine y otras en Alemania, los Gunzburg (sucesores comerciales de Stieglitz; ahora vinculados por matrimonio a los Bronfman) en San Petersburgo, los Lazard y Furtado en Francia, además de clanes nobles (feudales y napoleónicos) con viñedos, caballos y distritos enteros bajo su control. <<

[5] Aparte de la Société Générale de Bruselas, podemos citar la A. Schaffhausen'sche Bankverein de Colonia, un banco privado abocado a la quiebra por la crisis de 1848 y más tarde reconvertido en sociedad de responsabilidad limitada. La impresión generalizada de que fueron los hermanos Pereire quienes inventaron este nuevo tipo de entidad se debe a estudios como el de Plenge, *Gründung und Geschichte des Crédit Mobilier*, recogido por Gerschenkron en su *Economic Backwardness in Historical Perspective*. (El ensayo original data de 1951). <<

[6] Los alemanes hicieron lo propio, en virtud de una ley de 11 de junio de 1870. El problema era si se podía constituir una sociedad anónima de responsabilidad limitada sin la autorización previa del gobierno, ya fuera por privilegio de la corona o por una declaración del poder legislativo. La Rusia zarista nunca lograría instituir este registro rutinario: mediante un decreto de 1836, en vigor hasta la revolución de 1917 (tras la cual ya nada importaría), todas estas empresas debían contar con la autorización de la ley; F. Crouzet, en Moss y Jobert, eds., *Naissance et mort*, p. 201. En Estados Unidos, las normas variaban de un estado a otro, pero pese a que el registro se pudo hacer sin requisitos especiales en algunos estados mucho antes de la guerra civil, las sociedades de

responsabilidad ilimitada siguieron predominando hasta el decenio de 1870. Uno de los motivos fue que los bancos preferían conceder préstamos avalados por la responsabilidad ilimitada de los prestatarios. <<

[7] Sobre la «ayuda a los poderosos», véase R. Tilly, «German Banking, 1850-1914». <<

[8] *Ibid*. p. 113. ¿El conjunto del capital industrial? ¿O solo el que era propiedad de las sociedades anónimas? <<

[9] Sobre el triunfo de la liberalización del comercio, véase Levasseur, *Histoire des classes ouvrières.... de 1789 à 1870*, vol. II, libro IV, cap. 5. Hay que indicar que este triunfo de las tesis liberales fue efímero. En vísperas de una grave crisis financiera y comercial (1873-), las grandes naciones industriales se refugiaron nuevamente en el proteccionismo (Alemania, Austria, Italia, 1878-1879; Francia, arancel Méline, 1892). Mientras tanto, Estados Unidos imponía un grado de protección aún superior al de Europa (con la excepción de Rusia). Solo Gran Bretaña se mantuvo fiel al libre comercio, aunque se levantaran voces en defensa del proteccionismo. Sobre todo este proceso, véase Bairoch, *Economics and World History*, pp. 1655, quien, a diferencia de la tesis clásica de los economistas, afirma que la protección tiene compensaciones. <<

[10] Sobre esta historia, véase André Thuillier, *Économie et société nivernaises*, caps. IX-X. <<

[11] Sobre este paso relativamente frecuente del comercio a la banca, generalmente a través de una acumulación de efectos mercantiles, véase Landes, *Bankers and Pashas*, cap. I. <<

[12] Sobre la familia Seillière y el «ascendiente» de los hombres de negocios lorenos en París durante la revolución y bajo el imperio, véase Bergeron, *Banquiers*, pp. 54-55. Sobre la función de los Seillière en la carrera de Ignace de Wendel y la posterior recompra de la fábrica siderúrgica familiar, además de la compra de la forja de Moyeuvre, véase Woronoff, *L'industrie sidérurgique*, p. 485. <<

[13] Para otros y en ocasiones diferentes puntos de vista, véase Sylla y Toniolo, eds. *Pattems of European Industrialization*. <<

CAPÍTULO XVIII

[1] Harris, «The First British Measures» y «Law, Espionage, and the Transfer of Technology»; Cellard, *John Law*, pp. 180-181. <<

[2] Landes, *Revolution in Time*, p. 161. <<

[3] Young, *A Six Months Tour through the North of Scotland* (2.ª ed., 1771), citado por Musson y Robinson, *Science and Technology*, p. 216, n. 3. <<

[4] Sí se dieron casos en que el sentimiento patriótico se impuso a las ventajas materiales. Véase Landes, *Revolution in Time*, cap. 10: «The French Connection», sobre las naciones que se disputan la invención del cronómetro marino. <<

[5] Sobre la incansable búsqueda de Boulton de trabajadores cualificados («siempre estaba atento a las invenciones francesas en las artes suntuarias»), véase Musson y Robinson, *Science and Technology*, pp. 218-221. <<

[6] *Ibid*., pp. 225-227. <<

[7] Harris, «Industrial Espionage in the Eighteenth Century» en sus *Essays in Industry*, pp. 164-165. Harris nos ofrece un estudio completo de estos fisgones en «A French Industrial Spy». <<

[8] Harris, *Essays in Industry*, p. 170. <<

[9] *Ibid*., p. 171. Harris indica, correctamente, que la convergencia de estos espías hacia Gran Bretaña «no deja lugar a dudas acerca del papel axial de la tecnología para la Revolución industrial, y confirma sin réplica posible el liderazgo tecnológico británico». Así como el hecho de que «el progreso tecnológico británico fue acumulativo y ya descollaba antes de que se produjera el primer tirón en el crecimiento económico»; *ibid*., p. 164. <<

[10] Sobre Alcock, véase Harris, «Attempts to Transfer English Steel» y «Michael Alcock and the Tranfer of Birmingham Technology». En el segundo artículo se indica que el padre de la novia de Alcock negó que fueran amantes cuando la señora Alcock llegó a La Charité. Pero lo daría sin duda a entender, especialmente porque los competidores franceses de Alcock usaban rumores sobre esta *liaison* para desacreditarlo ante las autoridades. (Los franceses han superado hace mucho estos escrúpulos y hoy se escandalizan ante el celo puritano del ejército norteamericano). <<

[11] Sobre los Cockerill, véase Mokyr, *Industrialization in the Low Countries*, cap. II; asimismo, Demoulin, *Guillaume Ier*, y Henderson, *Britain and Industrial Europe*. La cita anterior la toma Mokyr de un artículo de Nisard, «Souvenirs de voyage, le pays de Liège», *Revue de Paris*, 24 (1835): 130-146. John tenía dos hermanos mayores, William Jr. y James. Ambos se instalaron en Prusia, donde William fundó una hilandería de lana en Guben y James construyó máquinas en Aquisgrán; Henderson, *State and the Industrial Revolution*, p. 113. <<

[12] Héron de Villefosse, en 1803, citado por Woronoff, *L'industrie sidérurgique*, p. 318. Puede referirse a la breve paz de Amiens, ocasión para los franceses de contratar a técnicos y empresarios británicos. <<

[13] MacLeod, «Strategies for Innovation», p. 302. <<

[14] Kuznets consideraba que esta era comenzó en el siglo XVII. Se precipitó al dar fechas. Pero la vinculación es correcta: es la combinación de ciencia y tecnología la que marcó la diferencia. <<

[15] Véase una crítica devastadora de la postura de Réaumur y de su influencia en Frédéric Le Play, *Anuales des Mines*, 9 (1846), citado por Harris, «Attempts to Transfer English Steel Techniques», en *Essays in Industry*, p. 109, n. 18. Sobre Réaumur, véase *ibid*., p. 84 <<

[16] Woronoff, *L'industrie sidérurgique*, p. 351. <<

[17] *Ibid*., pp. 352-353. <<

[18] Sobre Fischer, véase Henderson, *J. C. Fischer*. Fischer llevó diarios de valor incalculable, que han sido editados y publicados por Karl Schib. <<

[19] Sobre este episodio, véase Haber, *Chemical Industry*, pp. 128-136, 169-198; y Travis, *The Rainbow Makers*, pp. 237-239, quien recalca la apertura de espíritu de los jóvenes químicos alemanes, conscientes del papel de la tecnología. <<

[20] Haber, *Chemical Industry*, p. 84. <<

[21] Millward y Saul, *Economic Development*, p. 230. <<

CAPÍTULO XIX

[1] Tomo estas cifras de Engerman y Sokoloff, «Factor Endowments», cuadro 4; remito a las citas del artículo. Cabe recordar que estas estimaciones, especialmente las relativas a los primeros años, son ficticias, producto de heroicas manipulaciones y trabajo intuitivo, por no mencionar los errores y sesgos que se dan en los datos originales; cf. Randall, «Lies, Damn Lies, and Argentine GDP». El asunto lo complica aún más la inexactitud de las comparaciones internacionales que no parten de la paridad del poder adquisitivo. Si se incorporan los resultados del colapso del peso mexicano en diciembre de 1994-enero de 1995, por ejemplo, los datos sobre México serán aún peores. Sea como fuere, la idea general de que el crecimiento norteamericano fue más rápido es harto plausible. Para otros cálculos, basados en datos sobre la propiedad de la tierra convertidos en ingresos (aproximadamente), véase García, «Economic Growth», pp. 53-54. <<

[2] Véanse, entre otros planteamientos, Caves, «"Vent for Surplus" Models of Trade» y «Export-Led Growth»; Baldwin, «Pattems of Development»; Watkins, «A Staple Theory of Economic Growth», y García, «Economic Growth and Stagnation». <<

[3] Es la tesis que defienden Stanley Engerman y Kenneth Sokoloff en su ensayo sobre los «Factor Endowments». Un análisis importante e ingenioso. Para argumentos similares sobre la explotación «endógena» y la producción de materias primas (Estados Unidos fue especialmente afortunado), véase David y Wright, «Increasing Returns». <<

[4] Fischer, *Albion's Seed*, p. 174. <<

[5] Smith, *La riqueza de las naciones*, libro IV, cap. 7, parte 2: «Causas de la prosperidad de las nuevas colonias». <<

[6] Smith, *La riqueza de las naciones*, libro I, cap. 8: «De los salarios del trabajo». <<

[7] Ambas citas proceden de Fischer, *Albion's Seed*, p. 560. <<

[8] Véase Hartley, *Ironworks on the Saugus*. <<

[9] Citado en Oliver, *History of the American Technology*, p. 89. <<

[10] Fischer, *Albion's Seed*, p. 860. <<

[11] Una nueva generación de historiadores de la economía no está conforme con lo que tacha de «explicaciones esencialistas desde el punto de vista cultural, intelectualmente improductivas», «evasivas patentes y problemas de evaluación», y aboga por un análisis de la regresión recurriendo a «mediciones claras, especificadas, de aplicación general»; Carlton y Coclanis, «The Uninventive South?», pp. 304, 326. Aparte del problema de por qué la cultura debe juzgarse «improductiva intelectualmente» o «esencialista» (es probablemente difícil de cuantificar, pero la cuestión es si tiene o no incidencia), la deficiencia del análisis de la regresión es que excluye lo que omite y puede decirse por lo tanto que deja pocos aspectos «inexplicados». Es muy útil para medir la importancia relativa de los factores especificados, casi siempre variables económicas cuantificables, pero inútil para todo lo demás. <<

[12] Jeremy, *Transatlantic Industrial Revolution*, p. 254. <<

[13] Gibb, *Saco-Lowell Shops*, p. 10, citado por Oliver, *History of the American Technology*, p. 158. Véase también Rosenberg, «Anglo-American Wage Differences», quien sugiere que, aunque los salarios norteamericanos para trabajadores sin cualificar eran más elevados que los británicos, los norteamericanos podían contratar a los «mejores» fabricantes de máquinas por menos. <<

[14] Sobre esta corriente comercial en sentido inverso, véase Musson y Robinson, *Science and Technology*, pp. 62-64. Citan las declaraciones de Matthew Curtis, fabricante de máquinas de Manchester, ante una comisión parlamentaria en 1841: «En mi opinión, la mayor parte… de las invenciones realmente nuevas, es decir, de nuevas ideas para la elaboración de determinado proceso mediante maquinaria, o de un nuevo método, se ha originado en el extranjero, especialmente en Norteamérica». <<

[15] Jeremy, *Transatlantic Industrial Revolution*, p. 253. <<

[16] *Ibid*., p. 252. <<

[17] Véase Broadberry, «Comparative Productivity in British and American Manufacturing». <<

[18] Véase Eisler, ed., *The Lowell Offering*. <<

[19] Sobre los aspectos negativos del trabajo en la fábrica, véase Dublin, *Women at Work*, y Zonderman, *Aspirations and Anxieties*. <<

[20] Citado por Jeremy, *Transatlantic Industrial Revolution*, p. 253. <<

[21] Rosenberg, *Perspectives on Technology*, pp. 39-40. <<

[22] Sobre la importancia de las casas de armadura sin rigidez, véase Giedion, *Space, Time and Architecture* y Rosenberg, *Perspectives on Technology*, p. 38. Se ha afirmado que la variedad de artículos a disposición de los consumidores británicos, incluidas las casas, constituyó una renta que no queda reflejada en los ingresos ni en las cifras de producción, pero que elevó sustancialmente el nivel de vida; cf. Prais, «Economic Performance and Education», p. 155. Pero una corta estancia en las casas de piedra y ladrillo británicas —frías hasta en agosto— sugiere que la construcción norteamericana, por gris y utilitaria que fuera, daba más espacio y comodidad por el mismo precio. Además, la casa sin armadura rígida permite una fácil instalación de las cañerías y los cables eléctricos en las paredes, lo que contribuyó a la temprana adopción de servicios como el agua corriente caliente y fría y la calefacción central. Por otra parte, la albañilería europea y la construcción a base de yeso es mucho más resistente a los incendios, lo que puede significar la diferencia entre vida o muerte. <<

[23] Rosenberg, *Perspectives on Technology*, p. 42. <<

[24] Sobre la diferencia y las normas de intercambiabilidad, véase Landes, *Revolution in Time*, pp. 283-285, y cap. XIX: «Not One in Fifty Thousand». <<

[25] Nathan Rosenberg, *Perspectives on Technology*, p. 17, califica este fenómeno de *convergencia tecnológica*, porque observa cómo diferentes sectores convergen en las mismas técnicas. Personalmente lo llamaría *proliferación tecnológica* o *interrelación*, para poner de relieve el aprovechamiento de las técnicas en múltiples aplicaciones. <<

[26] George Talcott, en S. V. Benet, ed., *A Collection of Annual Reports. Relating to the Ordnance Department*, I, 395, citado por Gordon, «Who Turned the Mechanical Ideal», p. 476. <<

[27] Cf. Rosenberg, *American System of Manufactures*. <<

[28] Erickson, *American lndustry*, p. 132. <<

[29] Citado en Oliver, *History of the American Technology*, p. 375. <<

[30] Abramovitz y David, «Convergence and Deferred Catch-up», p. 21. Los datos proceden de Angus Maddison, «Explaining the Economic Performance of Nations», cuadros 2-1 (p. 22) y 2-4 (p. 28), y se han medido en dólares ponderados según el poder adquisitivo. <<

[31] Esta y las citas que se reproducen a continuación proceden de *La riqueza de las naciones*, libro IV, cap. 7, parte 2: «Causas de la prosperidad de las nuevas colonias». <<

[32] *La riqueza de las naciones*, libro II, cap. 5: «Sobre los diferentes empleos de los capitales». <<

[33] Cook, *The Long Fuse*, pp. 58-59. <<

[34] Los historiadores de la economía nuevos y «cuantitativos» han tratado de medir la repercusión de estas leyes sobre los colonos norteamericanos, llegando a la conclusión de que fue insignificante. Con ello quieren decir que las «justificaciones» económicas de su imposición fueron un pretexto y que los colonos declararon la guerra por otros motivos o, peor aún, porque eran unos ingratos. Aparte de los errores anejos al cálculo de la repercusión y los problemas asociados a la contrahipótesis de qué habría ocurrido en ausencia de estas leyes, la mera idea de que es posible cuantificar un perjuicio y, con base en dicha cuantificación, deducir si una guerra está justificada me parece sorprendentemente ingenua. Sobre este prolijo debate, véase Thomas, «A Quantitative Approach», y la réplica de Sawers, «The Navigation Acts Revisited», y los artículos que en ellos se citan. <<

[35] Citado en Cook, *The Long Fuse*, p. 39. <<

CAPÍTULO XX

[1] Cf. Humboldt, *Relation historique*, ed. Tulard, p. 252. <<

[2] Fischer, *Albion's Seed*, p. 26 y n. 5. En Virginia, una tierra de colonias y contratos de servidumbre limitada, la proporción era de 4 a 1; en Brasil, un país de caña de azúcar y esclavos, de 100 contra 1. <<

[3] Un artículo de *Quarterly Review*, 35, habla (p. 537) de la segmentación de la sociedad latinoamericana en función del color: «las diferentes clases que, con el correr del tiempo, más por las normas sociales que por influencia de las leyes, ocuparon puestos de trabajo distintos en función de su mayor o menor afinidad a la raza blanca». Citado por Rodney y Graham, *Reports of the Present State*, p. 12. <<

[4] Cf. Fischer, *Albion's Seed*, pp. 240-246, sobre los valores e instituciones jerárquicos del sur de Inglaterra. <<

[5] «La independencia fue más un regalo arrojado a los pies de los habitantes de Buenos Aires que un resultado de sus esfuerzos»; Rodney y Graham, *Reports of the Present State*, pp. 28-29. <<

[6] La comparación se debe a Furtado, *Economic Growth of Brazil*, p. 109. <<

[7] Cf. Faith, *The World the Railways Made*, p. 156, quien cita a Fems, *Britain and Argentina*: «Entre los intereses de Argentina no figuraban ni la inversión ni el control de dichas empresas, independientemente de la libertad con que criticaran sus actividades en los periódicos y en el Congreso… era… más rentable especular con tierras, vender ganado y lana y ser aparceros, actividades que el ferrocarril alentó considerablemente, al abrir el camino a los mercados, primero de Buenos Aires y, después, de todo el mundo…». <<

[8] Mullet des Essards, *Voyage en Cochinchine*, p. 95. <<

[9] El pasaje anterior procede de Rock, *Argentina*, p. 25. Sobre los clavos, véase E. A. J. Clemens, *The La Plata Countries of Latin America* (1886), citado por Rock, «Features of Industrial Development», p. 8; también Mullet des Essards, *Voyage en Cochinchine*, p. 89. <<

[10] Rock, «Features of Industrial Development», p. 7. <<

[11] La expresión es de Sarmiento, quien la escribía en la década de 1840, citado por Rock, *ibid*. <<

[12] Juan Bautista Alberdi, *Bases e puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (1852), citado por Shumway, *Invention of Argentina*, p. 149. <<

[13] «Todavía hoy, los líderes de la iglesia argentina son probablemente los más conservadores, por no decir reaccionarios, de Latinoamérica»; Shumway, *Invention of Argentina*, p. 149. <<

[14] Adelman, *Frontier Development*, p. 105. <<

[15] Krout y Fox, *The Completion of Independence*, pp. 53-57. <<

[16] Fish, *Rise of the Common Man*, p. 130. Cabe señalar que no todo el mundo estaba de acuerdo con esta política general de fomentar la colonización del oeste. Los estados antiguos se oponían, alegando que unas condiciones tan ventajosas animarían a sus ciudadanos a emigrar, como de hecho ocurrió. Y los estados esclavistas detestaban una política que no concedía derechos especiales a los propietarios de esclavos: los lotes que se les asignaran serían del mismo tamaño que los de quienes no poseían esclavos. El objetivo era promover explotaciones rurales familiares, no haciendas. <<

[17] Fish, *Rise of the Common Man*, p. 118. <<

[18] R. Cortés Conde, «The Growth of the Argentine Economy», en Bethell, ed., *Argentina Since Independence*, p. 75. <<

[19] Bethell, ed., *Argentina*, p. 55. Un indicador de la diferencia entre el sentido de identidad norteamericano y el argentino es que Estados Unidos realizó censos nacionales cada decenio a partir de la fundación de la república, mientras que Argentina no elaboró su primer censo nacional hasta 1869, y el segundo en 1895; *ibid*., p. 54. <<

[20] La fuente principal de estas cifras es Rock, *Argentina 1516-1987*, pp. 141-145, 164-167. <<

[21] Las cifras proceden de *Historical Statistics of the United States*, series A y C. <<

[22] *Ibid*., serie C 115-132. <<

[23] Rock, *Argentina, 1516-1987*, p. 89. <<

[24] Juan B. Justo, *Internacionalismo y patria* (Buenos Aires, 1933), citado por Comblit, «European Immigrants», p. 233. <<

[25] Hasta los agricultores más eficientes que trabajaban (trabajan) las tierras más fértiles descubrieron (descubren) que sus beneficios menguaban (menguan) por mor de la bajada de precios. Los beneficios iban (van) en buena medida a los clientes. Erik Reinert, «Symptoms and Causes of Poverty», pone de relieve el contraste entre este patrón «clásico» de distribución de los beneficios derivados del cambio tecnológico, que en su opinión es consustancial a la agricultura y la distribución, y el régimen «colusorio» de las industrias que se benefician de elevados aranceles y de los consiguientes retornos en conocimientos. Usa el término «colusorio» porque «las fuerzas del país productor (capital, trabajo y gobierno) "coluden" en la práctica —aunque no sea deliberadamente— por apropiarse dichos beneficios» (p. 84). <<

[26] Landes, *Revolution in Time*, p. 326. <<

[27] Shumway, *Invention of Argentina*, p. 156, n. 3. <<

[28] Rock, *Argentina, 1516-1987*, p. 233. <<

[29] Cortés Conde, *Corrientes inmigratorias*, Comblit, «European Immigrants», p. 230. En los primeros censos, aproximadamente el 10 por 100 de los llamados establecimientos industriales prestaban lo que hoy llamaríamos servicios: reparación de calzado, estudios de fotografía, corte y confección, peluquería: la parafernalia necesaria para la vida urbana. El censo de 1935 no los incluye en el sector industrial; Lewis, *Crisis of Argentine Capitalism*, p. 35. <<

[30] Lewis, *Crisis*, cap. 6: «Labor». La cita que viene a continuación es de la p. 103. <<

[31] Véase *ibid*., p. 492. <<

[32] Pedro de Azevedo, citado por Freyre, *The Masters and the Slaves*, p. 41. <<

[33] Batou, *Cent ans, cap. 8:* «L'essor économique du Paraguay». <<

[34] Sobre esta denominada escuela revisionista, véase Pastore, «State-led Industrialization», quien cita, entre otros, a Whigman, «The Iron Works of Ybycui»; un manuscrito de Vera Blinn Reber, «Modernization from Within: Trade and Development in Paraguay, 1810-1870» (Shippensburg University, Carlisle, PA; 1990); y Batou, *Cent ans*, quien ve en ello un nuevo ejemplo de la hostilidad general europea ante las iniciativas del «tercer mundo» (anacronismo). Remitiendo a otro punto de vista revisionista de la historia de Argentina, Pastore cita a Tulio Halperin Donghi, *El revisionismo histórico argentino* (Buenos Aires, 1970). <<

[35] Cf. Batou, *Cent ans*, p. 223, n. 13, quien atribuye este concepto a Gramsci. <<

[36] Batou, *Cent ans*, p. 232, quien cita a A. García Mellid, *Proceso a los falsificadores de la historia del Paraguay* (Buenos Aires, 1963). <<

[37] Batou, *Cent ans*, p. 260. A título de comparación, Batou señala que la tasa de alfabetización de Argentina era del 8 al 10 por 100 en 1865, la de Colombia, del 10 al 15 por 100 antes de 1870 y la de México, del 18 al 20 por 100 en 1873. <<

[38] Durante esta campaña en defensa de los intereses de los soberanos y comerciantes de Buenos Aires se cerró varias veces la desembocadura del Paraná, cortando el acceso de la «república guaraní» al mar. Veáse el cuadro sobre los bloqueos en Batou, *Cent ans*, p. 241. De acuerdo con la legislación internacional, que define un bloqueo como acto de guerra, Argentina estuvo en guerra con Paraguay de 1827 a 1852. <<

[39] Sobre estas industrias, la mayoría creadas en la década de 1850 siguiendo los dictados de Carlos Antonio López, véase Batou, *Cent ans*, cap. 8; Pastore, «State-led Industrialization» y Whigman, «Iron Works of Ybycui». <<

[40] Para un punto de vista favorable a Paraguay, véase Batou, *Cent ans*, pp. 263-266. <<

[41] Véase el cuadro elaborado por Batou, *Cent ans*, p. 249, donde calcula que la población era de 750 000 habitantes en 1865 y 230 000 en 1872. No todos los estudiosos concuerdan en la cifra de bajas, que hasta hace poco era poco menos que intocable. Así, Ruber, «The Demographics of Paraguay», sugiere que los muertos en la gran guerra, en lugar de ser la mitad de la población y la inmensa mayoría de los varones, podrían haber ascendido tan solo del 8,7 al 18,5 por 100. Otros consideran implausibles estas estimaciones revisionistas, que se «basan en una regresión no linear con un margen de libertad muy reducido» (Pastores, «State-led Industrialization», p. 296, n. 3). <<

[42] Batou, *Cent ans*, p. 267. <<

CAPÍTULO XXI

[1] De Welsh, *A Borrowed Place*, p. 16, quien lo cita sin dar referencias. <<

[2] Sobre la ceremonia matinal, véase Landes, *Revolution in Time*, pp. 51-52; asimismo, Huang, *1587, a Year of No Significance*. <<

[3] Nathan Sivin habla de «un elevado grado de estabilidad social y de homogeneidad cultural, que impidió que se pusieran en tela de juicio los valores tradicionales, mientras la creatividad que alientan los cambios se veía socavada por la ortodoxia intelectual»; «Science and Medicine», en Ropp, ed., *Heritage of China*, p. 166. <<

[4] Carta al ministro francés Colbert, sin fechar pero de 1675; Landes, *Revolution in Time*, p. 45. <<

[5] Sobre este episodio, véase Cipolla, «Clocks and Culture»; asimismo, Landes, *Revolution in Time*, cap. 2. <<

[6] Spence, *Emperor of China*, p. 74. <<

[7] Sobre todos estos temas, la mejor fuente sigue siendo Cipolla, *Guns, Sails, and Empires*, especialmente pp. 116-119. Cipolla no es sinólogo y tuvo que basarse exclusivamente en fuentes europeas, incluidos los testimonios de los misioneros y viajeros cristianos; pero su «visión de conjunto» le permite ver aspectos claves que los ensayos de los especialistas han omitido. <<

[8] Mu, *The Wilting of the Hundred Flowers* (Nueva York, 1963), pp. 76-77, citado por Cipolla, *Guns, Sails, and Empires*, p. 120. <<

[9] Taton, ed. *General History*, II, 592. <<

[10] *Ibid*., 590. <<

[11] *Ibid*., 589, n. 1. <<

[12] Es una de las mayores contribuciones del libro de Alain Peyrefitte, *L'empire immobile*. Al lograr tener acceso a los archivos chinos, incluidos los documentos leídos y con anotaciones del emperador, Peyrefitte puede aclarar las ambigüedades en el lenguaje burocrático. <<

[13] Cipolla, *Guns, Sails, and Empires*, p. 120 f. <<

[14] Peyrefitte, *L'empire immobile*, p. 286. La cita de Staunton procede de la edición francesa de sus viajes: *Voyage en Chine et en Tartarie* (6 vols.; París, 1804), VI, 6. La de Huc se ha tomado de sus *Souvenirs d'un voyage*, IV; 81. Eric Jones, «The Real Question», pp. 12-13, tilda estos recuerdos personales de estáticos, como si de fotos instantáneas se tratara. Creo que se equivoca. Estos testimonios concuerdan con otros, dan fe de un estado de espíritu y encajan con lo que sabemos acerca del cambio tecnológico en China. Jones recuerda que se produjo un conservadurismo «similar» en Inglaterra tras la guerra (el rechazo por los trabajadores de maquinaria norteamericana), e Inglaterra, dice, «adoptó rápidamente muchos métodos estadounidenses». Mal ejemplo. <<

[15] Fairbank y Reischauer, *East Asia*, p. 291, quines citan a Oshima, *Economic Growth*, p. 34. Fairbank y Reischauer sugieren que la razón de la «estabilidad» china era «el grado de refinamiento de la cultura y la organización social chinas en el siglo XIII». La diferencia con Europa, plagada de defectos, no podía ser mayor. Cf. Crone, *Pre-Industrial Societies*, pp. 172-173: «China es el ejemplo por excelencia de una civilización con éxito… alcanzó la cima del desarrollo económico posible en una situación preindustrial y se detuvo: no se aprecia que ninguna fuerza la empujara en otra dirección…». <<

[16] Cf. Jones, «The Real Question», pp. 88-89, también desconcertado ante las objeciones *apriorísticas* a esta línea de investigación: «No logro comprender por qué no son recusados [los sinólogos], pues preguntarse por una sociedad que había llegado tan lejos y luego pasó muchos siglos sin volverlo a lograr no es en absoluto tendencioso». <<

[17] Taton, ed. *General History*, II, p. 590. <<

[18] Cf. Goldstone, «Gender, Work, and Culture», quien afirma que el gobierno imperial alentaba estos prejuicios, destinados principalmente a «asignar funciones a las clases sociales» (p. 25). En este sentido, China era muy diferente de Europa y Japón. <<

[19] Citado por Lippit, «Development of Underdevelopment», pp. 266-267. He modificado ligeramente la traducción, con fines puramente estilísticos. <<

[20] Sivin, «Science and Medicine», p. 195. <<

[21] De una publicación de la Academia de Ciencias china dirigida a lectores adolescentes; *ibid*. Curiosamente, esta exhortación no se reproduce en la traducción inglesa, quizás porque los traductores pensaron que el programa ideológico de dicho país no interesa o no debería interesar a los no chinos. <<

[22] Nathan Sivin, citado por Spence, *Chinese Roundabouts*, p. 148. Spence se muestra escéptico acerca de los argumentos defensivos de la escuela de Needham. Por otra parte, se alegra ante la perspectiva de nuevos estudios que sigan las nuevas líneas de investigación que ha abierto. <<

[23] Sivin, «Science and Medicine», p. 164. Cf. Needham, «Poverties and Triumphs», en Crombie, ed., *Scientific Change*, p. 149: «Modern universal Science, yes; Western Science, no!». <<

[24] *Ibid*., p. 196. <<

[25] Esta política de tender una mano amiga recuerda al esfuerzo de algunos estudiosos —mucho menos numerosos, qué duda cabe— y supuestos educadores de alentar o abogar por una lectura «afrocéntrica» de la aparición de la civilización occidental. Cf. Bemal, *Black Athena*, y numerosas reseñas. <<

CAPÍTULO XXII

[1] Citado por Wilkinson, *Japan versus the West*, p. 121. Otra muestra de descrédito de la productividad japonesa la formuló un experto australiano en 1915: «ver a vuestros hombres trabajar me dio la impresión de que sois una raza muy acomodaticia y satisfecha, que piensa que el tiempo no es un bien precioso. Hablando con algunos directivos, me informaron de que es imposible cambiar las costumbres de raigambre nacional»; Jagdish Bhagwati, citado por Meier y Seers, eds., *Pioneers in Development*, p. 53. <<

[2] Gaspare Gonsalves en 1585, citado por Fischer, «The Britain of the East?», pp. 345-346, y recogido en Lach, *Asia in the Making of Europe*, I, 696. <<

[3] Hugh Murray, *An Encyclopaedia of Geography* (Londres, 1834), p. 1102, citado por Fischer, «The Britain of the East?», p. 346. <<

[4] Takekoshi, *Economic Aspects*, I, p. 291. <<

[5] Cf. Wilkinson, *Japan versus the West*, p. 108, donde se cita un informe de 1812 de *Sir*. <<

[6] Oishi, «The Bakuhan System», p. 28. Estos datos siguen bien custodiados en los archivos provinciales japoneses y constituyen una fuente única y aún inexplorada en buena medida de análisis demográfico, incluida la reconstitución de la familia. <<

[7] Hane, *Premodern Japan*, pp. 142-143. <<

[8] Sakaiya, *What is Japan?*, pp. 128-129, afirma que Japón tenía 100 000 escopetas en 1600, frente a unas 10 000 en el ejército francés, y que la producción nacional superaba a la del conjunto de Europa. Véase también Samuels, «*Rich Nation, Strong Army*», pp. 79-80. <<

[9] Sawada Taira, citado por Samuels, «*Rich Nation, Strong Army*», p. 80 y p. 358, n. 6. <<

[10] Sobre los cronómetros japoneses, véase Robertson, *Evolution of Clockwork*, pp. 190-287; Mody, *Japanese Clocks*; Fernández, «Precisión Timekeepers of Tokugawa Japan». <<

[11] Sobre el sistema de ingresos provenientes del arroz y algunos de sus efectos imprevistos, véase Keisuke, «The VOC and Japanese Rice». <<

[12] Sakudo, «Management Practices», pp. 150-151, 154. <<

[13] De una obra de teatro de 1718 escrita por Monzaemon Chikamatsu (1653-1724), citada por Yamamoto, «Capitalist Logic of the Samurai», p. 2. <<

[14] Hane, *Premodern Japan*, p. 150. <<

[15] Citado por Yamamoto, «A Protestant Ethic», p. 2. <<

[16] Sobre los canales y la roturación de las tierras, véase Takekoshi, *Economic Aspects*, III, pp. 409-416. <<

[17] Hane, *Premodern Japan*, p. 194. Véase también Miyamoto, «Emergence of National Market», p. 297, cuyas fechas no se corresponden con las que avanza Hane. Estas cifras significan que los japoneses roturaban y ganaban para la agricultura tierras menos fértiles, en parte sin duda para hacer frente al crecimiento demográfico, pero también porque la carga fiscal era menor que la de las tierras viejas. Sobre los incentivos fiscales y la contratación de aparceros, véase Takekoshi, *Economic Aspects*, III, pp. 413-414. <<

[18] Citado por Nakamura y Shimbo, «Why Was Economic Achievement…?», p. 9. <<

[19] Cf. Fischer, «Development of the London Food Market». <<

[20] Cf. Nakamura y Shimbo, «Why Was Economic Achievement…?», p. 18. <<

[21] Véase el interesante debate al respecto en Satoru Nakamura, «The Development of Rural Industry», en Nakane y Oishi, eds., *Tokugawa Japan*, pp. 81-90. <<

[22] *Ibid*., p. 96. Cho, «The Evolution of Entrepreneurs», p. 15, vincula el éxito de las nuevas técnicas de producción importadas a la preexistencia de una red de apoyo indígena. Sin ella, «las empresas extranjeras habrían tenido que traer consigo a subcontratistas para que suministraran las piezas precisas». <<

[23] Véase Rozman, «Edo's Importance». Sobre la similar contribución de Londres al desarrollo industrial británico, véase E. A. Wrigley, «A Simple Model». Sin embargo, existe una gran diferencia. Londres, casi tan grande como Tokio a finales del siglo XVIII, era la capital de una nación de unos 9 millones de habitantes, aproximadamente un tercio de la japonesa. <<

[24] Nakamura y Shimbo, «Why Was Economic Development…?», p. 18. <<

[25] «Las instituciones japonesas quizás tuvieran un grado semejante, o incluso superior, de refinamiento»; *ibid*., p. 14. Cf. Hauser, *Economic Institutional Change*. <<

[26] Tomo gran parte de esta relación de Nakamura y Shimbo, pp. 14-15. <<

[27] *Ibid*., p. 19. Compárese con la facilidad con que los vendedores ambulantes británicos en el siglo XVII y, más adelante, los buhoneros estadounidenses, vendían a plazos relojes de pared o de pulsera en las zonas rurales. <<

[28] Sobre la lista completa de mercancías, véase Crawcour, «Tokugawa Heritage», p. 41. <<

[29] Keene, *Japanese Discovery of Europe*, p. 25. <<

[30] Citado *ibid*., p. 25. <<

[31] Sobre esta persecución, véase Takekoshi, *Economic Aspects*, III, pp. 233-235. <<

[32] Véase Keene, *Japanese Discovery*, pp. 21-22, sobre la disección de «nuestro querido té verde». <<

[33] Citado *ibid*., pp. 26-27. <<

[34] Totman, *Early Modern Japan*, p. 519. <<

[35] Craig, *Choshu in the Meiji Restoration*, p. 71. <<

[36] Tsuru Shigeto, «Development of Capitalism and Business Cycles in Japan» (MS, Harvard University), citado por Brown, «Okubo Toshimichi», p. 186. <<

CAPÍTULO XXIII

[1] Sobre este y otros episodios de estos años de provocaciones y tanteos mutuos, véase Miyoshi, *As We Saw Them*, cap. 4, «Lives». <<

[2] Brown, «Okubo Toshimichi», p. 190. <<

[3] Sobre todos estos asuntos, véase Shimada, «Social Time and Modernity in Japan». <<

[4] Brown, «Okubo Toshimichi», p. 191, n. 27. Los enemigos de Okubo utilizaron su casa para denostarlo. Llegaron a mandar fotografías de un edificio nuevo a Satsuma, afirmando que aquella era la mansión maldita de Okubo. Y se dice que dicha foto fue la que convenció a Saigo de romper con Okubo y su círculo. <<

[5] Minami, *Economic Development*, p. 99. <<

[6] Cf. Samuels, *Business of the Japan State*, cap. 3, especialmente las ilustraciones, pp. 76-79. <<

[7] Hirschmeier, *Origins of Entrepreneurship*, p. 99; Hane, *Peasants, Rebels, and Outcasts*, p. 173; Ohkawa y Kohama, *Lectures on Developing Economies*, p. 35. <<

[8] Minami, *Power Revolution*, cap. VI. <<

[9] Landes, «What Do Bosses Really Do?», p. 593. <<

[10] Fukui, «Japanese State», p. 205. <<

[11] *Ibid*., p. 204: al entrar el nuevo siglo, casi todos los niños estaban inscritos en una escuela, pero no asistían a clase con regularidad más que tres cuartas partes. <<

[12] Hane, *Peasants, Rebels, and Outcasts*, pp. 177-178. <<

[13] *Ibid*., p. 182. <<

[14] Este párrafo se inspira en Thomas Smith, «The Right to Benevolence: Dignity and Japanese Workers, 1890-1920», en Smith, *Native Sources*, pp. 236-270. <<

Capítulo XXIV

[1] Chaudhuri, *Asia Before Empire*, p. 71. <<

[2] Citado *ibid*., p. 73. <<

[3] Esta vívida descripción se debe a Eric Jones, *European Miracle*, p. 194. El capítulo 9 de este libro, «Islam and the Ottoman Empire», quizás constituya el estudio más serio y coherente sobre estos temas. <<

[4] *Ibid*., p. 194. <<

[5] Cf. Lewis, *Muslim Discovery of Europe*, pp. 190-191. <<

[6] Cf. Jones, *European Miracle*, p. 185, quien cita a Braudel, *La Méditerranée*. <<

[7] *Lewis*, Muslim Discovery, *p. 161*. <<

[8] Jones, *European Miracle*, p. 177; Lewis, *Muslim Discovery*, p. 199. <<

[9] Lewis, *Muslim Discovery*, pp. 195-196. <<

[10] Jones, *European Miracle*, p. 185. <<

[11] Sobre Jumel, véase Batou, *Cent ans de résistance*, p. 96. Como muchos personajes afines, fue arrastrado a Egipto por intereses financieros y el detonante de su partida fueron cuestiones sentimentales («*une déception sentimentale*»). <<

[12] Isawi, «Economic Development», p. 362, da las cifras de «más de 200 000 qantars» y de 345 000 qantars, respectivamente. Pero afirma, p. 518, que la equivalencia del qantar (medida de peso) cambió en 1835, por lo que he convertido los datos a kilogramos. <<

[13] Lévy-Leboyer, «Les banques européennes», p. 189. <<

[14] El estudio más pertinente sobre este tema lo debemos a Batou, «Muhammad-Ali's Egypt». Batou considera que el proyecto industrial egipcio ha sido infravalorado u omitido. Así como que su fracaso fue obra de sus adversarios europeos, en particular de los británicos. <<

[15] Batou, «Muhammad-Ali's Egypt», p. 185, cuadro 1. <<

[16] Saint-John, *Egypt*, p. 412. <<

[17] *Ibid*., p. 417. <<

[18] Issawi, «Economic Development», p. 363. <<

[19] Friedman, «Egypt Runs for the Train». <<

[20] Mohammad Manei, banquero del golfo Pérsico, citado por Jonathan Raban, *Arabia: A Journey Through the Labyrinth*, p. 63. <<

[21] Sobre la distinción entre agotamiento de los recursos y las restricciones comerciales a los cárteles, véase Dasgupta, «Natural Resources», p. 112. <<

[22] Sobre los ingresos de los extremistas en concepto de rescates, véase Goodwin, *Price of Honor*, pp. 15-17. <<

[23] Cf. Friedman, «Egypt Runs for the Train». <<

[24] Keddie, en Keddie y Barón, eds., *Women in Middle Eastern History*, p. 5. <<

[25] Sobre esta nueva literatura del escándalo, que solo llega a los países musulmanes en forma de *samizdat* [en ruso, «literatura ilegal»], véase Amy Dockser Morris, «These Postboilers Stir Widespread Interest in "Islamic Affairs"», *Wall Street Journal*, 22 de diciembre de 1995, p. 1. <<

[26] La cita es del profesor Francis Hamilton, quien reflexiona sobre la obra de Lewis *The Middle East*, en *Times Literary Supplement* de 8 de diciembre de 1995, p. 4. Roy Mottahedeh, «The Islamic Movement», p. 123, también se muestra esperanzado. Señala el papel de las líderes políticas en varios países islámicos (aunque no árabes) y afirma que «la liberación de la mujer es una prueba patente de la capacidad de evolución de la cultura política islámica». Sí y no. ¿Qué significa «patente»? La situación de la mujer en esos países, incluyendo a la secular Turquía, sigue constreñida por las prescripciones y hábitos islámicos, hasta el punto de que debemos suavizar nuestras conclusiones acerca del poder liberador de los derechos políticos. También hay que tener presente la fragmentación espacial de sociedades cuyas ciudades evolucionan de una manera completamente diferente al campo. Turquía, con Istambul en un momento muy determinado de su historia, Anatolia en otra época, con el éxodo de Anatolia a Istambul, es un caso práctico fascinante de esta esquizofrenia cultural transitoria. Lo que puede explicar el resultado de las elecciones de finales de 1995, que dieron la mayoría al partido islámico. <<

[27] Mottahedeh, «Clash of Civilizations», p. 11. <<

[28] Barakat, *Arab World*, p. 105. <<

[29] Mosteshar, *Unveiled*, p. 353. Este libro, un popurrí de experiencias y observaciones, constituye una mirada fascinante sobre un Irán que creía estar en proceso de modenización, que hizo una revolución en nombre de la libertad y vio cómo la capitalizaban los fundamentalistas religiosos. Que vio cómo las manecillas del reloj volvían hacia atrás varios siglos. Y una visión aterradora sobre el carácter de una tiranía chapucera y caprichosa: ojos y lenguas por doquier, soplones vengativos, normas no escritas, violencia aleatoria. <<

[30] Sobre Latinoamérica véase, entre otros, Calvin Sims, «Justice in Peni: Rape Victim Is Pressed to Marry Attacker», *New York Times*, 3 de diciembre de 1997, p. A1. <<

[31] Makiya, *Cruelty and Silence*, p. 298, quien cita a una enfermera palestina de Acre. Cf. Goodwin, *Price and Honor*, p. 4. <<

[32] Ajami, *Arab Predicament*, p. 233. <<

[33] Sobre el petróleo como desgracia, véase Ajami, *Arab Predicament*. <<

[34] Fisk, «Sept journées», p. 7. Un artículo fundamental. <<

[35] Véase Landes, «Passionate Pilgrims». <<

[36] Said, *Orientalism*, p. 327. <<

[37] En Tidrick, *Heart Beguiling Araby*, que no demuestra ninguna ternura con las víctimas británicas de esta ilusión romántica. Véase el prólogo de Albert Hourani. <<

[38] Las citas proceden de Francis Robinson, «Through the Minefield», pp. 3-4. Robinson, profesor de la universidad de Londres, suele mostrar simpatía por Lewis y respetar su sabiduría. Sus observaciones sobre el clima intelectual son por ello más elocuentes. <<

[39] Esta importancia concedida al móvil reaparece en la denuncia de Saíd de la influencia occidental sobre el islam y las sociedades árabes. En lugar de confrontar datos y tesis, descarta todo el asunto, considerando que está inspirado por «antagonismos y hostilidad», por una «antipatía cultural». Véase su conferencia en el Collége de France, «Comment l'Occident voit les Arabes», *Le Monde*, 3 de diciembre de 1996, p. 16. <<

[40] Véase Nicholas D. Kristof, «Japan's Feminine Falsetto Falls Right Out of Favor», *New York Times*, 13 de diciembre de 1995, p. A-1. <<

[41] Nolte y Hastings, «Meiji State's Policy», p. 157. <<

[42] *Ibid*. <<

[43] Véase Sheryl WuDunn, «On Tokyo's Packed Trains, Molesters Are Brazen», *New York Times*, 17 de diciembre de 1995, p. A-3. <<

[44] Shimai Soshitsu, citado por Uno, «Women and Changes», p. 33. <<

CAPÍTULO XXV

[1] En los últimos años se ha intentado comprobar mediante los datos disponibles lo que había sido una ortodoxia poco cuestionada: entre otros, Davis y Huttenback, *Mammon and the Pursuit of Empire* o, sobre un caso particular, Kimura, «The Economics of Japanese Imperialism in Korea», especialmente pp. 568-570. Michael Adas, «"High" Imperialism», pp. 327-328, califica estos «esfuerzos titánicos por elaborar balances definitivos» de ejercicio «de simplificación extrema y, en último término, fútiles». Traducción: no arrojan los resultados esperados por los intérpretes materialistas del imperialismo: no reflejan suficientes beneficios. <<

[2] Klor de Alva, «Postcolonization», p. 242. <<

[3] *Ibid*., p. 267. Cf. Prakash, en Prakash, ed., *After Colonialism*, p. 3. <<

[4] Sobre este tema, véase especialmente Bartlett, *Making of Europe*. <<

[5] Hopkins, *Economic History*, p. 256. <<

[6] Hyam, *Britain's Imperial Century*, p. 290, cita el consuelo en la «botella, la bala o la Biblia» (no precisa su fuente) y ofrece cifras sobre el consumo de alcohol, no solo por parte de los funcionarios y oficiales, sino también de las tropas y los subalternos. Sobre el sexo, cita (p. 291) a Alfred Millner (1854-1925), procónsul en Sudáfrica: «El sexo forma parte de los

grandes asuntos de estado, siempre lo ha hecho y siempre lo hará. Nunca se guardan pruebas al respecto, por lo que su historia nunca será comprensible». El historiador debe dar por sentado, por lo tanto, que, en estos asuntos privados, las relaciones aisladas que conocemos son solo la punta del iceberg. Cf. Hyam, *Empire and Sexuality*. <<

[7] Cook, *The Long Fuse*, p. 227, cita una carta de Charles Stuart a su padre, conde de Bute, tras haberse enfrentado a los rebeldes americanos en la batalla de Bunker Hill. <<

[8] Sobre la sed de sangre del imperio, véase Lindqvist, «*Exterminate All the Brutes*», pp. 52 ss. No creo que exagere. <<

[9] Es el caso del artículo básico y clásico de Gallagher y Robinson, «The Imperialism of Free Trade». <<

[10] Cf. Landes, *Bankers and Pashas*, cap. 3, sobre las prácticas y beneficios del imperialismo informal. <<

[11] Hyam, *Britain's Imperial Century*, p. 164. <<

[12] Cf. S. Erlanger, «Retired People Are Struggling in the New Russia», *New York Times*, 8 de agosto de 1995, p. A-3: «Este hogar de ancianos, abierto en 1986 y que ya se cae a pedazos, en la más pura tradición soviética…». <<

[13] Harrisson, *Inside the Third World*, p. 336. <<

[14] Murray, *The Development of Capitalism in Colonial Indochina*. <<

[15] Sobre el uso del término «neocolonialismo», véase Stavrianos, *Global Rift*, pp. 177-178. <<

[16] Hanison, *Inside the Third World*, cap. 17: «The Alienation Machine: The Educated and the Misseducated». Véase p. 325: «No es bueno embrutecer a los niños franceses con estas obras pomposas y mojigatas, pero enseñárselas a los africanos es poco menos que un crimen». (No sé. A mí me emociona *Andromaque*). <<

[17] Mill, *Principies of Political Economy*, cit. por Meier, «Theoretical Issues», pp. 42-43. <<

[18] Sobre las «guerras costosas y fútiles» de Latinoamérica, véase Harrison, *Inside the Third World*, p. 384 ss. Pero hay que añadir a su lista los conflictos entre México y Estados Unidos y las incursiones infructuosas de Estados Unidos en la Canadá británica. Algunos mapas mexicanos siguen representando a Tejas y el suroeste de Estados Unidos como territorio mexicano, en espera de su reconquista. <<

[19] Harrison, *Inside the Third World*, p. 388, cita a S. E. Finner, quien afirma que entre 1962 y 1975 se produjeron 104 golpes de estado en el mundo, la mayoría de los cuales tuvieron

lugar en países del tercer mundo. En 1975, una cuarta parte de los estados miembro de la ONU estaban gobernados por regímenes que habían llegado al poder merced a un golpe de estado. <<

[20] Alam, «Colonialism, Decolonisation and Growth Rates», p. 235 y n. 2, no estaría de acuerdo. Señala que, en el siglo XVIII, los países que crearon sectores fabriles modernos eran «bien soberanos, bien estados autónomos», de lo que deduce que «el control nacional sobre las políticas económicas era una condición necesaria para la industrialización». <<

[21] La India, 37 800 km; China, 1060 km; Kerr, «Colonialism and Technological Choice», pp. 93-94. Sobre el tardío apoyo británico a la industria siderúrgica india, véase Bahl, «Emergence», y *Making of the Indian Working Class*. <<

[22] Véase la reacción a una caída de las importaciones japonesas de productos manufacturados durante la Primera Guerra Mundial. Ho, «Colonialism and Development», en Myers y Peattie, eds., *Japanese Colonial Empire*, p. 365. <<

[23] Mark Peattie en Myers y Peattie, eds., *Japanese Colonial Empire*, p. 23. Sobre estos datos y las causas específicas del desarrollo de Corea y Taiwán, donde la política japonesa estuvo marcada además por criterios de estrategia militar y la necesidad de alimentos baratos, véase Alam, «Colonialism», pp. 250-253 y Hayani y Ruttan, «Korean Rice, Taiwan Rice». <<

[24] Sobre la complacencia japonesa en el caso de Corea, véase *New York Times*, 12 de octubre de 1995, p. A-5; 14 de noviembre de 1995, p. A-14. Sobre los ultrajes a la memoria colectiva coreana, Yoichi Serikawa, «Deux peuples empétrés dans leur passé», *Courrier International*, 211 (17-25 de noviembre de 1994), p. 32, con la ilustración de una figura de cera en el monumento conmemorativo de la independencia nacional que representa al ejército japonés torturando a un patriota coreano. Sobre el tema más general de las agresiones antes y durante la Segunda Guerra Mundial, véase Buruma, *The Wages of Guilt*. El último capítulo de este episodio ha sido la declaración de un funcionario japonés de que «Japón también hizo cosas positivas. Construyó escuelas en todas las ciudades de Corea para elevar el grado de instrucción y construyó también ferrocarriles y puertos». <<

[25] El punto de vista projaponés, tal y como lo expresa un occidental, resalta «la modernidad y eficacia de las fuerzas de policía, complementada por el inteligente aprovechamiento de los sistemas indígenas de control de la comunidad». Peattie en Myers y Peattie, eds., *The Japanese Colonial Empire*, p. 27. <<

[26] *Ibid*., p. 47. <<

[27] Patel, «Rates of Industrial Growth». <<

CAPÍTULO XXVI

[1] Israel, *The Dutch Republic*, p. 850. Como los japoneses, quienes también prefieren ver la historia nacional en términos de intervención divina en forma de vientos favorables (kamikaze), los holandeses e ingleses han atribuido el éxito de la invasión a un «viento protestante», a los fuertes vientos del este, que aceleraron la travesía del mar del Norte por la flota holandesa y retuvieron a la inglesa anclada en el Támesis, donde lo único que pudo hacer fue contemplar lo que ocurría; *ibid*., p. 851. <<

[2] *La riqueza de las naciones*, libro I, cap. 9; «De los beneficios del capital». <<

[3] *La riqueza de las naciones*, libro I, cap. 8: «De los salarios del trabajo». <<

[4] Citado en Wallerstein, «Dutch Hegemony», p. 98. Tanta precisión debe contemplarse con cautela, pero la tendencia general es patente. <<

[5] Vandenbroeke, «Regional Economy», p. 170, aduce que estos sectores caracterizados por salarios bajos plantearon un terrible dilema a Gran Bretaña, que encontró una solución en la mecanización, pero el mismo argumento puede usarse para explicar el fracaso holandés: no emprendieron el proceso de mecanización. <<

[6] Gran parte de cuanto antecede lo he tomado de Israel, *The Dutch Republic*, pp. 998-1003. Véase también Wallerstein, «Dutch Hegemony». <<

[7] Israel, *Dutch Republic*, p. 1011. <<

[8] Sobre el declive de la producción lanar en Venecia, véase Rapp, *Industry and Economic Decline*, pp. 140-141, 148 y n. 24; y Sella, «Rise and Fall». Al parecer, la política comercial fue inusualmente contraproducente. Sobre la migración del capital al continente, véase Woolf, «Venice and the Terraferma». Asimismo, Ciriacono, «Venetian Economy» y «Venise et la Vénétie». <<

[9] Cf. van Zanden, «The Duth Economy in the Very Long Run». <<

[10] Cf. Mokyr, *Industrialization in the Low Countries*, quien compara estos salarios con los de Bélgica. Pero los salarios holandeses, aunque eran más elevados en el litoral, eran más bajos en el interior y, en conjunto, más bajos que los de Inglaterra, por ejemplo. Griffiths, *Industrial Retardation*, pp. 3, 62-65, afirma que las causas del retraso holandés deben buscarse en otra parte, que Bélgica tenía por entonces una sólida base industrial y pudo modernizarse con mayor facilidad. Tenía buenos recursos en carbón, una producción precozmente mecanizada del algodón y la lana, una antigua pero pujante tradición metalúrgica y los rudimentos de la construcción de maquinaria en la región de Lieja. Los Países Bajos habían tenido antaño una industria poderosa pero, tras una década de declive, le costó mucho empezar de nuevo. <<

[11] Mokyr, *Lever of Riches*, p. 260, señala la constante oposición de los luditas a la maquinaria de hilado del algodón en los Países Bajos. <<

[12] H. J. Koenen, *Voorlezingen over de geschiedenis der nijverheid in Nederland* (Haarlem, 1956), p. 140, citado por Griffiths, *Industrial Retardation*, p. 41. <<

[13] Peter W. Klein, *Traditionele ondernemers en economische groei in Nederland, 1850-1914* (Haarlem, 1966), p. 3, citado por Griffiths, *Industrial Retardation*, p. 42. <<

[14] Griffiths, *Industrial Retardation*, p. 121. <<

[15] Sobre este último período, cf. Pollard, *Peacefull Conquest*, pp. 237-238. La entrada discreta de los Países Bajos en el mundo de la industria moderna se transluce en la indiferencia de las historias de la economía al respecto. El país acaba de saltar a la palestra. <<

[16] Citado por Chaudhuri, *Trading World of Asia*, p. 5, quien lo encontró en una edición de 1693. <<

[17] Sobre la opinión francesa, cf. Ratcliffe, «Great Britain and Tariff Reform», p. 102. <<

[18] Sobre los relojes y la producción norteamericana, véase Landes, *Revolution in Time*, pp. 310-313. Sobre las armas de fuego, Smith, *Harpers Ferry Armory and the New Technology'*, Uselding, «Technical Progress at the Springfield Armory». <<

[19] Sobre este grito de alerta, véase Rosenberg, *American System of Manufactures*. <<

[20] Supple, «Fear of Failing». Su teoría recoge en buena medida las ideas y el tono general de Clapham al respecto, recogidas en su obra *Economic History of Modern Britain*, III (1938), cap. 3: «The Course of Industrial Change». <<

[21] Cf. Tomlinson, «Inventing Decline»; asimismo, Supple, «Fear of Failing», pp. 442-443. <<

[22] Supple, p. 444, habla de «repercusiones psicológicas y políticas inquietantes». <<

[23] Supple, p. 444, n. 9, cita a W. A. P. Manser, *Britain in the Balance* (1971), p. 179. <<

[24] Cf. Clapham, *Economic History*, II, p. 113, quien describe en el triste año de 1932 la crisis comercial de 1885: «El progreso mecánico e industrial se ha internacionalizado de una vez por todas y los avances son de escasa entidad… Los motores funcionan penosamente, aunque eso les resulta indiferente a todos. Los monopolios industriales, mecánicos o científicos, tienen una vida corta». Clapham no conocía el término «convergencia», pero entendía el fenómeno. También, *ibid*., III, p. 122: «Con el tiempo, medio continente extraerá probablemente más carbón y fabricará más acero que una pequeña isla…». ¡Gloria a los vencidos! <<

[25] Sobre la buena suerte de encontrarse entre los países ricos, Clapham, *ibid*., III, 554; McCloskey, *If You're So Smart*, p. 48; Supple, «Fear of Failing», p. 443: «las diferencias entre Gran Bretaña y otras sociedades avanzadas son menores (y menos importantes) que las que separan a los países avanzados de los menos desarrollados». De hecho, a McCloskey le parece indignante que gente tan afortunada se lamente de estar perdiendo terreno ante otras naciones ricas: «en el mejor de los casos, es una prueba de mal gusto en un mundo de tragedias reales en el peor de los casos… autoconmiseración inmoral, patraña nacionalista…». Es el problema del público: en lo primero que piensan es en ser el número uno. También consideran que ser el primero es mejor que el segundo, o el decimocuarto. <<

[26] Citado en Bum, *Age of Equipoise*, p. 64. <<

[27] W. S. Jevons, *Methods of Social Reform* (Londres, Macmillan, 1883), pp. 181-182, citado en Supple, «Official Economic Inquiry», p. 325. <<

[28] Reproducimos las palabras de McCloskey, que ofrece a sus compatriotas un magro consuelo: «Los norteamericanos están en mejores condiciones cuando Japón les "derrota" en la fabricación de automóviles, porque entonces pueden dedicarse a algo para lo que son comparativamente buenos —la banca o el cultivo de soja, pongamos por caso— y dejar que los japoneses se ocupen de fabricar coches o de la electrónica de consumo». McCloskey, «1066 and a Wave of Gadgets», en McCloskey y Donnois, eds., «British Industrial "Decline"», p. 21. <<

[29] McCloskey, *Econ. Hist. Rev*., 2.ª serie, 3 (1970). <<

[30] Cf. Wilson, *British Business History*, pp. 90-93. Habría cabido esperar de esos distribuidores ambivalentes mayor capacidad de discernimiento y que se dedicaran a las marcas más rentables. O que los fabricantes crearan su propia red de venta y servicios, como ocurrió en Estados Unidos y, más adelante, en Japón. <<

[31] Peter H. Lindert y Keith Trace en McCloskey, ed., *Essays on a Mature Economy*, p. 242. <<

[32] Wilson, «Economy and Society», pp. 185, 190, citado en Dintenfass, «Converging Accounts», p. 19. <<

[33] Las citas se deben a Dintenfass, «Converging Accounts», p. 22. Los optimistas también han rechazado las afirmaciones de los empresarios sobre sus malos resultados. Véase Edgerton, «Science and Technology in British Business History» y *Science, Technology*, p. 11. Para un punto de vista pesimista basado en anécdotas del mundo de los negocios, Coleman y MacLeod, «Attitudes to New Techniques». <<

[34] Floud, «Britain», en Floud y McCloskey, eds., «Economic History», 1.ª ed., II, 23. <<

[35] McCloskey, «International Differences in Productivity?», en McCloskey, ed., *Essays on a Mature Economy*, pp. 286-287. <<

[36] Habakkuk, *American and Britih Technology*, p. 212. <<

[37] Cf. Clapham, *Economic History*, III, 131. <<

[38] Davenport-Hines y Jones, eds., *British Business in Asia*, p. 21. Podrían formularse observaciones semejantes acerca de la producción británica de acero. Los fabricantes británicos contaban con todas las ventajas posibles en el mercado indio y, sin embargo, vieron cómo eran desplazados paulatinamente: 8000 libras esterlinas de acero belga frente a 98 000 de acero británico en 1885/1886; 280 000 libras de acero belga frente a 274 000 de acero británico en 1895/1896. Y ello a pesar de la reputación de superior calidad del acero británico. Saul, *Studies in British Overseas Trade*, p. 199. <<

[39] Charles Wilson, «Economy and Society», en Payne, «Industrial Entrepreneurship», p. 208. <<

[40] James Foreman-Peck, «The Balance of Technological Tranfers 1870-1914», en McCloskey y Dormois, eds., «British Industrial "Decline"», p. 11, rechaza que se tratara de un fracaso, afirmando que se debió «meramente a un tipo diferente de especialización internacional». Pollard, *Britain's Prime*, cap. 3, considera que los tintes no podían tener tanta incidencia. <<

[41] Friswell y Levinstein, citados por Haber, *Chemical Industry*, p. 168. (Es exactamente el tipo de prueba que los optimistas juzgan torpe, de modo que la descartan por defender intereses propios). Los judíos más célebres de la industria química fueron los asociados de Brunner, Mond & Co., la empresa líder en la producción de álcalis. Incorporaron el proceso Solvay, que no podía aplicarse a la tecnología obsoleta del resto de la industria, como no fuera para alentarla a protegerse mediante acuerdos restrictivos de la competencia. Brunner y Mond siguieron adelante y amasaron ingresos fabulosos merced a su monopolio. <<

[42] Rubinstein, *Capitalism, Culture and Decline*, pp. 94-96, da mucha importancia a las aportaciones británicas a las ciencias puras, que refleja una cuota muy elevada de premios Nobel. Pero habla poco de las aplicaciones, salvo para convenir que la mayoría se dieron «a menudo y, hoy, de manera sistemática» en otros países. Sobre la industria eléctrica, en la cual la ingeniería tiene obviamente gran peso, véase Byatt, *British Electrical Industry*, pp. 188-190: «Los hombres de negocios británicos no han sabido aprovechar a sus ingenieros». Para un punto de vista positivo sobre la educación técnica y científica británica, véase Edgerton, *Science, Technology*, en particular el capítulo 5. <<

[43] Véase, entre otros, Landes, *The Unbound Prometheus*, cap. 5, y Wiener, *English Culture and the Decline of the Industrial Spirit*. Así como una observación casual de Habakkuk, *American and British*, p. 212: «Es cierto que la elección de carrera de los ingleses estaba

muy influenciada por la tradición, la convención y la inercia, lo que sin duda en Inglaterra suponía encauzar el talento al margen del mundo de los negocios». Por otra parte, véase Dintenfass, *Decline*, pp. 61-64. <<

[44] Cf. Livingston, «Gentleman, Theory of the». Este sentido de la superioridad con respecto a lo material también se evidencia en las memorias de los viajeros ingleses a Estados Unidos. Mientras en el siglo XVIII era Inglaterra el objeto de las críticas o de la admiración, debido a su movilidad social y su éxito material, en el siglo XIX fueron los estadounidenses quienes encarnaron estos vicios y virtudes, convirtiéndose en objeto de mofa y condescedencia por parte de esnobs y aventureros. <<

[45] Abramovitz y David, «Convergence and Deferred Catch-up», pp. 26-27. Los dieciséis países avanzados agrupados a efectos de la comparación son doce líderes europeos: Alemania, Austria, Bélgica, Dinamarca, Finlandia, Francia, Italia, Noruega, Países Bajos, Reino Unido, Suecia y Suiza, a los que hay que añadir Australia, Canadá y Japón. <<

[46] *Ibid*., p. 27, cuadro 1. <<

[47] Véase Steven A. Holmes, «Income Disparity between Poorest and Richest Rises», *New York Times*, 20 de junio de 1996, p. A-1. Asimismo, Keith Bradsher, «More Evidence: Rich Get Richer», *ibid*., 22 de junio de 1996, p. A-31. Paul Krugman, *Pop Internationalism*, es categórico en su rechazo de la idea de que el estancamiento de Estados Unidos está relacionado con el progreso de sus competidores internacionales. Con todo, encuentro algunos puntos comunes con ejemplos anteriores de pérdidas de hegemonía. <<

[48] Robert Samuelson, «Is There a Savings Gap?», *Newsweek*, 17 de junio de 1996, p. 56, quien cita un estudio realizado por el McKinsley Global Institute. <<

[49] Lewchuk, *American Technology*, p. 117. <<

[50] Citado *ibid*., p. 117. De los tres productores líderes en los años previos a la guerra, Gran Bretaña era la única que no podía abastecer a su demanda interna. Francia enviaba más de la mitad de su producción al extranjero y era el líder en exportaciones del mundo. <<

[51] *Ibid*., pp. 171-172. <<

[52] Para un estudio práctico de esta gestión deficiente, que se remonta a los años de entreguerras, véase Church, «Deconstructing Nuffield». Sobre la afición al ocio, Church señala los viajes anuales, de un mes de duración, de Nuffield a Australia, en un buque muy lento, bien equipado en juegos de cubierta. <<

[53] Pollard, *Development of the British Economy*, pp. 242-243. <<

[54] Cf. Channon, *Strategy and Structure*, p. 109: «su estrategia no parecía esperanzadora para el desarrollo a largo plazo de la industria automovilística británica». <<

[55] Church, «Deconstructing Nuffield», p. 578, n. 127. <<

[56] Pollard, *Development of the British Economy*, p. 400. <<

[57] Church, *Rise and Decline*, pp. 77, 104, 115 y *passim*; y su artículo «Effects of American Multinationals». <<

[58] Pollard, *Development of the British Economy*, p. 401. <<

CAPÍTULO XXVII

[1] Kindleberger, *Financial History*, p. 407: «Considero la reforma monetaria alemana de 1948 como una de las grandes hazañas de la ingeniería social de todos los tiempos». <<

[2] Sobre esos últimos días, véase Toland, *The Rising Sun*. <<

[3] Sobre estos encuentros y su ritual, cf. Halberstam, *The Reckoning*, p. 310. <<

[4] Tomo la expresión «ciudad-estado global» de Murray y Perera, *Singapore*. <<

[5] «A Survey of Multinationals», *The Economist*, 24 de junio de 1995, p. 4. <<

[6] M. Richardson, «Malaysia Readies a Crackdown on Illegal Workers», *International Herald Tribune*, 7 de octubre de 1996, p. 4. <<

[7] Sobre Indochina, cf. Murray, *Development of Capitalism*, p. 619, n. 345. Cita a René Dubreuil, *De la condition des Chinois et de leur role économique en Indochine* (Bar-sur-Seine, 1910), p. 71: «Cuando se instaló la administración francesa en Cochinchina, descubrió que los chinos… suponían una ayuda preciosa para llevar a cabo su tarea de colonización… Para lograr que… [los vietnamitas] cambiaran de hábitos y de mala fe, para educarlos en el comercio y enseñarles a sacar de sus jarras de barro las piastras necesarias para alimentar nuestra máquina administrativa, nos hacía falta un intermediario que los conociera bien, hablara su lengua y se casara con mujeres de su raza. Ese intermediario fue China. Los chinos tienen una gran capacidad de adaptación, son habilidosos, carecen de prejuicios y adoran el dinero». <<

[8] Pan, *Sons of the Yellow Emperor*, p. 247; véase, sobre estos temas, el cap. 13: «Cultural and National Identities». <<

[9] Ohmae, *End of the Nation State*, 179. Sobre los nuevos disturbios en Indonesia, véase *International Herald Tribune*, 11-12 de enero de 1997, p. 1. <<

[10] Estas cifras y las anteriores proceden de Rohwer, *Asia Rising*, pp. 228-229. <<

[11] Como Naisbitt, *Megatrends Asia*, p. 17: «Los chinos están subiendo. Asia y gran parte del mundo actual está pasando de la hegemonía japonesa a la de China». Si Naisbitt está en lo cierto, el período de supremacía japonesa será uno de los más breves de la historia. Pero ¿qué vendrá luego? ¿Se puede hablar de liderazgo en un mundo donde las empresas son globales? <<

[12] Achavanuntakul, «Effects of Government Policies», p. 9. De acuerdo con el Banco Mundial, la tasa de inflación fue del 9,2 por 100 entre 1970 y 1980 y del 4,2 por 100 entre 1980 y 1992. <<

[13] Sobre este tema, véase Thomas L. Friedman, «Bangkok Bogs Down», *New York Times*, 20 de marzo de 1996, p. A-19; y Kaplan, *Ends of the Earth*, pp. 380-382. El problema lo agrava el uso extensivo y creciente del carbón como combustible, en buena parte lignito, el peor tipo posible. Sobre las caravanas, *International Herald Tribune*, 9 de enero de 1997, p. 2. <<

[14] Sobre la variedad de modelos del Ford T, véase Flink, «Unplanned Obsolescence». <<

[15] Cusumano, *Japanese Automobile Industry*, p. *7*. <<

[16] Tomo esta información de Cusumano, pp. 18-19. Señala que, al margen de las restricciones a que pudieran estar sometidos algunos sectores, el Banco de Japón, el Banco de Desarrollo de Japón y el Banco Industrial de Japón concedieron grandes sumas a finales del decenio de 1940 a Nissan, Toyota e Isuzu para evitar que quebraran. Si el Ministerio de Industria y Comercio Internacional no hubiera convencido a los demás, escribe, «la historia de Japón en la posguerra habría sido considerablemente diferente» (p. 19). <<

[17] Estas cifras proceden de Cusumano, pp. 4-5. <<

[18] La mejor y más amena fuente al respecto es la obra de Halberstam *The Reckoning*. Olvidémonos de economistas e historiadores de la economía. Halberstam entiende la industria, pero comprende aún mejor a la gente que la compone. Véase también, en esta misma línea, Lacey, *Ford*. <<

[19] De Womack *et al., The Machine That Changed the World*, p. 118. <<

[20] Friedman, «Beyond the Age of Ford». Cf. Piore y Sabel, *The Second Industrial Divide*. <<

[21] Sobre la diferencia entre tamaño y flexibilidad, véase Landes, «Piccolo e bello. Ma e bello davvéro?». <<

[22] Dertouzos *et al., Made in America*, p. 180. No puede decirse que los métodos técnicos fueran homogéneos de una empresa a otra. Nissan y Toyota, por ejemplo, tenían diferencias considerables. Nissan estaba más próxima al modelo norteamericano, mientras

que las técnicas de Toyota eran más flexibles. Cf. Cusumano, *Japanese Automobile Industry*. <<

[23] Abemathy y Clark, p. 36, hablan de «paralelos fascinantes pero, en último término, acusadas diferencias». Cf. Cusumano, *Japanese Automobile Industry*, cap. 5, sobre el sistema de producción de Toyota y la extraordinaria vida profesional de Taiichi Ohno, quien llegó al sector del automóvil procedente de la empresa matriz (telares automáticos Toyoda), lo vio todo con una mirada nueva y transformó la naturaleza de la producción en serie. <<

[24] Halberstam, *The Reckoning*, pp. 43, 50. <<

[25] Cf. Womack *et al., The Machine That Changed the World, p. 109*, sobre el Honda *Accord*. <<

[26] Véase Johnson, *Japan*, p. 31. <<

[27] Sobre estos temas, véase Tabb, *The Postwar Japanese System*, p. 160. <<

[28] Cf. Keith Bradsher, «Cost-Cutting Strategy», *New York Times*, 17 de marzo de 1996, p. A-1, sobre los argumentos a favor y en contra de la huelga en la nave de montaje de frenos de General Motors en Dayton, Ohio. <<

[29] Cf. Stopford y Strange, *Rival States*, pp. 84-85. <<

[30] *New York Times*, 13 de mayo de 1993, p. D-3. <<

[31] Holusha, «Detroit's New Labor Strategy». <<

[32] Véase Keith Bradsher, «New Union Tactics», *New York Times*, 10 de marzo de 1996, p. A-16. <<

CAPÍTULO XXVIII

[1] Cf. Ishac Diwan, «Hard Time for More Labor Economics», Forum (boletín del Economic Research Forum for the Arab Countries, Irán y Turquía), 2, 2 (julio-agosto de 1995), 1-3; y N. Fergany, «Unemployment in Arab Countries: The Menace Swept Under the Rug», *ib id*., pp. 4-5. <<

[2] Bulmer-Thomas, *Economic History of Latin America*, p. 278. <<

[3] El Programa Internacional de Control de las Drogas de la ONU, en su primer Informe Mundial sobre las Drogas, evalúa el comercio de drogas ilegales en 400 000 millones de dólares estadounidenses, aproximadamente el 8 por 100 del comercio mundial total. Se calcula que entre el 28 y el 53 por 100 de los ingresos de Bolivia en concepto de

exportación procede del narcotráfico, es decir, en torno al 6 por 100 del PIB de dicho país; *Financial Times*, 26 de junio de 1997, p. 4. Se admiten apuestas. <<

[4] Merkel y Mühlberg, eds., *Wunderwirtschaft*, es una obra fascinante sobre los cuentos de hadas económicos de los países socialistas, centrada en la República Democrática Alemana. <<

[5] Feshbach y Friendly, *Ecocide in the USSR*, cap. 4; Kaplan, *Ends of the Earth*, p. 277; David Philipov, «A Sea Dies, Mile by Mile», *Boston Globe*, 21 de abril de 1996, p. 17. <<

[6] Filipov, «In Chemobyl Soil, Fatalism Thrives», *Boston Globe*, 21 de abril de 1996, p. 17. <<

[7] Cf. Josephson, «In Chemobyl Soil, Fatalism Thrives», *Boston Globe*, 21 de abril de 1996, p. 17. <<

[8] Shcherback, «Ten Years of the Chomobyl Era», p. 44. Véase asimismo Marples, *Social Impact*; Medvedev, *Truth About Chemobyl*; Michael Specter, «10 Years Later, Through Fear, Chemobyl Still Kills in Belarus», *New York Times*, 31 de marzo de 1996, p. A-1. <<

[9] Davidson, *Black Man's Burden*, p. 216. <<

[10] Banco Mundial, *Adjustement in Africa*, p. 17. Véase también su *World Development Report 1997: The State in a Changing World*. Uno de los problemas de estas cifras es su gran margen de error. Por una parte, las autoridades africanas las maquillan en función de las necesidades. Por otra parte, es imposible evaluar la aportación de las innumerables actividades económicas paralelas. ¿Se compensan mutuamente ambos sesgos? <<

[11] Kamarck, *Economics of African Development*, p. 17. <<

[12] H. J. Spiro, *Politics in Africa*, citado por Kamarck, *Economics*, p. 48. <<

[13] Davidson, *The Black Man's Burden*, p. 197. <<

[14] Sobre este tema, véase Platteau, «Food Crisis in Africa». <<

[15] *Ibid*., p. 451. <<

[16] Algunos saludan este proceso de urbanización prematura como el campo de cultivo de la modernidad, la democracia y el espíritu de empresa. Cf. A. Frachon, «L'Afrique n'est plus rurale», *Le Monde*, 10-11 de noviembre de 1996. <<

[17] Cf. Dasgupta, «Population, Poverty, and the Local Environment». <<

[18] J. C. McKinley, Jr., «Anguish of Rwanda Echoed in a Baby's Cry», *New York Times*, 21 de febrero de 1996, p. A-8. Véase Howard W. French, «Migrant Workers Take AIDS Risk Home to Niger», *New York Times*, 8 de febrero de 1996, p. A-3. <<

[19] Havinden y Meredith, eds., *Colonialism and Development*, p. 276. <<

[20] *Ibid*., p. 278. <<

[21] Tomo este episodio del relato de Evelyn Waugh, *Tourist in Africa*, p. 98. [Hay traducción castellana de Ferrer Aleu, J. Barcelona, Plaza & Janés, 1976. *Un turista en África*]. <<

[22] *Ibid*., p. 99. <<

[23] Roberts, «The Coercion of Free Markets», p. 224; asimismo Davidson, *Black Man's Burden*, p. 217. <<

[24] Un capitán de policía instruido y que había viajado, citado por Biddlecombe, *French Lessons*, p. 247. <<

[25] George B. N. Ayittey, «The U. N.'s Shameful Record in Africa», *Wall Street Journal*, 26 de julio de 1996. <<

[26] Según Ayittey, las Naciones Unidas han calculado que, solo en 1991, África envió unos 200 000 millones de dólares estadounidenses a bancos extranjeros, cifra equivalente al 90 por 100 del PIB del África subsahariana. *Ibid*. <<

[27] H. W. French, «Personal Rivals Fight to Finish in War in Zaire», *New York Times*, 6 de abril de 1997. <<

[28] Barbara Crossette, «U. N., World Bank and IMF Join $25 Billion Drive for Africa», *New York Times*, 17 de marzo de 1996, p. A-6. El neoyorquino *African Observer* acusó a este proyecto de mascarada, urdida por Boutros Boutros-Ghali para propulsar su campaña a la reelección como secretario general de la ONU (de ser así, no resultó suficiente); Ayittey, «U. N.'s Shameful Record». <<

[29] *New York Times*, 17 de marzo de 1996, p. A-6. <<

[30] Datos procedentes del Banco Mundial, *World Development Report 1994*. <<

[31] En 1993. Field, *Inside the Arab World*, p. 135, señala que la suma equivalía al monto de la deuda nacional exterior contraída hasta la fecha, de modo que podía soñarse con la posibilidad de no deber nada. Si se le echaba la mano encima. <<

[32] Sobre este tema, véase Abdelaziz, «Une économie paralysée». <<

[33] Field, *Inside the Arab World*, p. 134. <<

[34] Fisk, «Sept journées ordinaires», p. 7. <<

[35] Cardoso y Faletto, *Dependency and Development*, p. 216. Para ser justos, digamos que es probable que el texto sea menos árido en español. <<

[36] Matt Moffett, «Foreign Investors Help Brazil's Leader Tame Its Raging Inflation», *Wall Street Journal*, 15 de diciembre de 1995, p. A-1. <<

[37] *Ibid*. Supongo que las citas están traducidas, por lo que me he tomado la libertad de alterar la expresión sin modificar el contenido. <<

[38] Sebastian Edwards, «Why Brazil Is Not Mexico-Yet», *Wall Street Journal*, 26 de julio de 1996, p. A-13. <<

CAPÍTULO XXIX

[1] Sobre los aspectos negativos y los «excesos» de la tecnología, véase Salomon, *Le destin technologique*. <<

[2] Véase Holton, *Einstein, History*. <<

[3] Islamoglu-Inan, «Introduction», p. 222. En una exposición aguda y discreta, Khoo Khay sugiere que, entre las causas de esta *crise de conscience* eminentemente europea, cabe citar «el derrumbamiento de la teoría y la praxis del proyecto socialista». H-World@hnet.msu.edu, 31 de octubre de 1996. <<

[4] Así, Tavakoli-Targhi, «Orientalist's Genesis Amnesia». <<

[5] Islamoglu-Inan, «Introduction», p. 229. <<

[6] Cf. Hall, «A Theory of the Rise of the West», p. 231. <<

[7] Sobre la proliferación de lo que Ferdinand Mount llama libros «terminales», véase su reseña «No End In Sight», *Times Literary Supplement*, 3 de mayo de 1996, p. 30, donde escribe: «Algo tiene en común toda esta grandilocuente cacofonía de profecías y prescripciones: la negativa a hacer una pausa para considerar los argumentos del enemigo o cualquier falla en su propio pensamiento. Ni siquiera pretenden hacer creer que les preocupan». <<

[8] B. Biggs, presidente de Morgan Stanley Asset Management, citado por Kaplan, *Ends of the Earth*, p. 297. <<

[9] Cf. Dasgupta, «Natural Ressources». Habla de una tercera fase, la «era de la sustituibilidad»: «En esta era final, las actividades económicas utilizarán materiales virtualmente inagotables, con una reducción relativamente menor de los niveles de vida» (p. 1128). <<

[10] Cf. Edward A. Gargan, «A Year from Chinese Rule, Dread Grows in Hong Kong», *New York Times*, 1 de julio de 1996, p. A-1; y Peter Stein, «China Is Slow to Handle Issues on Hong Kong», *Wall Street Journal*, p. B7D. <<

[11] Recordemos las precauciones de las empresas rusas, que establecen su sede central en Chipre para escapar a las garras del crimen y el caos siempre al acecho en su país. Mark M. Nelson, «Economic Fugitives», *Wall Street Journal*, 9 de mayo de 1996, p. 1. <<

[12] Krugman, *Pop Internationalism*, p. 70. <<

[13] *La riqueza de las naciones*, libro II, cap. 3. <<

[14] *New York Times*, 19 de junio de 1996, p. D5: «Moulinex [fabricante francés de electrodomésticos] Is Shifting Production to Mexico». No toda: cinco naves sobre once, 2600 sobre 11 300 puestos de trabajo. La empresa registró una pérdida de 702 millones de francos consecutiva a otra de 213 millones el ejercicio anterior. <<

[15] *Pop Internationalism*, p. 50. <<

[16] Cf. *ibid*., pp. 112-113, donde se afirma que ni siquiera una «política comercial estratégica» que tuviera éxito aumentaría en más de un 0,07 por 100 la renta nacional norteamericana, por lo que equipara estas políticas «con las políticas de fijación de precios a los rancheros y mineros que trabajan en territorio federal». No estoy de acuerdo. Si el gobierno puede fomentar la competitividad, debería hacerlo, de acuerdo con el principio de que aumentar el bagaje de conocimientos y lograr mejores resultados tienen un efecto de contagio. Y si el gobierno arrienda terrenos federales a precios inferiores a los del mercado, debería dejar de hacerlo, en función del principio de que la búsqueda de rentas, cuando tiene éxito, se convierte en una mala costumbre, también contagiosa. El único argumento sólido contra la intervención del gobierno es que a menudo hace las cosas deprisa y corriendo. Y eso también es contagioso. <<

[17] Cf. Uchitelle, «Like Oil and Water». En este artículo compara la teoría económica —su contenido y su talante— de Lester Thurow y Paul Krugman. <<

[18] Entre las contribuciones más recientes, cabe citar los ensayos de Krugman contenidos en *Pop Internationalism*, donde se denuncia el proteccionismo y otros esfuerzos de gestión del comercio. Krugman se muestra especialmente severo con sus adversarios intelectuales, definiendo el «internacionalismo pop» como «la retórica incontenible que atrae a quienes quieren parecer refinados sin hacer el esfuerzo de pensar demasiado». Citado en una reseña de Charles Wolf, Jr., en *Wall Street Journal*, 1 de junio de 1996, p. A-12. <<

[19] Para un punto de vista escéptico sobre la eficacia del mercado y una defensa de las ventajas de la intervención del gobierno, véase Kuttner, *Everything for Sale*. <<

[20] Véase le Masson, *Faut-il encore aider?*, p. 145. <<

[*] J. M. Keynes, *Obras completas*, X, pp. 97-98, citado por Skidelsky, *John Maynard Keynes: The Economist as Saviour 1920-1937*, p. 419. Agradezco esta cita a Morton Keller. <<

[*] Por lo general. Es más sencillo mantenerse cálido si uno cuenta con los medios necesarios: la ropa y la vivienda idóneas. Faujas de Saint Fond, un viajero francés de finales del siglo XVIII, observa que, mientras los labradores ingleses vivían cómodamente, calentados por sus estufas de carbón, los campesinos franceses a menudo se quedaban en cama durante el invierno, agravando así su pobreza por esta ociosidad forzosa. <<

[*] Cf. Adam Smith, *Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* [o *La riqueza de las naciones*; traducción castellana de Rodríguez Braun, Carlos. Madrid, Alianza, 1997], libro IV, cap. 7, parte 2: «En todas las colonias europeas, del cultivo de la caña de azúcar se ocupan los esclavos negros. La constitución de los oriundos de los climas templados de Europa no les permitía soportar el trabajo de cavar la tierra bajo un sol ardiente…». <<

[*] No todo el mundo estaría de acuerdo. Cf. Blaut, *The Colonizer's Model*, p. 70, quien afirma que se ha hecho patente, «merced a pruebas de orígenes muy diversos, incluidos los estudios psicológicos, que todos los tipos de organismos humanos pueden trabajar con la misma efectividad en los trópicos que en cualquier otro lugar, siempre y cuando hayan tenido tiempo de adaptarse a las condiciones tropicales». Blaut se opone por motivos ideológicos a la idea de que los favores de la naturaleza estén repartidos desigualmente. <<

[*] Algunos estudiosos no estarían de acuerdo con esta secuencia histórica. No consideran la esclavitud un fenómeno indígena, sino importado, debido a la demanda europea de mano de obra. Este comercio «hizo que la tripanosomiasis, que era una enfermedad endémica frente a la que tanto el ganado como los hombres tenían cierto grado de inmunidad y exposición y que mantenía a raya la ocupación relativamente completa de las tierras, se convirtiera en una enfermedad devastadora que, desde finales del siglo pasado, ha impedido indudablemente el desarrollo de la ganadería en algunas zonas de África». Blaut, *The Colonizer's Model*, pp. 79-80, quien cita erróneamente a Giblin, «Trypanosomiasis Control». (A Giblin no le interesan tanto los efectos del comercio de esclavos en el Atlántico que comenzó en el siglo XVI como los de la administración colonial que empieza a partir del decenio de 1890 [pp. 73-74], un asunto muy diferente). Los estudiosos discrepan también sobre este último período. Cf. Waller, «Tsetse Fly», p. 100.

Adviértase, sin embargo, que hay numerosas pruebas de la existencia de la esclavitud en África mucho antes de la llegada de los europeos, así como del comercio activo de esclavos que practicaban los árabes, en busca de cautivos para las tierras musulmanas. Gordon, *Slavery*, pp. 105-127. Por otra parte, cualesquiera que fueran los orígenes y consecuencias

de estas primeras manifestaciones, el comercio atlántico las agravó indudablemente. Cf. Law, «Dahomey and Slave Trade»; y Lovejoy, «Impact». Hasta en este caso, no obstante, Eltis, *Economic Growth*, p. 77, discrepa. <<

[*] Shakespeare, *El mercader de Venecia*. (*N. del t.*) <<

[*] Gibbon, el gran historiador de *Decline and Fall of the Roman Empire*, para recalcar la trascendencia de esta victoria, señala que, de haber ganado los árabes, toda Europa estaría ahora leyendo el Corán y todos los varones habrían sido circuncisos. [Hay traducción castellana de José Mor Fuentes, Hyspamérica, 1988]. <<

[*] Eric Jones, *The European Miracle*, pp. 6-7: «Las heces evacuadas en el agua hicieron de China la reserva mundial de parásitos de los pulmones, hígados e intestinos y del esquistosoma oriental, todos ellos causantes directos de enfermedades crónicas. Los excrementos humanos se utilizaban como fertilizantes y las infestaciones de lombrices transmitidas por el contacto con la tierra constituían un riesgo laboral para los campesinos. Según Han Suyin, a principios del siglo XIX las infestaciones de lombrices tenían una incidencia del 90 por 100 entre los niños de Pekín y se veían gusanos por todas partes, en los caminos y junto a los edificios… Al margen de las costumbres asociales, se trataba del castigo a una población densa dedicada a la agricultura de regadío en un clima cálido y al recurso a un sistema de fertilización inadecuado». La India, con su antihigiénica costumbre de defecar en espacios públicos, a menudo en corrientes y ríos que también servían para lavar y beber, quizás salía aún peor parada. <<

[*] Jones, *The European Miracle*, quien cita a Narain, *Iridian Economic Life*, pp. 332-333. Pero los datos de Narain se refieren a los siglos XIX y XX, cuando Europa ya había progresado considerablemente con respecto a las tasas de mortalidad antiguas. Las diferencias entre Europa y Asia eran probablemente inferiores quinientos o mil años antes. <<

[*] El Changjiang por sí solo deposita más sedimentos que el Nilo, el Amazonas y el Mississippi juntos, y el río Amarillo deposita tres veces más sedimentos que el Changjiang; Link, «A Harvest», p. 6. <<

[*] Debido a la dependencia de los ingenios, estas sociedades eran extremadamente vulnerables. Se ha dicho, por ejemplo, que la destrucción (en el siglo XIV) por Tamerlán y sus hordas tártaras de las cisternas y los sistemas de canalización de agua de Persia nunca llegó a subsanarse, lo que convirtió a una tierra antaño poblada y fértil en un yermo. Los reinos y pueblos de esa zona nunca se recuperaron. <<

[*] En efecto, esta pauta de reproducción intensiva potenció el poder político, en términos tanto de carne de cañón humana como de materia prima para la invasión territorial. En último término, he ahí la clave de la expansión china a costa de otras sociedades menos prolíficas. <<

[*] Jones, *The European Miracle*, p. 5. Jones cita a un apologeta que afirma que, a fin de cuentas, en muchos de estos proyectos quizás no se empleara a demasiados trabajadores, sino que se habrían dilatado en el tiempo, requiriendo la participación de varias generaciones, y que los trabajadores podrían haber sido voluntarios, impelidos por el fervor religioso (p. 10). Quien pueda creer eso podrá creer cualquier cosa: en estos proyectos se usaban casi siempre guardianes armados y se registraban tasas de mortalidad espectacularmente elevadas. Sobre las pérdidas que acarreó la construcción del Gran Canal y la Gran Muralla de China (se trata de millones de muertos), véase *ibid*., p. 9. <<

[*] Eso no es del todo cierto: Europa también tuvo sus déspotas. A quienes visiten en la actualidad la gran basílica de Vézelay quizás les interese saber que los siervos que fueron reclutados para construirla se amotinaron en tres ocasiones contra las autoridades eclesiásticas. Tampoco quedaban exentos los animales: cf. la catedral de Laon, edificada en la cima de una colina y en cuya torre figuran las estatuas de cuatro bueyes a los cuatro vientos, en conmemoración de las bestias que murieron arrastrando piedras del llano. En cualquier caso, siempre es mejor que sean los bueyes que los hombres. En cierto sentido es, pues, una justificación.

Para un ejemplo más reciente, cf. la línea de ferrocarril (decenio de 1840) de San Petersburgo a Moscú: un cadáver por cada traviesa. <<

[*] El loes es una greda arenosa, que va desde el suelo arcilloso hasta la arena, fértil cuando se riega abundantemente, idónea para el cultivo de cereales. No era la tierra más rica a su alcance, pero sí lo suficientemente, y tenía la virtud de ser fácil de trabajar, al no crecer en ella árboles de madera pesada y poderse talar y cultivar sin aperos de hierro.

En la parte occidental del norte de China, los principales yacimientos de loes llegaban a alcanzar 250 metros de profundidad. Es una tierra fina y terrosa, fácilmente arable por lo tanto. Véase Bray, «Sword into Plowshares», p. 23. Sobre la mayor importancia de la facilidad de labrar con respecto a la fertilidad potencial de la tierra en las primeras fases de la agricultura, véanse, más arriba, los comentarios sobre la experiencia europea. Acerca de China, véase Lattimore, *Inner Asian Frontiers*, pp. 29-30. En su nota 8, cita a Wittfogel para apoyar la teoría de que la agricultura egipcia no dio comienzo en el delta del Nilo, sino río arriba, en torno a lo que se convertiría más adelante en Menfis. Asimismo, Cari Sauer, antropólogo y arqueólogo especializado en agricultura, recalcó la importancia de un terreno «acondicionable con instrumentos escasos y poco resistentes» y observó que los indios estadounidenses cultivaron en un primer momento tierras menos ricas pero más fáciles de trabajar. <<

[*] La irregularidad de las precipitaciones en el curso superior conducía a grandes variaciones en el volumen de agua y la acumulación de depósitos aluvionales en el gran meandro que gira hacia el este provocó continuos cambios de curso del río Amarillo, que se desbordaba e inundaba irregularmente la Gran Llanura. De ahí su apodo de «pena de China». <<

[*] El ingenio y el trabajo todavía pueden incrementar la producción agrícola, si no de arroz y cereales, por lo menos sí de cultivos complementarios. Véase Emily M. Berstein, «Ecologists Improve Production in Chinese Farming Village», *New York Times*, 10 de agosto de 1993, p. C-4, un nuevo aumento de la producción pesquera y ahorros en los abonos. <<

[*] Es el tema, aunque no la fuente de inspiración, de la película *Los siete magníficos*. Situaciones similares llevan a tácticas afines. <<

[*] «La adquisición de propiedades valiosas y extensas requiere por consiguiente necesariamente la creación de un gobierno civil. Si no hay propiedad, o al menos ninguna que rebase el valor de dos o tres días de trabajo, el gobierno civil no resulta tan necesario»; Adam Smith, *La riqueza de las naciones*, libro V, cap. 1, parte 2. Smith se refería a la protección de la propiedad privada, pero estas consideraciones son también válidas para los usos del poder. <<

[*] Después de años de relatar este diálogo apócrifo (las versiones varían, pero así es el folclore), los profesores franceses no se atrevían a preguntar a sus alumnos quién rompió el jarrón de Soissons, porque siempre había un sabiondo en la clase que negaba que fuera cierto. Cf. Bonheur, *Qui a cassé*, p. 77. <<

[*] Esta disparidad entre Europa oriental y occidental es solo un aspecto de un profundo abismo aún existente. Y la mayor parte de los habitantes de Europa oriental saben de qué lado de la línea quieren estar. De ahí la expansión de Europa «central» al incluir a todos los países con excepción de Rusia. Así como los planes de ampliación de la Unión Europea y la OTAN. <<

[*] Ya en la Roma tardía, las tribus germánicas lucharon aliadas con las huestes imperiales para detener a olas tardías de invasores, como los francos sálicos, los visigodos y otros, como el general romano Aetius enfrentándose a los hunos de Atila en la batalla llamada de Châlons (junto a Troyes) en 451. Atila y sus hunos han sido recogidos por la tradición europea como la quintaesencia de la barbarie y el salvajismo. Pero los turcos de hoy no lo ven así: Atila es uno de sus héroes favoritos. <<

[*] Cuando llegaron por segunda vez a Viena, en 1683, los turcos se encontraron enfrente no solo a los germanos, sino también a los polacos de Sobieski. Los europeos podían colaborar cuando consideraban que afrontaban un enemigo común. El hecho de que se trataba del último suspiro lo prueba la rápida retirada otomana subsiguiente. En menos de dieciséis años abandonaron Hungría y se retiraron a Bosnia y Serbia, renunciando al valle medio del Danubio, que cedieron a los asentamientos cristianos (Tratado de Karlowitz). <<

[*] Las versiones inglesa y alemana de la canción (y quizás de otras lenguas) traducen esta idea diciendo que «las campanas de maitines están sonando». Lo importante es que es el *frère Jacques* quien debería haberse ocupado de ello. <<

[*] Al parecer, los chinos temían más la rebelión interna que la invasión exterior, por el peligro de que armas más modernas cayeran en manos inapropiadas, entre ellas las de sus generales. Cf. Hall, *Powers and Liberties*, pp. 46-47. <<

[*] Por motivos que merece la pena estudiar en el contexto de la historia de las ideas y la invención del folclore, varios estudiosos han tratado recientemente de propalar la idea de que la tecnología europea no se puso al nivel de la de Asia hasta finales del siglo XVIII. La fuente más activa en este sentido es la página *H-World* en Internet, un foco de atracción de todo tipo de falacias y fantasías. <<

[*] ¡Piérdete (de nuevo), Colón! (*N. del t.*) <<

[*] Jean Ziegler, *La victoire des vaincus*, p. 101, cita una novela rusa de la década de 1960, *Ajvanhu*, de Juryi Rychten (la traducción polaca es de 1966), en la que el héroe siberiano se lamenta: «Nunca he comprendido cómo puede descubrirse una tierra ya habitada… Es como si fuera a Yakutsk y anunciara que he descubierto dicha ciudad. Dudo de que les gustara a los yakutos». (N. B.: Se trata de una traducción en tres etapas, del ruso al polaco, del polaco al francés y del francés al inglés. Pero no creo que sea infiel al original). <<

[*] La única excepción a este desencanto ha sido la alabanza de la difusión del cristianismo en un mundo de religiones paganas, sacrificios humanos y canibalismo. Nada más alejado de mi intención que defender estas antiguas usanzas. Sin embargo, el historiador debe apuntar que a quienes se ofreció la «salvación» pagaron un alto precio por ella y quizás concedieran un valor muy distinto a este trueque. <<

[*] Algunos alegarían que todo esto es manifiestamente falso. El mundo se compone de muchas naciones de dimensiones y poder desiguales, y no siempre ocurre que las fuertes dominen a las débiles. Eso es correcto, pero el que se abstengan de hacerlo se debe en gran parte al equilibrio de poderes. Las naciones aúnan sus fuerzas cuando es necesario para impedir la hegemonía de una de ellas, en un cálculo racional de los beneficios que ello les puede reportar. Pero se trata de un cálculo arriesgado, que puede incurrir fácilmente en errores de apreciación. Así, costó varios siglos llegar a un equilibrio semejante en Europa que, en el siglo xx, se ha roto en dos ocasiones, con trágicos resultados. La reciente guerra del Golfo se ha debido también a un error en el cálculo (por falta de información), y las razones de que la respuesta haya sido tan desmesurada son, en primer lugar, la naturaleza de lo que estaba en juego (petróleo) y, en segundo lugar, la convicción de la importancia de sentar el principio de lo que solía denominarse seguridad colectiva.

Sobre este modelo de equilibrio de poderes en el imperialismo, véase Landes, «Some Thoughts on the Nature of Economic Imperialism» y «An Equilibrium Model of Imperialism». <<

[*] Cuando los cruzados tomaron Jerusalén en 1099, se dedicaron al saqueo, pillaje y masacre; en cambio, cuando Saladino reconquistó la ciudad para los musulmanes en 1187, la respetó. <<

[*] En las Canarias, los españoles encontraron a habitantes que seguían viviendo en la edad de piedra. Estos guanches, como se llamaban, después de algunas experiencias anteriores y desafortunadas de coexistencia, opusieron una resistencia feroz y, a pesar de su gran inferioridad en armamento (palos frente al acero y los fusiles), impidieron la entrada de los invasores durante más de un siglo. Las Canarias no fueron sometidas por completo hasta después de Colón.

Los guanches planteaban un problema teológico y espiritual. ¿Eran humanos? ¿Tenían alma? ¿Vivían según la ley? ¿Podían ser cristianos? La razón principal de estas digresiones moralistas era la justificación de la conquista y la esclavización. Los españoles necesitaban legitimidad: querían una bendición para sus empresas y siempre la obtenían. <<

[*] La reciente práctica argentina de secuestrar a los hijos de los adversarios políticos «desaparecidos» (adviértase que el verbo se usa como si fuera activo), incluidos los bebés nacidos en prisión, y dárselos a sus carceleros o incluso a los policías que los asesinaron, para que los críen como si fueran propios, tiene antecedentes muy antiguos. Cf. el cargamento de niños «conversos» de los judíos expulsados de Portugal en 1497, arrebatados a sus padres y preservados para el futuro, y luego enviados a las islas de Cabo Verde porque no se presentaban colonos voluntarios: Fernández-Armesto, *Before Columbus*, p. 201. Algunos hombres blancos fueron a estas tierras tropicales, pero pocos salieron con vida. <<

[*] Tomo este pasaje directamente del original de la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, en la edición de André de Saint-Lu, Madrid, Cátedra, 1992. (*N. del t.*) <<

[*] No se ha llegado a un consenso sobre la magnitud de este holocausto. Las estimaciones más elevadas sobre la población de las islas del Caribe en el momento de la llegada de Colón hablan de millones, más de un millón solo en el caso de La Española (Haití). Se basan en un recuento supuestamente efectuado por Bartolomé Colón (el hermano del almirante) en 1496 y recogido como fuente de autoridad en los informes posteriores: Sauer, *The Early Spanish Main*, pp. 65-67. Es imposible precisar de qué tipo de recuento se trata. Por otra parte, Sauer, p. 204, afirma que las plagas y enfermedades no se propagaron en las islas hasta 1518, momento en el cual la población nativa de La Española se había reducido a unos 11 000 habitantes. ¿Cómo habían desaparecido entonces los que faltaban? Sucumbiendo a la barbarie, los asesinatos, el trabajo forzoso en los lavaderos y minas de oro, a una caída vertiginosa de la natalidad. Con todo, resulta difícil comprender cómo incluso una colonia atareada de sádicos, matarifes y capataces pudo matar a tantos hombres (más de un millón) tan rápido. <<

[*] ¿Es eso cierto? Los colonos británicos de América del Norte fueron capaces de matar a sangre fría; ¿pero de infligir tormentos y torturar ferozmente? Y, si alguien pregunta cómo puede medirse este tipo de cosas, diré que, en mi opinión, hay una diferencia operativa importante, esto es, que si yo hubiera sido indio, habría preferido morir a manos de británicos que de españoles. Me habrían matado igualmente, pero de esa forma me habría encaminado a mi muerte de una manera rápida y razonablemente entero. <<

[*] Esta superioridad decisiva del armamento europeo en 1500, junto con otros avances técnicos ya tratados, se les ha atragantado a los estudiosos que quieren creer que la hegemonía global europea fue resultado de un feliz accidente. Como ha proclamado un iconoclasta: «Mi libro del período 1400-1800 "revela" que Asia estaba muy adelantada con respecto a Europa hasta 1800, y que Europa igualó/superó a Asia usando el dinero americano. La "expansión" de Europa y su progreso/adelanto con respecto a Asia a partir de 1500 es un mito eurocéntrico». André Gunder Frank, Universidad de Toronto, en Internet, H-World@msu.edu, 7 de junio de 1996. <<

[*] Los primeros portugueses en llegar a la India confundieron la idolatría de los nativos, pensando que el hinduismo era una forma exótica del cristianismo. <<

[*] También exploraron la costa oriental de Asia hasta llegar por el norte a Kamchatka, pero decidieron no ir más lejos. (Todos los bancos de hielo se parecen). <<

[*] Los mares Amarillo y de China meridional siempre han sido un célebre vivero de piratas. Pensemos en el terrible destino de los llamados *boat people* huidos de Vietnam en los últimos años. <<

[*] El propio Colón se encargó de divulgar la noticia. Tras su retorno a España, en marzo de 1493, la carta en la que narra el descubrimiento se imprimió trece veces, una en español, nueve en latín y tres en italiano. Gómez, *L'invention*, p. 95. <<

[*] Quizás fuera un consuelo para quienes no podían ir al Nuevo Mundo y encontrarse con las amazonas en su propia salsa. De una carta fechada en 1533 de Martín de Salinas, oficial en Valladolid, al secretario de Carlos V; Gómez, *L'invention*, pp. 120-121. La leyenda contaba que las amazonas copulaban dos o tres veces al año para procrear y luego se deshacían de los bebés varones. <<

[*] Al parecer, los mexicanos tenían una dieta asombrosamente variada, hallando las proteínas animales en perros, cobayas y hormigas, entre otra fauna. Las hormigas se han convertido en una especie de artículo de culto para los aficionados a la cocina amerindia precolombina, si creemos lo que se afirma en un artículo sobre el tema publicado en 1990 en la revista de la compañía aérea American Airlines. Por gentileza, no citaré el nombre del autor, que se jacta de haberlas probado vivas y de que le mordieran la lengua por su temeridad. <<

[*] Los perros de batalla también eran temibles: auténticos destripadores y matarifes contra los que no podían nada las armas aztecas, pero su tenacidad con cada presa reducía el número de bajas. Los españoles los usaron sobre todo para explorar el terreno y contra los prisioneros y los transeúntes, como medio de terror y entretenimiento. Cf. Todorov, *La conquête de l'Amérique*, p. 146. <<

[*] Persuadieron al Inca Atahualpa a abrazar el cristianismo diciéndole que, si moría como cristiano, su cuerpo no sería quemado, lo que significaba, en la fe inca, que podría volver a liderar a su pueblo. <<

[*] Los pueblos del imperio sabían construir barcos, o más bien lanchas, de madera de balsa, así como pequeñas barcas y plataformas flotantes usando pieles hinchadas y artilugios similares y propulsadas por nadadores. Pero, aunque no naufragaban, hasta las balsas más grandes resultaban pequeñas, inestables, fácilmente anegables, inadecuadas para el mar abierto. Cf. Rowe, «Inca Culture», p. 240: «La carencia real de la navegación peruana no fue la falta de ingenio, sino la ausencia del tipo de madera idóneo». Lo que plantea la cuestión de por qué no traían la madera de las montañas. La respuesta reside probablemente en la carencia de herramientas cortantes de hierro o acero y de transporte pesado. <<

[*] Estos recaderos, naturalmente, contaban más que con sus propios recursos: la hoja de coca les estimulaba e infundía energía artificial. De hecho, no era raro medir la importancia de la tarea por la cantidad de coca precisa para llevarla a cabo («cocadas»), al igual que los chinos la medían contando boles de arroz. <<

[*] Chaunu habla de la «mandioca, el mediocre y peligroso "pan cazabe" o "cazabi". El paso del pan tradicional a la harina de mandioca resultó catastrófico»; *L'Amérique*, p. 86. La mandioca, o cazabe, contiene un azúcar que genera cianuro, que los pueblos primitivos aprendieron a eliminar mediante un proceso complejo de raspado, trituración y calentamiento. Presumiblemente, los indios caribes no explicaron a los españoles cómo hacerlo. <<

[*] *Ibid*. Gran parte de dicho ganado se asilvestró y fue presa fácil de intrusos y bucaneros. Estos últimos tienen su nombre de la parrilla (*bocan*) que usaban para ahumar la carne, para ellos y para venderla a las naves de paso. Mi diccionario francés, *Le Robert*, precisa que la palabra significa «carne ahumada» y, por extensión, la parrilla. Pero las pieles acabaron convirtiéndose en el producto básico por excelencia y, cuando aquellos piratas empezaron a comerciar con ellas, los rebaños desaparecieron rápidamente. <<

[*] Los márgenes potenciales de beneficios eran considerables. La única nave superviviente de la vuelta al mundo efectuada por Magallanes volvió a casa con 26 toneladas de clavo, que se vendieron 10 000 veces más caras que su precio de compra; lo suficiente como para cubrir los costes de la expedición; Humble, *The Explorers*, p. 162. (Recordemos que el clavo era probablemente la especia más valiosa en relación con el peso: una pequeña bolsa constituía un botín justo para cualquier marinero, como bonificación a su salario). Huelga precisar que estas diferencias fabulosas fueron convergiendo rápidamente, a medida que otras fuentes de suministro iban entrando en competencia. <<

[*] En biología molecular, se llama así al peculiar movimiento aleatorio de las partículas microscópicas orgánicas e inorgánicas, en suspensión gaseosa o líquida, producido por el impacto de las moléculas de fluido que rodean a las partículas. *(N. del t.)* <<

[*] Los «cristianos viejos» portugueses acabaron llamándose a sí mismos *puritanos*. <<

[*] La imprenta no se llevó a Brasil hasta 1807, cuando la corte portuguesa se refugió en dicho país. Las burocracias modernas conservan sus documentos y promulgan decretos y reglamentos, de modo que se hacía indispensable la imprenta; Lang, *Portuguese Brazil*, p. 195. <<

[*] Unidad monetaria de valor equivalente a 5 céntimos holandeses. (*N. del t.*). <<

[*] Golconda: 1) Ciudad en ruinas del oeste de Andhra Pradesh, República de la India, capital de un antiguo reino musulmán (1512-1687). 2) Fuente de grandes riquezas, como una mina; *The American Heritage Dictionary of the English Language*, 1978. <<

[*] Este príncipe había vuelto después de pasar algunos años exiliado en Ceilán. Citado por Vlekke, *Nusantara*, pp. 225-226. <<

[*] Debido a los vientos de poniente (los vientos se nombran en función de su procedencia) y a la corriente del Golfo, que arrastra a las naves hacia Oriente, las Azores eran paso obligado para los navíos que volvían tanto de las Indias orientales como de las occidentales. Sobre su papel en el comercio americano, véase Landes, «Finding the Point at Sea»; también Broad, «Watery Grave of the Azores». <<

[*] El nitrato (nitrato de potasio, KNO_3) es un ingrediente esencial de la pólvora, es decir, un material en bruto de una influencia política y económica sin precedentes. El nitrógeno se recogía de depósitos terrestres de orina, que contiene urea ($CO[NH_2]_2$); y la India, con una población tan abundante como Europa occidental, producía mucha orina y poseía al mismo tiempo terrenos idóneos. Los compuestos del nitrógeno constituyen un ingrediente esencial de toda suerte de explosivos (como la nitrocelulosa y la nitroglicerina) y, ya en el siglo xv, Enrique V supeditó la exportación de pólvora inglesa a la concesión de una licencia. Países como Francia y Alemania trataron de colaborar con la naturaleza creando fábricas de nitrato. La apertura de una fuente de suministro abundante en la India dio a los ingleses una importante ventaja estratégica. <<

[*] Como lastre, prestó su aroma a algunas naves de las Indias orientales, que olieron mejor que las demás, pero tenía un inconveniente. Su olor se imponía al del resto de las mercancías, y en particular al café. Los ingleses tuvieron que conformarse con precios inferiores para el café transportado junto con pimienta. Pero necesitaban ese lastre, pues solo así conseguían estabilidad en los mares tempestuosos; Chaudhuri, *Trading World of Asia*, p. 313. <<

[*] Se convierte el salario pagado por entonces a un trabajador cualificado (50 libras anuales) en el salario moderno equivalente, de 25 000 dólares. En conversiones de este tipo, que abarcan períodos muy amplios, el mejor patrón de comparación es el precio de la mano de obra. <<

[*] La recompensa en efectivo de Clive rondó los 140 millones de dólares estadounidenses actuales. Algunos consideran que esta suma fabulosa fue resultado de la extorsión, pero Macaulay afirma que Clive podría haberla doblado con solo pedirlo: «Aceptó veinte *lacs* de rupias [2 millones de rupias]. Si lo hubiera pedido, en lugar de veinte habrían sido cuarenta»; Macaulay, «Clive», p. 243. Sin duda, eso es lo que Clive quiso dar a entender. Cf. Keay, *Honourable Company*, pp. 320 ss. Macaulay se pregunta si era lícito que un súbdito británico aceptara un regalo tan espléndido de un soberano extranjero. Es cierto que no era ilegal, pero ¿qué habría pensado la gente —se pregunta— si Wellington hubiera aceptado un regalo semejante de Luis XVIII de Francia? <<

[*] Segunda alusión a los «nuevos historiadores de la economía». Cliometría procede de Clío, musa griega de la historia y «medición», por la importancia que le dan a las cifras. Más adelante los bautizará como «cliómetras». *(N. del t.*) <<

[*] Abreviatura de *consolidated annuity*, bono a largo plazo del gobierno británico utilizado por primera vez en 1751. *(N. del t.)* <<

[*] Tomo la cita de la edición bilingüe de Crítica, Barcelona, 1998. *(N. del t.*) <<

[*] En lugares como el Caribe, sin embargo, donde los efectivos de esclavos no podían mantenerse por reproducción natural, la prohibición de importar nuevos hombres acabaría con el sistema de colonización. <<

[*] Algunos etnólogos especializados en medicina cuestionan el origen americano de la sífilis, señalando en apoyo de su tesis que se daban enfermedades venéreas en la Europa precolombina caracterizadas por una evolución y una sintomatología similares. Pero similares no significa idénticas, y es indudable que la sífilis solo se convirtió en una epidemia en el siglo XVI. Pensemos en el sida, que probablemente sea más viejo de lo que sabemos, pero que no hizo su aparición como enfermedad endémica hasta la década de 1980. <<

[*] Irónicamente, los economistas de nuestros días han adoptado la expresión de «enfermedad holandesa» para describir este síndrome, debido a la reacción de Holanda ante el descubrimiento y la explotación de gas natural en el mar del Norte. Como si los holandeses no supieran cómo aprovechar al máximo estos recursos nuevos. <<

[*] Traducción de Luis Legaz. Barcelona, Península, 1988. *(N. del t.*) <<

[*] El mejor análisis de la teoría weberiana sigue siendo el de Talcott Parson en *Structure of Social Action*. Desarrolla este axioma y divide los actos en tres categorías: racionales (apropiados a los fines), irracionales (no guardan relación con los fines) y no racionales (el acto como fin en sí mismo). Un buen ejemplo de esta última categoría es el reconocimiento de la culpa: «Padre, no puedo mentir: soy yo el culpable». La ética calvinista de Weber entraría en la esfera de lo no racional. <<

[*] Lincei = linces. Este animal es el emblema de la agudeza visual. <<

[*] Recordemos la longeva norma italiana en materia de publicación de material pornográfico: si el libro era caro y de tirada limitada, era tolerable; pero no podían autorizarse ediciones baratas, por temor a corromper al populacho, que carecía de los recursos culturales precisos para resistir a la tentación y el pecado. Sobre el temor de la iglesia ante las lenguas vernáculas, cf. los problemas de Giambattista della Porta en la década de 1580. Eamon, «From the Secrets of Nature», p. 361, n. 41. <<

[*] Como ocurrió en Italia. Comparemos la efímera Accadémia del Cimento, fundada y patrocinada por el duque Leopoldo de Toscana, que se reunía cuando y como a él le placía y fue disuelta tras su partida a Roma por asuntos más importantes. No había autonomía intelectual: los miembros informaban acerca de sus experimentos, pero eso era todo. Dicho de otro modo, era una ciencia sin fundamento empírico. <<

[*] Por «fábrica» se entiende una unidad unificada de producción (trabajadores agrupados y bajo supervisión), que utiliza una fuente de energía central, por lo común inanimada. Cuando no existe dicha energía central, hablamos de «manufactoría». <<

[*] La técnica apropiada para los tachos (enrollar una lámina, soldar las juntas y rematarlo con una tapa por arriba y por debajo) no servía para el cilindro de un motor: no se conseguía la estanqueidad. El nuevo método, que consistía en taladrar una pieza maciza de fundición, lo debemos a John Wilkinson, c. 1776, que lo desarrolló taladrando ánimas de cañones (patente de 1774). Un año después, Wilkinson lograba levantar con un motor de vapor una prensa perforadora de 27 kilos, para trabajar piezas pesadas. En 1783, ya levantaba 1,5 toneladas. Pronto empezó a construir talleres de laminación, prensas de acuñar monedas, bancos de estirado (en la fabricación de alambre) y otras maquinarias pesadas. «Por un extraño capricho en los gustos del público —escribe Usher—, este personaje gris y carente de atractivo nunca se ha granjeado la fama que merece como uno de los pioneros del desarrollo de las industrias del metal pesado». *History of Mechanical Inventions*, p. 372. Vulcano tampoco era hermoso. <<

[*] Al final del siglo XIX se produjeron considerables mejoras del motor de vapor merced a los progresos científicos en termodinámica. Si antes la tecnología había mostrado el camino a la ciencia, ahora se invertían los papeles, y la ciencia dio un segundo nacimiento al motor de vapor.

Sobre la curva logística (en forma de ese «tumbada») de las posibilidades implícitas en determinada secuencia tecnológica —pequeños avances en la fase experimental, preparatoria, seguidos por rápidos progresos, que a la larga se ralentizan, a medida que las posibilidades se van agotando—, véase el ensayo clásico de Simon Kuznets, «Retardation of Industrial Growth». <<

[*] El hierro colado tiene un alto índice de carbono (más del 4 por 100). Es muy resistente, pero puede resquebrajarse o romperse ante los golpes. No puede labrarse, razón por la que

se funde, es decir, se cuela en moldes para darle forma al enfriarse. El hierro pudelado puede repujarse, perforarse y trabajarse de muchos modos. Es resistente a los golpes y casi inmune a la corrosión, lo que hace que resulte ideal para las barandillas de los balcones y otros usos a la intemperie (cf. la torre Eiffel). Para llegar del hierro fundido al pudelado, la mayor parte del carbono debe quemarse, reduciendo su contenido a 1 por 100 o menos. El hierro pudelado ha sido sustituido desde hace tiempo por el acero (entre 1 y 3 por 100 de carbono), que combina las virtudes del hierro fundido y el pudelado, es decir, resistencia y maleabilidad, lo que hace que el hierro pudelado sea hoy imposible de encontrar, excepto como chatarra. El problema de los primeros hierros fundidos con coque era que, al refinarlos, daban un hierro frágil en caliente, es decir, quebradizo. Hasta que no se resolvió este problema, el hierro pudelado se fabricó en fundiciones a base de carbón. <<

[*] La maquinaria motorizada, inevitablemente, fue una nueva fuente de accidentes laborales en la industria. Sobre sus problemas en los ingenios azucareros y el mayor grado de seguridad de los sistemas manuales o por trabajo animal, véase Schwartz, *Sugar Plantations*, pp. 143-144. Los caballos eran más peligrosos que las mulas o los bueyes: «los gritos del esclavo herido hacían correr más rápido a los caballos». <<

[*] Esencia del proceso: John Hicks, *A Theory of Economic History*, p. 147, y Cario Cipolla, *Before the Industrial Revolution*, p. 291, quien discrepa. Hicks vio en la primitiva maquinaria de la industria del algodón «un apéndice a la evolución de la vieja industria», más que el principio de un nuevo tipo de industria. Consideró que la Revolución se podía haber producido en la Florencia del siglo XV si se hubiera dispuesto de energía hidráulica (sin embargo, Italia sí tiene energía hidráulica). «Aun en ausencia de figuras como Crompton o Arkwright, la Revolución industrial se habría producido». «El hierro y el carbón —añade Cipolla—, en mucha mayor medida que el algodón, constituyen los factores determinantes en los orígenes de la Revolución industrial». Quizás; no resulta sencillo dar un orden de prelación a los progresos en función de su repercusión e importancia. Con todo, yo me inclinaría a dar un lugar preferente a la mecanización, por ser un fenómeno general adaptable a infinidad de usos y proclive a la organización de un trabajo bajo supervisión y sujeto a criterios de disciplina (el sistema fabril). <<

[*] «Selfactina», préstamo obvio del término inglés «self-acting (mule, loom, etc.)», designa a una máquina de hilar que, literalmente, actúa por sí sola *(N. del t.)* <<

[*] Deberíamos distinguir entre el hilado y la tejeduría. En el hilado del algodón, la maquinaria desplazó para siempre a las antiguas técnicas manuales. Incluso el hilandero indio, que trabajaba por una pequeña fracción de los salarios ingleses, tuvo que rendirse ante el hilo fabricado mecánicamente. En la tejeduría, sin embargo, al telar mecánico le costó décadas lograr el grado de perfeccionamiento que le permitiera trabajar con el hilo más delicado, de número más elevado. Los propietarios de telares manuales se aferraron a ellos, reduciendo su esperanza y su nivel de vida, tratando de no verse obligados a entrar en las fábricas, hasta que la muerte o la vejez acabó con ellos. En la segunda mitad del siglo XIX, los productores que deseaban contratar tejedores manuales no encontraban ya a nadie. Los jóvenes no tenían ningún interés en dedicarse a una actividad agonizante. <<

[*] La economía es una disciplina que aspira a ser ciencia y, como todo el mundo sabe, la ciencia evoluciona. De modo que ha pasado por alto las monografías y los artículos de nuestros predecesores. De ahí la paradoja de una disciplina que quiere estar actualizada y está redescubriendo constantemente los hallazgos del ayer, a menudo sin ser ni tan siquiera consciente de ello. <<

[*] El modelo fue la obra de Simon Kuznets y sus colegas del National Bureau of Economic Research. Después de trabajar con datos relativos a Estados Unidos, Kuznets aportó su asesoramiento y contribuyó a la financiación de proyectos similares en otros países desde la década de 1960. Los primeros estudios sobre la producción industrial británica se remontan aún más atrás, a los cálculos de Walther Hoffmann, pero las investigaciones de Phyllis Deane supusieron un nuevo comienzo a partir de cero, y sus estudios, después de un intervalo en blanco, serían proseguidos por Charles Feinstein, Nick Crafts, Knick Harley y otros. <<

[*] Sobre los escollos y carencias de estas elucubraciones cuantitativas, véase Hoppit, «Counting the Industrial Revolution», quien cita (p. 189) una reflexión de Thomas Carlyle sobre este tema: «Lamentablemente, se produce una suerte de alquimia con las cifras que transforma el material más incierto en datos puros y preciosos, lo que hace que el precio de trabajar con estadísticas históricas sea estar siempre en guardia». Como puede verse, ya a mediados del siglo XIX imperaba el desencanto. <<

[*] *Dreadnought*, el que nada teme. (*N. del t.*) <<

[*] Recordemos el escándalo de los venenos (*l'affaire des poisons*), que estalló en el decenio de 1680 en Francia, provocó la detención de centenares de adivinos, astrólogos y clientes y su interrogatorio exhaustivo, y se saldó con la ejecución de treinta y cuatro de ellos por complicidad en un asesinato. Tras ese episodio, afirma Grenet, *La passion des astres*, pp. 136-159, la astrología y la magia dejaron de tener crédito entre el público en general y las autoridades políticas. Los científicos ya habían abandonado estos disparates. <<

[*] Sobre la oposición de los trabajadores del sector de la lana a la mecanización, véase en particular Randall, *Before the Luddites*, quien señala que esta reacción se explica también por la organización y la distribución de los beneficios. Cuando los trabajadores eran realmente agentes independientes, como en Yorkshire, no les costó adoptar métodos nuevos, que les reportaban beneficios; los asalariados se opusieron a las máquinas, un posible peligro para el empleo. <<

[*] La primera de las máquinas de hilar que sentaron las bases del sistema fabril fue la de Lewis Paul y John Wyatt (patentada a nombre de Paul), en 1738. La invención clave fue el uso de rodillos que giraban a diferentes velocidades para estirar la fibra, un artilugio que se convirtió en un componente habitual de las máquinas de hilar equipadas con lanzadera o un sistema similar. Al parecer, la escasez de mano de obra para el hilado desapareció por completo de una generación a la siguiente; Wadsworth y Mann, *The Cotton Trade*, p. 414. Sea como fuere, la irregularidad del hilo producido por los hilanderos manuales —el

elaborado por cada uno y de uno a otro— les obligaba a comprar mucho más material del que realmente usaban, con objeto de fabricar un hilo de determinada calidad. La máquina era una promesa de que aquello no volvería a suceder; *ibid*., p. 416. <<

[*] El régimen comunista chino lo aprendió más tarde, cuando decidió explotar altos hornos en casa. <<

[*] Términos como «valores» o «cultura» no gozan de excesiva popularidad entre los economistas, que prefieren tratar con factores cuantificables (definibles con mayor grado de precisión). Con todo, ante la complejidad de la vida, no queda más remedio que hablar de estas cosas, de modo que, por ejemplo, Walt Rostow recurre a las «propensiones» y Moses Abramowitz a la «capacidad social». El mismo perro con distinto collar. <<

[*] La tenacidad de la superstición en una era impregnada de ciencia y racionalismo puede sorprender en un primer momento pero, en la medida en que trata de controlar el destino, es menos perniciosa que el fatalismo. Es un recurso de los desventurados y los incapaces de provocar la buena suerte y evitar la mala, así como un apoyo psicológico para los inseguros. De ahí que sigan leyéndose horóscopos y se siga yendo a los adivinos, todavía en nuestros días. Sin embargo, no deja de sorprender toparse con explicaciones mágicas de la evolución comercial, como cuando se nos dice, por ejemplo, que la prospección de yacimientos de carbón a lo largo de la frontera septentrional francesa (el Hainaut) y en el centro del país (Rive-de-Gier) se retrasó en el siglo xviii por confiar en especialistas en varitas mágicas (*tourneurs de baguettes*) poco preparados; Gillet, *Les charbonnages*, p. 29. <<

[*] Los británicos también imponían restricciones a la participación de los adeptos a otras religiones en la vida política y a su admisión en la universidad pero, paradójicamente, dichas limitaciones condujeron a las minorías al mundo de los negocios y les ahorraron las tentaciones anejas a la alta sociedad. <<

[*] En parte, la explicación se debe a la asignación de ese tipo de tareas en Asia a las mujeres y a los niños, es decir, a quienes no pueden negarse. Se dan comportamientos semejantes en otros lugares, como en el sureste de Asia, donde las mujeres recogían el arroz con una cuchilla en el dedo, un tallo por golpe, en lugar de una hoz. Así se honraba el espíritu del arroz, aunque no es raro santificar las penalidades femeninas con mitos piadosos. Si se hubieran encargado los hombres de la cosecha, el espíritu del arroz se habría honrado con una hoz y un puñado simbólico del arroz recogido. Sobre la práctica de la cosecha con una cuchilla en el dedo, véase Reid, *Southeast Asia*, I, p. 5. <<

[*] Permítaseme una palabra acerca de la expresión «ventaja comparativa», que volveremos a utilizar en otras ocasiones. A pesar de las apariencias, no se refiere a la capacidad de producir algo a más bajo coste que otro productor. Significa la capacidad de obtener más ganancias haciendo una cosa en lugar de otra. Un país que aprovecha su ventaja comparativa, por consiguiente, optará por las actividades productivas que más le reporten, y no solo por los productos que pueda vender más baratos que la competencia. <<

[*] Tomo esta cita de la edición de Manuel Sacristán, *Obras* de Marx y Engels. Barcelona, Crítica, 1976. (*N. del t.*) <<

[*] La importancia de la región como unidad de producción se ha reconocido hace tiempo. Véanse, por ejemplo, las monografías de N. J. G. Pounds en la década de 1950; Pounds y Parker, *Coal and Steel*; Wrigley, *Industrial Growth* (sobre lo que se denominó «Neustria» en tiempos de Carlomagno); y una larga serie de estudios franceses de geografía humana, que se remontan al comienzo del presente siglo. Sin embargo, inferir de ello un rechazo a la nación estado como unidad de estudio útil o, mejor, indispensable, equivale a quedarse con el bebé y renunciar a la madre. No son excluyentes. En la medida en que la actividad económica está dictada por la política y las preocupaciones nacionales, y en la medida en que la nación es la fuente y el marco principal en que se inscriben nuestros datos —siempre ha sido así y, en mi opinión, no hay indicios de que vaya a cambiar—, el estudio de cada país y la comparación entre naciones serán siempre la esencia de nuestra actividad. Cf., sobre este punto, la réplica de John Davis a Pollard, *Peaceful Conquest*, que figura en Davis, «Industrialization in Britain and Europe», p. 55. <<

[*] En la historiografía anglo-estadounidense, la palabra «feudal» (derivado de *feudum* o feudo) se reserva a las relaciones entre señores o entre señores y vasallos: son reglas y prácticas acordes con la diferencia de clase. Las normas y prácticas que regulan las relaciones entre señor y campesinos (entre clases) se califican normalmente de «señoriales» o «solariegas». En el continente europeo, se suele usar «feudal» para calificar los aspectos de la sociedad y la economía que se remontan a los usos del medievo: el antiguo régimen, efectivamente. <<

[*] Se dan patrones sociales similares en la India: brahmanes, guerreros, comerciantes, campesinos y, en el Japón de la era Tokugawa: samuráis, campesinos, comerciantes. Se trata de intentos de cohesionar y dar estabilidad a la sociedad, protegiendo así a las élites ante el cambio. Los franceses, aunque no aplicaron barreras sociales a la carrera profesional, usaban todavía estas divisiones para determinar la representación política relativa de los estados generales en vísperas de 1789. Los ingleses optaron por una versión propia, aún más somera, al dividir el parlamento en cámara alta (*Lords*) y baja (*Commons*). <<

[*] La palabra designa un pago en efectivo. En ocasiones se usa en referencia al pago de impuestos, o de rentas. <<

[*] Había jurisdicciones excepcionales: Alsacia, anexionada en buena parte en 1648 (Estrasburgo en 1681); el Franco Condado de Borgoña, ganado a España en 1678; Lorena, anexionada en 1766, y las recientes conquistas en Flandes. Todas ellas se regulaban de acuerdo con sus propias leyes y costumbres. Los estados nación europeos todavía estaban en proceso de constitución. <<

[*] Se hizo una excepción con las fraternidades de oficiales, muchos de los cuales daban una vuelta al país para prepararse profesionalmente y eran bien recibidos en todas partes.

Estos *compagnonnages*, como se llamaban, servían de red de información acerca de los puestos de trabajo y los empleadores, pero no tuvieron demasiada incidencia en los conflictos laborales. Sus saludos en clave y la figura de estos oficiales, viajeros y a menudo instruidos, inspiró ensoñaciones románticas. Pero no creaban problemas ni se metían en ellos. <<

[*] La mejor fuente, y sin duda la más accesible, es la novela *II Gattopardo*, de Lampedusa. <<

[*] Recuérdense las instrucciones portuguesas a los capitanes de la segunda flota enviada a las Indias (véase el capítulo VI): apartarse y hundirlos a cañonazos. La preferencia del acero a los fusiles es indicio de inferioridad tecnológica. <<

[*] Cf. Bradley, *Gunsfor the Tsar*. El parecido con determinadas actitudes japonesas es sorprendente. Impera la imagen de una industria japonesa excepcionalmente eficaz, pero, hasta la Segunda Guerra Mundial, la fabricación de armas en Japón era muy irregular, y los rifles montados para el ejército, las armas portátiles y la munición dejaban mucho que desear. Los soldados trataban de compensar esta inferioridad con la bayoneta, que a menudo se fijaba de manera permanente, y se cultivaba la mística del heroísmo personal en el combate: «La fijación de la bayoneta es más que la anexión de acero al fusil, ya que infunde hierro al alma del soldado que la fija». Asimismo, los oficiales confiaban más en la espada que en el revólver, cambiando cuando podían la dotación del ejército por espadas de samuráis. Una prueba de valentía habitual, por ejemplo, consistía en la decapitación o la mutilación, a menudo de prisioneros, de un solo golpe. Cf. M. y S. Harries, *Soldiers of the Sun*, cap. 35: «My Sword Is My Soul». <<

[*] Algunas empresas industriales fundaron sus propios bancos, en parte para agilizar sus transacciones comerciales y en parte para atraer el capital local. En la medida en que estas empresas inmovilizaban (invertían) fondos pagaderos al depositante previa solicitud, eran muy vulnerables ante las recesiones y las crisis. Sea como fuere, el que la iniciativa no partiera de la banca hacia la industria, como habría cabido esperar, sino que fuera en sentido inverso, prueba la riqueza de los recursos industriales británicos. <<

[*] Que pueden o no adecuarse a los costes relativos de los factores. La elección de la técnica es asunto complejo. Pensemos en el equipo: no es raro que las máquinas nuevas solo se vendan en su versión más reciente, porque es lo que los productores están haciendo. Pero el equipo de segunda mano puede reportar ahorros considerables, para quienes saben usarlo. Aunque no resulta tarea fácil: las máquinas viejas suelen ser más difíciles de mantener y es complicado lograr hacerse con piezas de repuesto si no se recurre al desguace. <<

[*] Algunas de ellas comenzaron siendo plebeyas (los Demidoff, siervos), amasaron una fortuna en la industria, obtuvieron títulos de nobleza a cambio de sus servicios, permanecieron en la industria y medraron gracias a una sabia política matrimonial. Así, la dinastía de la siderurgia Wendel se convirtió en *de* Wendel y, aunque no llegó a desposar a

miembros de la alta nobleza, encontró savia capacitada y orgullosa en familias de rancio abolengo y escasos recursos. Como una *grande dame* de linaje medieval, Wendel por matrimonio, solía recordar a sus huéspedes (sin dejar de sonreír, por supuesto), su familia conocía a su marido con el nombre de *le gros quincailler*, el gran ferretero. <<

[*] La ley de sociedades francesa distinguía entre 1) empresas ordinarias (*sociétés en nom collectif*), cuyos socios tenían una responsabilidad ilimitada con respecto a las deudas de la compañía; 2) sociedades limitadas (*sociétés en commandite*), cuyos socios generales tenían responsabilidad ilimitada y cuyos socios limitados la tenían restringida a las acciones de que dispusieran; 3) sociedades por acciones de responsabilidad limitada (*commandites par actions*), cuyos socios limitados poseían cuotas transferibles, y 4) sociedades anónimas (*sociétés anonymes*), donde todos gozaban de responsabilidad limitada y todo el capital tenía forma de acciones transferibles. Hasta que se introdujo la responsabilidad limitada en 1867, todas estas empresas requerían una autorización del poder legislativo. Este requisito hacía onerosa y laboriosa la constitución de sociedades (aunque los contactos políticos podían agilizarla), pero se creía que la responsabilidad limitada era una vulneración de la moral comercial y los usos (se pensaba que los acreedores merecían mayor protección), que solo se podía conceder en circunstancias excepcionales. <<

[*] Y, sin embargo, hoy gran parte de los estudios, haciéndose eco de un tema que se remonta a más de una centuria, siguen poniendo de relieve la aportación crucial del Crédit Mobilier. No puede negarse que tuvo el valor del ejemplo, pero no en Francia, donde a lo sumo habría constituido un contraejemplo. <<

[*] La historia de los aranceles en Europa es la historia de un proteccionismo popular, casi instintivo, salpicado de episodios de iniciativas administrativas, elitistas, que apuntaban a una liberalización del comercio, como ocurrió con el Tratado de Edén, de 1786, el Tratado franco-británico de Cobden-Chevalier, de 1860 y, tras la segunda guerra mundial, el Mercado Común y el GATT. La pugna enfrentaba a intereses creados e ignorancia por una parte con el razonamiento económico más docto, por otra. <<

[*] En teoría, la competencia en el mercado nacional debería haber provocado una tendencia de los precios (y los beneficios) a la baja, a pesar de la presencia de obstáculos arancelarios. Pero los productores más eficaces gozaron de la ventaja de que fueran sus competidores más atrasados (detrás de los que se disimulaban ellos mismos) quienes fijaran los precios, cosechando beneficios propios de un monopolio. Cf. Guy Thuillier, *Aspects*, p. 255: «La supervivencia [de la siderurgia con solera de carbón vegetal], la inercia del mundo económico y la protección de los intereses creados constituyen una renta suplementaria para los nuevos talleres de forja; no solo los derechos arancelarios los protegen de la competencia del hierro extranjero, sino que el grado de protección se duplica por la renta tecnológica diferencial debida a la subsistencia de fraguas pequeñas y arcaicas, que producían artículos muy caros». Asimismo, pp. 249-250, sobre el prolongado predominio de los cañones de fusil batidos a martillo, y no laminados: la laminación era mucho más barata, pero los productores querían cargar el mismo precio que para los

cañones batidos a martillo. El objetivo no era la cuota de mercado, sino la tasa de beneficios. Pero, puesto que el comprador era el estado, ¿por qué no? <<

[*] La ciudad de Le Creusot se encuentra en la región de Nivernais, 370 kilómetros al sur-sureste de París. <<

[*] La fábrica estaba situada al norte de Nevers, sobre el río Loira, a unos 230 kilómetros al sur de París. <<

[*] Hay traducción española de Josep Fontana. Barcelona, Ariel, 1970: *El atraso económico en su perspectiva histórica* (*N. del t.*) <<

[*] Esto se debía en parte a que esa era la tendencia del progreso tecnológico —la sustitución de la mano de obra por el capital—, pero también a que Gerschenkron pensaba que el camino más rápido para alcanzar el crecimiento y la recuperación pasaba por la industria pesada. Era lo que había visto en Alemania y Rusia, y lo convirtió en paradigmático. Irónicamente (puesto que Gerschenkron era todo menos marxista), la teoría económica marxista había seguido parámetros afines. <<

[*] Jars visitó también instalaciones metalúrgicas en Estiria, Bohemia, la región de Lieja (hoy Bélgica) y Suecia. Aunque murió poco después de su último viaje, a las fundiciones del este y el centro de Francia (1768-1769), pudo comunicar sus descubrimientos personalmente a varios maestros de fragua y técnicos, entre los que se contaba Ignace de Wendel. Sus informes fueron publicados parcialmente por su hermano, también llamado Gabriel, con el título de *Voyages métallurgiques (1774-1781);* Woronoff, *L'industrie sidérurgique*, p. 16. También Harris, *Essays in Industry*, pp. 87-88. <<

[*] Es lo que Michael Polanyi llamaba «conocimiento tácito». Kenneth Arrow habla de aprender por la práctica. Véase Polanyi, *The Tacit Dimensión*; Arrow, «The Economic Implications of Learning by Doing»; J. Howells, «Tacit Knowledge». <<

[*] El ejemplo clásico es la solicitud formulada a Richard Roberts, asociado de la empresa productora de maquinaria Sharp, por un grupo de hilanderos de Lancashire, de que construyera una selfactina, es decir, una máquina que trajera de vuelta el carro del huso para comenzar automáticamente un nuevo ciclo de estirado y rebobinado. El objeto era aplacar a los hilanderos, la aristocracia de la industria, orgullosos, suspicaces y ásperos en las negociaciones salariales. Cuando una recesión del mercado coincidía con la amenaza de aportar esta innovación para acallar las demandas de los trabajadores, los hilanderos decidían que no necesitaban para nada la nueva máquina, que eso ahorraba gastos. Fueron necesarios diez años para rentabilizar esta invención. Véase MacLeod, «Strategies for Innovation», p. 291. <<

[*] La alizarina es un derivado del antraceno, otro componente del alquitrán de hulla. En 1869, lograron realizar la síntesis Perkin en Inglaterra y Caro, Graebe y Liebermann en Alemania. Su efecto sobre el mercado fue sorprendente: en 1870, el kilo de alizarina natural

derivada de la raíz de rubia costaba 90 marcos; el sintético, 8. La rubia, que fue uno de los elementos distintivos del paisaje de la Provenza francesa, había pasado a la historia; Milward y Saul, *Economic Development*, p. 229. <<

[*] Que no debe confundirse con las doctrinas clásicas de la ventaja comparativa, que son sincrónicas y no se preguntan por las causas del desarrollo económico. En lugar de ello, se utilizaron desde el principio para justificar la división del trabajo imperante a escala internacional. <<

[*] Eso era particularmente cierto en Nueva Inglaterra. En las colonias atlánticas centrales —Nueva York y Pensilvania en particular— había fincas dedicadas a cultivos comerciales más grandes, cuya producción iba a mercados distantes. Véase Fischer, *Albion's Seed*, pp. 174, 377-378, 567, quien señala que las diferencias en la propiedad de la tierra no eran tanto reflejo de condicionamientos geográficos como del bagaje traído del Viejo Mundo y la correspondiente mentalidad de los colonos. <<

[*] En un esfuerzo por proteger a los indios, las autoridades británicas trataron de limitar la expansión occidental a los Apalaches. En vano: todos los soldados ingleses del continente no habrían bastado para guardar aquella frontera, como hoy tampoco parece capaz Estados Unidos de cerrar la frontera mexicana. <<

[*] El mejor ejemplo de cultura del bricolaje que se me ocurre es el del Jura suizo, donde los trabajadores rurales sentaron las bases de la industria relojera más brillante del mundo; Landes, *Revolution in Time*, cap. XVI, «Notwithstanding the Barrenness of the Soil». <<

[*] Las horas pasaban muy despacio, pero más rápido por ejemplo que en las fábricas japonesas de la época. Variaban de una estación a otra, pero cada día laboral duraba siempre de once a trece horas al día; Montgomery, *Practical Detail of the Cotton Manufacture*, pp. 173-177. <<

[*] Evans envió una copia de sus planos a Inglaterra en 1787, donde Richard Trevitchick, el ingeniero a quien a menudo se atribuye la invención, los vio, según se dice, en 1794-1795, *Encyclopedia Britannica*, 11.ª ed., *sub voce* Evans, Oliver. Un ejemplo temprano, por consiguiente, de una lucha constante por la primicia entre la metrópoli y la colonia. Naturalmente, el mero hecho de que se produzca tal lucha prueba la precocidad del progreso tecnológico norteamericano. <<

[*] Fischer, *Albion's Seed*, p. 65, señala que la combinación de estructuras y revestimientos de madera era lo más habitual en el sureste de Inglaterra. Tenía aún más sentido en las regiones boscosas de Estados Unidos. <<

[*] En cuestiones organizativas, nos viene a la mente el arsenal naval de la Venecia medieval; en lo que respecta a las técnicas de producción, la fabricación por Henry Maudslay de la cerradura de Joseph Bramah en 1790-1791 y los famosos cuadernales de Marc Isambard Brunel (máquinas-herramienta de Maudslay) en los astilleros de

Portsmouth en torno a 1803. Pero las cerraduras y los cuadernales no tienen un grado de tolerancia tan elevado como los fusiles o los relojes de pared. Adviértase también que hubo precedentes franceses en la fabricación de armamento: así, Gribeauval, en la fabricación de cureñas de cañón a finales del antiguo régimen y los planes de Honoré Blanc de producir mosquetes a gran escala en las décadas de 1780 y 1790. Son planes racionales y sensatos, pero nunca se llevaron a la práctica. Ahí radica la diferencia entre imaginar y hacer, entre lógica y cultura. Véase Landes, *Revolution in Time*, pp. 309, 459, n. 2; Cohen, «Inventivité», p. 54 y n. 5. Véase también, sobre el «fracaso» de Blanc, la obra de Ken Alder, «Innovation and Amnesia» y *Engineering the Revolution*. Alder, cuyo análisis mejora en lo referente a la fabricación de armas, aunque pierda un poco de coherencia, considera que los intereses de la ingeniería han motivado la búsqueda de la uniformidad en Francia, una mezcla de poder y consideraciones estéticas, un deseo «por encima de todo… de disociar la seguridad de la nación de las actividades de artesanos y comerciantes indóciles y con afán de lucro» («Innovation», p. 310). Este procedimiento deductivo, de lo teórico y esquemático a lo práctico, es típicamente francés. Contrasta enormemente con la costumbre norteamericana, donde el dinero y el mercado propiciaron la búsqueda de la intercambiabilidad y el progreso se dio en una gama completa de sectores industriales. <<

[*] No hay que exagerar. El hecho de que se preservaran tierras para parques y reservas de caza guardaba relación con su productividad. En regiones vitivinícolas, Burdeos por ejemplo, incluso los hacendados más ricos plantaron vides, especialmente de los *premiers crus*, prácticamente hasta la entrada de la casa. <<

[*] Una excepción a este fenómeno lo constituyó el concepto alemán de un «coche para el pueblo» (*Volkswagen*) en la década de 1930, que, sin embargo, no llegó a generalizarse hasta después de la guerra. <<

[*] La cicatería del servicio de Correos francés se hizo célebre. Hasta el decenio de 1990, el correo aéreo ultramarino pagaba un recargo por encima de un peso de 5 gramos, incluidos los sellos. Esto obligaba a usar papel especialmente fino y caro y fue como una bendición para la industria del papel. Pese a todo, Correos no siempre tenía un sello para la tarifa fijada, de modo que, al combinar dos o tres para llegar a la tarifa prescrita, el peso superaba el límite original. Hay que haber sufrido estas mezquindades tiránicas en carne propia para comprender el efecto lastrante de la ineptitud burocrática. Afortunadamente para los franceses, la Comunidad Europea ha impuesto nuevas normas. <<

[*] Los documentos que atestiguan la conciencia racial de los españoles (o portugueses) en las sociedades coloniales o poscoloniales nacidas de la invasión contradicen también esta reputación. <<

[*] No todos los colonos. Cf. Fischer, *Albion's Seed*, pp. 252 ss, sobre la nostalgia autocomplaciente de Virginia. Muchos de estos conservadores se limitaron a partir, votando implícitamente contra la independencia y por la lealtad a la madre patria. Pero era una rendición abocada a la nada, una negación del espíritu que daba cohesión al país y permitía agrupar a unidades muy heterogéneas en una sola república. <<

[*] Naturalmente, cabe la posibilidad de equivocarse y estar construyendo castillos en el aire. Eso es lo que ocurrió en el Egipto de Muhammad Ali y en el Paraguay de la familia de dictadores López; véase más adelante. <<

[*] Es el tema de la obra clásica de H. J. Habakkuk, *American and British Technology*: el elevado coste de la mano de obra no cualificada impulsó a los norteamericanos a la innovación tecnológica. ¿Cómo explicar entonces un crecimiento tan rápido? Por la inmigración. <<

[*] En el primer período se produjo una tasa de adopción de la nacionalidad argentina ínfima: en 1895, solo del 0,16 por 100; en 1914, del 1,4 por 100; Comblit, «European Immigrants», p. 232, cuadro 11. <<

[*] La inmigración dependía mucho de la situación estadounidense y europea, no solo por la coyuntura comercial, sino por las guerras y revoluciones. Así, el fracaso de las revoluciones de 1830 y 1848 fomentó la emigración; la guerra civil norteamericana la desalentó. <<

[*] Algunos lectores quizás consideren esta comparación excesiva (políticamente incorrecta). Sin embargo, está basada exclusivamente en datos y no difiere conceptualmente de los esfuerzos emprendidos por los economistas de evaluar la aportación de la mano de obra al crecimiento de la productividad en función de los años de escolarización y otros complementos al capital humano. <<

[*] Las importaciones de alambre de espino fueron del orden de 20 000 toneladas anuales a principios de la década de 1890; Rock, *Argentina 1516-1987*, p. 136. <<

[*] En gran parte se debió a la demanda y los gustos de los nuevos inmigrantes, en combinación con el crecimiento urbano: los habitantes de las ciudades requieren alimentos procesados. Entre 1895 y 1913, el número de empresas dedicadas a la elaboración de alimentos creció más de un 20 por 100 aquel año, su mano de obra en un 221 por 100 y su capital en un 8 por 100. Al final del período, este sector representaba aproximadamente el 40 por 100 de todas las tiendas industriales, un tercio de la mano de obra industrial y el 43 por 100 de la inversión industrial; Lewis, *Crisis of Argentine Capitalism*, p. 32. <<

[*] Cuotas de ahorro del 5 por 100 e inferiores, frente al triple en Canadá y Australia; Taylor, «Three Phases», p. 28, cuadro 4. <<

[*] Últimas palabras de Francisco Solano López, comandante en jefe de la República de Paraguay, muerto en la última batalla de la guerra de la Triple Alianza, 1864-1870. <<

[*] Los tres dictadores fueron Gaspar Rodríguez Francia (1814-1840), Carlos Antonio López (1840-1862) y su hijo, Francisco Solano López (1862-1870). <<

[*] No hay que exagerar: un testigo afirma que menos de un tercio de los cañones estaban en buen estado de funcionamiento y que uno o dos eran del siglo XVII; Meyer, *The River and the*

People, pp. 65-67. Meyer se basa en las publicaciones de los observadores contemporáneos, ente Ios que destaca Richard F. Burton (traductor de las *Mil y una noches), Letters from the Battlefields of Paraguay* (Londres, 1870); y en la novela *Humaitá*, segunda de una «trilogía histérica novelada» por Manuel Gálvez y titulada *Escenas de la guerra del Paraguay*. <<

[*] Para no ver a los chinos con tanta extrañeza, recordemos la norma vigente en la España de los primeros compases de la era moderna de que todos se prosternaran ante la hostia y el vino, que representan el cuerpo y la sangre de Cristo, en la eucaristía. <<

[*] El ejemplo más reciente de ello lo tenemos en el acrónimo inglés CD-ROM, que se incorporará imitando la pronunciación francesa de la palabra, esto es, *cédérom*. <<

[*] Los tártaros tungúsicos (manchús) que derribaron a la dinastía Ming, sustituyéndola por su propia dinastía Qing, se enfrentaron a los mosqueteros chinos con arcos y flechas. Pero sus mosquetes eran de tan mala calidad, tan lentos de cargar y pesados de acarrear, que constituían más una desventaja que una ayuda. Véase Wakeman, *The Great Enterprise*, I, 68. <<

[*] Los estudiosos de la tecnolología y la ciencia chinas, y en un lugar destacado Joseph Needham y su equipo, han destacado la prioridad que daba China a los descubrimientos e invenciones, haciendo remontar los orígenes de técnicas e instrumentos muy importantes a épocas anteriores a la llegada de los europeos. Ven en ello, correctamente, una muestra de una creatividad y precocidad excepcionales, pero también podrían preguntarse por el proceso de retroceso posterior. <<

[*] La presión para que no fuera así la ejercieron los comerciantes cantoneses, quienes temían perder el monopolio del comercio exterior en beneficio de aquellos extranjeros, que tan útiles les podrían haber sido, y sobornaron a los ministros de la corte para que anularan el proyecto; Wakeman, *The Great Enterprise*, I, 77, y n. 7. <<

[*] Y ello a pesar del considerable esfuerzo de las enciclopedias por hacer acopio de saber. Uno de estos proyectos, en el fondo una antología, quizás sea el mayor de su género jamás acometido: 800 000 páginas; Spencer, Search for Modern China, p. 86. Pero la proliferación de enciclopedias es mala señal: como las fotografías congeladas, se proponen fijar el estado de los conocimientos en un momento dado. Son útiles como obras de referencia, especialmente en historia, pero pueden servir de freno a la investigación independiente. <<

[*] Tomado de un poema de principios del siglo XIX, del hijo del primer ministro, a su vez alto dignatario, citado por Taton, ed., *General History*, II, p. 359. Naturalmente, en caso de apuros podía encontrarse refugio en el confucionismo. Las sagradas escrituras siempre se invocan en defensa propia. Lo que no impide que otros las utilicen mal. <<

[*] La descripción figura en los *Viajes* de Marco Polo, libro III, cap. 2, quien no visitó nunca personalmente el país. <<

[*] Toyotomi Hideyoshi, «canciller» (*dajo daijin*) y soberano real de Japón entre 1586 y 1598, consideró razonable plantearse la conquista, no solo de Corea y China, sino también de la India. Es evidente que los japoneses no tenían una idea precisa acerca de las dimensiones y la población de aquellos lugares. Pero ¿quién sabe? Siglos después, algunos japoneses seguían pensando que dichos países se podían conquistar en buena lid. Cuando escribe acerca de las Filipinas en el siglo XVI, Yosoburo Takekoshi, autor de *Economic Aspects of the History of the Civilization of Japan* (1930), expresa su decepción (I, p. 482): «Originalmente los japoneses ocupaban las islas antes que España y, dado que contaban con los derechos adquiridos con base en su residencia previa, la soberanía les debería haber correspondido a ellos. Pero los españoles se hicieron con ellas». No es de extrañar que a los europeos les gustaran los japoneses: pensaban igual que ellos. <<

[*] Muchos de los ideogramas japoneses tienen una lectura doble, una en japonés propiamente y la otra en una variante china, como ocurre con harakiri y *seppuku*. Otros solo admiten una lectura «china». La adopción de estos signos y significados enriqueció considerablemente el vocabulario japonés, en particular en lo referente a los conceptos abstractos. <<

[*] En palabras del padre Martínez, en aquel entonces obispo de Japón. En una carta de 1602, Martínez lamentaba el carácter pendenciero y las intenciones españolas: su «prédica religiosa no es más que un instrumento de conquista… Todas las calamidades a las que hoy se enfrenta la iglesia tienen su origen en la llegada de estos clérigos procedentes de Luzón»; Elisseeff, *Hideyoshi*, p. 229. <<

[*] Los más prudentes se convirtieron en profesores de esgrima y artes marciales o de la doctrina de Confucio. Otros se hicieron guerreros-agricultores (*goshi*). Otros, por último, se unieron a sus amos en la muerte; una práctica tan difundida que fue necesario prohibirla en 1663. <<

[*] Oishi, «The Bakuhan System», p. 23. Estos *ronin*, siempre dispuestos a vengar los perjuicios causados a sus amos, eran una especie de mecanismo de relojería, que amenazaba con la venganza incluso después de la muerte. El caso más célebre es el de los «cuarenta y siete *ronin*», cuya venganza astuta y sangrienta (1722) aún se recuerda. El gobierno los condenó a cometer un harakiri en masa por haber roto la paz y violado la ley, pero han pasado a la memoria colectiva como héroes. Su tumba de Tokio es un lugar muy visitado y se han rodado literalmente centenares de películas donde se cantan sus alabanzas. <<

[*] En algunos casos, estos gastos llegaron a consumir la mitad de los ingresos del *han*. Un gasto adicional era el coste de la reconstrucción tras los incendios, una amenaza constante en una ciudad de casas de madera y papel. Un dominio tuvo que reconstruir sus edificios dieciséis veces. Al no haber seguros, debería haber aprendido de la experiencia y cambiar de método de construcción. Cf. Nakamura y Shimbo, «Why Was Economic Achievement…?», p. 8. <<

[*] En los arsenales públicos se guardaron algunas, selladas, al igual que los puertos marítimos tenían unos cuantos cañones, para mantener a raya a los visitantes inoportunos. Sobre este episodio, véase Perrin, *Giving Up the Gun*. <<

[*] Estos préstamos a menudo comenzaban como un anticipo a cuenta de los ingresos de arroz, que se convertían luego en créditos a largo plazo a un tipo de interés anual que fluctuaba entre el 10 y el 20 por 100; Miyamoto, «Emergence of National Market», pp. 300-301. <<

[*] En el segundo cuarto del siglo xviii, el *shogun* Yoshimune promulgó varios decretos por los que cancelaba las deudas de los samuráis vinculadas a sus ingresos de arroz cuando el precio de este producto caía y prohibía las demandas judiciales por estas deudas. Los comerciantes empezaron a acosar a sus deudores personalmente, vigilando en piquetes sus residencias y deteniendo sus literas y caballos en la calle. Algunos adosaban una bandera de protesta en papel delante de la casa o en la puerta, una práctica que el decreto de 1729 consideraba «ultrajante» e inadmisible; Takekoshi, *Economic Aspects*, II, pp. 326-366. <<

[*] El inventor de esta expresión, que hoy suelen confundir los estudiosos japoneses, fue el profesor Akira Hayami. <<

[*] Los Tokugawa habían confiscado las minas de oro y de plata antes controladas por los *han*. <<

[*] Al parecer, también se les denominó así durante una época, y algunos partidarios del *rangaku* se complacían en recordar este hecho para desacreditar la doctrina confucionista. El objetivo no era solo demostrar que los chinos no eran mejores que otros, sino peores. Así son los debates. <<

[*] Patrón que instituía las horas iguales y el calendario gregoriano. Pese a todo, siguió viva la costumbre de nombrar los años en función de las fechas del reinado de los emperadores, una práctica que aún no se ha abandonado del todo, un siglo después. Para los extranjeros es una suerte de curso intensivo de historia política japonesa. <<

[*] En un principio, un mínimo de cuatro años, seis a partir de 1907. Dada la dificultad de la escritura japonesa, eran precisos de tres a cuatro años para aprender a leer y escribir. <<

[*] Al principio quedaron exentos los hombres casados y los hijos únicos, lo que alentó los matrimonios tempranos. <<

[*] Estos símbolos tenían una importancia tremenda en una sociedad que había cultivado sistemáticamente la idea de que sus particularidades eran virtudes únicas. Cf. la petición al emperador realizada en 1875 por Shimazu Hisamitsu, miembro de un clan muy poderoso de Satsuma, de que prohibiera el porte de ropa occidental, entre otras cosas. El memorial fue rechazado, y Hisamitsu abandonó Tokio decidido a complotar. Cf. Brown, «Ükubo Toshimichi», p. 189, n. 21. <<

[*] En un principio, un mínimo de cuatro años, seis a partir de 1907. Dada la dificultad de la escritura japonesa, eran precisos de tres a cuatro años para aprender a leer y escribir. <<

[*] Sin embargo, el hilado manual sobrevivió en Japón más tiempo que en ninguna otra parte. Uno de los motivos fue la diligencia y paciencia de las mujeres japonesas (volveremos a hablar de este tema). Otro fue la invención del hilado con tubos (*gara*) por un sacerdote sintoísta, Tatsuchi Gaun, en 1876. Esta técnica consistía en ensartar algodón en rama en tubos de hojalata, de 2,5 cm de diámetro y unos 15 de longitud, y luego girar el tubo mientras se enrollaba el algodón en un huso, haciéndolo girar a su vez. De hecho, era la versión del telar continuo para pobres, pero prueba la ingeniosidad de los japoneses para remediar la penuria de capital. La técnica *gara* aumentaba la productividad de una hilandera, que pasaba de 40-50 a 650 *monme*, es decir, la multiplicaba por 15. Pero el hilado manual no pudo competir con la energía hidráulica, muchas de cuyas ruedas se instalaron en los barcos de hilado. La producción de este sector primitivo no cesó de crecer hasta el decenio de 1930, en parte debido a la modestia de los costes de capital y de los salarios y en parte porque producía hilos bastos que se usaban para alfombras, mantas, franela, suelas para los *tabi* (calcetines japoneses, que se usan con sandalias *geta*) y otros artículos afines. <<

[*] Una excepción: la producción química, aún no percibida como capital para consolidar su poderío económico. Pero no hay que exigirle a la política económica japonesa exhaustividad y coherencia. Sobre la visión excesivamente optimista de la política japonesa, véase Okimoto, *Between MITl and the Market*. <<

[*] El término marxista es uno de los más confusos y de los que más se ha abusado en el vocabulario de la sociología. Se refiere a una condición universal e ineludible de la mano de obra asalariada, en las economías capitalistas o socialistas, y por lo tanto no tiene un valor distintivo. Y, al tratar (pretender) de cuantificar una tasa de explotación dividiendo los salarios por el producto (las horas de trabajo asalariado por el número total de horas), convierte de una manera anómala a los capitalistas progresivos e innovadores —los que potencian la productividad de la mano de obra mediante inversiones en equipos e instalaciones— en los más explotadores para su empresa. <<

[*] La historia ha llegado hasta nuestros días en forma de relato de «semificción»: el poema en prosa Fuki no to (Tallos de ruibarbo encenagados), de Yamashiro Tomoe, un militante izquierdista de la reforma agraria, casado con una mujer sindicalista marxista encarcelada entre 1940 y 1945 por «hacer gala de ideas peligrosas». Al parecer, fue en prisión donde escuchó la historia de la mujer que exponemos a continuación, que tomo de la versión de Hane, *Peasants, Rebels, and Outcasts*, pp. 85 ss. Este último libro es fundamental y merece más atención por parte de los estudiantes de la historia económica japonesa. <<

[*] Fiel reflejo del edicto de Kei: «Los campesinos deben levantarse temprano y cortar las malas hierbas antes de trabajar los campos. Por la tarde, deben hacer cuerdas y bolsas de enea… El marido debe trabajar en los campos, la mujer debe trabajar en el telar. Los dos tienen que trabajar por la noche»; Leupp, *Servants, Shoplands*, p. 7. <<

[*] Sobre la importancia del aseo para los japoneses y la urgente necesidad de que los visitantes europeos aprendieran estas costumbres («no aceptaremos ningún desfallecimiento al respecto»), véanse las censuras del jesuita Alessandro Valignano en su informe de 1538 destinado a sus hermanos misioneros; Valignano, *Les jésuites au Japon*, p. 200. <<

[*] Al no distinguirse exteriormente los *burakumin* del resto de los japoneses, han tendido con el tiempo a integrarse en la sociedad, aunque muchos siguen viviendo en barriadas miserables donde impera el crimen. Hoy en día los japoneses siguen contratando a agencias de detectives y a especialistas en genealogía para comprobar los posibles orígenes *burakumin* de sus novias. Para tratar de acabar con esta costumbre, las autoridades han archivado algunos documentos oficiales. Véase N. D. Kristof, «Japan's Invisible Minority», *New York Times*, 30 de noviembre de 1995, p. A-18. <<

[*] Reading, *Japan*, p. 51. Japón no tiene petróleo, pero sí dinero para comprarlo. Rusia sí tiene petróleo, pero no tiene recursos para instalar quemadores ni, por otra parte, para pagar a los mineros. A diciembre de 1996, el pago de los salarios tenía un atraso de siete meses. <<

[*] Algunos lectores replicarán con el contraejemplo de la resistencia francesa a abandonar primero Vietnam y luego Argelia. Cierto, pero los franceses siempre han tenido un concepto del orgullo más elevado que el resto de los europeos. Y, una vez se hubo resuelto su destino, los franceses y los demás *colons* de Argelia pusieron pies en polvorosa. <<

[*] Cf. Chamay, *Traumatismes musulmans*, p. 314. La campaña «cristiana» en el Golfo se consideró una nueva manifestación del odio de los cruzados por el legado espiritual musulmán. <<

[*] No tengo en cuenta en la comparación el fenómeno de la conversión forzosa, que obviamente no impone ningún requisito en materia de fe o preparación. <<

[*] Citado por Chaudhuri, *Thy Hand*, pp. 674-676, quien indica que este orgullo defensivo lo alentaron en buena medida los orientalistas románticos. Pero no era necesaria dicha ayuda: constituía una reacción posible al encontronazo entre la arrogancia europea y civilizaciones más antiguas olvidadas por el curso de la historia. Cf. las lecciones del príncipe Tawfiq, hijo del jedive egipcio Ismail, quien le enseñaba en la década de 1860 que toda la ciencia y tecnología occidentales —motor de vapor, ferrocarril, etc.— procedía básicamente del islam y los árabes; Landes, *Bankers and Pashas*, p. 325. <<

[*] Con el tiempo, la expresión ha asumido, quizás exculpatoriamente, el sentido de «persona a quien se suele hacer blanco de inculpaciones por cualquier motivo o pretexto». <<

[*] No todo el mundo concuerda con la pertinencia de esta comparación. Eric Jones, *European Miracle*, por ejemplo, piensa que la India mogol era más permisiva, en gran parte

debido a los datos demográficos que se conservan. Pero son testimonios incompletos, de modo que podría ser perfectamente cierto que los súbditos otomanos fueran menos dóciles y explotables. Sea como fuere, no es fácil calibrar los distintos grados de opresión. En mi opinión, la mogol fue peor; quizás lo fuera la musulmana. <<

[*] Es la palabra que emplea Jones, *European Miracle*, p. 180. Ese era el punto de vista cristiano. Para los musulmanes, la conversión al islam era un acto sincero. <<

[*] Muy diferente, por lo tanto, de la contratación abierta de personas con talento de todos los estados alemanes por la burocracia prusiana. En los orígenes de la identidad nacional alemana se encuentra una cultura común y el orgullo por ella. Las fronteras políticas fueron accidentales. El imperio otomano agrupó a culturas heterogéneas y sus divisiones no tuvieron nada de superficial o fortuito. <<

[*] El cuerpo de jenízaros se creó en un principio mediante la recaudación del *devshirme*: los niños eran criados como musulmanes. También había algunos cautivos de guerra. Más adelante, se admitió la presencia de turcos en la guardia: entre una campaña militar y la siguiente, se les permitía dedicarse al comercio o trabajar para la policía. <<

[*] El turco no admite las eses líquidas, por lo que añade una vocal de apoyo al principio de la palabra, como ocurre con Estambul o Izmir (en griego, Smirna). <<

[*] El bey de Argel utilizó una treta similar para eliminar a sus rivales. Lo mismo puede decirse de Saddam Hussein. Es precisamente el carácter imperativo de estas muestras de hospitalidad lo que hace tan efectiva esta táctica. <<

[*] En el capítulo sobre China, he expresado mi sorpresa y escepticismo ante el hecho de que los chinos lograran olvidar tecnologías superiores que habían dominado. Pero esta regresión es manifiestamente posible. La cuestión es cómo y por qué. <<

[*] A la sazón, el único algodón más refinado que el Jumel era el procedente de unas pocas islas frente a la costa de Georgia y las dos Carolinas, las llamadas islas del algodón. Esta variedad se cultivó muy poco (en 1835, la cosecha egipcia era tres veces más voluminosa) y, con el tiempo, ha menguado hasta desaparecer casi por completo, a medida que los hoteles, las residencias de verano y el turismo se imponían en esos bancos de arena. A todos los efectos, el algodón egipcio es hoy el mejor del mundo. Sobre la trayectoria anterior de Jumel, véase Lévy-Leboyer, *Les banques européennes*, p. 199. <<

[*] Issawi, «Economic Development», pp. 362 ss, afirma que hubo un poco de ambas cosas, aunque califica el objetivo económico de posiblemente inconsciente o quizás deliberado. <<

[*] Aunque Lévy-Leboyer, *Les banques européennes*, p. 189 y n. 31, basándose en documentos del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, afirma que los algodones egipcios solo se podían vender en Egipto y, después de la conquista de Siria, también en Siria. <<

[*] «Al principio solo se empleó en las fábricas a los esclavos negros de Darfour y Kordofan, que hicieron gala de mucha inteligencia y pronto adquirieron gran competencia en la tarea, pero un cambio de vida tan brusco, junto con la insalubridad característica de este trabajo, fueron reduciendo su número, hasta que al pachá no le quedó más remedio que recurrir a los campesinos locales»; Saint-John, *Egypt of Mohammed Ali*, pp. 410-411. <<

[*] Otros emigraban del país, pese a los esfuerzos por bloquear las fronteras. Issawi, «Economic Development», p. 362, atribuye el éxodo a la dureza de la vida y al servicio militar. Pero es posible que los trabajos forzados fueran peores. <<

[*] «De las veintidós o veinticuatro fábricas de algodón existentes en Egipto, ninguna escapó, en varias ocasiones además, al incendio fortuito o deliberado»; Saint-John, *Egypt*, p. 413. <<

[*] Saint-John, *ibid*., p. 415, habla de «la naturaleza especial del polvo, hecho de átomos de sílice, extremadamente compactos, hasta el punto de que las ventanas mejor acristaladas no impedían que entrara en grandes cantidades». <<

[*] Las ciudades universitarias europeas y norteamericanas son la Meca de los estudiantes acaudalados de Oriente medio. En teoría, van a la universidad, ¿qué mejor cosa podrían hacer? En la práctica, invierten en los clubs locales, los tugurios, garitos y casinos. Véase Michelle McPhee, «The Euro-Brats of Boston», *Boston Globe*, 20 de septiembre de 1995, p. 77. A juzgar por su contenido, el artículo tiene un título equivocado, aunque, eso sí, políticamente correcto. <<

[*] No todo el mundo concuerda en el hecho de que Irak fue el agresor al invadir Kuwait. Algunos estudiosos, apólogos árabes y cristianos de la postura iraquí, han aducido que Saddam Hussein se dejó engañar (Samir Amin), o «prácticamente se le invitó a entrar» (Edward Said), o que el ataque estaba justificado desde el punto de vista de la unidad árabe global, o de la movilización contra el sionismo o, implícitamente, que no fue un método descaminado de sacar a la luz asuntos conflictivos a nivel internacional (Noam Chomsky). Estos argumentos son muy elocuentes acerca de la inmanencia y la atracción por la violencia en el mundo árabe (aunque Israel no existiera, se echarían unos a otros las manos al cuello) (se vuelve a abordar este tema más adelante), y sobre la degradación y manipulación de la verdad y los argumentos intelectuales en pro de la causa superior del nacionalismo y el antioccidentalismo (antiamericanismo). La mejor fuente es Makiya, *Cruelty and Silence*, cap. 8: «New Nationalist Myths». <<

[*] En este sentido, el islam ha contribuido durante mucho tiempo al atraso de las actividades intelectuales y científicas. Los nuevos conocimientos e ideas han sido sospechosos de *bid'a* o herejía. Entre líneas debe leerse que suponen un agravio intolerable a la verdad intemporal. Cf. Tibi, *Islam*, p. 145. <<

[*] Cf. una reseña muy sucinta (Times Literary Supplement, 1 de octubre de 1993, p. 28) de un libro de Arlene E. MacLeod, *Working Women, the New Veiling, and Change in Cairo*

(Nueva York, Columbia, 1993), donde afirma que el porte del velo es por una parte simbólico y por otra solución de un dilema doble: es una señal de protesta por la pérdida de identidad y posición social y «revela la aceptación y el acatamiento del punto de vista de que la mujer es equívoca desde el punto de vista sexual y que su lugar natural se encuentra en el hogar». De modo que nos encontramos ante una combinación de protesta y acatamiento, una «protesta acomodaticia». Si esta ambivalencia en el pensar y en la lengua son reales, y al parecer lo son, abandonad toda esperanza, ¡oh, mujeres de El Cairo! <<

[*] Ni se acobardarán ante las protestas feministas en otros países musulmanes más liberales. Sobre el esfuerzo por modificar el islam en este sentido, véase Barbara Crossette, «Muslim Women's Movement Is Gaining Strength», *New York Times*, 12 de mayo de 1996, p. A-3. Sobre los contrastes en el islam, véase Ash Devare, «For Indonesian Families, Smaller Is Now Better», *Boston Globe*, 23 de junio de 1996, p. 69. <<

[*] No todo el mundo estaría de acuerdo. En una carta al *New York Times* de 26 de julio de 1995 firmada por William J. Parente, profesor de politología en la universidad de Scranton, el autor se muestra contrario a la «liberación de la mujer» en los países árabes porque «inundarían los mercados laborales árabes y reducirían aún más los salarios». <<

[*] Las consecuencias demográficas también son graves. La capacidad de las mujeres para ganar dinero en el lugar de trabajo es fundamental para su posición en el hogar y para que su opinión en materia de planificación familiar sea escuchada. Tiene una relación inversa, por ejemplo, con la reproducción. Cf. Dasgupta, «Population Problem». No es fortuito que la decisión de una mujer musulmana (a menudo de origen no musulmán) de trabajar fuera de casa (o incluso de salir de casa sin el consentimiento del marido) se vea como una amenaza potencial a la armonía conyugal y a la dignidad y el honor del marido, por lo que la mujer será tratada de otra manera. Cf. Goodwin, *Price of Honor, passim*; Barakat, *Arab World*, p. 101. <<

[*] Lo van a conseguir, afirma Mohammed Talbi, historiador y exdecano de la universidad de Túnez. Talbi recuerda que, a pesar de todos los episodios de intolerancia musulmana, el mundo islámico no ha sido culpable de «la conversión forzosa sistemática, ni del confinamiento arbitrario en guetos, ni de expulsiones completas y a gran escala, ni de genocidio, ni, todo sea dicho, de holocausto». *Le Fígaro*, 27 de marzo de 1997, p. B-27. El panorama que describe es excesivamente halagüeño, pero la comparación ventajosa de la conducta árabe frente a las persecuciones cristianas de las minorías (implícitamente, de los judíos) es correcta. <<

[*] El último, Fred Perry, campeón de la década de 1930, ha sido inmortalizado en una estatua en la entrada de Wimbledon: un tributo y un recuerdo de una época más feliz. <<

[*] Un artículo de Jean-Paul Mari, «Enquête sur le massacre d'un peuple: Algérie: au-delá de l'horreur», *Le Nouvel Observateur*, 23-29 de marzo de 1995, p. 58, observa: «Argelia siempre ha creído que la violencia es el único fundamento posible de todo». Para ahondar

sobre este tema, véase Miller, *God Has Ninety-nine Names*, pp. 168 ss. Véase también Fisk, «Sept journées». <<

[*] Considero la dicotomía exterior-interior el elemento más desafortunado y antiintelectual de la tesis «orientalista». Curiosamente, en un intento de precisar su teoría que debía aparecer como epílogo a una nueva edición de este libro, no se menciona. En lugar de ello, pasa revista a las críticas sobre el supuesto antioccidentalismo de la obra que, según dice, parten de una o dos deducciones erróneas: que el orientalismo simboliza la actitud de todo Occidente y que, al falsear el islam y a los árabes, es indirectamente un asalto a un sistema «perfecto». Una defensa vigorosa contra argumentos de poca monta. Said, «East Isn't East». <<

[*] Para un excelente tratamiento de estos términos y distinciones a lo largo del tiempo, el espacio y las ideologías, véase Klor de Alva, «Postcolonization». Discrimina con mayor precisión que yo en su uso de «imperialismo» y «colonialismo» y entre «poscolonialismo» y «poscolonialidad». Su enfoque tiene ventajas, pero sacrificaré los matices a la brevedad. <<

[*] Cf. el *Polyptique* de Irminon, un censo de la población de las heredades de la abadía de Saint-Germain (en las afueras de París) a principios del siglo IX. ¿Quién tiene un nombre franco y quién uno galorromano? <<

[*] Las correrías e invasiones posteriores de los daneses en el siglo IX condujeron a la cesión de un territorio considerable en el este de Inglaterra, que se conocía con el nombre de «Danelaw» («Danelagh»). Los invasores daneses se casaron con los nativos y, medio siglo después, esta región fue absorbida de nuevo por el reino británico. <<

[*] En ocasiones se exceptúa al Japón moderno, pero ¿qué ocurre con el África precolonial? Los mismos pensadores «progresistas» que denuncian la colonización europea se dan mucha prisa en alabar la expansión de los zulúes o los ashanti. Sobre esta visión maniquea de la historia universal, que presenta al demoníaco hombre blanco como el gran enemigo de sus víctimas de color, véase el arrebatado libro de Bruckner, *Tears of the White Man*. <<

[*] En este sentido, el gobierno español preveía en un principio mantener separados a españoles e indios, pero las uniones inevitables entre invasores y nativos (castas) propiciaron la aparición de una población en gran parte mestiza que, debido a los estragos de las enfermedades, llegó a igualar en número a los indios de pura raza. Fue este grupo de los mestizos y criollos el que se separó deliberadamente de las castas y acabó por rebelarse contra el dominio español y se apoderó de las nuevas naciones; Klor de Alva, «Postcolonization». <<

[*] Compárese a este respecto el imperio portugués en Asia con el de Sudamérica (Brasil) y África (Angola y Mozambique). Fuera de Asia, encontraron a poblaciones dispersas que carecían de organización política para oponer una resistencia seria. De modo que se apoderaron de territorios cuyas fronteras quedaron mucho tiempo indefinidas. <<

[*] Reproducimos las palabras de *Sir* George Robinson, superintendente de los comerciantes ingleses en Cantón, humillándose ante Lord Palmerston en Londres: «No creo necesario añadir nada más que la garantía del más profundo respeto y reverencia con que obedeceré implícitamente y ejecutaré al pie de la letra las órdenes que me quepa el honor de recibir, sobre este y otros particulares. Mi obediencia estricta e inflexible a las órdenes e instrucciones que pudieran ser de mi incumbencia… es la base sobre la que construyo…». Después de dos años de misivas de este tipo, este quitamotas fue despedido perentoriamente. Digamos, en su descargo, que actuaba de acuerdo con la mejor tradición cortesana inglesa. Cf. las efusiones de William Pitt con el rey George III; Cook, *The Long Fuse*, p. 111. <<

[*] Las fronteras eran los lugares de encuentro de los débiles y los poderosos, es decir, zonas en que se ponía a prueba al enemigo y estallaban los conflictos. El conde de Camarvon hablaba en 1878 de «los problemas fronterizos»: «Las mismas provocaciones, reales o imaginarias… la misma tentación para quienes están sobre el terreno de apoderarse de territorios» eran una característica universal del imperio; Hyam, *Britain's Imperial Century*, p. 283. Sobre el imperialismo como expresión de la disparidad entre potencias, véase Landes, «Some Thoughts on the Nature of Economic Imperialism» y «An Equilibrium Model of Imperialism». <<

[*] La declaración formal corrió a cargo del presidente James Monroe en 1823, pero de hecho había sido redactada por John Quincy Adams y tenía el precedente de declaraciones anteriores de George Washington y Thomas Jefferson. La primera reacción fue la revuelta coronada por el éxito de las antiguas colonias españolas y las amenazas de intervención europea para restaurar el *statu quo ante*, así como algunos indicios de la posible expansión de Rusia a lo largo de la costa norteamericana del Pacífico. La declaración no llegó a plasmarse en una ley del Congreso, pero fue aceptada en lo sucesivo como una expresión de la política estadounidense. <<

[*] La única razón de que esas tácticas tuvieran éxito, aunque fuera brevemente, era que Estados Unidos estaba demasiado ocupado con su propia guerra civil. Pero, en cuanto los norteamericanos prestaron atención a aquel intruso y ayuda a la resistencia nativa, Maximiliano se vio abocado al fracaso. Sus propios defensores europeos se mesaron los cabellos de desesperación, pero lo abandonaron ante el pelotón de fusilamiento: era una *raison d'état*. <<

[*] Francia es inflexible con su supremacía, principalmente por razones de prestigio y de autoestima. Esta vanidad les resulta onerosa y, a raíz de las presiones europeas para que reduzcan su déficit, están estudiando la posibilidad de cambiar de política; *Wall Street Journal*, 25 de enero de 1996, p. 1. No cuenten con ello. <<

[*] Así, después de varios ejercicios positivos en las décadas de 1960 y 1970, Cote d'Ivoire registró una tasa de crecimiento negativa a lo largo del decenio siguiente: -4,7 por 100 anual per cápita entre 1980 y 1992; Banco Mundial, *World Development Report 1994*, cuadro 1. Argelia y Nigeria han tenido una evolución parecida, aunque sus tasas de recesión

son menores: -0,5 y -0,4 por 100 entre 1980 y 1992. En estos dos países, la guerra civil ha tenido un efecto desastroso sobre la economía, en Nigeria entre 1962 y 1970, en Argelia hoy. <<

[*] Dos ejemplos de la historia premoderna: los antiguos israelitas tras el éxodo de Egipto y los aztecas, quienes escaparon a la esclavitud escondiéndose en los pantanos y emergieron de ellos para someter a todos los pueblos de los alrededores. <<

[*] La importancia de la resistencia y el orgullo es el tema principal de gran parte de los nuevos estudios sobre la historia del imperialismo: lo que Michael Adas formula como «The End of the White Hero in the Tropics» («"High" Imperialism and the "New" History», p. 318). Si antes solían centrarse en los conquistadores, gobernadores y empresarios españoles, en la modernidad europea frente al atraso nativo, en la mejora frente al estancamiento, últimamente se han abordado las modalidades y consecuencias de la resistencia, no solo de las revueltas y motines, sino del sabotaje cotidiano y de la negativa a colaborar. Sobre este último aspecto, véase Scott, *Weapons of the Weak*. Su objetivo es restaurar la «agentividad», esto es, presentar a las víctimas pasivas como actores decididos y a las culturas indígenas como fuente de inspiración y energía. <<

[*] En algunos casos, estos pueblos sometidos habían creado sus propios imperios antes de la llegada del hombre blanco: los aztecas y los incas, por supuesto, pero también los anamitas en Indochina, los zulúes en África, etc. La libertad no presuponía necesariamente la restauración de la igualdad. Dicha igualdad no había existido nunca y las nuevas estructuras del estado se basaron en las antiguas jerarquías. <<

[*] Tengamos en cuenta que la calidad técnica de los ferrocarriles indios era deficiente, así como el hecho de que fue el contribuyente indio quien sufragó involuntariamente gran parte de los costes en forma de reembolsos garantizados a los inversores británicos. (Ni siquiera los indios más acaudalados tenían interés en invertir en estos proyectos). Sobre este episodio contradictorio, véase Headrick, *Tentacles of Progress*, cap. 3. <<

[*] Entre los más poderosos alegatos anticolonialistas, cabe destacar la breve novela de Joseph Conrad *El corazón de las tinieblas* (1902). Este elocuente testimonio de los excesos del imperialismo y la hipocresía occidental tomó como punto de partida su experiencia personal en el corazón de África: «Remontar aquel río era como adentrarse en los albores del mundo…». Esta novela ha sido denunciada como racista y «orientalista» y, por lo tanto, excluida del parnaso de la literatura. Conrad, se nos dice, presenta a los africanos nativos como primitivos e indefensos (y África como el corazón de las tinieblas), lo cual resulta intolerable. Así son los anacrónicos dictados de la corrección política. Este ataque a lo que se ha considerado una obra maestra de la empatía y la humanidad ha generado lo que en la jerga actual se llama torpemente un «espacio de contestación». Véase el fascinante artículo de David Denby, «Jungle Fever». <<

[*] *El primer hombre* (Barcelona, Tusquets, 1994, trad. de Aurora Benrández), una novela autobiográfica. <<

[*] *Pieds-noirs*, literalmente, «pies negros», término con que se designaba a los colonos europeos en Argelia, por analogía con los nativos descalzos. <<

[*] Gran parte de los estudios sobre este tema utilizan el término «declive» para expresar una pérdida de categoría más relativa que absoluta. Sería conveniente precisarlo explícitamente. <<

[*] Su laconismo a este respecto nos puede incitar a pensar que compara, independientemente de que lo haga con mayor o menor precisión, salarios nominales y no reales, es decir, no basados en el poder adquisitivo. <<

[*] «El comercio holandés, han afirmado algunos, está decayendo, y es posible que así sea en algunos sectores particulares». <<

[*] Su mayor rentabilidad también podía deberse a que los negocios ingleses eran peores, asumían más riesgos y buscaban a incautos de fuera para ir sobreviviendo, como México en 1994. (Lo cual no era cierto, naturalmente). Los precios los determina la demanda tanto como la oferta. En este caso, Smith solo tiene en cuenta el lado holandés —la oferta— e ignora la demanda. <<

[*] Un cálculo de 1614 estimaba que el tinte y acabado de los tejidos incrementaría en un 50 por 100 el valor de las exportaciones; véase Supple, *Crisis and Change*, pp. 33-51. El plan fracasó porque los exportadores de tejidos no acabados (la empresa Merchant Adventurers) contaba con una camarilla influyente y tenía más dinero. Y, por supuesto, los holandeses combatieron la importación de tejidos acabados. <<

[*] *El término aparece una y otra vez. Una pequeña muestra: Eatwell, Whatever Happened… The Economics of Decline; Gamble, Britain in Decline; Pollard, Britain's Prime and Britain's Decline; Rubinstein, Capitalism, Culture, and Decline; Elbaum y Lazonick, eds., The Decline of the British Economy; Coates y Hillard, eds., The Economic Decline. Lorenz, Economic Decline in Britain, se ocupa de un aspecto específico*. <<

[*] Así, Clapham, refiriéndose a las mejoras en la tecnología del hierro y el acero: «Sin embargo, es difícil creer que un proceso empleado de manera tan extensiva en 1925 y 1913 no se aprovechara mejor que en 1901 y antes»; *Economic History*, III, p. 148. <<

[*] Después de la Segunda Guerra Mundial, los astilleros británicos producían más de la mitad del tonelaje bruto del mundo; 1,3 millones de toneladas en 1950. Eran sin duda circunstancias excepcionales, ya que la mayoría de los competidores potenciales habían quedado arruinados por la guerra. Durante el cuarto de siglo posterior, un período en el que aparecieron tipos de buques radicalmente nuevos (buques cisterna gigantescos, por ejemplo) y que registró un rápido crecimiento del sector, la producción británica no varió y, en los doce años siguientes (1975-1987), cayó en picado, perdiendo el 96 por 100. Fue aniquilado. E. Lorenz, *Economic Decline in Britain*, cap. 4, señala las políticas proteccionistas y las subvenciones que se concedían en el extranjero, añadiendo «el fracaso de los

armadores británicos a la hora de aprovecharse de… una tecnología de producción punta» y de métodos mejores de organización del trabajo, este último factor debido a «la falta de confianza entre la mano de obra y la dirección» (pp. 90-91). Véase también D. Thomas, «Shipbuilding», en Williams *et al., Why Are the British Bad?*, pp. 179-216. <<

[*] Un aspecto de este enfoque semiespontáneo y pluralista fue la aparición de los cursos de tarde, muchos destinados a los trabajadores deseosos de perfeccionar su cultura y aptitudes. Estos cursos se remontan a las conferencias itinerantes del siglo XVIII y tenían por objeto colmar las deficiencias del sistema de enseñanza ordinario. Se ha dicho que supusieron una compensación considerable del desfase, incluso completa. No estoy de acuerdo: los cursos voluntarios de tarde impartidos a trabajadores cansados no pueden sustituir de ninguna manera a los programas de estudios a tiempo pleno, profesionales, con clases prácticas en laboratorio, supervisión mediante exámenes y escalonados en varios años consecutivos. <<

[*] E incluso desde antes según algunos cálculos. Las estimaciones de crecimiento anual en valor añadido por hora en la producción, entre 1950 y 1990, dan una cifra del 7,4 por 100 a Japón, del 4,9 por 100 a Francia, del 4,5 a Alemania, del 4,1 a Gran Bretaña y del 2,6 a Estados Unidos; Eaton y Kortum, «Engines of Growth», p. 6. Incluso teniendo en cuenta un posible margen de error, es manifiesto que no estamos en presencia de un declive, sino ante una convergencia aparente. <<

[*] Entre 1960 y 1973, la productividad global de los factores en los EE. UU. (esto es, las mejoras en la productividad tras la deducción del incremento en capital y mano de obra) creció un 1,5 por 100 anual, frente al 6,3 por 100 en el caso de Japón. La crisis del petróleo de 1973 afectó mucho a Japón, cuya productividad global de los factores creció en un 1,5 por 100 en el período 1973-1979 y en un 2 por 100 en 1979-1988. Pero, en Estados Unidos, dicha productividad decreció de hecho entre 1973-1979 y solo ascendió al 0,5 por 100 en 1979-1988; Hart, «Comparative Analysis», p. 207. <<

[*] No hay nada más arriesgado que elaborar predicciones a partir de los resultados del último ejercicio (o el último trimestre). Parece que Japón mejora en 1996, pero véase *Wall Street Journal*, 20 de junio de 1996, p. A-13: «Despite a Spurt of Growth, Japan Isn't in Fast Lane Yet». <<

[*] Sobre la arrogancia y estupidez de los generales, véanse los comentarios *passim* en Len Deighton, *Blood, Tears, and Folly*. Deighton escribe sobre todo novelas de aventuras y espionaje, pero también obras que no son de ficción y, cuando lo hace, es certero. <<

[*] De hecho, las manifestaciones alemanas de racismo y odios grupales en las décadas anteriores al régimen nazi eran indicios patentes de que la sociedad alemana estaba enferma. Véase Weiss, *Ideology of Death*. <<

[*] Otros artículos utilizados como moneda de cambio eran el café o las medias de seda o algodón, pero eran, como podrá comprenderse, menos prácticos. Cf. Kindleberger, *Financial History*, p. 403. <<

[*] Sobre estas prácticas (deshonestas), a las que muchos economistas norteamericanos tienden a restar importancia y otros a tildarlas de «plaga japonesa» (una expresión inventada para acusar torpemente, sin tener que demostrar la pertinencia de los cargos), véase Lincoln, *Japan's Unequal Trade*. El término «plaga» es un recurso predilecto de los sinvergüenzas intelectuales. <<

[*] Sobre los vínculos tecnológicos que se dan en Japón entre el desarrollo industrial y el poderío militar, véase en particular Samuels, «*Rich Nation, Strong Army*». Lo único que yo añadiría a su análisis es el papel de la producción destinada a la exportación a la hora de ampliar la capacidad industrial. Los japoneses no han olvidado las consecuencias desde el punto de vista estratégico de su debilidad industrial relativa en la Segunda Guerra Mundial. <<

[*] Banco Mundial, *East Asian Miracle*, p. 28. Estamos hablando de tasas de crecimiento de un promedio del 6 por 100 o más al año. Cabe destacar que Taiwán, pese a su poderío económico, recuerda al hombre invisible. El *Annual Development Report* del Banco Mundial no ofrece datos sobre dicho país, ni tan siquiera lo incluye entre las naciones del mundo, al parecer para no ofender a la República Popular, que se indigna ante el más leve indicio de reconocimiento de Taiwán como una entidad independiente. En *East Asian Miracle*, Taiwán figura bajo la rúbrica «Taiwan, China». El Banco Mundial se merece una medalla de hojalata por su pusilanimidad. <<

[*] Casi todos los comentaristas del éxito económico de estas naciones del este de Asia destacan la calidad de la mano de obra, pero también la dan en cierto sentido por sentada. Manuel Castells, *Four Asian Tigers*, p. 55 y *passim*, considera que la característica común más importante es el papel del estado, incluso en Hong Kong. La única objeción que se me ocurre al respecto es que el estado interviene en todas partes, unas veces con acierto y otras no. Los estados pueden contribuir al desarrollo económico, pero es preciso todo un entramado de trabajo de calidad y de espíritu de empresa para que el estado se vea bajo una buena luz. <<

[*] El Banco Mundial las llama «economías asiáticas de alto rendimiento», lo que parece correcto, pero luego complica esta denominación ofreciendo datos dudosos sobre el crecimiento de otros países. ¿Para qué sirve una lista de países ordenados en función del crecimiento anual per cápita en el período 1960-1985 en la que figuran Egipto, Grecia, Siria y Portugal entre los veinte primeros, y Botswana (por sus diamantes) en cabeza?; *East Asian Miracle*, p. 3, basado en Summers y Heston, «A New Set». <<

[*] Sobre Gales, véase *The Times* (Londres), 6 de enero de 1997, p. 40. Sobre Daewoo, *International Herald Tribune*, 18 de octubre de 1996, p. 20; 19-20 de octubre de 1996, p. 15. Daewoo obtuvo una parte de Thomson por el precio simbólico de un franco, pero el regalo

iba acompañado de una enorme deuda. (El gobierno francés está tratando de reducir su déficit para allanar su camino de entrada a la nueva moneda europea). A diciembre de 1996, sin embargo, el trato se había anulado. Los enemigos franceses de la invasión extranjera armaron mucho revuelo con este franco simbólico, pero no mencionaron la deuda, o lo hicieron de pasada. Al inhibirse, el gobierno francés trató de ampararse en la Comunidad Europea, pero no engañó a nadie. En Corea, se habla de racismo francés —si el comprador hubiera sido norteamericano, no habría pasado nada— y el gobierno coreano califica la mala fe francesa (xenofobia) de «asunto de interés nacional». «No puede confiarse en Francia». *International Herald Tribune*, 6 de diciembre de 1996, p. 1; 9 de diciembre de 1996, p. 13; 15 de enero de 1997, p. 11. Cabe precisar, no obstante, que Corea es a su vez considerablemente hostil a la adquisición por extranjeros de participaciones en las empresas nacionales. Con todo, no hay que descartar la posibilidad de que Daewoo siga interesada. <<

[*] Me señalan, sin embargo, que la lista de nombres tailandeses adoptados permite a un tailandés informado reconocer su origen chino. <<

[*] Los tailandeses consideran que han sido más hospitalarios que los malayos con su minoría de intermediarios chinos; Kaplan, *Ends of the Earth*, p. 377. <<

[*] Por otra parte, la tendencia china a agruparse en clanes les hace en algunos lugares blanco predilecto de los crímenes, tanto más cuanto más ricos son con respecto a la mayoría de la población, lo cual les disuade de invertir en el país de acogida: ¿quién sabe adónde tendrán que huir? Cf. Seth Mydans, «Kidnapping of Ethnic Chinese Rises in Philippines», *New York Times*, 17 de marzo de 1996, p. 3. <<

[*] Se ha calculado que la renta anual por hogar en 1995 en el área metropolitana de Bangkok fue 2,5 veces superior a la de todo el reino. Achavanankul, «Effects of Government Policies», p. 9. <<

[*] El principio de la cadena de montaje podía adaptarse a diferentes métodos de producción. Henry Ford dio prioridad a las series grandes y se aferró a tecnologías obsoletas desde hacía tiempo. Cuando acertaba, le sobraba razón. Y, cuando se equivocaba, otros productores le arrebataban cuotas de mercado. Flink, «Unplanned Obsolescence», afirma que el modelo T era anticuado en algunos aspectos desde el principio. Pero era barato, ya que el precio del modelo estándar pasó de 825 dólares en 1908 a 260 en 1927. Ahí acabó todo: en mayo de 1927 salía de la cadena el último de más de 15 millones de Ford T. <<

[*] Es fácil minusvalorar la contribución del palanquín, pero fue el vehículo clave del Japón urbano: en 1888, solo en Tokio, había unos 38 000. Morris-Suzuki, *Technological Transformation*, p. 97, afirma que «el palanquín fue tan importante para el desarrollo económico moderno de Japón como el ferrocarril». Recalca luego dos hechos: fue el primer vehículo que exportaron los japoneses, abriendo mercados que luego recibirían sus bicicletas y motocicletas, y se fabricaba reuniendo redes de pequeños proveedores de las

piezas, prefigurando las estructuras de la industria del automóvil y otras industrias en que se realizan ensamblajes. <<

[*] Como Japón en aquel momento no tenía enemigos en perspectiva, hay que interpretar estas medidas como una preparación a la expansión imperial. Sobre la ley de 1918, véase Morris-Suzuki, *Technological Transformation*, p. 124. <<

[*] Es un tema trillado en la cantinela nacionalista japonesa. Haruhiro Fukui, «The Japanese State», p. 206, aporta una expresiva ilustración en forma de discurso de un gobernador de prefectura: «la guerra no cesa ni en tiempos de paz. En este tipo de guerra, esto es, la lucha por la supervivencia, quienes explotan los instrumentos científicos para expandir la industria, producir mercancías a bajo coste y así absorben recursos financieros aumentarán la fuerza de su propia nación, la enriquecerán con sus recursos y, por lo tanto, esta se alzará con la victoria…». <<

[*] Cf. Lee Iacocca, a la sazón presidente de Chrysler, sobre el ahorro de 7 dólares por automóvil en el tratamiento anticorrosión del *Aspen*, seguido por 100 millones de dólares en reparaciones y una pérdida de confianza de los clientes aún más onerosa; Holusha, «Detroit's Push», p. D-8. <<

[*] Marzo de 1983: «Los fabricantes de automóviles japoneses han lanzado esta primavera al mercado tres nuevos modelos, frente a los cuales los modelos más recientes de Detroit parecen ya anticuados». Nag y Simison, «With Three New Cars», sobre la probable repercusión del Toyota *Camry*, el Honda *Prelude* y el Mazda 626. <<

[*] El papel de los conflictos laborales y de sus interrupciones de la cadena es capital. Ford, en la época dorada del salario de 5 dólares y la gestión paternalista (década de 1910 y comienzos de la de 1920), logró reducir sus existencias del equivalente a 204 días de trabajo, en 1903, a 17 días en 1922. A grandes rasgos, señalan Abemathy y Clark, «Notes on a Trip», p. 36, «los métodos japoneses no propiciaron una racionalización del proceso excesivamente vanguardista… en la planta de Ford en Rouge River, durante la década de 1920». <<

[*] Cabe señalar que la evolución habría podido ser completamente diferente. En la posguerra, la mano de obra japonesa, a menudo liderada por militantes comunistas, adoptó un talante combativo que solo abandonó después de feroces batallas con los sindicatos. La ocupación norteamericana cumplió con su cometido: en un primer momento, abrió la mano legalizando los sindicatos y, después, su principal inquietud fue aplacar su fuerza con objeto de reducir la influencia soviética. <<

[*] El economista Harvey Leibenstein describe esta diferencia en términos generales: «el ideal en Occidente es el modelo *contractual* a corto plazo, o *ideal* contractual de la asociación a una empresa, y no un ideal a largo plazo de *identificación*. En cierto sentido, el ideal occidental es una serie de contratos… supone la consagración a una habilidad o un oficio particular (incluso a un "derecho de propiedad" en el trabajo), más que la lealtad a la

empresa en general»; «Japanese Management System», p. 9. Véase p. 11 para los resultados dispares de encuestas sobre la actitud en el trabajo: en 1976, el 49 por 100 de los trabajadores japoneses afirmaron que deberían ayudar a los demás una vez acabada la propia tarea; solo el 16 por 100 de los norteamericanos pensaban lo mismo. <<

[*] Lo mismo ocurre en los juicios en Japón: cuando el asunto llega al tribunal, el acusado ha reconocido su culpa, de modo que la tasa de sentencias condenatorias es de casi el 100 por 100. <<

[*] La naturaleza de las relaciones laborales en Japón ha sido un rompecabezas para los especialistas. ¿Es esta ausencia de conflictos una fase que la fuerza laboral superará? ¿O es reflejo de valores y tradiciones sociales muy arraigados? Muchos japoneses se inclinan por esta última explicación, pero Galenson y Okuda, «The Japanese Labor Market», p. 627, no consideran necesario «recurrir a generalizaciones trilladas sobre la estructura familiar y el carácter jerárquico y tradicionalista de la sociedad japonesa». ¿Pierde una explicación poder de convicción o validez por estar «trillada»? <<

[*] Recordemos el rescate de Chrysler, cuando el estado se quedó con las existencias como aval. Dichas existencias se apreciaron mucho cuando Chrysler volvió a abrir, momento en el cual trató de alegar que el gobierno no debería realizar dicho beneficio. Es fácil suponer qué habría dicho Chrysler si las cosas hubieran ido al revés. ¿Juego limpio? <<

[*] Field, *Inside the Arab World*, p. 21, señala que, al ritmo de extracción de principios de la década de 1990, quedan 130 años de petróleo en el Golfo. (Partiendo de la premisa, como es natural, de que conocemos con certeza los yacimientos. Todavía se sigue buscando). Pero eso es lo que ocurre en el Golfo; para otros productores de petróleo de Oriente medio y el norte de África, el fin está más próximo. Al mismo tiempo, el agotamiento progresivo es un incentivo para investigar nuevas tecnologías energéticas. Al final, como ocurrió con el carbón, es posible que quede por extraer una cantidad considerable. <<

[*] Los rusos fueron un preludio de los alemanes y, quizás, un ejemplo. Las «decenas de miles» de muertes de trabajadores esclavizados registradas durante la construcción del canal mar Blanco-Báltico (principios del decenio de 1930) —picos, palas y carretillas contra nieve, hielo y hambre— se justifican por el carácter supuestamente expiatorio de la tarea, que haría de los enemigos del pueblo buenos socialistas. Su eslogan era: «Eduquemos a la naturaleza y alcanzaremos la libertad». Recordemos que el lema que figuraba en la entrada de los campos de la muerte alemanes era: *Arbeit macht frei*, el trabajo hace libre. Sobre el sueño (o pesadilla) soviético y su despiadado gigantismo (los dioses no lloran), véase Josephson, «Projects of the Century». <<

[*] No fue eso lo que las autoridades soviéticas declararon a la opinión pública; tampoco la Agencia Internacional de Energía Nuclear lo quiso admitir. Cf. Alexander R. Rich, «10 Years Later, Chemobyl's Trae Story Is Hard to Nail Down», *Boston Globe*, 26 de abril de 1996, p. 21. <<

[*] Es posible que no llegue a saberse nunca cuál fue el coste en vidas de Chernóbil. Los funcionarios, incluido el personal sanitario, fueron sometidos a duras presiones para rebajar en lo posible el número de víctimas. (A diferencia de Bhopal, donde los heridos podían reclamar compensaciones financieras). Feshbach y Friendly, *Ecocide in the USSR*, p. 152, opinan que los doctores se marcharon por temor del descontento popular. Es probable que tuvieran aún más miedo de la contaminación. <<

[*] Por lo general, los campesinos cosechan lo suficiente para autoalimentarse (se alimentan en primer lugar), siempre que el gobierno no requise sus alimentos para distribuirlos en las ciudades o venderlos en el extranjero. Lo mismo ocurrió en Europa durante la Segunda Guerra Mundial. Pero, en la Unión Soviética, los embargos de cosechas en la década de 1930 propiciaron una hambruna atroz, que acabó con millones de seres humanos. Aunque eso formaba parte de la estrategia: eran nacionalistas y kulaks, enemigos jurados de la revolución. Para una descripción breve y gráfica de este crimen feroz, véase Monayan, *The Russian Century*, pp. 114-122. Saberlo es comprender el desmoronamiento final de un régimen corrupto. <<

[*] Sobre la tierra laterítica, véase el capítulo I. <<

[*] Los nacionalistas argelinos quieren ahora endosar la culpa del analfabetismo a los franceses. La mitad de la población, según afirman, tenía instrucción cuando llegaron los franceses en 1830, pero estos cerraron escuelas indígenas y admitieron a muy pocos musulmanes en sus nuevas escuelas públicas. Hay que estar predispuesto a la credulidad para dar por cierta esa cifra (según la cual, todos los hombres habrían sido escolarizados, pero ninguna mujer). <<

[*] Tomo este párrafo del original: Cardoso y Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Madrid, Siglo XXI, 1978. *(N. del t.)* <<

[*] Me recuerdan que la magia y la superstición no han muerto, y algunos añadirían que la fe religiosa entra en el mismo paquete. Sin duda, siendo como somos débiles mortales, buscamos consuelo donde nos lo ofrecen. Hasta los científicos y técnicos son vulnerables, pues la ciencia y la técnica son compañeros duros. Con todo, las ilusiones, falsedades y la fe no interfieren *a priori* en la investigación ni los descubrimientos. <<

[*] Este punto de vista ha concitado simpatías en la antropología, disciplina confrontada eternamente al dilema de su objeto de estudio: cuidarlo y preservarlo como en gelatina o estudiarlo y, al hacerlo, promover su alteración y desaparición. Sobre las virtudes primitivas, véase Diamond, *In Search of the Primitive*; asimismo Jordán, «Flight from Modernity». <<

[*] Algunos (como A. G. Frank) aducirían que el conocimiento y la pericia de Europa no superaron a los de otras civilizaciones hasta la Revolución industrial, es decir, en torno al 1800. Como si la hegemonía europea fuera accidental y la Revolución industrial una suerte de iluminación. Historia de mala calidad. <<

[*] Islas de crecimiento que no apasionan a todo el mundo. Paul Kennedy se pregunta en *Preparing for the Twenty-first Century*: «¿Hasta qué punto sería cómodo tener islas de prosperidad rodeadas de un mar de pobreza?». Rifkin, *End of Work*, se escandaliza también por el abismo que separa a ricos y pobres. Si ese es el futuro que nos aguarda, deberíamos evolucionar hacia una sociedad de posmercado, sea lo que sea dicha sociedad. Cf. Mount, «No End In Sight». Con la interminable sucesión de «posdoctrinas», pronto empezarán a surgir movimientos «post-post» y «post-post-post». <<

[*] Smith sí da algún crédito a la existencia de límites, puesto que habla de un país «que había adquirido todas las riquezas que la naturaleza de la tierra y del clima, así como su situación con respecto a los demás países, le permitían obtener; que, por lo tanto, no podía seguir avanzando»; *La riqueza de las naciones*, libro I, cap. 9: «Of the Profits of the Stock». Pero lo trata como una posibilidad remota, «quizás» aún desconocida, y señala la posibilidad de transcender dichos límites con mejores «leyes e instituciones». <<

[*] Merced a la investigación botánica y a la invención del «arroz milagroso», la producción mundial de arroz se ha duplicado casi entre 1967 y 1992. La India realizó una «revolución verde». Ahora la población vuelve a exigir un aumento de la oferta, y el International Rice Research Institute promete la aparición de un «arroz superior», que producirá del 20 al 25 por 100 más; véase Mydans, «Scientists Developing "Super Rice" to Feed Asia», *New York Times*, 6 de abril de 1997, p. A-9. ¿Será eso suficiente? ¿Y África? <<

[*] Pero no siempre, porque no todo el mundo los quiere. El 7 de mayo de 1996, se produjo una manifestación de protesta en Alemania por la vuelta de residuos radioactivos originalmente alemanes, enviados a Francia para su procesamiento y luego devueltos a Alemania, es de suponer que para su almacenamiento seguro. Los alemanes gastaron millones de dólares para contener a la muchedumbre enfebrecida. Por eso ha propuesto recientemente un economista que las naciones ricas viertan sus desechos en lugares tan pobres como África, que tienen tanta tierra y cuyos habitantes necesitan el dinero. La mera idea resulta simbólicamente intolerable. <<

[*] Rusia no es lugar seguro para los negocios. Cf. Remnick, *Lenin's Tomb* y *Resurrection*. Es probable que Ucrania aún esté peor. Cf. R. Bonner, «Ukraine Staggers on Path to the Free Market», *New York Times*, 9 de abril de 1997, p. A-3. <<